SARAH B. POMEROY
STANLEY M. BURSTEIN
WALTER DONLAN
JENNIFER TOLBERT ROBERTS

LA ANTIGUA GRECIA

Historia política, social y cultural

Traducción castellana de
Teófilo de Lozoya

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2002
Primera edición en rústica: enero de 2011

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de cubierta: © Getty Images. Fotografía de Richard Nowitz

Composición: Pacmer, S. A.

© 1999 Oxford University Press, Inc.
ANCIENT GREECE: A POLITICAL, SOCIAL, AND CULTURAL HISTORY,
FIRST EDITION was originally published in English in 1999.
This translation is published by arrangement with Oxford University Press

© 2010, de la traducción: Teófilo de Lozoya

© 2011 de la presente edición para España y América:
CRÍTICA, S. L., Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
ISBN: 978-84-9892-170-0
Depósito legal: M. 50304 - 2010
2011. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas

Para Bob, Dorothy, Gail y Jordana

PREFACIO

El objeto del presente volumen es compartir con el lector una rica y compleja visión de la Grecia antigua forjada gracias a la colaboración de cuatro especialistas que tienen una formación y unos intereses muy distintos. Emprendimos la tarea debido a la frustración que sentimos al no encontrar una obra en un solo volumen que proporcionara al lector una historia global de la civilización griega desde sus comienzos en el segundo milenio a. C. hasta el período helenístico. Ha pasado más de un cuarto de siglo desde que se produjo el último intento de contar esa historia en profundidad; todos los manuales recientes o bien se centran en los acontecimientos políticos y militares o bien omiten el período helenístico. Esperamos que la obra que hemos escrito resulte útil y satisfaga tanto al lector profano como al estudiante que tenga que utilizarla en su facultad. Hemos intentado darle un ritmo y una extensión adecuadas a la duración de un semestre o un cuatrimestre dedicado al estudio de la historia y la civilización griegas, es decir una extensión suficiente para un estudio pormenorizado y en profundidad, y al mismo tiempo una brevedad que permita al profesor asignar al estudiante la consulta de las fuentes primarias que le permitan entender mejor un mundo a la vez conocido y extraño. Al incorporar los frutos de las investigaciones más recientes hemos intentado alcanzar un equilibrio entre lo que es un estudio de historia política, militar, social, cultural y económica. El legislador ateniense Solón, que intentó conciliar las rivalidades de los partidos políticos de su época, se lamentaba de que, al querer complacer a todos, parecía que no había complacido a ninguno. Esperamos que los retos que hemos tenido que arrostrar en nuestro afán por integrar los diversos aspectos de la civilización griega no nos obliguen también a nosotros a lamentarnos de esa forma.

La cultura griega se forjó en el crisol de las civilizaciones de la Edad del Bronce que surgieron en unos mundos tan dispares como el Egipto unificado o Mesopotamia, caracterizada por su enorme fragmentación. Tras absorber los conocimientos claves que tenían aquellos vecinos tan desarrollados —por ejemplo la metalurgia o la escritura—, los griegos crearon una cultura peculiar caracterizada por una creatividad, versatilidad y una flexibilidad asombrosas. Al final ese mundo se disolvió en la civilización griega, que llegaría por el oeste hasta Francia e Italia, y por el este hasta Pakistán, y que se mezcló con muchas otras culturas, por ejemplo la macedonia, la siria, la irania, la egipcia, la romana y finalmente la bizantina. El griego se convirtió en la lengua común de todo el Oriente Próximo, y en la que se escribieron los textos recogidos

en lo que llamamos Nuevo Testamento. Tras su incorporación al Imperio Romano y la fusión de los elementos helénicos e itálicos existentes en la mitología y el arte, surgió la cultura híbrida llamada «clásica», destinada a ocupar un lugar importantísimo en las tradiciones de Europa y América.

Entre el declive de la Edad del Bronce y la difusión de la cultura griega por el Mediterráneo, la civilización helénica llegó a tener una riqueza extraordinaria, caracterizada por la diversidad dentro de la unidad. El mundo de los poemas homéricos, la Ilíada *y la* Odisea, *era radicalmente distinto del de los siglos V y IV, pero ambas obras siguieron siendo los textos más estudiados habitualmente en las escuelas, y se dice que Alejandro llevó consigo en sus desplazamientos una copia de las obras de Homero , y que se lamentaba de no tener un gran poeta que lo inmortalizara, como Homero hiciera con Aquiles. Aunque la religión inspirara buena parte de la arquitectura, la literatura e incluso las competiciones atléticas, celebradas en honor de los dioses, parece que los gobiernos y la sociedad de Grecia funcionaron a menudo de un modo absolutamente secular. El matrimonio, por ejemplo, era un asunto puramente secular, y no se creía que el divorcio disgustara en absoluto a los dioses. Los dioses estaban en todas partes y en ninguna. Los ideales de igualdad fueron propugnados a menudo por hombres que solían tener esclavos y creían en la inferioridad de la mujer. Esparta y Atenas, cerrada y marcial la una, culta e intelectual la otra, se consideraban a sí mismas los polos opuestos; Tucídides expresa muchas de esas diferencias, desde el punto de vista ateniense, en la oración fúnebre por los caídos en la guerra que pone en labios del estadista ateniense Pericles. Sin embargo, las poblaciones de uno y otro estado vivían de la agricultura, adoraban a Zeus y a los demás dioses olímpicos, tenían a las mujeres sometidas a los hombres, creían firmemente en la esclavitud (¡siempre y cuando no fueran ellos los esclavos!), sacrificaban animales, consideraban la guerra una constante de la vida humana, predicaban una ética de igualdad entre los ciudadanos de sexo masculino, cultivaban el deporte y se divertían en los Juegos Olímpicos y otros certámenes, no dudaban en alabar el imperio de la ley, consideraban a los griegos superiores a los no griegos, y admitían como dogma de fe la primacía del estado sobre el individuo.*

La historia de los griegos antiguos es uno de los cuentos con final feliz más inesperado de la historia universal. Un pueblo pequeño que habitaba en un país pobre situado en la periferia de las civilizaciones de Egipto y el Oriente Próximo, el griego, creó una de las culturas más notables del mundo. Los griegos realizaron contribuciones fundamentales en casi todos los terrenos de las artes y las ciencias, y su legado sigue estando vivo en la civilización occidental y en la islámica. Durante el Renacimiento y el siglo XVIII, Esparta fue admirada como modelo de constitución mixta y, por lo tanto, estable. Durante los siglos XIX y XX el mayor interés se centró en Atenas, donde podemos apreciar la paulatina erosión de los privilegios basados en la riqueza y la cuna y el desarrollo de unos mecanismos democráticos: códigos de leyes y tribunales de justicia, procedimientos para seleccionar a los funcionarios y garantizar su responsabilidad, y debates y votaciones públicas de los asuntos internos y política exterior. Esparta y Atenas se enfrentaron en varias guerras ruinosas para las dos, y la propensión de los estados griegos a enzarzarse en luchas constituyó uno de los rasgos característicos de su historia. El conflicto bélico que devastó el mundo helénico entre 431 y 403, la llamada Guerra del Peloponeso (debido a que a Esparta está situada en la península del mismo nombre), frenó la extraordinaria oleada de creatividad que caracterizó el siglo V, cuando se produjeron las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, las comedias de Aristófanes, la construcción del Partenón de Atenas y del templo de Zeus en Olimpia. Durante esta lamentable etapa y las décadas sucesivas, los pensadores continuaron explorando las cuestiones que venían intrigando a los intelectuales griegos por lo menos desde el siglo VI: los orígenes del universo y los mecanismos que rigen su funcionamiento; la relación existente entre physis, *«naturaleza», y* nomos, *«costumbre» o «ley»; qué saben los mortales de los dioses y cómo pueden obtener ese conocimiento; qué podrían desear los dioses de los hombres; si era posible para los humanos tener un conocimiento verdadero o no; cuáles eran las mejores normas que permitieran a los hombres vivir en sociedad; cuál era la mejor forma de educación, quién estaba más capacitado para impartirla y cómo podía aprovecharse de ella la gente; o en qué circunstancias el gobierno de un solo hombre sabio podía resultar en último término lo mejor. Se plantearon además nuevas cuestiones: si la intervención en la política debía ser efectivamente el principal interés de la vida del hombre o no; si el individuo podía descubrir una identidad al margen del estado o no; si la guerra merecía los sacrificios que comportaba o no; e incluso si la esclavitud y la emancipación de la mujer eran necesarias o no (aunque todas estas especulaciones radicales no trajeron consigo ningún cambio social). Irremediablemente las conquistas de Alejandro, los matrimonios en masa celebrados entre los soldados macedonios y las mujeres persas y medas en 324 a. C., y la cultura híbrida que se creó en toda el Asia occidental y Europa pusieron en entredicho las ideas convencionales de los griegos en torno a la clara línea divisoria que separaba a los griegos de los no griegos, los llamados «bárbaros», esto es los pueblos que, al hablar, parecían decir «bar, bar, bar». En algunas de las tierras incorporadas a los nuevos imperios macedónicos, la mujer gozaba de una condición más elevada que la que tenía en la mayor parte del mundo griego, hecho que a veces influyó mucho en la aristocracia colonial macedonia y que cambió unas tradiciones profundamente arraigadas.*

El país que el poeta lord Byron llamó la «tierra de los dioses perdidos» sigue vivo en la imaginación moderna. Lo que esperamos de este libro es que rellene esas imágenes románticas con realidades históricas. Durante las últimas décadas nuestro conocimiento de la Grecia antigua se ha ampliado muchísimo. Gracias a la labor de una generación de especialistas de gran talento, nuestros conocimientos sobre numerosos aspectos de la historia y la vida de los griegos se han transformado y siguen haciéndolo en la actualidad. La arqueología ha revelado la importancia crucial de la Época Oscura, mientras que la antropología comparada ha arrojado bastante luz sobre el carácter de la sociedad arcaica y ha puesto de relieve la naturaleza oral de la primitiva cultura griega. Al mismo tiempo, los estudiosos de la historia social han abandonado el interés que tradicionalmente habían demostrado por la elite, esto es el estrato social que dejó testimonio escrito de sus actos, y se han esforzado incansablemente en descubrir testimonios que arrojen luz sobre la vida de aquellos que normalmente no hablan por sí mismos, como, por ejemplo, las mujeres o los esclavos.

La labor de sintetizar los frutos de todos estos estudios especializados ha constituido una tarea apasionante y un auténtico reto, posible sólo gracias a la ayuda de muchas personas. Naturalmente hemos sacado un partido enorme de la labor de innumerables eruditos cuyos nombres nunca aparecerán citados en este volumen; tal es la naturaleza de los estudios históricos. Tenemos asimismo una deuda impagable con Robert Miller, de la Oxford University Press, y todo su valioso equipo, qué nos permitie-

ron salir de lo que aparentemente eran unas líneas muertas interminables, y también a los numerosos lectores que sacaron tiempo de donde no lo había para revisar nuestra obra y que nos ofrecieron críticas y sugerencias tan abundantes como útiles. Beth Cohen y H. Alan Shapiro examinaron atentamente las imágenes visuales presentadas en este libro, aunque por supuesto no son responsables de los errores de juicio en que hayan podido incurrir sus autores. Agradecemos asimismo a Jørgen Mejer el asesoramiento que nos dio sobre los Presocráticos, y a Margaret Miles por actualizar el plano del ágora de Atenas durante la época arcaica.

Por último, debemos expresar nuestro agradecimiento a Gail Davis, cuya sagacidad de editora suavizó las aristas que contenían algunos capítulos; a Robert Lejeune, que nos proporcionó ayuda informática cuando más la necesitábamos y que aguantó con infinita paciencia nuestros constantes fallos técnicos; y a Miriam Burstein, que no sólo se encargó de conseguirnos los permisos necesarios de las distintas editoriales, sino que además ejecutó con simpatía y firmeza a un tiempo la difícil tarea de recordarnos que estábamos escribiendo para simples mortales, y no para divinidades omniscientes.

Nos gustaría además llamar la atención del lector sobre el amplio glosario incluido al final del volumen, que le proporciona definiciones breves de muchos de los términos utilizados en el texto.

Jennifer Roberts, New York City
Walter Donlan, Irvine, California
Stanley Burstein, Los Alamitos, California
Sarah Pomeroy, New York City

AGRADECIMIENTOS

Los autores desean expresar su agradecimiento a las siguientes editoriales por autorizarnos amablemente a incluir en nuestra publicación materiales pertenecientes a las suyas.

American Historical Association: *The Hellenistic Period in World History*, de Stanley M. Burstein. Copyright © 1996.

Aris & Phillips, Ltd.: *Plato: Phaedrus*, edición y traducción de C. J. Rowe. Copyright © 1988.

Cambridge University Press: *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*, edición y traducción de Stanley M. Burstein. Copyright © 1985.

Columbia University Press: *Zenon Papyri. Business Papers of the Third Century B.C. Dealing with Palestine and Egypt*, vol. 2, edición de W. L. Westermann, C. W. Keyes, y H. Liebesny. Copyright © 1940.

Harvard University Press y Loeb Classical Library: *Isocrates*, vol. 1, traducción de George Norlin. Copyright © 1928.

Johns Hopkins University Press: *Hesiod: Works and Days*, traducción de Apostolos N. Athanassakis. Copyright © 1983; y *Pindar's Victory Songs*, traducción de Frank Nisetich. Copyright © 1980.

Oxford University Press: *The Republic of Plato*, traducción de Francis MacDonald Cornford. Copyright © 1945; *The Politics of Aristotle*, traducción de Ernest Barker. Copyright © 1946; y *Xenophon: Oeconomicus: A social and historical commentary*, edición y traducción de Sarah B. Pomeroy. Copyright © 1994.

Penguin Books: *Plutarch: The Age of Alexander*, traducción de Ian Scott Kilvert. Copyright © 1973; y *Plutarch on Sparta*, traducción de Richard Talbert. Copyright © 1988.

Schocken Books: *Greek Lyric Poetry*, traducción de Willis Barnstone. Copyright © 1972.

University of California Press: *Sappho's Lyre*, traducción de Diane J. Rayor. Copyright © 1991.

University of Chicago Press: *Aeschylus: The Persians*, traducción de S. Bernardete, y *Aeschylus: The Oresteia*, traducción de R. Lattimore, en *The Complete Greek Tragedies*, vol. 1, edición de D. Grene y R. Lattimore. Copyright © 1959; *Antigone*,

traducción de Elizabeth Wyckoff, en *Greek Tragedies*, vol. 1, edición de David Grene y Richmond Lattimore; *The History of Herodotus*, traducción de David Grene. Copyright © 1987; y *The Iliad of Homer*, traducción de R. Lattimore. Copyright © 1951.

University of Oklahoma Press: *Alexander the Great and the Greeks*, de A. J. Heisserer. Copyright © 1980.

W. W. Norton and Company, Inc.: *Herodotus: The Histories*, edición de Walter Blanco y Jennifer Tolbert Roberts, traducción de Walter Blanco. Copyright © 1992; y *Thucydides: The Peloponnesian War*, edición de Walter Blanco y Jennifer Tolbert Roberts, traducción de Walter Blanco. Copyright © 1998.

Yale University Press: *Royal Correspondence in the Hellenistic Period: A Study in Greek Epigraphy*, edición y traducción de C. B. Welles. Copyright © 1934.

ESQUEMA CRONOLÓGICO

Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
6500-3000 **Neolítico**		Asentamientos agrícolas permanentes	Domesticación de plantas y animales; cerámica
3000- 2100 **Bronce Antiguo** (Heládico Antiguo 2800-1900)		Aparece la jerarquización social; poblados y comarcas gobernados por caudillos hereditarios	
			2500 Uso generalizado del bronce y otros metales en el Egeo
2100-1600 **Bronce Medio** (Heládico Medio 1900-1580)	2100-1900 Destrucción de Lerna y otros poblados	2100-1900 Incursiones en Grecia de pueblos hablantes de indoeuropeo	2100-1900 Introducción en Grecia de los dioses indoeuropeos 2000 Primeros palacios cretenses 1900 Contactos entre la Grecia peninsular y Creta y el Oriente Próximo 1800 Desarrollo de la escritura Lineal A por los cretenses

Continúa

Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
1600-1150 Bronce Reciente (Heládico Reciente 1580-1150)		1600 Micenas y otros asentamientos se convierten en centros de poder; aparición de pequeños reinos	1600 Tumbas de fosa
	1500-1450 Los micénicos se apoderan de Creta		1500 Tumbas en forma de *thólos*
			1450 Escritura Lineal B
	1375 Destrucción de Cnosos	1400-1200 Apogeo del poderío y la riqueza de los micénicos	1400 Nuevos palacios en Grecia
	1250-1225 «Guerra de Troya»		
	1200 Unos invasores saquean e incendian los palacios	1200-1110 Hundimiento del sistema de palacios	1200 Decadencia cultural
1150-900 Época Oscura Primitiva (Submicénico 1125-1050) (Protogeométrico 1050-900)		1050 Establecimientos de pequeños caudillajes; emigración de los griegos de la Península a Jonia	1050 Tecnología del hierro
		1000 Los dorios se establecen en la Península y en las islas	1000 Edificio monumental de Lefkandi
900-750 Época Oscura Reciente (Protogeométrico 900-850) (Geométrico Medio 850-750)		900 Incremento de la población; establecimiento de nuevas colonias; expansión del comercio y la manufactura	
		800 Rápido crecimiento de la población	800 Desarrollo del alfabeto griego; erección de los primeros templos

Continúa

Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
			776 Fecha tradicional de los primeros Juegos Olímpicos
750-490 Época Arcaica (Geométrico Reciente 750-700)	730-700 Primera Guerra Mesenia; guerra de Lelanto	750-700 Aparición de las ciudades-estado	750-720 Composición de la *Ilíada* y la *Odisea*
		750 Comienza la colonización en Occidente	720 Comienzo del «período orientalizante» en el arte
	700-650 Evolución de la armadura y la táctica hoplítica		700 Hesíodo; comienza la época de la poesía lírica
	669 Batalla de Hisias	670-500 Gobiernos tiránicos en numerosas ciudades-estado	
	650 Segunda Guerra Mesenia	650 Comienza la colonización de la región del Mar Negro; primera inscripción lapidaria conocida de una ley; «Reformas de Licurgo en Esparta»; la «Gran Retra» (?)	650 Erección de templos de piedra y mármol; técnica de las figuras negras en Corinto
		632 Fracaso de Cilón y su intento de establecer la tiranía en Atenas	
		620 Código de Dracón en Atenas	
		600 Los lidios empiezan a acuñar moneda	600 Comienzos de la ciencia y la filosofía (los «Presocráticos»)

Continúa

Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
			582-573 Creación de los Juegos Píticos, Ístmicos y Nemeos
		560-514 Tiranía de Pisístrato y sus hijos en Atenas	Pisístrato incrementa las fiestas religiosas en Atenas
		550 Hegemonía de Esparta en el Peloponeso	
			530 Técnica de las figuras rojas en Atenas
		507 Clístenes inicia sus reformas políticas en Atenas	
	499 Rebelión de las ciudades griegas de Jonia contra los persas		
	494 Derrota de Argos por la Liga del Peloponeso en la batalla de Sepea		Los científicos y racionalistas del s. V; Hipócrates; progreso de la medicina; incremento del conocimiento de la escritura
490-323 Época Clásica	490 Batalla de Maratón	489 Proceso de Milcíades	Estilo clásico en la escultura
		486 Decisión de elegir a los arcontes de Atenas por sorteo	
		483 Ostracismo de Arístides	

Continúa

Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
	480-479 Batallas de las Termópilas, Artemisio, Salamina, Platea y Mícale; Jerjes es expulsado de Grecia		
		477 Fundación de la Liga de Delos	
			470-456 Construcción del templo de Zeus en Olimpia
		Desarrollo de la democracia ateniense; Temístocles es desterrado de Atenas y se refugia en Persia	
	Rebelión de los ilotas en Esparta	*ca.* 460 Hegemonía de Cimón	
		461 Reformas de Efialtes en Atenas; comienza la hegemonía de Pericles	
	460-445 «Primera» Guerra del Peloponeso		
			458 *Orestíada* de Esquilo
		454 Los atenienses trasladan el tesoro de Delos a Atenas	
		Auge del comercio y las manufacturas griegas	451 Pericles hace aprobar una ley que limita la ciudadanía en Atenas

Continúa

Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
			Heródoto escribe sus *Historias*
			447-432 Construcción del Partenón de Atenas
			Actividad de los sofistas en Atenas
	431-404 Guerra del Peloponeso		Tucídides empieza a escribir su *Historia*
		429 Muerte de Pericles	428 *Edipo Rey* de Sófocles
			425 *Los acarnienses* de Aristófanes
		423 Tucídides desterrado de Atenas	
		422 Muertes de Brásidas y Cleón	
		421 Paz de Nicias	
	415-413 Expedición a Sicilia		415 *Las troyanas* de Eurípides
		411-410 Golpe de estado oligárquico en Atenas; creación del consejo de Los Cuatrocientos; régimen de los Quinientos	411 *Lisístrata* de Aristófanes
		407 Ascensión de Dionisio I de Siracusa	
	403-377 Hegemonía de Esparta	404-403 Gobierno de los Treinta en Atenas	
		399 Proceso y ejecución de Sócrates	399-347 Diálogos de Platón; fundación de la Academia

Continúa

Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
	395-387 Guerra de Corinto	Siglo IV: Aparición de la clase de los rétores en Atenas; generalización de las desigualdades económicas y la *stásis* social en Grecia	
	377 Creación de la Segunda Confederación Ateniense		
	377-371 Hegemonía de Atenas		
	371 Victoria de Tebas sobre los espartanos en Leuctra		
	371-362 Hegemonía de Tebas		
		Grave descenso demográfico en Esparta; empobrecimiento de la clase de los «inferiores» en Esparta; cada vez con más frecuencia la propiedad recae en manos de las mujeres en Esparta	
	359 Derrota de Perdicas III	359 Ascensión de Filipo II	
	357 Asedio de Anfípolis	357 Boda de Filipo II y Olimpíade	
		357-355 Guerra Social	

Continúa

Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
		356 Nacimiento de Alejandro Magno; estallido de la Tercera Guerra Sagrada	356 Victoria de Filipo II en Olimpia
			355 Primer discurso de Demóstenes
	352 Batalla del Campo Croco		
	348 Toma de Olinto		
			347 Muerte de Platón
		346 Fin de la Tercera Guerra Sagrada; Paz de Filócrates	346 *Filipo* de Isócrates
	340 Guerra entre Atenas y Macedonia		
	338 Batalla de Queronea	388 Asesinato de Artajerjes III; fundación de la Liga de Corinto; matrimonio de Filipo II y Cleopatra	338 Muerte de Isócrates
		338-325 Gobierno de Licurgo en Atenas	
	336 Invasión de Asia por Filipo II	336 Ascensión de Darío III; asesinato de Filipo II; ascensión de Alejandro III	
	335 Rebelión de Tebas	335 Destrucción de Tebas	335 Aristóteles regresa a Atenas; fundación del Liceo
	334 Batalla de Gránico		
	333 Batalla de Iso	333 Alejandro en Gordion	

Continúa

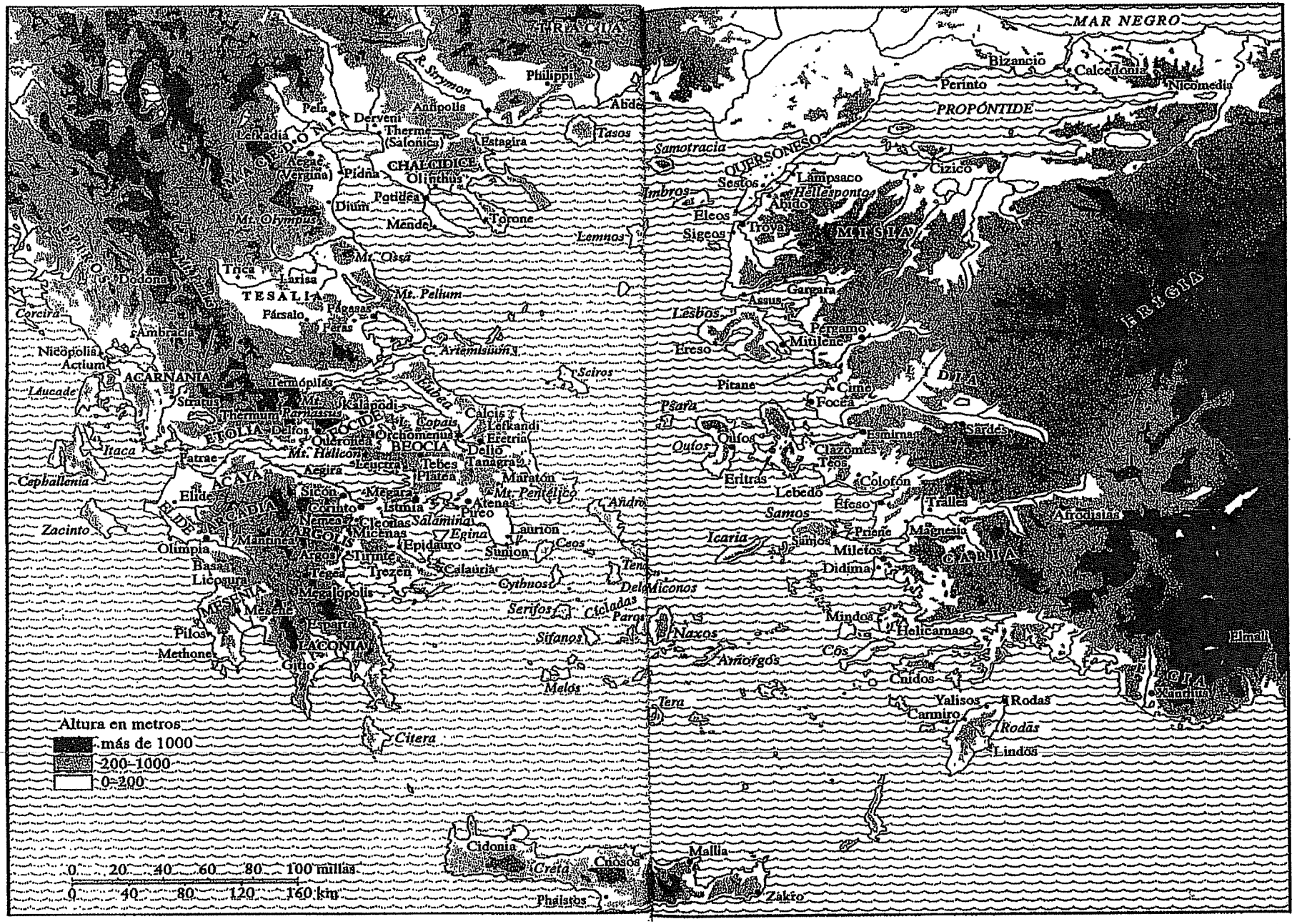
Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
	331 Batalla de Gaugamela	331 Fundación de Alejandría	331 Visita de Alejandro al santuario de Siwah
	330-327 Guerra en Bactria y Sogdiana	330 Destrucción de Persépolis; muerte de Filotas	
		329 Asesinato de Darío III	
		328 Asesinato de Clito	
	327-325 Alejandro invade la India	327 Boda de Alejandro y Roxana	
	326 Batalla del Hidaspes		
		324 Decreto de los Desterrados	
323-30 Época Helenística		323 Muerte de Alejandro III; ascensión de Filipo III y Alejandro IV	
	323-322 Guerra Lamíaca	322 Disolución de la Liga de Corinto	322 Muertes de Aristóteles y Demóstenes
	321 Invasión de Egipto	321 Muerte de Perdicas; regencia de Antípatro	321-292 Carrera de Menandro
	318-316 Rebelión contra Poliperconte		
		317 Tiranía de Demetrio de Fálero en Atenas	
	315-311 Guerra de cuatro años contra Antígono	315 Antígono Monoftalmo proclama la libertad de los griegos	

Continúa

Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
		311 Paz entre Antígono y sus rivales	
	307 Demetrio invade Grecia	307 Fin de la tiranía de Demetrio de Fálero en Atenas	307-283 Fundación del Museo
	306 Batalla de Salamina	306 Antígono y Demetrio son proclamados reyes	306 Epicuro funda el Jardín
	305-304 Sitio de Rodas	305 Ptolomeo, Seleuco, Lisímaco y Casandro se proclaman reyes	
	301 Batalla de Ipso	301 Muerte de Antígono; división de su imperio	301 Zenón funda la Stoa
			300-246 Construcción del Faro
		283 Muerte de Ptolomeo I; ascensión de Ptolomeo II	
	281 Batalla de Corupedio	281 Muertes de Lisímaco y Seleuco	
	279 Invasión de los gálatas		
		237-222 Reinado de Cleómenes III en Esparta	
	222 Batalla de Selasia	222 Destierro de Cleómenes III; fin de sus reformas en Esparta	
	200-197 Segunda Guerra Macedónica		

Continúa

Período	Acontecimientos militares	Acontecimientos políticos y sociales	Desarrollo cultural
		196 Flamínino proclama la libertad de los griegos en los Juegos Ístmicos	
	171-168 Tercera Guerra Macedónica		
		167 Fin de la monarquía macedónica	167 Llegada de Polibio a Roma
	146 Destrucción de Corinto	146 Roma se anexiona Macedonia y Grecia	
	31 Batalla de Accio		
		30 Suicidio de Cleopatra VII; Roma se anexiona Egipto	



Grecia y el mundo egeo

Capítulo 1

LA GRECIA PRIMITIVA Y LA EDAD DEL BRONCE

Uno de los principales héroes culturales de Grecia fue Odiseo, un «varón ... que ... conoció las ciudades y el genio de innúmeras gentes. Muchos males pasó por las rutas marinas ...» (*Odisea*, I, 3-4). Al igual que este héroe legendario, los griegos se sintieron atraídos de manera irresistible por las tierras lejanas. Desde los primeros momentos de su historia y durante toda la Antigüedad se aventuraron a surcar los mares en busca de tierras extrañas, ganándose la vida como mercaderes, colonizadores y soldados mercenarios. El carácter limitado de los recursos naturales de su país obligó a los griegos a mirar al exterior, y tuvieron la suerte inconmensurable de vivir cerca de las riberas mediterráneas de Asia, África y Europa. En el siglo V a. C. ya habían fundado colonias en toda la cuenca mediterránea, desde España a la costa occidental de Asia, y desde el norte de África al mar Negro. El filósofo Platón (*ca.* 429-347 a. C.) comparaba los centenares de ciudades y colonias griegas que bordeaban las costas del Mediterráneo y del mar Negro con un coro de «ranas alrededor de un estanque» (*Fedón,* 109b). Aquellos griegos que llegaron a extenderse por tierras tan lejanas dejaron un legado extraordinario de grandes logros en los terrenos del arte, la literatura, la política, la filosofía, las matemáticas, la ciencia y la guerra. Su historia es tan larga como fascinante.

EL PAÍS GRIEGO

Una historia de los griegos (*Héllēnes)* debe empezar por la descripción del país, pues el medio natural de un pueblo —el paisaje, el clima y los recursos naturales— constituye un factor fundamental para determinar cuál es su modo de vida y cómo se desarrolla socialmente. Grecia (*Hellás*) ocupa la parte meridional de la península Balcánica, que se adentra en el Mediterráneo oriental. Su territorio abarca asimismo las is-

las que circundan el continente por el este y por el oeste, y se extiende además hasta las grandes islas de Creta y Rodas.

Grecia tiene más o menos las dimensiones de Inglaterra en Gran Bretaña o del estado de Alabama en los Estados Unidos. Su paisaje es muy abrupto, pues las montañas ocupan casi el 75% del territorio. Sólo un 30% más o menos de la tierra es cultivable, y sólo en torno a un 20% puede calificarse de buena desde el punto de vista agrícola. Excepto la zona norte del territorio continental, donde hay amplias llanuras, las montañas y las colinas dividen el país en numerosas planicies costeras, altiplanicies y pequeños valles. Las cadenas montañosas, no excesivamente altas (entre 1.000 y 2.700 metros), son muy escarpadas y abruptas, hacían que los desplazamientos por vía terrestre fueran muy difíciles en la Antigüedad, y contribuyeron a aislar los pequeños valles y sus poblaciones.

La vía de comunicación más cómoda era con diferencia la marítima, sobre todo en las islas y en la zona meridional del territorio continental, donde la costa no dista nunca más de 60 quilómetros de ningún punto. Las islas diseminadas por el Egeo facilitaban los desplazamientos por mar. Es cierto, sin embargo, que los escarpados litorales ofrecen un número relativamente pequeño de buenos puertos, y esos lugares estuvieron ocupados continuamente desde los primeros tiempos; pero los marinos nunca llegaban a estar demasiado lejos de alguna rada segura en la que pudieran recalar durante la noche o atracar en caso de tormenta. Durante toda la Antigüedad, las aguas del pequeño mar Egeo unieron a los griegos con el Oriente Próximo y con Egipto en los ámbitos comercial, cultural, político y militar. Los vínculos comerciales fueron fundamentales, pues, a excepción de la piedra para la construcción y de la arcilla, Grecia carece de materias primas. La necesidad del comercio ultramarino para la adquisición de materias primas, especialmente el bronce, obligó a los griegos desde los primeros momentos de su historia a volver sus ojos hacia el mar y a ponerse en contacto con las civilizaciones más antiguas del este y del sur.

El clima mediterráneo es semiárido, con veranos largos y secos e inviernos cortos, frescos y húmedos, y es en esta época en la que se producen la mayoría de las precipitaciones. Este esquema general varía en Grecia de una región a otra. La zona norte tiene un clima más continental, con inviernos mucho más largos y húmedos que en el sur. La mayor parte de las precipitaciones afectan a la zona occidental del continente, mientras que las islas del Egeo son mucho menos lluviosas. El clima generalmente benigno permite el ejercicio de actividades al aire libre durante la mayor parte del año. Pese a ser muy rocoso, el suelo de Grecia es bastante rico; las tierras más fértiles se encuentran en las pequeñas llanuras en las que la tierra de las colinas arrastrada por las lluvias ha formado, con el paso del tiempo, profundos sedimentos. Las laderas de las colinas, de naturaleza bastante escarpada, pueden cultivarse en terrazas, método que impide el progreso de la erosión, al tiempo que recoge la tierra de la cima. Las montañas, con sus escarpados picos de caliza y sus profundos barrancos, producen sólo vegetación silvestre, pero en algunas se abren valles aptos para el desarrollo de la agricultura y el pastoreo. La madera, fundamental como combustible y para la construcción, y sobre todo para la fabricación de barcos, era originariamente abundante en las zonas montañosas. Con el paso del tiempo, sin embargo, los bosques fueron agotados y aproximadamente en el siglo V a. C. las regiones más pobladas se vieron ya obligadas a importar madera. El agua, el recurso natural más preciado, escasea en Grecia, pues hay muy pocos ríos que corran todo el año, y pocos lagos, estanques y manantiales. A diferencia de lo que ocurría en los grandes valles fluviales de Egipto y Mesopotamia, el regadío a gran escala no era posible en Grecia; la agricultura dependía de las precipitaciones anuales, por lo demás bastante limitadas.

Deberíamos subrayar que esta descripción del país y de los recursos de Grecia es excesivamente general. Pese a sus pequeñas dimensiones, Grecia posee una gran variedad de paisajes y microclimas, en los que las precipitaciones, la cantidad y la calidad de las tierras labrantías, los pastos y las materias primas son muy diversos. En general, sin embargo, la tierra —que los griegos llamaban *Gaîa*, la «Madre Tierra»— permitía a la mayoría de los labradores llevar una vida decente, aunque modesta. Pero no ofrecía garantías. La sequía, sobre todo en las regiones más áridas, constituía una amenaza constante y temida. Un invierno seco comportaba un año de carestía, y una sequía prolongada significaba hambre y pobreza para aldeas y comarcas enteras. Las lluvias torrenciales, por otro lado, podían hacer que las aguas se precipitaran violentamente por las laderas de las colinas y las torrenteras secas, destruyendo rápidamente las terrazas, inundando los campos, y arruinando las cosechas. La vida en el mar era igualmente imprevisible. Pese a ser casi siempre un mar tranquilo y con buenos vientos, el Egeo podía en ocasiones embravecerse con tormentas feroces capaces de echar a pique barcos, cargamentos y tripulación. (La muerte por ahogamiento en el mar, que además no permitía enterrar los cadáveres, se consideraba en Grecia una suerte horrorosa.) Teniendo en cuenta hasta qué punto se encontraban los griegos a merced de la tierra, los cielos y los mares, no es de extrañar que los dioses que adoraban fueran personificaciones de los elementos y las fuerzas de la naturaleza.

Alimentación y ganadería

En general, el suelo y el clima de Grecia permiten más que de sobra el cultivo de la «tríada mediterránea», cereal, vid y olivo. El pan, el vino y el aceite de oliva constituyeron durante toda la Antigüedad y siguieron haciéndolo mucho después la base de la dieta griega. Los cereales —trigo, cebada y avena— se crían perfectamente en el suelo de Grecia, y fueron cultivadas a partir de las variedades silvestres nativas. El olivo y la vid, plantas también indígenas de Grecia, conocieron un gran auge en su variedad cultivada. Las legumbres (guisantes y habas), y diversos tipos de verduras, frutas (sobre todo higos), y frutos secos, constituían un suplemento de los componentes básicos de la alimentación, formados por el pan, las gachas y el aceite de oliva, y les daban alguna variedad. El queso, la carne, y el pescado, alimentos ricos en proteínas y grasas, completaban su dieta; no obstante, la carne constituía una parte muy pequeña de la ingestión diaria de alimento de una familia media, y como el pescado tampoco es muy abundante en el Mediterráneo, ambos productos se tomaban como «aditamento» secundario de la comida principal. A los griegos no les gustaba la mantequilla y tomaban poca leche. Sus bebidas eran el agua o el vino (normalmente aguado). La miel se utilizaba como edulcorante, y se empleaban diversas especias para realzar el sabor de los alimentos. Aunque pueda parecer monótona para los gustos actuales, la dieta griega era muy sana y nutritiva.

El pastoreo de pequeños animales no interfería en la agricultura. Los rebaños de ovejas y cabras pastaban en los terrenos escarpados que no podían utilizarse como campos de cultivo o en los barbechos, y de paso proporcionaban estiércol. Al ser las en-

cargadas de suministrar lana, queso, carne y pieles, ambas especies tenían una gran importancia económica. Los griegos criaban asimismo cerdos, muy apreciados por su carne, y aves de corral. Los dos animales domésticos de más talla, caballos y vacas, ocupaban un nicho especial en la economía y la sociedad helénicas. Los bueyes (toros castrados) y las mulas (híbrido de caballo y asno) eran necesarios para arar los campos y como animales de carga. Un agricultor que no dispusiera de una yunta de bueyes o un par de mulas podía ser calificado de pobre. Los rebaños de vacas y los caballos suponían una seria competencia a la agricultura, pues las grandes extensiones de prados que necesitan eran también buenas tierras de cultivo. Hablando en términos prácticos, la cría de ganado vacuno y equino a gran escala (si exceptuamos las llanuras del norte del país) sólo era posible en épocas de baja densidad de población. Al ser unos bienes tan caros, vacas y caballos constituían un símbolo de riqueza. El ganado vacuno se criaba fundamentalmente por su carne y su piel. Los caballos eran la principal marca de condición social elevada: animales hermosos, caros de sostener, y útiles sólo para la monta y como tiro de carros ligeros.

Esta vida agrícola y pastoral permaneció básicamente inalterable durante toda la historia de Grecia. El hecho fundamental desde el punto de vista económico de que la Grecia antigua fue ante todo un país de agricultores a pequeña escala (la mayoría de la población vivía en aldeas y pequeñas ciudades) determinaría todos los aspectos de la sociedad griega, desde la política a la guerra o la religión. Se ha calculado que incluso entre los siglos V y III a. C., el período en el que las cotas de población fueron más altas, casi el 90% de los habitantes de una ciudad-estado se dedicaba a la agricultura. Una de las grandes fuerzas de cohesión de las ciudades-estado griegas era la devoción que sentían los labradores-ciudadanos por sus pequeños campos de labranza y las colinas que los circundaban, y su disposición a morir defendiendo la «tierra de sus antepasados», como la llamaba el poeta Homero. Y la principal fuerza de disgregación que podemos apreciar a lo largo de toda la historia de Grecia fue la constante tensión existente entre los ciudadanos que poseían muchas tierras y los que poseían pocas o ninguna.

Fuentes para la historia de la Grecia primitiva

La verdadera historia de Grecia, en el sentido de los acontecimientos específicos que afectaron a una serie de individuos concretos, no empezaría hasta el siglo VII, cuando la escritura permitió registrar lo que sucedía en el mundo griego. El conocimiento de lo que había ocurrido anteriormente llegó en forma de los antiguos *mythoi* («relatos»), transmitidos oralmente de generación en generación durante siglos. Los historiadores de la antigua Grecia aceptaron esos mitos, muchos de los cuales habían sido fijados por escrito, como hechos históricos y los utilizaron para reconstruir la historia primitiva de su pueblo. Los historiadores modernos, en cambio, al darse cuenta de cuánto pueden cambiar los viejos relatos a medida que van contándose una y otra vez, se muestran en general bastante escépticos respecto a su valor histórico, aunque es posible que algunos contengan elementos verídicos.

La principal leyenda del pasado griego era el mito de la Guerra de Troya, el asedio al que fue sometida durante diez años la gran ciudad fortificada de Troya, situada al noroeste de Anatolia (la actual Turquía), por un gran ejército de griegos al mando de Agamenón, rey de Micenas, importante ciudad del Peloponeso. Si realmente existió esa guerra (entre los historiadores modernos reina una gran división de opiniones al respecto), habría tenido lugar durante el siglo XIII a. C., en el punto culminante de la prosperidad y el poderío militar de la Edad del Bronce. Para los griegos de época posterior, los principales depósitos de conocimiento en torno al mundo de la Guerra de Troya eran la *Ilíada* y la *Odisea*, dos largos poemas narrativos atribuidos a Homero, al que consideraban el poeta más grande de su historia. Esos poemas fueron compuestos, sin embargo, cinco siglos después de la Guerra de Troya, en torno a 750-700 a. C. Ambas obras aciertan al presentar la época de la Guerra de Troya como un período de gran riqueza y esplendor arquitectónico, pero en el largo proceso de transmisión oral la sociedad real del Bronce Reciente había sido olvidada por completo. El tipo de sociedad reflejado en los poemas se halla de hecho cronológicamente mucho más cerca de la del propio poeta.

Las discrepancias entre el modo en que los griegos del siglo VIII imaginaban el mundo de la Edad del Bronce y cómo fue éste en realidad, han sido puestas de manifiesto por los descubrimientos arqueológicos. Casi todo lo que sabemos de la Grecia primitiva se basa en el estudio de los restos arqueológicos. La arqueología (el estudio de los *archaîa*, de las «cosas antiguas») científica o sistemática tiene apenas un siglo de antigüedad. Hasta finales del siglo XIX los anticuaristas habían excavado los viejos enterramientos y poblados interesándose básicamente sólo por el descubrimiento de objetos de arte más o menos preciosos, sin utilizar los artefactos encontrados y los demás hallazgos para reconstruir la naturaleza y la historia del yacimiento excavado. En la actualidad, la arqueología es una ciencia que utiliza métodos y equipos muy sofisticados para extraer la más mínima información de los restos materiales. Ha pasado mucho tiempo desde las primeras expediciones organizadas, cuyas técnicas resultan muy toscas según los criterios habituales hoy día. Pero debemos admirar los logros de aquellos primeros arqueólogos que, inventando la disciplina a medida que iban trabajando, fueron los primeros en descubrir y describir las civilizaciones antiguas del Oriente Próximo, de Egipto y de Grecia.

Gracias a la ciencia de la arqueología, los estudiosos saben en la actualidad muchas más cosas acerca de la sociedad y la cultura de la Grecia primitiva que los propios griegos antiguos, que sólo las conocían a través de los mitos y la leyenda. Pese a todo, siguen siendo muchas las preguntas sin respuesta y aquéllas a las que se ha dado una respuesta parcial. La arqueología de la prehistoria posee únicamente fragmentos silenciosos de las civilizaciones antiguas. Los distintos escenarios de la historia se hallan enterrados muy lejos de la superficie, cada nivel de habitación se ha visto aplastado por la enorme fuerza de los estratos sucesivos y ha sido erosionado por el tiempo y las fuerzas de la naturaleza. Encajando (a veces literalmente) los distintos testimonios, los arqueólogos pueden reconstruir con bastante exactitud los aspectos materiales de la vida y de la sociedad. Mucho más difícil resulta, sin embargo, extraer de los restos arqueológicos conclusiones acerca del comportamiento o las creencias de la sociedad. En este sentido, los arqueólogos del Egeo son muy afortunados, pues poseen no sólo una gran cantidad, sino también una gran variedad de materiales para reconstruir a partir de ellos la sociedad; esos materiales van desde la cerámica pintada o la pintura mural a los relieves, la escultura y, lo que es más importante, la documentación escrita, conservada en tablillas de arcilla. Todos esos testimonios han contribuido a mejorar infinitamente nuestro conocimiento de la cultura griega primitiva.

Grecia durante la Edad de Piedra

Durante este siglo, la arqueología de la Grecia primitiva ha dado pasos de gigante; en cambio, por lo que respecta a la Edad de Piedra, al estar el país tan poco poblado en esta época, sigue reinando una gran oscuridad. Los humanos vivieron en Grecia por lo menos desde el Paleolítico Medio (*ca.* 55000-30000 a. C.). Esos primeros habitantes vivían principalmente de la caza y la recolección de plantas silvestres, utilizaban herramientas finamente talladas y armas de piedra, madera y hueso. A finales de la Era Glacial, cuando empezaron a retroceder los hielos que habían cubierto la mayor parte de Europa (*ca.* 12000 a. C.), el clima de Grecia se calentó considerablemente; a lo largo de este proceso, el paisaje y su flora y fauna fueron modificándose hasta alcanzar sus formas actuales. Los testimonios procedentes de una cueva del sur de Grecia, en el lugar llamado Franchthi, demuestran que los hombres de finales de la Era Glacial cazaban ciervos y otros animales más pequeños, pescaban en las aguas costeras, y recolectaban cereales, guisantes y habas silvestres, así como frutos secos. Probablemente tenían también alguna experiencia en la navegación marítima en pequeños barcos construidos con cañas y pieles.

A comienzos del Neolítico (*ca.* 6500-3000 a. C.), los hombres aprendieron a cultivar los cereales y otras plantas silvestres y a domesticar animales, inaugurando la economía agrícola y ganadera que constituiría el principal pilar de la vida griega hasta los tiempos más recientes. Este nuevo modo de vida, que reproducía un proceso iniciado en el Oriente Próximo casi dos mil años antes, quizá fuera introducido en el país por nuevos pobladores llegados de la Anatolia occidental. El cultivo de las plantas constituye un acontecimiento crucial en la vida del hombre. Permite el incremento de la población y obliga a la práctica del sedentarismo. El Neolítico fue testigo de la aparición de los primeros poblados agrícolas permanentes, formados por casas de una sola habitación, similares por su construcción a las del Oriente Próximo. Las casas se hacían de adobe sobre cimientos de piedra, con pavimentos de tierra apisonada y tejados planos o a dos aguas hechos de paja o maleza. El tipo de casa neolítica y la costumbre de concentrar casas en pequeñas comunidades permanecerían inalterables durante milenios en Grecia y en el Oriente Próximo. Dadas las favorables condiciones climáticas de la Edad de la Piedra Nueva, los poblados fueron creciendo y se formaron otros nuevos.

La organización social de los pequeños poblados de la Edad de Piedra probablemente fuera muy sencilla. Las familias cooperaban y compartían las cosas con sus vecinos, la mayoría de los cuales eran además parientes. Debemos suponer que por entonces se establecería la división del trabajo por sexos y edades y el dominio de los varones sobre las mujeres, y aunque ningún individuo o ninguna familia ocupara una posición de predominio, probablemente unas veces un hombre y otras otro asumieran la jefatura con carácter temporal, según las necesidades del momento. Sin embargo, en un punto determinado del proceso de crecimiento de la población aparecieron los papeles dirigentes con un carácter más formal y duradero. Esa posición de jefatura semipermanente fue ocupada por un tipo de persona que los antropólogos llaman «gran hombre» u «hombre principal», por alguien que sepa «mandar». Su carácter fuerte, su sentido de la responsabilidad, su sabiduría a la hora de resolver las disputas, su valor ante el peligro, y otras cualidades por el estilo lo sitúan en primer plano y lo mantienen en ese lugar. Con el tiempo, esa posición se convierte en una especie de «cargo» al que accede otro hombre que demuestre ser más idóneo para él que otros aspirantes, cuando el viejo hombre principal se retira o muere (o es derrocado). Es casi seguro que durante el Neolítico se produjo este tipo de «jerarquización» política y social. Más tarde, la división en dos grupos, el pequeño colectivo de los que dirigían y el más grande de los dirigidos, se convertiría en un rasgo permanente de la vida política de Grecia.

Las antiguas civilizaciones del Oriente Próximo

Mientras en Grecia y en otros rincones del continente europeo iban evolucionando las sociedades jerarquizadas, en el Asia occidental y en el norte de África se formaba un nuevo tipo de sociedad: el «estado» y la «civilización». Cuando los griegos alcanzaron una civilización elevada (en torno al 1600 a. C.), las culturas civilizadas del Oriente Próximo y Egipto tenían ya 1500 años de antigüedad. Los maestros directos de los griegos habrían sido los cretenses, que alcanzaron ese nivel en torno al 2000 a. C., pero incluso en Creta el desarrollo de la civilización fue fruto también del contacto con las civilizaciones más antiguas. La historia de la civilización griega antigua enlaza con las civilizaciones de Oriente.

La región en la que surgió la civilización más antigua fue llamada más tarde por los griegos Mesopotamia, «el país entre los ríos» Tigris y Éufrates. En esta extensa y fértil llanura fluvial, la capacidad de organizar y dominar el medio natural y social había llegado a un nivel bastante alto hacia el 3500 a. C. Por primera vez en la historia universal aparecieron el regadío a gran escala, la tecnología de los metales, las grandes ciudades, la administración burocrática, unas redes comerciales complejas, y la escritura.

La mayoría de estos nuevos elementos hunden sus raíces en la cultura mesopotámica primitiva. El camino hacia la civilización fue fruto del progreso competitivo y de la interacción de algunos elementos que crearon un efecto de espiral. Los avances en la tecnología del regadío incrementaron la producción de alimentos, que a su vez permitió un ulterior incremento de la población. La responsabilidad de los gobernantes y su capacidad de movilizar la mano de obra y los recursos necesarios para unos proyectos de regadío cada vez más ambiciosos les dieron más poder y les permitieron convertirse en una clase dirigente privilegiada, netamente diferenciada de la masa del pueblo. El apetito cada vez mayor de objetos suntuarios en consonancia con la elevada condición que mostraron las elites gobernantes, incrementó la cantidad y la calidad de la manufactura nacional y provocó la rápida expansión de un comercio de materias primas y productos exóticos con países lejanos. Esos bienes se pagaban con los excedentes cada vez mayores producidos por la tierra, que pasó en una proporción cada vez mayor a ser controlada por los dirigentes.

La civilización egipcia, surgida hacia 3200 a. C. a lo largo del estrecho y largo valle del Nilo, siguió la misma trayectoria que las civilizaciones del Oriente Próximo, con la diferencia de que Egipto se convirtió muy pronto en un reino unido a las órdenes de un único faraón (rey). Las civilizaciones del Egeo, Creta y Grecia seguirían el modelo del Oriente Próximo, caracterizado por la existencia de ciudades-estado y reinos distintos.

Ciudades-estado y reinos

En Mesopotamia, a medida que fue progresando la producción agrícola, los poblados habitados por cientos de personas se convirtieron en ciudades con millares o inclu-

so decenas de millares de habitantes. En las fértiles zonas de regadío, la ciudad más grande y más poderosa dominaba a las más pequeñas y a las aldeas de los alrededores, aglutinándolas en una sola entidad política, administrada desde la capital. El territorio de esas primeras ciudades-estado, como suele llamárselas, era bastante pequeño, por regla general no más de unos pocos centenares de quilómetros cuadrados; sin embargo, el avance que supuso el paso de la comunidad más o menos vaga de ciudades y aldeas a la creación de un estado centralizado cambió el curso de la historia de la humanidad.

Con la civilización, la sociedad se estratificó en gran medida. El príncipe y sus subordinados inmediatos tomaban todas las decisiones, que eran puestas en vigor por los oficiales de rango inferior y sus ayudantes. La amplia base de la pirámide social estaba compuesta por los productores primarios, labradores y ganaderos de condición libre, a los que se exigía que entregaran al estado (i. e. el palacio) una parte de la producción anual, que contribuyeran con su fuerza de trabajo a los proyectos de regadío y de construcción, y que prestaran servicio en el ejército. Muchos dependían de la clase dirigente, trabajando en calidad de arrendatarios en tierras que pertenecían al palacio o a los templos de los dioses. También algunos artesanos trabajaban directamente para el estado. Al final de la escala, por debajo de la población libre, aunque dependiente, estaban los esclavos. Aunque la esclavitud ya existía antes que la civilización, sólo se convirtió en una práctica importante desde el punto de vista económico y se conoció a gran escala después de la formación del estado.

La formación de los estados modificó la sociedad mesopotámica de mil maneras distintas. El arte y la artesanía dieron pasos de gigante, se inventó la escritura, y la arquitectura alcanzó unas proporciones monumentales. Todos estos refinamientos culturales fueron utilizados por las elites como instrumentos de control social. Los reyes y la alta nobleza, aprovechando una grandísima parte del excedente generado por la agricultura, la manufactura y el comercio, y millones de horas de trabajo humano, construyeron gigantescas murallas defensivas y templos, así como suntuosos palacios y complejas tumbas para sí mismos y para su familia. En particular, la arquitectura se puso al servicio de la religión, que en se convirtió en el medio de control más importante, pues identificaba la voluntad del gobernante con la de los dioses. Las grandes riquezas y el incremento de la población permitieron que unos ejércitos bien organizados libraran batallas a gran escala; y la guerra, que en un principio no era más que un conjunto de acciones espontáneas inspiradas por el deseo de venganza o el afán de botín, pasó a convertirse en una serie de campañas de castigo o de conquista organizadas deliberadamente por un gobernante contra otro.

La tendencia natural de dos estados limítrofes es intentar dominar al vecino. En la Mesopotamia primitiva, una ciudad-estado poderosa podía intimidar y conquistar a sus vecinas más débiles erigiéndose en capital. Su soberano se convertía entonces en gran rey de una serie de estados vasallos. Esos reinos eran inestables por naturaleza, pues la propia ciudad-estado que lo encabezaba era víctima continuamente de luchas intestinas por el poder y, además, las ciudades sometidas intentaban una y otra vez reafirmar su independencia. Por otra parte existía la amenaza constante de incursiones de pueblos que vivían en los aledaños de la civilización. En ocasiones, grandes grupos de guerreros salían en masa de las montañas o de los desiertos en los que vivían y se apoderaban de ciudades y reinos. Ése era el mundo geopolítico en el que durante el segundo milenio a. C. aparecieron las civilizaciones de Creta primero y de Grecia después.

Grecia durante el Bronce Antiguo (*ca.* 3000-2100 a. C.)

La tecnología de la fundición y elaboración del cobre se originó, al parecer, independientemente en el Asia occidental y en el sudeste de Europa antes de 6000 a. C. El siguiente paso, mucho más importante, consistió en añadir al cobre un 10% de estaño y producir bronce, mucho más duro, y se dio en el Oriente Próximo durante el cuarto milenio. La técnica llegó a Grecia hacia 3000 a. C.; pero aproximadamente en 2500, el uso del bronce y de otros metales como el plomo, la plata y el oro, se extendió por toda Grecia y el Egeo.

La introducción de la metalurgia supuso un avance tecnológico de primera magnitud, pues las herramientas y armas de bronce eran considerablemente más eficaces que las de piedra, hueso o cobre. Pero las consecuencias no sólo fueron utilitarias; el paso a la Edad del Bronce supuso un momento crucial en las relaciones sociales y económicas vigentes en Grecia, como había sucedido en Oriente. Fueron los personajes y las familias de alto rango, los que poseían un mayor excedente de riqueza, quienes en mayor medida tuvieron acceso al bronce y a los productos metálicos, siempre escasos. La posesión de esos productos y otros objetos de prestigio los alejó aún más de la masa de la población. Su demanda cada vez mayor de objetos de metal dio lugar a la aparición de obreros especializados y talleres locales, y aceleró el comercio del cobre y el estaño y otros metales no sólo con Oriente, sino también con los pueblos de la Europa central y occidental. La Grecia del Bronce Antiguo fue abriéndose paso en la economía y la cultura del mundo mediterráneo en general. Y con la expansión de la economía y el crecimiento de los asentamientos, se incrementaron la riqueza, el poder y la autoridad de los líderes, ahora convertidos en jefes hereditarios con carácter vitalicio, a los que se concedían honores y privilegios excepcionales.

Un gran poblado griego del Bronce Antiguo fue la ciudad de Lerna, en la Argólide, donde se han encontrado restos de importantes fortificaciones de piedra y algunas construcciones monumentales, la mayor de las cuales quizá fuera la casa del príncipe. El refinamiento de la arquitectura y la calidad de los artefactos nos hablan de un sistema político y económico bastante complejo, aunque mucho menos avanzado que los del Oriente Próximo o Egipto. Lerna floreció desde más o menos 3000 hasta aproximadamente 2100 a. C., cuando fue destruida junto con otras ciudades y aldeas de la Argólide, el Ática y Laconia. Por esa misma época se produjeron destrucciones de poblados análogas en buena parte de Europa.

Grecia durante el Bronce Medio (*ca.* 2100-1600 a. C.)

Tras esas destrucciones, Grecia entró aparentemente en una fase de estancamiento cultural. Durante los cinco siglos siguientes, los datos arqueológicos están muy dispersos y son muy poco llamativos. La mayoría de los historiadores relacionan las destrucciones de los poblados y el consiguiente atraso cultural con la incursión de un pueblo nuevo en el centro y el sur de la Grecia continental. La llegada de estos intrusos que hablaban una forma de griego muy primitiva marcó un punto decisivo en la historia y la cultura de Grecia y del Egeo.

Como suele ocurrir con los sucesos acontecidos en una prehistoria tan antigua, son muchas las incertidumbres en torno a la fecha de la llegada de esos hablantes de proto-

griego a Grecia. Quizá fuera hacia 2100 a. C., o dos siglos más tarde, cuando tenemos pruebas de la existencia de un nuevo tipo de cerámica y otros rasgos culturales posiblemente nuevos. Basándose en esos materiales, los arqueólogos han denominado esta fase cultural intermedia período «Heládico Medio» (*ca.* 1900-1580). El cuadro se complica aún más debido a una tercera teoría que sitúa la llegada de los hablantes de griego a finales del Heládico Medio, hacia 1600 a. C. Sin embargo, pese a la controversia reinante en torno a la fecha exacta de su llegada, todos los estudiosos admiten que los recién llegados formaban parte de una gran oleada de grupos migratorios procedentes del norte y el este, llamados colectivamente indoeuropeos. Esa unanimidad es fruto de los descubrimientos lingüísticos modernos.

Los indoeuropeos

Durante el siglo XVIII de nuestra era, los estudiosos empezaron a darse cuenta de que el griego tenía numerosas analogías con otras lenguas muertas como el latín, el antiguo persa, y el sánscrito (la lengua de la India antigua), así como con familias enteras de lenguas vivas, como el germánico o el eslavo. Observaron, por ejemplo, una similitud sorprendente en palabras como las que significan «madre»: sánscrito *mātar*, griego *mētēr*, latín *mater*, anglo-sajón *mōdor*, antiguo irlandés *mathir*, lituano *mote*, ruso *mat'*. Las semejanzas existentes en el vocabulario y en la estructura gramatical entre las lenguas antiguas y sus descendientes no tardaron en dar paso a la idea de que todas procedían de un antepasado lingüístico común, denominado «protoindoeuropeo». Se planteó la tesis de que en un momento determinado existió un solo territorio ancestral indoeuropeo, situado acaso en las grandes estepas del norte de los mares Negro y Caspio (una de las múltiples propuestas), y de que las distintas lenguas se desarrollaron en el curso de las migraciones desde el territorio ancestral a destinos muy lejanos. Los hablantes de protogriego formarían, pues, parte de un primitivo y prolongado éxodo de pueblos, que a lo largo de los siglos difundieron las lenguas indoeuropeas por toda Europa y buena parte de Asia, desde Irlanda hasta el Turquestán chino.

Los primeros hablantes de griego

Finalmente, la lengua de los intrusos hablantes de griego sustituyó a las lenguas «egeas» no indoeuropeas, que se conservaron en griego fundamentalmente en algunos topónimos (e. g. *Kórinthos*) y en los nombres de algunas plantas y animales nativos como el *hyákinthos*. Este hecho indicaría, al parecer, que los hablantes de griego eran el grupo dominante de la sociedad, aunque una lengua puede desplazar a otra por motivos distintos a la conquista o la dominación. En cualquier caso, el proceso de desplazamiento probablemente fuera largo, y en él habrían coexistido durante siglos el griego y las lenguas indígenas.

Durante los siglos XIX y XX se plantearon numerosas conjeturas respecto al carácter de la organización social y la cultura de esos primeros hablantes de griego. Se suponía que los indoeuropeos eran una raza superior de guerreros «arios» montados a caballo originarios del norte, que entraron violentamente en el sur de Europa y con la misma violencia impusieron su lengua y sus costumbres a las poblaciones autóctonas, más dóciles, poco belicosas, y dedicadas a la agricultura. Esas hipótesis eran fruto de un eurocentrismo caracterizado por un fuerte sesgo racial. Ningún especialista admite en la actualidad nada de ese «mito ario», que fue el pretexto utilizado para cometer tantos crímenes contra la humanidad durante los siglos XIX y XX, y que culminó en los horrores perpetrados por los nazis y los fascistas durante los años treinta y cuarenta del último siglo.

Lo más que podemos afirmar con seguridad en torno a esos indoeuropeos recién llegados y hablantes de griego es que para subsistir se dedicaban al pastoreo y a la agricultura, y que conocían la metalurgia y otras técnicas, como la cerámica o la fabricación de vestidos. En cuanto a su sociedad, sólo podemos conjeturar que estaban organizados en familias y grupos más amplios (clanes y tribus) de carácter patriarcal (el padre era la autoridad suprema) y patrilineal (el linaje se calculaba por línea paterna). Su principal divinidad era Zeus, un poderoso dios varón; y eran un pueblo guerrero con un sistema jerárquico de autoridad. La idea en otro tiempo generalizada de que las sociedades preindoeuropeas de Grecia en torno al 2000 a. C. eran todo lo contrario —es decir, pacíficas, no jerarquizadas, y matriarcales (la ascendencia, la herencia y la autoridad procedían de la madre)— está en la actualidad muy desacreditada. En la mayoría de los terrenos, si exceptuamos la lengua, la religión y algunos elementos relativamente menores (como la arquitectura o la cerámica), los dos pueblos eran probablemente muy similares.

La mejor forma de explicar la decadencia en el ámbito cultural perceptible durante el Heládico Medio (*ca.* 1900-1580 a. C.) es apelar a una larga fase de ajuste, durante la cual la población nativa y los recién llegados fueron fusionándose poco a poco en un solo pueblo a través de generaciones y generaciones de matrimonios mixtos, y sus culturas se fundieron en una sola cultura de lengua griega que contenía elementos de las dos. Por otra parte, el Bronce Medio (Heládico Medio) no fue una época totalmente estática. Aumentó la población, se produjeron avances en el campo de la metalurgia, y comenzaron los contactos con las civilizaciones de Creta y del Oriente Próximo. Todo ello haría que hacia finales de este período se produjera la repentina aceleración cultural que desembocó en la civilización superior del Bronce Reciente (Heládico Reciente).

El descubrimiento de la civilización egea: Troya, Micenas, Cnosos

Las avanzadas civilizaciones que existieron en el Egeo durante la Edad del Bronce no se conocieron hasta que se excavaron a finales del siglo XIX tres famosas ciudades de la mítica Edad de los Héroes. Primero, en 1870, Heinrich Schliemann, un acaudalado hombre de negocios alemán convertido en arqueólogo, descubrió la ciudad de Troya. En tiempos de Schliemann, la mayoría de los historiadores rechazaban la veracidad de la guerra de los micénicos contra Troya (el acontecimiento más importante del pasado de los griegos), y la consideraban un cuento mítico más. Schliemann, sin embargo, estaba convencido de que la Guerra de Troya había existido exactamente tal como la contaban las antiguas epopeyas, la *Ilíada* y la *Odisea*. Utilizando a su admirado Homero como guía, empezó a excavar en un lugar llamado Hissarlik, junto a la costa noroccidental de Anatolia, y sacó a la luz las imponentes ruinas de una ciudad de la Edad del Bronce, que identificó con la Troya del mito. La noticia fue como una sacudida para el

mundo académico y cautivó la imaginación del público profano. ¡Había existido realmente una Troya, descubierta donde Homero decía que estaba situada!

Cuatro años más tarde, Schliemann comenzó las excavaciones de la propia Micenas de la Edad del Bronce. Pese a que los historiadores griegos hablan siempre de ella como de una ciudad de reducidas dimensiones y casi insignificante, la Micenas prehistórica resultó que era más que digna del héroe legendario Agamenón, su rey y el jefe de la expedición griega contra Troya. Aunque los descubrimientos de Schliemann no son una prueba concluyente de la existencia de una guerra a gran escala entre Troya y Micenas, las impresionantes ruinas desenterradas en ambos lugares, con sus inmensas riquezas en oro y otros productos de valor, demuestran que los recuerdos que los griegos tenían de su Edad Heroica (i. e. el Bronce Reciente) como una época de riqueza y esplendor fabulosos, eran acertados. Como Micenas fue el yacimiento más rico (y el primero) en ser estudiado en la Grecia continental, los arqueólogos llaman a toda la cultura de Grecia durante el Bronce Reciente (Heládico Reciente) época micénica (*ca.* 1580-1150 a. C.).

La sociedad y la cultura minoicas (*ca.* 1700-1500 a. C.)

No menos espectacular fue el descubrimiento en 1899 de la tercera ciudad mítica, el complejo «palacial» de Cnosos en Creta, por el arqueólogo inglés Arthur Evans. Evans llamó a la civilización de Creta «minoica» por Minos, el rey mítico de Cnosos, que, según Homero, vivió tres generaciones antes de la Guerra de Troya. En la *Ilíada* y la *Odisea*, Cnosos es la ciudad que domina un país rico y populoso. Ulises, el protagonista de la *Odisea*, lo describe así:

> Existe una tierra
> en mitad de las aguas vinosas: es Creta su nombre,
> bien hermosa y fecunda, cercada de olas. Noventa
> son allí las ciudades ...
> Una de esas ciudades es Cnoso, la grande, en que Minos
> de maduro reinó, consultor de Zeus máximo ...[1]

Se sabe muy poco de la historia primitiva de esta gran isla montañosa (5.400 quilómetros cuadrados). Hacia 7000 a. C., sus primeros habitantes, un pueblo de lengua y origen desconocidos, se establecieron en las zonas central y oriental de la isla, donde había llanuras fértiles bastante grandes, y se dedicaron a la agricultura y a la ganadería. Durante el cuarto milenio aparecieron nuevos asentamientos, y algunos poblados agrícolas crecieron y se convirtieron en ciudades importantes. Con el aumento de la población y el incremento de la producción, los príncipes asumieron unos poderes considerablemente más grandes en sus ciudades y aldeas. Y lo mismo que en el Oriente Próximo, los príncipes de los poblados más grandes pasaron a ser gobernantes únicos de varias comarcas, por encima de otros príncipes y del pueblo. Creta se convirtió así en un país de pequeñas ciudades-reino.

El primer palacio real de Creta fue erigido hacia 2000 a. C. en Cnosos, que para entonces era una gran ciudad de varios miles de habitantes. Otros palacios, aunque no tan grandes ni tan magníficos como aquél, se levantaron después en Festo, Maliá, Zakro y

1. *Odisea*, XIX, 172-179.

otros lugares, y cada centro dominaba un área de unos pocos centenares de quilómetros cuadrados. El auge político y cultural de Creta (y de otras islas del Egeo) probablemente deba atribuirse a su inclusión en el comercio internacional, que fue un componente fundamental de las economías estatales de Oriente. Las relaciones de Creta con Egipto y el Asia occidental fueron estrechas y directas, debido a su posición geográfica y al hecho de que sus puertos naturales hacían de ella una importante encrucijada en las rutas comerciales que atravesaban el Mediterráneo. Las economías palaciegas que surgieron en Creta fueron, en consecuencia, una réplica a pequeña escala de las economías estatales del Oriente Próximo.

Sigue abierta la cuestión de si los pequeños reinos minoicos se consolidaron hasta convertirse en grandes entidades políticas, como ocurrió en el Oriente Próximo, o si no llegaron a hacerlo. Unos opinan que hacia el siglo XVI a. C. la totalidad de la isla, o la mayor parte de ella, era un reino unificado, gobernado por el rey de Cnosos. Otros dicen que Cnosos era el centro dominante de una vaga federación de estados autónomos, lo que parece más probable.

La economía palacial minoica

El complejo palacial que podemos contemplar en la actualidad en Cnosos fue comenzado hacia 1700 a. C., tras la destrucción por un terremoto del primer palacio. Durante su vida sufrió varias restauraciones y añadidos, hasta que finalmente fue destruido hacia 1375. El palacio de Cnosos y los otros más pequeños que existen en Creta estaban formados por un sinfín de habitaciones —dependencias residenciales, talleres y almacenes—, apiñadas en torno a un gran patio central. Al igual que en Oriente, el palacio era el núcleo de toda la sociedad. La imponente residencia del soberano y sus subordinados de alto rango era, al parecer, el centro político y administrativo y el núcleo de la actividad económica, de las ceremonias oficiales, y de los ritos religiosos de todo el reino.

El tipo de economía que se desarrolló en torno a Cnosos y los demás palacios cretenses se denomina economía redistributiva. Su centro —el rey y el palacio— probablemente ejerciera un control notable de la asignación y el uso de las tierras circundantes, buena parte de las cuales pertenecía directamente al palacio. El producto de las tierras del palacio, así como el de las explotaciones agrícolas y ganaderas privadas, pagado en forma de tributo, iba a parar al mismo palacio, donde se almacenaba. El rey podía distribuirlo como quisiera. El flujo de productos alimenticios y de materias primas permitía a su familia y a su séquito llevar un estilo de vida suntuoso y además subvenir a las necesidades de los trabajadores de rango inferior del complejo palacial. Por otra parte, las grandes cantidades de grano y aceite de oliva almacenadas formaban una reserva para distribuir entre la población cuando se producían hambrunas u otras calamidades.

Sin embargo, el principal uso que hacía el rey de su excedente era el comercio. Las grandes áreas del palacio dedicadas a almacenes y la existencia de talleres indican que una parte significativa de la producción estaba destinada a la exportación a cambio de otros bienes. Los talleres trabajaban afanosamente para transformar en bienes materiales las materias primas procedentes de las zonas rurales, como por ejemplo la lana, el lino y las pieles, así como el bronce, el oro, el marfil y el ámbar procedentes

de fuera de la isla. No cabe duda de que muchos de esos productos iban destinados al comercio interior en las ciudades-reino. En toda la isla se han encontrado rastros de la existencia de una buena red viaria, a través de la cual los productos alimenticios, los animales y otros bienes pasaban de un centro a otro o a las ciudades y aldeas más pequeñas. Sin embargo, fue el intercambio de materiales y productos elaborados en el comercio mediterráneo lo que hizo tan ricos a Cnosos y a los demás palacios cretenses.

La diversidad y complejidad cada vez mayores de las economías palaciegas de Creta se ponen de manifiesto en la utilización que hicieron de la escritura con fines administrativos. Hacia 1900 a. C., los cretenses desarrollaron un sistema de escritura pictográfica, inspirado quizá en los jeroglíficos egipcios, en el que un determinado dibujo simboliza un objeto o una idea (como ocurre en el slogan «I ♡ New York»). Hacia 1800 a. C. este sistema evolucionó y se convirtió en una escritura lineal más estilizada, compuesta de signos específicos que representaban sílabas y que se unían para reproducir el sonido de las propias palabras. Aunque esta escritura (llamada «Lineal A» por los arqueólogos), conservada en pequeñas tablillas de arcilla, sigue en buena parte sin ser descifrada, es evidente que se utilizó para llevar el inventario económico de los palacios.

Las clases sociales de Creta

La prueba de la existencia de una sociedad de clases se pone de manifiesto arqueológicamente a través de las grandes diferencias apreciables en los niveles de vida, en los modos de vida, y en la condición social de la minoría privilegiada frente al resto del pueblo. La arquitectura y los hallazgos realizados en Cnosos y otros lugares nos dan una idea bastante buena del enorme lujo del que disfrutaban la familia real y la nobleza. Los arqueólogos además han descubierto en las ciudades situadas fuera de los palacios cómodas casas de dos y tres pisos, que indican la existencia de otro estrato inferior de familias privilegiadas. Este grupo de acomodada gente de ciudad probablemente formara un segmento muy pequeño de la población libre, y quizá perteneciera a los sectores administrativo y comercial. Por otro lado, los miles y miles de labradores y artesanos corrientes casi no han dejado huella en los restos arqueológicos. Los pocos testimonios existentes indican que vivían en casas pequeñas, amuebladas con mucha modestia, en pequeñas aldeas, y que eran enterrados con ajuares fúnebres muy escasos en tumbas sencillas. En otras palabras, vivían más o menos como sus antepasados. Sólo las familias de rango elevado disfrutaban de una riqueza grandísima y de unos modos de vida más lujosos, beneficios obtenidos de los tributos y la fuerza de trabajo extraídos del pueblo.

Con toda probabilidad, la gente corriente de Creta, como la de Egipto o el Oriente Próximo, aceptaba voluntariamente su papel de súbditos explotados, en la idea de que ese ordenamiento rígidamente jerárquico era el adecuado. Si bien es cierto que el pueblo obtenía beneficios en forma de protección frente a la hambruna y a los agresores externos, la aceptación voluntaria de la grave injerencia en sus vidas que suponía el palacio indica algo más, a saber, su identificación con el centro, esto es: con el rey. Como en todos los reinos antiguos, en Creta el rey no sólo era el gobernante, sino todo un símbolo. Era la encarnación del estado: comandante supremo en la guerra, legislador y juez, y, lo que es más importante, representante del país y del pueblo ante los dioses.

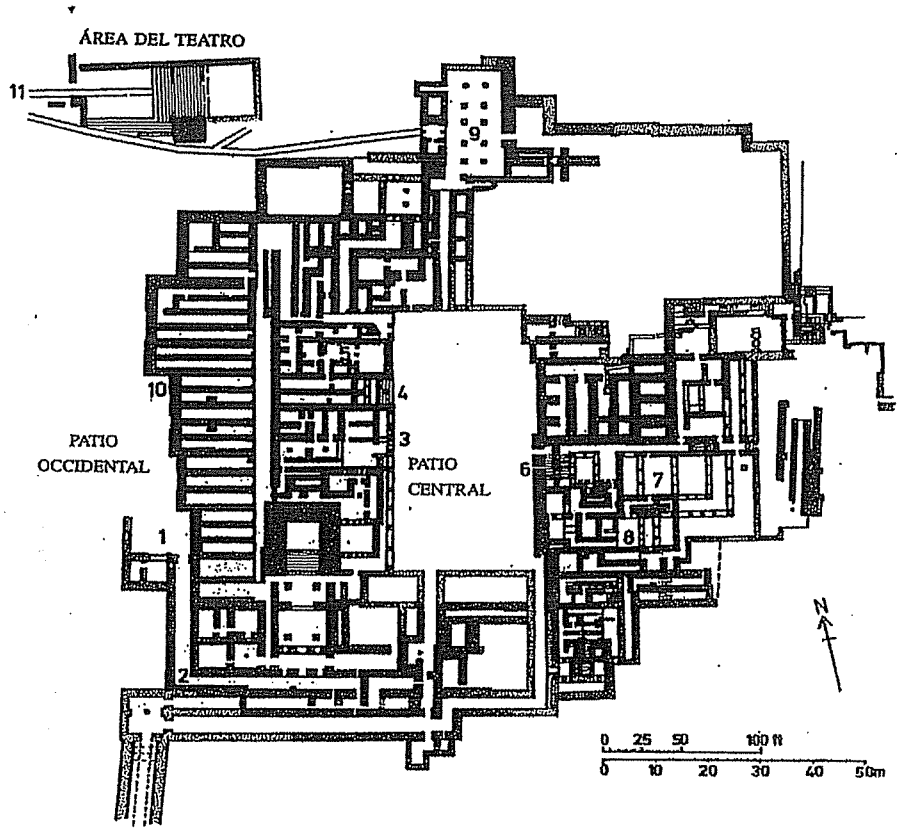
La ampliación de la función sacerdotal del soberano, en opinión de los historiadores, fue uno de los factores clave de la aparición del poder real. Evidentemente los monarcas del antiguo Egipto y del Oriente Próximo legitimaban en gran medida su posición apelando a la equiparación oficial del poder real con la voluntad de los dioses. Los egipcios ampliaron aún más ese principio identificando a cada nuevo faraón con la encarnación humana del dios Horus. Algunos estudiosos del Mediterráneo creen que los reyes minoicos gobernaban como reyes-sacerdotes, lo mismo que los monarcas mesopotámicos. Una diferencia fundamental entre unos y otros, sin embargo, es que en la Creta de la Edad del Bronce no existieron los grandes complejos templarios del Oriente Próximo; parece más bien que los propios palacios fueron el centro religioso de la sociedad.

La esclavitud

A un nivel económico y social por debajo de los labradores y los servidores del palacio de condición libre estaban los esclavos. Lo que diferencia a los verdaderos esclavos de otros individuos que realizan trabajos forzados no radica tanto en el trato que reciben, sino en el hecho de que no son personas, sino una propiedad. Aunque vivan en una comunidad, no son miembros de ella y por lo tanto carecen de la protección más elemental frente a la utilización arbitraria de sus cuerpos. Como la mayoría de los esclavos del mundo antiguo eran cautivos de guerra, es decir, forasteros, resultaba fácil aislarlos como no personas. Aunque la costumbre de capturar individuos y hacerlos esclavos se remonta sin duda a la Edad de Piedra, hasta la aparición de la civilización y del estado durante el cuarto milenio no existió la esclavitud a gran escala, entendida como una cuestión política y una necesidad económica. No tenemos forma alguna de calcular la proporción de esclavos existentes en las sociedades egeas respecto del resto de la población. Es probable, sin embargo, que la mayoría de ellos perteneciera a los palacios.

La cultura minoica

El arte y la arquitectura minoica deben mucho a las civilizaciones del Oriente Próximo y especialmente a Egipto. Los cretenses desarrollaron amplias relaciones comerciales y diplomáticas con Egipto y los estados de los litorales sirio y fenicio, y adoptaron las técnicas y los estilos de las civilizaciones más antiguas. El espíritu que domina el arte y la arquitectura minoica era, sin embargo, muy distinto al de aquéllas. La principal función del arte palacial en Oriente era glorificar a la familia real. Los reyes eran representados como conquistadores irresistibles y gobernantes poderosos. En el arte minoico, en cambio, no existen escenas que muestren al rey como un guerrero dedicado a la conquista, y de hecho son muy pocas, si es que existe alguna, las imágenes de la pompa real. Los temas y los motivos de los murales de los palacios minoicos son más o menos los mismos que los de las villas de «clase media». Por doquier encontramos motivos tomados de la naturaleza. El espíritu del arte de los palacios minoicos es sereno y feliz, a veces incluso risueño. Su objeto era hacer del palacio un lugar lleno de belleza y encanto.



El palacio de Cnosos

1. Pórtico occidental
2. Pasillo de la Procesión
3. Santuario del palacio
4. Pórtico escalonado
5. Salón del trono
6. Gran escalera
7. Salón de las Dobles Hachas
8. «Mégaron de la Reina»
9. Sala del Pilar
10. Almacenes
11. Camino Real al Palacio Pequeño

FIGURA 1.1a. Plano del palacio minoico de Cnosos, Creta.

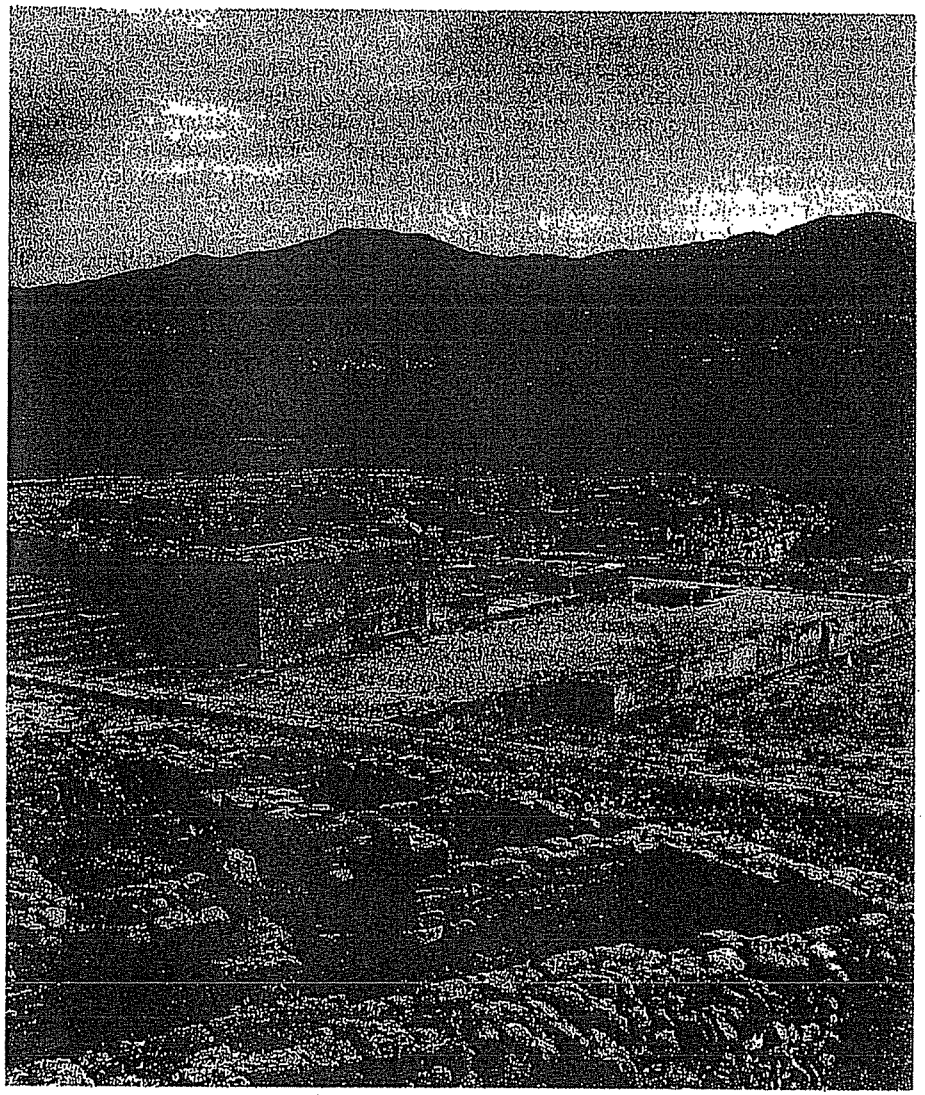


FIGURA 1.1b. Vista de las ruinas del palacio minoico de Festo, Creta.

Los visitantes de las ruinas de Cnosos, restauradas en gran parte por Arthur Evans a comienzos del siglo XX, quedan impresionados por sus dimensiones (ocupaba casi 13.000 metros cuadrados), la complejidad (tenía casi trescientas estancias) y la elegancia de su arquitectura. El palacio estaba hecho de piedra y adobes, y reforzado con vigas de madera (para resistir a los terremotos); y tenía dos o tres pisos, más sótano. Los pórticos (con columnas que nos parecen invertidas) y los numerosos balcones y logias, pintados con brillantes colores, daban a la fachada un aspecto teatral. Pequeños patios de luces permitían iluminar y ventilar el interior del palacio. Un sistema de tuberías y alcantarillas suministraba agua corriente a muchas habitaciones y permitía la eliminación de residuos. Las paredes y los pasillos estaban decorados con pinturas de vivos colores, que representaban motivos vegetales y animales, o escenas de la actividad de los hombres, a menudo procesiones y otros ritos.

La pintura minoica es muy admirada hoy día por su refinamiento, vitalidad y exuberancia, y puede compararse con las mejores producciones del arte de la época. Aunque la pintura egipcia fuera más cuidadosa con los detalles, los pintores cretenses muestran una mayor habilidad a la hora de expresar una sensación de movimiento y de vida. La cerámica minoica, así como la orfebrería y la elaboración de los metales y el marfil, se caracterizan por una destreza técnica y artística análoga. Los frescos y las estatuillas minoicas nos han conservado una imagen visual del aspecto que tenía aquel pueblo, es decir, de los ricos y poderosos habitantes de los palacios y «villas». Hombres y mujeres son representados con figuras jóvenes, esbeltas y llenas de gracia. Los hombres van afeitados y visten únicamente con una faldita corta, parecida al atuendo habitual de los egipcios. Las mujeres llevan complicadas faldas de volantes y corpiños con mangas, ceñidos al cuerpo, que dejan los pechos al descubierto. Hombres y mujeres llevan el pelo largo, delicadamente rizado, y brazaletes y collares de oro.

El aspecto plácido y despreocupado del arte minoico, el hecho de que ninguno de los complejos palaciales cretenses estuviera amurallado, y la tradición griega de época posterior, según la cual Cnosos fue una gran potencia marítima en tiempos del rey Minos, llevaron a los estudiosos de las últimas generaciones a crear la imagen de Creta como una isla pacífica y segura, a salvo de conflictos internos y externos. Sin embargo, el descubrimiento reciente de algunas representaciones de batallas por tierra y por mar, así como la aparición de restos de murallas y obras de fortificación, han hecho abandonar esa idea romántica.

Influencia minoica en el Egeo: Tera

Es bastante dudoso que los cretenses ejercieran realmente un dominio político fuera de su isla. Sin embargo, tuvieron una notable influencia económica y cultural en las Cícladas. Un ejemplo curioso de la hegemonía cultural minoica fue descubierto en la isla de Tera (la actual Santorini), a unas ochenta millas al norte de Creta. En 1967, el arqueólogo griego Spyridon Marinatos comenzó la excavación de una populosa ciudad de varios miles de habitantes, enterrada bajo casi cincuenta metros de cenizas volcánicas. La explosión que partió esta pequeña isla por la mitad —considerada la erupción volcánica más fuerte de la historia— se produjo, según la datación científica más reciente, en torno a 1630 a. C. Como en Pompeya (la ciudad romana de la Campania enterrada por la erupción del Vesubio de 79 d. C.), la ceniza endurecida formó una capa protectora que nos permite contemplar hoy día un cuadro detallado de la vida urbana en el momento de mayor auge de la civilización minoica. Los frescos que adornan las paredes de varias casas tienen un estilo muy parecido y muestran una imaginación y una ejecución análogas a las mejores pinturas de Creta. Otros hallazgos menos espectaculares en otras islas de las Cícladas muestran una «minoicización» semejante en ámbitos tales como el arte, la religión, el vestido y los modos de vida. No obstante, la existencia de ciertos rasgos claramente «locales» dentro de la cultura de las Cícladas, indica que aquellas prósperas islas eran sociedades independientes, socios comerciales, y no avanzadillas coloniales de un supuesto imperio cretense.

Los micénicos

Más o menos por la época de la destrucción de Tera, los griegos entraban en su fase de civilización. También ellos sufrieron una fuerte influencia de los cretenses, llegando incluso a adoptar el modelo de estado minoico. Aproximadamente un siglo después, unos griegos minoicizados del continente, los micénicos, pagaron con ingratitud a sus maestros invadiendo Creta y apoderándose de sus centros de poder.

Como ya hemos señalado, el término «micénico» se aplica a toda la civilización de Grecia correspondiente al Bronce Reciente (Heládico Reciente; *ca.* 1580-1150 a. C.). La aparición en la Grecia continental de un sistema político y social jerarquizado, basado en un control centralizado de la economía, viene a ser un resumen del proceso de formación del estado desarrollado en el Oriente Próximo y en Creta. Antes de 1600, Grecia ya había dado los pasos preliminares: aumento de la población, incremento de la productividad, expansión del comercio exterior, y fortalecimiento del poder económico y político de las autoridades. Cuando los estados del sur de la Grecia continental empezaron a participar plenamente en la economía comercial del Mediterráneo, no tuvieron más que ponerse el manto administrativo fabricado por los minoicos.

Los contactos entre la Grecia continental y Creta habían empezado ya en 2000 a. C., y a partir de ese momento siguieron incrementándose. Los testimonios de la influencia minoica sobre Grecia eran tan incontrovertibles que Arthur Evans, el descubridor de Cnosos, estaba convencido de que los palacios de la Grecia continental de los siglos XIV y XIII habían sido ocupados por reyes cretenses, súbditos leales del rey de Cnosos, cuya poderosa «potencia marítima» había conquistado Grecia. Pero la conclusión, por lo demás bastante razonable, a la que llegara Evans estaba totalmente equivocada, y lo que ocurrió en realidad fue todo lo contrario: fueron los micénicos los que conquistaron la isla. Los belicosos micénicos, que conocían íntimamente Creta y sus defensas, consideraron que aquella isla tan próspera era una presa muy jugosa. Pero, naturalmente, no estaban dispuestos a destruirla. Tras derrotar a las fuerzas cretenses, saquear algunas ciudades y palacios, y matar a sus mandatarios, los griegos del continente se apoderaron de Cnosos y de otros centros y asumieron el gobierno en lugar de sus antiguos príncipes.

La conquista micénica data aproximadamente de 1500-1450. Por esa misma época, una serie de importantes poblados cretenses sufrieron graves daños, aunque Cnosos no se vio demasiado afectada. Existen además indicios de que hacia 1500 a. C. las exportaciones minoicas a distintos lugares del Egeo experimentaron un fuerte retroceso, mientras que las micénicas aumentaron; y en varias islas del archipiélago de las

FIGURA 1.2. Fresco del pescador procedente de Tera.

Cícladas pueden apreciarse con claridad influencias culturales micénicas. No obstante, la sociedad y la cultura cretenses, bajo la égida de los invasores micénicos minoicizados, no cambiaron demasiado. Para la inmensa mayoría del pueblo, la vida siguió siendo la misma, aunque ahora tuvieran que pagar sus tributos a unos reyes que hablaban griego. Y los nuevos monarcas gobernaron y vivieron como los reyes cretenses, aunque siguieran aferrados a ciertas costumbres propias del continente (por ejemplo, en los ritos funerarios). A partir del siglo XV podemos hablar ya de una cultura minoico-micénica, de una dinámica fusión de las dos civilizaciones, que se vio ulteriormente enriquecida por el continuo influjo procedente del Oriente Próximo y Egipto.

Existen algunos motivos para creer que durante la dominación micénica Cnosos llegó a controlar buena parte de las zonas central y occidental de la isla (un área equivalente quizá a casi 2.500 quilómetros cuadrados), tras incorporar los territorios de otros centros palaciales hasta entonces independientes o semindependientes. Pero sus éxitos fueron relativamente breves. Hacia 1375, Cnosos fue incendiada y saqueada, y aunque el palacio en ruinas siguió ocupado, la importancia de la Creta micénica decayó, mientras que Micenas y otros centros de la Grecia continental llegaban al culmen de su prosperidad y de su influencia en el Egeo. No se sabe quién destruyó Cnosos e inició la irreversible decadencia de toda la economía y la cultura cretense. Lo más probable es que griegos micénicos originarios del continente se sintieran tentados por la riqueza de los palacios cretenses y desearan quizá deshacerse de su máximo rival en el comercio mediterráneo.

Las famosas tablillas de arcilla

Como ya hemos visto, los minoicos desarrollaron un sistema de escritura pictográfica para llevar el inventario de su economía, que utilizaron a partir de 1900 a. C. aproximadamente. Los pictogramas eran grabados habitualmente en pequeñas piedras utilizadas a modo de sellos (al apretarse sobre la cera o el barro fresco dejaban la impronta de sus símbolos) y probablemente fueran utilizados como etiquetas y marcas de propiedad. Esta escritura pictórica, que sólo permitía dar una información mínima, fue sustituida por un sistema silábico grabado sobre pequeñas tablillas de arcilla, y empezó a emplearse a partir más o menos de 1800 a. C. Arthur Evans descubrió unas cuantas tablillas escritas en este silabario en Cnosos; más tarde se encontraron pequeñas cantidades de tablillas en Festo, Maliá y otros lugares de Creta y de las Cícladas, lo que demuestra que llegó a ser bastante utilizado en la zona entre los siglos XVIII y XV a. C.

En el estrato de destrucción de Cnosos, Evans descubrió una gran cantidad de tablillas de arcilla (casi tres mil) escritas en una versión de silabario lineal más elaborada. Evans denominó al primer sistema de escritura «lineal A» y al segundo «lineal B», y no se le pasó por la imaginación que representaran otra lengua más que la cretense. El descubrimiento en 1939 de varios centenares de tablillas en lineal B en el complejo palacial de Pilos, al sudoeste del Peloponeso, en un principio pareció reforzar su teoría de que la Grecia continental había sido dominada por los minoicos.

Se consiguió así tener una cantidad suficiente de material para hacer un intento serio de descifrar las tablillas en lineal B. Pese a todo, representaban un desafío enorme, pues su escritura no se parecía en nada a ningún otro sistema utilizado por las civilizaciones del Bronce Reciente, y nadie sabía qué lengua se ocultaba tras ella. Hasta comienzos de los años cincuenta se habían realizado muy pocos avances, pero entonces un joven aficionado británico, Michael Ventris, descubrió el código. Partiendo de la hipótesis de que los signos representaban sílabas y no letras, y de que la lengua que representaban pudiera ser el griego (y, en definitiva, no el minoico), Ventris logró por fin obtener los valores fonéticos de algunos signos. Por ejemplo, la combinación de tres signos —*ti-ri-po*— daba el equivalente silábico de la palabra griega *trípous* («trípode»).

En 1953, Ventris y su colaborador, John Chadwick, de la universidad de Cambridge, publicaron conjuntamente sus descubrimientos en un famoso artículo que cambió por completo nuestra imagen del Egeo durante la Edad del Bronce. En la actualidad no cabe la menor duda de que (1) la lengua de la cultura micénica era el griego, (2) los micénicos adaptaron la escritura lineal A cretense para representar su lengua, el griego, y la utilizaron para lo mismo que los cretenses utilizaron el lineal A, esto es, para llevar el inventario de sus palacios, y (3) los micénicos gobernaban Creta desde, por lo menos, el siglo XV a. C.

Los descubrimientos más recientes de nuevas tablillas en lineal B en Pilos (en 1952), Micenas, Tirinte y Tebas en el continente, así como en Chaniá, en Creta, han venido a incrementar el número de la documentación existente. Hoy día, la mayoría de las más de cinco mil inscripciones en lineal B han desvelado sus secretos. En cambio, pese a los pequeños éxitos cosechados, el lineal A, la escritura de la lengua cretense, por lo demás desconocida, todavía no ha sido descifrada.

EL MUNDO MICÉNICO ANTIGUO (*ca.* 1600-1400 A. C.)

En la Grecia continental e insular se han descubierto centenares de poblados de la Edad del Bronce, cuyo nombre puede identificarse en muchos casos gracias a las leyendas antiguas. La arqueología ha confirmado que las famosas ciudades de la poesía épica existentes en el continente, como Micenas, Tirinte, Pilos, Tebas y Atenas, fueron efectivamente los grandes centros de la Edad del Bronce. Sus grandes palacios, sin em-

bargo, fueron construidos durante los siglos XIV y XIII a. C. sobre los restos de las primitivas estructuras, mucho menos impresionantes, de los micénicos antiguos. Por consiguiente, lo que sabemos de la primera etapa de la civilización micénica, correspondiente más o menos al período comprendido entre 1600 y 1400, se basa en la información que nos ofrecen las tumbas y las ofrendas enterradas con los cuerpos de los difuntos, hombres, mujeres y niños.

La aparición del poderío micénico: las tumbas y enterramientos de fosa

El contenido de dos recintos funerarios de forma circular, reservados a las familias privilegiadas, ha arrojado mucha luz sobre la evolución de la Micenas primitiva. El círculo de tumbas más antiguo, descubierto fuera de la ciudadela en 1952, fue utilizado desde finales del siglo XVII (Heládico Medio) hasta más o menos 1500 a. C. Coincide en parte cronológicamente con el otro círculo de tumbas, situado en un extremo de la ciudadela y descubierto por Schliemann. Este último, mucho más rico, se usó desde comienzos del siglo XVI hasta después de 1500.

Las sepulturas de los dos recintos reciben el nombre de «tumbas de fosa», porque los cadáveres eran depositados en unos pozos rectangulares bastante hondos tallados en la roca. El primer círculo contenía numerosas armas de bronce (espadas, puñales, puntas de lanza, y cuchillos) y gran cantidad de cerámica local, pero pocos objetos de oro y joyas. En comparación, solamente en una de las tumbas del otro recinto, que contenía los cuerpos de tres hombres y dos mujeres, había no sólo todo un arsenal de armas (por ejemplo 43 espadas), sino también centenares de otros objetos preciosos, entre ellos exquisitas joyas de oro que adornaban los cuerpos de las mujeres. Los ajuares fúnebres demuestran la existencia de una artesanía soberbia, y el uso de materiales preciosos, como el oro, la plata, el bronce, el marfil, el alabastro, la porcelana y el ámbar, importados de Creta, Chipre, Egipto, Mesopotamia, Siria, Anatolia, y la Europa occidental. Los estilos y las técnicas dejan ver una mezcla ecléctica de elementos heládicos tradicionales y foráneos.

La riqueza cada vez mayor de las tumbas de fosa pone de manifiesto el desarrollo del poder de la clase dirigente de Micenas durante más o menos 150 años. Los ajuares fúnebres demuestran que durante el Heládico Medio los caudillos-guerreros y sus seguidores más próximos dominaban ya la economía local y estaban en contacto con las civilizaciones más consolidadas. Sus nietos y biznietos se convertirían en grandes señores de la guerra que, con la ayuda de sus subordinados inmediatos, establecerían una organización férrea de su economía local, y de paso contribuirían a su expansión, desempeñando un papel importante en la economía de todo el Mediterráneo.

Poco antes de 1500, las elites micénicas adoptaron un nuevo tipo de tumbas, llamadas de *thólos*, que nos proporcionan más pruebas del incremento de su poder y de sus recursos. Los *thóloi* (plural) encontrados por toda Grecia constituyen la máxima realización de la arquitectura micénica. Eran grandes cámaras de piedra en forma de colmena, excavadas en horizontal en el seno de un talud. Se accedía a la sepultura abovedada y a la cámara ritual a través de un largo pasillo de piedras apiladas y de una gran puerta de bronce, todo ello cubierto con un túmulo de tierra. El *thólos* representa la mayor prueba de ostentación de la clase alta micénica. Podemos considerarlo una afirmación visible de su «entrada» en la escena del Mediterráneo en general. Por desgracia, la

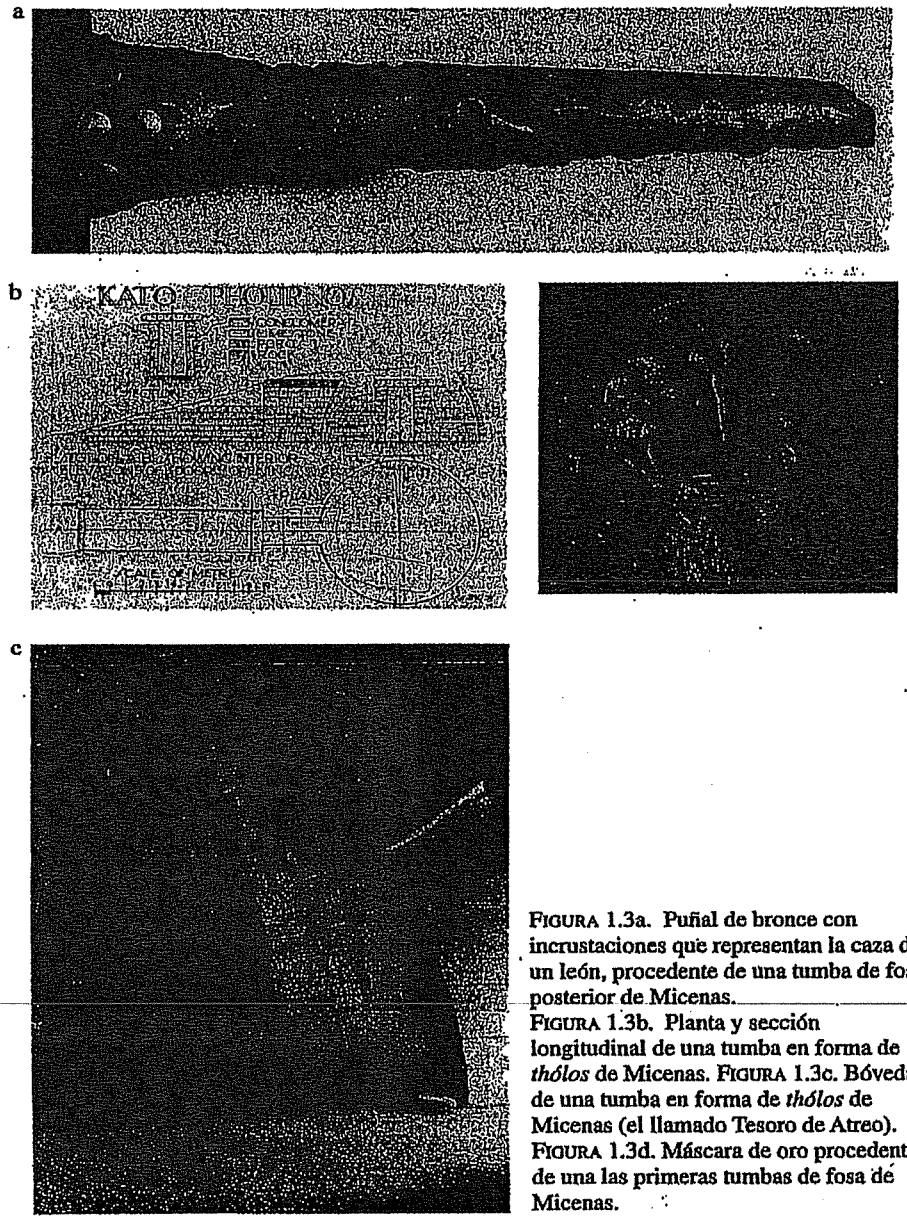


FIGURA 1.3a. Puñal de bronce con incrustaciones que representan la caza de un león, procedente de una tumba de fosa posterior de Micenas.
FIGURA 1.3b. Planta y sección longitudinal de una tumba en forma de *thólos* de Micenas. FIGURA 1.3c. Bóveda de una tumba en forma de *thólos* de Micenas (el llamado Tesoro de Atreo).
FIGURA 1.3d. Máscara de oro procedente de una las primeras tumbas de fosa de Micenas.

mayoría de estas tumbas fueron saqueadas hace muchos siglos, pero las pocas que han llegado intactas nos han suministrado unos ajuares fúnebres incluso más numerosos y bellos que los de las tumbas de fosa. Los reyes y aristócratas propietarios de estos *thóloi* eran, al parecer, tan belicosos como sus antepasados, pero mucho más ricos y más minoicizados. Muchos de los enterramientos más recientes de los *thóloi* coinciden cronológicamente con la construcción de los grandes palacios de los siglos XIV y XIII, cuyas ruinas todavía podemos admirar hoy día.

El Micénico Reciente (*ca.* 1400-1200 a. C.)

Con los nuevos palacios, los micénicos entraron en la fase final de su poderío y su riqueza. La arquitectura y la decoración de los palacios micénicos siguen de cerca los pasos del estilo minoico, aunque con algunas diferencias notables. En primer lugar, los centros micénicos eran mucho más pequeños, y por regla general estaban situados en lo alto de una colina y fortificados por altas y gruesas murallas. Los palacios minoicos tenían una función defensiva muy escasa, mientras que ésta era, aparentemente, la principal finalidad de los palacios del continente. Las poderosísimas murallas de Micenas y Tirinte, erigidas con enormes bloques de piedra, constituyen un espectáculo impresionante incluso en su actual estado ruinoso. Los griegos de época posterior las llamaban ciclópeas, pues eran tan gigantescas que sólo podían haber sido levantadas por la raza mítica de los Cíclopes. Las fortificaciones estaban muy bien construidas, aprovechando perfectamente las ventajas ofrecidas por el terreno en pendiente, y tenían refinamientos que permitían a los defensores disparar desde dos flancos a los adversarios que atacaran las puertas.

La construcción, mantenimiento y reparación de las fortificaciones requerían un enorme gasto de recursos materiales y la movilización de la fuerza de trabajo de centenares de hombres. La ciudadela amurallada proporcionaba no sólo una defensa al palacio, sino también un refugio a los habitantes de la ciudad desprotegida que había a sus pies. Pero esas fortificaciones micénicas eran una muestra de jactancia de la riqueza y el poderío militar del rey, y al mismo tiempo una defensa para su palacio y para su pueblo. Aquellas murallas de seis metros de espesor en algunos puntos eran mucho más de lo que se necesitaba para frenar el ataque del enemigo. Las de las ciudades de épocas posteriores no serían ni mucho menos tan gigantescas, y, sin embargo, serían inexpugnables hasta la aparición de la maquinaria de asedio en el siglo IV a. C.

Los micénicos utilizaron, además, el espacio situado en el interior de los palacios de una manera notablemente distinta a los minoicos. En lugar del patio abierto y pavimentado de los complejos palaciales cretenses, el principal centro de interés de los micénicos era el *mégaron*, una amplia estancia rectangular, provista de una pequeña antesala y un pórtico al frente, que daba a un patio. En medio de esa enorme sala se levantaba un gran hogar de forma circular, flanqueado por cuatro columnas que sostenían una especie de balconada; encima del hogar había una especie de chimenea abierta en el techo para permitir la salida del humo. Es evidente que para los micénicos el *mégaron* era el centro ceremonial del palacio; lo utilizaban para la celebración de banquetes y juntas, y para recibir a las visitas. El *mégaron* perviviría en la forma de casa del jefe durante la larga Edad Oscura que vino a continuación, y como planta básica del futuro templo griego, la casa del dios, a partir del siglo VIII.

Los últimos palacios micénicos proporcionaban a sus habitantes unos niveles de lujo, refinamiento y belleza casi tan elevados como los de los minoicos. Aunque tuvieran menos estancias y carecieran de los ornamentos arquitectónicos de sus modelos, los palacios micénicos poseían algunos refinamientos cretenses, como por ejemplo un sistema de tuberías en su interior y hermosas pinturas murales. Los frescos son de un estilo completamente minoico, aunque su ejecución es más formalista, y muestran una preferencia por los motivos marciales, como, por ejemplo, los combates singulares, los asedios o las escenas de cacería. En las pinturas murales suelen aparecer hombres y mujeres vestidos con el traje tradicional minoico, pero en otras representaciones, como la cerámica pintada, podemos apreciar que los hombres llevaban habitualmente una túnica amplia de lana o lino, ceñida por un cinturón, y que las mujeres utilizaban una versión más larga de ese mismo tipo de túnica.

Relaciones entre los centros palaciales

Los especialistas ya no creen en la existencia de un «reino de Grecia» unido, encabezado por el rey de Micenas. A lo más que llegó la expansión política o militar en Grecia fue a la formación de pequeños reinos regionales bajo la égida de una sola ciudad; el reino de Pilos, en Mesenia, constituye un buen ejemplo de esta situación. La imagen resulta menos clara en las regiones en las que los grandes centros estaban más cerca unos de otros, como en la Argólide, donde había diez ciudades importantes, entre ellas las inexpugnables fortalezas de Micenas y Tirinte, a pocos quilómetros una de otra. Es posible que el rey de Micenas fuera el único monarca absoluto de la región, como el de Pilos lo era de Mesenia. En tal caso, deberíamos considerar el palacio de Tirinte una especie de avanzadilla del de Micenas. No obstante, no tenemos por qué suponer que todos los reinos micénicos tuvieran la misma estructura. Es igualmente posible que Tirinte y las otras fortalezas fueran poblados semi-independientes, cuyos soberanos reconocieran al rey de Micenas como su superior y le rindieran pleitesía. Las ciudades-palacio de Atenas y Tebas quizá ostentaran una posición de dominio análoga en las regiones de Ática y Beocia.

En cualquier caso, parece que de 1600 a 1200 las relaciones entre las distintas regiones y dentro de cada una de ellas fueron por lo general estables. No cabe duda de que se produjeron enfrentamientos entre las ciudades-palacio rivales por la hegemonía de su región, pero la arqueología ha revelado muy pocos ejemplos de guerra abierta. El incendio de Tebas a comienzos del siglo XIII quizá fuera obra de algún centro vecino, probablemente Orcómeno, que era una ciudad rica y populosa y durante la época clásica sería la perpetua rival de Tebas.

Influencia micénica en el Mediterráneo

En su momento de mayor apogeo, en torno al 1300, los reinos micénicos mantuvieron unas relaciones comerciales muy activas con todo el Mediterráneo, desde Cerdeña, el sur de Italia y Sicilia por el oeste, hasta Troya y Egipto por el este, y Macedonia por el norte. Se establecieron colonias y puestos comerciales micénicos a lo largo del litoral asiático y en muchas islas del Egeo, entre ellas Rodas y Chipre. Por todas partes la cul-

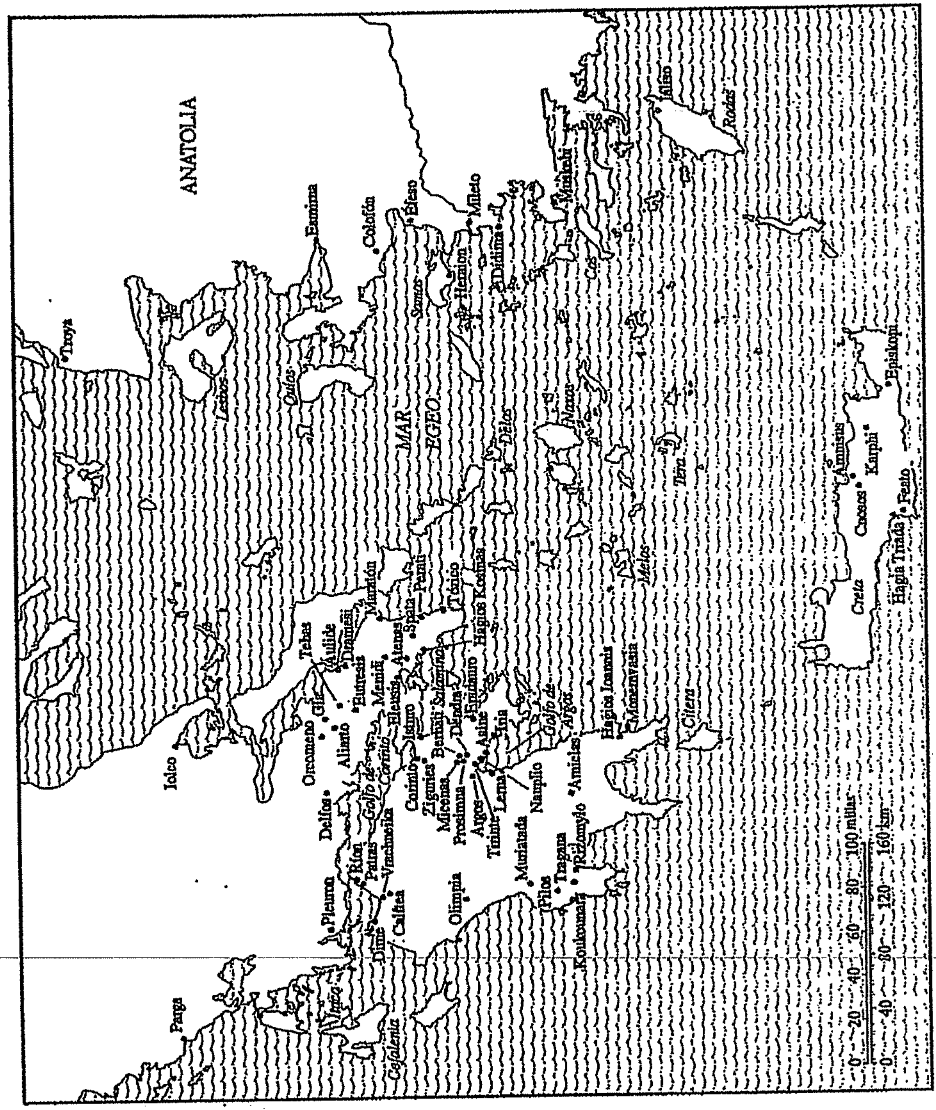


Figura 1.4a. Centros micénicos del siglo XIII a. C.

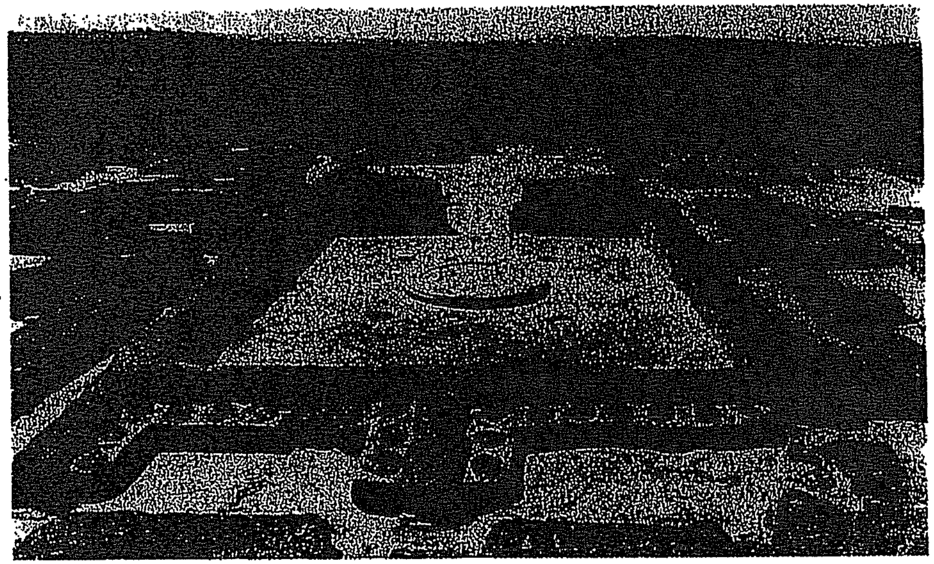


Figura 1.4b. Vista de las ruinas del *mégaron* del palacio micénico de Pilos.

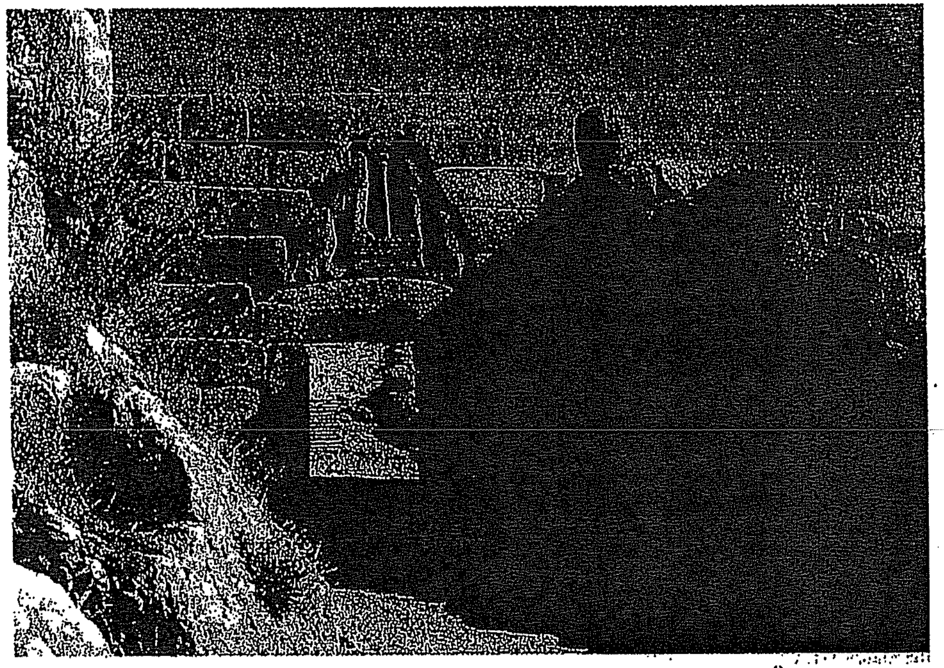


Figura 1.4c. La «Puerta de los Leones» de la ciudadela de Micenas.

tura micénica muestra una notable uniformidad; incluso a los expertos les resulta difícil determinar si un vaso o un puñal encontrado, por ejemplo, en Mileto, en Anatolia, es de fabricación local o si procede de los talleres de un palacio de Grecia o de Creta.

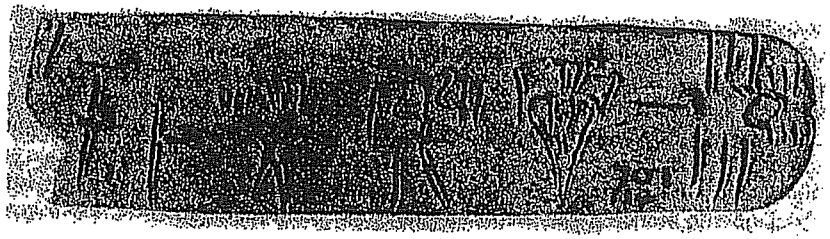
La inmensa riqueza de los reyes y la nobleza micénica no procedía sólo del comercio pacífico, sino también de la piratería a escala internacional. Los guerreros enterrados en las tumbas y sepulturas cargadas de armas del Heládico Reciente eran ricos merodeadores capaces de organizar con suma facilidad grandes expediciones marítimas con el único fin de hacerse con un botín. Aunque fueran pocos en número, comparados con las enormes poblaciones de Oriente, y estuvieran divididos en pequeños estados, los griegos micénicos llegaron a ser la tercera potencia del Mediterráneo, por detrás del imperio hitita, que ocupaba casi toda Anatolia y Siria, y el espléndido y agresivo Egipto del Imperio Nuevo. Los archivos hititas de los siglos XIV y XIII hablan de un pueblo al que llaman *Ahhiyawa*, que según muchos sería la versión cuneiforme de los *akhaiwoí* micénicos, es decir, los «aqueos», término genérico utilizado en los poemas épicos del siglo VIII a. C. para designar a los «griegos». En una carta, el soberano hitita saluda a su «hermano, el rey de *Ahhiyawa* (Acaya)». Otros documentos hablan del intercambio de regalos entre el rey de Hatti y el de *Ahhiyawa*; los *ahhiyawa* eran enviados a Hatti a aprender a combatir en carro; y se cita a un dios de los *ahhiyawa* para que cure a un rey hitita. Las relaciones, sin embargo, no siempre eran pacíficas; durante el siglo XIII un «hombre de-*Ahhiyawa*» invadió el territorio hitita en la Anatolia occidental. Estas alusiones probablemente no se refieran a la Grecia continental, sino a uno o varios de los reinos micénicos más próximos, situados en las islas o en la costa de Asia Menor. No obstante, las alusiones a los griegos en los documentos hititas (y posiblemente también en los egipcios) vienen a complementar los testimonios arqueológicos, según los cuales los micénicos constituían una presencia significativa en el mundo de los siglos XIV y XIII.

La administración de un reino micénico

Uno de los caudillos más importantes de la Guerra de Troya, según la *Ilíada* y la *Odisea*, fue Néstor, que al decir de Homero, vivía en una espléndida mansión de innumerables habitaciones en una ciudad llamada Pilos, desde la que gobernaba un gran reino situado en Mesenia. El descubrimiento del «palacio de Néstor» por el arqueólogo americano Carl Blegen en 1939 fue tan trascendental como los de Troya, Micenas y Cnosos. No sólo venía a confirmar que una ciudad de la Edad de Bronce conocida exclusivamente por el mito había existido en realidad, sino que revelaba también que un centro alejado de los grandes palacios de la Grecia central y oriental podía ser tan rico y tan importante como ellos.

La fértil región de Mesenia, regada por numerosos ríos, se encuentra en el extremo sudoccidental del Peloponeso, y era una de las más pobladas de la Grecia micénica. Según un estudio reciente, su población pasó de los 4.000 habitantes durante el Heládico Antiguo a los 10.000 durante el Heládico Medio y a los más de 50.000 durante el Heládico Reciente. Algunos cálculos hacen ascender esa cifra hasta los 100.000. Pilos (escrito *Pu-ro* en el silabario lineal B) se convirtió en centro regional de poder más o menos al mismo tiempo que Micenas y otros lugares, llegando a su punto culminante durante las fases IIIA y IIIB del Heládico Reciente (aproximadamente 1400-1200 a. C.). El palacio, situado en la cima de una colina a unos siete quilómetros del mar, se construyó

a



b

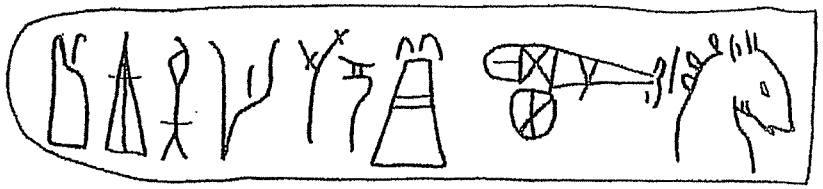


FIGURA 1.5a. Tablilla en lineal B procedente de la Cnosos micénica.
FIGURA 1.5b. Tablilla de Cnosos con el dibujo de un carro.

hacia 1300 a. C. sobre las ruinas de otro complejo de edificios anterior, bastante más pequeño.

La meticulosa excavación llevada a acabo por Blegen en este lugar, que había permanecido intacto desde su destrucción en torno al 1200 a. C., y la gran cantidad de tablillas en lineal B descubiertas en sus archivos, nos proporcionan la imagen más clara que poseemos de la organización y el funcionamiento de un reino micénico. Las tablillas de Pilos, junto con las de la Cnosos micénica, nos revelan muchos detalles de la gestión cotidiana de los sistemas sumamente reglamentados de producción y distribución de los palacios micénicos.

Las tablillas secadas al sol de Pilos y Cnosos eran inventarios provisionales, destinados a durar sólo hasta que la información contenida en ellos fuera pasada a otro registro mayor con carácter permanente. Se conservaron porque se cocieron durante los incendios que destruyeron los palacios. En otras palabras, lo que tenemos son las notas tomadas por los escribas del palacio acerca del personal y la producción, correspondientes únicamente a una pequeña parte del último año de vida de los palacios en los que han sido encontradas. No obstante, son bastante representativas de la administración palaciega correspondiente a todo el último período de vida del palacio.

Las tablillas nos dan una idea de lo que era la jerarquía micénica. En lo alto de la pirámide se hallaba el *wánax*, palabra que quizá signifique «señor» o «amo». A continuación venía, al parecer, el llamado *lawagétas*, palabra compuesta a todas luces de los términos «pueblo» y «guía», y que, según se cree, designaba al comandante supremo del ejército. Había además un grupo de personas de alto rango llamadas *teléstai*, que recibían la misma cantidad de tierras que el *lawagétas*. Se desconoce su función, pero algunos creen que eran sacerdotes. Otros personajes, que ostentaban el título de *hequétas* (probablemente «miembros del séquito») quizá fueran altos oficiales del ejército.

Por debajo de este estrato superior venían otros funcionarios de rango inferior que, al parecer, estaban al frente de las zonas periféricas. El reino de Pilos tenía una extensión

de unos 2.200 quilómetros cuadrados y contenía más de doscientas aldeas y ciudades. Desde el punto de vista administrativo, estaba dividido en dos «provincias», cada una subdividida a su vez en varias «comarcas», que recibían el nombre de la principal ciudad de cada una de ellas. Los títulos *korete* y *prokorete* que aparecen en las tablillas quizá correspondan al gobernador de la comarca y a su ayudante. Por último, parece que había un grupo bastante grande de oficiales que ostentaban el título de *pasireu*, que se encargaban de la administración de las ciudades y las aldeas. Los funcionarios y los oficiales del ejército mencionados en las tablillas representan únicamente el nivel superior de una numerosa burocracia. Subordinados a ellos había otros de rango inferior, que dependían de ellos lo mismo que ellos dependían del *wánax*. Las tablillas revelan que los oficiales de rango superior recibían del *wánax* tierras a cambio de los servicios prestados al palacio, así como una parte de las cosechas; indudablemente existían unas relaciones análogas entre estos oficiales y sus subordinados.

Los oficiales de rango superior, y quizá una parte de los de rango inferior, vivían en domicilios particulares bastante grandes, algunos de proporciones considerables, que se han descubierto en las ciudadelas, en las ciudades, y también en las pequeñas poblaciones rurales. Sólo las familias de rango más elevado podían permitirse el lujo de ser enterradas en los ostentosos *thóloi* (o quizá recibían autorización para ello). Las familias de la elite de rango inferior eran sepultadas en tumbas más sencillas de menores proporciones, criptas rectangulares excavadas en la roca. Al igual que los *thóloi*, algunas de esas «tumbas de cámara» eran más grandes que otras, y contenían unos ajuares fúnebres más o menos abundantes y ricos. Es posible que los ocupantes de las casas más ricas y de las tumbas de cámara fueran mercaderes y comerciantes particulares, que actuaban como agentes del palacio.

No obstante, la inmensa mayoría del pueblo, como es habitual, vivía en casas pequeñas, provistas de un mobiliario escaso, y con pocas comodidades, y eran enterrados en tumbas sencillas con unas cuantas vasijas u otros objetos pequeños. Su nivel de vida no era muy distinto del de sus antepasados, ni mejor ni peor. De hecho, durante casi toda la Antigüedad, la mayoría de los griegos tendrían fundamentalmente el mismo nivel de vida material que los hombres de la Edad del Bronce y, como ellos, se dedicarían a la agricultura, la ganadería y la artesanía. En la época micénica, como ocurriría después, la mayoría de los labradores y de los ganaderos vivían en aldeas rurales, mientras que casi todos los especialistas en cualquier tipo de artesanía se concentraban en las capitales comarcales y en las poblaciones de mayor tamaño. Las tablillas dan a entender que muchas familias trabajaban como arrendatarios de tierras pertenecientes a la nobleza, algunas de cuyas posesiones podían ser bastante grandes. Otras familias sencillas poseían parcelas a su nombre; los artesanos y los ganaderos aparecen registrados entre los «propietarios» de tierras privadas. Da la impresión de que las cincuenta o setenta y cinco familias que formaban la típica aldea micénica o bien poseían parcelas de las tierras del poblado, o bien arrendaban las tierras que eran asignadas a los funcionarios de rango superior.

La supervisión que hacía el palacio de las personas dependientes de él era muy exhaustiva. Se enviaban regularmente funcionarios a las zonas rurales para que realizaran inspecciones, y los tributos sobre la producción y los ganados cobrados a los individuos y a las aldeas eran meticulosamente registrados, incluso los errores de cálculo. Una tablilla de Cnosos informa de lo siguiente: «habitantes de Lictos, 246,7 unidades de trigo; habitantes de Tíliso, 261 unidades de trigo; habitantes de Latón, 30,5 unidades

de trigo». Aunque los cálculos de la cantidad que representaba una «unidad» son muy inseguros, parece que los labradores de esos lugares no tenían que pagar unos tributos demasiado elevados. En cualquier caso, los testimonios de las tablillas no respaldan la teoría, en otro tiempo muy en boga, de que la inmensa mayoría de la población eran campesinos oprimidos, que trabajaban miserablemente en las fincas de sus amos nobles. Los hombres de las aldeas labraban sus tierras y cuidaban sus árboles, viñedos y ganados; pagaban sus tributos, contribuían con su trabajo al funcionamiento del palacio, y servían en el ejército. Las mujeres probablemente les ayudaran en las tareas del campo y realizaran las labores domésticas, tales como hilar, tejer, preparar la comida, y cuidar de los hijos. Algunas mujeres del campo realizaban también trabajos para el palacio en el ramo textil, tarea para la cual recibían raciones de lana y lino.

Como en la sociedad minoica, los esclavos ocupaban el lugar más bajo. Las alusiones a personas «cautivas» y «compradas» demuestran que los aristócratas-guerreros micénicos participaban en el negocio de la esclavitud. El número de los esclavos era bastante alto, y muchos de ellos eran de sexo femenino. Las tablillas de Pilos, por ejemplo, hablan de más de seiscientas esclavas, y de un número más o menos igual de niños de condición servil. Las mujeres mencionadas en las tablillas trabajaban moliendo grano, sirviendo en el baño, en la elaboración del lino, como tejedoras, etc. La mayoría de las mujeres de las que se habla estaban vinculadas al palacio; algunas vivían en otras ciudades del reino y recibían del palacio raciones de comida. Los personajes de rango superior también poseían esclavos, aunque muchos menos que el *wánax*. Los esclavos eran propiedades muy valiosas, tanto como productores como en su calidad de bienes destinados a ser vendidos y producir un rendimiento. Algunos eran empleados también como servidores domésticos, de modo que liberaban a sus propietarios de los trabajos más humildes. Durante toda la Antigüedad, los griegos consideraron muy interesante esta combinación de beneficios. De hecho, suele decirse que la civilización griega se «basó en el esclavismo». Aunque se trate de una simplificación exagerada, no deja de ser cierto que la esclavitud fue una institución fundamental y, salvo raras excepciones, su moralidad no fue puesta nunca en tela de juicio. Se practicó en todo el mundo griego y durante todas las épocas. Sin embargo, la práctica de la esclavitud a una escala realmente masiva no llegaría hasta el siglo VI a. C.

Es posible también que algunos trabajadores de condición inferior mencionados en las tablillas no fueran verdaderos esclavos —esto es, extranjeros hechos prisioneros o comprados en el mercado— sino nativos reducidos a un estado de dependencia permanente respecto del palacio. En tal caso, se les habría reconocido la condición de personas, y no serían pura mercancía, aunque en la práctica su situación no fuera muy distinta de la de los esclavos. En la Grecia posterior, esos «semiesclavos» no serían raros, y los más famosos serían los «ilotas» de Laconia y Mesenia, propiedad del estado de Esparta.

Manufactura y comercio

Las tablillas en lineal B demuestran, por otra parte, la magnitud y la complejidad de las actividades fabriles de los reinos micénicos. Se cita una colección impresionante de artesanos especializados que trabajaban para los palacios y otros centros. Se contrataban carpinteros, albañiles, broncistas, orfebres, fabricantes de arcos, de armaduras, guarni-

cioneros, perfumistas, y otros. En una tablilla se menciona a un médico. Las mujeres trabajaban sobre todo en el sector textil, como cardadoras, hilanderas, tejedoras y bordadoras. Las zonas del palacio dedicadas a talleres debían de ser lugares ruidosos y llenos de ajetreo y de olores a cual más interesante. El *wánax* vigilaba atentamente los talleres, y sus escribas anotaban de forma escrupulosa la cantidad de materias primas entregadas a los artesanos especializados, los objetos que fabricaban, y las raciones de comida que recibían a cambio de su trabajo. Las tablillas dan testimonio tanto de las habilidades de los especialistas como de la cuidadosa contabilidad que llevaban los escribas. Se mencionan docenas de artículos distintos, como por ejemplo: «un escabel de ébano con incrustaciones de marfil en forma de hombres y leones». La mayoría de los objetos como el que acabamos de citar, que requerían muchas horas de dedicación y trabajo y estaban hechos de materiales caros de importación, los conocemos únicamente por la descripción que de ellos hacen las tablillas; los objetos propiamente dichos se perdieron con el paso del tiempo. Los inventarios llegan a ser exhaustivos. Por ejemplo, se enumeran una por una las ruedas de los carros, y se toma nota del estado en el que se encuentran («en condiciones», «inservible»). Se inventariaban incluso los calderos de bronce rotos.

Algunas actividades industriales se desarrollaban a gran escala. Casi un tercio de las tablillas de Cnosos tienen que ver con las ovejas y la lana. Las cantidades de ovejas mencionadas son impresionantes; sólo en una comarca se habla de 19.000. En Cnosos y en las ciudades circundantes estaban empleadas grandes cantidades de mujeres como cardadoras, hilanderas y decoradoras de prendas de lana. También el *wánax* de Pilos controlaba una importante industria textil, tanto de lana como de lino. La metalurgia era otra de las manufacturas más destacadas de este reino; el número de los broncistas mencionados (se calculan unos 400 individuos) y las cantidades de bronce que recibía cada uno nos demuestran que la producción de la industria del bronce, por ejemplo la fabricación de armas, superaba con creces las necesidades del consumo local.

La magnitud de estas actividades industriales pone de manifiesto que el sector textil y la metalurgia eran las dos grandes exportaciones de la economía palaciega. A ellas podríamos añadir la del aceite de oliva (natural y perfumado), el vino, las pieles, el cuero, y sus productos derivados. Las manufacturas de alta calidad, como por ejemplo la cerámica pintada, la orfebrería, y otros objetos suntuarios (como el escabel decorado citado anteriormente) competían en el comercio internacional de artículos de lujo. Sobre todo son las vasijas de cerámica (prácticamente indestructibles) los objetos que se han encontrado en lugares distantes. Pero la presencia de esos artículos indica que otros bienes más perecederos llegaban también a los centros comerciales de todo el Mediterráneo. En contrapartida, los palacios importaban otras cosas de las que carecía Grecia, como por ejemplo el cobre, el estaño, el oro, el marfil, el ámbar, los tintes, y las especias, así como variedades extranjeras de productos que existían en el país, por ejemplo vinos, tejidos, cerámica, orfebrería, y otros artículos de lujo o exóticos. Ni qué decir tiene que a las casas y las tumbas de la gente sencilla llegaban muy pocos de esos productos exóticos.

Religión

La creencia en fuerzas y seres sobrenaturales que controlan la naturaleza probablemente sea tan antigua como la humanidad. Y casi tan antigua como la creencia en los dioses son las prácticas de la religión: el culto y el rito, es decir, la adoración y los actos de devoción ejecutados por los adoradores, y los mitos religiosos, las ideas acerca de los dioses contadas en forma de relato como parte de la actividad ritual. El contenido específico del culto y de los ritos evoluciona y se modifica a lo largo del tiempo, pero su esencia y sus objetivos siguen siendo los mismos: mantener las relaciones armónicas entre la sociedad humana y los dioses.

Entre los pueblos agrícolas, las relaciones de los mortales con los inmortales giran en torno a la perpetuación de la fecundidad de la tierra y de los animales. Para aplacar a los dioses, que pueden conceder o quitar a su antojo las bendiciones de la naturaleza, los hombres hacen manifestaciones colectivas de respeto, por ejemplo la ofrenda de alimentos y el sacrificio de animales y, en algunas culturas, incluso de seres humanos. Cuanto más grande y más compleja es una sociedad, más elaboradas son esas manifestaciones. La arqueología revela que los habitantes de Creta, las demás islas, y la Grecia continental durante la Edad del Bronce no se diferenciaban de las demás culturas agrícolas. Honraban a sus dioses con procesiones, músicas y danzas, y procuraban propiciárselos con ofrendas y sacrificios. La matanza de animales en altares al aire libre constituía el rito más solemne. Es posible que entre los minoicos de la época más primitiva se realizaran sacrificios humanos.

El primer objeto de veneración, tal como refleja el arte minoico, es una diosa, representada como una mujer vestida a la manera cretense y colocada en exteriores que muestran árboles y otros vegetales y animales. El mismo tipo de escenas de culto son representadas en los frescos micénicos y en los anillos de oro y plata. Los símbolos religiosos minoicos (cuyo significado no se comprende del todo) aparecen también en el arte del continente y de las islas: serpientes, pájaros, toros, cuernos de toro estilizados, y dobles hachas. Aunque esas semejanzas muestran la influencia minoica sobre la religión micénica, había diferencias muy significativas en las ceremonias y en las prácticas rituales. Por ejemplo, la mayor parte de los cultos minoicos tenían lugar en cuevas y en santuarios situados en las cimas de las montañas, mientras que los micénicos del continente no construían santuarios fuera de los centros de población. Además, los palacios cretenses contenían santuarios más numerosos y elaborados que los micénicos, donde parece que el complejo del *mégaron* constituía el principal escenario de las ceremonias religiosas.

Las figuras de diosas representadas por doquier en el arte minoico micénico fueron identificadas inicialmente con representaciones de una única diosa madre *pan egea*, que reinaba sobre toda la naturaleza. Ahora parece más probable que fueran representaciones de diferentes diosas, algunas de carácter local. Puede que desempeñaran funciones especiales relacionadas con la fertilidad dentro de la comunidad de adoradores, o que presidieran otros aspectos de la vida aparte de la fertilidad. Las tablillas asignan a las divinidades femeninas el título de *pótnia* («señora» o «ama»). Demuestran además que los dioses masculinos eran tan numerosos y tan importantes como las diosas, aunque sean representados artísticamente con menos frecuencia. No existe explicación de este hecho tan curioso.

Se han reconocido con seguridad o de forma provisional los nombres de cerca de treinta dioses y diosas en las tablillas de la Cnosos y la Pilos micénicas. Muchos de ellos serían desconocidos en épocas posteriores, pero unos cuantos son los nombres de los principales dioses de la religión griega que todos conocemos: Zeus, Hera, Posidón, Hermes, Atenea, Ártemis, y probablemente Apolo, Ares y Dioniso, así como algunas divinidades menores. Zeus, el dios supremo de la religión griega posterior, es evi-

a

b

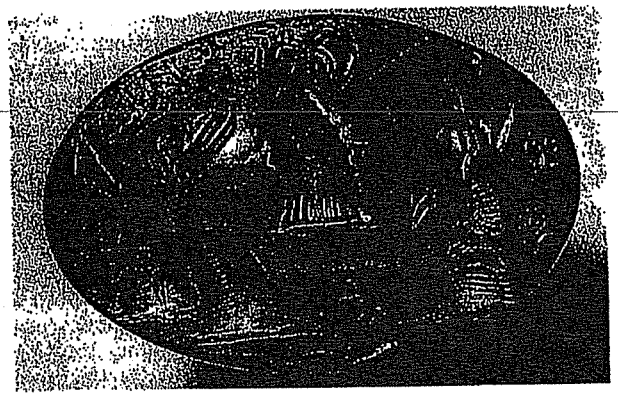


FIGURA 1.6a. Estatuilla de una diosa procedente de Cnosos, Creta. FIGURA 1.6b. Anillo de oro procedente de Cnosos en el que aparecen unas mujeres adorando a una diosa.

dentemente el «padre cielo» indoeuropeo, y fue introducido por los primeros hablantes de griego. *Zeús patēr* («Zeus padre») es el mismo dios que el indio *Dyaus pitar*, el romano *Iuppiter*, o el germánico *Tiew* (que aparece en el nombre del martes en inglés, «Tues-day»). Los nombres de Hera, Posidón y Ares están formados también sobre raíces indoeuropeas.

Suele creerse que algunos de los dioses adorados por los micénicos, y en particular las diosas «señoras», son de origen pregriego (i. e. no indoeuropeo), y que las divinidades, ritos y creencias de los micénicos fueron fruto de la fusión entre las religiones matriarcales y de la fertilidad egeas y el culto de los dioses del cielo y de las tormentas de los indoeuropeos. Naturalmente, la tradición religiosa micénica que podemos observar se desarrolló a lo largo de más de siete siglos, demasiado tiempo para que podamos asegurar qué elementos de la religión micénica del siglo XIII eran originariamente indoeuropeos, egeos, o cretenses o, incluso, originarios del Oriente Próximo.

Es cierto, sin embargo, que el palacio controlaba la organización religiosa del reino. Las tablillas recogen las ofrendas en forma de tierras, animales, objetos preciosos, y mano de obra humana que el palacio realizaba a los dioses, para ser utilizadas en el sostenimiento de los santuarios y de sus sacerdotes y sacerdotisas. El férreo control económico y político que ejercía el rey sobre los santuarios y los sacerdotes constituye un indicio de que estaba en condiciones de reivindicar la sanción divina de su soberanía indiscutible. Cuando el rey oficiaba en las ceremonias religiosas y en los sacrificios, lo hacía como representante especial de la comunidad ante los dioses. No obstante, en los testimonios escritos y materiales no existe ninguna prueba que indique que el *wánax* era considerado un ser divino, ya fuera en vida o después de su muerte, o que funcionara como un rey-sacerdote al frente de un estado teocrático.

La guerra

No cabe duda alguna de que los reyes micénicos eran los comandantes en jefe de sus ejércitos. Por analogía con otros estados guerreros de pequeñas dimensiones, el *wánax* y su jefe militar (el *lawagétas*) habrían estado presentes en casi todas las batallas de importancia, y probablemente habrían participado en el combate al lado de sus subordinados. El ejército estaba estratificado socialmente; los oficiales procedían de la aristocracia, mientras que la tropa estaba formada por labradores y artesanos. El palacio dirigía todas las operaciones militares. Las tablillas registran los movimientos realizados por las tropas de «remeros» y por los «vigías (de la costa)», así como los gastos efectuados en armamento y raciones para los soldados. Desconocemos cómo estaba organizado realmente el ejército, aunque parece que estaba formado por unidades procedentes de todo el reino.

Las armas y la armadura son bien conocidas por los testimonios materiales, las representaciones plásticas, y las tablillas en lineal B. El equipo completo de un soldado constaba de un casco de cuero que llevaba cosidas unas tiras de bronce, una armadura para el cuerpo también de cuero o de tela acolchada, y un gran escudo fabricado con piel de vaca sobre una armazón de madera. La armadura de los oficiales era mucho más elaborada: casco de bronce o de colmillos de jabalí, peto de planchas de bronce, y grebas (protectores de espinilla y rodilla) también de bronce. Sus armas ofensivas eran espadas y puñales de bronce, pesadas lanzas de ataque con la punta de bronce, así como otras arrojadizas,

FIGURA 1.7. Armadura de planchas de bronce y casco de colmillos de jabalí procedentes de Dendra, en la Argólide, *ca.* 1400 a. C.

más cortas y ligeras, y arcos y flechas. No se sabe muy bien cómo se combinaban todas estas armas en el campo de batalla, ni cuáles eran las tácticas empleadas por los comandantes del ejército. Pero lo más enigmático es el uso que los micénicos hacían de los carros en el combate.

El carro

El carro fue inventado a comienzos del segundo milenio (la fecha exacta no es segura) y, por su rapidez, pronto se hizo muy popular en las civilizaciones de Mesopotamia, Anatolia, Siria y Egipto. Pequeña plataforma colocada sobre un par de ruedas radiadas altas y tirado por un par de caballos, el carro supuso una magnífica innovación en los medios de transporte sobre ruedas. Los caballos no podían arrastrar las pesadas carretas de cuatro ruedas utilizadas durante siglos, pues los arneses les apretaban el cuello y el pecho (problema que no se resolvió hasta la Edad Media, cuando se inventó el collar). Debido a la enorme ligereza del carro (podía levantarlo un hombre solo), un par de caballos podían tirar perfectamente de él y de sus dos ocupantes durante varios quilómetros a una velocidad desconocida hasta entonces. Un caballo montado por un jinete podía correr más deprisa, pero sólo en distancias cortas. Utilizado al principio por la nobleza sólo para las comunicaciones más rápidas, para la caza, los actos protocolarios, y las carreras, el carro empezó a desempeñar funciones militares en el siglo XVII a. C., hasta que el destacamento de carros se convirtió en el arma principal de los ejércitos de todo el Oriente Próximo. La maniobra fundamental era la carga en masa de los carros de un ejército contra los de otro, con un hombre conduciendo y otro disparando flechas. La caballería, esto es el cuerpo de guerreros montados que luchaban en formación, era desconocida en la Edad del Bronce.

El carro hizo su aparición en Grecia en torno al 1600 a. C., después de que la complicada técnica de su manejo fuera perfeccionada por los hititas y otros grandes estados. Desde el primer momento, los micénicos lo utilizaron en el campo de batalla y para todo

tipo de actividades pacíficas. Sin embargo, suele pensarse que su uso militar se limitó al transporte de la elite de guerreros de infantería pesada al campo de batalla. Ésa es la única función que atribuían al carro de guerra los poemas homéricos del siglo VIII. De hecho, cuesta trabajo imaginar la carga de un gran destacamento de carros en el terreno desigual de Grecia. No obstante, si bien es cierto que Grecia no tenía nada que ver con las amplias llanuras de los países de Oriente, es concebible que se produjeran versiones en miniatura de los combates en carro propios de Oriente en los campos situados al pie de las fortalezas micénicas. El *wánax* de Cnosos tenía un destacamento de carros quizá de 200 unidades, y es posible que Pilos tuviera casi otras tantas. Estas cifras resultan ridículas comparadas con los 3.500 carros hititas que el faraón Ramsés II (1298-1232 a. C.) se jactaba de haber derrotado en una sola batalla, pero están en consonancia con las pequeñas dimensiones de los reinos micénicos.

En cualquier caso, la importancia del carro no radicaba en su uso en el campo de batalla, sino más bien en el prestigio que confería. Como los grandes palacios o las tumbas en forma de *thólos* y sus ricos ajuares fúnebres, la adopción del carro venía a demostrar que los caudillos guerreros semibárbaros de la Grecia del Bronce Reciente eran iguales desde el punto de vista cultural que los grandes reyes de Asia y Egipto. El carro, el objeto más costoso y más complejo de la industria conocida por los griegos, conservaría su importancia como símbolo de prestigio durante muchos siglos después de haber perdido su función militar.

EL FIN DE LA CULTURA MICÉNICA

En el momento de mayor auge, la civilización micénica sufrió un golpe mortal. En unas pocas décadas en torno a 1200 a. C., casi todos los palacios, grandes y pequeños, desde Iolco en Tesalia al sur del Peloponeso, fueron atacados, saqueados e incendiados por unos invasores. Toda esta destrucción fue creciendo en espiral, hasta el punto de que a finales del siglo XII prácticamente no quedan huellas arqueológicas de la gran civilización y cultura micénica.

Algunos centros, como por ejemplo Pilos, no volvieron a ser habitados después del golpe inicial. Otros, como Micenas o Tirinte, pronto fueron ocupados de nuevo e incluso gozaron de un breve resurgimiento, pero todas esas recuperaciones duraron poco. Micenas sucumbió a un nuevo ataque en torno a 1150, y no volvió a recuperarse. Tirinte incrementó de hecho considerablemente sus dimensiones y su población durante el siglo XII (probablemente debido a la llegada de refugiados), pero hacia 1100 ya había quedado reducida a un grupo de pequeñas aldeas alrededor de la acrópolis. Los lugares que no fueron destruidos o bien fueron abandonados por completo, o bien sufrieron una drástica reducción de sus dimensiones. Un ejemplo curioso es el gran poblado de la Edad de Bronce existente en Atenas, en el Ática, que se convirtió en un puñado de pequeñas aldeas esparcidas al pie de la acrópolis, aunque su palacio y la ciudad se libraron de la destrucción. Estas destrucciones provocaron además grandes movimientos de población con destino a otras zonas, supuestamente seguras, como la parte oriental del Ática, el sur de la Argólide, Acaya (que conservó el nombre micénico de los aqueos), la isla de Cefalenia en el mar Jónico, y la lejana Chipre.

En realidad, la caída de la civilización griega del Bronce Reciente formó parte de una catástrofe de dimensiones mucho mayores que afectó a todo el Mediterráneo orien-

tal y que se dejó sentir incluso en Occidente, en Italia, Sicilia y las islas adyacentes. Hacia 12000, el poderoso reino hitita se vino abajo; su capital, Hattusa, y muchas ciudades de Anatolia y Siria fueron arrasadas. Los invasores fueron, al parecer, unas tribus procedentes del norte y del este de Anatolia, y otros grupos de merodeadores a los que las inscripciones egipcias se refieren llamándolos «el país y los pueblos del mar» o «los hombres del norte de todos los países».

Este último grupo, llamado habitualmente hoy día los Pueblos del Mar, atacó Egipto en 1232 y volvió a hacerlo a comienzos del siglo XII, aunque en ambas ocasiones fue rechazado no sin grandes costes. El reino de Egipto sobrevivió, pero no volvería a recuperar su anterior poderío. En Anatolia, la civilización languideció durante casi cuatrocientos años. Entre las bajas debemos contar a Troya, que fue asediada e incendiada entre 1250 y 1200. No tenemos forma de saber si los responsables de su destrucción fueron o no los griegos micénicos, como decía la leyenda de la Guerra de Troya, aunque disponemos de algunos testimonios que probarían que los micénicos tomaron parte en los estragos que asolaron el Mediterráneo a finales del siglo XIII y comienzos del XII.

Las inscripciones egipcias recogen los nombres de las belicosas bandas de invasores y emigrantes procedentes de todo el Mediterráneo que formaban parte de los Pueblos del Mar. Entre los pueblos que han sido identificados provisionalmente había libios del norte de África; filisteos, de cuyo nombre procede el de Palestina; y grupos procedentes de Anatolia, Sicilia y Cerdeña. Se alude también a un pueblo llamado *ekwesh*, que probablemente fueran los aqueos (nombre por el que se conocía a los micénicos). Así, pues, aunque el panorama resulta desesperadamente confuso, los estragos de que fue víctima el Mediterráneo quizá puedan relacionarse con el movimiento migratorio de los pueblos del norte que desplazaron a otros hacia el sur, haciéndoles víctima de violentas incursiones y protagonizando migraciones que pusieron fin a siglos de relativa estabilidad en la región.

La «invasión doria» y otras teorías

A partir de mediados del siglo XIII, los reinos micénicos muestran signos aparentes de preocupación relacionados con el peligro de ataques. Se produce un fuerte incremento de las obras de fortificación en Grecia, y centros carentes hasta entonces de murallas construyen nuevas defensas. Micenas, Tirinte y Atenas reforzaron considerablemente sus murallas y tomaron complejas medidas para garantizar el aprovisionamiento de agua cavando nuevos pozos dentro de sus ciudadelas. Se levantó incluso una muralla defensiva en el estrecho Istmo de Corinto, presumiblemente con el objeto de proteger el Peloponeso de una invasión procedente del norte. Los palacios de toda Grecia tomaron precauciones que al final resultarían inútiles.

La identidad de los atacantes de 1200 a. C. sigue siendo uno de los grandes misterios sin resolver de la historia de Grecia. Hasta hace muy poco, la opinión era unánime en este sentido: se trataba de los «dorios», tribus de hablantes de griego que habitaban en el norte de Grecia, en la zona de los montes Pindo, en el Epiro y Tesalia. Situados en la periferia del mundo micénico, pero sin formar realmente parte de él, los belicosos dorios se dirigieron, según esta teoría, hacia el sur en una serie de movimientos migratorios sucesivos, saqueando primero los palacios y estableciéndose después en las ricas llanuras del Peloponeso.

La teoría moderna de la «invasión doria» se basa en buena parte en las afirmaciones de los dorios antiguos. El dorio era uno de los tres grandes dialectos en que se dividía el griego antiguo, y se hablaba en el Peloponeso, de donde pasó a Creta, a Rodas y a otras islas del Egeo, y a la costa del sudoeste de Anatolia. Los hablantes de dorio afirmaban que sus antepasados eran los Heraclidas, los «descendientes de Heracles», hijo de Zeus y una mortal, Alcmena, y el más grande de los héroes griegos. A la muerte de Heracles, decía la leyenda, sus hijos fueron expulsados del Peloponeso y se trasladaron al norte. Más tarde, varias generaciones después de la Guerra de Troya, sus descendientes regresaron al sur para reclamar por la fuerza la posesión del Peloponeso, que legítimamente les correspondía, afirmando que eran los verdaderos «aqueos». Las leyendas de los griegos de época posterior de Jonia y el Ática añadirían nuevos elementos de crédito a la teoría de la invasión doria. Según esos mitos, el deseo de escapar al «Regreso de los Heraclidas» hizo que algunos antepasados suyos se recolocaran en determinadas zonas apartadas del continente (por ejemplo en Acaya, que conservó su nombre), mientras que otros grupos —por ejemplo los fugitivos del reino de Pilos— se refugiaron en Atenas, que se había librado de la destrucción, y de allí emigraron a la otra ribera del Egeo, estableciéndose en la costa central de Anatolia, región que llamaron Jonia. Esas migraciones corresponden a la división dialectal, que sitúa a los hablantes del dialecto jónico en el Ática, las islas del Egeo y la costa de Anatolia, en la franja que va de Esmirna a Mileto. La arqueología confirma que las migraciones a Jonia se produjeron en torno al año 1050 a. C.

Pero los arqueólogos han descubierto que los elementos que en otro tiempo se consideraban introducidos por los invasores dorios (por ejemplo el hierro, la cremación y algunos nuevos tipos de armas) en realidad no fueron traídos por un pueblo nuevo durante un único período de tiempo claramente definido; y los únicos signos materiales de los dorios se datan en la actualidad mucho después de la época de las destrucciones, en torno al 1000 a. C. o incluso más tarde. Se han presentado otras teorías para explicar la destrucción de las ciudades micénicas: terremotos devastadores, bandas de merodeadores del estilo de los que formaban parte de los Pueblos del Mar, guerras feroces entre los distintos reinos que provocaron su mutua destrucción, o rebeliones de los campesinos y esclavos micénicos, que se sublevaron contra la opresión de sus amos.

Una explicación más plausible es la que dice que los micénicos, lo mismo que otras civilizaciones mediterráneas, sufrieron un «hundimiento del sistema», un colapso de sus estructuras económicas y sociales. Esa situación vino determinada, según se dice, por problemas tales como sequías prolongadas, excesos de población, agotamiento del suelo, fomento de un número demasiado escaso de cultivos, y otras dificultades internas análogas, que las pesadas burocracias de los palacios no fueron capaces de corregir. Cuando un sector del sistema gubernamental falló, otros sectores se vieron afectados, hasta que toda la estructura de gobierno se vino abajo y las fortalezas se convirtieron en presa fácil para diversos tipos de invasores. La solución de los problemas internos supuso la casi total interrupción del comercio mediterráneo durante los disturbios de finales del siglo XIII y el período inmediatamente posterior. El cese del comercio exterior —y de las lucrativas oportunidades de conseguir botín que comportaba— podría justificar por sí solo la incapacidad de recuperación de que dio muestras la economía micénica, y quizá explique también por qué los centros y los subcentros que no sufrieron daños físicos entraron en una fase de decadencia o de estancamiento, igual que los que fueron incendiados o arrasados.

La llegada de los dorios, pues, quizá no fuera en realidad una invasión, sino una mera intrusión en el vacío político creado por la eliminación de los reinos micénicos. Los grupos de hablantes de dorio procedentes del norte probablemente fueran infiltrándose en el Peloponeso durante un largo período de tiempo, y quizá tomaran la península y algunas islas, por ejemplo Creta, utilizando la fuerza para subyugar a lo que quedaba de las antiguas poblaciones micénicas.

Desde el Neolítico hasta el Bronce Reciente, Grecia fue una sociedad sin estado de labradores y ganaderos dirigida por caudillos locales, mientras que las civilizaciones de Oriente fueron surgiendo y haciéndose poderosas. Impulsada por sus contactos con Creta, Grecia dio un salto repentino y entró en la civilización en torno al 1600 a. C. Los estados micénicos llegaron a la cima de su poder y sofisticación hacia 1300. Durante un breve período, constituyeron una presencia importante en el Mediterráneo oriental y alcanzaron unos niveles de refinamiento cultural cercanos a los de las civilizaciones más antiguas. Pero en torno al 1200, la civilización micénica se desintegró por completo.

Con la destrucción de los palacios, el tipo de organización social y económica propio del Oriente Próximo desaparecería para siempre de Grecia. En cambio, en Egipto y en el Oriente Próximo, que también sufrieron graves reveses a finales del siglo XIII a. C., el antiguo modelo de estados monárquicos sumamente centralizados y rígidamente jerarquizados siguió vivo. Se trata de un buen indicio de que, por debajo de la capa de riqueza y estabilidad, la economía y el gobierno micénicos tenían unas raíces muy poco profundas, y eran unos sistemas esencialmente frágiles.

Probablemente nunca sepamos con seguridad por qué la civilización micénica tuvo un final tan brusco y tan rotundo. Lo que sabemos es lo siguiente: con el fin de la primera etapa de la civilización griega llegó el comienzo de una nueva era, tan diferente de aquélla que, cuando los griegos querían remontarse a su pasado del Bronce Reciente, sólo podían imaginarlo como una especie de mundo mítico de ensueño, como una época en la que los dioses y los hombres vivían mezclados.

Capítulo 2

LA «EDAD OSCURA» DE GRECIA Y EL «RENACIMIENTO» DEL SIGLO VIII (*ca.* 1150-700 A. C.)

Los restos arqueológicos de finales del siglo XII dan la impresión de que la mano de un gigante hubiera barrido la espléndida civilización micénica dejando tras de sí nada más que soledad y pobreza. Hacia 1100 a. C., los centros palaciales se hallaban en ruinas o estaban deshabitados; y lo mismo ocurría con la población de las otrora animadas ciudades y aldeas de todo el mundo griego. Las pérdidas culturales fueron catastróficas y permanentes. Durante los cuatrocientos cincuenta años siguientes no se construiría en Grecia ningún edificio monumental de piedra. El arte de la escritura se olvidó y no volvería a aparecer hasta el siglo VIII. El aprovisionamiento de bronce y otros metales se redujo a la mínima expresión cuando se rompieron los lazos comerciales. Pasarían doscientos años hasta que los artesanos griegos volvieran a producir objetos y joyas de oro, plata y marfil. Comparada con el esplendor de la brillante época anterior, Grecia se vio inmersa en una verdadera edad oscura. Pero durante esos siglos de oscuridad surgiría una nueva Grecia, radicalmente distinta de la antigua y de las demás sociedades del Mediterráneo. Los modelos de integración social y política surgidos de la destrucción de los palacios-estado abrieron el camino a un nuevo tipo de gobierno estatal en Grecia, la ciudad-estado (*pólis*), surgido en el siglo VIII. Las raíces de la ciudad-estado griega, considerada por muchos la cuna de la democracia occidental y de la igualdad ante la ley, se plantaron en la Edad Oscura.

Grecia tardó muchos años en recuperarse plenamente del *shock* de las destrucciones y de sus consecuencias. Durante la primera parte de la Edad Oscura, desde aproximadamente 1150 hasta más o menos 900 a. C., Grecia fue víctima de incursiones y otros movimientos de población esporádicos. Pero es en esta etapa de dislocación y turbulencias cuando aparecen los primeros testimonios de recuperación y progreso material. La última fase de la Edad Oscura, desde más o menos 900 hasta *ca.* 750 a. C. fue testi-

go de una lenta aceleración que culminó con el notable salto cultural que supuso el «renacimiento del siglo VIII» (*ca.* 750-700).

FUENTES PARA LA EDAD OSCURA

El motivo principal de llamar a esta época «Edad Oscura» no tiene que ver tanto con la decadencia cultural como con la oscuridad en el terreno arqueológico. Los ricos testimonios materiales del Bronce Reciente se convierten prácticamente en nada durante los siglos XI y X. Y aunque los hallazgos materiales aumentan a partir de 900 a. C., siguen siendo relativamente escasos hasta casi el año 700 más o menos. No obstante, la arqueología de la Edad Oscura ha conocido unos progresos significativos desde los años sesenta. Se han descubierto varios poblados nuevos de esta época. La nueva técnica llamada arqueología de reconocimiento, consistente en que un equipo de investigadores recorren a pie sistemáticamente terrenos muy extensos, nos da una idea de las zonas rurales escasamente pobladas de la Edad Oscura. Además, el empleo cada vez mayor de métodos comparativos en el campo de la antropología y la sociología a la hora de analizar los testimonios materiales ha permitido mejorar nuestro conocimiento de cómo funcionaban estas sociedades.

Una fuente de información muy rica de la última etapa de la Edad Oscura son los poemas homéricos, la *Ilíada* y la *Odisea* (*ca.* 750-720 a. C.). Como veíamos en el Capítulo 1, aunque narran hechos acontecidos en los días gloriosos del período micénico, los poemas no describen la sociedad revelada por los restos materiales de esta época o por las tablillas en lineal B. Antes bien, el trasfondo social de los relatos homéricos encaja con la imagen que nos ofrece la arqueología de la Edad Oscura. La cuestión de en qué momento preciso del período comprendido entre 1100 y 700 a. C. debemos situar la sociedad «homérica» dista mucho de haber sido zanjada, pero se impone cada vez con más fuerza la idea de que refleja en buena parte la sociedad de finales del siglo IX y comienzos del VIII a. C.

Los dos poemas de Hesíodo nos ofrecen una rica información acerca de la vida y el pensamiento griegos en torno al año 700 a. C., época de su composición. La *Teogonía* nos presenta, junto con los poemas homéricos, un cuadro global de las primitivas creencias religiosas de los griegos. El otro poema de Hesíodo, *Los trabajos y los días*, que refleja las relaciones sociales y económicas de su época, serán una fuente importante para el próximo capítulo.

DECADENCIA Y RECUPERACIÓN (*ca.* 1150-900 A. C.)

La ausencia casi total de objetos de artesanía caros y de hermosa factura constituye la prueba más evidente de la decadencia de la civilización griega a partir de 1200. Pero la cerámica pintada, bastante abundante, nos permite rastrear el curso general seguido por la decadencia y la recuperación. De hecho, las distintas fases de la Edad Oscura reciben su nombre de los períodos atribuidos a las diversas formas y decoraciones de la cerámica. Por fortuna para los historiadores, los griegos siguieron tomándose muy en serio el arte de fabricar y decorar objetos de cerámica, de modo que sus vasijas de barro nos proporcionan una guía muy fiable del estado general de su cultura.

La cerámica que data aproximadamente de 1125 a 1050 (el punto de máxima decadencia después de las destrucciones) se denomina submicénica, pues todavía tiene un carácter claramente micénico, aunque su calidad es muy inferior. Se ha dicho con acierto que es un «estilo de agotamiento». Los ceramistas se contentan con repetir un puñado de formas y elementos decorativos del amplio repertorio del que disponían sus abuelos. A menudo el barro está muy poco preparado. Las vasijas son de dimensiones más pequeñas, están peor modeladas, y poco cocidas. La ejecución de los motivos y decoraciones tradicionales es torpe e irregular. Pero estos vasos, de calidad inferior comparados con los del siglo XIII e incluso según los criterios de la época de las destrucciones, constituyen la principal riqueza de las tumbas submicénicas en las que han aparecido. No se enterraba en ellas nada de valor excepto ocasionalmente un anillo de oro y una fíbula de bronce, e incluso la cerámica es poco abundante. (Por ejemplo, en 220 tumbas de Atenas y Salamina, lugares que no fueron destruidos ni abandonados, sólo se han encontrado 160 vasos.) Los testimonios hallados en las tumbas y en la superficie revelan la existencia de una sociedad sumida en la depresión económica y cultural.

En todo el mundo griego, los niveles de población habían descendido estrepitosamente. Los cálculos de esa disminución varían según las regiones entre el 60 y el 90%, de modo que el cuadro resultante es el de una despoblación casi inconcebible. La isla de Melos, por ejemplo, muy poblada durante el Bronce Reciente, parece que quedó prácticamente vacía durante doscientos años. Incluso en el Ática, que no llegó a ser invadida, el número de los asentamientos disminuyó en casi un 50%. La población de Grecia a finales del siglo XI probablemente fuera la más baja que había tenido el país en mil años.

Las causas de ese drástico descenso de la población no se entienden muy bien, pero, al parecer, tendrían que ver con el hundimiento del sistema redistributivo y con el letargo económico generalizado que afectó a Grecia a comienzos de la Edad Oscura. Otro factor importante quizá fuera la inseguridad provocada por los grandes movimientos de población, acompañados a menudo de violencia. Pero al mismo tiempo, los movimientos de población y su recolocación pueden dar a veces una impresión exagerada de despoblación generalizada. El abandono de algunos de los asentamientos más pequeños de la Edad del Bronce fue fruto del traslado de sus habitantes a otro poblado más seguro. Las excavaciones llevadas a cabo recientemente en Tirinte, por ejemplo, han revelado que su población se incrementó de hecho después de 1200. Además, mucha gente se refugió en Acaya, Arcadia y otras regiones poco pobladas hasta entonces, mientras que otros se recolocaron en ultramar.

¿Qué se conservó del mundo del siglo XIII en el del siglo XI y qué se perdió? Evidentemente, con los palacios desapareció la organización económica y política centralizada. El poderoso *wánax* («rey») y sus pequeños ejércitos de oficiales, escribas y operarios que habían sostenido el complejo sistema redistributivo desaparecieron para siempre. Al cabo de unas cuantas generaciones, el conocimiento de todo aquello se perdió, dejando sólo el recuerdo de unos caudillos-guerreros legendarios, que en otro tiempo habían gobernado unos reinos grandes y prósperos, y considerados en la imaginación mejores que sus descendientes en todos los aspectos.

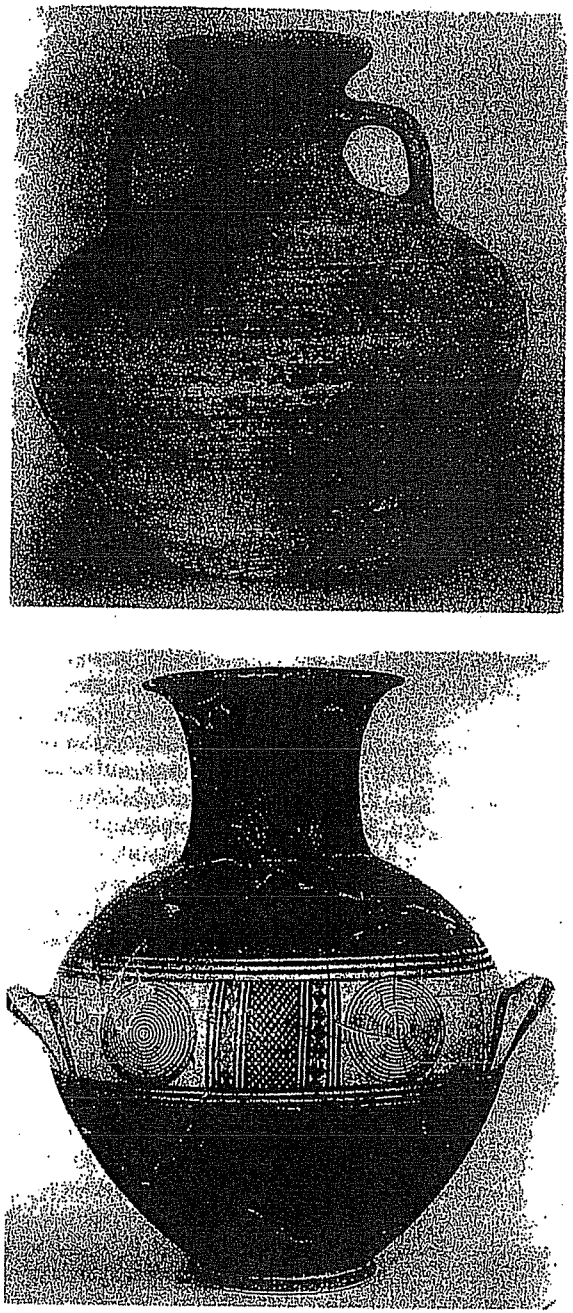
La desaparición de los sistemas políticos y económicos y de la alta cultura que los acompañaban no significa, sin embargo, que Grecia cayera en un estado de primitivismo. Pese al hundimiento de la organización palacial, todo lo que revestía importancia para la vida cotidiana de las familias y las aldeas continuó ininterrumpidamente. Al

igual que los de la época micénica, los griegos de la Edad Oscura siguieron cultivando trigo y cebada, aceitunas, higos y uvas; fabricando vino y queso, curtiendo pieles, esquilando ovejas, hilando y tejiendo lana y lino, y empleando los mismo métodos y equipos que antes. Igualmente se conservaron las artes y técnicas básicas de los alfareros, los tejedores, los herreros y los carpinteros, aunque a unos niveles técnicos y de refinamiento inferiores. Con toda seguridad, desapareció la demanda de incrustaciones de metal, o de pasta de vidrio azul, o de pinturas al fresco, que dejaron de existir junto con los palacios, lo mismo que el arte de la escritura. Y es que el sistema centralizado de fabricación, almacenamiento y distribución había sido eliminado, y con él los objetos de lujo, el comercio y la recaudación de impuestos. Pero el ritmo y las actividades intemporales del año agrícola y el poblado de labradores siguieron su curso inalterable, y permanecerían constantes durante los siglos venideros.

Análogamente, en el terreno de la religión, la Edad Oscura fue una época de continuidad y discontinuidad. En las tablillas en lineal B aparecen los nombres de seis o siete de los futuros doce dioses «olímpicos». Por otro lado, no sobrevivieron los de otras muchas divinidades mencionadas en las tablillas, como, por ejemplo, «Drimio, hijo de Zeus», o «Día», forma femenina de Zeus y probablemente su consorte. Los modos de venerar y aplacar a los dioses mediante la plegaria, el sacrificio y las ofrendas siguieron más o menos igual. Pero durante la Edad Oscura, el culto religioso dejó de estar centrado el palacio, y se dispersó por las aldeas; y fue entonces cuando se fundaron muchos de los ritos y fiestas dedicados a determinadas divinidades. Probablemente cambiaran también las ideas en torno a la naturaleza y el carácter de los dioses. Aunque muchos de los relatos (*mythoi*) acerca de los dioses y héroes que formarían el núcleo de la literatura y el arte de época posterior se originaron en los siglos XIV y XIII y se conservaron más o menos intactos durante la época de las destrucciones, es posible que otros se formaran o se tomaran prestados del Oriente Próximo durante la Edad Oscura.

Paradójicamente, aparecen signos de recuperación en el mismo momento en que la cultura material se hallaba en su momento más bajo. A partir más o menos de 1050, los diversos grupos dialectales originarios de la Grecia continental empezaron a emigrar a las islas del Egeo y a las costas de Asia Menor, estableciéndose en la franja que va más o menos del Helesponto a la isla de Rodas. Como ya vimos en el Capítulo 1, según la leyenda los colonizadores de la zona central de esa franja, los jonios, eran aqueos procedentes del Peloponeso que, para escapar de los dorios, se refugiaron primero en el Ática y luego al otro lado del Egeo. Los dorios participaron también en este movimiento, apoderándose de las islas meridionales del Egeo y la costa sudoccidental de Asia Menor. Las numerosas ciudades fundadas en las islas y en la costa dieron lugar, por primera vez en la historia, a la presencia permanente en Asia Menor de una población griega abundante, y fueron la causa de que el Egeo fuera llamado un día el «mar de Grecia».

Otro signo de recuperación es el dominio del difícil proceso de fundición y elaboración del hierro, con el que se producirían herramientas y armas más pesadas que las de bronce y que se conservaban afilados por más tiempo. Aunque Grecia es bastante rica en mineral de hierro y la tecnología necesaria para su explotación se conocía desde hacía mucho tiempo en Oriente, los micénicos habían preferido importar cobre y estaño (de los que carecía Grecia) para fabricar bronce. Pero cuando el colapso del comercio cortó el aprovisionamiento de bronce, la necesidad demostró una vez más que es la madre del ingenio. A partir de 1050, surgieron pequeñas industrias siderúrgicas en toda la



a

b

FIGURA 2.1a. Vaso submicénico procedente del cementerio del Cerámico de Atenas. Nótese el pulpo apenas reconocible, motivo típico de la cerámica minoico micénica.
FIGURA 2.1b. Vaso protogeométrico tardío procedente de la misma necrópolis, que presagia el estilo geométrico pleno.

Grecia continental e insular. La arqueología demuestra que hacia 950 la mayoría de las armas y las herramientas eran de hierro, no de bronce. La Edad del Hierro había hecho su aparición en Grecia.

La renovación de la energía se pone de manifiesto en el nuevo estilo de cerámica llamado protogeométrico (1050-900), que, al parecer, se originó en el Ática y se difundió rápidamente por las demás regiones. Aunque el protogeométrico muestra claras afinidades con el submicénico —el estilo decadente a partir del cual se desarrolló—, existen notables diferencias entre uno y otro. Los vasos son más proporcionados, más finos y menos achaparrados. Aparecen nuevas formas. La decoración abstracta heredada del submicénico —líneas y bandas horizontales, arcos, semicírculos y círculos concéntricos— está dibujada ahora con un espíritu más vigoroso y se adecua mejor a la forma de los vasos. La sensación general que producen éstos es de equilibrio, orden y simetría.

Ese refinamiento artístico fue el resultado en parte de los progresos técnicos realizados. Los alfareros habían desarrollado un torno más rápido que les permitía mejorar la forma de los vasos. Y ya no trazaban las líneas y los círculos a pulso. Para las líneas y las bandas utilizaban regla; y para los círculos inventaron un pincel múltiple provisto de un compás (varios pinceles unidos a un solo mango fijado a un par de compases de punta). Además la preparación del barro era mejor y conseguían un brillo más fino y más lustroso cociendo las piezas a mayor temperatura.

A partir de 1000 a. C. aproximadamente, la población empezó a aumentar lentamente, aunque incluso al final del período protogeométrico (*ca.* 900 a. C.) los niveles de población seguían siendo bastante bajos y el número de los asentamientos había crecido muy poco. Los arqueólogos califican de «importante» cualquier poblado de los siglos X-IX que tuviera más de doscientos habitantes; los más pequeños eran meras aldeas de un puñado de familias, que sumarían en total entre veinte y cuarenta personas. Muchos de esos poblados habían sido ciudades y aldeas prósperas durante el Bronce Reciente. Habían sido destruidas o abandonadas en el siglo XII y habían permanecido totalmente deshabitadas o casi deshabitadas durante varias generaciones, para volver a ser ocupadas (aunque no siempre en el mismo emplazamiento) a una escala mucho menor durante el protogeométrico. Por esa misma época, algunos centros importantes, como Atenas o Corinto, quizá contaran con unos mil habitantes, o incluso bastantes más. No obstante, como todos esos lugares han estado habitados siempre y se ha ido construyendo encima, no hay forma de saber cuáles eran sus dimensiones ni cuánto crecieron durante la Edad Oscura sin antes derribar los edificios modernos o demoler las estructuras clásicas excavadas.

Aunque la recuperación fue lenta y siguió un ritmo muy distinto en las diversas regiones, el progreso fue constante. Las aldeas micénicas abandonadas renacieron, y aunque su número fuera escaso y sus proporciones pequeñas, aparecieron nuevos asentamientos. También mejoraron las comunicaciones, tanto entre las diversas regiones de Grecia como entre los griegos y Oriente. El comercio exterior, que prácticamente había desaparecido a finales del siglo XII, se reanudó, por más que a unos niveles muy reducidos. Hacia finales del siglo X, los grandes movimientos de población hacia Grecia y dentro del propio país habían cesado. Grecia había alcanzado una estabilidad que no conocía desde la época de las destrucciones. En 900 a. C., la civilización griega se hallaba en el umbral de una nueva era.

La sociedad de la Edad Oscura primitiva

Las condiciones materiales y sociales de la Edad Oscura primitiva eran muy distintas de las que habían reinado en tiempos de los regímenes bien poblados y regulados de la época micénica. Con la ruptura de los estrechos lazos que habían unido los asentamientos más apartados y los complejos palaciales, los antiguos centros y las aldeas periféricas se vieron de repente en una situación de bastante independencia política y económica. El descenso de la población hizo que sobraran las tierras. Las llanuras fértiles eran más que suficientes para los habitantes de las pequeñas comunidades agrícolas. Las tierras menos fértiles quedaron de reserva. Las altiplanicies más lejanas y los valles de montaña permanecieron intactos o se dedicaron a pastos. La caza, las aves, la fauna y flora silvestre y otro tipo de recursos, como la madera, abundaban y eran fáciles de obtener.

En aquellas comunidades autosuficientes, las funciones gubernamentales y la jefatura eran sencillas y se desempeñaban directamente. Tras la caída del sistema micénico, lo más probable es que Grecia volviera a conocer el gobierno de los jefes locales, similar al tipo de organización existente durante el Bronce Medio, antes de la consolidación del poder de un solo jefe. Los restos de las tumbas y de los edificios de los siglos XI y X muestran muy poca diferenciación social. La vida de los jefes y sus familias no era, al parecer, demasiado distinta de la de los demás.

El basileús

Las tablillas micénicas en lineal B nos dan una pista importante para entender el proceso de descentralización. Como veíamos en el Capítulo 1, en las tablillas aparece el título *pasireu*, que, al parecer, correspondía a un funcionario de rango inferior, el representante local del *wánax*, que desempeñaba una especie de «alcaldía» de una ciudad o aldea. El título *pasireu* se conservó durante la Edad Oscura, y en el alfabeto griego de época posterior se escribiría *basileús*. Sin embargo, en la sociedad homérica, el *basileús* es el jefe político y militar de un asentamiento y de las tierras circundantes. Parece que cuando los reinos micénicos se derrumbaron, sus distintos componentes —las aldeas con sus campos de cultivo y sus pastos circundantes— siguieron regidos por unos hombres llamados *basileîs* (plural). Naturalmente, la diferencia estribaba en que el *basileús* ya no tenía que informar a un *wánax* central ni cumplir las instrucciones recibidas de él. Este panorama se ve confirmado por el hecho de que en Homero aparece efectivamente el término *wánax*, pero utilizado sólo como un equivalente honorífico de *basileús*, y como título de Zeus, el dios supremo, al que se llama «*(w)ánax* de dioses y hombres». Evidentemente, tras la destrucción de los palacios dejó de existir en la vida real la figura del *wánax*, y se conservó sólo el nombre y una vaga memoria de su extraordinario rango.

Cuando aparece en los textos literarios, y por supuesto en la *Ilíada* y en la *Odisea*, la palabra griega *basileús* suele traducirse por «rey». Pero sería erróneo calificar de «reyes» a los caudillos de la Edad Oscura, pues es un título que evoca en la mentalidad de los modernos la ida de monarca con poder autocrático. El nombre más apropiado para el *basileús* de la Edad Oscura sería el término antropológico «jefe», que designa a un hombre con unos poderes mucho menores que los del rey. No obstante, el *basileús* era un hombre de gran talla y de suma importancia en su comunidad.

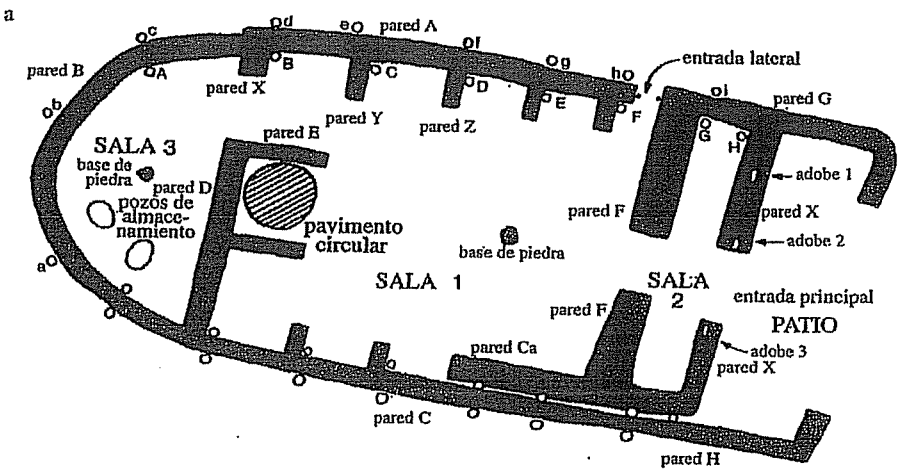
Recientemente se descubrió en el poblado de Lefkandi, en la isla de Eubea, la prueba de la existencia de un *basileús* de comienzos de la Edad Oscura. Lefkandi, populosa ciudad en época micénica, entró en decadencia durante el hundimiento de esa cultura y resucitó durante el período submicénico, disfrutando de una prosperidad excepcional (para los niveles de la Edad Oscura) hasta 700, cuando fue abandonada. En 1981, los arqueólogos realizaron un descubrimiento sorprendente: el edificio más grande (27 × 44 metros) que se conoce de la Edad Oscura, construido en torno al año 1000 a. C. La sepultura situada en el pavimento de la sala principal contenía un ánfora de bronce en la que se conservaban los restos incinerados de un hombre y a su lado una espada de hierro, una punta de lanza, y una piedra de amolar. Junto al ánfora estaba el esqueleto de una mujer, presumiblemente la esposa del hombre, enterrada con diversos ornamentos de oro. Junto a la tumba había otro enterramiento que contenía los esqueletos de cuatro caballos. Al parecer, poco después del funeral el edificio había sido derribado deliberadamente y recubierto con un gran montículo de tierra y piedras. Los especialistas se muestran perplejos respecto a la función que pudiera tener el edificio: ¿era la casa de la pareja de difuntos o había sido concebida como una tumba monumental? Sea como fuere, el hombre que recibió este complejo enterramiento propio de un guerrero (y al que tal vez se rindieran honores de culto después de morir) era a todas luces el *basileús* de Lefkandi y sus alrededores, un individuo que había sido el foco de interés de la sociedad mientras vivió y que siguió recibiendo honores después de muerto.

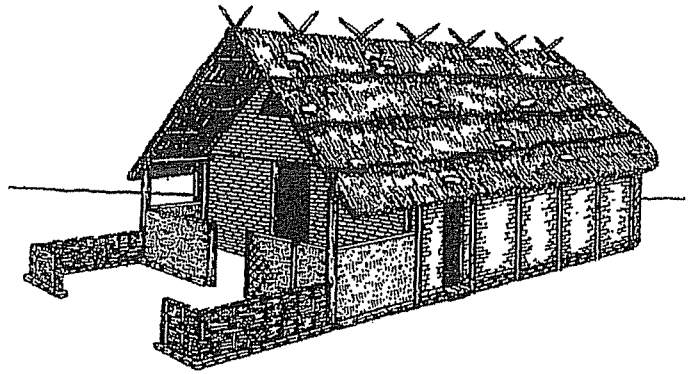
Otras excavaciones recientes han sacado a la luz pruebas de la existencia de otros jefes de comienzos de la Edad Oscura y de sus sociedades. Especialmente notable es el poblado de Nichoria, situado en el extremo sudoccidental del Peloponeso, una región mucho más pobre y menos avanzada que la isla de Eubea, que había mantenido contactos continuos con el Oriente Próximo. Nichoria había sido una importante ciudad subsidiaria del reino de Pilos y fue abandonada hacia 1200, cuando llegaron los merodeadores. Revivió en torno al 1050 en forma de pequeña aldea —en realidad, varios poblados distintos diseminados a lo largo de la cima de un barranco—, cuya población llegó a los doscientos habitantes más o menos a comienzos del siglo IX a. C. Nichoria gozaba de una prosperidad modesta, vivía de la agricultura y la ganadería, especialmente de la cría de vacuno.

En el principal grupo de casas, situado en el centro del barranco, los arqueólogos han descubierto un gran edificio del siglo X, de unos 11 metros de largo por 7 de ancho, formado por una gran sala y un pequeño pórtico (sala 2). Lo identificaron con la «casa del jefe del poblado». Aunque de dimensiones mucho mayores y mejor construida que las otras casas del barranco, tenía la misma forma y estaba hecha de los mismos materiales. El pavimento era de tierra apisonada y las paredes de adobe sostenían un tejado de paja a dos aguas que cubría también el pórtico de entrada. En el curso de una remodelación efectuada a comienzos del siglo IX se añadió una segunda sala, más pequeña, en la parte trasera (sala 3) y un gran patio delantero que ampliaba las dimensiones del edificio hasta los 16 m. La casa fue abandonada a finales del siglo IX, pero a su lado se levantó otra de dos habitaciones, mejor construida y con una patio todavía más grande. No obstante, por esa misma época, la población de Nichoria estaba empezando a disminuir. Por último, el lugar quedó desierto en torno al 750 a. C., víctima tal vez de las agresiones de Esparta contra Mesenia.

Las residencias de los *basileîs* de la Edad Oscura revelan que eran personajes importantes en sus aldeas y en la zona circundante. La construcción y las obras de repara-

a





b

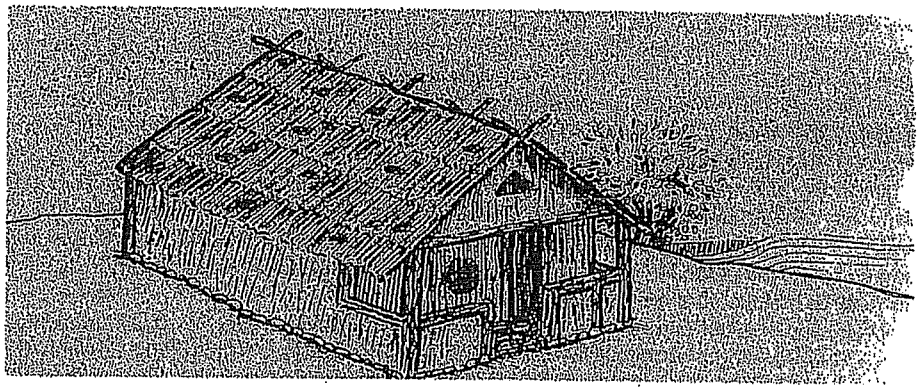


FIGURA 2.2a. Planta y reconstrucción de la «casa del jefe de la aldea» de Nichoria (siglo IX).
FIGURA 2.2b. Reconstrucción ideal de una casa «corriente» de la Edad Oscura.

ción de las casas de los jefes requerían el tiempo y el trabajo de una cantidad importante de personas, a diferencia de las casas corrientes, que podían ser levantadas por sus propios ocupantes. Es posible que las casas de los jefes tuvieran también algún tipo de función colectiva. Los arqueólogos sugieren que la casa del jefe de Nichoria, por ejemplo, servía como centro religioso del poblado y quizá como almacén colectivo. No obstante, aunque los jefes gozaban de la posición social más elevada de la comunidad, es evidente que su estilo de vida no era demasiado distinto del de sus vecinos.

Nichoria y otros asentamientos de la Edad Oscura nos dicen también que la economía, el gobierno y otras instituciones sociales no experimentaron demasiados cambios durante esta época. Era de suponer que las nuevas generaciones llevarían el mismo tipo de vida que sus padres, tendrían sus mismas creencias, y su misma forma de gobierno. La existencia estática en aquellas pequeñas comunidades no tenía nada de malo, pues permitía crear y conservar unas normas de conducta social perfectamente garantizadas y seguras. Durante toda su historia, los griegos se aferrarían a sus viejas tradiciones de conducta recta y errónea, incluso en las condiciones más cambiantes. La referencia constante a las viejas usanzas sería una de las fuerzas de cohesión de la cultura helénica.

Resurgimiento (*ca.* 900-750 a. C.)

Aunque las instituciones sociales siguieran siendo las mismas, el ritmo del progreso material se aceleró en torno a 900 a. C. Como es habitual, los vasos descubiertos en las tumbas constituyen el principal índice de cambio y de desarrollo. Los ceramistas y pintores protogeométricos del siglo X se mostraron todavía muy conservadores y no hicieron demasiadas innovaciones ni experimentos, pero continuaron refinando y perfeccionando sus técnicas. A pesar de todo, hacia 900 a. C., cuando el estilo protogeométrico tardío estaba evolucionando hacia el geométrico, se puso de manifiesto un nuevo espíritu artístico y estético. No se produjo ninguna ruptura dramática con la tradición, y en algunos lugares el viejo estilo siguió vivo durante algún tiempo. No obstante, la evidente proliferación de dibujos geométricos marca la aparición del Geométrico como un período decididamente nuevo.

El estilo geométrico (*ca.* 900-700 a. C.) suele dividirse en tres fases históricas: antiguo (*ca.* 900-850), medio (*ca.* 850-750), y reciente (*ca.* 750-700). Durante el período geométrico antiguo, los alfareros introdujeron nuevas formas y nuevos motivos ornamentales en su repertorio. Los círculos y semicírculos que habían sido las señas de identidad de los vasos protogeométricos fueron sustituidos en gran medida por otros motivos más lineales y angulares, como el meandro (también llamado greca), el zigzag, el triángulo, y el sombreado, dispuestos en zonas y franjas claramente definidas. Los ceramistas del geométrico medio hacen alarde de su dominio de la decoración lineal cada vez más compleja, hasta llenar poco a poco toda la superficie del vaso. Los recipientes son cada vez más grandes y más ambiciosos, piezas de bravura destinadas a los artistas y costosos trofeos para los compradores.

A comienzos del siglo VIII, los pintores de vasos empezaron otra vez a representar seres vivos, resucitando un motivo que prácticamente había desaparecido después de 1200. Al principio sólo pintaban animales y pájaros, que parecen hechos con un molde, en frisos repartidos por toda la superficie del vaso. La figura humana reaparece entre 760 y 750, y enseguida empiezan a predominar los elementos pictóricos, hasta que

la decoración figurativa ocupa la mayor parte del vaso y los motivos geométricos se reservan para el fondo. El geométrico reciente (*ca.* 750-700) está todavía muy ligado al pasado, pero también supone una ruptura inequívoca con él. Por consiguiente, la cerámica del Geométrico Reciente y otras innovaciones culturales del «renacimiento del siglo VIII» las trataremos al final del presente capítulo.

Otros indicios del progreso material, en consonancia con la evolución experimentada por la cerámica, se hacen patentes a comienzos del período geométrico. Los artesanos griegos del siglo IX producían artículos de lujo, como, por ejemplo, hermosas labores de orfebrería y tallas en marfil destinadas al consumo interno. Esta evolución pone de manifiesto no sólo la recuperación de la artesanía y por consiguiente del mercado, sino también la posibilidad de conseguir de nuevo materias primas procedentes del extranjero, entre ellas el bronce, que empieza a aparecer en grandes cantidades como consecuencia del incremento de las relaciones comerciales con el Oriente Próximo. Los artículos de lujo de producción nacional y los de importación empiezan a aparecer cada vez con más frecuencia en los enterramientos de los siglos IX y VIII. Salvo raras excepciones, los ajuares fúnebres anteriores al año 900 aproximadamente muestran pocas diferencias en cuanto a la riqueza y a la condición social de los individuos. Durante el siglo IX, por primera vez podemos hablar de tumbas «ricas» y «ostentosas», aunque las diferencias de riqueza son por lo general bastante pequeñas hasta el Geométrico Reciente (*ca.* 750-700).

Durante el siglo IX también las casas están mayoritariamente mejor construidas, hecho que refleja el aumento general de la prosperidad. Pero no se produjo ningún cambio fundamental ni en los estilos arquitectónicos ni en los materiales de construcción, y las familias más acomodadas sólo tenían unas residencias un poco más confortables que el resto. Todavía no existen indicios de edificios colectivos. El más antiguo, el templo independiente de un dios, no aparecerá hasta el año 800 a. C. más o menos.

Homero y la poesía oral

Los dos grandes poemas épicos, la *Ilíada* y la *Odisea*, no fueron producidos hasta el período geométrico reciente, pero quizá hablamos de ellos porque ambos textos, en la forma en que han llegado a nuestras manos, constituyen la culminación de una larga tradición oral que se remontaría a varios siglos antes del VIII. Los poemas épicos son relatos bastante largos, que cuentan una historia en verso y eran cantados o recitados ante el público. Las composiciones homéricas son la obra literaria más antigua de Europa que conocemos, aunque son bastante jóvenes comparados con las epopeyas del Oriente Próximo, que se remontan cuando menos al tercer milenio a. C. Aunque los griegos de época posterior proclamaban que Homero era su primer poeta y el más grande de su historia, no sabían nada de él. La tradición afirmaba que era un jonio de Esmirna o de la isla de Quíos; algunos decían incluso que era ciego. Y situaban su vida en fechas muy distintas, la mayoría anteriores al 700 a. C., según nuestro cómputo.

Los análisis lingüísticos modernos de estos poemas sitúan su composición entre 750 y 720 a. C., siendo la *Ilíada* unas cuantas décadas anterior a la *Odisea*. Las diferencias cronológicas han llevado a muchos estudiosos a preguntarse si la *Ilíada* y la *Odisea* son obra de un solo autor o de dos poetas distintos. También el método de composición ha sido objeto de controversia. Ya en el siglo XVIII de nuestra era se suscitó la sospecha de que hubieran sido compuestos oralmente, y no por escrito, pues una parte considerable

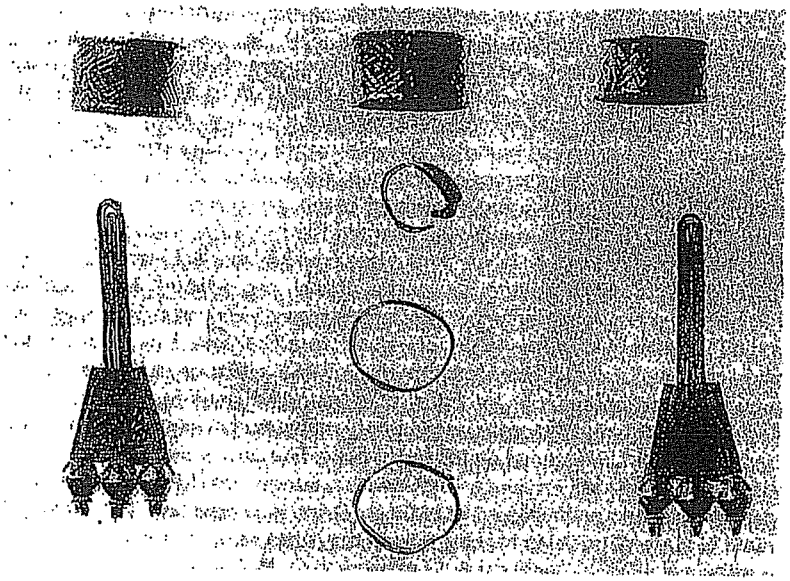


FIGURA 2.3. Joyas de oro procedentes de la tumba de cremación de una ateniense rica, de 850 a. C. aproximadamente. Aparte de las joyas, en su tumba se depositaron grandes cantidades de vasos de cerámica fina, fíbulas de bronce y de hierro, sellos de marfil, un collar de porcelana, y una gran caja de cerámica, rematada por cinco pequeños graneros, que dan testimonio del origen de la riqueza de la familia.

del relato consiste en la combinación repetida una y otra vez de fórmulas fijas. Pero se pensó que, sin escritura, la composición de unas obras tan largas y tan complejas —la *Ilíada* tiene casi dieciséis mil versos y la *Odisea* doce mil— era imposible. Así, pues, surgió la teoría de que los poemas en la forma en que hoy los conocemos fueron «confeccionados» varios siglos más tarde, a partir de una serie de «canciones» o «baladas» breves que contaban las hazañas de los antiguos héroes. Según esta teoría, los verdaderos autores de la *Ilíada* y la *Odisea* habrían sido generaciones y generaciones de poetas editores anónimos, conocedores de la escritura, que habrían compilado, aumentado y elaborado esas canciones orales de carácter tradicional.

La opinión general sufrió un gran vuelco cuando se demostró que, sin saber escribir, había poetas que podían componer largas tiradas de versos con la complejidad y la calidad estilística de la poesía escrita. A comienzos de los años treinta, un joven filólogo clásico, Milman Parry, y su colaborador, Albert Lord, realizaron una serie de grabaciones fonográficas de unos poetas analfabetos bosnios que cantaban un tipo tradicional de poesía épico heroica propia de los eslavos del sur. Al comparar distintas grabaciones de un mismo poema —algunos de más de 10.000 versos— realizadas en momentos diferentes, Parry y Lord descubrieron que no había dos interpretaciones exactamente iguales. Resultaba que el cantor no se aprendía de memoria el poema, sino que más bien lo componía o, mejor dicho, lo «recomponía» a medida que iba interpretándolo. Ello era posible porque el contenido narrativo era tradicional y lo cantaban con un estilo sumamente formalizado.

Parry llegó a la conclusión de que los poemas homéricos fueron creados de forma similar. En su opinión, Homero había sido el mayor de una larga serie de poetas cantores, que habían aprendido el difícil arte de la composición oral de varias generaciones de poetas anteriores, que a su vez la habían aprendido de sus antepasados. A la hora de volver a contar los viejos relatos, perfectamente conocidos de su público, Homero se basó en un acervo de «fórmulas» (frases estereotipadas, versos y bloques de versos fijos) y «temas» (escenas típicas, esquemas narrativos) tradicionales que había memorizado previamente y que podía variar a medida que lo exigiera la ocasión. A fuerza de pasarse la vida realizando ensayos a solas, «escribiendo» mentalmente su poesía, y realizando interpretaciones en público, Homero habría confeccionado y perfeccionado unos poemas que llevaban su firma personal. En la actualidad, la «teoría de la dicción formular», como ha sido llamada, es aceptada por todo el mundo y, de hecho, ha influido poderosamente en el estudio de otras «literaturas orales» del pasado y del presente en todo el mundo.

Respecto a la cuestión de cuándo fueron fijados por escrito y, por tanto, fosilizados, por así decir, los poemas homéricos, la tesis predominante hoy día dice que lo fueron en una fecha muy próxima a la de su composición. Precisamente por esa misma época, el arte de la escritura habría vuelto a Grecia. Lord sostenía que, al ser analfabeto, Homero habría dictado sus obras a alguien que supiera escribir. Otros especialistas, en cambio, creen que los poemas que hoy tenemos fueron memorizados y transmitidos oralmente por unos recitadores profesionales llamados «rapsodas» durante varias generaciones antes de ser fijados por escrito, quizá incluso en el siglo VI a. C. Otros llegan a afirmar que Homero, experto conocedor de la tradición oral, habría aprendido a escribir y por lo tanto sería un poeta de papel y pluma. Fuera cual fuese en último término el papel desempeñado por la escritura en la composición final de los dos grandes poemas, todo el mundo reconoce que representan la culminación de una larga tradición de poesía oral, a cuya evolución puso fin la llegada de la escritura.

Según uno de esos cantores bosnios, la poesía épica «es el canto de los tiempos antiguos, de las hazañas de los grandes héroes de antaño y de los héroes que han existido». Esos versos habrían sido cantados una y otra vez en Grecia desde la Edad del Bronce; con el paso de los siglos, los relatos y los temas de las literaturas heroicas del antiguo Oriente Próximo se abrieron camino en la lenta evolución de la tradición de la épica oral griega. Para los griegos de la Edad Oscura y de épocas posteriores, los «tiempos de antaño» habían sido una Edad Heroica, un período relativamente breve correspondiente a una o dos generaciones antes y otra después de la Guerra de Troya; esto es, al siglo XIII a. C. más o menos, según nuestra cronología.

El mito de la Guerra de Troya es una saga popular de una sencillez absolutamente clásica. Paris, hijo del rey Príamo de Troya, seduce y se lleva a esta ciudad a la bella Helena, esposa de Menelao, rey de los espartanos. Para vengar la ofensa, Menelao y su hermano, Agamenón, *ánax* (*wánax*) de Micenas, reúnen una gran hueste de guerreros aqueos, que se trasladan a Troya y destruyen la ciudad tras una asedio de diez años. Si la expedición tuvo lugar en realidad o no carece por completo de importancia; en cualquier caso, para los griegos, la Guerra de Troya constituía el acontecimiento en torno al que giraba toda su historia primitiva.

La *Ilíada* y la *Odisea* no cuentan toda la Guerra de Troya. La *Ilíada* concentra su acción en unos cuarenta días del último año de la guerra, y la *Odisea* relata el regreso

de uno de los caudillos, Odiseo, a su patria. Los poemas dan por supuesto que el público del siglo VIII conocía el resto de la trama y de la acción. Durante el siglo VII, e incluso durante el VI, se creó en torno a las dos grandes epopeyas un «ciclo épico» de diversos poemas breves, que completaban el mito de Troya. Esos poemas menores, atribuidos a veces al propio Homero, narraban los acontecimientos que condujeron al estallido del conflicto, los sucesos de la guerra propiamente dicha, incluida la «toma de Troya», y los «regresos» de los distintos héroes griegos.

La sociedad de finales de la Edad Oscura (homérica)

Teniendo en cuenta la enorme cantidad de tiempo transcurrido, no es de extrañar que los poemas homéricos no conserven prácticamente nada de la sociedad del Bronce Reciente; aunque tampoco dicen gran cosa de la época del propio poeta, esto es, la segunda mitad del siglo VIII. En cambio, contienen una gran riqueza de detalles relativos a la sociedad de la Edad Oscura de unas cuantas generaciones antes, correspondiente más o menos al año 800 a. C. Este paso atrás en el tiempo no tiene nada de extraño. En tiempos del poeta, se produjeron una serie de cambios fundamentales en la sociedad, que no encajaban de ninguna manera con el escenario narrativo tradicional que se había desarrollado durante siglos y siglos de composición oral. La sociedad descrita en los textos, por tanto, debe de ser anterior a la del momento de su composición, pero sin duda seguía viva en la memoria del poeta y de su público. La sociedad homérica se parece mucho, tanto en su estructura general como en gran parte de sus detalles, al tipo de organización social que los antropólogos llaman «caudillaje». Esas sociedades guerreras han existido en todo el mundo y en todos los períodos de la historia.

La sociedad homérica es naturalmente una deformación de la de finales de la Edad Oscura, en la que se basaba. Los poetas orales recreaban un mundo pretérito imaginario que era, en todos los aspectos, mejor y más grandioso que el de su época. Por ejemplo, en un momento dado, el héroe troyano Héctor blande, como si fuera un arma, un peñasco, que

> los dos hombres mejores de su pueblo no lo habrían
> levantado con facilidad del suelo para cargarlo en una carreta
> como son ahora los mortales, mas él lo blandió solo fácilmente;[2]

No obstante, muchos aspectos de ese mundo imaginario, sobre todo sus instituciones sociales y sus ideales, tenían que basarse en la experiencia real del público, para que la acción le resultara coherente y pudiera identificarse con los personajes y sus motivaciones. Una analogía moderna sería la ciencia ficción, que debe reflejar hasta cierto punto el mundo del lector, independientemente de lo fantásticos o surrealistas que sean el escenario y el argumento del relato. De modo parecido, los poemas homéricos están llenos de puras fantasías y exageraciones, aunque también de indicios reveladores de la realidad cotidiana. Así, por ejemplo, el patio delantero de la «espléndida morada» de Odiseo tiene un gran montón de estiércol, y en él se reúnen los gansos de la familia y las ovejas que han de ser ordeñadas. En el interior, el suelo es de tierra apisonada, y la gran

2. *Ilíada*, XII, 445-449.

sala (el *mégaron*) está negro del hollín producido por el gran hogar situado en medio de ella. De hecho, el «palacio» de Odiseo se parece más a la casa del *basileús* de la Nichoria de la Edad del Bronce que al palacio del rey de Pilos de esa misma época descubierto por los arqueólogos.

El caudillaje en los textos homéricos

El mapa geográfico y político del mundo homérico está formado por un conjunto de regiones y pueblos distintos. Por ejemplo, en el «catálogo de las naves» de la *Ilíada* (II, 484-759), en el que se enumeran los contingentes que formaban el ejército griego en Troya, el pasaje correspondiente a la extensa región de Etolia dice así:

> Toante, hijo de Andremón, iba al frente de los etolios,
> que administraban Pleurón, Oleno y también Pilene,
> la marítima Cálcide y la rocosa Calidón, ...
> cuarenta negras naves le acompañaban.[3]

Toante es el jefe «supremo» de Etolia, con una autoridad superior a la de los jefes locales de las aldeas enumeradas aquí, y el caudillo reconocido de todos los que se llaman etolios. En otro pasaje del poema se dice de Toante que «era soberano de Pleurón entera y de la escarpada Calidón de los etolios y que como un dios era honrado entre su pueblo» (*Ilíada*, XIII, 216-218). El pueblo es el *dēmos* (raíz de muchas palabras de nuestro idioma como «demo-cracia», «demo-grafía», o «epi-demia»). El *dēmos*, que en las tablillas en lineal B (en la forma *damo*) designa, al parecer, a una comunidad rural, a partir de Homero se refiere tanto a una entidad territorial como a las personas que la habitan. Así, pues, en este pasaje *dēmos* es tanto Etolia, la región, como los etolios, sus habitantes.

Los caudillajes regionales en los que se dividía la sociedad homérica eran versiones simplificadas de los reinos micénicos, a partir de los cuales habrían evolucionado. La distinción fundamental radicaba en que, a diferencia del *wánax* de la Edad del Bronce, el jefe supremo ejercía sólo un control limitado sobre los distintos distritos de su *dēmos*. Los jefes locales, aunque subordinados a él, eran fundamentalmente independientes. Un indicio de la vaguedad de la estructura de poder es que el jefe supremo se llama simplemente *basileús*, sin más título que lo distinga de los demás *basileîs* de rango inferior. De hecho, en Homero no existen más títulos oficiales para señalar el rango social.

Los caudillos y sus seguidores

Como la poesía épica se ocupa casi exclusivamente de las actividades de los *basileîs* y su familia (desentendiéndose en gran medida de la gente corriente), la *Ilíada* y la *Odisea* nos ofrecen una descripción bastante detallada de lo que era la jefatura. Como es habitual en las sociedades de caudillaje de todo el mundo, el cargo y el título de *basileús* pasa de padres a hijos. Pero la herencia no basta; el caudillo joven debe, además,

3. *Ilíada*, II, 638-644.

ser competente en el desempeño de su papel, que es dirigir al pueblo en la guerra y en la paz. El sucesor del *basileús* supremo tiene además otro reto, a saber, asegurarse la obediencia de los jefes locales de los *dēmoi*. Un *basileús* supremo debería tener las cualidades de Toante, que era

> el mejor con mucho de los etolios, diestro con la jabalina,
> valeroso en la lucha a pie firme; y en la asamblea pocos aqueos
> lo superaban, cuando los jóvenes porfiaban en sus propuestas.[4]

Los dos requisitos principales de la soberanía —la destreza en el campo de batalla y la capacidad de persuasión—, se encarnan en el consejo que el *basileús* Peleo da a su hijo, Aquiles, cuando lo envía a la Guerra de Troya: «ser decidor de palabras y autor de hazañas» (*Ilíada*, IX, 443). Ante todo son las proezas, «las obras de la guerra», lo que hacen de un hombre un príncipe. En Homero, como en muchas sociedades de caudillaje de todo el mundo, la categoría de un caudillo se mide por el número de guerreros que le siguen. El caudillo que no demuestre ser un buen guerrero verá pocos hombres dispuestos a seguirlo. Por ejemplo, en el catálogo de las naves, se dice que Nireo, hijo del *basileús* de la isla de Sime, llevó sólo tres naves a Troya: aunque era el más hermoso de los griegos (después de Aquiles), Nireo era débil, y «era escasa y poco numerosa la hueste que le acompañaba» (*Ilíada*, II, 671-675). Por el contrario, Agamenón era reconocido jefe de toda la hueste griega en Troya, pues, como comandante de cien naves de la región de Micenas, «a éste con mucho las más numerosas y mejores huestes acompañaban» (*Ilíada*, II, 577-578).

Todos los *basileîs*, tanto locales como supremos, poseen su propio séquito personal. Los hombres que acompañan a un caudillo son llamados por éste y se llaman entre sí *hétairoi* («compañeros»), término que expresa un sentimiento muy hondo de lealtad mutua. Así, pues, la «hueste» de un *dēmos* está formada por varias bandas de *hétairoi*, cada una al mando de su propio *basileús*, y todas ellas al mando del caudillo supremo. Sin embargo, el conjunto de las fuerzas de combate del *dēmos* se reúnen al mando del *basileús* supremo sólo cuando se produce una guerra total, normalmente para defender el *dēmos* del ataque de un enemigo externo. Si no, un jefe local o un caudillo supremo puede reunir libremente a su propio séquito y realizar expediciones de pillaje contra las aldeas de otros *dēmoi*, ya sea para igualar el tanteo en las disputas que puedan haber surgido, como para robar y saquear su ganado, sus bienes o sus mujeres. Por lo general, un jefe recluta a sus seguidores celebrando un gran banquete, en el que demuestra que es un gran caudillo, y con el que estrecha los lazos existentes entre sus seguidores y él. Por ejemplo, Odiseo, fingiéndose un caudillo guerrero originario de Creta, cuenta cómo realizó una incursión de saqueo en Egipto. Tras armar nueve naves, dice que reunió a su séquito,

> y en mi casa seis días comiendo estuvieron aquellos
> mis leales amigos (*hétairoi*): les daba sin duelo mis reses,
> que a los dioses sirviesen de ofrenda y festín para ellos.
> Embarcados, al séptimo día levamos de Creta...[5]

4. *Ilíada*, XV, 282-284.
5. *Odisea*, XIV, 247-252.

El pillaje constituye una forma de vida en la sociedad homérica. El botín no sólo enriquece al jefe de la expedición de saqueo y a sus hombres, sino que además sirve como demostración de su virilidad, su destreza, y su valor, y por lo tanto les proporciona honor y gloria. Tanto si se trata de una expedición de saqueo como si es una guerra, el *basileús* es el que debe dar más prueba de su valía colocándose «en la vanguardia», pues es literalmente el cabecilla. El caudillo está obligado a arriesgar su vida combatiendo al frente de su hueste (costumbre que se conservó durante toda la historia de Grecia). A cambio de su soberanía, el *dēmos* está obligado a rendir al *basileús* honores y ofrecerle regalos materiales.

Documento 2.1 Sarpedón, caudillo de los licios, aliados de los troyanos, habla con Glauco, su *hétairos* más íntimo y segundo jefe de los licios, recordándole las obligaciones recíprocas que tienen los caudillos y el pueblo.

> «¿Para qué, Glauco, a nosotros dos se nos honra más
> con asientos de honor y más trozos de carne y más copas
> en Licia? ¿Para qué todos nos contemplan como a dioses
> y administramos inmenso predio reservado a orillas del Janto,
> fértil campo de frutales y feraz labrantío de trigo?
> Por eso ahora debemos estar entre los primeros licios,
> resistiendo a pie firme y encarando la abrasadora lucha,
> para que uno de los licios, armados de sólidas corazas, diga:
> 'A fe que no sin gloria son caudillos en Licia
> nuestros reyes (*basileîs*), y comen pingüe ganado
> y beben selecto vino, dulce como miel. También su fuerza
> es valiosa, porque luchan entre los primeros licios.'[6]

La reciprocidad —la correspondencia mutua y equitativa— que gobierna todas las relaciones sociales en el mundo homérico es la clave de la relación entre el soberano y el *dēmos*. Idealmente, lo que se da y lo que se recibe debería equilibrarse mutuamente. De ese modo, también la equidad es la norma que rige el reparto de los despojos de la guerra. Después de una incursión de pillaje, el botín se pone en común. En primer lugar toma su parte el caudillo (y alguna cosilla extra en calidad de «premio») y, bajo su supervisión, se reparten los premios especiales al valor. A continuación se hace entrega del resto a los hombres «para que se lo repartan, para que nadie se vea privado de lo que le corresponde».

Un caudillo que se queda con más de lo que se merece o que distribuye los premios sin equidad corre el peligro de que sus seguidores le pierdan el respeto. Para un caudillo, ser tachado de «codicioso» supone una ofensa casi tan insultante como ser llamado «cobarde». En resumen, un *basileús* no puede permitirse el lujo de no mostrarse generoso y liberal del mismo modo, los caudillos homéricos ofrecen constantemente rega-

6. *Ilíada*, XII, 310-321.

los y festines a sus iguales y a los personajes importantes. Es una forma de hacer ostentación de la propia riqueza y un medio de cimentar las alianzas, de hacer nuevos amigos, y de acumular agradecimiento a través de las muestras de generosidad.

Pese a la gran autoridad que le confiere su posición, un *basileús* tiene una capacidad limitada de obligar a otros a aceptar su primacía. Es un caudillo, no un rey. Así, en la *Odisea* se producen varias ocasiones en las que los *hétairoi* de Ulises se niegan sencillamente a obedecerle. En una ocasión, cuando sus compañeros deciden hacer justamente lo contrario de lo que les ha mandado, únicamente es capaz de decir que, «al ser un hombre solo» debe atenerse a la voluntad de la mayoría. El desamparo de Odiseo ilustra la fragilidad básica de la autoridad del jefe en este tipo de caudillaje de poca monta.

El ser heredero legítimo del *basileús* supremo no supone una garantía absoluta de sucesión. En una sociedad en la que los actos son más importantes que el linaje, un sucesor débil puede ser retado por otros *basileîs* rivales que quieran sustituirlo como jefe supremo. El problema de la sucesión se trata ampliamente en la *Odisea*. Odiseo, el caudillo supremo de Ítaca y las islas adyacentes, ha estado ausente veinte años (los diez que ha durado la guerra y los diez que le ha llevado su regreso), y hace ya tiempo que se le da por muerto. Su anciano padre, Laertes, el anterior caudillo, lleva años retirado en el campo. El hijo de Odiseo, Telémaco, de apenas veinte años, sin experiencia en el mando y con pocos seguidores (los de su padre se han ido con él a Troya), se encuentra en una situación desesperada. Un grupo de jefes jóvenes o de hijos de jefes (en su mayoría originarios de otras islas del caudillaje) pretenden la mano de la madre, Penélope, presuntamente viuda. Están acampados en el patio de su casa, comiéndose sus reses en continuos banquetes, y seduciendo a sus esclavas. Su intención es derrocar al linaje de Laertes y que el que obtenga la mano de Penélope se convierta en el *basileús* supremo. El hecho de casarse con la viuda del caudillo muerto debía de dar cierta legitimidad al nuevo jefe. Aunque los pretendientes reconocen que la jefatura corresponde a Telémaco «por derecho paterno», no sienten el menor escrúpulo en intentar arrebatársela.

Los usurpadores recurren a la fuerza y a la amenaza. Cuando Telémaco convoca una asamblea del pueblo para quejarse del ultraje del que está siendo víctima su casa, los pretendientes amenazan a los pocos ancianos que se ponen de parte del joven, intimidan a los demás itacenses, y disuelven la asamblea. Después preparan una emboscada contra Telémaco e intentan matarlo. Al igual que Odiseo, Penélope puede ser muy astuta y tener infinidad de recursos; utilizará su astucia para frustrar las ambiciones de los pretendientes, a los que tiene entretenidos durante varios años diciéndoles que se casará con uno cuando acabe de tejer el sudario de su suegro, Laertes. Con la esperanza de que Odiseo regrese, teje por la mañana y por la noche deshace en secreto lo que había tejido de día. Por fin vuelve Odiseo, mata a los pretendientes, y asume la posición que legítimamente le corresponde como *basileús* supremo de Ítaca y de las otras islas. Pero en otros casos, las dinastías reinantes más débiles no debían de tener la suerte de la familia y el linaje de Laertes.

El gobierno a finales de la Edad Oscura

Las instituciones gubernamentales de la Edad Oscura eran pocas y muy sencillas, como pone de manifiesto Homero y corroboran los restos materiales de finales del siglo IX y comienzos del VIII. Había un consejo, llamado *boulē*, formado por los jefes locales y el caudillo supremo, en cuya gran sala (*mégaron*) se reunían para definir la política de todo el *dēmos*. El *basileús* supremo presidía las discusiones y llevaba la voz cantante en ellas, pero habitualmente escuchaba los consejos de los «ancianos», como se denominaba a los miembros de la *boulē* (aunque muchos de ellos podían ser perfectamente jóvenes). Sus decisiones eran presentadas a la asamblea del pueblo, llamada *agorá* o «reunión», a la que asistían los varones en edad de combatir y los ancianos. Pero en Homero, a veces, cualquier jefe o cualquier anciano respetado convoca una asamblea sin consultar a los demás príncipes. Se produce entonces un debate abierto, que generalmente concluye con un acuerdo. Aunque en teoría cualquier individuo podía tomar la palabra en la asamblea, en general sólo los jefes y otros «hombres destacados» hablaban en ella. Ante cada propuesta, los integrantes del *dēmos* hacían saber su decisión por aclamación, mediante murmullos o guardando silencio. Al final, si la asamblea salía bien, el *dēmos* aprobaba por aclamación las propuestas. El objetivo de la asamblea era alcanzar el consenso, tanto entre los jefes como entre éstos y el pueblo.

Además de la función de jefe militar y político, el *basileús* desempeñaba un papel religioso y judicial en la vida de la comunidad. Su única obligación religiosa, aunque no por ello menos importante, era presidir los sacrificios públicos ofrecidos a los dioses. Cuando elevaba sus plegarias a los dioses en un sacrificio era el portavoz del pueblo, lo mismo que el padre que sacrifica en nombre de toda la familia. Pero el *basileús* no era un sacerdote de los dioses, ni pretendía mantener una relación especial con ellos, aunque Homero subraya enfáticamente que Zeus protege y fomenta la autoridad del cargo de *basileús*.

Durante la Edad Oscura, es probable que los caudillos desempeñaran un papel menor en materia judicial, pues el proceso jurídico se hallaba en una fase incipiente de desarrollo. La única ley era la costumbre, es decir, las tradiciones de la comunidad en relación con lo que estaba bien o estaba mal en determinadas situaciones. (Hasta el siglo VII no surgiría un sistema de leyes formales escritas.) Buena parte de esas leyes consuetudinarias se relacionaban con la solución de diferencias entre particulares. Hasta el acto más antisocial, como por ejemplo el asesinato de un miembro del *dēmos*, no constituía un delito en el sentido de que exigiera la detención y el proceso del presunto asesino por el conjunto de la sociedad. La costumbre, por el contrario, era que las familias del asesino y de la víctima se pusieran de acuerdo sobre la «pena» material que debía imponérsele a éste a modo de compensación, evitando así la aparición de disputas desestabilizadoras entre las familias. El mismo procedimiento se seguía en otro tipo de delito igualmente delicado, el adulterio. Cuando las partes no llegaban a un acuerdo privado, la discusión se llevaba a los tribunales. Homero describe un pleito planteado en torno al pago que debía efectuarse en compensación por un asesinato, ante un grupo de «ancianos» (probablemente jefes) encargados de dictar sentencia, uno de los cuales debía recibir un premio de oro por pronunciar la «sentencia más recta». El juicio tiene lugar en una asamblea, mientras el pueblo se abalanza aclamando a uno y a otro litigante (*Ilíada*, XVIII, 497-508). El consejo, la asamblea y el tribunal de justicia constituyen todos los órganos de gobierno existentes en Homero, pero eran suficientes. Y seguirían siendo las principales instituciones gubernamentales, en una forma más evolucionada, en las futuras ciudades-estado.

Relaciones exteriores

Durante la Edad Oscura, las relaciones «diplomáticas» entre un caudillaje y otro las llevaban los propios caudillos o algún compañero leal. Como parte de su instrucción, Odiseo fue enviado de joven a Mesenia por su «padre y los demás ancianos» en una embajada cuya finalidad era cobrar «lo que se adeudaba» a los itacenses. Se trataba de un asunto serio, pues los mesenios habían realizado una incursión de pillaje en Ítaca y habían robado trescientas ovejas con sus pastores. Si las negociaciones fracasaban, los itacenses habrían tenido que realizar una incursión de venganza, y la animadversión podía degenerar en una guerra abierta.

Estando en Mesenia, el joven Odiseo permaneció en casa de un «huésped» (*xénos*; plural *xénoi*). La «hospitalidad» (*xenía*) era la relación de reciprocidad en virtud de la cual los *xénoi* estaban obligados a ofrecerse mutuamente protección, alojamiento, y ayuda cuando uno se trasladara al *dēmos* del otro. Esa relación se transmitía de generación en generación entre las familias de *xénoi*. Mientras estuvo en Mesenia, Odiseo vivió en casa de Ortíloco, un personaje importante de su *dēmos*, aunque no era jefe. Muchos años después, el hijo de Odiseo, Telémaco, se alojaría en casa del hijo de Ortíloco cuando pasa por Mesenia camino de Esparta, donde va a visitar a Menelao, y cuando regresa a su patria. La hospitalidad comportaba a menudo la celebración de un generoso banquete y, a veces, la ejecución de algún espectáculo musical. Al término de la visita, el anfitrión entregaba a su huésped un valioso regalo de despedida (e. g., una espada o una copa de oro). El regalo era la prenda material del vínculo de estrecha amistad que los unía, y se entregaba como garantía de que, cuando el huésped visitara el *dēmos* de su amigo, recibiría a cambio la misma protección, hospitalidad, y un regalo del mismo valor.

La hospitalidad era un medio imprescindible para mantener las relaciones con el exterior durante la Edad Oscura, pues cuando un extranjero llegaba a un *dēmos* no tenía ningún derecho y podía recibir malos tratos e incluso ser asesinado. La costumbre resultaba especialmente útil en situaciones delicadas. Por ejemplo, cuando Agamenón y Menelao realizaron una larga visita a Ítaca para convencer a Odiseo de que participara con ellos en la expedición contra Troya, no se alojaron en su casa, sino en la de un individuo llamado Melaneo, huésped de Agamenón. Recurrieron a la hospitalidad de Melaneo no porque no tuvieran buenas relaciones con Odiseo, sino porque la delicada tarea de reclutar aliados en el extranjero requería una base neutral. La *xenía* continuaría viva, aunque con ligeras diferencias, como una de las modalidades adoptadas por las relaciones diplomáticas hasta bien entrada la época arcaica e incluso después.

Valores sociales y ética

En todas las sociedades, los conceptos de bien y de mal, de justo e injusto, vienen determinados en gran medida por sus propias condiciones de vida. El código de conducta de los varones homéricos gira en torno a la guerra. En griego, el adjetivo *agathós* («bueno»), aplicado a los hombres de Homero, limita casi siempre su campo semántico a las cualidades de valentía y destreza en la guerra y en los ejercicios atléticos. La palabra opuesta, *kakós* («malo»), significa cobarde, o poco diestro o inútil en el campo de batalla. En una sociedad en la que todos los hombres en buenas condiciones físicas

combate en defensa de su comunidad, todos están obligados a comportarse con valentía. Se supone que los príncipes tienen que ser especialmente valerosos y, además, que destacarán a la hora de hablar en público y de dar consejo.

Otras normas tradicionales de conducta dicen que el «varón bueno» honre a los dioses, mantenga sus promesas y juramentos, y sea leal con sus amigos y compañeros de armas. Debe demostrar dominio de sí mismo, ser hospitalario, y respetar a las mujeres y a los ancianos. Debe ser misericordioso con los mendigos y con los suplicantes extranjeros. Demostrar compasión incluso con el guerrero capturado y no deshonrar el cadáver del enemigo muerto. Un comportamiento tan cortés es deseable, pero no imprescindible; el único criterio necesario para calificar a un hombre de *agathós* es que sea un buen guerrero.

Una sociedad de guerreros está obligada a imbuir a sus futuros combatientes un gusto salvaje por las crueles «obras de Ares», el placer de aniquilar al enemigo. En la *Ilíada*, al final de una emotiva escena familiar, el héroe troyano Héctor coge en brazos a su hijo pequeño y ruega a los dioses que llegue a ser un guerrero mejor que su padre y que, al regresar del combate, «traiga ensangrentados despojos del enemigo muerto y que a su madre se le alegre el corazón» (*Ilíada*, VI, 480-481). Los hombres homéricos no sólo son fieros en la guerra, sino también salvajes en la victoria: saquean e incendian las aldeas que capturan, matan a los varones supervivientes, incluso a los niños, y violan y esclavizan a las mujeres y a las niñas.

Un elemento importante del *éthos* de los varones griegos era un fuerte espíritu de competitividad. Los personajes de Homero se comparan constantemente, o son comparados, unos con otros. Los varones se ven obligados a vencer y a ser calificados de *áristos* («el mejor»). Se dice de un individuo que es «el mejor de los aqueos en el manejo del arco», mientras que otro «sobrepasaba a todos los jóvenes en la carrera», o en lanzar la jabalina, o en correr con el carro, o en hablar en público. Este tipo de sociedad supercompetitiva se denomina agonística, término derivado de la palabra griega *agōn* («certamen, lucha»). Toda la sociedad está impregnada de ese instinto de competitividad y de victoria. Un pobre labrador se anima a trabajar con más ahínco cuando ve cómo su vecino se enriquece, dice Hesíodo (*ca.* 700); y añade: «el alfarero tiene inquina al alfarero y el artesano al artesano, el pobre está celoso del pobre y el aedo del aedo» (Hesíodo, *Trabajos y días*, 25-26).

El único objetivo de la competitividad y la emulación es ganar *timē* («honra» y «respeto»). La *timē* es siempre el reconocimiento público de la propia valía y de los propios actos. Comporta cuando menos alguna marca visible de respeto: un asiento de honor o una porción mayor de carne en el banquete, o una parte extraordinaria de botín, o premios y regalos valiosos, por ejemplo tierras. Al lector moderno, los caudillos guerreros homéricos quizá le parezcan demasiado ansiosos de cosas materiales, pero el principal objeto de su afán de adquirir y poseer grandes cantidades de animales y objetos preciosos era ante todo acrecentar su fama y su gloria. No ser honrados cuando debían serlo, o, peor aún, ser deshonrados, constituía una ofensa insoportable. Así, por ejemplo, cuando en la *Ilíada* Agamenón deshonra gravemente a Aquiles arrebatándole su esclava, Briseida, «premio de honor» concedido al Pelida por el ejército, se suscita un gran altercado entre ellos, que produce la ruina de todos los griegos.

La adhesión a la ética competitiva (que se resumiría en el lema: «ser siempre el mejor y destacar sobre los demás») inducía a los hombres a realizar grandes hazañas y contribuía a mantener la posición de caudillo. Por otro lado, la constante búsqueda de

honor personal y familiar y la obsesión por vengar la deshonra podían provocar una inestabilidad política enorme. Para bien o para mal, los códigos de conducta del varón homérico seguirían vivos durante toda la Antigüedad, y los autores griegos de época posterior continuarían mirando a la *Ilíada* y la *Odisea* como modelos de lo que era el comportamiento justo y equivocado.

La concepción de lo bueno y lo malo en lo tocante a la mujer y a la conducta que se esperaba de ellas venía determinada por la ética de los varones. Dentro de sus comunidades, tratan a las mujeres con gran respeto. En la poesía épica no hay muchos rastros de la misoginia (del griego *myso-gynía*, «odio a las mujeres») que podemos apreciar en la literatura de época posterior. En Homero, las mujeres no son vituperadas ni tratadas despectivamente, y da la impresión de que tienen una libertad social mayor que las de épocas posteriores. Las mujeres caminan libremente por la aldea y el campo y participan de los acontecimientos festivos y religiosos. Y aunque no tengan voz en la política, forman parte de la «opinión pública». Las de las casas de condición superior permanecen después de cenar en la gran sala en compañía de sus maridos y de los demás hombres, y toman parte en la conversación. La esposa de un jefe, sobre todo si es un caudillo supremo, es tenida en gran estima, e incluso puede participar de la autoridad de su marido, como le ocurre a Arete, la esposa de Alcínoo, el *basileús* de los feacios, en la *Odisea*. Odiseo, disfrazado de mendigo errante, adula a Penélope (que no reconoce en él a su marido) diciéndole que «su fama llega hasta el anchuroso cielo, como la de un *basileús* irreprochable».

Las cualidades que definen a la mujer «buena» en Homero se circunscriben estrictamente a su papel doméstico de esposa y madre. Son honradas por su belleza, su destreza y su diligencia en el telar, en la administración cuidadosa de la casa, y por su buen sentido práctico. Como los varones, las mujeres se comparan unas con otras, aunque sólo en los escasos ámbitos de excelencia que les están permitidos; por ejemplo, una «sobrepasaba a todas las de su edad en belleza y por sus labores [en el telar] e inteligencia». Se espera de ellas que actúen con modestia cuando estén en público o en compañía de hombres, y sobre todo que sean castas. Aunque a los varones se les permite tener concubinas, las mujeres adúlteras acarrean la desgracia y el deshonor a sí mismas y a sus familias.

Como en la Grecia de época posterior, la mujer está bajo el dominio estricto de sus parientes de sexo masculino y su marido desde su nacimiento hasta su muerte. Son los premios más valiosos que pueden conseguirse en las incursiones de pillaje y en la guerra, no sólo por su valor intrínseco —como trabajadoras o como concubinas, o como objeto de trueque o de regalo—, sino también porque capturar a la madre, la esposa, la hija, o a la hermana de un enemigo constituye la mayor ofensa.

Documento 2.2 En el encuentro que tienen durante el pequeño intervalo que se produce en el combate, Héctor dice las siguientes palabras a Andrómaca, su esposa. Aunque el resultado de la guerra todavía es incierto, ambos tienen la premonición de que los troyanos van a perderla.

Bien sé yo esto en mi mente y en mi ánimo:
habrá un día en que seguramente perezca la sacra Ilio,
y Príamo y la hueste de Príamo, el de buena lanza de fresno.
Mas no me importa tanto el dolor de los troyanos en el futuro
ni el de la propia Hécuba ni el del soberano Príamo
ni el de mis hermanos, que, muchos y valerosos,
puede que caigan en el polvo bajo los enemigos,
como el tuyo, cuando uno de los aqueos, de broncíneas túnicas,
te lleve envuelta en lágrimas y te prive del día de la libertad;
y quizá en Argos tejas la tela por encargo de una extraña
y quizá vayas por agua a la fuente Meseide o a la Hiperea,
obligada a muchas penas, y puede que te acose feroz necesidad.
Y alguna vez quizá diga alguien al verte derramar lágrimas:
'Ésta es la mujer de Héctor, el que descollaba en la lucha sobre
los troyanos, domadores de caballos, cuando se batían por Ilio'.
Así dirá alguien alguna vez, y tú sentirás un renovado dolor
por la falta del marido que te proteja del día de la esclavitud.
Mas ojalá que un montón de tierra me oculte, ya muerto,
antes de oír tu grito y ver cómo te arrastran.»[7]

Esclavitud

La esclavitud no tenía nada de malo para los griegos. El esclavismo ni siquiera se considerará tema de debate moral hasta finales del siglo V a. C.; y aunque algunos expresaran cierta repugnancia por él, la institución floreció en Grecia durante toda la Antigüedad pagana y durante varios siglos después de la implantación del cristianismo. La actitud de los antiguos griegos frente a ella era muy sencilla. Ser esclavo era algo horrible, pero poseer un esclavo era estupendo. Era un producto colateral de la guerra y del pillaje. Una persona se convertía en esclava cuando era capturada o raptada, esto es, en botín humano. Los griegos no se dedicaban a la cría de esclavos a gran escala y, de hecho, ponían reparos a la esclavización de otros griegos (aunque lo hicieran), por lo que preferían comprar y vender esclavos no griegos. Eumeo, el porquero de Odiseo, que había sido raptado de niño por unos mercaderes fenicios y más tarde vendido al padre del héroe, resume la degradación de la condición servil en la siguiente frase: Zeus «arrebata al varón la mitad de su fuerza desde el día que en él hace presa la vil servidumbre» (*Odisea*, XVII, 322-323).

Religión

En el siglo VIII, la religión griega había alcanzado básicamente la forma que tendría durante el resto de la Antigüedad pagana. Pero muy poco más se sabe acerca de su evolución tras el hundimiento de la sociedad micénica, excepto que algunos dioses cuyos nombres aparecen en las tablillas en lineal B habían desaparecido, y que posiblemente se habían añadido una o dos divinidades al grupo de los grandes dioses. Por ejemplo, Afrodita, la diosa griega del amor erótico, quizá sea una importación postmicénica ori-

7. *Ilíada*, VI, 447-465.

ginaria del Oriente Próximo, según el modelo de la diosa semítica del amor Astarté/Ishtar; y uno de los amantes de Afrodita, Adonis (cf. el semítico *adon*, «señor»), es a todas luces de origen oriental. A partir de 700 a. C. los griegos adoptaron o asimilaron otros dioses originarios del Oriente Próximo y Egipto. Posteriormente se produjeron además importantes innovaciones en el terreno de la ética religiosa. Pero durante los mil años siguientes, la religión griega seguiría siendo en todo lo fundamental exactamente igual que la que aparece en Homero y Hesíodo.

Los dos rasgos básicos del culto homérico se remontan a la antigua religión minoico micénica. Esos rasgos son el politeísmo, esto es, la adoración de numerosos dioses y diosas (singular *theós*, plural *theoí*); y las formas rituales de honrar a los dioses: con sacrificios y plegarias, procesiones, músicas, danzas e himnos. Como las demás religiones mediterráneas, la griega era una religión formal, ritualista, y colectiva, no privada ni meditativa. Pero a diferencia de algunas de ellas, nunca desarrolló un corpus oficial de doctrinas o creencias obligatorias. En Grecia coexistieron ideas distintas, y a veces contradictorias, acerca de los dioses.

Todo lo que los griegos sabían de los orígenes del mundo y de los dioses lo aprendieron de la poesía épica de finales del siglo VIII. El historiador Heródoto escribía en el siglo V.

> No obstante, el origen de cada dios —o si todos han existido desde siempre—, y cuál era su fisonomía no lo han sabido hasta hace bien poco; hasta ayer mismo, por así decirlo. Pues creo que Hesíodo y Homero ... fueron los que crearon, en sus poemas, una teogonía para los griegos, dieron a los nombres sus epítetos, precisaron sus prerrogativas y competencias, y determinaron su fisonomía.[8]

El poema de Hesíodo titulado la *Teogonía* («genealogía de los dioses») constituía la versión autorizada de los comienzos del universo y de la historia de los dioses hasta que Zeus y los demás dioses «olímpicos» alcanzaron la supremacía. Según Hesíodo, los olímpicos eran la tercera generación de dioses, descendientes de la pareja primigenia de divinidades cósmicas Gea (la Tierra) y Urano (el Cielo). El mito se parece muchísimo a los antiguos relatos mesopotámicos y muestra claros influjos suyos.

Entre una generación y otra se produjeron violentos conflictos. El cielo no dejaba nacer a sus hijos, y los ocultó en el seno de su madre, la Tierra. Ésta convenció a su hijo Crono de que cortara los genitales de Urano con una hoz, liberando así a sus hermanos y hermanas, que constituirían la segunda generación de dioses, los Titanes. Crono, a su vez, intentó impedir que vinieran al mundo los hijos que había tenido con su esposa, la titánide Rea, tragándoselos a medida que iban naciendo. Pero Rea engañó a Crono haciéndole tragar una piedra en vez de a su hijo menor, Zeus, que luego le obligó a vomitar a sus otros hijos. Luego, Zeus, con la ayuda del rayo y de los monstruosos hijos de Urano, se puso al frente de sus hermanos en la violenta guerra que durante diez años sostuvo contra los Titanes desde su fortaleza en la cima del Olimpo. Tras vencer en el campo de batalla, los olímpicos encerraron a los Titanes en el fondo de la tierra. Tras superar el desafío final del monstruo Tifoeo, Zeus reinó eternamente desde el Olimpo sobre todo el universo. Después de su victoria, los dioses se repartieron el dominio del mundo. Zeus recibió el mando sobre el cielo y las nubes, Posidón sobre el mar, y Hades

8. Heródoto, *Historia*, II, 53.

sobre el infierno, donde van a parar las almas de los humanos cuando mueren; y todos los olímpicos compartían el dominio de su abuela, la Tierra, y de las criaturas que la habitan, y entre ellas los hombres.

Así, pues, los dioses olímpicos no eran los creadores del universo, sino más bien los frutos de tres o cuatro generaciones de uniones sexuales, empezando por la de la Tierra y el Cielo. Como descendientes del universo físico, los dioses encarnaban las fuerzas de la naturaleza; Zeus *era* en efecto el cielo y todos sus fenómenos. Pero los griegos desarrollaron una concepción antropomórfica de sus divinidades, y las presentaban como hombres y mujeres idealizados con poderes especiales para dominar y dirigir la naturaleza. De ese modo, las pinturas y esculturas representaban a Zeus como un hombre que blande en sus manos el rayo. Todos los aspectos de la naturaleza estaban dotados de forma humana; bosques, montañas, mares, ríos y fuentes estaban habitados por innumerables espíritus, imaginados como hermosos mancebos y doncellas. Incluso las emociones y algunos comportamientos —el miedo, la piedad, el odio, las oraciones, el rumor, etc.— eran concebidos como divinidades con forma humana, que, como el resto del cosmos, eran fruto de la procreación.

El conjunto de los dioses, espíritus de la naturaleza y abstracciones representan al ser en su totalidad. La diversidad del reino sobrenatural ofrecía a los griegos una forma satisfactoria de ordenar y explicar la desconcertante complejidad de la experiencia humana, desde el vasto y misterioso universo de las estrellas y los planetas, hasta el mundo benigno y hostil de la naturaleza, o el confuso mundo interior de la mente humana. El mundo divino es un reflejo de la condición humana. Así, por ejemplo, Ares, el dios de la guerra, es el espíritu del gusto por la sangre que se apodera del guerrero y hace que desee matar y destruir. Afrodita, la diosa del amor, es la fuerza irresistible del deseo sexual. Atenea representa la esfera de la sabiduría práctica (la fabricación de tejidos, la carpintería, la metalurgia, y la tecnología en general), mientras que la sabiduría de Apolo se extiende a la música, la poesía, y la filosofía. Al igual que Atenea, Ártemis permanece eternamente virgen, pero mientras que la primera es amiga y protectora de los héroes guerreros, la segunda evita todo contacto con los varones y vive en los bosques entregada a la caza y a la defensa de los animales.

En Homero y Hesíodo, estas poderosas divinidades tienen el mismo aspecto que los humanos y piensan como ellos; y sus actos son igualmente imprevisibles. Pero sus poderes infinitamente superiores y el hecho de que sean inmortales y eternamente jóvenes, y no estén sujetos al dolor, sitúa a los dioses a una distancia infranqueable de los mortales. Los mortales (*thnētoí*) son juguetes de los dioses (*hoi athánatoi*, «los inmortales»), que disputan entre sí por el destino que pueda correr un individuo o un grupo. La compleja intersección de la eternidad divina y de la mortalidad efímera constituiría la base de toda la especulación filosófica y científica de los griegos de época posterior en torno al orden y la estructura del universo y de la condición humana.

Los griegos adoraban a los dioses por el respeto que les inspiraba su poder y su capacidad de hacerles bien o de causarles daño. Los dioses exigían que se reconociera su poder a través de las ofrendas y otros signos de respeto. Los mortales se las presentaban de buena gana y en abundancia debido a que estaban básicamente convencidos de que los dioses estaban dispuestos a ayudar y a proteger a los que los honran, aun a sabiendas al mismo tiempo de que las divinidades caprichosas podían hacer justamente lo contrario. Cada comunidad tenía una divinidad protectora especial o incluso más de una, y no escatimaba en gastos y esfuerzos a la hora de honrarlas con tal de conservar su favor.

Después de la Edad Oscura, las ciudades-estado griegas harían gala de su generosidad dedicando a los dioses tierras públicas, grandes templos, costosas ofrendas particulares, fiestas en su honor, y millares de víctimas sacrificiales.

En Homero, los dioses hacen hincapié en los honores que se les deben, pero poco más. Su interés por la moralidad, tal como nosotros la concebimos hoy día, es muy limitado. Algunos actos, como el incesto o el homicidio, se creía que «contaminaban» a la persona que los cometía, y ésta debía ser purificada ritualmente antes de ser readmitida en la sociedad. Había además muchos más tabúes de menor importancia (por ejemplo, tocar un cadáver) que contaminaban durante unas horas o unos pocos días. Pero la mayoría de los actos que son condenados por las grandes religiones modernas como pecados contra Dios, como, por ejemplo, el robo, el adulterio o la violación, a los dioses griegos les traían sin cuidado. Por lo que respecta al comportamiento interpersonal, los dioses de Homero condenan ante todo sólo la ruptura de los juramentos y los malos tratos a los extranjeros, suplicantes, y mendigos. Los juramentos hechos en nombre de los dioses, a los que se ponía por testigos, eran especialmente importantes, porque sellaban los contratos entre los individuos y entre las comunidades. En unas cuantas ocasiones, sin embargo, los dioses de Homero muestran cierto interés por la equidad y la justicia dentro de la sociedad. Así, por ejemplo, se dice que Zeus envía malos vientos y tempestades «contra los hombres que en la plaza dictan sentencias torcidas abusando de su poder y destierran la justicia sin ningún miramiento por los dioses» (*Ilíada*, XVI, 386-388). A partir de Hesíodo, la idea de Zeus como defensor de la justicia (*díkē*) se convertiría en un tema literario cada vez más frecuente.

En muchas religiones, las penalidades y sufrimientos en la tierra son aliviados con la promesa de un paraíso después de la muerte para aquellos que hayan vivido una vida justa. Los griegos no tenían ese consuelo. Sus ideas en torno a la vida futura de la persona fueron siempre muy vagas y no llegaron a desarrollarse durante las épocas arcaica y clásica. Para la mayoría de los griegos, la existencia mínimamente significativa acababa cuando el alma (*psychē*) abandonaba el cuerpo y volaba al Hades. Allí reciben castigo algunos pecadores, pero dicho castigo queda reservado únicamente a aquellos que han ofendido o han intentado engañar a los dioses. Más tarde, sin embargo, gracias a la influencia de los cultos místéricos (como los de Deméter en Eleusis), y de la especulación filosófica, se desarrollarían más las ideas en torno a la vida bienaventurada en el otro mundo de quienes hubieran llevado una conducta moral en éste y a los castigos eternos reservados a los malos.

A la religión olímpica le preocupaban mucho más el aquí y el ahora y la posibilidad de propiciarse el favor especial de los dioses a través de la realización de ciertos ritos formales. Al igual que en la época micénica, había sacerdotes y sacerdotisas especiales, encargados de realizar plegarias y ritos específicos, y de cuidar los objetos sagrados que componían el culto de un dios. No obstante, nunca existió una clase o una casta sacerdotal profesional, al margen del resto de la población, como en el Oriente Próximo o en Egipto. Los sacerdotes y videntes griegos no llevaban una indumentaria ni un tipo de vida diferentes a los del resto de los ciudadanos; sus obligaciones oficiales eran, por lo general, de corta duración y requerían poca preparación e instrucción. Los sacerdotes y sacerdotisas procedían casi exclusivamente de las clases más altas de la sociedad, y muchos cargos sacerdotales eran hereditarios y propiedad de una sola familia. Los sacerdocios aumentaban el prestigio de las familias dirigentes y de ese modo reforzaban sus pretensiones de autoridad, pero los cargos propiamente dichos comportaban muy poca autoridad política y beneficio económico.

Comunidad, familia y economía a finales de la Edad Oscura

En el año 800 a. C., la mayoría de los poblados griegos seguían siendo bastante pequeños y estaban formados por unas cuantas docenas de familias. Un puñado de asentamientos mayores, como, por ejemplo, Argos, Atenas, Corinto, Cnosos, y Esparta, probablemente tuvieran varios centenares de familias o más. Todos los lugares importantes y la mayoría de los más pequeños llevaban ocupados ininterrumpidamente desde la Edad del Bronce, por la sencilla razón de que eran emplazamientos buenos para vivir en ellos. Gracias a las tierras de cultivo y a los pastos circundantes, buena parte de ellos eran autosuficientes desde el punto de vista económico.

La vida del labrador, e incluso la del pastor, era la de la aldea. La granja aislada en medio del campo era bastante rara en la Grecia primitiva; los labradores vivían en aldeas y salían cada mañana a sus campos, como siguen haciéndolo hoy día en las áreas rurales de Grecia. Las aldeas griegas eran comunidades permanentes, fuertemente cohesionadas. Las familias que las integraban llevaban viviendo en ellas desde hacía innumerables generaciones, y sus habitantes contraerían matrimonio con miembros de distintas familias de la aldea o de otras aldeas del *dēmos*. La pequeña aldea podría compararse con una familia ampliada, en la que el jefe sería una especie de padre. Como ya hemos visto, la ley era consuetudinaria; en general, la desaprobación general bastaba para impedir los comportamientos antisociales. Las disputas más difíciles eran resueltas por el jefe y un tribunal muy sencillo formado por los ancianos del poblado. La supervivencia de la aldea dependía de la cooperación de todas las familias; no podían permitirse el lujo de que los malos sentimientos entre los vecinos y familiares destruyeran la solidaridad de la comunidad. En las poblaciones de varios miles de habitantes, las relaciones sociales a veces eran más complejas, pero cualitativamente no eran muy distintas.

Los diversos asentamientos existentes en el territorio de un *dēmos* se hallaban asimismo unidos por lazos de parentescos y de interdependencia. Las aldeas podían tener litigios unas con otras, y sus habitantes llegar incluso a las manos, pero se unían frente a cualquier amenaza procedente del exterior. Odiseo describe cómo, al regresar a su patria después de la Guerra de Troya, sus hombres y él atacaron y saquearon la ciudad de un pueblo, los cícones, situada en la costa. En vez de zarpar inmediatamente, como había ordenado, sus hombres se quedaron en tierra toda la noche, comiendo y matando innumerables bueyes y ovejas, y bebiendo vino. Pero «entretanto, los cícones daban la alarma a los suyos, que habitaban lugares vecinos allá tierra adentro». A la mañana siguiente, estos hombres de las aldeas vecinas contraatacaron y mataron a varios hombres de Odiseo antes de que pudieran ponerse a salvo en sus naves (*Odisea*, IX, 39-61). Dentro de los límites formados por los poblados que compartían el nombre del *dēmos*, una persona o una familia podía vivir y moverse con seguridad. Todos los cícones se consideraban afines unos a otros, como les ocurría por su parte a los itacenses o a los atenienses: todos «pertenecían» al pueblo. Una vez fuera del territorio patrio, el individuo se hallaba «en el *dēmos* de otro», en un país extraño, por así decir, en el que se acababa la protección de los lazos tribales y el sujeto no era más que un extranjero sin derecho alguno. La comunidad social más grande que conocía un griego era el *dēmos*.

La unidad social más pequeña y fundamental era la familia (*oîkos*). En la sociedad griega, el átomo no era el individuo, sino el *oîkos*. La familia era el centro de la existencia de la persona; la principal preocupación de todos sus miembros era su conservación, su independencia económica, y su condición social. El significado primero de la palabra *oîkos* es «casa», término que para los griegos significaba no sólo la morada propiamente dicha, sino también la familia, la tierra, el ganado, y todas sus propiedades y bienes, incluidos los esclavos.

Los griegos antiguos eran monógamos, y el meollo del *oîkos* era la familia nuclear formada por el padre, la madre y los hijos. La sociedad era patrilineal y patriarcal. El padre era la autoridad suprema primero por la costumbre y después por la ley. El linaje que contaba era el suyo, y cuando éste moría, las propiedades se dividían a partes iguales entre los hijos. Aunque las hijas no heredaban directamente, recibían una parte de la fortuna en calidad de dote. La recién casada pasaba a residir en la casa de su marido; así, pues, los hijos pertenecían al *oîkos* del marido, no al de la madre.

En la sociedad homérica, los *oîkoi* de las principales familias —las únicas de las que se habla— son unidades compactas desde el punto de vista de la residencia. Los cinco hijos casados de Néstor, el *basileús* de los pilios, siguen viviendo en el *oîkos* de su padre junto con sus esposas e hijos, ocupando apartamentos separados de la residencia principal. Además, las hijas casadas de Néstor también viven en casa de éste junto con sus maridos. Una práctica generalizada entre los caudillos o personajes principales era acoger en el seno de su familia al marido de su hija, en contradicción con la norma habitual. En ese caso, la familia natural de la hija se queda con su fuerza de trabajo y además gana un varón y unos hijos. Evidentemente, la finalidad de estas costumbres de residencia postnupcial en la Grecia de la Edad Oscura era maximizar la fuerza de combate y de trabajo del *oîkos*. En épocas posteriores, los hijos abandonarían normalmente la casa paterna y formarían su propio *oîkos* al casarse, y todas las hijas pasarían a formar parte del *oîkos* de su marido.

Otra estrategia habitual para incrementar la mano de obra en la sociedad homérica era que el cabeza del *oîkos* engendrara hijos con sus esclavas, aunque ello produjera fricciones en el seno de la casa entre el marido y la mujer. (Laertes, el padre de Odiseo, no dormía con la esclava que había comprado, Euriclea —nodriza de Odiseo y luego de su hijo—, «por temor a las iras de» su esposa.) Aunque los hijos varones de las esclavas tenían un rango inferior a los hijos legítimos en lo tocante a la sucesión, eran miembros de pleno derecho de la familia y formaban parte de su fuerza de combate y de trabajo. Las hijas ilegítimas tenían el mismo *status* que sus hermanastras legítimas. Por ejemplo, Príamo casó a una de las hijas que había tenido con una esclava con un guerrero llamado Imbrio, hijo de un hombre rico. Para cumplir con sus obligaciones de yerno, Imbrio acudió a Troya cuando empezó la guerra, y «destacaba entre los troyanos y habitaba junto a Príamo, que lo apreciaba como a sus hijos» (*Ilíada*, XIII, 170-176). Un caudillo reforzaba también su *oîkos* reclutando hombres con los que no estaba emparentado (o con los que tenía un parentesco lejano) en calidad de «subalternos», que servían a la familia en diversos cometidos en tiempos de paz y como combatientes en la guerra. Algunos llegaban de hecho a convertirse en miembros de la familia de adopción.

Para las familias privilegiadas de la Edad del Bronce, el principal objetivo era tener el mayor número posible de miembros, ya fueran por nacimiento, por casamiento, o por afiliación. Los varones en edad de combatir eran particularmente buscados. Telémaco, el hijo de Odiseo, se hallaba desamparado frente a los pretendientes de su madre, porque no contaba con parientes que lo respaldaran. Al ser hijo único de hijo único, no tenía hermanos, ni cuñados, ni tíos, ni primos; además, los subalternos de su familia se habían ido a la guerra con su padre.

Todos los miembros de un *oîkos* realizaban una parte del trabajo. Los hijos de los *basileîs* cuidaban sus rebaños y vacadas, la principal riqueza de su familia, y además trabajaban en el campo y en otras tareas de la casa. Odiseo, dice Homero, fabricó la alcoba y la cama en la que dormía con su esposa, Penélope, «él solo sin ayuda de nadie». Las esposas y las hijas de los *basileîs* trabajaban codo a codo con las esclavas en las labores de hilado y del telar, las actividades domésticas más importantes. La fuerza de trabajo invertida por las mujeres de la elite en la producción de tejidos equivalía casi a una ocupación a tiempo completo. Las hijas realizaban otras tareas, como, por ejemplo, acarrear agua de la fuente pública o lavar la ropa en el río. Penélope tenía una manada de ocas de la que se cuidaba personalmente.

La mayor parte del trabajo de un *oîkos* rico, sin embargo, lo realizaban los esclavos de ambos sexos (comprados o cautivos de guerra), y trabajadores asalariados llamados *thêtes* (singular *thês*), hombres pobres de condición libre que aceptaban trabajos duros por un jornal bajísimo. Las mujeres pobres de condición libre, por lo general viudas sin parientes cercanos, también trabajan a jornal, como hilanderas, tejedoras o nodrizas. Homero califica a esta categoría de trabajadores como los que trabajaban «por necesidad». El principal recurso económico de cualquier familia, tanto en las aldeas como en las ciudades, era la parcela de tierra, propiedad de la familia desde tiempo inmemorial, llamada *klêros* (plural *klêroi*). No se sabe cómo fueron adquiridos originariamente. Tanto Homero como las primeras fuentes históricas indican que en los asentamientos nuevos, como las colonias de ultramar, el *basileús* fundador repartía los *klêroi* entre los nuevos habitantes con arreglo a un criterio más o menos igualitario. No obstante, por justo que fuera el reparto original de la tierra, pronto surgieron las desigualdades. En Homero, algunas familias poseen «muchos *klêroi*», mientras que otros miembros del *dêmos* estaban «desprovistos de tierras» (*áklêroi*). Aunque no hay modo de determinar el porcentaje de los terratenientes ricos y el de los desprovistos de tierras dentro de la población, lo más probable es que ambos grupos fueran proporcionalmente pequeños. Antes de 750 más o menos, cuando la tierra empezó a escasear, es muy posible que la mayoría de las familias poseyera un *klêros* que les daba lo suficiente para vivir.

La minoría de los *áklêroi* tenían que trabajar como *thêtes*, una vida penosa no sólo por el duro trabajo que tenían que realizar por un jornal de miseria (esencialmente su manutención), sino también por la indignidad que suponía trabajar para la familia de otro, condición que todos los griegos aborrecían. Para expresar el carácter lamentable de la existencia en el Hades, el alma de Aquiles dice a Odiseo que preferiría la indignidad de vivir como un jornalero (*thês*) «en el campo de cualquier labrador sin caudal (*klêros*) y de corta despensa que reinar sobre todos los muertos que allá fenecieron» (*Odisea*, XI, 489-491). Un hombre sin caudal, fueran cuales fuesen las causas de su situación, se ganaría la vida de forma sumamente precaria en una pobre parcela de tierra situada en la periferia que no reclamara nadie, lejos de las llanuras de buenas glebas y de las suaves laderas de las colinas en las que estaban situados los *klêroi*. A partir del siglo VIII, la escasez de tierras se generalizaría y se convertiría en un grave motivo de tensiones entre la minoría de los ricos y la masa cada vez mayor de ciudadanos pobres.

Durante la Edad Oscura, las economías de las familias corrientes y privilegiadas se diferenciaban fundamentalmente por la magnitud de unas y otras. Los principales *oîkoi* disponían de una mano de obra numerosa, mientras que una familia media contaba sólo con un esclavo o jornalero, o a lo sumo dos, que compartían con ellos la carga del trabajo. Además, las familias de alta cuna cultivaban proporcionalmente más tierras, ya que tenían que dar de comer a su numerosa familia y disponer de pan y vino para los banquetes que ofrecían a sus amigos, compañeros, y a la comunidad en general. Un caudillo homérico podía recibir a veces una porción importante de buenas tierras de labranza, llamada *témenos*, que el pueblo le concedía a modo de premio en reconocimiento de los servicios prestados a la comunidad. No obstante, los excedentes agrícolas de la elite no estarían muy por encima de sus propias necesidades de consumo, por lo demás cada vez mayores, pues por entonces había muy pocas posibilidades de comercializar los productos alimenticios.

La mayor diferencia económica entre familias ricas y pobres radicaba, al parecer, en el número de animales que poseía cada una. El principal porquero de Odiseo, Eumeo, nos ofrece un relato de la fortuna «extraordinariamente grande» de su amo:

> Ni veinte varones en junto podrían
> tal riqueza igualar: por menudo lo iré refiriendo.
> Doce son las vacadas y doce los hatos de ovejas
> y otros tantos de cabras y doce manadas de cerdos
> lo que cuidan en tierras de allá mercenarios y esclavos.
> Aquí en Ítaca son hasta once sus greyes de cabras;
> al confín de la isla las guardan pastores expertos.[9]

A esos cincuenta y nueve rebaños de distintas especies habría que añadir los mil cerdos que Eumeo y otros cinco porqueros cuidaban en Ítaca. Estas cifras tan grandes quizá sean exageraciones épicas, pero no tienen por qué estar demasiado lejos de la realidad, si tenemos en cuenta la gran cantidad de tierras de pasto disponibles. Un labrador normal poseería una yunta de bueyes para arar, y quizá una mula; indudablemente, tendría también unas cuantas ovejas y cabras para proporcionar lana y queso a su familia, y estiércol a sus campos. Pero, aunque tuviera un esclavo o dos, su *oîkos* era demasiado pequeño para criar un número muy grande de animales o para construir y mantener las numerosas cuadras y corrales que necesitaría.

Sólo la elite podía disponer de la mano de obra para el desarrollo de la ganadería a gran escala. En consecuencia, sus familias disfrutaban en abundancia de su proteína preferida, la carne, y de un importante excedente de lana, pieles, y estiércol. De hecho, probablemente fuera con los productos fabricados con lana y pieles dentro del *oîkos* con lo que se pagaran los productos y ornamentos de metal importados que la elite de la Edad Oscura consideraban sus «tesoros» y que sus miembros utilizaban para hacerse regalos mutuamente. El principal valor del ganado, sin embargo, era la provisión de carne que suponía para la celebración de banquetes, lujo que sólo la minoría podía permitirse.

La riqueza en animales era, por consiguiente, la riqueza de prestigio. El solo hecho de ver grandes manadas de animales pastando en los prados y en las laderas de las colinas permitía comprobar el rango y la condición de su propietario. Constituía además una prueba de sus proezas como guerrero, pues la forma más prestigiosa de adquirir animales (o un tesoro) era el pillaje. En esa economía animal se producía cierto grado de circularidad. Los caudillos mataban grandes cantidades de animales con la intención de reclutar guerreros para las incursiones de saqueo, cuya finalidad era, fundamentalmente, adquirir animales que matar. Aquel sistema no era eficaz en términos puramente económicos, pero, como sucede en todas las sociedades arcaicas basadas en la jerarquía, el objeto de la adquisición de riqueza no era guardarla, sino cambiarla por influencia y buena reputación.

9. *Odisea*, XIV, 98-104.

El hecho de que el ganado vacuno fuera la medida habitual del valor de otro tipo de objetos es la prueba de la gran estima en la que lo tenía la sociedad homérica. Por ejemplo, el primer premio en un certamen de lucha es un gran trípode de bronce, «que en el precio de doce bueyes valoraban los aqueos entre sí» (*Ilíada*, XXIII, 703). Por supuesto, ello no significa que vacas, toros y bueyes se utilizaran efectivamente como medio de pago, sino más bien que, cuando efectuaban un trueque, las partes contratantes convertían mentalmente el valor de los objetos intercambiados en reses, entendidas como el patrón que marcaba el valor de las cosas, práctica habitual en las sociedades premonetarias. (En latín, la raíz de la palabra que significa dinero, *pecunia*, es *pecus*, «cabeza de ganado».)

Así, pues, la riqueza visible en términos arqueológicos que había en los siglos X y IX —los pequeños objetos de valor depositados en las tumbas— no nos permite calcular hasta dónde llegaban verdaderamente la riqueza de las elites y su poder social. No obstante, el abismo económico y social que separaba los estratos superiores de la sociedad y la masa de pequeños labradores no era ni mucho menos tan grande hacia el año 800 como el que existía en el Bronce Reciente. Cabría esperar, si acaso, que Homero exagerara las diferencias de los modos de vida de los caudillos y la gente corriente; pero, en cambio, nos muestra a la elite viviendo de un modo no demasiado lujoso.

Aunque las elites poseían cosas que los demás no podían permitirse, como, por ejemplo, carros, caballos y objetos de metales preciosos, la mayoría de las diferencias son sólo relativas (más cantidad de esto, mejor calidad en aquello, etc.). La vida cotidiana de los caudillos homéricos y sus familias era más cómoda y más agradable; tenían más criados y, lo que es más importante, más tiempo libre. Pero, en resumidas cuentas, su modo de vida tenía más semejanzas que diferencias con la vida que llevaban las familias medias. Los poemas homéricos y los descubrimientos materiales confirman que las diferencias de clase social entre los «nobles» y la «gente corriente» no habían progresado mucho en el curso de los siglos X y IX a. C.

El final de la Edad Oscura (*ca.* 750-700 a. C.)

Fue durante el siglo VIII cuando la sociedad griega experimentó una transformación rápida. Algunos cambios, por ejemplo las innovaciones introducidas en el arte y la cultura, fueron fruto de la aceleración de los modelos de crecimiento existentes. Otros cambios, de calado mucho mayor, reflejan una ruptura radical con el pasado, particularmente por lo que respecta a las relaciones económicas y sociales. Los rápidos desarrollos que marcan el final de la Edad Oscura han valido a esta época el título del «renacimiento del siglo VIII». La segunda mitad del siglo VIII es considerada por muchos incluso el comienzo de la época arcaica (*ca.* 750-490 a. C.), el período en el que los movimientos sociales y culturales iniciados a principios del siglo VIII llegarían a su madurez.

Aumento de la población, escasez de tierras, y aparición de la aristocracia terrateniente

Un factor de cambio de primera magnitud fue el aumento generalizado de la población a comienzos del siglo VIII, después de siglos de crecimiento lentísimo. Existe cierto desacuerdo en torno al nivel de aumento de la población, pero suele afirmarse que a finales del siglo VIII a. C. había en Grecia un número de habitantes considerablemente mayor del que existió durante los cuatro siglos anteriores. La población seguiría incrementándose en la mayoría de las regiones durante los doscientos años siguientes. El motivo de ese aumento es todavía una de las cuestiones sin resolver de la historia de la Grecia primitiva. El incremento de la población tras un largo período de crecimiento lento no constituye un fenómeno histórico raro. Y desde luego las condiciones materiales y sociales existentes a finales de siglo IX eran favorables a ese aumento.

La presencia de un gran número de personas donde una generación o dos antes había habido muy pocas por fuerza había de tener graves repercusiones en la sociedad griega. Según cierta teoría muy popular, el aumento de la población se relaciona con el paso de una economía predominantemente ganadera a otra predominantemente agrícola. Para poder dar de comer a un número cada vez mayor de habitantes, las tierras que se habían dedicado tradicionalmente a pastos se dedicaron a la producción de grano, en una utilización mucho más eficaz de la tierra en términos de rendimiento por hectárea. La extensión de las tierras de cultivo vino acompañada de unos métodos más intensivos de cultivo destinados a incrementar el rendimiento y la variedad de las cosechas. En cualquier caso, a comienzos del siglo VII ya estaba plenamente implantada una economía agraria, dominada además por una aristocracia de grandes terratenientes.

Las fuentes literarias de época posterior no hablan de cómo surgió la clase de los grandes propietarios, pero no es difícil reconstruir lo que debió de ocurrir. Sin duda alguna, fueron las familias principales las más activas a la hora de convertir los pastos en tierras de cultivo. Aunque las tierras de pasto estaban teóricamente abiertas a todo el mundo, en realidad las familias de los caudillos se habían apropiado hacía mucho tiempo de las mejores, en particular de los prados más húmedos, donde apacentaban su ganado vacuno y sus caballos, que potencialmente eran los mejores campos para el cultivo del cereal. Su utilización durante generaciones y generaciones les había dado una especie de derecho exclusivo de aprovechamiento como tierras de pasto. No cabe duda de que esa ocupación previa daba a las principales familias ciertos derechos legales para arar y sembrar las tierras tradicionales de pasto. En cualquier caso, a medida que las tierras de cultivo fueron haciéndose más deseables, los caudillos y otros jefes de las familias destacadas llegaron a poseer una cantidad desproporcionada de las mismas. En el curso de dos o tres generaciones, se transformaron en agricultores a gran escala, poseedores además de pequeños rebaños de ganado lanar y vacuno. El resto de la población siguió viviendo de sus fincas de dimensiones entre pequeñas y moderadas y de unas cuantas ovejas y cabras (ahora quizá menos numerosas).

Las diferencias cada vez más notables en el reparto de las tierras empezó a tener serias consecuencias, a medida que el aumento de la población y la costumbre de dividir el *klēros* a partes iguales entre los hijos fueron haciendo cada vez más pequeños los predios familiares. Un primer indicio de la escasez de tierras fue la emigración emprendida, a partir de la segunda mitad del siglo VIII, por importantes cantidades de gente

desde la Grecia continental e insular hacia el sur de Italia y Sicilia, que inició una larga oleada de colonizaciones que acabarían estableciendo docenas de nuevas comunidades griegas desde España hasta las riberas del mar Negro. El comercio y la esperanza de lucro atrajeron a muchos, pero para la mayoría, el principal aliciente era la promesa de conseguir un *klēros* de grandes proporciones en una buena tierra. Entre estos últimos seguramente habría gentes sin tierras; pero la mayoría debía de andar buscando una vida mejor que la que su patria podía ofrecerles.

Aunque la escasez de tierras fuera seguramente la primera causa de la emigración, debemos situarla en perspectiva. Durante el siglo VIII, en ningún lugar de Grecia la población llegó a los límites de producción de la tierra. De hecho, la ocupación de las zonas rurales siguió durante todo el siglo VII y parte del VI. El problema no consistía en que no hubiera tierras, sino más bien en que las tierras más productivas estaban en manos de una minoría de familias. Los hombres que heredaban del *klēros* de su padre una parte insuficiente para vivir decentemente, se veían obligados o bien a buscar tierras situadas en la periferia dentro de su *dēmos* o bien a emigrar. La colonización y las tremendas repercusiones que tendría sobre el desarrollo político, económico y cultural de la madre patria durante los siglos VII y VI se estudiarán en el capítulo siguiente.

El comercio

La colonización en sus primeros momentos tuvo que ver con la ampliación de los contactos con el Oriente Próximo y la Europa occidental. El comercio a larga distancia por vía marítima entre las diversas comunidades griegas y entre los griegos y otros pueblos, había ido incrementándose lentamente durante los siglos X y IX, pero experimentó una expansión considerable durante el siglo VIII. El primer testimonio de la participación de Grecia en el comercio ultramarino es un asentamiento de griegos de Eubea en torno a 825 en el centro comercial internacional de Al Mina, en el norte de Siria. Poco después del año 800 se fundó una colonia comercial griega en Pitecusa, en el sur de Italia. A comienzos del siglo VII, los griegos se habían convertido de nuevo en unos protagonistas importantes del comercio en el Egeo y en todo el Mediterráneo, y competían con los fenicios que durante mucho tiempo habían sido los dueños del comercio marítimo del Mediterráneo.

Como ocurriera durante el Bronce Reciente, la necesidad de materias primas, especialmente metales, supuso un acicate para el comercio a larga distancia. Las importaciones de cobre y estaño, hierro y oro se incrementaron considerablemente desde finales del siglo VIII, y también las de materiales raros y costosos como el marfil, el ámbar, los tintes, y las de objetos realizados con ellos. A cambio, los griegos exportaban grandes cantidades de cerámica fina y objetos de metal manufacturados, y probablemente también productos de lana, pieles de vacuno, y cuero. La producción de aceite de oliva y vino para el mercado ultramarino comenzaría a finales del siglo VII, y más tarde empezaría la exportación de sillares de construcción y de mármol, en los que era famosa Grecia, y de plata, muy abundante en algunas regiones, como el Ática o Tracia.

El comercio a nivel local o regional dentro de la propia Grecia se hallaba concentrado prácticamente en unos cuantos centenares de quilómetros cuadrados. Los productos manufacturados habían sido principalmente la cerámica y las herramientas de metal, como las hachas y las puntas de lanza de hierro, y algunos artículos de lujo de fabrica-

ción local destinados a los más ricos. Una gran variedad de productos locales se destinaban al trueque. Aparte del grano, el vino y el aceite de oliva, los productores debían de intercambiarse miel, frutas y queso; una vaca o una cabra; una caja de pescado, o una carga de madera. Al igual que en el comercio con el extranjero, el principal medio de transporte era el marítimo. Hesíodo, por ejemplo, da por supuesto que un labrador reservaría una parte del excedente de su producción para embarcarlo y llevarlo a distancia considerable para conseguir «ganancias». También se transportaban algunos productos por vía terrestre, por caminos carreteros bastante malos, o caminos de mulas, o por senderos, atravesando estrechos desfiladeros. De este modo, las economías locales y regionales podían producir y reproducir por sí solas todo lo necesario para satisfacer los deseos y necesidades de la gente sencilla.

Labradores, artesanos, marinos, constructores de barcos y de equipamientos, y los carreteros eran algunos de los que encontraron nuevas oportunidades económicas en el constante incremento del comercio y los intercambios que se produjo en los siglos VIII y VII. Pero los principales beneficiarios fueron los grandes terratenientes, que podían producir considerables excedentes para el mercado y podían afrontar los costes y soportar las pérdidas de los largos viajes por mar. Para esas familias acaudaladas, los artículos manufacturados más costosos, tanto de producción nacional como originarios del extranjero siguieron siendo un símbolo de su posición social, cuya función era casi exclusivamente causar impresión y servir como objeto de regalo, como ocurría en el siglo IX e incluso antes. Las copas de oro y las fuentes de plata, los trípodes de bronce y los caballos eran la moneda ritual de las relaciones sociales de la elite, y lo seguirían siendo incluso después de la introducción de la moneda de plata en torno al año 600.

El alfabeto y la escritura

Los contactos cada vez más frecuentes con Oriente fueron los responsables del hecho cultural más significativo de finales de la Edad Oscura, a saber, el alfabeto griego. Los helenos copiaron algunas letras del alfabeto fenicio, una escritura semítica septentrional, para representar los fonemas consonánticos de la lengua griega, y tomaron prestadas otras letras fenicias para representar los fonemas vocálicos, que el alfabeto fenicio no representaba, creando así el primer alfabeto verdaderamente fonético. Como los primeros testimonios materiales del alfabeto griego datan del siglo VIII, suele creerse que se desarrolló en torno al año 800. Todavía sigue discutiéndose cuáles fueron las razones que indujeron a los griegos a decidir utilizar un sistema de escritura en ese momento y no antes. Algunos sostienen la tesis de que el alfabeto fue adoptado con el propósito expreso de fijar por escrito la poesía épica, mientras que otros se aferran a la vieja explicación de que ante todo fue utilizado con fines comerciales y utilitarios. Ambas teorías son plausibles, aunque de momento no se ha encontrado ningún testimonio de escritura comercial del siglo VIII.

Los ejemplos más antiguos que se conocen de palabras griegas coherentes son fragmentos de versos de aire épico grabados en vasos de cerámica y datados en la segunda mitad del siglo VIII. Esos *graffiti* no demuestran que el alfabeto tuviera por objeto preservar la poesía oral, aunque sí que la épica homérica pudo ser fijada por escrito más o menos en el mismo momento de su composición. Independientemente de cuál fuera el motivo inicial, una vez implantada, la escritura fue utilizada para fijar por escrito no sólo

la poesía, sino también muchas otras cosas. El ejemplo más antiguo de utilización cívica de la escritura es una inscripción sobre piedra con las leyes de Dreros, en Creta, realizada hacia 650 a. C. La escritura se difundió rápidamente por todo el mundo griego, no en una forma única, sino en diversos alfabetos epicóricos, con variaciones en la forma de algunas letras según los lugares. El alfabeto griego de veinticuatro letras supuso un gran avance respecto al complejo sistema del silabario lineal B, compuesto de ochenta y siete signos. Como cada letra representaba un solo sonido, resultaba bastante fácil aprender a leer e incluso a escribir en griego. Y como la lectura y la escritura eran accesibles a todo el mundo y su aprendizaje no era demasiado complicado, las autoridades no pudieron convertir la cultura escrita en un instrumento de poder y de control sobre el pueblo, como ocurrió en Egipto y en otros imperios de la época, donde la escritura constituía un arte arcano reservado a una elite de funcionarios, sacerdotes y escribas.

Las repercusiones de la alfabetización sobre el desarrollo cultural de Grecia fueron enormes. Los logros que dieron más fama a los griegos —la historia, el drama, la filosofía, las matemáticas, la ciencia, la medicina, el derecho y la erudición— no habrían podido desarrollarse sin la escritura. Los griegos de época posterior conservaron amorosamente los escritos de los autores de tiempos pretéritos y sostuvieron un diálogo permanente con las mentes del pasado. Pero el progreso hacia la alfabetización general fue lento. La cultura de la Grecia del siglo VIII y de la mayor parte del VII fue casi completamente oral-auricular, como lo había sido durante la Edad Oscura. De hecho, sólo un pequeño porcentaje de los griegos antiguos llegaron a leer o a escribir en una medida digna de mención. La oralidad coexistió con la cultura escrita durante toda la historia de Grecia; incluso en las épocas clásica y helenística, cuando más difusión alcanzó la cultura escrita, la mayor parte de la información pasaba de boca en boca.

Arte y arquitectura

El desarrollo de la expresión artística, cuyo ejemplo más claro es la cerámica, como de costumbre, constituye otro indicio de la energía creativa del período geométrico reciente. La transición estilística de la cerámica del geométrico medio (*ca.* 850-750) al geométrico reciente (*ca.* 750-700) fue suave, pero muestra con toda claridad la nueva dirección tomada por la cerámica pintada. Como ya hemos visto, además de representar esporádicamente algún caballo o pájaro o, con menos frecuencia, alguna figura humana, los vasos griegos carecieron prácticamente de figuras del siglo XI al VIII. La representación de animales y personas se hacen de repente habituales a partir de 800 a. C. Pero la principal novedad decorativa fue la reaparición, tras una ausencia de cuatrocientos años, de las escenas de grupo que contaban algún tipo de historia como, por ejemplo, batallas, naufragios, funerales y desfiles de carros.

En la cerámica ática, que llevaba tiempo marcando la pauta estilística, esta innovación se produjo precisamente cuando el estilo geométrico alcanzó la cima de su complejidad. En una gran ánfora de 750 a. C. aproximadamente, encargada como monumento funerario de una mujer acaudalada, la parte más importante del vientre de la vasija lo ocupa una escena en la que aparece la mujer de cuerpo presente, mientras que el resto de la superficie está cubierto por una composición magistral de dibujos geométricos abstractos. Las figuras en silueta del cadáver y los plañideros son también de estilo geométrico, lo mismo que las bandas de ciervos y pájaros, todos de la misma factura, del

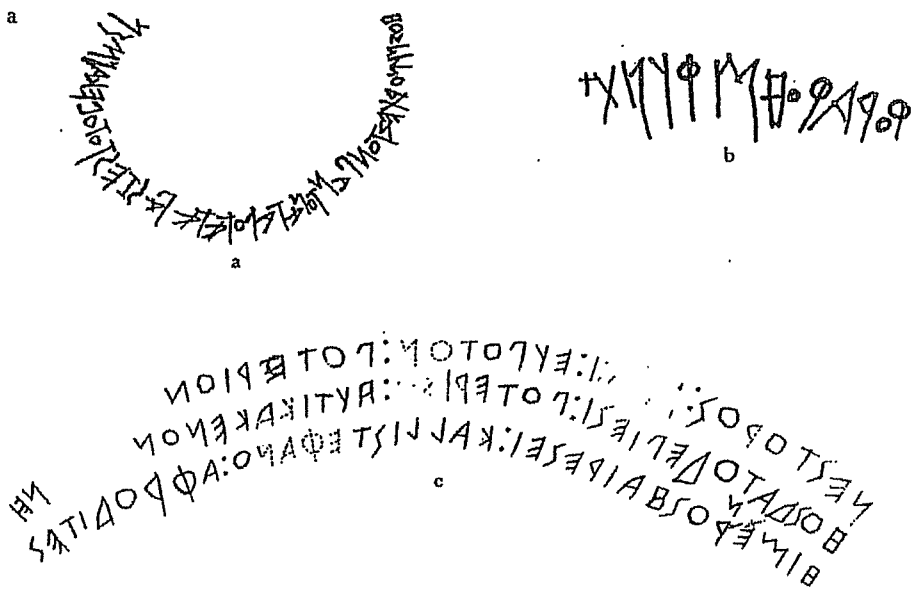


FIGURA 2.4a. Ejemplos de *graffiti* en vasos de cerámica del siglo VIII. La inscripción (c) reza así: «Soy la copa de Néstor, buena para beber. Quienquiera que beba de esta copa, inmediatamente se apoderará de él el deseo de Afrodita de hermosa corona». La parte legible de la inscripción (a) dice así: «El que entre todos los bailarines, baile ahora mejor» [¿se llevará esta copa?]. La inscripción (b) simplemente identifica a su propietario: «Soy la copa de Qoraqos». FIGURA 2.4b. Vaso del geométrico reciente, *ca.* 740 a. C., procedente de Atenas, en el que se encuentra la inscripción (a).

cuello (cf. Figura 2.5). Pero incluso en esta brillante muestra del estilo geométrico es evidente que la imagen es el principal punto de interés. Irremediablemente, las formas geométricas estáticas se convirtieron en meros marcos decorativos del relato pictórico, que enseguida pasaría a cubrir la mayor parte del vaso. A medida que fue ampliándose el repertorio de temas y de escenas, las figuras de animales, personas y objetos se hicieron cada vez más naturalistas.

Otra innovación artística fue la representación de escenas del mito griego, pintadas en vasos o talladas en objetos de metal. Estas escenas inauguraron la rica y larga tradición de narración plástica en la pintura y la escultura. La desenfrenada exuberancia (aunque no siempre la excelencia) de este nuevo espíritu artístico queda patente asimismo en el incremento de los diversos estilos regionales, locales e incluso individuales, a medida que los artesanos de toda Grecia fueron experimentando, mezclando, copiando, adaptando y abandonando en rápida sucesión los estilos y técnicas tanto nacionales como los importados. La influencia del Oriente Próximo en el arte se hace especialmente fuerte a partir de 730 o 720 a. C. aproximadamente y durante casi un siglo después. Al igual que el alfabeto tomado del Oriente Próximo, el «período orientalizante» del arte griego ejemplifica la importancia de los modelos orientales en el desarrollo de la cultura griega. Como en el caso de la escritura, lo que los griegos aprendieron de Oriente fueron transformándolo de forma progresiva en una expresión definitivamente helénica.

El templo monumental, que constituye la «firma» de lo griego en el terreno de la arquitectura, surgió en el siglo VIII. Los primeros ejemplos conocidos del año 800 a. C. aproximadamente eran pequeños, tenían paredes de adobe, columnas de madera y tejados de cañizo, y eran muy parecidos a las casas normales. Un templo rectangular dedicado a Hera en la isla de Samos, levantado unas cuantas décadas más tarde, sería el primero que marcara una clara diferencia entre las moradas humanas y las divinas. Aunque construido con los mismos materiales que los modelos más antiguos, era varias veces más grande: tenía 30 metros de largo, frente a los 9 de los anteriores. Cuando a finales de siglo se erigió un pórtico o peristilo de columnas de madera alrededor del núcleo central mucho más largo que ancho, el edificio asumió la forma del templo griego que todos conocemos. Hacia el año 700 había ya en todos los rincones del mundo griego docenas de templos mayores y menores, construidos todos siguiendo unas líneas análogas.

La aparición del templo monumental demuestra que los griegos estaban deseosos —y estaban en condiciones— de gastar su riqueza, su tiempo y su trabajo en proyectos que daban honra al conjunto de la comunidad. Por esta misma época en Atenas, la cantidad de costosas ofrendas votivas depositadas en los templos de los dioses —sobre todo los trípodes y calderos de bronce, estatuillas y fíbulas de este mismo material— superan con mucho la de los objetos de metal descubiertos en las tumbas de la nobleza. Hacer donaciones a la colectividad, en vez de expresar el orgullo familiar al modo tradicional, constituiría la nueva forma de ostentación adoptada por la elite; se creó así un modelo que perduraría mientras existiera la ciudad-estado griega.

Había numerosos santuarios situados en el campo, lejos de los centros de población. Muchos estudiosos consideran este fenómeno un signo de la unidad cívica cada vez mayor, un fortalecimiento deliberado de los vínculos religiosos con el fin de unir con más firmeza al *dēmos*. Las procesiones religiosas desde el centro de la ciudad hasta los santuarios rurales asociaban simbólicamente a los habitantes de ésta con los de las poblaciones y aldeas más alejadas. Los templos situados en la periferia del territo-

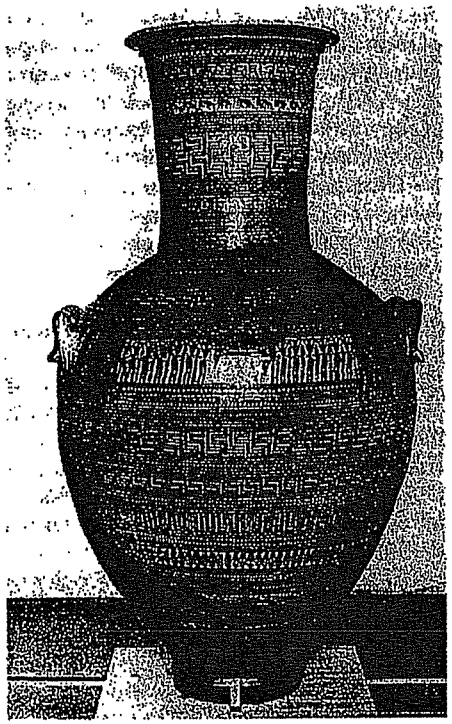
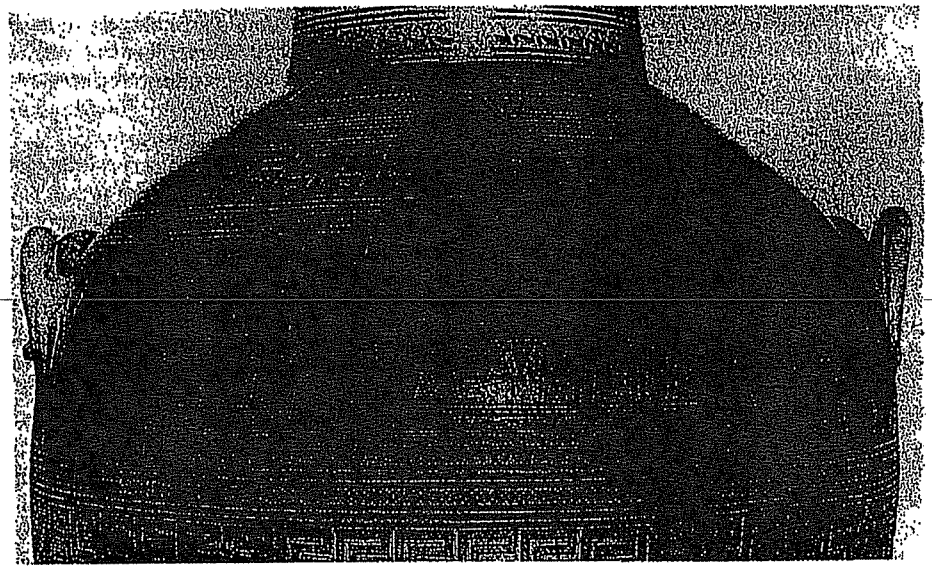


FIGURA 2.5a. Gran ánfora sepulcral del geométrico reciente, procedente del cementerio del Dípilon, en Atenas.
FIGURA 2.5b. Escena funeraria del mismo vaso.



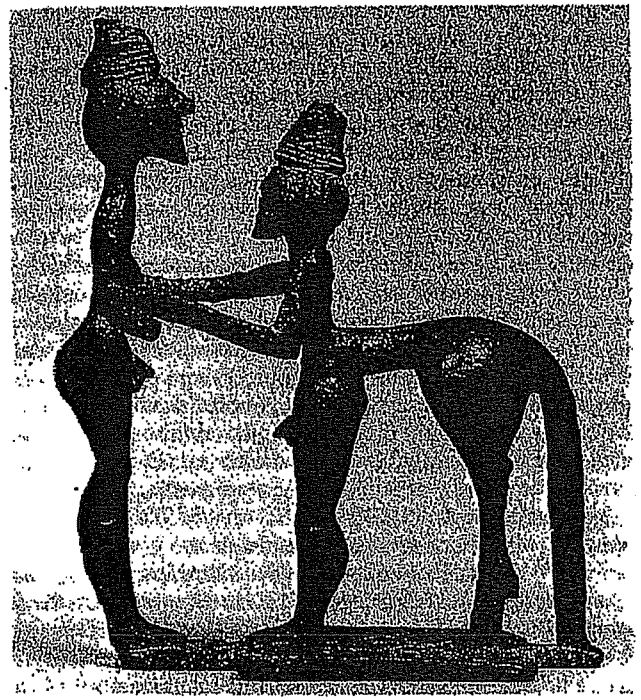


FIGURA 2.6. Estatuilla de bronce de mediados del siglo VIII a. C., que muestra la lucha entre un hombre y un centauro; probablemente sea una representación del combate entre Heracles y el centauro Neso.

rio contribuían también a delimitar la extensión del *dēmos* frente a las pretensiones de los *dēmoi* vecinos.

Las espesas murallas defensivas de ladrillo y piedra, otro de los principales elementos arquitectónicos característicos de las ciudades griegas, aparecen en primer lugar en Asia Menor y en las islas del Egeo. La antigua Esmirna (en la actualidad Izmir) tenía ya un impresionante recinto amurallado hacia 850 a. C.; y un poco más al sur, Iaso, en la costa de Caria, fue provista de murallas antes de 800. También fueron fortificadas durante el siglo IX varias ciudades de las islas Cícladas. En el continente, en cambio, el recinto amurallado más antiguo data de 700 a. C. o poco antes. El incremento de las murallas defensivas posiblemente indique que estaban haciéndose más habituales las guerras en toda regla entre las diversas comunidades, en vez de las expediciones de rapiña, y dan testimonio además de la mayor riqueza y el orgullo colectivo de las comunidades.

Panhelenismo

El siglo VIII fue testigo además de la aparición de santuarios y fiestas religiosas que no tenían un carácter meramente local, sino que eran «panhelénicas» (del griego *pan-*: 'todo'), y que atraían devotos de todo el mundo griego. Los santuarios y fiestas panhelénicos celebraban y reforzaban la idea de que los griegos, independientemente de su

origen, pertenecían a un único grupo cultural que tenía en común una misma herencia, una misma lengua, unas mismas costumbres y una misma religión. Los santuarios panhelénicos más antiguos y famosos eran los de Zeus y Hera en Olimpia, el de Apolo y Ártemis en Delos, y los oráculos (centros en los que se hacían profecías divinas) situados en los templos de Zeus en Dodona y de Apolo en Delfos. En todos estos lugares, y algunos otros, existen testimonios de una actividad cultual intermitente desde el Bronce Reciente, pero no se convirtieron en centros panhelénicos hasta el siglo VIII. Acabarían siendo grandes complejos de templos, «tesoros» (edificios utilizados como depósitos de ofrendas), y recintos sagrados.

Los devotos que acudían a estas fiestas participaban en los ritos y sacrificios colectivos a los dioses, y en algunos santuarios participaban también en los certámenes atléticos. Los primeros y los más prestigiosos de esos juegos se celebraban cada cuatro años durante la gran fiesta de Zeus en Olimpia, lugar bastante apartado en el noroeste del Peloponeso. Los juegos fueron inaugurados, según el cómputo griego de época posterior, en 776 a. C. Al principio, Olimpia y los Juegos Olímpicos atraían sólo a participantes y visitantes de los alrededores, pero hacia finales de siglo, en los santuarios de Zeus y Hera se habían depositado costosas ofrendas de espartanos, atenienses, corintios y argivos. En el siglo VI, los participantes y el público que acudían a los juegos provenían de todos los rincones del mundo griego.

La aparición del panhelenismo coincidió con el incremento de los contactos con Oriente, circunstancia que contribuyó a fortalecer en los griegos la conciencia de las diferencias culturales existentes entre ellos y los no griegos. Cuando Homero describe a los carios, aliados de los troyanos, los llama *barbaróphōnoi* («gente que habla en extranjero»), término que alude al sonido extraño que para los griegos tenían las lenguas extranjeras. Es la primera vez que aparece la palabra *bárbaros*, que los griegos emplearían más tarde con el sentido de «extranjero». La contraposición entre los griegos y los «bárbaros» se expresaría con más fuerza a comienzos del siglo V, cuando los griegos se unieron para luchar contra el imperio persa.

La resurrección de los héroes

Estrechamente relacionadas con el panhelenismo encontramos una serie de actividades, a nivel tanto local como nacional, que giran en torno a la recuperación del mundo heroico de los antepasados de la Edad del Bronce. De repente, hacia 750, los habitantes de todos los rincones del mundo griego empezaron a expresar su relación con su pasado heroico a través de unas formas nuevas bastante curiosas. Numerosas tumbas antiguas (en su mayoría micénicas) que habían sido descuidadas durante toda la Edad Oscura empezaron a recibir ofrendas votivas, indicio de que sus anónimos habitantes eran venerados como «héroes». A finales del siglo VIII surgieron otros tipos de culto a los héroes. Eran celebrados no ya en las tumbas, sino en nuevos santuarios erigidos en honor de personajes heroicos de leyenda, por ejemplo, los recintos consagrados a Agamenón en Micenas, o a Menelao y Helena cerca de Esparta. El impulso que se oculta tras el culto a los héroes era la idea de que los grandes hombres y mujeres de la época heroica tenían después de muertos la facultad de proteger y ayudar a las personas. Al igual que los dioses, recibían sacrificios de animales y otros honores divinos, aunque a una escala menor.

Los griegos ricos de finales del siglo VIII también expresaron su afán de enlazar con su pasado a través de los enterramientos de estilo heroico, sobre todo en el Ática, Eubea y Chipre. Esos enterramientos recuerdan, en cierto modo, a los funerales de los héroes que aparecen en la poesía épica. Como en los funerales de Patroclo (el *hétairos* más íntimo de Aquiles) en la *Ilíada*, el cadáver era incinerado y sus huesos depositados en una urna de bronce; en la tumba se colocaban armas, y de vez en cuando se sacrificaban caballos. También más o menos por esta misma época empiezan a aparecer en las tumbas vasos en los que se representan sucesos de la época heroica. Además, en Atenas existen testimonios de que las familias acaudaladas habían empezado a agrupar sus tumbas en recintos que no sólo contenían sepulturas de la época, sino también micénicas, como si pretendieran convertir a los habitantes de los antiguos enterramientos en antepasados familiares de los actuales. Todo ello indica que las familias más destacadas afirmaban descender de los héroes de antaño.

A medida que la imagen del período comprendido entre los siglos XI y VIII se hace más nítida, va quedando más claro que la Edad Oscura fue la cuna de la sociedad de la ciudad-estado y de la cultura que vendría después. Las estructuras y las instituciones básicas de la sociedad griega posterior estaban ya firmemente establecidas antes de 800 a. C. Y de ese modo, el paso dado por Grecia durante el siglo VIII que supuso su salida de la Edad Oscura y su entrada en el renacimiento de la época arcaica, y que hasta hace poco tiempo se consideraba un fenómeno repentino y revolucionario, en la actualidad parece que fue más bien una evolución rápida en respuesta a unas condiciones que cambiaban a pasos agigantados. La rápida transformación que supuso el paso del gobierno tradicional de los caudillos al de la ciudad-estado y la turbulenta historia de las primeras ciudades-estado serán los temas que trataremos en el próximo capítulo.

Capítulo 3

LA GRECIA ARCAICA (*ca.* 700-500 A. C.)

Los siglos VII y VI corresponden a la llamada Época Arcaica (*ca.* 750-490 a. C.). Estos doscientos años conocieron una aceleración progresiva del ritmo seguido por los cambios y la evolución, continuando y superando los avances alcanzados durante el siglo VIII, cuando Grecia salió de la Edad Oscura. El Período Arcaico, en otro tiempo muy descuidado por los historiadores, que lo veían como un mero prólogo a las glorias y a las tragedias de los siglos V y IV —la Época Clásica—, se considera hoy día fundamental por cuanto fue el momento decisivo de formación de los grandes logros alcanzados en los terrenos intelectual, cultural y político durante la «Edad de Oro» de Grecia.

La forma de gobierno correspondiente a la ciudad-estado, surgida de la mano de los cambios demográficos y económicos del siglo VIII, llegó a su madurez durante los siglos VII y VI. El constante movimiento de colonización en ultramar, iniciado a finales del siglo VIII y continuado hasta bien entrado el VI, difundió la lengua y la cultura griegas por las riberas del Mediterráneo y del mar Negro. El comercio, con la ayuda de la colonización, difundió los productos griegos más allá de los límites conocidos por los mercaderes de la Edad del Bronce. La literatura y el arte florecieron, y se inventaron nuevos tipos de expresión artística e intelectual. Los grandes santuarios panhelénicos, sus fiestas y sus oráculos, crecieron en importancia, fomentando de paso el ideal de unidad cultural de todos los griegos incluso a pesar de la expansión del mundo helénico por tierras lejanas. En el seno de las ciudades-estado griegas empezaron a formarse nuevas ideas, dos de las cuales configurarían la historia del mundo occidental, a saber: una concepción racional del universo, que supuso el abandono de las causas sobrenaturales de los fenómenos naturales y su sustitución por explicaciones científicas, y el concepto de gobierno democrático, en el que todos los miembros de la comunidad son iguales ante la ley y las normas son creadas directamente por el pueblo a través de la decisión de la mayoría.

La época arcaica tuvo también su lado oscuro. Las guerras de unos *dēmos* contra otros se hicieron cada vez más frecuentes, y la crueldad de la actividad bélica aumentó. Y lo que es peor, las luchas intestinas en el seno de un mismo *dēmos* se convirtieron en un lugar común. Los caudillos/jefes, con su acompañamiento de hombres armados, se dedicaban a pelear constantemente unos con otros. El aumento de las desigualdades económicas causaron una gran miseria humana y provocaron graves tensiones entre la minoría de los ricos y la mayoría pobre, que de vez en cuando cristalizaron en conflictos de clase. La inestabilidad política dio paso a un nuevo tipo de autoridad, la del «tirano», cuyo gobierno daría paso a su vez a nuevos disturbios. No obstante, las cosas buenas acabaron pesando más que las malas. Al margen de todos estos problemas, la época arcaica fue un período en el que aumentaron la seguridad y la prosperidad; al final de esta etapa, los estados griegos habían hecho grandes progresos de cara a la solución de sus problemas internos, y sus ciudadanos vivían juntos en relativa paz y armonía.

Fuentes para el estudio de los siglos VII y VI

Aunque nos separan 2700 años de la Época Arcaica, podemos saber qué es lo que ocurrió a lo largo y ancho del mundo griego cuando el renacimiento del siglo VIII se convirtió en el «milagro griego», como se ha dado en llamarle, de los siglos VII y VI. Por primera vez podemos hablar de hechos reales, con fechas y nombres, e incluso engarzar esos hechos en un relato histórico coherente. Ello es posible gracias a que a partir del siglo VII los griegos produjeron grandes cantidades de textos escritos sobre papiro (el «papel» de la Antigüedad), laboriosamente copiados y vueltos a copiar a mano hasta la llegada de la imprenta en el siglo XV d. C.

Sólo una pequeña parte de todo lo que escribieron sobrevivió a siglos y siglos de selección y azar. Todos los materiales que se han conservado (y con los que podríamos llenar varios estantes de una librería) constituyen el testimonio definitivo del valor perpetuo que la literatura griega ha significado para el mundo occidental. Las obras escritas durante la Época Arcaica no tuvieron tanta suerte como la literatura de épocas posteriores. Aparte de las obras de Homero y Hesíodo, sólo han llegado a nuestras manos fragmentos y retazos de los numerosos volúmenes de poesía y de los tratados filosóficos escritos durante los siglos VII y VI. Muchos de esos fragmentos se han conservado en forma de citas en las obras de otros autores de época posterior que sentían gran admiración por los poetas y pensadores del período arcaico. Otros fragmentos proceden de papiros de las épocas helenística y romana, que por fortuna se han conservado en las cálidas arenas de Egipto. Pese a su lamentable escasez, los preciosos restos de literatura arcaica que poseemos nos proporcionan una valiosa visión de la vida y el pensamiento de los siglos VII y VI.

La mayor parte de la información que tenemos acerca de los acontecimientos de este período procede de los escritos de historiadores de época posterior, que tuvieron acceso a obras y documentos más antiguos. Pero sus relatos fueron escritos muchos años después de que ocurrieran los acontecimientos y a menudo sus informaciones son poco fiables, pues sus conocimientos se basaban en gran medida en leyendas transmitidas oralmente. Las inscripciones públicas y privadas grabadas en piedra, y las imágenes y leyendas de las monedas, que empezaron a acuñarse en el siglo VI a. C., nos permiten

completar la información proporcionada por los historiadores antiguos. En cualquier caso, la cantidad de los materiales epigráficos anteriores al siglo V es muy pequeña.

Los testimonios arqueológicos siguen la trayectoria ascendente iniciada durante el período geométrico. Podemos apreciar un aumento considerable de los hallazgos de objetos manufacturados, resultado lógico del incremento de la población y de la riqueza. Los restos arquitectónicos son también mucho más numerosos. Además, como a partir de este momento los templos y demás edificios monumentales empezaron a construirse enteramente de piedra, sus ruinas nos permiten conocer muchos más datos. Una nueva fuente de información importante es la escultura, en forma de estatuas de piedra y bronce de tamaño natural o incluso más grandes.

Comparada con la de la Época Clásica, la documentación para los siglos VII y VI es en general más bien escasa. Pero, pese a las grandes lagunas que tienen nuestros conocimientos, podemos reconstruir una imagen razonablemente clara de la sociedad y la cultura griegas de las ciudades-estado primitivas.

La formación de la ciudad-estado (polis)

La forma de gobierno correspondiente a la ciudad-estado surgió durante el siglo VIII. A comienzos del siglo VII, docenas de comunidades de todo el mundo griego, desde Jonia por el este hasta Sicilia y el sur de Italia por el oeste, se habían constituido en ciudades-estado. La *pólis*, como la llamaban ellos mismos, se convirtió en la organización social y política característica de los griegos hasta, por lo menos, la época romana. Como ideal, la *pólis* ha tenido una significación enorme en la historia de otras naciones surgidas posteriormente. Las propias palabras «política» y «político» derivan directamente de *pólis*.

¿Qué es una ciudad-estado? Una definición simplificada sería: zona geográfica que comprende una ciudad y sus territorios adyacentes, y que constituye una sola entidad política capaz de autogobernarse. Los elementos esenciales de la ciudad-estado existían ya en la Edad Oscura. Los principales centros de lo que después serían las ciudades-estado existieron durante toda la Edad Oscura, y la mayoría de ellos habían sido incluso capitales de su comarca durante el período micénico. La comunidad territorial, el *dēmos*, aparece plenamente evolucionado en los poemas homéricos, y por lo tanto el concepto unitario de «la tierra» y «el pueblo» debería remontarse a varias generaciones antes de Homero. Dentro del *dēmos* existía una identificación colectiva —la de «los itacenses» o «los pilios»— y un culto colectivo de los mismos dioses. Los dos órganos gubernamentales primarios de la ciudad-estado, la asamblea de varones en edad de combatir y el consejo de «ancianos», aparecen ya firmemente asentados en los reinos homéricos. Lo único que tuvieron que hacer las comunidades de *dēmos* de 800 a. C. para convertirse en las *pólis*-estado del año 700 a. C. fue realizar unos cuantos trámites imprescindibles: la unificación política formal del *dēmos* y la creación de un gobierno central.

La unificación política (el sinecismo)

En todas las ciudades-estado, desde la antigua Mesopotamia hasta la Europa del Renacimiento, la capital constituye el punto central del estado. El significado original

de la palabra griega *pólis* (plural *póleis*) era «ciudad» de mayor o menor tamaño, y en ese sentido se utiliza en los poemas homéricos. Pero para los griegos de la época de la ciudad-estado, la polis comprendía no sólo la ciudad (*pólis*) o capital, sino también el territorio adyacente. Todos los miembros de dicho territorio, tanto los que vivían en la capital como los que vivían en las zonas rurales, se llamaban *polítai* (miembros de la *pólis*), como si todos vivieran en la *pólis* o ciudad.

Los griegos de época posterior denominaban el proceso de unificación política de los estados *syn-oikismós*, término que podríamos traducir más o menos por «cohabitación», o más literalmente «hecho de tener los *oîkoi* juntos». El «sinecismo», la versión españolizada de dicho vocablo, sería el proceso en virtud del cual cada ciudad, poblado o aldea de un *dēmos* aceptó tener un solo centro político. Fuera cual fuese la autonomía local de la que hubieran gozado hasta entonces, fuera cual fuese la libertad de acción que hubieran ejercido al margen de la capital o de otras poblaciones, las cedieron. Además, llegaron a identificarse con el nombre de la capital. Así, por ejemplo, todos los que vivían en el territorio del Ática, cuya capital era Atenas, se llamaban a sí mismos (y así también los llamaban los demás) «atenienses», aunque vivieran a más de 40 quilómetros de la capital.

El sinecismo adoptó diversas formas, según las dimensiones del territorio. El sinecismo de un *dēmos* pequeño, formado por una sola ciudad y los campos circundantes, en los que podía haber unas cuantas aldeas secundarias, sería un proceso muy sencillo. En tales casos, la *pólis* (estado) y la *pólis* (ciudad) eran entidades casi idénticas. Por ejemplo, la polis (ciudad-estado) de Sición ocupaba una pequeña comarca (la Sicionia) de campos de cultivo de unos 220 quilómetros cuadrados, que incluso en el siglo V contenía sólo unas cuantas aldeas además de la capital, llamada Sición. Como todos sus habitantes vivían a pocos quilómetros unos de otros, y casi todas las familias del *dēmos* —unos pocos centenares— estaban emparentadas entre sí, la unión de todas ellas en una sola unidad política fue cuestión, simplemente, de formalizar los viejos lazos de parentesco y vecindad y de definir con exactitud los límites territoriales del *demos*. La mayoría de los pocos centenares de ciudades-estado que surgieron durante la época arcaica eran como Sición, es decir, estaban formadas por una sola ciudad y la pequeña llanura circundante; de hecho, tenían un territorio más pequeño que el de Sición.

El sinecismo de los territorios regionales, esto es, aquellos que contenían varias ciudades y aldeas importantes además de la capital, supuso un proceso más complejo y no acaba de entenderse del todo. La opinión de los especialistas es que la unificación de los estados territoriales comportó un largo proceso, iniciado posiblemente en el siglo IX, que cristalizó entre 750 y 700. La arqueología nos proporciona indicios de que debió de utilizarse la religión para fomentar la unidad dentro de cada región. Como veíamos en el Capítulo 2, se ha pensado que durante el siglo VIII los templos y santuarios de los dioses y los héroes de un *dēmos* regional fueron construidos en las zonas rurales con el propósito de unir simbólicamente el centro con las aldeas circundantes; los desfiles procesionales desde la *pólis* principal hasta los santuarios extramuros debieron de fomentar y fortalecer el sentido de nación única.

En algunas regiones, la unificación fue voluntaria y pacífica, como en la Megáride bajo el liderazgo de Mégara, o en la Corintia bajo el predominio de Corinto. Existen testimonios, sin embargo, de que en otras regiones de la Grecia continental se utilizó la intimidación o incluso la fuerza para integrar a las ciudades y aldeas en una sola polis. Las cuatro aldeas primitivas de Esparta absorbieron contra su voluntad a la población de Amiclas, a unos cinco quilómetros más al sur, en la polis espartana unificada, y redujeron las localidades más distantes de Laconia a la condición de subordinadas. Además, en algunas regiones el proceso de sinecismo no llegó a completarse del todo. Argos, por ejemplo, nunca logró unificar completamente la extensa región de la Argólide, y en las zonas situadas fuera de la llanura argiva siguieron existiendo cada una por su lado varias pequeñas ciudades-estado independientes. Otras regiones no se unieron nunca en una sola polis. Aunque Tebas había sido desde el Bronce Antiguo la principal población de la extensa y fértil región de Beocia, los tebanos llegaron a controlar sólo su territorio circundante y se vieron obligados a tratar más o menos en pie de igualdad a las otras diez polis de la comarca.

Como demuestra este pequeño panorama general, no se dio un único modelo de sinecismo. En cada región se produjo un tipo peculiar de desarrollo de la ciudad-estado, que vino determinado por factores locales que, de momento, se nos escapan. El hecho fundamental es que en torno al año 700 a. C. ya estaban bastante bien establecidos los límites permanentes de las polis griegas. Naturalmente, siguieron realizándose pequeños arreglos aquí y allá —por ejemplo, la absorción de una polis pequeña por otra vecina más grande—, pero el mapa político existente hacia 700 a. C. seguiría siendo más o menos el mismo durante toda la Época Arcaica e incluso después.

El *Éthnos*

La historia de Grecia entre 700 y 400 a. C. es, fundamentalmente, la historia de sus ciudades-estado, pues ellas fueron los principales protagonistas de la historia griega. Sin embargo, había grandes regiones del país que tenían una forma distinta de organización política. La palabra utilizada en griego para designar a esas regiones es *éthnos*, que suele traducirse unas veces por «tribu», y otras por «nación» o «pueblo». El *éthnos* era un territorio regional y un pueblo (*dēmos*) que carecían de un único centro urbano, que no tenían un gobierno central ni una unión política formal.

Los griegos de las ciudades-estado solían considerar a los *éthnē* (plural de *éthnos*) política y culturalmente atrasados. De hecho, los *éthnē* de los siglos VII y VI se encontraban en un estadio muy similar al de los *dēmoi* regionales de la Edad Oscura. Cada *éthnos* tenía una conciencia muy fuerte de constituir un solo pueblo que ocupaba un territorio concreto. La población estaba unida por el culto a sus propios dioses. Disponían de instituciones para tomar decisiones comunes y para actuar como una unidad. Pero no había ninguna ciudad que ejerciera de capital oficial; y, como en la sociedad homérica, las acciones conjuntas eran raras y la mayor parte de las veces se producían en situaciones en las que se hacía necesaria la defensa común frente a un enemigo exterior. Dentro de este panorama general, sin embargo, los *éthnē* podían variar mucho unos de otros. Beocia, por ejemplo, era una sola región étnica que tenía diversas pequeñas ciudades-estado. Se diferenciaba de la región sinecizada del Ática en un detalle muy significativo: todos los habitantes de todas las ciudades y aldeas del Ática se consideraban «atenienses», mientras que los habitantes de Beocia se identificaban en primer lugar como «tebanos», «plateos» u «orcomenios», y sólo de forma secundaria como «beocios».

Lo que verdaderamente tenía importancia en la Grecia antigua era la cohesión de la fuerza militar. Los atenienses podían llamar a filas a la población de 1.600 quilómetros

cuadrados, mientras que los tebanos disponían sólo de los hombres de Tebas y de los escasos quilómetros cuadrados de su territorio circundante. Para ser fuertes desde el punto de vista militar, los tebanos estaban obligados a constituir alianzas con las polis vecinas, que podían contribuir o no con sus tropas a una determinada empresa militar y prestarle o no su apoyo hasta el final. Los *éthnē* del Peloponeso —Arcadia, Acaya y Élide— se hallaban también divididos en pequeñas polis independientes y fueron igualmente potencias de segunda fila, hasta que las ciudades-estado que los integraban constituyeron alianzas eficaces.

En la zona situada al norte del Peloponeso era donde existía una forma más pura de *éthnos*. En esas regiones no había centros urbanos demasiado grandes, y la mayoría de la población vivía en pequeñas aldeas diseminadas a lo largo del territorio. Las distintas comarcas no habían experimentado el proceso de sinecismo que desembocaba en la creación de polis, sino que cada aldea era más o menos independiente y autónoma. Pero incluso un *éthnos* de este tipo disponía de una especie de gobierno común a través del cual podía llevar a cabo acciones concertadas en momentos de crisis nacional. El historiador ateniense del siglo V Tucídides nos ofrece una muestra reveladora de lo bien que podía responder como entidad un *éthnos* grande. En 426 a. C., los atenienses, una de las grandes potencias de la época, realizaron una campaña en el centro de Grecia. «[El *éthnos* de] los etolios era, en efecto, grande y belicoso, pero, al habitar en aldeas sin fortificar, muy alejadas además unas de otras, y utilizar un armamento ligero, los mesenios afirmaban que no sería difícil someterlos antes de que se organizara una defensa conjunta».[10] Teniendo en cuenta esa fragmentación, los atenienses planearon atacar y derrotar sus aldeas una por una. Pocos días antes de empezar la campaña, sin embargo, se congregó una fuerza de guerreros etolios procedentes de todos los rincones de su territorio, que expulsó a los atenienses infligiéndoles graves pérdidas.

El gobierno de las ciudades-estado primitivas

Los pasos que condujeron al establecimiento de la ciudad-estado fueron obra de la aristocracia terrateniente que surgió en el siglo VIII. La unión política no habría sido posible sin la voluntad de los *basileîs* locales, esto es, los caudillos y jefes de las comarcas, las ciudades y aldeas del *dēmos*. Este mismo grupo minoritario fueron los planificadores y los artífices de los nuevos gobiernos centrales. Las estructuras gubernamentales de las distintas ciudades-estado, tal como se nos aparecen a comienzos del siglo VII, se diferenciaban unas de otras en sus rasgos específicos, pero todas siguieron un esquema similar: (1) El cargo de *basileús* supremo o bien fue abolido por completo o bien vio su poder drásticamente reducido. (2) Las funciones gubernamentales ejercidas hasta entonces por el basileus fueron repartidas entre varios magistrados. (3) La importancia del consejo de «ancianos» aristocrático se incrementó, mientras que la de la asamblea del pueblo disminuyó. Naturalmente, esas decisiones no fueron tomadas en un solo año, ni siquiera en el curso de una sola generación. Las fuentes, sin embargo, dejan bien claro que el proceso de determinar qué aldeas y comarcas debían incluirse dentro de la polis y qué clase de gobierno debía tener ésta no tardó en producirse más de dos o tres generaciones.

10. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, III, 94, 4.

Si una polis unificada quería ser lo bastante fuerte y competir honrosamente con otras polis unificadas, no tenía más remedio que crear un gobierno central más poderoso y con una mayor capacidad de injerencia en la vida privada del que había poseído antes de la unificación. Para hacer frente a las nuevas condiciones creadas por el crecimiento acelerado de la población, la mayor explotación de la tierra y de los recursos naturales, el incremento de la productividad y la riqueza, la expansión del comercio, y unas relaciones más complejas con los estados vecinos, se hizo necesario establecer un sistema más complejo de organización y de control social. Especialmente urgente era la necesidad de encontrar formas de movilizar con eficacia para la guerra los recursos humanos y materiales, pues a medida que aumentaba la población e iban escaseando las tierras, las ciudades se vieron obligadas a luchar unas contra otras por la adquisición de territorio, actividad mucho más seria que las incursiones de saqueo destinadas a la obtención de ganado y botín que caracterizaron la «guerra» durante la Edad Oscura. Por consiguiente, el control firme desde el centro se hizo a la vez necesario y beneficioso para el conjunto de la polis.

No obstante, el control central se hallaba en manos de los grandes terratenientes que, como todos los grupos dominantes a lo largo de la historia de la humanidad, tenían buenos motivos para intentar conservar su poder económico y político. La decisión fundamental tomada por los *basileîs* fue acabar con la posición del basileus supremo y ponerse a gobernar colectivamente. Y les resultó fácil por cuanto el basileus no tenía ningún poder sobre los otros jefes. Para el colectivo de las familias aristocráticas era evidente por qué era preciso llevar a cabo una acción tan drástica como aquélla.

Si al basileus se le hubiera concedido una autoridad formal sobre la polis unida, se habría convertido en un monarca legítimo que habría gobernado sobre un estado, en una autoridad revestida de poder, y habría dejado de ser el *primus inter pares* tradicional. Las familias poderosas optaron por mantener su independencia haciendo un pacto de cooperación y subdividiendo las esferas de poder —administrativo, militar, religioso, y judicial— entre una serie de magistraturas de duración limitada y que además no tenían carácter hereditario. Los griegos de época posterior llamaron a este tipo de gobierno oligarquía (*olígoi* = «pocos, minoría»). Los oligarcas que ostentaban el poder se llamaban a sí mismos los *áristoi*, los «mejores», de donde procede nuestro término «aristocracia». Aunque las palabras *oligarchía* (oligarquía) y *aristokratía* (aristocracia) no aparecen en los textos literarios ni epigráficos antes del siglo V, es indudable que la idea de que la minoría de los mejores era la más adecuada para ejercer el gobierno fue fomentada insistentemente por las familias ricas de noble cuna que controlaron las ciudades-estado de época arcaica.

Cada ciudad-estado desarrolló su propio sistema de magistraturas en consonancia con sus necesidades y con sus circunstancias peculiares. Los estados más grandes, como Atenas, tenían necesidad de más oficiales, mientras que las más pequeñas necesitaban menos. A medida que fueron aumentando la población y la complejidad de las polis, fueron añadiéndose nuevos magistrados, con funciones más específicas, tales como los tesoreros o los superintendentes de las obras públicas. A finales del siglo VI en Atenas, por ejemplo, había varias docenas de magistrados; a finales del siglo V, su número llegaba casi a los setecientos. No obstante, el número de las altas magistraturas siguió siendo pequeño.

En general no existía una jerarquía entre los cargos más altos, aunque en muchos estados había un magistrado principal que era considerado el administrador en jefe.

Los nombres más comunes de esos magistrados supremos eran *árchōn* (e. g., en Atenas y en otras ciudades de la Grecia central) y *prýtanis* (e. g. en Corinto y las polis de Jonia). Los dos son títulos muy generales: *árchōn* (como *archós*) significa simplemente «mandatario», y *prýtanis* significa más o menos «presidente». Un magistrado primitivo que poseía un nombre más específico (e. g. en Atenas o en Mégara) era el *polémarchos* («jefe de la guerra»). Muchas otras ciudades-estado, sobre todo las más pequeñas, eran gobernadas por pequeñas juntas o colegios de magistrados, que se repartían las funciones gubernamentales sin fijar las obligaciones específicas de cada uno. A mediados del siglo VII, la duración de los cargos en la mayoría de los estados era de un año, y no podían ocuparse de nuevo hasta que pasara un número de años fijado de antemano. Estas medidas tenían el doble propósito de poner coto al poder de un determinado magistrado y de repartir los honores entre toda la comunidad de aristócratas.

El verdadero centro de poder en el gobierno de las ciudades-estado primitivas no residía, sin embargo, en las magistraturas ni en las juntas, sino en el consejo. En las polis arcaicas, el consejo tenía incluso más poder que la *boulē* de la sociedad homérica. Sus miembros eran reclutados normalmente entre los magistrados de mayor rango, que pasaban a formar parte del consejo cuando cesaban en su cargo. La pertenencia al consejo podía ser muy duradera o incluso vitalicia. De ese modo, el consejo gozaba de una supremacía natural sobre los arcontes y demás magistrados, cuya ocupación del cargo tenía una duración limitada y que podían sentir reparo en oponerse a la noble junta de notables entre los cuales aspiraban a contarse un día. El consejo aristocrático se reunía con más frecuencia que en la época anterior y se encargaba de diseñar la política y de redactar las leyes de las polis.

En consonancia con el incremento del poder del consejo, la capacidad limitada que tenía la asamblea de ciudadanos adultos de influir en la política se vio aún más mermada en la ciudad-estado oligárquica. Algunos estados excluyeron de la asamblea a los más pobres y establecieron restricciones de carácter económico. Otros redujeron el número de las reuniones de la asamblea y de los asuntos que podían plantearse en ella, o restringieron la libre discusión de los temas de debate. No obstante, la soberanía total del consejo aristocrático fue breve; con el paso del tiempo, la autoridad de la asamblea a la hora de decidir la política comunitaria y los derechos de pertenencia a ella se ampliaron. De hecho, antes de que finalizara el siglo VI, incluso en las ciudades-estado oligárquicas la asamblea había alcanzado el poder decisorio último.

Pervivencia de los basileîs durante la Época Arcaica

Aunque la posición del basileus supremo dejó de existir en la forma que tradicionalmente había tenido durante la Edad Oscura, sobrevivió en otras durante los períodos arcaico y clásico. Por lo general, el título de basileus quedó reservado a un magistrado anual o a un miembro del colegio de magistrados. Sus responsabilidades o las de la junta de *basileîs* variaban de un estado a otro. En algunas polis, el magistrado supremo ostentaba el título de *basileús*; parece que unos pocos de esos *basileîs* eran funcionarios militares, equivalentes al *polémarchos*. Pero la inmensa mayoría estaban al frente de los asuntos religiosos y tenían también responsabilidades judiciales, sobre todo en asuntos relacionados con la religión, tales como el homicidio (que contaminaba a toda la comunidad). La frecuencia con la que el título de *basileús* se aplicaba a los magistrados encargados de los asuntos religiosos demuestra el gran respeto que seguía atribuyéndose a este nombre; los griegos sintieron la necesidad de mantener la importantísima esfera religiosa de la vida de la polis en contacto con los *basileîs* de antaño, los héroes ancestrales del *dēmos*.

Hubo incluso casos excepcionales de estados, en su mayoría de origen dorio, que mantuvieron viva cierta forma de caudillaje tradicional. En Argos, una dinastía de *basileîs* de carácter hereditario mantuvieron el poder hasta bien entrado el siglo VII, resistiendo a los intentos aristocráticos de establecer un gobierno oligárquico. Uno de ellos, Fidón, utilizando como trampolín su condición de basileus tradicional, llegó a hacerse tirano con poderes absolutos.

Los espartanos fueron los que mantuvieron durante más tiempo el sistema de caudillaje, aunque en una forma singular. En el sistema de gobierno espartano había dos *basileîs* de carácter hereditario y vitalicio que reinaban a la vez, costumbre que permanecería vigente hasta el siglo III a. C. No obstante, los poderes de los *basileîs* espartanos distaban mucho de ser absolutos. Conservaron una autoridad considerable como jefes militares; pero, para restringir su poder, los espartanos elegían una junta anual de cinco magistrados, los *éphoroi* («supervisores»), encargados de vigilar que los *basileîs* reinaran con arreglo a la ley, y de llevarlos ante los tribunales si no lo hacían. También tenemos atestiguada en otras polis la pervivencia de «monarquías» hereditarias, aunque con unos poderes drásticamente restringidos, que en algunos casos duraron hasta el siglo V e incluso después.

El poder y la autoridad del basileus se perpetuaron también a través de las llamadas estirpes reales. Buen ejemplo de ello serían los Baquíadas de Corinto. Un basileus legendario de Corinto llamado Baquis fundó un nuevo linaje de caudillos conocidos como los Baquíadas, los «descendientes de Baquis». Según la tradición, se sucedieron en el trono varias generaciones de *basileîs* Baquíadas hasta 747 a. C., cuando el último de ellos fue asesinado por sus parientes. Éstos asumieron conjuntamente la dirección de Corinto y conservaron el nombre de su familia, los «Baquíadas». Estos Baquíadas, que, según se dice, eran más de doscientos, escogían cada año a uno de sus miembros para el cargo de *prýtanis* y se repartían además el resto de las magistraturas. Su pretensión de ser todos descendientes de Baquis era una pura invención, pero les resultó bastante útil como forma de legitimar su control del gobierno. En realidad, constituían una selecta oligarquía de *oîkoi* acaudalados y notables. Para asegurarse su condición de «estirpe» exclusiva, los miembros de estas familias se casaban únicamente entre ellos. Este régimen se prolongó durante tres generaciones hasta 657, cuando fue derrocado por el tirano Cípselo.

En muchas otras polis hubo «estirpes reales» similares, sobre todo en el Egeo oriental. Hacia mediados del siglo VIII, un pequeño grupo de familias aristocráticas que se llamaban a sí mismas Pentílidas se hicieron con el poder en Mitilene, la principal ciudad de la isla de Lesbos, y gobernaron durante casi un siglo. Hacían derivar su nombre y sus supuestos derechos del gobierno de Péntilo, nieto de Agamenón e hijo de Orestes, y fundador mítico de Mitilene. De modo parecido, la ciudad jonia de Mileto fue gobernada durante algún tiempo por los Nelidas, que afirmaban ser descendientes de Neleo, el padre de Néstor de Pilos. En otras ciudades-estado, las familias gobernantes se limitaron a designarse con el nombre genérico de «los Basílidas», es decir «los descendientes del basileus». Todas estas estirpes reales, que se arrogaban la autoridad y el poder de los *basileîs* alegando que descendían directamente de ellos, se ganaron la animad-

versión de las otras familias acaudaladas. A mediados del siglo VII, la mayoría de ellas habían sido desplazadas o por una oligarquía más abierta o por un tirano.

El movimiento colonizador

La aparición del sistema de polis en Grecia coincidió con el comienzo de un extraordinario movimiento migratorio de griegos que abandonaron su tierra natal a orillas del Egeo. Dicha emigración se inició a mediados del siglo VIII a. C. y se prolongó durante más de doscientos años. Cuando concluyó en torno al año 500 a. C., el mundo griego se extendía desde el Levante español por el oeste hasta la Cólquide por el este. Como señalábamos en el Capítulo 2, las causas primordiales de esta expansión tan notable fueron dos: la búsqueda de fuentes de aprovisionamiento de metal, capaces de satisfacer las necesidades cada vez mayores de los griegos, y la esperanza de conseguir las tierras suficientes para poder llevar una vida de ciudadanos en las nuevas polis, debido a la imposibilidad de obtenerlas en la madre patria.

La decisión de fundar una colonia sería una de las primeras acciones políticas emprendidas por la polis, y sería tanto más difícil por cuanto además habría de determinar su futura identidad. La ciudad-madre (*mētrópolis*) debía escoger el emplazamiento de la colonia, obtener la aprobación divina, hacer los planos del nuevo asentamiento, y elegir al *oikistēs* (fundador). Además, como demuestra el juramento de fundación de Cirene, la decisión de fundar una colonia afectaba a toda la comunidad y venía respaldada por una serie de sanciones colectivas. Por otra parte, la fundación de una colonia definía indirectamente la identidad del colectivo de ciudadanos de la metrópolis, pues los que emigraban allí renunciaban a su ciudadanía en la metrópolis.

Documento 3.1 Juramento fundacional de Cirene, en Libia (finales del siglo VII a. C.) Inscripción procedente de Cirene en la que se recoge el juramento prestado por los tereos y los habitantes de la futura colonia.

La asamblea resolvió: habiendo ordenado espontáneamente a Bato y los tereos fundar Cirene, los tereos resolvieron enviar a Bato a Libia en calidad de jefe del pueblo y rey (*basileús*). Los tereos se harán a la mar con él en calidad de compañeros. Se harán a la mar en condiciones de igualdad y paridad; de cada familia se escogerá un hijo varón. Los que se hagan a la mar deberán estar en la flor de la edad, y todo aquel tereo de condición libre que lo desee, podrá hacerse a la mar.

Si los colonos establecen una colonia, cualquier colono que posteriormente se dirija a Libia recibirá la ciudadanía y los derechos, así como una parcela de las tierras que aún no estén repartidas. Pero si no fundan una colonia y los tereos no están en condiciones de socorrerlos, sino que se ven agobiados por la necesidad durante cinco años, sean libres los colonos de regresar a Tera recobrando la ciudadanía y sus propiedades.

Aquel que no esté dispuesto a echarse a la mar cuando la ciudad lo envíe a la emigración, sea reo de muerte y sus propiedades sean confiscadas. Aquel que le dé albergue o lo esconda, ya sea un padre a su hijo o un hermano a su hermano, sea reo de la misma pena que el que no esté dispuesto a marcharse. Esto juraron los que se quedaron en Tera y los que se echaron a la mar con el fin de fundar la colonia. Y lanzaron maldiciones tan-

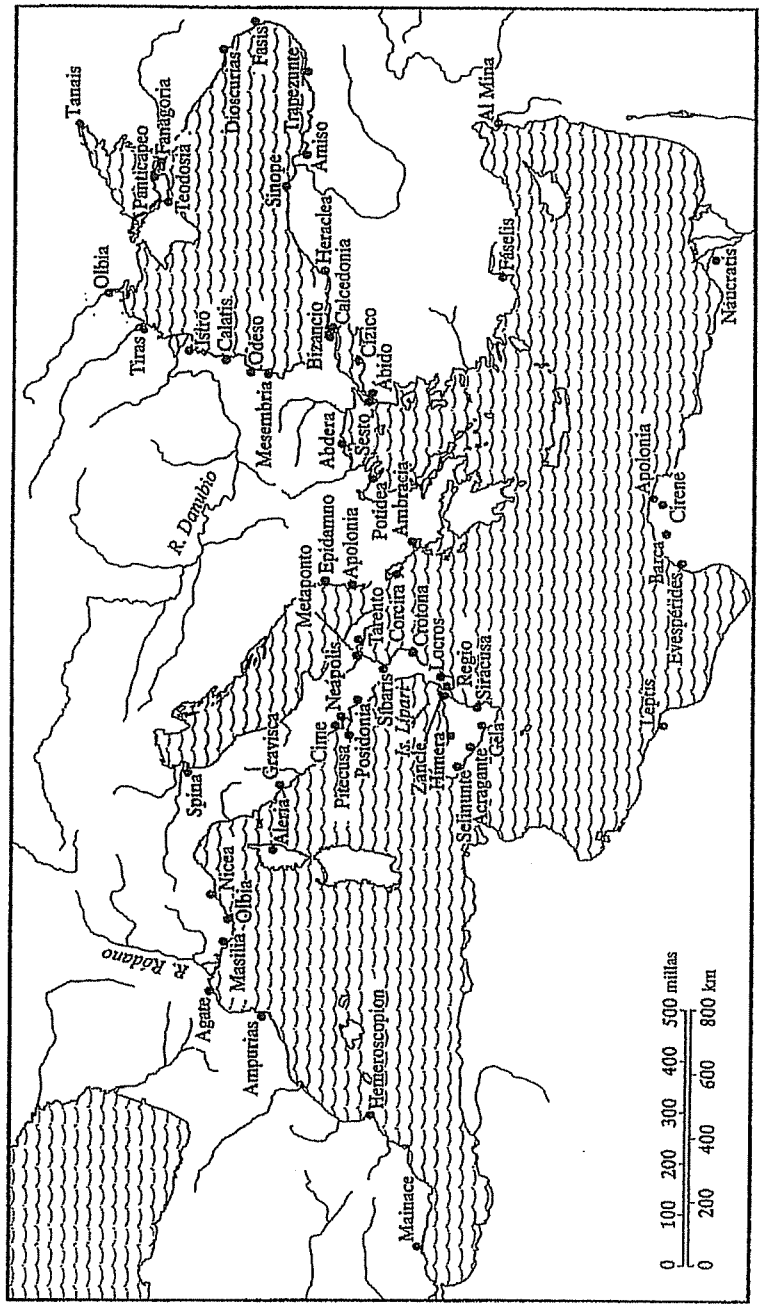


FIGURA 3.1. La colonización griega: 750-500 a. C.

to contra los que se establecieran en Libia como contra cuantos se quedaran aquí, si no cumplían con estas condiciones y no se atenían a ellas.

Fabricaron figurillas de cera y las quemaron y conjuntamente hombres y mujeres, muchachos y doncellas, pronunciaron en voz alta la maldición: Quien no se atuviere a lo acordado y rompiere el juramento, que se derrita y sea aniquilado como estas figurillas, él, sus descendientes y sus propiedades. Pero a quien se atuviere a lo acordado y respetare el juramento, tanto si emigra a Libia como si se queda en Tera, que le vaya todo bien, a él y a sus descendientes.[11]

Una vez tomada la decisión de fundar una colonia, el responsable de su suerte era el oikistes. Homero (*Odisea*, VI, 7-10) describe con toda claridad su tarea: conducir a los colonos a su nueva patria, establecer las defensas de la colonia, buscar emplazamiento para los santuarios de los dioses, y asignar domicilio y campos de cultivo a los colonos. Si el oikistes actuaba con prudencia, se convertía en el gobernante de la nueva polis y, a su muerte, pasaba a ser su héroe guardián. La colonia quedaba unida a la metrópolis por lazos de parentesco y de culto, simbolizados por el fuego traído por el oikistes desde la metrópolis para encender el hogar de la nueva polis. Con el fin de que el culto a los dioses fuera observado debidamente en la colonia, entre los emigrantes iban también sacerdotes y sacerdotisas de la metrópolis. Pero, por lo demás, la colonia constituía una nueva polis completamente independiente, como indica la palabra griega con la que se la designa, *apoikía*: «casa lejos [de la antigua patria]» de los colonos.

La reconstrucción de la historia del movimiento colonizador es muy difícil. La tradición literaria relacionada con la colonización griega está atestada de leyendas cuya finalidad es poner en relación las distintas colonias con la edad heroica y subrayar la aprobación divina de su fundación. Si se les quitan estos añadidos legendarios, lo único que conservan las fuentes griegas en este sentido es prácticamente un simple esqueleto de fechas de fundaciones y nombres de metrópolis y, a veces, de oikistai.

La arqueología ha permitido a los historiadores superar los límites de las fuentes escritas, pues ha confirmado la cronología general de las fundaciones, ha revelado los detalles de la planificación de la ciudad, y ha aportado numerosos testimonios acerca de las relaciones existentes entre los colonos y sus vecinos no griegos, así como sobre las rutas comerciales que unían las colonias con la madre patria. La documentación arqueológica indica también que el movimiento colonizador tuvo dos fases, cada una de las cuales duró poco más de un siglo. La primera se inició a mediados del siglo VIII a. C. y se dirigió a Italia y el Mediterráneo occidental; la segunda dio comienzo aproximadamente un siglo después y se centró en la costa septentrional del Egeo y en el mar Negro.

Los pioneros de la colonización de Italia fueron los eubeos de Calcis y Eretria, los mismos que habían contribuido a mantener el contacto entre Grecia y el Oriente Próximo durante la Edad Oscura. Siguiendo unas rutas abiertas probablemente por los mercaderes fenicios, fundaron su primer poblado en la isla de Pitecusa, en el golfo de Nápoles, a comienzos del siglo VIII a. C. Pitecusa se adecua a la imagen de emplazamiento ideal de una colonia que se describe en la *Odisea* (IX, 116-141): una isla deshabitada, caracterizada por «su suelo [que] no es mezquino ... tiene unos húmedos prados de hierbas suaves junto al mar espumoso; perennes las vides serían sobre él, las labores ligeras, espesas las mieses y de buena sazón, porque es mucho el mantillo en la tierra. Tiene un puerto, asimismo, con buen fondeadero; ni el cable necesítase en él ni los sachos ni amarras ...». Pitecusa se hallaba además muy bien situada con vistas a la explotación de los depósitos de hierro existentes en la isla Elba y del comercio con los pueblos itálicos del continente. El poblado creció rápidamente, atrayendo a colonos no sólo del Egeo, sino también fenicios. Los eubeos coronaron el éxito obtenido en Pitecusa con la creación de otros asentamientos en la Italia continental, concretamente en Cumas (757 a. C.), cerca de la actual Nápoles, y la zona nororiental de Sicilia, donde fundaron Naxos (734), Leontinos (729), Catana (729), y Regio (712).

11. *Supplementum Epigraphicum Graecum*, IX, 3; según trad. ing. Stanley M. Burstein.

Mientras tanto, Italia y Sicilia atrajeron la atención de las polis dorias del Peloponeso. Agobiadas por los problemas planteados por la desigualdad de la distribución de la tierra, estas ciudades buscaron para sus colonias unos emplazamientos que tuvieran un buen potencial agrícola. Los primeros en echarse a la mar fueron los aqueos, que a finales del siglo VIII fundaron Síbaris y Crotona, situadas entre la punta y el tacón de la Península Italiana. Pronto siguió su ejemplo Esparta, que estableció su propia colonia, Táranto (712 a. C.), en el extremo del tacón. Los Baquíadas de Corinto también buscaron en occidente una solución a sus problemas internos, fundando Corcira, en la parte meridional del Adriático (*ca.* 734 a. C.) y, lo que es más importante, Siracusa, que acabaría dominando todo el sudeste de Sicilia y habría de desempeñar un papel destacado en la lucha por el poder sobre el Mediterráneo central entre Roma y Cartago.

La actividad colonial de los griegos en el Mediterráneo no se limitó a Italia y Sicilia. Tera fundó Cirene en Libia a finales del siglo VII (*ca.* 630 a. C.), pero era el extremo occidente el que ofrecía las mejores oportunidades. Según Heródoto, los griegos tuvieron por primera vez noticia de las posibilidades que ofrecía el Mediterráneo occidental cuando un mercader samio llamado Coleo regresó del reino de Tarteso, situado al sudoeste de la península Ibérica, con un cargamento riquísimo. Pero no fue Samos, sino la ciudad de Focea, en Asia Menor, la que aprovechó el descubrimiento de Coleo y fundó hacia 600 a. C. Masilia (la actual Marsella), en la desembocadura del Ródano.

Masilia no tardó en explotar su extraordinaria situación geográfica comerciando con los celtas que habitaban el alto valle del Ródano y estableciendo una serie de centros comerciales a lo largo del litoral nororiental de España. A comienzos del siglo VI, sin embargo, desapareció para los griegos la posibilidad de seguir expandiéndose por el Mediterráneo central y occidental. La poderosa colonia fenicia de Cartago, en la actual Tunicia —fundada probablemente a finales de siglo IX a. C.— también tenía ambiciones en la zona y estableció su propio imperio colonial en la parte occidental de Sicilia, en Córcega, Cerdeña y el sur de España. Cuando los cartagineses y sus aliados, los etruscos, obligaron a los foceos a evacuar la colonia que habían establecido en Alalia, en Córcega, a mediados del siglo VI a. C., concluyó la colonización griega en el Mediterráneo central y occidental.

Cuando las oportunidades colonizadoras empezaron a reducirse en el Mediterráneo, los griegos buscaron en el nordeste nuevas tierras en las que asentarse. Atraídas por la riqueza pesquera y agrícola del Helesponto y de la región del mar Negro, varias polis jonias y eolias fundaron colonias en la zona. La más activa fue Mileto, a la que los antiguos atribuían la fundación de setenta colonias, aunque su número real probablemente fuera mucho menor. Entre las numerosas fundaciones de Mileto estarían ciudades tan importantes como Cízico (675 a. C.), junto a la entrada del Helesponto, Sínope (finales

del siglo VII), en la costa septentrional de Anatolia, Olbia (*ca.* 550), en la desembocadura del Bug, al sudoeste de Ucrania, y Panticapeo (*ca.* 600), en Crimea. También Mégara estableció colonias en esta zona, ocupando lugares tan importantes como Bizancio y Calcedonia, en ambos extremos de los Dardanelos, además de fundar la ciudad de Heraclea Póntica (560 a. C.), al nordeste de Anatolia, cerca de una de las supuestas entradas del Hades. Al no tener rivales en esta zona, a diferencia de lo que ocurría en la cuenca mediterránea, los griegos pudieron fundar en ella colonias durante todo el período arcaico e incluso durante la época clásica, hasta que casi todo el mar Negro quedó rodeado de un círculo de polis griegas.

El movimiento colonizador ha sido considerado a menudo un proceso de difusión de la vida y la cultura helénicas. Este tipo de interpretación se basa en las fuentes antiguas. Las nuevas polis proclamaron orgullosamente su carácter helénico construyendo templos monumentales, ofreciendo su patrocinio a instituciones panhelénicas tales como el oráculo de Delfos o los Juegos Olímpicos, e intentando mantenerse a toda costa al corriente de las innovaciones culturales introducidas en el Egeo. Los primeros ejemplos de alfabeto griego y de hexámetros proceden de hecho de Pitecusa. No obstante, la creación de nuevas polis constituye sólo un aspecto de la historia de la colonización griega.

En todos los lugares en los que se establecieron las pequeñas expediciones coloniales, los griegos se encontraron con «bárbaros», es decir, con la población no griega de los litorales del Mediterráneo y del mar Negro. Algunas ciudades, como Siracusa, Bizancio y Heraclea Póntica, lograron repeler o incluso esclavizar a sus vecinos no griegos. Los cronistas locales de época posterior celebrarían esas victorias con relatos de carácter patriotero sobre cómo la inteligencia de los helenos superó la imbecilidad de los bárbaros. No obstante, la mayoría de las colonias no fueron tan afortunadas y tuvieron que llegar a arreglos con sus vecinos de origen no griego, a través del comercio y de los matrimonios mixtos, e incluso a veces a costa de compartir con ellos su territorio. Ello conllevaba peligros para uno y otro bando; Heródoto cuenta la trágica historia de un rey escita que se casó con una griega y se hizo devoto del dios Dioniso, para posteriormente ser asesinado por sus súbditos que se sintieron menospreciados. Pero en la mayoría de los casos, como dan a entender el descubrimiento de productos griegos en el sur de Francia y la difusión del alfabeto, el arte y los cultos helénicos entre los etruscos, las colonias se convirtieron en la puerta de acceso de los pueblos del sur de Europa y del mar Negro a los productos y la cultura del Mediterráneo. Por otra parte, los intercambios culturales no siguieron una sola dirección, pues la difusión de cultos tales como el de la diosa tracia Bendis o el del divino músico tracio Orfeo llegó a todo el Egeo e incluso más allá.

Las divisiones económicas y sociales en las polis primitivas

Los que abandonaron su patria para emigrar al extranjero a finales del siglo VIII fueron atraídos principalmente por la perspectiva del reparto equitativo de parcelas de tierras de cultivo (*klēros*) entre los colonos. El movimiento colonizador es una prueba de la desigualdad en el sistema de posesión de la tierra que existía en Grecia, y al mismo tiempo supuso un remedio parcial a dicha situación. No obstante, no todas las familias pudieron emigrar y, a medida que la población seguía creciendo, las tierras iban haciéndose más escasas. Fruto de todo ello fue la ampliación de la distancia social y económica existente entre las familias aristocráticas y el resto de la población.

Los ricos terratenientes cultivaron una imagen de sí mismos según la cual constituían una verdadera aristocracia, un grupo muy superior a cualquier otro colectivo situado por debajo. Según ellos, eran los únicos merecedores de ser llamados *hoi agathoí*, «los buenos», en virtud simplemente de su pertenencia a una familia ilustre y acaudalada, y calificaban de *hoi kakoí*, «los malos», a cuantos no habían nacido en el seno de la nobleza terrateniente. Esa arrogancia presuntuosa distaba mucho de la autoestima justificada de los jefes guerreros de quienes los aristócratas se jactaban de proceder. Para los héroes homéricos, el hecho de descender de un gran guerrero, pese a ser motivo de orgullo, no suponía una prueba automática de excelencia personal, y eso solo no les daba derecho a exigir honores y privilegios. Los derechos de cada uno a ser llamado «bueno» (*agathós*) o «mejor» (*áristos*) se medían sólo por las hazañas realizadas como guerreros y caudillos. Del mismo modo, también el término *kakós* adquirió connotaciones sociales durante el siglo VII. En Homero, *kakós* significaba poco dotado para la guerra o «cobarde»; en el vocabulario aristocrático pasó a designar a todo aquel que no pertenecía al selecto círculo de los hombres ricos y de noble cuna. Análogamente, los aristócratas subrayaron su singularidad con respecto al resto de la comunidad restringiendo el uso de la palabra *dēmos*, que pasó de significar «la totalidad del pueblo» a designar a «las masas» o «los pobres», denominados también despectivamente *hoi polloí*, «los muchos».

Los ricos, los pobres y los medianos

La arrogancia de los poderosos aristócratas se basaba en el control de la tierra que ostentaban con carácter hereditario. Sucesivas generaciones de familias aristocráticas habían heredado una parte desproporcionada del total de las tierras de labor del *dēmos* y una proporción todavía mayor de las de mejor calidad. Se enriquecieron aún más gracias a la mejora de las técnicas de explotación que incrementaron la cantidad de las cosechas, y su concentración en productos de venta fácil, como el vino o el aceite de oliva. Mayor significación aún para su enriquecimiento tuvo la posibilidad de explotar el trabajo de los labradores más pobres que llevaban una vida de miseria cultivando sus pequeñas parcelas o los campos situados en las zonas más apartadas. Algunas de esas familias pobres arrendaban tierras a los ricos como aparceros a cambio de una parte de la cosecha, mientras que otros hipotecaban sus posesiones a los ricos y se veían obligados a entregar una cantidad previamente estipulada de la cosecha como pago de la deuda. Los pequeños labradores se endeudaban con mucha facilidad. Un año malo significaba tener que hacerse prestar la simiente del próximo año por un vecino rico; y una sucesión de años malos podía poner a una familia al borde de la ruina y hacerle perder sus tierras para saldar sus deudas. Cabe suponer también que el número de los *thētes* —esto es, los individuos que trabajaban en calidad de jornaleros a cambio de comida, vestido y un techo— se incrementara considerablemente. La actitud de la clase terrateniente hacia las víctimas de su explotación respondía a una mezcla de desprecio, desconfianza y disgusto.

Las conjeturas en torno a la proporción de las familias de clase noble —entendiendo por tales a todas aquellas cuyas fincas les permitían llevar una vida ociosa— oscilan entre el 12 y el 20 % del total; en cuanto a las de clase baja —esto es, aquellas que no

tenían tierras suficientes con las que mantenerse—, los cálculos las sitúan entre el 20 y el 30%. (Naturalmente esos porcentajes habrían variado de una ciudad a otra.) Estas cifras nos permiten deducir que por lo menos había un 50% de las familias que no eran ricas, pero que tampoco dependían de los ricos. El filósofo del siglo IV Aristóteles llama en su *Política* a este grupo «los medianos» (*hoi mésoi*), esto es, la parte de la polis situada entre «los muy ricos y los muy pobres», y que poseía una fortuna moderada.

Naturalmente estas tres divisiones no eran monolíticas; dentro de cada una existían diversos grados de riqueza y de categoría social. El pequeño grupo de familias aristocráticas estaba dominado por un número aún menor de linajes que sobresalían por su noble cuna y su riqueza: una aristocracia dentro de la aristocracia. Además, esa jerarquía se hallaba naturalmente sometida a cambios; una familia podía ascender al nivel de la alta nobleza, mientras que otra podía descender al de la aristocracia baja. En cualquier caso, toda la clase de los acaudalados en conjunto seguía estando claramente separada de los estratos situados por debajo. Los *agathoi* protegían y perpetuaban su singularidad económica y social casándose exclusivamente entre ellos. El ideal consistía en mantener la solidaridad de clase y, cuando menos, la apariencia de igualdad entre las familias.

Dentro del grupo más humilde, los distintos niveles existentes habrían dependido únicamente del grado de miseria. Las oportunidades de mejora social que tenían los labradores pobres eran muy escasas. El desarrollo del comercio, que experimentó un crecimiento constante durante toda la época arcaica, ofrecía algunas posibilidades de encontrar empleo, pero sólo como marinero y en otras ocupaciones mal pagadas y de baja estofa. En cuanto a los oficios especializados, se hallaban restringidos mayoritariamente a los pobres, debido a su carácter familiar y a que había pocos puestos de aprendiz disponibles para los pobres que no formaran parte de la familia.

Donde había una mayor gradación social y económica era en el grupo intermedio. Algunos *oîkoi* no nobles participaron del incremento de la prosperidad de la época arcaica y llevaron una vida cómoda; en el otro extremo de la escala se hallaban los que apenas podían escapar al endeudamiento. Las diferencias de fortuna, y por consiguiente las diferencias sociales, entre los extremos eran lo bastante grandes como para que los de rango superior no contrajeran matrimonio con los de rango inferior. En consecuencia, el conjunto de los labradores y artesanos independientes no tenían conciencia de clase con intereses específicos comunes, como les ocurría a los terratenientes ricos. La movilidad en sentido ascendente, aunque no fuera imposible, no resultaba fácil. Las aristocracias resisten bien los ataques que pueda sufrir su exclusividad; no obstante, si una familia sencilla se enriquecía lo bastante, podía contraer lazos matrimoniales con la nobleza. Teognis, poeta aristocrático del siglo VI, se lamenta de que, aunque los hombres se esfuerzan porque sus animales sean «nobles» cuidando su raza, un «hombre bueno» no dudaría en casarse con la hija de un «hombre malo», si le trae una buena dote. «La riqueza», afirma, «corrompe los linajes» (Teognis, 183-192). La movilidad hacia abajo, por otro lado, era mucho más corriente, debido a que su precariedad obligaba a muchos labradores a caer en una situación de dependencia. La erosión sufrida durante el siglo VII por el grupo de los labradores independientes se convirtió en un problema grave de la ciudad-estado.

La ciudadanía

Aunque todas las familias de los tres grupos económicos eran ciudadanas, los derechos de ciudadanía que cada uno tenía en la polis primitiva distaban mucho de ser iguales. La ciudadanía, que los griegos de época posterior definían como «la participación en la vida pública de la ciudad», se consideraba un *status* estratificado, determinado por la condición social y económica de la persona, y también por su sexo. Mientras que las ciudadanas desempeñaban un papel importante en el culto religioso de la comunidad, tenían vetada por completo la participación en los asuntos políticos, judiciales y militares. Éstos eran competencia exclusiva de los ciudadanos adultos (mayores de 18 años). Entre los varones, la participación en las responsabilidades y en los derechos cívicos —derecho a votar y a hablar en la asamblea, a ocupar un cargo público, a actuar como jueces, y a combatir en el ejército— estaba dividida de forma muy desigual, y se basaba en unos criterios fundamentalmente económicos. En las ciudades-estado primitivas, como hemos visto, sólo los hombres ricos y de noble cuna disfrutaban de todos los privilegios cívicos. Los ciudadanos que no eran nobles y poseían una fortuna modesta se hallaban excluidos de los cargos públicos, y los más pobres ni siquiera podían votar en la asamblea. La historia política de la época arcaica es la lucha de las clases media y baja por la consecución de una participación igualitaria en el gobierno de la polis. No obstante, la plena participación sólo se alcanzaría en los estados democráticos; en las oligarquías, los más pobres seguirían siendo ciudadanos de segunda.

Aparte de las mujeres, había otras categorías de personas libres que vivían en el territorio de la polis a las que se les negaban los derechos de ciudadanía, fundamentalmente los extranjeros residentes y los antiguos esclavos. Y en algunos estados (sobre todo dóricos), aldeas y poblaciones enteras eran consideradas no miembros del *dēmos*, por lo que sus habitantes tenían la condición de ciudadanos a medias. Hablaremos con más detalle de esos *perioikoi* («los que habitan alrededor») en el próximo capítulo. Pero los grupos más numerosos con diferencia de población carente de derechos eran los esclavos y los semi-esclavos.

Esclavos y siervos

Durante el siglo VII se produjo un aumento relativo del número de esclavos de compraventa (personas capturadas o compradas y consideradas una propiedad desde el punto de vista jurídico), pero la mayoría de los terratenientes utilizaban como mano de obra a los labradores endeudados o a aquellos que tenían contraído cualquier otro tipo de obligación con ellos, solución por muchos conceptos mejor desde el punto de vista económico para los terratenientes que el mantenimiento de una gran cantidad de esclavos. El incremento masivo de la esclavitud se produjo en el siglo VI, cuando las reformas y las medidas políticas introducidas en las ciudades-estado limitaron o abolieron la servidumbre por deudas, obligando a los ricos a utilizar a los esclavos como mano de obra en sus campos.

Los «ilotas» espartanos constituyen un ejemplo de otro tipo de trabajadores agrícolas caracterizado por tener una posición situada «entre los libres y los esclavos». Los ilotas eran los habitantes de algunas zonas de Laconia y de casi toda Mesenia, que habían sido conquistados por los espartanos en la guerra y que estaban obligados a traba-

jar en calidad de siervos para los ciudadanos de Lacedemón en las tierras que antes habían sido suyas. (La importancia de los ilotas en la vida espartana será analizada en el próximo capítulo.) Grupos de condición servil parecidos existían en otros lugares de Grecia, sobre todo en las zonas en las que se hablaban dialectos dorios. Los orígenes de esa población servil son muy oscuros. Según cierta teoría, serían los primitivos habitantes de las tierras de las que se apoderaron los inmigrantes dorios a comienzos de la Edad Oscura. Al ser étnicamente diferentes de los recién llegados, podían ser tratados como si fueran una clase inferior, denigrados para siempre con el estigma de ser «los otros». Estaban obligados a trabajar la tierra en calidad de aparceros y realizar otras prestaciones de trabajo (por ejemplo, ciertos tipos de servicio militar), a cambio de las cuales se les concedía un grado de protección mínima, como el derecho a contraer matrimonio y formar una familia, y la garantía de no ser expulsados de las tierras que cultivaban.

En Tesalia, también había una gran cantidad de población de condición no libre dedicada al trabajo agrícola, los llamados «esforzados», y, como ya hemos visto, unas cuantas polis coloniales tanto en Occidente como en el litoral del mar Negro redujeron a las poblaciones nativas de las zonas circundantes a la condición de mano de obra forzosa. No podemos estar seguros, sin embargo, de si otros grupos empobrecidos y explotados de los que hablan las fuentes eran siervos sojuzgados o simplemente la clase más miserable de ciudadanos. No obstante, es indudable que eran social y económicamente inferiores, como demuestran los términos denigratorios con los que se les designaba: «los desnudos» (Argos), «los de pies sucios» (Epidauro), «los que van vestidos con pellejos de oveja» y «los portadores de porra» (Sición), o «los que llevan casco de piel de perro» (Corinto).

El descontento de los inferiores y el comienzo de los cambios sociales

En el siglo VII, todos los grupos situados económicamente por debajo del cerradísimo círculo de los autodenominados *agathoi* tenían buenos motivos para sentirse a disgusto con el poder y la arrogancia de éstos. Las familias del peldaño inferior de la escala social, tanto los *oîkoi* dependientes como los que vivían al borde de la ruina y el endeudamiento, eran los que más razones tenían para detestar a los ricos. No sólo tenían que luchar por salir adelante, sino que además se veían obligados a soportar el estigma (o la amenaza) de trabajar para otros, condición que los griegos equiparaban con la pérdida de la libertad, es decir, con la esclavitud. El slogan de «redistribución de la tierra» se convirtió en el grito que unió a todos los desposeídos de Grecia durante la época arcaica.

Las familias económicamente seguras —aquellas cuya producción les daba lo suficiente para vivir y aquellas cuya producción les daba lo suficiente para vivir y algo más— también tenían motivos para estar descontentas, aunque no sufrieran una explotación directa. Las mejores tierras de labor pertenecían a las familias aristocráticas, capaces de mantenerlas en su poder. El resto de las tierras más o menos buenas estaban ya ocupadas casi en su totalidad. La alternativa era la emigración, camino que siguieron muchos, o buscar tierras marginales situadas lejos de los poblados. Pero hacer productivas esas tierras marginales requería un gasto extraordinario de tiempo para trasladarse hasta ellas, de trabajo, de herramientas, y de recursos, por lo demás mucho más accesibles para los *oîkoi* más ricos. El grupo intermedio se lamentaba además de haber sido excluido de los puestos de poder y de prestigio por el monopolio que ostentaba la oligarquía de las magistraturas, de los colegios y sobre todo del consejo, donde se tomaban

las decisiones políticas. Los labradores más o menos acomodados podían ser víctimas de fraude en los tribunales de justicia con tanta facilidad como los más pobres, y se hallaban tan desamparados como ellos frente a los «torcidos dictámenes». En la asamblea, el único órgano de gobierno en el que eran admitidos, la voz del pueblo tenía poco peso frente a la concentración de poder de los ricos.

No obstante, pese a la fuerza de la oligarquía dirigente y a la aparente debilidad del resto del *dēmos*, el dominio absoluto de aquélla estaba destinado a no durar mucho. A comienzos del siglo VI, el régimen oligárquico se había ampliado y en su seno había ya numerosas familias hasta entonces ausentes del exclusivo club de los *agathoi* hereditarios, y en algunos estados habían empezado a aparecer gobiernos incluso más amplios, que acabarían poniendo el poder en manos de la mayoría del pueblo, incluyendo a los pobres. El elemento clave en el movimiento de protesta contra los excesos de la aristocracia fue el grupo intermedio de los labradores independientes, sobre quienes menos control tenían los oligarcas. Por fortuna, poseemos un portavoz de este grupo de época muy temprana, Hesíodo, que habla de la vida y la sociedad en la polis incipiente desde el punto de vista del ciudadano modesto.

HESÍODO: VISIÓN DESDE ABAJO

Además de la *Teogonía*, se atribuye a Hesíodo otro poema épico bastante extenso (828 versos) acerca de las labores del campo llamado *Los trabajos y los días*. A diferencia de los poemas homéricos, cuya acción se desarrolla en la lejana Edad de los Héroes y que hablan de los triunfos y las tragedias de los grandes caudillos guerreros, la acción de *Los trabajos y los días* se desarrolla en la actualidad y habla de la gente sencilla y de su vida modesta. En la *Ilíada* y la *Odisea*, las gentes sencillas son visibles tan sólo como un elemento secundario del contexto social. Se les atribuye un papel colectivo como soldados o ciudadanos que asisten a la asamblea, o aparecen en pequeños episodios acerca de agricultores, amas de casa, pastores y artesanos. Son precisamente esos personajes modestos los que Hesíodo sitúa en primer plano.

Hesíodo se diferencia además de Homero y de los demás poetas épicos en que, según afirma, habla de su propia experiencia: «Yo, Hesíodo». Muchos eruditos sostienen que el poeta adopta una *persona* o individualidad poética y que los detalles que nos ofrece acerca de su vida son pura ficción. El hecho de que «Hesíodo» fuera un personaje real y de que lo que nos cuente sea su autobiografía importa poco. Nadie duda de que su descripción de la vida rural a comienzos de la época arcaica es muy exacta.

Hesíodo cuenta que su hermano Perses y él vivían en la pequeña aldea de Ascra (perteneciente a la polis de Tespias, situada a unos cinco quilómetros de distancia), en Beocia , y que, a la muerte de su padre, tuvieron un pleito acerca de la división de su *klēros*. Perses arrebató a Hesíodo una parte de la herencia sobornando a los jueces (*basileîs*). Después del juicio, afirma Hesíodo, Perses se volvió un gandul y un despilfarrador y se empobreció hasta tal punto que tuvo que acudir a su hermano y pedirle ayuda. Tanto si este relato responde a la verdad, como si es pura ficción, este tipo de situaciones familiares debía de ser bastante habitual.

El pleito sirve como pretexto para la forma adoptada por el poema, que es un sermón admonitorio dirigido a Perses. Esta poesía admonitoria, tan diferente de los relatos homéricos, muestra una clara influencia de un antiguo género originario del Oriente Próxi-

mo, la «literatura sapiencial», que consistía en una serie de exhortaciones, instrucciones y admoniciones dirigidas a algún hijo o pariente del poeta, o a algún rey, salpimentadas con unas cuantas anécdotas y proverbios acerca de lo que está bien y lo que está mal. Aunque es evidente que Perses es el destinatario de los consejos de Hesíodo, el verdadero público era todo el grupo social al que pertenecían tanto Hesíodo como Perses, esto es, el nivel más alto de los labradores independientes. En otros pasajes del poema, sin embargo, Hesíodo habla en nombre de todo este colectivo y dirige sus reconvenciones al grupo dirigente, al que llama los *basileîs*. Puede que éste fuera el título que ostentaba realmente el conjunto de magistrados o jueces de la ciudad-estado de Tespias, pero es más probable que el poeta use el término en el sentido genérico que tiene en la épica y que designe a los líderes de cualquier comunidad.

Hesíodo se dirige a los *basileîs* en un tono de gran severidad, y desde luego no muestra la menor deferencia hacia ellos. Los llama «devoradores de sobornos» y siente el menor reparo en acusarlos de emitir sentencias habitualmente con «torcidos dictámenes». Les advierte que el propio Zeus vigila a su hija, Dike, la «Justicia», y venga las acciones injustas que contra ella cometen los que ostentan el poder. De ese modo, el principio moral cívico por excelencia, según el cual la justicia a través de la ley es el fundamento de todo buen gobierno, aparece ya plenamente desarrollado en Hesíodo.

Documento 3. 2 Hesíodo reconviene a los aristócratas

> ¡Oh reyes (*basileîs*)! Tened en cuenta también vosotros esta justicia; pues de cerca, metidos entre los hombres, los Inmortales vigilan a cuantos con torcidos dictámenes se devoran entre sí, sin cuidarse de la venganza divina.
>
> Treinta mil son los Inmortales puestos por Zeus sobre la tierra fecunda como guardianes de los hombres mortales; éstos vigilan las sentencias y las malas acciones, yendo y viniendo, envueltos en niebla, por todos los rincones de la tierra.
>
> Y he aquí que existe una virgen, Dike (i. e. la Justicia), hija de Zeus, digna y respetable para los dioses que habitan el Olimpo; y siempre que alguien la ultraja injuriándola arbitrariamente (i. e. con falsas acusaciones), sentándose al punto junto a su padre Zeus Cronión, proclama a voces el propósito de los hombres injustos para que el pueblo pague la loca presunción de los reyes (*basileîs*) que, tramando mezquindades, desvían en mal sentido sus veredictos con retorcidos parlamentos. Teniendo presente esto, ¡reyes!, enderezad vuestros discursos, ¡devoradores de regalos (i. e. sobornos)!, y olvidaos de una vez por todas de torcidos dictámenes. El hombre que trama males para otro, trama su propio mal; y un plan malvado perjudica más al que lo proyectó.
>
> El ojo de Zeus que todo lo ve y todo lo entiende, puede también, si quiere, fijarse ahora en esto, sin que se le oculte qué tipo de justicia es la que la ciudad (*pólis*) encierra entre sus muros. Pero ahora ni yo mismo deseo ser justo entre los hombres ni tampoco que lo sea mi hijo; pues cosa mala es ser un hombre justo, si mayor justicia va a obtener uno más injusto. Mas espero que nunca el providente Zeus deje como definitiva esta situación.[12]

12. Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 248-272.

El tono moralista impregna todo el poema. Hesíodo recita toda una letanía de recomendaciones y prohibiciones parecidas a las que podemos encontrar en cualquier sociedad agrícola del mundo. Aconseja una estricta reciprocidad en todas las acciones. Si tomas prestado algo de un vecino, «devuélvele bien con la misma medida y mejor si puedes, para que si le necesitas, también luego le encuentres seguro» (349-351).

El fundamento del programa moral de Hesíodo es la ética del trabajo, del duro trabajo manual:

> Por los trabajos se hacen los hombres ricos en ganado y opulentos; y si trabajas te apreciarán mucho más los Inmortales. El trabajo no es ninguna deshonra; la inactividad es una deshonra. Si trabajas pronto te tendrá envidia el indolente al hacerte rico. La valía y la estimación van unidas al dinero.[13]

Hesíodo afirma que a través del trabajo el labrador modesto puede obtener los tres premios que en la poesía sólo podían alcanzar los héroes: la riqueza, el favor especial de los dioses, y la estimación o gloria. Así, pues, el esfuerzo constante en los campos de labor se convierte en una virtud equivalente a las grandes hazañas realizadas en el campo de batalla. Naturalmente, esos premios se reducen al nivel correspondiente a la vida humilde de una aldea. Para Hesíodo y sus vecinos, la riqueza significaba «tener el granero lleno para poder vivir» cuando llega la cosecha y no tener que pedir nada prestado; la gloria consistía en ser admirado y respetado por todos los habitantes de la aldea. Este sistema de valores pragmático y no aristocrático, cuyo lema sería «trabajar, trabajar y trabajar», puede detectarse a lo largo de toda la época arcaica.

Como documento social de los valores del labrador-campesino, *Los trabajos y los días* nos permiten además apreciar las diferencias de clase con respecto a instituciones tales como el matrimonio. Para la clase alta, el matrimonio era ante todo un medio de establecer alianzas y de engrandecer el prestigio de la familia. Las familias nobles a menudo buscaban buenos partidos para sus hijos o hijas fuera de su polis y, como veíamos en Homero, los pretendientes rivalizaban entre sí con lujosos regalos y demostraciones de virilidad en las competiciones atléticas. Pese a vivir una vida muy limitada, las mujeres de la aristocracia gozaban de una condición social muy alta y eran tratadas con gran respeto por los varones. La visión de la clase de los labradores es muy distinta y mucho más severa, como demuestran los consejos que da Hesíodo a propósito del matrimonio:

> Cásate con una doncella, para que le enseñes buenos hábitos. [Sobre todo, cásate con la que vive cerca de ti], fijándote muy bien en todo por ambos lados, no sea que te cases con el hazmerreír de los vecinos; pues nada mejor le depara la suerte al hombre que la buena esposa y, por el contrario, nada más terrible que la mala ...[14]

El prestigio, tan importante como en el caso de las bodas aristocráticas, se limita aquí a los confines de la aldea y se expresa en términos negativos. Lo que busca el labrador no es una esposa que le proporcione unas alianzas ventajosas, sino una que no suponga menoscabo alguno de su reputación porque resulte ser glotona, holgazana o infiel, las típicas faltas que Hesíodo atribuye a la mujer.

13. *Los trabajos y los días*, 308-313.
14. *Los trabajos y los días*, 699-703.

La misoginia expresada por Hesíodo es una actitud habitual durante toda la época arcaica y que siguió siendo la norma durante toda la Antigüedad griega. La demostración más famosa de este modo de pensar es el mito de Pandora, la primera mujer, que se cuenta tanto en la *Teogonía* (571-612) como en *Los trabajos y los días* (60-105). Zeus, dice Hesíodo, ordenó crear ese «bello mal» como castigo por el crimen de Prometeo (uno de los Titanes), que robó el fuego a los dioses para dárselo a los hombres. Pandora destapó una tinaja que contenía todos los males y enfermedades del mundo y los dejó salir. Todo el género femenino ha heredado la «mente desvergonzada y la naturaleza engañosa» de Pandora, sus «mentiras y sus palabras zalameras». Las mujeres, dice el poeta, viven de los varones como los zánganos de las abejas. «Que no te haga perder la cabeza una mujer de trasero emperifollado que susurre requiebros mientras busca tu granero. Quien se fía de una mujer, se fía de ladrones» (*Trabajos y días*, 373-375).

Los miembros de la clase económica a la que pertenecía Hesíodo se parecían a la de los ricos en un aspecto: explotaban la fuerza de trabajo de otros. La diferencia estribaba en que el labrador humilde sólo tenía unos pocos operarios a su cargo y que él mismo trabajaba con ellos. Hesíodo da por supuesto que los agricultores a los que se dirige podían permitirse el lujo de poseer un esclavo o una esclava, contratar a un jornalero (*thēs*), y emplear a otros ocasionalmente en los momentos de más faena. El labrador vigila de cerca. La ración diaria de alimento de un jornalero es medida cuidadosamente: la que baste para mantenerlo en forma. Aconseja contratar a un *thēs* que no tenga *oîkos* propio (resultará más barato) y una criada sin hijos («una criada que amamanta un hijo es una carga»).

Por mucho que denostara a los ricos y a los poderosos, Hesíodo no fue, pues, un «adalid de los oprimidos», como lo han llamado algunos historiadores. La suya es más bien la voz de la indignación de la clase media. Sosteniendo todo lo que dice está la firme creencia en que Zeus y los demás dioses mirarán con buenos ojos a los piadosos, a los que trabajan y a los justos, y que al final castigarán a los que no lo son. Un siglo más tarde, en Atenas se elevaría otra voz atronadora contra la perversa ambición y los actos de violencia de los aristócratas, pero esta vez no sería una voz proveniente de abajo, sino la de un miembro de la aristocracia, el político Solón, cuyas reformas prepararían el camino hacia la democracia.

El ejército hoplita

Durante la época arcaica, la guerra asumió un nuevo carácter. Entre 725 y 650 aproximadamente, los griegos introdujeron una serie de cambios fundamentales tanto en el armamento como en la táctica militar. A partir de ese momento, los encargados de librar las batallas en Grecia fueron un tipo de soldados de infantería pesada llamados hoplitas, dispuestos en una formación de filas apretadas llamada falange. En opinión de muchos, la falange evolucionó a partir de una primitiva formación en masa menos rígida. En esa «protofalange», como la llaman algunos, los combatientes estaban agrupados en unidades regulares dispuestas en líneas o filas rectas. La protofalange es descrita ya en la *Ilíada*, aunque en aras del efecto dramático el poeta se fija sobre todo en los combates singulares entre determinados héroes guerreros, ignorando prácticamente a la masa de soldados que luchaban con ellos. Esta circunstancia oscurece nuestra apreciación del verdadero despliegue de la formación durante la batalla. Parece, sin embargo, que los soldados de Homero avanzaban hasta ponerse a tiro de lanza, blandían un par de jabalinas cortas, y luego luchaban cuerpo a cuerpo con sus largas espadas.

A medida que fue evolucionando, la falange se hizo más compacta, en una formación en la que los soldados daban casi hombro con hombro y cada línea pisaba prácticamente los talones de la que tuviera delante. Esta clase de combate era extremadamente sencillo: las dos falanges de líneas compactas cargaban y chocaban una contra otra. Cuantas más fueran las filas, más eficaz resultaba la carga. En su forma evolucionada (hacia 650 como muy tarde), la falange estaba compuesta normalmente por ocho filas de soldados. Las armas ofensivas y defensivas evolucionaron al paso que lo hacía la falange, para ganar en eficacia. La principal arma del hoplita era su lanza larga y pesada, que utilizaba para abrirse paso. Tras el choque inicial, cuando ya no había espacio para golpear con la lanza, el hoplita usaba su arma secundaria, la espada corta. En un combate hoplítico, los soldados necesitaban una protección mejor de la que habían tenido antes. El casco, el peto (coraza), y las espinilleras rodilleras (grebas), utilizados ya en época anterior, fueron nuevamente diseñados con objeto de hacerlos más gruesos y más resistentes (el bronce sustituyó a otros materiales como, por ejemplo, el lino acolchado) y cubrir una porción mayor del cuerpo.

Pero el elemento más innovador del equipo era un nuevo tipo de escudo llamado *hóplon*, del que recibiría su nombre el hoplita. Diseñado específicamente para la formación en falange, era redondo y estaba hecho de madera recubierta de una fina plancha de bronce. Fue el hoplon el que hizo de la falange una fuerza de combate eficaz. De mayores dimensiones que todos los escudos redondos existentes hasta entonces (tenía unos 90 centímetros de diámetro), se sujetaba introduciendo el brazo izquierdo por una correa central y agarrando con la mano otra correa más pequeña situada junto al borde. El hoplon era lo bastante grande como para cubrir al hombre situado a la izquierda de su portador, permitiendo a los hoplitas luchar hombro con hombro gracias a la protección que a cada uno le proporcionaba el escudo del compañero que tenía al lado. Vista de frente, la falange presentaba una muralla de escudos, cascos y lanzas sumamente sólida.

El combate hoplítico era una cosa atroz. Al oír la señal de la trompeta, la falange avanzaba a paso ligero, a veces a la carrera; cuando se acercaban al enemigo, las primeras filas blandían las lanzas y acometían con ellas al adversario, buscando los puntos vulnerables que la armadura dejaba desprotegidos. Mientras tanto, las filas situadas más atrás empujaban literalmente a los que llevaban delante —esta maniobra se llamaba precisamente el «empujón»— usando su peso para romper la línea enemiga. Cada guerrero debía tener un valor extraordinario, pues el éxito dependía de que mantuviera su puesto en la formación. Rehusar el combate comportaba el desprecio de todo el *dēmos*; de ese modo, los soldados solían aguantar a pie firme «mordiendo el labio con los dientes», como dice el poeta espartano Tirteo (*ca.* 650 a. C.).

Las condiciones del combate hoplítico eran horribles. El equipo pesaba casi 30 quilos, más o menos la mitad de lo que solía pesar un individuo normal. La armadura daba un calor insoportable; el polvo y el propio casco estorbaban la vista; el ruido era ensordecedor. Todo el mundo quedaba salpicado de sangre; los heridos eran pisoteados. Tirteo habla de un hoplita de edad avanzada, «exhalando en el polvo su alma valerosa, con las ensangrentadas vergüenzas en las manos» (Tirteo, 6, 7D, 24-25). No obstante, la batalla duraba muy poco, rara vez más de una hora. Las bajas eran relativamente escasas tanto para los vencidos como para los vencedores, superando pocas veces el 15%. Cuando se rompían las filas del enemigo y éste huía, no solía ser perseguido, de modo

que las matanzas de los vencidos eran raras. Por otra parte, las campañas eran breves; habitualmente, una sola batalla fijada de antemano ponía fin a la temporada de luchas del verano. Cada bando daba sepultura a sus muertos y los hombres regresaban a su patria para seguir labrando sus campos o ejerciendo sus oficios, y no volver a ponerse la armadura hasta que la polis los necesitara de nuevo.

Sin embargo, no todos los ciudadanos combatían en la falange. Como el hoplita debía costearse las armas y la armadura, que eran bastante caras, los más pobres quedaban descalificados y servían en la tropa de infantería ligera. Los cálculos modernos de las personas que cumplían los requisitos necesarios para servir como hoplitas varían mucho de un autor a otro. Dada la importancia de la falange para la supervivencia de la polis, y teniendo en cuenta que las armaduras capturadas eran repartidas como botín y que diversos elementos del equipo eran regalados, sería razonable calcular que al menos la mitad del grupo de los *mésoi* en general estaban en condiciones de prestar servicio en la falange. Así, pues, alrededor del 60% o más de un ejército hoplítico típico pertenecería a las familias no aristocráticas de la polis.

El ejército hoplítico y la polis

En el ejército hoplítico es donde con más claridad podemos observar la ideología de la polis, según la cual el ciudadano es esclavo del bien común. Los poemas de Tirteo de Esparta y Calino de Éfeso, ambos de mediados del siglo VII aproximadamente, ponen de manifiesto un cambio de los valores, que del individuo pasan a centrarse en la polis. Aunque, con tal de alcanzar la gloria, los guerreros homéricos se enfrentaban voluntariamente a la muerte, ésta era considerada un mal sin paliativos. En Tirteo, el hecho de

FIGURA 3.2. La representación más antigua de un combate de hoplitas; vaso corintio (*ca.* 640 a. C.).

morir en el campo de batalla ha adquirido un valor positivo. «Porque es hermoso que un varón bueno muera, caído en las primeras filas, luchando por su patria» (Tirteo, 6, 7D, 1-2), dice a los espartanos, «considerando enemiga a su propia vida y a los propios espíritus de la muerte tan queridos como los mismos rayos del sol» (Tirteo, 8D, 5-6). La valentía demostrada en el campo de batalla seguía siendo la máxima virtud, pero también se había convertido en un valor colectivo: ya no consistía en la heroicidad de un solo campeón, sino en el hecho de mantener el puesto en la falange.

> Es un bien común para la ciudad [*pólis*] y el pueblo [*dêmos*] todo el que un guerrero, con las piernas bien abiertas, se mantenga firme en la vanguardia sin cansancio, se olvide enteramente de la huida vergonzosa, exponiendo su vida y su corazón sufridor, y enardezca con sus palabras, acercándosele, al soldado cercano.[15]

Análogamente, el soldado ciudadano busca el honor, la gloria y la fama con tanto celo como el héroe homérico, pero sólo podía ganarlos al servicio de la polis.

Las diferencias de fortuna o de nacimiento desaparecen en las filas de la falange. Así, dice Calino, aunque «sea el descendiente de antepasados inmortales», un hombre es despreciado por el *dêmos* si huye del «ruido de las picas», mientras que al de corazón impávido «lo lloran el grande y el pequeño, si algo le ocurre —porque el pueblo todo añora a un héroe que muere— y vivo es igual a un semidiós» (i. e. a un héroe épico). También Tirteo muestra cómo el ideal hoplítico fue erosionando las ideas homéricas de excelencia que los aristócratas reivindicaban como prueba de su valía sin par. En la elegía citada anteriormente, hace una lista de todas las cosas que valoraban los *agathoí* —la pericia atlética, la fuerza y la hermosura, la riqueza, el poder político, la elocuencia— y afirma que él en sus poemas no sería capaz de mencionar a un hombre «ni aunque tuviera toda la gloria salvo el valor del guerrero» (Tirteo, 9D, 9).

La realidad de la estricta igualdad en el orden de batalla, donde aristócratas y no aristócratas luchaban codo con codo, hacía que a los *agathoí* les resultara cada vez más difícil mantener su exclusividad y el poder político que detentaban. En Hesíodo y Tirteo podemos apreciar ya el desarrollo concomitante de una ideología antielitista que ponía en entredicho las pretensiones de superioridad natural que tenía la elite y que sería sustituida por el concepto homogeneizador de que los no aristócratas eran iguales que los aristócratas dentro y fuera del campo de batalla. Durante los períodos arcaico y clásico, los hoplitas no aristócratas desempeñarían un papel decisivo como variable independiente en las relaciones de poder existentes en seno de la ciudad-estado.

Esta clase, formada fundamentalmente por labradores acomodados y artesanos, constituiría el grupo fundamental a la hora de determinar la posición de una polis en la trayectoria que va de las oligarquías más estrictas a la democracia plena. Si se contentaban con una distribución desigual del poder y aceptaban o fomentaban la explotación de los débiles, los regímenes oligárquicos podían gobernar con seguridad. En cambio, si se oponían al *statûs quo* y simpatizaban con la mitad inferior del colectivo de ciudadanos, el equilibrio de poder pasaba de la elite a la masa. Como los agricultores acomodados eran propensos al conservadurismo, la mayoría de las polis griegas de los períodos arcaico y clásico tuvieron regímenes oligárquicos moderados, en los que la concesión de los derechos de ciudadanía dependía de la situación económica del indi-

15. Tirteo, fr. 12W, 15-19.

viduo. Pero en las ciudades-estado en las que el estrato superior de la clase intermedia se puso firmemente del lado de los pobres, se alcanzó una igualdad jurídica y política completa entre las clases. La mejor manera de explicar los rápidos saltos de la oligarquía a la democracia (y viceversa) que con tanta frecuencia se producían en la historia de una misma polis es apelar a los cambios de actitud de los hoplitas no aristócratas. Estos mismos hoplitas desempeñaron también un papel decisivo en el fenómeno político llamado por los griegos tiranía (*tyrannís*).

Los tiranos de la Época Arcaica

Apenas se habían liberado los aristócratas del puesto de basileus cuando surgió un nuevo tipo de gobierno de un solo hombre, el *týrannos* (tirano). Aproximadamente entre 670 y 500 a. C., gran número de ciudades-estado de todo el mundo griego pasaron por una fase de tiranía. Las palabras griegas *týrannos* y *tyrannís* son un préstamo de otra lengua (quizá del lidio, en Asia Menor) y se utilizan para designar una forma de gobierno para el que los griegos carecían de término: el gobierno de un solo hombre que se hace con el poder mediante un golpe de estado y lo ejerce de manera ilegítima. El tirano de la época arcaica era lo que hoy día llamaríamos un dictador u hombre fuerte. Al principio, la palabra *týrannos* no tenía realmente ninguna connotación negativa. Finalmente pasó a significar déspota malvado y opresor, en parte debido a la propaganda de los aristócratas, que naturalmente odiaban a los hombres que se atrevían a derrocar sus regímenes, pero también porque las generaciones posteriores consideraban que el gobierno dictatorial de un solo hombre que no estuviera obligado a rendir cuentas al *dēmos* suponía una amenaza para la libertad colectiva. Existen, sin embargo, numerosos indicios de que los no aristócratas contemporáneos de los primeros tiranos los vieron bajo un prisma más favorable. Por desgracia, sólo conocemos con cierto grado de detalle a unos pocos de las docenas de tiranos que se hicieron con el poder en sus respectivas polis. No obstante, podemos dibujar un esquema general de la forma en que se produjeron su ascensión y su caída.

Las tiranías fueron siempre de corta duración. Aunque todos los tiranos intentaron crear dinastías legando el poder a sus hijos, no hubo ninguna que durara más de tres generaciones y la mayoría se vinieron abajo al cabo de una o dos. Pese a la propaganda negativa de los aristócratas, que califican a los tiranos de hombres de baja estofa, parece que todos ellos eran miembros de la aristocracia. Por ejemplo, Fidón de Argos fue un basileus hereditario antes de convertirse en *týrannos*. Sin embargo, no todos los tiranos pertenecían a las familias más encumbradas. Cípselo de Corinto (*ca.* 657-627), por ejemplo, había sido marginado en la «estirpe real» de los Baquíadas porque su madre, perteneciente a esta familia, se había casado con un individuo de otro linaje.

Además de pertenecer a la elite, los individuos llamados a ser tiranos se habían distinguido por los grandes servicios prestados a sus respectivas polis. Antes de llegar a ser tirano, Cípselo había ostentado el cargo de *polémarchos* (jefe militar). Ortágoras de Sición (mediados del siglo VII) también lo había sido y tenía un impresionante historial de actuaciones en el campo de batalla. Cilón de Atenas, cuyo intento de golpe de estado de 632 fracasó, se había hecho famoso tras su victoria en los Juegos Olímpicos.

Las constantes rencillas de las familias aristocráticas por la obtención de honores y la supremacía en sus respectivas polis fue un factor primordial que contribuyó a la aparición de los tiranos. Las rivalidades existentes entre los aristócratas, pese a canalizarse hasta cierto punto en la simple competencia por la obtención de los cargos y del control del consejo, se agravaron particularmente durante los siglos VII y VI a raíz de las luchas por el poder desencadenadas entre las «estirpes» (*génos*, plural *génē*). Al igual que la estirpe real, un *génos* aristocrático —término que significa fundamentalmente «linaje»— estaba formado por una familia principal a cuya sombra de parentesco imaginario se cobijaban otros *oîkoi* nobles menos prestigiosos, que apoyaban las ambiciones políticas de la familia principal. Las disputas entre esas facciones —bandas de jóvenes aristócratas exaltados— a menudo desembocaban en estallidos de violencia y en derramamientos de sangre.

Los griegos denominaban a los conflictos formales entre diversos grupos de una misma ciudad-estado *stásis* («postura»). Este tipo de oposición constituyó siempre un elemento integrante del proceso político en Grecia. La *stásis* entre las facciones aristocráticas del período arcaico, sin embargo, fue con mucha frecuencia más violenta que en épocas posteriores (cuando el poder de los gene se había venido abajo), y supuso un gran perjuicio para la sociedad. Y lo que es peor, como la pertenencia a un genos era hereditaria, este tipo de guerra civil podía prolongarse durante generaciones. La intervención de un hombre fuerte capaz de detener o, por lo menos, frenar las rencillas de las familias nobles, aunque para éstas resultara odiosa, era recibida de mil amores por el resto de la población.

Para acceder al poder, esos «aristócratas renegados», como los ha llamado alguno, necesitaban recursos y hombres. Una fuente potencial de partidarios eran los aristócratas desafectos de la propia polis, excluidos del círculo dirigente. A esa banda de secuaces podía sumarse también una fuerza mercenaria no originaria de la polis. Dicha ayuda era proporcionada a veces por algún tirano amigo (para su golpe de estado fallido, Cilón contó con algunas tropas enviadas por su suegro, Teágenes, tirano de Mégara), o, como ocurrió con muchos tiranos jonios de finales del siglo VI, por el imperio persa. El tirano mejor conocido, Pisístrato de Atenas (que realizó tres intentonas antes de hacerse con el poder), contó con múltiples recursos, entre ellos una tropa de guardias de corps locales, mercenarios, y soldados proporcionados por extranjeros poderosos. Contaremos su historia con más detalle en el Capítulo 5.

No obstante, ningún tirano, independientemente de los recursos con los que contara, habría salido adelante sin el apoyo de los propios ciudadanos, sobre todo de los hoplitas. No existen testimonios de que ningún tirano llegara al poder a la cabeza de un ejército hoplítico, aunque no habría hecho falta una intervención tan activa por parte de éste. La oligarquía no habría podido ser derrocada si hubiera contado con la lealtad de los hoplitas no aristócratas, mientras que lo único que necesitaba un aspirante a tirano era la resistencia pasiva de éstos y su negativa a defender a los nobles. Entre las múltiples causas de la desafección de los hoplitas por el régimen oligárquico no sería la menor el hecho de que las incesantes luchas entre las familias aristocráticas resultaban nocivas para la buena marcha del estado. En cuanto a los ciudadanos más humildes, no es de extrañar que prestaran apoyo a cualquier golpe dirigido contra el grupo que los explotaba.

La opinión de todos los autores de época posterior es que los tiranos fueron considerados campeones del *dēmos* contra los oligarcas. En el siglo IV a. C., Aristóteles exponía concisamente dicha opinión en los siguientes términos:

> El tirano sale del pueblo [*dêmos*] y de la masa contra los notables, para que el pueblo no sufra ninguna injusticia por parte de aquéllos. Se ve claro por los hechos: casi la mayoría de los tiranos, por así decir, han surgido de demagogos [*dêmagôgoi*: «líderes del pueblo] que se han ganado la confianza calumniando a los notables.[16]

La toma del poder solía venir seguida de actos de violencia contra los ricos. Cípselo asesinó o desterró a muchos Baquíadas y confiscó sus tierras (algunas de las cuales probablemente pasaran a manos de los corintios más pobres), y otros tiranos hicieron lo mismo. Los tiranos promulgaron leyes destinadas a restringir el poder y los privilegios de la aristocracia, entre ellas las «leyes suntuarias», que pretendían poner coto al lujo y la ostentación de los aristócratas. Protegieron además las instituciones existentes; Aristóteles dice de la dinastía de los Ortagóridas de Sición que «en muchos aspectos fueron esclavos de las leyes».

Bajo la tiranía, muchas polis progresaron y alcanzaron niveles desconocidos hasta entonces por ellas. Los grandes programas de construcciones y embellecimiento —templos de piedra y otros grandes edificios, puertos y fortificaciones, o servicios urbanos como el suministro de agua, abertura de calles, y sistemas de drenaje— convirtieron las capitales de las polis en auténticas ciudades (y de paso dieron trabajo a los ciudadanos pobres).

Además, el comercio y la artesanía contaron con el fomento y el apoyo de los tiranos. Fidón, por ejemplo, estableció un sistema estándar de pesos y medidas en el Peloponeso, que supuso un avance importantísimo para la economía comercial de la zona. Y el hijo y sucesor de Cípselo, Periandro, construyó una calzada de piedra que cruzaba el estrecho istmo de Corinto (sobre la cual pasa en la actualidad un canal), permitiendo así el arrastre de las naves entre los golfos Sarónico y de Corinto. (Dicha calzada seguía usándose en 883 d. C.) Los tiranos instituyeron además nuevos cultos y fiestas religiosas que celebraban la unidad de la polis, aparte de contribuir a reforzarla, y apoyaron todo tipo de actividades culturales, rivalizando en atraer a artistas, arquitectos, poetas y pensadores de toda Grecia para que se instalaran en sus ciudades.

Los hijos de los dictadores no suelen tener tanta suerte como sus progenitores. Los tiranos de la época arcaica habían obtenido el apoyo popular a la hora de hacerse con el poder debido a su carisma personal y a sus hazañas. Sus hijos, en cambio, eran los herederos de un cargo inexistente y por lo tanto eran extremadamente vulnerables. Unos cuantos salieron adelante por sus propios méritos, pero la mayoría tuvo que recurrir a medidas cada vez más «tiránicas» para reprimir a la oposición, cuyo resentimiento se había exacerbado y naturalmente recaía sobre ellos. Los tiranos fueron derrocados y, junto con sus familias, condenados al exilio o asesinados. Por regla general, los aristócratas que habían sido desterrados por los tiranos regresaron y restauraron la oligarquía. No obstante, después de la tiranía, el gobierno aristocrático no volvió a ser el mismo. Los labradores hoplitas ya no estaban dispuestos a conformarse con votar a sus líderes sin exigirles responsabilidades políticas. Y los nobles no pudieron negarse a incluirlos en el proceso de toma de decisiones públicas ni arrebatar a los pobres los beneficios que les habían concedido los tiranos para que llevaran una vida más fácil.

16. Aristóteles, *Política*, 1310b.

ARTE Y ARQUITECTURA

Muchos expertos en historia del arte han sostenido que el arte de la época arcaica fue superior incluso al del período clásico. En cualquier caso, no cabe duda de que tanto en el arte como en la literatura, la filosofía y la ciencia, la Grecia arcaica conoció un estallido de energía creativa sin parangón en ninguna otra época del mundo antiguo.

Partiendo de los logros conseguidos durante el Geométrico Reciente, los artesanos de los siglos VII y VI alcanzaron nuevas cotas de excelencia en todas las manifestaciones de las artes plásticas. Con el desarrollo de la ciudad-estado, las diferencias estilísticas entre las diversas polis se hicieron más notables. Donde con más claridad podemos apreciar este fenómeno es en la cerámica, que durante la época arcaica sigue constituyendo la fuente más abundante para estudiar la evolución artística. Las tendencias «orientalizantes» del siglo VIII llegaron a su punto culminante en el VII, con una gran variedad de nuevos temas tomados del Oriente Próximo —motivos florales y frisos de animales reales o fantásticos—, que sustituyeron a los motivos geométricos anteriores. Los corintios fueron los más receptivos a esta clase de influencias y produjeron un tipo de cerámica muy característico.

Bajo el liderazgo del tirano Cípselo (*ca.* 657-627), Corinto se erigió en el principal centro comercial de Grecia y dominó el mercado de la cerámica pintada. Los alfareros corintios se especializaron en la producción de frascos de perfume exquisitamente decorados, de entre cinco y ocho centímetros de altura, que rellenaban de aceite de oliva perfumado y exportaban en grandes cantidades por todo el mundo griego. Inventaron una técnica nueva llamada de «figuras negras», que les permitía reproducir los detalles más diminutos. El artista pintaba primero la silueta en negro sobre el fondo rojizo de la arcilla, y a continuación con un punzón afilado marcaba los detalles anatómicos y decorativos, rellenándolos a veces con pintura roja o blanca. Los vasos corintios de figuras negras se hicieron enormemente populares, pero, como suele ocurrir, el éxito dio paso a la producción masiva de vasos de calidad inferior, en los que sus famosos motivos animalescos eran repetidos de forma monótona y descuidada.

Poco después, los ceramistas atenienses se convirtieron en maestros de la técnica corintia y hacia 500 a. C. la cerámica ateniense de figuras negras, con una gran variedad de nuevas formas vasculares de mayor tamaño, había logrado echar a los corintios del mercado de la exportación. Hacia 530, los atenienses inventaron a su vez un nuevo estilo, llamado de «figuras rojas», que era una inversión de la técnica de las figuras negras. En este nuevo estilo, el artista dibujaba primero el contorno de las figuras y luego pintaba el fondo de negro, de modo que la figura quedaba plasmada en el color rojizo propio de la arcilla. A continuación se pintaban los detalles en negro con un pincel fino. Esta técnica permitía una reproducción más sutil y refinada de los detalles que la de las incisiones de las figuras negras.

La cerámica pintada de los siglos VII y VI solía representar episodios de la mitología y de la leyenda heroica. A finales del siglo VI se añadieron escenas de la vida cotidiana, en su mayoría basadas en las actividades de los varones jóvenes de clase alta. Las imágenes más habituales son las relacionadas con el atletismo, la equitación, y las fiestas (bastante escandalosas) dedicadas a la bebida, así como las escenas de escuela, clases de música y los cortejos homosexuales. Las mujeres aparecen representadas con menos frecuencia que los hombres. Suelen aparecer en calidad de criadas y flautistas, o en figura de damas de la alta sociedad elegantemente vestidas y acompañadas de esclavas

en un ambiente doméstico. Los alfareros de la época arcaica se sentían muy orgullosos de su labor, por lo que con frecuencia firmaban sus obras («Aristónoto me hizo») y de vez en cuando incluían un comentario burlón acerca de cualquier otro ceramista.

La cerámica pintada nos da una idea de lo que fue otra manifestación artística más importante, la pintura propiamente dicha, esto es, la representación de temas mitológicos y patrióticos de gran tamaño plasmada en las paredes de los templos y otros edificios públicos. Aunque casi todas esas pinturas se han perdido, los artistas que las realizaron gozaron de una fama que excedía los límites de sus ciudades y sus nombres seguían siendo recordados siglos más tarde.

La manifestación artística que dio más fama a los griegos fue la escultura monumental (de tamaño natural o incluso mayor) en mármol y en bronce. Este género fue una innovación de la época arcaica. Las estatuas de bronce de grandes dimensiones empezaron a producirse en el siglo VI, pero no se hicieron habituales hasta el V, y a partir de esa época superarían el número de las realizadas en mármol y otros tipos de piedra. Las primeras estatuas monumentales de mármol aparecen en torno al año 650 a. C. Su fuente de inspiración y el origen de su técnica era Egipto.

Las estatuas griegas eran de dos tipos, el *koûros* («hombre joven») desnudo y la *kórē* («doncella») vestida. Durante toda la época arcaica, las figuras conservaron la rigidez propia de los modelos egipcios, con los brazos apretados a ambos lados del cuerpo y un pie adelantado, pero con el paso del tiempo fueron perdiendo su aspecto de bloque de

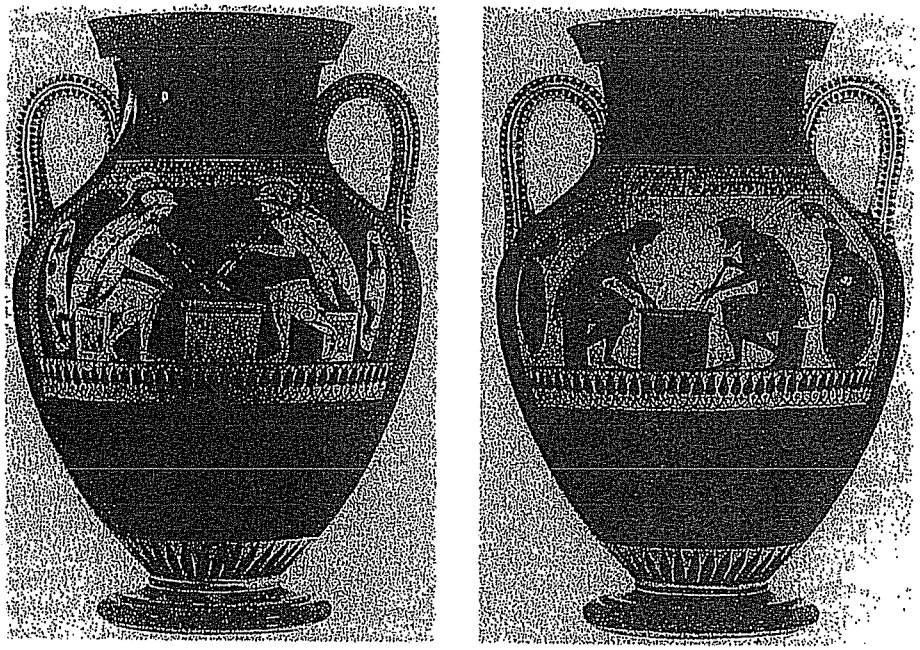


FIGURA 3.3a. Ánfora ateniense vista por las dos caras (*ca.* 525-520 a. C.), una pintada con la técnica de las figuras rojas y otra con la técnica de las figuras negras.

piedra. Hacia el año 500 aproximadamente, los *koúroi* (plural de *koûros*) se parecían ya bastante a un joven de verdad, con detalles anatómicos definidos con precisión y unas proporciones bien cuidadas. También las *kórai* habían adquirido una apariencia más natural. El cuerpo era sugerido con más claridad por debajo de los pliegues del vestido y los rasgos faciales tenían un aspecto más femenino. En estos dos tipos de estatua, los elementos arcaicos siguen siendo notables, como por ejemplo, la deliciosa «sonrisa arcaica» y el tratamiento sumamente estereotipado de la cabellera, pero a todas luces todas estas esculturas son el antecedente del ideal clásico de figura humana. Las estatuas de *koúroi* y *kórai* eran erigidas por las familias acaudaladas o bien como monumentos funerarios o bien a modo de ofrendas en los santuarios de los dioses. Como solían llevar una inscripción con el nombre del donante, constituían una especie de anuncio del alto rango del que gozaban él y su familia dentro de la comunidad.

Otro género de escultura arcaica es el de los relieves que representan escenas mitológicas, tallados en los frontones de forma triangular y en los entablamentos de los templos de finales del siglo VI. Los relieves escultóricos fueron representando cada vez con mayor perfección la figura en movimiento o realizando alguna acción. Por el contrario, los *koúroi* y las *kórai* de bulto redondo, excesivamente estilizados, debían de resultar ya bastante anticuados a finales de siglo.

En el ámbito de la arquitectura, el templo siguió siendo el principal centro de interés. Los prototipos de comienzos del siglo VIII, de dimensiones pequeñas o modestas, habían adquirido, como hemos visto, unas proporciones monumentales a finales de esta misma centuria. Pero el paso decisivo se dio hacia mediados del siglo VII, cuando la caliza y el mármol sustituyeron al adobe y la madera. Por otra parte, los arquitectos

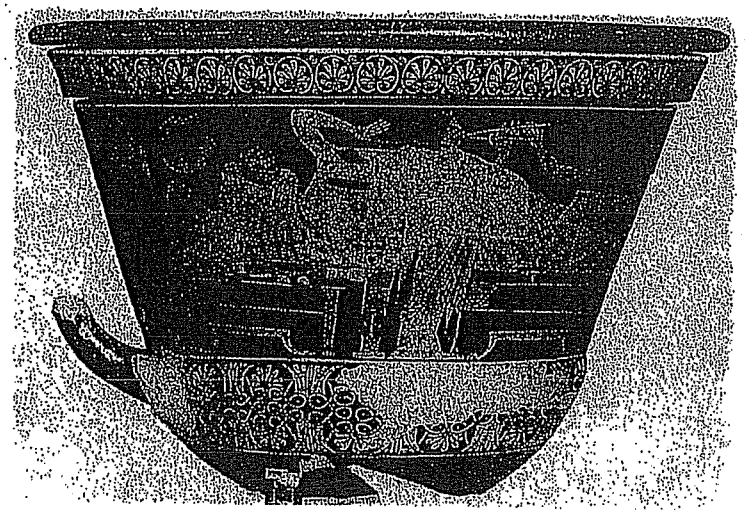


FIGURA 3.3b. Escena de *sympósion* («fiesta de bebedores») representada en una crátera (recipiente para mezclar el vino y el agua) en forma de cáliz ateniense de figuras rojas; aparecen en ella un hombre adulto y un joven recostados en un lecho, y una flautista.

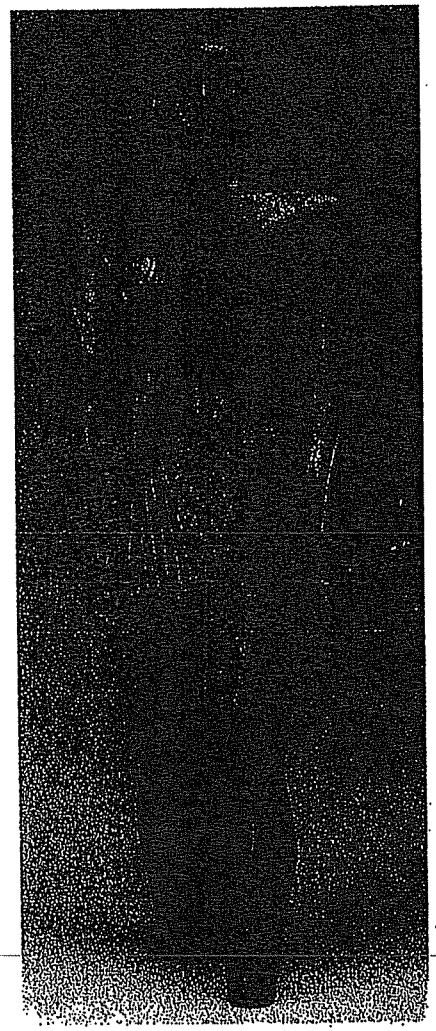


FIGURA 3.4. Estatua de un noble egipcio (comienzos del siglo VII).

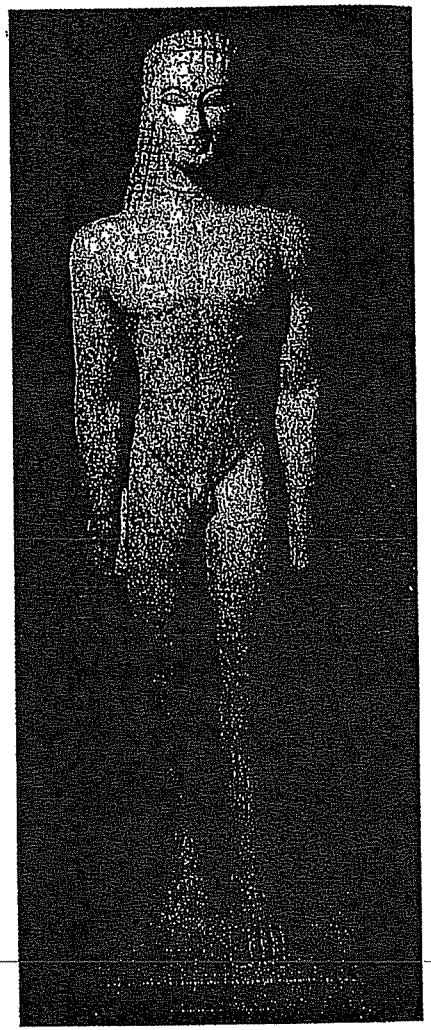


FIGURA 3.5. *Koûros* colosal de mármol procedente del Ática (*ca.* 600 a. C.). La estatua imita la postura estilizada de la escultura egipcia.

griegos aprendieron de los egipcios el arte de tallar, transportar, disponer y adornar grandes bloques de piedra. La planta del templo, sin embargo, era una continuación del modelo plenamente griego del Período Geométrico, y la mayoría de los elementos arquitectónicos, como por ejemplo el tejado poco inclinado y cubierto de tejas de terracota (que sustituyó el tejado de paja) eran genuinamente griegos. A comienzos del siglo VI, los dos «órdenes» principales de columna, el dórico y el jónico, ya estaban perfectamente implantados. El aspecto del templo griego era ya más o menos el que tendría durante los quinientos años siguientes, pero los restos conservados resultan bastante decepcionantes. En realidad, muchas partes del templo y los relieves escultó-

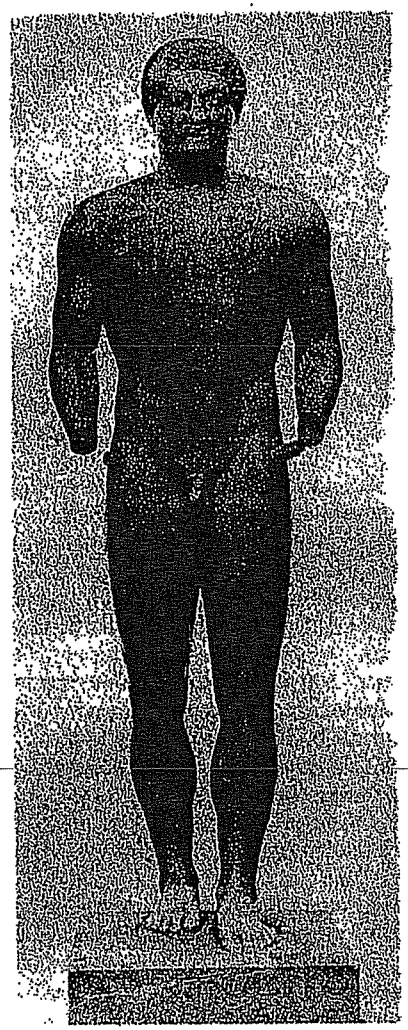


FIGURA 3.6. Este *koûros* de mármol (*ca.* 510-500 a. C.) fue colocado sobre la tumba de Aristódico en el Ática; pone de manifiesto el desarrollo del naturalismo en la escultura.

FIGURA 3.7. *Kórē* de finales del período arcaico procedente de la Acrópolis de Atenas (*ca.* 490), dedicada por Eutídico.

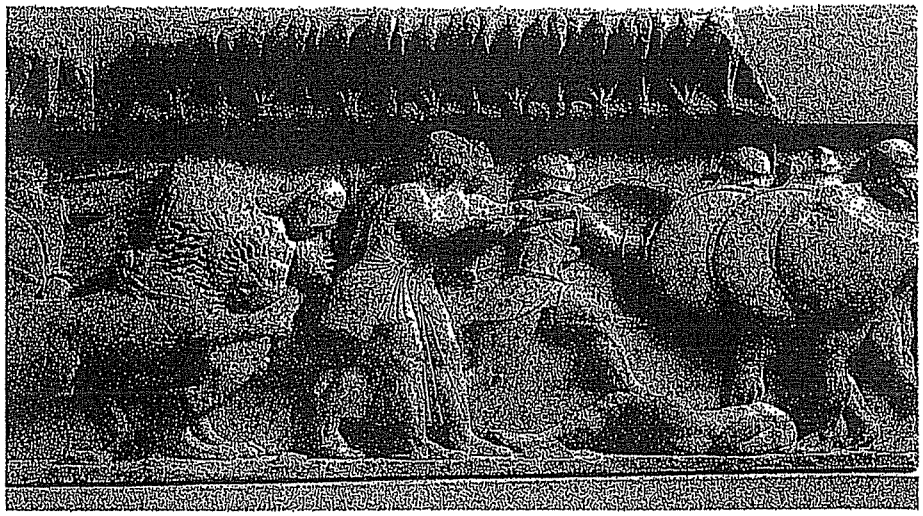


FIGURA 3.8. Relieve del Tesoro de los Sifnios en Delfos (*ca.* 530-525), en el que se representa la lucha de los dioses contra los Gigantes. Apolo y Ártemis avanzan hacia el combate (izquierda); enfrente aparecen los Gigantes (que llevan el armamento de los hoplitas de la época).

ricos, al igual que las estatuas exentas de mármol, estaban pintados de vivos colores, de modo que su aspecto debía de ser muy distinto del que ofrece hoy día la piedra desnuda y brillante.

Durante el siglo VI aparecieron en las principales ciudades otras estructuras permanentes cuidadosamente construidas. La mayoría de esos edificios se levantaban en el *ágora*, «el lugar de reunión», o en sus inmediaciones, un amplio espacio abierto situado en el centro de la ciudad o cerca de él. Durante la Edad Oscura, el ágora no había sido más que el lugar en el que se reunía la asamblea, pero durante la época arcaica se convirtió en plaza del mercado y espacio público de la ciudad y, por consiguiente, de toda la ciudad-estado. Todo el mundo acudía a ella a hacer negocios, a intercambiar noticias y habladurías, o a tratar de los asuntos oficiales. Hacia 500 a. C., el ágora contenía uno o dos pasillos porticados llamados stoas, que proporcionaban sombra, refugio y espacio para los puestos del mercado. Su dignidad e importancia eran subrayadas por la presencia de edificios oficiales tales como el palacio y los despachos del consejo. Santuarios, fuentes, y monumentos públicos contribuían a embellecer el ágora. Además de ésta, las polis arcaicas poseían otros espacios abiertos, con funciones específicas: por ejemplo el *gymnásion*, donde los hombres realizaban sus ejercicios físicos, y la *palaístra*, o terreno destinado a la lucha.

El ágora y demás espacios públicos no contarían con edificios más o menos abundantes y monumentales hasta los siglos V y IV. No obstante, hacia 500 a. C. todas las capitales de las polis (excepto Esparta) merecían el nombre de verdaderos centros urbanos. Una vista aérea de Corinto o Atenas o de cualquiera de los grandes centros urbanos de Grecia habría revelado una densa concentración de edificios, en su mayoría casas

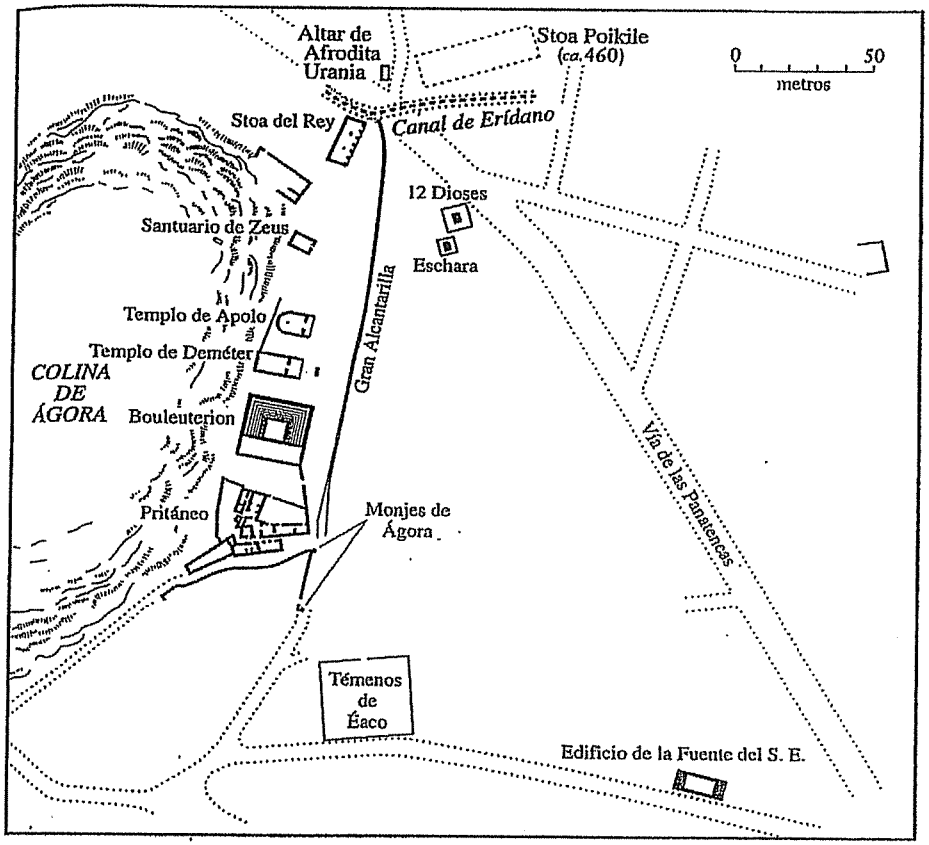


FIGURA 3.9. Plano del *ágora* de Atenas, tal como debía de ser a finales de la época arcaica (*ca.* 500 a. C.), en el que aparecen los primeros edificios públicos (según J. Travlos, 1974).

particulares, unidos en bloques que flanqueaban calles estrechas, interrumpidos aquí y allá por zonas ajardinadas. Las casas eran más grandes que las de la Edad Oscura —formadas por tres o cuatro habitaciones, en vez de una o dos—, pero seguían siendo bastante modestas. Las residencias y el mobiliario de los miembros de la elite, incluso los de los tiranos, fueron muy sencillos durante toda la época arcaica y la mayor parte del período clásico.

La sencillez de las residencias particulares e incluso la relativa modestia de los edificios públicos profanos subrayan el hecho fundamental de que en la antigua Grecia los esfuerzos por alcanzar una diferenciación arquitectónica y escultórica se centraron sobre todo en los santuarios: los dioses recibieron la parte del león en el reparto de los excedentes de riqueza de la ciudad-estado, tanto en los santuarios de ámbito local como en los panhelénicos.

La poesía lírica

También en el ámbito de la expresión literaria, la época arcaica fue un período innovador. La poesía arcaica es marcadamente distinta de la de Homero y Hesíodo. Numerosos poetas siguieron componiendo relatos épicos extensos (el llamado Ciclo épico de las leyendas de los héroes y los Himnos Homéricos comentados en el Capítulo 2 serían un ejemplo). Pero los poetas arcaicos más originales prefirieron no seguir las gigantescas huellas de Homero, canonizado ya como el máximo poeta de todos los tiempos a comienzos del siglo VII. Volcaron su talento en otros géneros poéticos, que recogemos bajo el epígrafe de «poesía lírica».

Las raíces de la poesía lírica se remontan en el tiempo a las canciones populares creadas para ocasiones específicas tales como la cosecha, las bodas, los funerales, o los ritos de acceso a la mayoría de edad, o a los himnos, fábulas, canciones de bebedores, y cantos de amor: en otras palabras, a cualquier tipo de situación relacionada con la vida privada y colectiva. Con la llegada de la escritura, esos poemas pudieron conservarse y empezaron a circular; los poetas alcanzaron una fama no ya local, sino panhelénica, y empezaron a rivalizar con sus cantos, compuestos con mayor maestría ahora que podían ser corregidos por escrito.

A todos y cada uno de los diversos géneros agrupados habitualmente bajo el nombre de «lírica» les correspondían un esquema métrico, una temática, una ocasión, un tono —elevado y grave o bajo y procaz—, y un acompañamiento musical específicos. Al igual que la poesía épica, la lírica era «cantada» y se ejecutaba en el curso de un espectáculo. Algunos tipos llevaban acompañamiento de lira (*lyra*, de donde deriva el adjetivo «lírico»), y otros eran acompañados de un instrumento semejante a la flauta. Otros, en fin, eran simplemente recitados o salmodiados sin acompañamiento musical.

Una diferencia fundamental era la que existía entre las canciones a solo y las ejecutadas por un coro de hombres o mujeres jóvenes, que cantaban y bailaban al son de la lira. La poesía coral y algunos tipos de poesía monódica eran ejecutados en presencia de un público numeroso durante las fiestas religiosas, mientras que otros eran ejecutados en pequeñas fiestas privadas, generalmente en las reuniones de bebedores (*sympósia*, en singular *sympósion*). A diferencia de los poemas épicos arcaicos, que a menudo constaban de seis o siete mil versos, los poemas líricos eran de breve extensión, entre cinco o seis y unos pocos centenares de versos (en el caso de los cantos corales).

La mayoría de la poesía lírica era de carácter personal, en ocasiones exageradamente personal, tanto por su temática como por el tono. Los poetas hablaban del placer de beber, sobre sus amigos y enemigos, sobre el amor sexual, la vejez y la muerte, la política, la guerra y la moralidad. El tono adoptado por el poeta podía oscilar entre la alegría, la tristeza o la contemplación. Como veíamos anteriormente a propósito de Hesíodo, «personal» no tiene por qué significar «autobiográfico». Pero los poetas líricos fueron mucho más allá que Hesíodo a la hora de revelar su estado emocional y mental (o el de sus personajes). Por consiguiente, no sólo nos ofrecen una curiosa visión de sus sentimientos en lo concerniente a la esfera privada, sino que además, como la vida privada y la vida de la polis estaban estrechamente relacionadas, reflejan también diversos sentimientos y actitudes frente a su sociedad. Por otra parte, la poesía presenta (desde un punto de vista estrictamente masculino) las posturas sociales de la elite y de los estratos intermedios. Aunque poseemos fragmentos de casi dos docenas de poetas líricos de esta época, aquí sólo presentaremos unas cuantas muestras de algunos. Tres de los poetas líricos más importantes, Simónides, Baquílides y Píndaro, cuyas carreras se desarrollaron principalmente durante el siglo V, serán analizados en el Capítulo 6.

Algunos poetas líricos y sus posturas sociales

Arquíloco de Paros (comienzos del siglo VII) se hizo famoso sobre todo por su genio mordaz, que a menudo dirigió contra el viejo ideal heroico. Según la tradición, Arquíloco era hijo de un noble y una esclava. Como les ocurre a otros poetas líricos, su voz es sumamente personal y apasionada. Sus poemas tratan del placer de la bebida y la francachela, de sus aventuras sexuales, del dolor por la pérdida de sus amigos en un naufragio, del odio hacia sus enemigos, o las inseguridades de la vida, alternando tonos de ternura y de crueldad, de profunda gravedad y de obscena ligereza. Hace hincapié en la doble naturaleza de su carácter: el de soldado de fortuna y el de poeta inspirado. «Soy un servidor del Señor Enialio [otro nombre de Ares, el dios de la guerra] y un conocedor del amable don de las Musas» (fr. 1 West). Y en otro momento dice: «En la lanza tengo el pan de cebada, en la lanza el vino de Ismaro, y bebo apoyado en la lanza» (fr. 2 West).

Mientras que Tirteo y Calino trasladan a su mundo las convenciones épico-heroicas, Arquíloco se burla de ellas. Los espartanos consideraban la siguiente burla tan insultante que prohibieron la recitación de los poemas de Arquíloco en su país:

> Algún tracio se ufana con mi escudo, arma excelente que abandoné mal de mi grado junto a un matorral. Pero salvé mi vida: ¿qué me importa aquel escudo? Váyase enhoramala: ya me procuraré otro que no sea peor.[17]

Éstas no son las palabras de jactancia de un héroe homérico. La ironía y el humor radican en la incongruencia existente entre la actitud cínica del poeta y el ideal homérico. Arquíloco utiliza también el humor para subrayar el carácter pretencioso de la equiparación aristocrática entre hermosura física y virilidad:

> No me gusta un general de elevada estatura ni con las piernas bien abiertas ni uno orgulloso de sus rizos ni afeitado a la perfección: que el mío sea pequeño y patizambo, bien firme sobre sus pies y todo corazón.[18]

La ostentación del lujo propia de los aristócratas es otro de los objetos de la censura de los poetas que reflejan los sentimientos de los labradores sencillos. Por ejemplo, el poeta filósofo jonio Jenófanes (*ca.* 550 a. C.) criticaba a los miembros de la clase alta de su ciudad natal, Colofón, que acudían a la asamblea luciendo sus mantos de púrpura, «presumiendo de sus largas cabelleras primorosamente peinadas, empapados del perfume de elaboradas esencias» (fr. 3 West). Un contemporáneo suyo algo más viejo, Asio de Samos, sentía un disgusto semejante al ver a los nobles que entraban en el recinto sagrado de Hera con sus túnicas blancas como la nieve, sus largas cabelleras recogidas con fíbulas de oro y las muñecas adornadas con elegantes brazaletes.

17. Fr. 5 West.
18. Fr. 114 West.

Al mismo tiempo que deplora la ostentación, la poesía popular fomenta la sabiduría práctica y los valores del sentido común propios del ciudadano sencillo de recursos modestos. Poseemos una colección de máximas sin mayores pretensiones artísticas que datan de la primera mitad del siglo VI y son atribuidas a Focílides de Mileto; en ella encontramos sentencias del siguiente tenor: «Muchas ventajas tiene el término medio: quiero ser en mi ciudad [*pólis*] uno de tantos [*mésos*]»; o: «¿Qué importa ser de noble cuna si no se tiene acierto ni para hablar ni para tomar decisiones?». En un tono parecido, Jenófanes pone en solfa el afán de obtener honores y prestigio a través de las competiciones atléticas propio de la aristocracia (sólo los nobles podían permitirse el lujo de participar en ellas) cuando dice que «Poca alegría supone para la *pólis*» el hecho de que los atletas venzan en los Juegos Olímpicos, «pues esas cosas no engordan el tesoro de la *pólis*» (fr. 2 West).

Quizá el representante más conspicuo de la perspectiva no aristocrática sea Hiponacte de Éfeso (siglo VI), que adopta la personalidad de un buscavidas urbano, siempre sin blanca y envuelto en pendencias y gamberradas de borracho. Hiponacte escribe en un dialecto lleno de expresiones callejeras y obscenas, con las que vitupera salvajemente a sus enemigos y se ríe de sí mismo y de su pobreza: «Pluto [el dios de la riqueza], como es completamente ciego», dice, «jamás ha venido a mi casa a decirme: "Hiponacte, te doy treinta minas de plata y otras muchas riquezas más"; es un bellaco» (fr. 36 West).

Otros poetas nos muestran el mundo desde una perspectiva más elitista. Sus poemas van dirigidos a un público que dispone de fortuna y tiempo libre. La mayor parte de esta poesía fue compuesta para ser recitada específicamente en los *sympósia*, las fiestas para bebedores exclusivamente de sexo masculino, que constituían una diversión típica de los aristócratas. La poesía simposíaca, como se denomina, tocaba temas muy diversos, desde los serios (cantos patrióticos y episodios de los mitos antiguos) hasta los jocosos (acertijos y chistes). Las rencillas políticas constituían uno de los tópicos favoritos. Los temas más habituales, sin embargo, eran la alabanza de los placeres del vino y del amor (heterosexual y homosexual indistintamente), y la triste constatación de que dichos placeres se desvanecen con la llegada de la vejez.

Típico de este género sería el siguiente poemilla de Mimnermo, autor jonio (de Esmirna o Colofón) del siglo VII:

> ¿Qué vida, qué placer existe sin la dorada Afrodita? Ojalá muera yo cuando ya no me importe la unión amorosa en secreto, ni los dulces dones de la diosa, ni el lecho, que son las más amables flores de la juventud para los hombres y las mujeres; pues cuando llega la hora de la dolorosa vejez, que hace deforme incluso al hombre hermoso, siempre le rondan el corazón tristes inquietudes y ya no se regocija contemplando los rayos del sol, sino que es motivo de odio para los jóvenes y de desprecio para las mujeres: tan triste hizo la vejez la divinidad.[19]

Otro poeta jonio fue Anacreonte de Teos (mediados del siglo VI), que fue invitado a Samos por el tirano Polícrates y que, cuando éste fue asesinado, se trasladó a Atenas, a la corte de los Pisistrátidas. Consumado poeta áulico y aristocrático, cantó sobre todo los placeres del vino y del amor. Para Anacreonte, ésos son los temas propios de un *sympósion*, no los desagradables asuntos relacionados con la guerra y el derramamiento de sangre:

19. Fr. 1 West.

> No me gusta el hombre que, mientras bebe vino al lado de la crátera llena, habla de pendencias y guerras lagrimosas, sino aquél que mezcla los maravillosos dones de las Musas y los de Afrodita y nos hace pensar en los goces de la fiesta.[20]

Similar a Anacreonte por su tono y su estilo fue su contemporáneo Íbico, natural de Region, en Italia, que también pasó algunos años en la corte de Polícrates. Algunos poemas de Íbico son largas composiciones de carácter coral en metros líricos, que tratan asuntos épicos y mitológicos tradicionales. Sin embargo, la mayoría de los poemas que de él se nos han conservado son de contenido homoerótico y están llenos de una imaginería sumamente sensual. En uno de ellos, Eros («Amor») se presenta como el viento del norte procedente de Tracia y «en medio de una furia que lo agosta todo, trayendo oscuridad, falto de miedo, del suelo con violencia arrebata mi corazón» (fr. 286 Page). En otro, que trata también del enamoramiento, el autor se compara con un caballo de carreras que, vencedor ya en numerosos certámenes, vuelve a pisar la arena tirando con desgana del carro (fr. 386 Page).

Mitilene, la principal ciudad de la isla de Lesbos, dio a finales del siglo VII dos grandes poetas, Safo y Alceo. Los dos pertenecían a la elite de familias aristocráticas que gobernaban la ciudad. Safo es la única poetisa conocida de la época arcaica, y de hecho una de las pocas de toda la literatura griega antigua (a las mujeres no se las animaba a escribir). Su poesía fue muy admirada durante toda la Antigüedad, hasta el punto de ser llamada la «décima Musa». Por desgracia, se ha conservado muy poco de su obra. La mayoría de los poemas que han llegado a nuestras manos son canciones monódicas, de tono muy personal, cuyo tema principal es el amor entre mujeres. Parece que Safo fue la directora de un círculo estrechamente unido de mujeres de la alta sociedad de Lesbos (de donde el eufemismo «lesbiana», creado en el siglo XIX), que vivían juntas durante un breve período de tiempo antes de contraer matrimonio. Safo escribió también himnos de bodas (*epithalámia*), ejecutados por coros de doncellas.

Documento 3.3 Durante la época alejandrina llegaron a compilarse nueve «libros» (i. e., rollos de papiro) de poesías de Safo, de los cuales sólo se conservan un poema completo, algunas partes más o menos extensas de otros, y varios fragmentos muy breves. Ofrecemos aquí una selección de fragmentos breves.

> «...Quiero morirme, de veras»,
> ella me abandonó entre lágrimas
> y me dijo muchas veces:
> «¡Ay, qué cosa horrible nos ha pasado,
> Safo, de verdad que te dejo mal de mi grado!»
> Y yo le contesté: «Marcha contenta
> y acuérdate de mí,
> pues sabes cómo te queríamos.
> Y si no, quiero recordarte...
> y éramos felices... (fr. 94 L-P)

20. *Elegía* 2; cf. Miller, 1996.

Tengo una bella niña, de aspecto
semejante a las flores de oro, mi querida Cleis,
a cambio de la cual ni Lidia entera
ni la deseable... (fr. 132 L-P)

Lucero de la tarde, te traes todas las cosas
que la Aurora brillante hizo salir de casa:
traes la oveja, traes la cabra,
traes a la hija que estaba lejos de su madre. (fr. 104 L-P)

Como la manzana dulce se colorea en la rama más alta,
la más alta en la más alta, pues de ella se olvidaron los cosecheros de manzanas.
Pero no es que la olvidaran, es que no pudieron alcanzarla. (fr. 105 L-P)

Atis, me he enamorado de ti hace ya mucho tiempo...
Te veía como una niña bajita y sin gracia. (fr. 49 L-P)

Atis, has cobrado aborrecimiento a acordarte de mí
y vuelas hacia Andrómeda. (fr. 131 L-P)[21]

En tiempos de Safo y Alceo, todas las familias nobles de Lesbos se vieron enzarzadas en una lucha enconada por el poder. En el caso de una mujer como Safo habría sido impensable que escribiera acerca de la *stásis* de su polis. Alceo, en cambio, nos sitúa en el meollo de las complicadas intrigas, los pactos y traiciones políticas, y los odios y violencias partidarias, que él relata con gran detalle. Alceo dirige su inquina principalmente contra otro aristócrata llamado Pítaco, primero aliado y más tarde encarnizado enemigo suyo. Como cabría esperar, Alceo le lanza los peores insultos que un aristócrata podía imaginar: «mal nacido» (*kakopatrídēs*, literalmente «hijo de un padre *kakós*») y «tirano» (había sido elegido por el pueblo dictador transitorio con el fin de acabar con las incesantes luchas de los aristócratas). Alceo debe su fama sobre todo a sus invectivas, pero su poesía se ocupa también de los típicos temas simposíacos: el amor, la leyenda y el vino. De hecho, hace hincapié en que el amor, el vino y los placeres del banquete les ofrecían tanto a él como a sus compañeros un merecido descanso tras las luchas de facciones.

Los mil cuatrocientos versos atribuidos a Teognis de Mégara (*ca.* 550 a. C.) probablemente sean una colección de poemas de diversos autores que irían desde finales del siglo VII hasta comienzos del V, compilada posteriormente. Esta antología, llamada *Theognidea* o *Corpus Theognideum*, contiene los temas aristocráticos habituales; pero va más allá al revelar los prejuicios de clase y el antagonismo que sentía la elite hacia las clases más humildes. La colección tiene todo el aspecto de una especie de manual para aristócratas, en el que se elogian las virtudes de los *agathoi* de noble cuna y se vitupera a los kakoi mal nacidos, presentados como individuos incapaces de cualquier tipo de proeza. Ese desprecio cada vez mayor es la reacción de una aristocracia frustrada, que se da cuenta de que ha perdido su situación privilegiada, al tiempo que una

21. cf. trad. ing. de Diane J. Rayor, *Sappho's Lyre*, Berkeley, University of California Press, 1991, pp. 60, 72, 74, 68.

serie de individuos no pertenecientes a la elite ha obtenido grandes beneficios económicos y políticos.

En versos muy parecidos a los que citamos a continuación (dirigidos al joven amante de «Teognis»), se expresa una y otra vez una sensación de desamparo mezclada con un amargo resentimiento hacia el vuelco insoportable que ha dado la situación:

> Cirno, los hombres de bien *[agathoi]* de antes son ahora villanos *[kakoi]*, y los villanos de antes son ahora gentes de bien. ¿Quién sería capaz de soportar este espectáculo: el que los buenos no posean honores y los malos sí?»[22]

Aunque los aristócratas seguirían proclamando su superioridad innata, el movimiento hacia la igualación política iniciado en el siglo VII quedaría concluido en sus rasgos esenciales durante las primeras décadas del V.

La filosofía y la ciencia

Al igual que la poesía lírica, la filosofía (literalmente «amor por la sabiduría») surgió con el inicio de la época arcaica. Los primeros filósofos, algunos de los cuales fueron los primeros prosistas griegos, se llaman presocráticos para distinguirlos de los discípulos de Sócrates que vivieron en Atenas durante la época clásica. La diferencia más clara entre presocráticos y socráticos radica, entre otras cosas, en que los primeros centraron su atención sobre todo en la estructura y la evolución del universo físico, mientras que los segundos se interesaron más por la ética y por el papel que desempeñan los seres humanos en las relaciones que mantienen entre sí y con la sociedad en general.

El cosmos: el cielo visible

Como carecían de telescopios, los griegos sólo conocían las estrellas y los cinco planetas que podían ver a simple vista. Pero estaban más familiarizados con el cielo nocturno que cualquiera de los modernos habitantes de las ciudades. Al no haber iluminación en las calles, contaminación ni edificios altos, esos cielos estaban llenos de estrellas. Dieron a los planetas y a las constelaciones los nombres de sus dioses y de los personajes de sus mitos, como por ejemplo el cazador Orión y las doncellas a las que perseguía, las Pléyades. En *Los trabajos y los días*, el calendario agrícola presentado por Hesíodo es el que corresponde a unos labradores que sabían cuándo era el momento de realizar sus faenas estacionales por la posición de las constelaciones. Cuando los griegos se hacían a la mar, fijaban su posición por la de los cuerpos celestes.

Durante la época arcaica, la colonización, los viajes, y la evolución del comercio aceleraron el desarrollo del pensamiento astronómico. El contacto con otras civilizaciones de Asia, especialmente la de Babilonia, donde se llevaba un inventario de fenómenos astronómicos tales como los eclipses desde comienzos del año 1600 a. C., les permitió constatar que en los movimientos de las estrellas y los planetas había cierta regularidad e incluso que hasta cierto punto eran previsibles.

22. Teognis, 1109-1112.

La búsqueda de los orígenes

A diferencia de los encargados de los archivos de Babilonia, los primeros astrónomos griegos pretendieron encontrar una explicación a los movimientos celestiales. Intentaron desarrollar modelos científicos que no sólo explicaran lo que habían observado, sino que además predijeran otras observaciones futuras. Tanto entonces como ahora, la búsqueda solió tener como axioma fundamental la idea de que al principio no existió más que una sola sustancia, o muy pocas, a partir de la cual o las cuales se desarrollaron todas las demás.

Los primeros científicos griegos que conocemos vivieron en Mileto en el siglo VI a. C. Sus ideas nos han sido transmitidas porque fueron citadas por filósofos y científicos griegos de época posterior, como, por ejemplo, Aristóteles. Los milesios fueron los primeros en abandonar las explicaciones sobrenaturales o religiosas de los fenómenos naturales, y en buscar, por el contrario, unas causas puramente físicas de los mismos. Tales, el primero tradicionalmente de los tres grandes milesios, logró predecir un eclipse solar y los solsticios, demostrando así que la ocultación del sol y la duración de los días no venían determinados por el capricho de los dioses. Creía además que el único origen de la materia era el agua (porque podía transformarse tanto en manifestaciones gaseosas como sólidas), y que la tierra era plana y flotaba en el agua. Por el contrario, otro milesio como él, Anaximandro, llamaba al principio original «lo Ilimitado» o «lo Infinito»; esa entidad sin límites contenía en sí toda la materia, entre otras cosas conceptos contrapuestos como lo húmedo y lo seco, lo frío y lo caliente. Postulaba que los primeros seres vivos surgieron del barro calentado por el sol, y fue también el primer griego que dibujó un mapa. Otro milesio, Anaxímenes, pensaba que todo se había desarrollado a partir del aire: éste se convertía en fuego al rarificarse, podía transformarse en viento y en nubes, y cuando se condensaba se convertía en una sustancia sólida. Como Tales, Anaxímenes creía que la tierra era plana, pero, según él, flotaba en el aire.

Pitágoras, uno de los cosmólogos más influyentes, es famoso por el descubrimiento del teorema que lleva su nombre. Nació en Samos, pero abandonó la isla en torno a 531 a. C. a raíz de la tiranía de Polícrates. Pitágoras se estableció entonces en el sur de Italia y vivió allí con un grupo de discípulos. Los primitivos pitagóricos y sus sucesores seguían unas reglas de conducta muy estrictas en su vida diaria. En las comunidades pitagóricas había mujeres, que estaban imbuidas de las doctrinas filosóficas que regulaban su comportamiento en la vida cotidiana. Por ejemplo, debían observar diversos tabúes alimenticios. Eran vegetarianos estrictos, pues creían en la transmigración de las almas. No obstante, les interesaban también cuestiones materiales tales como la política o la geometría. La geometría (literalmente «medición de la tierra») era una ciencia teórica y práctica de especial importancia en el mundo antiguo, en el que la tierra constituía el bien más preciado: la fundación de nuevas ciudades comportaba una medición cuidadosa de la tierra de cara a su reparto en parcelas del mismo tamaño entre los colonos.

Pitágoras creía además que la aritmética era la clave para entender el universo. Postulaba que la tierra era una esfera situada en el centro de una serie de esferas huecas. Las estrellas estaban fijas en el cascarón esférico externo, y los planetas en las esferas internas más pequeñas. Cada día la esfera astral giraba de este a oeste, mientras que las esferas planetarias lo hacían de oeste a este en diversas proporciones. Su movimiento produce un sonido, pero como tenemos lo interiorizado, no podemos oírlo. La teoría pitagórica de la armonía musical de las esferas celestes constituye un ejemplo de intento de descubrir o incluso de imponer una explicación matemática estéticamente agradable del movimiento de los cuerpos celestes. Más de un siglo después, Platón, que tenía una gran influencia de los pitagóricos, intentaría también explicar el universo en términos de abstracciones aritméticas y afirmaría que todos los cuerpos celestes se mueven en la misma proporción por una senda circular.

Documento 3.4

Los mortales crearon a sus dioses y les atribuyeron
su propio cuerpo, su voz y sus vestidos.
Si un caballo o un león o un buey de pasos lentos
tuvieran manos ágiles para la pintura o la escultura,
el caballo haría caballo a su dios,
y el buey esculpiría un buey.
Nuestros dioses tienen narices aplastadas y piel negra,
dicen los etíopes. Y los tracios dicen:
nuestros dioses son rubios y tienen ojos garzos.[23]

Al igual que Pitágoras, Jenófanes de Colofón (*ca.* 550 a. C.) emigró del Mediterráneo oriental a la Magna Grecia, donde llevó una vida errante en calidad de exiliado. Se nos han conservado algunos fragmentos de sus poemas en los que critica las creencias religiosas y éticas convencionales. Las ideas de Jenófanes en torno al desarrollo del cosmos se basaban en la observación personal. Por ejemplo, cuando se dio cuenta de la existencia de huellas fósiles de animales y plantas marinas en tres lugares distintos tierra adentro, dedujo que se habían producido mucho tiempo atrás, cuando la tierra estaba cubierta por el lodo formado por una mezcla de tierra y agua de mar. Una característica importante de la ciencia griega primitiva es que las ideas conocieron una difusión muy grande en forma de libros. Como las ciudades-estado no eran teocráticas, los primeros filósofos podían criticar mutuamente sus teorías con toda libertad. Heráclito, que vivió en Éfeso durante la segunda mitad del siglo VI, fue un crítico feroz de Pitágoras y Jenófanes. Rechazando la teoría cosmológica de Pitágoras, que hacía hincapié en la regularidad y el orden, Heráclito sostenía que todas las cosas cambian constantemente, como el agua que fluye: no se puede uno bañar dos veces en el mismo río. El mundo está formado no por una ni por varias sustancias materiales, sino por un proceso gobernado por un principio que Heráclito llama «logos»: un principio o afirmación racional que el hombre debe comprender si desea comprender el mundo en el que vive. El mundo no es lo que parece. La misma idea subyace en el fondo en la filosofía de Parménides. Éste vivió en la colonia griega de Elea, en el sur de Italia, y escribió un poema en el que intentaba analizar lo que significa afirmar que una cosa es o existe. Según Parménides, lo único que puede afirmarse y pensarse es que «lo que es» es y «lo que no es» no es. El cambio es lógicamente imposible, pues si una cosa cambia, deja de ser lo que era

23. Jenófanes, fr. 12-14 Diehl; según trad. ing. de Willis Barnstone, *Greek Lyric Poetry*, Nueva York, Schocken, 1972, p. 231 (adaptada).

y no existe. En adelante, durante toda la Antigüedad la filosofía griega hubo de bregar con estas cuestiones: ¿Qué queremos decir cuando afirmamos que una cosa existe, y cuál es la relación entre el mundo de nuestra experiencia y el que «realmente» es?

Algunas de las especulaciones de los Presocráticos muestran, al parecer, una coherencia sorprendente con las hipótesis de la cosmología moderna. Ahora que buscamos signos de vida «tal como la conocemos» en planetas lejanos y no creemos que la tierra sea el centro de nuestra galaxia cuando contemplamos el espectáculo de las estrellas en lo alto del cielo, podemos entender mejor la arrogancia antropocéntrica y geocéntrica de los griegos y apreciar mejor a esos científicos que no disponían de más medios de investigación que su propia inteligencia.

Relaciones entre los estados

Con la aparición de la ciudad-estado, el problema externo de la coexistencia se hizo más difícil y complicado de lo que había venido siendo durante el período anterior. Pese a las muchas lagunas existentes en la documentación histórica, es evidente que las guerras periódicas entre estados vecinos se hicieron más frecuentes en toda Grecia durante los siglos VII y VI. Como veremos, se buscaron soluciones que aliviaran las tensiones entre los estados, y en parte se encontraron.

Fueron muchos los motivos de ese incremento de las tensiones. Cuando los estados empezaron a quedarse sin tierras todavía carentes de dueño, intentaron ampliar sus fronteras. Esto dio lugar a enfrentamientos, por lo general en torno a esos territorios fronterizos que no habían necesitado una definición estricta mientras la población había sido escasa. Además, las tensiones existentes entre las polis de la madre patria se extendieron a las colonias y se complicaron incluso debido al crecimiento de las rivalidades comerciales. En consecuencia, se crearon enemistades entre ciudades-estado situadas a cientos de quilómetros de distancia. Además, las tensiones se agravaron debido al traslado hasta las colonias de los viejos antagonismos entre los grandes grupos étnico-lingüísticos, sobre todo entre jonios y dorios. Los motivos de queja legendarios que se remontaban a la Edad Heroica proporcionaron a menudo el pretexto para iniciar el pleito.

En la madre patria, donde primero se dejaron notar las repercusiones de la escasez de tierras, los conflictos territoriales comenzaron ya a finales del siglo VIII. Por entonces, Calcis y Eretria, en la isla de Eubea, se enzarzaron en una guerra por la posesión de la rica llanura del río Lelanto, situado entre una y otra ciudad. Durante la Guerra Lelantina, como suele denominársela, se dice que ambos bandos contaron con aliados de fuera de la isla, posible indicio de que también se vio involucrado en ella un entramado de colonias rivales.

Hasta qué punto podían llegar a ser complejas las relaciones entre los estados queda patente sobre todo en el caso del Peloponeso, donde se encontraban tres de las principales ciudades-estado de Grecia: Esparta, Argos y Corinto. Tras conquistar Mesenia a finales del siglo VIII, los espartanos fijaron su atención en sus otros vecinos, el *éthnos* de Arcadia y la polis de Argos. En Arcadia no salieron muy bien parados, pero en Argos sí que obtuvieron ciertas ganancias territoriales, a pesar de la feroz resistencia que encontraron. En 669 sufrieron una grave derrota a manos de los argivos al mando de Fidón en la batalla de Hisias, en la Argólide. (Se ha sugerido que la victoria argiva dio lugar a la rebelión de los mesenios ilotizados y a la Segunda Guerra Mesenia.) Mientras tanto, los argivos intentaron extender su propio territorio y su influencia en el Peloponeso, especialmente en el área de Corinto; los corintios hicieron lo mismo a expensas de los pequeños estados vecinos de Mégara y Sición. Los dos estados más poderosos, Argos y Esparta, continuaron luchando por su territorio hasta 547, cuando los espartanos realizaron su última gran expansión territorial a expensas de Argos, apoderándose de una amplia zona fronteriza en litigio al este de la serranía del Parnón. A partir de ese momento, la política seguida por Esparta consistió en prescindir de la conquista y utilizar la diplomacia y las alianzas como medio de conservar el reconocimiento general de su supremacía en el Peloponeso.

Diplomacia y alianzas

Hasta el siglo VI, los estados griegos no empezaron en serio a establecer mecanismos formales destinados a evitar la guerra y promover la cooperación y el entendimiento mutuos. La génesis de casi todas esas instituciones de cooperación se remonta al período anterior a la instauración del estado, pero fueron refinadas y regularizadas durante la última fase del período arcaico.

Al mismo tiempo que se instituían esos medios formales, las relaciones diplomáticas siguieron más o menos las pautas habituales durante la Edad Oscura, basadas en las relaciones personales existentes entre los líderes. Tal fue el caso, sobre todo, de las tiranías. Los tiranos dirigían las relaciones diplomáticas con plena autonomía, estableciendo pactos de amistad o alianzas matrimoniales con otros tiranos o con los aristócratas más encumbrados. Por ejemplo, Periandro (*ca.* 627-587), que sucedió a su padre Cípselo como tirano de Corinto, desarrolló una política de amistad con Trasibulo, tirano de Mileto, que puso fin a una enemistad existente entre los dos pueblos que se remontaba a la guerra Lelantina. Dicho pacto resultó beneficioso para los mercaderes corintios en Egipto y el mar Negro y para los mercaderes milesios en Occidente. Atenas y Mitilene solicitaron también a Periandro que actuara como árbitro en la disputa por el dominio de Sigeo, importante estación de paso en la ruta del mar Negro.

La diplomacia personal quedó institucionalizada a través de la «proxenía», en virtud de la cual un residente de una ciudad-estado actuaba como representante semioficial de los intereses de otra. La proxenía era una versión formalizada de la institución de la «hospitalidad» (*xenía*), propia de la Edad Oscura, atestiguada en Homero. Como veíamos en el Capítulo 2, cuando Agamenón y Menelao acudieron a Ítaca a reclutar a Odiseo y sus compañeros para la Guerra de Troya, se alojaron en casa de su *xénos* o «huésped» mientras realizaban su embajada en la isla. En la versión arcaica, cuando un ateniense, pongamos por caso, se trasladaba a Corinto a gestionar cualquier asunto público o privado, el *próxenos* de los atenienses en Corinto le ayudaba en su misión.

Las alianzas militares transitorias entre dos comunidades, tanto de carácter ofensivo como defensivo, eran tan antiguas como la propia guerra. Durante la época arcaica se formalizaron más y se hicieron más duraderas. Los estados empezaron a firmar tratados por escrito, en los que se prometían amistad y no agresión durante un tiempo determinado. El pacto formal más antiguo que conocemos es el que se conserva en una inscripción de aproximadamente 550, entre la polis de Síbaris, en el sur de Italia, sus aliados, y otra polis. Dice así: «Los sibaritas y sus aliados y los serdeos firmaron un

acuerdo de amistad, lealtad y sinceridad para siempre. Garantes sean Zeus, Apolo y los demás dioses, y la *pólis* de Posidonia» (Meiggs y Lewis, 1989, p. 10).

También se produjeron varios tipos de alianzas o ligas multiestatales. Uno de ellos era la anfictionía o «asociación de vecinos», en la que varias ciudades-estado independientes contribuían al mantenimiento y protección del santuario común de un dios. Puede que esas asociaciones se remonten a una fecha muy antigua, aunque no tenemos noticias de ellas hasta el siglo VI, cuando asumieron un carácter más político que el de la mera protección del santuario común. Aunque la existencia de la anfictionía no impedía que sus miembros se hicieran la guerra unos a otros, al menos mitigaba las hostilidades. Los estados miembros podían comprometerse, por ejemplo, a no arrasar las ciudades o a no cortar el suministro de agua.

También en el siglo VI los *éthnē* empezaron a formar uniones más o menos fuertes de las distintas ciudades y aldeas que los componían en materia de relaciones exteriores y de guerra. Se diferenciaban de las anfictionías en que disponían de un gobierno conjunto que coordinaba la acción colectiva. No obstante, la autoridad de los gobiernos centrales sobre las distintas entidades siguió siendo relativamente débil hasta que se produjera la creación de verdaderos «estados federales» durante el siglo IV.

Una de las federaciones más boyantes durante la época arcaica fue la del *éthnos* de Tesalia. Ya en el siglo VII, esta región del norte de Grecia, rica y extensa, había alcanzado una unidad más o menos firme de cara a las actividades militares al mando de un caudillo guerrero llamado *árchon* («mandatario») o *tagós* («jefe militar»). La unidad de los tesalios les permitió en el siglo VI convertirse en la principal potencia del norte de Grecia durante algún tiempo, hasta que la confederación se debilitó a causa de los enfrentamientos existentes entre los jefes locales. El *éthnos* de los foceos, por influencia de los tesalios unidos, desarrolló rápidamente una federación propia durante el siglo VI, completada con la creación de su propia moneda y su propio ejército federal. Del mismo modo, la necesidad de crear una unidad contra tesalios y atenienses por esa misma época obligó a las ciudades rivales de Beocia a formar una confederación encabezada por Tebas. Esta primitiva Liga Beocia resultó también muy frágil e inestable debido a la oposición de las otras ciudades a la hegemonía de Tebas.

A mediados del siglo VI se produjo también la primera de las mega-alianzas, la Liga del Peloponeso, creada por Esparta. La historia del siglo V vendría determinada por la rivalidad primero y el odio después entre Esparta y Atenas. Ambas ciudades se enzarzarían en guerras y escaramuzas diplomáticas como caudillos de dos alianzas gigantescas, la Liga del Peloponeso y la Liga de Delos respectivamente, de las que formaba parte casi la totalidad del mundo griego.

Instituciones panhelénicas

La facilidad con la que poetas, pensadores, artistas e ideas se movían de una ciudad a otra a lo largo y ancho del mundo griego es una muestra de hasta dónde llegaba la unidad cultural de los griegos, a despecho de que siguieran políticamente divididos. Las reuniones panhelénicas desempeñaron un papel importantísimo en la formación del concepto de unidad cultural de los griegos.

Todos los santuarios panhelénicos incrementaron enormemente su popularidad y su prestigio durante los siglos VII y VI. El número de gentes que acudía a venerar a los dioses, a consultar los oráculos, y a participar o a contemplar las competiciones musicales y atléticas fue aumentando cada vez más. Los dos grandes centros de atracción eran el santuario de Zeus en Olimpia y el de Apolo en Delfos. A finales del siglo VII, los juegos cuadrienales en honor de Zeus atraían hasta Olimpia a espectadores y competidores de todo el mundo griego. Poco después se crearon otros tres nuevos juegos panhelénicos en otros santuarios: los Píticos en honor de Apolo en Delfos (582 a. C.), los Ístmicos en honor de Poseidón cerca de Corinto (581), y los Nemeos en honor de Zeus en Argos (573). Los nuevos certámenes se integraron en el cuadrienio Olímpico para formar un «circuito» (*períodos*) atlético. Las fiestas estaban distribuidas de tal modo que cada año se celebraran unos grandes juegos, y dos en años alternos, aunque los Olímpicos siguieron siendo el certamen principal.

Antes de la instauración de los Juegos Píticos, el oráculo de Apolo en Delfos gozaba ya de mucha fama, y atraía a griegos y no griegos de todo el Mediterráneo. Por un coste bastante alto en forma de sacrificios obligatorios, cualquier individuo podía consultar a Apolo y pedirle consejo sobre cuestiones personales (casamientos, carrera personal, viajes, favor divino, etc.). Las ciudades-estado también consultaban al dios, solicitando su guía o su ratificación en cuestiones tan importantes como el envío de una colonia, conflictos religiosos, o aprobación de leyes. Las respuestas de Apolo llegaban a través de una sacerdotisa llamada Pitia, que estaba poseída por el dios y, al entrar en trance, manifestaba los mensajes que recibía de Apolo. Dichos mensajes eran expresados en forma coherente (aunque a menudo ambigua) por unos «intérpretes» (*prophētai*), que daban al consultante la respuesta en hexámetros. Al ser tantos los tiranos, monarcas extranjeros y líderes aristocráticos que consultaban el oráculo, el santuario se convirtió en un verdadero depósito de información en torno a las condiciones políticas reinantes en el mundo entero.

Los certámenes y celebraciones religiosas fomentaron la idea de helenismo, de la existencia de una lengua, una religión, unas costumbres y unos valores comunes. De hecho, tenían el propósito expreso de reunir a los griegos en una celebración pacífica. Durante los Juegos Olímpicos, por ejemplo, se declaraba una tregua sagrada que prohibía la guerra en todo el mundo griego durante el mes que duraba la fiesta. Por otra parte, los certámenes atléticos, los *agônes* (de donde proceden en nuestro idioma los términos agonístico o antagonista) eran considerados competiciones no sólo entre individuos, sino también entre distintos estados, más o menos como en la actualidad. Los propios recintos sagrados se convirtieron para las polis en lugares en los que podían hacer ostentación de su riqueza y de sus hazañas con ofrendas de estatuas y costosos «tesoros» de piedra o de mármol en conmemoración de los atletas vencedores o de las victorias militares obtenidas por la polis.

No existían pruebas por equipos, sino sólo individuales. De ese modo, los juegos mantuvieron vivo el antiguo ideal de héroe singular: ser reconocido el mejor (*áristos*) a través de la victoria alcanzada sobre un adversario de probada valía. El contenido y el espíritu de los juegos panhelénicos habían cambiado muy poco respecto de los certámenes descritos en la *Ilíada*. Las pruebas ponían de manifiesto la rapidez, la fuerza, la destreza y el aguante, precisamente las cualidades a las que aspiraba todo guerrero homérico.

Entre las diversas carreras pedestres, la más prestigiosa era la prueba de velocidad, llamada el estadio (*stádion*, de donde nuestro «estadio»), correspondiente a unos 2.000 metros; en Olimpia, el vencedor del estadio encabezaba la lista de los vencedores. A fina-

les del siglo VI se instauró una nueva carrera en la que los concursantes participaban vestidos con armadura, como reconocimiento de la importancia del hoplita. Otras pruebas habituales en los Juegos eran la lucha, el pugilato, y el *pankrátion*, una feroz mezcla de lucha y pugilato en la que todo estaba permitido menos morder y meter el dedo en el ojo. Había también una prueba de campo y pista, el *péntathlon*, que era la combinación de cinco: estadio, lanzamiento de jabalina y de disco, salto de longitud, y lucha. Había además pruebas ecuestres, la más espectacular de las cuales era la carrera de cuadrigas, que data del Bronce Reciente. El vencedor de la carrera de carros y de la carrera de caballos no era el auriga o el jinete, sino el rico propietario de los caballos.

Las pruebas destinadas a los niños (menores de 20 años) y a los hombres eran distintas. En los grandes juegos no competían las mujeres, y probablemente ni siquiera se les permitiera asistir a ellos como espectadoras, aunque más tarde se celebraría en Olimpia una carrera del estadio para muchachas en honor de Hera. Los premios eran meras prendas de gloria, concretamente coronas de hojas: en Olimpia, una corona de olivo, en Pito, de laurel, en Nemea de apio silvestre, y en Istmia de pino. (Los premios de los juegos panhelénicos menos prestigiosos que se instauraron a lo largo del siglo VI en Atenas, Tebas, y otras ciudades, eran mucho más sustanciosos.) Al regresar a su patria, sin embargo, los vencedores obtenían cuantiosas recompensas: procesiones triunfales, honores cívicos, estatuas, e incluso premios en metálico. En los Juegos Píticos y en otros tantos certámenes había también competiciones y premios de poesía coral y monódica, y de actuaciones musicales.

A comienzos del período arcaico (*ca.* 750 a. C.), los griegos todavía eran un pueblo relativamente aislado y atrasado, organizado políticamente en pequeños «caudillajes» de poca categoría. A finales del siglo VI tenían una sociedad estado culturalmente avanzada que se extendía por todo el Mediterráneo y eran uno de los principales actores de la compleja economía mercantil internacional.

La creación política más importante de los griegos durante la época arcaica fue la polis, que a lo largo de esta época fue evolucionando y pasó de la oligarquía más restringida a la tiranía y de ésta a un régimen de base más amplia en el que la mayoría de sus miembros participaban en el gobierno. Como en la polis se cifraban los intereses no sólo la elite, sino los de todo el pueblo, el sentido de lealtad y de dedicación a la «colectividad de los ciudadanos», como llamaba Aristóteles a la polis, era muy profundo. Fue ese vínculo polis-ciudadano el que hizo de la ciudad-estado griega un fenómeno totalmente distinto de cualquier otra forma de estado del mundo antiguo. Esa lealtad inquebrantable se traducía en la profunda convicción de que no podía permitirse a ninguna persona ajena al estado violar su independencia.

El orgullo cívico era el fundamento de la ciudad-estado y en gran medida fue el responsable del florecimiento cultural del período arcaico. La pasión de los griegos por la autarquía, sin embargo, constituyó una fuerza disgregadora permanente, que durante la segunda mitad del siglo V haría que las polis acabaran consigo mismas en el curso de la guerra del Peloponeso, desencadenada entre Esparta y Atenas y sus respectivos aliados. Ése sería el inicio de la lenta decadencia de la polis como entidad política autónoma. Pero a comienzos del siglo V, los estados griegos se hallaban en el punto culminante de su orgullosa independencia y no podían ni siquiera sospechar que su inquebrantable deseo de salvaguardar sus intereses los empujaría a una guerra tan desastrosa.

No obstante, de forma aparentemente paradójica, la conciencia cada vez mayor alcanzada durante la época arcaica de que existía un helenismo común (lo que el historiador Heródoto llamaba *tò hēllēnikón*, «lo griego»), dio paso también a una fuerte identidad cultural y un profundo sentido de parentesco. El momento de mayor esplendor de la solidaridad panhelénica llegaría a comienzos del siglo V, cuando las polis griegas subordinaron sus lealtades individuales a la unidad frente a los intentos del imperio persa de conquistar Grecia. Durante las Guerras Médicas (490-479), los griegos identificarían la libertad de sus respectivas ciudades-estado con la «libertad de los griegos» frente a la «esclavitud» del «tirano» persa.

No obstante, el resplandor de la unidad panhelénica se apagaría enseguida y durante los ciento cincuenta años siguientes, las polis y *éthnē* de Grecia seguirían la vieja senda, aunque cada vez fueran más los observadores que se dieran cuenta de que las guerras de los griegos contra otros griegos eran lo mismo que una guerra civil dentro de una misma ciudad-estado. Durante la mayor parte de esa época, la actividad diplomática y militar giraría en torno a las dos grandes potencias, Esparta y Atenas.

Capítulo 4

ESPARTA

Admirada en tiempos de paz y temida en tiempos de guerra, Esparta fue durante buena parte de los períodos arcaico y clásico la ciudad más poderosa del mundo griego. Era además muy diferente de las otras *póleis*. Por un lado, desde luego, los espartanos tenían en común con los demás griegos muchas de sus instituciones básicas: su sociedad era patriarcal y politeísta, la mano de obra servil desempeñaba un papel fundamental entre ellos, y la agricultura constituía la base de su economía. Como en otros lugares de Grecia, la ley era respetada y el valor guerrero premiado. Y, sin embargo, Esparta constituía un caso único en muchos aspectos importantes. Ningún otro estado griego definió nunca sus objetivos con tanta claridad como Esparta ni puso tanto empeño en intentar alcanzarlos. Si la injerencia del estado en la vida del individuo fue siempre muy grande en todos los estados griegos, ninguno sobrepasó a Esparta por su intromisión en la vida cotidiana de sus ciudadanos. Los espartanos estaban orgullosísimos de su *pólis*, y el resto de los griegos admiraban el patriotismo austero y el altruismo que comportaba el sistema espartano. La negación extrema de la individualidad propia de los espartanos alentaba un profundo sentido de pertenencia al grupo que todos los demás griegos envidiaban, y Esparta sigue provocando un hechizo enorme en historiadores, filósofos y estudiosos de la ciencia política incluso en una época que tiende a rechazar el totalitarismo.

Fuentes para la historia y las instituciones de Esparta

Pese al interés que los lacedemonios despertaron en sus contemporáneos, resulta sorprendentemente difícil escribir la historia de Esparta y su territorio circundante, Laconia. El problema no es la falta de fuentes. Aunque por desgracia todas ellas se fijan exclusivamente en los espartanos de la clase alta y en la casa real, y nos suministran muy poca información acerca de la mayoría de la población del territorio de Laconia —las masas de condición servil, los llamados ilotas, y la clase de individuos caren-

tes en gran medida de derechos civiles llamados *perioikoi*—, el volumen de obras antiguas que hablan de Esparta es muy grande. En sus respectivas versiones de la historia de Grecia, los dos grandes historiadores griegos, Heródoto y Tucídides, revelan numerosos detalles de la historia de Esparta, pero el grueso de nuestra información procede de dos autores que escribieron unas obras dedicadas específicamente a la Esparta de los períodos arcaico y clásico: Jenofonte y Plutarco.

Jenofonte nació en Atenas hacia 430 a. C. y conocía a los lacedemonios de primera mano. En compañía de otros jóvenes, Jenofonte abandonó Grecia en 401 para servir como mercenario en el ejército de Ciro el Joven, pretendiente al trono de Persia. A lo largo de esa expedición y las subsiguientes campañas en Asia, llegó a conocer a numerosos espartanos, entre ellos el rey Agesilao II, al que llegó a admirar mucho. A finales de la década de 390, mientras Esparta y Atenas estaban en guerra, Jenofonte fue desterrado por sus compatriotas por favorecer a los espartanos. Tras establecerse en el Peloponeso, escribió un pequeño tratado llamado *La república de los lacedemonios*. Al tratarse de un testigo ocular y conocer personalmente a numerosos espartanos de renombre, su obra es la mejor fuente de la que disponemos para las instituciones sociales, políticas y militares de Esparta, aunque la admiración que su autor sentía por ellas en la forma que habían tenido antes de su época quizá influyera en su relato.

Un entusiasmo parecido caracteriza las obras de Plutarco, que vivió entre 46 y 120 d. C., mil años después de que se produjeran los acontecimientos ocurridos en Esparta que describe. Plutarco era un griego que vivía en un mundo plenamente romano, pues por entonces su Beocia natal había sido incorporada al Imperio Romano. Las obras de Plutarco acerca de Esparta, más numerosas que las de cualquier otro autor antiguo, han condicionado extraordinariamente las visiones de Esparta que han tenido otros autores posteriores, pero lo cierto es que Plutarco era un biógrafo y un filósofo interesado por la ética, no un historiador. Sus obras sobre Esparta constan de cinco biografías: las vidas de Licurgo, Lisandro, Agesilao, Agis y Cleómenes (las dos últimas mezcladas en un solo ensayo). Suyas son también las *Máximas de espartanos* y las *Máximas de mujeres espartanas*. Pese a los siglos que lo separaban de los personajes que describe, las obras de Plutarco son muy valiosas, pues el autor visitó la propia Esparta y leyó libros perdidos en la actualidad o de los que sólo se conservan algunos fragmentos. Aunque sus escritos contienen abundante información, en Plutarco influyeron algunas historias escritas después de la decadencia de Esparta y marcadas por la nostalgia de un pasado mejor, real o imaginario.

El problema, por consiguiente, radica no tanto en la cantidad de información acerca de los lacedemonios cuanto en el hecho de que nuestras fuentes adolecen de la creencia a pies juntillas en una imagen idealizada de Esparta que los historiadores denominan el «espejismo espartano». Según esa visión, Esparta era una sociedad igualitaria y ordenada caracterizada por un patriotismo sacrificado, una capacidad sobrehumana de soportar toda clase de privaciones, y un valor sin límite en el campo de batalla. (Semejante propaganda, que contenía un fondo de verdad considerable, permitió a Esparta ostentar una gran autoridad entre los griegos.) Como los lacedemonios no escribieron literatura histórica antes del período helenístico, esta idea de la imbatibilidad espartana debió de propagarse al principio oralmente y a través de las obras escritas por autores no espartanos. Además las leyes de los lacedemonios fueron guardadas en la memoria, y no fijadas por escrito. Si exceptuamos algunas composiciones poéticas fragmentarias de Alcmán y Tirteo, del siglo VII, los testimonios literarios que poseemos para Esparta

fueron escritos por extranjeros que los compusieron bastante después de que se produjeran muchos de los acontecimientos que describen, y cuyas obras se hallan condicionadas hasta cierto punto por la enorme admiración que sentían por Esparta. Las anécdotas de ficción que rodean a los espartanos son en muchos sentidos tan interesantes como la realidad que pretenden representar, pero por difícil que resulte separar realidad y ficción, no debe confundirse una con otra.

Por desgracia, los testimonios arqueológicos sólo pueden remediar hasta cierto punto las deficiencias de las fuentes escritas. Hablando de que los historiadores no deben dejarse engañar por las impresiones superficiales, el historiador ateniense Tucídides comentaba que

> si fuera desolada la ciudad de los lacedemonios [i. e., Esparta], y sólo quedaran los templos y los cimientos de los edificios, pienso que, al cabo de mucho tiempo, los hombres del mañana tendrían muchas dudas respecto a que la fuerza de los lacedemonios correspondiera a su fama ... Pero, a pesar de todo, dado que la ciudad no tiene templos ni edificios suntuosos y no está construida de forma conjunta, sino que está formada por aldeas dispersas a la manera antigua de Grecia, parecería muy inferior.[24]

La calculada austeridad de la vida espartana comportaba que las casas particulares fueran extremadamente sencillas, incluso según los parámetros griegos, lo cual supone una mala noticia para los arqueólogos. Además, la Esparta moderna no ha sido objeto de una labor de excavación tan extensiva como Atenas, donde los trabajos de los especialistas y los hallazgos fortuitos debidos a la construcción de subterráneos y a la expansión de la moderna capital de Grecia han dado pie a grandes descubrimientos. En Esparta, las construcciones públicas se limitaban a unos cuantos edificios gubernamentales, gimnasios y templos, y nuestro conocimiento de la mayoría de ellos depende por lo general menos de las excavaciones que de las descripciones de Pausanias, que en el siglo II d. C. escribió una guía de Grecia. Igualmente escasas son las inscripciones relacionadas con asuntos públicos o privados. Incluso las lápidas sepulcrales, tan frecuentes en el resto del mundo griego, son raras; en Esparta sólo se permitía escribir epitafios en las tumbas de los varones muertos en el campo de batalla o de las mujeres fallecidas de parto. Como también estaban prohibidas las ofrendas fúnebres ostentosas, los arqueólogos no han podido desenterrar la cantidad de artículos de cerámica, espejos, armas y objetos personales que han descubierto en otros puntos del mundo griego, ni aprovecharlos para sus investigaciones. La única excepción la constituye un gran número de ofrendas votivas de arcilla, ámbar, plomo, bronce, oro, plata y marfil, algunas de las cuales datan de comienzos del siglo VII y que continuaron depositándose hasta la época romana. Todas ellas se han encontrado en el emplazamiento del templo de Ártemis Ortia («Recta» o «Protectora del orden del ciclo vital»). Como es de suponer, los ricos hallazgos correspondientes a la fase más antigua del santuario son importantes para realizar una evaluación de la cultura espartana, pues prueban más allá de toda duda que a comienzos de la época arcaica los lacedemonios se hallaban artística y comercialmente al mismo nivel que los estados vecinos del Peloponeso. Sólo más tarde, a lo largo del siglo VI, la famosa austeridad espartana hizo que el arte y los demás refinamientos culturales perdieran importancia.

24. Tucídides, I, 10.

El número de las ofrendas a Ártemis era enorme: se han recuperado más de 100.000 objetos. Todos estos materiales dan testimonio del papel fundamental que tenía el culto de esta diosa en la vida religiosa y cívica. Las ceremonias rituales celebradas en el recinto de Ártemis Ortia tenían que ver, al parecer, con el paso de los varones y las mujeres de Esparta por los estadios fundamentales de la vida. Coros de doncellas cantaban y bailaban con motivo de la ofrenda de un nuevo peplo para la estatua de Ártemis, acto que probablemente celebraba el paso de este grupo de la infancia a la pubertad. Las planchas en las que aparecen representados mantos y otras prendas de vestir quizá fueran ofrecidas asimismo cuando las mujeres pasaban de un estadio de su vida a otro. Existen también ofrendas a Ilitía, la divinidad del parto y protectora de niños y niñas. Las numerosas figurillas de plomo en forma de hoplitas probablemente marcaran el paso de los mancebos al rango de guerreros.

La Época Oscura y el Período Arcaico

A pesar de todos estos obstáculos, las investigaciones realizadas a lo largo de los dos últimos siglos nos han permitido rastrear la historia de Esparta y trazar un panorama general de la misma. Laconia era ya un centro importante en la Edad del Bronce. Los testimonios arqueológicos indican que existía un poblado bastante grande en Terapna, en la margen izquierda del Eurotas, con santuarios del rey Menelao y su esposa Helena. Como la mayor parte de Grecia, Laconia experimentó una disminución notable de la población a finales del período micénico. La mayoría de los asentamientos habitados durante el segundo milenio a. C. fueron abandonados, y la popularidad de las figurillas en forma de cabezas de ganado vacuno y ovino depositadas como ofrenda en los santuarios de la región indica que la ganadería se había convertido en el principal sector de la economía local. En algún momento indeterminado del siglo X a. C., los invasores dorios ocuparon la región. Hacia el siglo VIII a. C. habían empezado a aparecer también en Laconia las mismas tendencias documentadas en otros puntos de Grecia. Fueron fundándose nuevos poblados en concomitancia con el aumento de la población, y cuatro de esas aldeas situadas en las proximidades del Eurotas, en el centro de la llanura de Laconia, se unieron para formar la ciudad de Esparta. A comienzos del siglo VIII la ciudad de Amiclas, a unos cinco quilómetros de las cuatro aldeas originarias, fue anexionada a la ciudad. Así, pues, la polis de los lacedemonios estaba formada por el centro urbano más el territorio de la planicie. El incremento de los contactos con el resto de Grecia se ve reflejado en la aparición de una versión típicamente espartana de arte geométrico.

Como otras polis primitivas, Esparta (o Lacedemón, como la llamaban habitualmente los antiguos) empezó a tener dificultades para satisfacer sus necesidades sólo con su propio territorio. Esparta estaba situada tierra adentro y el puerto más próximo era Gitio, a casi cincuenta quilómetros de distancia hacia el sur. Esta situación atípica de la ciudad la indujo a buscar una solución completamente nueva a la necesidad de tierras con las que dar de comer a la población, cada vez más numerosa, y dicha solución determinaría el curso del futuro desarrollo de Esparta. A diferencia de otras ciudades de la Grecia arcaica, que, en su afán de aliviar la presión ejercida sobre sus recursos naturales por el aumento de la población, fundaron numerosas colonias en ultramar, los lacedemonios fundaron una sola colonia, Táranto, en el sur de Italia. En vez de buscar una solución a sus dificultades en el extranjero, los espartanos dieron una respuesta militar

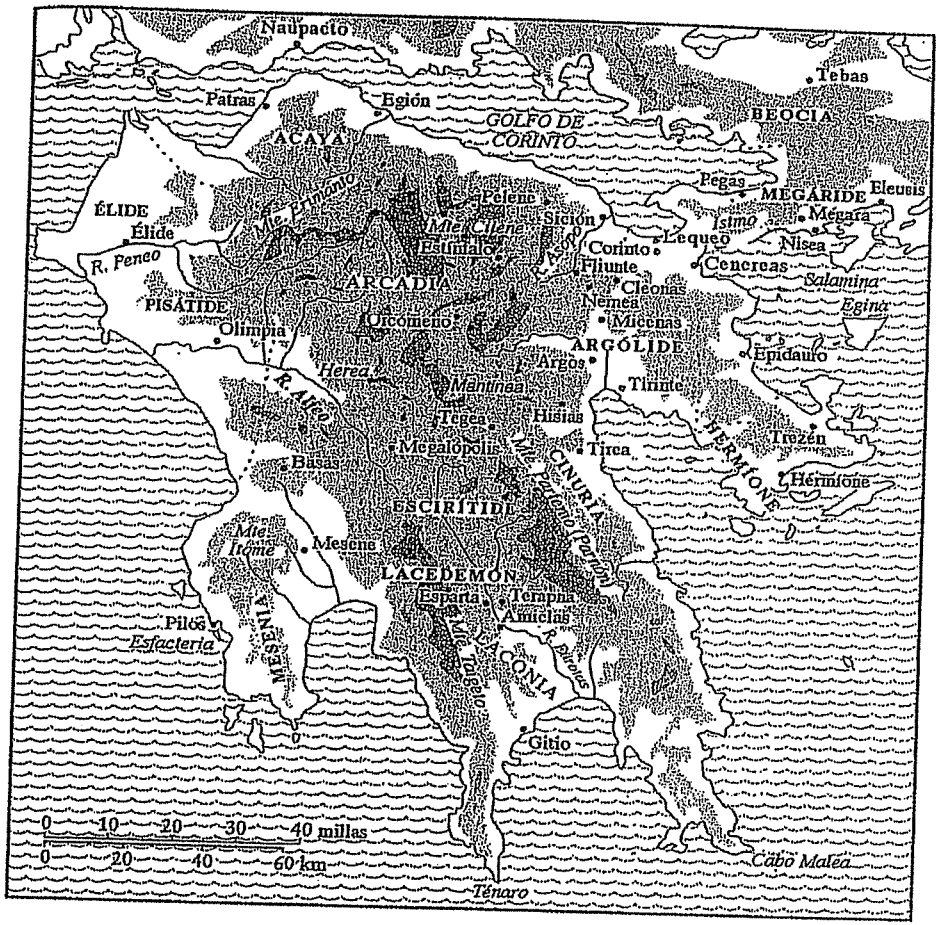


FIGURA 4.1. El Peloponeso.

a su problema a través de la conquista de sus vecinos, y así a finales del siglo VIII ya se habían apoderado de toda la llanura de Laconia. Los detalles de cómo se llevó a cabo este proceso se han perdido, pero sus consecuencias pueden deducirse de la estructura social de la Esparta histórica.

Los ilotas y la jerarquía social

La necesidad primordial de Esparta era dar de comer a su población. Por consiguiente, para asegurarse el dominio de la llanura laconia, sus habitantes fueron reducidos a la condición de ilotas, sometidos con carácter hereditario al estado espartano. El

resto de los habitantes de Laconia, que ocupaban la zona situada alrededor de la ciudad de Esparta, se convirtieron en periecos (*perioîkoi*, literalmente «los que viven alrededor [de Esparta]» o «vecinos»). En la Antigüedad se escribió muy poco sobre ellos. A diferencia de los ilotas, que eran esencialmente esclavos, los periecos siguieron siendo libres. Aunque estaban obligados a servir en el ejército de la polis formando unidades independientes al mando de un espartano y pese a que lo hicieron en grandes contingentes, no tenían derecho a participar en el gobierno. Disfrutaban, sin embargo, de cierta autonomía local, y en muchos sentidos vivían como la mayoría de los griegos que no eran espartanos, trabajando como agricultores, artesanos y mercaderes. Así, pues, a pesar de su nombre, que da a entender que eran periféricos, constituían una parte esencial del sistema económico espartano.

El éxito no vino más que a acrecentar la sed de expansión de Esparta, y esa expansión contribuyó a su vez a incrementar considerablemente la institución del ilotismo: Como consecuencia de todo ello, poco después de que los espartanos emprendieran la conquista de las regiones vecinas, el número de los ilotas era ya superior al de los ciudadanos espartanos en una proporción como mínimo de siete a uno. Este fenómeno desempeñaría un papel decisivo en la evolución de los modos de vida de Esparta. A raíz de la conquista de Laconia, los confines occidentales del territorio espartano chocarían con los de otro estado dorio en pleno desarrollo, Mesenia. Quedó entonces patente que la solidaridad doria era un ideal invocado por los lacedemonios únicamente cuando les convenía. Los espartanos ambicionaban apoderarse de las fértiles llanuras de Mesenia, y dieron así inicio a la que los historiadores modernos llaman Primera Guerra Mesenia. Los combates se localizaron fundamentalmente en torno a la formidable fortaleza natural del monte Itome, situado en la parte septentrional de Mesenia. Los detalles concernientes a la guerra propiamente dicha se han perdido. Según la tradición, sin embargo, el conflicto habría durado veinte años y el fin de las hostilidades se situaría alrededor de 720 a. C. Esta datación se ve corroborada por la desaparición de los mesenios de las listas de vencedores en los Juegos Olímpicos más o menos por esa misma fecha. Si el desarrollo de la Primera Guerra Mesenia no está muy claro, no ocurre lo mismo con sus resultados: Mesenia quedó sometida a Esparta. Al igual que los laconios, algunos mesenios se convirtieron en periecos, pero la mayoría fueron hechos ilotas, vinculados a la tierra y obligados a trabajarla para sus amos, los espartanos, sin más consuelo que la promesa de no ser vendidos y expulsados de Mesenia. El poeta espartano Tirteo dice de ellos que viven «abrumados por grandes cargas, igual que asnos, llevando a sus señores, bajo una dolorosa necesidad, la mitad de todo el fruto que produce su tierra» (fr. 6 West).

La conquista de Laconia y Mesenia hizo de Esparta uno de los estados más extensos de la Grecia arcaica, pues controlaba un imperio de casi 5.000 quilómetros cuadrados (unas tres veces la extensión del estado ateniense). Comparada con Atenas, Esparta no tuvo nunca la densidad demográfica de ésta, y algunas poblaciones estaban en zonas muy apartadas. Pero Esparta era también uno de los estados más ricos. La cerámica y la metalurgia lacedemonia estaban entre las mejores de Grecia. La belleza de las espartanas era celebrada por doquier, y los coros femeninos laconios eran famosos. Una vívida impresión de la riqueza y de la elegancia de la vida de Esparta es la que nos proporcionan los escasos fragmentos conservados de la obra del poeta del siglo VII Alcmán, cuyos himnos, escritos para ser cantados por coros de doncellas laconias en determinadas ceremonias, hablan de objetos lujosos, como por ejemplo caballos de carreras, mantos de púrpura, o joyas de oro en forma de serpientes:

> No hay de púrpura tanta abundancia que nos proteja, ni tampoco la serpiente variopinta de oro ni el cinturón de Lidia, ornato de las jóvenes de dulces párpados, ni los cabellos de Nanno, y ni siquiera Areta semejante a una diosa, ni Silácide o Cleesisera; ni puedes ir donde Enesímbrota y decir: «Tenga yo a Astáfide y que me mire Filila y Demareta y Viantemis digna de amor. Pero Hagesícora me causa contrariedad».[25]

La prosperidad de Esparta, sin embargo, descansaba sobre unos cimientos muy frágiles. Aunque probablemente a finales del siglo VIII y comienzos del VII los disturbios civiles debían de ser ya un problema serio, poco después de la Primera Guerra Mesenia los lacedemonios no dudaron en enviar al destierro a los disidentes, que fundaron la única colonia de Esparta, Táranto, con el fin de evitar que el reparto de las tierras recién conquistadas provocara una guerra civil. Pero la desesperación cada vez mayor de los mesenios constituía una amenaza más grave. Los teóricos políticos griegos consideraban un grave error esclavizar a un pueblo en su propio territorio, sobre todo cuando el número de la población esclavizada era muy superior al de sus amos, como ocurría con los mesenios y los lacedemonios. No tiene, pues, nada de extraño que los mesenios se sublevaran poco después de la gran derrota sufrida por los espartanos a manos de los argivos en la batalla de Hisias, a comienzos de la década de 660 a. C.

Como ocurre con la Primera Guerra Mesenia, son muy pocos también los detalles que conocemos de la Segunda. Los poemas que escribió Tirteo para celebrar el valor demostrado por los espartanos durante la guerra se convirtieron en todo un clásico para los lacedemonios:

> Éste es el hombre bueno en la guerra. Rápidamente pone en fuga a las furiosas falanges enemigas y con su ardor contiene la ola del combate. Mas si cayendo en la vanguardia pierde su vida, dando gloria a su ciudad, a su pueblo y a su padre, herido por delante en muchos sitios a través del pecho, del abombado escudo y de la coraza, le lloran tanto los jóvenes como los viejos y toda la ciudad queda enlutada, llena de penoso dolor.[26]

Al final Esparta se alzó con la victoria y los rebeldes mesenios que sobrevivieron fueron desterrados a Sicilia. Allí acabaron apoderándose de la ciudad de Zancle, que rebautizaron Mesene. En cuanto al resto de los mesenios, no tuvieron más remedio que conformarse con la condición de ilotas que habían tenido hasta entonces.

La Segunda Guerra Mesenia fue una demostración terrible de los peligros potenciales que conllevaba el sistema ilota, y la posibilidad de que se repitiera acecharía constantemente la imaginación tanto de los espartanos como de sus enemigos. La única forma segura de evitar esa catástrofe —esto es, el abandono de Mesenia—, resultaba impensable. Por consiguiente, los espartanos se vieron obligados a encontrar otra forma de conservar su dominio sobre los ilotas y la prosperidad que para ellos comportaba. La solución que encontraron no pudo ser más drástica, y su puesta en práctica fue transformando gradualmente a Esparta y acabó creando la singular sociedad militarizada que conocemos por las fuentes clásicas. Dicho en pocas palabras, los espartanos se dieron cuenta de que si lograban movilizar a todos los posibles hoplitas y les daban el máximo grado de instrucción militar imaginable, Esparta gozaría de una superioridad militar indiscutible sobre los ilotas y el resto de sus enemigos. Por consiguiente los la-

25. Alcmán, fr. 1, 65-78.
26. Tirteo, fr. 9 D.

cedemonios reformaron sus instituciones teniendo presentes en todo momento dos objetivos: liberar a todos los ciudadanos varones de las cinco aldeas que constituían la polis de Esparta de todo tipo de obligaciones excepto las militares, y socializarlos de modo que aceptaran el extraordinario grado de militarización y disciplina que se exigía del soldado espartano. Hasta el siglo IV y el comienzo de la época helenística, los lacedemonios fueron los únicos soldados verdaderamente profesionales. De hecho, estaban en permanente estado de guerra con los ilotas y por consiguiente estaban dispuestos a realizar nuevas agresiones siempre que fuera necesario.

El sistema espartano

En realidad se sabe muy poco de la evolución seguida por el sistema espartano. Los historiadores griegos seguían a pies juntillas la tradición de los lacedemonios y atribuían su creación a Licurgo, un personaje nebuloso que quizá no existiera nunca en realidad. Tucídides data las reformas de Licurgo a finales del siglo IX a. C., pero otros historiadores griegos las situaban incluso en el X. En tal caso, habría vivido antes de la conquista de Mesenia y sus reformas no habrían constituido un intento de afrontar los problemas surgidos durante los siglos VIII y VII. Los modernos especialistas coinciden en afirmar que muchas de las instituciones cuya creación atribuían los griegos a Licurgo, como por ejemplo los grupos de hombres que comían juntos, la organización de la población en escuadrones de edad, o el uso de monedas de hierro, existieron de hecho en otras comunidades griegas en tiempos remotos. Sobrevivieron en Esparta porque el lugar que ocupaban en la vida de los lacedemonios fue redefinido para crear el ideal de hoplita espartano.

Independientemente de cómo se produjera esa evolución, los testimonios disponibles indican que los principales elementos del sistema espartano existían ya a finales del siglo VII a. C. o, a lo sumo, a comienzos del VI. Según Plutarco, Licurgo encontró el modelo de muchos de esos elementos en el curso de un viaje a la isla de Creta. La Gran Retra («Afirmación»), que, según se decía, le dio a Licurgo el oráculo de Delfos, estaba ya en vigor a comienzos del período arcaico, quizá en el siglo VIII o a comienzos del VII. Dicha Retra —al menos en la forma en la que nos la ha transmitido Plutarco— trata sólo de temas militares y políticos, como las reuniones y la soberanía de la asamblea de ciudadanos. La Retra prevé las siguientes medidas:

> después de erigir un templo a Zeus ... y a Atenea ..., de «tribuir» las tribus [*phylai*] y «obear» las *óbai* [secciones relacionadas con la división de la ciudad en cinco aldeas], previa institución de una *gerousía* de treinta miembros con los reyes incluidos, reúnase la *apélla* de estación en estación. ... Háganse [las propuestas] y rechácense. El poder y el derecho a hablar pertenecen al pueblo ... Si el pueblo elige torcidamente, disuélvanlo los ancianos y los reyes.[27]

El régimen espartano podría ser calificado de totalitario, pues afectaba a casi todos los aspectos de la vida del individuo, incluso a aquellos que la sociedad occidental moderna consideraría privados: cómo debía llevarse el pelo, la decisión de contraer matrimonio y con quién, las condiciones en que debían realizarse las relaciones conyugales, o la decisión de tener hijos o no.

27. Plutarco. Trad. cast. de A. Pérez Jiménez, *Vidas paralelas*, BCG, Madrid, 1985.

La educación y crianza de los muchachos

Como pone de manifiesto la poesía de Tirteo, el ideal espartano de hombre era comportarse con valor y destreza en el combate, no darse a la fuga ni rendirse, sino aguantar a pie firme y dar la vida por la ciudad. La instrucción tenía por objeto producir varones que respondieran únicamente a este modelo. El espartano tenía obligación de prestar servicio militar hasta los sesenta años y para ello debía mantenerse en buenas condiciones físicas; por eso no recibía instrucción para otra profesión o modo de vida más que éste. El sistema educativo, como muchos otros rasgos propios exclusivamente de Esparta, estaba plenamente legitimado porque, según se decía, había sido creado por Licurgo.

El proceso de formación de guerreros invencibles comenzaba desde el momento mismo de nacer, pues el estado se arrogaba el derecho de determinar si un recién nacido podía vivir o no. Mientras que otras ciudades griegas dejaban esa opción en manos del padre, en Esparta había unos funcionarios nombrados por el gobierno que examinaban a los recién nacidos. La vitalidad del niño y su potencial como futuro soldado determinaban si se le criaba o si era abandonado en un lugar próximo al monte Taigeto designado a tal efecto. (Las recién nacidas no eran sometidas, al parecer, a un examen oficial, pues su estado físico no afectaba directamente al resultado de la batalla.) Los padres tampoco podían decidir cómo criar a sus hijos. Por el contrario, todos los niños recibían la misma educación bajo la supervisión del estado. La educación en Esparta, como en muchas otras ciudades, estaba organizada por grupos de edad: niños, muchachos, mancebos (efebos), jóvenes, y adultos. A partir de los siete años, los niños abandonaban el domicilio familiar para ser educados en grupos llamados rebaños según unos principios diseñados con el fin de fomentar la conformidad, la obediencia, la solidaridad del grupo, y la destreza militar.

En lo que más hincapié hacía la educación de los muchachos no era en la lectura, la escritura y las artes liberales, sino en el ejercicio físico para que aprendieran a aguantar y valerse por sí mismos en caso de necesidad cuando fueran hoplitas. Para fortalecer los pies, iban descalzos, y con frecuencia también iban desnudos. Cuando cumplían los doce años, les cortaban el pelo. No llevaban nunca túnica, y a cada uno se le asignaba un único manto al año, que debían llevar fuera cual fuese el tiempo que hiciera. A diferencia de los demás griegos, que sólo hacían la guerra en verano, los espartanos estaban permanentemente en guerra con los ilotas y, por lo tanto, debían estar preparados para combatir todo el año. Unos magistrados llamados éforos («supervisores») inspeccionaban diariamente a los niños y los sometían a un examen desnudos cada diez días. Los muchachos dormían en grupo en colchonetas bastas que ellos mismos se fabricaban. Para desarrollar el ingenio y la confianza en sí mismo, se animaba al niño a robar para incrementar su ración diaria de alimentos. Al que era descubierto robando y por lo tanto demostraba que no era lo bastante hábil, se le castigaba con el látigo.

Este riguroso proceso de endurecimiento era representado ritualmente cada año ante el altar de Ártemis Ortia. Un grupo de muchachos tenía que intentar robar un queso colocado en el altar situado al aire libre y defendido por un grupo de mancebos mayores provistos de látigos; se suponía que la sangre debía salpicar el altar. Resulta una triste

ironía comprobar que lo que empezó siendo una prueba solemne de virilidad, de la que eran testigos únicamente la diosa y la comunidad, acabara convirtiéndose en una atracción turística en época romana. El espectáculo se hizo tan famoso que en el siglo III d. C. se construyó un teatro de piedra en el recinto sagrado. Los turistas podían contemplar el espectáculo de los mancebos espartanos exhibiendo su legendaria capacidad de aguante sin retroceder ni exhalar un gemido mientras eran brutalmente golpeados, a veces incluso hasta la muerte, ante el altar, incitados por la sacerdotisa de Ártemis que sujetaba una imagen de la diosa. En la Esparta antigua, se alentaba también la competitividad a través de los certámenes atléticos y otras manifestaciones de excelencia, aunque también se consideraba fundamental el espíritu de cooperación, que se inspiraba en el individuo mediante la formación de grupos de muchachos y la creación de rivalidades entre ellos.

Esas actividades en grupo servían para identificar a los jóvenes de más talento y para prepararlos para convertirse en mandos del ejército. Desde los catorce a los veinte años, los efebos realizaban un servicio militar preliminar. A los veinte se dejaban crecer el pelo (a diferencia de lo que hacían los varones en el resto del mundo griego) y se afeitaban al estilo espartano: se dejaban la barba, pero se afeitaban el bigote. Entre los veinte y los treinta años, se les permitía contraer matrimonio, pero tenían que seguir viviendo con su escuadrón hasta los treinta.

La admisión en un *syssítion* («grupo de hombres que comen juntos», «rancho») constituía un estadio fundamental para alcanzar la edad adulta. El espartano comía en compañía de unos quince miembros de su escuadrón, experiencia que fomentaba la lealtad, solidaridad y espíritu de colaboración, condiciones esenciales para el buen éxito de la guerra hoplítica. Cada miembro del *sýssition* estaba obligado a aportar una cantidad de comida y bebida determinada de antemano, pero los soldados más ricos podían incrementar el menú con artículos tales como un grano de mejor calidad que el exigido o la carne de animales cazados o sacrificados por ellos mismos. El ideal espartano de

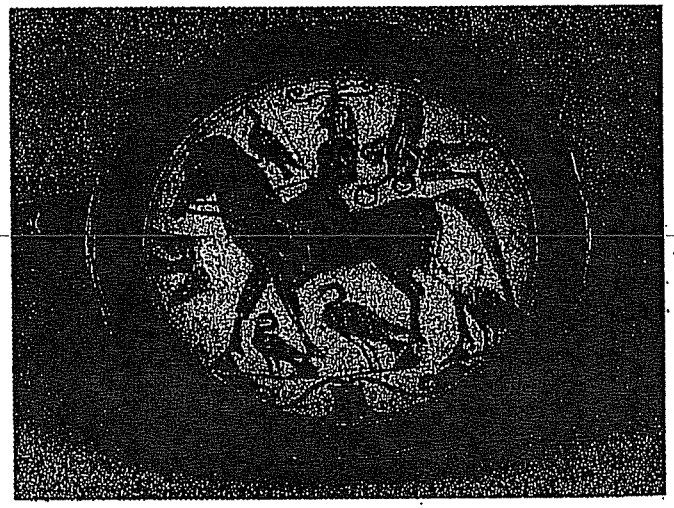


FIGURA 4.2. «Jinete laconio». Copa en la que aparecen representados un jinete, aves acuáticas y un demonio alado o una Victoria.

austeridad exigía que la cocina fuera nutritiva y se sirviera en raciones justas, pero no demasiado generosas. En algunos casos, se consideraban preferibles raciones pequeñas. La base del rancho común era, al parecer, un plato llamado caldo negro, guiso de cerdo cocido en su sangre y sazonado con vinagre y sal que debía de tener un gusto muy particular, y los pocos extranjeros que llegaban a Esparta solían encontrarlo repelente.

Los *syssítia* eran en cierto modo análogos a los *sympósia* («reuniones para beber en común») que con tanto gusto celebraban los demás griegos, pero el hecho de que se enseñara al espartano a beber con moderación marca una diferencia importante. Aunque los griegos solían mezclar el vino con agua, los ilotas estaban acostumbrados o incluso obligados a consumir vino puro y a ejecutar cantos y bailes vulgares y ridículos. Los jóvenes espartanos que acudían a los *sýssitia* como un capítulo más de su educación, eran alentados a burlarse del espectáculo de los ilotas borrachos. La lección extraída del mismo era doble: cabía esperar que los jóvenes aprendieran de semejante experiencia a guardarse de los excesos de la bebida —pues la ebriedad podía provocar la muerte, dada la situación de guerra permanente en la que vivían— y a ver en los ilotas a unos seres patéticos, a todas luces inferiores a los soldados espartanos. De este modo, los más ancianos reforzaban en los jóvenes la idea del abismo gigantesco que los separaba de los ilotas, y acababan de raíz con cualquier reparo que pudieran tener a tratar a los ilotas como criaturas infrahumanas.

Naturalmente, el porcentaje de éxito a la hora de crear soldados según el molde previsto no era total. Aunque la dureza con que eran tratados los tachados de cobardía no incitaba ni mucho menos al fracaso, el sistema no funcionaba en todos los casos, y algunos muchachos no llegaban a desarrollarse como se esperaba. Como el valor demostrado en el campo de batalla ofrecía el único camino para conseguir la honra y el respeto de los compañeros, la vida resultaba insoportable a todos los muchachos que no eran capaces de aguantar los rigores de la vida militar. Cuando se identificaba a un cobarde, era estigmatizado para siempre y calificado de «temblón». Su apariencia ridícula denunciaba su desgracia: los temblones eran obligados a llevar mantos con parches de colores y a afeitarse sólo media barba. Vituperados y humillados en público, eran despreciados incluso por sus parientes, a los que se consideraba que habían deshonrado. No podían ocupar cargos públicos, ni cabía esperar que se les concediera la mano de ninguna mujer ni que nadie quisiera casarse con sus hermanas.

Cómo ser una buena espartana

El *ethos* militar de Esparta repercutía tanto en los hombres como en las mujeres. Del mismo modo que los niños eran adiestrados para convertirse en guerreros valientes, las niñas eran educadas para parir futuros soldados robustos. Las espartanas eran las únicas griegas cuya crianza estaba prevista por el estado y que efectivamente eran educadas a expensas del estado. A diferencia de otras mujeres griegas, que pasaban la mayor parte de su vida recluidas en casa y que normalmente recibían menos comida que los varones, las espartanas hacían ejercicio al aire libre y estaban bien alimentadas. Su única obligación social era parir hijos. Aunque, como cualquier otra griega, sabían tejer, estaban eximidas, lo mismo que los espartanos, de la obligación de realizar cualquier trabajo doméstico o crematístico.

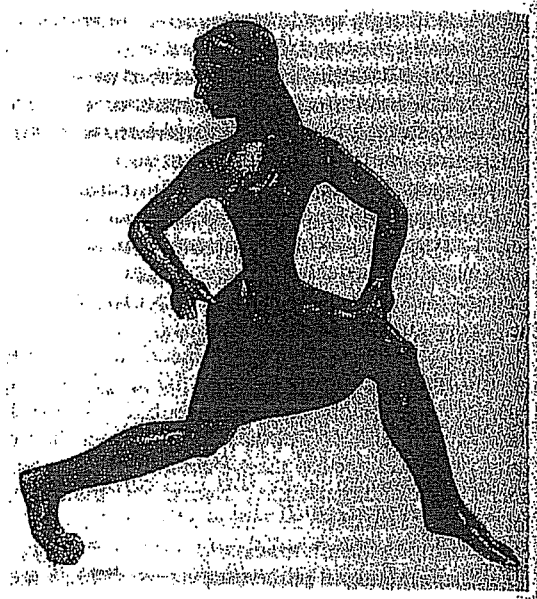


FIGURA 4.3. Estatuilla de bronce que representa a una muchacha espartana corriendo semidesnuda, con el traje de correr (*ca.* 500 a. C.).

Lo mismo que para los niños, también para las niñas espartanas había previstas unas líneas de desarrollo. El sistema educativo de las niñas estaba organizado también por clases de edad. Conocemos para ellas menos estadios que los previstos en la educación de los niños, ya analizada; quizá fueran efectivamente menos o, como suele ocurrir cuando se estudia la historia antigua, quizá sea sólo que poseemos menos información acerca de las actividades de la mujer. Las mujeres estaban divididas en las siguientes categorías: niñas, muchachas, doncellas que habían llegado a la pubertad, y casadas. Las doncellas se distinguían de las casadas por el peinado, pues estas últimas (a diferencia de las mujeres adultas de otras ciudades griegas) llevaban el pelo corto. Como tantos otros elementos de su vida cotidiana, los espartanos atribuían a Licurgo la educación tradicional de las muchachas:

Documento 4.1 Fragmento de la *Vida de Licurgo* de Plutarco. La admiración que sentía Plutarco por Esparta queda patente en el relato que nos ofrece de las instituciones asociadas tradicionalmente con la figura de Licurgo.

> Pues sometió el cuerpo de las jóvenes a la fatiga de las carreras, luchas y lanzamientos de disco y jabalina, pensando que, si el enraizamiento de los embriones ha contado con una base sólida en cuerpos sólidos, su desarrollo será mejor, y que ellas mismas, si se enfrentan a los partos en buena forma física, combatirán bien y con facilidad los dolores.
>
> Después de extirpar toda clase de ñoñería, crianza a la sombra y blandura, no menos que a los jóvenes habituó a las jóvenes a que, desnudas, desfilaran, danzaran y cantaran en ciertos cultos, ante la presencia y la contemplación de los muchachos. A veces, con burlas dirigidas a cada uno, censuraban provechosamente a los que cometían errores; y, por el contrario, dedicando a quienes de ellos lo merecían encomios compuestos a base de canto, infundían en los jovencitos gran pundonor y celo. ...
>
> El desnudamiento de las jóvenes nada tenía de vergonzoso, al estar presente el pudor y ausente la lascivia; en cambio, las habituaba a la sencillez y fomentaba el estímulo por la belleza, al tiempo que hacía disfrutar al sexo femenino de una autoestimación no carente de nobleza, al pensar que no menos le estaba al alcance la participación de virtud y pundonor. De ahí que, a veces, les sucedía decir y sentir cosas como las que se cuentan sobre Gorgo, la esposa de Leónidas. Pues al dirigirse a ella cierta extranjera con estas palabras: «Solamente vosotras, las laconias, mandáis en los hombres», dijo: «Pues solamente nosotras parimos hombres».[28]

Como en muchas otras sociedades guerreras, la ausencia permanente de los hombres, obligados a cumplir con sus tareas militares, creó una división del trabajo en virtud de la cual las mujeres se encargaban de los asuntos domésticos. Al hacer un repaso de casi cuatrocientos años de historia espartana, Aristóteles se lamentaba en el siglo IV a. C. de que precisamente por eso las mujeres espartanas disfrutaran en general de una libertad, un poder y un prestigio excesivos. La constitución de Licurgo, en su opinión, tenía de antemano un defecto, a saber, que sólo los varones se adecuaban a ella, mientras que las mujeres escapaban a sus reglas. Estaba convencido de que las espartanas se permitían «todo tipo de lujos e intemperancias», fomentando la codicia y la consiguiente degeneración del ideal espartano de igualdad entre los ciudadanos varones. Sostenía asimismo que la libertad de que gozaban los espartanos de dejar en herencia sus tierras a quien quisieran y el volumen de las dotes habían hecho que en su época dos quintas partes de las tierras hubieran caído en manos de las mujeres; la verdad de esta afirmación es imposible de determinar. En cualquier caso, parece que las hijas de los espartanos recibían como dote la mitad de la cantidad de bienes que sus hermanos recibían en herencia de sus padres. (En contraposición, en Atenas las hijas recibían aproximadamente una sexta parte de los bienes que heredaban sus hermanos.) De todas formas, Aristóteles exagera indudablemente cuando se lamenta de que Esparta estuviera dominada por las mujeres, pues no participaban del gobierno. Es evidente, sin embargo, que sus propiedades y el control que ejercían de los bienes otorgaba a las espartanas más autoridad que la que tenían sus congéneres en el resto de Grecia.

Como no cabe duda de que la profunda convicción que tenía Aristóteles de la necesidad de que los hombres dominaran a las mujeres tiene un papel importante en la forma que tenía de ver la sociedad espartana, resulta bastante difícil interpretar cuál es el significado de sus quejas. Cuesta trabajo determinar el *status* que tenía la mujer en la Antigüedad, sobre todo en el caso de Esparta. Las opiniones varían de un extremo a otro, dependiendo de si se cree que las espartanas gozaban de una buena vida en un estado totalitario y militarista o no.

28. Plutarco, *Licurgo*, 14-15.

Sexo y matrimonio

Como en otras ciudades griegas, el matrimonio en Esparta podía comportar un fuerte apego emocional entre los cónyuges, o no. La imposición vigente en Esparta de que los hombres casados siguieran viviendo en cabañas hasta los treinta años significaba que las parejas no vivían juntas ni siquiera en tiempos de paz.

No obstante, las relaciones sexuales en el marco del matrimonio eran fundamentales para la procreación de ciudadanos guerreros. Como las mujeres se casaban más o menos a los dieciocho años y los hombres antes de los treinta, existía una mayor afinidad entre la edad de los cónyuges en Esparta que en Atenas, donde era habitual que una chica de catorce años se casara con un hombre de treinta. Plutarco comenta que los espartanos eran reacios a casarse y que el estado ofrecía incentivos al matrimonio y a la procreación. Se atribuyen a los espartanos diversas modalidades de matrimonio a cual más singular, entre ellas el matrimonio por rapto.

Documento 4.2 Fragmento de la *Vida de Licurgo* de Plutarco. Si hemos de creer a Plutarco, a menudo los matrimonios tenían en Esparta un carácter curiosamente clandestino que resulta muy extraño según los criterios actuales, y que los antiguos consideraban justamente digno de ser comentado. Según la costumbre,

> se casaban por rapto con ellas, no pequeñas y sin edad para el matrimonio, sino cuando ya se encontraban en la flor de la vida y maduras. A la raptada la recibía la que se llama *nympheútria* [«criada de la esposa»] y le rapaba la cabeza; y, tras ataviarla con un manto de hombre y unas sandalias, la hacía reclinarse sobre una yacija de paja sola; sin luz. El novio, no borracho ni cansado, sino sobrio, por haber cenado como siempre en los *phiditia* [«comidas en común»], nada más entrar le afloja el cinturón y la traslada en brazos a la cama. Después de pasar con ella algún tiempo, no mucho, se iba con cautela para dormir junto a los demás jóvenes a donde antes solía hacerlo. Y, en adelante, se comportaba igual, pasando el día y descansando con los de su edad, y visitando a la novia a ocultas y con cuidado, lleno de vergüenza y temeroso de que se diera cuenta alguno de los de dentro; en tanto que la novia también se las ingeniaba y cooperaba a que ambos se reunieran en el momento adecuado y furtivamente. Hacían esto no poco tiempo, sino tanto que a algunos hasta les llegaban a nacer hijos antes de contemplar a la luz del día a sus propias esposas.
>
> Tal modo de reunirse no sólo era ejercicio de continencia y temperancia, sino que, además, les llevaba a la unión fecundos de cuerpo y siempre nuevos y frescos para el amor, y no hartos ni perdida la ilusión por las relaciones sin traba, sino que siempre se reservaban uno al otro algún residuo y rescoldo de deseo y de encanto...[29]

Aparte del matrimonio secreto, otra de las costumbres de las que tenemos noticia es la selección de pareja al azar que realizaban los escuadrones de potenciales esposas y maridos encerrados en un cuarto oscuro. En un sistema de endogamia (i. e., matrimonio dentro de un grupo restringido) aristocrática, la selección al azar del cónyuge es un síntoma de igualdad, pues una pareja es tan buena como cualquier otra. Como el único fin del matrimonio es la procreación, el matrimonio secreto o al azar permite a los cónyuges buscar otra pareja si la unión es infecunda. Parece que estas costumbres habían desaparecido ya en época clásica, si es que realmente se practicaron alguna vez. No obstante, la inexistencia del adulterio en Esparta siguió provocando muchos comentarios entre los no espartanos. Jenofonte habla también de varias prácticas que satisfacían los deseos particulares de hombres y mujeres y al mismo tiempo las aspiraciones eugenésicas del estado y su insaciable necesidad de ciudadanos:

> Por cierto, siempre que se daba el caso de que un viejo tenía por esposa a una joven, al ver [*sc.* Licurgo] que los de tal edad guardaban celosamente a sus mujeres, estableció una ley contraria a esa costumbre, pues obligó al anciano a atraerse a un varón cuyo cuerpo y espíritu él admirase, para que él procreara. Si alguien, a su vez, no quería cohabitar con su mujer, pero deseaba tener hijos dignos, en ese caso convirtió en legal lo siguiente: procrear con cualquier mujer que viese con buena prole y noble, si convencía a su marido.
>
> Sancionaba, además, muchas cosas semejantes, pues las mujeres quieren tomar a su cargo dos casas y los esposos sumar hermanos a sus hijos que participen de su linaje e influencia, sin hacerlos, en cambio, partícipes de su fortuna.[30]

Homosexualidad y pederastia

Los antiguos griegos no tenían la división binaria que la sociedad moderna suele imponer entre las personas calificadas de homosexuales y aquellas a las que se considera heterosexuales, y las relaciones homoeróticas no impedían que quienes las practicaban contrajeran un matrimonio heterosexual, con el que a menudo coexistían. La homosexualidad antigua se diferencia de la moderna en varios aspectos. El origen de muchas relaciones homoeróticas se encuentra en el sistema educativo. Las relaciones eróticas entre personas del mismo sexo eran consideradas potencialmente positivas desde el punto de vista pedagógico tanto entre hombres como entre mujeres, siempre y cuando la atracción física no fuese el elemento primordial. En el mundo griego, la norma era la educación por sexos separados, y los hombres y las mujeres de edad adulta realizaban a menudo la función de «maestros» o guías informales de los miembros más jóvenes de la comunidad. La desaprobación que suscitan en la actualidad las relaciones amorosas entre maestros y discípulos o entre mayores y menores de edad habría dejado boquiabiertos a los griegos, que consideraban el elemento erótico existente en la relación maestro-discípulo un elemento constructivo en la educación y crianza del joven. Se creía que la atracción que sentían los maestros por sus discípulos más jóvenes y hermosos tenía una utilidad social, pues animaba al maestro enamorado a esforzarse en educar a su discípulo, que a su vez encontraba un modelo a imitar en su pretendiente adulto, más sabio y perfecto que él. Esos discípulos normalmente eran adolescentes. Hoy día serían considerados niños por su edad y por lo tanto completamente inadecuados como objeto de las atenciones eróticas de un adulto, pero los griegos tenían otra forma de ver las cosas. Ese sistema de relaciones homoeróticas era evidente no sólo en el contexto de la

29. Plutarco, *Licurgo*, 14-15.

30. Jenofonte, *La república de los lacedemonios*, I, 7-10.

educación, sino en la vida en general. No está claro hasta dónde llegaba en realidad la actividad sexual propiamente dicha, pues numerosos intelectuales griegos que nos han dejado testimonios escritos de las costumbres sociales vigentes suelen sentirse incómodos al hablar del sexo y no dudan en hacer hincapié en el elemento cerebral de las relaciones amorosas entre personas del mismo sexo. Jenofonte, por ejemplo, al tiempo que pone de manifiesto la frecuencia de las relaciones homosexuales provistas de su correspondiente dimensión física, insiste en que no eran aceptadas en Esparta:

> Asimismo, me parece que se ha de tratar el tema del amor a los mancebos, pues también esto es cosa que atañe a la educación. Realmente, los demás griegos, o bien, como los beocios, varón y muchacho mantienen relaciones unidos bajo el mismo yugo; o bien, como los eleos, se aprovechan de los jóvenes a base de favores; hay también quienes impiden totalmente a los amantes tratar con los mancebos. Licurgo adoptó decisiones contrarias a todos ellos, y si alguien que fuese como debía ser, se prendaba del alma de un muchacho e intentaba convertirlo en un amigo intachable y mantener relaciones con él, lo elogiaba y tenía ésta por la mejor educación; en cambio, si era evidente que sentía atracción por su físico, lo consideraba muy deshonroso y estableció que en la ceremonia los amantes se apartaran de los muchachos, no menos que los progenitores se apartan de sus hijos o los hermanos de sus hermanas, en cuanto a los placeres del amor.
>
> No me extraña que algunos no crean esto, ya que en muchas ciudades las leyes no se oponen a la pasión por los muchachos.[31]

Nuestro conocimiento en torno a las relaciones homoeróticas existentes entre las mujeres es mucho menor, pero en su *Vida de Licurgo* Plutarco comenta que «este tipo de relaciones sexuales gozaban de una consideración tan alta que muchas mujeres respetables tenían efectivamente aventuras amorosas con muchachas solteras», y en los cantos de los coros femeninos (como el poema de Alcmán citado anteriormente) no se oculta en absoluto el elemento erótico.

Tanto para hombres como para mujeres, la relación con un individuo de su propio sexo comportaba la camaradería, el placer sexual, y el sentido de bienestar espiritual que muchos individuos de nuestra sociedad occidental asocian hoy día con el matrimonio. La homosexualidad estaba integrada en el sistema. El modelo idealizado de relación homófila preveía la concurrencia de un adulto y un adolescente y, por consiguiente, tenía una duración limitada. En el caso de los mancebos, se consideraba inapropiado continuar la relación una vez que al adolescente empezaba a crecerle la barba. No obstante, se producían algunas relaciones entre individuos de la misma edad que duraban toda la vida.

Demografía y economía de Esparta

Con la conquista de Laconia y Mesenia, los espartanos crearon una situación en la que nunca llegaron a constituir más de una pequeña porción —quizá una doceava parte— del total de la población del territorio. De ahí que, como suele ocurrir con las aristocracias gobernantes, se pensara que su número nunca era suficiente. Además, a diferencia de otros estados griegos, la ausencia del comercio y de la colonización limitaron

31. Jenofonte, *La república de los lacedemonios*, II, 12-13.

desde el primer momento el crecimiento de la población de Esparta, pues no tenía colonias a las que en un momento dado pudiera exportar la población a la que no estuviera en condiciones de sostener en el suelo patrio. La xenofobia limitó el número de la población espartana. A diferencia de los atenienses, por ejemplo, los lacedemonios nunca contrajeron matrimonio con extranjeros, ni admitieron a muchos nuevos ciudadanos de origen no espartano, aunque la desesperada situación provocada por la prolongada guerra contra Atenas durante el siglo V llamada habitualmente Guerra del Peloponeso les obligó a tomar algunas medidas excepcionales. En aquella emergencia, permitieron que algunos muchachos no espartanos que vivían en Lacedemón fueran adiestrados para servir en el ejército espartano, libertaron a algunos ilotas para que prestaran servicio militar, y nombraron a periecos para algunos puestos de mando. Algunas de estas medidas siguieron vigentes al término de la guerra y pervivieron hasta el período helenístico, cuando el problema de la población se agudizó todavía más.

La disminución de la población espartana

El modo de vida de los lacedemonios exacerbó la decadencia de la población. Esparta era el único estado griego en el que el infanticidio de los varones recién nacidos estaba institucionalizado. Además, muchas muertes pueden explicarse por la obligación que tenía el soldado espartano de mantenerse firme en su puesto y dar la vida por su país antes que rendirse incluso cuando la situación era claramente desesperada. Este ideal se veía reforzado por la presión de los compañeros, que cabría resumir en las máximas atribuidas a las espartanas, como aquella anécdota de una madre que, mostrando a su hijo el escudo, le dijo que volviera «o con él o sobre él». (Los caídos que no eran enterrados en el campo de batalla eran transportados hasta Esparta sobre su propio escudo.)

Esa reducción del número de espartanos fue gradual. Además de las altas tasas de mortalidad infantil y juvenil características de todo el mundo antiguo, el problema de Esparta se agravó debido a lo insólito de sus prácticas matrimoniales. Las mujeres se casaban a los pocos años de alcanzar la pubertad; las oportunidades de mantener relaciones conyugales eran escasas; los maridos estaban ausentes constantemente en la guerra o durmiendo con sus escuadrones mientras las mujeres estaban en el momento de máxima fertilidad; y por si fuera poco, ambos sexos realizaban con frecuencia prácticas homoeróticas de carácter no reproductivo. Como si todos estos obstáculos al mantenimiento de los niveles de población no fueran suficientes, algunas mujeres se negaban incluso a tener hijos. Los riesgos de la maternidad eran considerados análogos a los que debían arrostrar los soldados en el campo de batalla: como ya hemos dicho, los únicos espartanos considerados dignos de inscribir sus nombres en las lápidas funerarias eran las mujeres que morían de parto o los soldados caídos en el campo de batalla. Como las demás griegas, las espartanas probablemente tenían acceso a algunos anticonceptivos, por ejemplo al uso de hierbas, a los lavados con vinagre y agua, o a las barreras mecánicas fabricadas con vellones de lana empapadas de miel o aceite de oliva. El control de la natalidad suele ser entre las mujeres indicio de su elevado rango social, y Aristóteles probablemente tenga razón al afirmar que las mujeres espartanas controlaban las cuestiones domésticas, realizando tareas que constituían una parte significativa de los bienes de la familia.

El problema de despoblación de Esparta se vio también acelerado a veces por las catástrofes naturales, los problemas económicos y la emigración de los hombres. En la época arcaica había 9.000 varones espartanos. En 479, los ciudadanos varones eran ocho mil, cinco mil de los cuales participaron en la batalla de Platea. En ella, dice Heródoto que cada hoplita espartano iba acompañado de siete ilotas que prestaban servicio en las fuerzas de infantería ligera y realizaban trabajos humildes. Aunque probablemente estas cifras no sean exactas, nos dan una idea de la proporción de espartanos e ilotas que había en el ejército. En 464 un terremoto causó la muerte de numerosos espartanos. En la batalla de Leuctra (371) combatieron contra los tebanos aproximadamente setecientos espartanos, de los cuales cuatrocientos perdieron la vida. En 244 no había más de setecientos. En la época romana quedaban muy pocos espartanos capaces de realizar para los turistas sus antiguos rituales y pruebas de resistencia. No nos ha llegado ninguna noticia acerca de la cantidad total de mujeres que había en Esparta ni sobre el número relativo de mujeres respecto del de los varones.

Los ilotas y el sistema espartano

El sistema económico de Esparta tenía por objeto permitir a los ciudadanos dedicar todo su tiempo y sus energías a la defensa y la prosperidad de la polis. El estado se ocupaba de que siempre tuvieran todo lo necesario, sin lujo alguno, según los patrones de austeridad espartanos. Aunque los periecos, que realizaban negocios con el resto del mundo griego, utilizaban monedas de plata y oro, a los espartanos propiamente dichos sólo se les permitía usar monedas de hierro: esas pequeñas barras o espetones de hierro habían sido utilizadas originalmente en toda Grecia antes de la invención de la moneda. Los espartanos siguieron empleando el hierro hasta finales del siglo V, cuando se produjo una gran afluencia de oro y plata en el país tras ganar la Guerra del Peloponeso.

El objetivo de los varones era la igualdad económica, que, en realidad, significaba unos ingresos mínimos para todos, que les permitieran llevar el modo de vida espartano. Los espartanos se llamaban a sí mismos los *homoîoi* (los «iguales» o «del mismo *status*»). No obstante, como veremos luego, la igualdad económica era un ideal ilusorio. Cuando conquistaron Mesenia, su territorio fue dividido en nueve mil *klēroi* («partes») iguales. Cuando nacía un niño, el estado le asignaba una parte de esas tierras, que llevaban aparejado un grupo o una familia de ilotas. La institución del ilotismo se encuentra indisolublemente unida al sistema espartano, pues era imprescindible para que los hombres y mujeres de Esparta se vieran libres de la necesidad de producir o comprar su sustento.

El propietario de cada *klēros* tenía derecho a recibir una cantidad fijada de antemano del producto anual de los ilotas que lo trabajaban. Las obligaciones de los ilotas fueron variando, al parecer, con el paso de los siglos. Tirteo dice que eran aparceros y que estaban obligados a entregar a sus amos la mitad de su cosecha, pero Plutarco habla de una renta fija de 70 medidas de cebada por cada espartano y de 12 para su mujer, además de aceite y vino. Aunque no eran libres, los ilotas no eran como los esclavos de las demás ciudades griegas. Pertenecían al estado, no a los individuos particulares. Vivían en familias estables en la parcela que se les asignaba, y no podían ser vendidos fuera de Esparta. Aparte de su deber de proporcionar el sustento al propietario de la parcela, de prestar servicio en las tropas auxiliares, y de actuar como plañideros a la muerte de los reyes y de los magistrados, los ilotas no tenían ninguna obligación concreta con sus amos. Se les permitía vender en el mercado el excedente de su cosecha y acumular así algún dinero.

Para que no olvidaran nunca que estaban esclavizados, los ilotas eran sometidos cada año a un apaleamiento. Además estaban obligados a llevar un vestido primitivo y humillante que los identificaba de inmediato: entre otras cosas, pieles de animales y un gorro de cuero. Al hallarse sometidos al dominio de otros y vivir en su propio territorio, los ilotas no perdieron nunca el deseo de recuperar la libertad. Además, los servicios que prestaban en el ejército espartano les proporcionaban unos conocimientos muy útiles para desarrollar la lucha contra sus dominadores. En 464, algunos aprovecharon el terremoto que asoló Esparta para organizar una sublevación en el monte Itome que duró diez años. En 455 los espartanos acordaron dejar marchar a los rebeldes con la condición de que no regresaran nunca al Peloponeso. Los atenienses establecieron a muchos de ellos en Naupacto, en la parte septentrional del golfo de Corinto. Por fin, en 369, Mesenia recuperó su independencia con la ayuda de Tebas y otros enemigos beocios de Esparta.

El sistema del ilotismo diferenciaba claramente a Esparta de los demás estados griegos, haciendo de ella la única polis con un sistema económico dependiente por completo de la distancia geográfica y social que existía entre terratenientes y trabajadores de la tierra. Pese al predominio de la esclavitud en el mundo griego, en ninguna otra ciudad resultó tan decisivo para su supervivencia el trabajo de la clase más humilde. En otros estados, los habitantes del país ocupaban distintos lugares en una escala más o menos amplia de privilegios sociales; en Esparta, en cambio, existía una línea divisoria muy clara que separaba a los ricos de los pobres. Como observaba Critias, pariente de Platón, en ningún otro sitio los libres eran tan libres ni los esclavos tan esclavos. Además, aunque la agricultura continuó siendo la base de la economía doméstica en todo el mundo griego, habitualmente se desarrollaron otras formas de ganarse la vida; sólo en Esparta entre los grandes estados griegos, la agricultura siguió siendo la única base de la economía de los ciudadanos.

El sistema espartano supuso un experimento notablemente afortunado de lo que hoy día se llama ingeniería social. En realidad, pese a la ideología de igualdad entre los ciudadanos asociada a su polis, las desigualdades económicas no desaparecieron nunca. Muchos espartanos contaban sólo con su *klēros* para salir adelante, mientras que los más ricos, que poseían otras tierras además del *klēros*, podían permitirse, por ejemplo, el lujo de participar en la carrera de carros en los Juegos Olímpicos. Sin embargo, excepto entre los miembros de la familia real y en el pequeño grupo de los elegidos para el consejo de ancianos, el papel desempeñado por las diferencias económicas a la hora de determinar la condición social y el poder del individuo era menor en Esparta que en las demás polis griegas. Los espartanos se llamaban «los iguales» con razón. Ricos o pobres, todos ellos habían sobrevivido al mismo examen en el momento mismo de nacer, habían tenido que soportar el mismo entrenamiento, llevaban el mismo uniforme y luchaban codo con codo con las mismas armas en la falange.

El gobierno espartano

Al igual que su sistema social y educativo, el gobierno de Esparta fue muy admirado por sus contemporáneos. Estaba compuesto de elementos monárquicos, oligárquicos y democráticos: formaba parte del tipo de regímenes políticos que los teóricos de la política como Aristóteles llamaban constituciones mixtas. El conservadurismo espartano contribuyó a que no se abandonaran instituciones tradicionales como la monarquía y el consejo de ancianos cuando otras polis griegas ya las habían abolido, al tiempo que había disminuido la importancia del poder hereditario dentro del gobierno. Todavía en época romana, la multiplicidad de los órganos de gobierno y los cargos colegiados tenían por objeto que sus miembros se controlaran mutuamente e hicieran de contrapeso unos de otros, de modo que el peligro de que el gobierno actuara con demasiada rapidez o de forma excesivamente radical fuera mínimo.

La monarquía dual

El poder ejecutivo quedaba diluido al ser repartido entre dos hombres. A la cabeza del gobierno había dos reyes (*basileîs*). Cada uno pertenecía a una de las dos grandes familias, la de los Agíadas y la de los Euripóntidas. Probablemente este sistema es un reflejo de los esfuerzos por resolver las tensiones suscitadas cuando las aldeas se unieron para formar la ciudad de Esparta; quizá esos reyes fueran originariamente los jefes de las dos aldeas más poderosas. La sucesión era hereditaria y, por regla general, recaía en el primer hijo nacido tras la ascensión al trono del soberano. Cuando el matrimonio del rey no producía hijos varones, se instaba al monarca a que tomara otra esposa que contribuyera a garantizar la continuación de la línea masculina. Al margen de esas excepciones, y a pesar de las noticias acerca de las esposas compartidas con fines reproductivos, los espartanos, al igual que los demás griegos, eran monógamos. En ningún otro terreno queda tan patente como en la monarquía el valor de la ideología dual espartana de emulación y cooperación. Los dos reyes, que colaboraban y rivalizaban entre sí y que tenían la misma autoridad, permitían un control recíproco del poder de la monarquía. Además, de ese modo Esparta nunca carecía de líder y evitaba así lo que los griegos denominaban «anarquía» (ausencia de autoridad o de gobierno).

Como los *basileîs* de la Edad Oscura, los reyes de Esparta ejercían el poder militar, religioso y judicial; en muchos aspectos, su autoridad se parecía a la de los caudillos homéricos. Uno de los reyes actuaba como jefe supremo de las fuerzas armadas, mientras que el otro supervisaba los asuntos internos y asumía el mando militar en caso de que su colega muriera en acción. (Esta división del trabajo se produjo cuando la historia obligó a los espartanos a aprender la dura lección de que resultaba muy peligroso poner a los dos reyes al frente de una misma campaña. Heródoto habla de la crisis que se produjo poco antes del año 500 a. C., cuando el rey Demarato cambió de opinión y decidió no atacar a los atenienses, dejando solo a su colega Cleómenes cuando la batalla estaba a punto de comenzar. Por eso los espartanos aprobaron una ley en virtud de la cual un rey debía permanecer en Esparta mientras su colega estaba en campaña.)

Los reyes no eran meros testaferros, sino líderes importantes que contribuían a la eficacia militar del país. Considerados descendientes de Zeus por su hijo Heracles, los reyes ejercían la función de sumos sacerdotes y presidían todos los sacrificios públicos en nombre de Esparta. Sus interpretaciones de los auspicios sacrificiales influían en las decisiones que luego tomaban en los asuntos militares. Entre las compensaciones que para los reyes llevaba aparejado el desempeño de la función de sacerdote, estaba el suministro de animales para el sacrificio que cada dos meses se ofrecía a Apolo y, por consiguiente, el favor especial de los dioses. A los reyes se les entregaban las pieles de los animales sacrificados, y se les daba doble ración de la carne repartida entre los fieles. No consumían personalmente esa porción extraordinaria, sino que la regalaban, costumbre que refleja el sistema aristocrático común a todos los griegos consistente en ostentar y consolidar el propio poder mostrando signos de generosidad. Su suponía que debían también servir de ejemplo en el terreno moral. Así, el valor y el sacrificio del rey Leónidas y sus tropas, que en 480 a. C. obedecieron la orden dada por los espartanos de defender a toda costa las Termópilas frente a los persas, se hicieron legendarios y dignificaron aún más la imagen de imbatibilidad de los espartanos, aunque en la misma batalla lucharan heroicamente muchos otros griegos.

La gerousía

Los reyes compartían sus funciones judiciales con los demás miembros de la *gerousía*, el consejo de *gérontes* («ancianos»). Además de por los reyes, la *gerousía* estaba formada por veintiocho varones mayores de sesenta años, que ejercían su cargo con carácter vitalicio. Los sesenta años era también la edad a la que terminaba el servicio militar. Aunque eran elegibles todos los ciudadanos varones, los miembros de la *gerousía* solían ser personajes ricos e influyentes. Por consiguiente, la *gerousía* constituía un elemento aristocrático y oligárquico. La elección para la *gerousía* constituía el honor más alto al que podía aspirar un espartano. Los candidatos aparecían en un orden determinado por sorteo. Los vencedores eran elegidos por aclamación en la asamblea. Aquellos cuyo nombre provocaba un griterío mayor eran considerados elegidos, procedimiento que Aristóteles calificaría más tarde de «infantil». La *gerousía* disfrutaba de un derecho crucial, a saber, el de tomar la iniciativa legislativa: no podía presentarse ninguna propuesta a la asamblea sin haber sido discutida previamente en la *gerousía*, y además ésta podía negarse a admitir una decisión de la asamblea decretando simplemente su aplazamiento. Hacía también las veces de tribunal en los casos de homicidio, traición y otros delitos graves que comportaban la pena de pérdida de la ciudadanía, destierro o muerte.

Los éforos

Cada año, los espartanos elegían por aclamación a cinco éforos entre los candidatos mayores de treinta años. Los éforos («supervisores») vigilaban a los reyes y representaban el principio de legalidad, valiosísimo para los espartanos igual que para todos los demás griegos. Como los espartanos tenían leyes no escritas, resultaba particularmente útil disponer de unos funcionarios cuyo papel consistía en ejercer de perros guardianes de la justicia. No está claro cuándo nació el cargo de éforo: no aparece mencionado en la Gran Retra.

Los éforos juraban cada mes defender el puesto de los reyes siempre y cuando éstos se comportaran conforme a las leyes, y compartían con ellos algunos de sus poderes eje-

cutivos; pero tenían también la facultad de procesarlos y de deponerlos. Los éforos inspeccionaban a los reyes y siempre que uno de los soberanos salía de campaña, debían acompañarlo dos éforos. Presidían además la *gerousía* y la asamblea, y se encargaban de tratar con las legaciones extranjeras. Tenían también poderes judiciales en materias de derecho civil y en los casos relacionados con los periecos.

Uno de los éforos era siempre «epónimo», es decir, en Esparta se utilizaba su nombre para marcar el año. Por ejemplo, Tucídides data el tratado de 421 con la siguiente fórmula: «El tratado de paz entra en vigor bajo el eforato de Plístolas, el cuarto día antes del fin del mes (i. e., el 27) de Artemisio, y en Atenas bajo el arcontado de Alceo, el sexto día (i. e., el 25) antes del fin del mes de Elafebolión» (V, 19). Como medio de restringir el poder de los éforos, su mandato duraba sólo un año, no podían ser reelegidos, y estaban sometidos a un proceso de rendición de cuentas ante sus sucesores. De ese modo, constituían un elemento del gobierno de carácter democrático y oligárquico a la vez.

Los éforos ejercían un control absoluto sobre la educación de los jóvenes y les imponían la férrea disciplina de Esparta. Estaban al mando de la *krypteía* («policía secreta»), una fuerza reclutada entre los jóvenes y encargada de controlar a los ilotas. Este rasgo de su gobierno era exclusivo de Esparta, y no existía en ninguna otra ciudad griega, aunque el imperio persa disponía también de un complejo sistema de espionaje. Algunos jóvenes especialmente hábiles eran enviados al campo durante un año a espiar a los ilotas y eran invitados a matar a cualquiera de ellos que lograra capturar, sobre todo a los mejores o a los que fueran los más propensos a sublevarse. Los éforos declaraban la guerra a los ilotas cada año, haciendo posible de ese modo que cualquier espartano los matara sin incurrir en la contaminación religiosa que normalmente comportaban los actos de homicidio. Plutarco nos ofrece una vívida imagen de las actividades de la *krypteía*:

> Los jefes de los jóvenes, a aquellos que a primera vista eran inteligentes, los sacaban durante cierto tiempo al campo en cada ocasión de una forma distinta, con puñales y la comida indispensable, pero sin nada más. Ellos, durante el día, esparcidos por encubiertos lugares, se escondían y descansaban; y, por la noche, bajando a los caminos, mataban a cuantos ilotas sorprendían. A menudo metiéndose incluso en sus campos, daban muerte a los más recios y fuertes de aquéllos.[32]

La asamblea

Si atendemos a su composición, la asamblea era el órgano más democrático del gobierno espartano, pues pertenecían a ella todos los ciudadanos varones mayores de treinta años. Se reunía una vez al mes, coincidiendo con la luna llena, y lo hacía al aire libre. Sin embargo, a diferencia de la asamblea que llegó a existir en Atenas, en la de Esparta no se sostenían debates; los ciudadanos escuchaban las propuestas de la *gerousía* y se limitaban a votar si las aceptaban o las rechazaban, sin mayor discusión. Al espartano le enseñaban a obedecer a sus superiores y a mostrar su conformidad, no a tomar posición en el debate público. Se dice que Licurgo declaró ilícitos a los maestros de retórica. Este ethos es el que se oculta tras nuestro término

32. Plutarco, *Licurgo*, 28.

«lacónico» (derivado de Laconia), empleado para designar el estilo seco o a la persona que habla poco.

La constitución mixta de la antigua Esparta

Desde la Antigüedad, muchos teóricos de la política declararon su admiración por el gobierno espartano, por creer que confirmaba el principio básico de que la mejor garantía de estabilidad rádica en la mezcla de los elementos monárquicos, oligárquicos y democráticos. Desde luego Esparta tenía reyes, y la firme ideología de igualdad económica entre los ciudadanos varones fomentaba el espíritu igualitario. Pero a la hora de la verdad, el elemento oligárquico superaba considerablemente a los otros dos. El poder descansaba principalmente en la *gerousía*. Además, con el paso del tiempo, los cinco éforos fueron teniendo un poder cada vez mayor sobre los reyes y a menudo asumían la dirección y el diseño de la política exterior. Aun descontando al 95 % aproximadamente de los habitantes de Laconia que carecían de derechos políticos —periecos, ilotas y mujeres—, lo cierto es que incluso en el subgrupo de los ciudadanos varones, la participación en el gobierno se hallaba limitada a un puñado de hombres, en su mayoría ricos.

ESPARTA Y GRECIA

Durante el siglo VI Esparta se vio envuelta repetidamente en la política de otros estados griegos, casi siempre con el fin de derrocar alguna tiranía. Filosóficamente esa hostilidad se debía a la aversión que sentían los lacedemonios por cualquier gobierno innovador y anticonstitucional. Además, los tiranos eran apoyados habitualmente por los pobres, y a cambio de ese apoyo no dudaron en fomentar las economías no agrícolas de las ciudades y las adornaron con numerosas obras públicas. Esta estructura de poder y el modo de vida urbano eran justamente la antítesis del ethos espartano, y resulta comprensible que los lacedemonios, que nunca llegaron a desarrollar un centro urbano, intentaran aliarse en otras ciudades con personajes que, como ellos, constituían una aristocracia terrateniente. De vez en cuando, naturalmente, los intereses personales primaban sobre los principios: al poco tiempo de ayudar a los atenienses a deshacerse del tirano Hipias en 510 a. C., los espartanos intentaron infructuosamente poner a otro político, Iságoras, al frente de una oligarquía que les fuera favorable. (Fue en aquella ocasión cuando Demarato abandonó a Cleómenes.)

La Liga del Peloponeso

Hasta la conquista de Grecia por los romanos, Lacedemón nunca se vio sometida al dominio de nadie más que los espartanos. Durante el siglo VII, Esparta intentó extender sus dominios por el norte a expensas de Arcadia y de Argos con una suerte cambiante. Tras la derrota de Argos en 546 a. C., Esparta se convirtió en el estado más poderoso no sólo del Peloponeso, sino de toda Grecia. Excepto con Mesenia, Esparta procuró establecer con los demás estados del Peloponeso unas relaciones de alianza y no de con-

quista. Poco a poco, Esparta había alcanzado una posición hegemónica. El primer aliado importante de los lacedemonios fue Élide; esta alianza se produjo a cambio del apoyo prestado por Esparta a los eleos cuando hacia 570 éstos intentaron hacerse con el control de los Juegos Olímpicos, tan importantes como lucrativos. Finalmente, hacia 510-500, se creó la organización de «Esparta y sus aliados» o «la Liga del Peloponeso», como suelen llamar los historiadores modernos a la alianza encabezada por Esparta. Formaban parte de la Liga todos los estados del Peloponeso excepto Argos y Acaya, y también algunas ciudades importantes situadas fuera de la península como, por ejemplo, Tebas. Una de las primeras acciones conjuntas de la Liga fue la derrota que infligió a Argos en la batalla de Sepea en 494. Como el poder de Esparta dependía de sus hoplitas, la pertenencia a la Liga de ciudades como Corinto, Egina y Sición, que poseían cada una su flota, resultaba particularmente valiosa para su defensa. Semejante alianza protegía a los lacedemonios de los invasores extranjeros, que no sólo habrían supuesto una amenaza para la propia Esparta, sino que además habrían podido alentar la rebelión de los ilotas. El objetivo de la Liga era la protección mutua. Cada estado debía contribuir con tropas en caso de guerra y juraba «tener los mismos amigos y enemigos y seguir a los lacedemonios adonde los llevasen». La Liga no era un imperio, sino una alianza; no se pagaba tributo alguno, excepto en tiempos de guerra. Además, Esparta no dictaba la política de la organización y, por ejemplo, no podía obligar a sus miembros a ir a la guerra si éstos se oponían a ella.

El gobierno de la Liga era bicameral, y estaba formado por la asamblea de los espartanos y el congreso de los aliados, en el que cada estado tenía un voto. Sólo los lacedemonios podían convocar una reunión de la Liga y sólo ellos ejercían como generales de sus fuerzas armadas. La propia fama de excelencia en el terreno militar que tenía Esparta, así como la existencia de la Liga —la alianza militar más poderosa del mundo griego a comienzos del siglo v— hicieron de Esparta el líder de los griegos en la guerra contra los persas. Muchos extranjeros, entre ellos los lidios, los escitas y los griegos de Jonia solicitaron la alianza de los espartanos en sus luchas contra los persas. La Liga siguió existiendo hasta 360 aproximadamente, cuando Corinto y otros estados miembros se vieron obligados a abandonarla tras la derrota de Esparta por los tebanos.

Los miembros de la Liga estaban unidos por tratado sólo a Esparta, pero entre ellos no existía lazo alguno. Aunque llegada la ocasión podían ponerse a la altura de las circunstancias y unirse para defensa mutua en momentos de crisis, como ocurrió cuando Persia invadió Grecia poco después del año 500 a. C., en general los estados griegos nunca desarrollaron realmente lazos de amistad. Por consiguiente, a los miembros de la Liga del Peloponeso no les preocupaba excesivamente la prosperidad de sus socios; a los espartanos les interesaba tener ayuda en caso de sublevación de los ilotas y apoyo en sus constantes diferencias con Argos, y a los otros estados les interesaba la garantía de protección de Esparta. Pero el grado de poder del que gozaban realmente los demás miembros de la Liga aparte de los lacedemonios dependía en buena parte de cuánto los necesitara Esparta. Así, por ejemplo, Corinto era un socio muy apreciado, porque poseía una flota, y la inquina de los corintios contra los atenienses desempeñaría un papel importante en la funesta decisión que tomó la Liga de declarar la guerra a Atenas en 432 a. C.

El cambio histórico en Esparta

Como no existen testimonios del funcionamiento de la comunidad espartana descrita por Plutarco, y Jenofonte afirma que en su época las leyes de Licurgo ya no estaban en vigor, debemos admitir la posibilidad de que algunos elementos de la legislación de Licurgo fueran observados sólo durante poco tiempo, o bien de forma parcial, o que no lo fueran en absoluto. En pleno siglo xx hemos visto más de un ejemplo de fracaso de distopías o utopías totalitarias similares. Uno de los motivos por los que resulta difícil seguir el rastro de la evolución histórica de Esparta es la opinión fundamentalmente negativa de los cambios que tenían los griegos. Eran muchos los que compartían con los espartanos el rechazo de los cambios y que los asociaban no con el progreso, sino con la decadencia. En consecuencia, buena parte de las noticias que han llegado hasta nosotros acerca de los cambios experimentados por la sociedad espartana son lamentaciones por la desaparición de los tiempos virtuosos de Licurgo, o afirmaciones de que Esparta no cambió durante siglos. Naturalmente, este tipo de testimonios resultan sumamente sospechosos. Los historiadores modernos siguen el modelo general trazado por Aristóteles, según el cual la sociedad espartana experimentó cambios radicales con el paso del tiempo, y datan la «normalización» o la pérdida de su singularidad a finales del siglo v. Podemos observar esa transformación en el comportamiento público de los varones espartanos, pero no está ni muchos menos claro que la vida de las mujeres cambiara esencialmente, pues, como señala Aristóteles, las mujeres nunca se sometieron por completo al sistema de Licurgo.

No obstante, algunos cambios son perfectamente perceptibles. Un terreno en el que las transformaciones son evidentes es el de la posesión de la tierra. La tierra era el bien más preciado en el mundo antiguo. En Esparta existían dos sistemas de posesión de la tierra, uno público y otro privado. Cuando un hombre moría, su *klēros* revertía al estado y era asignado a un niño espartano, que no tenía por qué estar emparentado necesariamente con su anterior poseedor. A finales del siglo v o comienzos del iv, un tal Epitadeo propuso abolir el sistema de Licurgo que regulaba la propiedad pública. A partir de ese momento, cualquiera podía regalar su *klēros* y su casa a quien quisiera, o legársela por testamento. Esta innovación echó por tierra el ideal de igualdad económica y, en último término, provocó la concentración de una enorme cantidad de riqueza en manos de unos pocos. El cambio produjo una subclase de espartanos empobrecidos que no podían cumplir con los requisitos económicos exigidos a los ciudadanos de pleno derecho, pues no podían aportar la cantidad necesaria de comida para el *sýssition*. Dejaban entonces de ser «iguales», y pasaban a ser llamados los «inferiores».

Durante la época clásica (si no antes), además de las tierras asignadas para ser repartidas en calidad de *klēroi*, había tierras de propiedad privada. Aunque probablemente las mujeres se hallaran excluidas de los repartos de *klēroi*, poseían una cantidad de las tierras de propiedad privada mucho mayor que las mujeres de otras ciudades griegas. La tierra pasaba a manos de las mujeres a través de la dote y por herencia. Parece verosímil que antes de que se introdujera la libertad de legar la tierra en herencia, las hijas heredaran ya la mitad de los bienes raíces que recibían los hijos varones. Naturalmente había familias que tenían hijas, pero no hijos. Esparta adoleció siempre de falta de varones, pues en el campo de batalla siempre caía alguno, otros abandonaban Esparta para servir como mercenarios, o no cumplían con los requisitos censitarios para disfrutar de los derechos de ciudadanía plenos. Además, aunque se practicó sistemática-

mente el infanticidio de niños varones, no parece probable que se eliminara a las niñas de ese modo. Plutarco, que nos ofrece numerosos detalles acerca del exterminio oficial de niños varones, no dice nada de las niñas, aunque su interés por la crianza de éstas es notable. Si nuestra deducción es correcta, todos estos factores probablemente crearan un grave desequilibrio en la proporción de uno y otro sexo. Una mujer podía llegar a heredar todas las tierras de su padre, y de ese modo muchas llegaron a ser extraordinariamente ricas. Por eso la afirmación de Aristóteles en el sentido de que en su época las mujeres poseían dos quintas partes de las tierras de Esparta resulta bastante creíble.

El espejismo espartano

La admiración que autores como Jenofonte o Plutarco sentían por la sociedad espartana los llevó a exagerar su carácter monolítico, minimizando todo lo que se apartara de los ideales de igualdad y oscureciendo los distintos tipos de cambio histórico. A su vez, esa perspectiva hizo que el caso de Esparta resultara sumamente interesante a otros pensadores de época posterior, en opinión de los cuales una sociedad estática ofrecía una estabilidad de la que carecían los estados más dinámicos (como, por ejemplo, la Atenas democrática). Luminarias del Renacimiento italiano como Maquiavelo preferían, al parecer, la estabilidad de Esparta a la mudanza de Atenas. El culto por Esparta llegó a su punto culminante en el siglo XVIII, época en la que, no por casualidad, la popularidad de Plutarco fue en todo momento enorme. El filósofo y teórico de la educación Jean-Jacques Rousseau calificó apasionadamente a Esparta de «república más de semidioses que de hombres», y muchos de los patriotas que participaron en la Revolución Francesa se inspiraron conscientemente en los espartanos de la Antigüedad, emulando su disposición a ofrecer su vida por una buena causa.

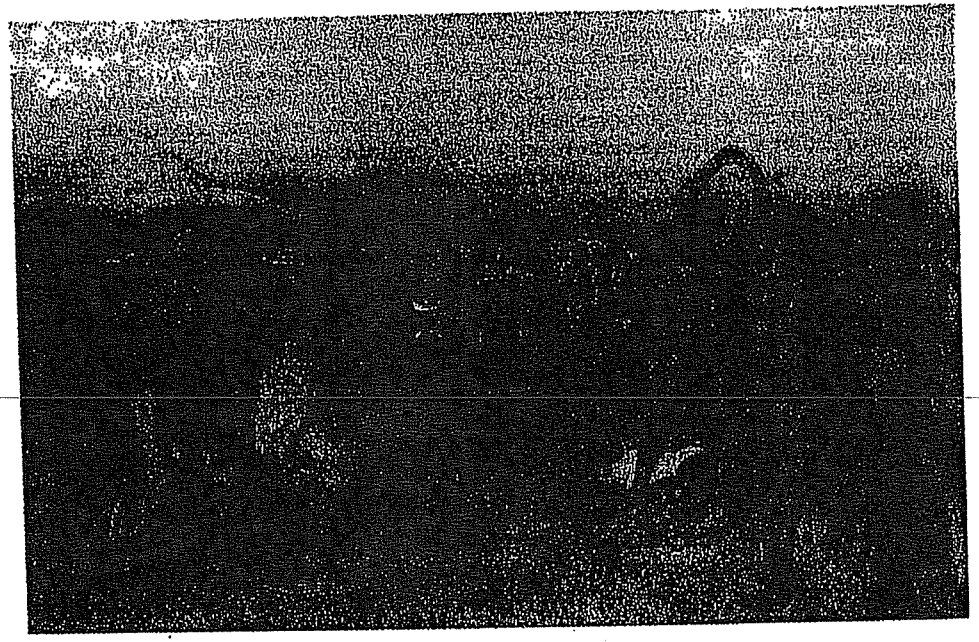


FIGURA 4.4. Hilaire Germain Edgar Degas, «Jóvenes espartanos».

La idealización de Esparta en el pensamiento político moderno debe también mucho a Platón. Ya en la Antigüedad, Esparta era considerada «el otro» de Atenas y su democracia, pues los intelectuales contrarios a Atenas exageraron las diferencias existentes entre ambas sociedades. En sus obras, Esparta se convirtió prácticamente en una utopía, en un paraíso de la *eunomía*, palabra griega que significa «gobierno basado en buenas leyes». El ejemplo más dramático de este concepto probablemente lo tengamos en el modelo de estado utópico que aparece en la *República* de Platón, en el que aparecen muchos rasgos de esa Esparta idealizada. Resultan evidentes, por ejemplo, en la descripción que hace Platón de la vida de sus reyes filósofos, los «guardianes». Fundamentales en ambos sistemas sociales son el comunismo y el dominio totalitario. Las mujeres y los hombres de la clase más alta reciben la misma educación, en la que ocupa un lugar destacado la preparación física. La familia y el destacado papel que en ella tienen la monogamia de la mujer y la transmisión de los bienes a los herederos varones legítimos son eliminados entre los guardianes de Platón. Las relaciones sexuales se hallan dominadas exclusivamente por las consideraciones eugenésicas. Las guardianas no tienen obligación de realizar labores domésticas, pues los miembros de las clases inferiores se encargan de los trabajos que habitualmente realizaban las mujeres griegas. La única tarea relacionada con su sexo a la que están obligadas es dar a luz a los hijos. El matrimonio queda abolido, pues el estado se encarga de educar a todos los niños. Quedan prohibidos asimismo la propiedad privada y el dinero, para que desaparezcan las envidias y los conflictos de clase que constantemente amenazaron con destruir el edificio de la sociedad griega.

La controversia en torno a Esparta y sus críticos, antiguos y modernos, ha seguido viva hasta hoy día. Durante los últimos 2.400 años, historiadores y filósofos han propuesto teorías que varían radicalmente unas de otras, aunque se basan en interpretaciones distintas de los mismos textos. Los lectores reaccionan de forma muy distinta frente al verdadero alud de anécdotas antiguas conservadas que contienen la quintaesencia del ethos espartano. Muchas de ellas aparecen recogidas en las *Máximas de mujeres espartanas* de Plutarco. Una mujer enterraba a su hijo, refiere este autor, cuando una anciana se le acercó a darle el pésame: «¡Oh mujer, qué mala suerte!» A lo que la otra respondió: «No, por los dos dioses, sino buena; pues lo alumbré para que muriera por Esparta y esto ha sucedido». Otra mujer, al ver que su hijo se acercaba después de la batalla, y enterarse de que todos los demás habían muerto, cogió una teja, se la tiró y lo mató, diciendo: «¿A ti, pues, te enviaron a nosotras como mensajero de malas noticias?»

La idea de un pueblo cuya reacción ante los estímulos es justamente la contraria de lo que parecería dictar la naturaleza humana ha ejercido una fuerte impresión en la imaginación de los hombres. Todavía en el siglo XX, los críticos de la sociedad capitalista occidental han idealizado a los espartanos y los han considerado un pueblo virtuoso y patriota, fruto de una sociedad no capitalista estable. Durante los últimos años, sin embargo, los amantes de la libertad individual y de la movilidad social han visto en Esparta a una precursora de regímenes totalitarios tales como el de la Alemania nazi, y de

hecho algunos nazis se identificaron con ella. Por otra parte, el modelo del comunismo del siglo XX tiene muchas afinidades con la utopía espartana. Pero incluso más recientemente ha vuelto a aparecer la vieja idealización de Esparta en las obras de algunas teóricas del feminismo que han visto que la vida de la mujer en la aristocrática Esparta era, al parecer, más agradable y en muchos sentidos preferible a la de las mujeres de la Atenas democrática.

Aunque Atenas era una ciudad griega tan poco típica como Esparta, el análisis conjunto de las dos polis constituye una forma muy útil de entender la concepción de la vida de los antiguos griegos. Pasemos ahora a examinar Atenas.

Capítulo 5

EL DESARROLLO DE ATENAS Y LAS GUERRAS MÉDICAS

Durante el período arcaico, los atenienses tuvieron que enfrentarse a los mismos problemas que afectaron a las demás ciudades-estado griegas: las luchas de facciones entre las familias aristocráticas, las tensiones entre los aristócratas y el pueblo, y la tiranía. Hacia 500 a. C. la mayoría de esos problemas estaban ya resueltos. El último tirano había sido expulsado, Atenas tenía un gobierno democrático, y la *stásis* aristocrática había quedado confinada prácticamente a la rivalidad por la obtención de los cargos públicos y a los intentos de persuadir a la asamblea democrática. Debido a la armonía relativa reinante en ella, a su prosperidad, y al volumen de su población, Atenas se había convertido en la segunda polis más poderosa de Grecia y estaba destinada a desempeñar un papel decisivo en la gran guerra que estaba a punto de comenzar. Y es que mientras habían ido desarrollándose las ciudades-estado griegas, el imperio persa se había convertido en una ambiciosa potencia que con el tiempo llegaría a amenazar con apoderarse del mundo helénico. El poderío de Atenas sería fundamental para la defensa de Grecia frente a las invasiones lanzadas por los reyes de Persia Darío y Jerjes.

Fuentes para la Atenas primitiva

Las fuentes escritas para la historia de la Atenas primitiva son casi tan escasas como las que existen para Esparta y para otros estados griegos. El primero que puso por escrito la historia de los atenienses fue, al parecer, Helanico de Lesbos, nacido en torno al año 500 a. C. y el primero de una serie de cronistas llamados atidógrafos, esto es, autores de obras sobre Atenas. (Los demás atidógrafos fueron atenienses y sus obras datan de los siglos IV y III a. C.) A los fragmentos conservados de los atidógrafos podemos añadir el valioso tratado titulado *La constitución de los atenienses*, escrito por Aristóteles (384-322 a. C.) o por uno de sus discípulos, así como las biografías de personajes

antiguos como, por ejemplo, Teseo y Solón, debidas a la pluma de Plutarco, que utilizó fuentes en la actualidad desaparecidas. Aristóteles, Plutarco y otros autores tardíos conservan asimismo fragmentos bastante extensos de la poesía de Solón, el gran político y legislador ateniense. Los poemas de Solón, escritos aproximadamente a comienzos del siglo VI, constituyen el testimonio directo más antiguo de que disponemos para la sociedad ateniense en un momento crucial de su historia. Las obras de Heródoto y Tucídides, aunque tratan sobre todo de acontecimientos del siglo V, contienen también valiosas informaciones sobre la Atenas primitiva.

Atenas desde la Edad del Bronce hasta la época arcaica primitiva

La combinación de los testimonios literarios y los restos materiales demuestran que durante el Bronce Reciente Atenas era el asentamiento más grande y más importante de la península del Ática y uno de los mayores centros palaciales del mundo micénico. Es probable también que fuera la primera potencia del Ática y que ejerciera un vago control sobre los otros centros palaciales fortificados de la región, que, no obstante, seguían siendo en gran medida independientes del *wánax* de Atenas y de su palacio situado en la abrupta colina de la Acrópolis. La tradición según la cual las invasiones de finales del siglo XIII a. C. dejaron intacta a Atenas se ve confirmada por la arqueología. Quizá las montañas que separan el Ática de la Grecia central —el Citerón, el Parnes, y otras— desanimaran a los invasores que se extendieron por el resto del sur de Grecia. Como veíamos en el Capítulo 1, las leyendas decían que el Ática se convirtió en puerto de salvación y punto de partida hacia Jonia para los refugiados provenientes del sur de Grecia. Si la historia sobre los refugiados aqueos es cierta (las opiniones modernas están divididas), éstos habrían encontrado en el Ática la misma decadencia de la estructura de poder centralizada, la misma grave despoblación y la misma dispersión en pequeñas comunidades rurales que en las regiones de las que provenían.

La recuperación de la miseria que siguió a las invasiones es proclamada por la aparición de la cerámica protogeométrica, invención, al parecer, ateniense, en torno al año 1050 a. C. La cerámica ateniense seguiría marcando el estilo de la del resto de Grecia durante toda la Edad Oscura. La Atenas de esta época, a pesar de haber quedado reducida a un conglomerado de aldeas apiñadas alrededor de la Acrópolis, siguió siendo ininterrumpidamente la principal población del Ática. Es probable que hacia el año 900 a. C., si no antes, el basileus de Atenas fuera el basileus supremo de todo el demos del Ática. La aparición durante el siglo IX de ricos enterramientos revela un incremento considerable de la prosperidad y del comercio ultramarino durante la última fase de la Edad Oscura. La población que vivía alrededor de Atenas aumentó de forma notable durante el siglo VIII y aparecieron nuevos asentamientos por todas las zonas rurales del Ática, hasta entonces poco pobladas, quizá a consecuencia de una «colonización interna» procedente de la llanura de Atenas.

Curiosamente, Atenas no participó en el movimiento de colonización en ultramar de finales del siglo VIII. El sinecismo de las pequeñas ciudades y aldeas del Ática para formar una unidad política bajo la hegemonía de Atenas probablemente constituyera un proceso gradual debido a la gran extensión de la región (unos 1.500 quilómetros cuadrados), iniciado tal vez a finales del siglo IX y completado más o menos a mediados del VIII. Los atenienses atribuían la unificación del Ática a su gran héroe Teseo, al que

los mitos relacionaban con un compañero, el héroe dorio Heracles (el Hércules de los romanos). Las aventuras de Teseo con Heracles y sus hazañas en solitario, como por ejemplo la derrota del Minotauro de Creta y de las Amazonas (guerreras legendarias oriundas de Asia), fueron consagradas por el arte y la literatura de Atenas. Según esa versión ateniense del sinecismo, Teseo, basileus de Atenas y caudillo supremo del Ática, creó una unidad política por aclamación, aboliendo los gobiernos de las otras ciudades y aldeas e instaurando un gobierno único con sede en Atenas. Más tarde, la unificación del Ática sería celebrada en el curso de unas fiestas llamadas las Sinecias, instituidas, según se creía, por Teseo. La propaganda democrática le atribuía también el establecimiento de una forma primitiva de democracia en la polis recién unificada de los atenienses. Al convertir a Teseo en fundador de la polis, los atenienses no hicieron más que seguir la costumbre habitual entre los griegos de atribuir los hechos importantes de la época anterior al desarrollo de la escritura a algún gran personaje del pasado legendario. (Los espartanos, como hemos visto, atribuían sus leyes y sus instituciones militares y políticas a un primitivo legislador semimítico, Licurgo.) Pero la tradición de que la unificación formal de la región fue voluntaria y se basó en la cooperación de todos, probablemente sea verídica. Y es que a los habitantes del Ática les gustaba creer que eran autóctonos (i. e., surgidos de la tierra) y que por consiguiente habían vivido siempre en el Ática y estaban unidos por lazos de parentesco.

En cualquier caso, es absolutamente seguro que a finales del siglo VIII todas las pequeñas ciudades, aldeas y poblados del Ática se consideraban a sí mismos «atenienses», y nunca se produjo el menor intento por parte de ninguno de ellos de declararse una polis independiente, como sucedió en la Argólide y en otras regiones. Tampoco hubo nunca en el Ática, como sucedía en los estados dorios, una población sojuzgada de ilotas, ni colectivos de ciudadanos de segunda, como los periecos. El ejercicio de la ciudadanía en una región tan vasta como el Ática planteaba problemas de tiempo y de traslado, a los que no tenían que enfrentarse los ciudadanos de las polis regionales más pequeñas. Pues, aunque cualquier ciudadano de cualquier pequeña ciudad del Ática podía participar en el gobierno de la polis en pie de igualdad con los residentes de la propia Atenas, la realidad es que a las personas cuyas comunidades se hallaban más cerca de la capital les resultaba más fácil votar que a las que vivían en zonas más apartadas. Un agricultor que viviera, pongamos por caso, a unos quince quilómetros de la ciudad tendría que perder verosímilmente unas tres horas de su jornada en trasladarse a pie hasta Atenas y otras tres en volver, mientras que un individuo que viviera a unos veinticinco o treinta quilómetros probablemente habría tenido que pernoctar en la capital. Aunque muchos se sintieran atraídos por el estímulo de vivir directamente en Atenas, la mayoría siguió viviendo en las tierras que habían pertenecido a su familia durante generaciones. Cuando en 431 a. C. se inició la Guerra del Peloponeso y Pericles aconsejó a la población de toda el Ática que se refugiara tras los muros de Atenas, la mayor parte de la gente, según dice Tucídides (II, 16), acostumbrada a vivir en el campo, consideró el traslado sumamente penoso.

El primitivo gobierno de la polis ateniense fue estrictamente aristocrático. Sus comienzos, sin embargo, son muy oscuros. Probablemente fuera a finales del siglo VIII cuando los caudillos del Ática sustituyeron el cargo de basileus supremo por tres magistrados civiles que se repartieron entre sí el poder y recibieron colectivamente el nombre de arcontes, esto es, «las autoridades». Como ocurrió en otras ciudades-estado, el viejo título de *basileús* siguió vivo; las obligaciones oficiales de este magistrado eran admi-

nistrar los cultos de la polis y ver los procesos judiciales relacionados con asuntos cultuales y religiosos. El *polémarchos* (*polémarchos*) era el jefe supremo del ejército ateniense, compuesto por unidades procedentes de toda el Ática. El cargo principal, que comportaba el mayor prestigio y poder, era el de arconte, *árchōn*, encargado de supervisar todos los asuntos públicos, y, entre otras, tenía la obligación de presidir el consejo y la asamblea y juzgar los asuntos de carácter no religioso. Se le llamaba arconte epónimo porque daba el nombre al año: para datar un determinado año los atenienses decían «durante el arcontado de fulano». Posteriormente (quizá a comienzos del siglo VII), se añadieron otros seis magistrados judiciales llamados *thesmothétai* («instauradores de las normas»), que dieron lugar a la formación del colegio de los «nueve arcontes». Los nueve arcontes eran elegidos por un año entre una serie de candidatos pertenecientes al pequeño círculo de familias ricas y conocidas llamadas los Eupátridas («los de buenos padres»).

Los arcontes no gobernaban solos. Actuaban más bien en concordia con el consejo, que se reunía en la colina (*págos*) consagrada al dios de la guerra, Ares, y que por eso se llamaba Consejo del Areópago. Como el consejo estaba formado por los antiguos arcontes, los individuos que ocupaban este cargo y a los que la brevedad del mismo auguraba toda una vida de pertenencia al consejo, probablemente se lo pensaran dos veces antes de desoír sus opiniones. Además, los ciudadanos varones eran miembros natos de la asamblea del pueblo, pero se desconoce el papel que ésta desempeñaba en el gobierno, al igual que el que en ella tenían los hombres humildes de la polis; Aristóteles afirma en su *Política* (II, 1247a 1-2 y 15-17) que la asamblea elegía a los arcontes. Lo que está claro es que la política se cocinaba fundamentalmente en el consejo y que los encargados de llevarla a cabo eran los miembros de las familias aristocráticas, los Eupátridas.

Junto a estas instituciones políticas oficiales había otras formas de organización social que dirigían las vidas de los ciudadanos. Como en el resto de Grecia, también en el Ática las unidades sociales básicas —las diversas familias (*oîkoi*)— se agrupaban en asociaciones de parentesco más amplias: tribus, fratrías, y estirpes. Por desgracia, se sabe muy poco de ellas, y en particular de cuál era su forma primitiva. Los testimonios mejores que poseemos corresponden a Atenas. En el Ática, cada familia ciudadana pertenecía a una de las cuatro «tribus» (*phylai*) y a una división más pequeña de las mismas llamada fratría («hermandad»). Como todos los pueblos jonios tenían las mismas cuatro tribus, se supone que éstas surgieron al comienzo de la Edad Oscura. Es probable que en la ciudad-estado primitiva constituyeran divisiones políticas y militares: por ejemplo, cada tribu habría sido responsable de suministrar un determinado contingente de hombres al ejército. La fratría quizá fuera originariamente una «hermandad de guerreros», que sería otro nombre de las bandas de guerreros encabezadas por los caudillos de la Edad Oscura que vemos en Homero. En el siglo VII, sin embargo, las fratrías se habían convertido ya en grupos sociales cuasi-oficiales encargados de las cuestiones relacionadas con la familia y los orígenes familiares. La pertenencia a una fratría, por ejemplo, constituía la prueba imprescindible para ser ciudadano ateniense; en caso de homicidio involuntario, los miembros de la fratría de la víctima estaban obligados a apoyar a la familia de ésta o, si la víctima carecía de familia, a ocupar su lugar en la vista del caso. Las «estirpes» (*génē*), como veíamos en el Capítulo 3, eran asociaciones de diversas familias nobles dominadas por un *oîkos* supremo que afirmaban descender de un antepasado común. Es posible que algunas familias no nobles pertenecieran también a un *génos* en calidad de subordinadas. Esas estirpes aristocráticas fueron muy poderosas políticamente en la Atenas arcaica. Muchos especialistas creen que en la ciudad-estado primitiva cada fratría estaba dominada de hecho por uno o más *génē*. Éste es el marco de dominación oligárquica de la polis en el que se desarrollaron los acontecimientos de los siglos VII y VI.

La conjura de Cilón

Son pocos los acontecimientos concretos de la historia primitiva de Atenas que nos permiten conocer los testimonios dispersos que poseemos, pero la segunda mitad del siglo VII vino marcada por dos sucesos dramáticos, relacionados a todas luces con algún tipo de disturbios. Aproximadamente en 632 a. C. o quizá en ese mismo año, un individuo llamado Cilón que había obtenido una victoria en los Juegos Olímpicos aprovechó su relación con Teágenes, tirano de la vecina Mégara (con cuya hija se había casado), para apoderarse de la Acrópolis e intentar convertirse en tirano de Atenas. Cilón y sus partidarios —megarenses y atenienses— no tardaron en ser sitiados en la Acrópolis por los valerosos labradores hoplitas del Ática, por lo que resolvieron refugiarse en el altar de Atenea. Cilón y su hermano escaparon, pero, cuando sus partidarios vieron que empezaban a escasear los víveres y el agua, se entregaron a los nueve arcontes con la promesa de que sus vidas serían respetadas. Como no estaban seguros de que los arcontes mantuvieran su promesa, los conspiradores —cuenta la leyenda— ataron una cuerda a la estatua de la diosa, y bajaron descolgándose por ella; de ese modo esperaban seguir contando con la protección de Atenea. Cuando la cuerda acabó por romperse, el arconte Megacles y sus partidarios los mataron. Muchos pensaron que Megacles había cometido un sacrilegio y al poco tiempo todos los miembros de su estirpe fueron desterrados, incluso los muertos, cuyos restos fueron exhumados y arrojados fuera de las fronteras del Ática.

Aunque el golpe de estado de Cilón fracasó y su programa político sigue siéndonos desconocido, el episodio tendría un destacado papel en la historia futura de Atenas, debido a la importancia de la familia de Megacles. La estirpe de los Alcmeónidas daría a Atenas grandes políticos, entre ellos Pericles, el estadista más ilustre de finales del siglo V. Las propuestas planteadas periódicamente —en general por motivaciones políticas— de que se expulsara a todos los miembros de la estirpe «maldita» podrían interpretarse como un intento de convulsionar todo el sistema político de Atenas. Es evidente que muchos creían que toda la familia era responsable de los actos de uno de sus miembros, y que los dioses podían atribuir a todo el estado la impiedad de un solo individuo. Esta creencia en la responsabilidad colectiva es típica del pensamiento griego, pero aunque los sentimientos auténticamente religiosos y el temor a la contaminación probablemente desempeñaran un papel importante en el primitivo destierro de los Alcmeónidas, los ataques que sufrieran con posterioridad vendrían determinados por las rivalidades existentes entre las diversas facciones aristocráticas y no por estallidos sinceros de piedad.

Dracón y la primitiva legislación ateniense

Bastante más es lo que se conoce acerca del otro drama, esto es, la formulación de un conjunto de leyes realizada por un individuo, por lo demás desconocido, llamado Dracón en torno a 620 a. C. Como la palabra *drákōn* significa en griego «serpiente» y los

atenienses veneraban a una serpiente sagrada que había en la Acrópolis, una y otra vez se ha planteado la tesis de que las leyes de «Dracón» eran en realidad las leyes formuladas por los sacerdotes de la Acrópolis y puestas en vigor por la autoridad de la serpiente. No obstante, parece más probable que Dracón fuera el nombre de un personaje real; si en Gran Bretaña puede elegirse a un político llamado, por ejemplo, Mr. Fox («Sr. Zorro»), ¿por qué no admitir la existencia de un Sr. Serpiente en Atenas?

Casi todo lo que sabemos acerca de las leyes de Dracón tiene que ver con el homicidio. La finalidad de dicha legislación era sustituir a la familia y el parentesco por el estado como árbitro de la justicia en los casos de homicidio voluntario e involuntario. (Aunque hasta entonces muchos atenienses consideraban iguales el homicidio voluntario y el involuntario en lo concerniente a la «culpa de sangre» que comportaban uno y otro, Dracón establecía una diferencia entre ellos.) Antes de que Dracón recibiera el mandato (no sabemos muy bien cómo) de revisar las leyes, los familiares de la víctima solían encargarse personalmente de vengar la muerte de su pariente. En el Ática había santuarios en los que el individuo considerado responsable de una muerte podía refugiarse mientras se llegaba a un pacto con los parientes de la víctima. A menudo, ese pacto acarreaba una compensación monetaria. Dracón trasladó al gobierno la facultad de juzgar este tipo de litigios; el pariente más próximo, apoyado por su fratría, podía seguir adelante con el pleito, pero debía ser un grupo de magistrados el que dictara la sentencia correspondiente.

La mayoría de los casos que se planteaban ante los jueces de Atenas no tenían que ver con el homicidio, y se sabe muy poco de las demás leyes de Dracón, excepto que eran muy severas, previendo la pena de muerte incluso para delitos menores, que hoy día serían calificados de faltas leves. El orador ateniense del siglo IV Démades comentaba en tono sarcástico que las leyes de Dracón no habían sido escritas con tinta, sino con sangre. Lo más significativo de las leyes de Dracón es el papel que desempeñaron en el desarrollo de la autoridad del estado a expensas de la familia, proceso que seguiría adelante durante más de un siglo.

Del mismo modo que las leyes de Dracón reducían la autoridad de la familia, también limitaban las oportunidades que tenía un magistrado de acomodar sus decisiones a los lazos sociales o profesionales que pudiera tener con alguna de las partes en litigio. En general, Dracón se parece a otros legisladores primitivos por su deseo de establecer unos principios de justicia fijos que eliminaran las arbitrariedades de los jueces. Como todos ellos pertenecían a familias ricas, el sistema de Dracón tuvo una especie de efecto igualador, aunque los ricos no perdieron completamente las ventajas que su fortuna les proporcionaba en las cuestiones legales. No obstante, las desigualdades que provocaban el estallido de disturbios en Atenas eran de naturaleza económica y política, y unas reformas centradas exclusivamente en el sistema judicial no podían aliviar las tensiones que parecían invitar al desarrollo de la tiranía. Por lo demás, las leyes de Dracón seguían permitiendo la esclavización por deudas, costumbre que para entonces se había convertido en el principal motivo de queja de los pobres.

Las reformas de Solón

Los mejores testimonios que poseemos para los problemas que provocaron los disturbios del siglo VII son la legislación de Solón, promulgada a comienzos del VI. Las reformas de Solón ponen de manifiesto su deseo de fortalecer la frágil base agrícola de la economía ateniense añadiéndole una pujante actividad comercial. Los atenienses eran fundamentalmente agricultores, pero las características morfológicas de la península del Ática exigían la puesta en práctica de unas estrategias innovadoras. El suelo del Ática era de bastante mala calidad y no podía producir la cantidad de grano suficiente para sustentar a una población cada vez más numerosa. Los atenienses, por tanto, cultivaban lo que podían —olivos, vides, higueras, y cebada—, y vendían sus productos en el exterior a cambio de trigo. Criaban asimismo ganado para el consumo local y para la producción de leche y queso. El aceite de oliva era su contribución más significativa al mercado, y era exportado en hermosos vasos fabricados con la excelente arcilla del Ática. Su principal destino era la costa del mar Negro correspondiente al sur de la moderna Rusia, origen de la mayor parte del trigo consumido en el Ática. Del mismo modo que durante la época romana el aprovisionamiento de grano de Italia dependería de Sicilia y luego del Norte de África y Egipto, así la población del Ática dependía de la zona del mar Negro. Atenas tuvo que luchar con denuedo para defender las rutas que conducían al mar Negro. La conquista de Sigeo, a la entrada del Helesponto, en torno al año 600 a. C. supuso la primera aventura ultramarina de Atenas, y precisamente gracias al bloqueo de esa ruta, los espartanos lograron poner fin a la Guerra del Peloponeso, que se prolongó durante casi toda la segunda mitad del siglo V. La venta de aceite, vino y cerámica era el único medio de obtener trigo. Los atenienses tenían además a su disposición la plata que habían descubierto en las minas de Laurion, al sudeste del Ática. El monte Pentélico, al noroeste de la región, les proporcionaba otro recurso natural, a saber, el mármol.

Así, pues, el estado ateniense del año 600 tenía un potencial enorme, además de una gran cantidad de problemas: muchos aparceros pobres empezaban a no poder sobrevivir, aunque las esperanzas de la economía de una región provista de valiosos recursos naturales y habitada por un pueblo muy dotado, por ejemplo para la cerámica, eran muchas. Por segunda vez los atenienses evitaron la guerra civil encargando a un personaje respetado por todos enderezar los problemas que amenazaban con desembocar en violencia. Probablemente en 594 —aunque algunos especialistas datan el hecho unos veinte años más tarde—, los atenienses otorgaron plenos poderes a Solón, un aristócrata con fama de sabio, para que redactara unas leyes que desarrollaran ese potencial aliviando los sufrimientos de la mayoría pobre sin destruir por completo los privilegios de la minoría rica. En términos económicos, lo que deseaban los pobres era la condonación de las deudas y la redistribución de la tierra; y lo que consiguieron fue la abolición de la esclavitud por deudas. Más difícil de saber es qué era lo que deseaban en el terreno de la política. Probablemente los habitantes más pobres del Ática estuvieran abiertos a múltiples estrategias con tal de suavizar la opresión de los ricos. De hecho, Solón ideó numerosas formas innovadoras y eficaces de acabar con la división entre ricos y pobres que había en el Ática. Sus reformas crearon una escala de privilegios que contentaba en cierta medida a todos y que garantizaba que su labor no fuera rechazada por nadie.

Solón compuso numerosos poemas que han llegado hasta nuestras manos y que nos revelan en parte cuáles fueron los motivos de su gestión. Mostrando su desaprobación al egoísmo de los ricos y las inclinaciones revolucionarias de carácter igualitario de los pobres, a menudo identifica el afán de riqueza con una fuerza que plantea graves problemas en la vida humana, y en todo momento se encarga de recordar a sus oyentes

(pues los poetas antiguos tenían más oyentes que lectores) el carácter efímero de la riqueza: «Muchos malos se hacen ricos», decía, «y muchos buenos se empobrecen»; él, por su parte —añade—, no cambiaría su virtud (*aretē*) por la fortuna de los ricos, «pues esto [i. e. la virtud] es inmutable, mientras que las riquezas unas veces las tiene un hombre y otras otro» (citado en Plutarco, *Solón*, 3). Al subrayar la mutabilidad de la condición humana, se adelanta a la obra del historiador del siglo V Heródoto, que utilizaría a Solón como portavoz de sus propias ideas. Aunque aconseja que se haga justicia a los pobres, se había comprometido también a defender los derechos que tenía la elite a poseer sus tierras y a llevarse la parte del león en el gobierno de la ciudad:

> Al pueblo [*dēmos*] le di todo el poder que le hace falta,
> sin privarlo de honor ni darle de más.
> Y de los que tenían poder y por sus riquezas eran admirados,
> también me cuidé de que ellos no sufrieran agravio alguno.
> Resistí cubriéndolos a ambos con un sólido escudo
> y no permití que ninguno de ellos venciera con injusticia.[33]

La idea que tiene Solón del demos, como si de hecho fuera un *lobby*, un grupo especial de intereses análogo al de los ricos, refleja la orientación del pensamiento político griego primitivo. Más adelante, en un momento más evolucionado de la historia de Grecia, los campeones de la democracia identificarían al demos con la totalidad de los votantes; los antidemócratas, en cambio, seguirían identificando al demos con los pobres.

«En asuntos importantes», decía Solón a propósito de su tarea, «es difícil agradar a todos». Sus amargas quejas en el sentido de que, al intentar agradar a todos, no satisfizo a nadie, resultan irónicas en vista de la veneración de que fue objeto a su muerte y que lo convirtió en el amado George Washington de la Atenas clásica. Como los políticos de todos los colores intentaron atraerlo a su bando, con el tiempo llegó a atribuirse a Solón una gran variedad de programas distintos: demócratas y antidemócratas afirmaban que era su antepasado político. Aunque las fuentes más antiguas conservadas a propósito de las reformas de Solón —aparte de sus poemas— fueron escritas muchas generaciones después de su muerte, podemos reconstruir a grandes rasgos el contenido de su programa, prudente y original a la vez.

La primera medida de Solón tenía por objeto enderezar la dolorosa situación de los habitantes más pobres del Ática. Entre ellos estaban los aparceros llamados *hektēmoroi* («los de la sexta parte»), presumiblemente porque debían de pagar una sexta parte de su cosecha al rico terrateniente con el que estaban en deuda, y aquellos que se habían endeudado hasta tal punto que se habían convertido en esclavos de sus acreedores. Solón no sólo declaró ilegales los préstamos con la garantía de los bienes o la persona misma del deudor, sino que además liberó a aquellos que habían sido esclavizados y canceló las deudas de los hectémoros. Esta medida tan osada se denominó *seisáchtheia*, «sacudimiento de la carga», y durante generaciones fue conmemorada con una fiesta que llevaba este nombre. Para reparar los daños causados en el pasado por la esclavitud por deudas, Solón buscó el paradero del mayor número posible de atenienses que, por no poder pagar sus deudas, habían sido vendidos como esclavos fuera del Ática. Los rescató, y los recolocó como ciudadanos libres. Ninguna de estas medidas debe interpretarse como un ataque al esclavismo propiamente dicho. A Solón no le preocupaba lo más mínimo que los atenienses esclavizaran a los no atenienses.

33. Citado en Plutarco, *Solón*, XVIII, 4, y en *La constitución de los atenienses*, 12.

Las otras medidas económicas de Solón fueron menos llamativas, pero igualmente importantes. Al revisar los pesos y medidas vigentes en el Ática, facilitó el comercio con otros estados sustituyendo el sistema egineta por el euboico. Por consiguiente, la moneda ateniense se revalorizó un cincuenta por ciento. Al darse cuenta de que el futuro del terreno del Ática, debido a su mala calidad, iba a depender del aceite y la artesanía, fomentó el cultivo del olivo y declaró ilegal la exportación de grano, que se necesitaba en el propio país. Además, con el fin de atraer a artesanos de otras regiones, Solón les ofreció la ciudadanía ateniense si se trasladaban al Ática y se establecían con carácter permanente en ella junto con sus familias. Como la concepción griega de la ciudadanía era muy severa y estaba estrechamente vinculada a ideas religiosas y a la pertenencia a las fratrías, semejante medida resultaba bastante revolucionaria. (Más adelante, durante el siglo V, cuando el estado y la economía ya habían pasado por un largo proceso evolutivo, los atenienses invertirían la política liberal de Solón y reinstaurarían las restricciones del derecho de ciudadanía.) Se atribuye también a Solón la instauración de la obligatoriedad de enseñar un oficio a todos los niños; a los individuos que no habían sido educados en este sentido por sus padres, los eximió de la obligación de atender a sus progenitores cuando fueran viejos. Se dice también que concedió al Consejo del Areópago la facultad de inspeccionar los medios de vida de cualquier ciudadano y de castigar a los que se descubriera que carecían de ellos. La insistencia de Solón en que todos los ciudadanos se ganaran la vida contrasta a todas luces con el ethos espartano, que definía al ciudadano como aquel cuyo único trabajo era el servicio militar.

Aliviando los sufrimientos de los pobres, Solón arregló sólo una de las fuentes de tensión. Debía tener en cuenta asimismo el descontento de la clase media hoplítica, que envidiaba el monopolio de los privilegios detentados por los Eupátridas. La solución que dio a este problema fue el establecimiento de una constitución en la que la participación del individuo en el proceso político dependía de su renta. Las diferentes clases de propietarios que existían desde hacía algún tiempo fueron utilizadas para dividir a los ciudadanos en tres tipos, más una clase especial que ocupaba el estrato superior. Las clases fueron divididas en función de la riqueza de su producción agrícola. La nueva clase, la de los *pentakosiomédimnoi*, o «los [productores] de quinientos medimnos», estaba formada por aquellos cuyas tierras producían por lo menos 500 *médimnoi* («barriles») de lo que fuera; valía tanto el aceite, como el vino o el grano, o la combinación de todo ello. Por detrás de ellos venían los *hippeîs* («caballeros», o sea, los que podían permitirse el lujo de mantener un caballo con el que prestar servicio en la caballería), cuya renta se situaba entre los 300 y los 499 medimnos; luego venían los *zeugítai*, esto es, los que poseían una yunta de bueyes y tenían una renta de entre 200 y 299 medimnos, y por último los *thētes*, los pobres —labradores y jornaleros sin tierras— que producían menos de 200 medimnos. Los miembros de la primera clase podían ser elegidos para desempeñar el cargo de *tamías* («tesorero de la ciudad»); el arcontado y las demás altas magistraturas se hallaban restringidas a los miembros de las dos clases más altas; los zeugitas podían competir con las dos clases superiores en el desempeño de los cargos más bajos; y los *thētes* sólo podían participar en la asamblea (*ekklēsía*), que debía reunirse periódicamente. Los zeugitas tenían medios de vida suficientes para comprar

el armamento del hoplita y constituían la parte más numerosa de la falange. La mayoría de los *thētes* servían en la infantería ligera o como marineros de la flota. Había tres clases de personas que se hallaban excluidas del sistema. Muchos habitantes del Ática eran esclavos, y otros muchos residentes extranjeros que recibían el nombre de metecos. Por otra parte, un tercio aproximadamente de los ciudadanos eran mujeres, pues su esperanza de vida era casi diez años inferior a la de los hombres.

Los ciudadanos varones, fuera cual fuese su clase, podían formar parte de la *hēliaía* o conjunto de jurados en reserva. Estos individuos debían prestar servicio en los tribunales formados para juzgar las apelaciones presentadas contra las sentencias dictadas por los arcontes y los casos de los magistrados acusados de prevaricación. Una de las aportaciones más revolucionarias de Solón al sistema judicial ateniense fue su insistencia en que cualquier ciudadano varón —no sólo la víctima o los parientes de la víctima— podía presentar una acusación si consideraba que se había cometido un delito. La justicia, en otro tiempo materia de interés únicamente de las familias, constituía ahora un asunto de la colectividad de ciudadanos varones en general.

Al estar lleno de antiguos arcontes, el Consejo del Areópago seguía siendo un organismo aristocrático que no sentía la menor simpatía por los problemas de los pobres, y aunque los magistrados eran responsables ante el pueblo y podían ser procesados por prevaricación, los miembros del Areópago no. Parece verosímil que Solón creara un contrapeso a esta situación a través del Consejo de los Cuatrocientos, formado por cien individuos de cada una de las cuatro *phylai* atenienses. Este organismo desempeñaba una función probuléutica, es decir, se encargaba de preparar los asuntos que se presentaban a la asamblea. La existencia de este consejo es evidente poco después de la época de Solón, y probablemente date de sus reformas.

Solón dejó más o menos intactas las leyes sobre el homicidio de Dracón, pero redujo las penas de otros crímenes y decretó la amnistía para todos aquellos que hubieran sido desterrados por cualquier delito, excepto el homicidio o el intento de instauración de la tiranía. Probablemente fuera a raíz de esta amnistía cuando regresaran los miembros de la famosa familia de los Alcmeónidas y reanudaran su participación en la política de facciones. Al igual que Dracón, a Solón le preocupaba que el exceso de poder en manos de las familias fuera en contra del proyecto de construcción del estado. Probablemente por eso promulgó una ley que permitía a los varones sin hijos (como él) dejar en herencia sus bienes a quien quisiera; hasta entonces los bienes de una persona fallecida sin hijos pasaban automáticamente a sus parientes. (A pesar de esta ley, los jueces siguieron concediendo a menudo esos bienes a las familias que impugnaban los testamentos.)

En general, las numerosas leyes de Solón relacionadas con el sexo y el matrimonio reflejan un profundo sentido del estado concebido como un conglomerado de *oîkoi* debidamente organizados, cuyo funcionamiento ordenado era competencia del gobierno. Parece que algunas de esas leyes tenían por objeto conceder a los gobernantes poder sobre las mujeres en la esfera privada, pero como lo que le preocupaba a Solón era socavar el poder de los grupos de familias aristocráticas más ricas, muchas de sus previsiones más intrusivas, como por ejemplo las restricciones introducidas al comportamiento de las mujeres en público, probablemente deban atribuirse a esta desconfianza hacia el prestigio de las grandes familias, y no a un interés directo por manipular las actividades de la mujer. Según dice Plutarco,

> dedicó asimismo a las salidas de las mujeres, a los duelos y a las fiestas una ley que suprimía la falta de decoro y el desenfreno. Prohibió que la mujer saliera con más de tres mantos, llevando comida o bebida por valor superior a un óbolo o una vara de más de un codo, y que viajara de noche, salvo conducida en un carro y con una antorcha por delante.[34]

Parece que estas leyes tenían por objeto reducir la ostentación de los ricos. No obstante, algunas de las medidas de Solón tuvieron unos efectos significativos sobre la vida de la mujer durante varias generaciones. Pese a abolir la esclavitud por deudas y prohibir que los padres vendieran como esclavos a sus hijos, hizo una excepción con un hombre que descubrió que una hija soltera suya no era virgen. Al mismo tiempo, creó burdeles de propiedad estatal servidos por esclavas, y el impulso que dio a la inmigración con fines comerciales tuvo como consecuencia un aumento significativo del número de prostitutas residentes en Atenas. La dicotomía entre señoras «respetables» y mujeres sexualmente disponibles se convertiría en un elemento importante de la construcción de la sociedad ateniense.

La labor de Solón destaca verdaderamente con el paso del tiempo por su riqueza y creatividad. Como el Licurgo de la imaginación espartana, con el que sería comparado durante toda la historia de Europa, Solón tuvo una oportunidad insólita de reflexionar a fondo sobre lo que es una comunidad. Sus leyes establecieron el principio de que el estado ateniense debía ser dirigido por todos los ciudadanos en colaboración. De hecho, en muchos aspectos instauró la propia noción de ciudadanía. La ley por la que se obligaba a todo individuo a decantarse por un bando u otro en un momento de discordia civil, demuestra su determinación de implicar a todos los ciudadanos varones en los asuntos del estado, de definir al ciudadano como el individuo que participa en los intereses del estado. Sus leyes ponían también de manifiesto que, si bien la regulación del comportamiento de la mujer era esencial para el funcionamiento de una sociedad bien reglamentada, su papel debía confinarse a la vida privada, excluyéndola así de hecho del cuerpo político.

Las leyes de Solón fueron escritas en unas planchas de madera llamadas *áxones* y colocadas en el ágora, donde todos pudieran verlas, aunque no todos pudieran leerlas, pues el conocimiento de la escritura no estaba muy difundido en la Grecia de comienzos del siglo VI. Después de que los atenienses acataran mantener sus leyes en vigor durante cien años y de que cada arconte fuera obligado a jurar que dedicaría una estatua de oro en Delfos si violaba cualquiera de ellas, Solón abandonó el Ática y se dedicó a viajar, en parte por su deseo de conocer mundo y en parte también para prevenir cualquier intento de modificar su legislación.

Solón no era demócrata ni pretendía que sus reformas alteraran las relaciones existentes entre las clases sociales de Atenas. No obstante, algo de razón había en las afirmaciones hechas en la Atenas de los siglos V y IV en el sentido de que Solón fue el padre de la democracia. Pues al abolir el sistema de los hectémoros y la esclavitud por deudas, Solón no sólo contribuyó a crear el campesinado libre que formaría la base de la democracia, sino que además estableció una distinción entre libertad y esclavitud que sería fundamental para el concepto ateniense de ciudadanía.

34. Plutarco, *Solón*, 21.

PISÍSTRATO Y SUS HIJOS

Las reformas de Solón aliviaron considerablemente las penalidades de la población del Ática. No obstante, al intensificar la competitividad por el desempeño de los cargos políticos, probablemente contribuyeran a fomentar la discordia civil que desembocó en la tiranía de Pisístrato, hecho que debemos situar en el contexto de las tensiones que siguieron existiendo a pesar de la labor de Solón, y de la divulgación de las ideas políticas inevitable en una época de experimentación como aquélla. Los habitantes del Ática del siglo VI estaban más o menos divididos en tres facciones, llamadas los de la llanura, los de la costa y los de la montaña. Los historiadores siguen preguntándose quiénes eran exactamente los integrantes de cada grupo. Es posible que los de la llanura fueran fundamentalmente grandes terratenientes, mientras que los de la costa fueran pescadores y artesanos, y los pobres de las zonas montuosas del Ática formaran el grupo de los de la montaña; es posible que los habitantes de la capital pertenecieran también a este último grupo.

La toma del poder por Pisístrato

Hacia 560 Pisístrato, pariente lejano de Solón, oriundo del norte del Ática, que se había hecho con cierto renombre tras conquistar el puerto de Nisea, en la vecina Mégara, a principios de siglo, dio un golpe de estado. Entre los partidarios de Pisístrato estaban no sólo los hombres de la montaña, sino también algunos sectores pobres de la población urbana. Heródoto cuenta que Pisístrato se hirió a sí mismo y a los mulos que llevaba y se presentó en el ágora de esa guisa, pidiendo que se le concediera una guardia personal para protegerse de sus supuestos enemigos. Solón, que acababa de regresar de su viaje, intentó convencer a sus conciudadanos, sigue diciendo Heródoto, de que no se dejaran engañar por su pariente, pero no lo consiguió: gracias al apoyo de sus partidarios, la asamblea concedió permiso a Pisístrato para que formara una guardia personal, con la cual se apoderó inmediatamente de la Acrópolis y con ella de las riendas del gobierno.

Al cabo de cinco años más o menos, los partidos de la llanura y de la costa se unieron contra Pisístrato y lo derrocaron, pero Megacles, el cabecilla de los de la costa, tras pelearse no sólo con los de la llanura, sino también con su propia facción, decidió aliarse con Pisístrato y acordó con él establecerlo en el poder, siempre y cuando contrajera matrimonio con su hija. Heródoto no podía creer la leyenda que se contaba en su época acerca de la forma en que se produjo el regreso de Pisístrato a Atenas. Según dice,

> Pisístrato aceptó la propuesta [de Megacles], convino en las condiciones indicadas y, con vistas a su regreso, tramaron un plan que, en realidad, yo encuentro de lo más burdo (dado que, desde muy antiguo, el pueblo griego, indudablemente, se ha distinguido de los bárbaros por ser más astuto y estar más exento de ingenua candidez), si es que efectivamente ellos pusieron en práctica algo semejante en Atenas, cuyos habitantes tienen fama de ser los griegos de más acusada agudeza.
>
> En el demo de Peania había una mujer, cuyo nombre era Fía, de cuatro codos menos tres dedos de estatura y, además, agraciada. Ataviaron a la mujer en cuestión con una armadura completa de hoplita, la hicieron subir a un carro, le indicaron la actitud que debía adoptar para aparentar mayor majestuosidad y la condujeron a la ciudad, enviando por delante heraldos que, al llegar a Atenas, proclamaron lo que les había sido ordenado, diciendo así: «Atenienses, acoged con propicia disposición a Pisístrato, a quien la propia Atenea, honrándolo más que a hombre alguno, repatría a su acrópolis». Los heraldos, pues, difundían estas palabras por todas partes y, enseguida, llegó a los demos el rumor de que Atenea repatriaba a Pisístrato; y los de la ciudad, convencidos de que la mujer era la diosa en persona, adoraron a aquella mortal y aceptaron a Pisístrato.[35]

Independientemente de lo que haya de verdad en esta leyenda, la alianza de Pisístrato con su nuevo suegro no duró mucho. Pisístrato tenía ya dos hijos adultos de un matrimonio anterior. No queriendo poner en peligro la posición de éstos engendrando nuevos hijos con la hija de Megacles (cuyo nombre no da Heródoto, según la inveterada costumbre de los griegos), mantuvo relaciones con su esposa *ou katà nómon*, «no según la norma establecida». (Heródoto se las ve y se las desea para explicar cómo llegó a enterarse del hecho Megacles; da a entender que la madre de la novia la sonsacó.) Sintiéndose ofendido, Megacles hizo causa común con los enemigos de Pisístrato, y entre todos lograron derrocarlo por segunda vez.

La segunda vuelta de Pisístrato a Atenas no fue tan pintoresca como la anterior. Durante su destierro, que duró más o menos de 555 a 546 a. C., logró reunir una fuerza de mercenarios con el dinero obtenido con el oro y la plata de las minas del Pangeo, en el norte de Grecia. Con la ayuda financiera de Lígdamis de Naxos y la caballería de Eretria, desembarcó en Maratón y derrotó a sus adversarios en la batalla de Palene. A partir de ese momento gobernó Atenas durante más de diez años hasta que falleció de muerte natural en 527. Aunque Solón no lograra librar a Atenas de la tiranía, sus reformas desempeñaron un papel decisivo a la hora de determinar la forma que adoptara ésta. El sistema de Solón siguió vigente mientras Pisístrato gobernó la ciudad, época en la que Atenas experimentó un crecimiento y un desarrollo enormes. Aunque a veces se ha dicho que el régimen de Pisístrato fue una «tiranía respetuosa de la ley», debemos recordar que el tirano se repartió los arcontados con sus amigos y parientes, mantuvo una fuerza permanente de mercenarios para su uso personal, y retuvo como rehenes a los hijos de sus adversarios potenciales. Cuando en 510 fue expulsado el último de los hijos de Pisístrato, quedó abierto el camino para el desarrollo de las instituciones democráticas que incluso hoy día seguimos relacionando con la ciudad de Atenas. Aunque a primera vista pudiera parecer que la creación de una dinastía gobernante habría significado el retroceso de toda la labor realizada por Dracón y Solón para socavar el poder de las familias, en realidad cuando los descendientes de Pisístrato pasaron a la historia, el desarrollo de la democracia se aprovechó de los efectos niveladores de la tiranía: bajo el dominio de una sola familia, todos los no Pisistrátidas, ricos y pobres, se vieron sorprendentemente en las mismas circunstancias.

La política de Pisístrato

El fortalecimiento de la economía fue el principal interés del programa político de Pisístrato, y en este terreno puso en marcha muchas de las iniciativas de Solón, aunque quizá no fuera ésa su intención. Al igual que Solón, también él se ocupó tanto de la

35. Heródoto, *Historia*, I, 60.

agricultura como del comercio. Proporcionó tierras y préstamos a los necesitados. Fomentó el cultivo del olivo, y el desarrollo del comercio ateniense, iniciado ya gracias a las medidas de Solón, se hizo aún más notable durante su régimen. Ya durante el siglo VII, la cerámica ateniense había sabido abrirse paso hasta el mar Negro e incluso hasta Italia y Francia, aunque en pequeñas cantidades. Durante la primera mitad del siglo VI, sin embargo, las exportaciones empezaron a incrementarse por todo el Mediterráneo y el Egeo; cuesta trabajo creer que esa explosión no se debiera en parte a las iniciativas de Solón. Con Pisístrato, la cerámica ática fina llegó incluso más lejos que en tiempos de Solón: hasta Jonia, Chipre, y Siria por el este, y hasta España por el oeste. La cerámica de figuras negras llegó a su apogeo hacia mediados de siglo o poco después, y en torno a 530 los ceramistas empezaron a experimentar con el estilo de figuras rojas, mucho más versátil.

El desarrollo del comercio llevó aparejada una política exterior ambiciosa. Aprovechando el entramado de alianzas que contribuyó a crear en la zona central del Egeo, Pisístrato estableció a su amigo Lígdamis como tirano de Naxos; y éste, a su vez, instaló a Polícrates en Samos. Sigeo, que, poco después de su fundación, se le había escapado a Atenas de las manos, fue reconquistada, y uno de los hijos de Pisístrato fue nombrado gobernador de la plaza. Pisístrato tomó posiciones también en el Quersoneso Tracio (la península de Gallípoli, en la Turquía europea), donde envió a Milcíades, que pertenecía a una familia rival, la de los Filaidas, con el cometido de afirmar el poderío de Atenas. En tiempos de Pisístrato o de sus hijos, Atenas acuñó sus primeras monedas de plata, conocidas con el nombre de «lechuzas» por la imagen que llevan estampada. La lechuza era el símbolo de la diosa de la sabiduría, Atenea, y la lechuza ateniense se convirtió enseguida en la moneda más segura del Egeo.

En Atenas, el programa de obras públicas puesto en práctica por Pisístrato tenía varias finalidades a la vez. Proporcionaba puestos de trabajo a gentes que los necesitaban con urgencia, al tiempo que hacía converger todas las energías en la ciudad convirtiéndola en un centro cultural de primer orden. La sustitución de los pozos particulares que la aristocracia mantenía vigilados por fuentes públicas, no sólo supuso a corto plazo la creación de puestos de trabajo en el ramo de la construcción, sino que a la larga significó también que el patrocinio pasara de los particulares a manos del estado. Al aumentar las posibilidades de encontrar trabajo y residencia en la ciudad, se incrementó el número de personas que podían vivir en la capital; y a los que vivían en su periferia les resultó más fácil votar. Durante el gobierno de Pisístrato, los atenienses reconstruyeron el templo de Atenea en la Acrópolis e iniciaron las obras de un templo gigantesco de Zeus Olímpico, que a su muerte quedó inacabado y que sería concluido siete siglos después por el emperador romano Adriano.

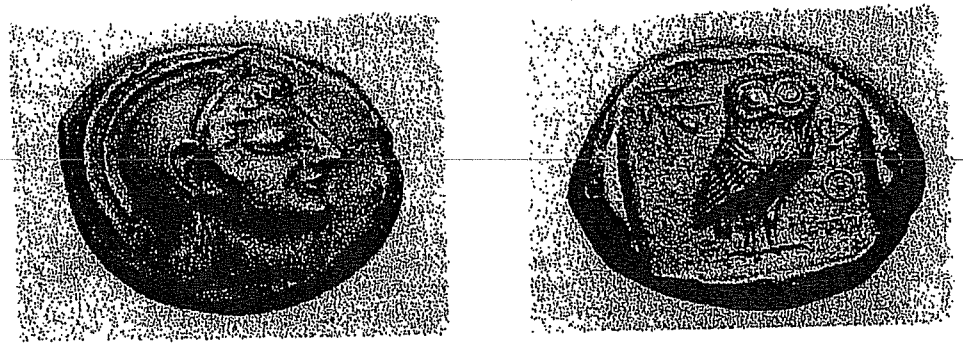


FIGURA 5.1. Moneda de plata acuñada poco después de la muerte de Pisístrato; valía cuatro dracmas y por lo tanto se llamaba tetradracma. Como si la imagen de Atenea y su símbolo, la lechuza, no dejaran bien claros sus orígenes, en la moneda aparecen también las tres primeras letras de la palabra «Atenas».

El fomento de las artes y la religión por parte de Pisístrato acrecentó su fama y la de su ciudad, Atenas. Encargó una edición definitiva de la *Ilíada* y la *Odisea*, e hizo de la

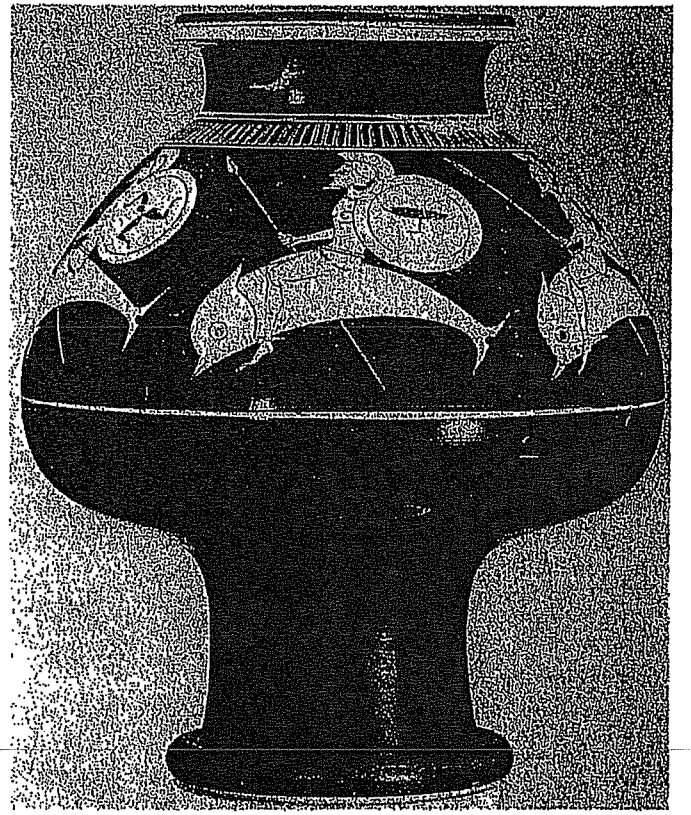


FIGURA 5.2. Detalle de un *psyktēr* («vasija para refrescar el vino») ático de figuras rojas atribuido a Olto, en el que aparecen unos guerreros montados a lomos de unos delfines (*ca.* 520-510 a. C.). Este tipo de vaso, cuya decoración quizá represente el coro de algún espectáculo teatral primitivo, era empleado en un tipo especial de fiesta, la reunión de bebedores llamada symposion y por eso los escudos de los soldados están decorados con otros recipientes utilizados para servir el vino.

recitación de los poemas homéricos uno de los actos habituales de la fiesta de las Panateneas, celebradas en Atenas cada cuatro años con gran pompa y anualmente con menos solemnidad. Pisístrato instituyó además nuevas fiestas, las Grandes Dionisias y las Pequeñas Dionisias. El boato de las fiestas nacionales, como las Grandes Dionisias o las Panateneas, era enorme, y hacia 534 a. C. se incluyeron los concursos de tragedias entre las celebraciones de las Dionisias. El culto de Dioniso conoció un gran auge en la Atenas de Pisístrato, y las escenas dionisíacas de bebedores y de juergas desenfrenadas se convertirían en tema habitual de la decoración de los vasos. Durante las Dionisias, el dios era honrado por un coro de «sátiros» vestidos con pieles de cabra que dialogaba con el jefe de coro en el curso de lo que se llamaba «canto de macho cabrío» o *tragōdía*, que evolucionaría hasta convertirse en la gran «tragedia» ática del siglo V. Las fiestas de las Panateneas se celebraban con una gran fanfarria que culminaba en una solemne procesión hasta el templo de Atenea para llevar el peplo tejido para la diosa por las doncellas atenienses. Curiosamente, la procesión a la Acrópolis celebrada durante las Panateneas daría lugar en el año 514 al asesinato de uno de los hijos de Pisístrato, Hiparco.

La caída de la tiranía

El patrocinio de las artes se hizo aun más visible tras la muerte de Pisístrato en 527. El historiador Tucídides opina que el hijo del tirano, Hipias, gobernó solo, pero se lamenta de que muchos otros afirmen que el hermano de Hipias, Hiparco, fue socio suyo en el gobierno. En cualquier caso, Hipias e Hiparco adornaron su corte con los poetas más célebres: Simónides de Ceos, famoso por sus odas corales; el poeta del amor, Anacreonte de Teos; y Laso de Hermíone, famoso por componer «himnos sin silbantes», esto es, poemas en los que nunca se oía el sonido *s*. Pero el prestigio de su corte no aseguró la posición de los herederos del tirano. Según parece, en 514 Hiparco, viendo frustradas sus pretensiones de obtener los favores de un joven llamado Harmodio, ofendió a la hermana de éste prohibiéndole llevar la cesta durante la procesión de las Panateneas. Harmodio y su amante, Aristogitón, organizaron entonces una conjura para asesinar a Hipias e Hiparco el día de la procesión. Al ver que uno de los conjurados se ponía a charlar con Hipias, los otros, creyendo erróneamente que el plan había sido descubierto, fueron presa del pánico y asesinaron inmediatamente a Hiparco. Las consecuencias fueron terribles para Atenas: el gobierno básicamente benigno de los dos aristócratas dio paso a la dictadura opresiva y paranoica de Hipias.

Nunca conoceremos los motivos de los conspiradores que se aliaron con Harmodio y Aristogitón, pero sabemos que la caída de Hipias cuatro años más tarde en 510 fue obra en gran medida de los Alcmeónidas, a la sazón en el destierro. Decididos a regresar a Atenas, hicieron todo lo posible por fomentar las buenas relaciones con Delfos, donde poco antes el viejo santuario de Apolo había sufrido un incendio devastador. Los Alcmeónidas firmaron un contrato por el que se comprometían a reconstruir el templo, y además de cumplir lo prometido añadieron un friso de mármol de Paros de la mejor calidad, cuando lo pactado era sólo que fuera de piedra corriente. A partir de ese momento, cada vez que los espartanos acudían a Delfos a pedir consejo sobre sus proyectos inmediatos, siempre recibían la misma respuesta: «Liberad primero a los atenienses». Como los espartanos tenían fama de ser enemigos de la tiranía, recibieron la orden de buena gana, y en 510 el rey Cleómenes sitió a Hipias en la Acrópolis. Cuando

los hijos de éste fueron hechos prisioneros, el tirano se rindió para que se los devolvieran y se embarcó con su familia rumbo a Sigeo. Se erigió una columna en la Acrópolis en la que se proclamaba la condena de los Pisistrátidas a la *atimía* («pérdida de los derechos de ciudadanía»).

Los atenienses prefirieron recordar el heroísmo de Harmodio y Aristogitón antes que la intervención de los espartanos. Empezaron a correr por los círculos aristocráticos canciones de bebedor como la que dice:

> Ocultaré mi espada en una rama de mirto,
> como hicieron Harmodio y Aristogitón
> cuando mataron a los tiranos
> y restauraron la igualdad ante la ley en Atenas.

Pero la intervención espartana de 510 obtuvo una recompensa mejor: Atenas se vio obligada a unirse a la Liga del Peloponeso, hecho que tendría importantes consecuencias para el futuro.

Las reformas de Clístenes

Los atenienses no tuvieron que esperar demasiado tiempo a que los espartanos volvieran a intervenir en sus asuntos internos. Como cabría esperar, la marcha de los Pisistrátidas vino seguida por la reanudación de las luchas entre facciones. El aristócrata Iságoras ganó la primera mano cuando fue elegido arconte en 508 a. C. Su popularidad se debía en parte a su proyecto de arrebatar la ciudadanía a todos aquellos cuyos antepasados la hubieran recibido en tiempos de Solón y Pisístrato. Su rival, Clístenes, se opuso prudentemente a este plan, haciendo así que la masa se pusiera de su parte. Como Clístenes pertenecía a la familia de los Alcmeónidas, Iságoras, que contaba con el respaldo de Esparta, apeló a la maldición ancestral que databa de los tiempos de la conjura de Cilón y Clístenes tuvo que abandonar Atenas. Sin embargo, en su intento de ayudar a Iságoras, Cleómenes no fue capaz de repetir el éxito logrado en su última campaña ateniense, cuando contribuyó a la expulsión de Hipias. Esta vez se pasó. Al regresar al Ática, desterró a las setecientas familias que le indicó Iságoras e intentó establecer una oligarquía. En esta ocasión fue él el que se vio sitiado en la Acrópolis. Indignados, los atenienses se sublevaron en masa, obligaron a Cleómenes e Iságoras a rendirse, e hicieron volver a Atenas a Clístenes y a sus partidarios. No sería la última vez que los oligarcas atenienses se aliaran con los espartanos.

Al darse cuenta de que las rivalidades entre las familias acaudaladas no podían seguir adelante sin que corriera peligro todo el estado, Clístenes decidió reformar la constitución ateniense con el fin de acabar de una vez por todas con el poder de las familias ricas (menos la suya). Su método fue de lo más ingenioso. Tras abolir para cualquier objetivo práctico las cuatro antiguas tribus (*phylai*) jónicas —que seguían existiendo con fines exclusivamente rituales—, creó diez nuevas tribus basadas en un concepto completamente nuevo. Primero dividió el Ática en tres áreas geográficas, la ciudad, la costa y el interior, correspondientes sólo en parte a las tres antiguas divisiones de la montaña, la costa y la llanura. A continuación subdividió cada zona en diez *trittyes* o tercios (aunque en realidad eran treceavas partes), formadas por varias unidades ya existentes

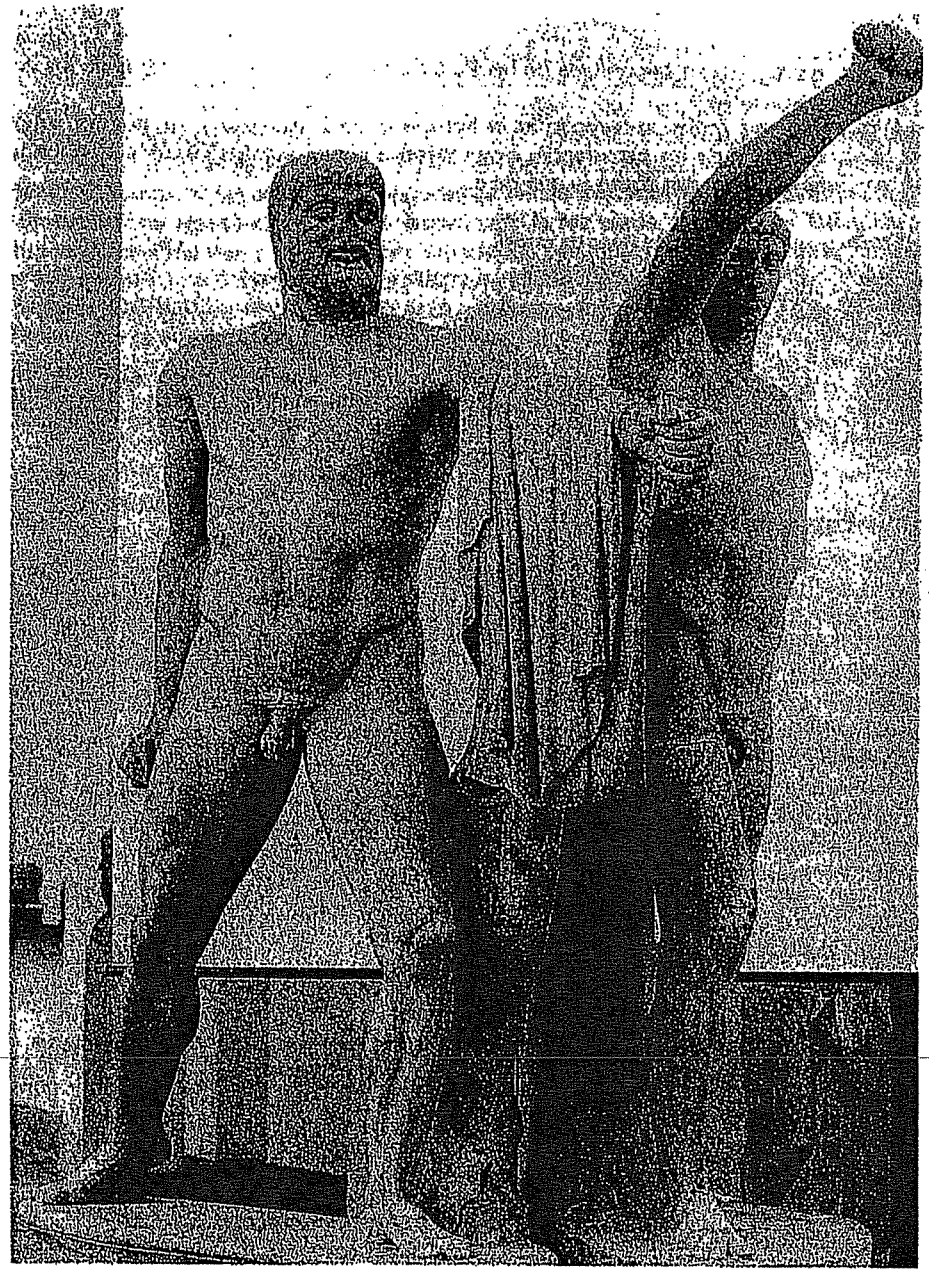


FIGURA 6.3. La hazaña de los tiranicidas, Harmodio y Aristogitón, fue conmemorada en este grupo escultórico de aproximadamente 500 a. C. Sólo se conserva de él esta copia romana.

llamadas demos (aldeas o distritos del Ática). Como cada demo tenía unas dimensiones distintas —en total eran más de cien—, el número de demos de cada *trittys* podía variar. Después tomó una trittys de cada área geográfica y con las tres formó una tribu: en una palabra, cada tribu tenía tres trittyes, una por cada área, formadas por un número irregular de demos. Para subrayar el debilitamiento de las lealtades familiares en beneficio de las políticas, en adelante cada individuo debía empezar por identificarse por su demótico, es decir, por el nombre de su demo, no por su patronímico o nombre del padre. A Clístenes quizá se le ocurriera esta novedad para ocultar los orígenes no atenienses de algunos de sus partidarios, pero a la larga lo que pretendía era debilitar la fuerza de los linajes ilustres en el terreno político. No obstante, no era fácil eliminar una tradición que existía desde hacía muchas generaciones, y la nueva costumbre sólo se aplicaría de manera intermitente: todavía oímos hablar de Pericles, hijo de Jantipo, o del historiador Tucídides, hijo de Oloro.

Sobre la base de las nuevas diez tribus se creó un nuevo organismo, el Consejo (*boulē*) de los Quinientos, formado por cincuenta miembros elegidos anualmente por sorteo en cada una de las diez tribus. Reconociendo el principio de representación proporcional, los cincuenta miembros de la boulé se repartían entre los demos en función de la población de cada uno. El hecho de recurrir al sorteo para decidir la composición de la boulé de cada año fue un elemento democrático trascendental del sistema de Clístenes. La boulé sustituyó al viejo Consejo de los Cuatrocientos, asumiendo sus funciones «probuléuticas» al encargarse de preparar las cuestiones que debía debatir la *ekklēsía* (asamblea) y gestionando asimismo los asuntos financieros y exteriores. Como la cifra de quinientos miembros era demasiado difícil de manejar, cada tribu ejercía el mando durante una décima parte del año. Durante este mandato, los cincuenta consejeros encargados de la presidencia recibían el nombre de *prytáneis*, y el término pritanía pasó a designar un período de tiempo, equivalente más o menos a un «mes». Tanto la presidencia como la secretaría cambiaban cada día.

Los arcontes siguieron teniendo las mismas obligaciones administrativas, pero se creó un nuevo colegio de magistrados que —aunque Clístenes no lo previera— acabarían sobrepasando en importancia a aquéllos. Se reorganizó el ejército sobre la base de las diez nuevas tribus, de modo que cada una elegía un *taxíarchos* (comandante de la infantería), un *hípparchos* (comandante de la caballería), y, lo que es más importante, un *stratēgós* o general en jefe. A diferencia de los arcontes, los *stratēgoí* podían ocupar su cargo consecutivamente tantas veces como quisieran. Con el paso del tiempo, el colegio de los estrategos se convertiría en el órgano ejecutivo más prestigioso de Atenas.

Como a Clístenes no se le concedieron poderes extraordinarios como aquellos de los que había gozado Solón, sus medidas tuvieron que ser aprobadas por la asamblea. Sus reformas, por tanto, fueron en sí mismas fruto de una acción democrática. Hacia el año 500 se excavó un espacio en la roca en la colina llamada Pnix destinado a servir como sede para las reuniones de la *ekklesía*, y a partir de ese momento la asamblea se reuniría en ese lugar con carácter periódico y marcaría la política del estado.

Las nuevas tribus de Clístenes fueron constituidas sobre unas líneas eminentemente artificiales. Precisamente era ese carácter artificial lo que las hacía funcionar, pues al cortar los viejos lazos de afectos y agradecimientos, se abrió la puerta a la creación de un nuevo entramado de alianzas. No obstante, algunas familias nobles siguieron dominando algunos cultos importantes (y lucrativos), como los de Deméter y Perséfone en Eleusis. No está claro si Clístenes pretendía o no acabar con el poder de su familia, igual

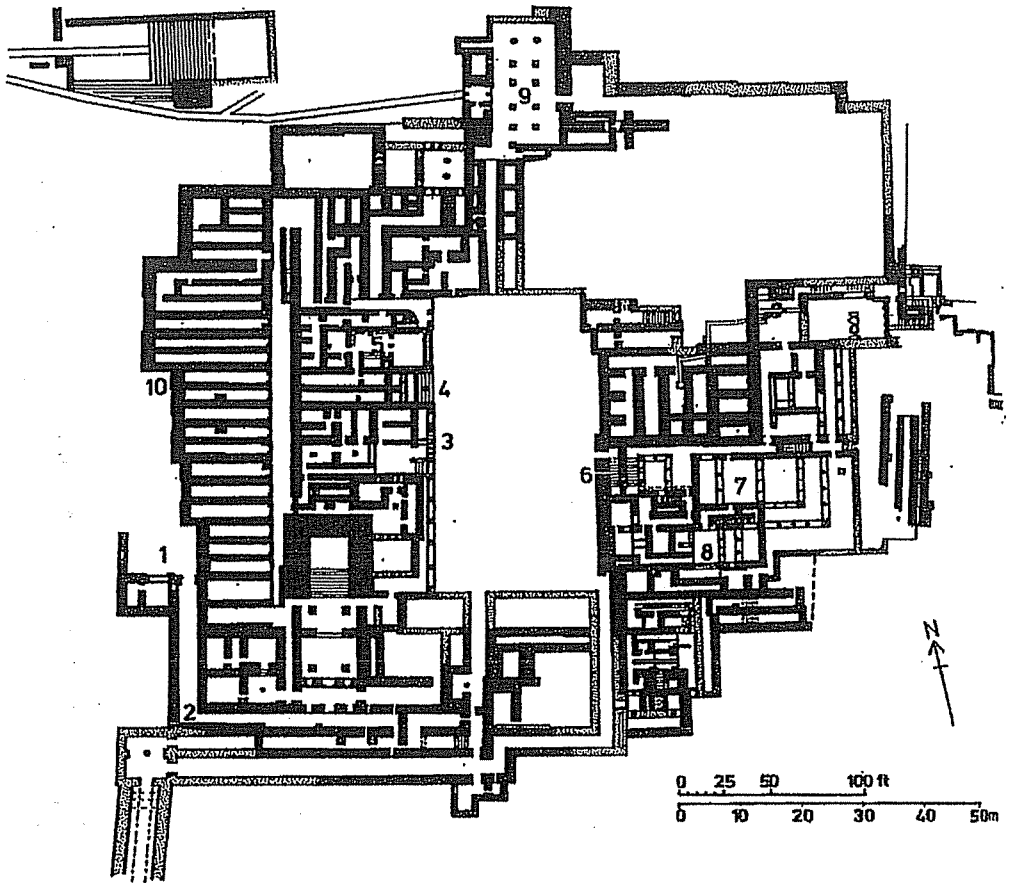


FIGURA 5.4. El Ática.

que había acabado con el de las demás; no debería sorprendernos que la base de poder de los Alcmeónidas sobreviviera, al parecer, a esta compleja reorganización territorial del Ática, mientras que la de las demás familias se venía abajo.

LA ASCENSIÓN DE PERSIA

Mientras los griegos se esforzaban por crear unos gobiernos eficaces en sus numerosas pequeñas polis, un estado rico y poderoso de carácter completamente distinto estaba formándose en Oriente, donde los persas lograron unificar el imperio más grande conocido hasta entonces.

Fuentes para la historia de Persia

Las fuentes para la historia de Persia son fundamentalmente persas y griegas, aunque existen algunos documentos en elamita, acadio, arameo, egipcio, hebreo y babilónico. Entre las fuentes persas destacan las inscripciones en antiguo persa descubiertas en los grandes yacimientos arqueológicos, como por ejemplo Persépolis y Susa. Además, los especialistas han podido detectar una tradición oral persa de poesía en honor de sus reyes. Entre los testimonios arqueológicos están los edificios monumentales con relieves escultóricos que narran acontecimientos históricos, y los sellos que representan una gran cantidad de actividades diversas que nos ofrecen información acerca de las prácticas militares, atléticas, agrícolas y religiosas, y que a menudo muestran la fauna y la flora del imperio. Las fuentes históricas procedentes de Persia muestran naturalmente un sesgo favorable a los reyes y a su gobierno. Todas las inscripciones en antiguo persa son documentos oficiales y ofrecen una imagen de prosperidad, fecundidad y seguridad. Entre las fuentes griegas debemos citar las obras de Heródoto y Jenofonte. Las del primero sobre todo tienden a subrayar las diferencias entre griegos y persas, entre Oriente y Occidente. La palabra griega para designar a los persas, lo mismo que a todos los pueblos que no hablaban griego, era *bárbaroi*, pues parecía que hablaban en jerigonza y sus palabras sonaban «barbar, barbar». Según el significado moderno de la palabra, en cambio, los persas no serían considerados bárbaros, pues sus logros políticos y artísticos serían admirables desde cualquier punto de vista.

Persia antes de Darío

Al igual que los griegos, los persas eran originariamente un pueblo indoeuropeo procedente del norte. Durante la Edad Oscura ocuparon el territorio llamado hoy día Meseta de Irán, lugar rico en recursos naturales, entre ellos oro, plata, cobre, minerales, y piedras semipreciosas. No se sabe demasiado de la historia de Persia antes del siglo VII a. C. Al término de las luchas por alcanzar la hegemonía que libraron los persas y otro pueblo emparentado con ellos, los llamados medos, ambos grupos se unieron, quizá bajo la égida del rey Ciaxares, cuya capital era Ecbatana.

En una época en la que la mayoría de los estados griegos habían eliminado del gobierno a los *basileîs* hereditarios y se habían cansado de los gobiernos de un solo hom-

bre, a los que comparaban con la tiranía, Persia era gobernada por reyes, la totalidad de los cuales, excepto Darío, heredó su función directamente de su padre. Como a menudo los reyes tenían más de una esposa, nunca faltaban candidatos al trono. Al principio, los persas estuvieron sometidos a los medos, pero hacia mediados del siglo VI, Ciro II de Persia (su reinado se prolongó de 559 a 530 a. C.), perteneciente a la familia de los Aqueménidas, se hizo con el poder y convirtió a Media en la primera satrapía (provincia), de las muchas en que se dividía el imperio. A partir de ese momento, la dinastía persa llamada aqueménida reinaría en Media, aunque los griegos consideraban iguales a medos y persas, y para ellos «medizar» significaba mostrarse favorable a los persas.

La derrota de Creso, rey de Lidia, en 546 a manos de Ciro dejó Asia Menor en manos del imperio, y fue uno de los acontecimientos que en último término conducirían a las guerras entre griegos y persas del siglo V. En 560 Creso había sometido a su dominio a las ciudades griegas de Jonia. Su riqueza se hizo proverbial; se dice que las primeras monedas, fabricadas de electron, fueron acuñadas en Lidia. El próspero imperio de Creso significaba una salida desde Asia al Mediterráneo y al Helesponto que resultaba indispensable para el comercio con Occidente. Heródoto dice de él que era filheleno (es decir favorable a los griegos), que le gustaba conversar con los filósofos griegos, como por ejemplo Solón, y que consultaba los oráculos de Grecia, enviando a ellos embajadores cargados de regalos; pero también comenta con regodeo que la vanidad y engreimiento de Creso lo condujeron a interpretar mal lo que le decían. Al enterarse de que el oráculo de Delfos había respondido a su consulta que «si hacía la guerra contra los persas destruiría un gran imperio», Creso se lanzó lleno de alegría contra Ciro.

Naturalmente Apolo decía la verdad, pero Creso no la entendió. El gran imperio que destruyó fue precisamente el suyo. En 546 a. C. Ciro conquistó Lidia, y la capital del país, Sardes, se convirtió para los persas en el principal centro administrativo de Asia Menor. A través de las ciudades de Jonia, la conquista de Ciro supuso el primer contacto oficial entre griegos y persas. Ciro conquistó además Babilonia, Asiria, Siria y Palestina. Todos estos países y sus pueblos eran muy heterogéneos: las diferencias existentes entre los griegos de las distintas ciudades-estado se quedan en nada comparadas con las diferencias existentes entre los distintos países que componían el imperio persa. La variedad de lenguas, costumbres, leyes, religiones, y maneras de hacer la guerra era enorme. La mayor hazaña de Ciro fue lograr la unificación del imperio. Las comunicaciones se vieron facilitadas por la construcción de calzadas y la creación de un sistema de correos realizado por emisarios reales a caballo. Heródoto afirma que «ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor, ni la noche les impide cubrir a toda velocidad el trayecto» (VIII, 98). Ciro permitió además que sus súbditos practicaran sus propias religiones.

Ciro es elogiado tanto por las fuentes griegas como por las asiáticas, que lo califican de monarca benévolo y de gran talento. Mientras que los imperios neoasirio y neobabilónico que lo precedieron ordenaron la deportación de pueblos enteros y sembraron de sal los campos de los territorios conquistados para que no volvieran a ser fecundos, la política de Ciro fomentó la prosperidad de su imperio y el bienestar de sus habitantes. Los judíos elogiaron a Ciro por permitirles regresar del destierro en Mesopotamia durante la cautividad de Babilonia a Jerusalén, donde pudieron reconstruir su templo y rendir culto libremente a Yavé. El Antiguo Testamento contiene la declaración del profeta judío Isaías a su pueblo:

> Así dice Yavé a su ungido, Ciro, a quien tomé de la diestra
> para derribar ante él las naciones, y yo desceñiré las cinturas de los reyes,
> para abrir ante él las puertas y para que no se cierren las entradas:
> Yo iré delante de ti y allanaré los ribazos.
> Yo romperé las puertas de bronce y arrancaré los cerrojos de hierro.
> Yo te entregaré los tesoros escondidos y las riquezas de los escondrijos...[36]

Ciro fue sucedido en el trono por su hijo Cambises, que reinó de 530 a 522 a. C. En 525, tras luchar contra un ejército enemigo en el que había mercenarios griegos, logró anexionarse Egipto. Fascinado como siempre por los peligros que acechan a la riqueza y el poder, Heródoto nos cuenta cómo, después de empezar siendo un buen gobernante, degeneró y se convirtió en un déspota enloquecido.

Las hazañas de Darío

Darío I se hizo con el poder en 521 a. C. y reinó hasta 486. Creó una estructura administrativa y financiera que permaneció inalterable durante doscientos años. Centralizó el gobierno y trasladó la capital a Persépolis. Las obras de los edificios imperiales iniciadas en esta ciudad por él fueron acabadas por su hijo, Jerjes. Las inscripciones de los edificios afirman que entre los obreros traídos de todos los rincones del imperio para levantar las construcciones reales había también griegos. Darío facilitó los transportes con fines comerciales de muchas maneras, por ejemplo construyendo un canal que unía el Nilo y el mar Rojo. Este canal hizo que el territorio de Egipto recién conquistado por los persas experimentara una prosperidad desconocida durante el gobierno de los faraones nativos. Darío fue el primer monarca persa que acuñó monedas de oro y plata. Las monedas de oro, los estateres de Darío o «dáricos», muestran el talento del rey en el manejo del arco, habilidad muy apreciada por los persas, a los que, según Heródoto, les enseñaban tres cosas: montar a caballo, disparar, y decir la verdad.

El imperio estaba dividido en provincias o satrapías. Éstas estaban formadas a veces por pueblos de la misma etnia o por pueblos distintos que vivían en una misma región y habían sido conquistados al mismo tiempo. Dentro de cada satrapía, los funcionarios civiles y militares se repartían el poder: la autoridad civil suministraba víveres a la militar y ésta, por su parte, proporcionaba protección. Cada provincia estaba obligada a pagar anualmente un tributo al rey. Los soberanos persas se abstuvieron prudentemente de imponer un sistema de administración uniforme a todo el imperio y prefirieron no acabar con los gobernantes existentes ni con los sistemas que funcionaban bien. En algunas zonas, por ejemplo en Lidia, el gobierno de los sátrapas tenía un alto grado de autonomía. Para impedir que se produjeran sublevaciones, existía un sistema de espías llamados «los Ojos y los Oídos del rey». El poder político supremo radicaba exclusivamente en la persona del monarca. En su calidad de general en jefe, el soberano defendía a sus súbditos de los intrusos y, en compensación, éstos le pagaban impuestos, le hacían regalos, y le rendían tributo. Las rentas del rey eran almacenadas en el tesoro real, y buena parte de ellas se gastaban generosamente en la realización de proyectos arquitectónicos monumentales. El grado de explotación del trabajo de los súbditos del imperio era

36. Isaías, II, 45,1-3.

enorme y se llevaba a cabo a través del sistema tributario, de los trabajos forzados, y del servicio militar obligatorio. El rey ejercía una autoridad absoluta y tenía poder de vida y muerte sobre sus súbditos, que debían arrodillarse o incluso prosternarse ante él en señal de acatamiento. Más que envidiar a los persas por disfrutar de siglos de paz, los griegos compadecían a los súbditos del rey de Persia y los consideraban sus esclavos.

Las guerras entre Grecia y Persia

Darío realizó varias campañas en Europa contra los escitas, convirtiéndose así en el primer rey persa que pisó suelo europeo. Aunque no lograra conquistar Escitia, sometió Tracia y la convirtió en una satrapía. Las expediciones de Darío en Occidente despertaron su curiosidad por los griegos de la madre patria, y una sublevación que se produjo en su imperio lo llevó a enfrentarse directamente a ellos.

La sublevación de Jonia

En 499 a. C. estalló una revuelta entre los griegos de Jonia. El descontento en esta región era considerable; los impuestos fueron aumentados cuando las ciudades griegas pasaron del imperio lidio al persa, y a los helenos les disgustó mucho el sistema de tiranos títeres establecido por los sátrapas. No obstante, quizá no hubiera estallado la violencia de no ser por la ambición de Aristágoras, tirano de Mileto. Con la esperanza de anexionarse Naxos, Aristágoras convenció a los persas de que se unieran a él con el fin de someter a todo el archipiélago de las Cícladas y quizá de pasar a la Grecia continental. Al fracasar su plan, Aristágoras, consciente del descontento de los jonios, decidió probar fortuna esta vez en sentido contrario y unirse a su revuelta.

Tras renunciar al puesto de tirano y aceptar un cargo institucional, se propuso derrocar a los tiranos de las demás ciudades jonias. Parece que consiguió en buena parte su propósito sin derramamiento de sangre, pero el tirano de Mitilene era tan impopular que fue lapidado por la multitud. Las ciudades rebeldes mostraron su unidad acuñando moneda según un sistema único. La versión que ofrece Heródoto del intento por parte de Aristágoras de obtener el apoyo del rey Cleómenes tiene por objeto poner de relieve el carácter espartano, tal como lo imaginaban la mayoría de los griegos: cauteloso, conservador, y receloso de las aventuras en el extranjero; el relato pone de manifiesto asimismo la libertad de palabra de las mujeres espartanas y el gran respeto que se les tenía. Aristágoras —afirma Heródoto— llevó consigo un mapa de bronce de todo el mundo, realizado probablemente por el célebre geógrafo Hecateo de Mileto. Mostró a Cleómenes los pueblos cuyas riquezas caerían en manos de los griegos en caso de victoria y exhortó al rey a dar la libertad a los griegos de Jonia. Aprovechando el desdén que sentían los espartanos por las costumbres extrañas, comentó que les resultaría sumamente fácil derrotar a unos hombres que peleaban vestidos con calzones y llevaban unos gorros puntiagudos, «de manera que resultan una presa fácil». Cleómenes le pidió que le dejara reflexionar unos días. Al cabo de dos, dice Heródoto,

> Cleómenes le preguntó a Aristágoras cuántos días de camino había desde el mar de Jonia hasta la corte del rey [i. e. de Persia]. Pero Aristágoras, que iba actuando en todo momento

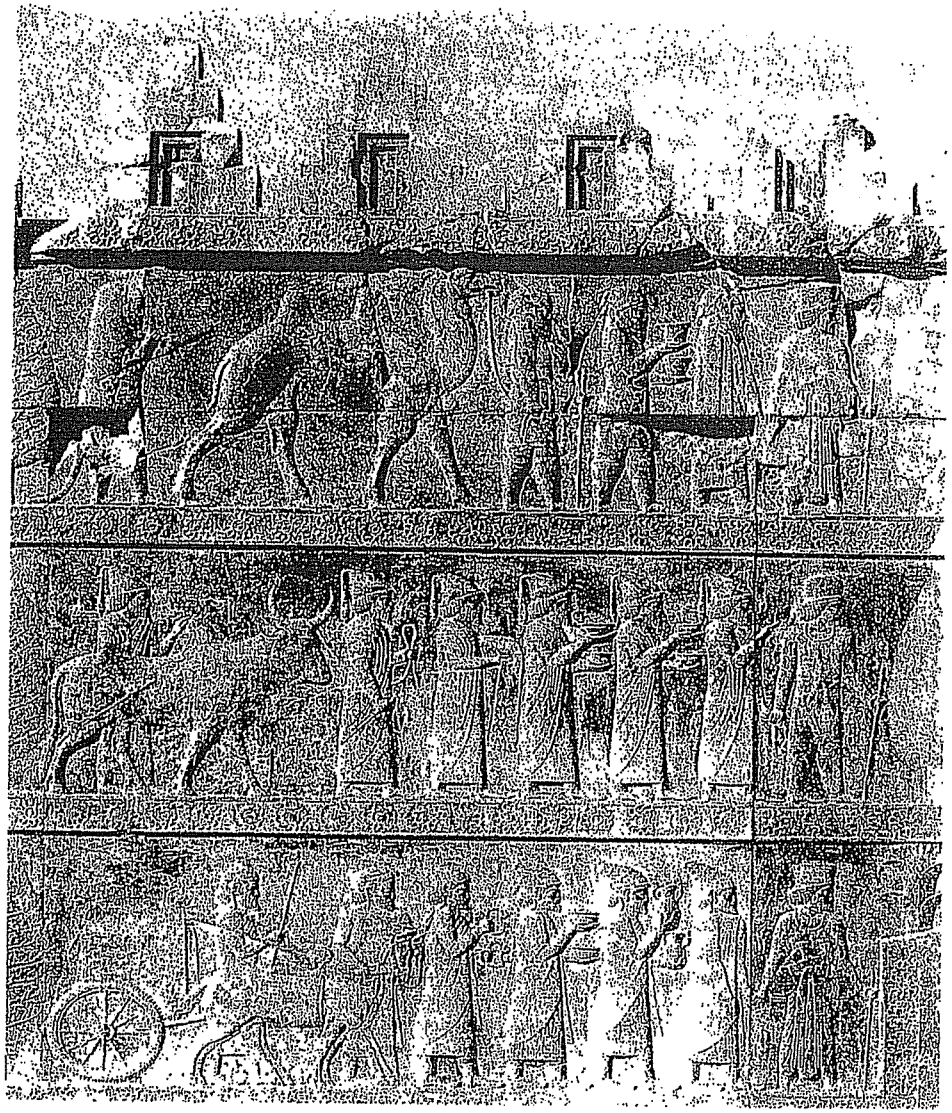


Figura 5.5. Delegaciones de súbditos acuden a Persépolis a pagar su tributo. El rey de Persia recibía en forma de tributo una gran variedad de productos de todo el Oriente Próximo.

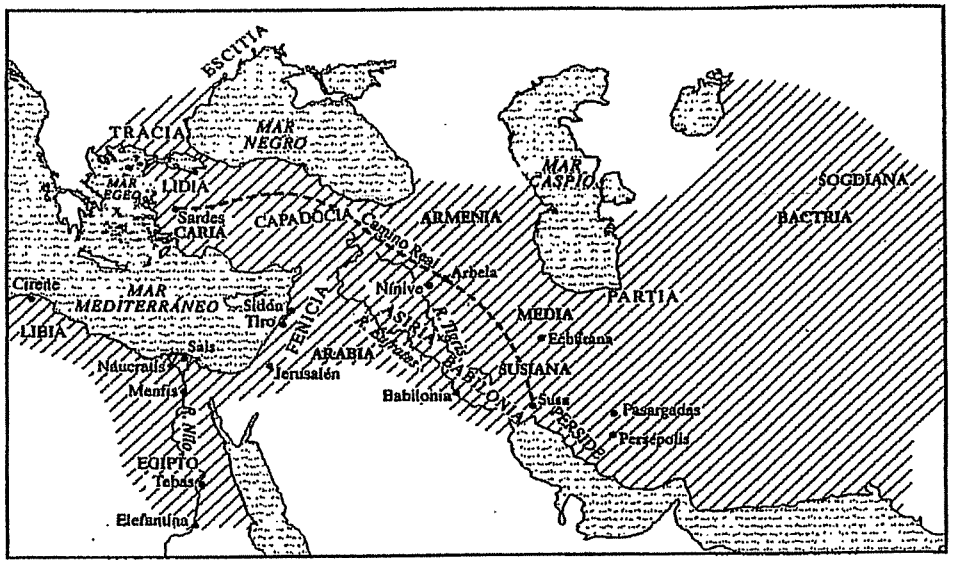


FIGURA 5.6. El imperio persa en tiempos de Darío.

con astucia y que lo estaba embaucando hábilmente, en aquel instante cometió un error; pues, cuando no debía decir la verdad, si realmente quería atraer a los espartiatas a Asia, resulta que respondió diciendo que había tres meses de camino. Entonces Cleómenes dejó a Aristágoras con la palabra en la boca, cuando este último se disponía a seguir hablando del camino, y le dijo: «Extranjero milesio, sal de Esparta antes de que el sol se ponga, pues el plan que propones es de todo punto inadmisible para los lacedemonios, ya que pretendes llevarlos a tres meses de camino del mar».[37]

Aristágoras no estaba dispuesto a abandonar su proyecto y siguió a Cleómenes hasta su casa blandiendo el símbolo tradicional de los suplicantes —un ramo de olivo envuelto en lana—; una vez allí, vio a la hija de éste, Gorgo, una niña de apenas ocho o nueve años, y le pidió que la hiciera salir,

pero Cleómenes le invitó a decir lo que quisiera, sin verse coartado por la presencia de la niña. En esa tesitura, Aristágoras, sin más preámbulos, empezó por prometerle de entrada diez talentos, si accedía a satisfacer sus demandas. Y, en vista de que Cleómenes rehusaba, Aristágoras fue aumentando progresivamente la cifra, hasta que llegó a prometer cincuenta talentos, momento en el que la niña exclamó: «Padre, si no te alejas de aquí, el extranjero acabará por sobornarte». Entonces Cleómenes, a quien, como es natural, le había hecho gracia la sugerencia de la niña, se retiró a otra habitación, por lo que Aristágoras abandonó definitivamente Esparta, sin que le fuera posible añadir nuevos detalles a propósito del camino que va hasta la corte del rey.[38]

37. Heródoto, *Historia*, V, 50.
38. Heródoto, *Historia*, V, 51.

Los atenienses se mostraron más receptivos a los planes de Aristágoras. Pueblos más aventureros que los espartanos, no se hallaban coartados por el temor a una rebelión de los esclavos en su ausencia. Les inquietaba la relación existente entre los persas e Hipias, que había logrado llegar a Persia, y sus temores de que el antiguo tirano planeara regresar con el apoyo de los persas no eran infundados. Por último, el libre acceso al trigo y los demás recursos del mar Negro era fundamental para ellos y merecía su protección. Decidieron, pues, prestarle ayuda con veinte naves; los eretrieos, por su parte, se mostraron dispuestos a enviar cinco.

La desafortunada rebelión de los jonios terminó con una gran derrota naval frente a las costas de Lade, isla situada en las inmediaciones de Mileto, en 494 a. C. La moral de los griegos estaba por los suelos; los tiranos a los que Aristágoras había contribuido a derrocar se dedicaban a hacer propaganda en favor de los persas; y, antes de que concluyera la batalla, los samios y los lesbios hicieron defección. Mileto fue derrotada; sus mujeres y niños fueron esclavizados, y los varones deportados a la desembocadura del Tigris. No obstante, la capital del imperio persa en Occidente, Sardes, fue incendiada en el curso de la sublevación, no se sabe si accidentalmente o a propósito.

Darío no estaba dispuesto a olvidar el incendio de Sardes, pero tampoco los griegos olvidarían la destrucción de Mileto. Patria de los filósofos Tales, Anaximandro y Anaxímenes, y más recientemente también del geógrafo Hecateo (que había advertido a Aristágoras de la enorme superioridad de Persia), Mileto había sido una de las ciudades más cultas del mundo griego. Cuando el poeta Frínico estrenó una tragedia sobre su destrucción titulada *La caída de Mileto*, los atenienses le impusieron una multa de mil dracmas por recordarles el desastre. Esta anécdota sobre la indignación de los atenienses pone de manifiesto una conciencia cada vez mayor de identidad entre los jonios y quizá entre los griegos en general. Atenas se había apartado de la sublevación en su primera fase, tras el incendio de Sardes, de modo que sus soldados no habían tenido nada que ver con el desastre de Mileto; pero se identificaban apasionadamente con la ciudad y su destino final.

Había buenos motivos para creer que la suerte de Mileto sería muy pronto la de las ciudades de la Grecia continental. Bajo la dirección de un político que empezaba a hacer carrera —había sido nombrado arconte recientemente—, Temístocles, los atenienses emprendieron la fortificación de los tres puertos del Pireo y su transformación en una gran base naval y comercial. A diferencia de la mayoría de los políticos atenienses, Temístocles carecía de relaciones familiares, aparte de las conseguidas a través de un matrimonio de conveniencia, y a diferencia de la mayoría de los políticos anteriores, que habían contado con el respaldo de las clases terratenientes ociosas, parece que él contó con el apoyo de las gentes que se ganaban la vida con el comercio. Particularmente sensible a la amenaza persa —Tucídides alaba su capacidad de prever lo que el destino les reservaba (I, 138)—, Temístocles prestó un gran servicio a Grecia en aquel momento crítico.

La invasión de Grecia por Darío

Darío se había interesado por Grecia unos años antes de la sublevación de Jonia, y el deseo de vengar el incendio de Sardes vino a dar una excusa ulterior a su ambición. En 492 a. C. envió a Occidente a su yerno, Mardonio, al frente de un gran ejército. Aun-

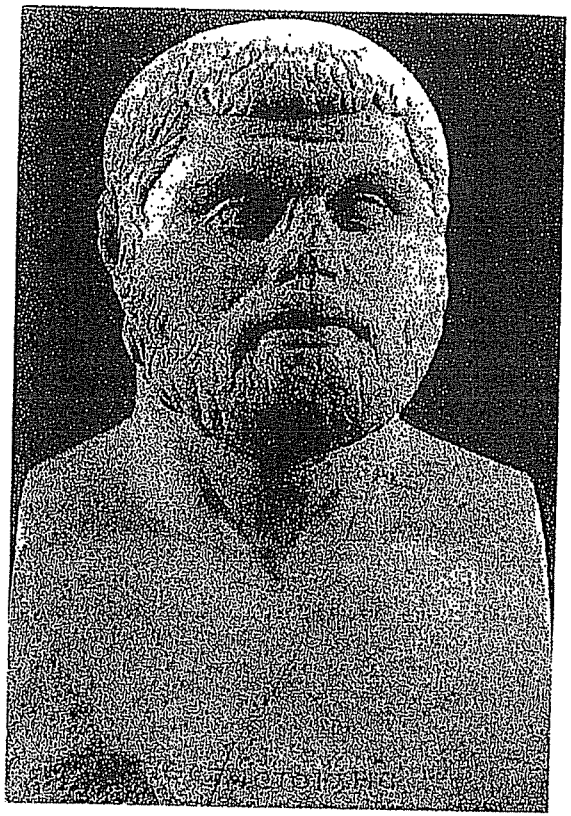


FIGURA 5.7. Herma de Temístocles. Esta copia romana probablemente fuera modelada a partir de una estatua de bronce erigida aproximadamente en 460 a. C. Con su cuello robusto y sus rasgos toscos, el busto refleja el primer ejemplo de retrato conocido en el arte griego. Quizá debamos relacionar la insólita fisonomía de Temístocles con la tradición que afirmaba que su madre no era griega.

que Mardonio logró restablecer el prestigio de Persia en el norte de Grecia, conquistando Tracia, Tasos y Macedonia, la flota naufragó a la altura del monte Atos, frente a las costas de la península Calcídica, y Mardonio se vio obligado a regresar. Darío preparó enseguida otra expedición, con la intención esta vez de cruzar directamente el Egeo, evitando los traicioneros promontorios del norte. Con el destino de Mileto siempre presente en su memoria, muchas ciudades griegas accedieron a las pretensiones de los heraldos de Darío que les exigían la tierra y el agua, los dos símbolos proverbiales de sumisión que significaban el reconocimiento de la supremacía del Gran Rey por tierra y por mar. Los habitantes de las islas pensaron que no tenían más opción, y en el continente Argos y Tebas se pasaron a los persas. Esparta y Atenas, sin embargo, se mantuvieron firmes en su posición.

El primer objetivo de Darío era castigar a Atenas y Eretria por el papel que habían desempeñado en la rebelión de Jonia. De hecho, quizá ese fuera el principal propósito de su expedición. En el verano de 490, su flota llegó a Grecia, comandada por su sobrino Artafernes y por el medo Datis. La cifra de seiscientas naves que da Heródoto probablemente sea exagerada, pero es posible que Datis y Artafernes llevaran consigo veinte mil hombres, uno de los cuales era el anciano Hipias, el antiguo tirano de Atenas, al que pre-

tendían restablecer como tirano de su ciudad natal y como vasallo de Persia. Por el camino, los persas incendiaron la ciudad y los templos de Naxos, deportando a los cautivos; en otros lugares obligaron a los hombres a prestar servicio militar y retuvieron a sus hijos como rehenes. Al término de un asedio que duró menos de una semana, Eretria fue traicionada desde el interior y entregada a los persas. Éstos incendiaron sus templos en venganza por los que habían sido destruidos en Sardes y deportaron a la población siguiendo las instrucciones de Darío. (Varios siglos más tarde, el profeta peripatético del Imperio Romano, Apolonio de Tiana, afirmaría haber encontrado a los descendientes de los eretrieos deportados en Arderica de Cisia, que, al parecer, seguían hablando su dialecto nativo.) Desde Eretria los persas pasaron a Maratón, en el norte del Ática, donde los Pisistrátidas habían obtenido antiguamente la victoria.

La asamblea de los atenienses votó enviar inmediatamente sus tropas a Maratón, y mandaron a un corredor llamado Fidípides (o quizá Filípides) a Esparta, que, según la leyenda, recorrió en un día los casi doscientos veinte quilómetros que separan ambas ciudades. Los espartanos, sin embargo, no lograron sacar provecho de la rapidez con que llegó el mensaje, pues, según dijeron a Fidípides, que naturalmente estaba exhausto, estaban celebrando una fiesta en honor de Apolo, las Carneas, y tenían prohibido salir hasta después del próximo plenilunio. Como los espartanos eran profundamente piadosos y no tenían miedo a la guerra, puede que su justificación fuera cierta.

La batalla de Maratón

Las cifras de Heródoto quizá estén equivocadas, pero es probable que los atenienses fueran muy inferiores numéricamente a sus adversarios, si no en una proporción tan descarada como la que él dice, sí por lo menos a razón de dos por uno. Los persas disponían de unas fuerzas más versátiles, con caballería, arqueros y tiradores, pero las tropas atenienses, formadas fundamentalmente por hoplitas, disponían de un armamento más pesado. El problema más importante que tuvieron que arrostrar los atenienses fue el de la falta de un general en jefe, pues todas las decisiones debían tomarlas los estrategos (la junta de magistrados creada por Clístenes) deliberando de forma colegiada. Como unos deseaban aguardar a que llegaran los refuerzos espartanos esperados para la luna llena y otros consideraban demasiado peligroso el retraso, se corría el riesgo de que el estancamiento en el campamento ateniense pusiera la victoria en manos de los persas y que toda Grecia fuera invadida. Cuando los atenienses se dieron cuenta de que había desaparecido parte de la infantería y la caballería persa y sospecharon que algunas tropas se dirigían a Falero, algunos generales pensaron que había llegado el momento de atacar, aunque todavía había luna llena y los espartanos iban a tardar algunos días en llegar; el menor retraso podía resultar fatal. Parece que el estratego Milcíades desempeñó un papel decisivo en la salvación de Grecia.

Sobrino del Milcíades al que Pisístrato envió a proteger los intereses de Atenas en el Quersoneso (librándose de paso de un posible rival), Milcíades el joven había heredado el cargo de su tío y había pasado la mayor parte de su vida en aquel remoto puesto fronterizo. En parte porque pertenecía a la prominente familia de los Filaidas y, por tanto, era pariente lejano de Pisístrato, había sido víctima de la lucha de facciones existente en Atenas cuando regresó a la ciudad en 493 a. C., al ser acusado de supuesto comportamiento tiránico en el Quersoneso. Aunque no podemos saber por qué a los atenienses

había de preocuparles que uno de sus conciudadanos ejerciera la tiranía fuera de Atenas, seguramente Heródoto tiene razón al atribuir su procesamiento a las maquinaciones de los adversarios de Milcíades (VI, 104); otros rumores atribuyen las trama a Temístocles y los Alcmeónidas. En cualquier caso, Milcíades resultó absuelto y capitaneó la victoria de los griegos sobre Darío, convenciendo al *polémarchos* Calímaco y a algunos otros generales de que le permitieran dirigir la estrategia ateniense. Heródoto reproduce una emocionante versión de su discurso:

> «Calímaco, en tus manos está *precisamente ahora* sumir a Atenas en la esclavitud o bien conservar su libertad y dejar, para toda la eternidad, un recuerdo de tu persona superior, incluso, al de Harmodio y Aristogitón. Pues no hay duda de que *precisamente ahora* los atenienses se encuentran en el momento más crítico de su existencia; si, por lo que sea, se inclinan ante los medos, salta a la vista cuál será su suerte una vez en poder de Hipias; en cambio, si esta ciudad se alza con la victoria, puede llegar a ser la más importante de toda Grecia. ¿Que cómo puede hacerse esto realidad y por qué te corresponde precisamente a ti adoptar la decisión definitiva en este asunto? Voy a explicártelo ahora mismo. Nosotros, los estrategos, somos diez y nuestras opiniones se hallan divididas, ya que unos se muestran partidarios de presentar batalla, mientras que otros se oponen. Pues bien, si no libramos combate, temo que se forme una importante facción que haga vacilar la fe de los atenienses hasta inducirlos a abrazar la causa del Medo. Por el contrario, si presentamos combate antes de que una plaga de ese tipo cobre aliento en el corazón de algunos atenienses, y si los dioses se mantienen imparciales, estamos en condiciones de alzarnos con la victoria en la batalla. Por consiguiente, todo lo que te he expuesto es en estos momentos de tu competencia y de ti depende; pues, si tú te atienes a mi opinión, tu patria conserva su libertad y tu ciudad se convierte en la más importante de Grecia. Pero, si te decantas por el parecer de quienes se oponen a la celebración de la batalla, por tu culpa, en lugar de los logros que te he enumerado, sucederá todo lo contrario».[39]

Y de ese modo, una mañana de finales de septiembre de 490, a las órdenes de Milcíades, los atenienses, ayudados por algunos plateos, bajaron de la colina en la que estaban acampados cubriendo los casi dos quilómetros que los separaban de los persas al doble de velocidad que éstos, aunque el peso de la armadura de los hoplitas era considerable. Arístides y Temístocles marchaban al frente de los contingentes de sus tribus por el centro, mientras que Calímaco comandaba el ala derecha y los plateos ocupaban la izquierda. Conscientes de su inferioridad numérica, los atenienses apretaron las filas de ambas alas lo más posible, acumulando cuantos hombres pudieron en los extremos exteriores de su formación, aunque ello supusiera dejar el centro desguarnecido. A pesar de su superioridad numérica, los persas no fueron capaces de resistir la disciplina y la resolución de los hoplitas que combatían en defensa de su libertad. (Además, los griegos contaban con mejores armaduras y con unas lanzas más largas.) En su huida hacia las naves, muchos persas quedaron empantanados en las marismas.

Aunque llegaron demasiado tarde para tomar parte en el combate, los espartanos visitaron el campo de batalla y contemplaron los cadáveres de los persas. Heródoto sostiene que los atenienses perdieron 192 hombres, y los persas 6.400. El número de los griegos probablemente sea correcto, pues en el campo de batalla se erigió una inscripción con los nombres de los caídos; uno de ellos fue Calímaco. Los muertos fueron incinerados en el propio lugar en que cayeron, y posteriormente se erigió un monumento

39. Heródoto, *Historia*, VI, 109.

en él. También perecieron algunos esclavos atenienses y plateos, pero no se sabe cuántos. El dramaturgo Esquilo combatió en Maratón. El epitafio que compuso para sí mismo no menciona en ningún momento sus grandes éxitos como poeta trágico, sino que sólo habla del servicio que prestó en esta batalla en defensa de la libertad: «El glorioso bosque de Maratón», dice, «puede hablar de su valor, lo mismo que el persa de larga cabellera, que también lo recuerda». Durante las décadas inmediatamente posteriores, los *Marathanómachoi* —los «combatientes de Maratón»— gozaron de un prestigio singular en Atenas y con el paso del tiempo llegaron a representar las virtudes sencillas de las viejas generaciones en una sociedad cada vez más compleja y atraída por el lujo. Casi un cuarto de siglo después de que tuviera lugar, la batalla fue conmemorada en un fresco pintado en la Stoa Poikile («Pórtico de las pinturas»), situada en el extremo noroccidental del ágora de Atenas; podía identificarse en él a Calímaco, Milcíades, Datis y Artafernes, así como a Cinegiro, el hermano de Esquilo, colgando de una nave persa, a cuyo mascarón de popa se agarró hasta que le cortaron el brazo de un hachazo. También los dioses y los héroes asistieron a la batalla, Heracles, Atenea y Teseo, cuyos espectros prestaron ayuda, en opinión de muchos, en el campo de batalla, como hicieran los dioses homéricos ante las murallas de Troya.

No todos los griegos se alegraron de la derrota persa. Al parecer, después de la batalla a los persas les hicieron señales con un escudo desde Atenas comunicándoles que la ciudad estaba dispuesta a rendirse. Heródoto niega rotundamente toda relación entre los Alcmeónidas y esa señal, aunque el autor se muestra siempre favorable a esta familia y, al parecer, utilizó para escribir su obra fuentes de los propios Alcmeónidas, pero desde luego en su época corrieron rumores en este sentido. En cualquier caso, en Atenas había algunos que eran partidarios de los persas. Con el paso del tiempo, las acusaciones de simpatía hacia Persia perseguirían a todos los políticos atenienses más ambiciosos y constituirían una forma fácil de destrozar la reputación de cualquier personaje controvertido.

La caída en desgracia de los líderes griegos: Milcíades, Cleómenes y Demarato

Los atenienses pusieron muy alto el listón de sus líderes. Aunque en los siglos V y IV podemos apreciar numerosos ejemplos del carácter exigente del demos, los más antiguos están entre los más interesantes. Poco después de la batalla de Maratón, Milcíades fue acusado en la asamblea y condenado a pagar una elevada multa. Cuando murió seguía caído en desgracia y todavía no había podido pagarla, de modo que su hijo, Cimón, tuvo que saldar la deuda. Las circunstancias fueron muy curiosas. Debido a la consideración de héroe en que los atenienses tenían a Milcíades después de la batalla de Maratón, acordaron concederle unas naves para una expedición, fiados en su promesa de que los haría ricos. Cuando su ataque contra la isla de Paros acabó en un fracaso bochornoso —Heródoto afirma que la lesión que le causó la muerte se la produjo mientras violaba el santuario de Deméter—, fue procesado en Atenas y tuvo que asistir al juicio en una camilla, pues la herida había empezado a gangrenársele. Los atenienses llegaron a considerar la posibilidad de condenarlo a muerte. Aunque no podemos saber cuántos miembros de la asamblea conocían el verdadero objeto de la expedición de Milcíades —motivos de seguridad habrían aconsejado no citar abiertamente el nombre de Paros, que se había puesto del lado de los persas durante la guerra—, lo que es evidente es que el demos había adquirido la costumbre de pedir responsabilidades a sus magistrados.

Durante las décadas sucesivas, la interacción entre el demos y sus líderes se caracterizaría por una dinámica cambiante que contribuyó a definir la naturaleza de la democracia a medida que fue desarrollándose.

Pero no fue sólo en Atenas donde los líderes políticos acabaron de mala manera. También los reyes de Esparta acostumbraban a meterse en dificultades. Tras obtener una victoria decisiva sobre el inveterado enemigo de Esparta, Argos, en la batalla de Sepea, Cleómenes fue acusado por sus conciudadanos de haber perdonado a la ciudad porque lo habían sobornado. Unos años más tarde, tras conseguir la complicidad del oráculo de Delfos en la trama urdida para obtener la deposición de su colega, el rey Demarato, reaparecieron las acusaciones de soborno. Cleómenes huyó a Arcadia, donde intentó organizar una revuelta contra los espartanos. Aunque éstos decidieron perdonarlo y le permitieron regresar a Esparta, parece que Cleómenes enloqueció. Si las fuentes de Heródoto están en lo cierto, pereció de un modo horrible, en una demostración del aguante del dolor físico proverbialmente típico de los espartanos. Apenas hubo regresado, dice Heródoto,

> Cleómenes, que ya con anterioridad estaba bastante desequilibrado, sufrió un ataque de locura, pues, cuando se topaba con algún espartiata, le atizaba un bastonazo en la cara.
>
> Ante las extravagancias que cometía, y dado que había perdido el juicio, sus parientes lo encadenaron a un cepo. Cargado de cadenas, cierto día vio que al sujeto que lo vigilaba lo habían dejado solo los demás guardianes y le pidió un puñal. En un principio [el guardián] se negó a dárselo, pero Cleómenes le amenazó con lo que le haría cuando se viera libre, hasta que el hombre, amedrentado ante las amenazas (pues se trataba de un ilota), le dio un puñal. Entonces Cleómenes, una vez en posesión del acero, empezó a lastimarse comenzando por las piernas: desgarrándose a jirones las carnes, fue subiendo de las piernas a los muslos, y de los muslos a las caderas y las ijadas, hasta que llegó al vientre y se lo hizo trizas, hallando así la muerte.[40]

Demarato, que fue desterrado, corrió mejor suerte. Como muchos de los conflictos que había tenido con Cleómenes se debían a su simpatía por el partido pro-persa de Egina, fue bien acogido en Persia, actuó como consejero en las guerras contra Grecia, y vio recompensados sus servicios con cuatro ciudades de Asia Menor.

Atenas después de Maratón

En Atenas, el carácter del liderazgo político cambió poco después de la batalla de Maratón de un modo muy concreto. Los sucesos que rodearon la campaña persuadieron a los atenienses de la importancia de un mando militar eficaz. Poco después dejaron patente esa convicción efectuando un cambio en el método de selección de los arcontes, que, dada su condición de magistrados eminentemente judiciales, parecían menos importantes que los estrategos, cuyas responsabilidades militares eran de vida o muerte. En 487 empezaron eligiendo a los arcontes por sorteo entre un gran número de candidatos (¿quizá cien en total?) presentados por los diversos demos, según el método utilizado ya para la elección de los miembros del Consejo de los Quinientos. Esta innovación permitió que los hombres más ambiciosos no se presentaran candidatos al arcontado, que era un cargo no renovable, sino a la *stratēgía* (generalato). De paso permitió socavar poco a poco el *status* del venerable Consejo del Areópago. Al estar compuesto por antiguos arcontes, con el paso del tiempo fue llenándose de individuos elegidos por sorteo. Lo más probable es que el promotor de esta medida fuera Temístocles. Temístocles no sólo era hostil al ethos aristocrático que concedía un poder y prestigio especiales a los areopagitas; como ya había sido arconte y sólo podía repetir mandato si era elegido para el generalato, tenía un interés inmediato en dar mayor relevancia al papel de los estrategos a expensas de los arcontes. En Grecia, la elección por sorteo era un procedimiento asociado habitualmente a la democracia. Servía para desanimar las maquinaciones de determinados grupos de interés y garantizar que una proporción significativa de los individuos que tenían derecho a ocupar los distintos cargos participaran en la política, y aparentemente otorgaba a los dioses un papel importante en la elección de los magistrados. Con todo, los atenienses no estaban locos. Sometían a todos los presuntos magistrados a un interrogatorio llamado *dokimasía*, y decidieron no utilizar el sorteo para elegir a los generales de las fuerzas armadas del estado. Como consecuencia, el generalato se convirtió en el cargo más prestigioso del gobierno, y de ese modo los diez estrategos gozarían de más autoridad que cualquier otro ateniense.

Al mismo tiempo, los atenienses empezaron a utilizar un método insólito para evitar que nadie se apoderara del estado, aunque la rápida desaparición de muchos de los adversarios de Temístocles nos recuerda que el método no era infalible. Una de las innovaciones atribuidas a veces a las reformas de Clístenes es el ostracismo, sistema en virtud del cual cada primavera los atenienses tenían la posibilidad de decidir por votación el destierro de uno de sus conciudadanos por un período de diez años. Este curioso procedimiento tomó su nombre de los cascotes o fragmentos de vasijas de cerámica, llamados *óstraka*, en los que los electores escribían el nombre del individuo que deseaban desterrar. No se necesitaba ninguna acusación previa; el exilio no suponía ninguna deshonra; los derechos de ciudadanía y los bienes del desterrado seguían intactos a su regreso. Pero el varón que se consideraba peligroso por recibir una mayor cantidad de votos se veía obligado a abandonar el Ática durante diez años. Como es natural, los historiadores se han preguntado cómo es que, si el método fue establecido realmente por Clístenes, el primer individuo en ser desterrado de este modo —un Pisistrátida llamado Hiparco—, no fue víctima del ostracismo hasta 487, más de veinte años después de que Clístenes ejerciera el poder. La respuesta quizá esté en el mínimo de seis mil votos exigidos por los atenienses para que se hiciera efectiva la medida; puede que el ostracismo de Hiparco no fuera el primero que se intentara, sino sólo el primero en el que se alcanzó el quórum necesario, el primero que «cuajó». No obstante, también es posible que el ostracismo fuera inventado sencillamente más tarde. Probablemente no sea mera coin-

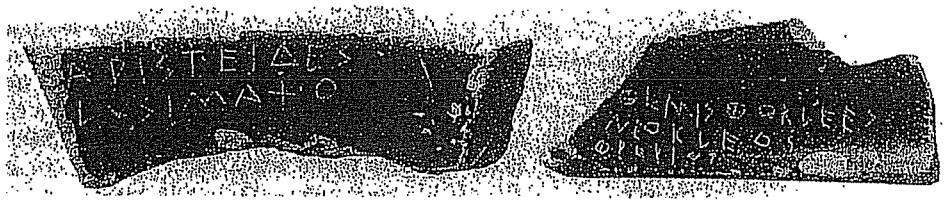


FIGURA 5.8. En el ágora de Atenas se han descubierto numerosos *óstraka*. En estos ejemplares aparecen los nombres de Arístides, hijo de Lisímaco, y de Temístocles, hijo de Neocles.

40. Heródoto, *Historia*, VI, 75.

cidencia el hecho de que el primer hombre conocido que sufrió el ostracismo llevara un nombre tan ominoso; una explicación del ostracismo habitualmente esgrimida es que su finalidad era mantener a raya la tiranía. Independientemente de cuándo se instituyera, quizá debiéramos entender el ostracismo como un medio de sustituir la expulsión de todo un grupo familiar, como el de los Alcmeónidas, por el destierro mucho menos traumático de un individuo temido. En la década de 480 fueron víctimas del ostracismo algunos personajes destacados: Megacles, jefe de los Alcmeónidas en 486; Jantipo, el padre de Pericles, en 484; y el gran rival de Temístocles, Arístides, en 482.

El papel desempeñado por Temístocles en los tres primeros ostracismos es objeto de especulación, pero su conflicto con Arístides es indiscutible, y el ostracismo de 482 obligó a los atenienses a escoger entre dos tipos distintos de política. Es posible que se evitara la guerra civil gracias a la válvula de seguridad que proporcionaba el ostracismo, aunque también cabría pensar en el peligro de un nuevo conflicto con Persia. Darío elevó los impuestos en el verano de 486, levantando así sospechas de que estaba reuniendo recursos para financiar una nueva invasión de Grecia. Probablemente contara con algún apoyo en el norte del país —en Tesalia, por ejemplo—, y no cabe duda de que también lo tenía al sur. Para entonces, los persas sabían muy bien que las ciudades griegas estaban muy divididas —conocían, por ejemplo, la rivalidad existente entre Esparta y Argos, o entre Egina y Atenas— y que eran víctimas de enfrentamientos internos. Llegado el momento, Tesalia, Lócride, y toda Beocia menos Platea y Tespias ofrecerían a los persas la tierra y el agua que les exigieron en cuanto se enteraron de que las tropas del Gran Rey habían cruzado el Helesponto. Sin embargo, el plan de Darío tuvo que retrasarse debido a la sublevación de Egipto, ocasionada por la subida de los impuestos. En el otoño de 486 a. C. cayó enfermo y murió.

La invasión de Jerjes y la construcción de trirremes en Atenas

El hijo y sucesor de Darío, Jerjes (nieto de Ciro por parte de madre), se mostró al principio vacilante respecto a la conveniencia de llevar a cabo la invasión, pero en 484 a. C. tomó una decisión definitiva, y los griegos se enteraron de que se estaban construyendo grandes cantidades de navíos en todos los puertos del inmenso imperio persa, desde Egipto hasta el mar Negro. Jerjes envió ingenieros y operarios al Helesponto, donde construyeron un puente de barcos, y al norte de Grecia, donde abrieron un canal en el Atos, para evitar naufragios como el sufrido por Mardonio en 492.

Casualmente, por esta misma época los atenienses que trabajaban en las minas de plata del Laurion, en el sudeste del Ática, cuya producción era muy modesta, dieron con un filón riquísimo, hasta entonces desconocido. El nuevo filón era tan abundante que sólo el primer año produjo más de dos toneladas de plata. En Atenas, los miembros de la asamblea estaban divididos respecto al destino que debían darle. Arístides capitaneaba a los que querían repartirla entre los ciudadanos, mientras que Temístocles defendía la tesis de que se utilizara para construir naves. Consciente de que si insistía en sus pronósticos de guerra con Persia tenía muchas probabilidades de hacerse impopular, prefirió hablar a sus conciudadanos de la guerra permanente que sostenían con la vecina isla de Egina; precisamente habían sufrido poco antes una derrota naval, que había infligido graves daños al comercio del Pireo. El ostracismo de 482 decidió la suerte de uno y otro; Arístides abandonó Atenas, y la flota que había de salvar a Grecia pudo

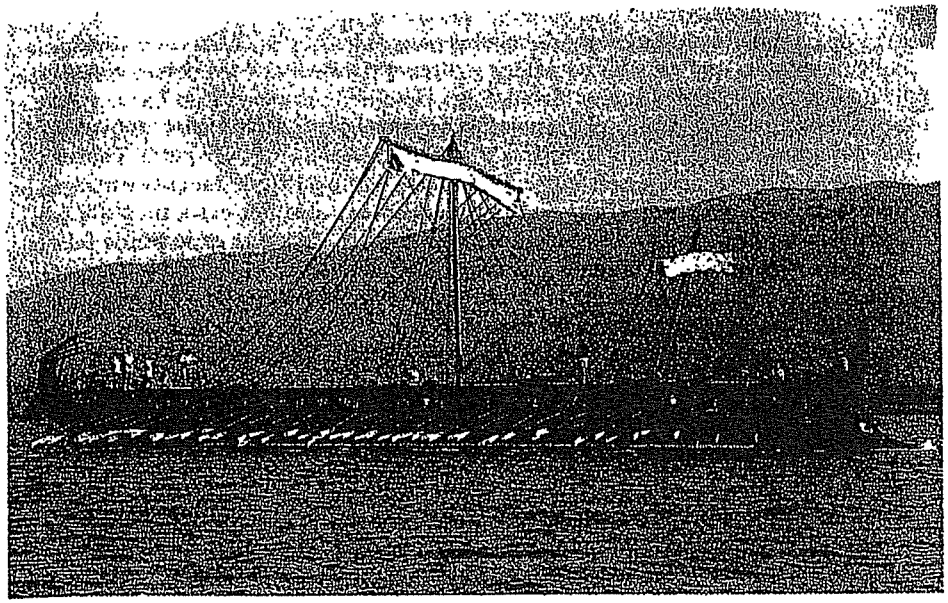


FIGURA 5.9. Fotografía de una trirreme navegando. Un grupo de eruditos e ingenieros navales ingleses y griegos del siglo XX reconstruyó la trirreme ateniense de época clásica.

ser construida. Resulta difícil imaginar cuán distinta habría sido la historia si el resultado de la votación del ostracismo hubiera sido otro.

Las naves construidas por los atenienses con la riqueza que les acarreó la plata del Laurion fueron trirremes, un tipo de buque de guerra ligero, rápido y muy manejable, provisto de tres filas de remos. Aunque las primeras trirremes fueron construidas —probablemente en Corinto— ya en el siglo VII, su fabricación resultaba muy cara, y por eso tardaron algún tiempo en sustituir a los viejos modelos, menos eficaces, como navío de guerra griego por excelencia. Sin embargo, en el siglo V la trirreme ya se había convertido en un instrumento de guerra indispensable. Nave alargada y esbelta, la trirreme era casi nueve veces más larga que ancha (36 m de eslora por 4,5 m de manga), y llevaba una tripulación de 170 remeros. Aunque las naves de remo griegas habían sido diseñadas originariamente sólo para transportar a los soldados al teatro de operaciones, en el siglo V la guerra por mar había evolucionado de tal forma que la embestida se había convertido en una táctica fundamental de cara a la victoria, y para eso la trirreme resultaba ideal. Serían las trirremes las que derrotaran a los persas, y esas trirremes serían atenienses. Con el aumento del poderío y el prestigio de la marina ateniense, la trirreme se identificaría con Atenas; en *Las aves* de Aristófanes, cuando a un viajero ateniense le preguntan cuál es su polis, responde: «La de las buenas trirremes».

Mientras los atenienses se afanaban en construir sus navíos, los heraldos de Jerjes llegaron a Grecia exigiendo la tierra y el agua, y muchos estados se los dieron. Con Tesalia, Beocia y Argos, la inveterada enemiga de Esparta, no cabía contar. Atenas y la

Liga del Peloponeso tuvieron que tomar la iniciativa y en 481 a. C. convocaron conjuntamente en Corinto un congreso de delegados para organizar la defensa de Grecia. Los treinta y un estados que estaban decididos a ofrecer resistencia a los persas constituyeron la que los historiadores suelen llamar Liga Helénica. Ante la crisis, Egina y Atenas se reconciliaron y se permitió el regreso de Arístides y otros exiliados atenienses. El mando supremo de las fuerzas terrestres y navales se concedió a Esparta. Fueron enviadas tropas al norte, aunque no llegaron tan lejos como para quedar encerradas en un territorio condenado a pasar a manos de los persas; en cualquier caso, probablemente los griegos cifraran sus mayores esperanzas en la flota. Tras una expedición fallida a Tesalia, estacionaron sus tropas en el paso de las Termópilas, en el Golfo Malíaco, mientras que la flota anclaba bastante cerca de allí, en Artemisio, frente a la costa septentrional de Eubea. A instancias de Temístocles, los atenienses probablemente decidieran evacuar el Ática y esperar al final de la guerra en la isla de Salamina y en la vecina Trezén, en el Peloponeso. Una copia del decreto realizada en el siglo III y descubierta en Trezén en 1959 probablemente sea una reproducción razonablemente exacta del texto original:

> ¡Dioses!
> Resolución del Consejo y el Pueblo.
> Temístocles, hijo de Neocles, del demo de Frearrio, hizo la propuesta de confiar la ciudad a Atenea, señora de Atenas, y a todos los demás dioses, para que la guarden y la protejan de los bárbaros por el bien del país. Los atenienses y los extranjeros que viven en Atenas enviarán a Trezén a sus hijos y a sus mujeres para su seguridad, siendo su protector Piteo, héroe fundador del país. Los ancianos y sus bienes muebles serán enviados a Salamina para su seguridad. Los tesoreros y las sacerdotisas se quedarán en la Acrópolis para salvaguardar los bienes de los dioses.
> Todos los demás atenienses y extranjeros en edad militar embarcarán en las doscientas naves que están preparadas a tal efecto y combatirán contra los bárbaros por su libertad y por la de todos los griegos junto con los lacedemonios, los corintios, los eginetas, y todos los que están dispuestos a afrontar el peligro.[41]

El centro de información del mundo griego, el oráculo de Delfos, sabía lo suficiente acerca de los persas como para desanimar a cualquiera —las tropas conjuntas del Gran Rey estaban formadas por miles de hombres, quizá un cuarto de millón—, y tanto espartanos como atenienses recibieron unos vaticinios de lo más descorazonador. Temístocles afirmó que el «muro de madera» que, según Delfos, podría salvar a Atenas era en realidad la flota; en cuanto a los espartanos, la Pitia les dijo que su única posibilidad residía en la muerte de un rey. Este oráculo quizá explique en parte la tenacidad del rey Leónidas en la defensa a toda costa del paso de las Termópilas. No cabe duda, sin embargo, de que un cálculo aquilatado obligaba a los griegos a realizar una operación por tierra, por desesperada que pudiera parecer, con el fin de ganar tiempo mientras la flota anclada en Artemisio debilitaba a la armada persa. Por suerte, una tormenta ayudó a los griegos, e incluso antes de que se produjera la batalla de Artemisio —cuyo resultado por lo demás fue indeciso—, los persas ya habían perdido muchas naves.

41. Véase Jameson, 1970, p. 98.

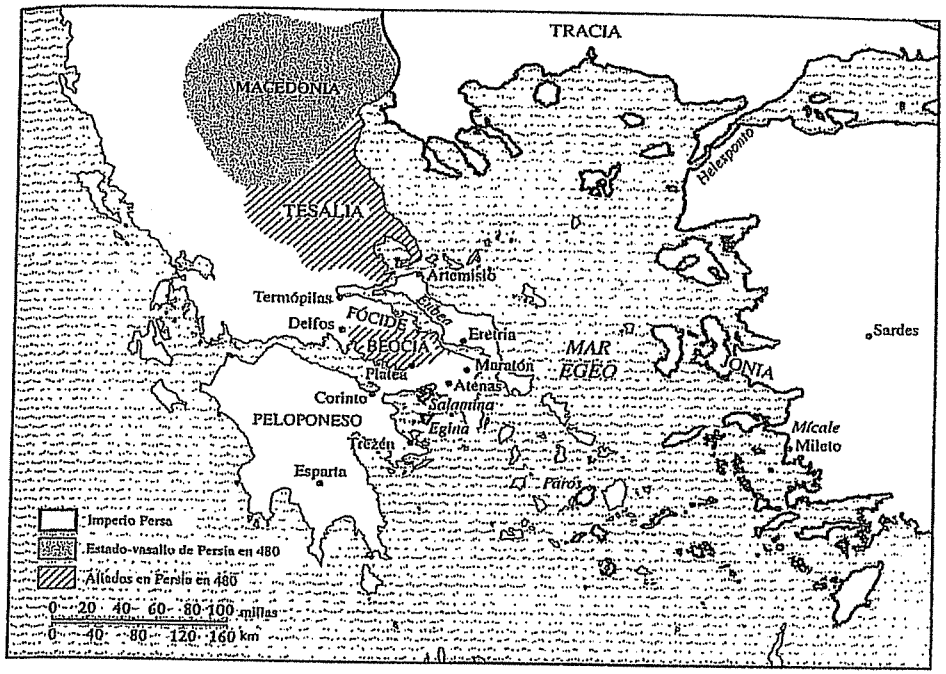


FIGURA 5.10. Las Guerras Médicas

La batalla de las Termópilas

Leónidas se dirigió a las Termópilas con unas fuerzas bastante escasas, unos siete mil hombres; probablemente los espartanos no estuvieran muy convencidos de la conveniencia de tomar posiciones tan al norte. Pero al depender de la flota ateniense, quizá algunos se contentaran con limitar su defensa al Peloponeso. El contingente focense, que era el más familiarizado con el terreno, se encargó de defender el camino oculto que iba por la cima de las montañas, por si Jerjes tenía la suerte de descubrirlo. Y la tuvo: un griego traidor le reveló la existencia del camino y condujo hasta él a uno de los generales de Jerjes, Hidarnes, junto con las tropas de choque que recibían el nombre de los Inmortales. Por el motivo que fuera, Leónidas despachó al grueso de sus tropas. Quizá dudara de su lealtad, o quizá se diera cuenta de que su situación era desesperada y prefirió guardar al mayor número posible de soldados para futuras batallas, infligiendo de todas formas daños al enemigo y obligándolo a entretenerse. Sólo permanecieron en su puesto los tebanos, los tespieos, y trescientos espartanos. Leónidas y sus hombres defendieron el paso con heroicidad y cayeron combatiendo, causando además la muerte de numerosos «Inmortales», entre ellos dos hermanos de Jerjes. Por orden de éste, el cadáver de Leónidas fue decapitado y colgado de una cruz.

La operación dilatoria de las Termópilas no sólo permitió ganar tiempo, sino que ha pasado a la historia como un ejemplo extraordinario de heroísmo. La defensa del Álamo

en 1846 ha sido recordada como un acto moderno análogo; durante la Segunda Guerra Mundial se animó a los soldados alemanes a emular a los espartanos de Leónidas; y durante los años setenta, los peligros de la inútil guerra del Vietnam fueron recogidos en la película *Go Tell the Spartans* («Ve y di a los espartanos»), cuyo título fue tomado del epitafio atribuido a Simónides en honor de los caídos en las Termópilas:

> Ve y di a los espartanos, caminante,
> que obedeciendo sus órdenes, aquí yacemos.

La batalla de Salamina

La victoria de las Termópilas abrió el camino hacia el centro de Grecia a los persas, cuya confianza se fortaleció al saber que habían matado a un rey de Esparta. Rápidamente trasladaron sus fuerzas terrestres hasta Atenas. Desde Salamina, situada justo enfrente de la costa occidental del Ática, donde las dos armadas habían tomado posiciones, los atenienses pudieron contemplar con toda facilidad el humo producido por el incendio de la Acrópolis, y los que pensaron que las fortificaciones de dicha colina eran el «muro de madera» salvador del que hablara el oráculo de Delfos se vieron obligados a admitir su error. En la propia flota empezaron a cundir las discrepancias. Algunos peloponesios pretendían regresar al Istmo, mientras que los atenienses estaban decididos a permanecer en su sitio y combatir en el estrecho. Según parece, Jerjes fue engañado e inducido a entrar en acción por un mensaje enviado por Temístocles, en el que le comunicaba que estaba de su parte y le instaba a atacar inmediatamente antes de que los griegos, desmoralizados, se dispersaran y regresaran cada uno a su patria. En realidad, eso es lo que pretendían hacer muchos, y la decisión de atacar que tomó Jerjes fue una locura. Heródoto, originario de Halicarnaso, en Jonia, cuenta lleno de satisfacción que Artemisia, la prudente consejera de Jerjes y reina de Halicarnaso, le advirtió en vano del peligro que comportaba entablar batalla cuando todas las evidencias indicaban que podía obtener la victoria si no lo hacía. Al conseguir que el enfrentamiento se decidiera en el estrecho, Temístocles logró sacar el mayor provecho de las naves griegas, más ligeras y manejables, y superar así a los pesados navíos persas. Desde la posición eminente que ocupaba en la costa, Jerjes pudo contemplar el desarrollo de la batalla, en la que los griegos contaron con la ventaja adicional de que, como casi todos se habían criado cerca del mar, sabían nadar, mientras que la mayoría de los marineros de Jerjes no sabían. A la caída del sol, los persas habían perdido doscientas naves y con ellas la batalla. En vez de reconocer la locura cometida al decidir atacar, Jerjes reaccionó ante la derrota ejecutando a sus capitanes fenicios, acusándolos de cobardía, y privándose así en el futuro del apoyo naval de Fenicia.

Jerjes se retiró con su armada a Persia para salvaguardar el Helesponto y dejó a Mardonio en Grecia, donde en la primavera de 479 se enfrentó al ejército helénico más numeroso reunido nunca en un campo de batalla. El apoyo de Tebas reforzó la causa persa, pero fue insuficiente para obtener la victoria. En la ciudad de Platea, cerca de la frontera entre Beocia y el Ática, Mardonio acabó sus largos años al servicio de Persia. Capitaneados por el espartano Pausanias, sobrino de Leónidas y regente del hijo de éste, los griegos lograron ganar una dura batalla, en el transcurso de la cual cayó el propio Mardonio. Los líderes tebanos que habían «medizado», esto es, que se habían pasado a los persas, fueron ejecutados sin juicio. Más o menos por esa misma época —según la tradición el mismo día de la batalla de Platea—, la flota griega que se había dirigido a Oriente en persecución de los persas, derrotó a su armada en la batalla de Mícale, frente a las costas de Asia Menor, en parte debido a la defección de los jonios.

La guerra vista por los griegos

Los vencedores suelen guardar en la memoria la historia de sus triunfos. Los vencidos prefieren convertir los mismos acontecimientos en incidentes triviales, que se olvidan fácilmente. Hasta que se publicaron los trabajos de los iranólogos del siglo XX, a raíz del desciframiento del antiguo persa en el siglo XIX y las excavaciones de los yacimientos arqueológicos, nuestro conocimiento del imperio persa dependía en gran medida de las fuentes históricas griegas y de los estudiosos que preferían la tradición occidental, democrática y europea, a lo que consideraban el «despotismo oriental». En otras palabras, las fuentes han sido mayoritariamente «helenocéntricas». Entre las fuentes literarias antiguas que han impuesto esta perspectiva destaca ante todo la *Historia* de Heródoto, que realzó el carácter inesperado de la victoria griega y buscó su causa en las instituciones básicas de las sociedades y los gobiernos griegos y persa. Aunque Heródoto presenta a los primeros Aqueménidas como reyes virtuosos y constructivos, a Jerjes lo pinta como un loco impío, responsable del inicio de la decadencia de Persia. El principal rasgo del carácter de Jerjes, según Heródoto, era la *hybris* («arrogancia»). Al igual que Creso, Jerjes pensó que estaba al mismo nivel que los dioses. Se atrevió a poner un puente al temible Helesponto. Por eso se creía que los dioses habían ayudado a los griegos a derrotar a Jerjes, y que éste había merecido semejante humillación. El poeta trágico Esquilo, que combatió en Salamina y Maratón, pinta también a Jerjes como el responsable de la muerte de muchos nobles persas debido a su locura. En 472 a. C. estrenó una tragedia, *Los Persas*, en la que recordaba a los atenienses el papel que habían desempeñado en la derrota de los medos y elogiaba los valores por los que habían luchado: la libertad frente a la esclavitud, el gobierno democrático responsable frente a la arbitrariedad de la autocracia y la monarquía.

La obra contiene además una vívida descripción de la propia batalla. A la hora de reconstruir los acontecimientos de las Guerras Médicas, las biografías de Arístides y Temístocles escritas por Plutarco también tienen algún valor, pues se basan en fuentes perdidas para nosotros. No obstante, la inmensa mayoría de nuestros conocimientos proceden de la exhaustiva *Historia* de Heródoto. Su obra, que es el primer relato continuado en prosa que se nos ha conservado en griego, rica en detalles y alusiones a temas importantes, sigue la pista del enfrentamiento entre Oriente y Occidente hasta antes de la Guerra de Troya. Las investigaciones del autor se extienden en el tiempo y en el espacio, y estudian en profundidad la consolidación de Persia, el crecimiento de Grecia, e incluso las costumbres de Egipto (que originalmente quizá formaran parte de una obra distinta). Fruto de la combinación de la curiosidad jónica y de la creatividad de la ilustración ateniense, la *Historia* de Heródoto es sólo un reflejo del extraordinario estallido de energía que se produjo entre los griegos a raíz de su sorprendente victoria sobre el rico y poderoso imperio que había pretendido incluirlos en su órbita.

Documento 5.1 Coro de *Los Persas* de Esquilo (472 a. C.)
Esquilo aprovechó el drama que escribió sobre la batalla de Salamina para subrayar las diferencias existentes entre el despotismo oriental y lo que él consideraba la libertad de los griegos. En este pasaje, el coro de ancianos persas lamenta la derrota infligida por los griegos:

> Y tras largo tiempo, por tierras de Asia ya no se rigen por leyes persas, ya no pagan tributos a las exigencias del amo, ni se prosternan por tierra adorándolo, pues el regio poder ya ha perecido.
>
> Ya no tienen los hombres la lengua guardada, pues, para hablar libre, se ha soltado el pueblo, puesto que el yugo que la fuerza imponía se desató, y la isla de Ayante que bañan en torno las olas, en sus campos ensangrentados, tiene enterrado el poder de los persas.[42]

Los atenienses celebrarían posteriormente su triunfo sobre los persas en el relieve escultórico del Partenón, el templo erigido en honor de la diosa Atenea. Los relieves de los cuatro flancos del edificio mostraban escenas de batallas: los dioses contra los Gigantes; los griegos contra las Amazonas; los lápitas (pueblo griego) contra los seres mitad hombre mitad caballo llamados Centauros; y los griegos contra los troyanos, alusión a su lucha contra los persas, que también vivían en Oriente. De ese modo, los atenienses elevaron su victoria a la categoría de mito, haciéndose quizá culpables del pecado de *hybris*.

Aunque las fuentes históricas griegas tienden a pintar la historia de Persia como una degeneración paulatina del poderoso imperio instaurado por Ciro el Grande, como veremos, los persas no sufrieron una derrota definitiva a manos de las fuerzas europeas hasta que fueron conquistados por Alejandro Magno (334-323 a. C.). Continuaron ejerciendo una gran influencia sobre la política de Grecia, tanto en las disputas civiles como en las rivalidades entre los distintos estados griegos, favoreciendo unas veces a unos y otras a otros, acogiendo a desterrados y soldados de fortuna como los atenienses Hipias, Temístocles, Alcibíades, y Jenofonte, o los espartanos Demarato, Pausanias, Lisandro, y Agesilao. La victoria de Esparta en la Guerra del Peloponeso a finales del siglo V habría sido imposible sin el apoyo de Persia, y las relaciones entre las polis durante el siglo IV no podrían entenderse sin tener en cuenta la injerencia de Persia en los asuntos de Grecia. Persia tenía un atractivo especial para los espartanos desafectos, codiciosos o desterrados, no sólo porque les ofrecía una vida de lujo, sino también por la existencia de ciertas similitudes en su estructura social. Tanto Persia como Esparta eran sociedades clasistas estables y jerárquicas en las que la movilidad social resultaba prácticamente imposible. Ambas sociedades dependían de la explotación económica de grandes cantidades de personas por un número relativamente pequeño de individuos de la clase más alta, que, a su vez, se veían obligados a llevar una vida de corte militarista con el fin de perpetuar el sistema. Dicho modo de vida, en cambio, resultaba odioso para los jonios, mucho más versátiles y ágiles.

42. Esquilo, *Los Persas*, 584-596.

El imprevisto triunfo de las pequeñas ciudades-estado griegas sobre su imperio monolítico tuvo unas repercusiones muy escasas en Persia, pero en Grecia daría lugar al nacimiento de una civilización de extraordinaria brillantez y originalidad. Sin embargo, la unidad que el imperio persa provocó tendría una vida muy breve, y su fragilidad limitaría la duración de esa civilización.

Capítulo 6

LAS RIVALIDADES DE LAS CIUDADES-ESTADO GRIEGAS Y EL DESARROLLO DE LA DEMOCRACIA ATENIENSE

La lucha por evitar la conquista de Grecia por parte de Persia dio lugar al desarrollo de un profundo sentido de identidad helénica. Deseosos de impedir una tercera invasión, numerosos estados griegos formaron una alianza, la Liga de Delos, capitaneada por Atenas, cuyo poderío naval había sido fundamental para ganar la guerra. Como los atenienses controlaban el tesoro de la Liga, el prestigio y la confianza en sí misma que los éxitos obtenidos en la guerra habían deparado a Atenas vinieron acompañados de un notable aumento de la riqueza de la ciudad. El dinero procedente del tributo de la Liga permitió al estado pagar la prestación de servicios públicos, como por ejemplo el desempeño de la función de jurado en los tribunales de justicia, incrementándose así el número de individuos que podían permitirse el lujo de participar en el gobierno. Además, el hecho de que los ciudadanos de clase humilde que trabajaban como remeros en la armada tuvieran un papel cada vez más decisivo en el normal funcionamiento de la ciudad contribuyó a que a los ricos y a los nobles les resultara cada vez más difícil mantener el monopolio del poder político que tradicionalmente habían detentado. En consecuencia, las reformas democráticas echaron por tierra la ventaja de la que disfrutaban los aristócratas acaudalados en el terreno político, aunque no se tomó ninguna medida para eliminar la incapacitación política de las mujeres o para abolir la esclavitud. De hecho, las veleidades imperialistas de Atenas probablemente contribuyeran a aumentar el número de esclavos existentes en el Ática, y, según parece, el *status* de la mujer experimentó una clara decadencia al incrementarse la igualdad entre los ciudadanos varones.

Por otra parte, durante las décadas inmediatamente posteriores a la derrota de Jerjes, Atenas se convirtió en un centro cultural de primer orden. A ella acudían viajeros de

toda Grecia para contemplar las tragedias representadas en honor del dios Dioniso, y parte del dinero cobrado por Atenas para vigilar los mares fue empleado para celebrar con mayor grandiosidad las fiestas religiosas y para erigir magníficos edificios públicos, tales como el templo de Atenea conocido como el Partenón; los dioses obtuvieron grandes ofrendas de agradecimiento por liberar a los griegos de la autocracia persa. Los poetas trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides nacieron en Atenas, lo mismo que el cómico Aristófanes, el escultor Fidias, o el historiador Tucídides. Numerosos pensadores griegos, como el historiador Heródoto o el filósofo Anaxágoras, procedentes de todos los rincones de Grecia, acudieron a disfrutar —y a sacar provecho— de lo que Atenas pudiera ofrecerles.

Aunque ejerciera una fuerza magnética enorme sobre muchos artistas e intelectuales griegos, Atenas no era desde luego el único sitio que podía jactarse de contar con un gran poder de atracción. En Delfos, por ejemplo, numerosos donantes, agradecidos por la liberación de Persia, erigieron monumentos espléndidos y encargaron la realización de maravillosas obras de arte. También Olimpia siguió siendo un centro religioso de primer orden; la duración de los Juegos se amplió a cinco días y a partir de 456, fecha de finalización de las obras, los participantes pudieron rendir culto a los dioses en el imponente templo de Zeus. Democracias similares a la que se desarrolló en Atenas surgieron en muchas otras ciudades, sobre todo en Siracusa, en la isla de Sicilia, y por todo el mundo griego empezaron a aparecer intelectuales que traían nuevas ideas. Mientras por las calles de Atenas Sócrates planteaba cuestiones en torno a la justicia y a la comunidad de los hombres, en la isla de Cos Hipócrates realizaba investigaciones sobre medicina y anatomía.

Fuentes para las décadas posteriores a las Guerras Médicas

Mientras la cultura griega florecía por todo el Egeo, las tensiones entre Atenas y Esparta fueron enturbiando progresivamente la escena. No ha llegado a nuestras manos ninguna versión de la visión del mundo que tenían los autores espartanos de época clásica, ni siquiera de la historia o de las costumbres de su país. Para la Esparta del siglo IV, el escritor ateniense expatriado Jenofonte nos proporciona bastante información, pues sus tendencias naturales eran en muchos sentidos más espartanas que atenienses y, tras ser desterrado de su ciudad natal, pasó muchos años de su vida en el Peloponeso. Naturalmente algunas de las cosas que dice acerca de la sociedad espartana de su tiempo pueden aplicarse también a la del siglo V. Pero en lo concerniente a la política exterior y a su desarrollo interno, la Esparta del siglo V sigue siendo un enigma cuya historia sólo podemos reconstruir en parte, utilizando retazos de autores atenienses de la época, como Tucídides, o de escritores muy posteriores, como Plutarco. Ni siquiera este último, pese a su afición por la biografía, escribió la vida de ningún espartano del siglo V (excepto la de Lisandro, que vivió a caballo de los siglos V y IV), y muchas de las noticias que nos da de Esparta se encuentran en las biografías de los grandes estadistas atenienses.

Las fuentes para Atenas son más completas. Aunque no existe ninguna historia detallada de las décadas inmediatamente posteriores a la derrota de los persas, se conservan numerosas inscripciones que nos ilustran bastante bien acerca de la política exterior e interior, y los pasajes del primer libro de la *Historia* de Tucídides que tratan de este período, pese a su carácter somero, son enormemente útiles. Heródoto también arroja alguna luz sobre los primeros meses que siguieron a la conclusión de la invasión persa. También podemos extraer alguna que otra información de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro Sículo, que vivió poco antes del nacimiento de Cristo y se basó en el historiador del siglo IV Éforo, cuya obra se ha perdido. Los hechos recogidos en la obra de Éforo y de otros autores perdidos de los siglos V y IV muestran una parcialidad notable, que se refleja a veces en las biografías de los políticos atenienses escritas por Plutarco. A este autor debemos las vidas de Temístocles, Arístides, Cimón y Pericles.

Las fuentes literarias para la vida cotidiana y la cultura popular del siglo V son naturalmente muy escasas. Buena parte de lo que sabemos sobre estos temas se deduce de las comedias de Aristófanes y de los comentarios antiguos que sobre ellas realizaron los editores llamados popularmente escoliastas. El arte y la arqueología también nos permiten atisbar cómo vivía la gente y qué era lo que le gustaba; la cerámica pintada, por ejemplo, contiene no sólo escenas mitológicas, sino también de la vida diaria. La organización de los espacios público y privado revela muchos datos concernientes a la vida cívica y familiar. No obstante, una gran parte de los detalles que conocemos acerca de las costumbres y normas de comportamiento vigentes en el siglo V deben extrapolarse de los testimonios bastante más ricos que poseemos para el siglo IV. Sobre la vida de las mujeres, los esclavos y los pobres sabemos mucho menos de lo que nos gustaría. Por ejemplo, ninguna mujer ateniense ha dejado una relación escrita de sus pensamientos o de sus actos.

Las consecuencias de las Guerras Médicas y la fundación de la Liga de Delos

Por Heródoto sabemos que después de su victoria sobre los persas en Platea en 479 a. C., los aliados griegos erigieron en Delfos un monumento compuesto por tres serpientes de bronce enlazadas. Varios siglos después, el emperador romano Constantino trasladó este importante monumento a Constantinopla, donde todavía sigue en pie actualmente en una plaza del centro de Estambul llamada el Hipódromo. En los cuerpos de las serpientes estaban escritos los nombres de los treinta y un estados griegos que se levantaron contra los persas. Los griegos acordaron que en adelante el suelo de Platea debía considerarse sagrado y ser dedicado a Zeus Libertador en agradecimiento por la victoria sobre Persia.

Los primeros estados enumerados en la lista grabada en la columna de serpientes eran Esparta y Atenas. El papel desempeñado por la flota ateniense en la derrota de los persas alteró de forma radical el equilibrio de poder existente en Grecia, y no se sabe con certeza cómo se adaptaron los espartanos a este cambio. Tucídides cuenta que cuando los atenienses empezaron a reconstruir las murallas que habían sido demolidas por los persas, los aliados de Esparta, inquietos por las dimensiones de la flota de los atenienses y por el valor demostrado por éstos en la guerra, presionaron a los espartanos para que enviaran una embajada a Atenas con el fin de persuadir a sus habitantes de que no fortificaran la ciudad. Esgrimiendo el argumento, por lo demás harto peregrino, de que una ciudad amurallada podía ser utilizada por los persas como base si se decidían a volver, los espartanos propusieron que fuera del Peloponeso ninguna ciudad tuviera murallas, e invitaron incluso a los atenienses a ayudarles a demoler las fortificaciones de todas las ciudades no peloponesias, a fin de proteger mejor a Grecia de los persas. Como es natural, los atenienses consideraron esta línea de pensamiento muy poco convincente, y la reconstrucción de sus

murallas siguió adelante; según se dice, Temístocles se dedicó a dar largas a los espartanos con falsas protestas hasta que las fortificaciones estuvieron concluidas.

Continuidad de la amenaza persa: conflictos por la hegemonía de los griegos

Como si a los atenienses no les bastara el aumento del prestigio alcanzado a raíz del papel desempeñado por su flota en el rechazo de la invasión de los persas, los acontecimientos que se produjeron en el Helesponto los catapultaron a una gloria aún mayor. Pese a la preeminencia de los navíos atenienses, la costumbre hacía que al mando de la flota de la Liga Helénica siguiera estando un espartano. En 478, mientras la flota de la Liga estaba en Bizancio intentando consolidar el poderío de Grecia en Oriente, los griegos que estaban a su mando empezaron a quejarse del espartano Pausanias, regente del hijo de Leónidas, Plistraco, que era menor de edad. Según decían, se comportaba como un déspota oriental, se vestía a la manera persa y había reforzado su posición con una guardia personal formada por medos y egipcios. Se le acusó asimismo de mantener una correspondencia desleal con el rey Jerjes. (Tucídides cita incluso el supuesto texto de esas cartas, pero resulta difícil determinar cómo éstas habrían podido llegar a sus manos o a las de cualquier otro griego.) Puede que Pausanias fuera culpable de traición o puede que no; lo cierto es que su falta de tacto le malquistó con los griegos que tenía a su mando, especialmente con los jonios, que acababan de liberarse de la violencia del rey de Persia y eran particularmente sensibles a cualquier ostentación de despotismo. Tras solicitar que Atenas se pusiera al frente de la flota, los griegos no cambiaron de parecer cuando llegó Dorcis, enviado por los espartanos para sustituir al desafortunado Pausanias. De ese modo, la jefatura de la flota pasó a los atenienses, que la recibieron encantados, hecho que muchos estados aliados lamentarían más tarde.

Los espartanos se mostraron naturalmente divididos ante el giro que tomaron los acontecimientos. Es indudable que para algunos la contención del poderío persa sin un esfuerzo excesivo por parte de Esparta constituía una perspectiva muy halagüeña. Durante todo el período clásico, la constante amenaza de que se produjera una sublevación de los ilotas supuso un freno para las ambiciones de Esparta en Oriente. Otros, en cambio, se sintieron molestos por el golpe infligido al prestigio de los lacedemonios y consideraban que el crecimiento del poderío de Atenas era de lo más inquietante y ominoso.

En Atenas, por otra parte, no cabía esa ambivalencia. Como la escasez de tierras fértiles hacía que la economía ateniense dependiera del grano proveniente de Ucrania, el mantenimiento del Helesponto y el norte del Egeo libres de la amenaza persa revestía una importancia capital. Además, los atenienses tenían un fuerte apego sentimental por sus parientes jonios, y abandonarlos a la dominación de Persia les habría disgustado y les habría hecho quedar mal. Por si fuera poco, Atenas había visto su territorio arrasado por los persas, experiencia de la que se habían librado los espartanos. Por todos estos motivos, los atenienses pensaron que les interesaba asumir la jefatura de las fuerzas navales.

La Liga de Delos

Por consiguiente se formó una alianza que, pese a no llevar nombre alguno en su época, ha sido llamada posteriormente Liga de Delos, debido a que originalmente su tesoro quedó emplazado en la isla que lleva este nombre. En 477, los representantes de Atenas y de varias docenas de estados se reunieron en Delos y prestaron un juramento que los vinculaba a una organización destinada a combatir a los persas. Los estados miembros firmaron un tratado con Atenas por el que se comprometían a suministrar anualmente barcos o dinero para realizar operaciones de hostigamiento contra Persia, y al mismo tiempo a respetar la autonomía interna de las distintas polis de la alianza. La política a seguir debía ser trazada por la asamblea de la Liga (en la que cada polis tenía un voto, independientemente de su tamaño). No obstante, su ejecución correspondía a un alto mando ateniense, encargado además de controlar el tesoro. De ese modo, el poder quedó concentrado desde el primer momento en manos de Atenas. Las pequeñas dimensiones de los estados griegos se ven reflejadas en el número de polis que formaban parte de la alianza, probablemente unas 150. Algunos estados prefirieron no entrar en ella, sobre todo aquellos cuyo temor a los atenienses era superior a los recelos que pudieran sentir frente a Persia, y los que decidieron basar su seguridad en la pertenencia a la Liga del Peloponeso. Como era habitual en las alianzas griegas, todos los estados juraron tener los mismos amigos y enemigos. Además, la asociación se formó con la intención de que tuviera carácter permanente. Mientras que los objetivos de la Liga del Peloponeso nunca estuvieron definidos, los de la Liga de Delos estuvieron bastante claros desde el primer momento: poner freno al poderío persa, conseguir botín como compensación por los daños sufridos durante la guerra, y la pura venganza.

Si tenemos en cuenta los problemas de personalidad que acarrearon la caída en desgracia de Pausanias (y de paso la pérdida por parte de Esparta de la jefatura de la flota), fue una gran suerte para los atenienses contar con un hombre tan célebre por su probidad y buen carácter como Arístides. Fue él el encargado de determinar la contribución que, según sus posibilidades, debía realizar cada estado al tesoro de la Liga. Algunos estados grandes, como, por ejemplo, Lesbos, Samos, Quíos, Naxos y Tasos, decidieron contribuir con barcos; la mayoría, sin embargo, prefirió entregar sus aportaciones en metálico directamente al templo de Apolo en Delos. Con el paso del tiempo, algunas polis grandes pasaron también a pagar en metálico, y periódicamente se realizaron revisiones del tributo que debía aportar cada uno. Los fondos estaban al cargo de diez magistrados atenienses llamados *hellēnotamíai* («tesoreros de los griegos»). Aunque faltan las cuentas de los tributos pagados durante los primeros años de existencia de la Liga, podemos rastrear la historia de las aportaciones desde 454 a través del resumen que se nos ha conservado con el nombre de *Listas de los tributos atenienses*, que en realidad son un elenco de la sexta parte de la contribución de cada estado que se dedicaba a la diosa Atenea; las cifras en cuestión, multiplicadas por 60, nos dan el volumen de la aportación que efectuaba cada estado en un determinado año.

De la Liga de Delos al imperio ateniense

Aunque fue la providente política naval de Temístocles la que sentó las bases sobre las que luego se levantaría la Liga de Delos, los héroes de ésta fueron los rivales de aquél, el venerable Arístides y el popular hijo de Milcíades, Cimón, que resultó ser un general notable. Durante más de un cuarto de siglo —hasta la muerte de Cimón en 450—, la Liga combatió contra Persia y, capitaneada por Cimón, expulsó a los persas de Europa y les impidió establecer bases navales en Jonia. En 476 Cimón zarpó con la flota de

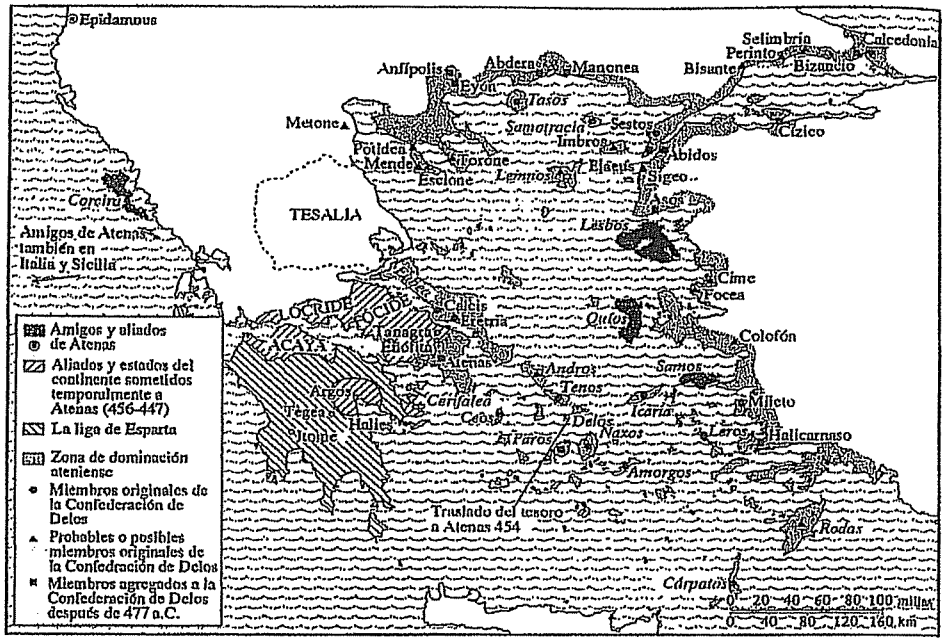


FIGURA 6.1. El imperio ateniense en su punto culminante.

la Liga rumbo al nordeste. Su objetivo era expulsar a los persas de toda Tracia, echar a los piratas de la isla de Esciros, que causaban graves daños, y limpiar de obstáculos la ruta del Helesponto. La fortaleza de Eyón, en la desembocadura del Estrimón, fue tomada sin mucha dificultad. Los atenienses entonces se dirigieron contra Esciros, isla rocosa situada al este de Eubea, que estaba habitada por piratas. Tras esclavizar a éstos y a sus familias, establecieron en la isla una especie de colonia llamada cleruquía. A diferencia de la mayoría de colonias griegas, que eran plenamente autónomas e independientes de su metrópolis, las cleruquías formaban parte en realidad del territorio ateniense, pues todos sus habitantes (llamados clerucos) conservaban la ciudadanía ateniense. Seleccionados por regla general por las autoridades entre los ciudadanos más pobres, los clerucos recibían una parcela de tierra (un *klēros*, de donde el término «cleruco»), de tamaño suficiente para incluirlos dentro de la tercera clase de Solón, la de los *zeugítai*, y por lo tanto para poder prestar servicio como hoplitas. Las cleruquías desempeñaron una doble función: proporcionaban una salida a los pobres desafectos y potencialmente peligrosos, y actuaban a modo de guarniciones del imperio para disuadir a quienes intentaran sublevarse contra Atenas.

Mientras estuvo en Esciros, Cimón emprendió además la búsqueda de los huesos del rey Teseo, que, según la tradición griega, había muerto allí, pues el oráculo de Delfos había ordenado a los atenienses buscar sus restos y honrarlos como reliquias sagradas. El anuncio oficial de que efectivamente había logrado encontrar los despojos del rey acarreó a Cimón una enorme popularidad en Atenas. Plutarco refiere el episodio en su vida de Teseo:

FIGURA 6.2. Fragmento de inscripción con la Lista Ateniense del Tributo en la que aparece la relación de los pagos efectuados en 433-432 a. C. Aparecen reseñados los ciudadanos de Míconos, Andros, Sifnos, Siros, Estira, Eretria, Grinques, y Renea.

> Ahora bien, Cimón, ... como quiera que un águila picoteaba con su pico, según dicen, cierto lugar con forma de otero y lo arañaba con sus garras por alguna divina casualidad, comprendiendo la señal, lo excavó. Y fue encontrado el féretro de un cuerpo de gran tamaño y, a su lado, una lanza de bronce y una espada.
>
> Conducidos éstos por Cimón en su trirreme, con gran alegría los recibieron los atenienses en medio de vistosas procesiones y magníficos sacrificios, seguros de que era el propio héroe quien retornaba a la ciudad.[43]

Teseo se convirtió en objeto de un popular culto heroico y a partir de ese momento Cimón empezó a jactarse de su parentesco con él siempre que pudo.

Poco después, los atenienses y sus aliados zarparon rumbo a Caristo, al sudoeste de Eubea, obligando a la ciudad a unirse a la Liga de Delos. Más tarde, cuando la isla de Naxos decidió abandonar la Liga, los atenienses impidieron su defección haciendo uso de la violencia. Derrotados por las fuerzas superiores de la Liga, los naxios vieron sus murallas demolidas y su flota confiscada. A partir de ese momento, pagarían el tributo en dinero, y no en barcos. Estos dos acontecimientos ponen de manifiesto el carácter problemático de la Liga de Delos. Podía sostenerse perfectamente la tesis —y de hecho se sostuvo— de que, como todos los estados griegos se beneficiaban de la existencia de la Liga, todos ellos debían pagar tributo y prestar apoyo a su flota. No obstante, las polis desafectas aducían en contra de este argumento que tenían derecho a tomar sus propias decisiones en lo tocante al peligro que pudieran suponer los persas.

43. Plutarco, *Teseo*, 36.

Como la existencia de la Liga se justificaba sólo por la necesidad de seguir protegiendo a Grecia de los persas, a los atenienses se les habría planteado un grave problema si Cimón y su armada se hubieran esmerado en su labor y hubieran echado por tierra cualquier proyecto que pudiera tener Persia con respecto a Grecia, pues un triunfo decisivo en este terreno habría acabado con la necesidad de mantener una alianza tan costosa. Las sospechas de que la pervivencia de la Liga, que tan cara resultaba a sus miembros, y su utilidad habían dejado de ser necesarias aumentaron cuando hacia 467 las tropas persas sufrieron una grave derrota a manos de Cimón en la desembocadura del Eurimedonte, al sur de Asia Menor. Tras destruir las doscientas naves fenicias que combatían al lado de los persas, los hombres de Cimón desembarcaron y derrotaron a la infantería persa; a continuación capturaron los ochenta navíos que llegaron de refuerzo procedentes de Chipre. Cimón se convirtió en el héroe del momento, y los partidarios que tenía en Atenas no dudaron en identificar la hazaña del Eurimedonte con un capítulo más del largo conflicto entre Oriente y Occidente iniciado con la Guerra de Troya, otro enfrentamiento que había culminado con una victoria griega en Asia.

Los líderes griegos otra vez en peligro: Temístocles y Pausanias

Aunque su contundente victoria en el Eurimedonte aumentó mucho la popularidad de Cimón en Atenas, también provocó muchas defecciones entre los miembros de la Liga. Los éxitos de Cimón quizá tuvieran algo que ver con la sublevación en 465 de la importante isla de Tasos, situada frente a las costas de Tracia, aunque también contribuyeron a agravar las tensiones entre tasios y atenienses consideraciones de orden económico, pues ambos pueblos pretendían controlar los recursos mineros de Tracia. Tras obligar al Quersoneso Tracio a integrarse en la Liga, Cimón intentó fundar una colonia a orillas del Estrimón, en el lugar llamado *Ennéa Hodoí* (Los Nueve Caminos), importante nudo situado en la ruta que se dirigía a las minas del monte Pangeo y al propio Bósforo. Pero los tracios atacaron a los colonos y los mataron. La consiguiente sublevación de Tasos sólo pudo ser sofocada tras un asedio de dos años. Cuando por fin los tasios se rindieron a Cimón, fueron obligados a entregar las minas y sus naves, y a pagar en adelante el tributo en dinero, que no podían obtener de las minas, pues éstas habían pasado a manos de Atenas. La actuación de los atenienses en Tasos dio lugar también a un curioso proceso político en Atenas. Pese a su fama de incorruptible, Cimón fue procesado por sus enemigos, que lo acusaron de haberse dejado sobornar por el rey Alejandro de Macedonia y de no haber utilizado por ese motivo la base con la que contaba en el norte para invadir Macedonia. Al parecer, Cimón fue absuelto, pero uno de los acusadores públicos elegidos para sostener la causa contra el popular almirante fue el joven Pericles, que con el tiempo se convertiría en el político más célebre de la Atenas clásica.

La negativa de los atenienses a permitir que los demás estados permanecieran al margen de la Liga, unida a la progresiva conversión del tributo en aportaciones en metálico y no en barcos, fue dejando cada vez más claro a todo el mundo que Atenas dominaba el mar y que estaba transformando la alianza en un imperio. Aunque, según parece, todos los líderes atenienses se mostraron en gran medida unánimes respecto a las ventajas del imperialismo naval, estaban divididos en lo concerniente a las relaciones que debía mantener Atenas con Esparta. Por otra parte, esas diferencias iban asociadas al desacuerdo en torno a la mayor democratización de la vida política ateniense. Aunque las fuentes relativas a la política ateniense de esta época son muy escasas, podemos apreciar algunas líneas básicas por defecto: Temístocles defendía la rivalidad con Esparta y el desarrollo de la democracia, mientras que Cimón era favorable a los lacedemonios y se oponía a una mayor democratización.

Esparta había ayudado a Iságoras en su lucha con Clístenes por el privilegio de redefinir el sistema político de Atenas, intrigando para desbancar a la *boulē* (el Consejo de los Quinientos) y para entregar el gobierno a una oligarquía de trescientos próceres. Pero Esparta había expulsado también a los Pisistrátidas, y eran muchos los atenienses que veían en ella a un aliado natural: la Esparta cuyo rey Leónidas, en compañía de sus valerosos soldados, había permitido al Ática ganar tiempo en las Termópilas, sacrificando sus vidas por la libertad de Grecia. En la realidad y en el recuerdo, la unión de Atenas y Esparta había desempeñado un papel muy importante en la derrota de Persia (aunque naturalmente Temístocles, cuya participación en la guerra se centró en Salamina, donde los espartanos habían intentado huir y abandonar el Ática a su suerte, veía las cosas de forma muy distinta). En Atenas, los elementos que favorecían las relaciones de amistad con Esparta y que se oponían al incremento de las tendencias democráticas en el gobierno eran muy fuertes. Y también lo era la personalidad de Temístocles: sus enemigos sacaron partido de su mordacidad y de su afán de ver reconocidos sus méritos, y, según parece, lo hicieron víctima del ostracismo hacia 471 a. C. Temístocles probablemente utilizara su ausencia forzosa de la ciudad para fomentar el descontento y quizá para impulsar el establecimiento de cierto grado de democratización en el Peloponeso, con la esperanza de socavar la posición de Esparta. Hacia 460 espartanos y atenienses se unieron contra él: los espartanos aportaron pruebas que presuntamente demostraban que Pausanias y él mantenían una correspondencia desleal con el rey de Persia. Con toda verosimilitud, Pausanias era culpable y Temístocles inocente, pero cuando los atenienses lo llamaron para que volviera de Argos y se sometiera a juicio, y él se dio cuenta de que no había en Grecia lugar alguno en el que poder refugiarse, Temístocles se acogió al sucesor de Jerjes, Artajerjes. Murió en Persia unos diez años después, sobreviviendo a Pausanias, cuyos airados conciudadanos lo emparedaron en el santuario en el que se había refugiado, y lo dejaron morir de hambre.

Documento 6.1 En su historia de la Guerra del Peloponeso, Tucídides cuenta el episodio de la muerte de Pausanias. Los éforos, según dice, intentaron arrestarlo mientras caminaba por la ciudad:

> Se cuenta que, cuando iba a ser detenido en la calle [*sc.* Pausanias], al fijarse en la cara de uno de los éforos que se acercaba, comprendió para qué iba, y que, luego que otro, por amistad, le alertó con un imperceptible movimiento de cabeza, se dirigió a todo correr al santuario de la Calcieco y se refugió allí antes de que lo alcanzaran, pues el recinto sagrado estaba cerca. Entró en un pequeño edificio que pertenecía al santuario para no soportar la intemperie. Primeramente, los éforos quedaron atrás en la persecución, pero después quitaron el techo del edificio y, cuidando de que estuviera dentro, lo encerraron y tapiaron las puertas y, sitiándolo, lo redujeron por hambre. Cuando estaba a punto de expirar

en aquella situación dentro del edificio, se dieron cuenta y lo sacaron del templo todavía con vida y, una vez que estuvo fuera, murió al instante.[44]

Nuevos conflictos en Atenas: la caída de Cimón y las reformas de Efialtes

Tras deshacerse de un político tan inteligente y variopinto como Temístocles, a los atenienses no les quedó más que el genial y caballeroso Cimón. Cimón y Temístocles eran dos polos opuestos. Haciendo gala de convencionalismo, Cimón llamó a su hijo Lacedemonio, mientras que Temístocles puso sus ojos más al oeste y llamó a sus hijas Síbaris e Italia. Lento donde Temístocles había sido rápido y cortés donde Temístocles se había mostrado insolente, Cimón no era ningún intelectual, pero tenía dotes para el generalato. Gracias a su reputación de buen soldado, siguió gozando de gran autoridad en la asamblea ateniense incluso cuando se abrió paso la coalición capitaneada por Efialtes, cuyos objetivos, perfectamente calculados e inconmovibles, eran romper con Esparta y seguir fomentando el desarrollo de la democracia.

Durante algunos años, Efialtes y sus socios habían venido atacando a algunos miembros del venerable y aristocrático Consejo del Areópago, y en este contexto debemos situar el proceso de Cimón. En 462, poco después de que Cimón regresara de Tasos y de que fuera acusado por Pericles, la situación estalló. Dos años antes, cuando se produjo en Esparta un terremoto que causó una gran mortandad y destruyó la mayoría de las casas, los ilotas habían aprovechado la ocasión y se habían sublevado. Incapaces de desalojar a los rebeldes de su fortaleza del monte Itome, los espartanos pidieron ayuda a las ciudades con las que técnicamente seguían estando aliados en virtud de la Liga Helénica formada en 481 para defender a Grecia de los persas. Los atenienses parecían unos socios muy prometedores, pues tenían fama de ser los mejores en la guerra de asedio, aunque el nivel de excelencia en este tipo de táctica era muy bajo en la Grecia clásica, donde los sitios solían ser largos y tediosos.

La solicitud de Esparta suscitó un agrio debate en la asamblea ateniense. Parece que Cimón defendió la inveterada alianza entre Atenas y Esparta, exhortando a sus conciudadanos a que no permitieran que «Grecia quedara coja y su ciudad privada de su compañera de yugo», mientras que Efialtes los invitó a que «la dejasen en el suelo, para ser pisado su orgullo» (Plutarco, *Cimón*, XVI, 8). Cimón ganó la partida y salió hacia Esparta con cuatrocientos hoplitas. Pero el comportamiento de los soldados atenienses en Esparta desencadenó el pánico de la población conservadora y fundamentalmente xenófoba de la ciudad a la que habían venido a socorrer. Los atenienses fueron los únicos aliados que fueron despachados de regreso a su patria. La brusquedad de ese despido puso en peligro la armonía alcanzada entre los estados griegos. Atenas firmó entonces una alianza con Argos, la enemiga de Esparta y, además, Cimón fue condenado al ostracismo por su error de cálculo, dejando el camino expedito a Efialtes y sus socios. Si los espartanos se sintieron alarmados por las formas innovadoras y progresistas de concebir el mundo que caracterizaban a los atenienses, se equivocaron al menospreciarlas. El fin del predominio de Cimón marcó el comienzo de una democracia plena en Atenas, tomando el término democracia en el sentido griego de reparti-

44. Tucídides, *Guerra del Peloponeso*, I, 134.

ción del poder político entre todo el conjunto de ciudadanos varones, en la que las mujeres no tenían voto, los emigrantes no tenían derechos de ciudadanía, y había un gran número de esclavos. Irónicamente, por otra parte, el poderío naval por cuyo desarrollo tanto había hecho Cimón, desempeñó un papel importante en el fomento de las reformas democráticas a las que se oponía. Al parecer, Cimón defendía una democracia moderada de hoplitas, esto es, un gobierno de todos aquellos ciudadanos que fueran capaces de costearse armas y armadura. El éxito de sus operaciones navales, sin embargo, vino a subrayar la importancia cada vez mayor para el estado de los hombres que remaban en las trirremes (unos moderadamente pobres, otros verdaderos indigentes), desarrollo que permitió echar por tierra el anticuado sistema de poder basado en la propiedad de bienes raíces y que contribuyó a su sustitución por otra forma de gobierno de base más amplia.

Efialtes supo aprovechar la política ya desacreditada de Cimón para lograr la aprobación de una serie de reformas democráticas muy significativas. Aunque los detalles siguen siendo oscuros, sabemos en términos generales que disminuyó considerablemente el poder y el prestigio del viejo Consejo del Areópago. El tiempo ya se había encargado de realizar parte de la labor que pretendía llevar a cabo Efialtes: como el Areópago estaba formado por exarcontes, había ido volviéndose año tras año menos aristocrático a partir de 486, cuando los atenienses empezaron a escoger a los arcontes por sorteo. Sus miembros, sin embargo, ejercían su cargo de por vida y los nuevos areopagitas pobres quizá fueran introducidos por cooptación en el sistema de valores de sus colegas aristócratas más antiguos. A instancias de Efialtes, la asamblea aprobó una serie de medidas que restringían la jurisdicción de este organismo, trasladando muchas de sus competencias a la *boulēboulē*, a la *ekklēsía*, y al cuerpo de jurados en potencia llamado *hēliaía*. No obstante, Efialtes tuvo buen cuidado de mostrarse respetuoso con la venerable historia del Areópago y con sus añejas tradiciones dejándole la jurisdicción sobre los delitos de homicidio y algunas cuestiones religiosas.

Poco después de la aprobación de estas medidas, ciertos individuos que presumiblemente se sentían a disgusto con el giro que estaba tomando el gobierno organizaron el asesinato de Efialtes. A la muerte de éste, parece que su correligionario Pericles asumió el liderazgo del grupo político, por lo demás bastante mal organizado, al que solemos atribuir el nombre equívoco de «partido». Excepto durante dos años, Pericles sería el político más destacado de Atenas desde aproximadamente 461 hasta su muerte en 429, siendo elegido repetidamente para el colegio de los diez estrategos.

La «Primera» Guerra (no declarada) del Peloponeso (460-445 a. C.)

Pericles protagonizó el diseño de la política ateniense a lo largo de la década durante la cual Atenas decidió hacer la guerra al imperio persa y a la Liga del Peloponeso. Las hostilidades contra Persia sobrevivieron al ostracismo de Cimón, mientras que las tensiones con Esparta y sus aliados fueron aumentando. El período comprendido entre 460 y 445 a. C. se llama a veces Primera Guerra del Peloponeso, una confrontación no declarada entre las ligas ateniense y espartana que, en realidad, consistió en una serie de batallas separadas a menudo por largos intervalos de paz. (La famosa Guerra del Peloponeso, que duró casi sin interrupción veintisiete años desde 431 a 404, habría sido en realidad la Segunda Guerra del Peloponeso.) El calificativo «del Peloponeso» que

los historiadores aplican a este conflicto refleja el hecho de que las principales fuentes que hablan de ella son atenienses; del mismo modo que la Guerra de Troya y las Guerras Médicas las conocemos desde el punto de vista griego y normalmente no se llaman la Guerra de Grecia y Troya o las Guerras Greco-Médicas, la guerra entre Atenas y Esparta ha pasado a llamarse del Peloponeso, aunque Tucídides dice de ella que fue la guerra entre los atenienses y los peloponesios.

Conflictos de Atenas con sus vecinos

Mégara, la ciudad vecina de Atenas, desempeñó un papel importante en las dos guerras del Peloponeso. El Ática limitaba por el oeste con esta polis, no por pequeña menos importante, que la separaba de Corinto. Estado pobre en recursos agrícolas y dedicado al comercio, Mégara era una rival comercial de Atenas. La posición de Mégara la hacía muy vulnerable, pero también le confería mucho poder. Atenas y Corinto no siempre se llevaron bien, y, debido a la importancia de su flota, Corinto era un aliado indispensable de Esparta, carente de marina. Las vacilaciones de Mégara tendrían graves repercusiones para la totalidad de los griegos durante todo el siglo V. Controlada por una facción prodemocrática, Mégara decidió más o menos por la época de la muerte de Efialtes aliarse con Atenas para conseguir su protección frente a las veleidades de Corinto. Alarmados al ver que los atenienses se habían apoderado del puerto megarense de Pegas, en el golfo de Corinto, desde donde resultaba sumamente fácil navegar rumbo a Occidente, los corintios se sintieron aún más intranquilos cuando se produjo la sublevación de los ilotas que siguió al terremoto sufrido por el Peloponeso. Pues cuando los ilotas del monte Itome se rindieron finalmente con la condición de que se les permitiera abandonar el Peloponeso, los atenienses los establecieron en Naupacto, cerca de la boca del Golfo, en su ribera norte. Esta acción tan temeraria proporcionó a los atenienses otro punto de apoyo para su penetración en Occidente y supuso la introducción de una nueva cuña en la esfera de influencia de Corinto. Al estar ambos estados enzarzados en una rivalidad comercial, cualquier movimiento que supusiera una previsible expansión de los territorios fácilmente accesibles a la marina ateniense estaba condenado a suscitar la hostilidad de Corinto, y era de esperar que en sus conflictos con Atenas esta ciudad buscara la ayuda de su poderosa aliada, Esparta. Las tensiones entre Atenas y Corinto desempeñarían un papel importantísimo a la hora de determinar las relaciones diplomáticas de los estados griegos, y a menudo desembocaron en guerra abierta.

En 459 Corinto y Egina unieron sus fuerzas contra Atenas. Los atenienses no sólo repelieron una invasión corintia del territorio de Mégara, sino que además construyeron unas murallas formidables, los llamados Muros Largos, que unían Atenas con el puerto del Pireo. Esta estrategia tan prudente tuvo como consecuencia que resultara imposible poner sitio por tierra a todo el complejo urbano, pues siempre podían llegar víveres a él por vía marítima. Más o menos por esa misma época, los atenienses contrataron a Hipodamo, natural de Mileto, que, al parecer, escribió un tratado de urbanística, para que planificara la zona portuaria, que diseñó en forma de gratícula, al modo de la de su ciudad natal, en Jonia.

La decisión de los espartanos de declarar la guerra a Atenas en 457 les hizo más daño a ellos que a sus enemigos. Al enfrentarse a los atenienses en Beocia, prácticamente lo único que consiguieron los lacedemonios fue involucrar a Atenas en los asuntos de esta

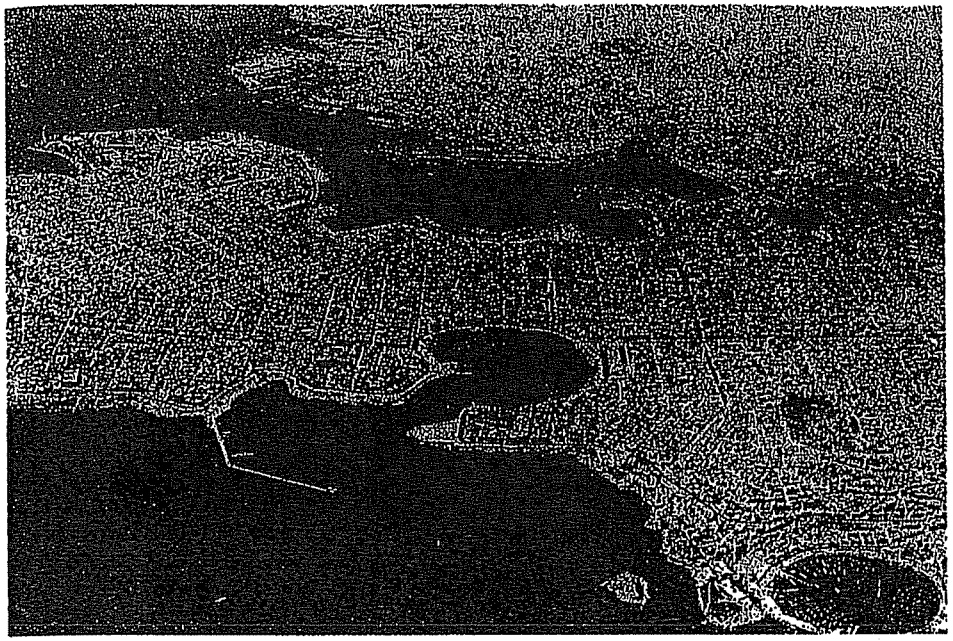


FIGURA 6.3. Vista aérea del Pireo.

región. En 456 los atenienses controlaban toda la zona excepto Tebas, y la influencia (o la presión) de Atenas había hecho que las polis beocias tuvieran por regla general gobiernos democráticos. La Fócide y Lócride, al oeste de Beocia, se unieron a la Liga de Delos, lo mismo que la isla de Egina tras su derrota, y Atenas se hizo además con dos estados en el propio Peloponeso; Trezén, en la costa oriental de la península, y Acaya, en el golfo de Corinto.

Intervención de Atenas en Egipto y el traslado del tesoro de la Liga a Atenas

El imperio de Atenas había alcanzado por tierra su máxima extensión. Decidido a continuar las operaciones contra Persia, Pericles persuadió a los atenienses de que enviaran naves a Chipre, donde esperaban infligir daños a la flota fenicia, y a Egipto, que se había sublevado contra el rey Artajerjes. La campaña de Egipto se prolongó varios años, y acabó en un desastre en 453, cuando el general de Artajerjes, Megabazo, acorraló a los atenienses en la isla de Prosopitis y los sometió a un asedio de dieciocho meses. Finalmente, Megabazo drenó los canales que rodeaban la isla, dejando los navíos en seco, y los cruzó a pie para capturar a los marineros atenienses. Tucídides dice que casi todos los atenienses fueron asesinados. Por si fuera poco, las tropas de relevo que llegaron en cincuenta naves, ignorantes del desastre ocurrido, fueron atacadas por la infantería persa y la armada fenicia, y sólo lograron escapar unos cuantos barcos. Aunque

el volumen de las primeras tropas no está claro —Tucídides habla de doscientos navíos, pero el historiador persa Ctesias sólo de cuarenta—, el descalabro moral fue enorme, superado sólo por la pérdida de vidas humanas.

Mientras tanto, en 454, los atenienses trasladaron el tesoro de la Liga de Delos de esta isla, vulnerable tanto a los ataques de los piratas como a los de los persas, a la propia Atenas. Aunque aparentemente el motivo de dicha decisión era la seguridad, probablemente Delos no corriera ahora más peligro que antes, y la decisión de trasladar el tesoro tomada por los atenienses fue ante todo un juego de poder destinado a dejar patente su supremacía. Por eso, los historiadores han tomado el año 454 como fecha conveniente para dejar de hablar de la Liga de Delos y empezar a hablar del imperio ateniense, aunque naturalmente esa transformación comenzara a producirse en realidad bastante tiempo antes.

Breve intervalo: Atenas en paz con Persia y Esparta

Al regresar de sus diez años de destierro en 451, parece que Cimón llegó a un acuerdo con su rival, Pericles; reanudaría sus esfuerzos para hacer la guerra a Persia y firmar la paz con Esparta, pero no intervendría en las cuestiones de política interior que intentara promover Pericles. En 451, Cimón negoció una tregua de cinco años entre Atenas y Esparta y abandonó la alianza que Atenas mantenía con Argos. Esta ciudad, a su vez, firmó un tratado de treinta años con Esparta; la expiración de dicho tratado en 420, once años después de que diera comienzo la (Segunda) Guerra del Peloponeso, crearía una situación sumamente peligrosa en la Grecia continental. Cuando Cimón murió en 450 en el curso de una campaña en Chipre, parece que los atenienses habían firmado la paz con Persia. Sin embargo, no poseemos el texto de este acuerdo, la llamada Paz de Calias, por el nombre del excuñado de Cimón que, según testimonios de época posterior, fue quien la negoció. Como las únicas fuentes que hablan de este tratado son del siglo IV, algunos especialistas han dudado de su autenticidad, mientras que otros lo sitúan o mucho antes o mucho después de esa fecha. Lo cierto es que, con tratado o sin él, Atenas y Persia cesaron las hostilidades por esta época.

La paz con Esparta vino en 445, cuando el imperio terrestre de Atenas se vino abajo prácticamente de la noche a la mañana. Tras dieciséis años de imperialismo en la Grecia continental, los atenienses habían perdido cientos de vidas y no tenían más territorio del que poseían en 461, cuando comenzaron las luchas. En 446, justo cuando expiró la tregua de cinco años firmada con Esparta, Eubea se sublevó, probablemente debido al resentimiento suscitado por las cleruquías que Atenas había instalado en la isla. Mientras Atenas intentaba desesperadamente sofocar la rebelión de Eubea, los megarenses aprovecharon la circunstancia para hacer defección y mataron a la guarnición ateniense. Cuando Pericles regresó de Eubea al Ática, el país había sido invadido por el rey Plistoanacte de Esparta. La delicada labor de la diplomacia, unida probablemente al soborno, permitió a Pericles persuadir a Plistoanacte de que regresara a su país, pero el terror hizo mella en el corazón de los atenienses. Aunque con el paso del tiempo el propio Pericles logró someter a Eubea, Mégara volvió a integrarse en la Liga del Peloponeso, y la influencia de Atenas en Beocia se desvaneció cuando Tebas asumió la hegemonía de una Liga Beocia antidemocrática.

La Paz de los Treinta Años

La paz que los atenienses firmaron con Esparta en 445 recibió el nombre demasiado optimista de los Treinta Años, aunque no duraría ni la mitad. Los atenienses estaban agotados después de combatir al mismo tiempo con el imperio persa y la Liga del Peloponeso, y por otra parte la crudeza de su imperialismo los había hecho muy impopulares. No estaban en condiciones de dictar los términos del acuerdo y, de hecho, éstos los obligaron a devolver todo su imperio terrestre, quedándose sólo con Naupacto y Platea. (Aunque también retuvieron Egina, fue violando la paz.) No obstante, su imperio marítimo quedó libre de las injerencias de Esparta, y el tratado especificaba además que ninguno de los dos estados debía interferir en los asuntos de los aliados del otro; los estados neutrales eran libres de unirse a un bando o a otro; y los conflictos debían ser dirimidos por arbitraje. No se permitía a los aliados cambiar de bando, y ambas potencias tenían plena libertad de emplear la fuerza para resolver los conflictos que se plantearan en el seno de su respectiva alianza.

PERICLES Y EL DESARROLLO DE LA DEMOCRACIA ATENIENSE

El espíritu guía del imperialismo ateniense fue Pericles, que debía la posición que ocupaba en Atenas en parte a su elección continuada para el cargo de estratego y en parte también al gran respeto que por él sentían los atenienses. Aunque siempre gobernó en competencia con otros nueve estrategos cada año, ninguno de ellos ejerció una influencia semejante sobre la *ekklesía*. En la Atenas del siglo V a. C. era la asamblea, cuyas reuniones se celebraban al aire libre, la que determinaba la política, apoyándose para ello en la gran cantidad de ciudadanos que eran elegidos para actuar como jueces jurados en la *heliaia*. Aunque en alguna que otra ocasión salió de campaña —al mando, por ejemplo, de las tropas que reconquistaron Eubea tras su sublevación—, Pericles mostró sus habilidades sobre todo a la hora de diseñar la política y de convencer a los miembros de la *ekklesía* de que convirtieran sus propuestas en leyes.

La asamblea ateniense

La asamblea se reunía al aire libre en lo alto de una colina llamada la Pnix, con calor en verano y frío en invierno, y a menudo bajo la lluvia, circunstancias que no arredraban a los numerosos varones del Ática que deseaban desempeñar algún papel en las decisiones que concernieran al futuro de la región. Durante las primeras décadas del siglo V, la asamblea se reunía sólo unas doce veces al año, pero pronto se incrementó el número de sesiones, y en tiempos de Pericles era extraño que pasaran diez días sin que por lo menos se reuniera una vez. A las sesiones en las que se presumía que iban a tratarse problemas serios es probable que asistieran unos seis mil ciudadanos, el quórum necesario para la toma de algunas decisiones importantes, como, por ejemplo, el ostracismo. En tiempos de Pericles esa cifra probablemente correspondiera a una octava parte más o menos de todos los ciudadanos adultos del Ática; más tarde, cuando la población disminuyera, a consecuencia en parte de la devastadora Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), el quórum de los seis mil ciudadanos equivaldría seguramente a una

proporción mayor de la población. Durante la primera mitad del siglo V, todos los hijos de padre o madre ateniense eran inscritos en su demos como ciudadanos a la edad de 18 años, pero en 451 Pericles convenció a los atenienses de que limitaran la ciudadanía a quienes fueran hijos de padre y madre ateniense. Se trataba a todas luces de una medida en contra de la aristocracia, de la que pretendía hacer blanco a los ciudadanos acaudalados que establecían alianzas matrimoniales con familias nobles de otros estados, siguiendo el ejemplo de Clístenes, pongamos por caso, cuya esposa era hija del tirano de Sición, en la Grecia continental. La ley de ciudadanía no tenía efectos plenamente retroactivos, pero es probable que los niños que no hubieran alcanzado la mayoría de edad quedaran excluidos de la ciudadanía. Ésta era tan importante para los niños como para las niñas: aunque las mujeres atenienses no tenían derecho a voto ni podían desempeñar cargos públicos, eran las únicas mujeres cuyos hijos podían ser considerados atenienses.

Las consecuencias de esta legislación serían muy amplias y profundas a la vez. En toda Grecia, los obstáculos a los matrimonios entre ciudadanos y extranjeros intensificarían las tendencias patrioteras de la polis. La insistencia en que la gente contrajera matrimonio con ciudadanos de su propio estado supuso la eliminación de una importante fuente de parentescos entre las polis y el fomento de un sentido de pertenencia a mundos distintos que a menudo daría lugar a guerras. También se suscitaron problemas sociales dentro de la polis. Al ver limitada la elección de sus cónyuges a las mujeres atenienses, los hombres casados de Atenas dieron lugar con frecuencia a graves tensiones domésticas manteniendo relaciones sexuales con las exóticas «extranjeras», con las que no podían contraer matrimonio si deseaban que sus hijos y nietos conservaran sus derechos de ciudadanía. Una doble ironía se produciría en la propia casa de Pericles: tras el fracaso de su matrimonio, se divorció de la madre de sus hijos legítimos y se puso a vivir con Aspasia, una emigrante de Mileto, de inteligencia notable, que fue una de las mujeres más cultas del siglo V. Cuando murieron sus hijos legítimos, solicitó a la asamblea que concediera la ciudadanía al hijo que había tenido con Aspasia en virtud de un decreto especial. Una vez reconocidos sus derechos, Pericles el Joven sirvió como estratego en 406 y fue uno de los seis generales ejecutados por no recoger a los marineros ahogados durante la desastrosa tormenta que se desató en las Arginusas, en Jonia.

Sólo los *prytáneis* —los cincuenta miembros de la *boulé* a los que correspondía presidir el estado cada mes— tenían el privilegio de convocar la asamblea de los ciudadanos, aunque a veces lo hacían a instancias de los estrategos. Teóricamente, no podía presentarse a la asamblea ninguna moción que no hubiera sido discutida por la *boulé* y hubiera sido anunciada al menos cinco días antes de la sesión, pero esta restricción no implicaba que sólo los miembros del consejo pudieran hacer los proyectos de ley. A veces, las mociones de la *boulé* eran redactadas deliberadamente de una forma tan vaga que resultaba inevitable que cualquier ciudadano particular las modificara en plena asamblea; a menudo las enmiendas acababan convirtiéndose en una revisión total del anteproyecto, hasta el punto de que éste resultaba irreconocible. Por otra parte, prácticamente todo aquel que deseaba proponer una moción podía pedir a cualquier vecino, pariente o amigo que formara parte de la *boulé* que la planteara.

Los que asistían a la asamblea podían ser partidarios durante toda su vida de una determinada línea política y seguir a un determinado político famoso, pero no pertenecían a partidos políticos tal como los entendemos hoy día, pues en la Atenas clásica no existía nada que pudiera parecérsele. En el griego clásico ni siquiera existe una palabra

que signifique «partido político»; los autores de la época utilizan giros como por ejemplo «los que rodeaban o los que acompañaban al general Fulano de Tal» para identificar a los distintos grupos políticos. Incluso entre los que decidían asistir a una sesión de la asamblea, el grado en que cada uno quería participar podía variar muchísimo. Como en las sesiones de claustro universitario en la actualidad (o en las sesiones de los ayuntamientos en Nueva Inglaterra), algunos no tomaban nunca la palabra, otros lo hacían de vez en cuando, un núcleo duro de ciudadanos comprometidos hablaba con frecuencia, y por supuesto había unos cuantos que, al parecer, no dejaban de hablar nunca. Los generales tenían el privilegio de hablar los primeros, por orden de edad; entre los particulares, los mayores de cincuenta años tenían preferencia sobre los más jóvenes. Algunos hablaban de forma espontánea; otros acudían a la asamblea con unas cuantas notas o incluso con un texto escrito de antemano. Los oradores debían estar preparados por si sus comentarios eran interrumpidos periódicamente por las risas del público, los aplausos o gritos de todo tipo. Una vez concluido el debate —las asambleas raramente duraban hasta la tarde, pues debía reservarse algún tiempo antes de cenar para la reunión diaria de la *boulé*—, se procedía a votar a mano alzada.

¿Quién asistía a las sesiones de la asamblea? El sentido común nos hace pensar que lo más probable es que fueran los ciudadanos que vivían en el núcleo urbano, y no los que habitaban fuera de él, y es evidente que la caminata que tenían que hacer desde sus aldeas, desanimaba a muchos, sobre todo los días de lluvia. No obstante, parece que a la gente no le importaba viajar hasta la ciudad cuando se trataba de discutir asuntos de importancia capital (como, por ejemplo, si se declaraba o no la guerra).

Los magistrados atenienses

En Atenas no había presidente ni primer ministro; en el terreno político los generales ejercían el poder sólo en virtud del respeto que suscitaran. Hasta la muerte de Pericles, los individuos que no tenían fama de buenos soldados no se convirtieron por regla general en políticos distinguidos. Pero también solía ocurrir lo contrario: los héroes militares normalmente tenían como recompensa una carrera política. Además, aunque cualquier individuo de las dos clases superiores —los *pentakosiomédimnoi* («los que producen quinientos barriles») y los *hippeîs* («caballeros»)— podía aspirar a un cargo, los atenienses solían votar a los personajes más ricos de las familias más prominentes. Toda esta situación cambió a la muerte de Pericles, cuando la carrera política y la militar comenzaron a separarse y empezó a ser habitual que un individuo fuera o militar o político; al mismo tiempo, el gobierno dejó de estar dominado absolutamente por los vástagos de las familias de viso. No obstante, durante toda la historia de Atenas la riqueza y el linaje siguieron constituyendo dos factores importantes y los generales continuaron interviniendo en la política en mayor medida de lo que es habitual hoy día en muchos países.

El colegio de los diez generales al que pertenecía Pericles no era más que uno de los múltiples organismos creados por los atenienses. Si incluimos las diversas labores que comportaba la administración del imperio, puede que en la Atenas clásica existieran en total unos setecientos cargos oficiales, la mayor parte de los cuales, como la *stratēgía*, eran colegiados y tenían un año de duración. Muchos magistrados, como los arcontes, eran elegidos por sorteo. Al morir, la mayoría de los ciudadanos varones había de-

sempeñado en algún momento de su vida algún cargo público, y muchos habían desempeñado varios. Al diluir de este modo el poder, los electores atenienses creían que podían frenar el desarrollo de una clase claramente identificable de magistrados permanentes (lo que podríamos denominar burócratas), con intereses distintos de los del pueblo en general. Los intereses de la población carente de derechos civiles —mujeres, metecos y esclavos— no los identificaban como entidad política. Los frutos del imperio, en opinión de los atenienses con derecho a voto del siglo V, eran compartidos por todos.

El sistema judicial y la remuneración estatal de los servicios prestados al estado

En ausencia de un ejecutivo supremo, los atenienses pensaban que la soberanía residía en el pueblo. En tiempos de Pericles ya habían empezado a llamar a su forma de gobierno *dēmokratía*, esto es, un gobierno en el que el *krátos* («poder») estaba en manos del *dēmos* («pueblo»), término con el que designaban al conjunto de ciudadanos varones en su capacidad de electores de la asamblea, y de jueces jurados en los tribunales de justicia. El gran número de jueces existentes en Atenas —varios centenares; en ocasiones llegaron a ser 1501— facilitaba la ficción legal de que la decisión de un jurado era la decisión del demos, y por lo tanto la sentencia de un tribunal ateniense era inapelable. El pueblo de Atenas era famoso por su afición a los pleitos. En *Las nubes* de Aristófanes, divertida comedia cuya descripción de Sócrates contribuyó en gran medida a la hostilidad de la gente contra este filósofo, uno de los discípulos de éste muestra Atenas en un mapa al adusto Estrepsíades, pero éste no queda convencido. «¿Pero qué dices? —replica— No me lo puedo creer, pues no veo ningún tribunal reunido» (208). La participación de grandes cantidades de ciudadanos en el sistema judicial era considerada una de las marcas de distinción de la democracia ateniense.

Para garantizar que el privilegio de prestar servicio como juez se extendiera lo más posible entre el conjunto de todos los ciudadanos, poco después de la muerte de Efialtes, Pericles introdujo una medida por la que debía pagarse una compensación por actuar como juez en un jurado. Se trataba de una pequeña cantidad, inferior al jornal de un trabajador medio, aunque no irrisoria, y, como es natural, la medida acrecentó la popularidad de Pericles en las elecciones. Con el paso del tiempo, los atenienses empezaron a cobrar por ser miembros de la *boulé* e incluso por asistir a la asamblea; durante muchos años los magistrados del siglo V cobraron por los servicios prestados. Al igual que en otras ciudades griegas, los electores disponían de algún tiempo libre como consecuencia del trabajo realizado por las mujeres y los esclavos, pero incluso un ciudadano que tuviera esposa y un par de esclavos por lo general tenía que trabajar para poder vivir, y las cantidades que se cobraban por participar en las tareas de gobierno resultaban bastante atractivas. Hoy día parece la cosa más natural del mundo compensar a las personas por el tiempo que gastan en servir a la comunidad, y lo normal en la actualidad es la remuneración oficial de los servicios prestados al estado. Pero muchos atenienses —en su mayoría hombres acaudalados que podían permitirse el lujo de servir al estado sin cobrar— veían en este sistema un intento vergonzoso por parte de los políticos democráticos de comprar la popularidad y los votos. Según el sistema de valores aristocrático, resultaba perfectamente admisible que Cimón intentara ganarse la popularidad invitando a los transeúntes a coger fruta de su huerto o celebrando banquetes en su domicilio para los necesitados, pero se consideraba una manipulación encubierta el hecho de que Pericles hiciera aprobar en la asamblea unas medidas que establecían compensaciones monetarias para los ciudadanos que servían al estado.

Pese a las diversas reformas constitucionales y las innovaciones creativas destinadas a maximizar la participación de los ciudadanos en la vida pública, los atenienses ricos siguieron disfrutando de un prestigio considerable. Los políticos democráticos se las arreglaron para poner la riqueza de la elite al servicio del estado montando un entramado de servicios públicos llamados liturgias. Aunque esos mismos políticos pertenecían a la elite y por lo tanto el sistema que habían creado los obligaba a gastar su propio dinero, consideraban esas liturgias una buena inversión en el ámbito de las relaciones públicas, beneficiosa tanto para ellos como para los principios democráticos. Algunas liturgias comportaban desembolsos importantes, como el mantenimiento de una trirreme y el adiestramiento de su tripulación (la llamada trierarquía), la presidencia y la financiación de una delegación de la ciudad a alguna festividad religiosa celebrada en otro estado griego, la remuneración y el entrenamiento de un equipo de corredores para las carreras intertribales de antorchas que se efectuaban durante las festividades de la propia Atenas, o la celebración de banquetes para todos los miembros de una tribu con ocasión de alguna fiesta religiosa. Entre las más complejas (aunque no tan cara como la trierarquía, que siempre fue la liturgia más costosa), estaba el adiestramiento de coros para los espectáculos de las fiestas celebradas en Atenas en honor de Atenea y Dioniso. Los quince componentes del coro trágico, los veinticuatro del coro cómico, y los cincuenta del encargado de recitar las composiciones poéticas denominadas ditirambos, tenían que ser seleccionados, pagados y entrenados. A menudo, los ensayos se prolongaban durante meses. El ciudadano que realizaba esas liturgias podía saber mucho o no tener ni idea de navegación, carreras, o poesía; con frecuencia se limitaba a proveer los fondos y a delegar el trabajo en expertos cualificados. Además de las docenas de trierarquías, cada año se realizaban casi cien liturgias civiles más. Todo el mundo se beneficiaba del sistema. Los que carecían de medios para ofrecer esos servicios se beneficiaban de la generosidad de quienes los suministraban, y los ricos podían conseguir un prestigio enorme al tiempo que desempeñaban una serie de funciones militares, culturales, religiosas y cívicas fundamentales para la comunidad. Además, la competitividad fomentaba la calidad, pues los premios de los concursos iban a parar tanto al corego victorioso como al poeta que ganaba el certamen.

La literatura y el arte

En casi todos los campos conocemos más detalles sobre la vida de la bulliciosa ciudad de Atenas que sobre la de cualquier otra polis griega, pero la energía y el talento se hallaban repartidos por todo el mundo helénico, y mucha de esa energía y de ese talento se plasmó en la literatura y en las artes. La palabra que con más frecuencia se asocia al arte y la literatura de comienzos del siglo V es «grandeza». Durante esta vigorosa época de transición, numerosos poetas, pintores, arquitectos y escultores de talento extendieron las tradiciones del siglo VI a lo largo y ancho de todo el mundo griego, mientras que en Atenas, la derrota de los persas vino marcada por la introducción de una serie de innovaciones tan sorprendentes en el drama trágico que éste pasó a constituir una nueva forma de expresión artística.

La poesía lírica

La poesía lírica fue la precursora imprescindible de la tragedia, y sus cultivadores están entre los autores más notables de todo el siglo V. Simónides (*ca.* 556-468 a. C.) es recordado fundamentalmente como el poeta laureado de las Guerras Médicas, aunque no lo fuera de forma oficial. Nacido en la isla jónica de Ceos, pasó algún tiempo en la corte de Hiparco en Atenas, con las familias reales de Tesalia, y en Sicilia, donde fue muy estimado por los belicosos tiranos Hierón y Terón, llegando incluso a provocar un breve período de paz entre ellos. Probablemente se encontrara en Atenas durante las Guerras Médicas, y sus epitafios por los caídos en el campo de batalla (como el citado en el Capítulo 5) se convirtieron para la literatura griega en lo que la Declaración de la Independencia y la Arenga de Gettysburg significan para los americanos (aunque, al estar en verso, resultaran más fáciles de recordar).

Los tiranos de Sicilia se hicieron famosos por su interés por la cultura, y el sobrino de Simónides, Baquílides, que también era poeta, acompañó a su tío a la isla. Ambos compartieron el interés por el género llamado epinicio, esto es, las odas compuestas *epi-nikē* («por una victoria [atlética]), y Baquílides llegó a componer un poema por la victoria de Hierón en la carrera de carros de Olimpia en 476. Poseía un don especial para el relato conmovedor, y Hierón sintió una gran atracción por sus obras, aunque el veredicto de la posteridad ha favorecido a su competidor, Píndaro, que rivalizó con él por el favor de los tiranos de Sicilia.

Nacido en el seno de una familia aristocrática de Beocia, Píndaro viajó mucho y disfrutó del patrocinio de los potentados de todo el mundo griego; algunos de sus poemas más célebres fueron escritos en honor de sus amigos, los tiranos Hierón y Terón. La cosmovisión de Píndaro era diametralmente opuesta a la de los demócratas de Atenas y de otras polis. Al igual que Teognis, Píndaro daba por sentado que el mérito es una virtud hereditaria. Sus numerosas odas, llenas de alusiones de todo tipo y caracterizadas por su lenguaje altisonante, comparten con Teognis la creencia profundamente arraigada en un heroísmo anticuado, en una excelencia que parte de la idea de que los hombres de valía nacen en el seno de familias ilustres cuyos orígenes pueden rastrearse en último término hasta los dioses. En los numerosos epinicios que compuso, no tiene inconveniente en relacionar la excelencia física con la virtud en general. Al poner en relación las proezas más recientes con la ascendencia divina y seguir la pista al linaje de sus protagonistas, supo elaborar sus poemas a base de sugestivos mitos de dioses y héroes del pasado. Su interés por la idea de excelencia confiere un tono de gravedad e inspiración a sus versos, citados a menudo por Platón en sus especulaciones en torno a la virtud suprema del hombre.

Documento 6.2 Fragmento de la Nemea VI de Píndaro. El motivo de esta oda fue la victoria de Alcímidas de Egina en la prueba infantil de lucha en los Juegos Nemeos, quizá en 465 a. C. Como es habitual en él, Píndaro utiliza el triunfo del joven Alcímidas como punto de arranque para tratar asuntos más graves.

Una misma es la raza de los hombres, una misma la de los dioses,
y de una misma madre nacidos

alentamos unos y otros. Pero nos separa un poder
todo diverso, por modo que nada es la una, mientras el cielo
broncíneo permanece siempre en asiento
seguro. Mas en algo, con todo, nos acercamos —sea en nuestro gran
espíritu, sea por naturaleza— a los Inmortales,
aunque ni durante el día ni en la noche sabemos
nosotros hacia qué meta
nos prescribió correr el Destino.
También ahora testimonia Alcímidas que lo innato en él
se parece a los prados fructíferos que, cambiantes,
unas veces, en efecto, dan de sus llanos vida añal a los hombres,
otras, en cambio, descansando a barbecho reponen vigor. Llegó, sí,
de los Juegos anhelados de Nemea
el joven atleta, que siguiendo esta alterna suerte, venida de Zeus,
ahora aparece
no como un cazador salido de la lucha sin parte,
pues en las huellas de Praxídamas puso su pie
de igual sangre que su abuelo.
Porque aquél, vencedor en Olimpia, para los Eácidas
trajo los ramos del Alfeo el primero
y cinco veces coronado en el Istmo
y tres en Nemea, puso fin al olvido
de Saoclides, que fue el mayor
de los hijos de Hagesímaco.
.....
¡Dirige hacia esa casa, ea, pues, Musa,
el aura glorificante
de las palabras! Porque cuando son idos los hombres,
los cantos y leyendas salvan sus nobles acciones.[45]

Conviene señalar que se ha conservado un volumen tan grande de la obra de Píndaro no sólo por la belleza de sus versos, sino porque es un recordatorio de la diversidad de las culturas más evolucionadas en cualquier época o lugar. Como sus poemas celebran los valores y proezas de los aristócratas, muchos lectores modernos dan por supuesto que debieron de ser escritos en el siglo VI, antes de que naciera la democracia en Grecia, pero en realidad no es así; Píndaro murió pocos años antes de que estallara la Guerra del Peloponeso, y su obra es contemporánea de la labor realizada por Efialtes y Pericles.

El nacimiento de la tragedia: Esquilo

Al menos uno de los poetas que disfrutó del patrocinio de Hierón seguiría asociado eternamente con su polis natal. El poeta trágico ateniense Esquilo (525-456 a. C.) murió en Sicilia tras una dilatada vida a lo largo de la cual quizá llegara a escribir setenta

45. Píndaro, *Nemea* VI, 1-25.

obras. Por desgracia, sólo se nos han conservado unas pocas. A su muerte, los atenienses rindieron homenaje a la grandeza de su obra decretando que el arconte concediera un coro a todo aquel que quisiera montar una obra suya. Esquilo fue el primero de los célebres poetas trágicos de la Atenas del siglo V. Ya en tiempos de Pisístrato, Tespis había aumentado los componentes de los coros organizados en honor de Dioniso añadiendo un actor encargado de dialogar con el coro; Esquilo añadió un segundo actor. Esta innovación permitió que la representación del conflicto fuera real y que la tragedia pasara del cuadro vivo al reino del verdadero drama. Al mismo tiempo, el drama siguió profundamente vinculado con la poesía y el verso siguió siendo el vehículo de la tragedia y la comedia durante toda la Antigüedad. La tragedia de Esquilo está firmemente anclada en la estremecedora belleza de los coros, que alaban el inquietante poder de los dioses al tiempo que exploran la naturaleza de la condición humana. «Entona un canto de duelo, un canto de duelo», dice el coro al comienzo del *Agamenón*, «pero que el bien consiga triunfar»:

> Zeus, quienquiera que sea, si así le place ser llamado, con este nombre yo le invoco.
> Ninguna salvación me puedo imaginar, al sopesarlo todo con cuidado, excepto la de Zeus, si esta inútil angustia debo expulsar de verdad de mi pensamiento.
> .....
> Porque Zeus puso a los mortales en el camino del saber, cuando estableció con fuerza de ley que se adquiera la sabiduría con el sufrimiento. Del corazón gotea en el suelo una pena dolorosa de recordar e, incluso a quienes no lo quieren, les llega el momento de ser prudentes. En cierto modo es un favor que nos imponen los dioses desde su sede en el augusto puente de mando.[46]

La tragedia desempeñó un papel fundamental en la vida espiritual e intelectual de la polis. Los ciudadanos ricos buscaban honor y popularidad asumiendo los costes de la preparación de los coros, y durante las fiestas de Dioniso, en el mes de marzo, se requería de los actores y el público un aguante enorme. Las compañías de actores representaban cuatro dramas al día, y los espectadores no sólo tenían que seguir la complicada poesía del coro, sino que además debían volver al teatro al día siguiente y al otro para comparar las obras de cada dramaturgo y determinar quién debía llevarse el premio. A las representaciones asistía una cantidad considerable de hombres —y quizá también de mujeres, aunque esto no es seguro—, que, una vez acabada la obra, mantenían indudablemente entre sí un vivo diálogo acerca de los dolorosos temas planteados por los dramas. Incluso en las épocas en las que el grado de alfabetización ha sido relativamente alto, las culturas antiguas han tenido siempre un carácter en gran medida oral, y captar el complejo juego de imágenes de los coros trágicos griegos no debía de resultar tan difícil para un público acostumbrado a escuchar y a recordar las palabras, como lo es para la mayor parte de la gente en la actualidad. Por otra parte, la popularidad de las representaciones, que exigían una notable labor intelectual por parte del público, dice mucho de la riqueza de la cultura griega. Se nos han conservado en total más de treinta tragedias; lo que nos falta, en cambio, es un documento (aparte de los chistes de Aristófanes) de las discusiones que los espectáculos debieron de suscitar entre los amigos y vecinos que habían disfrutado de ese tesoro común de la colectividad.

46. Esquilo, *Agamenón*, 160-166 y 176-183.

Todos los papeles de las tragedias eran representados por hombres; el uso de la máscara facilitaba el engaño. Se adaptaban a la boca a modo de altavoces y estaban fabricadas para producir una buena acústica. Por lo demás, no fomentaban la plasmación detallada del personaje. Pero eso no se consideraba una gran pérdida, pues la tragedia griega nunca pretendió ser naturalista. Los personajes de la tragedia griega no son como los de las películas o las novelas modernas, a los que uno podría reconocer por la calle, o cuyos rasgos más sutiles podrían aparecer reflejados en cualquiera de nuestros amigos o vecinos. Representaban al género humano en toda su grandeza y su fragilidad. No es fácil que gusten ni que dejen de gustar, pues no pretendían ser individuos de carne y hueso o de la vida real.

Los temas de las tragedias tampoco son lo que podríamos decir un trozo de vida. Se suponía que la tragedia debía ser heroica y grandiosa, perfectamente alejada de lo trivial y lo mundano. Los argumentos solían ser tomados de la rica mitología de la Edad Heroica, pero, como ya hemos visto, podían hacerse excepciones con acontecimientos extraordinarios, como por ejemplo las Guerras Médicas. (No obstante, incluso en este caso, Esquilo alcanzó cierto grado de distanciamiento al situar la acción de *Los Persas* en la lejana Asia, cuyos habitantes vestían de una forma exótica.) Diversos tipos de formalidades limitaban al dramaturgo a la hora de escoger su material. No se permitía la violencia en el escenario y toda la acción debía tener lugar en un período de veinticuatro horas. Por último, el poeta debía enfrentarse al reto que planteaba la complicada métrica del verso trágico.

La lucha que debía librar el dramaturgo para amoldar su obra a estas limitaciones constituía ya una forma de heroísmo. La gran creación de Esquilo que ha llegado hasta nosotros es la trilogía llamada la *Orestíada*, que trata el tema de la dificultad suprema que comporta concebir y obtener un orden social y religioso justos. Según parece, los cuatro dramas que los poetas presentaban a los concursos solían constar de tres tragedias seguidas de una obra de carácter ligero llamada drama satírico, pero las tres tragedias no tenían por qué tener el mismo argumento, y a menudo no lo tenían. En el caso de la *Orestíada*, sin embargo, las tres obras tratan de un drama grandioso y complejo y es la única trilogía ática que se ha librado de la destrucción y por lo tanto podemos seguir disfrutando de ella en la actualidad.

La Orestíada

El punto de arranque de la *Orestíada* fue, a todas luces, el recorte de los poderes del Areópago propuesto por Efialtes, pues la trilogía culmina precisamente con el tipo de proceso que siguió estando bajo la jurisdicción de este consejo: el juicio por asesinato. Parece probable que Esquilo fuera partidario de las reformas y que escogiera este grandioso drama como un medio de tranquilizar a los atenienses más conservadores asegurando que la vista de los casos de homicidio, privilegio que Efialtes se había guardado prudentemente de tocar, constituía de hecho la misión ancestral de este venerable organismo. De ese modo lograba distraer la atención del público e impedir que se fijara en los graves recortes impuestos a su jurisdicción. El material a través del cual decidió Esquilo expresar este mensaje fue el mito, por lo demás bien conocido, de la familia maldita de Pélope y su descendiente, Agamenón, comandante en jefe de la legendaria expedición a Troya.

La primera obra, *Agamenón*, cuenta el asesinato del caudillo griego al regresar de la Guerra de Troya, víctima de una trama urdida por su esposa infiel, Clitemnestra, y su primo, Egisto, que entretanto se había convertido en amante de ésta. El asesinato de Agamenón plantea un angustioso dilema a sus hijos, Orestes y Electra, pues se enfrentan a una funesta elección: matar a su madre o permitir que la muerte de su padre quede sin venganza. El dolor de ambos y el asesinato final de Clitemnestra y Egisto a manos de Orestes constituyen el argumento de la segunda obra, *Las Coéforas* («Las portadoras de libaciones»). Al final de la pieza, Orestes es perseguido por las diosas ctónicas de la venganza, las Erinias (Furias). Su sufrimiento concluye en la última tragedia, *Las Euménides*. Esta tercera obra está ambientada en Atenas, donde se refugia Orestes con la esperanza de que un gobierno responsable le permita tener un juicio justo. La participación de Atenea en la votación del jurado proclama la gloria del Areópago, la importancia de la justicia, y el protagonismo de la ley.

Documento 6.3 Al final de *Las Euménides*, la obra que cierra la trilogía más famosa de Esquilo, *La Orestíada*, el poeta atribuye a la diosa Atenea un rasgo característico del gobierno ateniense, basado en los principios de responsabilidad y de jurisdicción de los jueces populares.

> Escuchad ya mi ley, pueblo del Ática, en el momento de dictar sentencia en el primer proceso por sangre vertida...
>
> Esta colina de Ares, sede y campamento de las Amazonas, cuando vinieron en son de guerra por odio a Teseo. Frente a nuestra ciudad levantaron entonces una ciudad nueva y un alto muro frente a nuestras murallas. Aquí ofrendaban sacrificios a Ares, de donde reciben su nombre la roca y la colina de Ares. Aquí, el respeto de los ciudadanos, y su hermano el miedo, los disuadirán de cometer injusticia, tanto de día como de noche, mientras que los propios ciudadanos no hagan innovaciones en las leyes. Porque, si contaminas el agua clara con turbias corrientes y fango, jamás hallarás qué beber.
>
> Aconsejo a los ciudadanos que respeten con reverencia lo que no constituya ni anarquía ni despotismo y que no expulsen de la ciudad del todo el temor, pues, ¿qué mortal es justo si no ha temido a nada? En cambio, si con temor sentís, como es justo, ese respeto, en ello tendréis un baluarte que vendrá a ser la salvación del país y de la ciudad, como ningún otro pueblo puede tenerlo, ni entre los escitas, ni en las regiones de Pélope.
>
> Establezco este tribunal insobornable, augusto, protector del país y siempre en vela para los que duermen.
>
> Me he alargado en esta exhortación a los ciudadanos para el futuro.[47]

Atenea rompe el empate de los jueces y sus argumentos resultan muy reveladores. Siguiendo el dictamen de Apolo de que es el varón y no la hembra el verdadero progenitor y teniendo en cuenta su propio nacimiento (surgió plenamente desarrollada de la cabeza de su padre, Zeus), la diosa decide que los presuntos derechos del padre pesan más que los de la madre, justificando así la muerte de Clitemnestra. Una vez aplacadas, otorga un nuevo nombre a las Erinias, que pasan a llamarse Euménides («Las Benevolentes»). Es evidente que Esquilo concibe la creación de un gobierno responsable en Atenas como la antítesis no sólo de la tiranía, sino también de un universo caótico y desordenado en el que por encima de todo estaban las fuerzas emocionales y femeninas de la venganza. El nuevo mundo será gobernado por unas instituciones racionales y ordenadas, ideadas y compuestas por varones, en el que la justicia sustituye a la venganza.

47. Esquilo, *Las Euménides*, 681-708.

El género creado por Esquilo se convertiría en una de las formas artísticas más características de la civilización helénica. El drama trágico, según la evolución experimentada a lo largo de la carrera del propio Esquilo y luego a manos de sus sucesores, Sófocles y Eurípides, constituye en gran medida la característica de la grandeza de Atenas. A través de Shakespeare y de otros grandes trágicos europeos, este curioso testamento de la heroica lucha contra las limitaciones humanas constituye una parte importante de un legado que ha pervivido hasta nuestros días.

Las artes plásticas

Los pintores y los escultores griegos sintieron la misma fascinación que los trágicos por lo humano y lo divino. Durante las décadas de cambio y desarrollo que imprimirían el carácter de todo el siglo V, el drama y las artes plásticas revelan un poderoso instinto de organizar el mundo siguiendo los dictados de la armonía, el equilibrio y la proporción. Durante el siglo IV, Platón, en el proyecto de sociedad ideal que traza en su diálogo titulado *La república*, identificaría la justicia como la condición que se alcanza cuando todas las partes del alma y el estado están equilibradas. Es precisamente la relación que Platón establecía entre belleza y verdad lo que en gran medida se oculta tras la cosmovisión de los griegos durante toda la época clásica.

Al igual que la tragedia, la pintura y la escultura griegas alcanzaron las altas cotas a las que de hecho llegaron dentro de las limitaciones que les imponían toda una serie de convenciones diversas. Un medio muy popular para la expresión de la pintura fue la cerámica, que se manifestó en una gran variedad de tamaños y formas, cada una de las cuales planteaba unos retos y unas oportunidades particulares. Las vasijas más pequeñas requerían una ingenuidad y habilidad especiales. En cambio, el bronce y el mármol, los materiales habituales de la escultura, resultaban difíciles de trabajar y no se prestaban al naturalismo. Las dos generaciones aproximadamente que siguieron a la conclusión de las Guerras Médicas suponen un período de transición durante el cual los artistas griegos empezaron a emanciparse de los cánones del período arcaico, como podemos comprobar en la severa austeridad que distingue los estilos clásicos de los anteriores. Algunos de los cambios experimentados quizá tuvieran que ver con un rechazo de las influencias orientales desarrollado a raíz del grave conflicto con Persia; los lazos con el Oriente Próximo, tan notables en los estilos arcaicos, parecen debilitarse. Del mismo modo que la tragedia incrementó su carácter dramático con el añadido del segundo actor, también durante estas décadas las artes prácticas fueron perdiendo su carácter estático y el movimiento adquirió más importancia. Dar una gran sensación de movimiento a través de un medio estático no es poca cosa. A pesar de las limitaciones impuestas por su medio, algunos de los artistas más notables de estas décadas lograron crear una sensación de anticipación y agitación.

En realidad, la inmovilidad de la escultura arcaica sigue percibiéndose en algunas obras de este período. Es evidente, por ejemplo, en el auriga de bronce ofrecido hacia 470 en Delfos por el hermano de Hierón, Polizalo, tras su victoria en la carrera de carros de los Juegos Píticos. El misterioso estatismo del cuerpo y del vestido que cae formando unos pliegues perfectos muestra precisamente la disciplina y el autocontrol que alababa Píndaro en los aristócratas que obtenían la victoria en este tipo de acontecimientos.

Probablemente, la escultura de bulto redondo que da una sensación más dramática del movimiento que está a punto de producirse sea el llamado Discóbolo («lanzador de disco») del escultor ateniense Mirón, famoso por su sorprendente realismo: sus admiradores comentaban que una vaca suya de bronce que había en la Acrópolis podía confundirse con toda facilidad con un animal de verdad. Aunque el Discóbolo de bronce que esculpió Mirón hacia 460 no se ha conservado, diversas copias romanas nos permiten apreciar la energía reprimida que el atleta está a punto de liberar adelantando el brazo e inclinándose para efectuar el lanzamiento.

Los relieves escultóricos con los que los griegos decoraban sus templos ofrecían aún más oportunidades para la narración. Al igual que la tragedia, el interés primordial de los relieves escultóricos son los temas mitológicos basados en los dolorosos conflictos que mezclan a dioses y mortales en complicados escenarios. Los mitos relacionados con personajes de carácter animalesco ofrecían también a los artistas plásticos unas oportunidades fantásticas. Así, por ejemplo, la raza de los Centauros, mitad hombres y mitad caballos, figura en los programas escultóricos de dos de los templos griegos más importantes del siglo V, el Partenón de Atenas, que analizaremos en el Capítulo 7, y el templo de Zeus en Olimpia.

El templo de Zeus en Olimpia fue el primero en acabarse, entre 470 y 456 a. C., justo cuando los dramas de Esquilo empezaban a definir lo que sería el teatro ático. A partir de su iniciación en 1876, las excavaciones han sacado a la luz importantes grupos escultóricos tallados en la parte del templo denominada frontón, espacio triangular situado en cada fachada por encima de las columnas que pedía a gritos algún tipo de decoración. En el templo de Zeus, cada frontón medía más de 24 metros de izquierda a derecha y se elevaba a una altura de unos 3 metros. Libón fue el principal arquitecto de la obra, aunque es evidente que trabajaron muchos otros artistas que se encargaron de crear sus elaboradas esculturas. El frontón occidental celebraba el triunfo del orden y la civilización sobre la barbarie animalesca representada por los Centauros, que, tras emborracharse, como era habitual en ellos, intentaron colarse en las bodas del héroe Pirítoo con Deidamía para ser derrotados en la refriega por el propio Pirítoo y su amigo Teseo. En el centro de la escena se yergue una figura, identificada por la mayoría de los especialistas con Apolo, que sostiene los principios de la civilización.

El frontón oriental representaba una historia más compleja, un episodio de la vida del abuelo de Agamenón, Pélope, que obtuvo la mano de su mujer, Hipodamía, en una carrera de carros amañada por el padre de la novia, Enómao. Nada tiene de extraño que las circunstancias que rodearon esta carrera fueran representadas en el templo de Olimpia, pues dicho episodio se relacionaba con los inicios de los Juegos Olímpicos. Movido por el cariño más que normal que sentía por su hija, Enómao estaba acostumbrado a derrotar en las carreras a los pretendientes de ésta gracias al carro y las armas que le había regalado el dios Ares. Pero Hipodamía se enamoró de Pélope y sobornó a Mírtilo, el auriga de su padre, para que manipulara el carro y sustituyera los ejes de metal

FIGURA 6.4. Esta escultura de bronce que representa un auriga, conservada en el Museo de Delfos (*ca.* 475 a. C.) formaba parte originalmente de un grupo escultórico que constaba además de una cuadriga; se conservó porque cayó en una antigua alcantarilla a consecuencia de un terremoto.

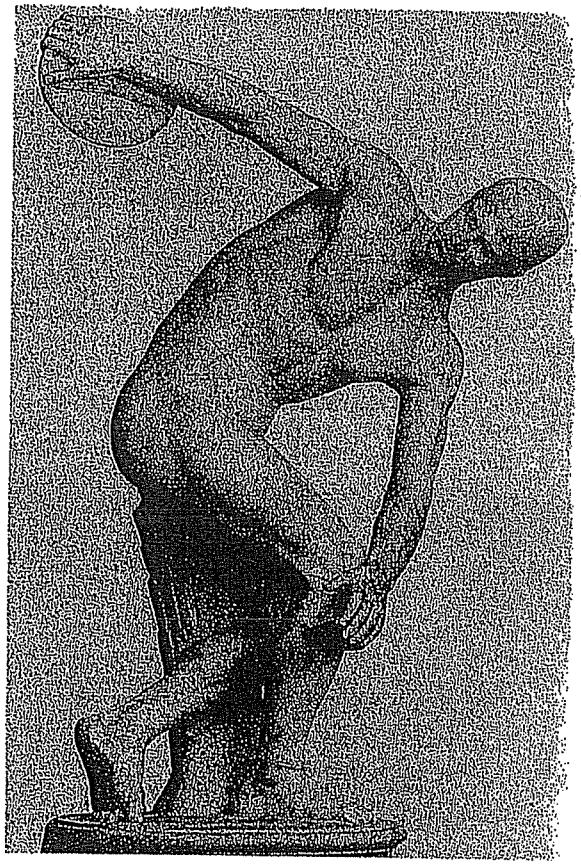


FIGURA 6.5. Copia romana del Discóbolo o lanzador de disco de Mirón. Los especialistas se dieron cuenta de que la estatua de Mirón era el modelo de las copias romanas gracias a un pasaje de Luciano, autor del siglo II d. C., en el que se describe con todo detalle la obra original.

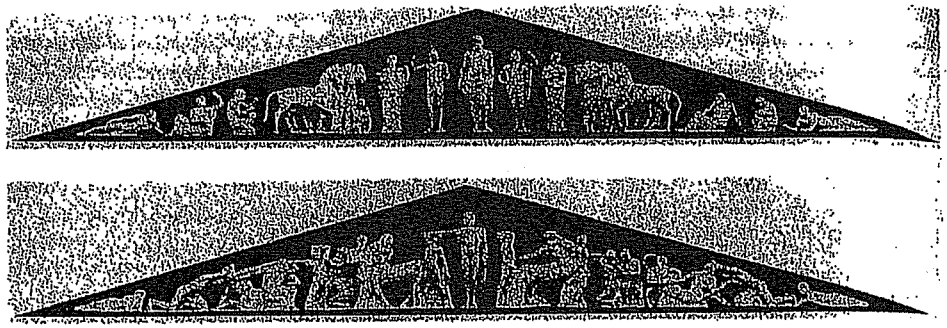


FIGURA 6.6a. Utilizando los fragmentos que han llegado hasta nosotros, los especialistas han realizado varias construcciones distintas de la composición escultórica del frontón oriental del templo de Zeus en Olimpia (*ca.* 460 a. C.), en el que se cuenta el mito de la carrera en carro de Pélope. Estas dos maquetas corresponderían a las más recientes.

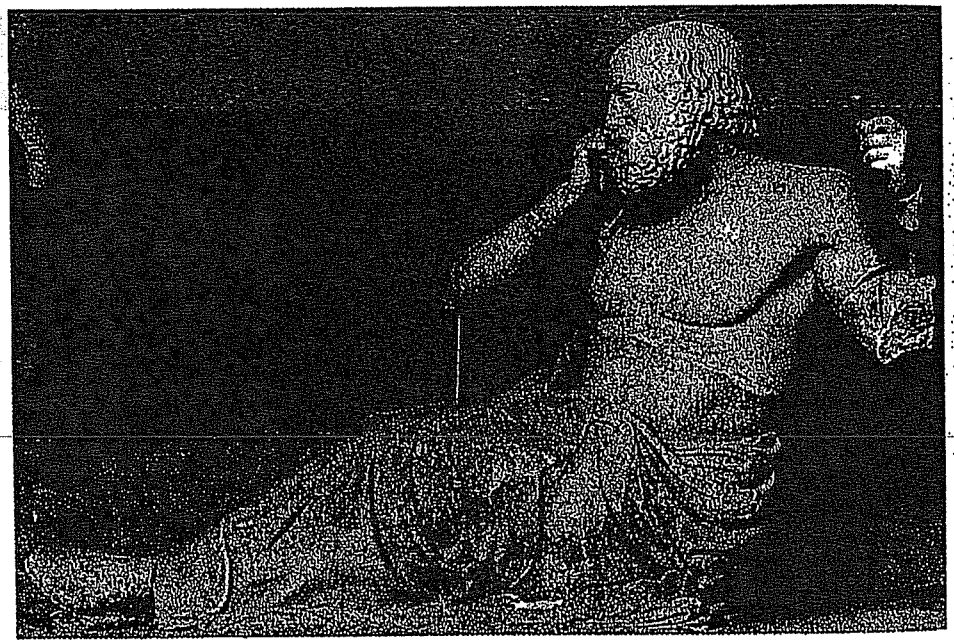


FIGURA 6.6b. Esta estatua de mármol de un viejo vidente, perteneciente al frontón oriental del templo de Zeus en Olimpia (tercera figura por la derecha de la maqueta de 6.6a) muestra una dramática fusión de elementos naturalistas y estilizados.

por otros de cera. Enómao pereció en el accidente y, así, Pélope logró ganar la carrera, se casó con Hipodamía y tuvo varios hijos con ella. Pero Mírtilo, enamorado también de la joven, lanzó sobre él una maldición que los griegos relacionaban con las posteriores desgracias de sus descendientes, entre ellos Agamenón y su familia. Se nos han conservado numerosas figuras de la escena representada en el frontón, entre ellas uno de los personajes más curiosos plasmados en relieve, a saber, el vidente pensativo que, antes incluso de que comience la carrera, sabe ya lo que va a pasar (cf. Figura 6.6b).

Las estelas funerarias constituyen también una de las manifestaciones más importantes de la escultura en relieve. Aunque la mayoría de ellas conmemoran la muerte de algún varón, también poseemos numerosas lápidas de mujeres y niñas. Uno de los relieves funerarios mejor conservados de todo el siglo V muestra la delicada figura de una niña con un par de palomas. Esta tierna representación de la niña muerta pone de manifiesto que, a pesar de su preocupación por la guerra y el compromiso cívico, los griegos podían sentir también de modo muy profundo la pérdida de sus seres queridos.

Nuestro conocimiento de la vida privada de los griegos debe mucho a las escenas que aparecen representadas en los vasos que han llegado a nuestras manos. A diferencia de la escultura, la pintura podía plasmar tanto escenas mundanas de la vida diaria como representar hazañas de dimensiones épicas. Tanto en la pintura como en la escultura a menudo desconocemos la identidad del artista cuyas obras contemplamos. Los pintores reciben con frecuencia el nombre del tema tratado en sus obras más célebres o del lugar en el que fueron descubiertas éstas o en el que pueden admirarse en la actualidad (e. g. Pintor de Pan, Pintor del Berlín). La pintura mural griega del período clásico no se ha conservado y por lo tanto no podemos compararla con los vívidos frescos de Egipto, Italia o la Creta de la Edad del Bronce; lo único que tenemos son cientos y cientos de vasos pintados. Como en la época arcaica, a menudo toman sus temas de la mitología, como ocurre con la hermosa crátera del Museum of Fine Arts de Boston, en uno de cuyos lados se representa la muerte de Agamenón y en otro la de Egisto.

No obstante, también podía representarse la vida cotidiana y las escenas pintadas en los vasos ofrecen a los especialistas en historia social una información valiosísima en torno a la manera que tenía la gente de ocupar el tiempo, trabajando o divirtiéndose, pues muestran a hombres y mujeres realizando actividades de lo más diverso; zapateros, herreros, labradores, y otros operarios aparecen representados mientras realizan sus labores. A la cerámica debemos precisamente muchas escenas de la vida de la mujer y numerosas estampas de la vida doméstica.

Al igual que en la escultura, el interés primordial de la cerámica pintada de comienzos del siglo V es la figura humana, a la que la superficie curvada de las vasijas presta una curiosa sensación de movimiento y gracia. En mayor medida incluso que en el drama, las posibilidades de la expresión del rostro se hallan limitadas por el medio, y el retrato de los personajes es apenas perceptible; a menudo tenemos una sensación muy viva de lo que los actores de las escenas de los vasos están sintiendo en el momento en el que el artista ha decidido captarlos, pero no podemos saber quiénes fueron en vida, ni cuáles fueron los deseos y preocupaciones que tuvieron. Los personajes que aparecen en los vasos griegos son representados en movimiento, no en actitud contemplativa —casi nunca dan la impresión de estar posando para el artista—, y nos preguntamos no sólo «¿qué piensan?, ¿qué sienten?», sino también «qué acaba de pasar y qué va a pasar a continuación». En cualquier caso, el centro de interés es siempre el ser humano. El paisaje nunca se desarrolla con amplitud, y aunque a menudo aparecen re-

FIGURA 6.7. El relieve de esta estela funeraria de mármol, probablemente de Paros, data aproximadamente de 450 a. C. y actualmente puede contemplarse en el Metropolitan Museum of Art.

presentados animales como compañeros de los humanos, casi nunca constituyen el centro de atención, como ocurriera en otro tiempo.

Aunque la pintura mural griega no ha sobrevivido a los estragos del tiempo, los críticos de la Antigüedad dan a entender que la expresión del rostro era bastante más variada en este medio que en la cerámica, sobre todo a partir de que el amigo de Cimón, Polignoto de Tasos, la liberó de las restricciones tradicionales de la época arcaica, llegando a representar, por ejemplo, la boca abierta o incluso los dientes. Polignoto fue muy admirado en la Antigüedad por los retratos pintados en sus complejos y animados murales —el rétor romano Quintiliano aconsejaba a los estudiosos serios de la pintura iniciarse con Polignoto—, pero casi todo lo que sabemos de su obra procede de las des-

FIGURA 6.8. Este vaso ático conservado en el Museum of Fine Arts de Boston probablemente fuera pintado hacia 470 a. C., poco antes del estreno de la *Orestíada* de Esquilo.

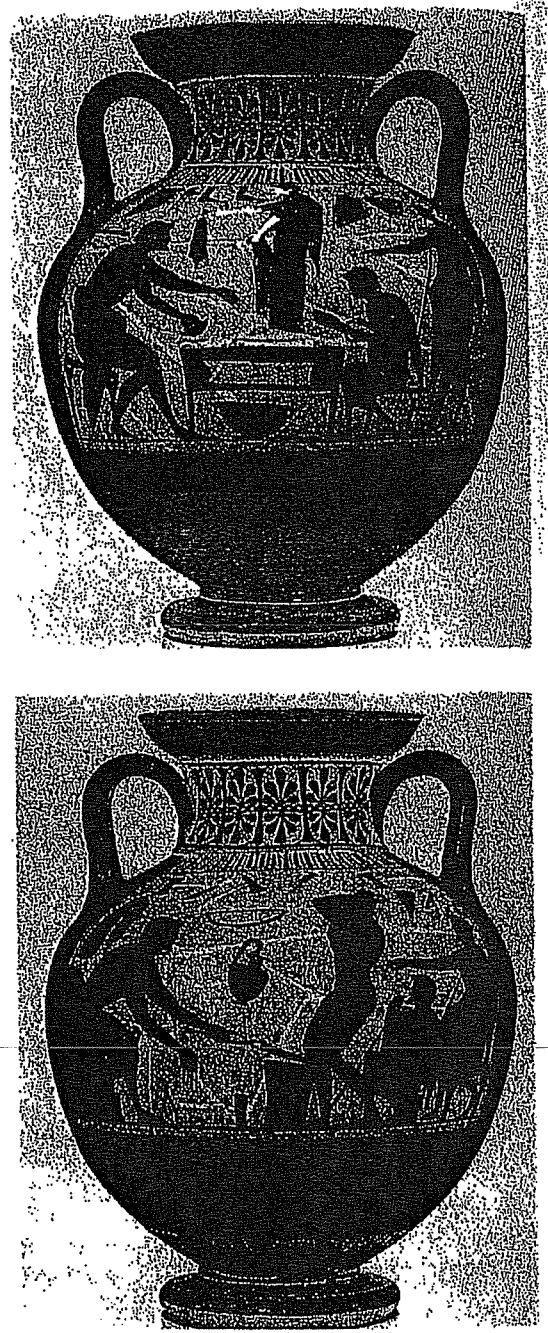


FIGURA 6.9. Los vasos a menudo representaban la labor de los artesanos, como podemos apreciar en esta ánfora ática de cuello decorada con figuras negras en la que se muestra a unos zapateros fabricando zapatos y a un herrero trabajando en la fragua.

cripciones que de ellas hace Pausanias, viajero del siglo II d. C., cuya *Descripción de Grecia* es la principal fuente que poseemos para las numerosas obras de arte que no han sobrevivido; la pintura de Polignoto se ha perdido. El polígrafo romano Plinio el Viejo comenta que Polignoto fue el primero en representar mujeres cubiertas con túnicas transparentes, de apariencia insinuante y sensual.

Entre los pintores que trabajaron en Atenas durante la primera mitad del siglo V, cabe citar a Micón, que, al parecer, gozó también del patrocinio de Cimón. Plinio el Viejo afirma que la hija de Micón, Timarete, también fue pintora y realizó una imagen de Diana en un mural de Éfeso. Micón fue uno de los numerosos artistas que se sintieron atraídos por el tema de la lucha de Teseo contra las Amazonas, situándola en el contexto del conflicto entre Occidente y Oriente, entre lo griego y lo extranjero, propio de este período. Más o menos por esta misma época se representó también a Teseo luchando con los Centauros, personajes míticos con torso de hombre y cuerpo de caballo. La asociación de la mujer con extranjeros y animales y la idea de que la identidad del varón griego podía y debía afirmarse a través de su contraposición con ellos, serían temas recurrentes en el arte y el pensamiento helénico durante toda la época clásica. Como los escritores griegos suelen mostrarse reticentes a la hora de hablar de la mujer, las imágenes nos proporcionan una pista valiosísima para entender qué idea se tenía de ella en la antigua Grecia. La cerámica pintada representa mujeres de todas las clases sociales. Los vasos utilizados en los simposios para mezclar el vino o para beberlo muestran a menudo prostitutas entreteniendo a los hombres. A veces aparecen mujeres tocando la flauta, otras coqueteando, y algunas escenas son francamente pornográficas. Las prostitutas corrientes solían ser esclavas. La mujer de alto rango que frecuentaba la compañía de hombres y era pagada por sus servicios se llamaba *hetaíra*. Probablemente fueran metecas, exesclavas o libres de nacimiento, que —como los metecos de sexo masculino— acudían a Atenas porque era un gran centro comercial. Algunas de esas mujeres, como por ejemplo Aspasia, la amante de Pericles y la hetera más famosa de la historia, participaron activamente en la vida intelectual de sus amigos de sexo masculino. Por el contrario, muchos vasos utilizados por las señoras respetables representan escenas de bodas, mujeres visitando una tumba o hilando lana o arreglándose, con frecuencia en compañía de otras mujeres.

OÎKOS Y POLIS

Como en la mayoría de las culturas, también en Grecia la familia constituía el ámbito primordial en el que las mujeres empleaban su tiempo y su energía. Poseemos más información acerca de la vida familiar en Atenas que en cualquier otra polis griega. Entre los diversos tipos de testimonios de los que disponemos, debemos citar no sólo la cerámica pintada, sino también la escultura funeraria y los epitafios, las leyes y los discursos judiciales pronunciados en los pleitos de asunto familiar, y las descripciones de la vida familiar contenidas en la comedia y la tragedia. No obstante, los materiales suministrados por la poesía dramática deben utilizarse con especial cautela. En cualquier sociedad, la comedia, pese a revelar muchos datos en torno a las normas sociales, presenta numerosas distorsiones en aras del humor. La tragedia plantea una serie de problemas especiales en Atenas: aunque sus autores fueron todos atenienses del siglo V, presentan personajes mitológicos y argumentos heredados de la Edad del Bronce, cuyos valores eran muy diferentes a los de su época. Además, todos esos materiales fueron fil-

trados por la imaginación de los poetas de sexo masculino. El resultado de todo ello a veces puede parecer misógino, como en el caso de la *Orestíada* de Esquilo; a finales del siglo V, autores como Sófocles y Eurípides muestran una mayor simpatía por la situación de la mujer en la sociedad ateniense. Una cosa está clara: mujeres tan resueltas y tan francas como Clitemnestra no se encontraban muchas en la Atenas clásica, donde la iniciativa (por no hablar de la violencia) era una prerrogativa de los varones, y el poder político no pasó nunca a manos de las mujeres. Debemos tener presente en todo momento que no tenemos ni idea de lo que pensaban las mujeres. Todos los testimonios históricos de la Atenas clásica que han llegado hasta nosotros fueron creados por hombres y (al menos en el sentido más inmediato del término) financiados por ellos. Así, por ejemplo, incluso los vasos destinados a las mujeres y en los que se representan las actividades cotidianas de la mujer fueron pintados por hombres, comprados por hombres y por fin regalados por ellos a las mujeres. La sociedad griega está dominada por los varones, en una palabra: era «patriarcal».

La polis griega estaba formada por *oîkoi* («familias», «fincas», o «casas»). El *oîkos* era la unidad primaria de producción, de consumo y de reproducción. Los ciudadanos no se convertían en miembros de la polis directamente en cuanto individuos, como ocurre hoy día en la mayoría de los estados, sino que primero debían ser reconocidos como miembros de un *oîkos*.

Pertenencia a la familia

Cuando nacía un niño en el Ática, el padre decidía si lo criaba o lo exponía. Indudablemente evaluaba antes la salud del recién nacido y las consecuencias económicas que pudiera acarrear el hecho de criar un nuevo hijo. La mayoría de los niños eran criados en casa, pues los herederos varones constituían el medio normal de perpetuar la estirpe y se daba gran importancia al hecho de que la familia no se extinguiera. Los retoños de una hija se consideraba que pertenecían a la familia de su esposo, y no a la de su padre. A medida que los niños iban creciendo, su fuerza de trabajo se consideraba valiosa. Además, era de suponer que los hijos mantuvieran a sus padres en la vejez, que los enterraran y que cuidaran sus tumbas. Durante el examen de aptitud para la obtención de cargos públicos llamado *dokimasía*, una de las áreas que se investigaba era si el candidato trataba bien a sus padres y cuidaba las tumbas de la familia. En un estado en el que el gobierno prácticamente no asumía ninguna responsabilidad sobre las personas ancianas o con cualquier otra invalidez que les impidiera trabajar, el buen comportamiento con los padres resultaba fundamental para la buena marcha de la sociedad. Los padres valoraban menos a las hijas, que carecían de poder adquisitivo y cuyos hijos acabarían perteneciendo a otra familia. Aunque el primogénito solía ser criado, independientemente del sexo que tuviera, algunos historiadores han planteado la hipótesis de que casi el veinte por ciento de las niñas recién nacidas en Atenas eran abandonadas en lugares tales como el vertedero del barrio. Los mercaderes de esclavos recogían a unos pocos de esos niños abandonados y los entregaban a amas de cría para luego venderlos como esclavos. No obstante, la mayoría de los niños abandonados morían y la exposición se convertía inmediatamente en infanticidio.

En Atenas, cuando un pequeño varón era admitido en el seno de la familia de su padre, debía ser reconocido también por la cuasi-familia o pseudo-familia de éste: el niño heredaba de su padre la pertenencia a la fratría («hermandad») y al demos («barrio o aldea») de éste. La inscripción en la fratría del padre era un paso deseable, si no fundamental, para que el individuo se convirtiera en ciudadano ateniense de pleno derecho. El padre presentaba e inscribía al niño en la fratría y garantizaba que era hijo legítimo suyo, nacido de madre ateniense libre.

Los nombres

El nombre revelaba la pertenencia a la familia. Los hijos de uno y otro sexo eran identificados por su nombre propio y por el patronímico; era habitual poner al primer hijo varón el nombre de su abuelo paterno y al segundo, el de su abuelo materno. Como las normas de la etiqueta exigían la omisión del nombre de las mujeres respetables, al menos mientras vivían, la cantidad de testimonios disponibles para el estudio de los nombres de éstas es mucho menor que para el de los nombres de varón. No obstante, los datos que poseemos indican que, como en el caso de los niños, las niñas recibían un nombre derivado de los de la familia del padre, saltando siempre una generación. De ese modo la primera hija solía recibir el nombre de su abuela paterna.

Demografía y ciclo vital

La edad a la que solía producirse la muerte de una mujer en la Atenas clásica era por término medio los 36,2 años, y en el caso de los varones adultos los 45. La mujer tenía una media de 4,3 hijos, 2,7 de los cuales sobrevivían a la infancia. La proporción de fallecimientos de niños era de 500 por cada 1.000 adultos. Los varones solían casarse en Atenas aproximadamente a los 30 años y las mujeres en torno a los 15. Las mujeres solían enviudar a causa de la guerra, y la diferencia de edad aumentaba las probabilidades de que una mujer se quedara viuda antes de la vejez; los hombres solían perder a sus esposas jóvenes de sobreparto. Los matrimonios podían también acabar en divorcio, que no estaba mal visto a menos que comportara un escándalo. Las personas viudas o divorciadas solían volver a casarse, y los hijos de padres divorciados se quedaban a vivir generalmente en casa de su padre, a cuyo *oîkos* pertenecían. Sólo una minoría de los hijos que llegaban a la adolescencia seguían viviendo con sus dos progenitores; la mayoría había perdido a uno de los dos o incluso a los dos a edad temprana, y vivían con parientes lejanos o en su propia casa con sus madrastras y hermanastros. La familia nuclear intacta constituía la excepción, no la regla.

El matrimonio

El matrimonio era la institución social que sustentaba el *oîkos* y su finalidad primordial era la reproducción. En el momento de los esponsales, el padre de la novia o su tutor declaraba en presencia de testigos: «Te entrego a mi hija para que la siembres con el fin de procrear hijos legítimos». Una vez que el novio aceptaba, diciendo: «Yo la tomo», se reunía con el padre de la novia y juntos concertaban la cuantía de la dote. Las jóvenes respetables no tenían alternativa alguna al matrimonio, y es evidente que uno

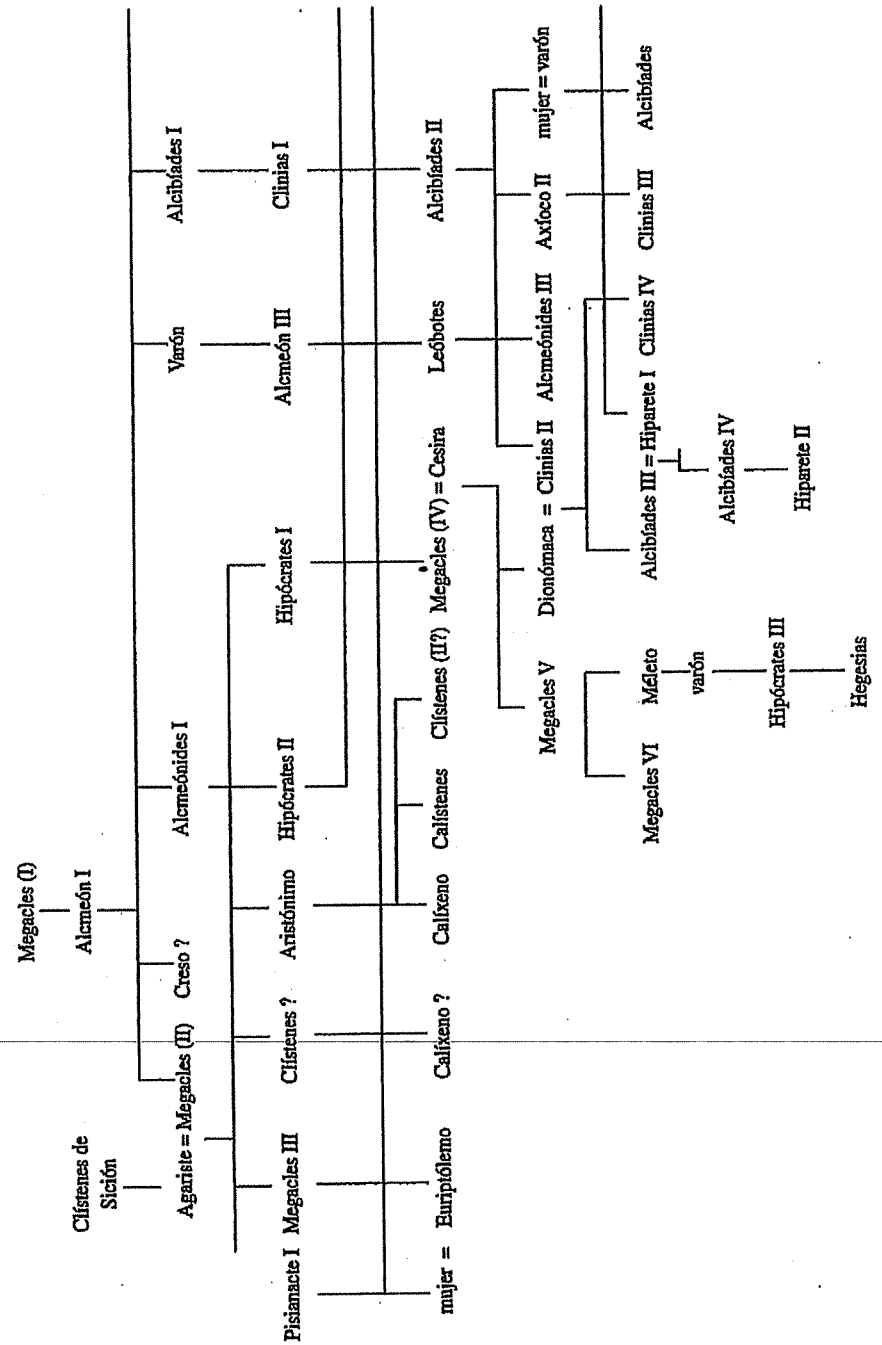


FIGURA 6.10. La familia de Megacles, rama de los Alcmeónidas.

de los motivos primordiales del infanticidio de las niñas era la obligación de proporcionarles una dote.

Los griegos sólo podían tener una esposa, aunque regía una doble moral sexual y el marido podía tener otras relaciones sexuales con personas de uno y otro sexo. Los matrimonios entre parientes cercanos, por ejemplo entre primos carnales o entre tío y sobrina, eran habituales. Cuando una familia carecía de hijos varones, la obligación de perpetuar el *oîkos* recaía en alguna hija, que recibía el nombre de *epíklēros* («vinculada a la finca familiar», término que suele traducirse por conveniencia «heredera», aunque en realidad no heredaba nada). La *epíklēros* estaba obligada a casarse con el pariente más próximo de su padre en edad de procrear, por lo general su tío o su primo carnal. Si los dos estaban casados, tenían que divorciarse. El hijo nacido del matrimonio con una *epíklēros* era considerado heredero de su abuelo. Los hombres que no tenían hijos ni hijas, debían adoptar a algún pariente varón para que su linaje no se extinguiera.

La dote de la esposa junto con lo aportado por el marido constituía el fundamento económico del *oîkos* en los primeros años del matrimonio. En Atenas la dote consistía

FIGURA 6.11. Detalle de un *lébēs gamikós* («ánfora nupcial») ático de figuras rojas del Pintor de la Lavandera (último cuarto del siglo V). Una recién casada muestra a los presentes un niño, el ansiado fruto de su matrimonio. La mujer que aparece de pie a la derecha de la novia lleva en las manos un *loutróphoros*, vaso de bodas utilizado para acarrear el agua del baño prenupcial. La mujer situada en el extremo derecho lleva en sus manos un vaso destinado a guardar algún ungüento o aceite perfumado.

en dinero en metálico y bienes muebles. El marido aportaba tierras y la casa, así como la mayor parte del mobiliario. El ideal, al menos para los individuos que cultivaban sus propias tierras, era producir la mayor parte de los medios de vida de la familia sin tener que comprar víveres en el mercado. La división del trabajo se basaba en criterios de sexo: las labores de la mujer eran las que se realizaban en la casa, y las del hombre, las de fuera de casa. El marido llevaba a la casa productos agrícolas tales como frutas, verduras, grano y lana, y la esposa y las esclavas domésticas se encargaban de transformar dichos productos en tejidos y alimentos preparados. La esposa era además la responsable de guardar debidamente todos los bienes de la casa, de modo que la comida estuviera siempre en condiciones de ser consumida y la ropa de ser utilizada, o incluso de ser vendida en caso de necesidad.

Documento 6.4 La división consuetudinaria del trabajo dentro del *oîkos* queda patente en el diálogo socrático de Jenofonte titulado *Económico*, en el que Iscómaco, un amigo de Sócrates, explica a éste cómo enseñó a su esposa, de sólo catorce años, a administrar la casa.

[Me dijo que le dijo a su esposa:] «Porque a mí me parece, mujer, que los dioses han unido con gran discernimiento esta pareja que se llama hembra y macho, para que tengan el máximo beneficio en su alianza ...

Por consiguiente, los hombres que vayan a tener algo que meter bajo el techo necesitan que alguien esté dispuesto a trabajar en las faenas al aire libre, pues tanto el barbecho como la siembra, el plantío y el pastoreo, son todas ellas actividades al aire libre, y de ellas se consiguen los alimentos. Pero a su vez es preciso, una vez que todo ello se almacena bajo techado, que alguien lo conserve y trabaje en las tareas que necesitan estar a cubierto. Techo necesita también la crianza de los niños recién nacidos, y también lo necesita la molienda del grano para fabricar el pan, lo mismo que la confección de vestidos de lana. Por ello, ya que tanto las faenas de dentro como las de fuera necesitan atención y cuidado, la divinidad, en mi opinión, creó la naturaleza de la mujer apta desde un principio para las labores y cuidados interiores, y la del varón para los trabajos y cuidados de fuera ...

Para la mujer, en efecto, es más honroso permanecer dentro de casa que estar de cotilleo en la puerta, mientras que al hombre le resulta más impropio estar dentro que cuidarse de los trabajos de fuera.

«¿Y cómo las dispusiste [*sc.* las cosas para ella], Iscómaco?», le pregunté. «¿Cómo? Lo primero que decidí fue enseñarle las posibilidades de la casa. Porque, desde luego, tiene pocos elementos decorativos, Sócrates, pero las habitaciones están construidas con el objeto de ser los receptáculos lo más adecuados posible para lo que van a contener, hasta el punto que ellos mismos invitan a poner lo que conviene en cada uno. En efecto, el dormitorio, por lo seguro de su situación, acoge las colchas y enseres de más valor; los cuartos secos de la casa, el trigo; los frescos, el vino; los luminosos, los trabajos y vajillas que necesitan luz. A continuación le fui enseñando los cuartos de estar para la familia, muy decorados, que son frescos en verano y cálidos en invierno. Y le expliqué cómo toda la casa está orientada al mediodía, de manera que es evidente que está soleada en invierno y tiene buena sombra en verano. Le mostré también el alojamiento de las mujeres, separado por una puerta con cerrojo del de los hombres, para evitar que se saque algo de dentro que no convenga ni puedan procrear hijos los esclavos sin nuestro consentimiento. Porque, en general, cuando tienen hijos, los buenos son bastante leales hacia la familia, pero al procrear los malos, resultan más propensos a hacer daño».[48]

La división fundamental del espacio doméstico era la que se establecía entre hombre y mujer. Incluso en una casa pequeña de sólo dos habitaciones, una en el piso bajo y otra en el piso superior, ésta solía corresponder al aposento de las mujeres y la otra al de los hombres. Las diversiones tenían lugar en el aposento de los hombres, de modo que los visitantes de una casa griega sólo veían a los varones de la familia; cuando había extraños en casa, la mujer y las hijas se retiraban a los aposentos cerrados de la casa y ni siquiera se pronunciaba su nombre. Las mujeres de la familia, tanto las de condi-

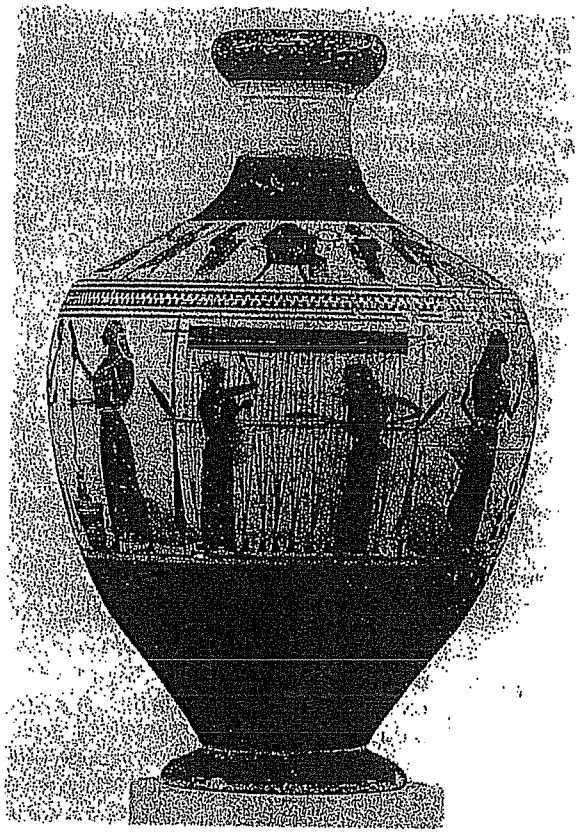


FIGURA 6.12. *Lékythos* ático de figuras negras del siglo VI, atribuido al Pintor de Amasis, en el que aparece representado el proceso de producción de tejidos. Izquierda: mujer hilando. Centro: mujeres tejiendo en un telar vertical. Derecha: mujer pesando lana.

48. Jenofonte, *Económico*, VII, 18, 20-22, 30 y IX, 2-5.

ción libre como las esclavas, dormían en los aposentos de las mujeres. También allí fabricaban los tejidos de la familia, aunque en las épocas de calor podían trasladar sus telares al patio interior y trabajar al aire libre, protegidas por las tapias de la casa.

Al menos que se vieran obligadas a trabajar por su extrema pobreza, las ciudadanas rara vez se atrevían a alejarse de su casa, excepto con ocasión de las fiestas religiosas y de los funerales. De ese modo evitaban encontrarse con extraños que no fueran de la familia y que pudieran comprometer su honorabilidad, ya fuera a través del contacto sexual directo o porque circularan rumores en ese sentido. Sólo las mujeres más necesitadas salían a comprar alimentos o artículos para el hogar; siempre que era posible, las esclavas y el marido se encargaban de hacer la compra y los recados que requirieran alejarse de la casa.

De hecho, el predominio de la esclavitud determinaba los papeles desempeñados por cada sexo de muy distinta manera. La posesión de esclavos incluso entre las familias de condición modesta resultaba fundamental, por ejemplo, para perpetuar el ideal social de mujer virtuosa que no salía nunca de casa. Aunque algunos *oîkoi* pobres dependían obligatoriamente del trabajo de los distintos miembros de la familia, la mayoría poseía por lo menos una o dos esclavas. La división del trabajo entre los más pobres y los esclavos no venía determinada exactamente por el sexo, como ocurría en el caso de las clases media y alta. Las esclavas realizaban el trabajo doméstico bajo la supervisión del ama de casa, dedicándose a preparar la comida, a cuidar de los niños, y a fabricar tejidos. Estaban obligadas asimismo a prestar servicios sexuales a sus amos. Poseemos algunos testimonios de que dicha costumbre provocaba serias tensiones en el seno de la familia y de que los maridos más discretos limitaban sus aventuras extraconyugales a escenarios situados fuera del domicilio familiar.

La economía griega

El trabajo de los esclavos no siempre tenía lugar en el contexto del *oîkos*. Se discute hasta qué punto intervenían los esclavos en las faenas agrícolas. Algunos estudiosos creen que en los campos trabajaban grandes cantidades de esclavos de sexo masculino, sobre todo cuando el terrateniente era rico y poseía grandes fincas que no estaban próximas unas de otras, sino diseminadas por toda el Ática. Otros insisten en que el fundamento de la economía agraria era la pequeña explotación familiar en la que trabajaba el propio labrador independiente. Al igual que las mujeres, los esclavos constituían un «grupo silenciado»; aunque eran muy numerosos, ni sus nombres ni sus ideas están documentados, y son pocos los que han dejado su huella en la documentación histórica.

No cabe duda de que había grandes cantidades de esclavos empleados en las industrias artesanales, unos propiedad de sus amos y otros alquilados por ellos. Su oficio solía depender de su sexo. Los hombres trabajaban en las fábricas de espadas, escudos, muebles, cerámica, y otros objetos manufacturados, mientras que las mujeres solían hacerlo en las industrias del ramo textil. Las inscripciones en las que se recogen los gastos acarreados por las obras de construcción realizadas en la Acrópolis de Atenas demuestran que los esclavos cobraban lo mismo que los operarios de condición libre. Naturalmente, el salario de los esclavos alquilados lo cobraban sus amos.

Pero los trabajadores de la industria no eran todos, ni mucho menos, de condición servil; de hecho Aristóteles ponía en tela de juicio que la mayoría de los artesanos fueran ricos. Los griegos cuya condición económica les permitía escoger, evitaban los trabajos que los obligaran a someterse a las directrices de otro, y entre ellos estaban todos los relacionados con la artesanía. Pensaban que ese tipo de vida era humillante para un ciudadano libre. A diferencia de la agricultura, a la que se atribuyó siempre cierta nobleza, el trabajo manual efectuado bajo techado era despreciado por muchos griegos ricos y recibía el calificativo de «banáusico», término que significa literalmente trabajo realizado en un horno, y en general no se establecía distinción alguna entre oficio cualificado y no cualificado. Es posible que las clases ociosas desdeñaran los trabajos realizados a cubierto por la relación que pudieran tener con las tareas de los esclavos y las mujeres. A los litigantes que acudían a los tribunales de justicia atenienses les gustaba hacer comentarios sarcásticos acerca de sus oponentes (o de los parientes de éstos), aunque no hubieran ejercido nunca ningún oficio o ni siquiera hubieran tenido ningún negocio, y los escritores de teoría política —pertenecientes todos ellos a las clases superiores— sostenían a menudo que el trabajo duro realizado bajo techado debería privar a quien lo desempeñara del derecho de voto, alegando que perjudicaba al intelecto del mismo modo que perjudicaba al cuerpo. No obstante, la mayoría de los griegos tenían muchas limitaciones a la hora de escoger el modo de ganarse la vida y de sostener a su familia, y no tenemos por qué pensar que quienes trabajaban por cuenta ajena o realizaban trabajos manuales bajo techado se avergonzaran de su profesión. Muchos artesanos, tanto ciudadanos como metecos, alcanzaron un *status* bastante elevado debido a sus conocimientos técnicos y a su éxito económico. Las lápidas de las tumbas a menudo aluden con orgullo a las habilidades técnicas de sus moradores; entre los ejemplos conservados tenemos los epitafios de un leñador y un minero. Como en muchas otras culturas, la ideología de las elites cultas estaba en contradicción con la vida diaria de la gente sencilla.

El desdén con el que algunos griegos veían el trabajo remunerado no impidió que se llevara a cabo un gran volumen de trabajo y que con él se ganara mucho dinero. A veces, sin embargo, los ingresos económicos eran fruto del imperialismo o de otras formas de explotación. Podían generarse como botín de guerra (esclavos incluidos) o tomar la forma de tributo. Las dimensiones y la riqueza del imperio ateniense desempeñan un papel muy importante a la hora de definir el carácter del siglo V. Sin el tributo de los aliados-súbditos, a los atenienses les habría resultado muy difícil establecer el sistema de remuneración de los servicios prestados al estado y por lo tanto de ampliar significativamente la cantidad de ciudadanos capaces de participar en las tareas de gobierno. La democracia no dependía exclusivamente del imperio; aunque los atenienses lo perdieron en 404 a. C., siguieron teniendo un gobierno democrático durante varias generaciones hasta que fueron sojuzgados por Filipo de Macedonia en 338 (y en muchos terrenos la democracia siguió viva incluso después de este acontecimiento). Pero parece efectivamente que recibió el mayor impulso del excedente de los fondos generados por el tributo del imperio. Los maravillosos edificios con los que los atenienses empezaron a decorar la Acrópolis al poco tiempo de trasladar el tesoro a Atenas debieron desde luego su existencia a las rentas del imperio; sin imperio, no habría habido Partenón. Además, el carácter marítimo de dicho imperio comporta que sirvió como principio organizador del comercio helénico. La importancia del imperio ateniense en la vida comercial se hizo patente a finales de la década de 430, cuando los atenienses prohibieron a los mercaderes de Mégara comerciar en los puertos del imperio, so pretexto de que con ello no hacían más que imponer normas en su propia esfera de influencia, tal como se

había acordado en la Paz de los Treinta Años. Las consecuencias de esta medida serían fatales para el comercio megarense, y la indignación suscitada por esa prohibición fue una de las causas de la larga Guerra del Peloponeso (431-403). Especialmente tras la derrota de Egina en 457, Corintio se convirtió en el rival comercial más formidable de Atenas. Al disponer de puertos tanto en el golfo Sarónico, que separa el Ática del Peloponeso, como en el de Corinto, los corintios podían trasladar los barcos de un puerto a otro arrastrándolos con cuerdas, por lo que disfrutaban de una posición única en el comercio griego.

La agricultura y el comercio

Hasta el siglo XIX de nuestra era, la mayor parte de la población del mundo se ganaba la vida con la agricultura, y los griegos del siglo V a. C. no fueron una excepción. Sin embargo, era el comercio lo que unía los múltiples estados que bordeaban los mares, y las rutas por las que circulaban las mercancías sirvieron también como conducto fundamental para el intercambio de ideas. Las rivalidades comerciales, como la que existía entre Atenas y Corinto, fueron en gran medida la causa de las tensiones que se produjeron entre las diversas polis. La mayor parte del comercio se realizaba por vía marítima, pues, al tener que atravesar unos caminos montañosos y llenos de dificultades, el tráfico por vía terrestre resultaba lento y caro; el coste de transportar por tierra en carro los productos más pesados probablemente superara el precio de los productos mismos. En realidad, eran pocos los caminos que se prestaban a ser utilizados por vehículos de ruedas, y algunas regiones (por ejemplo la propia Ática) carecían de animales de tiro suficientes. Beocia, en cambio, convirtió el transporte en un negocio lucrativo, al disponer de muchos animales de tiro.

Como no tenían instrumentos de navegación demasiado sofisticados, las embarcaciones griegas evitaban en la medida de lo posible salir a mar abierto, y preferían bordear la costa. Los marinos acostumbraban a limitar las travesías más largas a la primavera y el verano, aunque algunos especuladores más resueltos realizaban viajes también en invierno. No obstante, la velocidad había aumentado mucho desde la época homérica, y la duración de las travesías se había reducido a la mitad o más. Barcos mercantes de hasta 250 toneladas surcaban los mares movidos a remo y a vela, y la determinación de los atenienses limpió las aguas de los piratas que hasta entonces habían sido un factor tan importante de la vida griega; aunque sólo fuera por esto, los aliados-súbditos de Atenas debían estarle agradecidos (aunque probablemente los piratas no). La generalización del uso de la moneda, en su mayoría de plata, facilitó el desarrollo del comercio, y Atenas obligó a sus aliados a adoptar la suya. Los pleitos suscitados por el comercio marítimo se generalizaron hasta el punto de que los atenienses crearon un tribunal especial de *nautodíkai* o jueces para asuntos marítimos, encargados de ver los recursos presentados en Atenas, pero en general el estado embrionario del derecho internacional daba pocas esperanzas a las víctimas de las prácticas comerciales deshonestas.

La diversidad de los recursos naturales en el mundo antiguo hizo del comercio una necesidad; ninguna polis contaba con recursos de todas clases, y de hecho algunas disponían de muy pocos. El comercio de Atenas en particular se vio impulsado en gran medida por la necesidad de grano con el que alimentar a su numerosa población. El grano podía venir del norte o del sur. Una de sus principales fuentes era la región del

mar Negro, que le suministraba también pieles, ganado vacuno, pescado, cáñamo, cera, castañas, hierro y esclavos. A cambio, los atenienses suministraban vino y aceite, envasados a veces en recipientes lujosamente decorados. Estas exportaciones eran vendidas con frecuencia también en otros destinos; los fenicios enviaban a menudo vasos áticos a Egipto, y también se ha encontrado gran cantidad de cerámica ateniense usada en Etruria, aunque Italia compraba también gran cantidad de vasos de primera mano. Otro granero importante de Atenas era Egipto, donde el aceite de oliva ático era cambiado por papiro, marfil, vidrio, esclavos y animales exóticos. Cartago suministraba tejidos; Etruria, labores finas de bronce y botas; Sicilia, cerdos, queso y grano; Fenicia, púrpura para teñir y dátiles. También Corinto exportaba sus manufacturas —por ejemplo, tejas y productos metalúrgicos—, además de servir como intermediaria entre Oriente y Occidente. Parece que ya en el siglo V llegaron hasta Grecia sedas procedentes de China a través de intermediarios escitas. Arabia exportaba perfumes, y Persia alfombras. Enseguida se identificaron importantes fuentes de metales: Chipre proporcionaba cobre, España estaño, Laconia y el mar Negro hierro, y Tasos y el monte Pangeo, al norte de Grecia, oro. Todos estos productos circulaban por todo el mundo griego, pero la mayor parte iba a parar al Pireo.

No obstante, en toda Grecia la agricultura siguió siendo la fuente más habitual de ingresos. Atenas era la ciudad más grande con diferencia, y su población oscilaba normalmente entre los 300.000 y los 400.000 habitantes. La mayor parte de los habitantes del Ática que participaban en la vida política eran labradores independientes que explotaban unas parcelas de tierra bastante pequeñas. Inconscientes casi todos ellos de la importancia de alternar las cosechas para maximizar la productividad del suelo, los labradores solían dejar en barbecho los campos un año sí y otro no, de modo que los más pobres eran realmente muy pobres; los más afortunados podían comprar una esclava o dos que ayudaran en los trabajos de la casa. Naturalmente, unos pocos poseían grandes cantidades de tierras y podían considerarse ricos. Como sólo los ciudadanos tenían derecho a poseer bienes inmuebles, hasta los labradores más humildes estaban orgullosos de su modo de vida.

Los metecos en la Atenas del siglo V a. C.

No obstante, muchos extranjeros ricos residentes en Atenas no poseían tierras, pues no tenían derecho a ello si no contaban con un permiso especial. Eran los llamados metecos, que desempeñaron un papel decisivo en la economía ateniense. Artesanos y empresarios procedentes de todos los rincones de Grecia que habían acudido a Atenas a hacer negocio, los metecos constituían una proporción importante de la población ateniense. No tenían derecho a voto ni a ocupar cargos públicos; ni tampoco sus hijos ni los hijos de sus hijos. Estaban obligados a vivir en casas de alquiler. Pero no eran víctimas de restricciones sociales, y las familias metecas se mezclaban cómodamente con las familias de ciudadanos. Muchos de los protagonistas de los diálogos de Platón son metecos, y el más famoso de ellos, *La república*, se desarrolla en casa del acaudalado meteco Céfalo, al que Pericles había invitado a establecerse en Atenas procedente de Siracusa. Ciudadanos, metecos y esclavos a menudo trabajaban juntos, cobrando a veces la misma paga; una lista de los obreros que trabajaban en unas obras de construcción contiene los nombres de ochenta y seis obreros cuya condición podemos identificar:

veinticuatro eran ciudadanos, cuarenta y dos metecos, y veinte esclavos. En los momentos de crisis, los metecos podían enrolarse en las fuerzas armadas.

Muchos de los intelectuales más notables de Atenas fueron metecos, como, por ejemplo, el filósofo Anaxágoras, oriundo de Asia Menor, y el rétor Gorgias, natural de Sicilia. La amante de Pericles, Aspasia, pertenecía a la clase de los metecos, y por esa razón el estadista tuvo que solicitar un decreto especial de la asamblea que concediera la ciudadanía a sus hijos. El hecho de que las metecas no pudieran engendrar hijos que disfrutaran de la ciudadanía ateniense contribuyó en buena parte a trazar los contornos de la sociedad ateniense, creándose así dos clases de mujeres con las que los ciudadanos varones podían establecer relaciones estables: amantes metecas y esposas ciudadanas. (Por otra parte, para otro tipo de relaciones menos comprometidas, había una gran variedad de prostitutas, esclavas o de condición libre, y además el propietario de una esclava tenía el privilegio de mantener relaciones sexuales con ella si así lo deseaba.) Naturalmente, la mayoría de las metecas eran amas de casa casadas con metecos. Los esclavos que obtenían la libertad se convertían no en ciudadanos, sino en metecos. Éstos vivían en otras muchas polis, además de Atenas, pero no sabemos casi nada de los metecos que residían en otras ciudades griegas.

Los logros culturales de la Grecia de los siglo VI y V fueron muy importantes, pero las dificultades de convivencia que tuvieron las diversas ciudades-estado (y su aversión a unirse y formar una sola entidad política) afectarían profundamente a la trayectoria que en adelante seguiría la civilización griega. La Paz de los Treinta Años era muy prometedora, pero también resultaba problemática en muchos aspectos. La descarada división del mundo griego en dos ámbitos de influencia —un imperio terrestre de Esparta en la Grecia continental y el imperio marítimo de Atenas en el Egeo— creó una situación muy dudosa. Desde cierta perspectiva, al trazar unas líneas divisorias claras, el acuerdo parecía ofrecer esperanzas de paz; pero fomentaba también un bipolarismo potencialmente muy peligroso. La idea de someter a arbitraje las disputas suscitadas entre las polis era muy civilizada en abstracto, pero como todos los estados que gozaban de cierta reputación estaban alineados en uno u otro bando, ¿quién iba a actuar de mediador? Por otra parte, ningún tratado podía modificar el hecho de que Mégara ocupara una posición tan incómoda como la que ocupaba en la frontera del Ática, ni suavizar la rivalidad comercial existente entre Atenas y Corinto. En 445 resultaba imposible predecir si la paz iba durar mucho o no.

Capítulo 7

GRECIA ANTES DEL ESTALLIDO DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

Evitar la guerra constituía una cuestión particularmente importante en un momento en que los griegos tenían unos logros tan preciosos que proteger en tantos terrenos. Desde Sicilia a Anatolia, extraordinarios templos a los dioses proclamaban a todos los vientos la grandeza de la civilización helénica. Las naves griegas surcaban los mares en todas direcciones, permitiendo a hombres y mujeres que vivían a cientos de quilómetros de distancia intercambiar sus productos y beneficiarse de una enorme variedad de recursos y conocimientos. Se estaban desarrollando nuevas experiencias en el ámbito del gobierno. Pero, por otra parte, la misma diversidad que fomentaba la dinámica creatividad de los griegos fragmentaba su mundo. Además, el universo de la polis era en muchos aspectos demasiado pequeño. Pese al desarrollo de lo que los griegos denominaban democracia, cada polis se basaba en último término en el gobierno de una elite de hombres libres sobre el resto de la población; y la incapacidad que tenían las polis de convivir pacíficamente no auguraba nada bueno para el futuro de Grecia. Irremediablemente las perspectivas de futuro se veían oscurecidas de manera intermitente por la sospecha de que la paz entre los bandos ateniense y espartano no iba a durar mucho.

FUENTES PARA GRECIA ANTES DEL ESTALLIDO DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

La principal fuente para las décadas inmediatamente anteriores al estallido de la gran guerra entre Atenas y Esparta es la *Historia* de Tucídides. Tucídides prestó servicios como general en la guerra y escribió la historia del período comprendido entre 479 y 411 a. C., aunque la descripción que ofrece de los años anteriores a 433 no es tan exhaustiva como su relato de la propia guerra y de las tensiones que la precedieron inmediatamente. Se conservan por otra parte gran cantidad de inscripciones, aunque nunca tantas como quisiéramos. La *Biblioteca Histórica* de Diodoro sigue siendo útil. Pese a

no ser un gran historiador y no añadir nuevos datos que nos permitan comprender mejor los hechos cuando su única fuente es Tucídides, Diodoro nos proporciona a veces informaciones de otros autores. También resulta de utilidad Plutarco; algunas biografías, como la de Pericles, contienen bastante información tomada de historiadores de los siglos V y IV cuya obra se ha perdido. Todos los intelectuales que han dejado testimonio de su pensamiento, desde el historiador Heródoto al médico Hipócrates, nos ayudan a conocer la forma en que los propios griegos veían su mundo en este período tan fecundo de su historia cultural. Por último, debemos también mucho a los artistas plásticos que nos han dejado un vasto legado de cerámica pintada, esculturas, lápidas funerarias, y obras arquitectónicas. Por desgracia, sin embargo, los escritores griegos no son los mejores representantes de la generalidad de la población. En muchos estados, los artistas trabajaban por encargo de la elite. De hecho, en algunas polis democráticas como Atenas, los dramaturgos de más éxito se veían obligados a hablar para el pueblo, pero conviene recordar que lo que llamamos historia es en realidad una imagen del mundo reconstruida a partir de lo que consideraban digno de ser creado o transmitido las mentes de una pequeñísima porción de hombres, todos ellos varones urbanos cultos.

Grecia tras la firma de la Paz de los Treinta Años

En 445, inmediatamente después de que se firmara la paz, muchos griegos se sintieron optimistas, convencidos de que Atenas y Esparta habían dejado tras de sí sus diferencias. El hecho de que su optimismo fuera vano hace que a los historiadores les resulte difícil no ver los años que precedieron al estallido de la guerra de 431-404 más que como un simple preludio a la ruptura de las hostilidades. Aunque conviene intentar comprender los acontecimientos tal como se desarrollan y no sólo evaluarlos a partir de sus consecuencias, la visión retrospectiva no deja de tener cierto valor. Vistos desde la privilegiada perspectiva de la guerra que se desencadenó pocos años después, algunos acontecimientos de las décadas de 440 y 430 adquieren especial significación.

Durante esta época, los atenienses mostraron un notable interés por el oeste y el nordeste del mundo helénico. Atenas tenía en 460 muchos motivos para admitir a Mégara entre sus aliados, pero el deseo de acceder al puerto de Pegas, en el golfo de Corinto, fue sin duda un factor crucial; por otra parte, el establecimiento de los mesenios en Naupacto varios años más tarde supuso para las naves que se dirigían hacia Occidente la oportunidad de contar con un buen fondeadero en el que recalar. Probablemente fuera también en la década de 450 cuando los atenienses firmaran el acuerdo con Egesta, en el noroeste de Sicilia. Poco después vendrían los tratados firmados con Regio, en el sur de Italia, y con otra ciudad de Sicilia, Leontinos; probablemente haya que tener en cuenta el hecho de que Leontinos mantenía unas relaciones muy tensas con Siracusa, colonia y aliada de la gran rival comercial de Atenas, Corinto. El comercio con los griegos de Occidente tenía una importancia capital para la economía ateniense. Se exportaban grandes cantidades de cerámica de figuras rojas a Etruria, y los barcos atenienses regresaban de Italia cargados de grano y queso de Sicilia y de piezas de metal, manufacturas procedentes de la península. Poco a poco, las ciudades griegas de Sicilia acabaron adoptando la moneda ateniense.

Que Atenas tenía un interés cada vez mayor por las ricas tierras de Occidente nos lo confirma el hecho de que Pericles decidiera fundar en 443 una colonia en el sur de Italia, entre el tacón y la punta de la bota. Turios, sin embargo, no sería una colonia como las otras, pues los atenienses invitaron a los demás estados griegos a participar en la fundación de un asentamiento panhelénico, demostrando así su compromiso con el espíritu de cooperación y de buena voluntad. La colonia fue enviada bajo la dirección de un buen amigo de Pericles, el vidente Lampón, del que muchos creían que mantenía una relación especial con los dioses. Lampón recibió de Delfos un oráculo relativo a la fundación de la ciudad, en el sentido de que sabría decir a los colonos cuál era el mejor sitio para establecerla. Trazada según los mismos planos utilizados por Hipodamo para diseñar el Pireo, Turios se convirtió en el hogar de muchos griegos no atenienses, entre ellos el historiador Heródoto. Aunque la constitución de Turios era democrática y las monedas locales llevaban grabada la cabeza de la diosa Atenea, la ciudad adoptó las leyes de Zaleuco, un célebre legislador originario de Lócride, y cuando unos años más tarde cierto desacuerdo entre los colonos los llevó a recurrir a Delfos a preguntar a quién pertenecían, el oráculo respondió que a Apolo, no a Atenas.

Las intenciones de Pericles respecto a Turios siguen sin estar claras. ¿Fue su decisión de calificar la colonia de panhelénica una justificación sincera de la injerencia de Atenas en Occidente, o esperaba simplemente distraer los recelos de Corinto disfrazando el imperialismo en Occidente de panhelenismo? En cualquier caso, el elemento ático de la población de la colonia quedó muy diluido con el paso del tiempo, y parece que los corintios no se sintieron particularmente ofendidos.

No obstante, el principal interés de Atenas se situaba en la zona que rodea Tracia y la región del mar Negro. De aquí los atenienses importaban pieles curtidas, tintes y, lo

Figura 7.1. Sicilia y el sur de Italia.

que es más importante, grano y madera, y las rutas que conducían a esta parte del mundo daban también acceso a la ruta caravanera que a través de los Urales conducía hasta el Asia Central y en último término a la frontera de China, de donde Occidente recibía pieles, oro y quizá incluso seda. Hacia 445, los atenienses fundaron la colonia tracia de Brea y, unos diez años más tarde, el propio Pericles viajó con una escuadra hasta el mar Negro.

Mientras los atenienses se hallaban inmersos en la expansión de su esfera de intereses por el norte y el oeste, en el este se produjo una sublevación alarmante. En 440 se rebeló Samos. Al contagiarse hasta Bizancio, la sublevación llenó de terror a los atenienses, pues parecía poner en peligro la supervivencia misma del imperio que tenían en el Egeo. Años más tarde, según Tucídides, los griegos, remontándose al pasado, observaban que «Samos había logrado arrebatar a los atenienses el dominio que ejercían en el mar» (8.76.4). Samos era una oligarquía que se había enzarzado en una lucha con el gobierno democrático que los atenienses acababan de establecer en la vecina Mileto, y cuando los milesios acudieron a quejarse a Atenas, fueron acompañados de algunos samios que deseaban derrocar su propio gobierno. Samos era además uno de los tres aliados privilegiados (junto con Lesbos y Quíos) que seguían pagando a la liga ateniense el tributo en naves y no en dinero, y se sintió ofendida cuando Atenas ordenó que se sometiera la cuestión a un arbitraje; en vista de su actitud, los atenienses decidieron enviar cuarenta naves con el fin de derrocar al gobierno y poner en su lugar otro de carácter democrático. Fue en esta coyuntura en la que los oligarcas de Samos se adueñaron del gobierno por la fuerza y se sublevaron contra Atenas. Para ello contaron con la ayuda de Pisutnes, el sátrapa de Sardes.

La expansión de la conflagración hasta Bizancio ponía en peligro el acceso de Atenas al mar Negro y evocaba el espectro de una sublevación general a lo largo de toda la costa o incluso de todo el imperio. En la dura campaña organizada inmediatamente participaron los diez estrategos atenienses y más de 200 naves, de las cuales 160 pertenecían a Atenas y las 55 restantes a los demás aliados de la armada, Lesbos y Quíos. El sitio de Samos duró nueve meses. Cuando cayó la ciudad, los atenienses confiscaron la flota samia y establecieron un gobierno democrático. Se impuso a Samos el pago de una fuerte indemnización y la entrega de rehenes. Plutarco cuenta que, según un historiador local llamado Duris, Pericles mandó atar a los generales y a los marinos samios a unos postes en el ágora y que los tuvo allí durante diez días; luego ordenó que les partieran la cabeza a palos y dejó sus cuerpos insepultos (*Pericles*, 28). La mayoría de los especialistas dudan de la autenticidad de la noticia, pero la existencia de semejante leyenda refleja el encono extremo al que habían llegado ambas partes. Respecto al sometimiento de Bizancio, no sabemos sino que los bizantinos acordaron reintegrarse al imperio.

Mientras tanto, Atenas seguía con los ojos puestos en el nordeste, fundando una colonia en un punto muy estratégico a orillas del Estrimón, en la frontera entre Macedonia y Tracia. En el mismo recodo del río en el que los colonos de Cimón habían sido asesinados por los tracios enfurecidos unos treinta años antes, los atenienses enviaron en 437 al general Hagnón para que fundara la colonia de Anfípolis, así llamada porque el río rodeaba (*amphí*) la ciudad por tres lados. Esta vez la colonia prosperó. Además de proteger el acceso de Atenas a sus fuentes de aprovisionamiento de grano, madera y minerales, Anfípolis permitía a los atenienses dirigir las actividades del reino recién creado de los tracios odrisas, al nordeste, y de Macedonia al oeste. Pero el hecho de que

la mayor parte de la población de la colonia procediera de las ciudades vecinas impidió que se identificara demasiado con Atenas, y durante la guerra contra Esparta no actuó como catalizador de las lealtades atenienses en el norte. Al cabo de menos de quince años de su fundación, Anfípolis cayó en manos de Esparta.

No sabemos prácticamente nada sobre la visión del mundo que tenían los espartanos durante los años comprendidos entre la firma de la Paz de los Treinta Años en 445 y el momento en que decidieron declarar la guerra a Atenas en 432. La única noticia curiosa que podemos deducir de las páginas de Tucídides es que, según decían los corintios, habían logrado disuadir a los espartanos de lanzar un ataque contra Atenas en tiempos de la sublevación de Samos: «Pues nosotros con motivo de la sublevación de los samios, cuando el resto de los peloponesios estaban divididos en su votación respecto a si debían ayudarles, no votamos en contra vuestra, sino que nos opusimos abiertamente proclamando que cada ciudad era libre de castigar a sus propios aliados» (I, 40). Si tal afirmación fuera cierta y no un mero intento por parte de los corintios de ganarse la benevolencia de los atenienses, resultaría que algunos griegos que participaban en las sesiones de la Liga del Peloponeso consideraron la posibilidad de atacar a Atenas en 440, y que probablemente entre ellos estuvieran los espartanos.

La afirmación de los corintios da a entender también que a muchos habitantes de Corinto, por no decir a la mayoría, no les preocupó lo más mínimo la fundación de Turios, o al menos no lo suficiente para desear declarar la guerra a Atenas. Las posibilidades de paz, por tanto, probablemente siguieran siendo bastante buenas a comienzos de la década de 430. Pero una serie de crisis relacionadas entre sí que se produjeron al final de esta década pusieron fin a la paz, y en todas ellas Corinto desempeñó un papel importante.

La ruptura de la paz

A falta de un compromiso claro en favor de la coexistencia pacífica, los términos de la Paz de los Treinta Años contenían la semilla de la guerra. El arbitraje dejaba de tener sentido en vista de que la totalidad de los grandes estados se habían alineado en un bando o en otro; las normas impuestas en un área de influencia podían tener serias repercusiones en la otra; y algunas polis disfrutaban de una situación ambigua al tener un pie en cada bando. En todos estos frentes la paz era muy frágil, como demostrarían los acontecimientos que se iniciaron en 435 en un apartado rincón del mundo griego.

El conflicto de Epidamno

«Epidamno», dice Tucídides, «es una ciudad situada a la derecha para el que entra en el golfo Jonio. Vecinos suyos son los taulantios, bárbaros de raza iliria. La fundaron los corcireos, aunque el *oikistēs* fue Falio, hijo de Eratóclides, corintio de nacimiento ..., que, según la costumbre antigua, había sido traído de la metrópoli» (I, 24). Es evidente que Tucídides presume que debe aclarar a sus lectores cuál era la situación de esta ciudad tan poco conocida. En la colonia corcirea de Epidamno, afirma, estalló una guerra civil entre los demócratas y los oligarcas, situación que indujo a los demócratas a pedir ayuda a Corcira. Al ver que la metrópoli los rechazaba por razones que desconocemos,

se pusieron en manos de su ciudad «abuela», Corinto, a instancias del oráculo de Delfos. Como las colonias que fundaban una nueva colonia recurrían a un *oikistēs* («fundador») de la metrópoli originaria, técnicamente el fundador de Epidamno había sido el corintio Falio, y los corintios decidieron ayudar a los demócratas de Epidamno, en parte debido a ciertos roces que habían tenido con Corcira. Pero los corcireos obtuvieron una victoria aplastante sobre la flota de Corinto que había acudido en ayuda de Epidamno. Los corintios, consternados, decidieron organizar una nueva flota, mejor equipada, con la que humillar a Corcira y mantener su hegemonía sobre las aguas del oeste de Grecia.

La alianza de Corcira y Atenas

Como los corcireos no pertenecían ni a la Liga del Peloponeso ni a la alianza de Atenas, tenían mucho que temer del engrandecimiento de la flota corintia. Ante la perspectiva de no poder aliarse con los espartanos por la relación existente entre Esparta y Corinto, decidieron buscar la alianza de los atenienses, y en este sentido enviaron embajadores a Atenas en el verano de 433. Aunque la Paz de los Treinta Años especificaba que los estados neutrales podían unirse a uno u otro bando, es natural que los atenienses se sintieran inquietos ante la alianza con Corcira, enemiga del estado dueño de la marina más poderosa de la Liga del Peloponeso; pero le preocupaba todavía más pensar lo que podía suceder si la poderosa Corinto derrotaba y absorbía a la importante flota de Corcira. Pensaron que más valía ganar esas naves para Atenas y así, al término de dos días de debate, la asamblea votó a favor de establecer la alianza con los corcireos. Es de suponer que Pericles fuera uno de los que defendieron la alianza. Aunque los atenienses intentaron no provocar a los peloponesios estableciendo una alianza meramente defensiva, semejante triquiñuela técnica no engañaba a nadie. Era evidente que Corinto estaba a punto de atacar a Corcira y que atenienses y corintios iban a enfrentarse inmediatamente después.

Probablemente fuera la débil esperanza de no provocar a los espartanos lo que indujo a los atenienses a enviar sólo diez naves en ayuda de Corcira y a poner al frente de las mismas, entre otros, al hijo de Cimón, llamado casualmente Lacedemonio. Según Tucídides, sus instrucciones eran no entablar combate, si era posible, con los corintios, y hacerlo sólo si éstos se disponían a desembarcar en territorio corcireo. A finales del verano de 433, los corintios atacaron a la flota de Corcira, formada por 110 naves, frente a la pequeña isla de Síbota. Las fuerzas peloponesias estaban formadas por noventa embarcaciones de Corinto, y otras sesenta proporcionadas por Élide, Ambracia, Anactorio, Léucade y —significativamente— la vecina de Atenas, Mégara. Aunque al principio los atenienses se mantuvieron a una distancia prudencial, cuando quedó patente que los corcireos iban a perder la batalla, empezaron a prestarles auxilio cada vez con más decisión. De ese modo, comenta Tucídides, se llegó a un punto en que se hizo inevitable que corintios y atenienses combatieran entre sí.

Un malentendido salvó a los corcireos de la derrota total. Casi al anochecer, cuando los corintios ya habían desmantelado más de la mitad de la flota de Corcira y parecían a punto de aniquilar a su antigua colonia, los marineros corcireos vieron para su sorpresa que las naves de Corinto empezaban de pronto a retroceder. Luego se enteraron de que los corintios habían avistado unas naves que se acercaban desde el sur y de que

habían supuesto que Atenas había decidido auxiliar a Corcira con todas sus fuerzas. Dicha conjetura sólo era correcta en parte. Los barcos procedían efectivamente de Atenas, donde los ciudadanos, divididos a todas luces respecto a la conveniencia de la expedición, se lo habían pensado mejor y a los diez navíos enviados primeramente habían decidido añadir otros veinte. Pero en realidad no era toda la armada ateniense la que se aproximaba y los corintios pagaron muy caro aquel momento de pánico.

La cuestión de Potidea

Las posibilidades de que se desencadenara la guerra entre atenienses y peloponesios eran cada vez mayores, y en los meses inmediatamente posteriores a la batalla de Síbota, Atenas aprobó unos decretos bastante problemáticos en contra de dos miembros de la Liga del Peloponeso. La ciudad de Potidea, situada en la península Calcídica, ocupaba una posición contradictoria en el mundo griego: por un lado era colonia de Corinto y por otro era miembro de la alianza de Atenas. Como las colonias griegas eran plenamente autónomas, semejante situación no tenía nada de anómalo, pero dado el clima de tensión cada vez más delicado, era evidente que la situación ambigua de Potidea podía dar lugar a conflictos. Las dificultades potenciales se veían agravadas por el hecho de que las relaciones que la colonia mantenía con su metrópoli eran muy distintas de las de Corcira. Ésta era la típica colonia díscola, que actuaba en todo momento con independencia de Corinto, hasta el punto de excluir a los habitantes de esta ciudad de los privilegios que tradicionalmente se concedía en los festejos públicos a los nativos de la metrópoli y de jactarse de su superioridad financiera y militar respecto de Corinto. Potidea, en cambio, se hallaba excepcionalmente unida a su metrópoli y había llegado incluso a admitir que sus magistrados anuales fueran de Corinto. Durante el invierno de 433-432, los atenienses ordenaron a los potideatas que despacharan a los magistrados corintios, que en el futuro no recibieran a otros, que demolieran sus defensas marítimas, y que les entregaran rehenes. Los motivos de esta decisión probablemente fueran múltiples, entre ellos el deseo de vengarse de Corinto y el temor a la injerencia de esta ciudad en el área de influencia de Atenas. La situación, ya de por sí complicada, se agravaba aún más debido a la proximidad de Potidea a Macedonia, pues esta región era una valiosa fuente de aprovisionamiento de madera para la construcción de naves, no sólo para Atenas, sino también para Corinto.

Tras diversos intentos infructuosos de negociar con los atenienses, los potideatas enviaron embajadores al Peloponeso. Tucídides dice que los legados de Corinto les ayudaron a obtener, al menos de las autoridades espartanas, la promesa de que los lacedemonios invadirían el Ática si Atenas atacaba Potidea. Los primeros en intervenir en el asunto de Potidea, sin embargo, no fueron los espartanos, sino los macedonios. En otro tiempo aliado de Atenas, Perdicas, rey de Macedonia, se había enemistado con los atenienses por el apoyo que éstos habían prestado a dos parientes suyos que habían puesto en discusión su derecho al trono. Perdicas no sólo procuró que los espartanos atacaran a Atenas y animó a los corintios a provocar la sublevación de Potidea, sino que además persuadió a los pueblos de la Calcídica y a los botieos a unirse a los potideatas en su rebelión contra Atenas. Los atenienses entonces atacaron Macedonia, mientras Corinto firmaba en secreto una alianza con los estados botieos y calcídeos. Dos mil individuos con el título de «voluntarios» —corintios y mercenarios peloponesios— entra-

ron en Potidea. Los atenienses los derrotaron y pusieron sitio a la ciudad. El asedio duró dos años y costó a los atenienses muchas vidas y gran cantidad de dinero.

Los decretos de Atenas contra Mégara

Más o menos por esta misma época, los atenienses decidieron actuar contra Mégara. Como Tucídides no analiza en detalle los decretos relativos a Mégara, sabemos mucho menos acerca de esta tercera crisis que sobre la alianza de Corcira y sobre la cuestión de Potidea. El marco cronológico es inseguro y las causas del conflicto bastante vagas. Las diferencias entre polis fronterizas eran muy habituales. Los atenienses acusaban a los megarenses de acoger a los esclavos fugitivos y de cultivar unas tierras sagradas, por lo demás bastante poco definidas, situadas entre Eleusis y Mégara. Probablemente estuvieran irritados también por la ayuda prestada a los corintios por Mégara en la batalla de Síbota. Al menos un decreto contra Mégara, aprobado probablemente en 432, prohibía la entrada a los mercaderes megarenses en todos los puertos del imperio ateniense. Mediante ese decreto, los atenienses quedaban en condiciones de infligir un daño considerable a un miembro de la Liga del Peloponeso sin infringir técnicamente los acuerdos de la Paz de los Treinta Años. Como fuera del imperio ateniense había muy pocos puertos, la pretensión de Atenas de que la medida constituía una mera regulación de su área de influencia no engañaba a nadie. Es evidente que esta sanción económica suponía el hundimiento de la economía de Mégara, y los atenienses debían de saber que los espartanos no iban a quedarse de brazos cruzados mientras uno de sus aliados sufría unos daños tan graves.

Más que cualquiera de las demás acciones emprendidas por la asamblea ateniense durante los años inmediatamente anteriores al estallido de la Guerra del Peloponeso, las sanciones contra Mégara (y la posterior negativa a levantarlas) se relacionan con el nombre de Pericles. Las obras de Aristófanes y la biografía de Pericles escrita por Plutarco ponen de manifiesto que mucha gente consideraba que el conflicto de Mégara fue fundamental para la ruptura de las hostilidades, circunstancia de la que echaban la culpa a Pericles. Algunas alusiones diseminadas en el texto de Tucídides confirman esta sospecha. En el otoño de 432, los corintios denunciaron a Atenas ante la asamblea de Esparta. Aunque el rey Arquidamo intentó calmar los ánimos y convencer a sus compatriotas de que debía posponerse cualquier acción hasta que se evaluaran los recursos de que disponían para la guerra, sus argumentos no prevalecieron, y los lacedemonios decidieron que los atenienses habían violado la Paz de los Treinta Años. Convocaron entonces a los delegados de la Liga del Peloponeso, que votaron declarar la guerra a Atenas.

Últimos intentos de evitar la guerra

Arquidamo era un viejo amigo de la familia de Pericles, pero no era ni mucho menos el único espartano que dudaba de la conveniencia de romper las hostilidades contra Atenas, y durante algunos meses después de que los lacedemonios tomaran formalmente la decisión de declararles la guerra, los espartanos enviaron varias embajadas a los atenienses solicitando de su parte concesiones que permitieran el mantenimiento de

las relaciones pacíficas. Entre ellas estaba la «liberación de los griegos» (el abandono del imperio), la expulsión de todos los Alcmeónidas afectados por la maldición (Pericles era Alcmeónida por parte de madre), y la anulación del decreto megarense. Los atenienses respondieron planteando sus propias exigencias. Solicitaban, por ejemplo, que los espartanos purificaran «la maldición de la Calcieco», en alusión al castigo de Pausanias, muerto de hambre, como hemos visto, hacía algunas décadas tras refugiarse en el templo de esta diosa. Aunque algunas de estas exigencias no eran más que pretextos piadosos, otras, sobre todo por parte de Esparta, eran perfectamente sinceras. Lo que ese intercambio de reclamaciones pone de manifiesto es, en primer lugar, que Pericles estaba firmemente asentado como líder de los atenienses y como impulsor de la política de su ciudad; en segundo lugar, que el decreto megarense tuvo una importancia considerable a los ojos de los espartanos; y en tercer lugar, que tanto Esparta como Atenas estaban divididas respecto a la conveniencia de la guerra. Cuando ya hacía varios meses que habían empezado las negociaciones, los tebanos, impacientes, forzaron la actuación de Esparta atacando Platea, aliada de Atenas. Como Platea disfrutaba de una posición especial en Grecia por ser el sitio de la gran victoria sobre los persas en 478, el ataque fue considerado particularmente odioso. A partir de ese momento ya nadie podía poner en entredicho que peloponesios y atenienses estaban en guerra.

Recursos para la guerra

Así acabó el período de cincuenta años comprendido entre el fin de las Guerras Médicas y el comienzo de la Guerra del Peloponeso al que Tucídides denomina precisamente Pentecontecia («Cincuenta años», aunque propiamente fueran cuarenta y siete). En las maniobras de toma de posición realizadas durante los meses transcurridos hasta el ataque de los tebanos contra Platea, parece que los espartanos salieron en cabeza. Aunque fueron ellos los que declararon la guerra, el mundo griego se inclinaba a considerar que los agresores eran Atenas y sus veleidades imperialistas, e incluso algunos atenienses pensaban lo mismo y censuraron a Pericles por su talante combativo y defendieron la anulación de los decretos megarenses. Esparta no ejercía un control tan férreo sobre los miembros de la Liga del Peloponeso como los atenienses sobre los de su imperio. En una cultura que valoraba la autonomía tanto como la griega, Esparta podía oponerse a Atenas como defensora de la libertad, como el único estado de Grecia que nunca había tolerado un gobierno tiránico. Cuando estalló la guerra, según dice Tucídides,

> la simpatía de las gentes se inclinaba mucho más por los lacedemonios, sobre todo porque proclamaban su intención de libertar a Grecia. Cada particular y cada ciudad ponían todo su empeño en colaborar con ellos en la medida de lo posible tanto de palabra como de obra; y cada uno creía que las cosas no marcharían allí donde él no estuviera presente. Tal era la irritación que la mayoría sentía contra los atenienses, unos porque querían librarse de su dominio y otros porque temían ser dominados.[49]

49. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 8.

Tucídides enumera además a los principales combatientes en el momento del ataque contra Platea de 431. En el bando peloponesio estaban Corinto, Beocia, Mégara, Lócride, Fócide, Ambracia, Léucade, Anactorio y todos los estados del propio Peloponeso excepto Argos y Acaya (aunque en esta última región, el estado de Pelene se unió a los espartanos). En el lado ateniense había toda una serie de aliados, algunos indudablemente entusiastas, pero otros no tanto, que no esperaban ganar nada de la guerra y que se imaginaban que quizá alcanzaran la independencia si Esparta ponía fin a las pretensiones imperialistas de Atenas. (Los que tenían esta opinión se equivocaban. La hegemonía espartana al término de la guerra resultó tan odiosa, que muchos estados se mostraron dispuestos a unirse a la confederación naval que los atenienses crearon en el siglo IV.) Los aliados de Atenas cuando estalló la guerra eran Quíos, Lesbos, Platea, Zacinto, los mesenios de Naupacto, la mayor parte de Acarnania, Corcira y algunas ciudades que pagaban tributo situadas en la costa de Caria (entre ellas las polis dorias vecinas), en Jonia, en el Helesponto, en Tracia, en las Cícladas (excepto Melos y Tera), y en lo que Tucídides llama las islas situadas hacia el este entre el Peloponeso y Creta.

Los bandos beligerantes se diferenciaban no sólo por su temperamento, sino también por la naturaleza de su fuerza militar. Los atenienses disponían de bastante más dinero que los peloponesios, y su flota era enormemente superior. Sólo Atenas poseía más de trescientas naves y podía contar con otras cien aproximadamente de sus aliados Quíos, Lesbos y, por supuesto, Corcira. Los peloponesios dependían fundamentalmente de la marina corintia y no disponían de más de cien naves. Las tripulaciones tampoco podían compararse en conocimientos ni en experiencia con las de los atenienses. Pero la infantería peloponesia era formidable. El avance de la falange de hoplitas espartanos, luciendo sus típicas túnicas rojas y la temida «Λ» de Lacedemón en sus escudos despertaba el terror en los enemigos de Esparta. Las tropas combinadas de infantería de los peloponesios eran muy superiores a las de los atenienses. Además, buena parte de sus soldados eran espartanos que habían pasado toda su vida entrenándose para la guerra mientras los periecos y los ilotas se ocupaban de todo lo demás. Comparados con ellos, los soldados-campesinos de cualquier estado griego normal prácticamente no tenían nada que hacer. Por consiguiente, Atenas esperaba que, en la medida de lo posible, la guerra se desarrollara por mar, mientras que los espartanos pretendían centrarse en el combate en tierra firme. Los atenienses harían una guerra fundamentalmente defensiva, cuya finalidad era mantener el imperio que los espartanos pretendían destruir. Para Atenas acabar en tablas equivalía a la victoria. Esparta necesitaba algo más.

La vida intelectual en la Grecia del siglo V

Plutarco afirma que, mientras se hallaba en el lecho de muerte, Pericles habló con orgullo de lo que él consideraba su éxito mayor, a saber «que ningún ateniense tuvo que vestirse de luto por culpa mía». La inexactitud de este curioso motivo de orgullo se pondría de manifiesto con el paso de los años. La guerra contra la Liga del Peloponeso en la que metió Pericles a sus conciudadanos acabaría con el vigor de una de las civilizaciones más extraordinarias que ha conocido el mundo. En vista de la pujante civilización de Grecia a mediados del siglo V, a cualquier persona de la época le habrían parecido increíbles los horrores que estaban por venir. El paisaje estaba punteado de espléndidos templos, cubiertos de frisos que ensalzaban las obras de los dioses y de los

hombres. Las naves surcaban los mares más o menos limpios de piratas, transportando materias primas como la madera (para la construcción de nuevos barcos) y productos manufacturados, como la magnífica cerámica pintada. Y en todas las ciudades griegas muchos individuos habían empezado a desarrollar nuevas ideas acerca del universo y del lugar que el género humano ocupaba en él.

La especulación en torno al mundo de la naturaleza

Los griegos de la época de Hesíodo creían que originalmente el universo era un vacío informe llamado *cháos*. Del caos había surgido, según decían, el orden de su mundo, el *kósmos*, término griego que significa «orden» y «belleza» (de ahí nuestra palabra «cosmética», utilizada para designar en general los productos de belleza). La mitología desempeñaba un importante papel como fundamento del desarrollo del cosmos a partir del caos a través de las diversas acciones emprendidas por los dioses. La gran aportación de los pensadores jonios del siglo VI fue su decisión de abandonar el marco mitológico y religioso y de intentar explicar el mundo apelando únicamente a procesos materiales.

Como veíamos en el Capítulo 3, los racionalistas jonios centraron su atención en el mundo natural, y no en los valores de la colectividad humana. Pero como ocurriera con las de Charles Darwin en el siglo XIX, sus especulaciones suscitaron irremediablemente no pocas cuestiones en torno a las relaciones existentes entre los dioses y los mortales, pues intentaron entronizar la razón humana como instrumento para la comprensión del universo y sustituir el plan (o el capricho) divino por las fuerzas puramente materiales. Anaxágoras de Clazómenas, en Asia Menor (*ca.* 500-428 a. C.) fue uno de los numerosos intelectuales que se sintió atraído por el esplendor de la ciudad de Atenas. Una vez allí, se hizo amigo íntimo de Pericles, al que sirvió de mentor durante varios años. Anaxágoras pensaba que los objetos materiales estaban compuestos de partículas infinitamente divisibles y que su organización era obra de una fuerza llamada *noûs* («intelecto»); de ahí el apodo que le pusieron, «Nous» («cerebrito»). El sol, afirmaba, no era una deidad, sino una piedra candente poco más grande que el Peloponeso. Cuando los adversarios de Pericles intentaron socavar su posición durante la década de 430 procesando a sus socios más famosos, Anaxágoras se convirtió en blanco fácil y se vio obligado a marchar de la ciudad para salvar la vida.

El funcionamiento del universo intrigó también a otros pensadores del siglo V a lo largo y ancho del mundo griego. Empédocles (*ca.* 493-*ca.* 433 a. C.), que vivió en la ciudad siciliana de Acragante, propuso una cosmogonía basada en la idea de cuatro elementos primarios: tierra, aire, fuego y agua. Las sustancias físicas, según él, se producían cuando sobre estos elementos actuaban las fuerzas de atracción y repulsión que él llamaba «amor» y «discordia», combinándolos en proporciones diversas. Empédocles sostenía que esas combinaciones se producían al azar, y conjeturaba que en los primeros tiempos de la historia probablemente se crearan formas monstruosas, que habrían desaparecido debido a su poca capacidad de adaptación.

Una teoría alternativa acerca de la esencia del mundo es la que proponían Leucipo y Demócrito. Al igual que Anaxágoras, Leucipo, cuya actividad se desarrolló, al parecer, más o menos a mediados del siglo V, creía que la materia se creó a partir de unas partículas minúsculas, y sus ideas fueron desarrolladas más tarde por su discípulo De-

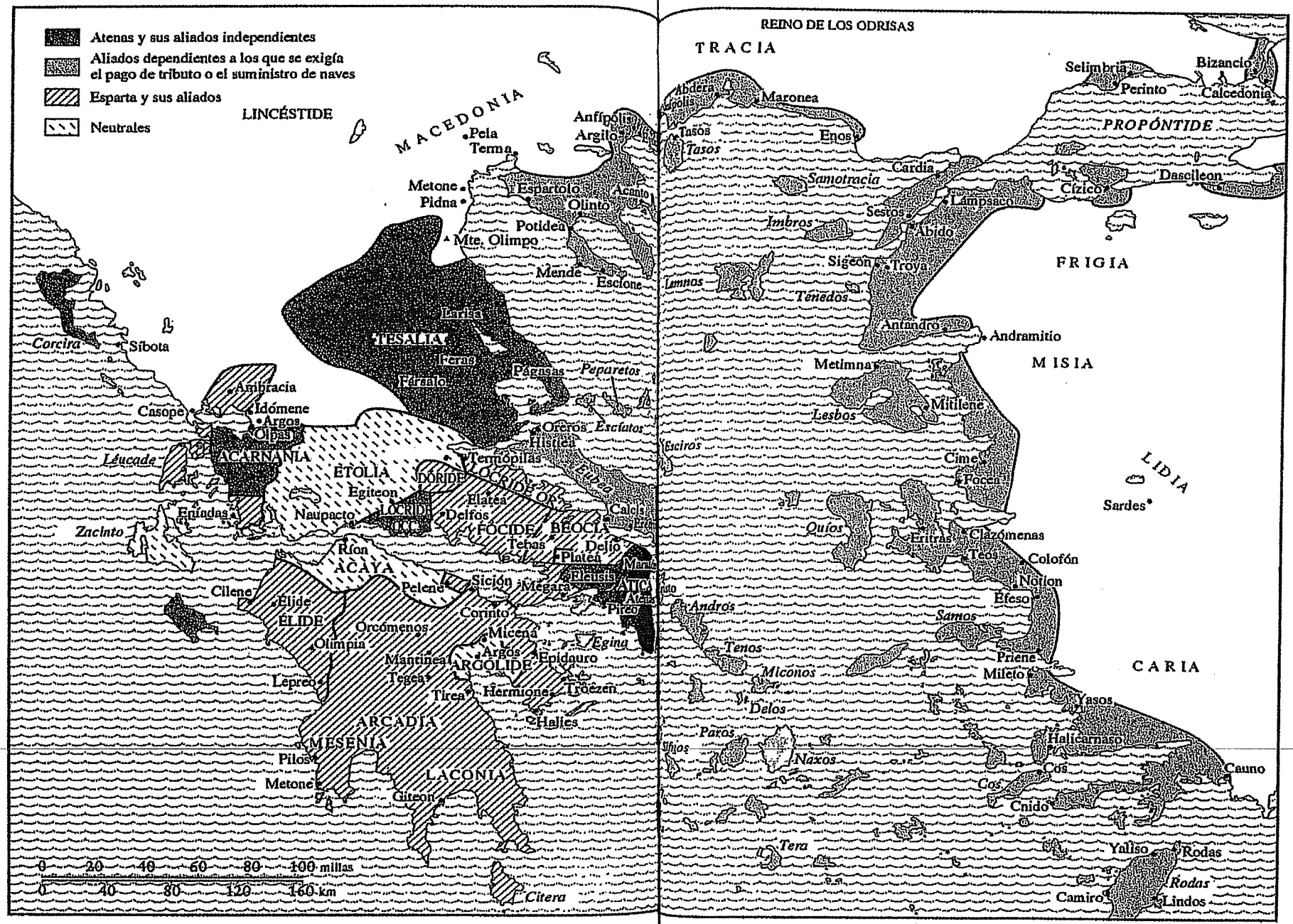


FIGURA 7.2. Alianzas existentes al estallar la Guerra del Peloponeso.

mócrito de Abdera, en Tracia (*ca.* 460-370 a. C.). Además, a juicio de ambos, esas partículas eran *átoma* («indivisibles»). Irónicamente, pues, la palabra «átomo», surgida en nuestro siglo y que tan devastadores efectos ha tenido, significaba originalmente «lo que no se puede dividir». Además de los átomos, según postulaba esta teoría, existía el «vacío»; al caer en el vacío, los átomos chocaban de mil maneras distintas entre sí para formar la materia visible. Lo que determinaba el modo en que se producían esas colisiones era bastante incierto —Leucipo insistía en que era la necesidad y no el azar, aunque otros atomistas pensaban de otra manera—, pero todas las teorías atómicas coincidían en un punto: fuera cual fuese el agente que determinara la forma de la materia, era una fuerza material y no un ser divino.

Aunque es evidente que todos ellos buscaron sus modelos y paradigmas en el mundo que los rodeaba, pensadores como Anaxágoras, Empédocles, Leucipo y Demócrito eran esencialmente filósofos, no científicos. La base de la medicina griega era una mezcla de observación y de pensamiento sistemático. Aunque la oración probablemente fuera la respuesta más importante que los griegos dieron a la enfermedad durante toda la Antigüedad, durante el siglo VI a. C. los griegos de Asia Menor empezaron a conocer la anatomía a partir de las observaciones que los mesopotamios hacían de las entrañas de los animales con fines adivinatorios. Hacia 500 a. C., se habían establecido una serie de centros médicos en la isla de Cos, frente a las costas de Asia Menor, y en la vecina península de Cnido. Las enseñanzas se impartían además hasta cierto punto en el seno de la familia; a menudo la profesión médica pasaba de padres a hijos. Las mujeres tenían prohibido ejercer como médicas, pero muchas veces hacían de comadronas.

La casuística constituye la base de las doctrinas de Hipócrates de Cos (*ca.* 460-*ca.* 377 a. C.). El corpus de obras relacionadas con la escuela hipocrática contiene más de cien libros compuestos a lo largo de un dilatado período, y no hay manera de saber cuáles fueron escritas por el propio Hipócrates y cuáles no. Los griegos no desarrollaron muchos tipos de cura de las enfermedades. La principal aportación de los hipocráticos consistió no ya en la realización de descubrimientos médicos concretos, sino más bien en su afán de encontrar explicaciones racionales de los fenómenos naturales. La epilepsia, por ejemplo, había recibido entre los griegos el nombre de «enfermedad sagrada»; en su tratado *Sobre la enfermedad sagrada*, los hipocráticos adoptan una postura distinta, y sostienen que semejante concepto fue propalado por charlatanes ambiciosos que, «al no tener la menor idea de lo que debían hacer y no tener nada que ofrecer al enfermo... calificaron la enfermedad de sagrada con el fin de ocultar su ignorancia» (*Sobre la enfermedad sagrada*, 2). Otro tratado, titulado *Sobre los aires, las aguas y los lugares*, analizaba los efectos que tiene el clima sobre la salud, sentando así las bases de la epidemiología.

El grupo más numeroso de textos hipocráticos trata de ginecología. Aparte del desprecio general por la mujer propio de la cultura griega, la reticencia de las mujeres a la hora de hablar con los médicos de sexo masculino hizo que los galenos se vieran a veces privados de muchas informaciones fundamentales para el conocimiento de las funciones reproductivas de la mujer. A falta de datos reales acerca de los síntomas y de las prácticas sexuales, siempre que se trata de la mujer la especulación sustituye a menudo la observación atenta de los hechos de la que tanto se enorgullecían los propios hipocráticos:

> Si el sofoco es repentino, se producirá sobre todo en mujeres que no mantienen relaciones sexuales y en ancianas más que en jóvenes, pues sus vientres son más ligeros. Se debe habitualmente a las siguientes causas: cuando una mujer está vacía y realiza un trabajo más pesado de lo que acostumbra, su seno, al calentarse por obra del trabajo, se da la vuelta por estar hueco y ser ligero. Efectivamente, hay hueco para que se dé la vuelta porque el vientre está vacío. Pues bien, cuando el vientre se da la vuelta, choca con el hígado y los dos juntos golpean el abdomen, ya que el vientre empuja y sube en busca de la humedad, pues se ha quedado seco a causa de la dureza del trabajo, y el hígado, al fin y al cabo, está húmedo. Cuando el vientre choca con el hígado produce un ahogo repentino, pues ocupa las vías respiratorias que rodean la tripa.[50]

LA LITERATURA DEL SIGLO V

En el terreno de la palabra, la principal realización de los atenienses durante este período se sitúa en los ámbitos de la historia y de la tragedia. En la Atenas del siglo V trabajaron docenas de poetas trágicos, aunque sólo se nos han conservado las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y en realidad sólo una pequeña parte de su producción: siete de Esquilo y de Sófocles, y diecinueve de Eurípides. La historia era el género menos corriente, pero las dos obras que se nos han conservado íntegras son notabilísimas tanto por su alcance como por su profundidad: la *Historia de las Guerras Médicas* escrita por Heródoto y la *Historia de la Guerra del Peloponeso* compuesta por Tucídides. Ambos autores consagraron en la narrativa histórica el modelo de monografía bélica que ha seguido gozando de popularidad hasta nuestros días.

Heródoto

Al igual que Anaxágoras, otros dos amigos de Pericles, Heródoto y Sófocles, intentaron desafiar las formas tradicionales de ver el mundo. Nacido en Halicarnaso, en Jonia, Heródoto fue el heredero de todas las tradiciones del racionalismo jonio y sintió una curiosidad apasionada por las causas y los orígenes de las cosas. Por qué se enfrentaron los griegos y los persas, qué fue lo que determinó la victoria griega, cómo se convirtió Darío en rey de Persia, dónde nacía el Nilo, cómo podía pensarse que las sacerdotisas de Dodona fueran aves con voz humana, de dónde provenían los dioses griegos: Heródoto utilizó el término griego *historía* («investigación») para designar esta búsqueda del saber, y de él procede la palabra utilizada en la mayor parte de las lenguas occidentales para designar la investigación y el estudio del pasado: «historia». Según dice en el primer párrafo de su obra, expone el resultado de sus investigaciones «para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros —y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento— queden sin realce» (*Historia*, I, 1).

Nacido probablemente poco antes de la invasión de Grecia que llevó a cabo Jerjes en 480, Heródoto no era lo bastante viejo para guardar un recuerdo personal de las Guerras Médicas, pero pudo preguntar directamente a sus informadores, pertenecientes a la generación de sus padres. Sus intereses no se limitaban a una serie de aconteci-

50. *Tratados hipocráticos. Sobre las enfermedades femeninas*, I, 7.

mientos históricos concretos; como su contemporáneo ligeramente más joven, Tucídides, se sintió fascinado por lo que la historia es capaz de revelar acerca de la naturaleza humana y de la forma en que funciona el mundo. La enseñanza que extrae de su estudio de la historia es que a los hombres se les sube el poder a la cabeza, y que los poderosos raras veces meditan sobre su condición con la prudencia y la profundidad necesarias, que los gobernantes oyen lo que quieren oír y se precipitan a su ruina.

Este paradigma aparece en uno de los primeros pasajes de su obra, a saber, en la imaginativa reconstrucción de la conversación mantenida por Solón, el legislador ateniense, y Creso, el rey de Lidia cuya fabulosa riqueza ha dado lugar a la expresión, todavía viva en nuestro idioma, «ser tan rico como Creso». En el transcurso de sus viajes, afirma Heródoto, Solón llegó al palacio de Creso, donde éste insistió mucho en que sus criados llevaran al ateniense a dar una vuelta por las cámaras del tesoro para que pudiera apreciar su prosperidad. A continuación Creso le pregunta si ha habido en el mundo alguien que le haya parecido tan dichoso como él. Fingiendo creer en la inocencia de las intenciones de Creso al hacerle esta pregunta, Solón responde que conoce a uno, un griego prácticamente desconocido que murió combatiendo por su ciudad, cuando sus hijos ya eran adultos, y fue sepultado con honor. Al ver que Creso se siente defraudado por la respuesta, Solón le pone otro ejemplo, a saber, el de dos jóvenes argivos que, en una ocasión en que su madre debía acudir a una celebración en honor de la diosa Hera, como los bueyes no habían vuelto de arar, se uncieron ellos mismos a la carreta y fueron tirando de ella durante varios quilómetros hasta llegar al templo. Entre parabienes y palabras de alabanza para los jóvenes y para ella misma, por tener unos hijos tan fuertes y cariñosos, la madre pidió a la diosa que les concediera el don más preciado que alcanzar puede un hombre. Los muchachos se echaron a descansar en el propio templo y ya no se despertaron, tras lo cual los argivos dedicaron sendas estatuas suyas en Delfos en conmemoración de su proeza.

Indignado porque no lo declaraba el hombre más dichoso, Creso respondió a Solón de mala manera y no pudo reprimir su irritación ante la idea de que el ateniense considerara a unos simples particulares más felices que a un rey tan poderoso como él. Solón, por su parte, le aconsejó que reflexionara más a fondo sobre lo que significa ser verdaderamente afortunado, advirtiéndole que no conviene emitir juicios a la ligera sin aguardar a ver cómo acaban las cosas:

> Bien veo que tú eres sumamente rico y rey de muchos súbditos, pero no puedo responderte todavía a la pregunta que me hacías, sin saber antes que has terminado felizmente tu existencia. Porque una persona sumamente rica no es, desde luego, más dichosa que otra que viva al día, a no ser que la fortuna, en medio de su completa felicidad, le acompañe hasta llevar a buen fin su vida. ... Ahora bien, es menester considerar el resultado final de toda situación, pues en realidad la divinidad ha permitido a muchos contemplar la felicidad y, luego, los ha apartado radicalmente de ella.[51]

Pero Creso no le hizo caso. Después de interpretar equivocadamente varios oráculos, perdió su reino y acabó reconociendo la sabiduría de Solón.

No es muy probable que Solón y Creso llegaran a conocerse. Es evidente que los viajes de Solón tuvieron lugar antes de la ascensión al trono de Creso hacia 560 a. C. Heródoto se inventa el episodio para demostrar la superioridad del pensamiento griego

51. Heródoto, *Historia*, I, 32.

sobre el persa, de los occidentales, cuyo vigor depende del ciudadano sólido, sobre los orientales, que reverencian sobre todo al autócrata poderoso. Juicios análogos podemos encontrar en la caracterización que hace Heródoto de Jerjes y su exceso de confianza en sí mismo. Las implicaciones de esta concepción son evidentes: a pesar de sus muchas virtudes, los persas, como otros pueblos orientales, sucumbieron debido a su costumbre de conceder un poder excesivo a un solo individuo, el rey. Al fomentar en él ese exceso de confianza casi infantil, se hacen esclavos de un hombre que exagera su importancia no sólo frente a los demás mortales, sino también —lo que es mucho más peligroso— con respecto a los dioses. En comparación, la civilización griega mantendría la promesa inherente a las instituciones libres, al imperio de la ley, al respeto a los dioses y a la aceptación de las limitaciones del hombre.

En todo esto Heródoto era típicamente griego, pero en otros terrenos intentó echar por tierra las ideas excesivamente previsibles que veía en el mundo que lo rodeaba: las ideas en torno a la insignificancia de las culturas no griegas y de la falta de inteligencia de las mujeres. Los hombres griegos, en opinión de Heródoto, tenían que reflexionar más y mejor en torno al lugar que ocupaban en el mundo. Para ayudarles en esa tarea, incluye en su historia numerosos episodios acerca de la inteligencia de algunas reinas (como Artemisia, soberana de su ciudad natal, Halicarnaso) y una relación detallada de los grandes logros alcanzados por los egipcios, subrayando la mayor antigüedad de la cultura egipcia respecto de la griega y sugiriendo los orígenes egipcios de los dioses griegos.

Sófocles

Las advertencias de Heródoto en torno a las alternativas de la fortuna y la imposibilidad de juzgar la vida de un hombre hasta que llega a su fin se reflejan en *Edipo rey*, la tragedia más célebre de toda la Antigüedad. En ella, el poeta Sófocles (*ca.* 496-406 a. C.) nos presenta la aparente buena fortuna de Edipo, inteligente y respetado rey de Tebas durante la Edad Heroica, para mostrar cómo su vida se desintegra ante nuestros ojos. *Edipo rey* se estrenó durante los primeros años de la Guerra del Peloponeso, pero su autor ya se había hecho famoso durante la década de 440, cuando Heródoto estaba en Atenas, donde el historiador vivió varios años al término de sus viajes y antes de establecerse en Turios. Sófocles escribió más de un centenar de obras. Como Esquilo y otros poetas trágicos, se dedicó a reelaborar las historias de la mitología griega, perfectamente conocidas del público, subrayando sobre todo las dolorosas desavenencias familiares, para expresar su propia visión del mundo. Poco después de que Heródoto partiera rumbo a Turios, Sófocles estrenó la primera de las tres obras suyas dedicadas a la desgraciada familia de Edipo, el legendario rey de Tebas condenado por el destino a matar a su padre y a casarse con su madre.

En el primero de los dramas tebanos de Sófocles, *Antígona*, el autor nos propone asistir al doloroso conflicto suscitado en la familia de Edipo a la muerte de éste. Uno de sus hijos, Polinices, muere luchando por arrebatar el trono de Tebas a su hermano; naturalmente la hermana de Polinices, Antígona, desea cumplir con sus deberes religiosos y enterrar su cadáver. Pero el tío de ambos, Creonte, a la sazón rey de Tebas, prohibe que se le dé sepultura alegando que Polinices había sido un traidor. Como muchos otros personajes de la tragedia griega, Antígona se enfrenta a una elección muy dolorosa.

Debe decidir si cumple con el deber que tiene para con su hermano y para con los dioses, lo que supone enfrentarse a la muerte, o si obedece las leyes del estado y sigue viva. Antígona es obstinada y desafiante; Creonte es rígido e insensible.

Aunque Sófocles es un ateniense convencional por el respeto que siente por los dioses y el poder que éstos tienen a la hora de dirigir la vida humana, en otros aspectos se atreve a desafiar las costumbres tradicionales. La situación de Antígona es comparable a la de la *epíklēros* ateniense, la joven sin hermanos vivos, y es indudable que las simpatías del autor van hacia la muchacha sin padre ni hermanos que sufre el desamparo en el que solían quedar las mujeres atenienses carentes de un protector de sexo masculino. Sófocles, como confirma el resto de sus obras, simpatizaba con la situación de la mujer griega. Creonte, sin embargo, defiende de modo harto convincente la importancia de la ley que no hace distingos con los miembros de la familia y el poeta, como buen demócrata ateniense, era consciente sin duda alguna de la necesidad de mantener el imperio de la ley. ¿Pero realmente puede llamarse ley al decreto de un déspota, sobre todo cuando el pueblo está de parte de Antígona? Sófocles se da perfecta cuenta de la complejidad de las opciones que se plantean a Antígona y a Creonte, y en el enfrentamiento entre ambos ve la prueba de la maravillosa complejidad del género humano y de la sociedad por cuyo desarrollo tanto han luchado los hombres.

Documento 7.1 La altisonante poesía del coro celebra los grandes logros alcanzados por el género humano en un pasaje memorable.

> Muchas cosas asombrosas existen y, con todo, nada más asombroso que el hombre. Él se dirige al otro lado del blanco mar con la ayuda del tempestuoso viento Sur, bajo las rugientes olas avanzando, y a la más poderosa de las diosas, a la imperecedera e infatigable Tierra, trabaja sin descanso, haciendo girar los arados año tras año, al ararla con mulos.
>
> El hombre que es hábil da caza, envolviéndolos con los lazos de sus redes, a la especie de los aturdidos pájaros, y a los rebaños de agrestes fieras, y a la familia de los seres marinos. Por sus mañas se apodera del animal del campo que va a través de los montes, y unce al yugo que rodea la cerviz al caballo de espesas crines, así como al incansable toro montaraz.
>
> Se enseñó a sí mismo el lenguaje y el alado pensamiento, así como las civilizadas maneras de comportarse, y también, fecundo en recursos, aprendió a esquivar bajo el cielo los dardos de los desapacibles hielos y los de las lluvias inclementes. Nada de lo por venir le encuentra falto de recursos. Sólo del Hades no tendrá escapatoria. De enfermedades que no tenían remedio ya ha discurrido posibles evasiones.
>
> Poseyendo una habilidad superior a lo que se puede uno imaginar, la destreza para ingeniar recursos lo encamina unas veces al mal, otras al bien.[52]

---

52. Sófocles, *Antígona*, 332-368.

Al igual que Heródoto, Sófocles combina un profundo respeto por los dioses con un interés enorme por la dimensión humana de la vida. En sus obras, el diálogo —el intercambio de razones propio de los humanos— experimenta un gran desarrollo a expensas del coro; Sófocles añadió además un tercer actor a los dos ya utilizados por Esquilo (sin contar a los personajes mudos, que aparecen en escena, pero no hablan).

Eurípides

En la primavera de 431, los atenienses y los visitantes extranjeros se congregaron en el teatro de Dioniso para contemplar la *Medea* de Eurípides. Con anterioridad a esta fecha ya se habían estrenado otras obras de Eurípides (*ca.* 485- *ca.* 406 a. C.), de modo que el autor era ya conocido del público, pero el argumento de este drama resultaba particularmente chocante. Aunque los temas de las tragedias griegas procedían de mitos perfectamente conocidos por la gente, a Eurípides le gustaba mucho la innovación, y tenemos buenas razones para creer que el final de la obra produjo no poca sorpresa a los espectadores.

Las cuestiones acerca de la sociedad en que vivía planteadas por Sófocles parecen naderías comparadas con las críticas más incisivas de los valores griegos que aparecen en los dramas de Eurípides. En *Medea* el autor recurrió al mito de Jasón, el célebre caudillo de la expedición de los Argonautas en busca del Vellocino de Oro, para echar por tierra las opiniones convencionales de lo que es un héroe. En el curso de sus aventuras, Jasón se había casado con Medea, maga originaria de la Cólquide, en el extremo más remoto del mar Negro. Jasón tiene una confianza tal en la superioridad de las formas de vida griega que, incluso cuando decide abandonar a Medea para casarse con una princesa corintia, se jacta de los beneficios que le ha proporcionado al salvarla de un país bárbaro y llevársela consigo a Grecia. Como es de suponer, estos argumentos no le sientan demasiado bien a una maga extraordinariamente inteligente que tiene la ventaja de ver el mundo desde una perspectiva no griega. Los amargos lamentos de Medea permiten al público ver las cosas de un modo distinto, mientras ella enumera las limitaciones que tiene su vida de mujer en una ciudad griega:

> De todo lo que tiene vida y pensamiento, nosotras, las mujeres, somos el ser más desgraciado. Empezamos por tener que comprar un esposo con dispendio de riquezas y tomar un amo de nuestro cuerpo, y éste es el peor de los males. Y la prueba decisiva reside en tomar a uno malo, o a uno bueno. A las mujeres no les da buena fama la separación del marido y tampoco les es posible repudiarlo.[53]

La vergonzosa racionalización que hace Jasón de su manera de proceder plantea además unas cuestiones muy graves en torno a una sociedad capaz de convertir en héroes a semejantes individuos. No obstante, las tragedias griegas no eran dramas moralistas y cuando se produce la espantosa conclusión de la obra y Medea decide vengarse de Jasón matando a sus propios hijos, incluso los espectadores que hubieran sentido compasión por su lamentable situación se habrían compadecido ahora del desgraciado padre. (Del mismo modo, el público de Sófocles se conmovería con Creonte, cuya actitud provoca la muerte no sólo de Antígona, sino también la de su esposa y su hijo.)

53. Eurípides, *Medea*, 231-238.

Medea es sólo una de las numerosas obras de Eurípides en las que el autor analiza la dinámica que rige el conflicto existente entre la razón y la pasión: la razón, capaz de justificar el abandono por parte de Jasón de una esposa que no dudó en arriesgar su vida por él en su juventud, y la pasión, capaz de inducir a una madre a matar a sus hijos. Irremediablemente el doloroso conflicto que ponían de manifiesto obras como *Antígona* tocaba una cuerda particularmente sensible del público en el caso de *Medea*, estrenada poco después del estallido de la guerra entre dos estados tan distintos como Esparta y Atenas, cuyas visiones del mundo eran totalmente opuestas.

Tucídides

Esa guerra, que causaría la pérdida de miles de vidas, inmortalizó el nombre del historiador que contó su desarrollo. Eran muchas las corrientes intelectuales del siglo V que se habían abierto camino hasta Atenas cuando Tucídides alcanzó la madurez y durante los años que tardó en escribir la historia de la larga contienda en la que él mismo participó. Algunas fueron a todas luces importantes para él, otras, al parecer, no tanto. La expresión aguda, la observación atenta, la deducción racional, y una visión trágica del mundo son rasgos perfectamente discernibles en su obra; pero, a diferencia de la de Heródoto, Sófocles y Eurípides, no muestra el menor interés por las mujeres. Como muchos pensadores de finales del siglo V, Tucídides concibe un mundo centrado fundamentalmente en el ser humano. Mientras que Heródoto, nacido una generación antes, veía la historia como una interacción de fuerzas humanas y divinas, de importancia vital en ambos casos, Tucídides considera que las acciones del hombre son las únicas responsables del giro que puedan tomar los acontecimientos. Podemos observar un progreso análogo en los poetas trágicos cuyas obras se nos han conservado: a Sófocles le preocupa el factor humano bastante más que a Esquilo, atraído más bien por el papel desempeñado por los dioses y su naturaleza, y a su vez Eurípides —pese al considerable interés que muestra por la religión— concede el protagonismo a la naturaleza humana.

No sabemos prácticamente nada acerca de la vida de Tucídides. Puesto que sirvió como estratego en 424, en aquella fecha debía tener por lo menos treinta años, y los especialistas suponen que debió de nacer en torno a 460. Procedía de una familia aristocrática emparentada con los dos rivales más famosos de Pericles, Cimón y Tucídides, hijo de Melesias, pero sentía una admiración enorme por él. Sus oportunidades de investigación tomaron un giro impredecible cuando fue condenado al destierro por no ser capaz de impedir la conquista de Anfípolis por los espartanos. A partir de ese momento, logró reunir gran cantidad de información de fuentes no atenienses, pero no pudo asistir a las sesiones de la asamblea de su ciudad. Vivió lo bastante para conocer la derrota de Atenas. Según dice él mismo, empezó a escribir su historia cuando estalló la guerra previendo su importancia, y narró los acontecimientos de cada año a medida que fueron produciéndose, pero, aunque semejante afirmación sea cierta a grandes rasgos, es evidente que realizó algunas revisiones basadas en la perspectiva a posteriori; en el libro V, por ejemplo, que trata de los sucesos de 421, alude a la caída de Atenas en 404 y dice que la guerra duró veintisiete años.

El propio Tucídides analiza su metodología en el prólogo de su historia, subrayando hasta qué punto llegó en su afán de contrastar la veracidad de su relato, y expresa su intolerancia con los autores que muestran menos rigor en la búsqueda del conocimiento. Se lamenta de lo poco que «importa a la mayoría la búsqueda de la verdad y cuánto más se inclinan por lo primero que encuentran». Su planteamiento es muy distinto.

Documento 7.2 Tucídides explica la metodología que ha seguido en su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, contraponiendo su actitud a la de otros informadores menos fiables —entre ellos, al parecer, Heródoto— y a la de los retóricos, acostumbrados a las demostraciones de virtuosismo en público.

> Sin embargo, no se equivocará quien, de acuerdo con los indicios expuestos, crea que los hechos a los que me he referido fueron poco más o menos como he dicho y no dé más fe a lo que sobre estos hechos, embelleciéndolos para engrandecerlos, han cantado los poetas, ni a lo que los logógrafos han compuesto, pues son hechos sin pruebas y, en su mayor parte, debido al paso del tiempo, increíbles e inmersos en el mito. Que piense que los resultados de mi investigación obedecen a los indicios más evidentes y resultan bastante satisfactorios para tratarse de hechos antiguos. Y esta guerra de ahora, aunque los hombres siempre suelen creer que aquélla en la que se encuentran ellos combatiendo es la mayor y, una vez acabada, admiran más las antiguas, esta guerra, sin embargo, demostrará a quien la estudie atendiendo exclusivamente a los hechos que ha sido más importante que las precedentes.
>
> En cuanto a los discursos que pronunciaron los de cada bando, bien cuando iban a entrar en guerra bien cuando ya estaban en ella, era difícil recordar la literalidad misma de las palabras pronunciadas, tanto para mí mismo en los casos en los que las había escuchado como para mis comunicantes a partir de otras fuentes. Tal como me parecía que cada orador habría hablado, con las palabras más adecuadas a las circunstancias de cada momento, ciñéndome lo más posible a la idea global de las palabras verdaderamente pronunciadas, en este sentido están redactados los discursos de mi obra. Y en cuanto a los hechos acaecidos en el curso de la guerra, he considerado que no era conveniente relatarlos a partir de la primera información que caía en mis manos, ni como a mí me parecía, sino escribiendo sobre aquellos que yo mismo he presenciado o que, cuando otros me han informado, he investigado caso por caso, con toda la exactitud posible. La investigación ha sido laboriosa porque los testigos no han dado las mismas versiones de los mismos hechos, sino según las simpatías por unos o por otros o según la memoria de cada uno. Tal vez la falta del elemento mítico en la narración de estos hechos restará encanto a mi obra ante un auditorio, pero si cuantos quieren tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en el futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana, si éstos la consideran útil, será suficiente. En resumen, mi obra ha sido compuesta como una adquisición para siempre más que como una pieza de concurso para escuchar un momento.[54]

La mayoría de los lectores del siglo XX han considerado a Tucídides el mejor historiador del mundo grecorromano. Y semejante opinión parece razonable. Se muestra menos propenso a pensar que la justicia divina es un motor de la historia que Heródo-

54. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I, 21-22.

to, quien pudo permitirse el lujo de escribir sobre una guerra que, en su opinión, ganaron los buenos; la del Peloponeso fue una guerra en la que todos perdieron. No moraliza, como hace Plutarco. Comparado con los historiadores latinos más famosos, es menos patriotero que Tito Livio, y sabe disimular su partidismo mejor que Tácito. A menudo ha sido calificado como el primer historiador científico del mundo, y se cita su obra como ejemplo de objetividad. Tales calificativos se basan en un concepto equivocado de lo que implica en realidad escribir una historia. La historia no es una ciencia y no puede ser objetiva, pues supone la existencia de unos hombres que escriben sobre otros hombres. Cualquier omisión o cualquier relación que se establezca comporta la emisión de un juicio.

Un solo ejemplo bastará para ilustrar las decisiones que todo historiador se ve obligado a tomar. Al estudiar el estallido de la guerra, Tucídides resta importancia al decreto megarense hasta un punto que parece increíble, pues prácticamente ni lo nombra. Presumiblemente lo hizo o bien porque efectivamente creía que el decreto carecía de importancia o bien porque no deseaba acumular críticas contra Pericles, a quien habitualmente se culpaba del decreto y de la guerra. Sería imposible calificar de objetiva o científica semejante decisión. La consecuencia de la decisión de Tucídides es que ahora a los estudiosos del pasado les resulta muy difícil reconstruir lo que ocurrió realmente. Si efectivamente el decreto megarense no hubiera tenido importancia, Tucídides habría hecho probablemente bien en no hablar de él, pero, si se hubiera equivocado, habría hecho un flaco favor a sus lectores. El número de decisiones como ésta que se ve obligado a tomar el historiador es infinito. Heródoto estaba más dispuesto a contar todos los detalles y a dejar que el lector escogiera lo que le pareciera, pero una consecuencia de dicha opción es que a menudo se le acuse de ser menos analítico que Tucídides.

Las corrientes de pensamiento y la educación griega

Los retorcidos argumentos que permiten a los políticos que aparecen en la obra de Tucídides disimular su ambición detrás de palabras altisonantes y los versos en los que el Jasón de Eurípides justifica sus actos diciendo que con ellos sólo perseguía el bien de sus hijos (como si para ellos fuera lo mejor del mundo tener unos hermanastros de sangre real), demuestran la influencia de los intelectuales itinerantes que gravitaron alrededor de Atenas durante la segunda mitad del siglo V, los llamados sofistas, del griego *sophistēs*, término que significa más o menos «experto en la sabiduría». A diferencia de los filósofos, que pretendían entender el mundo, los sofistas se contentaban con enseñar a arreglárselas en él a unos discípulos deseosos de aprender y que les pagaban por ello. Muchos de esos sofistas fueron pensadores importantes, de tendencias iconoclastas, cuyos penetrantes análisis desenmascaraban las pretensiones de muchos. Aunque sólo se nos han conservado fragmentos de sus obras, es evidente que rechazaban los prejuicios demasiado fáciles que ponían en relación la nobleza de cuna con el verdadero mérito. Por esta razón y porque enseñaban a los hijos de los nuevos ricos a hablar con propiedad, despertaron las sospechas de las elites más recalcitrantes de Atenas.

Educación formal y educación informal

Los orígenes del movimiento sofístico se sitúan en la naturaleza casual e informal de la educación griega, en la tendenciosidad literaria y aristocrática que le era propia, y en su carácter en último término superficial y embrutecedor. Desde la época de Homero, los niños griegos aprendían ante todo contemplando el mundo que los rodeaba e imitando a sus venerables padres. Durante toda la Antigüedad y la Edad Media eran muy pocos los que sabían leer, y el «estudio de los libros» desempeñó un papel secundario en el sistema pedagógico de la Grecia arcaica, donde la educación formal comportaba sobre todo escuchar y recitar de memoria lo que otro decía. Las niñas no solían ir a la escuela. Y la mayoría de los niños tampoco. El problema no era sólo que la pobreza solía obligar a los niños a quedarse en casa y a trabajar en el campo; lo cierto es que los estados griegos no contaban con escuelas públicas. No obstante, las familias de las clases superiores pagaban para que sus hijos fueran adiestrados en la llamada *mousikē*, «música», campo que comportaba, entre otras cosas, la memorización de la poesía. Como los poemas antiguos eran cantados, la *mousikē* comportaba además aprender a tocar un instrumento de cuerda llamado *lyra*, de donde provienen en nuestro idioma el término «lírico» —la poesía destinada a acompañar al sonido de la lira— y por supuesto la palabra «música». A partir del siglo VI, fueron cada vez más los niños que aprendieron a leer y escribir. Los vasos de los siglos VI y V muestran cómo se enseñaban estas artes a los niños y ocasionalmente también a las niñas: a veces los padres permitían a sus hijas aprender los rudimentos de la lectura y la escritura por si necesitaban estos conocimientos para supervisar las cuentas de la familia o para administrar los bienes del templo, en caso de que se hicieran sacerdotisas. Los niños recibían también algunas nociones de matemáticas con tutores privados o en la escuela, aunque no se hacía demasiado hincapié en las materias de ciencias. El programa educativo contenía muy poco de lo que hoy día llamaríamos ciencias sociales, y por lo general los jóvenes tenían que recurrir a la familia y a los amigos para responder a preguntas como por ejemplo: «¿A qué distancia está Esparta?», o «¿Qué clase de gobierno hay en Corinto?». Por otra parte, cuando los niños llegaban a la edad en que hoy día cualquier adolescente ingresaría en la universidad, abandonaban los estudios y se convertían en soldados y ciudadanos.

No obstante, la educación se llevaba a cabo en su mayor parte en escenarios menos formales, y este tipo de educación se prolongaba durante toda la vida. Durante la infancia, las niñas probablemente aprendieran de sus madres y sus tías las normas del comportamiento social apropiado, mientras que los niños las aprendían de sus padres y tíos. Como en muchas otras sociedades, la crianza de uno y otro sexo tenía por objeto el cultivo de cualidades muy distintas en el caso de los varones y de las mujeres. Esas diferencias eran más pronunciadas en las clases altas, pues lo más probable es que los niños pobres de uno y otro sexo aprendieran de sus padres a labrar la tierra o algún oficio. Sin embargo, en la elite se producía una diferenciación más pronunciada cuando el individuo entraba en la adolescencia, pues al llegar a esa edad las niñas se casaban y empezaban a tener hijos. Su instrucción en el terreno de la administración doméstica continuaba después del matrimonio y estaba al cargo de parientes de más edad y probablemente también de esclavas ancianas, experimentadas en la crianza de los hijos. Además, el marido se ocupaba a veces de instruir a la esposa en la administración de la casa. En el *Económico*, obra escrita en el siglo IV en forma de diálogo socrático, Jenofonte cuenta cómo un individuo, Iscómaco, enseñó a su joven esposa a administrar convenientemente su fortuna:

[Habla Sócrates] «Ésa es también una cuestión, Iscómaco, sobre la que me gustaría mucho interrogarte: ¿la educaste tú personalmente hasta que llegó a ser como es debido o, cuando la recibiste de su padre y su madre, ya sabía administrar lo que le incumbe?»

«¿Y qué podía saber cuando la recibí por esposa, si cuando vino a mi casa aún no había cumplido los quince años y antes vivió sometida a una gran vigilancia, para que viera, oyera y preguntara lo menos posible? ¿No te parece que pude estar contento si llegó a mi casa sin saber otra cosa que hacer un manto, si recibía la lana, o sin haber visto otra cosa que cómo se reparte el trabajo de la hilatura entre las criadas? Y en cuanto a la gula se refiere, Sócrates, vino perfectamente educada. Lo cual, en mi opinión, es lo más importante de la educación del hombre y la mujer».[55]

Mientras que las jovencitas eran educadas de ese modo por sus maridos, los adolescentes eran expuestos a importantes influencias de otra especie. Los libros eran caros y aunque el grado de alfabetización aumentó a lo largo del siglo VI y sobre todo durante el V, el aprendizaje se llevaba a cabo fundamentalmente a través de la interacción entre dos seres humanos o más, no a través de la interacción entre una persona y un texto escrito. La relación con un mentor de más edad constituía un elemento clave en la educación de los jóvenes adolescentes. Del mismo modo que un profesor joven sirve en la actualidad de modelo para los adolescentes, también los varones jóvenes ofrecían en Grecia un ejemplo de virilidad a los individuos que estaban a punto de hacerse hombres. No obstante, el carácter singular de esas amistades —libres de las cortapisas impuestas por la necesidad de mantener una relación igualitaria con toda una clase por parte del maestro— se combinaba con diversas actitudes frente a la sexualidad para producir una dinámica significativamente distinta. Los lazos que unían al adolescente griego con su mentor adulto tenían a menudo un carácter profundamente erótico. Nuestro conocimiento de este tipo de relaciones se halla hasta cierto punto determinado por la reticencia que muestran las fuentes escritas a hablar del sexo y por la necesidad que sentían muchos griegos de subrayar el carácter espiritual e intelectual de esos lazos a expensas del elemento sexual. En su diálogo sobre el amor, *El banquete*, Platón alaba esos lazos por el valor que tienen en el perfeccionamiento moral del individuo y del conjunto de la sociedad. «Pues yo al menos», afirma,

no puedo decir que exista para un joven recién llegado a la adolescencia mayor bien que tener un amante virtuoso, o para un amante, que tener un amado. Pues, en efecto, la norma que debe guiar durante toda la vida a los hombres que tengan la intención de vivir honestamente, ni los parientes, ni los honores, ni la riqueza, ni ninguna otra cosa son capaces de inculcarla en el ánimo tan bien como el amor. Y ¿cuál es esta norma de que hablo? La vergüenza ante la deshonra y la emulación en el honor, pues sin estos sentimientos es imposible que ninguna ciudad, ni ningún ciudadano en particular lleven a efecto obras grandes y bellas.[56]

Los lazos existentes entre el amante adulto (*erastēs*) y el amado joven (*erómenos*) apuntalaban la estabilidad de la sociedad fomentando en cada generación (o cada media generación) la emulación de la anterior.

Por último, la participación en la vida de la ciudad en general permitía a los varones que todavía estaban en pleno desarrollo —y en cierto modo también a las mujeres, sobre todo a las que hacían de sacerdotisas— seguir educándose. Como dice el poeta Simónides, *pólis ándra didáskei* («la ciudad educa al varón»). No obstante, sólo en la edad madura —asistiendo, por ejemplo, a la representación de los dramas trágicos y a las discusiones de carácter intelectual que indudablemente se producían después en las reuniones privadas— esa educación comportaba una verdadera crítica de la sabiduría convencional. En general, el objetivo de la educación griega era una mezcla de adoctrinamiento y socialización destinada a fomentar la perpetuación de los valores tradicionales. Es de suponer que la poesía se memorizara, no ya que se analizara, y, pese a la originalidad que con toda razón se atribuye a los griegos, la cultura no daba en general demasiado valor a la innovación. Lo que se enseñaba a los jóvenes griegos era ante todo la copia de los modelos ya sancionados.

55. Jenofonte, *Económico*, VII, 4-5.
56. Platón, *El banquete*, 178b.

Todo esto cambió cuando los sofistas entraron en escena durante la segunda mitad del siglo V, desencadenando graves conflictos generacionales. Atenas actuó como imán de filósofos y maestros de retórica, surgidos por todo el mundo griego a medida que las especulaciones en torno al universo natural y la comunidad humana se hicieron cada vez más populares entre los intelectuales. La democracia se basaba en el arte de hablar y de razonar, en la capacidad de analizar y echar por tierra los argumentos de los adversarios políticos. Los sofistas se ofrecían a enseñar esas artes. Además contribuían a satisfacer otras necesidades, pues les gustaba investigar cuestiones más complejas relacionadas con el funcionamiento del mundo. No todos se conformaban con las ideas piadosas convencionales en torno a los terribles poderes de los dioses y la consiguiente necesidad de respetar a todo tipo de autoridades, y para los descontentos, las especulaciones de los sofistas constituían una ocasión única de desarrollar el intelecto y las cualidades retóricas. El pensamiento de los distintos sofistas no se caracterizaba por adecuarse a un sistema de creencias comunes, pero todos ellos tenían en común el mismo entusiasmo por los ejercicios de argumentación que hoy día siguen siendo fundamentales en muchos ámbitos de la educación superior.

Los sofistas

Como muchos elementos de la educación anterior, la instrucción que ofrecían los sofistas beneficiaba sólo a una clase muy poco numerosa de estudiantes que podían permitirse el lujo de pagarla. Pero lo que los sofistas podían ofrecer era algo muy distinto de lo que suponía la educación antigua, pues ponían en tela de juicio la idea de que la emulación reverente de los hombres de más edad y de los mejores constituía la acción más noble. Desafiaban además las creencias convencionales de otras muchas formas. Uno de los objetos de sus investigaciones fue la idea de *nómos*.

Heródoto había demostrado en su historia el papel fundamental que desempeñaba el nomos en la sociedad. Este término griego *nómos* significa a la vez «ley» y «costumbre»; había *nómoi* sancionados por el estado que prohibían el robo, pero existían también nomoi sociales relacionados con la ropa que debía llevarse en una boda, o nomoi religiosos acerca del modo en que debía venerarse a Apolo. En una sociedad que llevaba siglos existiendo sin una ley escrita, la línea divisoria que separaba el nomos legal y el nomos convencional era muy borrosa y estaba basada en la tradición. No obstante, uno y otro empezaron a diferenciarse a medida que se hizo más profunda la reflexión en torno a esta cuestión. La *Historia* de Heródoto mostraba dos facetas distintas

del nomos. Por un lado, los griegos habían combatido contra los persas para vivir con arreglo al nomos y no según los caprichos de un déspota. Por otro, la existencia de múltiples nomos en las diversas culturas pone de manifiesto una diversidad que indica que las costumbres locales son fruto de la tradición y no de los principios abstractos e inalterables de lo justo y lo injusto. Para demostrar la fuerza del nomos, Heródoto cuenta el siguiente episodio:

> Durante el reinado de Darío, este monarca convocó a los griegos que estaban en su corte y les preguntó que por cuánto dinero accederían a comerse los cadáveres de sus padres. Ellos respondieron que no lo harían a ningún precio. Acto seguido Darío convocó a los indios llamados Calatias, que devoran a sus progenitores y les preguntó, en presencia de los griegos, que seguían la conversación por medio de un intérprete, que por qué suma consentirían en quemar en una hoguera los restos mortales de sus padres; ellos entonces se pusieron a vociferar rogándole que no blasfemara.[57]

Cada sociedad, concluye, considera que las mejores costumbres son las suyas.

Cuando esta idea fue asimilada a las especulaciones de los filósofos de la naturaleza, fueron muchos los pensadores que desarrollaron la oposición existente entre los conceptos de *physis* («naturaleza») y *nómos* («convención»). La relación entre *physis* y *nómos* se convirtió en un elemento fundamental del pensamiento griego más o menos por la época de Heródoto, debido a las profundas implicaciones que comportaba de cara a la legitimación de la autoridad. Si el nomos no era el resultado natural de la physis, sino que existía realmente en oposición a ella, las leyes de la comunidad no tenían por qué ser obedecidas obligatoriamente, pues podían ser fruto del azar y contar sólo con el aval de generaciones y generaciones de individuos irreflexivos respetuosos con la tradición, que no habrían tenido en cuenta si venían determinadas por la physis o no.

Este concepto de nomos se diferenciaba notablemente de la tesis tradicional, según la cual las leyes procedían en último término de los dioses, y de hecho las nuevas formas de ver el mundo tendrían serias repercusiones sobre las relaciones existentes entre los dioses y los mortales. Uno de los sofistas más famosos fue Protágoras (*ca.* 490-420 a. C.), originario de Abdera, en el norte de Grecia, que en torno a 450 se trasladó a Atenas a impartir sus enseñanzas, y allí pasó casi todo el resto de su vida. Es célebre por dos máximas que tienen serias connotaciones religiosas. «El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son, en cuanto son, y de las que no son, en cuanto no son». En otras palabras, nadie —ni las autoridades del estado, ni los padres, ni los dioses— puede decir lo que es real y verdadero. Otra frase suya era aún más provocativa: «De los dioses no me es dado saber», afirmaba, según se dice, «si existen o no existen, ni tampoco cómo están formados. Pues hay muchas cosas que impiden saberlo: la dificultad del asunto y la brevedad de la vida del hombre».

No todos los sofistas tenían ideas anticonvencionales acerca de la política, la sociedad o la religión. Platón nos presenta a Trasímaco defendiendo la tesis de que la justicia no es más que el interés del más fuerte, pero es evidente que la figura de este sofista no era del agrado del filósofo. Jenofonte afirma que Hipias sostenía que algunas leyes naturales eran comunes a todas las sociedades; de ser así, Hipias no habría visto conflicto alguno entre physis y nomos. Algunas enseñanzas de los sofistas no eran más que conocimientos prácticos que podrían haber resultado útiles a cualquier aspirante a político;

57. Heródoto, *Historia*, III, 38.

probablemente enseñaran la distancia que hay entre Esparta y Atenas y que clase de gobierno había en Corinto. Muchos sofistas gozaron de alta estima en sus ciudades natales y en Atenas, donde muchos de ellos acabaron recalando, pero también fueron blanco de la hostilidad de no pocas personas. Sus ideas acerca de la religión y la autoridad eran consideradas subversivas, y la gente solía relacionarlos con pensadores como Anaxágoras, que, al fin y al cabo, había afirmado que el sol no era una divinidad, sino una piedra incandescente. De hecho, los que relacionaban las especulaciones de los sofistas en torno a la filosofía moral y social con el desarrollo del pensamiento científico no se equivocaban del todo, pues detrás de aquéllas y de éste se oculta el mismo tipo de compromiso con la investigación racional de las estructuras básicas, el mismo interés por los lazos que unen la apariencia con la realidad, y la misma curiosidad por la relación existente entre lo eterno y lo cambiante. La tesis de Parménides de que el movimiento era una ilusión tenía algo en común con las cuestiones que el sofista Antifonte planteaba en torno a la validez de las distinciones entre aristócratas y gente humilde, entre griegos y bárbaros, y su conclusión de que todos son por igual fruto de la naturaleza. (De modo parecido, Alcidamante sostenía que la naturaleza no había hecho esclavo a nadie.)

Pero era mucho más lo que se ocultaba tras la desconfianza que inspiraban los sofistas. Muchos atenienses acaudalados sospechaban de los que cobraban cualquier tipo de honorarios, pues los bienes raíces adquiridos por herencia se consideraban la modalidad más respetable de riqueza, seguida de la que se obtenía de la explotación de las propias tierras. Mucha gente que no tenía unos medios de fortuna tan considerables odiaba también a los sofistas precisamente porque no podían permitirse el lujo de pagar las cantidades que éstos exigían por sus servicios. Por otro lado, no estaba muy claro qué era lo que enseñaban aquellos hombres, y con qué derecho exigían una remuneración. Resultaba fácil entender que un flautista experimentado enseñara a tocar la flauta o que un buen púgil enseñara a pelear, pero resultaba bastante más complicado entender quién estaba cualificado para ofrecer la instrucción necesaria para progresar en la política y en la vida. En muchos aspectos los sofistas fueron los «asesores» de la antigua Grecia, que inducían a muchos a preguntarse de mala gana (y llenos de envidia) qué mercancía vendían que les permitía enriquecerse tanto.

En cualquier caso la pregunta «¿Qué es lo que enseñan esos hombres?» tenía una respuesta. Y la respuesta era: «la retórica», cosa que no era del agrado de muchos. Cualquier padre que hubiera tenido que vérselas con un adolescente sabelotodo habría simpatizado con los atenienses de mediana edad que se veían confundidos a cada paso por la arrogancia de una nueva generación que había estudiado las artes de la argumentación con unos maestros experimentados. La preocupación por el hecho de que la destreza en el hablar llegara a sustituir al pensamiento serio en torno a lo justo y lo injusto no se limitaba a los más torpes o a los más anticuados. Eurípides en el inquietante retrato de Jasón que hace en *Medea* y Tucídides en la descripción que realiza de la dinámica seguida por la política de poder muestran una dolorosa conciencia de los problemas que se planteaban cuando se hacía una mera ostentación de retórica con el único fin de distraer la atención del público y apartarlo de los anticuados principios de justicia. Al propio Protágoras, que se ganó fama de hombre honrado y el respeto de un antisofista acérrimo como Platón, se le acusaba de haber sido el primero que escribió un tratado sobre la técnica de la argumentación y de afirmar que sabía «cómo hacer que el argumento más débil fuera el más fuerte». Entre las obras que se le atribuyen cabe citar las *Antilogías* y los *Discursos demoledores*.

Otro sofista famoso fue el maestro de Alcidamante, Gorgias (*ca.* 485-*ca.* 380 a. C.), natural de Leontinos, que visitó Atenas en 427 formando parte de una embajada que pretendía persuadir a los atenienses de que intervinieran en los asuntos de Sicilia. El nombre de Gorgias se asocia casi exclusivamente con la retórica, y no se sabe muy bien si desarrolló un pensamiento filosófico o no. Entre sus obras más famosas estaría un curioso *tour de force* retórico en el que defendía a Helena de la acusación de haber sido la causante de la Guerra de Troya al fugarse con Paris. Gorgias enumera tres posibles causas del proceder de Helena, todas ellas perfectamente dignas: «O bien hizo lo que hizo por voluntad del destino o por los designios de los dioses o por los dictados de la necesidad, o bien fue tomada por la fuerza o persuadida con palabras», o bien, sugiere más tarde, fue víctima del amor. Todas estas posibles explicaciones, sostiene Gorgias, disculparían a Helena:

> Si abandonó a su marido por el primero de esos motivos, quien la culpe a ella los culpará a ellos, pues la previsión de un mortal no puede ser más fuerte que la decisión de un dios. Pues por naturaleza el más fuerte no puede ser reprimido por el más débil, sino que el más débil es dominado y guiado por el más fuerte...
>
> Si fue raptada por la fuerza y violada en contra de toda ley y forzada injustamente, es evidente que quien la raptó y la violó es quien cometió la falta; y que ella, que padeció el rapto y la violación, fue víctima de la mala suerte, ... lo justo, pues, sería compadecerla a ella, y odiarlo a él.

Aprovecha entonces la ocasión para hablar de la persuasión y recrearse en los encantos de la elocuencia, sosteniendo que

> Si la palabra la convenció y obnubiló su mente, tampoco resultaría difícil defenderla o librarla de toda culpa de la siguiente manera: la palabra es un gran señor y realiza las hazañas más divinas con un cuerpo sumamente pequeño y casi invisible. Es capaz de contener el temor, aliviar el dolor, procurar alegría, y despertar la compasión. Cómo se producen estos efectos, lo probaré a continuación; y se lo demostraré a mi público para que cambie de opinión...
>
> ¡Cuántos hombres han persuadido y siguen persuadiendo a otros adobando un discurso falso, y sobre cuántas materias tan distintas! ... La fuerza de la palabra tiene los mismos efectos sobre la disposición del alma que tiene la aplicación de una medicina sobre la naturaleza del cuerpo. Del mismo modo que los distintos fármacos tienen un efecto sobre los distintos humores del cuerpo —unos poniendo fin a la enfermedad, otros a la vida—, así ocurre con las palabras: unas producen dolor, otras alegría, unas provocan temor, otras despiertan la osadía de los oyentes, y otras paralizan y hechizan el alma con una persuasión malsana.[58]

Muchos griegos creían que no existía límite alguno a lo que los sofistas eran capaces de defender mediante el uso de la retórica. El tratado anónimo titulado *Dissoí lógoi* («Discursos dobles») pone de manifiesto el relativismo moral que muchos relacionaban con los sofistas. ¿Puede ser algo bueno la enfermedad? Sí, desde luego, si se es médico. ¿Y la muerte? La muerte es buena para los empresarios de pompas fúnebres y los enterradores. El autor pasa a enumerar los múltiples ejemplos de diferencias culturales que podemos encontrar en Heródoto para demostrar que no existe acto alguno que

58. Gorgias, *Helena*.

sea intrínsecamente bueno o malo. Un universo mental en el que nada es esencialmente bueno ni evidentemente malo no era desde el luego el mundo en el que todos los griegos deseaban vivir.

Por todos estos motivos, los sofistas se ganaron el odio de mucha gente. Fueron víctimas de ataques no sólo en las conversaciones de los particulares, sino también en el escenario del teatro. En 423 Aristófanes estrenó *Las nubes*, obra en la que los intelectuales de Atenas —los «sabelotodo»— son objeto de burla por enseñar una retórica corrosiva que ridiculizaba los valores de la decencia y el sentido común. Sin embargo, el individuo que Aristófanes identifica como dueño del «pensadero» no era un sofista. Como otros personajes del mismo autor, era un hombre de carne y hueso, pero no un individuo que enseñara retórica o que cobrara por sus enseñanzas. Era Sócrates, y la decisión de identificarlo con los sofistas contribuyó en buena medida a su ejecución poco después del término de la guerra.

El espacio físico de la polis: Atenas antes de la guerra

El mundo griego era a la vez uno y muchos: aunque había elementos comunes que unían a las diferentes ciudades-estado, cada polis tenía su propia cultura. No obstante, como suele ocurrir cuando se intenta reconstruir el mundo de la Grecia clásica, la mayor parte de nuestros conocimientos acerca del desarrollo de la polis durante las últimas décadas del siglo V proceden de Atenas. Incluso durante la guerra, los poetas trágicos atenienses siguieron estrenando obras de una maestría asombrosa. Precisamente fueron los años de la guerra los que vieron el nacimiento de la comedia ática. Algunos de los mejores testimonios de los que disponemos acerca de la Atenas del siglo V son de naturaleza material, pues las rentas producidas por el imperio permitieron adornar la ciudad imperial con edificios espléndidos, muchos de los cuales siguen impresionando e intrigando hoy día a quienes los contemplan.

La Acrópolis

El edificio que casi todo el mundo asocia con la Atenas clásica, el Partenón, se levantaba en medio de otras importantes estructuras en la escarpada colina de la Acrópolis, fortificada desde tiempo inmemorial. Disponer de una colina constituía una ventaja enorme para una ciudad-estado. Aunque hoy día la mayoría de la gente relaciona la palabra «acrópolis» con la Acrópolis de Atenas, lo cierto es que era un elemento común a muchas polis, que se protegían en el interior de una ciudadela fortificada desde la que era posible divisar un panorama muy amplio; en un día claro, la Acrópolis de Atenas era visible desde la correspondiente colina de Corinto, el Acrocorinto. En Atenas, la Acrópolis era el centro espiritual de la polis. Gracias a su altura y a lo escarpado de sus laderas, esta fortaleza natural había sido la residencia de los primeros reyes de la ciudad y había sido en todo momento sede de los principales dioses de los atenienses. El tirano del siglo VI, Pisístrato, como más tarde hiciera Pericles, inició un ambicioso proyecto de construcciones en la Acrópolis, pues se dio cuenta no sólo de que las obras habrían proporcionado empleo continuado a la población urbana más pobre y levantisca, sino también de que una ciudad hermosa habría creado todavía más puestos de trabajo, ha-

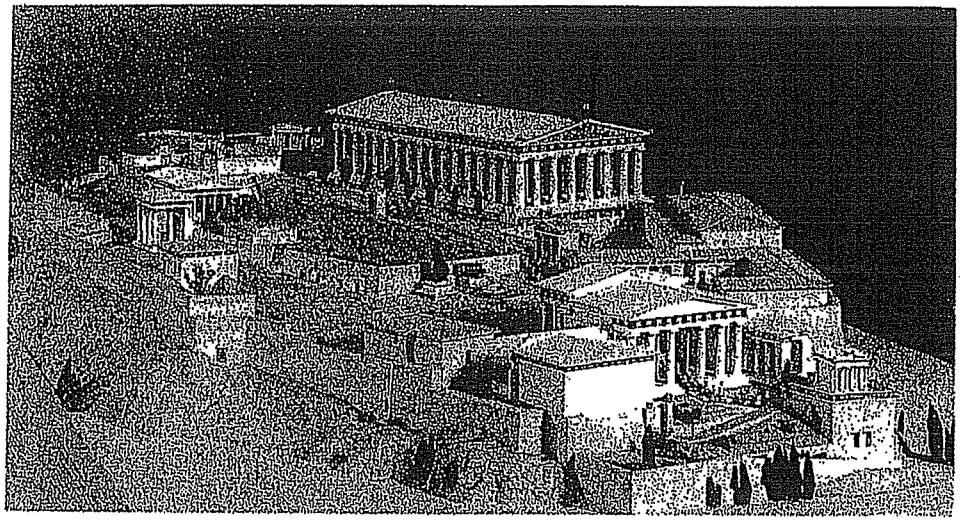


FIGURA 7.3. Esta maqueta de la Acrópolis en tiempos de Pericles muestra el paso de la procesión de las Panateneas por las puertas de entrada (Propileos), flanqueadas a la derecha (sur) por el templo de Atenea Nike (Victoria). El edificio más grande es el Partenón. El Erecteon se encuentra a la izquierda (norte) del Partenón.

bría fomentado el patriotismo de todos los ciudadanos, y habría atraído a muchos metecos ricos y de talento. Se habría convertido, como diría más tarde Pericles en las páginas de Tucídides, en «la escuela de la Hélade». La invasión persa de 480 provocó la destrucción de los monumentos y las estatuas erigidos en tiempos de Pisístrato. Sus escombros fueron utilizados a su vez como cimientos de los edificios construidos en la Acrópolis en tiempos de Pericles, financiados en gran medida con los fondos aportados por la Liga de Delos.

Durante el período clásico, los dos principales estilos u órdenes arquitectónicos eran el dórico y el jónico. (Los floridos capiteles corintios, tan a menudo usados en la actualidad, no se popularizaron hasta la época romana.) Aunque los fines arquitectónicos de ambos órdenes eran los mismos, se diferenciaban en detalles tales como la forma de las columnas o de sus basas y capiteles, y en los elementos que componían el entablamento o estructura que sostenía el tejado. El jónico tiene una apariencia de mayor altura y esbeltez que el dórico. Los arquitectos se esforzaron en diseñar edificios según los principios de uno u otro orden, y no en inventar estilos nuevos o singulares. El placer que les producía realizar sus obras no era el tipo de deleite que provoca hoy día el hecho de sorprender con elementos originales o llamativos. Por el contrario, los arquitectos griegos obtenían de sus obras esa satisfacción tan especial que produce el hecho de demostrar la creatividad dentro de los límites impuestos por un elaborado código de restricciones.

El templo de Atenea Pártenos («la virgen»), llamado Partenón, era una mezcla de elementos dóricos y jónicos. La estructura rectangular provista de ocho columnas en las fachadas delantera y posterior y diecisiete en los flancos resultaba estéticamente

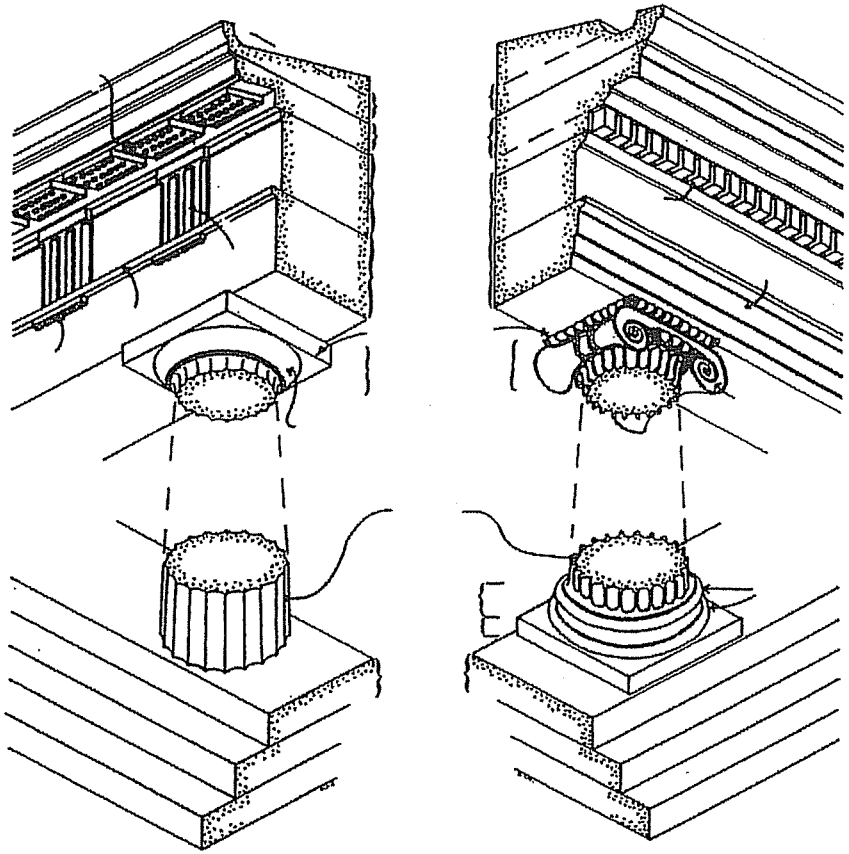


FIGURA 7.4. Los órdenes dórico y jónico. El orden dórico (izquierda) quizá sea una traducción en piedra de ciertos elementos arquitectónicos que originalmente estaban hechos de madera. El capitel mucho más complejo del jónico tiene una forma espiral llamada voluta.

muy agradable. Los arquitectos atenienses sabían muy bien que, vistas de lejos, las columnas perfectamente rectas daban la impresión de ser más delgadas en su parte central y de que salían hacia afuera, y que una base perfectamente horizontal daba la sensación de formar una curva en el centro. Por eso se molestaron en crear ilusiones ópticas mediante el ensanchamiento (éntasis) de la parte central del fuste de las columnas, en inclinar éstas hacia el interior para que no parecieran desviarse hacia los lados, y en curvar la parte central del pavimento y de las gradas como si se tratara de una alfombra levantada por el aire.

La escultura constituía un elemento importante de la arquitectura griega. Las esculturas del Partenón representaban episodios mitológicos y la historia de la diosa Atenea y de la propia Atenas. El frontón oriental mostraba el nacimiento de Atenea, mientras

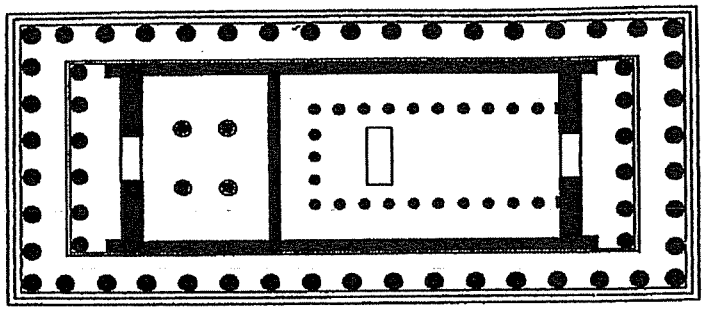


FIGURA 7.5. Planta del Partenón, en la que podemos apreciar el pórtico exterior y el interior de la *cella* (sala principal). La estatua de culto de Atenea se hallaba en la *cella* y el tesoro de la ciudad se guardaba en la sala posterior.

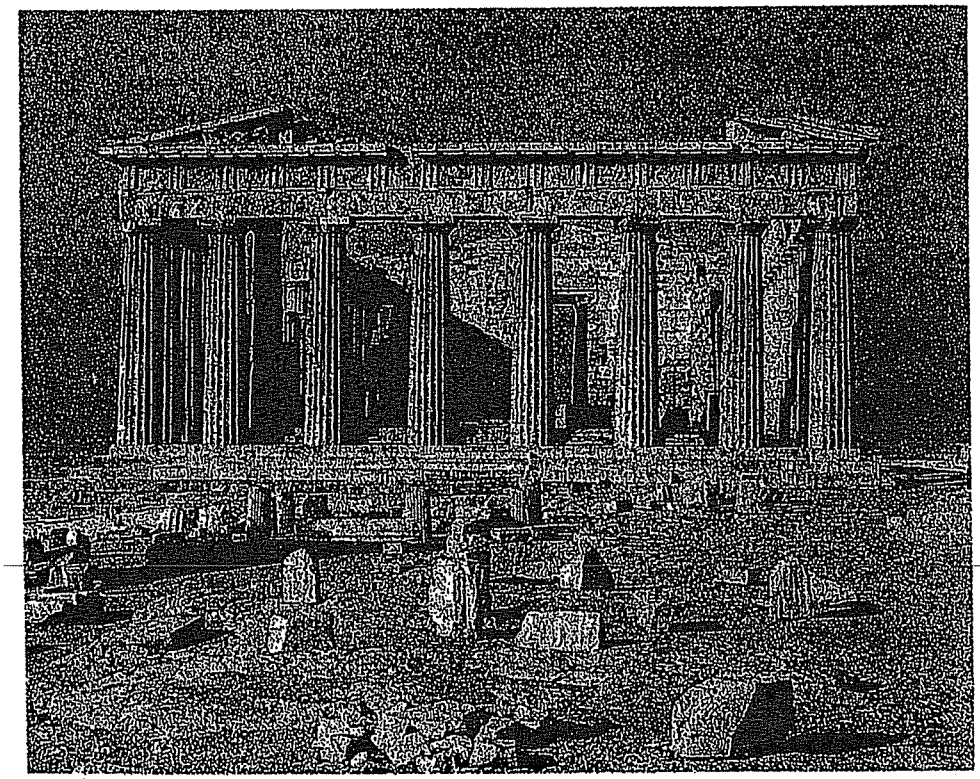


FIGURA 7.6. El Partenón, construido entre 447 y 438 a. C., fotografiado en el siglo XX. Fachada oriental.

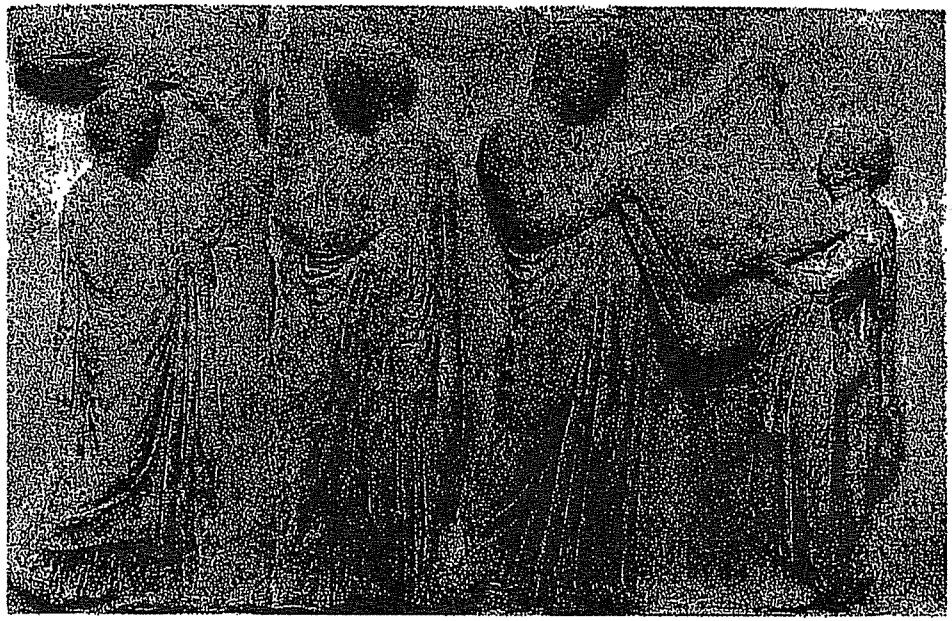


FIGURA 7.7. Friso oriental del Partenón, lastra V. Probablemente represente la presentación ante la diosa Atenea del vestido llamado peplo durante la fiesta de las Panateneas. Se trata de una sección del friso continuo que recorría la parte superior del muro exterior de la *cella*. Otras secciones muestran una cabalgata de jinetes, servidores religiosos, víctimas sacrificiales, y los dioses Olímpicos.

que el occidental narraba la disputa entre esta misma diosa y Posidón por la posesión del Ática. Un friso escultórico que recorría la parte superior de la pared exterior de la *cella* o «capilla» mostraba figuras de hombres y mujeres, caballos, víctimas sacrificiales, y a los doce dioses olímpicos. Probablemente, el grupo de figuras humanas y de animales represente la procesión de las Grandes Panateneas, que era una fiesta celebrada cada cuatro años, y la presentación del nuevo vestido de la diosa por parte de las doncellas que lo habían tejido.

El templo no era el lugar en el que se congregaban los fieles, sino la casa de la divinidad, cuya imagen se albergaba en su interior, y el almacén de los tesoros del culto. De ese modo, en la *cella* del Partenón se veneraba una gigantesca estatua de Atenea cubierta de oro y marfil. En una habitación trasera se guardaban los bienes de la diosa, entre los cuales estaba el tesoro de la ciudad de Atenas y, desde mediados del siglo V, el de la Liga de Delos. Delante del Partenón se levantaba una gigantesca estatua de bronce de Atenea Prómacos, «la guerrera que combate en primera línea». La diosa aparecía de pie, sujetando el escudo con la mano izquierda y la lanza con la derecha. La estatua medía casi 36 metros de altura: los marineros que doblaban el cabo Sunion podían contemplar los destellos de los rayos del sol al reflejarse en la punta de la lanza, como si les dieran la bienvenida a la ciudad. Al igual que la estatua venerada en el interior del templo, era obra del escultor Fidias, amigo de Pericles. Considerado por sus contemporáneos el me-

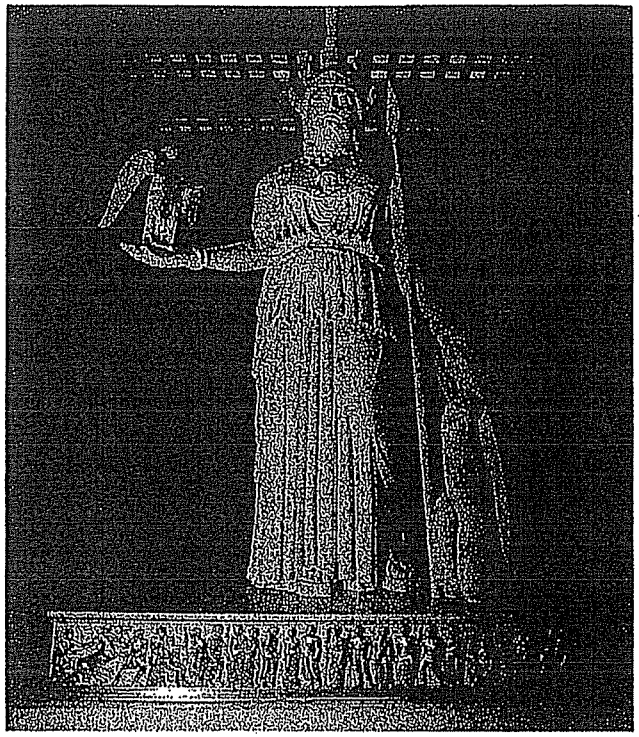


FIGURA 7.8. Aprovechando las descripciones que se nos han conservado de la estatua de Atenea, el escultor Alan LeQuire realizó esta réplica de casi 13 m de altura destinada a ser colocada en la réplica a tamaño natural del Partenón construida en el Centennial Park de Nashville, Tennessee.

jor escultor de dioses, Fidias creó también la gigantesca estatua criselefantina de Zeus en Olimpia, considerada una de las siete maravillas del mundo antiguo.

En contraposición al dórico, que resultaba macizo, sólido y simple, el orden jónico daba una sensación de esbeltez, gracia y ornamentación. El Erecteon, consagrado a Erecteo y a Posidón, era el principal monumento puramente jónico de la Acrópolis. El emplazamiento de los templos y santuarios era escogido por su asociación con determinados actos legendarios de los dioses ocurridos en ese lugar. La estructura del Erecteon era muy irregular, y su complicación se debía a la diversidad de los recintos religiosos que contenía: debía acoger en su interior la marca dejada por el tridente de Posidón en el suelo de Atenas y un pozo de agua salada en su lado septentrional; dar cobijo al olivo plantado originalmente por Atenea en el extremo occidental, y albergar una capilla de esta diosa en el sector este; proteger la tumba del primer rey de Atenas, Cécrope, en la esquina sudoeste; y acoger otros objetos de culto igualmente venerables. El edificio estaba formado por tres pórticos jónicos. El curioso pórtico meridional, situado frente al Partenón, utilizaba, para sujetar la techumbre, en vez de columnas, seis estatuas de doncellas, las llamadas Cariátides. Las obras del edificio comenzaron en 421, y puede que su decoración nunca se completara debido a la Guerra del Peloponeso. Muchos otros edificios, templos, estatuas y ofrendas votivas decoraban la Acrópolis. Aunque en la actualidad queda muy poco de esos monumentos, aparte de los materiales mar-

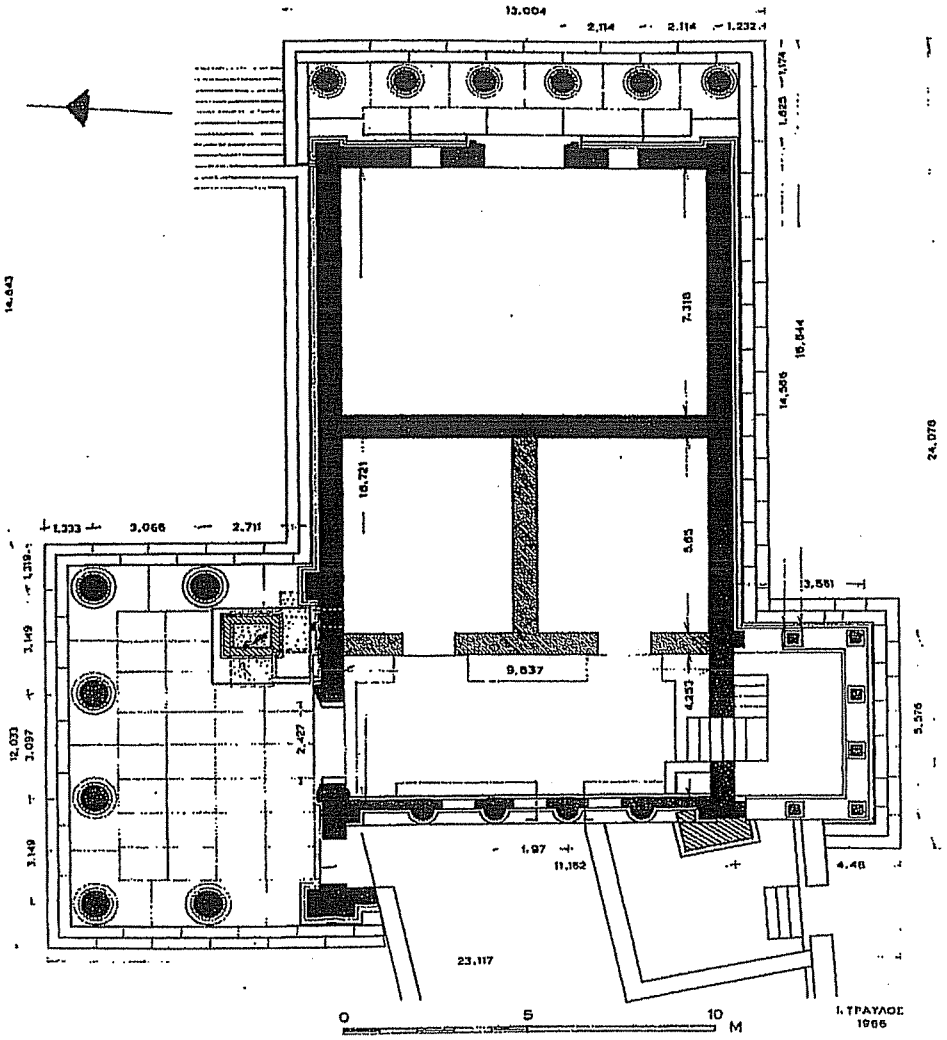


FIGURA 7.9. Planta del Erecteon (421-406 a. C.). Este curioso templo estaba consagrado a Atenea, Posidón y Erecteo, legendario rey de Atenas. Su complicada forma es fruto de la necesidad de dar cabida en su recinto al olivo sagrado de Atenea y a la marca del tridente de Posidón.

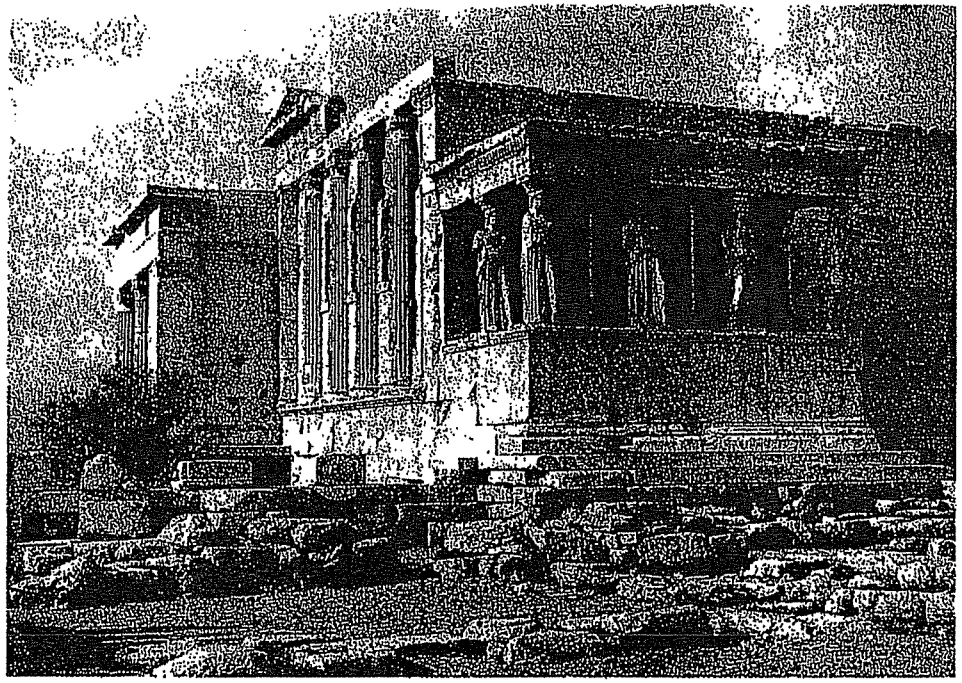


FIGURA 7.10. El Erecteon, construido entre 421 y 406 a. C. La fotografía del siglo XX muestra la Tribuna de las Cariátides, situada enfrente del Partenón. Después que se tomara esta fotografía, las Cariátides fueron trasladadas a cubierto para protegerlas de la contaminación, y fueron sustituidas por copias.

móreos de los más importantes, en la Antigüedad debieron de destacar por su colorido: algunos elementos arquitectónicos y escultóricos estaban pintados de rojo y azul y cubiertos de panes de oro. Al pie de la Acrópolis se representaban los dramas en honor del dios Dioniso. Los espectadores se sentaban al aire libre en un semicírculo de gradas talladas en la ladera de la colina a contemplar los espectáculos que tenían lugar en la *orchestra* («pista de baile»).

Las estructuras que formaban parte del programa de obras públicas de Pericles reafirmarían a la mayoría de los atenienses en su apoyo al imperio, pues sin el tributo pagado por los estados súbditos habría resultado muy difícil financiar esas obras tan ostentosas. Contribuirían también a reforzar la popularidad de Pericles, pues, además de embellecer la ciudad, crearon muchos puestos de trabajo. Al mismo tiempo, permitieron a los adversarios de Pericles —sus enemigos personales y aquellos a los que no les gustaba el rumbo seguido por la democracia— socavar su posición al poner en tela de juicio la conveniencia de dedicar los fondos de la Liga al embellecimiento de su ciudad hegemónica. El resultado final de ese enfrentamiento confirmaría el poder de Pericles y el prestigio de Atenas. Cuando se celebró el ostracismo de 443, el «vencedor» fue el adversario más destacado del programa de construcciones, Tucídides, hijo de Melesias

(pariente probablemente del historiador del mismo nombre). El destierro de éste dejó a Pericles sin ningún rival político serio en Atenas.

El ágora

El ágora era fundamentalmente el centro de la actividad humana secular, aunque los dioses, que nunca se hallaban excluidos de las actividades humanas, también tenían su lugar en ella. El ágora realizaba las funciones de mercado, de punto de encuentro para el intercambio de productos y noticias, y de núcleo de las actividades sociales, políticas y judiciales. La vida cotidiana de las mujeres se desarrollaba idealmente dentro de casa y la de los varones al aire libre. Los hombres que se quedaban en casa eran sospechosos de afeminados e insociables, y las mujeres que se atrevían a salir de ella corrían a su vez el riesgo de ver su castidad puesta en entredicho. En las *Leyes*, Platón señala que el mayor bien de una polis es que sus ciudadanos se conozcan unos a otros, como les ocurriría a los hombres (pero desde luego no a las mujeres) si se encontraran todos los días en el ágora. Aristóteles diferenciaba a los seres humanos de los demás seres vivos por el uso de la palabra (aunque de nuevo a las mujeres les correspondería una categoría distinta y se caracterizarían idealmente por su silencio). La palabra era fundamental en las actividades que se desarrollaban en el ágora.

Documento 7.3 Aristóteles analiza en su *Política* la naturaleza de la asociación política y de la polis.

De todo esto es evidente que la ciudad es una de las cosas naturales, y que el hombre es por naturaleza un animal social, y que el insocial por naturaleza y no por azar es o un ser inferior o un ser superior al hombre. Como aquel a quien Homero vitupera:

sin tribu, sin ley, sin hogar,

porque el que es tal por naturaleza es también amante de la guerra, como una pieza aislada en el juego de damas.

La razón por la cual el hombre es un ser social, más que cualquier abeja y que cualquier animal gregario, es evidente: la naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra. Pues la voz es signo del dolor y del placer, y por eso la poseen también los demás animales, porque su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer e indicársela unos a otros. Pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer, él solo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de los demás valores, y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad.

Por naturaleza, pues, la ciudad es anterior a la casa y a cada uno de nosotros, porque el todo es necesariamente anterior a la parte [aunque la casa y cada uno de nosotros somos anteriores en el tiempo].[59]

---

59. Aristóteles, *Política*, 1253a 9-12.

El ágora de Atenas era un gran solar llano situado a los pies de la Acrópolis, en la calle que conducía a la principal puerta de la ciudad. La zona estaba llena de edificios públicos, de los cuales el más fácil de distinguir es la estructura circular llamada *thólos*, sede de la *boulē*, donde se guardaban además los pesos y medidas oficiales. En el ágora se encontraban también los tribunales de justicia, y había altares, santuarios, estatuas, inscripciones, fuentes, cloacas, y trofeos de guerra. En su extremo occidental se levantaba un templo dórico dedicado a Hefesto, dios de la artesanía, o a Teseo, héroe legendario y rey de Atenas. Este edifico ha soportado los estragos del tiempo mucho mejor que el Partenón y todavía se encuentra en unas condiciones bastante buenas. El ágora se hallaba flanqueada por varios pórticos de columnas cubiertos, llamados stoas, que se utilizaban para diversos fines. Rodeando las estructuras permanentes y en el interior de las stoas podían verse tiendas, las mesas de los banqueros, libreros, mercaderes al por mayor, escuelas, y gente que compraba y vendía todo lo necesario.

Había un lugar muy importante de la vida ateniense que no tenía edificio: era la ladera de la colina llamada Pnix, donde se reunía la asamblea, en la zona más alta de la ciudad. Durante todo el siglo V, los ciudadanos se sentaban en cojines o directamente en el suelo rocoso situado en pendiente de sur a norte, que ocupaba un área de 4.500 metros cuadrados. Hacia el año 400 a. C., la zona fue allanada y ampliada, y parece que se dispusieron bancos en ella. Los ciudadanos varones adultos del Ática se reunían allí a la intemperie a escuchar los discursos y los debates, a presentar proyectos de ley, y a someter a rendición de cuentas a los altos magistrados. A la hora de las votaciones (que se realizaban a mano alzada), los ciudadanos no sólo tenían en cuenta lo que habían escuchado en la Pnix, sino que además utilizaban toda la información que habían logrado recoger en el ágora.

La vida rural en el Ática

El crecimiento del centro urbano no se produjo a expensas de las zonas rurales. Había también edificios públicos fuera de la ciudad. Los gimnasios y los estadios, que requerían solares de gran extensión, solían estar en los suburbios, que eran más frescos, tenían más sombra y se hallaban cerca de lugares mejor provistos de agua que el centro de Atenas. Diseminados por toda el Ática había centros de culto y ágoras rurales, así como fortalezas y otras estructuras de carácter defensivo. Por otra parte, resultaba muy fácil salir de paseo de la ciudad al campo.

Documento 7.4 Platón nos presenta a Sócrates y Fedro disfrutando de un paseo por el campo mientras discuten sobre la filosofía, la retórica y el amor.

SÓCRATES. Amigo Fedro, ¿adónde vas ahora y de dónde vienes?

FEDRO. De estar con Lisias, Sócrates, el hijo de Céfalo, y voy a dar un paseo fuera de la muralla, porque allí pasé mucho tiempo sentado desde el amanecer. Y haciendo caso a nuestro común amigo, Acúmeno, hago los paseos por los caminos, ya que, según afirma, son menos fatigosos que los que se dan en los lugares de costumbre.

SÓCRATES. Desviándonos por aquí, marchemos a lo largo del Iliso. Luego nos sentaremos con tranquilidad donde nos parezca bien.

FEDRO. Oportunamente, al parecer, da la casualidad de que estoy descalzo, pues tú, por descontado, lo estás siempre. Así que, lo más cómodo para nosotros es caminar por el arroyuelo remojándonos los pies, lo que tampoco será desagradable, especialmente en esta época del año y a esta hora del día.

SÓCRATES. Guía, pues, y mira a la vez dónde nos vamos a sentar.

FEDRO. ¿Ves aquel altísimo plátano?

SÓCRATES. Sí.

FEDRO. Allí hay sombra, una ligera brisa, y césped para sentarnos, o, si queremos, recostarnos.

SÓCRATES. Puedes avanzar.

FEDRO. Dime, Sócrates, ¿no es éste el lugar de donde se dice que Bóreas arrebató del Iliso a Oritiya?

SÓCRATES. Así se dice, en efecto.

FEDRO. Luego, ¿no fue de aquí? El riachuelo, al menos, se muestra encantador, límpido, transparente, y muy propio para que a sus orillas jugaran las doncellas.

SÓCRATES. No fue de aquí, sino de más abajo, cosa de unos dos o tres estadios, por donde cruzamos hacia el santuario de Agras. Incluso hay allí en alguna parte un altar consagrado a Bóreas.[60]

Durante el siglo V, probablemente tres cuartas partes de los ciudadanos atenienses poseían alguna finca rústica. La agricultura podía constituir una ocupación a tiempo parcial que producía alimentos suficientes para el sostenimiento de la familia. Muchas personas seguían viviendo en aldeas, se mantenían leales a sus demos rurales, y dependían del trabajo agrícola de su familia. Si exceptuamos los lugares reservados para las actividades públicas, Atenas no era una ciudad ni hermosa ni cómoda, y muchos ciudadanos ricos no tenían el menor inconveniente en dejarla en manos de los artesanos, la plebe urbana, y los metecos, que no tenían derecho a poseer bienes raíces en el Ática. La ciudad experimentó un gran crecimiento durante los períodos arcaico y clásico, pero no con arreglo a un plan urbanístico. Las calles eran irregulares y estrechas; las casas eran endebles y la higiene pública muy deficiente. Estos problemas se agudizaron cuando toda la población del Ática se vio obligada a refugiarse tras las murallas de la ciudad durante la Guerra del Peloponeso.

Como veíamos en el Capítulo 4, Tucídides comenta el despilfarro que supuso la arquitectura monumental de Atenas y manifiesta su sospecha de que sus restos físicos podrían inducir al observador a exagerar su grandeza en comparación con Esparta, donde el espacio público estaba ocupado por edificios modestos. Naturalmente, la considerable cantidad de dinero que los atenienses recaudaban a través del tributo imperial les permitió llenar su ciudad de edificios de una elegancia inusual, pero los principio básicos que regían la asignación del espacio estaban vigentes también en otras polis. En todo el mundo griego, desde Jonia a Sicilia, había importantes centros urbanos adornados con templos, edificios gubernamentales, y ágoras; algunos, como Olimpia, tenían connotaciones religiosas especiales, mientras que otros, como Corinto, eran grandes

60. Platón, *Fedro*, 227a-229c.

puertos. Algunas ciudades, como por ejemplo Turios, fueron construidas con arreglo a un plan cuidadoso; la mayoría, sin embargo, fueron creciendo poco a poco, con calles retorcidas en las que resultaba fácil perderse. En todas partes, la ciudad y las áreas rurales circundantes dependían unas de otras, y sus habitantes iban y venían cómodamente de un lugar a otro. El comercio y la agricultura tenían una importancia primordial para el funcionamiento de cualquier polis.

Aunque el comercio exigía una gran cantidad de mano de obra especializada, en toda Grecia había un tipo de actividad en el que participaba toda la población masculina, a saber, la guerra. Excepto en Esparta, los griegos solían trabajar en el campo (o, con menos frecuencia, en el comercio) durante el invierno y estaban disponibles para la realización de las campañas militares durante el verano, sirviendo en la infantería si pertenecían a la clase de los propietarios rústicos o, en el caso de los más pobres, como remeros en la marina. Cuando estalló la guerra entre los bandos ateniense y espartano en 432 la actividad militar empezó a necesitar una cantidad cada vez mayor del tiempo, la energía y la preocupación de la gente. Los trastornos sociales que acarreó obligaron a las mujeres a asumir algunas responsabilidades que hasta entonces habían correspondido únicamente a los varones. Con el paso del tiempo, la cómoda división del año en temporada de guerra y temporada de paz se evaporó, y durante las últimas décadas del siglo V Grecia se vio consumida por una contienda larguísima y agotadora, sin parangón hasta entonces. La guerra, que siempre fue un elemento importante de la civilización griega, se convirtió en el principio organizador de la vida de las ciudades-estado.

Capítulo 8

LA GUERRA DEL PELOPONESO

Cuando estalló la guerra entre Atenas y Esparta, pocos griegos podían prever que iba a ser muy distinta de cualquiera de las que habían conocido o incluso simplemente imaginado. Los veintisiete años de confrontación costaron miles y miles de vidas y el dilatado conflicto se convirtió en un maestro severo. Intensificó muchas de las peores características de la sociedad griega: la competitividad, la patriotería, la falta de compasión, y un enorme desprecio por la vida humana. Al mismo tiempo, varios pensadores extraordinarios intentaron centrar su atención en los problemas a los que debía enfrentarse la gente en su intento de salvaguardar la convivencia: las obras de Tucídides, Sófocles y Eurípides pusieron de manifiesto el vigor y el genio de sus autores durante todos los años de la guerra, y el poeta cómico Aristófanes continuó estrenando unas obras deliciosas durante las tres décadas de lucha e incluso durante una generación después de terminado el conflicto, aunque a menudo es evidente en ellas una tristeza mordaz tras la fachada bufonesca. La Guerra del Peloponeso cambiaría en muchos aspectos el mundo que los griegos conocían. La tranquila concepción del ciudadano-guerrero y del papel que éste desempeñaba en la polis se vendría abajo, y la moralidad y piedad convencionales habrían de hacer frente a muchos desafíos. No obstante, serían muchos los elementos que permanecieran inalterables: la polis como unidad política, la primacía de la agricultura, las rivalidades entre las ciudades-estado, y el culto de los dioses olímpicos. El trauma provocado por la guerra y sus consecuencias resultó también sumamente fecundo, pues la guerra proporcionó el impulso necesario para que se verificaran muchos de los cambios sociales, políticos e intelectuales que identificamos con el siglo IV y con el período posterior a la muerte de Alejandro en 323 a. C. que denominamos época helenística.

Fuentes para Grecia durante la Guerra del Peloponeso

Tucídides escribe con tanta elocuencia y poder de convicción que los historiadores se las han visto y se las han deseado para desafiar sus conclusiones y encontrar su propia

senda. Su *Historia* es la principal fuente que poseemos para la guerra. Aunque Tucídides intentó escribir los acontecimientos año tras año a medida que iban ocurriendo, fue quedándose rezagado, como es natural, según iba progresando el conflicto, y cuando murió hacia 395 a. C. no había llegado más que al año 411. Corrieron rumores de que su hija guardó el manuscrito incompleto y de que se lo dio a Jenofonte para que lo editara. Sea cual sea la verdad que se oculte detrás de todo esto, Jenofonte, que reanuda el relato donde se interrumpe el de Tucídides y escribió la historia de Grecia hasta el año 362 (en la obra titulada *Helénicas*), no puede compararse con Tucídides ni por su capacidad analítica ni por su habilidad narrativa. No obstante, poco después de acabar la guerra, Jenofonte tuvo la suerte de contar con la amistad de algunos notables espartanos, entre ellos el propio rey Agesilao. En el curso del viaje por Asia Menor que relata en su *Anábasis*, seguramente tendría ocasión de escuchar numerosas anécdotas acerca de la guerra de labios de soldados y oficiales oriundos de otras ciudades aparte de Atenas. Por otro lado, cuando regresó a Grecia, fue desterrado de Atenas y se estableció con Agesilao en Escilunte, cerca de Olimpia. Al parecer, sus hijos fueron educados según el sistema espartano; por consiguiente, no cabe duda de que Jenofonte conocía los métodos de adiestramiento de los soldados y de hacer la guerra propios de los espartanos.

El funcionamiento de la democracia ateniense es analizado en un opúsculo titulado *La república de los atenienses*, cuyo autor, por lo demás desconocido, es llamado a veces el Viejo Oligarca; también es conocido como Seudo-Jenofonte, pues hasta el siglo XX los historiadores creían que realmente había sido escrito por Jenofonte. Hostil a la democracia, la obra nos ofrece una curiosa contraposición con la visión optimista del gobierno y la sociedad atenienses que se desprende de la famosa oración fúnebre por los caídos en la guerra atribuida por Tucídides a Pericles, y además contiene un agudo análisis de la dinámica propia del imperialismo naval y de sus relaciones con el gobierno de Atenas.

Diodoro y Plutarco siguen siendo útiles. La versión de la guerra que ofrece Diodoro se nos ha conservado intacta, y Plutarco escribió las biografías de los políticos atenienses Nicias y Alcibíades, y la del general espartano Lisandro. Entre las fuentes utilizadas por Diodoro y Plutarco estaban los historiadores del siglo IV Teopompo y Éforo, así como Timeo, que vivió en torno al año 300 a. C., y Filisto, que todavía era un niño en tiempos del asedio de Siracusa por los atenienses. Los discursos pronunciados en los tribunales de justicia —o al menos escritos con ese propósito— arrojan bastante luz sobre los últimos años de la guerra. Andócides, que se vio implicado en los escándalos religiosos de 415, describiría más tarde su encarcelamiento por ese motivo en su discurso *Sobre los misterios*. Lisias, perteneciente a una rica familia de metecos que conocía a Sócrates, escribió varios discursos a comienzos del siglo IV que aluden a sucesos ocurridos durante la guerra y después de su conclusión; en uno (*Contra Andócides*), ataca a este personaje, y en otro (*Contra Eratóstenes*) narra las desgracias que le ocurrieron por culpa de «los Treinta», a los que Esparta puso al frente de Atenas cuando acabó la guerra.

Aunque Sófocles estrenó *Edipo Rey* durante los primeros años de la contienda y siguió escribiendo hasta su muerte en 406, los dos autores dramáticos que más datos nos ofrecen sobre cómo se vivía en Atenas durante la Guerra del Peloponeso son el trágico Eurípides y el cómico Aristófanes. Algunas obras de Eurípides, como por ejemplo *Las Troyanas*, tratan de los sufrimientos ocasionados por la guerra a través del mito de la Guerra de Troya, y varias comedias de Aristófanes escritas durante la contienda ponen de manifiesto las grandes privaciones sufridas por los no combatientes, tanto hombres

como mujeres, y sus ansias de paz. El ambiente intelectual de Atenas se desprende de algunos diálogos de Platón y Jenofonte, que nos proporcionan una serie de reconstrucciones imaginarias de las conversaciones mantenidas por Sócrates durante la guerra con conciudadanos, metecos y las grandes luminarias de la época que visitaron Atenas, como, por ejemplo, el rétor Gorgias de Leontinos o el sofista Protágoras de Abdera.

Por último, las inscripciones siguen arrojando luz sobre el funcionamiento del imperio ateniense, y las investigaciones arqueológicas y topográficas han sido bastante útiles para entender el desarrollo de determinadas campañas militares, como, por ejemplo, la de Pilos, en la costa occidental del Peloponeso, en 425. No obstante, en general nuestro conocimiento de la guerra se ve seriamente perjudicado por la falta de fuentes espartanas auténticas. La aversión de los lacedemonios a escribir literatura los sitúa en una posición de desventaja en la historia. Consecuencia de esa opción suya es que la guerra entre Atenas y Esparta deriva el nombre por el que se la conoce habitualmente de la perspectiva del enemigo de ésta: aunque la mayor parte de las batallas tuvieron lugar fuera del Peloponeso, para los atenienses fue la guerra contra los peloponesios y por eso durante siglos ha sido conocida como la Guerra del Peloponeso. La decisión de los espartanos de no guardar memoria escrita de su versión de los hechos nos ha obligado a reconstruirla por ellos, basándonos enteramente en fuentes no espartanas y en gran medida en la obra de Tucídides, que quizá —o quizá no— mantuviera contactos en Esparta después de su exilio (o incluso antes). Si se produjera un milagro y resucitaran hoy día los espartanos, se llevarían una sorpresa mayúscula al ver cómo hemos imaginado que fueron sus estrategias de guerra.

La Guerra de Arquidamo (431-421 a. C.)

Para muchos griegos de la época, la década de luchas comprendida entre 431 y 421 constituyó una entidad en sí misma, y de hecho se le ha dado un nombre específico, la Guerra de Arquidamo, que es como se llamaba el rey de Esparta que la dirigió. El concepto de Guerra del Peloponeso como un único acontecimiento que se prolongó desde 431 a 404 se debe a Tucídides. Quizá otro historiador habría hablado de una guerra continuada desde 460 a 404, o de tres guerras distintas, una de 460 a 446, otra de 431 a 421, y otra que habría empezado entre 418 y 415 y habría durado hasta 404. Los especialistas en historiografía utilizan el término «coligación», es decir «trabazón, unión», para designar la forma en que los historiadores «crean» un acontecimiento o todo un proceso mediante la aglutinación de sucesos distintos, de modo que constituyan un todo coherente. Al unir unos sucesos que otros podrían haber concebido de manera distinta, Tucídides, la primera y la más importante fuente para la historia de este período que poseemos, ha convencido con su coligación a la mayoría de la realidad de lo que hoy día se llama habitualmente Guerra del Peloponeso, esto es, la guerra de 431-404.

La estrategia de Pericles y la peste

Pericles ideó una estrategia muy ingeniosa para ganar una guerra que él concebía esencialmente defensiva, y una prueba de su influencia y de su elocuencia es que logró convencer a sus conciudadanos de que hicieran algo tan evidentemente opuesto a la na-

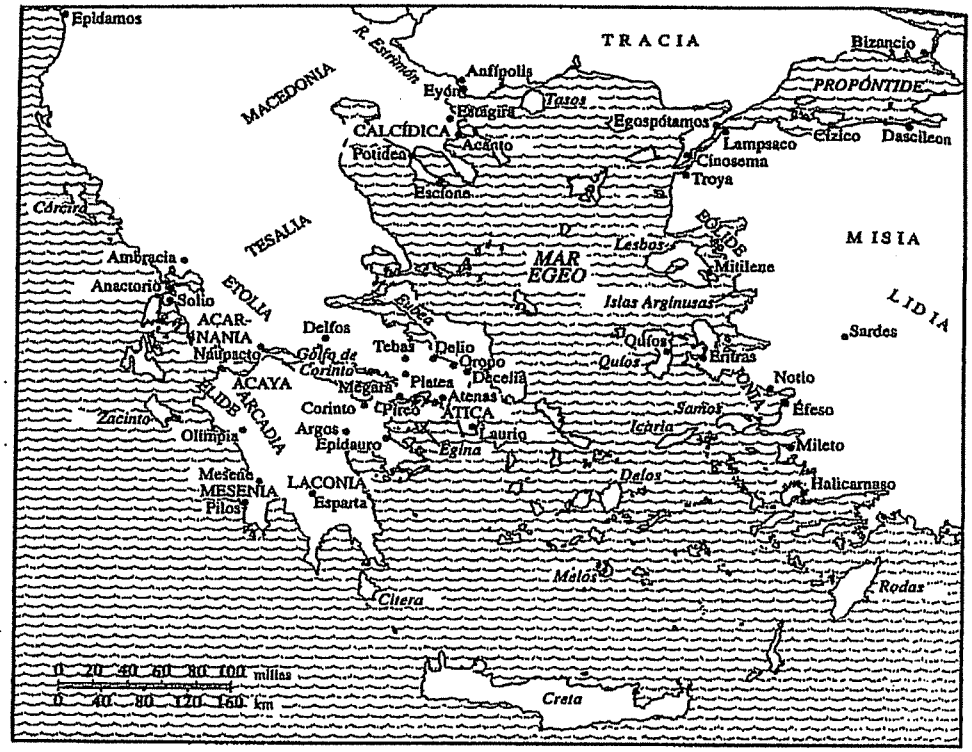


FIGURA 8.1. Los teatros de operaciones de la Guerra del Peloponeso.

turaleza humana. Acosando el territorio peloponesio con su flota, los atenienses rehuyeron entablar una batalla hoplítica con el enemigo. A instancias de Pericles, los labradores atenienses abandonaron sus tierras, llevándose consigo los pocos enseres que lograron cargar en sus carretas, y se mezclaron con la población urbana dentro de los Muros Largos que unían Atenas con el Pireo. Pericles se dio cuenta —y no se equivocaba— de que esos muros hacían en esencia de Atenas una isla. Los productos alimenticios y de otro género podrían seguir importándose por vía marítima desde todos los rincones del imperio. El enemigo, pensó Pericles, se cansaría de arrasar el campo cuando viera que no salía nadie a combatir. Al comprender que la superioridad del adiestramiento y el número de su infantería no les reportaba ninguna ventaja, no habrían tardado en pedir la paz. Los espartanos, por su parte, supusieron que los atenienses empezarían a alborotarse cuando se hartaran de permanecer encerrados en la ciudad atestada de gente durante toda la temporada de campaña y que, al ver asolados sus campos, no serían capaces de aguantar su frustración. Preveían dos posibles consecuencias: los atenienses o bien pedirían la paz o bien derrocarían a Pericles y saldrían al campo de batalla. Los cálculos de unos y otros, en el sentido de que, al cabo de un par de años, el enemigo habría cedido, no pudieron ser más erróneos, pero desde luego en ellos no había nada intrínsecamente ilógico.

Los atenienses abandonaron sus casas y los templos comarcales a regañadientes y llenos de aprensión, y cuando llegaron a Atenas sólo unos pocos labradores lograron encontrar acomodo en casa de parientes y amigos. La mayoría tuvo que buscar algún espacio vacío en la ciudad o cobijarse en los templos y santuarios. Algunos acabaron pasando el verano en las torres de las murallas. Por fortuna, pensaban los atenienses, la guerra no iba a durar mucho; y naturalmente los espartanos creían que las cosas estaban saliendo como ellos habían calculado.

El primer año de la guerra fue relativamente tranquilo. La flota ateniense se dedicó a rondar por el Peloponeso. Arquidamo invadió el Ática con sus tropas, pero nadie le salió al encuentro, de modo que se conformó con talar los olivos. En otoño, cuando los peloponesios regresaron a sus tierras, el ejército ateniense asoló el territorio de Mégara (cosa que venían haciendo desde hacía varios años). Aunque se produjeron pocas bajas, los atenienses celebraron, como era tradicional, unos funerales públicos por las víctimas de la guerra. Todo lo que sabemos es que Pericles fue elegido para pronunciar su elogio. Otra cuestión muy distinta es hasta qué punto se aproxima a lo que dijo en realidad Pericles el emotivo himno de alabanza a Atenas que recoge la historia de Tucídides. No poseemos ninguna otra versión del discurso. Podría representar un recuerdo fiel del propio historiador de las palabras que se pronunciaron, o ser un recuerdo poco fiel, o una invención suya; y aunque las palabras de Pericles hubieran sido ésas, el discurso podría haber sido escrito por otra persona. En cualquier caso, el discurso que ha llegado a nuestras manos se fija ante todo no ya en los caídos, sino en la ciudad de Atenas y en el modo de vida que representa, y que se define como la antítesis de todo lo espartano.

El principio regulador del discurso revela muchas cosas acerca de la visión que los griegos tenían del estado, pues Pericles da por supuesto que una forma sabia de gobierno constituye la piedra angular de la buena vida en todas sus manifestaciones. En este sentido coincide plenamente con los teóricos políticos del siglo IV, Platón y Aristóteles. Aunque ambos rechazaban la democracia, compartían a todas luces con Pericles la convicción de que la *politeía* (el tipo de gobierno o «constitución») que elija un estado tendrá profundas repercusiones sobre el carácter de sus ciudadanos y el espíritu de su vida colectiva.

El discurso tiene un tono marcadamente defensivo. Parece que su principal objetivo era contestar a los rumores que corrían en el sentido de que una polis alegre y confiada como Atenas, con su amor por la palabra, las ideas y la belleza, no podía competir ni salir airosa en la guerra frente a una sociedad tan reglamentada y militarizada como la espartana, que despreciaba la palabra y la consideraba una rémora para la acción, cuya población tenía muy pocas opciones de elegir la vida que querían vivir, y en la que el sigilo estaba a la orden del día. Según Pericles,

> amamos la belleza con sencillez y el saber sin relajación. Nos servimos de la riqueza más como oportunidad para la acción que como pretexto para la vanagloria, y entre nosotros no es un motivo de vergüenza para nadie reconocer su pobreza, sino que lo es más bien no hacer nada por evitarla. Las mismas personas pueden dedicar a la vez su atención a sus asuntos particulares y a los públicos, y gentes que se dedican a diferentes actividades tienen suficiente criterio respecto a los asuntos públicos. Somos, en efecto, los únicos que a quien no toma parte en estos asuntos lo consideramos no un despreocupado, sino un inútil; y nosotros en persona cuando menos damos nuestro juicio sobre los asuntos, o los estudiamos puntualmente, porque, en nuestra opinión, no son las palabras lo que supone un perjuicio para la ac-

ción, sino el no informarse por medio de la palabra antes de proceder a lo necesario mediante la acción.

Resumiendo, afirmo que nuestra ciudad es, en su conjunto, un ejemplo para Grecia, y que cada uno de nuestros ciudadanos individualmente puede, en mi opinión, hacer gala de una personalidad suficientemente capacitada para dedicarse a las más diversas formas de actividad con una gracia y habilidad extraordinarias.[61]

La recomendación final que hace Pericles a las mujeres de Atenas suena un tanto rara en labios de un individuo que vivía con una amante que se dejaba ver en público y andaba más en boca de la gente que muchos políticos:

Y si es necesario que me refiera a la virtud femenina, a propósito de las que ahora vivirán en la viudez, lo expresaré todo con un breve consejo: si no os mostráis inferiores a vuestra naturaleza, vuestra reputación será grande, y será grande la de aquella cuyas virtudes o defectos anden lo menos posible en boca de los hombres.[62]

Se trata desde luego de un consejo bastante sorprendente en una sociedad tan murmuradora como la que Tucídides describe en Atenas. Se basa en una concepción de la mujer que es la antítesis absoluta del hombre político, en opinión del cual la reputación (como no tardaría en lamentar Platón) lo es prácticamente todo.

El año siguiente fue testigo de dos sucesos perfectamente previsibles y de una novedad inesperada. La invasión del Ática por las tropas aliadas de la Liga del Peloponeso y el acoso de la costa peloponesia por la flota ateniense se habían convertido ya en algo rutinario, pero nadie pudo prever la horrible peste que se abatió sobre la población de Atenas. Sus orígenes se desconocen, lo mismo que su naturaleza exacta —probablemente tifus o quizá viruela o sarampión—, pero se propagó rápidamente en el ambiente cargado y deficiente desde el punto de vista higiénico de una ciudad saturada de pobladores. Probablemente murieran una tercera parte de sus habitantes. Tucídides, que también enfermó, aunque logró recuperarse, se esforzó en registrar la mayor cantidad de datos posibles acerca del desarrollo y los síntomas de la enfermedad para que sus lectores pudieran reconocerla, en caso de que volviera a aparecer.

En muchos sentidos, la meticulosa descripción de la enfermedad y de su desarrollo que hace Tucídides constituye un verdadero microcosmos en el conjunto de su historia, pues revela su apasionado interés por recoger todos los sucesos que, en su opinión, tienen una significación mayor, y refleja el esquema seguido por los acontecimientos. Comienza por una descripción detallada de los síntomas de la enfermedad —hemorragias orales, mal aliento, vómitos dolorosos, inflamaciones cutáneas, insomnio, pérdida de memoria, y a menudo una diarrea fatal—, y a continuación pasa a relatar la forma en que la gente reaccionaba ante ella. Los que lograban restablecerse, convencidos de que los había hecho inmunes, no sólo cuidaban a los enfermos, sino que «debido a su extraordinaria alegría del momento abrigaban para el futuro la vana esperanza de que ya ninguna enfermedad podría acabar con ellos». La mayoría, sin embargo, adoptaba una visión pesimista de la vida, pues la gravedad de la catástrofe los inducía a pensar que no era necesario observar las normas morales y religiosas habituales. Según Tucídides,

61. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 40-41.
62. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 45.

también en otros aspectos la epidemia acarreó a la ciudad una mayor inmoralidad. La gente se atrevía más fácilmente a acciones con las que antes se complacía ocultamente, puesto que veían el rápido giro de los cambios de fortuna de quienes eran ricos y morían súbitamente, y de quienes antes no poseían nada y de repente se hacían con los bienes de aquéllos. Y así aspiraban al provecho pronto y placentero, pensando que sus vidas y sus riquezas eran igualmente efímeras. Y nadie estaba dispuesto a sufrir penalidades por un fin considerado noble, puesto que no tenía la seguridad de no perecer antes de alcanzarlo. Lo que resultaba agradable de inmediato y lo que de cualquier modo contribuía a ello, esto fue lo que pasó a ser noble y útil. Ningún temor de los dioses ni ley humana los detenía; de una parte juzgaban que daba lo mismo honrar o no honrar a los dioses, dado que veían que todo el mundo moría igualmente, y, en cuanto a sus culpas, nadie esperaba vivir hasta el momento de celebrarse el juicio y recibir su merecido; pendía sobre sus cabezas una condena mucho más grave que ya había sido pronunciada, y antes de que les cayera encima era natural que disfrutaran un poco de la vida.[63]

Desmoralizados por la peste y frustrados al no poder salir a campo abierto y presentar batalla, algunos atenienses intentaron entablar negociaciones de paz con los espartanos. Pericles realizó un último esfuerzo para convencerles de que abandonaran semejante plan. En un duro discurso, mucho menos idealista que la famosa oración fúnebre, sostenía que, aunque el imperio fuera una tiranía y hubiera sido un error hacerse con él, lo cierto es que los atenienses tenían un tigre agarrado por la cola y se habrían puesto en un gravísimo peligro si hubieran decidido deshacerse de él. Pese a que dejaron de enviarse embajadas a Esparta, la ciudadanía decidió destituir a Pericles (lanzando algún tipo de acusaciones contra él, como solía ocurrir cuando un político dejaba de ser del agrado del pueblo) e incluso imponerle una multa. Después que Pericles abandonara su cargo, prácticamente no sucedió nada más, excepto la ansiada rendición de Potidea. Al ver que los otros políticos no dirigían mejor la guerra, los atenienses restablecieron en su puesto a Pericles en las siguientes elecciones. Pero entonces cayó víctima de la peste y murió.

Cleón y Diódoto: la sublevación de Mitilene (428-427 a. C.)

Uno de los motivos de que se aprobaran los decretos que excluían a Mégara de todos los puertos atenienses probablemente fuera el deseo de Pericles de dirigir la guerra, si es que realmente se producía, mientras pudiera hacerlo; en el momento de la aprobación de los decretos ya tenía unos sesenta años más o menos. Como, una vez desaparecido Pericles, la guerra siguió su curso, los atenienses se vieron obligados a evaluar de nuevo los méritos de su estrategia y elegir nuevos líderes. Al principio siguieron adelante con el plan consistente en evitar los combates de infantería, pero con el paso del tiempo cobraron ánimos y se enfrentaron a los peloponesios en el campo de batalla con resultado incierto. Nadie logró sustituir a Pericles como líder indiscutible del pueblo ateniense, pero uno de los nuevos políticos más populares fue Cleón (muerto en 422 a. C.).

Odiado por Tucídides y vilipendiado por Aristófanes, Cleón se ha presentado ante el juicio de la historia con una desventaja insuperable. El carácter del gobierno ate-

63. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 53.

FIGURA 8.2. Este retrato de Pericles, obra de Crésilas, contemporáneo suyo algo más joven, se conserva en la copia romana del original de bronce. Se decía que Pericles se ponía el casco para ocultar la forma irregular de su cabeza, que hacía que recordara al tirano Pisístrato.

niense experimentó un cambio notable durante la década de 420. Aunque no existían distinciones formales que diferenciaran a los ricos de los pobres o que separaran las clases sociales, hasta el estallido de la guerra los atenienses habían preferido que el poder político recayera en personajes de las viejas familias acaudaladas, como Cimón o Pericles. A partir de este momento, las cosas dejaron de ser así. Los ricos siguieron teniendo ventaja en las elecciones para el cargo de estratego, pero cada vez con más frecuencia individuos cuyos padres y abuelos habían hecho fortuna en los negocios recientemente empezaron a competir con hombres cuya familia llevaba viviendo de sus propiedades rústicas desde hacía generaciones. Por otra parte, en los debates políticos de los atenienses surgieron nuevos términos, como *dēmagōgós* y *dēmagōgía*, que aparecen por vez primera en los textos literarios que se nos han conservado en *Los caballeros* de Aristófanes, estrenada en 424 a. C. El término significa literalmente «dirigente del pueblo» —cosa que sin duda no tiene nada de malo—, pero a manos de algunos críticos con conciencia de clase, la palabra *dēmagōgós* pasó a designar al político calculador que manipula a los electores en su propio beneficio en vez de guiarse por el patriotismo o los principios. En realidad, sin embargo, no podemos saber con seguridad cuáles eran las motivaciones de la gente y, en ocasiones, la palabra simplemente refleja los prejuicios de clase del escritor que la usa. Tucídides dice que Pericles dirigía al pueblo

ateniense, no que se dejara dirigir por él. ¿Significa eso que Pericles fue también un demagogo?

Entre los individuos identificados como demagogos destaca Cleón. Aficionado a cultivar deliberadamente un talante antiaristocrático, Cleón era el propietario de un próspero negocio de curtidos, bastante tosco y de modales sencillos. Fue el primero de una serie de políticos atenienses destacados que se ganaron el respeto de la asamblea sin haber ocupado el generalato. Antes de Cleón, los políticos habían desempeñado siempre la *stretēgía* aunque, como Pericles, nunca se hubieran destacado excesivamente en el campo de batalla. Cleón, en cambio, que era un orador público de talento, se había convertido en un personaje influyente en vida de Pericles y probablemente fuera el político más poderoso de Atenas durante los años inmediatamente posteriores a la muerte de aquél (aunque nunca llegó a tener la estatura política de Pericles ni ejerció una autoridad semejante).

En 428, cuando ya se llevaban tres años de guerra, daba la impresión de que los atenienses iban a ganar. Aunque el asedio de Potidea había sido muy costoso, por lo menos había llegado a su fin. El almirante ateniense Formión había obtenido varias victorias navales en el noroeste, causando graves daños al comercio de Corinto. Los espartanos arrasaron Platea, pero en 429 se mostraron reacios a invadir el Ática a causa de la peste, y vieron frustradas sus esperanzas de recibir ayuda de Sicilia o de Persia. Quizá estuvieran a punto de rendirse. Pero en 428 recibieron buenas noticias. Cuatro de las cinco ciudades de la isla de Lesbos se habían sublevado contra el imperio de Atenas. Encabezada por Mitilene, la rebelión fue particularmente inesperada pues, junto con Quíos, Lesbos era uno de los dos miembros del imperio llamados autónomos, esto es, que, en vez de pagar en dinero el tributo que les correspondía, proporcionaban a la flota sus propias naves.

La rebelión recordaba la importante sublevación de Samos de 440, que se había extendido hasta Bizancio. La alianza de Atenas parecía a punto de venirse abajo, y los espartanos respondieron encantados a la solicitud de alianza y socorro enviada por los mitileneos. Pero la ayuda prometida nunca se materializó; los lacedemonios todavía no estaban preparados para una acción naval definitiva. Al año siguiente, el asedio ateniense logró su objetivo: los mitileneos se rindieron. La discusión mantenida en la asamblea ateniense acerca de la suerte de los rebeldes rendidos nos permite ver directamente por primera vez en las páginas de Tucídides la actuación de Cleón. Los atenienses votaron al principio ejecutar a todos los varones de Mitilene y vender a las mujeres y a los niños como esclavos, y enviaron una nave con órdenes en este sentido al general que estaba al mando de la isla, Paques. Al día siguiente, sin embargo, algunos ciudadanos cambiaron de idea y se abrió un nuevo debate. Cleón muestra una arrogancia presuntuosa en el tono despectivo con el que se dirige a su auditorio: «Muchas veces ya en el pasado he podido comprobar personalmente que una democracia es un régimen incapaz de ejercer el imperio sobre otros pueblos, pero nunca como ahora ante vuestro cambio de idea respecto a los mitileneos...» (III, 37). Ridiculiza a los atenienses por su carácter abierto y su flexibilidad y defiende una política de firmeza e intransigencia. Una ciudad con leyes peores, pero inmutables, es más fuerte que otra que las tiene buenas, pero sin autoridad. Su antiintelectualismo estudiado contrasta con el elogio de la deliberación y el debate que podemos apreciar en la oración fúnebre de Pericles, pronunciada tres años antes: los hombres más mediocres, dice Cleón, «gobiernan las ciudades mejor que los más inteligentes. Estos últimos, en efecto, quieren parecer más sabios que las leyes y salir siempre triunfantes en los debates públicos... y como

consecuencia de tal actitud acarrean de ordinario la ruina de sus ciudades» (III, 37). En otros aspectos, sin embargo, y a pesar de su tosquedad, Cleón es a todas luces el heredero de Pericles. «No consideráis», dice, «que vuestro imperio es una tiranía, y que se ejerce sobre pueblos que intrigan y que se someten de mala gana» (III, 37). Compárese con lo que decía Pericles en su último discurso: «Este imperio que poseéis ya es como una tiranía: conseguirla parece ser una injusticia, pero abandonarla constituye un peligro» (II, 63).

Diódoto, personaje por lo demás desconocido, se mostró en contra de seguir adelante con el plan inicial, exponiendo unos argumentos sumamente curiosos, basados en la psicología humana. Las medidas represivas —afirma— no son tan eficaces como suele creerse, pues los hombres que proyectan una empresa arriesgada, lo hacen con la esperanza de triunfar, no de fracasar en su intento. Por otra parte, asegura, no tiene ningún mérito matar a unos hombres que se han rendido, pues de ese modo se disuadiría a los rebeldes que en el futuro estuvieran dispuestos a rendirse. Hace entonces una observación muy aguda acerca de la dinámica del imperio:

> Actualmente el pueblo os es favorable en todas las ciudades, y o no participa en las rebeliones de los aristócratas o, si se ve forzado a ello, al punto se convierte en enemigo de los rebeldes, y vosotros entráis en guerra contando con la alianza de las masas populares de la ciudad que se os ha enfrentado.[64]

Aunque algunos tal vez pongan en entredicho la exactitud de las palabras de Diódoto, desde luego nos obligan a pensarnos dos veces la afirmación de Tucídides en el sentido de que el imperio ateniense era odiado por todos los habitantes de las ciudades sometidas.

La propuesta de Diódoto venció, y se envió una segunda nave para alcanzar a la primera. Los embajadores de Mitilene dieron raciones extra a los remeros y les prometieron una gran recompensa si llegaban a tiempo. Lo cierto es que los remeros del primer barco no llevaban ninguna prisa en anunciar la catástrofe que se avecinaba y el segundo navío logró llegar a Mitiline justo cuando se anunciaba la sentencia condenatoria. En vez de ejecutar a todos los varones y vender como esclavos a las mujeres y a los niños, los atenienses sólo mataron a los cabecillas de la revuelta, que al parecer eran más de mil.

La guerra continúa

Mientras tanto, la miseria y la muerte dominaban también en otros puntos de Grecia. Defraudados en sus aspiraciones de unir toda Beocia bajo el liderazgo de Tebas igual que Atenas había unificado al Ática, los tebanos odiaban a los plateos por la amistad que mantenían con los atenienses. En 427 persuadieron a los espartanos de que arrasaran Platea, matando a cuantos no se habían refugiado en Atenas. Al mismo tiempo se desencadenó en Corcira una encarnizada guerra civil. El conflicto fue tan sangriento y cruel que participaron en él ambos sexos, dedicándose las mujeres a arrojar tejas igual que habían hecho las mujeres de Platea al intentar rechazar la conquista de los tebanos en 431. Según dice Tucídides, la guerra que asolaba Grecia enconó aún más las tensiones existentes desde tiempo inmemorial entre los ciudadanos humildes,

64. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, III, 47.

que envidiaban la riqueza de la elite, y los aristócratas, que creían tener derecho por su nacimiento a llevar una vida de despilfarro, pues los primeros esperaban contar con la ayuda de Atenas y los segundos con la de Esparta. Fruto de todo ello fue una *stásis* («discordia civil») más generalizada y feroz que nunca. Tucídides describe el terror que se apoderó de Corcira cuando el partido democrático se hizo con el poder y los atenienses al mando de su almirante Eurimedonte, aliados del demos, no hicieron nada por impedir la carnicería. Para evitar la muerte a manos de los demócratas, algunos partidarios de la oligarquía

> se colgaron de los árboles y otros acabaron con sus vidas como pudo cada uno. Durante los siete días en que Eurimedonte, tras su llegada, permaneció en la isla con las sesenta naves, los corcireos asesinaron a aquellos de sus conciudadanos a los que consideraban enemigos; ... La muerte se presentó en todas sus formas y, como suele ocurrir en tales circunstancias, no hubo exceso que no se cometiera y se llegó más allá todavía. Los padres mataron a sus hijos, los suplicantes fueron arrancados de los templos y asesinados en sus inmediaciones, e incluso hubo algunos que fueron emparedados en el templo de Dioniso y murieron allí.[65]

Ya que estaban en el oeste de Grecia, los atenienses se trasladaron a Sicilia por varias razones: para socorrer a los aliados que tenían en la isla frente a las injerencias de Siracusa, para poner fin a las exportaciones de grano con destino al Peloponeso, y para tantear las posibilidades de incluir a Sicilia en su imperio. Sus planes, sin embargo, fueron frustrados por el carismático líder siracusano Hermócrates, que convenció a los sicilianos de que saldaran sus diferencias frente a la eventualidad de una invasión ateniense. Decepcionados por no haber conseguido más que poner una cabeza de puente en la isla, los atenienses destituyeron inmediatamente a Eurimedonte y le impusieron una multa, reservando el destierro como castigo a los otros dos estrategos que participaron con él en la expedición. Mientras tanto, Demóstenes (general que no debemos confundir con el famoso orador del siglo IV) sufrió un revés desastroso seguido de un gran éxito en el golfo de Ambracia. Demóstenes fue el hombre que concibió un proyecto que alteraría dramáticamente el equilibrio de la guerra y que podría haberle puesto fin si los atenienses no hubieran rechazado las propuestas de paz de los lacedemonios. En vista del temporal que se levantó frente a la costa occidental del Peloponeso, Demóstenes logró convencer a sus colegas de que se refugiaran en Pilos, patria legendaria de Néstor. La ciudad ocupa un promontorio que con la minúscula isla de Esfacteria forma una pequeña rada llamada hoy día bahía de Navarino. Demóstenes y sus hombres construyeron allí un pequeño fuerte.

Temerosos de que Esfacteria cayera en manos de los atenienses, los espartanos ordenaron regresar al ejército enviado a arrasar el Ática y apostaron 420 hoplitas en la isla. Cuando los atenienses derrotaron a los espartanos en una batalla naval, acorralando a los hoplitas en Esfacteria, el gobierno lacedemonio fue presa del pánico y envió una embajada a Atenas solicitando un armisticio. El número de los espartanos era tan exiguo que su gobierno estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de recuperar a los hoplitas, incluso a firmar una paz que no tuviera en cuenta los intereses de sus aliados. Siguiendo el consejo de Cleón, los atenienses rechazaron la propuesta, ya fuera por un exceso de confianza o porque temían las repercusiones de una paz demasiado precipi-

65. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, III, 81.

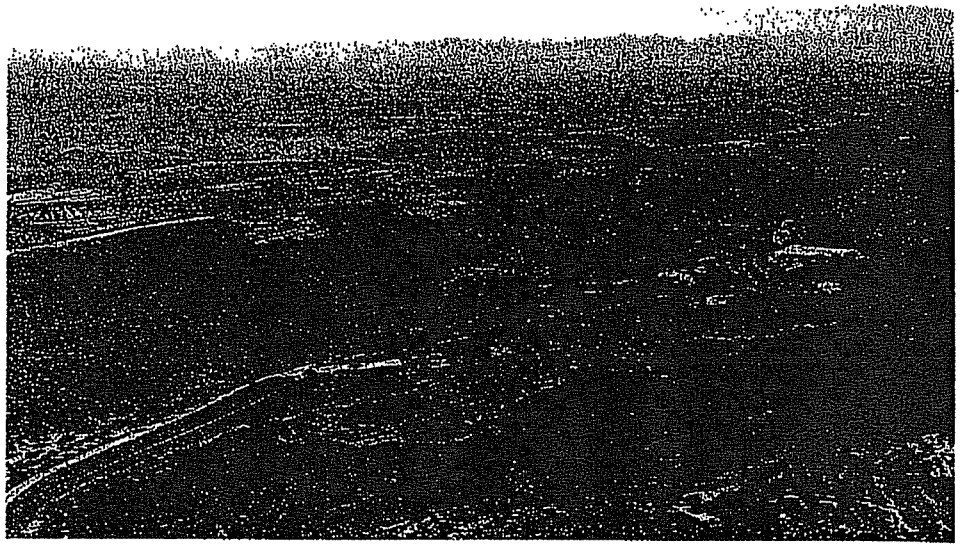


FIGURA 8.3. Pilos y Esfacteria en la actualidad.

tada que en último término excluía a algunos de los protagonistas del conflicto como Corinto o Tebas.

Los espartanos, por tanto, permanecieron en Esfacteria. Cleón, por su parte, empezó a hacer comentarios disparatados en torno a la incapacidad para capturarlos demostrada por los generales atenienses, e hizo blanco de sus críticas particularmente al respetado estratego Nicias. Hombre acaudalado y religioso, Nicias había impresionado a muchos atenienses con las cuantiosas sumas de dinero gastadas en las fiestas religiosas, y su principal apoyo eran los electores ricos y de talante más conservador, justo el tipo de hombres que despreciaban a Cleón. Señalando con el dedo a Nicias, según cuenta Tucídides, Cleón «dijo que con sus fuerzas sería bastante fácil, si los estrategos fueran hombres, hacerse a la mar y apresar a los lacedemonios de la isla, y que él sin duda ya lo habría hecho, de tener el mando» (IV, 27). Nicias sugirió inmediatamente que se concediera a Cleón un mando especial y que se trasladara a Pilos y capturara a los lacedemonios. Frente a lo que esperaban los atenienses de clase alta, el inexperto Cleón trabajó bastante bien en colaboración con Demóstenes, y para sorpresa de todos los griegos, independientemente de su clase social, los soldados espartanos se rindieron en vez de luchar hasta la muerte. Como durante los combates habían perdido la vida 128 peloponesios, los atenienses disponían ahora de 292 monedas de cambio con las que negociar el fin de la guerra. Los más valiosos eran los 120 espartiatas de pura sangre. Al ver su posición fortalecida por la posesión de rehenes, los atenienses decidieron seguir luchando y no firmar la paz. Probablemente fuera un error, pues cualquier paz que firmara Esparta con el fin de recuperar a sus hombres le habría enajenado la amistad de sus aliados y habría provocado la desintegración de la Liga del Peloponeso.

La presencia de los rehenes espartanos en Atenas puso fin a las invasiones anuales del Ática, pero la guerra no concluyó. Cada vez más seguros al ver que habían obligado a unos hoplitas espartanos a deponer las armas, los atenienses ocuparon el puerto megarense de Nisea y se apoderaron de la isla de Citera, situada frente a las costas de Laconia. Se trataba de dos operaciones navales que indudablemente Pericles habría aprobado, pero los atenienses empezaron a realizar experimentos que se apartaban substancialmente de la estrategia de Pericles, enfrentando a su infantería con la del enemigo en el campo de batalla. La contundente derrota sufrida a manos de los beocios en Delio en 424 aplacó los ánimos enardecidos por el triunfo alcanzado en Pilos; el filósofo Sócrates, que participó en la batalla, habría perdido la vida si no lo hubiera salvado uno de sus admiradores, el joven Alcibíades. Las pérdidas sufridas por los atenienses un poco más al norte fortalecieron la causa de los espartanos, aunque sus soldados siguieran cautivos en Atenas. Y es que los espartanos habían encontrado lo que les había faltado durante mucho tiempo, al menos desde la pérdida de Arquidamo hacia 427: un general carismático. Dotado de talento como orador y como estratega, Brásidas estuvo a punto de ganar la guerra para Esparta en la Calcídica, como Demóstenes y Cleón habían estado a punto de ganarla para Atenas en Pilos.

Brásidas y la Calcídica (424-422 a. C.)

El poder de Atenas en la Calcídica había sido siempre frágil, y no cabe duda de que el aumento del tributo votado por los atenienses en 425 intensificó el descontento tanto en esta zona como en otras. Cuando algunas ciudades de la Calcídica solicitaron ayuda a Esparta y se unió a ellas el rey de Macedonia Perdicas, aliado unas veces de Atenas y otras enemigo suyo, los espartanos enviaron rápidamente a la zona al emprendedor Brásidas. Una vez en la Calcídica, Brásidas logró convencer a las ciudades de Acanto, Estagira y Árgilo de la sinceridad del papel de Esparta como libertadora y de que se sublevaran contra Atenas, prometiéndoles que Esparta no interferiría para nada en su gobierno. (Aunque su elocuencia era muy grande, Tucídides insiste en que el temor a la presencia espartana fue también un factor determinante de estas rebeliones.)

Aunque Brásidas ya había hecho mucho por Esparta, todavía estaba por venir el premio más importante. Apoderarse de Anfípolis exigiría un esfuerzo algo mayor, pero Brásidas haría de esta fortaleza, tan querida por los atenienses, su principal objetivo, y de hecho logró que se pasara al bando espartano en menos de veinticuatro horas. Aterrorizados por la pérdida, los atenienses desterraron a uno de sus generales, que había fondeado frente a las costas de Tasos cuando se produjo la catástrofe: el historiador Tucídides. Los sucesos ocurridos en el norte aquella noche nevosa de diciembre serían determinantes para la forma que adoptara el relato de la guerra iniciado pocos años antes por Tucídides. Aunque le impidieran en adelante escuchar los discursos pronunciados en la asamblea ateniense y recoger los últimos rumores propalados en el ágora, permitieron que el autor, libre de responsabilidades cívicas y capaz acaso de inspirar más confianza a los extranjeros ahora que estaba a mal con el gobierno de su ciudad, dispusiera de fuentes no áticas más fiables. Tucídides da la impresión de conocer bien, por ejemplo, el pensamiento de Brásidas, y es posible que llegaran a conocerse personalmente.

La primavera siguiente (423) atenienses y espartanos firmaron un armisticio de un año que fue respetado en casi toda Grecia. Los disturbios continuaron en la Calcí-

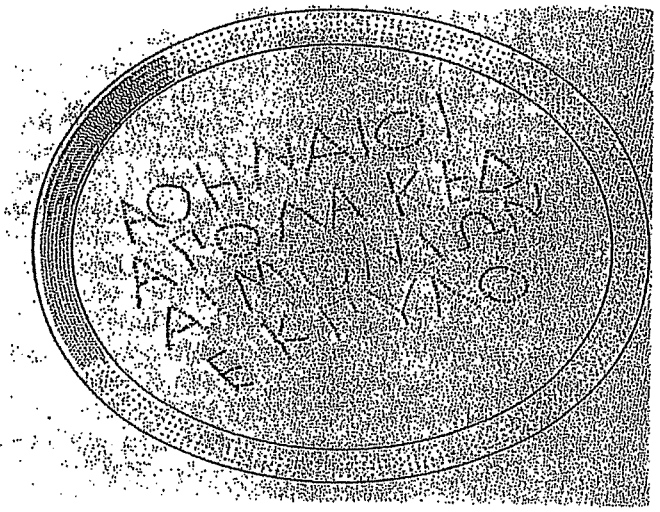


FIGURA 8.4. Este escudo de bronce descubierto en el ágora de Atenas lleva una inscripción que lo identifica como parte del botín obtenido en Pilos.

dica, donde la ciudad de Escíone se pasó a Esparta, probablemente antes de tener conocimiento de la tregua. Cuando en 422 concluyó el armisticio, sería en la Calcídica donde se reanudara el combtate. Cleón, que ahora venía siendo elegido general regularmente, se enfrentó a Brásidas en la batalla de Anfípolis, tras decidir no aguardar la llegada de los refuerzos de Perdicas, que había vuelto a pasarse al bando ateniense. Los generales griegos combatieron al frente de sus tropas y los dos, Cleón y Brásidas, perdieron la vida en la batalla.

La paz de Nicias y La Paz de Aristófanes (421 a. C.)

El camino de la paz quedó expedito con la muerte de los hombres que Aristófanes llamaba las manos del mortero de la guerra. Atenas y Esparta estaban exhaustas. La agricultura del Ática había sufrido un parón desastroso, lo mismo que el comercio entre la ciudad y el campo que constituía el fundamento de la vida de la polis, y los atenienses se sentían inquietos por el desorden que evidentemente reinaba en toda su esfera de influencia en el norte de Grecia. A Esparta le inquietaba seguir en guerra con Atenas ahora que estaba a punto de expirar la tregua de treinta años firmada con los argivos. Varios soldados espartanos habían muerto en cautividad en Atenas, y la población de Esparta estaba ansiosa por recuperar a los supervivientes. Ambos bandos estaban disgustados por haber tenido que contratar a tantos mercenarios para poder aguantar el ritmo de la contienda; lo consideraban un precedente poco aconsejable, y en cualquier caso sumamente costoso. No obstante, los otros actores de la escena diplomática —Corinto, Mégara y Beocia— tenían bastante menos que ganar en general con la paz (aunque también habían sufrido graves desastres con la guerra), y desde luego no ganaban nada en absoluto con la paz que atenienses y espartanos acordaron. De hecho, se negaron a firmarla. El problemático acuerdo denominado Paz de Nicias

(por el nombre del principal negociador ateniense, el viejo rival de Cleón) suponía en el fondo una victoria de Atenas.

No cabe duda de que las ansias de paz de muchísimos hombres y mujeres de toda Grecia se intensificaron durante los diez años de la Guerra de Arquidamo, pero, como suele ocurrir, nuestros conocimientos se refieren sobre todo a Atenas, de donde proceden la mayor parte de nuestras fuentes escritas. En 425, Aristófanes había estrenado *Los acarnienses*. Las obras cómicas se estrenaban en Atenas dos veces al año, con motivo de sendas fiestas en honor de Dioniso. Como en los concursos de tragedias, se presentaban a concurso obras de varios autores, pero aunque conocemos los nombres de otros comediógrafos y poseemos fragmentos de sus obras, sólo se han conservado piezas completas de Aristófanes. Pese a sus chistes obscenos y escandalosos, las obras de Aristófanes muestran también un profundo amor por la vida campesina, una nostalgia de los tiempos sencillos, y un sobrio compromiso con la paz. Aunque su genio cómico no tiene igual, sus valores probablemente fueran los mismos que los de su comunidad; la decisión de conceder un coro para el montaje de una obra dependía de los magistrados de la ciudad, y los premios eran concedidos por un jurado de ciudadanos.

El protagonista de *Los acarnienses*, Diceópolis («Ciudad justa»), es un campesino gruñón del demos de Acarnas, al norte de Atenas. El enojo de Diceópolis no va dirigido contra los enemigos invasores, sino más bien contra los políticos atenienses que desean proseguir la guerra. El demos de Acarnas había sido arrasado año tras año por los peloponesios, y Diceópolis, al ver frustradas sus esperanzas de conseguir una paz general, decide firmar su propia paz particular con Esparta. En 421, cuando se veía próximo el fin de la guerra, Aristófanes escribió *La paz*; en el momento de su estreno, el acuerdo estaba a punto de hacerse realidad. En esta obra, que parodia una tragedia perdida de Eurípides, Aristófanes muestra al protagonista, Trigeo, dirigiéndose a lomos de un escarabajo pelotero gigante a la mansión de Zeus (efecto escénico realizado mediante una grúa) para preguntarle por qué desea destruir a Grecia a través de la guerra. Una vez en el palacio de Zeus, Hermes le comunica que los dioses están irritados por las rencillas infantiles surgidas en uno y otro bando. Probablemente al público no le gustara del todo el reparto equitativo de culpas que hace Hermes. Según él,

> vosotros preferíais dedicaros a la guerra, aunque los dioses a menudo
> hicieran treguas. Y si los laconios
> obtenían una pizca de ventaja, se ponían a decir:
> «¡Por los dos dioses! ¡Ahora esos atiquitos nos las van a pagar!»
> Y si vosotros cosechabais algún éxito, vencedores del Ática,
> y se presentaban los laconios a hablar de paz,
> decíais: «¡Nos quieren engañar,
> por Atenea! ¡Por Zeus, no son de fiar!
> ¡Si seguimos en Pilos, no tardarán en volver».[66]

A continuación dice que la Guerra tiene cautiva a la Paz en una gruta y que ha comprado un mortero enorme en el que piensa machacar a todas las ciudades griegas, para lo cual ha enviado a su esclavo, el Tumulto, en busca de una buena mano de morte-

66. Aristófanes, *La paz*, 211-219.

ro. Éste, sin embargo, se ha enterado de que Atenas y Esparta han perdido a las suyas, Cleón y Brásidas, por lo que hay cierta esperanza de que libere a la Paz.

Por último, Trigeo convence a Hermes de que le ayude a organizar el rescate de la Paz. No se trata de una tarea sencilla, pues es muy difícil que todos los griegos tiren a la vez de la cuerda, aun contando con la ayuda de los dioses, pero al final sus esfuerzos se verán coronados por el éxito. Las bendiciones que traerá la Paz son alabadas en términos que reflejan las preocupaciones de los labradores atenienses que asistían a la representación:

TRIGEO ¡Escuchadme, gentes! Que los labradores cojan los aperos de labranza y se vuelvan al campo cuanto antes, sin lanza ni espada ni pica. Pues toda esta tierra rebosa de la rica paz. Pero que todo el mundo cante un peán y se vaya bailando a trabajar al campo.

CORO ¡Oh día anhelado por los hombres honrados y por los labradores! ¡Al verte me regodeo pensando que voy a ver de nuevo a mis queridas vides, y las higueras que planté de joven![67]

De hecho, los términos de la paz firmada debían ser respetados durante cincuenta años. Atenas mantenía el imperio que poseía al comienzo de la guerra; el tratado contenía la expresión «los atenienses y sus aliados». Esparta debía devolver Anfípolis, mientras que Atenas estaba obligada a abandonar Pilos y Citera y a liberar a todos los prisioneros de guerra. Pese a la enorme cantidad de dinero y vidas humanas que había costado, Atenas había conseguido su objetivo bélico: los espartanos no habían sido capaces de destruir su imperio. Sin intentarlo apenas, Atenas había conseguido en gran medida debilitar la Liga del Peloponeso. Después de diez años de guerra agotadora, Esparta había visto muy mermados el número de sus ciudadanos y su prestigio, y además estaba a punto de perder a sus aliados.

Irritada porque el imperio ateniense no había sufrido ningún daño sustancial y porque seguían en sus manos dos ciudades de la costa occidental de Grecia, Solio y Anactorio, Corinto se negó a firmar la paz. Mégara no estaba dispuesta a firmar un acuerdo que permitiera a Atenas retener Nisea, como preveían los espartanos. Los beocios, a los que sacó de quicio la orden de entregar a los atenienses la fortaleza fronteriza de Panacto, no sólo se negaron a firmar el tratado, sino que prefirieron demoler Panacto antes que devolverla. La desintegración de la Liga del Peloponeso habría resultado muy útil para los atenienses si se hubieran respetado los términos del tratado de paz ateniense-espartano. Cuando Argos decidió no renovar su tratado con Esparta y ésta reaccionó firmando precipitadamente una alianza de cincuenta años con los atenienses, la posición de Atenas parecía envidiable. Pero, a la hora de la verdad, quedó patente que Esparta había confiado demasiado en su capacidad de dominar a sus aliados, incluso a los más débiles. Los anfipolitas, por ejemplo, después de enterrar a Brásidas con gran pompa y de decidir honrarlo como a su fundador, borrando la memoria del ateniense Hagnón, que anteriormente había disfrutado de su honor, se negaron a reintegrarse en el imperio ateniense. En contrapartida, Atenas retuvo Pilos. Se perdió así la ocasión de que se produjera una alianza efectiva entre los dos estados más poderosos de Grecia. Probablemente por suerte para los antiguos aliados de Esparta. Aunque Atenas y Esparta no se

67. Aristófanes, *La paz*, 551-558.

agredieran directamente, los años siguientes se caracterizaron por el aumento de la tensión y, a juicio de Tucídides, la Paz de Nicias fue una falsa paz, un intermedio de lo más inquietante previo a la reanudación de las hostilidades.

Entre la paz y la guerra

Los hechos demostrarían que los miles de personas muertas durante la Guerra de Arquidamo habían perdido la vida en vano. El breve interludio de paz no logró resolver los problemas de los años anteriores; y además comprometió las esperanzas del futuro. La convicción de que los espartanos los habían traicionado al no respetar los términos de la Paz de Nicias probablemente constituyera la causa primordial de la aversión que en el futuro sentirían los atenienses a negociar otra paz con su rival. Aunque los atenienses y los espartanos que querían la paz la deseaban ardientemente, habrían de hacer frente a unas fuerzas formidables que se oponían a ella.

Excluidos en la práctica de la paz de 421, los aliados más poderosos de Esparta constituían una seria amenaza a la paz en Grecia. También planteaban un serio peligro algunos personajes de los estados hegemónicos. Dos éforos, Cleobulo y Jénares, colaboraron con los corintios y los beocios para atraer a Argos al bando espartano y prepararon la escena para la continuación de la guerra. En Atenas, las ambiciones de un famoso personaje tuvieron unas repercusiones importantes sobre el curso de los acontecimientos futuros. Por regla general, suele ser peligroso atribuir a los individuos notables un papel demasiado importante en la definición del curso de la historia. A veces, sin embargo, un determinado personaje parece tener una responsabilidad extraordinaria en el giro que toman los acontecimientos. Tal fue el caso de un impetuoso aristócrata ateniense, Alcibíades. Estratego por vez primera en 420, Alcibíades tenía pocas esperanzas de hacerse un nombre en un mundo en paz. Su futura gloria dependería de la desintegración de aquella frágil paz. Para Alcibíades, en mayor medida que para cualquier aristócrata griego del montón, una vida sin gloria no era digna de ser vivida.

Alcibíades, aristócrata renegado

Alcibíades tenía tres años cuando murió su padre y se crió en casa de Pericles, pariente suyo. Apuesto, ingenioso, atlético, encantador y sensual, fue cortejado por muchos admiradores de uno y otro sexo. Su carácter disoluto y su modo de vida espectacular dieron lugar a numerosas anécdotas, y Plutarco cuenta varios episodios de su vida que ilustran la diferencia entre el carácter responsable de Pericles y la veleidad de su irreverente sobrino. Siendo ya mayorcito, parece que

> quiso en una ocasión visitar a Pericles y llamó a su puerta; mas se le informó de que no se hallaba desocupado, sino que estaba viendo cómo dar cuentas a los atenienses, y entonces se retiró diciendo: «¿Pues no sería mejor ocuparse en ver cómo no darlas?»[68]

A Alcibíades nunca le gustaron las normas. Entre sus pasiones estaban su maestro, Sócrates, la cría y las carreras de caballos, y por supuesto la competición en todas sus

68. Plutarco, *Alcibíades*, 7.

formas, por las buenas o por las malas. Su acaudalada familia (cuyo árbol genealógico incluimos en el Capítulo 6, cf. Figura 6.10) tenía ramificaciones en el extranjero y, pese al parentesco que lo unía con Pericles, su abuelo había sido *próxenos* —el individuo encargado de representar los intereses de otro estado en el suyo— de Esparta en Atenas. A las alianzas familiares con las que contaba por su nacimiento, añadió otra por su matrimonio con Hipárete, hija de Hiponico, que pertenecía a una de las familias más notables de Atenas.

Al principio pareció que el interés de Alcibíades en reactivar la guerra iba a quedar en nada. Aunque Élide y Mantinea se integraron en la alianza que Atenas había formado con Argos, Esparta logró derrotar a la nueva coalición en el campo de batalla, obteniendo una victoria definitiva en Mantinea en 418 a. C., y también consiguió limar las asperezas con sus antiguas aliadas, Corinto y Beocia, restaurando así en la práctica la Liga del Peloponeso. Mientras tanto, las tensiones se agravaron entre los aspirantes al liderazgo en Atenas. El ostracismo podría haber puesto fin a la rivalidad existente entre Alcibíades y Nicias, el halcón y la paloma, pero parece que ambos fueron presa del pánico y movilizaron a sus partidarios para que votaran al tercero en discordia, Hipérbolo.

Político perteneciente a la clase cada vez más importante de los hombres de negocios, como Cleón, parece que Hipérbolo fue un orador eficaz, partidario, lo mismo que Cleón, de la política imperialista, aunque no se sabe mucho más de él. Con el tiempo, los atenienses se escandalizarían del modo en que se llevó a cabo la votación y no volverían a celebrar más ostracismos. El hecho de que el ostracismo constituía en realidad una especie de honor se pone de relieve en la afirmación de Plutarco en el sentido de que la indignidad de Hipérbolo fue lo que precipitó su abolición; se debe, al parecer, a un poeta cómico de la época el siguiente comentario irónico: «El individuo merecía desde luego semejante destino, pero el destino no merecía a semejante individuo». Vistas las cosas desde la actualidad, resulta imposible determinar si el disgusto de los atenienses por el resultado del ostracismo se debió a la insignificancia política de Hipérbolo o a sus orígenes sociales; todas las víctimas del ostracismo de principios de siglo pertenecían a familias aristocráticas. En cualquier caso, los atenienses recurrieron en adelante a una estrategia distinta y mucho menos original para garantizar el control democrático del gobierno. Más o menos por esta época empezaron a utilizar la *graphē paranómōn* («acusación de proposición anticonstitucional») para castigar a los políticos que presentaban propuestas que iban en contra de las leyes vigentes. No obstante, lo mismo que el ostracismo, este procedimiento se utilizó a menudo con fines políticos, hecho que por lo demás no tiene nada de sorprendente si tenemos en cuenta que, al no existir una constitución escrita o una declaración de derechos, sólo un juicio —en último término básicamente subjetivo— podía determinar qué nuevas leyes estaban en armonía con las antiguas y cuáles no.

La destrucción de Melos (416 a. C.)

Los años siguientes estuvieron marcados por los conflictos surgidos en la propia Atenas y por el caos reinante en el Peloponeso. Argos cambió de aliados más de una vez, y Alcibíades y Nicias contaron con apoyo suficiente para ser elegidos estrategos para 417-416. De estos años tan turbulentos destaca una inquietante expedición naval

ateniense, inmortalizada por Tucídides en algunas de las páginas más famosas de su obra. En 416, probablemente instigados por Alcibíades, los atenienses decidieron someter a su dominio a la pequeña isla de Melos, la única de las Cícladas que se había mantenido al margen de la alianza y que, por lo tanto, técnicamente había permanecido neutral durante la guerra, aunque había entregado una pequeña suma de dinero a Esparta para contribuir al esfuerzo bélico. Al ser una colonia espartana, Melos acabó inclinándose del lado peloponesio, pero Atenas y Esparta ya no estaban en guerra y Melos no tenía significación estratégica alguna. No está muy claro qué podía ganar Atenas con la sumisión de Melos aparte de la satisfacción de dar una lección a los melios; lo cierto es que los atenienses enviaron unas naves a la isla con la orden tajante de que sus habitantes se integraran en la alianza. La esperanza de recibir ayuda de Esparta hizo que los melios rechazaran la propuesta ateniense. Pero la ayuda de Esparta no se materializó y en castigo por su insumisión los atenienses mataron a todos los varones adultos de la isla y vendieron como esclavos a las mujeres y a los niños.

Este modo de tratar al enemigo no era una cosa rara entre los griegos; precisamente es lo que en 421 hicieron los atenienses con los habitantes de la rebelde Escíone. Pero los melios no eran enemigos de Atenas. Es evidente que el episodio causó una honda impresión a Tucídides, que decidió incluir en su obra una escalofriante reproducción de las conversaciones mantenidas entre los melios y los atenienses, el único diálogo continuo que aparece en su historia. Melos era una pequeña isla situada en un lugar apartado. ¿Cómo llegó Tucídides a conocer con tanta precisión lo que allí dijeron unos y otros? En realidad no tuvo conocimiento de nada. El pasaje conocido con el nombre de «Diálogo de Melos» nos muestra al historiador experimentando una forma de expresión artística más próxima al drama que a la historia.

Tucídides no fue el único ateniense de su época que utilizó su talento literario para mostrar los horrores de la guerra y analizar sus corrosivos efectos sobre la moralidad de la gente. La primavera siguiente (415 a. C.) Eurípides presentó ante el público de Atenas su dolorosa tragedia titulada *Las Troyanas*. Nadie podría poner en duda con un mínimo de seriedad que este exquisito y triste drama, ambientado en Troya después de la caída de la ciudad, tenía por objeto mostrar los horrores de la guerra en general y los de ésta en particular. El espectro de la esclavización de las esposas, hermanas e hijas de los héroes troyanos y la ejecución del pequeño Astianacte, el hijo de Héctor, arrojado desde lo alto de las murallas de la ciudad, recordaban con demasiada claridad los acontecimientos recientes; muchos de los asistentes a la representación de la obra habían participado en la matanza de los melios. La obra se convertía así en una profecía de lo que estaba a punto de suceder.

La invasión de Sicilia (415-413 a. C.)

Mientras que un pequeño grupo de ciudadanos se reunía a diario para ensayar los inquietantes coros del doloroso drama de Eurípides, una gran mayoría se ocupaba de los preparativos de la expedición militar más importante de la historia de Atenas. Durante el invierno de 416-415 a. C., la tentación se había presentado ante la asamblea ateniense en la figura de los embajadores de la ciudad siciliana de Egesta, vieja aliada de Atenas. Su petición de ayuda frente a su vecina Selinunte proporcionó a los partidarios de la guerra, como Alcibíades, el trampolín que necesitaban. En su enfrentamiento

con Egesta, Selinunte contaba con el apoyo de Siracusa, la ciudad más poderosa de Sicilia y colonia de Corinto. La expansión del poderío siracusano en Sicilia era vista con buenos ojos por los enemigos de Atenas, y la petición de los egesteos despertó el interés de los individuos ansiosos de novedades. Pericles ya había advertido a sus conciudadanos que cualquier intento de expandir su imperio habría echado por tierra sus posibilidades de ganar la guerra, pero ya hacía mucho tiempo que Pericles había muerto y su estrategia había fenecido con él. Ante el apasionamiento con el que Alcibíades defendía prestar pleno apoyo a Egesta y las manifestaciones igualmente apasionadas de Nicias en contra de la intervención en Sicilia, los atenienses llegaron a una solución de compromiso de lo más curioso. Decidieron enviar a Alcibíades a la isla con una gran fuerza expedicionaria, pero acompañado de otros dos estrategos, Lámaco, general experimentado, y el propio Nicias, cuya presencia esperaban que sirviera de contrapeso a la precipitación de Alcibíades.

Lo cierto es que todo lo que hubiera podido salir mal en la empresa siciliana salió efectivamente mal. La previsión de que la prudencia de Nicias habría contrarrestado el carácter impulsivo de Alcibíades resultó particularmente errónea. Además, poco antes de que zarpara la expedición, se produjo en Atenas, a consecuencia de una extraña gamberrada nocturna, un escándalo de extraordinarias magnitudes relacionado con la religión y la política. A las puertas de las casas y los templos de la ciudad solía haber unas imágenes religiosas llamadas hermes, una especie de pilares con la cabeza y el falo en erección del dios Hermes. Se creía que daban buena suerte y que protegían del peligro. Una mañana, poco antes de que la expedición se hiciera a la mar, los atenienses se despertaron y encontraron mutilados casi todos los hermes de la ciudad.

Las diferencias culturales nos impiden comprender del todo por qué los atenienses reaccionaron ante aquel sacrilegio con tanto terror y creyeron que respondía a una conspiración tramada para derrocar el gobierno, pero eso fue exactamente lo que ocurrió. Aunque fueron muchos los personajes castigados por el hecho, nunca ha llegado a determinarse con seguridad la responsabilidad de la trama. Puede que fuera obra de una o varias de las organizaciones llamadas *hetaireíai*. Esas heterías, pandillas de jóvenes de la alta sociedad, a menudo de tendencias oligárquicas, que se reunían para beber, desarrollaban diversas actividades sociales y políticas. Los demócratas las consideraban siniestras y potencialmente desleales.

Como es de suponer, fueron muchos los dedos que señalaron a Alcibíades, precisamente el tipo de personaje irreverente capaz de meter a sus compañeros de francachela en semejante empresa, independientemente de que pertenecieran a una hetería o no. Las acusaciones de que Alcibíades había escenificado una representación burlesca de los misterios de Eleusis, violando sus secretos y parodiándolos en presencia de no iniciados, no hicieron sino echar más leña al fuego. Como contaba con un apoyo sólido entre los marineros de fortuna reclutados para ir a Sicilia, Alcibíades solicitó prudentemente que se le juzgara de inmediato, antes de que zarpara la flota. Pero sus adversarios aguardaron a que la expedición se hiciera a la mar para presentar los cargos.

La escuadra que los atenienses enviaron a Sicilia era absolutamente desproporcionada en relación con las dimensiones o la importancia del objetivo que perseguía. Estaba formada por 134 trirremes y 130 barcos de víveres, en total más de 25.000 hombres. Docenas de buques mercantes decidieron acompañar a la flota, con la esperanza de obtener beneficios comerciales. Una muchedumbre de ciudadanos y extranjeros se congregaron a la orilla del mar para vitorear a la escuadra, que Tucídides califica como la

más costosa que se hubiera hecho a la mar hasta el momento desde una sola ciudad y con fuerzas griegas. La trompeta tocó silencio y un heraldo pronunció las plegarias de rigor. En la cubierta de todos los navíos, oficiales y representantes de la marinería hicieron libaciones a los dioses en vasos de oro y plata. La tripulación entonó el peán y, una vez concluidas las libaciones, levaron anclas; primero salieron del puerto en columna, pero luego hicieron una regata hasta Egina. Desde allí se dirigieron a Corcira a reunirse con el resto del ejército aliado.

De los muchos que embarcaron rumbo a Sicilia, fueron pocos los que regresaron. Los atenienses recibieron menos apoyo de las ciudades de Sicilia y del sur de Italia del que esperaban, y resultó que incluso los egesteos no tenían todos los recursos que habían dicho poseer. Se descubrió que a los legados enviados a Egesta se les hizo creer que la ciudad era rica, cuando en realidad era bastante pobre. Tucídides cuenta cómo los egesteos alojaron a la tripulación de las naves atenienses en sus hogares, haciendo acopio de la mayor cantidad de vasos de oro y plata que pudieron encontrar en la ciudad y en otras poblaciones vecinas, y presentándolos en los banquetes celebrados en su honor como si fueran propiedad de la familia:

> Y como por lo general todos se servían de las mismas [copas] y se veía por todas partes una gran abundancia de ellas, el hecho causó un gran efecto a los atenienses de las trirremes, que, al llegar a Atenas, esparcieron la noticia de que habían visto muchas riquezas. Así, aquellos que, después de ser engañados ellos mismos, habían convencido del engaño a los demás, cuando se difundió la nueva de que en Egesta no había tales riquezas, fueron muy criticados por los soldados.[69]

Además, los tres generales no se pusieron de acuerdo en cuanto al plan de acción a seguir. Nicias pretendía dirigirse a Selinunte, reconciliarla con Egesta, y a continuación regresar a Atenas. Alcibíades prefería establecer alianzas con otras ciudades de Sicilia, mientras que el plan de Lámaco probablemente fuera el mejor: atacar inmediatamente a Siracusa antes de que la ciudad pudiera organizarse bien y recuperarse del susto provocado por la llegada de los atenienses a la isla. Al ver que su propuesta, pese a ser la mejor, no contaba con el apoyo necesario, Lámaco decidió prestar el suyo al plan de Alcibíades. Los generales gastaron casi un año en realizar pequeñas escaramuzas, aunque Alcibíades no pasó demasiado tiempo en la isla. Después de abandonar Atenas, sus enemigos presentaron oficialmente una acusación de sacrilegio contra él, y una de las dos naves oficiales del estado, la Salaminia, se presentó en Sicilia para conducirlo a Atenas. Tras recibir permiso para seguir a la Salaminia en su propio barco, Alcibíades escapó a Turios y de allí pasó al Peloponeso, donde se puso al servicio de Esparta aconsejando a la vieja enemiga de su patria la mejor forma de acabar con su poder. En el invierno de 415-414, cuando se presentaron en Esparta los embajadores de Siracusa y Corinto solicitando la ayuda de los lacedemonios para la campaña de Sicilia, Alcibíades les advirtió que Atenas planeaba conquistar Sicilia e Italia, atacar Cartago, y a continuación dirigirse al Peloponeso. Les aconsejó que, si querían evitar que Atenas se apoderara de todo el mundo griego, enviaran un general espartano a Sicilia.

Mientras tanto, Nicias y Lámaco ocuparon la meseta de las Epípolas, situada al oeste de Siracusa, y empezaron a construir un muro de circunvalación de norte a sur con la

69. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, VI, 46.

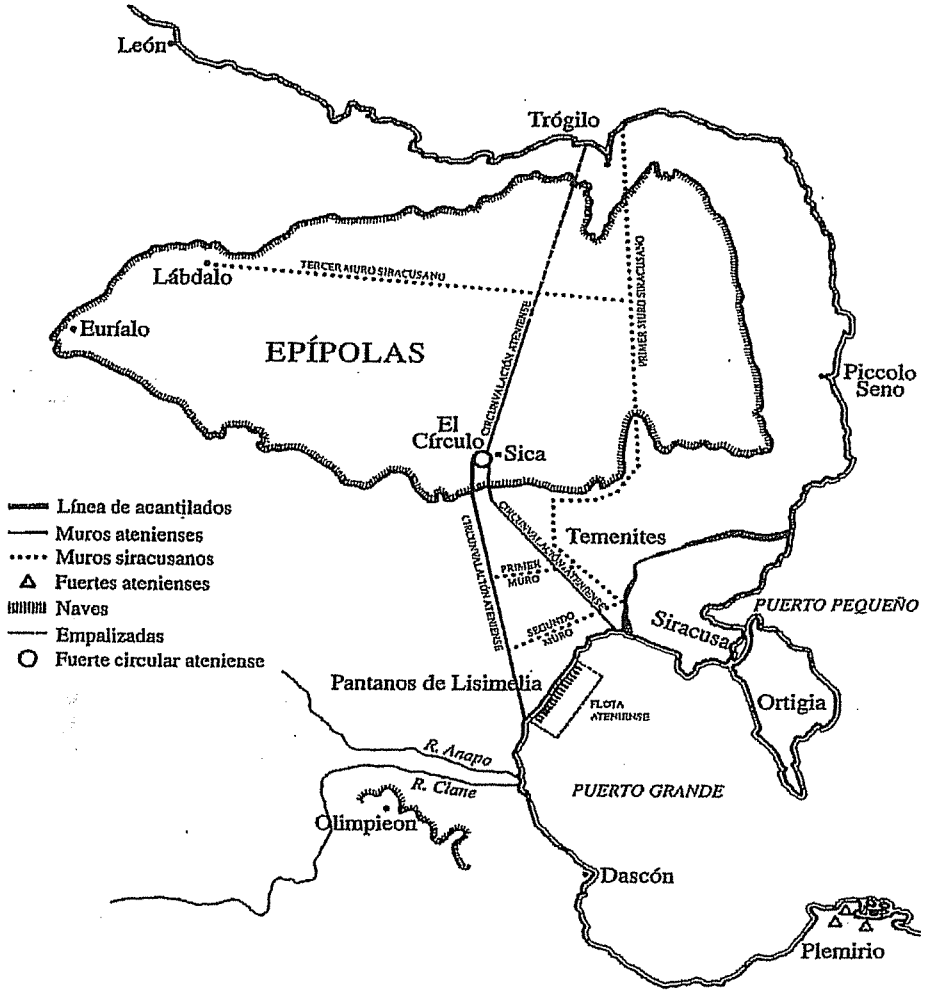


FIGURA 8.5. Diagrama de Siracusa y Epípolas.

idea de someter a la ciudad a un bloqueo. Pero en las luchas que se desencadenaron a continuación contra los siracusanos perdió la vida Lámaco, quedando así el mando únicamente en manos de Nicias. Al principio, el anciano general llevó bien la situación, logrando entrar con la flota en el puerto de Siracusa y creando así la posibilidad de someter a la ciudad a un bloqueo eficaz, pero los espartanos estaban decididos a evitar que los atenienses se apoderaran de Sicilia. Aunque el número de los espartiatas de pura sangre había disminuido mucho, no les faltaba pericia y los refuerzos que se presentaron en Siracusa iban al mando de Gilipo, un general de talento perteneciente a la

nueva clase de los *móthakes*, que eran en unos casos hijos de padre espartano y madre ilota, y en otros hijos de espartanos empobrecidos que no podían contribuir a las comidas en común y por lo tanto no estaban en condiciones de pertenecer al grupo de los «iguales». La llegada de Gilipo y sus refuerzos cambió drásticamente la situación. Gilipo escaló las Epípolas a través de un acceso que los atenienses habían dejado desguarnecido, precisamente el mismo que ellos habían utilizado unos meses antes. Además, los siracusanos construyeron una circunvalación de contrabloqueo que echó prácticamente por tierra los planes de acorralarlos que tenían los atenienses.

Nicias sufría una grave dolencia de riñón y solicitó a los atenienses que lo sustituyeran, pero éstos se negaron. Convencido de que la situación era desesperada, intentó disuadirles de la utilidad de seguir en Sicilia en una extensa carta a la asamblea en la que afirmaba que sólo unas fuerzas tan grandes como las de la primitiva expedición habrían tenido posibilidades de éxito. Para desesperación de Nicias, los atenienses enviaron a Demóstenes al mando de los refuerzos solicitados. Cuando éste llegó a la isla con una segunda escuadra y sufrió un serio revés en las Epípolas, propuso inmediatamente comenzar la retirada. Temeroso de actuar sin la autorización de la asamblea, Nicias insistió al principio en permanecer en la isla. No obstante, cuando se enteró de que Gilipo había reunido más tropas procedentes de toda Sicilia y de que además había recibido nuevos refuerzos del Peloponeso, cambió de parecer. Pero en ese momento los temores religiosos volvieron a interferir en la esfera profana. Según dice Tucídides,

> hallándose a punto de partir, estando ya todo preparado, hubo un eclipse de luna, pues había luna llena. La mayoría de los atenienses pidieron, llenos de terror, que los generales aplazaran la marcha; y el propio Nicias, que era excesivamente dado a los presagios y cosas semejantes, declaró que ni siquiera deliberaría sobre la posibilidad de ponerse en marcha antes de esperar tres veces nueve días, como los adivinos prescribían. Por esta razón demoraron su partida los atenienses y permanecieron en Sicilia.[70]

Al enterarse de que los atenienses proyectaban retirarse, los siracusanos atacaron sus naves y cerraron la salida del puerto. Se desencadenó una cruenta batalla, en la que cerca de doscientas naves se vieron obligadas a maniobrar en un espacio estrechísimo. El griterío hacía imposible oír las órdenes de los timoneles.

Ante la imposibilidad de huir por mar, los atenienses decidieron escapar por vía terrestre, abandonando a los enfermos y a los heridos. Cerca de 40.000 hombres emprendieron la trágica marcha, con los siracusanos pisándoles los talones. Nicias y Demóstenes se separaron; los siracusanos alcanzaron primero a Demóstenes, que se rindió con la esperanza de salvar las vidas de sus hombres. A continuación los siracusanos dieron alcance al ejército de Nicias.

Documento 8.1 Tucídides, en un alarde de su mejor técnica narrativa, describe el fracaso definitivo de la aventura ateniense en Sicilia.

> Cuando se hizo de día, Nicias se puso en marcha; y los siracusanos y sus aliados les atacaban, siguiendo la misma táctica, arrojando desde todas direcciones proyectiles y

70. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, VII, 50.

dardos. Los atenienses apretaban el paso hacia el río Asinaro, de una parte porque al ser acosados por los múltiples ataques de una numerosa caballería y de las restantes tropas, creían que si atravesaban el río estarían en mejor situación; y de otra, por causa de sus sufrimientos y por la sed. Cuando llegaron al río, se precipitaron en él sin guardar ya orden alguno, sino que tanto ellos, al intentar cada uno atravesarlo el primero, como el enemigo con su acoso, hacían difícil el cruce; pues al verse forzados a marchar muy apretados caían unos sobre otros y se pisoteaban, y por efecto de los dardos y el restante equipo militar unos perecían y otros, no pudiendo levantarse, eran arrastrados por la corriente. Además los siracusanos, colocándose a lo largo de la otra orilla del río, que era escarpada, lanzaban armas arrojadizas contra los atenienses, los más de los cuales bebían con ansia y por causa del encajonamiento del lecho del río se llenaban de desorden; y los peloponesios, bajando, mataban sobre todo a los que se hallaban en el río. El agua se ensució inmediatamente, pero la bebían igual aunque llevaba sangre al tiempo que lodo, y los más se la disputaban.

Finalmente como los muertos yacían ya en gran número unos sobre otros en el río y el ejército estaba destrozado —una parte en el río, y los que huían, por la caballería—, Nicias se entregó a Gilipo, confiando más en él que en los siracusanos; y le dijo que él y los lacedemonios hicieran con él lo que quisieran, pero que pusieran fin a la matanza de los soldados. Gilipo ordenó entonces que los hicieran prisioneros; y concentraron vivos a los que quedaban, salvo los que escondieron para sí (que fueron muchos) y enviando un destacamento que persiguiera a los trescientos que habían burlado la guardia durante la noche, los hicieron prisioneros. ... Además, hubo una parte no pequeña que murió; pues fue ésta una matanza muy grande y no inferior a ninguna de las de la guerra.[71]

Los siracusanos celebraron su victoria enviando a Delfos ricas ofrendas a Apolo. Los atenienses, por su parte, habían perdido decenas de miles de hombres para nada. El resultado de la campaña fue tan espantoso que al principio se negaron a creer las funestas noticias que llegaron a la ciudad. Según Plutarco, los primeros rumores del desastre llegaron a Atenas a través de un forastero que desembarcó en el Pireo y, entrando en la tienda de un barbero, comenzó a hablar de lo sucedido como de algo ya sabido de todos: el barbero, asustadísimo, recorrió a toda prisa los ocho quilómetros que separan el Pireo de Atenas, donde refirió lo que le habían contado. Cuando le estaban aplicando el tormento por considerarlo un forjador de embustes que trataba de afligir a la ciudad, llegaron unos mensajeros que confirmaron la tragedia. Como escribiría más tarde Tucídides, «fue la ruina total de sus tropas de tierra, de su flota y de todo lo demás» (VII, 87).

En Atenas los partidarios de la guerra no estaban tan locos como para creer que sus tropas iban a conseguir poner a Sicilia bajo su dominio. De haber sido mejor dirigida, la campaña podría haber sido un éxito. Pero la ambigüedad de los atenienses respecto a la empresa y a los generales encargados de dirigirla resultó fatal. Aunque la mutilación de los hermes no fuera previsible, la desconfianza que inspiraban la irreverencia y la vida disoluta de Alcibíades, conocidas de todo el mundo, suponía una desventaja tremenda —y perfectamente previsible— para los partidarios de la guerra. La timidez de Nicias constituía en gran parte una característica de su personalidad, y a ella debe achacarse en buena parte el funesto fracaso de la expedición. No obstante, su temor a actuar sin la autorización de la asamblea se vio agudizado por el procesamiento de que habían sido víctimas varios generales por sus fracasos durante la década de 420: los tres generales que dieron al traste con la primera expedición a Sicilia, o el propio Tucídides. Aunque los errores de juicio de Nicias tenían muy poco que ver con la forma de gobierno existente en Atenas, los aristócratas, que nunca habían sentido el menor entusiasmo por la democracia, encontraron en el fracaso de la invasión de Sicilia una excusa para fomentar sus programas oligárquicos, y no tardarían en lanzar una campaña de agitación antidemocrática.

71. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, VII, 84-85.

La guerra en el Egeo y el golpe oligárquico en Atenas (413-411 a. C.)

La derrota de los atenienses en Siracusa sorprendió al mundo griego tanto como su victoria en Maratón. El mito de la superioridad naval que había mantenido cohesionada a la Liga de Delos se hizo añicos. Las fuerzas de combate de Atenas eran muy inferiores a las que tenía en 431. El dinero escaseaba; hasta entonces había venido nombrándose un trierarco para cada nave, pero poco después del desastre de Sicilia los atenienses introdujeron la sintrierarquía, en virtud de la cual dos individuos podían costear conjuntamente los gastos que acarreaba armar una nave. Para los súbditos de Atenas, la sublevación se convirtió enseguida no sólo en una opción, sino en una tentación muy fuerte. ¿Acaso no era más prudente hacerse amigos de Esparta cuando parecía a punto de obtener la victoria que aguardar a que los acontecimientos siguieran su curso? Alcibíades surcaba los mares en nombre de Esparta fomentando la rebelión allí donde podía. Mientras tanto en el Ática, unos veinte mil esclavos desertaron y se pasaron al rey espartano Agis, que, a instancias de Alcibíades, había establecido su cuartel general en Decelia, en el nordeste del Ática. La fuga de los esclavos de las minas obligó a interrumpir las extracciones de plata, y las tropas acampadas en Decelia siguieron causando graves perjuicios a la agricultura ateniense. Ahora los lacedemonios podían arrasar el Ática todo el año, matando a los animales domésticos que encontraban y manteniendo a la ciudad en constante estado de sitio. Al ver la victoria a su alcance, los espartanos cobraron nuevas alas, emprendieron la construcción de una nueva flota de cien trirremes, y empezaron a negociar el apoyo de los persas.

Aunque parezca increíble, Esparta tardó ocho años en poner a Atenas a sus pies, ocho años durante los cuales los atenienses, debilitados por la tremenda catástrofe de Sicilia, sobrevivieron a la pérdida de la gran isla de Eubea, situada frente a las costas del Ática, y a un golpe de estado oligárquico en la propia ciudad. La historia de estos ocho años está plagada de cambios de alianzas, conspiraciones y contraconspiraciones, asesinatos y mentiras. En la propia Atenas, la línea divisoria entre demócratas y oligárquicos está muy borrosa, pues los principales actores de la escena política van y vienen de un partido a otro, y aparece un nuevo tipo de personaje, el «moderado», esto es, el político cuyos motivos para mantener un pie en cada bando resultan a menudo imposible entender: cada vez es más difícil diferenciar el patriotismo sincero del oportunismo y la ausencia de principios. Los espartanos estaban divididos respecto a si era lícito o no negociar la libertad de los jonios a cambio del oro persa. Los persas no sabían a qué partido apoyar, si es que pretendían apoyar a alguno. Alcibíades siguió siendo un comodín, capaz de cambiar de postura para adaptarse a la situación internacional en constante cambio, y para escapar de la ira de Agis, a cuya esposa, al parecer, sedujo en un

rapto de imprudencia. Las alternativas de la lucha cambiaban constantemente. En 413 Atenas parecía acabada; pero en 410 los lacedemonios pedían la paz. Atenas consiguió una victoria aplastante en 406 para perder la guerra en 404 (en realidad en 405).

La discordia civil en Atenas

El estallido de energía peloponesia que se produjo a raíz de la derrota de Atenas en Sicilia fue muy efímero. Los espartanos no tardaron en volver a su indolencia natural. Su falta de entusiasmo les habría hecho perder aquella oportunidad única, de no ser por el vigoroso dinamismo de Alcibíades y por las tensiones que se desencadenaron en Atenas, cuando la infantería hoplítica y la elite aristocrática se enfrentaron a los *thētes* que componían la tripulación de la armada.

Tras los enfrentamientos de Clístenes e Iságoras, Atenas se había visto libre del peligro de guerra civil durante casi un siglo. El desastre de Sicilia, sin embargo, dio alas a los aspirantes a oligarcas que deseaban remodelar el gobierno con arreglo a unas líneas menos democráticas. Los primeros rumores de descontento fueron poco perceptibles, pero no por ello menos ominosos: en 413 a. C. los atenienses pusieron la toma de decisiones en manos de un colegio de diez ancianos llamados *próbouloi*. Pese al carácter antidemocrático de la institución, algunos de esos probulos eran hombres con unas credenciales democráticas intachables; uno de ellos fue el poeta Sófocles. Los atenienses echaron mano a las reservas de emergencia que venían almacenándose en la Acrópolis desde el comienzo de la guerra para reconstruir la flota y contratar y entrenar a nuevas tripulaciones. Gracias a los nuevos barcos lograron evitar que Quíos abandonara el imperio y cosechar algunas victorias en la costa de Asia Menor.

Sin embargo, el descontento iba en aumento, al tiempo que los individuos de tendencias oligárquicas aprovechaban la inquietud de los atenienses por la incapacidad de ganar la guerra que habían demostrado los líderes democráticos. Las maquinaciones de Alcibíades constituyeron el catalizador que propició un cambio de gobierno más profundo. Alcibíades había prestado un servicio extraordinario a Esparta fomentando la rebelión de diversas ciudades de la Liga, entre ellas Eritras, Rodas, Éfeso, Quíos y Mileto. Pero tras indisponerse con Agis —no sabemos si por una supuesta aventura con la esposa de éste o por cualquier otro motivo—, empezó a intrigar para regresar a Atenas. La entrada en escena de Persia le proporcionó el trampolín que necesitaba. Durante los años que siguieron a la derrota ateniense en Sicilia, la política persa en Grecia no sería diseñada directamente por el rey, Darío II, sino por los sátrapas de la costa, Farnabazo (sátrapa de Dascileon) en el norte, y Tisafernes (sátrapa de Sardes), al sur.

En particular Tisafernes tenía un vivo interés por los asuntos de Grecia y por la cultura griega en general. Al principio se inclinó por Esparta, y de hecho negoció varios tratados con esta polis en virtud de los cuales los lacedemonios, a regañadientes, pero de manera inequívoca, se avenían a vender la libertad de las ciudades griegas de Jonia a cambio del oro de los persas. De ese modo quedaron desenmascaradas las pretensiones de los espartanos, que se presentaban a sí mismos como los libertadores de Grecia. Atraer el interés de Persia hacia su bando (aunque sólo fuera de manera dudosa) fue prácticamente lo único que consiguió Esparta durante estos años, e incluso eso tendrían que agradecérselo a Alcibíades. Pero poco después, el propio Alcibíades convenció a Tisafernes de que a Persia le convenía más dejar que Esparta y Atenas se agotaran

solas. Cuando el apoyo de Tisafernes a la causa espartana empezó a tambalearse, Alcibíades hizo saber a Atenas que tenía en sus manos la posibilidad de involucrar a los persas en la guerra poniéndolos de su parte, pero que ese apoyo dependía de que cambiaran el gobierno democrático por otro de carácter oligárquico. Naturalmente él sólo estaba dispuesto a intervenir si se le permitía regresar a su patria.

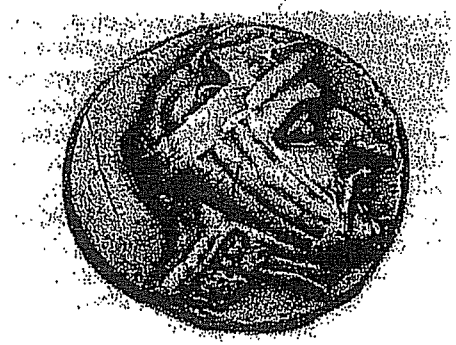


FIGURA 8.6. Esta moneda helenizante acuñada por Tisafernes revela el afán del persa por identificarse con la cultura griega.

No es muy probable que Alcibíades creyera realmente que podía convencer a Tisafernes de inyectar dinero en el tesoro ateniense, aunque tampoco es del todo imposible. En cualquier caso no lo consiguió, pero para cuando quedó patente que el apoyo persa que prometía era una mera ilusión, ya se había puesto en marcha el engranaje destinado a cambiar el gobierno de Atenas y a permitir el regreso de Alcibíades. Una muestra de hasta qué punto había perturbado a los atenienses la duración de la guerra es el hecho de que en 411 la asamblea, en parte por el temor de unos y en parte por la desmoralización de otros, aprobó su disolución y puso la salvaguardia del estado en manos de un nuevo consejo provisional de cuatrocientos miembros que, según estaba previsto, debía dar paso inmediatamente a un organismo más amplio de cinco mil miembros. Aunque la guerra había socavado la confianza del pueblo en el gobierno democrático, la votación sólo fue posible debido a la ausencia de la flota, fondeada a la sazón en Samos; pues es de suponer que los marineros, en su mayoría hombres pobres, se habrían opuesto a cualquier reforma que significara una limitación de los derechos de ciudadanía a los propietarios de bienes raíces.

Experimentos oligárquicos

Ninguna de las ideas de los reformadores era completamente nueva. Muchos creían que Solón había creado un Consejo de los Cuatrocientos —desde luego dicho organismo databa aproximadamente de su época— y, según se pensaba, los Cinco Mil debían pertenecer a la clase de los hoplitas. Los marineros tenían toda la razón para sentirse alarmados ante semejante proyecto. Lo que realmente estaba en juego era la pérdida de los derechos de ciudadanía de la clase más baja del censo de Solón, los *thētes*. El concepto de «democracia hoplítica» había sido el ideal de Cimón, y desde luego no era éste el único que abrigaba semejante deseo. A partir de este momento, muchos atenienses de tendencias antidemocráticas empezaron a utilizar una nueva consigna, «la constitución ancestral», es decir, una democracia limitada a los propietarios de bienes raíces que, según ellos, era más genuinamente ateniense que la democracia plena que incluía a los pobres que servían como remeros en la flota. El debate, que se había considerado zanjado en 508 tras la victoria de Clístenes sobre Iságoras, volvía así a salir a la palestra.

Como solía ocurrir en la Antigüedad, los revolucionarios atenienses presentaron su programa como un regreso a los viejos tiempos. Los probulos eran hombres de edad; los dos únicos cuya identidad conocemos eran Hagnón, el socio de Pericles, que tenía ya más de cincuenta años, y el dramaturgo Sófocles, que contaba más de ochenta. Si los ancianos eran buenos consejeros, los muertos eran todavía mejores; por eso los descontentos con la democracia apelarían con frecuencia a los nombres de Solón, Dracón y Clístenes, y afirmarían que pretendían restaurar un gobierno más genuinamente ateniense que el que habían conocido en sus tiempos. Así, pues, durante la oligarquía de 411, el reloj dio marcha atrás y se abolió la remuneración de la mayoría de los cargos estatales. Aunque la medida sirviera para concentrar los recursos financieros en los gastos de guerra, supuso también la consiguiente limitación de la participación en las tareas de gobierno de cuantos no podían permitirse el lujo de perder el tiempo en realizar trabajos no remunerados. Los Cuatrocientos entraron en el *Bouleuterion*, el lugar donde se reunía el consejo, portando armas y rodeados de otros 120 individuos, pagaron a los consejeros el dinero que se les debía, y los destituyeron. Su gobierno despótico se vio además facilitado por la suspensión de la *graphē paranómōn*, esto es, la acusación de inconstitucionalidad de una ley.

Así, pues, en aquellos momentos había dos gobiernos atenienses, la oligarquía de los Cuatrocientos en la ciudad y el de la flota democrática estacionada en Samos, que funcionaba como la asamblea. Convencidos de que eran el verdadero gobierno ateniense, los marineros de Samos depusieron a los generales existentes y nombraron otros nuevos, entre ellos el trierarco Trasibulo, defensor de la democracia. Los que siempre habían sospechado de la malquerencia de Alcibíades por la constitución democrática demostraron que tenían razón. El aristócrata no sólo había aconsejado directamente la introducción de innovaciones constitucionales; sino que además indirectamente las había puesto en práctica fomentando la sublevación de diversas ciudades de Oriente, circunstancia que obligó a la flota democrática a permanecer lejos de Atenas. Pero Alcibíades no sólo había recibido el apoyo del bando antidemocrático. Trasibulo fue precisamente uno de los demócratas que lo apoyaron, y poco después de que éste llegara a Samos, Alcibíades fue elegido estratego.

En Atenas, mientras tanto, la posición de los Cuatrocientos se vio socavada por la existencia de dos poderosas facciones en su propio seno. Unos deseaban seguir adelante con la guerra a toda costa, pero prevaleció la opinión de los que sostenían la postura contraria, y se envió una embajada a Esparta solicitando la paz a cualquier precio. Además, unos esperaban que se pusiera inmediatamente en vigor el gobierno de los Cinco Mil, mientras que otros sabían que no era más que una ficción destinada a conseguir la autodisolución de la asamblea. Empezaron entonces a correr rumores entre la flota de Samos de que los Cuatrocientos ejercían un gobierno de terror, que no había mujer ni niña que se librara de sus ultrajes. Parece que en ese momento Alcibíades se puso a la altura de todo un estadista y convenció a los marineros indignados de que no se dirigieran precipitadamente a Atenas a derrocar a los Cuatrocientos. Su marcha habría dejado Oriente a merced de los numerosos enemigos de Atenas, y por lo demás su intervención en la ciudad resultó innecesaria, pues los propios Cuatrocientos se encargaron de destruirse a sí mismos.

La idea de que la política exterior de Atenas habría funcionado mejor bajo un gobierno oligárquico sufrió un serio revés cuando se demostró que la paz con Esparta no se materializaba y que además Eubea se sublevaba y lograba separarse del imperio ateniense. Los hoplitas a los que los Cuatrocientos habían encargado fortificar el promontorio de Etionia, en el Pireo, se amotinaron e inmediatamente entregaron el poder a los Cinco Mil. Permitieron el regreso de los desterrados, entre ellos Alcibíades, y gobernaron Atenas durante ocho meses, desde septiembre de 411 hasta junio de 410. No se sabe mucho acerca de este gobierno, aunque, según parece, limitaron el derecho de ciudadanía a la clase de los hoplitas (excluyendo de ella a los *thētes* que constituían la tripulación de las trirremes). Tucídides, que a menudo muestra su descontento con la democracia, alaba el gobierno de los Cinco Mil diciendo que era una mezcla encomiable de elementos democráticos y oligárquicos.

La energía de los atenienses fue notable, como demuestran la reconstrucción de su flota y la continuación de la guerra a pesar de los graves conflictos internos. Tras la victoria de Cinosema, los atenienses, al mando de Alcibíades, cosecharon un éxito aún más sorprendente en Cízico, donde los espartanos perdieron al almirante de su escuadra, Míndaro. La batalla se hizo célebre por el despacho «lacónico» enviado a Esparta que los atenienses interceptaron: «Las naves están perdidas; Míndaro pereció; los hombres están hambrientos; no sabemos qué hacer». (Es famosa también por ser el primer enfrentamiento importante de la guerra que no cuenta Tucídides: su relato se interrumpe poco después de Cinosema. A partir de este momento, nuestras principales fuentes son Jenofonte y Diodoro.) Las victorias de Oriente se consiguieron gracias a la colaboración de los Cinco Mil en Atenas y de la flota de Samos, y en el mes de junio fue restaurada formalmente la democracia en la ciudad. Algunos líderes de los Cinco Mil siguieron en el poder con la democracia. Entre ellos cabría citar a Terámenes, el hijo de Hagnón, que, al parecer, supo hacerse con un buen sitio en todas las circunstancias. No obstante, la animosidad y las sospechas no desaparecieron así como así, y uno de los primeros actos oficiales de la democracia restaurada fue obligar a todos los ciudadanos a prestar un juramento de lealtad en los siguientes términos: «Daré muerte tanto de palabra como de obra, tanto con mi voto como con mi propia mano, en la medida de lo posible, a quien destruya el régimen democrático que en Atenas hay. También, si alguien desempeñara alguna magistratura en lo sucesivo, una vez destruido ese régimen, igual que si se levantara en armas con vistas a ejercer la tiranía, o coadyuvara a instalar en el poder a un tirano. Por otra parte, si le diera muerte otro, consideraré que es persona de toda piedad a los ojos de los dioses y deidades todas» (Andócides, *Sobre los misterios*, 97).

Los lacedemonios pidieron la paz a la democracia restaurada, pero sólo sobre la base del status quo. Que los atenienses habían recobrado la confianza en sí mismos queda patente en el hecho de que rechazaron la propuesta. Debemos atribuir un papel importante en esta decisión a Cleofonte. Experto en el diseño de proyectos financieros, desempeñó un papel clave en la elaboración de la política de su tiempo y fue responsable de la conversión de las fincas de los templos en dinero, que se distribuyó entre los más necesitados a razón de dos óbolos diarios. Más tarde, muchos atenienses lamentarían haber rechazado la oferta de los espartanos, pero de momento daba la impresión de que iban a poder recuperar las posesiones perdidas.

Los últimos años de la guerra (407-404 a. C.)

En 407, sin embargo, la unión de dos hombres poderosos modificó radicalmente la situación en el Egeo. Alcibíades no era el único griego dotado de encanto. El nuevo na-

varco (jefe de la escuadra espartana), Lisandro, era *móthax* como Gilipo, pero mucho más ambicioso que él. Logró ganarse el corazón (y probablemente también el cuerpo) del joven Agesilao, hermanastro de Agis. Una hazaña tan notable presagiaba un futuro prometedor, y efectivamente empezaron a correr rumores de que Lisandro planeaba convertir la monarquía espartana en electiva. Darío, mientras tanto, destituyó a los dos sátrapas de la costa y puso en su lugar a su hijo Ciro, concediéndole amplios poderes para ayudar a Esparta a concluir la guerra. Aunque no era el primogénito, Ciro esperaba llegar un día a ser rey de Persia, y asumió sus nuevas responsabilidades con entusiasmo. Lisandro y Ciro tenían en común un temperamento profundamente ambicioso, y no tardaron en hacerse amigos. En último término, su unión precipitó el hundimiento de Atenas.

En 407 Alcibíades, tras reunir cien talentos para Atenas saqueando la costa de Caria, decidió que ya era hora de regresar a su patria. Su caso no podía ser más extraordinario: era un hombre con tantos amigos que fue elegido estratego un año tras otro, pero al mismo tiempo tenía tantos enemigos que temía pisar el suelo del Ática. Incluso cuando su barco atracó en el Pireo en el mes de junio, permaneció paralizado en el puente observando a la multitud que se había congregado en el puerto hasta que divisó a un grupo de amigos que habían venido a escoltarlo. Sólo entonces se atrevió a desembarcar. Poco después, con la esperanza de levantar los ánimos de los atenienses y al mismo tiempo de desvanecer las sospechas de impiedad que seguía despertando su persona, presidió la procesión oficial a Eleusis, atreviéndose a trasladarse hasta allí por tierra: desde la ocupación de Decelia, los atenienses realizaban prudentemente la procesión por mar. En otoño se trasladó a Oriente al mando de cien naves, con plenos poderes para dirigir la guerra contra Esparta.

Su influencia, en cualquier caso, fue particularmente breve. En cuestión de meses, los atenienses perdieron veintidós naves a manos de Lisandro en un enfrentamiento naval frente a las costas de Notio, donde Alcibíades dejó a su comandante, Antíoco, con la orden tajante de no atacar a los lacedemonios bajo ningún concepto. Antíoco, amigo personal de Alcibíades, probablemente no estaba capacitado para ocupar un cargo de tanta autoridad, pues no era trierarco, y a Alcibíades tampoco le habían salido demasiado bien las cosas; pero la violencia de la reacción ateniense demuestra que sus enemigos habían seguido atizando los ánimos en contra suya. La carrera de Alcibíades en Atenas llegó a su fin. Tenemos la seguridad de que no volvió a ser elegido estratego y lo más probable es que fuera destituido antes de que concluyera su mandato. Corrieron rumores de que había construido una plaza fuerte en la península de Gallípoli para refugiarse en ella en caso de emergencia. Cuando se produjo dicha emergencia, se retiró a esa fortaleza y no volvió a pisar Atenas.

Esa misma primavera, los atenienses prometieron la libertad a los esclavos que se alistaran en la flota que estaba a punto de zarpar para Lesbos. Allí cosecharon una victoria impresionante en una gran batalla naval frente a las islas Arginusas, hundiendo setenta y cinco naves peloponesias. Perdieron la vida cerca de veinte mil griegos, entre ellos el navarco (almirante en jefe) de la escuadra espartana, Calicrátidas, otro *móthax* que había sucedido en el cargo a Lisandro, pues el mandato anual no era renovable. Patriota noble y generoso, Calicrátidas representaba a la mejor juventud de Esparta, a aquellos que estaban dispuestos a arriesgar sus vidas para impedir que los imperialistas atenienses tiranizaran a los más débiles, y que pretendían hacerlo sin la ayuda de Persia, mientras que Lisandro representaba a los peores elementos de su ciudad. Calicrátidas

combatió siempre valerosamente, aunque no le gustaba demasiado el imperialismo cada vez mayor de Esparta, y supo conservar la lealtad de sus hombres frente a las constantes maquinaciones de Lisandro contra su persona. Su pérdida no auguraba nada bueno para el futuro del mundo griego.

Después de la batalla se produjo un curioso fenómeno de autodestrucción. Aunque su victoria en las Arginusas levantó el ánimo de los atenienses, sabían que su almirante, Conón, se hallaba acorralado con su escuadra en Mitilene. Mientras los estrategos discutían si emprendían la búsqueda de los marineros de las naves que se habían hundido o si se dirigían a Mitilene a socorrer a las tropas de Conón, se desató una tempestad que hizo totalmente imposible intentar el salvamento de los náufragos. Cuando llegaron a Atenas las noticias de las bajas sufridas, empezaron a echarse las culpas unos a otros. Los estrategos acusaron a los trierarcos Terámenes y Trasibulo, y los trierarcos a los estrategos. No está claro si los marineros de las naves hundidas estaban vivos o muertos, pero para los griegos incluso la recuperación de los cadáveres era muy importante, pues las almas de los que permanecían insepultos estaban condenadas a andar eternamente errantes por el Hades, sin hallar reposo en ninguna parte. Los ocho generales fueron llamados a Atenas para ser sometidos a juicio, y seis de ellos decidieron regresar a la ciudad. En flagrante violación del procedimiento acostumbrado —y pese a las protestas del filósofo Sócrates, al que correspondió presidir la asamblea aquel día—, los generales fueron juzgados todos a la vez, condenados y ejecutados. Irónicamente, a la muerte de sus hijos legítimos, Pericles había suplicado a la asamblea ateniense que concediera la ciudadanía a los hijos que había tenido con Aspasia, y precisamente uno de los generales ejecutados fue Pericles el Joven.

La batalla final

Una vez más, los espartanos pidieron la paz sobre la base del status quo (aunque estaban deseando evacuar Decelia); pero una vez más los atenienses siguieron los consejos de Cleofonte y se negaron. El tiempo, sin embargo, se estaba agotando, lo mismo que las reservas de individuos de talento... y de dinero. Daba la impresión de que la próxima gran batalla iba a ser la última función de Atenas, y efectivamente lo fue. A finales del verano de 405, Lisandro, haciendo buen uso de los subsidios recibidos de su amigo Ciro, tomó por asalto la ciudad de Lámpsaco, en el Helesponto, con casi doscientas naves y estableció una base en ella. En el mes de agosto, los generales atenienses Conón y Filocles anclaron su escuadra a unas dos millas del canal de Egospótamos. Dándose cuenta de que la posición de los atenienses era muy vulnerable, Alcibíades salió de su fortaleza y les aconsejó irse de allí, pero los estrategos no hicieron caso de su advertencia. Cuando ambas escuadras llevaban ya cinco días ocupando la misma posición, Lisandro dio la señal de ataque aprovechando que la tripulación de las naves atenienses había bajado a tierra a buscar provisiones. Los espartanos capturaron 171 barcos y su infantería arrasó el campamento ateniense. Como es natural, la negligencia de los estrategos dio lugar a que empezaran a circular rumores de traición. Sólo lograron escapar unas pocas naves atenienses, una de ellas la *Páralos*, una de las trirremes oficiales, y otra la de Conón. Recordando la suerte corrida por los generales que obtuvieron la victoria en las Arginusas, Conón se refugió en Chipre y no regresó a Atenas hasta que logró obtener una victoria sobre los espartanos en Cnido en 394, diez años después de que acabara la guerra.

Lisandro convocó entonces una reunión de los aliados para preguntarles cuál pensaban que era el trato que debía darse a los prisioneros. Según dice Jenofonte, las alegaciones presentadas en contra de los atenienses fueron muy numerosas y a cual más grave:

> Allí entonces se presentaron muchas acusaciones contra los atenienses; a saber, lo que ya habían hecho en contra de las leyes y lo que habían votado hacer, si vencían en la batalla: cortar la mano derecha de todos los prisioneros; también que apresaron dos trirremes, una corintia y otra andria, y arrojaron por la borda a todos sus hombres, y Filocles era el estratego ateniense que hizo perecer a éstos. Le acusaron de muchas más cosas y se decidió condenar a muerte a todos los prisioneros atenienses, excepto a Adimanto, porque sólo él censuró en la asamblea el decreto de cortar las manos; además fue acusado por algunos de intentar entregar las naves. Lisandro, después de preguntar primero a Filocles [el que arrojó a los andrios y corintios] qué merecía sufrir por haber comenzado a violar las leyes establecidas para los griegos, lo decapitó.[72]

La victoria de los espartanos en Egospótamos supuso para Atenas quedar aislada de su principal fuente de aprovisionamiento de grano; para asegurarse de que no se producían filtraciones, Lisandro anunció que castigaría con la muerte a quien fuera descubierto llevando grano a Atenas. Lisandro era consciente de que la guerra se había acabado, y los atenienses tampoco tardarían mucho en darse cuenta de ello, pues la *Páralos* estaba ya de camino a Atenas con la funesta noticia. La nave llegó por la noche y, cuando se anunció la desgracia, dice Jenofonte, «un gemido se extendió desde el Pireo a la capital a través de los Muros Largos, al comunicarlo unos a otros, de modo que nadie se acostó aquella noche, pues no lloraban sólo a los desaparecidos, sino mucho más aún por sí mismos» (II, 2,1). A finales del otoño, Lisandro zarpó victorioso rumbo al Pireo. Durante la travesía aceptó la rendición de los antiguos aliados de Atenas y sustituyó sus gobiernos democráticos por oligarquías respaldadas por Esparta. Se aseguró de agravar la escasez reinante en Atenas animando a las guarniciones atenienses a regresar a su ciudad. Samos permaneció fiel a Atenas, en recompensa de lo cual la asamblea decidió en un acto sin precedentes conceder la ciudadanía a todos los samios. Agis, que con la ocupación de Decelia había desempeñado un papel importante en el bloqueo de Atenas, se dirigió inmediatamente a las murallas de la ciudad, donde se reunió con Pausanias, el otro rey de Esparta. Aterrorizados y hambrientos, los atenienses no sabían qué hacer. «Pensaban que no había salvación ninguna», dice Jenofonte, «salvo sufrir lo que ellos hicieron, no por vengarse, pues habían maltratado a hombres de pequeñas ciudades por insolencia y no por otra causa más que porque eran aliados de los lacedemonios» (II, 2,10).

El carácter mudable de la fortuna había sido siempre un tópico de la literatura griega, y los atenienses congregados en 415 en el teatro habían tenido la oportunidad de contemplar la crueldad de las alternativas de la guerra en *Las Troyanas* de Eurípides. La reina de Troya dice: «No consideréis feliz a nadie de los poderosos hasta el momento de su muerte» (*Las troyanas*, 509-510). Esta idea, que recuerda muy de cerca las palabras que dice Solón a Creso en el relato admonitorio de Heródoto, vuelve a desarrollarse en otro pasaje de la obra, en el que Hécuba subraya la locura de los que creen que su dicha es segura:

72. Jenofonte, *Helénicas*, II, 1.31-32.

> Estúpido es el mortal que se alegra creyendo que tiene éxito. La fortuna con sus caprichos —como un demente— salta de un lado a otro. Nunca tiene suerte el mismo hombre.[73]

Al final Atenas se salvó. Los tebanos, los corintios y otros aliados de los espartanos, propusieron hacer a los atenienses lo mismo que ellos habían hecho a los melios, es decir, matar a todos los varones adultos y vender como esclavos a las mujeres y a los niños. Los espartanos rechazaron la propuesta alegando los grandes servicios prestados a Grecia por Atenas durante las Guerras Médicas. La brutalidad del carácter de Lisandro hace pensar que probablemente el verdadero motivo fuera el vacío de poder que previsiblemente habría querido ocupar Corinto o —más probablemente— Tebas.

La primera oferta de los atenienses consistía en unirse a la Liga del Peloponeso si se les permitía conservar los Muros Largos y el Pireo, y a instancias de Cleofonte se aprobó un decreto por el que se prohibía proponer cualquier acuerdo que comportara el derribo de las murallas. No obstante, a comienzos de la primavera —cuando ya eran muchos los que habían muerto de hambre y Cleofonte había sido ejecutado a raíz de las falsas acusaciones presentadas por los oligarcas—, los atenienses aprobaron el acuerdo negociado por Terámenes según los términos impuestos por los lacedemonios: Atenas no sólo debía convertirse en aliada de Esparta, sino que debía derribar los Muros Largos y las fortificaciones del Pireo, y entregar todas sus naves, excepto doce. Debía permitirse además el regreso de los desterrados, en su mayoría individuos de tendencias oligárquicas. Las murallas fueron desmanteladas, dice Jenofonte, al son de las flautas con gran celo, «pues creían que aquel día comenzaba la libertad para la Hélade» (II, 2, 23). Pero la actuación de los espartanos no presagiaba nada bueno para la libertad. Su disposición a entregar a los jonios a los persas y el establecimiento de oligarquías pro-espartanas en las ciudades que habían pertenecido al imperio ateniense eran malos indicios, y aún faltaba por llegar lo peor.

Repercusiones de la prolongación de la guerra

Como ya hemos visto, algunos individuos que no pertenecían a la aristocracia de más rancio abolengo podían enriquecerse a veces por medio de la industria, como, por ejemplo, Cleón, cuya familia poseía un taller de curtidos. También es cierto, sin embargo, que la tendencia a mantener la propiedad de la tierra en el seno de la familia restringió mucho la movilidad social en Grecia, imitando las posibilidades del individuo de mejorar su suerte. La frustración de los pobres desembocó a menudo en la aparición de la *stásis*, situación en la que los pobres normalmente favorecían a la democracia y los ricos a la oligarquía, aunque entre los partidarios de la primera siempre había algún aristócrata, como ocurrió, por ejemplo, con Pericles y Clístenes en Atenas. La tendencia natural de las ciudades-estado griegas a la lucha de facciones y a la discordia civil se vio intensificada durante la guerra. Como cabe suponer, su interés por la naturaleza humana y el afán de poder caracterizan el interés de Tucídides por esta situación, que encarna en la descripción que hace de los acontecimientos ocurridos al comienzo de la guerra.

73. Eurípides, *Las Troyanas*, 1204-1206.

Documento 8.2 En uno de los pasajes más memorables de su *Historia*, Tucídides aprovecha los sangrientos sucesos ocurridos en Corcira durante la década de 420 para comentar cómo las tres décadas de guerra agravaron los conflictos existentes en el seno de la polis.

> Pues más tarde todo el mundo griego, por así decir, fue presa de la agitación, y por doquier las discordias civiles oponían a los jefes del partido popular, que querían llamar en su auxilio a los atenienses, y a los oligarcas, partidarios de los lacedemonios. En tiempos de paz no hubieran encontrado pretexto ni se hubieran atrevido a solicitar su apoyo, pero, al estar en guerra y existir una alianza a disposición de ambas partes, tanto para quebranto de los contrarios como, a la vez, para beneficio propio, fácilmente se conseguía el envío de tropas en auxilio de aquellos que querían efectuar un cambio político. Muchas calamidades se abatieron sobre las ciudades con motivo de las luchas civiles, calamidades que ocurren y que siempre ocurrirán mientras la naturaleza humana sea la misma, pero que son más violentas o más benignas y diferentes en sus manifestaciones según las variaciones de las circunstancias que se presentan en cada caso. En tiempos de paz y prosperidad, tanto las ciudades como los particulares tienen una mejor disposición de ánimo porque no se ven abocados a situaciones de imperiosa necesidad; pero la guerra, que arrebata el bienestar de la vida cotidiana, es una maestra severa y modela las inclinaciones de la mayoría de acuerdo con las circunstancias imperantes.
>
> La causa de todos estos males era el deseo de poder inspirado por la codicia y la ambición; y de estas dos pasiones, cuando estallaban las rivalidades de partido, surgía el fanatismo. Porque en las distintas ciudades, los jefes de los partidos, recurriendo en ambos bandos a la seducción de los programas de acuerdo con sus preferencias por la igualdad de derechos políticos para el pueblo o por una aristocracia moderada, con el pretexto de servir a los intereses públicos, se granjeaban una recompensa para ellos mismos; y luchando con todos los medios para imponerse sobre sus contrarios, se atrevieron a las acciones más terribles y llegaron mucho más lejos en la ejecución de sus venganzas, dado que no las infligían de acuerdo con la justicia ni con el interés de la ciudad, sino según los límites que en cada caso fijaba la complacencia de uno de los dos bandos; y bien con una condena obtenida por un voto injusto, bien haciéndose con el poder por la fuerza, estaban prestos a dar satisfacción a la rivalidad del momento. De esta forma, ni unos ni otros se regían por moralidad alguna, sino que aquellos que, gracias a la seducción de sus palabras, conseguían llevar a término alguna empresa odiosa, veían acrecentado su renombre. Y los ciudadanos que estaban en una posición intermedia eran víctimas de los dos partidos, bien porque no colaboraban en la lucha, bien por envidia de su supervivencia.[74]

De los estados hegemónicos, sólo uno se mostró inmune a esta enfermedad. Al ser una polis singular, Esparta logró limitar durante toda la guerra los derramamientos internos de sangre a la supresión tradicional de los ilotas (o por lo menos consiguió impedir que los rumores de conflictos civiles sangrientos pasaran los límites del Peloponeso). Durante toda la guerra, siguió siendo para muchos griegos un modelo de gobierno estable. Atenas, en cambio, no se vio libre de la discordia civil. Desde Cimón a Terámenes, muchos políticos atenienses destacados mostraron serias reservas a la democracia, y el fracaso de ésta en el teatro de la guerra comportaba el riesgo de que se produjera un golpe de estado oligárquico. La intentona de 411 duró poco, pero la victoria de Lisandro en 404 daría lugar a un segundo episodio mucho más sangriento.

74. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, III, 82.

Los Treinta Tiranos (404-403 a. C.)

Lisandro estableció por todo el Egeo «decarquías», esto es, colegios de diez magistrados pro-espartanos, con objeto de que los antiguos aliados de Atenas fueran gobernados con arreglo a los principios oligárquicos y sirvieran a los intereses de los lacedemonios. Para Atenas, diez magistrados no eran suficientes; la asamblea, aterrorizada, no tuvo más remedio que acceder a las exigencias de Lisandro y ratificar que el nuevo gobierno fuera dirigido por un colegio de treinta magistrados (los Treinta). Ciudadanos atenienses de nacimiento, los Treinta simpatizaban con Esparta y estaban dispuestos a sacrificar los principios democráticos, pero no todos eran oligarcas empedernidos. Terámenes, que era uno de ellos, se convirtió en un personaje controvertido no sólo entre los atenienses del siglo IV, sino también entre los modernos historiadores. Su propensión a aguantar el tipo en cualquier crisis ha hecho pensar a algunos que era un hombre flexible, que veía los méritos de todo tipo de regímenes, mientras que otros han visto en él a un oportunista carente de principios. Pero el más famoso de los Treinta no dejaba lugar a dudas respecto a sus convicciones políticas. Critias, pariente de Platón, fue un personaje estremecedor: discípulo de Sócrates, intelectual brillante, ateo declarado, antidemócrata apasionado, admirador de toda la vida de la constitución espartana, y, como se encargarían de demostrar los acontecimientos, capaz de ordenar el asesinato de cientos de personas sin pestañear. Desterrado a instancias de Cleofonte tras la caída de los Cuatrocientos, de los que formó parte, Critias regresó dispuesto a vengarse.

Una carta escrita por Platón (o por alguien que utilizó su nombre como pseudónimo) describe la alegría del filósofo por la ascensión al poder de una serie de sesudos intelectuales que deseaban reformar la constitución siguiendo las líneas de la espartana, y el autor de la *Constitución de los atenienses* aristotélica expresa la opinión de que, en sus primeros momentos, el nuevo régimen parecía muy prometedor:

> Al comienzo eso hacían; a los sicofantas y a los que hablaban para halagar al pueblo al margen de lo mejor, y eran intrigantes y malvados, los hacían desaparecer; con estos actos la ciudad se alegraba, pensando que ellos obraban con la mejor intención.[75]

Pero al poco tiempo, añade,

> una vez que tuvieron la ciudad más sometida, no respetaban a ninguno de los ciudadanos, y mataban a los que sobresalían por su hacienda, su linaje o su dignidad, para librarse del miedo y por querer arrebatarles sus bienes. Y en breve tiempo mataron no menos de mil quinientos.[76]

75. *Constitución de los atenienses*, 35, 3.
76. *Constitución de los atenienses*, 35, 4.

Los Treinta no establecieron la «constitución de los antepasados», aunque abolieron órganos del gobierno democrático como, por ejemplo, los tribunales populares y nombraron una nueva *boulé* de quinientos miembros de tendencias antidemocráticas. Para defenderse de cualquier sublevación popular, solicitaron a Lisandro una guarnición de setecientos soldados y un harmoste (comandante de la guarnición) espartano, como los que había establecido Esparta en todos los estados del Egeo «liberados» de la hegemonía ateniense. Se rodearon además de trescientos guardias armados de porras y crearon un organismo de diez miembros encargado de vigilar el Pireo, considerado —y con razón— un hervidero del radicalismo democrático.

Enseguida comenzó el exterminio de los enemigos. Ante las protestas y la alarma de Terámenes, Critias y su pandilla accedieron a ampliar la oligarquía y a formar una lista de tres mil ciudadanos cuyos integrantes tenían derecho a ser juzgados por la *boulé*. Pero la consecuencia de esta medida fue justo lo contrario de lo que pretendía Terámenes. Los Treinta pensaron que la existencia de esos Tres Mil les daba carta blanca para tratar al resto de los ciudadanos como quisieran, e inmediatamente comenzó el baño de sangre. No todas las víctimas fueron ciudadanos de los que pudiera sospecharse que eran enemigos políticos; muchas fueron también metecos ricos cuyas posesiones ambicionaban los Treinta.

Como es de suponer, fue tanto el rechazo —y el terror— de los atenienses, que los Treinta empezaron a temer que Terámenes organizara un movimiento de resistencia, y convocaron a la *boulé* para lo juzgara, «juicio» al que mandaron presentarse a unos cuantos jóvenes oligarcas con puñales escondidos bajo el brazo. Como le pareció que la serena defensa del gobierno moderado que hizo Terámenes había conmovido a los consejeros, Critias borró su nombre de la lista de los Tres Mil, por lo que ya no era preciso que lo juzgara la *boulé*. Tras ser arrancado del altar en el que se había refugiado, Terámenes fue encarcelado y obligado a tomar la cicuta, el veneno utilizado más tarde con Sócrates. Mostrando una actitud heroica por lo menos en sus últimas horas, Terámenes murió con gran dignidad derramando irónicamente las últimas gotas de cicuta a la salud de Critias.

Al final, los Treinta se labraron su propia ruina debido a su negligencia. Al prohibir entrar en Atenas y confiscar sus tierras a todos aquellos que no estaban incluidos en la lista de los Tres Mil, crearon un peligroso grupo de desterrados. Aunque Esparta prohibió a los estados vecinos dar cobijo a los desterrados por los Treinta, la sangrienta conducta de la oligarquía ateniense hizo que los lacedemonios se granjearan la antipatía de muchos griegos, y ni Tebas ni Mégara se mostraron dispuestas a devolver a los atenienses que huían de la brutal oligarquía instalada por Esparta. Precisamente fue en Tebas donde los exiliados de Atenas organizaron la campaña para regresar a su patria, iniciada en enero de 403. Capitaneados por Trasibulo, setenta desterrados se apoderaron de File, lugar fortificado del monte Parnes, en el lado ateniense de la frontera ático-beocia. Allí permanecieron hasta que los setenta se convirtieron en setecientos; en la primavera se trasladaron al Pireo, uniéndose a los disidentes que había en esta población y concentrándose en la colina de Muniquia. Critias y los suyos intentaron desalojarlos lanzando un ataque desde la llanura, en el transcurso del cual perdió la vida el propio Critias.

Las llamadas a la paz y la reconciliación de los dos bandos lanzadas por Trasibulo fueron rechazadas por los oligarcas, que esperaban la ayuda de los lacedemonios. Pero en Esparta la sangrienta arrogancia de Lisandro y sus compañeros había empezado a poner nerviosos a muchos hombres influyentes, entre otros a los reyes Agis y Pausanias. Pausanias se dirigió con sus tropas al Ática y allí no sólo orquestó la reconciliación de las diversas facciones atenienses, sino también la decadencia temporal de Lisandro. Bajo su égida, los atenienses acordaron conceder la primera amnistía de la historia de la que tenemos testimonio. En virtud del acuerdo, sólo los Treinta y los principales magistrados nombrados por ellos podían ser procesados por los delitos cometidos antes de 403; todos los demás fueron obligados a reconocer las numerosas y graves culpas a que se habían hecho acreedores. En el mes de septiembre, sin encontrar ninguna oposición, Trasibulo se dirigió al frente de sus hombres a la Acrópolis, donde realizaron un sacrificio a Atenea en agradecimiento por la salvación de la ciudad y su feliz regreso a ella. Empezó así la tarea de restauración de la democracia.

El juicio de Sócrates (399 a. C.)

Los atenienses respetaron casi todos los términos de la amnistía que habían acordado. Pero en cualquier caso, los casi treinta años de guerra y los meses de terror del gobierno de los Treinta habían supuesto un precio muy alto, y había mucha gente dispuesta a echar las culpas de los males de Atenas a cualquiera. Con su carácter pintoresco Sócrates se había granjeado la enemistad y la envidia de los padres de muchos jóvenes que lo admiraban, y aunque los atenienses se mostraran en general reacios a quebrantar la ley de la amnistía, había algunos dispuestos a saltársela a la torera. Con la herida infligida por la guerra aún reciente en sus carnes y llenos de frustración al ver los cambios que estaba experimentando el mundo que los rodeaba, tres atenienses —Ánito, Meleto y Licón— apuntaron al excéntrico filósofo, de edad ya avanzada, que se paseaba por los lugares públicos de Atenas llevando la contraria a los incautos que se enzarzaban en discusiones con él. Sócrates (470-399 a. C.) no había tardado en detectar los defectos de la democracia y además había sido maestro de (por lo menos) dos individuos que, cada uno a su manera, habían hecho mucho daño a Atenas: Alcibíades y Critias. La amnistía impedía a sus acusadores culparle de incitar a sus discípulos a la traición, de modo que presentaron contra él una triple acusación bastante insólita en Atenas. Según dijeron, Sócrates no creía en los dioses del estado, enseñaba a adorar a nuevas divinidades, y corrompía a la juventud.

Aunque semejante acusación era muy poco frecuente en Atenas, no dejaba de tener precedentes. Los estados griegos no poseían principios constitucionales que previeran la separación de la iglesia y el estado o defendieran la libertad de expresión. La explicación de carácter naturalista que había dado del universo y su sofisticada concepción de la divinidad entendida como *noûs*, habían sido el motivo de que Anaxágoras se viera obligado a abandonar Atenas para librarse de la pena de muerte por ateísmo en que podría haber incurrido. Pero esa acusación, presentada al mismo tiempo que se celebraba el proceso por impiedad de Aspasia, había tenido a todas luces unas motivaciones políticas. Lo mismo cabe decir del juicio de Sócrates, aunque indudablemente su carácter irónico, que encantaba a unos y sacaba de quicio a otros, debió de tener también bastante que ver en todo el asunto.

Como Sócrates no escribió nunca nada, nuestro conocimiento de su personalidad se basa en los diálogos de sus admiradores, Platón y Jenofonte. Aristóteles, discípulo de Platón, comenta a propósito de Sócrates que las únicas dos cosas que podemos atribuirle con seguridad son el razonamiento inductivo y la definición universal. Pero

podemos estar seguros de unas cuantas cosas más. En su calidad de ciudadano ateniense, Sócrates prestó algunos servicios cívicos convencionales, combatiendo, por ejemplo, como hoplita durante la Guerra del Peloponeso en Potidea, Delio y Anfípolis, y actuando como presidente de la asamblea el día del proceso por el desastre de las Arginusas en 406. Su pasatiempo consistía en discutir con los jóvenes sobre cuestiones filosóficas interesantes, relacionadas principalmente con la mejor manera de pensar y vivir que puede tener el hombre; al menos durante sus años de madurez no se sintió particularmente atraído por las ciencias naturales. Creía que la mejor manera de desarrollar las ideas era el toma y daca que comporta la conversación, y que la mejor forma de educar a la gente era plantearle preguntas que llevaban en una determinada dirección (lo que hoy día se llama el «método socrático»). Por doloroso que pueda resultarle a uno ser objeto de una injusticia, Sócrates estaba firmemente convencido de que actuar indebidamente en contra de los propios principios era la única desgracia que podía ocurrirle realmente a una persona. Poseía una gran agudeza y una personalidad cautivadora, por lo que los discípulos acudían a él en manada, aunque no poseyera una escuela propiamente dicha. No era un sofista, pues se empobreció por negarse a cobrar honorarios, y su objetivo era inculcar en sus discípulos la excelencia moral, que, a su juicio, constituía la excelencia propia del ser humano. Sin embargo, al igual que los sofistas, empleaba argumentos sutiles y sometía las ideas convencionales al análisis racional, y, lo mismo que ellos, rompió el vínculo tradicional que situaba la educación en el ámbito de la familia, irritando a los atenienses cuyos hijos preferían su compañía a la de sus progenitores, y que daban mayor crédito a sus enseñanzas. En la versión que da Jenofonte de su defensa ante el tribunal, Sócrates pregunta a Meleto si conoce a algún joven al que haya corrompido. «¡Por Zeus!», responde Meleto, «yo sé de personas a las que has persuadido para que te hicieran más caso a ti que a sus padres» (*Apología de Sócrates,* 20). Por consiguiente, nada tiene de extraño que lo confundieran con un sofista, o que la mala reputación de los sofistas lo afectara también a él. Fue ridiculizado en *Las nubes* de Aristófanes, donde aparecía cruzando el cielo colgado de una grúa en un establecimiento de enseñanza llamado «el pensadero».

Tampoco tuvo pelos en la lengua a la hora de hablar de la democracia. Pero no puede afirmarse de modo contundente que se opusiera a ella y que le hubiera gustado ver la institución de un régimen distinto en Atenas. A Sócrates le complacía deshacer las ilusiones falsas y, de haber vivido bajo una monarquía o una oligarquía, ésos habrían sido los regímenes que se habría dedicado a socavar. Pero si algo podemos sacar en claro de los diálogos de Platón, es que a Sócrates le inquietaba la idea de que el gobierno estuviera formado por aficionados, de que en él la opinión de uno valiera lo mismo que la de otro y de que hubiera una asamblea capaz de dejarse llevar de aquí para allá por cualquier despliegue de oratoria. Según comentaba, los más no son tremendamente sesudos o analíticos, de modo que ¿cómo podían dejarse las decisiones de vida o muerte en manos de «los más», esto es, de la mayoría?

Se trata de una pregunta que cualquier defensor de la democracia tiene la obligación de responder, y por lo tanto la insistencia de Sócrates en plantearla no tiene por qué tomarse como una prueba de que lo que él pretendía era que las decisiones las tomara la minoría. Sin embargo, si asociamos este hecho con la relación que mantuvo con Alcibíades y Critias, sus mordaces comentarios sobre las debilidades de la democracia podrían haber sonado perfectamente antipatrióticos, y por lo tanto podría habérsele acusado con toda facilidad de propagar ideas peligrosas.

Según la costumbre ateniense, el juicio de Sócrates duró un solo día. A la mayoría de los lectores de la *Apología de Sócrates* de Platón les resulta dolorosísimo creer que las palabras escritas por Platón no fueron las que se pronunciaron realmente en el juicio de Sócrates. Puede que lo fueran o puede que no; la versión que ofrece Jenofonte del discurso de Sócrates, llamado también *Apología*, es menos sugestiva y también mucho más breve. La de Platón contiene la famosa máxima: «no vale la pena vivir una vida que no somete nada a examen», y constituye un himno extraordinariamente conmovedor a la libertad intelectual y a la vida espiritual. Rehuyendo la estrategia que identifica con el procedimiento habitual en un tribunal ateniense —las lágrimas, los ruegos, la presentación de los hijos ante el jurado—, Sócrates adoptó, según Platón, la postura que dice que no hay mejor defensa que un buen ataque. Utilizando el método de preguntas y respuestas que le había hecho famoso y que, al parecer, tantos problemas le había acarreado, echó por tierra las acusaciones de sus oponentes demostrando la incoherencia de sus alegaciones, y a continuación pasó a explicar con emocionante detalle el gran servicio prestado a la polis con su incansable afán inquisitorio. Los servicios que ha prestado a la polis, afirma, son preciosos e irremplazables. Literalmente es un enviado de los dioses:

> Sabed bien que si me condenáis a muerte, siendo yo cual digo que soy, no me dañaréis a mí más que a vosotros mismos. En efecto, a mí no me causarían ningún daño ni Meleto ni Ánito; cierto que tampoco podrían, porque no creo que naturalmente esté permitido que un hombre bueno reciba daño de otro malo ... En efecto, si me condenáis a muerte, no encontraréis fácilmente, aunque sea un tanto ridículo decirlo, a otro semejante colocado en la ciudad por el dios del mismo modo que, junto a un caballo grande y noble pero un poco lento por su tamaño, y que necesita ser aguijoneado por una especie de tábano, según creo, el dios me ha colocado junto a la ciudad para una función semejante, y como tal, despertándoos, persuadiéndoos y reprochándoos uno a uno, no cesaré durante todo el día de posarme en todas partes. No llegaréis a tener fácilmente otro semejante, atenienses, y si me hacéis caso, me dejaréis vivir. Pero, quizá, irritados, como los que son despertados cuando cabecean somnolientos, dando un manotazo me condenaréis a muerte a la ligera, haciendo caso a Ánito. Después, pasaríais el resto de la vida durmiendo, a no ser que el dios, cuidándose de vosotros, os enviara otro.[77]

Sócrates persuadió casi a la mitad del jurado de 501 ciudadanos atenienses; parece que perdió el juicio por unos treinta votos. Meleto, el principal acusador, había solicitado la pena de muerte. El procedimiento ateniense exigía a la defensa del reo proponer una pena alternativa, y parece evidente que los acusadores de Sócrates esperaban que propusiera el destierro, y que se habrían dado por satisfechos con verlo lejos de la ciudad. Pero Sócrates provocó al jurado comentando que los atenienses deberían darle de comer gratuitamente durante el resto de su vida y considerarle benefactor público, como se hacía con los vencedores de los Juegos Olímpicos. Jenofonte atribuye esta estrategia de Sócrates a su deseo de poner fin a una vida satisfactoria antes de ser víctima de la triste realidad de la vejez; también es posible que el filósofo quisiera probar al jurado y ver si se daba cuenta de quién era en realidad y qué era lo que había dado a Atenas. Varios de los que en principio lo absolvieron cambiaron de idea y votaron a favor de la pena de muerte. En consecuencia, Sócrates fue ejecutado a través de uno de los métodos habituales en Atenas, bebiendo la cicuta.

77. Platón, *Apología de Sócrates,* 30c-31a.

Durante el juicio, si hemos de creer a Platón, Sócrates profetizó que los atenienses se reprocharían siempre haberlo condenado a muerte. Tenía razón. A lo largo de toda su historia, la ejecución de Sócrates sería el delito más grave del que acusan a la ciudad los críticos de la democracia ateniense. La muerte de Sócrates causó también una honda impresión en sus discípulos más brillantes, jóvenes aristócratas como Jenofonte o Platón. Aunque en la actualidad la obra de Jenofonte no es muy leída, fue muy popular en la antigua Roma y durante el Renacimiento. Los diálogos que empezó a escribir Platón poco después de la muerte de su maestro, y en los que Sócrates actúa como portavoz del pensamiento de su discípulo, se convertirían en el fundamento de la filosofía occidental. De ese modo, las tensiones desencadenadas por la Guerra del Peloponeso acabarían desempeñando un papel decisivo en la historia de las ideas.

La guerra vista retrospectivamente

La victoria final de los espartanos no fue algo inevitable. Darío de Persia murió en 404. Si los atenienses no se hubieran mostrado tan negligentes en Egospótamos, la retirada del apoyo persa, que probablemente se habría producido a raíz de la muerte de Darío, habría puesto seriamente en entredicho la capacidad de Esparta de ganar la guerra. Por otra parte, con el paso del tiempo los espartanos —aunque no con tanta rapidez como habría aconsejado la prudencia— aprendieron una lección decisiva en torno a la importancia capital del poderío naval. El tratado anónimo escrito a finales del siglo v por el llamado Viejo Oligarca (confundido en otro tiempo con Jenofonte) consideraba el poder por mar superior al poder por tierra. Los atenienses, según este autor, hicieron bien en sacrificar el desarrollo de su infantería en beneficio de su marina.

> Los pequeños estados del continente que están sometidos pueden reunirse y combatir juntos, pero los del mar que están sometidos, es decir, todos los que son de islas, no pueden alzarse a la vez para el mismo fin, pues hay mar por medio y sus dominadores son los dueños de las aguas ... Además, los que dominan el mar pueden hacer lo que, a veces, hacen los que dominan el continente, esto es, arrasar el territorio de los que son más poderosos, ya que pueden acercarse a la costa en las zonas donde no hay enemigos o hay pocos, y si éstos acuden, embarcar y zarpar. Y corre menor riesgo quien lo realiza que quien acude en ayuda por tierra. Además, los que dominan el mar pueden realizar todas las travesías que quieran zarpando desde su propio territorio, pero los que dominan el continente no pueden realizar una marcha de muchos días desde el suyo, pues el avance es lento y quien va por tierra no puede llevar provisiones para mucho tiempo. Además, el que va por tierra debe ir por países amigos, o bien vencer en combate; pero quien va por mar puede desembarcar en aquellos países en que sea superior y no hacerlo en aquellos en que no lo sea, y costear hasta que llegue a un territorio amigo o a poblaciones con menos fuerzas que las suyas.[78]

Cuando Esparta se convirtió en potencia marítima, los atenienses perdieron su ventaja, perdieron la guerra, y perdieron su imperio.

Las consecuencias económicas de la guerra fueron graves. Excepto en Esparta, donde los ilotas siguieron labrando la tierra y cuyo territorio no se atrevió a invadir ninguna fuerza extranjera, la agricultura sufrió terriblemente. La intensificación del trabajo de mujeres y esclavos no bastó para compensar la muerte o la ausencia de los campesinos durante las largas campañas que los llevaban lejos de sus hogares, y muchos territorios (el Ática, en el bando ateniense, o el de Mégara, en el peloponesio) fueron arrasados una y otra vez por el enemigo. El ganado y los aperos de labranza fueron destruidos. Las vides tardarían varios años en producir una buena cosecha de uvas, y el perjuicio causado por la destrucción de los olivos sería incluso más duradero: aunque la poda cuidadosamente aplicada a los árboles o los tocones dañados podía producir aceitunas suficientes para una familia pequeña al cabo de cinco o diez años, los árboles nuevos tardaban generalmente unos quince años en producir una cosecha valiosa. El comercio por tierra y por mar se interrumpió; ciudades como Corinto sufrieron inmensas pérdidas.

78. Pseudo-Jenofonte, *La república de los atenienses*, II, 3-5.

A diferencia de las guerras libradas fuera del suelo italiano durante la república romana, que enriquecieron a una minoría y significaron la ruina de muchos, la Guerra del Peloponeso fue funesta para todo el mundo. En toda Grecia la pobreza provocó que muchos perdieran el censo que les permitía servir como hoplitas. Algunos se contrataron como soldados mercenarios, profesión que cada vez se hizo más popular. Como suele ocurrir en tiempos de guerra, muchas mujeres se vieron obligadas a trabajar fuera de casa. Además, la población disminuyó en muchos lugares de Grecia, y la pérdida de miles y miles de soldados y marineros dejó viudas a muchas mujeres. En *Lisístrata*, la comedia de Aristófanes estrenada en 411, la protagonista, que organiza una huelga de sexo de las mujeres de Grecia para obligar a los hombres a poner fin a la lucha, se escandaliza cuando un magistrado se lamenta del comportamiento arrogante de las mujeres, que no soportan ninguna de las cargas de la guerra:

> LISÍSTRATA ¡Nosotras, maldito hipócrita, soportamos una carga que es más del doble que ésa! Primero por haber parido a nuestros hijos, y luego por enviarlos como hoplitas [al frente de Sicilia].
>
> Luego, cuando deberíamos disfrutar y gozar de nuestra juventud, dormimos solas porque los hombres se han ido de expedición. Y si fuera por nosotras, pase.
>
> ¡Pero pensar en esas muchachas que envejecen en su alcoba! ¡No lo puedo soportar!
>
> COMISARIO ¿Es que los hombres no envejecen también?
>
> LISÍSTRATA ¡Sí, por Zeus, pero no es lo mismo! Un hombre, cuando vuelve, aunque peine canas, enseguida se casa con una niña. Pero la temporada de la mujer es corta, y si no la aprovecha, nadie quiere casarse con ella, y se queda para vestir santos.[79]

Sólo en Atenas probablemente murieran de la peste unas cincuenta mil personas, muchas antes incluso de tener hijos. Las bajas sufridas en el campo de batalla parece que ascendieron, por lo menos, a unos cinco mil hoplitas y a unos doce mil marineros (incluidos los tres mil ejecutados por Lisandro después de la batalla de Egospótamos), y se dice que en 404-403 los Treinta mataron a cerca de mil quinientos ciudadanos, o quizá a muchos más. En 403 el número de ciudadanos varones adultos probablemente

79. Aristófanes, *Lisístrata*, 587-589 y 591-597.

fuera la mitad de los que había en 431. Algunas ciudades, como Melos y Escíone, fueron prácticamente exterminadas. En Esparta, el descenso de la población en términos absolutos fue menor, pero las diversas clases tuvieron que empezar a redefinirse, pues las filas de los oficiales y de los soldados rasos se vieron incrementadas no sólo por *móthakes* de renombre, sino también por ilotas a los que se recompensó con la libertad y con tierras, los llamados *neodamōdeis* («nuevos ciudadanos»).

La larga duración de la guerra acabó también con lo que un estudioso ha llamado el «eje polis-ciudadano». Si Tucídides tiene razón o no en hablar de una sola guerra que habría durado de 431 a 404 sigue siendo una cuestión abierta, que quizá no halle nunca respuesta: dónde acaba una guerra y empieza otra probablemente sea una pregunta más propia de filósofos que de especialistas en historia de la diplomacia. En cualquier caso, tiene toda la razón cuando dice que aquellas largas décadas de conflicto constituyeron un fenómeno sin precedentes. Y es que hasta entonces los griegos habían observado en sus guerras unas reglas de juego casi corteses. Cuando llegaba el invierno, se interrumpían los combates; utilizar a los labradores como soldados durante la temporada agrícola violaba el decoro y el sentido común. Había un tiempo para labrar la tierra y otro para combatir, y no podían confundirse. Hasta entonces los conflictos importantes o incluso las llamadas guerras se decidían en breves enfrentamientos de hoplitas en terreno llano. El desarrollo del poderío naval ateniense empezó a cambiar esta situación, pero hasta la Guerra del Peloponeso la lucha no había sido nunca el hecho fundamental de la vida tanto en verano como en invierno. La batalla de Delio tuvo lugar en invierno, lo mismo que la batalla en el puerto de Siracusa que puso fin a la campaña de Sicilia. Tucídides perdió Anfípolis a manos de Brásidas en medio de la nieve. Por otro lado, Brásidas llevaba consigo en ese momento setecientos ilotas y numerosos mercenarios. El empleo de mercenarios y la concesión periódica de la ciudadanía a los ilotas y a los esclavos por motivos de emergencia —en Esparta había en 421 unos mil *neodamodeis* y al término de la guerra probablemente eran ya por lo menos mil quinientos— fueron borrando la línea divisoria que tradicionalmente separaba a los ciudadanos de los no ciudadanos, y erosionaron el concepto de soldado-ciudadano y de marinero-ciudadano; por otra parte, la frecuencia y el carácter sangriento de la discordia civil acabaron erosionando el propio concepto de polis. El Trigeo de Aristófanes a las puertas de la mansión de Zeus no sería el único griego que se preguntara cómo era posible que los dioses permitieran que la Hélade se consumiera en una guerra de tanta envergadura. Pero, al mismo tiempo, la destrucción de la fe fomentó el desarrollo de un espíritu inquisitivo que abriría el camino a las reflexiones de Sócrates, Jenofonte, y Platón. La Guerra del Peloponeso transformó el mundo griego, pero no lo destruyó.

Capítulo 9

LA CRISIS DE LA POLIS Y LA ÉPOCA DEL CAMBIO DE HEGEMONÍAS

La larga Guerra del Peloponeso produjo en el mundo griego cambios tan profundos que sin ella resulta imposible imaginar cuál habría sido el rumbo de la historia. De hecho, los griegos del siglo IV siguieron labrando la tierra, tejiendo y luchando, y la ciudad-estado con conciencia política continuó siendo la unidad primaria de gobierno durante varias generaciones. Pero años y años de guerra absurda, acompañada de dificultades económicas y la consiguiente discordia civil hicieron que muchos empezaran a poner en cuestión su relación con el mundo que los circundaba. Ya hacia mediados del siglo V los pensadores griegos habían empezado a plantearse preguntas fundamentales en torno a la comunidad de los hombres. ¿Qué finalidad tenía la vida cívica? ¿Por qué los hombres habían empezado a agruparse en comunidades? ¿Las leyes de la polis estaban en consonancia con la naturaleza o en conflicto con ella? ¿Por qué unos eran libres y otros esclavos? ¿En qué se diferenciaban los griegos de los no griegos? ¿Debían los griegos hacer la guerra a otros griegos y convertirlos en esclavos en caso de victoria?

No tardaron en plantearse nuevas cuestiones. ¿Por qué unos tenían más que otros? ¿Proporcionaba realmente la ciudad-estado autónoma el mejor modo de vida? ¿La exclusión de la mujer de los procesos de toma de decisión era inevitable? ¿Merecía la guerra los sacrificios que comportaba? Un pequeño grupo de intelectuales discutiría cuestiones más profundas: la naturaleza de la justicia, de la piedad, del valor, o del amor. Aunque muchos de estos temas fueron ya objeto de preocupación para las mentes del siglo V, las generaciones de posguerra se mostraron más propensas a plantearse este tipo de cuestiones y empezaron a sentirse menos seguras de vivir en el mejor de los mundos posibles. Surgirían nuevos géneros literarios que ocuparon el lugar de los antiguos a medida que el deseo de encontrar el significado de la vida empezó a seguir nuevas sendas: si durante el siglo V los géneros encargados de investigar los dolorosos temas de la existencia humana fueron la tragedia y la historia, en el siglo IV los pensadores desarrollaron el diálogo y el tratado filosófico.

Mientras que muchos griegos sometían a examen sus valores tradicionales, otros siguieron enzarzados en las disputas del siglo V. La Guerra del Peloponeso no resolvió nada. En muchas polis los problemas económicos provocados por la guerra exacerbaron los conflictos de clase ya existentes y desencadenaron sangrientos enfrentamientos civiles, aunque la democracia ateniense se vio curiosamente libre de la *stásis*. Las guerras entre las polis siguieron estando a la orden del día, y la discordia civil —a veces muy sangrienta— se convirtió en algo más habitual. La celosa intervención de Persia contribuyó a agravar una situación ya caótica. Cuando en el norte surgió una individualidad extraordinaria en la persona de Filipo de Macedonia, la incapacidad de trabajar unidos con eficacia en pos de un mismo objetivo característica de los griegos tendría unas repercusiones dramáticas, y la polis autónoma dejó de ser la institución política definitoria del mundo helénico.

Fuentes para la Grecia del siglo IV

En casi todos los terrenos, las fuentes para la historia política del siglo IV son más ricas que las del siglo V. Poseemos numerosas inscripciones que arrojan cierta luz sobre las relaciones internacionales y la política interior, y *La asamblea de las mujeres* (*Ecclesiazusae*) y *Pluto* de Aristófanes nos ofrecen una información valiosa en torno a los disturbios que se produjeron en Atenas durante la generación inmediatamente posterior a Egospótamos. Se conservan las biografías de los espartanos Lisandro y Agesilao, y la del tebano Pelópidas, escritas por Plutarco; por desgracia se ha perdido la de Epaminondas. Por otra parte, podemos recoger bastante información de su vasta obra miscelánea titulada *Moralia* («Obras morales y de costumbres»), aunque muchos de sus materiales proceden de otros autores.

La oratoria ática nos proporciona una ventana importantísima desde la que asomarnos a la vida y a los modelos de pensamiento de los atenienses del siglo IV. Desgraciadamente no se ha conservado un conjunto de textos análogos procedentes de otras polis. Docenas de discursos escritos para ser pronunciados en Atenas —unas veces ante los tribunales de justicia, otras ante la asamblea— nos muestran la situación política, social y económica de la ciudad. Han llegado a nuestras manos numerosos discursos bajo el nombre del meteco Lisias, aunque varios de ellos pertenecen sin duda alguna a otros autores. El discurso que pronunció Andócides cuando desempeñó el cargo de embajador durante la Guerra de Corinto es muy útil. De los numerosos discursos atribuidos a Isócrates, casi la mitad de los veintiuno que se conservan, fueron compuestos durante la época comprendida entre el final de la Guerra del Peloponeso y la ascensión de Macedonia. Por otra parte, los que fueron escritos después de esa fecha (Isócrates llegó a los 98 años y siguió escribiendo hasta su muerte, acontecida en 338 a. C.) contienen también valiosas perspectivas de las décadas anteriores. De hecho, los oradores cuya actividad se desarrolló fundamentalmente después de la ascensión al trono de Filipo de Macedonia en 359 nos proporcionan algunas de las informaciones más útiles que poseemos en torno a los cincuenta años que siguieron a la conclusión de la Guerra del Peloponeso. El más importante de ellos es Demóstenes (384-322 a. C.), de quien poseemos decenas de discursos. (Naturalmente no tiene nada que ver con el general del siglo V del mismo nombre que fue ejecutado en Sicilia.) Incluso los discursos que, al parecer, se le han atribuido erróneamente contienen una valiosa colección de detalles interesantes acerca del derecho griego.

No obstante, los discursos deben utilizarse con más cuidado todavía del que es preciso tener con otro tipo de fuentes. Aunque constituyen un escaparate extraordinario de los valores de la comunidad, y están cuajados de alusiones a acontecimientos históricos, lo que perseguían era persuadir, no decir la verdad, y la supuesta información que contienen debe contemplarse con cierto escepticismo. Por lo demás, en Atenas no existían abogados profesionales; los individuos que debían presentarse ante los tribunales se limitaban a contratar a un rétor experto que se encargaba de escribirles sus discursos. Como cabría esperar, las leyes contenidas en estas exhibiciones retóricas eran citadas a menudo de manera parcial o poco precisa, pues a los autores de los discursos no se les podían pedir cuentas de sus errores. Incluso en el siglo IV, la cultura griega seguía teniendo un fuerte componente de oralidad, y la idea de verificación a través de la consulta de la documentación pertinente no estaba tan arraigada como en la actualidad.

No se conserva ninguna historia del siglo IV que pueda compararse con la de Heródoto o la de Tucídides ni por lo laborioso de sus investigaciones ni por la profundidad de sus análisis. A esta centuria pertenece un historiador de bastante talento, pero su obra se ha perdido casi por completo; todo lo que ha llegado a nuestras manos del autor conocido como Historiador de Oxirrinco, llamado así por los fragmentos de su obra descubiertos entre los papiros de la aldea egipcia de este nombre, son algunas páginas acerca de la Guerra del Peloponeso y del período comprendido entre 397 y 395. De Éforo, Teopompo y del historiador siciliano Filisto sólo se han conservado unos cuantos fragmentos, aunque parece que Éforo fue la principal fuente del relato de Diodoro correspondiente a esta época, y gran parte de la obra de Filisto (muy admirada en la Antigüedad) fue incluida en la descripción que hace Diodoro de los asuntos de su Sicilia natal. Por consiguiente, a falta de otras fuentes más completas pertenecientes a la época, debemos recurrir fundamentalmente a Jenofonte.

Autor de genio vivo e innovador, Jenofonte mostró siempre una simpatía por Esparta —incluso en los momentos menos afortunados de esta polis— tan tenaz que a veces empaña la versión de la historia de Grecia que ofrece en sus *Helénicas*. Sin embargo es mucho lo que le debemos, pues de no ser por él, buena parte de la información que nos ofrece se habría perdido; y lo mismo cabe decir de su encomiable biografía de *Agesilao*. Sus *Ingresos públicos* nos proporcionan un panorama valiosísimo de las dificultades económicas de Atenas durante el siglo IV. La *Anábasis*, descripción de sus experiencias como mercenario en Persia, constituye una fuente incomparable acerca de la interacción greco-persa, al tratarse de un testimonio ocular. La *Ciropedia*, especie de novela histórica basada en la vida de Ciro el Grande, nos suministra muchos detalles relativos a la visión que tenían de Persia los griegos. Por último, diversos diálogos en los que aparece el personaje de Sócrates nos ofrecen bastante información acerca de los valores de la clase social a la que pertenecía el propio Jenofonte, y quizá también acerca de Sócrates.

Como Jesús, Sócrates se expresó siempre de palabra y no dejó nada escrito. La mayor parte de la obra de Platón está formada por conversaciones «reconstruidas» por la imaginación del autor, en las que un personaje llamado Sócrates guía a uno o varios jóvenes hacia el conocimiento profundo de algún tema. Aristóteles fue aún más prolífico. Los antiguos calculaban que la producción total de este autor sumaba entre cuatrocientas y mil obras distintas. Aunque muchas de ellas se han perdido y otras se cree que pertenecen a sus discípulos, el corpus aristotélico ocupa varios volúmenes.

La Grecia de la posguerra y la lucha por la hegemonía

La victoria de Esparta en la Guerra del Peloponeso no fue algo inevitable. También podrían haberla ganado los atenienses, si las cosas hubieran ido de otro modo. Por consiguiente, las polis griegas empezaron a mirar con aprensión los aires de grandeza que enseguida empezó a darse Esparta. La situación económica de las ciudades griegas, aunque variara de una polis a otra, parecía favorecer la guerra. Por otro lado, los largos años de lucha de finales del siglo V habían perjudicado la economía de numerosos estados griegos hasta el punto de que muchos empezaron a sentir una sed insaciable de botín y de venganza; al mismo tiempo, sin embargo, durante la posguerra las polis hicieron gala de una capacidad de aguante notable, y en menos de diez años desde la conclusión de la Guerra del Peloponeso, la economía se había recuperado lo bastante para que algunos contemplaran la posibilidad de nuevas empresas bélicas. En resumidas cuentas, la economía era para muchos lo bastante mala como para desear la guerra y lo bastante buena como para tenerla en consideración. Al poco tiempo de acabar la guerra, la hostilidad de los estados griegos encontró un nuevo blanco, y ese blanco fue Esparta.

Los espartanos eran nobles a la hora de la muerte, pero insoportables a la hora de la victoria. Como ya hemos visto, Plutarco comenta con delectación el disgusto que sentían las madres espartanas cuando su hijo cometía el error de sobrevivir a una batalla, y Jenofonte habla de la heroica fortaleza con la que los lacedemonios recibieron la noticia de su clamorosa derrota a manos de los tebanos en 371: «Al día siguiente», dice, «se pudo ver a los allegados de los muertos apareciendo en público risueños y contentos, mas se vieron pocos allegados de los que se anunció que estaban vivos, y esos iban tristes y abatidos» (*Helénicas*, VI, 4,16). Del protocolo que comportaba la victoria, sin embargo, se habla mucho menos. Aunque al principio sus hoplitas siguieron venciendo en el campo de batalla, por lo general la torpeza de su diplomacia hizo que los espartanos perdieran en la paz lo que habían ganado en la guerra. Con el tiempo, la política exterior agresiva de Esparta desencadenaría un contraataque que pondría fin, entre otras cosas, al mito de la imbatibilidad de los lacedemonios en el campo de batalla.

Locos de júbilo tras conseguir que los atenienses doblaran la rodilla ante ellos en 404, entre los espartanos había importantes facciones imperialistas que apoyaban la política agresiva de Lisandro y del rey Agesilao. En 395, los antiguos aliados de Esparta se unieron contra ella. La consiguiente guerra acabó en 387, pero la continuación del comportamiento altanero de Esparta provocó que los resentimientos ya existentes se radicalizaran. En 377 la política provocativa de Agesilao desembocó en la formación de una nueva confederación naval ateniense y en la alianza de Atenas y Tebas. En 371 Tebas era lo bastante fuerte como para derrotar a Esparta en el campo de batalla, y los años siguientes vieron cómo los tebanos infligían una humillación aún mayor a los lacedemonios con la liberación de Mesenia. Pero la hegemonía tebana acabó en cuanto su líder carismático, Epaminondas, murió en el combate, y la sucesión de sublevaciones durante las décadas de 360 y 350 fue debilitando poco a poco la confederación ateniense. El vacío de poder resultante se encargaría de llenarlo Macedonia bajo la resuelta dirección de Filipo.

Los nuevos imperialistas de Esparta

Aunque no disponemos de los detalles relacionados con su caída, las sangrientas decarquías establecidas por Lisandro después de Egospótamos fueron, al parecer, muy efímeras. Pero las injerencias de Esparta en los asuntos internos de sus aliados continuaron. Del mismo modo que el imperialismo ateniense había preferido siempre la existencia de democracias en los estados aliados, también los espartanos de posguerra intentaron establecer oligarquías en todos los estados en que les fue posible, recurriendo a la intervención militar en caso de necesidad. Alarmados ante esta actitud, los tebanos se negaron a ayudar a sus aliados espartanos cuando el rey Agis II atacó Élide en torno al año 400 con el fin de obligar al gobierno democrático de esta polis a conceder la independencia de las ciudades vecinas que dominaba. Los resentimientos se agravaron cuando murió Agis y Lisandro consiguió que lo sucediera el hermano del rey difunto, Agesilao, que era amigo suyo. Cuando Agesilao, que pretendía invadir Asia, intentó dar legitimidad a su cruzada realizando un sacrificio en Áulide, como hiciera Agamenón cuando se dirigía a Troya, la caballería beocia fue enviada a cortarle el paso. Agesilao no olvidó nunca aquella ofensa, y eso que su vida fue muy larga. Las décadas siguientes fueron testigos de frecuentes guerras entre Esparta y Tebas.

La génesis del viaje de Agesilao a Asia resulta significativa en varios aspectos. Las relaciones entre Esparta y Persia empezaron a deteriorarse cuando Ciro el Joven, el aliado de Lisandro, se enzarzó en una disputa con su hermano por la sucesión al trono. Cuando su hermano Artajerjes sucedió a su padre, Darío II, en 404, Ciro organizó una sublevación para la cual contrató a trece mil mercenarios griegos. Aunque las tropas de Ciro vencieron en la batalla definitiva de Cunaxa, cerca de Babilonia, en 401, en el momento de la victoria Ciro divisó a su hermano y, perdiendo el dominio de sí mismo, intentó matarlo. Pero en la refriega que se produjo a continuación perdió la vida. Esta circunstancia imprevista dejó a sus soldados griegos en una situación sumamente vulnerable, en medio de un imperio enorme a cuyo rey habían intentado derrocar. Su situación se deterioró todavía más cuando el espartano Clearco y otros generales griegos, recibidos con grandes muestras de generosidad por el sátrapa Tisafernes, fueron asesinados a traición.

Dado lo desesperado del trance, eligieron nuevos generales, uno de los cuales fue el ateniense Jenofonte. Actuando como una polis nómada, lograron completar la larga marcha hasta el mar y regresar a sus hogares en Grecia. El vivo relato de esta peripecia que nos ofrece Jenofonte en su «Subida» (*Anábasis*) se nos ha conservado intacto y ha proporcionado entretenimiento y diversión a generaciones y generaciones de estudiantes de griego (así como a antropólogos y zoólogos). Pero los contemporáneos de Jenofonte consideraron las noticias de la experiencia de los griegos en Asia algo más que entretenidas. Les resultaron también profundamente instructivas. Les hicieron ver que el imperio persa no era ni mucho menos un adversario de los griegos tan formidable como pensaban. Con el tiempo, esos conocimientos serían determinantes para las campañas de Alejandro, que transformarían las civilizaciones de Grecia, Egipto y el Asia occidental. A corto plazo, indujeron a Agesilao a emprender la invasión de Asia. Una vez desaparecido Ciro, las perspectivas de amistad con Persia se desvanecieron. En su lugar se desencadenaría la guerra.

Mientras Agesilao y sus hombres combatían en Asia Menor, los espartanos continuaron perdiendo simpatías entre sus aliados de la Grecia continental debido a sus inje-

rencias en los asuntos internos de muchos de ellos, o a causa de los ataques lanzados, por ejemplo, contra los mesenios de Naupacto y Heraclea Traquinia, cerca de las Termópilas. Cuando ya habían pasado casi diez años de la conclusión de la Guerra del Peloponeso y las economías de los estados de la Grecia continental habían experimentado una recuperación parcial, las antiguas aliadas de Esparta, Tebas y Corinto, se mostraron dispuestas a entablar relaciones amistosas con su vieja enemiga, Atenas, en contra de Esparta. En esta coyuntura apareció en Grecia cierto Timócrates de Rodas con gran cantidad de oro suministrado por el rey de Persia: deseoso de quitarse de encima a Agesilao, Artajerjes estaba dispuesto a entregar ese dinero a quien declarara la guerra a Esparta.

La Guerra de Corinto (395-387 a. C.)

La guerra en cuestión se llamó Guerra de Corinto, pues la mayor parte de las actividades bélicas se desarrollaron en la zona del Istmo. Supuso el enfrentamiento de Esparta con una coalición formada por Atenas, Tebas, Corinto, y Argos. La principal consecuencia de esta guerra inútil fue la muerte de Lisandro, que pereció combatiendo en los primeros momentos del conflicto. Los persas consiguieron lo que pretendían: Esparta ordenó a Agesilao regresar de Asia. Mientras tanto, la escuadra persa comandada por el sátrapa Farnabazo y el almirante ateniense Conón obtenía una victoria decisiva sobre Esparta en Cnido (394 a. C.), al sudoeste de Asia Menor. Sintiéndose al fin libre del odio que habían atraído sobre sus personas todos los que habían asistido al desastre de Egospótamos, Conón regresó a Atenas y desempeñó un papel importante en la reconstrucción de los Muros Largos. Para ello contó con la ayuda de navíos y dinero persa.

Las pérdidas en vidas humanas provocadas por esta guerra fueron numerosas. Casi cuatro mil hombres murieron luchando junto al río Nemea, al nordeste del Peloponeso, en 394, en la batalla hoplítica más grande en la que habían participado los griegos hasta entonces. Al final, los espartanos persuadieron a los persas de que se aliaran con ellos tras ofrecerles una vez más abandonar a los griegos de Asia Menor a la dominación de Persia. Pero las negociaciones de paz comenzadas en 392 fracasaron y la lucha continuó.

A los combates de hoplitas se añadió un nuevo elemento importantísimo, las tropas de infantería ligera, provistas de un armamento muy heterogéneo, en las que había arqueros, honderos, y lanceros. Un tipo particularmente útil de lanzador de jabalina era el llamado peltasta, cuyo nombre derivaba del pequeño escudo redondo que llevaba, la *péltē*, hecho de mimbre y de origen tracio. Al gozar de una movilidad impensable en los hoplitas, con su armadura y su escudo mucho más pesados, los peltastas y demás soldados de infantería ligera aportaron nuevas posibilidades a la actividad bélica. Podían ser desplegados en escaramuzas para obtener víveres, para tomar y defender desfiladeros, para realizar emboscadas, y para asolar el territorio del enemigo. Desempeñaron también un papel fundamental en las confrontaciones protagonizadas básicamente por los hoplitas, pues el acoso a distancia a que los sometían los lanzadores de jabalina o peltastas estorbaba la retirada de los hoplitas enemigos, cargados con sus pesadas armaduras. Un puñado de peltastas audaces que respaldara a los escuadrones de hoplitas podía perfectamente cambiar el resultado de una batalla.

Debido acaso al largo historial de triunfos de sus hoplitas, los espartanos no aprendieron nunca en realidad a utilizar las tropas de infantería ligera, y eso a pesar de la

dura lección que tuvieron que aprender en 390, cuando el acoso de los peltastas al mando de Ifícrates permitió a los atenienses destruir casi por completo todo un regimiento espartano en el puerto corintio de Lequeo. Según Jenofonte,

> El *polémarchos* [espartano] ordenó a las diez clases de jóvenes [de 20 a 30 años] rechazar a los atacantes. Como perseguían a peltastas, no cogían a nadie dentro del alcance de la jabalina, ya que eran hoplitas; pues Ifícrates les ordenaba retirarse siempre antes de que los hoplitas llegaran junto a ellos; cada vez que se retiraban se dispersaban, pues se lanzaban a la velocidad que cada uno podía y volviéndose de nuevo los de Ifícrates, unos volvían a lanzar sus jabalinas de frente y otros, colocándose rápidamente de costado, disparaban al lado sin protección ... Cuando ocurrió eso, luego atacaban con nueva decisión. Como eran atacados, el *polémarchos* ordenó de nuevo a las quince clases más jóvenes [de 20 a 35 año] que los persiguieran y al retroceder por segunda vez cayeron incluso más que la primera.

Al cabo de un rato, continúa diciendo Jenofonte, los espartanos

> que estaban ya muy apurados y morían por los ataques, no pudieron hacer nada y, al ver además de los peltastas también a los hoplitas que venían en contra, se retiraron. Unos cayeron al mar...[80]

Esta notable hazaña sorprendió a todo el mundo griego. Y además reportó mucha fama a Ifícrates. Elegido a partir de ese momento en numerosas ocasiones para la *stratēgía*, Ifícrates se convirtió en uno de los generales atenienses más célebres. Más adelante introduciría el uso de espadas largas y de unas botas ligeras y cómodas que recibieron el nombre de «ificrátides».

El servicio de los mercenarios y la popularidad de las tropas de infantería ligera a menudo fueron de la mano: el bajo coste del escudo ligero de mimbre hacía que el servicio como peltasta resultara muy atractivo para los hombres que no poseían tierras y que decidían ganarse la vida como soldados de fortuna. Durante las últimas décadas del siglo V ya habían empezado a utilizarse soldados mercenarios de infantería ligera. Tras darse cuenta de su potencial a raíz de sus dolorosas experiencias con los etolios, Demóstenes no dudó en desplegarlos en Pilos y Esfacteria, donde desempeñaron un papel crucial en el éxito de los atenienses. Como en muchos otros campos, numerosos elementos que parecen característicos del siglo IV hunden de hecho sus raíces en la Guerra del Peloponeso.

En 387 los griegos, agotados, acordaron firmar una paz que se negoció en Persia. Ese acuerdo fue el primero de los diversos intentos realizados durante el siglo IV de obtener lo que Diodoro, siguiendo a Éforo, llama una *koinē eirénē* («paz común»), una paz aplicable a todas las polis y cuyo principio fundamental era la autonomía. A lo largo de todo el siglo IV, intelectuales y políticos expresarían su deseo de alcanzar una paz de ese estilo. No obstante, la forma que adoptó esta paz en particular tenía por objeto obligar a los griegos a reconocer la autoridad del soberano de Persia sobre los asuntos de la Hélade. Se nos ha conservado el texto en las *Helénicas* de Jenofonte:

> Artajerjes, el rey, considera justo que sean suyas las ciudades de Asia y las islas de Clazómenas y Chipre, que queden libres las otras ciudades griegas, pequeñas o grandes, excep-

80. Jenofonte, *Helénicas*, IV, 5.15-18.

to Lemnos, Imbros y Esciros; que éstas sean de los atenienses como antaño. A cuantos no acepten esta paz, a ésos yo les declararé la guerra, junto con quienes la acepten, por tierra y por mar con naves y con dinero.[81]

Las negociaciones estuvieron a punto de romperse cuando se abordó el espinoso tema de la Liga Beocia. Como los tebanos quisieron ratificar el tratado en nombre de toda Beocia, Agesilao exigió que juraran que estaban dispuestos a permitir la autonomía de todas las ciudades de la región. Al chocar con la resistencia de los tebanos, empezó a movilizar tropas para invadir Beocia. Ante la perspectiva del ataque de Esparta, los tebanos se avinieron, aunque a regañadientes, a acatar los términos planteados por Agesilao. Los acontecimientos posteriores, sin embargo, demostrarían que sus ambiciones no habían sido doblegadas.

Grecia después de la Paz del Rey

El principio que regía la Paz del Rey era la autonomía. Irónicamente, en su calidad de aliada de Persia, Esparta fue nombrada garante de la paz pese a que había sido el desprecio por la autonomía de los demás estados griegos demostrado por Esparta lo que había desencadenado la guerra. So capa de imponer el respeto de la autonomía, Esparta no tardó en utilizar la fuerza y las amenazas para anular la vigencia de diversos acuerdos ya existentes en Grecia. Como la Liga Beocia llevaba mucho tiempo dominada por Tebas, su desintegración causó un enorme placer a Agesilao. Durante la guerra, Corinto y Argos habían puesto en vigor un curioso modelo de «*isopoliteía*» en virtud del cual la ciudadanía y los privilegios que comportaba eran compartidos por los habitantes de ambos estados en una forma completamente nueva de unión. Esparta exigió su disolución. Cuando Fliunte se negó a cambiar su gobierno a instancias de los lacedemonios, la ciudad fue asediada y al final obligada a sustituir su gobierno por el de los desterrados, de tendencias pro-espartanas. La polis de Mantinea, compuesta de cinco aldeas, se vio obligada a desmantelar sus fortificaciones y disolverse en las cinco comunidades originarias.

Pero aquello no fue nada comparado con la ocupación de Tebas por los espartanos. Durante la década de 380 los ciudadanos de Tebas estaban divididos en dos facciones, una pro-espartana capitaneada por Leontíades, y otra pro-ateniense encabezada por Ismenias, y en 382 Leontíades persuadió al general lacedemonio Fébidas de que ocupara la acrópolis de Tebas, llamada la Cadmea, e instalara un gobierno pro-espartano. La intervención de Fébidas fue sentida como una bofetada en toda Grecia. Aunque los lacedemonios procesaron a Fébidas, Agesilao defendió su absolución alegando que el único criterio para juzgar el comportamiento del general debía ser la medida en que resultara útil para Esparta. Fébidas fue castigado a pagar una pequeña multa y la guarnición lacedemonia permaneció en la Cadmea. Igualmente chocante para los griegos fue el juicio al que fue sometido Ismenias en Tebas; el gobierno pro-espartano de la ciudad lo ejecutó tras acusarlo de conspirar con los persas y de aceptar dinero de ellos. El historial de colaboración con Persia que tenía Esparta hizo que la medida resultara tanto más escandalosa.

81. Jenofonte, *Helénicas*, V, 1.31.

En 379 siete partidarios de Ismenias que se habían refugiado en Atenas entraron en secreto en Beocia y, en connivencia con los conspiradores que aún quedaban en Tebas, fueron conducidos disfrazados de mujer ante los oligarcas, a los que habían prometido la compañía de ciertas heteras. Sacaron entonces sus armas y mataron así fácilmente a los magistrados; a continuación se trasladaron a casa de Leontíades y también lo mataron. Por si fuera poco, al día siguiente, aparecieron dos generales atenienses al mando de sus tropas, probablemente voluntarias, y ayudaron a los patriotas tebanos a expulsar a la guarnición espartana de la Cadmea.

Los lacedemonios enviaron inmediatamente a su joven rey Cleómbroto al frente de una expedición. Aunque no consiguió cambiar la situación en Tebas, la campaña tuvo unas consecuencias importantes. Alarmados ante la presencia militar espartana, los atenienses procesaron a los dos generales que habían ayudado a los tebanos a recuperar su ciudad, ejecutaron a uno, que acudió a escuchar la sentencia, y desterraron al otro. Aunque la ayuda prestada a los tebanos por los estrategos probablemente tuviera un carácter extraoficial, no dejaba de ser reprochable que los atenienses los castigaran de esa forma por poner en práctica una medida que el estado ateniense seguramente aprobaba.

El proceso de los estrategos chocó no sólo con el leve castigo impuesto en Tebas a Fébidas pocos años antes, sino también con la parodia de juicio que se produjo unos meses más tarde. En 378, Esfodrias, el harmoste (gobernador) que dejó Cleómbroto en Beocia, pensó que si invadía el Ática por la noche, podría tomar el Pireo antes del amanecer, y decidió apoderarse del puerto de Atenas para Esparta. Pero se equivocó en sus cálculos; el día lo sorprendió en la llanura de Trías, cerca de Eleusis. Su plan de adueñarse del Pireo quedó en agua de borrajas y lo único que consiguió fue irritar a los atenienses. Inmediatamente fueron detenidos unos legados lacedemonios que casualmente se hallaban en la ciudad, pero fueron puestos en libertad cuando aseguraron que Esfodrias había actuado sin autorización, y que sin duda alguna sería ejecutado en Esparta. Sin embargo no hubo nada de eso. El hijo de Esfodrias y el de Agesilao eran amantes, y el rey se las arregló para conseguir su absolución.

Esparta, Atenas y Tebas

Irritados al ver que los lacedemonios no castigaban a Esfodrias y arrepentidos de haber dejado marchar a los legados de Esparta, los atenienses se aliaron con los tebanos apelando al principio de mutua protección frente a Esparta. Además siguieron adelante con su proyecto de establecer la nueva liga naval que los historiadores denominan Segunda Confederación Ateniense, proyecto que probablemente empezara a tomar forma incluso antes del fiasco de Esfodrias. Los atenienses aprendieron la lección de la historia y concibieron una liga basada en unas líneas muy distintas de la primera. La propuesta de decreto de creación de la confederación presentada por Aristóteles incluía en su preámbulo la afirmación de que la asamblea tomaba esta iniciativa «a fin de que los lacedemonios dejen vivir en paz a los griegos, libres e independientes, con la seguridad de que su territorio permanecerá intacto», y para que la paz de 387 «pueda seguir en vigor por siempre». Todos los aliados, afirmaba el decreto, «seguirán siendo independientes y autónomos, disfrutando de la forma de gobierno que deseen, sin admitir en su territorio guarniciones ni magistrados ajenos y sin pagar tributo». A los atenienses se les prohibía la adquisición de tierras en los territorios aliados. El número total de polis

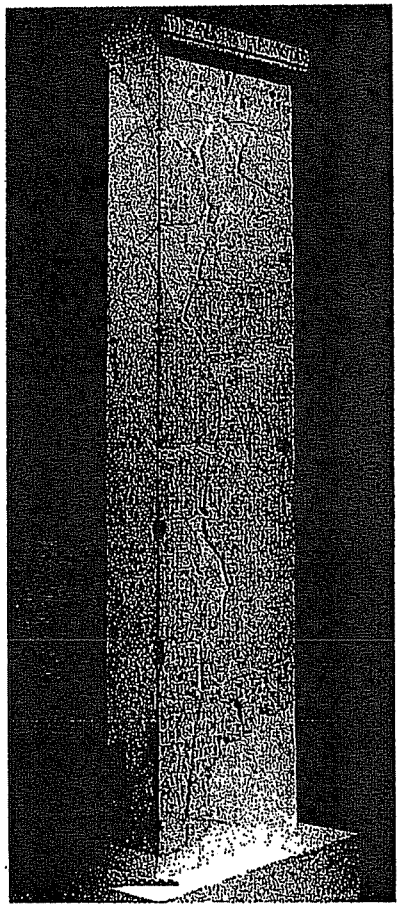


FIGURA 9.1. El Decreto de Aristóteles, 377 a. C. En la misma lápida que el decreto se escribieron los nombres de las ciudades que formaban parte de la alianza. A medida que iban integrándose en ella nuevas ciudades, se añadían sus nombres.

que formaban la alianza se sitúa entre los sesenta y los setenta. Los estados miembros estaban esparcidos por todos los rincones del Egeo y de la Grecia occidental. Entre ellos había treinta y cinco que ya habían integrado la Liga de Delos, circunstancia curiosa que debe ser tenida en cuenta junto con otros testimonios de la popularidad alcanzada por el primer experimento ateniense de encabezar una liga.

La política de la confederación debía ser controlada por dos organismos con el mismo peso, la asamblea ateniense (*ekklēsía*) y la asamblea de los aliados (*synédrion*). Todas las propuestas debían ser aprobadas por ambos organismos. De ese modo, un organismo tenía la facultad de vetar las medidas aprobadas exclusivamente por el otro. Sin embargo, cada aliado sólo podía enviar un delegado al sinedrio, de modo que Atenas tenía la posibilidad de acumular varios votos en apoyo de su política intimidando a las polis más pequeñas. Los atenienses retenían además el control sobre las operaciones militares. Por último, aunque el decreto de Aristóteles no menciona específicamente el pago de ningún tributo, se estableció un sistema de *syntáxeis* («contribuciones») para financiar las operaciones de la liga. Esas «sintaxis» no provocaron los mismos resentimientos que la fijación del tributo de la Liga de Delos, pero los aliados no siempre cumplían con sus obligaciones, causando así numerosos problemas financieros a la confederación y poniendo de manifiesto la ambigüedad de muchos de sus miembros.

Al mando del general ateniense Cabrias, la confederación no tardó en obtener una importante victoria naval sobre los lacedemonios en Naxos. En el curso de una serie de operaciones en el Egeo y en Tracia dirigidas por Cabrias, y de otras en el oeste bajo la dirección de Timoteo, la flota consiguió que nuevos estados se integraran en la confederación. Los espartanos, a quienes estos acontecimientos pusieron bastante nerviosos, se alarmaron todavía más al ver que empezaba a desarrollarse un estado poderoso en el norte, donde Jasón de Feras vio coronados por el éxito sus esfuerzos por unificar Tesalia y resucitar el viejo título de *tagós* (dictador de toda Tesalia), uniendo a todos los habitantes de la región bajo un solo caudillo por primera vez desde el siglo VI. Atenas, por otra parte, pese a obtener varias victorias por mar, encontró las operaciones navales demasiado costosas y decidió que ya era hora de poner fin a

la lucha. En 375, Esparta, Atenas y Tebas firmaron la «Paz Común», que reconocía la existencia de la nueva liga ateniense. Sin embargo, las hostilidades no tardaron en romperse de nuevo y continuaron hasta que en 371 se realizó otro intento de conseguir una paz común.

Esta vez las ambiciones de Tebas hicieron fracasar las negociaciones de paz. La situación de Tebas en la Liga Beocia había variado con el paso de los años, y los tebanos eran en aquel momento más fuertes que nunca. Durante la década de 370 tuvieron la suerte de contar con el liderazgo de dos caudillos muy emprendedores, Epaminondas y Pelópidas, que además eran amantes. Ambos habían participado en la liberación de la Cadmea en 379 (Pelópidas más que Epaminondas), y uno y otro fueron elegidos con frecuencia para el colegio de los once «beotarcas», que gobernaban la región. Pelópidas destacó sobre todo como general, y Epaminondas como líder político carismático. En calidad de beotarca por Tebas en 371, Epaminondas abandonó la conferencia de paz que se celebraba en Esparta cuando Agesilao no permitió que firmara el tratado en nombre de toda Beocia.

Aquel juego de poder no sentó nada bien a los espartanos. El rey Cleómbroto invadió Beocia con diez mil hombres (unos nueve mil hoplitas más las fuerzas de caballería). Epaminondas y Pelópidas se enfrentaron a él en la llanura de Leuctra con un ejército de seis mil hoplitas y mil soldados de caballería. La táctica innovadora de los tebanos resultó decisiva, pese a que los lacedemonios eran superiores numéricamente. Tradicionalmente los tebanos combatían en formaciones singularmente apretadas; por ejemplo, en Delio, en 424, lucharon en filas de veinticinco hombres en fondo. En esta ocasión, sin embargo, Epaminondas puso en su ala izquierda (normalmente la más débil de la formación griega) filas cerradas de cincuenta escudos en fondo. Además avanzó en una línea oblicua reservando el centro y el ala derecha y superando las fuerzas del enemigo por la izquierda hasta llegar al punto en el que suponía que se encontraría Cleómbroto. La fuerza de choque de la formación tebana estaba compuesta por un cuerpo de elite llamado Escuadrón Sagrado, 150 parejas de hoplitas escogidos. Probablemente Platón pensara en el Escuadrón Sagrado cuando dice que «si hubiera algún medio de que llegara a existir una ciudad o un ejército compuesto de amantes y de amados, de ningún modo podrían administrar mejor su patria que absteniéndose, como harían, de toda acción deshonrosa y emulándose mutuamente en el honor. Y si hombres tales combatieran en mutua compañía, por pocos que fueran, vencerían, por decirlo así, a todos los hombres» (*Banquete,* 178-179). Plutarco analiza esta dinámica en su biografía de Pelópidas: «en los riesgos, ... la unión establecida por las relaciones de amor es indisoluble e invencible; pues, temiendo la afrenta, los amantes por los amados, y éstos por aquéllos, así perseveran en los peligros los unos por los otros» (*Pelópidas,* 18). El Batallón Sagrado y la nueva táctica de Epaminondas salieron vencedores, y de los setecientos espartanos presentes en el campo de batalla —el grueso del ejército estaba formado por aliados de Esparta— perecieron cuatrocientos, entre ellos el propio Cleómbroto. El resto del ejército lacedemonio se retiró, hecha añicos para siempre la leyenda de la supremacía espartana en el combate hoplítico.

La pérdida de vidas humanas en Leuctra fue decisiva para el futuro de las relaciones entre las polis griegas, pues después de esta batalla prácticamente no quedaron más que mil hoplitas espartanos. Cuando sus aliados se dieron cuenta de la debilidad de los lacedemonios, el deseo de sedición se adueñó del Peloponeso. En muchas ciudades se produjeron revoluciones democráticas que dieron lugar a destierros y ejecuciones, y se for-

mó una liga integrada por Mantinea, Tegea y las comunidades del sur y el centro de Arcadia. Como es natural, Esparta se opuso a la nueva federación, que, sin embargo, recibió el beneplácito no sólo de Tebas, sino también de los diversos estados que había conseguido unir bajo su liderazgo: cuando Epaminondas llegó al Peloponeso, su ejército estaba compuesto al menos por cuarenta mil hombres. Aunque estas tropas no fueran capaces de tomar la ciudad de Esparta, asolaron Laconia, algo que no había ocurrido nunca hasta aquel momento. Pero lo más importante es que consiguieron la liberación de Mesenia. De ese modo los ilotas se convirtieron en ciudadanos de un nuevo estado, con capital en Mesene, en la cima del monte Itome. Epaminondas fundó además una nueva capital de la Liga Arcadia, Megalópolis. Esta nueva fundación se convirtió en sede de las reuniones del Consejo de los Cincuenta, en el que estaban representadas proporcionalmente las comunidades de la liga en razón de su población, y de la Asamblea de los Diez Mil, en la que podían participar todos los miembros de la Liga. Esta innovación es una muestra del interés cada vez mayor por la experimentación de federaciones de estados. (Lo mismo cabe decir de la Segunda Confederación Ateniense, aunque, según parece, su presunto igualitarismo quedó desenmascarado al cabo de los años.)

Al cabo de pocos años y con unas pérdidas de vidas humanas relativamente escasas, Tebas consiguió con Epaminondas y Pelópidas lo que generaciones y generaciones de atenienses no lograron, independientemente de cómo lucharan y de cuántos murieran. Esparta estaba acabada como potencia internacional. Jasón de Feras, un aliado peligroso que tenía sus propias aspiraciones, fue asesinado en 370. La única amenaza a la expansión tebana que quedaba era la marina ateniense. Epaminondas construyó una flota y aprovechó el descontento cada vez mayor que reinaba en la liga ateniense para convencer a varios aliados de Atenas de que se pasaran a su bando, pero los costes y el trabajo que comportaba sostener una escuadra resultaron en último término insoportables, y los tebanos se dieron cuenta de que habían ido demasiado lejos. Pelópidas pereció combatiendo en Tesalia. Temerosos de que la Liga Beocia acabara hundiéndose, los tebanos atacaron Orcómenos, ciudad levantisca, y la destruyeron, matando a los varones y vendiendo como esclavos a mujeres y niños.

A pesar de su magnetismo personal, da la impresión de que los planes de Epaminondas para Grecia no eran más que sustituir el imperialismo ateniense por el tebano. El apoyo con el que contaba en el Peloponeso empezó a decaer: varias comunidades arcadias se aliaron con Acaya, Élide, Atenas y Esparta contra Tebas. Epaminondas se dirigió hacia el sur y decidió tomar Esparta por sorpresa realizando marchas forzadas incluso por la noche, pero no lo consiguió. Finalmente se enfrentó a la coalición en la llanura de Mantinea (362 a. C.). Utilizando la misma estrategia que en Leuctra, los tebanos, que superaban al enemigo en más de diez mil hombres, se alzaron con la victoria, pero Epaminondas murió y al exhalar el último suspiro aconsejó a sus conciudadanos que firmaran la paz. Al final Tebas no consiguió nada con sus diez años de hegemonía militar. No supo atraerse la lealtad de Grecia ni unificarla de manera productiva. Aunque la liberación de Mesenia dejó muy satisfechos a los mesenios y a todos los enemigos de la esclavitud de todas las épocas y lugares, al derrotar definitivamente a Esparta como potencia militar Epaminondas prestó un servicio impagable a Filipo de Macedonia, el futuro conquistador de Grecia, algo que en último término no todos los griegos le agradecerían demasiado.

El descontento en el seno de la Segunda Confederación Ateniense

En el curso de sus operaciones navales, Epaminondas aprovechó el descontento cada vez mayor existente en el seno de la alianza ateniense. Las ambigüedades de los testimonios existentes han dado lugar a una división de opiniones entre los historiadores respecto al grado de sinceridad de la adhesión de los atenienses a los altisonantes principios formulados en el decreto de Aristóteles. Es probable que como mínimo el paso del tiempo fomentara la erosión de la liga. Parece que fueron creadas algunas cleruquias en flagrante violación del principio que prohibía a los atenienses la posesión de bienes inmuebles en el territorio de la alianza. Sobre todo al mando del estratego Cares, cuyo carácter violento e indómito les causó numerosos disgustos, los atenienses intervinieron a veces en los asuntos internos de sus aliados. El historiador del siglo IV Teopompo comenta sarcásticamente que tras el uso del término *syntáxeis* («contribuciones») se ocultaba de hecho el antiguo tributo, y era un eufemismo que no engañaba a nadie. Los resentimientos aumentaron cuando los atenienses empezaron a utilizar los fondos de la liga en operaciones que sólo beneficiaban a Atenas, como por ejemplo las constantes operaciones llevadas a cabo en la zona de Anfípolis, donde seguía viva la lucha por el control de sus valiosos recursos naturales.

Sin embargo, las sublevaciones de la liga tuvieron que ver a menudo con agitadores externos, ante todo con Epaminondas, que infligió a los atenienses un serio golpe provocando la defección de Bizancio, y luego con Mausolo. Éste era en realidad un sátrapa persa que de hecho actuaba como soberano independiente de Caria, región montañosa situada al sudoeste de Asia Menor, al sur del río Meandro. Los carios afirmaban que eran indígenas, pero en tiempos de Mausolo estaban muy helenizados, pues en la región se hallaban las ciudades griegas de Cnido y, sobre todo, Halicarnaso, la patria de Heródoto. La decisión que tomó Mausolo de trasladar su capital de la ciudad caria de Milasa a Halicarnaso probablemente sea un indicio de su identificación con el helenismo; diversos escultores griegos trabajaron en la gigantesca tumba que mandó construir para él mismo (el Mausoleo, de donde procede la palabra homónima en nuestro idioma) y que, a su muerte, se encargó de acabar su esposa Artemisia. Deseoso de desarrollar la capacidad marítima de Caria, Mausolo vio en la liga ateniense un serio obstáculo a sus ambiciones. La isla de Cos, que bloqueaba el puerto de Halicarnaso, era miembro de la liga. Además, en la cercana Samos había una cleruquia ateniense. La solución que ideó Mausolo fue fomentar el descontento que, según había podido comprobar, existía entre los oligarcas de los estados aliados que tenían gobiernos democráticos. En 357, tras obtener la promesa de ayuda por parte Caria, Rodas, Cos, y Quíos se sublevaron contra Atenas. Al parecer lo mismo hizo Bizancio, aunque se discute si los bizantinos se habían reintegrado o no a la alianza ateniense después de que se pasaran a Epaminondas hacia 360.

Los generales más destacados de Atenas fueron enviados a Oriente para sofocar la revuelta, llamada Guerra Social, nombre derivado del término latino *socius*, «aliado» (el mismo que aparece en «asociado» o «sociedad»). Primero fueron enviados Cares y Cabrias, pero este perdió la vida muy pronto cuando intentaba penetrar a la fuerza en el puerto de Quíos. Al año siguiente fueron enviados Ifícrates y Timoteo, y junto con Cares se dispusieron a plantar cara a la flota rebelde frente a las costas de la pequeña isla de Émbata, situada entre Quíos y el continente. Aunque Timoteo e Ifícrates se negaron a entablar combate debido al mal tiempo, Cares no dudó en lanzarse al ataque. Al care-

cer del apoyo de sus colegas, sufrió graves pérdidas, y posteriormente acusaría de traición a Ifícrates y Timoteo en el «acto de rendición de cuentas» llamado *euthynai* al que debían someterse todos los magistrados atenienses al abandonar su cargo. Ifícrates fue absuelto, pero a Timoteo le impusieron una multa tan grande que se vio obligado a marchar al destierro por no tener dinero para pagarla, y murió al poco tiempo.

A finales de 355 o comienzos de 354 Atenas firmó la paz, en parte debido a las amenazas del nuevo rey de Persia, Artajerjes III, que sucedió a Artajerjes II en 358. Cares recibió la orden de regresar y los atenienses reconocieron la independencia de Bizancio, Quíos, Rodas y Cos. Poco tiempo después Lesbos y algunos otros estados abandonaron también la confederación. La Liga de Delos renovada no duró más de una generación. Aunque la confederación ateniense siguió existiendo, vio severamente mermados sus efectivos. Al final, el beneficiario de la agitación promovida por Mausolo fue Filipo, al igual que lo fue del intento fallido de imperialismo tebano que acabó con el poder y el prestigio de Esparta.

La ley y la democracia en Atenas

El órgano que juzgó a Timoteo e Ifícrates cuando fueron acusados por Cares probablemente fuera la asamblea, pero también podría haber sido cualquiera de los tribunales populares llamados dicasterios (*dikastēria*). Los tribunales populares constituían un elemento fundamental de la democracia ateniense. La sociedad de Atenas era evidentemente amiga de pleitos, y en manos de algunos políticos sin escrúpulos las causas judiciales se convertían a menudo en instrumentos de la lucha de facciones. Los procesos de los magistrados acusados de actuación indebida —sobre todo los estrategos— tenían a menudo un carácter político, pues la denuncia de alta traición se utilizaba con frecuencia como foro de debate de la política exterior. Como los decretos presentados a la asamblea podían ser paralizados por una *graphē paranómōn* («acusación de propuesta ilegal»), cabe afirmar que en la Atenas del siglo IV los dicasterios, y no la asamblea, eran los árbitros supremos de la política. A falta de tribunal supremo o de un órgano de jurisconsultos, los dicasterios eran además los árbitros de la ley. Y por supuesto los dicasterios se utilizaban también para juzgar los casos relacionados con cuestiones de derecho privado y de derecho penal, aunque no tuvieran ramificaciones políticas.

El funcionamiento de los dicasterios

Todos los ciudadanos varones mayores de treinta años podían ser elegidos para actuar como jurados en los dicasterios, y cada año eran elegidos por sorteo los dicastas (jueces) entre los candidatos que se presentaban voluntarios. Como veíamos en el Capítulo 6, para garantizar que la composición de los tribunales reflejara fielmente al electorado ateniense, Pericles instituyó la remuneración del servicio como jurado. Los tres óbolos diarios, equivalentes a la mitad del jornal de un obrero, atraían indudablemente a los pobres que no tenían posibilidad de ganar esa suma de otra forma, así como a los ancianos retirados que disfrutaban de la oportunidad de asistir en compañía de otros ciudadanos a situaciones que a menudo ofrecían un pasatiempo de lo más entretenido. Probablemente, pues, el sistema no fuera tan representativo como pretendía Pericles. El número de dicastas asignados a un determinado caso variaba de los 201 a los 501 individuos (el número impar de miembros del tribunal impedía el empate en las votaciones), aunque cabía la posibilidad de recurrir a un número mayor en los procesos más graves de naturaleza política, algunos de los cuales fueron juzgados incluso en la asamblea. El elevado número de jueces tenía por objeto en parte implicar a la mayor cantidad posible de ciudadanos en la toma de decisiones, y en parte también impedir los sobornos. Entre los obstáculos puestos al soborno se encontraba el complejo mecanismo de selección de los jueces por sorteo y la costumbre de elegirlos en el momento más próximo posible a la celebración del juicio. Se introducían unas pequeñas planchas con el nombre de un dicasta en un *klērotērion*, un aparato de asignación que repartía al azar los nombres de los jueces encargados de actuar cada día. Las votaciones eran secretas. A cada dicasta se le entregaban dos guijarros o discos de bronce, uno de los cuales estaba agujereado; el heraldo proclamaba entonces: «El guijarro agujereado es el voto a favor de la acusación, y el guijarro liso es el voto a favor de la defensa». A la hora de depositar el voto, el juez debía echar el que deseaba que fuera computado en un recipiente de cobre y el que deseaba descartar en otro de madera.

Como revela el caso del juicio de Sócrates, los dicastas decidían también la pena. No se tenían en cuenta los precedentes, de suerte que cada jurado era soberano. La sentencia de un jurado ateniense era inapelable. No se podía recurrir a una instancia superior ni al pueblo, pues cualquier dicasterio ateniense era a la vez corte suprema y pueblo. Por consiguiente los dicastas eran jueces y jurados.

El asesinato y los tribunales de justicia

Las primeras leyes de Atenas que conocemos y las que durante más tiempo permanecieron en vigor fueron las relacionadas con el homicidio. Como los griegos creían que el asesinato era una ofensa a los dioses, existían sanciones religiosas para el homicidio, y se pensaba que todo aquel que mataba a otra persona, excepto en tiempos de guerra, estaba contaminado. Al mismo, el pariente varón más cercano tenía la obligación religiosa y moral de vengar la muerte de la víctima matando a su matador, aunque se tratara de un homicidio involuntario, pongamos por caso un accidente de caza. Según los principios básicos de *vendetta* vigentes en muchas sociedades, pues, un homicidio podía dar lugar a una serie interminable de venganzas. Los atenienses afirmaban que ellos habían creado el primer tribunal de justicia del mundo cuando Orestes, el hijo de Agamenón, se presentó en Atenas procedente de Argos en busca del perdón por el asesinato de su madre, a la que había matado para vengar a su padre, muerto a su vez por ella. El mito de la Edad de Bronce recogido por Esquilo en su *Orestíada* ofrecía al poeta la posibilidad de explicar cómo la ley había venido a sustituir a las rencillas familiares en este tipo de casos. El tribunal que se encargó en Atenas de juzgar el caso fue el del Areópago, marcando así el histórico traspaso de la jurisdicción de la familia al estado.

No obstante, siguió existiendo un elemento personal, pues las acusaciones de homicidio tenían que ser presentadas por algún miembro de la familia de la víctima. De ese modo, aunque el asesinato de un esclavo a manos de su amo o su ama fuera ilícito, era muy poco probable que pudiera llegar a juzgarse, a falta de un pariente de condición ciudadana que presentara la acusación. Durante toda la historia de Atenas, la intervención directa del interesado constituyó un principio básico de la justicia. (Esa in-

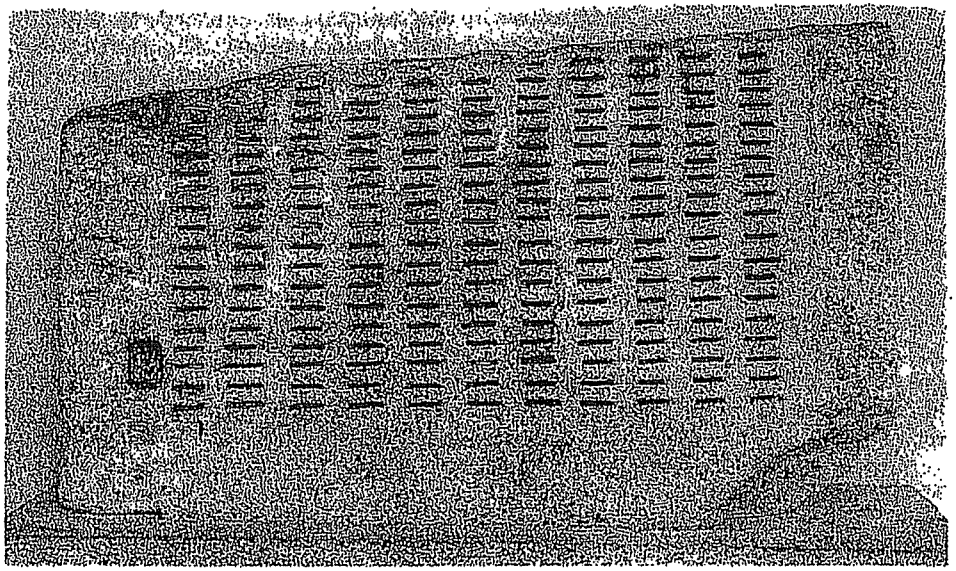


FIGURA 9.2a. El presente fragmento es lo que queda para hacernos una idea del funcionamiento del *kleroterion* o instrumento utilizado para la asignación de jurados a los dicasterios.

tervención podía extenderse también a los amigos y parientes en diversos tipos de casos. Era de suponer que cualquier individuo demostrara su amistad y su civismo presentando acusaciones en nombre de víctimas de delitos tales como huérfanos o hijas casaderas sin dote.)

Además del Areópago había otras cuatro instancias encargadas de los procesos por asesinato. El tribunal del Paladión se utilizaba para los casos de homicidio sin premeditación; el Delfinion, para los de homicidio justificado (i. e. los cometidos en defensa propia, o por un hombre que descubría a otro en flagrante delito de adulterio con su esposa, su madre, su hermana o su hija). El Pritaneon se ocupaba de los casos de los asesinos no identificados y de aquellos en los que la muerte de la persona hubiera sido causada por un animal o un objeto, por ejemplo una teja caída de un tejado. Por último, aquellos que ya habían sido condenados al destierro por homicidio y eran juzgados por un nuevo asesinato debían presentar su caso en un barco frente a las costas de Freatón, para no contaminar con su presencia la tierra del Ática.

Vista de los casos

La gravedad de las acusaciones determinaba la cantidad de tiempo asignado a la vista del caso, y los minutos se medían por medio de un reloj de agua. La vista de los casos se diferenciaba de las que se celebran en los modernos tribunales de justicia occidentales en que los griegos prestaban gran atención al testimonio de los testigos no sólo en lo tocante a los hechos, sino también en lo concerniente al carácter de la defensa. Era habitual que los testigos hablaran de las virtudes del acusado y de los servicios públicos que había prestado, o de las calamidades que se abatirían sobre su familia si era condenado. Aunque se respetaban escrupulosamente las normas relativas a la asignación del tiempo, en lo tocante a los testimonios las reglas eran pocas, y la defensa no tenía el menor reparo en elogiar los servicios prestados en el pasado, ni en presentar ante el jurado a sus pobres hijos. Incluso después de la aparición de la escritura, los griegos siguieron encontrando sospechosos los textos escritos, y los jueces solían dar más crédito al testimonio prestado por los testigos bajo juramento que a los testimonios escritos; entendían que un documento como por ejemplo un testamento podía ser falsificado perfectamente. Los esclavos eran a menudo los mejores testigos, pues estaban en todas partes y con frecuencia se veían obligados a ayudar a sus amos en la realización de actividades ilícitas. Teóricamente, el testimonio de los esclavos sólo era admisible si era prestado bajo tortura, pero no tenemos seguridad alguna respecto a la frecuencia con la que se infligía la tortura. Cuando se dictaba una sentencia condenatoria, el acusador y la defensa proponían penas alternativas, como ocurriera en el caso de Sócrates, y el jurado escogía una de las dos. El principio de intervención directa del interesado significaba además que en los casos relacionados con el derecho civil o privado el acusador se encargaba directamente de ejecutar la sentencia. Cuando el orador Demóstenes logró persuadir al jurado de que sus tutores habían dilapidado la fortuna que le había dejado su padre, tuvo que ocuparse personalmente de buscar el dinero y las fincas que habían desaparecido.

FIGURA 9.2b. En la clepsidra o reloj de agua, el agua goteaba de la vasija de arriba a la de abajo. La vasija tardaba varios minutos en vaciarse. Se utilizaban diez vasijas para los casos que comportaban grandes sumas de dinero.

La política en los tribunales de justicia

Con unas pocas excepciones notables, como por ejemplo el juicio de Sócrates, en general los atenienses respetaron la amnistía de 403. El notable grado de estabilidad de la Atenas del siglo IV fue en una medida significativa el legado de Critias y sus compañeros, pues los Treinta dieron una fama tan mala a la oligarquía que nadie se atrevió a plantear su restauración. Hasta entonces, oligarquía y tiranía habían sido dos conceptos distintos. Pero a partir de este momento se confundirían indisolublemente en la mente de los atenienses, circunstancia que garantizaría la salud de la democracia.

No obstante, las diversas disputas políticas y las luchas de facciones dieron lugar a varios procesos políticos o cuasi-políticos. Una gran proporción de los cargos públicos atenienses se vieron obligados en algún momento de su vida a comparecer en los tribunales de justicia unas veces como acusadores y otras como acusados. Ya había ocurrido así en el siglo V, cuando Milcíades, Arístides, Temístocles, Cimón, Pericles, Alcibíades, y toda una legión de magistrados más o menos famosos fueron acusados de traición o sometidos al ostracismo, y siguió siendo así durante el siglo IV, con alguna que otra diferencia: no todos los personajes públicos importantes sirvieron como estrategos, y la *graphē paranómōn* sustituyó al ostracismo como arma susceptible de ser empleada contra los que no llegaban a ocupar ningún cargo. Algunos procesos tuvieron lugar ante los dicasterios ordinarios, y otros ante el demos reunido en asamblea. Entre los factores que dieron lugar a esos procesos cabría citar la sospecha fundamentada de incompetencia o traición, las disputas entre facciones, y distintos tipos de reacciones de auto-defensa. Además durante el siglo IV, como en el V, los personajes importantes podían presentar acusaciones contra otros individuos. Ifícrates, por ejemplo, se vio implicado en las acusaciones de que fue objeto Timoteo; y Timoteo e Ifícrates fueron acusados de traición por Cares.

La democracia ateniense en el siglo IV

El gran número de discursos e inscripciones del siglo IV que se nos han conservado nos permiten contemplar la democracia ateniense en acción de un modo más vivo que en el siglo V. La democracia cambió en muchos terrenos tras la restauración de 403, sobre todo por lo que se refiere a la constitución de diversos colegios de *nomothétai* («creadores de leyes») creados ad hoc para aprobar y revisar la nueva legislación. No obstante, los principios fundamentales siguieron siendo los mismos. Todos los adultos varones de condición libre tenían teóricamente el mismo derecho a participar en el gobierno independientemente de su condición social y de su prestigio. Las mujeres y los esclavos estaban excluidos, y para los residentes extranjeros y sus hijos era muy difícil llegar a convertirse en ciudadanos. Sólo tenían derecho a voto los hijos de padre y madre ciudadanos. La riqueza y el linaje ilustre eran ventajas indiscutibles a la hora de presentarse candidato a un cargo público. Alardear de los beneficios prestados al estado constituía una buena estrategia si uno tenía que defenderse en un tribunal, cosa por lo demás nada infrecuente en una sociedad tan amiga de los pleitos como la ateniense. Aunque las cuatro clases de Solón no fueron abolidas nunca formalmente, es evidente que cuando menos hacia mediados del siglo IV los cargos públicos eran accesibles a todo el mundo. Muchos *thētes* y zeugitas fueron seleccionados para ocupar cargos elegidos por sorteo, como por ejemplo la pertenencia a la *boulé*. De ese modo, la participación en el gobierno estaba muy repartida entre toda la comunidad de ciudadanos varones.

Los chistes de las comedias de Aristófanes ponen de manifiesto los cambios experimentados por la dinámica de asistencia a la asamblea. En *Los acarnienses* (425 a. C.) se alude a la costumbre de encerrar a los ciudadanos con un cordón pintado de rojo para que los más recalcitrantes se mancharan la túnica, pero cuando en las *Ecclesiazusae* (392 a. C.) las mujeres se visten de hombres y se meten en la asamblea hasta alcanzar el quórum necesario, los hombres de verdad se lamentan de que no pueden cobrar la paga porque han llegado demasiado tarde. Para incentivar la asistencia a la asamblea se cambió de táctica y la zanahoria sustituyó al palo: poco antes de 400 se instituyó el pago de tres óbolos a quien asistiera a las sesiones de la asamblea. En tiempos de Aristóteles la paga había subido a una dracma (seis óbolos) por la asistencia a una asamblea ordinaria y a una dracma y media por la asistencia a la *kyría ekklēsía*, esto es, la asamblea principal de una pritanía. Por lo que a la asistencia a la asamblea se refiere, pues, el gobierno del siglo IV fue hasta cierto punto más democrático que el del V, pues había un número mayor de gente que podía permitirse abandonar el trabajo para acudir a la Pnix, si bien es cierto que la asistencia a las sesiones resultaba más fácil para los que vivían cerca de la ciudad y para los que trabajaban por cuenta propia. La gran cantidad de asuntos políticos que en último término se decidían en los tribunales de justicia constituía un elemento democrático más.

Al igual que en los tribunales, donde incluso la vista de los crímenes más graves dependía de que se presentara un acusador voluntario, el principio de voluntariedad desempeñaba también un papel decisivo en la asamblea. A falta de unos partidos políticos organizados, los ciudadanos más comprometidos eran los encargados de tomar la iniciativa y presentar las mociones de ley. No existía ningún grupo bien definido de magistrados que se considerara —o al que se considerara— claramente separado del resto del pueblo. Se llamaba «políticos» sencillamente a aquellos a los que más les gustaba presentar propuestas en la asamblea y pronunciar discursos al respecto. La importancia de la oratoria y del debate para el funcionamiento del sistema democrático queda atestiguada en la palabra griega que más se aproximaría a lo que significa nuestro término «político», a saber, *rhētōr*. Como los *rhētores* tenían intereses y hábitos comunes, es indudable que a la gente le resultaba fácil calificar a cualquier ciudadano al que veía pasar por la calle de «rétor», pero conviene recordar que no existía ningún «colegio oficial de rétores». Hoy día sería muy extraño calificar de político a alguien que no desempeñara ningún cargo público, pero los atenienses lo encontraban de lo más natural. Precisamente fue el poder que determinados ciudadanos particulares podían alcanzar gracias al dominio de la oratoria lo que indujo a los atenienses a proveerse de la *graphē paranómōn*, que les permitía pedir responsabilidades incluso a aquellos que participaban en la vida pública sin desempeñar cargo político alguno. Los condenados por presentar una propuesta ilegal solían ser multados; y tres condenas privaban al individuo del derecho a presentar nuevas propuestas.

Las frustraciones de la aventura imperialista de Atenas, la agudización de los conflictos de clase, y el desarrollo del individualismo desempeñaron un papel importante en la aparición de un nuevo fenómeno en Atenas: la existencia de una clase muy numerosa de hombres acaudalados que preferían no intervenir en política. Aunque bastante corriente en la actualidad, donde la participación en los asuntos de la nación suele limi-

tarse incluso entre las elites a una pequeña minoría, este fenómeno resulta curioso en la Atenas del siglo IV, porque durante el siglo anterior los hombres de familia acaudalada habían solido presentarse a los altos cargos que consideraban acordes con su rango. Tras la ruinosa Guerra del Peloponeso, el quietismo que siempre había sido del gusto de algunos se extendió mucho más. No obstante, el sistema ateniense seguía garantizando que la responsabilidad cívica fuera compartida por un gran número de ciudadanos: los centenares de individuos que formaban la boulé (siempre por el plazo de un año), los miles de ciudadanos que desempeñaban el cargo de dicastas y que asistían a las reuniones de la *ekklesía*, y los centenares de ellos que participaban cada día en un nuevo organismo que se constituía periódicamente para estudiar y dar su aprobación a las leyes, los *nomothétai*. Sócrates tocaba desde luego un punto clave de la ideología de la democracia ateniense cuando se quejaba de que era un gobierno de aficionados: como muchos griegos miraban con malos ojos todo lo que fuera profesionalismo y lo consideraban incompatible con la nobleza de cuna, la democracia ateniense era administrada en gran medida por individuos que dedicaban sólo una parte de su tiempo a la política. Conviene recordar, no obstante, que a los ignorantes y a los individuos sin talento ni se les ocurría intervenir en los asuntos públicos y, en caso contrario, eran disuadidos por el implacable empleo de la maquinaria de responsabilidades a la que estaba sujeto todo aquel que decidía subir a la tribuna de los oradores y, por supuesto, los que desempeñaban un cargo público; además, los principios de elección por sorteo y la frecuente rotación de las magistraturas comportaban un buena dosis de adiestramiento práctico en los asuntos del gobierno.

La *polis* del siglo IV

Aunque la inmensa mayoría de nuestros testimonios proceden de Atenas, naturalmente la mayoría de los griegos vivían en otros estados. Durante el siglo IV, como en el V, unas polis griegas fueron gobernadas por democracias, y otras por oligarquías cuyo grado de apertura podía ser mayor o menor. Como ocurrió siempre en Grecia, el reparto desigual de la riqueza fomentaba las tensiones omnipresentes que amenazaban constantemente con estallar y destruir la frágil concordia que unía a los ciudadanos, y los cambios constitucionales eran frecuentes. Aunque la guerra siguiera siendo una realidad de la vida, eran muchos los que estaban hartos de ella y habían empezado a poner en tela de juicio su eficacia como medio de mejorar sus vidas. Aunque algunos ciudadanos pobres seguían viendo con buenos ojos la guerra por la paga que les reportaba trabajando como remeros en la armada, los que poseían tierras o comercios que defender se mostraban más reacios ante ella. La guerra ya no parecía prometer ni recompensas tangibles en forma de botín ni premios intangibles en forma de prestigio y gloria. El ideal de soldado-ciudadano tenía cada vez menos consistencia, al tiempo que ganaba en importancia el papel de los mercenarios extranjeros en el campo de batalla. La agricultura siguió siendo la base de la economía, pero la devastación a la que fue sometida la tierra durante la Guerra del Peloponeso impulsó la emigración a las ciudades. Al provocar grandes aglomeraciones de gente, esta circunstancia intensificó la conciencia de las desigualdades económicas y se exacerbaron los resentimientos de clase. Platón y su discípulo Aristóteles daban por supuesto que una polis está formada en realidad por dos ciudades, una la de la mayoría de los pobres y otra la de la minoría de los ricos. La división de los ciudadanos entre propietarios y desposeídos que siempre había caracterizado a los estados griegos se agudizó durante el siglo IV debido a la pobreza cada vez mayor de los últimos, haciendo que salieran a la superficie las tensiones latentes sin que fuera posible seguir ignorándolas.

La stásis

Allí donde la economía era más próspera y las familias de clase baja tenían más posibilidades de permanecer por encima del umbral de la pobreza, logró evitarse la stásis, como ocurrió en la Atenas democrática, la polis más estable del siglo IV. En cambio, muchos estados en los que había grandes concentraciones de pobres fueron consumidos por la discordia civil; en las *Helénicas* de Jenofonte se mencionan más de treinta casos. El derramamiento de sangre era habitual, y la piedad religiosa a menudo era despreciada. En 392, los demócratas de Corinto violaron la santidad de los templos asesinando a los oligarcas que habían buscado refugio en ellos. Diodoro habla de revoluciones en Corinto, Sición y Fliunte, y Jenofonte alude a graves tensiones en Tegea, Fliunte, Sición, Pelene y Élide. Diodoro, que compartía la orientación antidemocrática de la mayoría de los autores antiguos, muestra incluso cierta satisfacción al contar las torturas y los asesinatos de la elite a manos de los demócratas de Argos en 371, cuando las tensiones entre las clases estallaron con una violencia excepcional incluso según los patrones griegos. Tras la ejecución de mil doscientos hombres influyentes, afirma Diodoro,

> el pueblo no respetó ni siquiera a los demagogos. Pues, debido a la magnitud del desastre, éstos temían que cualquier giro imprevisto de la fortuna los alcanzara, y por eso cejaron en sus acusaciones, mientras que el populacho, convencido de que lo habían dejado en la estacada, se irritó sobremanera y los ejecutó. Así, aquellos individuos recibieron el castigo que merecían por sus crímenes, como si alguna divinidad volcara su encono sobre ellos, y el pueblo, aplacando su cólera, recuperó el juicio.[82]

La discordia interna se vio agudizada por las tensiones existentes entre las polis. Así, por ejemplo, cierto Eufrón se hizo con el poder en Sición aprovechando los sentimientos antiespartanos que había en todo el Peloponeso: «dijo a los argivos y arcadios», cuenta Jenofonte, «que si los ricos fueran dueños de Sición, cuando eso ocurriera, la ciudad volvería a ser partidaria de Laconia; "mas si hubiera democracia, sabedlo bien, la ciudad permanecerá con vosotros"» (*Helénicas*, VII, 1, 44). La ayuda exterior era muy valiosa en la stásis. En Élide, según dice Jenofonte, mientras los eleos estaban en guerra con los arcadios, los demócratas consiguieron la ayuda de éstos para apoderarse de la acrópolis. La ayuda podía provenir también de la importante reserva de mercenarios disponibles, como los que ayudaron a Eufrón a recuperar el poder en Sición.

Atenas y Esparta utilizaron la discordia y la desmoralización generalizadas con fines retóricos para defender respectivamente su hegemonía. Los que rechazaban la hegemonía ateniense en favor de la «autonomía» garantizada por la Paz del Rey, decía Isócrates, debían pensárselo mejor:

82. Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, XV, 58.4.

Pues ¿quién desearía una situación en la que los piratas dominan el mar, los peltastas ocupan las ciudades, los ciudadanos luchan entre sí dentro de sus muros en vez de pelear contra otros para defender su territorio, están cautivas más ciudades que antes de firmar la paz, y por los frecuentísimos cambios políticos viven con más desesperación quienes se quedan en las ciudades que los castigados con destierro?[83]

Documento 9.1 Isócrates, hablando de la hegemonía espartana, pone unos argumentos análogos en labios de Arquidamo III, hijo de Agesilao. Aun admitiendo un alto grado de exageración retórica, la imagen que se nos ofrece de la vida en el Peloponeso es bastante sobria.

Creo también que el restante pueblo peloponesio, incluso el democrático, el más hostil a nosotros, según pensamos, añora ya nuestro gobierno. Pues, al separarse de nosotros, no obtuvieron nada de lo que esperaban, sino que en lugar de libertad les vino lo contrario. ... Y las revueltas civiles que antes sabían que se producían en otras ciudades, ahora en cambio les falta poco para tenerlas ellos a diario. Tan igualados están por las desgracias que nadie podría distinguir quiénes de ellos son los que están en peor situación. No hay, en efecto, ninguna ciudad libre, ni que no tenga a enemigos por vecinos. ... Es tal su mutua desconfianza y odio, que temen más a sus conciudadanos que a los enemigos. En lugar de la concordia [*homónoia*] que tenían bajo nuestro gobierno y de su mutuo bienestar, han llegado a tal insociabilidad que los ricos con más gusto tirarían al mar sus propiedades antes que ayudar a los necesitados, y los pobres preferirían arrancar esas riquezas a sus propietarios mejor que encontrárselas. Abolieron los sacrificios y se degüellan unos a otros sobre los altares. Ahora son más los que huyen de una sola ciudad que cuantos antes lo hacían de todo el Peloponeso.[84]

Desde finales del siglo V, los intelectuales griegos habían empezado a apelar a la *homónoia* («concordia») de los ciudadanos, pero la frecuencia de esas llamadas revela la realidad de la discordia que los rodeaba: de hecho el slogan se popularizó durante el sangriento período de la Guerra del Peloponeso. Al alabar el imperio de la ley, Sócrates subraya una y otra vez en las páginas de los *Memorables* de Jenofonte que quienes defendían la *homónoia* en toda Grecia eran «los mejores» (los *áristoi*). Aristóteles, en cambio, adopta otra perspectiva más negra y más realista a la vez. En esa época, dice en la *Política*, los oligarcas que detentaban el poder en algunos estados prestaban el siguiente juramento: «Seré hostil» al demos y «decidiré contra él el mal que pueda» (*Política*, 1310a).

No todas las ciudades eran desgarradas constantemente por las *stáseis* ni fueron debilitadas por las guerras entre las polis. Como el principal motivo de la debilidad y vulnerabilidad ante los ataques externos era la frustración de los pobres, la prosperidad podía actuar como un freno poderoso. Mégara floreció a lo largo de todo el siglo IV gracias a su próspero comercio de lana, y la discordia civil apenas la afectó. El progreso de

83. Isócrates, *Panegírico*, 116-117.
84. Isócrates, *Arquidamo*, 64-67.

la economía se vio facilitado por el mantenimiento de la paz con otras polis: la alianza entre Corinto y Atenas durante la Guerra de Corinto acabó con la posición determinante que ostentaba Mégara en la diplomacia entre las polis, y parece que los megarenses mantuvieron la neutralidad durante toda la guerra. La lana de Mégara encontraba mercados en toda Grecia. En la región existían abundantes pastos para las ovejas, y grandes cantidades de esclavos, probablemente mujeres en su mayoría, se dedicaban a la fabricación de vestidos bien confeccionados y poco costosos. Las casas particulares de Mégara eran famosas por su elegancia y la ciudad estaba decorada con diversos monumentos. El escultor ateniense Praxíteles (370-329 a. C.) realizó numerosas estatuas de dioses para los santuarios de Ártemis y Apolo, así como para el templo de Afrodita. Scopas, que colaboró en la construcción del Mausoleo de Halicarnaso, en Caria, trabajó también en Mégara. No está muy claro qué clase de gobierno tuvo Mégara durante el siglo IV —Platón lo alaba, pero no lo define—, pero cuando menos parece que fue bastante estable. La ciudad, sin embargo, no fue inmune por completo a la *stásis* endémica durante esta centuria, pues Diodoro habla de una sublevación fallida en la década de 370.

Los trabajadores marginados en la economía

La economía de cada ciudad era distinta, pero en toda Grecia el prestigio iba asociado más a unos determinados tipos de trabajo que a otros. Como los prejuicios sociales favorecían la autarquía alcanzada a través de la agricultura, o el enronquecimiento a través de la venta de los productos de la propia tierra, los ciudadanos libres solían evitar intervenir en el comercio y en la banca, dejando estas actividades en manos de metecos y esclavos. Este tipo de trabajos adquirieron cada vez mayor importancia a lo largo del siglo IV y a menudo quienes los ejercían acumularon grandes fortunas, pues uno de los fenómenos que caracterizan a la polis del siglo IV frente a la del V es la aparición de la banca.

Los propietarios de los bancos confiaban a sus esclavos la administración de las operaciones más cotidianas con total independencia, e incluso les permitían realizar viajes con grandes sumas de dinero. Esos esclavos eran individuos dotados de gran talento, que generalmente sabían leer y escribir, y por lo tanto resultaban muy valiosos. El esclavo que administraba un banco podía ser totalmente responsable de los bienes de su amo. Por consiguiente, éste podía redactar un testamento por el que concedía la libertad al gerente de su empresa con la condición de que se casara con su viuda y siguiera administrando el negocio en nombre de sus hijos menores de edad. Los esclavos manumitidos se convertían en libertos. Algunos de esos metecos, entre ellos un tal Pasión y cierto Formión, llegaron a ser unos de los hombres más ricos de la Atenas del siglo IV. En agradecimiento por los generosos beneficios al estado que realizaron, Atenas los recompensó con la ciudadanía. De ese modo los esclavos que se dedicaban a la banca podían disfrutar de una rápida movilidad social.

El estigma asociado con el trabajo por cuenta ajena era mayor en el caso de las mujeres que en el de los hombres; pocas mujeres decidían trabajar fuera de casa, a menos que se vieran obligadas a hacerlo por la extrema necesidad. No obstante, tanto en el siglo IV como en el V, hubo mujeres que realizaron trabajos de tipo servil. A veces un propietario alquilaba a sus esclavas, y libertas, metecas e incluso ciudadanas que pasa-

ban por apuros económicos trabajaban en oficios de todas clases. Unas se colocaban como niñeras de los hijos de otra; muchas vendían diversos tipos de productos en el mercado; y las ancianas eran contratadas a menudo como plañideras en los funerales. Aunque inaceptable para las ciudadanas, la prostitución probablemente fuera el oficio realizado con más frecuencia por la mujer que trabajaba fuera de casa. A algunas las ponían a trabajar incluso de niñas. En Corinto, una liberta llamada Nicáreta compró en el mercado de esclavos a unas cuantas niñas y les enseñó el oficio:

> En efecto, estas siete mujerzuelas de muy niñas las compró Nicáreta, que era liberta del eleo Carisio y mujer de Hipias, aquel célebre cocinero, hábil en reconocer la belleza natural de las niñas pequeñas, entendida, además, en criar y educar con destreza, una mujer preparada en esta técnica y que había reunido medios de vida con estos oficios. Aunque de nombre las llamó hijas, para que pudiera cobrar los máximos honorarios a quienes querían tener intimidad con ellas, como si fuesen libres, cuando hubo explotado la edad de cada una de ellas, vendió conjuntamente los cuerpos de todas, que eran siete, Antía, Estrátola, Aristoclea, Metanira, Fila, Istmíada y Neera. ...
>
> Neera, aquí presente, ... ya trabajaba con su cuerpo, aunque era demasiado joven por no tener todavía la edad núbil.[85]

La suerte posterior de Neera es relatada en el discurso, incluido en el corpus de Demóstenes, aunque casi con toda seguridad es obra de otro autor. Dos clientes de Neera se la compraron a Nicáreta para hacerla su esclava. Pero cuando estaban a punto de contraer matrimonio, le ofrecieron la oportunidad de comprar su libertad. Neera pidió prestada la cantidad necesaria a algunos antiguos clientes, y les devolvió el préstamo trabajando como prostituta libre. No obstante, sus intentos de ascenso social se vinieron abajo cuando se trasladó a Atenas, se casó con un tal Estéfano, y se hizo pasar por ciudadana ateniense. Apolodoro, un enemigo de Estéfano (que había presentado contra él una acusación de propuesta anticonstitucional y otra por asesinato), la llevó a juicio por asunción ilícita de los derechos de ciudadanía. Acusó además a Estéfano de vivir con una mujer no ateniense como si fuera su esposa, y de casar a una hija de Neera con un ciudadano ateniense como si fuera hija suya y de una ciudadana ateniense.

La filosofía y la *polis*

Los constantes cambios experimentados por la situación política en toda Grecia contribuyeron a configurar el pensamiento griego en cada nueva generación, y los problemas de la polis del siglo IV no fueron una excepción. La filosofía se desarrolló con la polis y la sobrevivió cuando Filipo de Macedonia puso fin en 338 a. C. a la libertad de las ciudades-estado independientes. La palabra griega *philósophos* significa «amante de la sabiduría», y muchos años antes de que Platón y Aristóteles fundaran sus famosas escuelas en Atenas, los pensadores griegos habían disfrutado buscando los principios básicos que formaban el cosmos y determinaban la vida de los humanos en él. Demócrito afirmaba que preferiría «descubrir la explicación de un sólo fenómeno a alcanzar el trono de Persia». El hombre verdaderamente próspero, decía Empédocles, es el que goza de la riqueza de una inteligencia divina. Los filósofos adoptaban formas muy diversas. Pensadores como Tales y Anaximandro centraron su interés en el mundo natural. Otros, como Heródoto y Tucídides, utilizaron la historia como vehículo de las ideas que tenían acerca de la condición humana, mientras que otros las expresaron a través del drama, como, por ejemplo, Esquilo, Sófocles, y Eurípides. Con el paso del tiempo, Platón se dedicaría a escribir diálogos y Aristóteles tratados filosóficos. Estos pensadores más innovadores exploraron los campos que en la actualidad siguen constituyendo el ámbito específico de la filosofía: la ética, la lógica, la epistemología (filosofía del conocimiento), la metafísica (la ciencia del ser), la estética, la teología, la filosofía de la ciencia, y la teoría social y política. Es en el campo de la teoría social y política en el que la filosofía se encuentra más estrechamente vinculada a la polis. Como la mayoría de los textos de teoría política que se nos han conservado fueron escritos en la Atenas democrática, cabría imaginar que fueran un elogio de la democracia. Pero en realidad son todo lo contrario: las principales obras griegas de teoría política fueron escritas por intelectuales profundamente críticos con el gobierno democrático. De hecho, los politólogos modernos han observado que la teoría política —literalmente el arte de «contemplar la ciudad-estado»— fue inventada para demostrar por qué una democracia no podía funcionar. Precisamente es el funcionamiento de la propia democracia el que revela la ideología que la respalda.

85. Seudo-Demóstenes, LIX, 18-20.

La democracia y la teoría política

El Viejo Oligarca defendía con ironía la democracia ateniense calificándola de forma curiosamente eficaz de garantizar la supresión de una clase por otra, pero ninguno de los textos conservados trata de la dinámica de la democracia en forma positiva. Para reconstruir la teoría que se ocultaba tras la democracia a partir de los textos escritos es preciso reunir diversos fragmentos de fuentes muy heterogéneas que afrontan el tema sólo de manera tangencial. La versión que nos ofrece Tucídides de la oración fúnebre de Pericles nos da una idea en todo caso de lo que los atenienses apreciaban en su forma de gobierno. En Atenas, dice Pericles, el valor de cada uno se mide por su capacidad, no por su riqueza ni por su clase. Al hecho de permanecer al margen de la política los atenienses lo consideran no una virtud, sino un vicio. Ven en el debate un instrumento que favorece la acción constructiva, y no un obstáculo.

Del mismo modo que Tucídides, que no sentía demasiada simpatía por la democracia, incluye en su historia el discurso de Pericles, también Platón, uno de los críticos más acerados de la democracia, incluye un juicio de la ideología democrática en su diálogo *Protágoras*. En él el famoso sofista cuenta un mito de todos conocido para respaldar su tesis de que todos los hombres poseen los elementos más rudimentarios de la mentalidad política. En tiempos remotos, dice Protágoras, los hombres no eran capaces de vivir en común de manera constructiva fundando ciudades, pues les faltaba la *politikē téchnē*, el arte de formar y administrar una polis. Al darse cuenta de ello y temiendo que sucumbiera toda la especie, Zeus envió a Hermes para que trajera a los mortales la *aidōs* («vergüenza») y la *dikē* («justicia»). Al preguntarle Hermes si debía repartirlas sólo entre unos pocos escogidos, como sucede con el arte de la medicina y otras técnicas, o por el contrario entre todos los hombres, Zeus le contestó que diera a todos un poco, pues «no habría ciudades, si sólo algunos [de ellos] participaran, como de los otros conocimientos» (322d). Por eso, dice Protágoras, cuando los atenienses se reúnen

para tomar una decisión que requiere la posesión del sentido de la justicia inherente a la sabiduría política, «naturalmente aceptan [el consejo de] cualquier persona, como que es el deber de todo el mundo participar de esta excelencia; de lo contrario, no existirían ciudades» (322e-323a). Como la *politikē téchnē* está repartida entre toda la comunidad, concluye Protágoras, los atenienses hacen bien en aceptar el parecer político de todo aquel que desee darlo. En ningún momento afirma que todo el mundo está igualmente capacitado para la política, pero todos, afirma, lo están en alguna medida.

Encontramos más pistas en las docenas y docenas de discursos del siglo IV que han llegado a nuestras manos, en los que se alaba la libertad de palabra, la igualdad ante la ley, y el imperio de ésta. No obstante, la mejor pista que poseemos para descubrir la teoría de la democracia es su propia práctica. La propia democracia ateniense nos revela qué era lo que la mayoría de los atenienses opinaban acerca de su sistema de gobierno: creían en una democracia de ciudadanos varones que requería la participación activa de éstos, garantizada por la frecuente rotación de los cargos, y creían que el hombre corriente estaba capacitado para tomar decisiones políticas, como demuestra el recurso al sorteo y la toma de decisiones importantes en la asamblea por mayoría de votos. Creían en los juicios presididos por un jurado, y temían la corrupción que conllevan las minorías más que la psicología de masas que amenaza a las mayorías. Creían que el pueblo tenía derecho a exigir a sus magistrados que rindieran cuentas de sus actos con regularidad y con el más mínimo pretexto. Creían en la aplicación de la pena capital a numerosos tipos de delitos, entre ellos la incompetencia militar y la seducción de las esposas, hijas y hermanas de los ciudadanos. Creían que la estabilidad del estado era tan importante que resultaba conveniente desterrar durante diez años a un individuo por el sistema llamado ostracismo, aunque no hubiera quebrantado la ley. Creían en la esclavitud y en el patriarcado. Creían que el control de la sexualidad de la mujer era esencial para el buen funcionamiento de la comunidad, y que el aislamiento de las mujeres y de las niñas era una buena medida en esa dirección. Conocemos todos estos detalles no porque los atenienses los fijaran por escrito, sino por el modo en que decidieron gobernarse y vivir su vida.

Sabemos también que los griegos que no tenían regímenes democráticos creían en el imperio de la ley, que aparece como un *leitmotiv* constante en la literatura de los siglos V y IV. Su predominio empieza a ponerse de manifiesto en los esfuerzos de Heródoto y Esquilo por determinar y alabar lo que suponía ser griego; para ellos, vivir bajo el imperio de la ley desempeñaba un papel primordial a la hora de definir esa identidad. También Eurípides pone en relación la ley y la democracia en sus *Suplicantes*, obra en la que habla de Atenas, incluso en tiempos de Teseo, en los siguientes términos:

> Forastero, para empezar, te equivocas al buscar aquí a un tirano. Esta ciudad no la manda un solo hombre, es libre. El pueblo es soberano mediante magistraturas anuales.[86]

En una tiranía, un solo hombre gobierna y retiene la justicia en sus manos, sin que exista igualdad; pero

> Cuando las leyes están escritas, tanto el pobre como el rico tienen una justicia igualitaria.[87]

86. Eurípides, *Suplicantes*, 404-406.
87. Eurípides, *Suplicantes*, 434-435.

Aunque muchos atenienses identificaban su constitución democrática con el imperio de la ley, los intelectuales griegos vieron a menudo las cosas de otra manera. Platón identifica con frecuencia democracia y tiranía, y su discípulo Aristóteles se queja de que los decretos de una asamblea democrática no son muy diferentes de los edictos de un tirano.

Platón

Desde luego es digno de alabar el hecho de que la propia democracia ateniense produjera sus críticos más agudos. Perteneciente a una de las familias aristocráticas más distinguidas de Atenas y emparentado con el oligarca Critias, Platón fue discípulo de Sócrates y se sintió profundamente conmovido por su muerte. Sin embargo, la pérdida de su mentor no hizo más que acrecentar su capacidad creativa. A lo largo de su vida, Platón escribió numerosos diálogos, la mayoría de los cuales tienen como protagonista a un personaje que el autor identifica con Sócrates. ¿Qué es la belleza? ¿Qué es la piedad? ¿Qué es la justicia? ¿Qué es el amor? Todas estas cuestiones son exploradas en los diálogos socráticos de Platón. Como el pensamiento platónico fue evolucionando con el tiempo, ese Sócrates iría teniendo cada vez menos en común con el personaje histórico del mismo nombre y se convertiría en vehículo de las ideas del propio Platón.

Entre ellas destaca la teoría de las formas o ideas. La creencia de Platón en las ideas se relaciona con su pasión por las definiciones, pues ambas se basan en la convicción de que los actos y los objetos más dispares pueden clasificarse en categorías: objetos, actos y conceptos hermosos, por ejemplo, tienen algo en común. Según Platón todos participan de la Forma ideal de la belleza. Aunque un atardecer hermoso parezca distinto de una demostración matemática hermosa o de un joven atleta igualmente hermoso, de hecho lo que une a todos estos fenómenos es más fuerte que lo que los separa. Y lo mismo cabe decir de los distintos tipos de asiento que son la representación mundana de la Idea de silla, o de las distintas cosas claras que son manifestaciones terrenales de la Idea de blancura.

Quizá la mejor manera de entender la relación existente entre apariencia y realidad según la cosmovisión de Platón se encuentre en el contexto de las matemáticas. Un anillo, una diadema real o el perímetro del escudo de un hoplita quizá le parezcan círculos al observador profano, pero no lo son en el mismo sentido en que es un círculo el lugar que ocupan todos los puntos de un determinado plano equidistantes de otro punto determinado. Tienen sólo apariencia de círculos; si se pusieran bajo una lente de aumento veríamos que no son círculos, sino meros objetos vagamente circulares en apariencia precisamente porque traen a la mente la Idea de círculo. Sólo el círculo descrito en la definición matemática de círculo es círculo. Alguien podría objetar que esos objetos concretos son los verdaderos círculos, mientras que el concepto geométrico es imaginario, pero Platón no era de esos. Para Platón, sólo el concepto es real. Los objetos tangibles son copias inferiores, malas imitaciones de la Forma ideal. En otras palabras, Platón era un idealista y un dualista. Creía en la oposición entre el mundo físico de las apariencias, que es engañoso, y el universo intelectual de las ideas, que representa la realidad. El primero es basto y llamativo y sólo sirve para distraer al hombre y apartarlo de la verdad última; el segundo es noble y su contemplación ennoblece.

En muchos aspectos Platón fue un revolucionario. La estrecha relación existente entre apariencia y realidad era fundamental para la civilización griega. A juicio de la mayoría de sus contemporáneos, si uno era rico y apuesto, probablemente era también bueno; si uno era pobre y feo, lo más probable es que fuera también malo. Si todo el mundo le admira a uno, no puede pedirse más; si todo el mundo le desprecia a uno, no vale la pena seguir viviendo. Para la mayoría de los griegos, la fama, el poder, y el éxito material eran fundamentales para ser feliz. Como hiciera Sócrates con anterioridad, que prefirió actuar como es debido antes que seguir vivo, Platón definió los valores que eran más importantes que resultar agradable o ser objeto de envidia. En su diálogo sobre el gobierno y la educación, *La República*, plantea una cuestión clave acerca de la justicia. Figurémonos, decía, que tienes un anillo mágico que te hace invisible. ¿Practicarías la virtud o aprovecharías la oportunidad para acumular la mayor cantidad de poder y riqueza posible, cometiendo injusticias con la esperanza de quedar impune?

Como es habitual, Platón no participa en el diálogo. Pero sí sus hermanos Glaucón y Adimanto, que inmediatamente plantean la opinión típicamente griega de que sólo la convención, el *nómos*, impide al hombre cometer injusticia. Sin embargo, es precisamente la conducta que impiden seguir los *nómoi* del castigo y el infortunio creados por el hombre, la que es fomentada por la *physis*, el instinto natural que incita al hombre a apoderarse de cualquier cosa, siempre y cuando consiga quedar impune. Ese mismo era el impulso que los atenienses de Tucídides que llegaron a Melos identificaban con el motor tradicional del comportamiento humano: «Pensamos», dicen, «... que siempre se tiene el mando, por una imperiosa ley de la naturaleza, cuando se es más fuerte» (V,105). Eso es lo que cree el hombre corriente, afirman Glaucón y Adimanto. A Sócrates le toca demostrar que la justicia es verdaderamente buena para los hombres.

Se trata de una tarea muy ardua, y Sócrates decide cambiar de táctica y examinar lo que es la justicia en el estado para descubrir lo que es la justicia en el individuo en general. En el curso de esa investigación, plantea temas que son aún más revolucionarios. El argumento del diálogo pasa a ser el estado ideal imaginado por Platón. Se trata de un estado dividido en tres clases, correspondientes a la concepción platónica de la naturaleza tripartita del alma. En el nivel superior se encuentran los guardianes, que representan la razón. Su racionalidad suprema, inculcada en ellos tras una educación de años, los cualifica para ejercer el gobierno. Detrás de ellos están auxiliares, que se caracterizan por un temperamento animoso que les permite realizar las tareas propias del soldado. Por último está la mayoría, que corresponde en el alma a las pasiones: los miembros de esta clase no son especialmente inteligentes ni valerosos y viven sólo para satisfacer sus ansias materiales. Realizarán todos los oficios del estado excepto los que corresponden al gobierno y a los guerreros. Para empezar, un complicado mito explica cómo se distribuyen las clases entre los mortales, y a partir de ese momento los tres grupos se reproducen biológicamente. Cuando se ve que un niño ha nacido en una clase que no le corresponde, se le cambia de grupo, pero Platón parece tener una profunda fe en la herencia, pues, según afirma, es de suponer que esos casos sean raros.

Las únicas clases que deben ser bien educadas son las dos primeras, y Platón centra enseguida su atención en la educación y la vida de los guardianes. Deberán pasar muchos años estudiando, alcanzando el conocimiento de las Ideas a través del cultivo de las matemáticas. Curiosamente los guardianes pueden ser de uno y otro sexo, y Platón defiende una misma educación para ambos.

Documento 9.2 Aunque, según dice Sócrates, las mujeres son en general inferiores a los hombres en todas las artes excepto en la cocina y el telar, siempre podrá haber una mujer más hábil que algún varón en concreto. Cuando Glaucón le da la razón, Sócrates expone su plan, según el cual deben existir guardianes de ambos sexos (aunque siempre habla de los guardianes y sus esposas, nunca de las guardianas y sus maridos).

SÓCRATES: Por consiguiente, querido mío, no hay ninguna ocupación entre las concernientes al gobierno del Estado que sea de la mujer por ser mujer ni del hombre en tanto hombre, sino que las dotes naturales están similarmente distribuidas entre ambos seres vivos, por lo cual la mujer participa, por naturaleza de todas las ocupaciones, lo mismo que el hombre; sólo que en todas la mujer es más débil que el hombre.

GLAUCÓN: Completamente de acuerdo.

SÓCRATES: ¿Hemos de asignar entonces todas las tareas a los hombres y ninguna a las mujeres?

GLAUCÓN: No veo cómo habríamos de hacerlo.

SÓCRATES: Creo que, más bien, diremos que una mujer es apta para la medicina y otra no, una apta por naturaleza para la música y otra no.

GALUCÓN: Sin duda.

SÓCRATES: ¿Y acaso no hay mujeres aptas para la gimnasia y para la guerra, mientras otras serán incapaces de combatir y no gustarán de la gimnasia?

GLAUCÓN: Lo creo.

SÓCRATES: ¿Y no será una amante de la sabiduría y otra enemiga de ésta? ¿Y una fogosa y otra de sangre de horchata?

GLUACÓN: Así es.

SÓCRATES: Por ende, una mujer es apta para ser guardiana y otra no; ¿no es por tener una naturaleza de tal índole por lo que hemos elegido guardianes a los hombres?

GLAUCÓN: De tal índole, en efecto.

SÓCRATES: Hay, por lo tanto, una misma naturaleza en la mujer y en el hombre en relación con el cuidado del Estado, excepto en que en ella es más débil y en él más fuerte?

GLAUCÓN: Parece que sí.

SÓCRATES: Elegiremos, entonces, mujeres de esa índole para convivir y cuidar el Estado en común con los hombres de esa índole, puesto que son capaces de ello y afines en naturaleza a los hombres.

GLAUCÓN: De acuerdo.

SÓCRATES: ¿Y no debemos asignar a las mismas naturalezas las mismas ocupaciones?

GLAUCÓN: Las mismas.

SÓCRATES: Tras un rodeo, pues, volvemos a lo antes dicho, y convenimos en que no es contra naturaleza asignar a las mujeres de los guardianes la música y la gimnasia.

GLAUCÓN: Absolutamente cierto.

SÓCRATES: No hicimos, pues, leyes imposibles o que fueran meras expresiones de deseos, puesto que implantamos la ley conforme a la naturaleza: sino que más bien lo que se hace hoy día es hecho contra naturaleza, según parece.

GLAUCÓN: Parece, en efecto.

SÓCRATES: ¿Y no decíamos que nuestro examen debía versar sobre si esas normas eran posibles y además las mejores?

GLAUCÓN: Debía versar sobre eso.

SÓCRATES: Ahora, que eran posibles, hemos estado de acuerdo.

GLAUCÓN: Sí.

SÓCRATES: Lo que entonces debemos acordar después de eso es que son las mejores.
GLAUCÓN: Evidentemente.
SÓCRATES: Ahora bien, con respecto al proceso en que se llega a ser mujer guardiana, no hay una educación para el hombre y otra para la mujer, ya que es la misma naturaleza la que la recibe.
GLAUCÓN: No es distinta.[87]

La vida de los guardianes es especial en muchos aspectos. El principio adquisitivo que rige las actividades de la mayoría les es totalmente extraño, pues Platón contempla la existencia de un régimen comunista entre los guardianes; la propiedad privada, aunque existe para las otras dos clases, deberá ser abolida en el grupo superior. Tampoco se casarán en el sentido convencional del término. En definitiva, no tendrán *oîkoi*, rasgo que los aleja definitivamente del mundo ateniense. Pero aunque no vivan en familias, los guardianes se reproducirán con el fin de perpetuar el sistema. Un complejo ordenamiento matemático se encargará de planificar los apareamientos. (Platón se hallaba profundamente influido por los pitagóricos, y veía en las matemáticas no sólo la encarnación de la abstracción perfecta, sino también elementos místicos.) Pero los hijos nacidos de estos «matrimonios» a corto plazo debían mezclarse con todos los demás niños concebidos más o menos por la misma época y educarse en guarderías comunes. De ese modo, ni los padres conocerían a sus hijos ni éstos a sus padres.

Como muchas otras utopías, la de Platón tiene por objeto demostrar las deficiencias de los estados reales. No está claro que pretendiera ni que deseara ver establecida su República en el mundo real. De lo que no cabe duda es de que no le gustaban los gobiernos que había en Grecia, y particularmente la democracia. La tiranía y la oligarquía son más fáciles de desechar; nadie debería vivir sometido a los caprichos de un autócrata sediento de poder, y el dinero no es en ningún caso el parámetro del mérito. Más difícil resulta descartar la democracia, pero el hecho de vivir bajo un régimen que no le gustaba llevó a Platón a lanzar un virulento ataque contra un sistema que califica de «organización política agradable, anárquica y policroma», caracterizado por asignar «igualdad similarmente a las cosas iguales y a las desiguales» (558c). El vilipendio de la presunta igualdad de la democracia es habitual en el pensamiento de los intelectuales del siglo IV. Aristóteles e Isócrates compartían con Platón su preferencia por lo que ellos llamaban la igualdad «proporcional» o «geométrica». Según ellos, la proporción existente entre mérito y privilegio debía ser siempre constante. Ese sistema era, en su opinión, mucho más equitativo que la igualdad «aritmética» de la democracia que concedía los mismos privilegios a individuos de méritos absolutamente desiguales. Para Platón, conceder unos poderes políticos iguales a todo el mundo era más o menos como conceder a todos los estudiantes la misma nota, independientemente de lo que hicieran en los exámenes.

No habrá nunca un buen gobierno, concluía Platón, hasta que los filósofos y los gobernantes sean la misma cosa. Para conseguirlo, Platón fundó una escuela que llamó Academia porque se hallaba situada cerca del bosque de Academo, antiguo héroe ateniense. Los que acudían a ella debían estudiar muchos años para alcanzar una educación que, a juicio de Platón, les permitiera participar en el gobierno, pero que, como él

87. Platón, *República*, 455.

mismo reconocía, supondría una barrera entre ellos y el resto de los ciudadanos no educados. Entre los individuos que estudiaron en la Academia hubo muchos filósofos, astrónomos, matemáticos, e incluso científicos famosos. La presencia de científicos en la Academia demuestra el alcance de su atractivo, pues Platón no sentía demasiada atracción por la ciencia. ¿Y cómo iba a sentirla, si creía que lo más importante era lo eterno, que las ideas eran la realidad última y además la única verdadera? La ciencia estudia el cambio y el movimiento. Al igual que Parménides, Platón pensaba que la realidad no cambia ni puede cambiar. Al carecer de un mecanismo capaz de explicar el cambio, la filosofía idealista de Platón era incompatible con la ciencia.

Aristóteles

El discípulo más brillante de Platón, Aristóteles, fue el fundador de la gran institución del conocimiento científico en Atenas, el Liceo. Su padre había sido médico de la corte de Macedonia, y desde su más temprana edad se había dedicado a la observación científica. Nada le hacía más feliz que la meticulosa observación y clasificación de las especies. Estudiosos de muchísimas disciplinas, pero quizá sobre todo los biólogos, reconocerán cuánto le gustaba poner en relación lo particular con lo general, y observar el funcionamiento de la naturaleza en toda su perfección: incluso en los animales que no resultan agradables a los sentidos, afirma, «la maestría de la naturaleza proporciona un placer extraordinario a todos los que son capaces de reconocer las causas de las cosas y a cuantos tienen una inclinación natural por la filosofía» (*Sobre las partes de los animales,* 645a y ss.). No cabe duda de que Aristóteles disfrutaba con el mundo en constante mutación de la naturaleza, mientras que para Platón la máxima felicidad estaba en la contemplación de las verdades eternas de las matemáticas. Para Aristóteles, la fuerza dinámica del cambio tenía mucho que ver con el disfrute de la vida mental. Y no sólo eso: el movimiento en pos de un determinado fin —la teleología, término derivado de la palabra griega *télos*, que significa «fin» u «objetivo»— es lo que, a su juicio, constituye la fuerza rectora de la vida. Según él, un primer motor había creado el universo en consonancia con los fines que perseguía. Sólo el primer motor no era movido por nadie. Hablando en términos vulgares, el primer motor sería lo que casi todos llaman Dios. La filosofía de Aristóteles fue muy popular en la Europa medieval, cuando Tomás de Aquino (1225-1274 d. C.) la adaptó a la teología cristiana.

Aristóteles fue un personaje menos excéntrico que Platón. Pese a ser originario de la ciudad jonia de Estagira, en el norte de Grecia, y no pertenecer por tanto a Atenas como el aristocrático Platón, estaba mejor enraizado en las relaciones tradicionales de la sociedad griega que su maestro, quien, según parece, ni se casó ni tuvo nunca hijos. Vivió sucesivamente con dos mujeres, primero con su esposa Pitíade y luego, a la muerte de ésta, con su concubina Herpílide; tuvo una hija y un hijo. A la muerte de Platón en 347, cuando Aristóteles llevaba ya estudiando en la Academia casi veinte años, abandonó Atenas y se estableció en Asos, ciudad de Asia Menor. Algunos años más tarde regresó a Macedonia, donde lo llamó Filipo para que ejerciera como tutor de su hijo, el joven príncipe Alejandro. De nuevo en Atenas en 335, fundó su propia escuela, el Liceo. Solía conversar con sus discípulos mientras paseaba por las avenidas porticadas (los *perípatoi*, de donde procede el nombre «peripatéticos» con el que aún se les conoce). Al ser acusado de impiedad a raíz del estallido de sentimientos antimacedónicos

que se produjo en Atenas cuando llegó a la ciudad la noticia de la muerte de Alejandro, Aristóteles abandonó el Ática. Aludiendo sombríamente al juicio de Sócrates, comentó que no deseaba que los atenienses cometieran un segundo pecado contra la filosofía. Murió un año más tarde en 322.

El hecho de que Aristóteles amara la ciencia, mientras que Platón amaba las matemáticas, pone de manifiesto la profunda diferencia existente entre ambos filósofos y entre la forma de enfrentarse al mundo de las ideas que tenían uno y otro. A Aristóteles le atraía vivir las cosas y ello además le inspiraba el deseo de categorizarlas. Ese mismo instinto le llevaría a clasificar todos los ordenamientos políticos existentes en su época en su famosa obra de teoría política titulada precisamente *La política*. Mientras que Platón utilizaba la razón prácticamente como único instrumento en la búsqueda del conocimiento, Aristóteles concede una importancia tremenda a la observación. Su estancia en el noroeste de Asia Menor y en las islas adyacentes resultó sumamente provechosa para él, por cuanto le permitió estudiar la riqueza biológica de la laguna de Pirra, en la isla de Lesbos. Aunque la razón no fuera su único instrumento, fue el fundador de la lógica como disciplina. A Aristóteles debemos la articulación del principio fundamental del silogismo, esto es, el principio según el cual si de A llegamos a B, y de B llegamos a C, podríamos llegar a C simplemente a partir de A. Si Micifuz es un gato y todos los gatos son mamíferos, Micifuz será mamífero. Si el Partenón está en Atenas y Atenas está en el Ática, el Partenón estará en el Ática.

Mientras que Platón desarrolló un marco para el estudio de la política tan teórico que los especialistas a menudo se preguntan en qué estados del mundo real estaría pensando, Aristóteles enfoca la cuestión de la colectividad humana reuniendo y analizando una cantidad enorme de datos. Para este proyecto contó con la colaboración de sus discípulos del Liceo, que redactaron 158 ensayos sobre las constituciones de las diversas polis. El hecho de que hayan desaparecido todos excepto la *Constitución de los atenienses* supone una pérdida irreparable para el estudio de la historia de Grecia. A Aristóteles le fascinaban los asuntos relacionados con el gobierno. Su principal obra sobre teoría política es la *Política*, que siguió siendo un manual muy apreciado durante la Edad Media, el Renacimiento y los primeros siglos de la Edad Moderna.

En su concepción del universo en general, Aristóteles se diferencia de Platón en un punto clave, a saber, la existencia de las Ideas. Para Aristóteles, como para cualquier persona corriente, las Ideas o Formas no son reales. Sólo la combinación de la forma y la materia crean una cosa real. Platón, pensaba Aristóteles, no había sabido explicar el cambio, como le había ocurrido a Parménides. Aristóteles rechaza además el altísimo nivel de generalización en el que había trabajado Platón. En sus opiniones acerca de la comunidad humana, sin embargo, ambos autores son bastante parecidos. Los dos consideraban la polis algo más que una solución práctica destinada a favorecer el intercambio de bienes y a garantizar la protección recíproca; para ellos, la existencia humana y la existencia de la polis eran correlativas. (La ausencia de una estructura estatal hace que resulte imposible una existencia plenamente humana, pero cualquier estructura mayor que la polis era inimaginable. Aristóteles situaba en diez mil ciudadanos el tope de las dimensiones de un estado, pues ése era el número máximo de personas ante las que podía hablar un orador.) Aristóteles es famoso por su máxima «el hombre es un animal político». Lo que en realidad dijo es que el hombre es un animal que por naturaleza vive en una polis. Sólo en la polis puede el individuo hacer realidad su naturaleza social y desarrollarse a través del intercambio de ideas. Ese desarrollo, sin embargo, se

hallaba limitado sólo a unos pocos individuos provistos de dotes intelectuales, y pertenecientes a una clase social que les garantizara el tiempo libre necesario para la contemplación. Poderosos obstáculos impedían a los pobres participar de la política, sobre todo a los que no se dedicaban a la agricultura, sino que realizaban oficios «banáusicos», trabajos particularmente duros que comprometían no sólo al cuerpo, sino también a la mente. El mejor estado, concluye, no hará ciudadanos a los trabajadores corrientes, pues el ciudadano debe poseer una cantidad de bienes que le permitan disponer del tiempo libre suficiente para la práctica de la virtud y de las actividades políticas. Y con eso ya está dicho todo sobre la democracia.

Así, pues, tanto el aristócrata ateniense de rancio abolengo como el meteco más célebre de Atenas tenían una profunda conciencia de clase. No obstante, la filosofía política de Aristóteles se diferencia de la de Platón en dos aspectos fundamentales. En primer lugar, Aristóteles creía en la sabiduría colectiva: una multitud de individuos que tomados de uno en uno no son sabios, afirma, puede superar el saber de la minoría de los mejores, del mismo modo que los banquetes en que han contribuido muchos son mejores que los sufragados por uno solo. Por eso también las masas juzgan mejor las obras musicales y las de los poetas, pues «unos valoran una parte, otros otras y entre todos todas» (*Política*, 1281b). Por ese motivo, está dispuesto a llegar a un compromiso semejante al de Solón: en su estado ideal, los pobres podrían elegir a los magistrados y someterlos a rendición de cuentas, pero no ejercer los cargos. En segundo lugar, Aristóteles tenía una fe tan profunda en las jerarquías naturales —la del libre sobre el esclavo, la del griego sobre el no griego, la del adulto sobre el niño, la del varón sobre la mujer—, que con cierta frecuencia alude al tema de la inferioridad de la mujer respecto del hombre.

Mientras que la utopía de Platón postulaba una misma educación para los dos sexos, destinada a producir guardianas y guardianes capaces de gobernar juntos, Aristóteles era un partidario empedernido del patriarcado, cuyo fundamento, a su juicio, se hallaba en la imperfección biológica de la mujer. La mujer, decía, posee un cuerpo más frío que el del hombre. Por eso, aunque pueden proporcionar materia para la formación del feto, sólo el varón puede suministrar el alma. En el seno materno, el feto que no llegaba a su pleno desarrollo por falta de calor asumía el género femenino. De ese modo lo que les pasa a las mujeres es que literalmente están a medio cocer. De ahí vendría la inferioridad de fuerzas que, a su juicio, tenían diversas especies. La hembra, afirma, «es por así decir un macho incompleto» (*Sobre la generación de los animales*, 737a). A veces, como les ocurría a los hipocráticos, la capacidad de observación de Aristóteles desaparecía cuando trataba de la mujer. El filósofo del siglo XX Bertrand Russell comentaba que Aristóteles no habría afirmado que las mujeres tienen menos dientes que los hombres si hubiera permitido a su esposa abrir la boca.

Pese a todas sus diferencias, Platón y Aristóteles tenían en común la absoluta convicción de que la finalidad de la filosofía era permitir a un grupo de hombres escogidos buscar el conocimiento en una república de ciudadanos virtuosos. El estado era para ellos lo mismo que la polis, y ésta constituía un elemento fundamental de la buena vida. Esta idea contrasta con la que tienen la mayoría de los pensadores modernos, que suelen opinar que la finalidad del estado es conceder al individuo la libertad de perseguir sus propios objetivos, particularmente los de carácter económico. Aunque Platón y Aristóteles se mostraran sumamente críticos con la democracia, compartían con los demócratas de Atenas la creencia eminentemente griega en la naturaleza activa de la po-

lis. Lejos de ser una institución artificial cuya principal finalidad sería la redistribución de los productos y evitar el crimen, la polis era concebida por sus habitantes como una fuerza que favorecía el perfeccionamiento moral y espiritual de sus ciudadanos. Para que esa fuerza actuara como es debido, los ciudadanos debían intervenir celosamente en la vida política; la participación en ella era una obligación, no un derecho. Sin embargo, los problemas del siglo IV hicieron que se pusiera seriamente en tela de juicio si la polis, según la concepción tradicional de la misma, servía o no a las necesidades de los hombres.

Síntomas de malestar: coqueteos con la monarquía

Consciente de que su república ideal no iba a realizarse mientras viviera, Platón postula un segundo mejor estado en su diálogo *Las leyes*, de fecha ya tardía. Pero al final de su vida jugó también con la idea de que el gobierno por un individuo especialmente sabio quizá fuera preferible incluso al gobierno de las mejores leyes. Al fin y al cabo las leyes son inflexibles y no se adaptan demasiado bien a los individuos. En el diálogo titulado *El político*, Platón da un cheque en blanco a ese hombre de sabiduría extraordinaria. Según dice,

> estos hombres, gobiernen con la aceptación voluntaria de sus súbditos o sin ella, según códigos escritos o sin ellos, sean ricos o pobres, debemos considerar —tal como poco antes pensábamos— que ejercen su gobierno, cualquiera que sea, conforme a un arte. ... Y si, tal vez, mandan a la muerte o destierran a algunos individuos para purificar y sanear la ciudad, o si envían aquí o allá colonias como si fueran enjambres de abejas para reducir la ciudad o, por el contrario, traen inmigrantes de algún otro lado para aumentar su volumen, mientras procedan con ciencia y justicia para salvarla e introduzcan en lo posible mejoras, debemos decir, ateniéndonos a tales rasgos, que es este régimen político el único recto.[88]

Aunque esta idea es la consecuencia previsible de las propias convicciones de Platón en el sentido de que el conocimiento es absoluto por naturaleza, puede verse también como el resultado natural de las tensiones propias del siglo IV. Mientras el goteo de guerras entre las polis y las dificultades económicas seguían incesantemente, individuos con una visión del mundo muy distinta de la de Platón empezaron a poner en tela de juicio la capacidad de resolver los problemas de la polis que pudiera tener de hecho el imperio de la ley. ¿Y si apareciera un individuo excepcional dotado de un conocimiento extraordinario de lo que está bien? Quizá resultara más fácil encontrar y educar a una persona de esas características que reunir a muchos, o incluso a unos pocos.

La idea de que un hombre especialmente dotado podía aportar una mejora notable a la vida de Grecia aparece en las obras de dos contemporáneos de Platón, Jenofonte e Isócrates. Tanto uno como otro tenían algo en común con el filósofo de las Ideas: Jenofonte compartía con Platón su admiración por su maestro, Sócrates, y en cuanto a Isócrates, también había fundado su propia escuela. Pero ambos autores eran muy distintos entre sí. Jenofonte era un hombre de acción, un soldado y un aventurero al que le gustaba escribir sobre temas relacionados con la equitación y con la caza, mientras que

88. Platón, *Político*, 293.

Isócrates era demasiado nervioso para sentirse a gusto hablando en público, aunque se ganara la vida enseñando oratoria y escribiendo discursos. A los dos, sin embargo, les preocupaban las posibilidades de una especie de hegemonía política que pocos griegos del siglo V se habrían atrevido a alabar. Aunque por motivos diferentes, a los dos les atrajo la monarquía.

El concepto de monarca sabio cuyo gobierno se basa en la ley, que aparece en el elogio de su amigo Agesilao escrito por Jenofonte, desempeña también un papel importante en su *Ciropedia* («Educación de Ciro»), especie de novela histórica ambientada en una Persia imaginaria y sentimental. En una de las múltiples conversaciones emotivas entre Ciro y su madre que aparecen en la obra, ésta le asegura que Persia es superior a Media en que «entre los persas lo que es justo se define como lo que es igual» (*Ciropedia*, I, 3,18). Su padre, el rey de Persia, le dice llena de orgullo, es siempre el primero en cumplir lo que ordena el estado y en acatar lo que se haya decretado, pues «su conducta no sigue sus inclinaciones, sino la ley» (I, 3,18). Eso es lo que distingue la monarquía de la tiranía, concluye.

La igualitaria Persia feliz de la *Ciropedia* está muy lejos del despotismo presentado por Esquilo y Heródoto como la antítesis de la libertad griega. La imagen de la monarquía que ofrece Jenofonte habría parecido incongruente (y probablemente constitutiva de delito de traición) durante el siglo V, cuando oligarquía y democracia habían constituido los polos del debate. Los griegos sabían muy bien dónde se daba el gobierno de un solo hombre: en Persia. Las invasiones de Darío y Jerjes habían dejado en los griegos la firme convicción de que para ser ellos mismos tenían que vivir bajo cualquier forma de gobierno que no fuera monárquico. En el siglo IV, pese a la conducta despótica de Artajerjes, daba la impresión de que la próxima invasión vendría probablemente de Occidente, y no de Oriente. En aquellos momentos, el recuerdo de la amenaza persa servía fundamentalmente para estimular los deseos de venganza, no para formar la identidad griega. El mundo había cambiado, y cada vez con más frecuencia la gente empezaba a preguntarse si no sería necesario efectuar un cambio más radical.

Isócrates proponía precisamente ese cambio. Su concepción de la monarquía tenía que ver también con Persia, pero de un modo completamente distinto. Convencido de que la raza varonil e inteligente de los griegos tenía el derecho (y la necesidad económica) de dominar a los bárbaros, serviles y afeminados, Isócrates echaba de menos un hombre capaz de unir a los griegos en una guerra santa contra los degenerados persas. Semejante proyecto debía unificar a los griegos dirigiendo sus ataques hacia el exterior, hacia un enemigo común, debía colocar a la raza dominadora en el lugar que le correspondía dentro de la política universal, y mejorar la situación económica de Grecia a expensas de Persia: «Es preciso que vosotros mismos», proponía a los griegos en el *Panegírico* de 380, «examinéis cuánta felicidad alcanzaríamos si la guerra que hay entre nosotros la hiciéramos contra los continentales y transportásemos a Europa la fortuna de Asia» (*Panegírico*, 187-188).

Fue esta preocupación práctica la que lo indujo a buscar un hombre fuerte capaz de salvar a Grecia. Para ello pensó en personajes tan dispares como Jasón de Feras, *tagós* de Tesalia, Dionisio I, tirano de Siracusa, y Arquidamo III de Esparta. El hecho de que tanto Jasón como Dionisio debieran su poder a los mercenarios nos muestra el precio que estaba dispuesto a pagar por la unificación de Grecia. Cuando Jasón y Dionisio murieron y Arquidamo puso de manifiesto que sus intereses eran puramente locales, Isócrates volvió sus ojos a Filipo y al poder cada vez mayor de Macedonia para que pu-

siera en práctica el plan expuesto en el *Panegírico*. Isócrates no imaginaba un imperio macedónico sobre Grecia, sino más bien una liga de polis pasadas de moda unidas bajo un determinado líder. Cuando Macedonia logró unificar Grecia el año mismo de la muerte de Isócrates, los términos de la unión serían muy distintos de los que se imaginara el orador. No obstante, la esperanza de una cruzada panhelénica contra Persia lo mantuvo vivo hasta los casi cien años de edad. Tras la conquista de Grecia por Filipo en 338, Isócrates escribió al rey de Macedonia diciendo:

> Piensa que tendrás una fama insuperable y digna de tus hazañas cuando obligues a los bárbaros ... a ser ilotas de los griegos, cuando logres que el que ahora se llama gran rey haga lo que tú le mandes. No te faltará sino ser dios.[89]

Experimento práctico: Dionisio I de Siracusa

Antes de que Filipo accediera al trono de Macedonia, tuvo ya lugar en Occidente un experimento embrionario de unificación de Grecia al mando de un líder carismático. Isócrates no fue el único en pensar que Dionisio de Siracusa estaba destinado a la máxima grandeza. Él también lo pensaba. Si sus sucesores hubieran heredado su energía y su determinación, el imperio creado por Dionisio en Italia, Sicilia y los territorios aledaños habría podido cambiar el mundo griego lo mismo que lo cambiarían las conquistas de Macedonia un poco más tarde. En realidad, sin embargo, los que lo sucedieron no tenían ni su talento ni su suerte, y al final todos sus esfuerzos fueron recompensados con el olvido. Casi nadie se acuerda de Dionisio, excepto tal vez como del tirano caricaturizado por Cicerón que mandaba a sus hijas que lo afeitaran porque no se fiaba de los barberos. Con el tiempo, no llegaría a fiarse ni siquiera de sus hijas, y les pidió que guardaran la navaja y que le quitaran la barba quemándola con cáscaras de nuez calientes.

Aunque su régimen recuerda en cierto modo al de Pisístrato en la Atenas del siglo VI, Dionisio fue en gran medida un producto de su tiempo, pues su poder se basó en un fenómeno típico del siglo IV, el ejército de mercenarios. Las invasiones cartaginesas le proporcionaron el trampolín necesario para sus ambiciones. Tras denunciar a los demás generales de no saber hacer frente a los invasores, convenció a los siracusanos de que destituyeran a sus colegas y le entregaran el mando a él. Tras un intento de asesinato fingido (como el de Pisístrato), que dio credibilidad a sus exigencias de proveerse de una guardia personal, se erigió en tirano *de facto* (405 a. C.), utilizando diversos títulos como el de *basileús* o el de arconte de Sicilia. Como en la Atenas de los Pisistrátidas, siguió en vigor buena parte de la maquinaria cotidiana de la democracia, aunque la última palabra la tenía siempre Dionisio y su régimen fue mucho más sangriento que el de su predecesor ateniense. Independientemente del título que se arrogara, Dionisio debía su poder a unas tropas mercenarias formadas por entre diez y veinte mil hombres que lo repusieron una y otra vez en el cargo siempre que las sublevaciones populares consiguieron derrocarlo. Dionisio permaneció treinta y ocho años en el poder hasta su muerte en 367, poniéndose al frente de los sicilianos en una serie de guerras contra los cartagineses con resultados muy diversos. Aunque nunca consiguió expulsar completamente a los cartagineses de Sicilia, logró unificar buena parte de la isla bajo su mando. No dudó en establecer alianzas con pueblos no griegos de Europa que atacaban a las

89. Isócrates, *Carta III: a Filipo*, 5.

ciudades griegas. Su alianza con los lucanos, que habitaban en el interior del sur de Italia, le permitió conquistar muchas ciudades griegas de la costa, y gracias a sus aliados galos pudo saquear la costa tirrénica de Italia, estableciendo una base naval en Córcega, y ocupar la isla de Elba. Intervino también en la política de la madre patria, poniéndose habitualmente del lado de Esparta, aunque intentó mantener buenas relaciones, siempre que pudo, con la vieja enemiga de Siracusa, Atenas. Los atenienses le concedieron la ciudadanía honorífica poco antes de su muerte.

Del mismo modo que no tuvo reparos en aliarse con los lucanos y los galos, Dionisio no dudó en reclutar mercenarios sículos e italiotas para su ejército, convencido de que la incorporación de elementos no griegos mejoraría sus fuerzas armadas. Naturalmente deseaba también disponer de la mayor cantidad posible de hombres que le debieran a él su posición. Aunque muchos llevaron a mal las constantes requisas de mano de obra que efectuó para levantar unas murallas destinadas a hacer de Siracusa la ciudad mejor fortificada de Europa y construir una flota de más de trescientas naves, otros le estuvieron eternamente agradecidos por concederles la ciudadanía o liberarles de la esclavitud. Sin embargo, por cada esclavo que liberó, cautivó y vendió a una persona de condición libre, pues para sostener a los mercenarios y mantener el nivel de vida que exigían, le hacían falta muchos ingresos. Además comunidades enteras originarias de Italia y de otros lugares de Sicilia fueron establecidas en Siracusa.

Dionisio fue el innovador más notable de su época en materia militar. Los progresos más destacados los realizó en el terreno de la guerra de asedio. Como vimos durante el desarrollo de la Guerra del Peloponeso, los asedios griegos solían terminar cuando el hambre obligaba a la población sitiada a rendirse. Dionisio, sin embargo, se adelantó a Alejandro Magno porque supo tomar ciudades al asalto, utilizando un nuevo instrumento, el llamado *gastraphétēs*, «tirador de tripa», por la forma en que el hombre que lo usaba empleaba el vientre para activarlo. El *gastraphétēs* era esencialmente un arco compuesto; para dispararlo, el soldado encargado de su manejo debía apoyar el estómago en una ranura y llevar el arma a su máximo grado de tensión presionándola. El arma podía lanzar el proyectil a unos 250 metros de distancia. Parece que, combinado con las torres de asedio sobre ruedas de seis pisos de altura, provistas de puentes voladizos, el *gastraphétēs* le resultó muy útil a Dionisio en el sitio de Motia, la principal fortaleza cartaginesa de Sicilia, que destruyó en 397. (Los griegos de la ciudad que permanecieron fieles a Cartago fueron crucificados.) La conjunción de artillería, infantería ligera y pesada y caballería, permitió al ejército de Dionisio convertirse en la fuerza de combate con una organización y un armamento más complejos que había existido en Grecia hasta entonces.

Documento 9. 3 Diodoro Sículo, que a menudo habla con dureza de Dionisio, admiraba su energía y determinación. En su *Biblioteca Histórica* comenta que los trabajadores compitieron por ver quién contribuía más y mejor al esfuerzo bélico. El pasaje subraya además la fuerza de la personalidad de Dionisio.

> Tras reunir a numerosos obreros especializados, los dividió en grupos según sus especialidades, y puso al frente de ellos a los ciudadanos más notables, concediendo cuantiosas primas a quien proporcionara una mayor cantidad de armas. En cuanto a la arma-

dura, les repartió un modelo de cada clase, pues había contratado mercenarios de muchas nacionalidades distintas, y deseaba que todos sus soldados llevaran el armamento del pueblo del que fuera originario cada uno, en la idea de que con ese armamento su ejército causaría gran espanto, precisamente por esa circunstancia, y de que en el campo de batalla sus soldados lucharían mejor si llevaban el armamento al que estuvieran acostumbrados. Y como los siracusanos apoyaron con entusiasmo la política de Dionisio, sucedió que se produjo una gran rivalidad en la fabricación de las armas.

En realidad por esta época se inventó en Siracusa la catapulta, pues fue entonces cuando se reunieron en un solo lugar los artesanos más hábiles de todas las naciones. Los altos salarios y las cuantiosas primas ofrecidas a los trabajadores que se consideraban mejores estimulaban su celo. Pero por encima de todos estos factores, Dionisio se paseaba todos los días entre los operarios, conversaba con ellos con gran amabilidad, y premiaba a los más esforzados con regalos e invitándolos a comer a su mesa. En consecuencia los trabajadores dedicaron un esfuerzo insuperable al diseño de proyectiles y máquinas de guerra sumamente extrañas, pero capaces de prestar un servicio magnífico. Inició además la construcción de cuatrirremes y quinquerremos, siendo el primero al que se le ocurrió la fabricación de este tipo de naves. ... Cualquiera que viera tantas armas y naves en construcción en un solo lugar se habría llenado de asombro.[90]

Dionisio se veía a sí mismo como el fundador de una dinastía, e hizo ostentación pública de que el tirano no se hallaba sometido a ningún tipo de limitaciones convencionales casándose en una misma ceremonia con dos mujeres. Semejante acción daría lugar a numerosos problemas en el futuro. A su muerte, Dionisio II, hijo de una de esas esposas, accedió al trono, pero con la obligación de adoptar como consejero oficial a Dión, el hermano de la otra esposa. Los dos poseían temperamentos completamente opuestos, y vivieron enfrentados durante años. Platón, que había conocido a Dión durante su estancia en Sicilia en la década de 380, se vio involucrado en el asunto cuando Dión lo invitó dos veces a volver a Sicilia con la esperanza de que Dionisio II mejorara su carácter mediante el estudio de la filosofía. El experimento fracasó; Platón regresó a Atenas y Dión fue asesinado en 354.

Debemos contemplar el florecimiento de una tiranía imperial en Occidente en el contexto del desarrollo del individualismo del siglo IV, fenómeno que podemos apreciar asimismo en Atenas en la retirada de la política que efectuaron muchos ciudadanos ricos que preferían dedicarse a sus asuntos particulares, y en las aventuras independientes como mercenarios a las que se lanzaron muchos generales atenienses. Ifícrates se casó con la hija del rey de los odrisas, Cotis, y pasó muchos años luchando en defensa de su suegro. (¿Qué haría cuando Cotis atacara las bases que tenía Atenas en el Quersoneso y en otros lugares?) La fuerza que la atracción por el poder ejerció sobre algunos personajes de talento resulta evidente tanto en la literatura como en la vida real. En su diálogo *Gorgias*, Platón presenta a Sócrates hablando con un joven descarado llamado Calicles. Según Calicles, no debe haber inconveniente en despreciar la piedad convencional cuando coarta las actividades de los hombres de talento excepcional (como supuestamente es él). «El hombre que quiera llevar una vida recta», dice, «debe dejar que sus apetitos se desarrollen en la mayor medida posible y no frenarlos, y, cuando se hayan desarrollado al máximo, deberá ser capaz de servirlos precisamente por ser valeroso e inteligente, y satisfacer siempre sus deseos, sea de lo que sea» (*Gorgias*, 491e-492a). Los mediocres, afirma Calicles, que no son capaces de algo así, alaban la templanza y la justicia para ocultar su impotencia. Dionisio, al que Platón llegó a conocer en Sicilia, habría sido también de ese parecer. Y lo mismo ocurriría con el patrón de Aristóteles, Filipo de Macedonia.

90. *Biblioteca Histórica*, XIV, 41, 4-43.1; según trad. ing. de C. L. Sherman en *Diodorus of Sicily*, vol. VII, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., y Londres, Harvard University Press, 1954.

El siglo IV a. C. fue testigo de una explosión de energía creativa en muchos campos. La filosofía, la biología, la teoría política, las matemáticas, y la ciencia militar realizaron grandes progresos. Adónde llevaba tanta fecundidad no está tan claro. Se echaron cimientos muy sólidos a una serie de tradiciones intelectuales destinadas a pervivir y a desarrollarse durante siglos; muchas de ellas siguen vivas en forma unas veces alterada y otras no. El conocimiento que generaron, sin embargo, no logró salvar a Grecia. La especialización cada vez mayor del siglo IV provocó una separación entre generales y políticos que dio lugar a una mayor profesionalización de las dotes militares. En consecuencia, los generales del siglo IV serían mejores que los del V. Sus armas y su maquinaría serían también más versátiles y sofisticadas. Los nuevos modos de pensar darían pie asimismo a la aparición de monografías especializadas como los tratados de Jenofonte sobre el arte de la hípica y las cualidades necesarias para llegar a ser un buen comandante de caballería, o la *Poliorcética* escrita por el llamado Eneas Táctico. Sin embargo, todo ese perfeccionamiento no produjo ningún resultado positivo. Los griegos aumentaron simplemente el repertorio de los métodos de matar de que disponían.

Los grandes textos de la teoría política griega siguen leyéndose en la actualidad. Sin embargo, las perspectivas que ofrecen no parece que tuvieran demasiada aplicación práctica en su tiempo. Los discípulos de Platón no lograron hacerse nunca con el gobierno de Atenas, y la influencia de Aristóteles sobre su discípulo, Alejandro, fue, al parecer, muy poco significativa. Identificar a los hombres con más posibilidades de gobernar mejor constituye siempre un reto, y no sirve de mucho señalar la imprudencia que supone conceder la autoridad suprema a un tirano sediento de poder, a una pandilla de hombres ricos, o a un populacho descontento. Precisamente porque la riqueza y la noble cuna han sido históricamente los criterios utilizados para admitir a alguien en la elite, la democracia se ha convertido en una alternativa popular a la oligarquía. Una cosa es defender la aristocracia del intelecto y otra diseñar la maquinaria necesaria para establecerla en la práctica. Según una máxima fundamental de los intelectuales griegos, la mayoría carecía de capacidad de desarrollo. Platón y Aristóteles elaboraron su pensamiento partiendo de la idea de que el secreto de la reforma del gobierno consistía en alimentar a la pequeña minoría que poseía esa capacidad. Su objetivo era fundamentalmente diseñar una constitución que minimizara el poder que la prudencia aconseja conceder a las masas irreflexivas que, cuando carecen de él, se sublevan y asesinan a los mejores.

Afirmar que la polis fracasó en último término porque carecía de una ideología verdaderamente democrática sería igualmente ridículo por muchos motivos. En primer lugar, ha habido imperios muy poderosos que han sobrevivido largo tiempo sin tener ningún tipo de ideología democrática. En segundo lugar, por el vigor y la estabilidad de la Atenas del siglo IV sabemos que la democracia siguió viva y en perfecto estado, aunque no lo estuviera en las mentes de los intelectuales griegos. En tercer lugar, la polis no fracasó del todo. El hundimiento de la ideología de la polis antes de la embestida de los

macedonios era ya claramente perceptible en estados como Atenas y Esparta, que en otro tiempo habían tenido el privilegio de diseñar su propia política exterior. Otras polis más pequeñas, sin embargo, llevaban largo tiempo acostumbradas a mantener el mayor grado de dignidad posible a la sombra de otras potencias superiores. De hecho, la ciudad y su bullicio seguirían constituyendo el alma de la civilización griega durante los siglos venideros.

Capítulo 10

FILIPO II Y LA ASCENSIÓN DE MACEDONIA

Una de las grandes paradojas de la historia antigua es que las polis griegas lograron mantener su independencia hasta casi el último tercio del siglo IV a. C. Sus pequeñas dimensiones y los constantes litigios entre unas y otras hacen que el hecho de que lograran librarse de la conquista persa a comienzos del siglo V parezca milagroso, y que lo pareciera incluso en la Antigüedad. No supuso ninguna sorpresa que la amenaza de una conquista extranjera volviera a presentarse poco más de un siglo después. Lo sorprendente era el origen de esa amenaza: el peligro no provendría esta vez del imperio persa, temido por los griegos durante casi dos siglos, sino del reino de Macedonia, hasta entonces casi insignificante, situado al norte de Grecia, en el sudeste de Europa.

La conquista de los estados griegos por Macedonia se debió en parte a las divisiones internas y a las tensiones económicas que impidieron el desarrollo de una política coherente en Atenas, y en parte también a la desconfianza mutua de los griegos, que no permitió que las principales polis, Atenas, Esparta y Tebas, opusieran un frente unido eficaz. Otro papel importante fue el que desempeñó el deseo que abrigaban muchos griegos de aplicar una cura radical de los males de la Hélade, como pudiera ser, por ejemplo, el establecimiento de una monarquía o la organización de una cruzada contra Persia como la que podría encabezar un monarca. Sin embargo, también debemos atribuir parte del éxito a las singulares dotes militares y diplomáticas del personaje que accedió al trono de Macedonia en 359 a. C. Hombre de talento excepcional y determinación férrea, la personalidad de Filipo II ha fascinado a los estudiosos de la historia antigua durante más de dos mil años, y sigue fascinándolos en la actualidad.

Fuentes para la historia de Macedonia

Resulta muy difícil reconstruir la historia de Macedonia antes del reinado de Filipo II. La causa del problema es evidentemente en parte la carencia de fuentes que afecta en gran medida a la historia de Grecia. Conocemos los nombres de varios autores que escribieron en la Antigüedad historias de Macedonia, pero sólo se conservan pequeños fragmentos de sus obras. La más importante de esas obras eran los cincuenta y ocho libros de *Filípicas* de Teopompo de Quíos (siglo IV a. C.). En la Constantinopla del siglo IX d. C. todavía se conservaban unos pocos manuscritos de la historia de Teopompo, pero desaparecieron poco después. No obstante, gran parte de su contenido se conserva en historias generales como la de Diodoro Sículo (siglo I a. C.) o la de Justino (siglo II d. C.).

El biógrafo Plutarco, el geógrafo Estrabón, y varios oradores atenienses, entre ellos Esquines, Hipérides y sobre todo Demóstenes, nos proporcionan también noticias importantes. Además, los descubrimientos arqueológicos que se van produciendo incesantemente complementan los testimonios de las fuentes literarias. En las últimas décadas, por ejemplo, los arqueólogos han sacado a la luz los restos de la antigua capital macedónica, Egas, y la necrópolis real adyacente, el importante santuario de Zeus en Dión, y una necrópolis de la época arcaica rica en espectaculares joyas y objetos de oro en Sindos. La combinación de las fuentes literarias y arqueológicas ha permitido en los últimos años a los historiadores reconstruir la historia de Macedonia con mucha más precisión que hasta hace poco.

Esa reconstrucción se ve complicada por los tres tipos de distorsión que afectan a las fuentes de las que disponemos. La primera y la más importante es que los historiadores antiguos trataron la historia de Macedonia anterior a Alejandro Magno como un mero prólogo a su espectacular reinado. La segunda es que muchas de nuestras fuentes proceden de Atenas y, como cabría imaginar, presentan la actuación de los macedonios atendiendo casi exclusivamente a los efectos que pudiera tener sobre los intereses de Atenas. Los graves conflictos políticos de carácter partidario que afectaron a la Atenas de mediados del siglo IV no hicieron más que agudizar esa tendenciosidad en algunas de las fuentes más importantes. Por último, los autores de la mayoría de nuestras fuentes muestran una influencia innegable de la discusión, típica del siglo IV, sobre si los macedonios eran griegos o bárbaros. Por consiguiente, redactar una crónica de la Macedonia primitiva resulta relativamente fácil, pero no lo es tanto contemplar esa historia desde el punto de vista macedónico. Hasta hace muy poco, los especialistas no han intentado estudiar la historia de Macedonia desde la perspectiva macedónica, en vez de reproducir la orientación de las fuentes antiguas tratándola como un apéndice de la historia de Grecia.

La Macedonia primitiva

Según el historiador Heródoto, el primer rey de Macedonia, Perdicas, recibió la promesa de que su reino se extendería por toda la tierra que alumbra el sol. La realidad fue muy distinta. Durante casi toda la época arcaica y las primeras décadas del período clásico de la historia de Grecia, los reyes de Macedonia ejercieron su poder sobre un reino caracterizado por una inestabilidad crónica, que a menudo fue un estado más de nombre que de hecho. Rodeados por Tesalia al sur y por Tracia y la Liga Calcídica al

este, Peonia al norte, e Iliria y Epiro al oeste, los reyes de Macedonia se vieron obligados a librar duros combates para mantener alejados a sus enemigos externos. Al mismo tiempo, tuvieron que emplearse a fondo para reafirmar su primacía sobre los dinastas locales, que dominaban en las diversas regiones que componían el reino de Macedonia.

La geografía del país hacía que esa lucha resultara aún más difícil. La Macedonia antigua estaba formada por dos regiones geográficas distintas: la Baja Macedonia, es decir, la gran llanura de aluvión creada por los ríos Haliacmon y Axio, que desembocan en el golfo de Terma; y la Alta Macedonia, la zona de mesetas y montañas escarpadas que, en forma de herradura, se extiende por el noroeste hacia Iliria y Epiro, y que estaba regada por los dos mismos ríos. Las llanuras de la Baja Macedonia constituían el corazón del reino macedónico y soportaban una numerosa población agrícola. Las zonas montañosas no sólo poseían amplios bosques y ricos depósitos de minerales, sino que además daban cobijo a diversas tribus que guardaban celosamente su libertad del dominio de los reyes macedónicos de la llanura. La unificación de estas dos regiones bajo la autoridad del rey de Macedonia supuso el requisito indispensable para el desarrollo y la expansión del poderío macedónico.

La sociedad y la monarquía macedónicas

¿Eran griegos los macedonios? Ésta es la cuestión más tratada por la historiografía macedónica. En la política balcánica contemporánea, las reivindicaciones contrapuestas del territorio de la antigua Macedonia han hecho de la cuestión de la «helenidad» de la antigua Macedonia un tema candente. Es posible que los nacionalistas modernos estén muy seguros de su respuesta, pero faltan testimonios suficientes para zanjar la cuestión en un sentido o en otro. Así, pues, aunque las fuentes no dejan lugar a dudas cuando afirman que los griegos no entendían el «macedónico» hablado, no se han conservado textos escritos en esa lengua. Los lingüistas ni siquiera pueden determinar si se trataba de un dialecto arcaico del griego o si era una lengua totalmente distinta. Sin embargo, hay un hecho incontestable, a saber: durante la Antigüedad, ni los macedonios ni los helenos pensaban que los macedonios eran griegos. Los helenos consideraban a los macedonios tan bárbaros como a sus vecinos tracios o ilirios. Sólo exceptuaban a los miembros de la familia real de los Argéadas, que, según decían, descendían de unos emigrantes de Argos.

Más importante todavía es que, aunque los reyes macedonios fomentaron la helenización de la nobleza del país, las culturas griega y macedónica tenían muy poco en común. Aunque la mayoría de la población de Grecia vivía de la agricultura, las ciudades constituían el rasgo más distintivo de la civilización helénica. La vida urbana en Macedonia, en cambio, se hallaba limitada a unas cuantas colonias griegas establecidas en la costa del golfo de Terma. Los escasos asentamientos de gran tamaño que había en el interior de Macedonia, como, por ejemplo, Egas y Pella, eran centros dinásticos carentes de instituciones cívicas. La inmensa mayoría de los macedonios eran pequeños labradores o pastores seminómadas, que vivían en aldeas dispersas y que debían fidelidad primordialmente a los aristócratas del país. Había otras diferencias que distinguían a ambas culturas. La elite macedónica, por ejemplo, era polígama, mientras que los griegos eran monógamos. El gusto de los macedonios por el vino sin

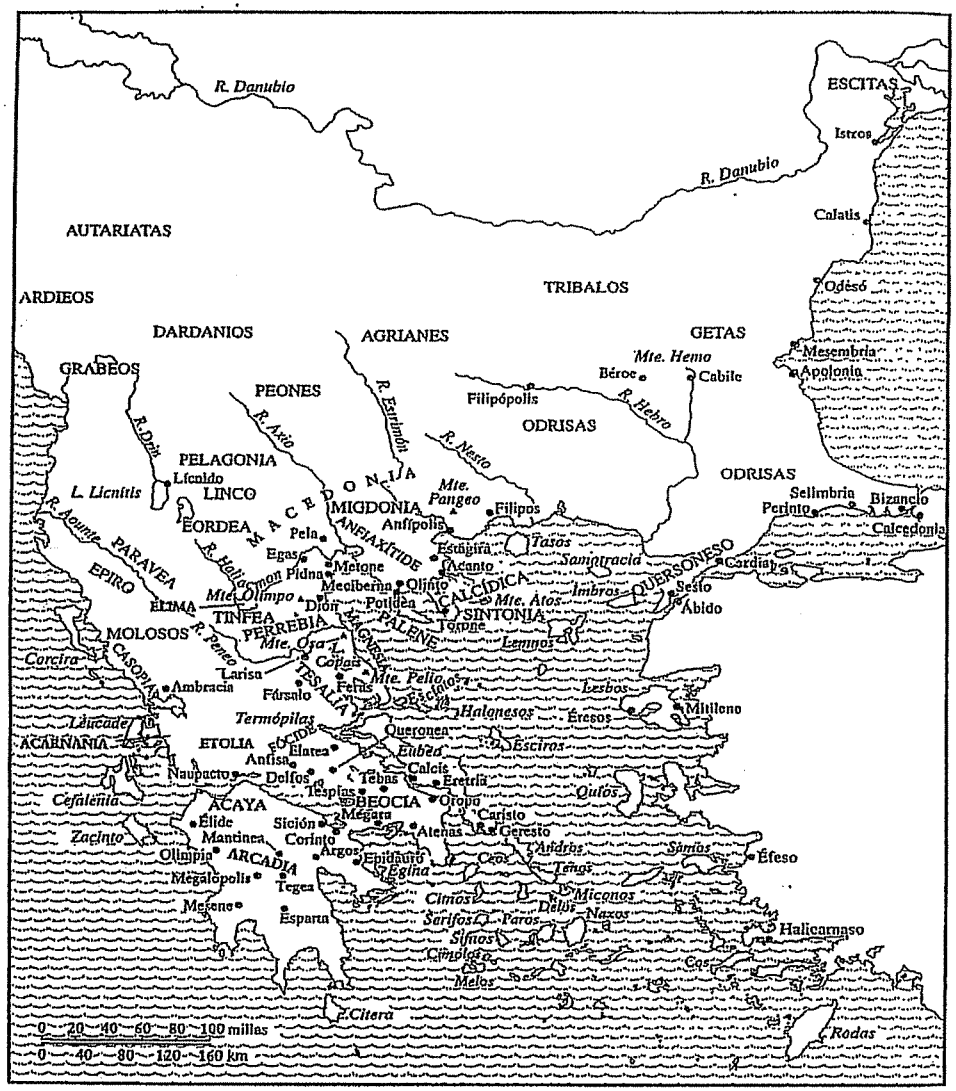


FIGURA 10.1. Macedonia y sus vecinos.

mezclar y su preferencia por los enterramientos de túmulo, en vez de por la simple cremación o la inhumación constituían otras diferencias significativas, aunque menos notables.

La historia de la monarquía macedónica tiene tanto que ver con los esfuerzos de los reyes por amansar a su nobleza levantisca como con sus afanes de expandir su territorio. El estilo de vida de la nobleza macedonia tenía más en común con el de los héroes homéricos que con el de los griegos clásicos. La guerra y la caza eran las únicas actividades propias de un aristócrata macedonio. La muerte representaba para ellos todo un modo de vida. Antes de ser reconocido como adulto, el joven debía alancear un jabalí sin ayudarse de la red y matar a un enemigo. El exceso en la bebida, la feroz rivalidad por alcanzar el valimiento en la corte real, y la lucha por los favores de los muchachos y de las chicas jóvenes daban lugar a violentas disputas.

La monarquía era la institución básica de la sociedad macedónica. Como Luis XIV de Francia, los reyes de Macedonia eran autócratas que habrían podido decir con perfecta autoridad «El estado soy yo». Aunque algunas teorías vigentes hasta hace poco afirmaban que sus poderes se hallaban limitados por una asamblea del ejército que tenía derecho a elegir al monarca y a juzgar los casos de traición, en la actualidad está claro que esas hipótesis carecen de fundamento. Es posible que el ejército aclamara al nuevo rey y que asistiera como testigo a los juicios de los nobles, pero el monarca y sus consejeros eran los que tomaban siempre la decisión final. El rey era el que efectuaba todos los nombramientos, el que concedía tierras y privilegios, y el que daba respuesta a todas las peticiones. El rey era además el único que representaba a Macedonia en los asuntos exteriores. Los tratados y alianzas se firmaban personalmente con él, y los aliados extranjeros le prestaban apoyo a él y a su familia, sin aludir en ningún caso al pueblo macedonio. El propio soberano era el que decidía quién debía ser su sucesor. Los reyes macedonios eran polígamos y, con tal de que el nuevo monarca fuera un Argéada, el rey podía nombrar sucesor a cualquiera de los hijos de sus esposas.

No obstante, esta simple enumeración de los poderes de los monarcas macedonios puede resultar equívoca. Los poderes del rey no tenían restricciones constitucionales, pero sí que existían limitaciones extraconstitucionales a la manera de ejercer esas prerrogativas. Los autores griegos de teoría política solían equiparar la monarquía con la tiranía, pues pensaban que el rasgo característico de ambas era la importancia suprema de la personalidad del soberano en la esfera pública y en la privada. Tal era el caso sobre todo de Macedonia, donde no existía una burocracia impersonal que separara al monarca de sus súbditos. Los reyes de Macedonia se pasaban la vida rodeados de sus compañeros, los nobles macedonios que formaban su séquito personal. Los reyes escogían entre esos compañeros a sus consejeros más íntimos y a los miembros de su guardia personal. En la guerra, los compañeros servían en un cuerpo escogido de caballería al mando directo del rey. No es de extrañar, por tanto, que el trono de los monarcas macedonios estuviera siempre en la cuerda floja. Sólo dos de los antecesores de Filipo II murieron de muerte natural. Uno, Arquelao, fue asesinado por un amante homosexual desdeñado. Los demás murieron en el campo de batalla o fueron víctimas de conspiraciones.

Los predecesores de Filipo II

Filipo II fue el beneficiario de casi dos siglos de paciente construcción del estado por parte de sus predecesores Argéadas. Teniendo en cuenta el importante papel que habrían de desempeñar Filipo II y su hijo Alejandro en la destrucción del imperio persa, no deja de resultar irónico pensar que ese proceso de construcción del estado macedónico empezó a finales del siglo VI a. C. con la alianza de Amintas I con los persas. Para sellar dicha alianza, que duraría más de tres décadas, una princesa macedonia se casó con un alto funcionario persa. Los macedonios fueron unos aliados leales. En 480 a. C., durante la invasión de Grecia por los persas, el hijo y sucesor de Amintas, Alejandro I, se puso personalmente al frente de los contingentes persas que atacaron a los griegos. Como cabría imaginar, tras la derrota de los medos, Alejandro se dedicó a propalar rumores que pretendían demostrar su apoyo encubierto a la causa griega durante la invasión.

La dominación persa acarreó grandes ventajas para Macedonia, aunque las tradiciones macedónicas posteriores intentaran ocultar el alcance de su colaboración con los medos. Protegida de los ataques de tracios y peonios por el poderío persa, Macedonia floreció durante esta época. A consecuencia de todo ello, los sucesores de Amintas, Alejandro I, Perdicas II y Arquelao, supieron sacar provecho de la derrota y la expulsión de Europa de los persas durante la década de 470 y extendieron su territorio por el noroeste, incorporando la zona montañosa de la Alta Macedonia, y por el este, hasta dominar la zona comprendida entre los ríos Axio y Estrimón, rica en plata. A finales del siglo V, Macedonia era el reino más fuerte de la región.

El poderío cada vez mayor de Macedonia y sus grandes recursos naturales llamaron la atención de Atenas y de otras ciudades griegas. El grano de Macedonia ayudó a sobrevivir a muchos aliados y súbditos de Atenas, y su madera fue fundamental para mantener al día la flota ateniense. Por su parte, los reyes macedonios del siglo V utilizaron la riqueza que acababan de obtener para alcanzar un doble objetivo, a saber su reconocimiento como griegos y la helenización de la vida de la corte real. Los primeros pasos en este sentido los dio Alejandro I. Aunque probablemente no participara de hecho en los Juegos Olímpicos, Alejandro apoyó a los griegos y su cultura, ofreciendo refugio a los desterrados de Micenas tras la destrucción de esta ciudad por Argos en 462, y encargando un poema en su honor al poeta tebano Píndaro.

Los sucesores de Alejandro I continuaron su política de helenización. Arquelao se mostró particularmente activo en este campo, creando una nueva capital en Pella y estableciendo en Dión unas fiestas en honor de Zeus, a imitación de las celebradas en Olimpia. Concedió además su generoso patrocinio a numerosos artistas y escritores griegos. Artesanos provenientes de Grecia contribuyeron a la edificación de su nueva capital, Pella, y probablemente también del sistema de fortalezas y calzadas que ordenó construir. Incluso Eurípides, el último de los grandes poetas trágicos atenienses, visitó Macedonia y escribió sus últimas dos tragedias en la corte de Arquelao. Una de ellas, en la actualidad perdida, *Arquelao*, celebraba los supuestos orígenes argivos de su huésped. La otra, *Las Bacantes*, ofrece una evocación tremenda y a la vez inolvidable del poder de Dioniso, dios que encajaba estupendamente con el carácter de los macedonios, cuyo abuso del alcohol a menudo daba lugar a brotes de violencia e incluso a la perpetración de asesinatos. Fruto de la actividad de los reyes del siglo V, la corte macedónica fue convirtiéndose poco a poco en el principal centro cultural del país y en foco de la vida social de su aristocracia.

Los lazos comerciales y culturales cada vez más estrechos establecidos entre Macedonia y Atenas, no impedirían que se produjeran tensiones entre ambas. La expansión macedónica hacia el sur de Tracia supuso una amenaza para el control que ejercía Atenas sobre sus aliados del norte del Egeo y sus deseos de asegurarse el acceso a las ricas minas de oro del Pangeo. Atenas respondió al avance de Macedonia aliándose con sus rivales tracios, y apoyando de forma encubierta a diversos pretendientes al trono macedonio. Por su parte, Perdicas II defendió los logros alcanzados por su antecesor apoyando unas veces a Esparta y otras a Atenas durante la Guerra del Peloponeso, en un alarde de volatinería diplomática que le haría ganarse el epíteto de traidor por excelencia entre los escritores atenienses de la época.

Sin embargo, los logros alcanzados por los tres grandes reyes del siglo V tendrían una duración muy corta. Cuando Filipo II llegó al poder en 360, Macedonia se enfrentaba a la crisis más severa de su breve historia. La inestabilidad crónica del país hacía que el reino fuera especialmente vulnerable a sus enemigos, tanto griegos como bárbaros. Entre 400 y 360 hubo en Macedonia ocho reyes. Por fin, en 360, el hermano de Filipo, Perdicas III, murió combatiendo contra los ilirios. Además del rey, perdieron la vida en la batalla cuatro mil soldados macedonios y numerosos miembros de la aristocracia del país. Los enemigos de Macedonia no tardaron en aprovechar este desastre sin precedentes y el caos que provocó. Ilirios y peonios se aprestaron a invadir el país, mientras

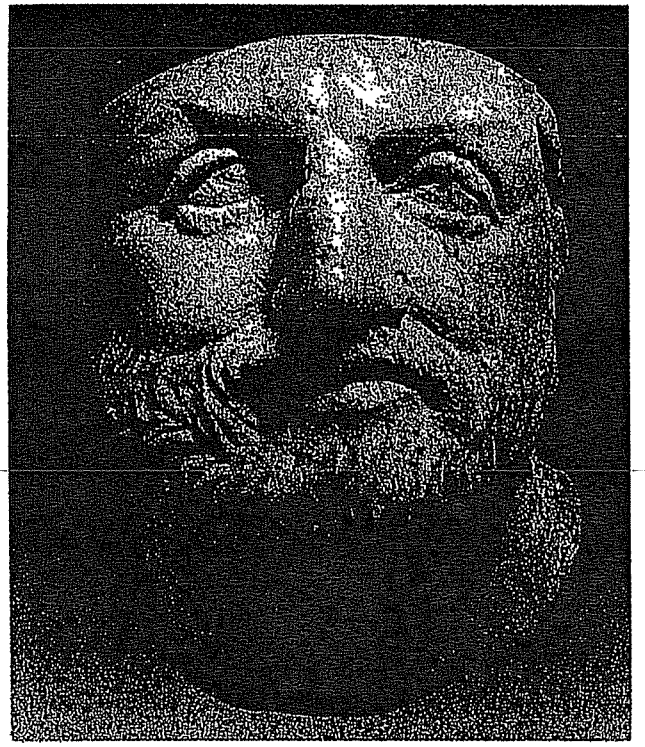


FIGURA 10.2. Esta cabeza en miniatura de Filipo II, realizada en marfil, fue descubierta en Vérgina. Se reproduce perfectamente en ella el defecto del ojo derecho, producido por el proyectil de una catapulta.

que atenienses y tracios ofrecieron su apoyo a la sublevación de diversos pretendientes al trono de Macedonia. El reino parecía al borde del colapso.

El reinado de Filipo II

Filipo II nació hacia 382 a. C., y era el hijo menor de Amintas III y de una de sus esposas, Eurídice, de origen ilirio. Se sabe muy poco de sus primeros años. Según Plutarco, su madre, Eurídice, aprendió a leer para poder educar a sus hijos. No obstante, independientemente de las oportunidades que tuviera de recibirla, la educación de Filipo quedó interrumpida hacia 370 debido a la turbulenta política macedónica. El intento fallido de su hermano Alejandro II de debilitar la influencia tebana en Tesalia tuvo como consecuencia que Filipo permaneciera como rehén en Tebas de 369 a 367. Pero su destierro no fue tiempo perdido. La permanencia forzosa de Filipo en Tebas, apenas dos años después de que su victoria en Leuctra hiciera de ella la principal potencia de Grecia, le permitió observar la política y la estrategia militar de los griegos, y le proporcionaría unas enseñanzas valiosísimas, como se demostraría más tarde.

El regreso de Filipo a Macedonia en 367 coincidió con el caos que se apoderó del reino. Entre mediados y finales de la década de 360 reinaron en Macedonia tres monarcas: Ptolomeo de Aloro, Pausanias, y el hermano de Filipo, Perdicas III. La inestabilidad dio alas a los enemigos de Macedonia y aparentemente eliminaba toda esperanza de poner orden en los asuntos del país. Pero también proporcionó a Filipo una oportunidad inesperada. La crisis provocada por la muerte de Perdicas exigía que el nuevo rey fuera un hombre resuelto en sus acciones. Ese rey no podía ser otro que Filipo, pues era el único miembro adulto de la familia de Argéadas que quedaba vivo. Filipo se hizo enseguida con las riendas del gobierno, y en 357 como muy tarde ya había desbancado a su sobrino Amintas, todavía niño, y se había convertido en rey de Macedonia.

Cuando Filipo asumió el poder en 360, sus posibilidades de supervivencia parecían escasas. Macedonia se hallaba rodeada de enemigos formidables por todas partes. Y lo peor era que había diversos pretendientes al trono que amenazaban su primacía. Seutes II, el poderoso rey de los tracios, apoyaba las pretensiones de tres hermanastros de Filipo. Los atenienses, siempre deseosos de recuperar la colonia de Anfípolis, que habían perdido hacía ya muchos años, apoyaban las pretensiones de Argeo, individuo que había ocupado brevemente el trono de Macedonia hacia 380, antes de ser suplantado por el padre de Filipo, Amintas III.

Durante los dos años siguientes, la situación dio un giro de ciento ochenta grados. Haciendo uso de la astucia diplomática, Filipo convenció a los tracios y a los atenienses de que abandonaran a los pretendientes al trono macedónico a los que habían venido respaldando hasta entonces. En disposición al fin de concentrar sus fuerzas en otros enemigos, Filipo no tardó en derrotar a los peonios y a los ilirios, y en hacerse de nuevo con el control de la Macedonia occidental y nordoccidental. El brillante uso de la diplomacia que hizo Filipo mientras preparaba el terreno para sus victorias militares definitivas sobre peonios e ilirios en 358, marcaría la pauta del resto de su reinado.

Durante la década siguiente se sucedieron los éxitos uno tras otro. La alianza con los molosos del Epiro, que llevaban también largo tiempo sufriendo los ataques de los ilirios, completó la pacificación de la frontera occidental macedónica y permitió a Filipo concentrar su atención en el este. En rápida sucesión, se apoderó de las ciudades griegas de la costa del golfo de Terma y del sudoeste de Tracia, así como de la rica región del monte Pangeo y sus minas de oro. Esas minas le proporcionarían los recursos financieros —mil talentos, según Diodoro— necesarios para llevar a cabo los múltiples planes que emprendió durante el resto de su reinado.

En menos de diez años, Filipo liberó Macedonia de los enemigos que llevaban poniendo en peligro su subsistencia desde el siglo VI. Sus triunfos militares y diplomáticos de la década de 350 fueron acompañados de profundas reformas que proporcionaron al reino una fuerza militar y una cohesión política sin precedentes.

Las reformas de Filipo II

La ascensión al poder de Filipo II coincidió con una revolución de la táctica militar y del armamento que puso fin al dominio del hoplita griego en los campos de batalla. Al introducir esas innovaciones en Macedonia, Filipo convirtió el país, prácticamente de la noche a la mañana, en la principal potencia militar del sudeste de Europa. Algunas de esas innovaciones eran de orden tecnológico. Dionisio I de Siracusa ya había demostrado el potencial de la catapulta durante el asedio de Motia en 397. Sin embargo, fue Filipo el que hizo realidad ese potencial al introducir nuevas catapultas de torsión, mucho más potentes, activadas por la energía acumulada en las cuerdas fuertemente retorcidas. Junto con la creación de un cuerpo escogido de ingenieros militares, las nuevas armas permitieron a Filipo poner sitio y tomar ciudades fortificadas como Anfípolis. Al mismo tiempo, la capacidad de maniobra y de escolta de su ejército se vio perfeccionada gracias a una serie de unidades especiales de caballería y de infantería ligera, reclutadas entre los súbditos y aliados de Macedonia.

Documento 10.1 Discurso de Alejandro en Opis (324 a. C.) En este discurso, el historiador romano Arriano nos muestra a Alejandro intentando sofocar la rebelión de sus tropas en Opis en 324; se citan en él los cambios introducidos por Filipo II en Macedonia.

> Ante todo, comenzaré mis palabras refiriéndome, como es natural, a Filipo, mi padre. En efecto, Filipo os encontró siendo unos vagabundos indigentes: muchos de vosotros, mal cubiertos con unas burdas pieles, erais pastores de unas pocas ovejas allá en los montes, ovejas que teníais que guardar (y no siempre con éxito) de los ilirios, tribalos y de vuestros vecinos tracios. Fue Filipo quien os facilitó clámides en vez de vuestras toscas pieles, os bajó del monte a la llanura, os hizo contrincantes capaces de pelear con vuestros vecinos bárbaros, de suerte que pudierais vivir confiados, no tanto en la seguridad de vuestras fortalezas del monte, como en la capacidad de salvaros por vuestros propios méritos. Os hizo habitar las ciudades y os proporcionó leyes y costumbres en extremo útiles. Os dio el mando de aquellos pueblos bárbaros (por quienes antes estabais dominados y a quienes vivíais sometidos vosotros y vuestros bienes), haciéndoos sus dueños en vez de sus esclavos y servidores; anexionó la mayor parte de Tracia a Macedonia y, apoderándose de los asentamientos más idóneos de la zona costera, atrajo el comercio a la región, posibilitándoos trabajar con seguridad las minas de metales. Os hizo los dueños de Tesalia, ante cuyos habitantes desde tiempo inmemorial estabais muer-

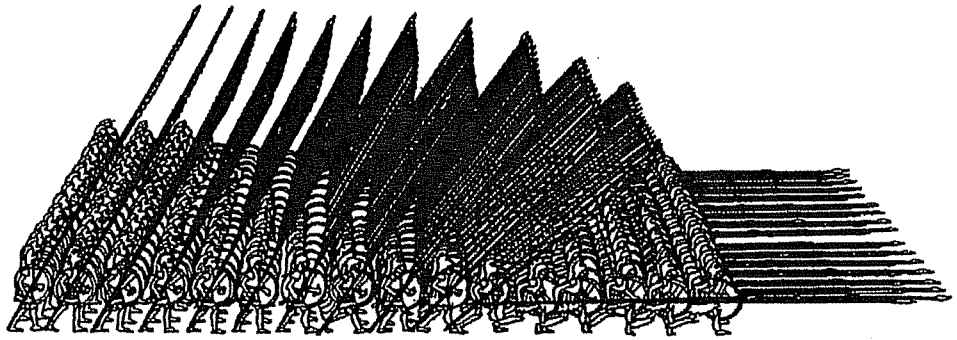


FIGURA 10.3. La falange macedónica.

> tos de miedo; humilló a los focenses y, en vuestro propio beneficio, hizo ancho y cómodo el camino que conduce a Grecia, en lugar de estrecho e intransitable como era. Debeló a atenienses y tebanos (quienes antaño continuamente acechaban el mejor momento de acabar con Macedonia) hasta tal punto que ... son ellos los que han de solicitar de vosotros a su vez seguir viviendo en seguridad.[91]

Pero la reforma militar más importante de Filipo fue la reorganización de la infantería macedónica. Filipo creó una nueva falange provista de un armamento uniforme capaz de sustituir a la vieja milicia indisciplinada que en el pasado había servido a la monarquía con tan escaso rendimiento. Como en la vieja leva general, las seis divisiones de la nueva falange eran reclutadas entre las divisiones territoriales tradicionales del país, pero fueron provistas de nuevas armas y se les asignó un nuevo papel en la batalla. Cada soldado de la falange llevaba un casco de metal, un pequeño escudo y una espada corta. Su principal arma, sin embargo, era una enorme lanza, que podía alcanzar los cinco metros de longitud, y que permitía al falangista asestar el golpe antes de que el enemigo se acercara y pudiera utilizar las armas cortas.

De este modo, Filipo privó a sus adversarios griegos de su principal ventaja táctica: la capacidad de concentrar frente al enemigo una formación cerrada de hoplitas y destruirlo. Como consecuencia, la mera presencia de la nueva falange en el campo de batalla obligaba a los adversarios de Filipo a modificar su táctica para enfrentarse a una formación tan insólita. Las oportunidades tácticas así creadas podían ser aprovechadas por la caballería de los Compañeros del rey, capaz de asestar el golpe de gracia a unas tropas enemigas desordenadas ya por la falange y por los escuadrones de guardias escogidos que protegían sus flancos.

Las reformas de Filipo no se limitaron a la reorganización del ejército macedónico. Dio también algunos pasos de cara al fortalecimiento de los lazos que unían al ejército, sus comandantes, y el propio rey. Él mismo compartió las dificultades y peligros de sus hombres, como demuestran las numerosas heridas que recibió (entre ellas la pérdida de un ojo). Concedió un nuevo título a los soldados rasos, a los que llamó *pezhétairoi* («compañeros de a pie»), dando así a entender que también ellos, como los nobles, eran los camaradas o amigos personales del rey. Una generación después, la cólera que en los

91. Arriano, *Andbasis de Alejandro Magno*, VII, 9.

soldados de Alejandro despertaría la sola idea de compartir este nuevo *status*, tan apreciado por ellos, con los persas recién conquistados demuestra a todas luces el poderoso vínculo que había forjado Filipo con sus soldados.

Filipo introdujo además importantes cambios en la naturaleza de los lazos existentes entre el rey y la nobleza macedonia. La desastrosa derrota de Perdicas III causó la muerte de numerosos nobles. Filipo aprovechó esta oportunidad para reclutar nuevos miembros del grupo de Compañeros del rey entre los griegos y los no griegos que habían acudido a Macedonia en busca de nuevas oportunidades y de fortuna. Creó asimismo cargos interesantes para los miembros de la vieja nobleza, que recibieron mandos militares en el nuevo modelo de ejército de Filipo. Los hijos de estos aristócratas pasaron también a ser miembros de una nueva institución, los pajes reales. Estos pajes servían personalmente al monarca y eran educados en la corte. Entre ellos reclutaría Filipo a sus futuros oficiales. Pero al mismo tiempo los pajes reales cumplían una segunda función: eran rehenes que aseguraban la buena conducta de sus familias.

Teopompo, el historiador de tendencias moralizantes contemporáneo del reinado de Filipo, comenta sarcásticamente que el nuevo cuerpo ampliado de Compañeros del rey estaba formado por hombres más capacitados para el papel de «cortesanas» que para el de «cortesanos». Sin embargo, su lealtad a la persona de Filipo era muy grande, y tenían buenos motivos para ello. Las victorias cosechadas pusieron en manos de filipo unos recursos desconocidos hasta entonces en forma de tierras y de tesoros, que él utilizó para recompensar generosamente a sus seguidores. La capacidad de atraerse partidarios y de recompensar su lealtad de que hizo gala el soberano macedonio se vio reforzada por sus proyectos de saneamiento de las tierras, como por ejemplo el drenaje de los pantanos de la Baja Macedonia, y por la fundación de colonias como Filipos. A resultas de todo ello, Filipo consiguió lo que ningún rey de Macedonia había podido alcanzar hasta entonces: una base amplia y leal dispuesta a apoyar su política interior y exterior.

Filipo se convierte en una fuerza dentro de Grecia

Los reyes de Macedonia habían temido durante mucho tiempo el peligro potencial que suponía una Tesalia unida, con su numerosa población y su fuerte tradición militar. Los antecesores de Filipo habían intentado infructuosamente soslayar esa amenaza. En varias ocasiones apoyaron a Larisa y a sus aliados, los tebanos, frente a Jasón y Alejandro, los ambiciosos tiranos de Feras. De hecho, Jasón casi llegó a reducir a Amintas III, el padre de Filipo, a la condición de vasallo a finales de la década de 370 y, como hemos visto, la desastrosa campaña tesalia de Alejandro II en 369 concluyó con el destierro de Filipo.

No es de extrañar que los acontecimientos que se produjeron en Tesalia a mediados de la década de 350 llevaran a Filipo a intervenir también en la complicada política del vecino meridional de Macedonia. La causa primordial de dicha intervención fue la conclusión de un tratado entre Fócide y la vieja enemiga de Macedonia, Feras. Fócide había surgido de repente a mediados de esta década y se había convertido en una de las grandes potencias de la Grecia central y septentrional. La unión de Feras y Fócide suponía una amenaza para los intereses de Larisa y de Tebas (enemiga encarnizada de los focenses), y obligó a éstas a solicitar la intervención de Filipo. Al principio el rey de Macedonia infravaloró la gravedad del peligro que suponía la alianza de Feras y Fóci-

de. Las dos derrotas que le infligieron los focenses en 353 —las más graves que sufrió durante todo su reinado— lo convencieron de su error, y al año siguiente regresó a Tesalia con una fuerza inmensa que le permitió aplastar a los focenses en la batalla del Campo de Azafrán.

Esta batalla cambió por completo las relaciones de Filipo con Tesalia y con el resto de Grecia. Inmediatamente después de su victoria, el macedonio se apoderó de Feras y el último tirano de esta ciudad huyó y se refugió en el extranjero. Libre al fin de la amenaza de Feras, la Liga Tesalia se reunió y nombró a Filipo «arconte» («general en jefe») del país, hecho que suponía en la práctica la unión de Tesalia y Macedonia en la persona de Filipo. La unión de Tesalia y Macedonia significaba prácticamente que se doblara la fuerza militar de la que podía disponer Filipo y puso un broche de oro a la primera década de su reinado. Le permitió además extender su influencia hasta la Grecia central.

Mientras Filipo se dedicaba a ampliar la influencia de Macedonia sobre Tesalia, la Grecia central se vio convulsionada por el conflicto que los historiadores llaman la Tercera Guerra Sagrada. Detrás de este conflicto se ocultaba el intento de Tebas de consolidar su hegemonía en la Grecia central. Aprovechando la mayoría favorable con la que contaba en el consejo de la Anfictionía Délfica, Tebas consiguió en 357 imponer una cuantiosa multa a Fócide por cultivar las tierras sagradas de Apolo. La respuesta de los focenses fue totalmente inesperada.

Fócide era desde hacía algún tiempo la principal rival de Tebas por la hegemonía de la Grecia central. Tebas había aprovechado su victoria de 371 en Leuctra para obligar a Fócide a firmar un tratado por el que ésta reconocía su soberanía. Los focenses aceptaron la soberanía tebana a regañadientes, y en 357 realizaron un esfuerzo desesperado por recuperar su independencia. En vez de someterse a la influencia tebana, se hicieron con el control de Delfos y utilizaron el tesoro de Apolo para reclutar un poderoso ejército mercenario. Aunque el sacrilegio escandalizó a los demás griegos, el intento por parte de Tebas de formar un frente unido contra Fócide fracasó por la hostilidad de Atenas y Esparta a la expansión el poderío tebano. A consecuencia de todo ello, los focenses lograron dominar en poco tiempo toda la región comprendida entre el golfo de Corinto y Tesalia.

Decepcionados por su incapacidad de derrotar a los focenses, Tebas y sus aliados tesalios apelaron a Filipo, el nuevo líder de Tesalia, para que acudiera en socorro de Delfos. Durante varios años, las hostilidades a las que hubo de hacer frente en Tracia y su enfrentamiento con Atenas y Olinto en la ribera norte del Egeo, impidieron a Filipo actuar contra Fócide. Por fin, en 347 intervino en la Guerra Sagrada al lado de Tebas. Aunque la intervención de Macedonia logró que la balanza dejara de decantarse del lado de los focenses, a Filipo tampoco le interesaba el aumento del poderío de Tebas. Filipo, pues, hizo un doble juego. Al mismo tiempo que prestaba ayuda militar a los tebanos, entabló negociaciones con Fócide sobre los términos de una posible rendición.

El castigo impuesto tradicionalmente al sacrilegio cometido por los focenses contra Delfos era la ejecución de todos los varones en edad de empuñar las armas. En vista de la amenaza que pendía sobre sus cabezas, los focenses aceptaron inmediatamente la oferta de Filipo y se rindieron en el verano de 346. Tal como había prometido Filipo, los términos impuestos a Fócide por la Anfictionía Délfica fueron relativamente benignos. Las ciudades focenses debían desintegrarse en las distintas aldeas que las componían. Los focenses se comprometían a devolver el dinero que habían arrebatado al tesoro de Delfos a razón de sesenta talentos al año. Pero el punto más importante era que los votos de los focenses en la Anfictionía de Delfos pasaban a Filipo que, en adelante, gracias al dominio que ejercía sobre Tesalia, disfrutaba de una cómoda mayoría de votos en el consejo anfictiónico.

Gracias a su oportuna intervención en la Guerra Sagrada, Filipo consiguió hacerse con un papel significativo en los asuntos de Delfos. La importancia de la posición que ocupaba quedó perfectamente clara para todos los griegos en 346, cuando se convirtió en el primer soberano macedonio al que se concedió el honor de presidir los Juegos Píticos organizados por la Anfictionía. El triunfo espectacular de Filipo en la Guerra Sagrada frenó temporalmente el desarrollo de las hostilidades entre Macedonia y Atenas.

Filipo, Atenas, y la Paz de Filócrates

Debido a los intereses que los atenienses tenían en la Calcídica, la tensión de sus relaciones con Filipo databa de los primeros años del reinado de éste. En 359, Filipo convenció a Atenas de que retirara el apoyo que prestaba a su rival, Argeo, con la promesa de devolverle Anfípolis. Pero los atenienses se dieron cuenta enseguida de que se habían equivocado al depositar su confianza en las promesas de Filipo. Éste necesitaba las tierras de los anfipolitas para recompensar a sus partidarios; por otra parte, la estratégica posición de la ciudad en la desembocadura del Estrimón hacía que su devolución a Atenas resultara muy significativa. Dos años más tarde, en 357, el propio Filipo ocuparía Anfípolis tras un breve asedio. La rapidez con la que las nuevas máquinas de asedio de Filipo rompieron las defensas de la ciudad supuso una forma excelente de demostrar a los griegos la eficacia de su nuevo cuerpo de ingenieros.

Las relaciones empeoraron un año más tarde, cuando Filipo conquistó también a las demás ciudades aliadas que le quedaban a Atenas en Macedonia, Pidna y Metone, así como Potidea. De ese modo, eliminó los principales centros de influencia ateniense en la Calcídica y en la costa del golfo de Terma. Aunque fueron muchos los que en Atenas mostraron su deseo de combatir a Filipo y la ciudad llegó incluso a declararle la guerra, las circunstancias impidieron a los atenienses realizar cualquier tipo de operación militar seria en el norte del Egeo.

La lenta recuperación de la catástrofe económica causada por la Guerra del Peloponeso supuso un freno muy fuerte a las ambiciones de todos los políticos atenienses del siglo IV. Los recursos financieros debían ser administrados con mucha parsimonia. Ése fue el motivo de que a comienzos de la década de 350 los atenienses hicieran oídos sordos a las actividades de Filipo en el norte de Grecia para centrar sus esfuerzos en superar la amenaza que para la Segunda Confederación Ateniense supuso el estallido en 357 de la Guerra Social. La política exterior de Atenas se vio constreñida además por una importante innovación política introducida durante la década de 350.

Hasta esta época, el excedente de los presupuestos anuales del estado había sido canalizado hacia un fondo dedicado habitualmente a los gastos militares. Pero Eubulo (*ca.* 405-*ca.* 335 a. C.), el político ateniense más destacado de esta época, convenció a sus conciudadanos de que aprobaran una ley en virtud de la cual todos los excedentes pasaban a formar parte del llamado fondo del Teórico, y él mismo fue elegido uno de los comisarios del tesoro. Parte de esos fondos debían emplearse en proyectos tales como la reparación de las calzadas y de las fortificaciones. El resto se destinaba a efectuar repartos de dinero entre los ciudadanos atenienses con motivo de las festividades religio-

sas; el tesoro recibía su nombre de los espectáculos teatrales que tanta importancia tenían en este tipo de celebraciones.

Semejante medida, que venía a mitigar la pobreza de los ciudadanos más necesitados, logró reducir las tensiones existentes entre ricos y pobres. Con razón el orador Démades lo llamó «cola o pegamento de la democracia». El Teórico sirvió además naturalmente para fomentar una política exterior de corte pacifista. Hasta entonces, es muy probable que las clases más humildes pensaran que podían sacar algún beneficio de la guerra, pues les permitía encontrar trabajo como remeros de la flota, mientras que los que se encontraban en mejor situación tendieran a proteger sus posesiones votando en contra de todo tipo de intervención militar. Pero tras la creación del fondo del Teórico, la situación dio un vuelco total, pues el estallido de una guerra habría exigido que el fondo volviera a ser destinado a sufragar las operaciones militares, con lo que los beneficios obtenidos por el pueblo se habrían visto sensiblemente mermados.

El interés de Eubulo por los asuntos financieros y su parquedad tuvieron unas consecuencias inmediatas. Durante su administración, los ingresos del estado pasaron de los 130 a los 400 talentos, circunstancia que permitió a los atenienses construir nuevas trirremes y mejorar el estado de los muelles del puerto y de las fortificaciones. Se reanudaron los trabajos en las minas de plata del Laurion, que hasta entonces habían sido desatendidos, y la promesa de nuevos incentivos atrajo a un mayor número de metecos hacia el Ática. La riqueza de los ciudadanos aumentó al mismo tiempo que la del estado. Esta situación nos permite comprender con facilidad por qué durante la mayor parte de la década la respuesta de los atenienses a las acciones de Filipo se limitó a unas cuantas incursiones esporádicas en el territorio macedónico, que prácticamente no pasaron de meras pataletas. Sólo la amenaza de una posible intervención militar directa de Filipo en la Grecia central los indujo a tomar unas medidas más serias.

En vista de que la invasión del Ática parecía inminente, los atenienses enviaron en 352 una numerosa fuerza expedicionaria a las Termópilas con el propósito de ocupar la comarca y cortar el paso a los macedonios. La propuesta fue hecha por uno de los colaboradores más íntimos de Eubulo. Dadas las dimensiones de la crisis, es evidente que la preocupación por la seguridad de Atenas venció cualquier escrúpulo que pudieran sentir Eubulo y sus partidarios a tocar los fondos del Teórico. Por lo demás, Atenas no logró frenar la influencia cada vez mayor que el rey de Macedonia ejercía sobre la Grecia central y septentrional.

Las acciones emprendidas por Atenas a comienzos de la década de 340 fueron igualmente ineficaces. Cuando Olinto, cada vez más temerosa del poderío creciente de Filipo, abandonó la alianza que había establecido con él e intentó firmar la paz con Atenas, el monarca macedonio se volvió contra su antigua aliada. La respuesta de Atenas a las desesperadas peticiones de ayuda de Olinto fue escasa y en cualquier caso llegó demasiado tarde. Lo único que pudieron hacer los atenienses fue contemplar con estupor cómo en 348 Filipo tomaba la ciudad, la arrasaba, y deportaba a sus habitantes a Macedonia como esclavos. Y lo que es peor, cómo desmantelaba la Liga Calcídica, el único rival griego que podía tener Macedonia en el Egeo norte.

Las reservas de Atenas frente al poderío cada vez mayor de Filipo venían dictadas por la prudencia. No obstante, su incapacidad de recuperar Anfípolis y de ayudar a sus antiguos aliados supuso una verdedera humillación. Como cabría esperar, los partidarios de una política ateniense más agresiva frente a los macedonios empezaron a dejar oír cada vez con más fuerza sus exigencias.

El impulsor más destacado de este tipo de política fue Demóstenes. La fama de la elocuencia de Demóstenes, el orador más célebre de todo el mundo griego, fue tan grande que el político romano Cicerón llamó *Filípicas* a los catorce discursos que escribió contra Marco Antonio, aludiendo con semejante título a aquellos con los que el ateniense intentó levantar los ánimos de sus conciudadanos contra Filipo. Demóstenes se inició en la política como partidario de Eubulo. En 351, sin embargo, se sintió decepcionado con la actitud de éste y empezó a forjar su propia identidad política. En su famosa *Primera filípica* expone sus nuevas tesis atacando vigorosamente a Filipo y censurando a los atenienses por la tibia respuesta dada al peligro que supone para su ciudad. Al mismo tiempo, insta a sus conciudadanos a votar a favor de la creación y el mantenimiento de una poderosa fuerza naval con la que hacer la ansiada guerra. Demóstenes siguió defendiendo la resistencia frente a Filipo durante los años sucesivos. No obstante, reconocería que la caída de Olinto, junto con el triunfo de Filipo en la Guerra Sagrada y la defección de la base naval de Eubea, vital para los intereses de Atenas, hacía necesaria la paz si se quería evitar el desastre total.

Durante el verano de 346, el político ateniense Filócrates se encargó de negociar la paz con Filipo. El proceso de negociación del tratado y de su aprobación por la asamblea ateniense fue complejo y polémico. Como la paz de Filócrates fracasó al poco tiempo en medio de un agrio debate acerca de las responsabilidades de su negociación, sigue habiendo muchos detalles relacionados con las gestiones diplomáticas que la produjeron que no están claros. Los términos del tratado, en cualquier caso, no ofrecen duda alguna respecto a su significado. Enfrentados a dos alternativas a

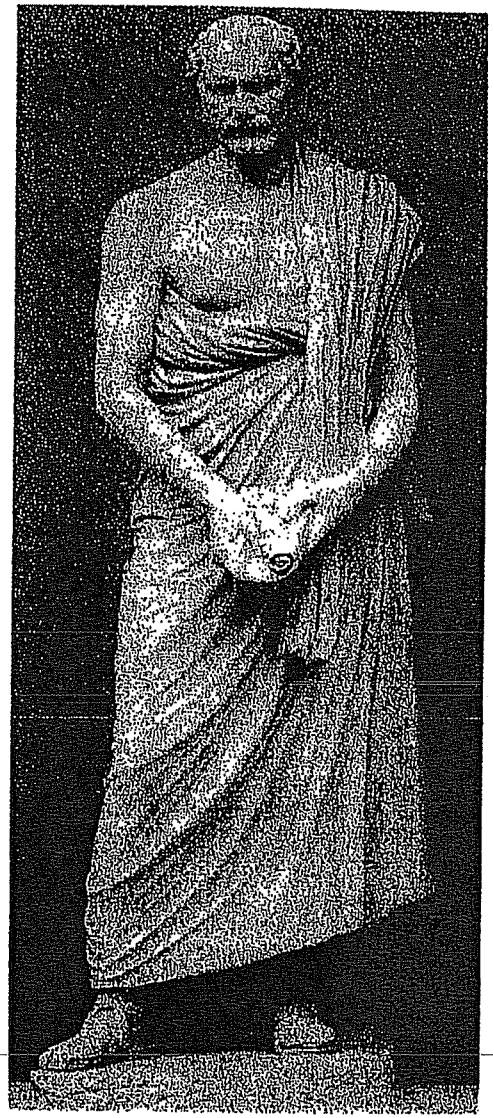


FIGURA 10.4. El retrato póstumo de Demóstenes realizado por Polieucto fue erigido en el ágora de Atenas en 280 a. C., y se conserva en una copia romana. Muestra al orador con expresión sombría, preocupado y pensativo. (Nota: la posición de las manos aparece reproducida en esta copia de manera incorrecta.)

cual más desagradable, a saber, o continuar la guerra contra Macedonia o aceptar las humillantes condiciones de paz planteadas por Filipo, los atenienses escogieron la segunda. Atenas renunciaba públicamente a sus pretensiones sobre Anfípolis, admitía que sus aliados focenses y tracios quedaban excluidos de la protección del tratado, y acordaba que tanto ella como lo que quedaba de la Segunda Confederación Ateniense se convertirían en aliados perpetuos de Filipo y sus descendientes. La impotencia de Atenas frente al creciente poderío e influjo de Macedonia en Grecia quedaba expuesta a la vista de todos.

Consecuencias de la paz de Filócrates

Al firmar la paz de Filócrates, los atenienses reconocían la primacía de Filipo en la Grecia septentrional y central. Sin embargo, la victoria diplomática de Filipo duraría poco. El apoyo alcanzado en Atenas por el tratado había sido fruto del temor de la guerra con Macedonia y sus consecuencias. No es de extrañar, por tanto, que ese apoyo se disipara en cuanto desapareció la amenaza. Además, el trato que Filipo había dispensado a Fócide no sólo irritaba y molestaba a los atenienses, sino que además arrojaba no pocas dudas sobre la credibilidad de embajadores tales como Filócrates y el orador Esquines, aliado de Eubulo. En colaboración con Filócrates, Esquines había convencido a la asamblea ateniense de que a los focenses no iba a ocurrirles nada malo a consecuencia de su exclusión de la Paz. Sin embargo, cuando Fócide se rindió, Filipo, como ya hemos dicho, destruyó sus ciudades y estableció a sus habitantes en aldeas separadas. El Consejo Anfictiónico puso en sus manos los dos votos que hasta entonces habían pertenecido a los focenses. La decisión del Consejo sentó tan mal a los atenienses y a los espartanos, que ambas ciudades se negaron a enviar las delegaciones que tradicionalmente habían venido mandando a los Juegos Píticos. Esquines, sin embargo, asistió a las celebraciones, al parecer en calidad de huésped de Filipo.

Las críticas de los atenienses contra Filipo fueron socavando la Paz de Filócrates y echaron por tierra la fama de los hombres relacionados con ella; en opinión de muchos, la destrucción de Fócide demostraba la falta de honradez de Filipo y la competencia e integridad cuando menos cuestionables de sus partidarios en Atenas. La propuesta de Filipo de reforzar la paz fue rechazada. En realidad, Atenas empezó a reclamar una vez más la devolución de Anfípolis. Filócrates, el principal arquitecto de la paz, fue acusado de soborno y marchó al destierro antes de ser ejecutado. Demóstenes, uno de los diez embajadores que habían ido a Macedonia a negociar con Filipo, intentó por todos los medios proteger su posición acusando a otro, el orador Esquines, de haber aceptado sobornos.

La postura descaradamente favorable a Filipo sostenida por Esquines incluso después de la destrucción de Fócide era totalmente absurda, por lo que parece evidente que había sido sobornado por el rey de Macedonia. Aunque en Atenas el hecho de que un político recibiera obsequios de un jefe de estado extranjero no constituía necesariamente un delito, a menos que pudiera demostrarse que esos regalos le habían hecho cometer actos perjudiciales para su patria, la culpabilidad de Esquines parece evidente. Una prueba del poder de los aliados con los que contaba es que cuando finalmente fue procesado en 343, resultó absuelto, aunque por un margen de votos muy escaso. De su parte estaba no sólo Eubulo, el político ateniense más destacado de la época y firme defensor de la paz, sino también el estratego Foción (*ca.* 402/401-318 a. C.). Crítico mordaz de la democracia que fue elegido más veces para la estrategia que cualquier otro personaje (en total cuarenta y cinco veces entre 371 y 318 a. C.), Foción era favorable a Macedonia y de hecho fue ejecutado en 318 por sus simpatías hacia este país. Pero además de contar con numerosos partidarios de Macedonia entre sus ciudadanos, Atenas daba también refugio o apoyo a muchos enemigos de Filipo originarios de otros países.

Sólo la necesidad que tenía Filipo de mantener la paz en Grecia durante su campaña de 342 en Tracia le impidió actuar con más vigor contra Atenas. No se decidió a declararle la guerra hasta 340, cuando los atenienses, aliados con varias ciudades griegas y con Persia, hicieron fracasar el asedio al que había sometido a la ciudad de Perinto, al norte del Helesponto. La reacción de Atenas fue declararle a su vez la guerra.

La ruptura de las hostilidades propiamente dicha se retrasó un año más. En primer lugar, Filipo puso sitio a Bizancio, aunque sin éxito; luego realizó una campaña contra los escitas, que controlaban la zona del Dobruja, en la actual Rumania, y amenazaban el dominio ejercido en Tracia por los macedonios. No obstante, aún tuvo ocasión de recordar a Atenas cuáles podían ser las consecuencias de declarar la guerra a Macedonia. La población de Atenas dependía en gran medida para su alimentación de las importaciones de grano del mar Negro, de suerte que cuando Filipo capturó la totalidad de la flota del grano del mar Negro en 340, el pánico se apoderó de la ciudad.

La ocasión de golpear directamente a Atenas, tan esperada por Filipo, se le presentó por fin en 339, cuando la Anfictionía de Delfos le invitó a capitanear una guerra sagrada contra la ciudad de Anfisa, situada al sur de Delfos. Aceptó la invitación inmediatamente y para finales de año su ejército y él estaban cómodamente establecidos en Fócide, a una distancia sorprendentemente corta de Atenas.

En uno de los pasajes más famosos de la literatura griega, Demóstenes recuerda orgullosamente que sólo él tuvo el valor de dirigirse a la asamblea, cuando llegó a Atenas la noticia de que Filipo se encontraba en Fócide:

> Y al día siguiente, con el día, los prítanes convocaban al Consejo en su lugar de reunión y vosotros marchabais a la asamblea ... Y después, cuando llegó el Consejo y comunicaron los prítanes lo que se les había anunciado y presentaron al recién llegado y aquél habló, preguntaba el heraldo: «¿Quién quiere tomar la palabra?». Pero nadie se presentaba. Y aunque muchas veces el heraldo repetía la pregunta, no más por ello se levantaba nadie, pese a que estaban presentes todos los estrategos y todos los oradores y a pesar de que la patria llamaba a quien quisiera hablar en defensa de su salvación. ... Y presentándome [ante vosotros, i. e. la asamblea] os dirigí una alocución.[92]

La desesperación de los atenienses es comprensible. La llamada de Demóstenes en pro de formar una alianza griega contra Macedonia tuvo escasa resonancia. Sólo Corinto, Mégara y Mesenia, así como unas cuantas ciudades del norte y el oeste del Peloponeso, atendieron a la solicitud de Demóstenes. Esparta, todavía resentida por la liberación de Mesenia que habían realizado los tebanos treinta años antes, permaneció al margen de la alianza. Durante toda la historia se ha reprochado a los atenienses que no respondieran con prontitud y energía a la amenaza cada vez más seria planteada por Macedonia, pero conviene recordar también el papel que tuvieron los espartanos al negarse a ponerse de parte de sus hermanos griegos en la confrontación final. Cuando a finales del verano de 338 se libró la batalla de Queronea, en Beocia, sólo estaban allí para en-

92. Demóstenes, *Sobre la corona*, 169-172.

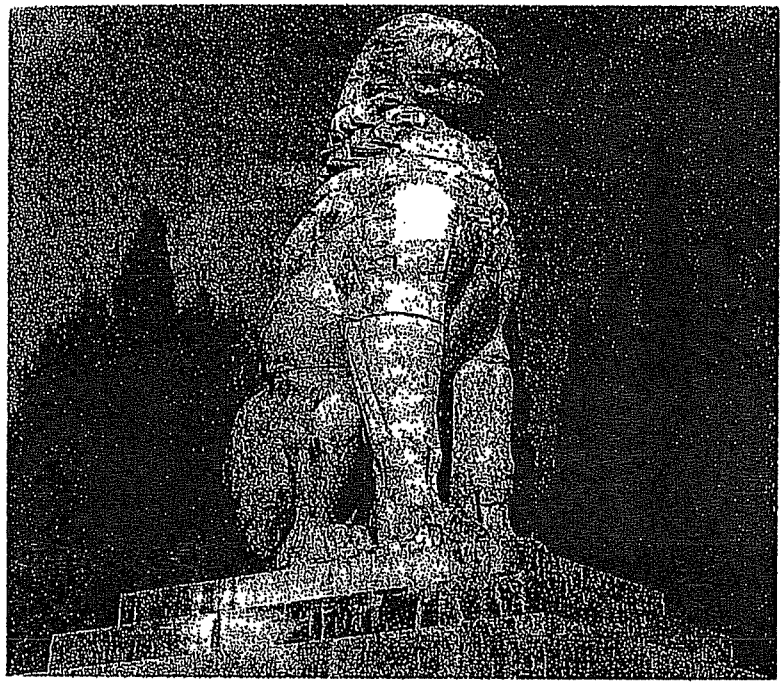


FIGURA 10.5. El presente monumento fúnebre señala la tumba de los 254 tebanos enterrados en el emplazamiento mismo de la batalla de Queronea.

frentarse a Filipo las tropas de Atenas, Tebas y la Liga Beocia, y unas cuantas unidades procedentes del Peloponeso.

Un león de piedra monumental todavía contempla con fiereza el llano de Queronea, señalando el escenario de esta batalla de importancia primordial para la historia universal. Poco es lo que se sabe de la batalla aparte de estos dos hechos: las bajas de los griegos fueron numerosas, y el golpe definitivo lo asestó la caballería de los Compañeros del rey, al mando del hijo y heredero de Filipo, Alejandro, que a la sazón sólo tenía 18 años. Murieron mil atenienses y otros dos mil fueron capturados; el famoso Batallón Sagrado de los tebanos fue aniquilado. La victoria de Filipo sobre sus adversarios griegos fue total. No sabemos si Filipo había acariciado siempre o no el proyecto de conquistar Grecia. Pero después de su triunfo en Queronea, cualquier resistencia a su autoridad por parte de los griegos habría resultado inútil. Lo único que quedaba por decidir era la forma que asumiría la dominación de Grecia por los macedonios.

LA DOMINACIÓN DE GRECIA POR LOS MACEDONIOS

Según el historiador Diodoro, Filipo se emborrachó y celebró su victoria burlándose de los griegos muertos hasta que un cautivo ateniense, el político Démades, le hizo

entrar en razón recordándole que semejante conducta no era propia de un gran rey. Tanto si la anécdota es cierta como si no, las decisiones tomadas por Filipo tras la batalla de Queronea demuestran una reflexión muy cuidadosa. No se sabe con exactitud en qué momento decidió atacar Persia, pero las acciones emprendidas después de la batalla ponen de manifiesto que la decisión ya había sido tomada a comienzos de la década de 330.

La preocupación más inmediata de Filipo era cómo debía actuar con sus dos enemigos principales. A los tebanos los trató con una dureza ejemplar. Debido al largo historial de colaboración con Persia que tenía Tebas y considerando que era el principal rival de Macedonia en la hegemonía de la Grecia central, Filipo aprovechó su victoria para acabar de una vez con su poder. Los cautivos tebanos y beocios en general no fueron liberados sino tras el pago de un rescate muy alto; los líderes políticos tebanos fueron ejecutados o desterrados, se estableció una guarnición macedonia en la Cadmea, la acrópolis de la ciudad; y, por último, se arrebató a Tebas la posición que había venido ocupando tradicionalmente como presidente de la Liga Beocia.

El trato dispensado a Atenas fue completamente distinto. El apoyo de los atenienses era fundamental a largo plazo para la pacificación de Grecia. Un asedio, por lo demás dificultoso, habría exigido la toma de la ciudad y, mientras tanto, la eventual intervención de la flota ateniense habría podido tener graves consecuencias sobre la campaña contra Persia que tenía proyectada. Así, pues, Atenas se libró de recibir un castigo severo, a pesar del destacado papel que había tenido en la guerra. Los cautivos atenienses fueron liberados sin rescate, y los cuerpos de los caídos fueron escoltados hasta la ciudad por una guardia de honor capitaneada por Alejandro y Antípatro, el general más fiel de Filipo. Éste tampoco puso ninguna objeción a que Demóstenes, su adversario más implacable, pronunciara la oración fúnebre por los caídos en Queronea.

La actuación de Filipo tuvo una acogida muy buena. Pocos griegos lamentaron la humillación de Tebas, cuya conducta arbitraria después de la batalla de Leuctra había provocado un resentimiento generalizado. Atenas, por su parte, respondió a la inesperada indulgencia de Filipo colmando de honores a sus antiguos enemigos. A Antípatro y Alejandro les fue concedida la ciudadanía ateniense, y se estableció un culto en honor de Filipo en uno de los gimnasios de la ciudad. Ni qué decir tiene que las intenciones de Filipo y de los partidarios con los que contaba en Atenas siguieron levantando las sospechas de los ciudadanos: en 337 se aprobó una ley que preveía severos castigos para todo aquel que conspirara contra la democracia y a favor de la tiranía. Algunos, sin embargo, acogieron de buena gana la intervención de Macedonia en la política ateniense. Después de Queronea, como de hecho había ocurrido antes, Filipo siguió suscitando en la ciudad opiniones y sentimientos para todos los gustos, desde el respeto hasta el odio.

Oficialmente, sin embargo, las relaciones eran amistosas. Antípatro y Alejandro no fueron los únicos macedonios que se beneficiaron del deshielo experimentado por las relaciones entre Filipo y Atenas. Las inscripciones atenienses demuestran que los contactos entre la ciudad y la corte macedonia se incrementaron progresivamente durante los años inmediatamente posteriores a la batalla de Queronea. Uno de los que se aprovecharon de las nuevas relaciones existentes entre Atenas y Macedonia fue el filósofo Aristóteles. Amigo íntimo de Antípatro y antiguo tutor de Alejandro, Aristóteles regresó a Atenas en 335 y permaneció en la ciudad hasta 322, cuando la reaparición de los sentimientos anti-macedonios le obligaron a refugiarse en Eubea. Murió en dicha isla ese mismo año.

La escuela que Aristóteles fundó en Atenas, el Liceo, se convirtió en el modelo de las grandes instituciones dedicadas a la investigación propias del período helenístico. Fili-

po, sin embargo, no tenía *in mente* unos objetivos tan sublimes cuando en 337 envió a Alejandro y a Antípatro a Atenas. Su finalidad más inmediata era evitar un dificultoso asedio y obtener el apoyo de la ciudad a los planes que tenía para Grecia, y su calculada generosidad consiguió en buena parte los objetivos que pretendía. Atenas dejó de ofrecer resistencia a la hegemonía de Macedonia sobre la Hélade. Y lo que es más importante, los atenienses acordaron enviar representantes a la reunión general de los estados griegos convocada por Filipo en Corinto en el verano de 337 a. C., donde el monarca Macedonio revelaría sus planes para el futuro.

La Liga de Corinto

Excepto los espartanos, que se negaron a asistir, todos los grandes estados griegos enviaron delegados a Corinto para conocer de primera mano los planes de Filipo. No se ha conservado ninguna relación de lo que sucedió en Corinto, pero se conocen los puntos principales de las propuestas de Filipo. La pieza clave del nuevo orden era el establecimiento de una alianza, llamada tradicionalmente Liga de Corinto, pero a la que Filipo denominaba simplemente «los griegos». La finalidad de esa alianza era doble: el mantenimiento de una paz común en Grecia y la venganza de la invasión de 480 a. C. y otras agresiones contra los griegos perpetradas por los persas. Para la consecución de esos fines, se concedió al consejo (*synédrion*) de la alianza la facultad de aprobar decretos vinculantes para todos sus miembros, poderes para actuar como árbitro en las disputas que pudieran surgir entre ellos, y para juzgar a los individuos acusados de traicionar los fines y la política de la alianza. Los estados miembros de la Liga recibieron además garantías mutuas de no agresión y promesas de apoyo frente a cualquier ataque o a las amenazas de subversión que pudieran sufrir sus gobiernos. Como cabría esperar, las propuestas de Filipo fueron aprobadas sin rechistar por los delegados, que además lo nombraron *hegēmōn* («caudillo») de la alianza y general en jefe de la guerra de venganza contra los persas.

Documento 10.2 Juramento de los miembros de la Liga de Corinto (338-337 a. C.)
Fragmento de una inscripción ateniense que recoge el juramento prestado por los delegados de Atenas cuando ratificaron el tratado de creación de la Liga de Corinto.

> Juramento. Juro por Zeus, la Tierra, el Sol, Posidón, Atenea, Ares, y todos los dioses y diosas. Respetaré la paz, y no quebrantaré los acuerdos con Filipo de Macedonia, ni tomaré las armas con ánimo hostil contra los que respeten los juramentos ni por tierra ni por mar. No me apoderaré en la guerra mediante engaño ni estratagema alguna de ninguna ciudad, fortaleza o puerto perteneciente a los que han firmado esta paz, ni atentaré contra el reino de Filipo o de sus descendientes, ni contra las constituciones en vigor entre los que han firmado esta paz, después de prestar los juramentos relativos a la paz. No realizaré ningún acto que vaya en contra de los acuerdos, ni permitiré que otro lo haga. Si alguien rompe el acuerdo, ayudaré a los que hayan sido víctimas de la violencia en lo que pidan, y combatiré contra los que rompan la paz común, según decida el consejo y el caudillo (*hēgemōn*) común... [93]

93. *Inscriptiones Graecae*, II, 236.

Los historiadores han reconocido desde hace mucho tiempo que el objetivo primordial de la Liga de Corinto era legitimar la hegemonía de Filipo en Grecia, y lo hizo de un modo tanto más efectivo por cuanto venía a reflejar una tendencia importante del pensamiento griego de la época. Desde la conclusión de la Guerra del Peloponeso, los políticos y pensadores griegos, hartos de los disturbios políticos y sociales crónicos, habían intentado encontrar alguna forma de acabar con las constantes guerras que asolaron a Grecia durante el siglo IV. En obras como *La república* o *Las leyes*, Platón y otros filósofos presentan diversas visiones utópicas de una ciudad ideal libre de *stásis*, que ellos mismos sabían que no podían hacerse realidad. Otros pensadores más pragmáticos intentaron redefinir el lugar de la guerra en la vida griega. Denunciaron una y otra vez los conflictos desencadenados entre los griegos tachándolos de guerras civiles, al tiempo que subrayaban que la guerra contra los bárbaros era intrínsecamente justa o incluso deseable como forma de reducir las tensiones internas existentes en Grecia. Esas ideas tomaron cuerpo en los diversos intentos de establecer «paces comunes», como la Paz del Rey y sus sucesoras, típicas de la diplomacia griega del siglo IV.

El teórico más destacado de la guerra justa fue el educador ateniense Isócrates. Isócrates tenía casi cien años cuando se produjo la batalla de Queronea. Durante su dilatada carrera como escritor de discursos y maestro de retórica, meditó sobre los problemas sociales crónicos de Grecia. La solución que proponía, como vimos en el Capítulo 9, era la conquista de una parte del imperio persa, a la que pudieran emigrar los sectores de la sociedad griega económicamente más necesitados y potencialmente peligrosos. En vano había apelado a diversos gobernantes griegos, entre ellos Dionisio I de Siracusa y Jasón de Feras, para que forzaran la unión de los griegos y se pusieran al frente de la cruzada contra Persia. Isócrates debió de ver en Filipo la última oportunidad de hacer realidad su sueño. Por desgracia, no sabemos cómo reaccionó Filipo cuando recibió semejante invitación a encabezar la cruzada tras su victoria en la batalla de Queronea, pero al unificar en la Liga de Corinto las ideas de «paz común» y de cruzada contra Persia, Filipo no hizo de hecho más que aprovechar unas ideas que estaban profundamente enraizadas en la Grecia del siglo IV.

La muerte de Filipo II

La aprobación por parte de la Liga de Corinto del plan de Filipo de organizar una guerra contra Persia no pudo llegar en mejor momento. Los primeros años de la década de 330 fueron una época de grave crisis para el imperio persa. Artajerjes III (358-338 a. C.), monarca tan capaz como despiadado, se esforzó durante todo su reinado por reconstruir el poderío persa, y a finales de la década de 340 sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito. Puso fin a las sublevaciones de los sátrapas que habían arruinado el reinado de su padre, Artajerjes II (405-359 a. C.), restableció la autoridad de Persia en Fenicia y Asia Menor, e incluso reconquistó Egipto, que se había independizado a finales del siglo V.

El poder de Artajerjes sería comparable al de sus grandes antecesores de los siglos VI y V. Demóstenes y otros enemigos de Filipo pidieron ayuda al Gran Rey frente a Macedonia. Pero el desastre se abatió sobre Persia casi tan pronto como el país volvió a presentarse como un factor significativo en los asuntos del Mediterráneo oriental. En 338, un ambicioso eunuco llamado Bagoas asesinó a Artajerjes III y provocó una crisis sucesoria que duró por lo menos dos años. Sólo cuando un pariente de Artajerjes logró

matar al eunuco traidor y sentarse en el trono de Persia con el nombre de Darío III, terminó la crisis y se restauró algo parecido a la estabilidad.

En 336, Filipo aprovechó rápidamente el caos que reinaba en el corazón del imperio persa y envió una fuerza expedicionaria que cruzó el Helesponto al mando de su fiel general Parmenión. Mientras el ejército macedonio avanzaba hacia el sur bordando la costa occidental de Anatolia, los partidarios de Filipo en las ciudades griegas se sublevaron y arrebataron el poder a los tiranos pro-persas. En la ciudad lesbia de Éresos, el nuevo gobierno hizo ostentación de su adhesión a la causa macedónica estableciendo el culto de Zeus Filipio; en Éfeso, los partidarios de Filipo erigieron una estatua del monarca macedonio en el templo de Ártemis. El triunfo alcanzado por Parmenión y su fuerza expedicionaria en 336 auguraba el éxito de la gran campaña que Filipo pensaba encabezar al año siguiente.

Pero antes de que se produjera esa campaña, el destino se metió por medio. En el verano de 336, Filipo fue asesinado en Egas por un miembro de su guardia personal llamado Pausanias. Este asesinato supuso la culminación de la turbulencia que caracterizó su vida personal durante los últimos años de su reinado, provocada por el séptimo matrimonio que contrajo en 338. Durante casi todo su reinado, la esposa oficial de Filipo había sido la cuarta mujer con la que se había casado, la princesa epirota Olimpíade, madre del príncipe heredero, Alejandro. Sus otras bodas con una tesalia, una tracia, una iliria, e incluso una escita, habían respondido a objetivos puramente diplomáticos y no habían supuesto amenaza alguna a la posición que ocupaba Olimpíade en la corte. Pero el séptimo matrimonio fue muy distinto. Por primera vez Filipo se casaba con una macedonia, una joven llamada Cleopatra, y establecía una alianza con una poderosa familia de la nobleza del país.

Los especialistas no han sabido explicar la última boda de Filipo. Los escritores antiguos la consideran fruto de un desgraciado capricho por una mujer joven. Algunos estudiosos modernos han sugerido que Filipo quizá esperara que su nuevo matrimonio produjera nuevos hijos capaces de asegurar la permanencia del trono en manos de su familia. Al margen de cuáles fueran los planes de Filipo, las dramáticas consecuencias de su boda no tardaron en ponerse de manifiesto. En poco tiempo Olimpíade y Alejandro cayeron en desgracia y tuvieron que partir para el destierro, en medio de los rumores de que Filipo pretendía sustituir a su hijo por un heredero «macedonio».

De hecho, el peligro en que Alejandro vio su posición se disipó casi tan de repente como se presentó. En 337 Cleopatra dio a Filipo una hija a la que llamó Europa. El nombre de la criatura proclamaba el orgullo, por lo demás comprensible, de Filipo por todo lo que había conseguido, pero una mujer no podía acceder al trono de Macedonia. Al no tener otro hijo capaz de sustituir a Alejandro como heredero, Filipo no tuvo más remedio que reconciliarse con él. Un amigo común, Demarato de Corinto, facilitó el acercamiento. Aunque Olimpíade siguió desterrada en Epiro, Alejandro regresó a Pella y recuperó su puesto en la corte. La crisis por la sucesión había terminado, al parecer, sin graves consecuencias.

Pero indirectamente la imprudente boda de Filipo con Cleopatra acabó convirtiéndose en su ruina. Irremediablemente la unión acabó involucrando al rey en las enemistades de la familia de su esposa, y en una de esas rivalidades se vería implicado su asesino, Pausanias. Según Aristóteles, Pausanias mató a Filipo porque había sido ultrajado por un tío de Cleopatra, Átalo, y Filipo no había hecho nada al respecto. Los detalles de la anécdota se nos han conservado en Diodoro, que pone de manifiesto que el ultraje había sido

enorme. Al parecer, los criados de Átalo violaron a Pausanias. El motivo de este acto tan depravado fue la venganza de la muerte de un joven pariente de Átalo, al que Pausanias había calumniado porque Filipo lo había preferido como amante. No queriendo poner en peligro su alianza con la familia de su nueva esposa, Filipo intentó calmar la indignación de Pausanias ascendiéndolo al envidiado puesto de guardia de corps del rey.

Los intentos realizados por el monarca de aplacar al joven se vieron frustrados, y la boda de una hija de Filipo, Cleopatra, proporcionó a Pausanias la ocasión de llevar a cabo su venganza. El punto culminante de la ceremonia nupcial era una espléndida procesión encabezada por el monarca. Cuando el cortejo entraba en el teatro de Egas, Pausanias se precipitó sobre Filipo y lo apuñaló hasta matarlo ante los ojos atónitos de los invitados que habían acudido de todos los rincones del imperio macedónico para contemplar el triunfo de su rey. Así acabó el reinado del más controvertido de los monarcas macedonios.

¿Habría podido la unión y la resolución de los griegos evitar la conquista de Macedonia? Los historiadores del siglo XX han comparado a veces a Filipo con Hitler, otorgando a Demóstenes el papel de Winston Churchill (ocurrencia sumamente halagadora para Demóstenes, cuyos esfuerzos acabaron en un fracaso estrepitoso). Independientemente de su validez, la analogía plantea la cuestión de si el triunfo de Filipo se debió o no a las vacilaciones y la actitud contemporizadora de los griegos (y a la confabulación de las facciones pro-macedonias existentes en las distintas polis: conviene recordar la admiración que desde siempre sintió Foción por Macedonia). En último término se trata de una cuestión sin respuesta, pues la historia no es una ciencia de laboratorio, y no tenemos la posibilidad de repetir el siglo IV a. C. en una Grecia más saludable, más rica y menos dividida. De lo que no cabe duda es de que Filipo fue un hombre notable.

Desde la Antigüedad, a los historiadores les ha costado trabajo hacer una valoración de Filipo y de sus acciones. A Polibio le sacaba de quicio la forma en que Teopompo de Quíos comenzaba su gran historia de Filipo. El autor empezaba emitiendo el siguiente juicio: «Europa no produjo nunca un hombre como Filipo», y a continuación pasaba a enumerar sus «crímenes y locuras», entre ellos su desenfreno en materia de sexo y su incontinencia con la bebida, su capacidad de traicionar a amigos y aliados, y la destrucción de las ciudades griegas. Como suele ocurrir en estos casos, se trata en parte de un problema de perspectiva. Polibio escribió su obra dos siglos después de la muerte de Filipo y no podía simpatizar con Teopompo, un griego del siglo IV que veía en Filipo fundamentalmente a una fuerza maléfica extranjera que se había entrometido en los asuntos de Grecia, y no al fundador de la grandeza de Macedonia.

¿Cuál es el punto de vista correcto? De hecho, los dos tienen su parte de razón. No se puede negar que la influencia de Filipo sobre los asuntos de la Grecia de su época fue perjudicial en muchos aspectos. La destrucción de ciudades como Anfípolis, Metone, Estagira, y Olinto está bien documentada. Sin embargo, Filipo era ante todo y sobre todo rey de Macedonia. Su interés primordial era el bien de su país, no el de Grecia. Y en ese terreno lo hizo muy bien. Durante los veinticuatro años que duró su reinado, Filipo transformó Macedonia y de una monarquía al borde de la desintegración hizo un estado unificado y creó un imperio que se extendía desde el Danubio hasta el sur de Grecia. No podemos saber si sus planes de extender el poderío de Macedonia hasta Asia eran tan grandiosos como los que más tarde realizaría Alejandro. No obstante, es evidente que sin el legado de Filipo, que le dejó una Macedonia unida y poderosa, las hazañas de Alejandro y sus sucesores habrían sido imposibles.

Capítulo 11

ALEJANDRO MAGNO

Rara vez un reinado destinado a marcar toda una época ha empezado en medio de tantas incertidumbres como el de Alejandro Magno. Durante los casi veinticinco años que ocupó el trono, Filipo II, el padre de Alejandro, convirtió Macedonia en una monarquía centralizada fuerte. Las reformas militares de Filipo hicieron de Macedonia la primera potencia guerrera de la región, llegando a controlar un imperio que se extendía desde el Danubio por el norte hasta Tesalia por el sur. Con la creación de la Liga de Corinto, Filipo amplió el área de influencia de Macedonia hasta el sur de Grecia y consiguió el apoyo público de sus súbditos y aliados griegos a la invasión de Asia que tenía proyectada. El asesinato de Filipo poco antes de que partiera a reunirse con sus tropas en Oriente estuvo a punto de echar por tierra no sólo su aventura asiática, sino todo lo que había conseguido.

Al igual que el de su padre, el reinado de Alejandro comenzó con una crisis sucesoria. Alejandro III tenía sólo 20 años cuando murió Filipo en el verano de 336 a. C. Más tarde se contaría que varios presagios vaticinaron la grandeza de su reinado. Su madre, Olimpíade, que tenía mucho que ganar si conseguía que el trono fuera a parar a su hijo, afirmó que había soñado que un rayo fulminaba su vientre. Se creía que el gran templo de Ártemis en Éfeso había sido destruido por un incendio el día en que Alejandro vino al mundo. Aunque Filipo había tenido descendencia de otras esposas, no cabe duda de que Alejandro fue tratado como heredero de su padre durante casi todo el reinado de éste.

Filipo y Olimpíade educaron esmeradamente a Alejandro para el papel que acabaría desempeñando un día. Diversos tutores griegos, entre ellos Aristóteles, le proporcionaron la instrucción en materia de literatura y cultura griega que no tuvo su padre. De ellos adquirió Alejandro el amor que sentiría toda su vida por Homero y su decisión de emular o superar incluso las hazañas de sus antepasados legendarios, Heracles y Aquiles.

Tampoco se descuidó la instrucción práctica de Alejandro en los asuntos relacionados con la monarquía. Gobernó Macedonia en ausencia de su padre y sofocó una rebelión en Tracia. Al igual que Filipo, Alejandro fundó en esta región una ciudad a la que puso su nombre. Por último, participó en las campañas de Filipo, capitaneando incluso

la caballería de los Compañeros del rey en la batalla de Queronea, que supuso el establecimiento de la dominación de Grecia por los macedonios en 338 a. C. Sin embargo, la sucesión al trono de Alejandro no estaba segura. En el momento de la muerte de Filipo se hallaba bastante aislado en la corte. Su madre, Olimpíade y sus amigos y consejeros seguían desterrados. Como cabría imaginar, tras el asesinato de Filipo empezaron a correr rumores de que Alejandro había alentado a su asesino y de que incluso Olimpíade se había vestido de luto por él.

Se habló incluso de otros posibles sucesores. El más importante de esos competidores potenciales era el antiguo rey Amintas IV, sobrino, ahijado y yerno de Filipo. Sólo la oportuna intervención de Antípatro, uno de los generales más veteranos de Filipo, salvó la sucesión de Alejandro. El hecho de que Antípatro presentara a Alejandro a las tropas

macedonias congregadas en Egas para ser proclamado rey a la manera tradicional, junto con la muerte del asesino de Filipo, Pausanias, y la rápida condena y ejecución de sus supuestos cómplices, aseguró el trono para el joven príncipe. Y esa circunstancia cambiaría el curso de la historia de Asia occidental.

Fuentes para el reinado de Alejandro Magno

El poeta inglés Chaucer (muerto en 1400) dice en *The Monk's Tale* (versos 641-643) que «la historia de Alejandro es tan conocida / que cualquier villano con un poco de seso / ha oído contar algo o todo acerca de su fortuna». Durante casi toda la Edad Me-

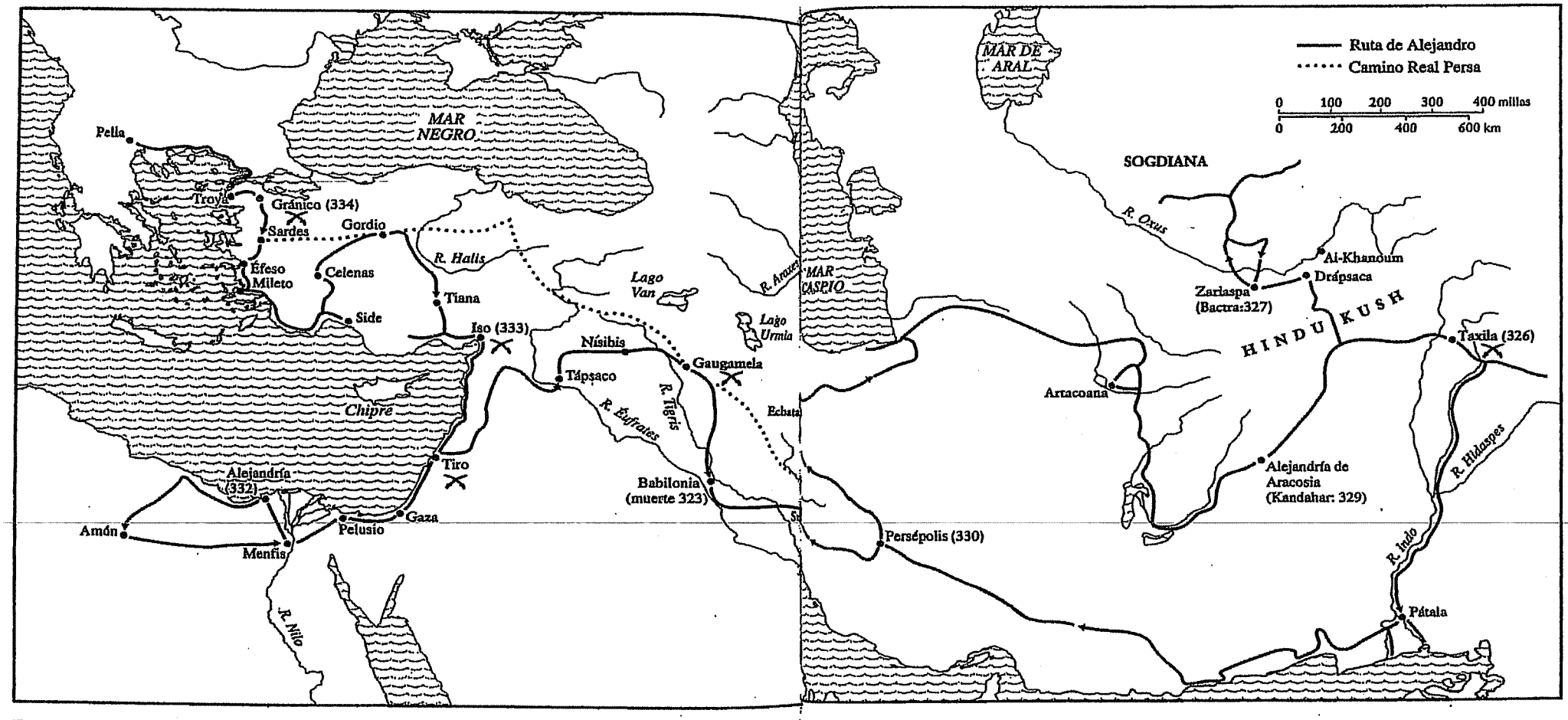


FIGURA 11.1. Las campañas de Alejandro.

dia, el libro de carácter profano más leído en el Viejo Mundo fue una biografía novelada de Alejandro (el llamado *Roman d'Alexandre*), que mezclaba libremente historia y ficción. La popularidad de esta historia tan curiosa ha perdurado hasta nuestros días, inspirando películas y novelas. Una bibliografía selecta de las obras que tratan de Alejandro llegaba a incluir los títulos de casi setecientos estudios publicados entre 1700 y 1970, y desde entonces han aparecido cada año docenas y docenas de investigaciones acerca de su reinado. Pese a la enorme cantidad de bibliografía que ha generado el personaje, las interpretaciones del carácter y los objetivos de Alejandro son muy diferentes unas de otras. Los historiadores han atribuido a Alejandro distintos papeles: principal agente de la difusión del helenismo, idealista convencido de la unidad del género humano, superhombre ario, y, más recientemente, conquistador brutal sin proyecto constructivo alguno para el futuro de su imperio. Las causas de la falta de acuerdo incluso en lo tocante a los aspectos más elementales de la biografía de Alejandro que caracteriza a los especialistas en historia de Grecia es muy clara: las limitaciones de las fuentes disponibles para su vida y su reinado, y lo difícil que les resulta a los historiadores superar su propio contexto histórico. Aunque la arqueología ha revelado muchos detalles acerca de la época en la que vivió Alejandro, incluso el hallazgo de unas tumbas sin saquear que quizá pertenecieran a su padre y a su hijo, los historiadores siguen basándose para los aspectos más fundamentales de su vida y sus hazañas en los testimonios contenidos en la literatura griega y latina.

Los testimonios antiguos relativos a Alejandro eran originariamente muy heterogéneos y numerosos. El propio Alejandro fomentó el desarrollo de una literatura acerca de su persona y sus hazañas. Aparte de ingenieros y técnicos varios, en su séquito había un historiador oficial (un sobrino de Aristóteles llamado Calístenes), así como poetas y eruditos encargados de celebrar sus conquistas y describir los descubrimientos realizados a lo largo de sus campañas. Durante las dos generaciones siguientes a su fallecimiento, la tradición literaria sobre Alejandro se vio enriquecida con la publicación de nuevas obras, desde opúsculos sin valor como los panfletos políticos hasta historias extensas de su reinado escritas por personajes que participaron en sus expediciones, como, por ejemplo, el almirante Nearco, el filósofo cínico Onesícrito, y el futuro rey de Egipto, Ptolomeo I. El tratamiento que en ellas se hacía del reinado de Alejandro era también muy distinto, y constituían desde *apologíai* (i. e., «defensas frente a las críticas») oficiales hasta relatos de aventuras heroicas. Por desgracia, ninguna de esas historias de autores contemporáneos de Alejandro ha llegado a nuestras manos en su forma original. El conocimiento limitado que tenemos de su contenido se basa en la recopilación y el análisis exhaustivo que los modernos especialistas han hecho de las pocas citas, resúmenes, o alusiones existentes en otros autores posteriores que se han conservado.

La reciente publicación de algunos textos cuneifomes que tratan de Alejandro mantiene viva la esperanza de que se descubran nuevas fuentes que nos proporcionen un elemento tan necesario como la visión de las conquistas macedónicas desde la perspectiva asiática. Los historiadores modernos reconstruyen la vida de Alejandro a partir de las cinco biografías suyas que han llegado a nuestras manos, a saber, las que contienen las historias universales de Diodoro (siglo I a. C.) y Pompeyo Trogo (siglo I a. C.), la segunda de las cuales sólo se ha conservado en una versión resumida realizada en el siglo II d. C. por un autor por lo demás desconocido llamado Justino; la *Historia de Alejandro* de Quinto Curcio Rufo (siglo I d. C.), la *Vida de Alejandro* de Plutarco (siglo II d. C.); y la *Anábasis de Alejandro Magno* de Arriano (siglo II d. C.). Todas estas biografías fueron

escritas entre trescientos y quinientos años después de la muerte de su protagonista y reflejan los intereses y las ideas de los primeros tiempos del Imperio Romano, época muy distinta de aquella en la que vivió Alejandro. Su valor depende, pues, de que tomaran o no su información de las obras en la actualidad perdidas de los contemporáneos de Alejandro. Como todavía no se ha descubierto ningún método infalible de evaluación de los méritos relativos de cada una de estas cinco biografías tardías, las diferencias que podemos apreciar en la valoración que actualmente se hace de la figura de Alejandro son fruto en gran medida de los distintos criterios empleados por los especialistas respecto al peso que puede o debe darse a su testimonio. En un punto, sin embargo, están de acuerdo todos los biógrafos de Alejandro, antiguos y modernos: su actuación personal tuvo una importancia decisiva para el desarrollo de los grandes acontecimientos de su reinado.

Consolidación del poder

El papel de Alejandro nunca fue tan importante como durante el primer año de su reinado, momento por lo demás crítico para él. El apoyo de los generales veteranos de Filipo había sido indispensable para asegurarle la sucesión. Poco después de subir al trono, aconsejaron al joven monarca que actuara con cautela, consolidando su base de poder en Macedonia y utilizando la diplomacia para ganarse la benevolencia de los súbditos y aliados de Macedonia en el norte, aun a riesgo de perder su influencia sobre Grecia. Pero esa prudencia no era del gusto de Alejandro y aquélla no sería la última vez que desoyera los consejos de la vieja guardia macedonia en favor de una actitud más resuelta.

Lo primero que despertó el interés de Alejandro fue Grecia. Inmediatamente después de presidir el funeral de su padre, hizo una dramática y repentina aparición en este país. Los políticos antimacedonios de Atenas y Tebas abandonaron al punto sus planes de aprovechar la presunta debilidad de Macedonia producida por el asesinato de Filipo para liberar a Grecia de la dominación macedónica. Alejandro fue confirmado en el puesto de *árchōn* de Tesalia y de *hēgemōn* de la Liga de Corinto que había ocupado su padre, y se ratificó el apoyo de los griegos a la guerra contra Persia. Tras una breve estancia en Macedonia a su regreso de Grecia, Alejandro emprendió una campaña aún más ambiciosa en el norte durante la primavera de 335, cuya finalidad era convencer a tracios e ilirios de que la muerte de Filipo no iba a suponer una menor presión del yugo macedonio.

La primera gran campaña de Alejandro por el norte lo llevó hasta las orillas del Danubio. Sólo se conservan relaciones sumarias del curso de los acontecimientos, pero es evidente que Alejandro consiguió sus principales objetivos en el norte. En primer lugar puso su mira sobre los tribalos, que en 339 habían humillado a Filipo cuando regresaba a Macedonia tras su victoria sobre los escitas. El intento de los tribalos de retener un paso de montaña de importancia vital frente a Alejandro fracasó gracias a la disciplina de las tropas macedonias, que lograron abrirse paso entre las carretas que el enemigo había lanzado monte abajo con la esperanza de romper sus líneas. La resistencia de los tribalos no tardó en venirse abajo cuando Alejandro derrotó al grueso de sus tropas y lanzó un ataque anfibio sobre una isla en la que aquéllos habían congregado a sus mujeres y a sus hijos para su seguridad. La violenta incursión que realizó Alejandro a la ori-

lla opuesta del Danubio contra el territorio de los getas logró el sometimiento del resto de tribus tracias. Concluyó además un tratado de amistad con un grupo de galos, vanguardia de un movimiento migratorio que tendría graves repercusiones sobre el sudeste de Europa y Anatolia a comienzos de la época helenística.

Después de asegurar la frontera norte, Alejandro se dirigió al sudoeste, a Iliria, con el fin de enfrentarse a un viejo enemigo de Filipo II, el rey Clito. Alejandro recibió la primera de sus múltiples heridas de guerra durante esta fase de la campaña. Sólo la intuición del efecto psicológico que podía tener sobre los ilirios el despliegue de las compactas formaciones macedonias le permitió librar a su ejército de la desastrosa trampa en la que podía haber caído. Infligió una contundente derrota a Clito que acabó por fin con la amenaza que los ilirios habían constituido para la frontera occidental de Macedonia durante el reinado de sus antecesores.

La larga permanencia de Alejandro en el norte desató en Grecia el rumor de que había muerto. Y lo que sólo era una vana esperanza se dio por un hecho consumado. Demóstenes presentó incluso a la asamblea ateniense un supuesto testigo ocular de la muerte de Alejandro. Confiando en la ayuda de Atenas, los tebanos se sublevaron, sitiando a la guarnición macedonia apostada en su acrópolis, la Cadmea, e invitando a otros estados griegos a sumarse a ellos en la lucha por la libertad. Alejandro, que recibió informes de lo que estaba ocurriendo en Grecia, bajó a marchas forzadas con su ejército hasta las murallas de Tebas antes de que se generalizara la sublevación. Los atenienses, que habían votado prestar ayuda militar a los tebanos, se mostraron vacilantes. Los espartanos, que de modo tan sorprendente se habían abstenido de participar en Queronea, también ahora dieron marcha atrás. Los tebanos se negaron a pesar de todo a rendirse, como les exigía Alejandro, y vieron cómo su ciudad era asaltada y saqueada. Alejandro ordenó que los demás beocios decidieran la suerte que había de correr Tebas y lo que quedaba de ciudadanía. Recordando el afán de dominio que siempre habían mostrado los tebanos, sus vecinos decidieron que la ciudad fuera arrasada y que sus habitantes fueran vendidos como esclavos. Alejandro hizo cumplir el decreto, absteniéndose sólo de destruir los templos y la casa del poeta tebano más ilustre, Píndaro, a cuyos descendientes perdonó la vida.

La destrucción de Tebas fue recordada durante siglos como una de las grandes atrocidades de la historia de Grecia. Se cuenta que a partir de ese momento el propio Alejandro mostró una consideración especial hacia las peticiones personales de los tebanos. Pero por lo pronto, el empleo calculado del terror consiguió su propósito. Cuando se difundió la noticia de la destrucción de Tebas, la resistencia activa a la dominación macedónica cesó en toda Grecia. Por segunda vez en poco más de un año, la Liga de Corinto reconoció a Alejandro como caudillo y ratificó su apoyo a su política. Ahora que el ejemplo de la terrible suerte de Tebas había puesto fin a la temeridad de los griegos, Alejandro podía permitirse el lujo de adoptar una postura más moderada, abandonando sus exigencias de entrega de los cabecillas del partido antimacedonio de Atenas y de otras ciudades griegas.

Recurrió a métodos igualmente despiadados para neutralizar la posible oposición existente en Macedonia. Medidas como, por ejemplo, la exención de todo tipo de obligaciones excepto el servicio militar concedida a los macedonios le granjearon una gran popularidad entre sus súbditos, al tiempo que sus adversarios potenciales eran eliminados. Las fuentes no hablan del verdadero alcance de las purgas, mientras que, por el contrario, subrayan el brutal asesinato en 336 a. C. de la última esposa de Filipo II, Cleopatra, y de su hija a manos de Olimpíade sin la autorización de Alejandro, que a la sazón se hallaba ausente en Grecia. De hecho, también fueron muertos todos los varones de la familia de Cleopatra, que habían acariciado la esperanza de prosperar gracias a la posición de su pariente como esposa de Filipo. Además, Amintas IV, el único rival legítimo al trono que tenía Alejandro, fue asesinado. Aquellos de sus partidarios que lograron escapar, huyeron al único refugio que les quedaba, Persia, dejando a Alejandro como soberano indiscutible de Macedonia.

La invasión de Asia

Durante la primavera de 334 a. C., una vez asegurada su posición en Macedonia, Alejandro cruzó el Helesponto y pasó a Asia al frente de sus tropas. Su formidable ejército estaba constituido por 37.000 hombres. Su núcleo principal estaba formado por los 12.000 soldados macedonios que constituían la falange. Había además 3.000 hipaspistas («guardia real») y 1.800 soldados de caballería de los Compañeros del rey. Además de las tropas macedonias, en el ejército había unidades especiales de infantería ligera procedentes de Iliria y Tracia, y casi 9.000 aliados griegos entre soldados de infantería y de caballería. Alejandro contaba asimismo con una escuadra de casi doscientas naves proporcionadas por sus aliados griegos que prestaban apoyo a sus tropas y le mantenían comunicado con Europa.

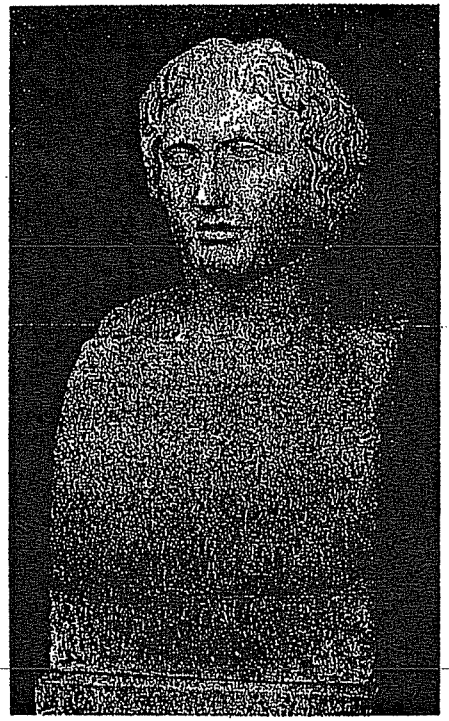


FIGURA 11.2. La melena leonina intensifica el carácter fiero del personaje en este retrato de Alejandro representado como rey-héroe. Copia romana de mármol de la cabeza de una estatua original de 330 a. C. aproximadamente. La inscripción reza: «Alejandro, hijo de Filipo, macedonio».

Las primeras acciones de Alejandro en Asia fueron temerarias, incluso espectaculares. Fue el primer macedonio en pisar el suelo de Asia, saltando a tierra y clavando su lanza para poder afirmar que todo lo que ganara sería territorio conquistado con la lanza. A continuación se trasladó al emplazamiento tradicional de Troya, donde realizó un sacrificio a Atenea, pidió perdón al viejo rey Príamo por invadir Asia, y rindió homenaje a Aquiles, al que consideraba uno de sus antepasados.

Todo ese simbolismo encajaba muy bien con su papel de caudillo de la cruzada griega, pero detrás de tanta bravata se escondían graves problemas. Para mantener su autoridad en Macedonia y Grecia, Alejandro se había visto obligado a dejar en Europa con Antípatro a casi la mitad de sus tropas ma-

cedonias. En Asia todo lo que había conseguido la avanzada realizada por Filipo en 336 se había perdido a raíz de la vigorosa contraofensiva persa, excepto una cabeza de puente en Ábidos. Lo que es peor, Alejandro disponía de fondos sólo para una campaña breve; y sus amigos todavía no ocupaban puestos importantes ni en el gobierno ni en el ejército. En Macedonia, Antípatro gobernaba como regente en su nombre. En Asia, el segundo en el mando era Parmenión, amigo íntimo de Antípatro y, hasta la muerte de Filipo, aliado de la familia de Cleopatra. Además, los parientes de Parmenión ocupaban altos cargos en las unidades de caballería, fundamentales para el conjunto del ejército. Alejandro necesitaba una victoria rápida para conseguir los objetivos de su campaña y verse libre del dominio de los aristócratas macedonios que lo habían hecho rey. Por fortuna pare él, los persas resultaron ser unos «enemigos muy fáciles».

La batalla de Gránico

Las enormes dimensiones del imperio persa hacían que la movilización del grueso de sus fuerzas frente a la amenaza que se pudiera producir en alguna frontera lejana resultara muy lenta. Entretanto, los sátrapas locales tenían que apoyarse en el limitado número de tropas acantonadas en su territorio para hacer frente a las fases iniciales de la invasión. En tales circunstancias, los sátrapas solían emplear una estrategia defensiva cuya finalidad era asegurarse el control de unos cuantos puntos fuertes de importancia capital e impedir al enemigo el uso de los recursos locales hasta que el Gran Rey lograra movilizar las fuerzas militares y financieras del imperio, y trasladarlas al teatro de operaciones para expulsar al invasor. Ésa es la estrategia que propuso de hecho Memnón, el general rodio que había defendido Asia Menor de las tropas de Parmenión un año antes. Los sátrapas de Anatolia, sin embargo, sentían envidia de la consideración en que Memnón era tenido por Darío y no estaban dispuestos a tener que justificar las pérdidas sufridas por el erario y la destrucción de las tierras de propiedad real que semejante estrategia habría comportado. Prefirieron utilizar una táctica más temeraria y decidieron presentar directamente batalla a Alejandro con la esperanza de matarlo.

La estrategia estuvo a punto de surtir efecto. Los persas se enfrentaron a Alejandro junto al río Gránico, el actual Koçabas, en el noroeste de Anatolia. Su posición era fuerte. Habían estacionado su caballería a orillas del río para impedir que los macedonios pudieran cruzarlo; la infantería, formada entre otros por varios miles de mercenarios griegos, fue dispuesta detrás de ella para apoyarla. Los detalles de la batalla propiamente dicha no están muy claros. Alejandro desoyó, al parecer, la propuesta de Parmenión, que le aconsejó esperar hasta el día siguiente para atacar, de modo que sus soldados pudieran recuperarse de la marcha. El rey ordenó atacar inmediatamente. El combate fue duro, y a punto estuvo de acabar en desastre.

Los persas casi lograron matar a Alejandro, que destacaba por la llamativa «armadura de Aquiles» que había cogido del templo de Atenea en Troya. El rey se salvó de una muerte segura sólo gracias a la acción temeraria de Clito el Negro, hermano de la nodriza de Alejandro: en el momento decisivo, Clito cortó el brazo de un noble persa cuando se disponía a asestar el golpe fatal a Alejandro, que se encontraba a su merced. Como los persas lo habían basado todo en provocar la muerte de Alejandro, el fracaso de sus planes precipitó la catástrofe. Atrapada entre los macedonios y su propia infantería, el grueso de la caballería persa perdió la vida. La infantería persa, que no había participado en el combate, huyó y abandonó a los mercenarios griegos que formaban el núcleo central de su ejército. Como muchos de ellos eran desterrados enemigos de la dominación de Grecia por los macedonios, no es de extrañar que Alejandro ordenara que los aniquilaran a todos —menos a unos dos mil— como traidores a la causa griega. Los supervivientes fueron enviados cargados de cadenas a trabajar en Macedonia. Alejandro proclamó orgullosamente su victoria ante todo el mundo griego enviando a Atenas trescientas armaduras persas completas como ofrenda a Atenea con la siguiente inscripción: «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los espartanos». La ofensiva alusión a los lacedemonios intensificó la negativa de éstos a integrarse en la Liga de Corinto y a participar en la cruzada panhelénica contra Persia que acaudillaba Alejandro.

La aplastante victoria de Alejandro en el río Gránico cambió el rumbo de la guerra. Su derrota privó a los persas de una ventaja crucial: ya no podían organizar una defensa eficaz de Anatolia aprovechando su superioridad naval y sus recursos financieros para acosar a Alejandro dificultando su comunicación con Macedonia y fomentando la rebelión en Grecia. Muertos muchos de los generales persas y perdida la mayor parte de la flor de su caballería y de los mercenarios griegos, la posición de Persia en Asia Menor se tambaleaba. Aunque la flota fenicia surcaba libremente las aguas del Egeo, el conjunto de los griegos se negó a comprometerse con la causa persa. Mientras tanto, las tropas de Alejandro avanzaban rápidamente hacia el sur bordeando la costa occidental de Anatolia. La feroz resistencia de las guarniciones persas de Mileto y Éfeso frenó el avance de los macedonios, pero no pudo detenerlo. En rápida sucesión fueron cayendo en manos de Alejandro las satrapías de Lidia, Caria y Licia. En la primavera de 333, Alejandro había llegado a Gordio, la capital del antiguo reino de Frigia, cerca de la actual Ankara, en el centro de Anatolia. En menos de un año, el sueño aparentemente imposible que había tenido Isócrates de arrancar Anatolia al imperio persa se había hecho realidad.

El primer año de campaña puso además de manifiesto el conflicto todavía sin resolver que entrañaba la posición de Alejandro como hegemón de la Liga de Corinto, caudillo de la cruzada griega, y rey de Macedonia. En su calidad de hegemón se le exigía respetar la opinión griega y cumplir los compromisos contraídos por su padre y por él mismo ante la Liga de Corinto. En consecuencia, castigó a los mercenarios griegos después de la batalla de Gránico y entregó a los tiranos pro-persas al consejo de la Liga para que los juzgara. Como rey de Macedonia, en cambio, el territorio conquistado era suyo y podía hacer con él lo que quisiera, y cada vez más sus intereses como rey prevalecerían sobre sus obligaciones frente a la Liga y sobre su preocupación por la opinión de los griegos.

Reacción de los griegos

Alejandro dejó patente su supremacía inmediatamente después de su victoria en Gránico. Dijo a los representantes de las ciudades griegas y bárbaras que se le habían rendido que debían obedecer al nuevo sátrapa macedonio y pagarle a él el mismo tributo que habían venido pagando a los persas. Alejandro mantuvo en vigor el sistema de satrapías existente en otros lugares de Anatolia. Cuando se percató de que la severidad mostrada en un primer momento no había conseguido más que fortalecer la determinación de los mercenarios griegos que estaban al servicio de los persas, suavizó los tér-

minos de la rendición que les ofrecía. Del mismo modo, no hizo del apoyo activo a la democracia en las ciudades griegas de Asia una línea maestra de su política hasta que las facciones demócratas no ofrecieron su apoyo incondicional a las tropas macedonias. Pero las ciudades que fueron liberadas de ese modo vieron su nueva libertad muy coartada. Quedaron libres de la obligación de pagar «tributo» a los persas, pero a cambio debían hacer «contribuciones» económicas al esfuerzo de guerra macedónico y eran castigadas severamente si se negaban. Además, como revelan diversas inscripciones halladas en Quíos y en otros lugares, Alejandro intervenía libremente en los asuntos internos de las ciudades griegas de Asia siempre que lo creía necesario.

Las relaciones con sus nuevos súbditos no griegos siguieron unas pautas muy parecidas. En consonancia con su posición como hegemón de la Liga de Corinto, los primeros nuevos sátrapas que nombró Alejandro fueron macedonios. Pero a lo largo de sus campañas, dio diversos pasos tendentes a ganarse el apoyo de la población local. En Caria, confió la administración civil de la región a la reina Ada, que lo nombró hijo adoptivo y heredero. Al mismo tiempo, el control de los asuntos militares seguiría en manos del comandante de la guarnición macedonia, responsable directamente ante el rey.

Alejandro siguió esa misma política en otros lugares de Anatolia, nombrando sátrapas persas en Capadocia y Armenia. Aunque las circunstancias impidieron que esos nombramientos se hicieran efectivos, la tendencia política estaba bien clara. Los caudillos no griegos que reconocían el poder de Alejandro podían contar con el favor real y con la mejora de su posición. Aunque Isócrates había soñado con una nueva Magna Grecia en Anatolia, la verdadera situación se ve reflejada con más exactitud en el simbolismo del célebre «nudo gordiano» que Alejandro se encargó de cortar. Según la famosa leyenda, el dominio de Asia correspondería a quien supiese deshacer el complicado nudo que ataba el yugo del carro montado por Midas cuando se convirtió en rey de Frigia. Cuando llegó a Gordio, Alejandro hizo que se cumpliera la profecía deshaciendo el nudo con su espada, dejando así fuera de cualquier duda que en Asia había surgido un nuevo rey.

Documento 11.1 Carta de Alejandro a los quiotas (334 a. C.) La contradicción entre las afirmaciones de Alejandro en el sentido de que había «liberado» a las ciudades griegas de Asia y la realidad de la dominación macedónica se pone especialmente de manifiesto en esta carta escrita por Alejandro a los habitantes de Quíos en la que les da instrucciones acerca de la reforma del gobierno de la ciudad:

> Todos los desterrados de Quíos regresarán y el régimen vigente en Quíos será la democracia. Se elegirán unos legisladores que legislen y corrijan las leyes, de modo que nada se oponga a la democracia ni al regreso de los desterrados. Las leyes que sean corregidas o legisladas serán presentadas a Alejandro. Los quiotas armarán veinte trirremes con toda su tripulación a sus expensas. Navegarán como el resto de la escuadra griega con nosotros. Los que traicionaron a la ciudad entregándosela a los bárbaros y lograron escapar, serán desterrados de todas las ciudades que comparten la paz y podrán ser detenidos según el decreto de los griegos. No obstante, los que sean capturados serán devueltos y juzgados en el *synédrion* («consejo») de los griegos. Cualquier disputa que se suscite entre los que hubieran regresado y los de la ciudad será juzgada ante nosotros. Hasta que los quiotas no se reconcilien, habrá en su ciudad una guarnición del rey Alejandro. Dicha guarnición será tan fuerte como sea necesario; y los quiotas le prestarán apoyo.[94]

Las graves fiebres que contrajo Alejandro y que lo pusieron al borde de la muerte retrasaron la partida del ejército macedonio de Anatolia hasta el verano de 333. Las biografías antiguas, preocupadas por destacar la gran talla política de Alejandro, subrayan su inquebrantable confianza en su médico personal frente a las advertencias de Parmenión en el sentido de que había sido sobornado por los persas. Pero lo más importante es que los escarceos de Alejandro con la muerte ponían ante los ojos de todos la importancia singular que su persona tenía para la suerte de la expedición. Al no disponer de heredero y no existir una sucesión alternativa plausible, Alejandro resultaba indispensable. Sólo él mantenía unido al ejército y prestaba a sus acciones la fuerza y la dirección necesarias. La dependencia que el ejército tenía de Alejandro y el poder que a su vez le daba no harían más que incrementarse a medida que se iban alejando de Macedonia.

La batalla de Iso (333 a. C.)

Tras recuperarse de su enfermedad, Alejandro tomó una decisión temeraria, como era típico en él. En vez de marchar directamente a enfrentarse con las tropas de Darío III en Mesopotamia, como hiciera el joven príncipe Ciro cuando se sublevó contra su hermano Artajerjes casi setenta años antes, Alejandro dirigió sus tropas hacia las regiones costeras de Siria, Palestina, y en último término Egipto. Tras esta decisión se ocultaba un cálculo muy arriesgado. Después de despedir a la mayoría de su escuadra griega casi un año antes, Alejandro esperaba poner fin a las operaciones navales de los persas en el Egeo privando a la flota persa de sus bases en Siria y Fenicia.

La estrategia era muy temeraria y a punto estuvo de acabar en catástrofe. Alejandro avanzó hacia el sur bordeando la costa siria durante las últimas semanas del verano y el otoño de 333. Al mismo tiempo, Darío III, que había logrado la movilización del grueso de las tropas del imperio, salió de babilonia hacia el noroeste siguiendo el curso del Éufrates, con la esperanza de alcanzar a Alejandro antes de que pudiera salir de Anatolia. En un momento determinado, ambos ejércitos, que marchaban en direcciones opuestas, se cruzaron a una distancia de menos de 200 km. Al enterarse de la posición de Alejandro, Darío ordenó a sus tropas rodear el extremo septentrional de la cordillera de los Amanus y dirigirse a marchas forzadas hacia el sur para alcanzar al ejército macedonio por la retaguardia. Pero aunque de esa forma tan brillante cortó las comunicaciones de Alejandro con Anatolia y sus bases en Macedonia, Darío le dejó la iniciativa al permitirle escoger el campo de batalla. Alejandro decidió enfrentarse a los persas en Iso, al norte de Siria, en una estrecha llanura costera limitada por el Amanus hacia el este y por el mar hacia el oeste. Al impedir a Darío desplegar completamente sus fuerzas, la

94. Según la trad. ing. de A. J. Heisserer, *Alexander the Great and the Greeks: The Epigraphical Evidence*, Norman, University of Oklahoma Press, 1980, pp. 80-81.

elección de este campo de batalla neutralizó la importante superioridad numérica que tenían los persas sobre los macedonios.

Cuando Alejandro llegó a la llanura de Iso, vio que las tropas persas se habían colocado en la margen derecha del río Pínaro, en la actualidad Payas. Darío había dispuesto su caballería en uno y otro flanco, mientras que él, con la guardia real y el resto de los mercenarios griegos, ocupaba el centro de las líneas persas. Alejandro, por su parte, dispuso a sus soldados macedonios en la formación desequilibrada que ya se había hecho tradicional. Puso a Parmenión al frente de la falange y la mayoría de las tropas de infantería en el ala izquierda, y él mismo se colocó con el grueso de la caballería en el ala derecha.

El historiador oficial, Calístenes, cuyo relato de los hechos es en último término la fuente de las diversas descripciones de la batalla de Iso que se nos han conservado, la presentaba como un enfrentamiento homérico entre Alejandro y Darío III, pero nos permite conocer el desarrollo de la batalla en sus rasgos generales. La embestida persa causó daños bastante graves al ala izquierda de los macedonios, hasta que el ataque directo de Alejandro y su caballería contra el centro de las líneas de Darío obligó a éste a abandonar a sus hombres y emprender la huida. Este momento fue representado brillantemente en un famoso cuadro de finales del siglo IV a. C., una copia del cual poseemos en un

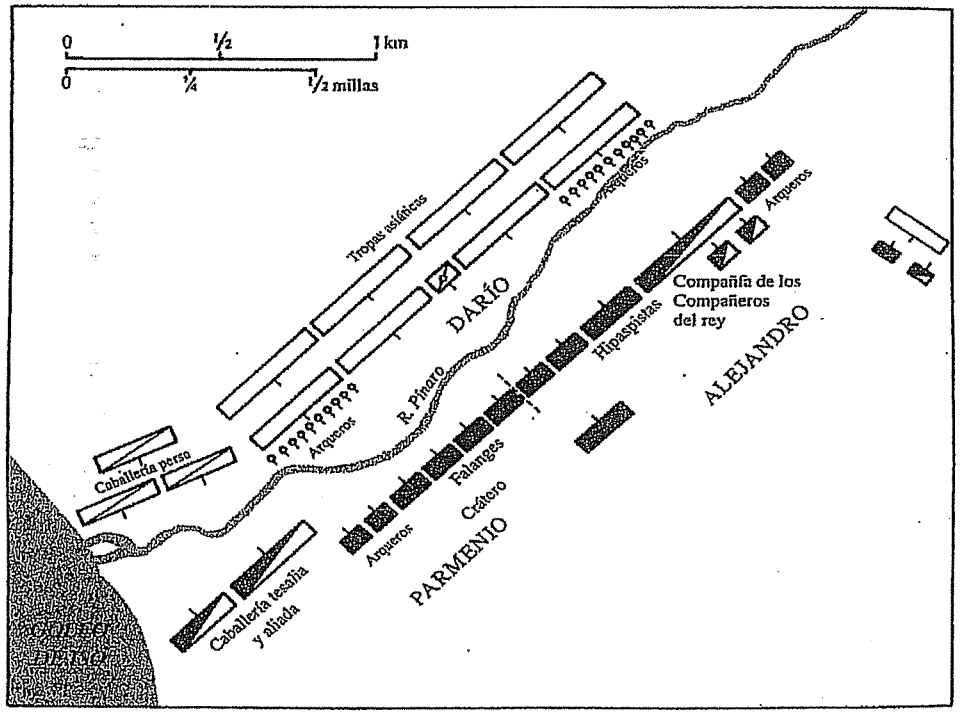


FIGURA 11.3. Esquema de la batalla de Iso.

mosaico descubierto en Pompeya y conservado en la actualidad en el Museo Nacional de Nápoles. La huida de Darío convirtió la derrota del ejército persa en un desastre pavoroso. Años más tarde, Ptolomeo contaría en su historia de Alejandro cómo los batallones de éste cruzaron el río sobre los cadáveres amontonados de los soldados de Darío mientras perseguían a las tropas persas que se habían dado a la fuga.

La victoria de Alejandro en Iso supuso un punto crucial en su campaña. Darío III había salido huyendo. El núcleo del ejército persa había sido destruido en su mayoría. El tesoro real depositado en Damasco no tardó en caer en manos de Alejandro y con él acabaron los problemas financieros que habían puesto en peligro sus planes desde el primer momento. Además, en su precipitada huida Darío había abandonado a su familia que, según la costumbre persa, lo había acompañado durante la campaña. Su madre, su esposa, sus hijas, y su hijo y heredero al trono de Persia fueron hechos prisioneros por Alejandro.

El joven monarca macedonio no sólo había derrotado al Gran Rey: lo había humillado. Y la humillación continuó cuando Alejandro rechazó lacónicamente la oferta de amistad y alianza que Darío le envió por escrito a cambio de la devolución de su familia. Concedió además a la familia real persa la protección y el respeto público a los que les daba derecho su antigua posición, pero que habían perdido cuando Darío los abandonó. El simbolismo no podía ser más claro e inequívoco: en adelante, el árbitro del destino de los Aqueménidas era Alejandro y no Darío.

La importancia de la victoria de Alejandro era también muy grande para los griegos. Después de Iso no cabía esperanza alguna de contar con la ayuda de Persia contra la do-

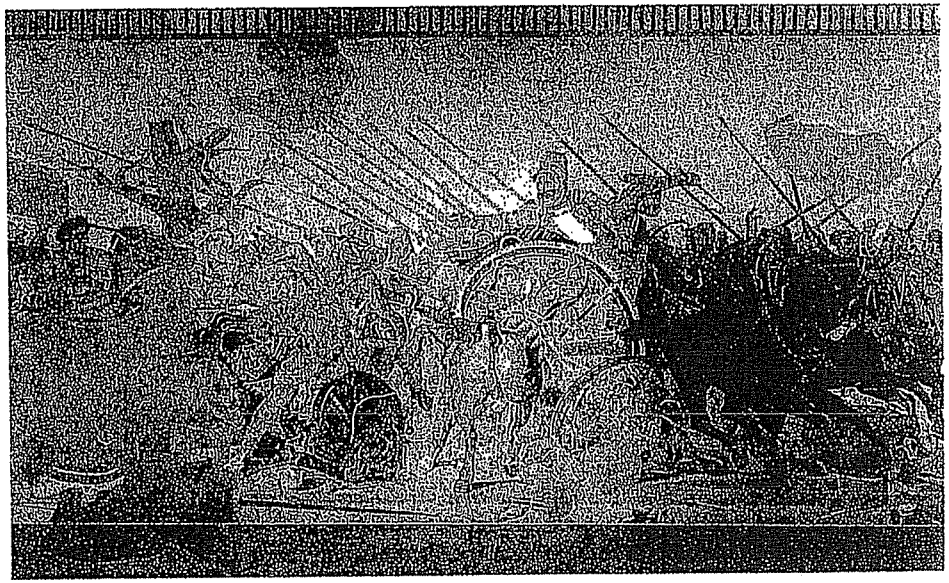


FIGURA 11.4. Se cree que este mosaico pompeyano es una copia tardohelenística o romana de una pintura original del siglo IV a. C. que representaba la batalla de Iso.

minación macedónica. Como es de suponer, el resto de Grecia permaneció impasible cuando en 331 a. C. Antípatro aplastó una sublevación de Esparta. Por último, y lo que es más importante, el ejército macedonio tenía abierto el camino hacia Egipto. De repente, con la expulsión del poderío persa de las riberas del Mediterráneo, incluso la conquista del imperio parecía posible.

De Iso a Egipto: la conquista del Mediterráneo oriental (332-331 a. C.)

Mientras Darío huía hacia el este, Alejandro reanudó la marcha hacia el sur bordeando la costa de Siria. Sin esperanza alguna de recibir ayuda de Persia, la mayoría de las ciudades de la costa de Siria y Fenicia se rindieron, con lo que el plan previsto por Alejandro de derrotar a la flota persa privándole de sus bases se veía coronado por el éxito. La situación no está tan clara por lo que respecta a los pueblos del interior de Siria y Palestina, pero la rendición de los samaritanos, al norte de Judea, indica que tampoco ellos tardaron mucho en pactar con Alejandro.

Sólo Tiro y Gaza opusieron resistencia y, como era de esperar, la respuesta del macedonio fue contundente. Ante la negativa de los tirios, que confiaban en el aguante de su isla-fortaleza, a permitirle entrar en su ciudad y sacrificar a su antepasado Heracles en la figura del principal dios local, Melqart, Alejandro les puso sitio. Percatándose de que la actitud de los tirios suponía un rechazo a su autoridad, el macedonio prolongó el asedió casi ocho meses. La ciudad cayó por fin en agosto de 332 y corrió la misma suerte brutal que Tebas: la mayoría de los varones fueron pasados a cuchillo y las mujeres y los niños fueron vendidos como esclavos. La decisión del gobernador persa de Gaza, un eunuco llamado Batis, de mantenerse leal a Darío frente a las exigencias de rendición planteadas por Alejandro tuvo como resultado para su ciudad un desastre similar al de Tiro dos meses más tarde. La caída de Gaza supuso la eliminación del último obstáculo entre Alejandro y el mayor premio alcanzado durante esta primera fase de su aventura en Asia: Egipto.

Alejandro en Egipto

La estancia de Alejandro en Egipto modificó drásticamente la visión que tenía de sí mismo, pero la conquista del país propiamente dicha resultó en cierto modo decepcionante. Aislado en medio de una población hostil y sin esperanza de recibir ayuda de Darío, Mazaces, el último sátrapa de Egipto, se rindió sin presentar combate.

A diferencia de la mayoría de pueblos del antiguo Oriente Próximo, los egipcios nunca aceptaron la dominación persa. Los siglos V y IV a. C. estuvieron marcados por las repetidas sublevaciones del país y la severa represión de los persas; el último episodio de la serie había tenido lugar unos pocos años antes de la invasión macedónica. No es de extrañar, por tanto, que la población de Egipto acogiera de buena gana a Alejandro y sus macedonios cuando recorrieron el Delta camino de la antigua capital del país, Menfis, donde el soberano celebró su victoria con unos juegos al estilo griego y un sacrificio a Zeus. Al mismo tiempo, Alejandro intentó ganarse la simpatía de la población del país honrando públicamente al buey Apis, la encarnación viva de Ptah, el principal dios de Menfis, y a otras divinidades egipcias. Es evidente que Alejandro consiguió muchas cosas en los seis meses que pasó en Egipto, pero las fuentes se fijan sólo en dos episodios: su consulta del famoso oráculo de Zeus-Amón y la fundación de Alejandría, la primera y la más importante de las ciudades que estableció.

El oráculo de Zeus-Amón, a unos 500 km. al oeste del Nilo, en el oasis de Siwah, en el desierto de Libia, era uno de los tres grandes oráculos patrocinados por los griegos. Debido a las repercusiones que tuvo sobre el concepto que se formaría Alejandro de sí mismo, las fuentes antiguas embellecieron debidamente el relato de su visita a Siwah con elementos milagrosos y novelescos. Una lluvia inesperada proporcionó agua para él y sus acompañantes, y ciertos animales sagrados, tales como serpientes o cuervos, les indicaron el camino cuando se perdieron. Por desgracia, Alejandro no reveló nunca ni los motivos que lo indujeron a consultar el oráculo ni la respuesta de éste. Los historiadores antiguos y modernos han propuesto explicaciones muy distintas a esta visita: quizá pretendiera emular a su antepasado legendario, Heracles, de quien se decía que había consultado el oráculo; o tal vez deseara superar al rey persa Cambises, que no fue capaz de conquistar el oasis; o a lo mejor simplemente buscaba la aprobación divina de la nueva ciudad que proyectaba ya fundar en Egipto.

Fueran cuales fuesen originariamente sus motivos, todos los relatos antiguos coinciden en que el momento culminante de la visita se produjo cuando el sumo sacerdote del oráculo lo saludó llamándolo hijo de Amón. En virtud del proceso que los historiadores denominan sincretismo («unificación de las creencias religiosas»), los griegos identificaban a Amón con Zeus. Los griegos, por tanto, entendieron que Alejandro se presentaba a sí mismo como hijo de Zeus. Independientemente de que lo único que hiciera el sacerdote fuera dirigir a Alejandro el saludo que tradicionalmente se dirigía al rey de Egipto, es evidente que el macedonio lo interpretó como una señal divina de que, como siempre había afirmado su madre, su nacimiento no había sido el de un simple mortal.

Alejandro probablemente escogiera la aldea de pescadores de Racotis, cerca del vértice occidental del Delta, para establecer en ella su nueva ciudad durante el viaje a Siwah, pero la fundación propiamente dicha de Alejandría se retrasó hasta su regreso del oráculo en abril de 331. Las fuertes connotaciones homéricas del lugar debieron de tener mucho que ver con la elección de Racotis. A menos de una milla de la costa se hallaba la isla de Faros, mencionada por Homero en la *Odisea*. El lugar era además el ideal par el establecimiento de un gran centro comercial, pues Faros proporcionaba un fondeadero bien protegido para las naves, y el lago Canopo, situado en sus inmediaciones, daba acceso directo al Nilo y al interior del país. Como es de suponer, las fuentes presentan Alejandría como una ciudad destinada a tener un futuro grandioso desde el primer momento. Cuentan que las aves se comieron la harina sagrada con la que Alejandro marcaba el perímetro de la ciudad, indicio de que en ella habría siempre abundancia de recursos y de que alimentaría a hombres de todo el mundo.

La fundación de Alejandría fue el último gran acto del soberano en Egipto. Resulta difícil efectuar una evaluación ponderada de la plena significación de la conducta de Alejandro en Egipto. Los historiadores han supuesto que los egipcios vieron en él a su libertador de la tiranía persa y que él actuó en consecuencia. Se ha querido ver una prueba de semejante teoría en los honores que rindió Alejandro a los dioses egipcios y en el hecho de que fuera coronado faraón. También se ha sugerido la tesis de que esperaba no despertar la inquina que suscitaron, al parecer, los sacrilegios cometidos por los reyes persas Cambises y Artajerjes III Oco.

El análisis global de la actuación de Alejandro en Egipto indica la existencia de una continuidad significativa entre la política que siguió en Egipto y la que siguió en los territorios conquistados al comienzo de la campaña. Podemos verlo con especial claridad en el caso de Alejandría, que fue fundada como polis griega, cuya ciudadanía se hallaba limitada a los griegos y a los macedonios. La organización del país propiamente dicho que estableció Alejandro siguió asimismo el modelo utilizado por él en Anatolia. De ese modo, aunque no nombró un solo sátrapa para todo Egipto, conservó muchos elementos de la organización persa, entre otros la imposición a la población del pago de un tributo. Los naturales del país, tanto egipcios como griegos, sólo ejercían la autoridad civil. El poder militar siguió en manos de oficiales macedonios.

Sólo en un terreno se produjo un cambio significativo, pero dicho terreno era el más importante: la imagen del propio Alejandro. La revelación de su ascendencia divina en Siwah tocó en él una cuerda muy sensible. Confirmaba la idea que tenía de su propia singularidad y fortalecía la identificación que él mismo había establecido entre su persona y sus antepasados heroicos, Heracles y Aquiles. A partir de este momento, aunque Alejandro nunca renunció a Filipo como padre terrenal, su inquebrantable fe en el parentesco que lo unía con su padre divino Amón constituiría el eje central de toda su personalidad. Esa creencia en su ascendencia divina abriría además un abismo insondable entre él y los macedonios de más edad. Éstos no podían aceptar la idea que tenía Alejandro de los vínculos especiales que lo unían con un dios «bárbaro» y la ofensa que ello suponía para Filipo, el rey al que consideraban responsable de la grandeza de Macedonia.

De Alejandría a Persépolis: el rey de Asia (331-330 a. C.)

A las pocas semanas de la fundación de Alejandría, el monarca macedonio abandonó Egipto decidido a buscar un enfrentamiento definitivo con Darío III. Mientras que Alejandro se dirigía al norte hacia el río Éufrates, Darío realizó un último intento desesperado de evitar la confrontación, ofreciéndole la mano de su hija mayor, la cesión de todos los territorios situados al oeste del Éufrates, y un enorme rescate por su familia. La oferta de Darío era algo sin precedentes. Implicaba la división del imperio, la entrega de algunas de las satrapías más ricas, y la exclusión permanente de los persas de las riberas del Mediterráneo.

Parmenión probablemente hablara en nombre de la mayoría del ejército cuando aconsejó a Alejandro que aceptara la propuesta de Darío, pero el rey no le hizo caso; se limitó a comentar que también él la habría aceptado si hubiera sido Parmenión. Ante la negativa de Alejandro, Darío no tuvo más remedio que reunir a toda prisa otro ejército con el que enfrentarse a los macedonios. Finalmente los dos ejércitos se vieron las caras el 1 de octubre de 331 a. C. en Gaugamela, al sur de Mosul, en la zona del nordeste de Irak. Gracias a la captura, una vez concluido el combate, del cuartel general de los persas, circunstancia que proporcionó a los historiadores de Alejandro la oportunidad única de estudiar los planes de los persas, la Gaugamela es la batalla mejor documentada de toda la historia de Grecia.

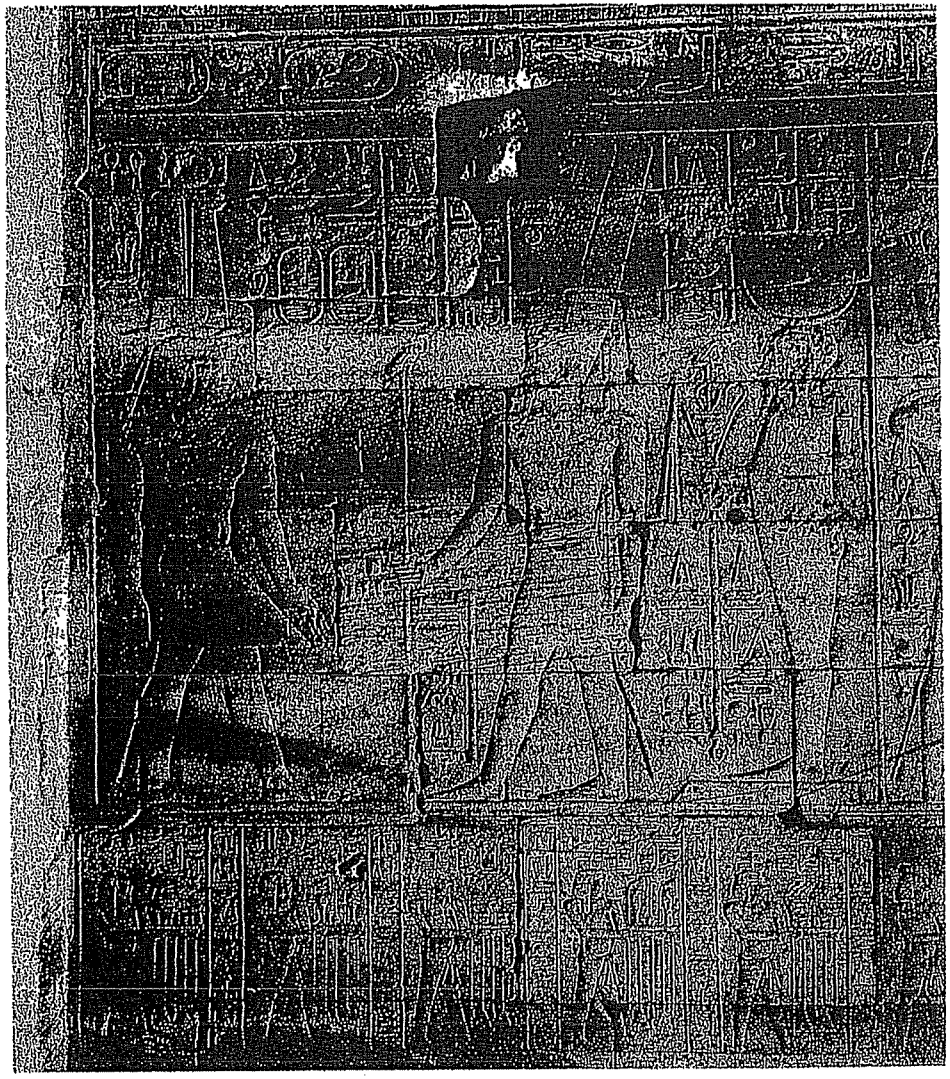


Figura 11.5. Representación de Alejandro como faraón ante Amón-Ra y Khonsu-Toth en el santuario de la Barca del templo de Luxor en Tebas. *Ca.* 330-325 a. C.

La batalla de Gaugamela (331 a. C.)

Aprendida la lección de su derrota en Iso un año antes, Darío escogió esta vez cuidadosamente un campo de batalla que se acomodara particularmente a las ventajas y a los puntos débiles de su ejército. Privado de casi todos sus mercenarios griegos y de otras unidades originarias de las provincias occidentales del imperio, el nuevo ejército de Darío estaba formado fundamentalmente por soldados de leva reclutados en Persia y en la zona oriental del imperio. Ello significaba que sus fuerzas estaban mejor cohesionadas que la mayoría de los ejércitos persas, y que su punto más fuerte era la caballería, aunque la infantería de vanguardia era más débil. Darío esperaba que la espaciosa llanura de Gaugamela le permitiría sacar provecho de la superioridad de su caballería para rebasar por los flancos a los macedonios de Alejandro y en último término rodearlos, y al mismo tiempo que podría explotar la sorpresa y el terror producidos por armas tales como los carros falcados y los elefantes para compensar la falta de una buena infantería.

Pero sus esperanzas se vieron frustradas. Alejandro utilizó una versión ligeramente modificada de la táctica que tan buenos resultados le había dado en Iso. Colocó el grueso de su infantería al mando de Parmenión en el ala izquierda y él se puso al frente de las mejores unidades de caballería a la derecha. Mantuvo en reserva un fuerte contingente de infantería formado por los aliados griegos para que la caballería persa no pudiera rodearlo y atacarlo por la retaguardia. Aunque la lucha fue muy encarnizada, sobre todo en el ala izquierda, donde la falange macedonia tuvo que soportar una embestida terrible, la batalla acabó como la de Iso, cuando el ataque lanzado por Alejandro y la caballería de los Compañeros del rey contra el centro de las líneas enemigas obligó a Darío a abandonar sus tropas y escapar del campo de batalla.

La victoria de Alejandro sólo se vio empañada por el hecho de que no logró capturar a Darío. Como es natural, las fuentes echan la culpa a Parmenión, que, al parecer, pidió a Alejandro que abandonara la persecución del soberano persa para socorrer al ala izquierda de los macedonios. Pero por lo demás, el corazón del imperio persa estaba ya al alcance de Alejandro. Sus tropas lo saludaron como rey de Asia, y con razón. En rápida sucesión, las tres capitales más occidentales del imperio persa (Babilonia, Susa y Persépolis) cayeron en manos de Alejandro, mientras que Darío y su séquito más fiel buscaban refugio en el este de Irán.

El trato que dispensó Alejandro a estas tres grandes ciudades fue distinto. Su entrada triunfal en Babilonia se produjo a mediados de octubre de 331. Los textos cuneiformes no dejan lugar a dudas y podemos afirmar que, como en Egipto, Alejandro intentó ganarse la simpatía de la población local y sobre todo la del influyente clero babilónico. Ordenó a sus tropas que respetaran los bienes ajenos mientras marchaban hacia Babilonia. Durante su estancia en esta ciudad, Alejandro ofreció sacrificios al principal dios local, Marduk, y ordenó la reconstrucción de su gran ziggurat, el Esagila, que los persas habían destruido ciento cincuenta años antes como castigo por la sublevación del viejo reino. Mazeo, el sátrapa persa de Babilonia, desempeñó un papel decisivo en la rendición de la capital, y Alejandro lo recompensó debidamente ratificándolo en su puesto. Pero, como hizo en Egipto, se aseguró la lealtad de Mazeo entregando el mando de la guarnición establecida en Babilonia a uno de sus oficiales, un griego de Anfípolis llamado Apolodoro. Del mismo modo Abulites, que le entregó Susa con el palacio real y el tesoro intactos, fue ratificado en su puesto de sátrapa de la Susiana. Muy distinta,

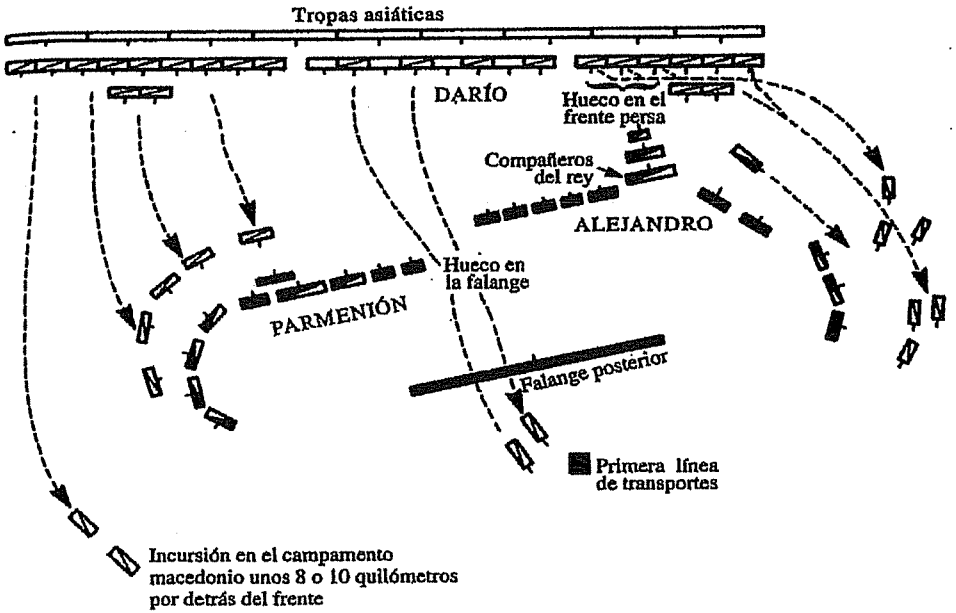


FIGURA 11.6. Esquema de la batalla de Gaugamela.

en cambio, fue la suerte que corrieron Persépolis, la tercera capital persa que cayó en manos de Alejandro, y sus habitantes.

La destrucción de Persépolis

A la hora de decidir la suerte de Persépolis, Alejandro no tuvo en cuenta sólo lo que era conveniente, como hiciera con Babilonia y Susa. Persépolis era el centro espiritual del imperio persa. En ella tenían lugar los principales actos y ceremonias del reino, entre ellos la fiesta del año nuevo y la presentación ritual del tributo ante el Gran Rey por parte de los súbditos del imperio. También era en Persépolis donde los embajadores griegos habían tenido que prosternarse ante los soberanos persas desde la época de Darío I. Persépolis se identificaba, pues, tanto para los griegos como para los propios persas, con el dominio persa, y el trato que recibiera debía enviar un mensaje muy claro a unos y a otros. El mensaje que Alejandro decidió enviar era el de la venganza por la destrucción sufrida hacía siglo y medio por los templos de Atenas en el curso de las Guerras Médicas. El día antes de que Alejandro abandonara Persépolis en abril de 330 a. C., los macedonios prendieron fuego a los palacios de la ciudad.

Las fuentes subrayan el sentido de «justicia poética» que tuvo la destrucción de Persépolis atribuyendo el incendio de la ciudad a una ateniense, la cortesana Tais, de quien se dice que sugirió la idea a Alejandro y a sus amigos en el curso de una francachela. Es posible que Tais sugiriera efectivamente la idea del incendio de Persépolis, pero existen

claros indicios de que Alejandro ya había decidido cuatro meses antes que la ciudad debía ser destruida en cuanto fuera tomada. A pesar de rendirse, Persépolis sufrió un saqueo tan feroz como el de Tebas o Tiro. Las modernas excavaciones han demostrado que sus palacios fueron completamente expoliados de sus riquezas, los tesoros acumulados durante dos siglos de dominación imperial persa, antes de ser devorados por el fuego. Con las llamas levantándose sobre las ruinas de Persépolis, Alejandro puso inequívocamente fin a la triunfal cruzada griega.

El camino allanado hacia la India: Alejandro en Asia central

Mientras Alejandro contemplaba cómo Persépolis era pasto de las llamas, no podía imaginarse que los cuatro años siguientes iban a ser los más difíciles de su campaña. Al principio, pareció que su buena fortuna seguía siendo la misma. Antes de abandonar Persépolis ya había tenido noticias de que la sublevación de Esparta había sido sofocada. Mientras tanto, Darío había abandonado Media y había huido más al este, dejando que Ecbatana, la última capital persa, cayera en manos de Alejandro con su tesoro intacto. Una vez asegurado el dominio de Persia y Media, el corazón histórico del imperio persa, Alejandro acabó con los últimos vestigios de la cruzada helénica despidiendo a las tropas griegas que aún le quedaban. Todo lo que necesitaba para completar su victoria era capturar al propio Darío III y poner fin al largo linaje de los reyes aqueménidas.

La muerte de Darío (330 a. C.)

Tras dejar a Parmenión en Ecbatana para asegurarse las comunicaciones con occidente, Alejandro se dirigió hacia las Puertas Caspias, que daban acceso a las satrapías orientales. Esperaba cortar el paso a Darío antes de que llegara a Bactria, lo que hoy es más o menos Afganistán, y continuara la resistencia desde allí. Antes de que consiguiera alcanzarlo, Alejandro tuvo noticias de que un grupúsculo de sátrapas orientales capitaneados por Beso, el sátrapa de Bactria, había detenido y asesinado a Darío III en julio de 330 a. C. Y, lo que era peor, Beso había escapado a Bactria, donde se había apoderado del trono de Persia con el nombre de Artajerjes IV.

El asesinato de Darío III cambió la dinámica de la campaña. Como había querido demostrar con el saqueo de Persépolis, hasta entonces Alejandro había actuado en el país como vengador de las pasadas atrocidades de Persia. Se trataba de una actitud muy popular entre los griegos, pero que difícilmente habría movido a los persas a admitir el nuevo régimen. El asesinato de Darío dio a Alejandro la oportunidad de resolver el dilema. Al enterarse de la muerte de Darío, Alejandro asumió inmediatamente el papel de su sucesor y el de defensor de la legitimidad aqueménida frente a los regicidas. Para simbolizar este nuevo papel, Alejandro adoptó un nuevo estilo en el vestir que combinaba elementos macedonios con otros pertenecientes a la indumentaria real persa. El cadáver de Darío fue transportado a Persia y enterrado con todos los honores propios de un rey en la necrópolis real de Naks-i Rustam. Empezaron a correr rumores de que el último deseo expresado por Darío había sido que Alejandro lo vengara.

La estrategia de Alejandro fue tan inteligente como eficaz. Mientras que los nobles persas e incluso algunos miembros de la familia de los Aqueménidas se unían a Alejandro, Beso se malquistó con los que en principio habrían podido prestarle apoyo utilizando una táctica defensiva de tierra quemada con la que pretendía detener el avance de Alejandro, en vez de intentar enfrentarse directamente a él. En consecuencia, la resistencia fue debilitándose a medida que Alejandro avanzaba hacia el este por el interior de Irán. Finalmente, en la primavera de 329, los cómplices de Beso en el regicidio de Darío, temerosos de lo que pudiera ocurrirles, lo hicieron prisionero y se lo entregaron a Alejandro a cambio del perdón y de la ratificación de sus cargos, como habían hecho cuando traicionaron a Darío unos meses antes. Alejandro siguió fiel a su nuevo papel de sucesor de los Aqueménidas. Entregó a Beso a los persas que ahora le apoyaban a él para que lo juzgaran y lo ejecutaran.

La lucha por Bactria y Sogdiana

La ignorancia que tenía Alejandro de las condiciones reinantes en el este de Irán estuvo a punto de costarle todo lo que había ganado mediante la astuta política dinástica adoptada. Al desconocer los estrechos lazos que unían a los habitantes del Irán oriental con las tribus escitas nómadas de las estepas del Asia central, Alejandro provocó una sublevación que pronto se propagó por buena parte de la Sogdiana y Bactria cuando intentó establecer una frontera bien guarnecida entre Sogdiana y Escitia en el río Jaxartes. La rebelión se caracterizó por las atrocidades cometidas por ambas partes. Fue encabezada por un guerrillero genial, Espitámenes, noble sogdiano que había formado parte del grupo de los regicidas y que traicionó a Alejandro con la misma facilidad con la que antes traicionara a Darío y a Beso. La revuelta duró por lo menos tres años y acabó con el asesinato de Espitámenes a manos de sus aliados escitas en la primavera de 327. Para entonces Alejandro había sufrido algunas de las derrotas militares más duras de toda la campaña y se había visto obligado a desarrollar todo un nuevo método de control de los territorios conquistados.

Alejandro sustituyó a los sátrapas iranios por oficiales griegos y macedonios. Creó además colonias de mercenarios y veteranos griegos en una serie de lugares estratégicos repartidos por toda Sogdiana y Bactria. Y lo que es más importante, la crisis desencadenada en Asia central puso de manifiesto las tensiones cada vez más graves existentes en el ejército e incluso en la propia corte de Alejandro.

Descontento entre los macedonios

Ningún ejército griego o macedonio había realizado una campaña tan larga y tan lejos de la patria, y los soldados de Alejandro cada vez se sentían más reacios a seguir adelante a medida que se internaban en Asia. Alejandro tuvo que recurrir a todo su poder de persuasión para convencer a sus tropas de que no debían emprender el regreso a su tierra natal en cuanto se enteraron de la muerte de Darío. Las miserias de la posterior lucha contra Espitámenes en el ambiente hostil de Sogdiana y Bactria no hicieron sino aumentar su frustración y su nostalgia. Más penoso aún les resultó a sus oficiales el paulatino abandono por parte de Alejandro del tipo de monarquía macedonia, tradicionalmente informal, y la preeminencia cada vez mayor que concedía en su corte a los iranios y a las costumbres persas. El ejemplo más notable de esta tendencia fue el ma-

trimonio contraído por Alejandro en la primavera de 327 con Roxana, la hija de un poderoso noble sogdiano. Las ventajas de la boda eran evidentes: Alejandro obtenía un valioso aliado en Bactria y Sogdiana. El hecho era, sin embargo, que la esposa de Alejandro y la presunta madre de su sucesor no era macedonia, ni siquiera griega, sino irania.

Las tensiones latentes en la corte se agravaron todavía más cuando Alejandro intentó imponer sin éxito la obligación de la *proskynēsis*, el acto ritual de prosternarse ante él, a todos los miembros de la corte. Los pensadores antiguos y modernos han querido ver una relación entre el intento de Alejandro de imponer la *proskynēsis* en su corte y sus pretensiones de ser el hijo de Amón, aunque no están de acuerdo respecto a cuáles eran las intenciones que con ello perseguía. Según Arriano, Alejandro deseaba que todos reconocieran su estirpe divina:

> Lo cierto es que prevaleció la versión de que Alejandro era partidario de la *proskynēsis*, por sustituir la idea de que su padre fue Amón y no Filipo, al igual que empezaba a manifestar su clara admiración por los vestidos persas, a los que ya había cambiado, lo mismo que en todo lo referente a las nuevas modas en el atavío; tampoco carecía por este tiempo de aduladores pendientes de él en todo, menester en el que sobresalían especialmente dos sofistas que formaban parte de sus tertulias.[95]

Plutarco, en cambio, piensa que Alejandro esperaba que la obligación de la *proskynēsis* fuera un medio de dominar a sus súbditos de Oriente:

> En general, con los bárbaros se mostraba arrogante y como quien estaba persuadido de su generación y origen divino, pero con los griegos se iba con más tiento en divinizarse. Sólo una vez, escribiendo a los atenienses cerca de Samos, les dijo: «No soy yo quien os entrego esta ciudad libre y gloriosa, sino que la tenéis habiéndola recibido del que entonces se decía mi señor y padre», queriendo indicar a Filipo. En una ocasión, habiendo venido al suelo de un golpe de saeta, y sintiendo demasiado el dolor: «Esto que corre, amigos —dijo—, es sangre, y no el licor sutil que corre por las venas de los dioses». ... Se ve, pues, por lo que dejamos dicho, que Alejandro, dentro de sí mismo, no fue seducido ni se engrió con la idea de su origen divino, sino que solamente quiso subyugar con la opinión de él a los demás.[96]

La mayor parte de los modernos especialistas adoptan una actitud semejante a la de Plutarco, sobre todo porque está claro que los persas veían en la *proskynēsis* ante todo una afirmación del ordenamiento jerárquico de la sociedad. No obstante, fueran cuales fuesen sus intenciones, Alejandro subestimó la resistencia con la que iban a chocar sus planes. Los griegos y los macedonios consideraban la *proskynēsis* un reconocimiento de su divinidad y un recordatorio bastante desagradable de la arrogancia de los persas de antaño. Toleraban que los persas se prosternaran en la corte de Alejandro, pero les disgustaba sobremanera que pretendiera que ellos también lo hicieran. No es de extrañar, pues, que las fuentes hablen por primera vez de una resistencia a la política de Alejandro e incluso de conspiraciones contra su vida durante su estancia en Asia central..

El primer indicio de descontento con Alejandro se produjo a finales de 330 y se vio envuelto en él uno de sus generales veteranos, Filotas, comandante en jefe de la caballería de los Compañeros del rey e hijo de Parmenión, que fue ejecutado por no informar a Alejandro de la existencia de una supuesta conspiración para matarlo. Desde la Antigüedad se ha debatido la cuestión de la culpabilidad de Filotas. Algunos eruditos han sostenido incluso la tesis de que Filotas fue víctima de una trama urdida por el propio Alejandro. Independientemente de que las acusaciones presentadas contra Filotas fueran ciertas o no, lo cierto es que Alejandro empezó a tomarse en serio la posibilidad de que se organizaran conspiraciones contra él y actuó en consecuencia. El padre de Filotas, Parmenión, fue asesinado, y uno de sus guardias de corps, sospechoso de complicidad en la trama, fue destituido. Alejandro de Lincestis, yerno de Antípatro (el regente de Macedonia), que había permanecido bajo arresto desde el comienzo de la campaña, fue ejecutado para acabar con un posible foco de rebelión. Alejandro instituyó además la censura de la correspondencia de sus soldados y oficiales.

95. Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*, IV, 9.
96. Plutarco, *Vida de Alejandro*.

Todas estas medidas aplacaron el descontento de la corte, pero como posteriormente se encargarían de demostrar los acontecimientos, no acabaron con él. El incidente más célebre lo protagonizó en el otoño de 328 el propio Alejandro, cuando, en estado de embriaguez, mató a Clito el Negro, que le había salvado la vida en Gránico y que acababa de ser nombrado sátrapa de Bactria y Sogdiana. El delito de Clito fue criticar el afán de Alejandro de acomodarse a los persas y su negativa a reconocer la contribución de sus propios oficiales y soldados a su triunfo. En otra ocasión, seis meses más tarde, Alejandro estuvo a punto de ser asesinado por sus propios pajes, que, según declararon en el juicio, pretendían liberar a Macedonia de la tiranía cada vez más insoportable del rey. Como demostrara en el caso de Filotas, Alejandro se mostró implacable ante la deslealtad de los miembros de su séquito personal. Los pajes fueron condenados a muerte después de un juicio sumarísimo. Calístenes, el historiador oficial de Alejandro y tutor de los pajes, cuya oposición declarada a la *proskynēsis* no había sido ni olvidada ni perdonada, fue detenido y posteriormente murió en circunstancias misteriosas.

En el verano de 327, Alejandro podía considerar ya seguras Sogdiana y Bactria. Espitámenes había muerto y la resistencia abierta a la dominación macedónica podía darse por concluida. Antes de este feliz resultado, los años de dura lucha y sufrimientos habían traído consigo grandes cambios. Los más notables son los que se produjeron en el ejército. Obligado a enfrentarse a un enemigo móvil y rico en recursos, y sin posibilidad de recibir refuerzos de Europa, Alejandro reorganizó su ejército para dar una mayor flexibilidad a sus actividades. En particular, reclutó grandes contingentes de soldados iranios con los que compensar la pérdida cada vez mayor de tropas macedonias y griegas.

Documento 11.2 Versión plutarquiana del asesinato de Clito el Negro en 328 a. C.
El abismo que se abrió entre Alejandro y sus generales y soldados macedonios durante las campañas de Asia central queda patente sobre todo en el relato que nos ofrece Plutarco del asesinato de Clito el Negro durante un banquete celebrado en Bactria:

> Bebióse largamente y se empezaron a cantar los versos de un tal Pránico, ... compuestos para escarnio y burla de los generales vencidos poco antes por los bárbaros. Lle-

váronlo a mal los ancianos y profirieron denuestos contra el poeta y contra el cantor; pero Alejandro lo oía con gusto y mandaba que continuase. Clito, ya demasiado caliente con el vino, y que de suyo era pronto e insolente, se incomodó, diciendo no ser del caso que entre bárbaros y enemigos se tratara de afrentar a unos macedonios que valían harto más que los que de ellos se burlaban, aunque hubiesen sido desgraciados. Repuso Alejandro que Clito hacía bien, y asentía con él en llamar desgracia a la cobardía; a lo que, puesto ya en pie Clito: «Pues esta cobardía —le dijo— te salvó a ti, descendiente de los dioses, cuando ya tenías encima la espada de Espitrídates, y a la sangre de los macedonios y a estas heridas debes el haberte elevado a tal altura que te das por hijo de Amón, renunciando a Filipo».

Irritado, pues, Alejandro: «¿Te parece, mala cabeza —le dijo—, que hablando de mí continuamente de este modo y alborotándome a los macedonios te has de ir riendo?» «Ni aun ahora nos reímos, oh Alejandro —le contestó—, siendo éste el premio que recibimos de nuestros trabajos, sino que tenemos por muy dichosos a los que murieron antes de ver que los macedonios somos azotados con las varas de los medos y buscamos la intercesión de los persas para acercarnos al rey». [*La discusión entre Alejandro y Clito fue subiendo de tono, hasta que los amigos de éste se vieron obligados a sacarlo del cenador.*] Pero volvió a entrar por otra puerta recitando con desprecio e insolencia aquellos yambos de Eurípides en la *Andrómaca* [v. 683]:

¡Qué injusticia, ay de mí, se hace a la Grecia!

Quitó entonces Alejandro un dardo a uno de los de la guardia y atravesó con él a Clito, que acertó a pasar cerca, levantando la cortina que había delante de la puerta, y dando un suspiro y un quejido cayó muerto.[97]

También se introdujeron cambios importantes en la corte. Gran parte de la «vieja guardia» macedonia había desaparecido en el curso de las purgas provocadas por las diversas conspiraciones y alborotos de este período, quedando sólo personajes destacados que mantenían lazos personales con Alejandro, como, por ejemplo, Perdicas, Crátero, Lisímaco, y Ptolomeo. Todos ellos tendrían un papel decisivo en los turbulentos acontecimientos que siguieron a la muerte del rey. Por último, las relaciones entre Alejandro y sus soldados habían cambiado de un modo harto significativo. Su lealtad seguía siendo inquebrantable, pero, como los acontecimientos de la India se encargarían de demostrar, Alejandro no lograría nunca más contar con su obediencia indiscutible tras las tensiones producidas durante la campaña de Asia central.

La India y el final del sueño

Cuando Alejandro cruzó el Hindu Kush en el verano de 327 a. C., creía que se acercaba al extremo del mundo habitado. Para los griegos y para los persas, la India era el país del río Indo, esto es fundamentalmente el Pakistán actual. Aristóteles creía que más allá de la India había un gran desierto y por fin el Océano, que, según la opinión más común, podía divisarse desde las cimas del Hindu Kush. Aunque Darío I había conquistado la India y la había anexionado a su imperio durante un breve período, la dominación persa de la zona hacía muchos años que había terminado cuando Alejandro llegó a ella.

97. Plutarco, *Vida de Alejandro*, 50-51.

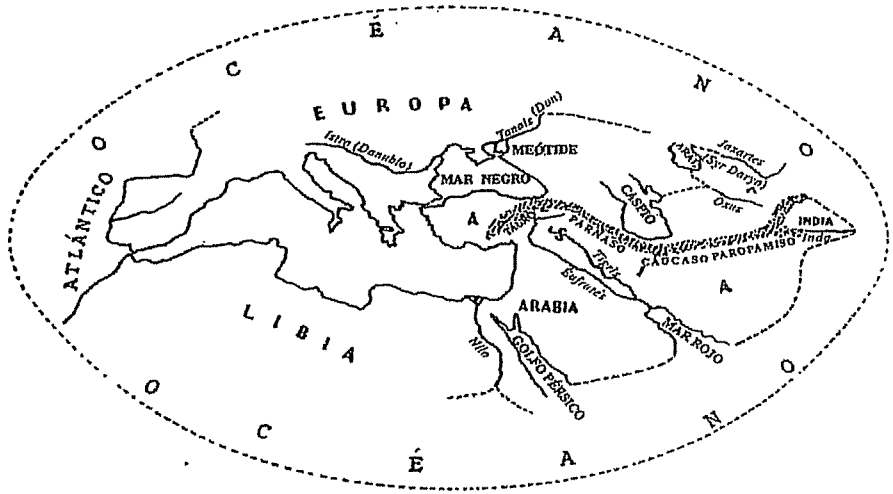


FIGURA 11.7. Concepción griega del mundo habitado.

Se disponía a realizar una campaña en un país fabuloso que ni Dioniso, ni Heracles ni la legendaria reina asiria Semíramis habían sido capaces de conquistar, un país en el que coexistían la realidad y la ficción, en el que habitaban caníbales y hombres y animales monstruosos, en el que los vestidos crecían en los árboles, y las hormigas extraían oro de las minas. Lo que se encontró Alejandro era casi tan maravilloso como eso: un enorme subcontinente ocupado por un vasto entramado de pueblos y estados, que vieron en Alejandro una pieza más con la que jugar en su compleja partida de ajedrez político.

El país en el que Alejandro y su ejército entraron en el verano de 327 a. C. era prácticamente un nuevo mundo. El joven monarca macedonio tampoco debió de tardar mucho en darse cuenta de cuáles eran las condiciones existentes en la India. Cuando su ejército pasó por la famosa ruta que atravesaba el puerto de Khyber y llegó al valle del Indo en el verano-otoño de 327, encontró la oposición más fiera de toda la campaña. La resistencia no cesó hasta que el ejército llegó a la ciudad de Taxila, cuyo rey, Taxiles, ya había pedido ayuda a Alejandro cuando aún estaba en Asia central. Taxila era uno de los principales centros del pensamiento religioso indio. Durante toda la Antigüedad, los moralistas griegos y romanos siguieron fascinados por la estancia de Alejandro en esta ciudad y sus conversaciones con un grupo de «filósofos desnudos», santones y ascetas indios, uno de los cuales, Cálano, se unió incluso a la expedición.

Taxiles había solicitado la ayuda de Alejandro contra sus vecinos del este, Abisares, rey de Kashmir, y sobre todo Poro, cuyo reino comprendía todas las tierras situadas entre los ríos Jhelum y Chenab. Cuando Abisares se sometió, Alejandro se dirigió contra Poro a comienzos de 326.

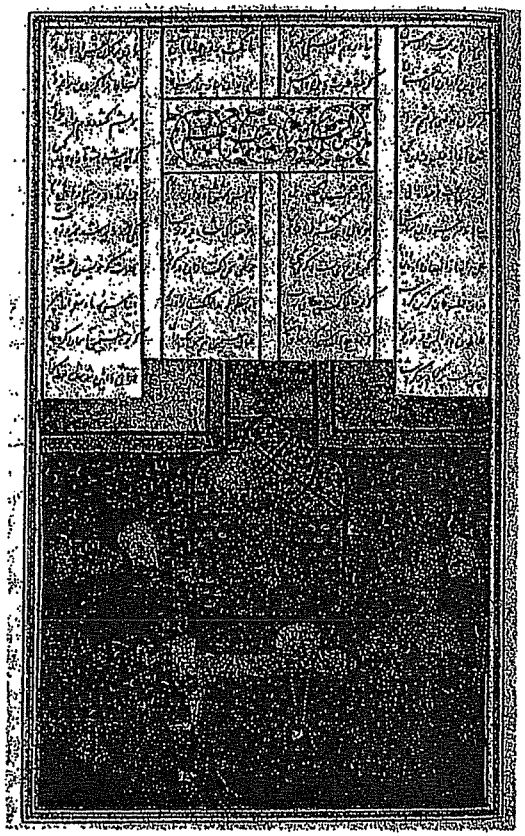


FIGURA 11.8. En esta miniatura de un manuscrito islámico aparece Alejandro vestido con el atuendo típico de la India en compañía de varios filósofos indios.

La batalla del Hidaspes (326 a. C.)

Los dos ejércitos se enfrentaron junto al río Hidaspes, el actual Jhelum. Alejandro descubrió que Poro había establecido una óptima posición defensiva, utilizando la infantería y doscientos elefantes para formar una muralla viva en la margen izquierda del río. Para resolver este difícil problema militar, Alejandro tuvo que echar mano de toda su pericia táctica y, entre otras cosas, se vio obligado a cruzar en secreto el río en plena crecida. Al final, sin embargo, el resultado fue el mismo que el de sus primeras batallas: la aniquilación total de las tropas enemigas. Para disgusto de Taxiles y sus otros aliados indios, Alejandro no aprovechó su victoria para acabar con Poro. Por el contrario, asombrado de la nobleza de su adversario vencido, que sólo le pidió ser tratado «como un rey», Alejandro restauró a Poro en el trono e incluso le concedió nuevos territorios.

Aunque Alejandro no se dio cuenta de ello de momento, la batalla del Hidaspes sería la última que librara a campo abierto. A medida que el ejército avanzaba hacia el este por el Punjab, la moral de las tropas iba cayendo en picado. La crisis estalló cuando Alejandro llegó al río Hífasis, el actual Beas. Agotados por los constantes combates librados y las duras marchas durante la inacabable temporada de lluvias monzónicas, aterrorizados por los rumores que empezaron a circular acerca de otro gran valle fluvial ocupado por grandes reinos que poseían miles y miles de elefantes de guerra, e incapaces de creer que algún día lograran regresar a su patria, los soldados se amotinaron. En esta ocasión ni siquiera la formidable capacidad de persuasión verbal y moral que tenía Alejandro logró convencer a sus hombres de que debían seguir adelante. Al final Alejandro se rindió, derrotado por su propio ejército, y se avino a regresar al Indo, donde ya había ordenado la construcción de una gran flota.

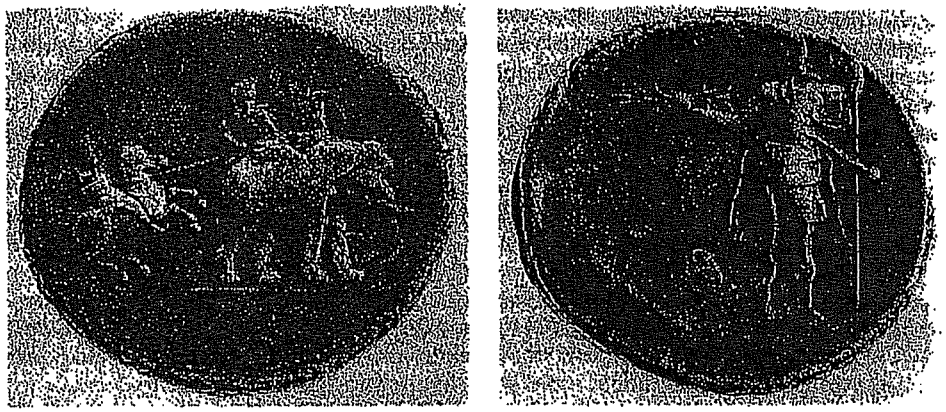


FIGURA 11.9. Moneda de cinco siclos de plata procedente de Babilonia (*ca.* 326-323 a. C.). Anverso: Alejandro atacando a Poro que va montado en su elefante. Reverso: Alejandro con el cetro y el rayo, atributos de Zeus, en la mano.

El final de la campaña

Alejandro no declaró a sus contemporáneos qué era lo que pretendía a la larga. Por consiguiente, desde la Antigüedad hasta nuestros días, los historiadores han hecho muchas especulaciones acerca de sus objetivos. Después de derrotar a Darío, de vengarse de las Guerras Médicas, y de adueñarse del imperio persa y sus grandes tesoros, ¿por qué continuó adentrándose en Oriente? ¿Tenía decidido un plan de conquistar el mundo cuando salió de Macedonia, o sus ambiciones fueron aumentando con cada nuevo triunfo? Por desgracia, no es posible dar una respuesta definitiva a ninguna de estas preguntas. Fueran cuales fuesen las intenciones últimas de Alejandro, la resistencia de su ejército lo obligó a plantearse un objetivo más modesto: la conquista de todo el valle del Indo hasta su desembocadura.

Desde los comienzos del invierno de 326 hasta mediados del verano de 325, el ejército de Alejandro se dirigió sin detenerse hacia el sur a pesar de encontrar a su paso una férrea resistencia. Los relatos de matanzas contenidos en las fuentes antiguas no tienen parangón con los de ningún otro momento de la campaña. El propio Alejandro recibió una herida que a punto estuvo de costarle la vida, cuando al frente de sus tropas, cada vez más reacias,

asaltó una ciudad de los malios. Finalmente, en julio de 325, el ejército llegó a la desembocadura del Indo y al mar. En una isla situada cerca de la desembocadura del río, Alejandro realizó ofrendas a unos dioses a los que su padre Amón le había ordenado que efectuase un sacrificio; a continuación se adentró en el océano Índico para pedir a Posidón una travesía segura hasta Babilonia. El avance aparentemente interminable de Alejandro por Oriente había llegado a su fin y se empezaron los preparativos para regresar a la patria.

Resultados de la campaña de la India

La invasión de Alejandro fue la primera gran incursión en la India organizada desde Occidente que se realizaba desde el reinado de Darío I, casi dos siglos antes. Como la de su antecesor persa, la campaña de Alejandro produjo un aluvión de informaciones nuevas acerca del subcontinente indio y sus habitantes. También como los persas, los macedonios se quedarían muy poco tiempo en la India. A los diez o quince años de la muerte de Alejandro, la mayor parte de los vestigios de su campaña y de los frutos que produjo habían desaparecido del paisaje indio y de las conciencias de sus habitantes. La cultura india conoce sólo al Alejandro romántico de la leyenda medieval, no al Alejandro de la historia griega.

El carácter efímero de las hazañas de Alejandro en la India ha llevado a algunos historiadores a sugerir la tesis de que perdió el interés por esta zona cuando su ejército le impidió extender sus conquistas al valle del Ganges, pero eso sólo supone confundir los resultados con las intenciones. Las medidas políticas adoptadas por Alejandro dan a entender que tenía intención de mantener el control sobre sus conquistas Indias después de su regreso a Occidente. Tres sátrapas macedonios gobernaron el valle del Indo desde sus estribaciones más septentrionales hasta la desembocadura del río con el respaldo de fuertes destacamentos de tropas mercenarias. Algunos dinastas locales como Taxiles, que le demostraron lealtad, conservaron el trono, aunque quedaran bajo la tutela de un sátrapa macedonio. Se fundaron tres nuevas ciudades griegas en posiciones estratégicas de la satrapía más septentrional, y se pensó en establecer varias fundaciones en las otras dos. Por último, el flanco oriental macedonio quedó protegido por el reino ampliado del amigo de Alejandro, Poro. Alejandro planeó cuidadosamente la organización de sus dominios en la India, pero los recursos de los que disponían sus agentes resultaron insuficientes para mantener la dominación macedónica en aquel rincón tan apartado del imperio.

Regreso a Occidente

Alejandro abandonó la India con destino a Persia a finales de agosto de 325. Pretendía conducir a su ejército a través de Gedrosia, región árida situada al sudoeste del Pakistán actual. Su propósito era establecer depósitos de víveres y pertrechos para su flota, que debía seguir la clásica ruta que bordea la ribera norte del océano Índico desde la desembocadura del Indo hasta el golfo Pérsico. Nearco, el comandante de la flota y uno de sus amigos más íntimos, afirmaría luego que Alejandro, poseído siempre de un ánimo competitivo, había decidido superar también a Semíramis y a Ciro II de Persia, de quienes se decía que perdieron sus ejércitos en Gedrosia. Durante casi dos meses los soldados de Alejandro combatieron en los áridos páramos de esta región. El ejército, comprendidas las mujeres que sus hombres habían tomado mientras tanto y los hijos que habían tenido con ellas, así como las prostitutas y buhoneros que se habían sumado al grupo, en total casi cerca de ochenta mil almas, constituía una especie de ciudad en movimiento. Antes de que llegaran sanos y salvos a Carmania, murieron millares de personas, entre ellas la mayoría de las familias de los soldados, que fueron arrastradas junto con casi todas sus pertenencias por una riada. Sólo la noticia de la llegada sana y salva de la flota a la entrada del golfo Pérsico en diciembre de 325, después de una travesía difícil y llena de aventuras, como, por ejemplo, encuentros con ballenas o el descubrimiento de una isla «encantada», palió la sensación que tenía Alejandro de haber estado a punto de sufrir un desastre total.

Reorganización del imperio

El regreso de Alejandro de la India desencadenó una serie de sublevaciones en todo su vasto imperio. En poco tiempo, fueron destituidos y ejecutados ocho sátrapas y generales, macedonios e iranios. Uno de los amigos más antiguos de Alejandro, el tesorero real Hárpalo, huyó a Atenas con una inmensa fortuna robada al erario real y un ejército privado de seis mil mercenarios. Las fuentes antiguas sostienen que el alboroto se debió al deterioro del carácter del rey. Sus admiradores modernos citan la indignación que sintió al conocer la corrupción y la opresión que habían ejercido sus oficiales en su ausencia. La verdad es más compleja. Algunas víctimas de la cólera real, como por ejemplo los gobernadores de las satrapías situadas a lo largo de su marcha por Gedrosia, fueron evidentemente chivos expiatorios del desastre que en realidad él mismo había provocado. Otros fueron víctima de la política y las envidias de la corte, pero como señala agudamente el historiador romano Curcio Rufo (X, 1,7), la mayoría fueron culpables de un crimen imperdonable: habían dado por supuesto que Alejandro no iba a sobrevivir y habían empezado a esquilmar el imperio en su propio beneficio.

Las medidas de Alejandro no se limitaron al castigo de sus subordinados más descaradamente ambiciosos y corruptos. Intentó también prevenir que volvieran a plantearse problemas parecidos en el futuro. Ordenó a todos los sátrapas licenciar inmediatamente a sus propias tropas mercenarias. Cuando vio la seguridad de su reino asiático amenazada por las bandas de soldados sin empleo y llenos de resentimiento, hizo llegar otra orden a las ciudades de la Grecia europea exigiéndoles que permitieran el regreso a la patria de los desterrados. Se dice que en el verano de 324 a. C. veinte mil desterrados escucharon a Nicanor, el yerno de Aristóteles, leer el edicto real en Olimpia. Los problemas que planteó su reinserción en la vida de las diversas ciudades griegas causarían en los años venideros serios disturbios en todo el país, y propiciarían un último intento desesperado por parte de las ciudades helénicas de liberarse de la dominación macedónica inmediatamente después de la muerte de Alejandro.

«Unificación del género humano»

Una amenaza casi tan seria para Alejandro como ésta fue la que le plantearon la consternación y el recelo de los veteranos macedonios ante el cambio que experimentaron sus relaciones con su rey. A comienzos de la primavera de 324, Alejandro celebró

la conquista de la India con gran pompa. Se repartieron condecoraciones entre los oficiales del ejército y la armada. Las celebraciones llegaron a su punto culminante en una espléndida ceremonia nupcial en la que el propio Alejandro se casó con dos princesas persas, hijas respectivamente de Artajerjes III y de Darío III. Noventa de sus altos mandos tomaron asimismo por esposas a doncellas nobles de Media y Persia. Se repartieron regalos entre los 10.000 soldados que siguieron el ejemplo del rey y se casaron con mujeres asiáticas, y el propio Alejandro se encargó de pagar sus deudas.

Pero los buenos sentimientos se disiparon en cuanto Alejandro introdujo en el ejército a treinta mil jóvenes soldados iranios adiestrados en la forma de combatir de los macedonios, a los que dio en llamar sus «sucesores». El nombre indicaba que estaban destinados a suplantar en último término a los macedonios. No es de extrañar, por tanto, que el ejército se amotinara cuando en el verano de 324 Alejandro anunció en Opis que tenía intención de jubilar y devolver a la patria a los veteranos que ya estaban demasiado viejos o enfermos para seguir luchando. Las tropas exigieron al rey que los licenciara a todos y le aconsejaron irónicamente que en adelante contara sólo con su padre Amón. Únicamente cuando Alejandro les aseguró que sus macedonios eran los únicos verdaderos «Compañeros del rey» se apaciguó el motín.

La victoria de los veteranos fue sólo simbólica. Aunque los macedonios ocuparon los sitios de honor en el gran banquete que Alejandro celebró en Opis para festejar el fin del motín, siguió firme en su decisión de poner en práctica su plan. Poco después licenció a los veteranos y los envió de vuelta a Macedonia, al tiempo que se quedaba con los hijos que habían tenido con sus esposas asiáticas para formar con ellos el núcleo de una nueva generación de soldados que sólo le fueran leales a él. Mientras tanto, la integración de unidades iranias en el ejército siguió adelante.

La muerte en Babilonia

El último año del reinado de Alejandro estuvo lleno de actividad y de proyectos inacabados. Comenzó con una tragedia personal. En noviembre de 324, Hefestión, el amigo más íntimo del rey, murió de una borrachera. Lleno de dolor, Alejandro mandó ejecutar al médico de Hefestión y ordenó la erección en Babilonia de un monstruoso monumento a su memoria en forma de ziggurat. Creyendo haber recibido la aprobación de Amón, ordenó a las ciudades griegas que rindieran honores de héroe a su amigo muerto. Probablemente fuera también entonces cuando publicara otro decreto en el que exigía que los griegos lo venerasen a él mismo como a un dios.

Alejandro alivió su dolor con una campaña invernal en los Zagros antes de regresar a Babilonia en la primavera de 323. Recibió en esta ciudad a una serie de delegaciones que le presentaron diversas peticiones y felicitaciones de los griegos y otros pueblos mediterráneos. Empezó además a hacer planes para su próximo proyecto, la conquista de los árabes, que, según decía, no habían enviado embajada alguna a rendirle pleitesía. Pero ya empezaban a oírse profecías de su muerte inminente. Desesperados, los sacerdotes babilonios resucitaron incluso el viejo rito del rey-suplente: se sentaba a un criminal en el trono con las insignias reales y luego era ejecutado con la esperanza de alejar la maldición que amenazaba al verdadero rey.

Pero todo fue en vano. El 29 de mayo, Alejandro cayó enfermo en el transcurso de una fiesta en casa de uno de sus oficiales. Tras padecer fiebre y delirio durante casi dos

semanas, murió el 10 de junio de 323 a. C. La leyenda contaría luego que había sido víctima de una conspiración urdida por Aristóteles y Antípatro, al que había decidido sustituir como regente en Europa. Pero lo más probable es que su organismo, exhausto por las constantes campañas y las numerosas heridas, fuera incapaz de resistir la enfermedad, probablemente malaria, que debió de contraer durante su última estancia en Babilonia. Todavía no había cumplido los 33 años.

Al enterarse de la muerte de Alejandro, el político ateniense Démades comentó que «no podía estar muerto, pues, de ser así, todo el mundo apestaría con el hedor de su cadáver». Alejandro despertó grandes pasiones a lo largo de su vida y continuaría haciéndolo después de muerto. Dirigió la campaña militar más larga y más lejana de toda la historia de Grecia, y de ese modo cambió para siempre el mundo que conocían tanto griegos como macedonios. Desde el Mediterráneo hasta la India, Eurasia había quedado unida y lo seguiría estando hasta el final de la Edad Antigua. Las ciudades que fundó en Egipto y en Asia central sentarían las bases de una significativa presencia griega en ambas regiones.

Desde la Antigüedad, los estudiosos no han logrado ponerse de acuerdo sobre cuáles eran los planes de futuro que tenía Alejandro para su imperio. A lo largo de su reinado puede apreciarse una clara tendencia a establecer una autocracia cada vez más fuerte, cuyo punto culminante podría verse en actos tales como la publicación de los edictos que ordenaban el regreso de los desterrados y su propia divinización. No existen testimonios claros que revelen qué forma pensaba Alejandro que debía adoptar finalmente esa autocracia o qué papeles esperaba que desempeñaran en ella los distintos pueblos de su imperio. Ello se debe, naturalmente, en parte a que el propio Alejandro no pensaba morir tan pronto. Pero existe un motivo más profundo. Se cuenta que cuando se enteró de que Alejandro no sabía qué hacer el resto de su vida porque ya había realizado la mayor parte de sus conquistas a los 32 años, el emperador romano Augusto se preguntó sorprendido cómo no se le había ocurrido que el hecho de gobernar su imperio constituía un reto mayor que el de conquistarlo. No es de extrañar que entre sus papeles se encontraran sólo proyectos de monumentos grandiosos y campañas futuras, no planes de gobierno para su imperio.

Así, pues, en un sentido muy real, las grandes hazañas de Alejandro fueron todas negativas. Destruyó el imperio persa, acabando así con un sistema estatal que había dirigido las relaciones entre los pueblos del Oriente Próximo y Medio durante más de dos siglos. Acabó también con el importante papel desempeñado por los estados griegos en la política del Mediterráneo oriental. Serían sus sucesores, no Alejandro, los que diseñaran el nuevo ordenamiento político que sustituiría al imperio persa y los que crearan el marco de las relaciones sociales y culturales de buena parte del Asia occidental durante el resto de la Edad Antigua.

Capítulo 12

LOS SUCESORES DE ALEJANDRO Y LA COSMÓPOLIS

Las conquistas de Alejandro cambiaron para siempre el mundo que los griegos conocían. De ciudadanos de unas polis minúsculas situadas en los márgenes del imperio persa, los helenos pasaron a convertirse en socios de la dominación de un vasto territorio que se extendía desde el Mediterráneo a los confines de la India. Lo que hermanaba a aquella enorme «cosmópolis» (literalmente, «ciudad-estado que abarca el mundo entero») era el empleo del griego como lengua común del gobierno y de la cultura y la existencia de una serie de islas de cultura helénica en las colonias diseminadas por toda la zona. La cosmópolis se convirtió en la inmensa arena en la que se desarrollarían las luchas políticas y militares de los sucesores de Alejandro. Ante este telón sangriento, las gentes sencillas, tanto griegos como súbditos, intentaron conservar sus valores tradicionales al tiempo que realizaban innovaciones que les permitieran vivir en un mundo enormemente distinto del que habían conocido sus antepasados.

La conquista macedónica acabó con el mundo griego que hoy llamamos clásico. Es indudable que la Grecia clásica marcó en numerosas áreas, tales como la escultura, la arquitectura, la filosofía y la teoría política, unas pautas que aún siguen determinando la dirección seguida por la cultura occidental moderna. Pero el mundo actual es muy distinto del universo estrecho e intensamente politizado de la polis: en muchos aspectos a lo que más se parece es a la época que hoy día llamamos helenística.

Un nuevo mundo

La época helenística ocupa los tres siglos que van desde la muerte de Alejandro en 323 a. C. a la muerte de Cleopatra VII de Egipto en 30 a. C. Este período vio cómo gentes de diferentes culturas intentaban construir sus comunidades por unos procedimientos que habrían resultado impensables en tiempos de la polis puramente helénica. En mu-

FIGURA 12.1. La figura de esta vieja vendedora del mercado se nos conserva en la copia romana de mármol de un original de los siglos III-II a. C.

chos aspectos, los retos de la época helenística se anticiparon a aquellos a los que han tenido que enfrentarse las potencias imperiales modernas. Además, en los grandes estados helenísticos de carácter multiétnico, el hombre corriente ya no estaba tan volcado en la política como lo había estado, pongamos por caso, en la Atenas clásica. La vida privada se llevaba una gran parte de la energía de la gente. Escuelas de pensamiento tales como el estoicismo, el epicureísmo, el cinismo o el escepticismo pretendían calmar los mismos sentimientos de angustia y ansiedad que preocupan a los hombres y mujeres de hoy día. Mientras que los destinatarios de la filosofía de Platón y Aristóteles eran individuos acaudalados de quienes cabía esperar que participaran en el gobierno de sus respectivas polis, las filosofías que se desarrollaron durante la época helenística hablaban

a un espectro mucho más amplio de la comunidad humana. En las artes plásticas, el interés por la belleza de los varones jóvenes, propia de la época clásica, disminuyó y el repertorio de la escultura se amplió hasta incluir a colectivos tales como los ancianos, los niños, las mujeres, los no griegos, o incluso las criaturas deformes.

FUENTES PARA LA ÉPOCA HELENÍSTICA

Como las conquistas de Alejandro, el colapso de su imperio generó una amplísima literatura histórica, en muchos casos escrita por personajes que participaron en los hechos. Las obras más importantes fueron dos grandes historias que cubrían todo el período comprendido entre la muerte de Alejandro y el último conflicto surgido entre sus sucesores casi en 280 a. C. Una fue escrita por Jerónimo de Cardia, diplomático y cortesano que sirvió a las órdenes de varios sucesores de Alejandro, y la otra por Duris, discípulo del filósofo Teofrasto y tirano de la gran isla de Samos. La documentación escrita que existió en el pasado no se limitaba a las historias generales. Durante las dos generaciones que siguieron a la muerte de Alejandro se escribieron también historias de ciudades y de regiones, biografías de reyes y gobernantes, intelectuales y artistas, descripciones de los países conquistados por Alejandro, panfletos políticos, o incluso colecciones de inscripciones.

Por desgracia, prácticamente todo este amplio conjunto de documentación ha desaparecido, y las razones de que así sea son bien claras. La concepción moderna del período helenístico como una de las épocas formativas de la historia no la tenían los griegos de la Antigüedad tardía, que decidieron cuáles eran los libros que debían copiarse y llegar así hasta la Edad Media. En su opinión, estos siglos fueron un período de dominación extranjera y de humillación que contrastaba negativamente con la época clásica, cuando los griegos habían sido independientes y habían sabido triunfar sobre sus enemigos. Sus sucesores medievales, los bizantinos, tampoco se interesaron por la historia del período helenístico, aunque por motivos distintos. Como se consideraban cristianos y romanos, su interés por la historia helenística se limitaba a los relatos de la expansión romana por Oriente y a la suerte que corrieron los judíos durante el período intertestamentario. En consecuencia, el interés por los historiadores helenísticos y la copia de sus obras experimentaron una decadencia imparable. Al final, sólo sobrevivió hasta la época bizantina una sola relación detallada de los acontecimientos de los tres siglos posteriores a la muerte de Alejandro, la que contienen los libros XXI-XL de la *Biblioteca histórica* de Diodoro Sículo, y el último manuscrito de la obra de este autor que contenía dichos libros fue destruido durante el saco de Constantinopla por los turcos en 1453 d. C.

Por consiguiente, para la mayor parte de la época helenística, los historiadores modernos se ven obligados a reconstruir el relato de los acontecimientos a partir de fuentes heterogéneas, fragmentarias y a menudo dificilísimas de manejar. Por fortuna, la situación es menos desesperante por lo que respecta a una época tan crucial como los cincuenta años inmediatamente posteriores a la muerte de Alejandro, en los que se decidió la suerte de su imperio. El relato de Diodoro correspondiente a las dos últimas décadas del siglo IV a. C. se conserva intacto. Cuando éste acaba, los historiadores todavía pueden recurrir a diversas fuentes, como por ejemplo las biografías de Demetrio y Pirro escritas por Plutarco, el epítome de Justino de los *Philippica* de Pompeyo Trogo, y el abundante material epigráfico para reconstruir la historia del cuarto de siglo si-

guiente. Sin embargo, los historiadores están mucho mejor servidos en lo que concierne a fuentes para la vida cotidiana y la historia administrativa y económica.

Los griegos y otros pueblos antiguos del mundo mediterráneo utilizaban para escribir mayoritariamente el papiro, hojas tejidas con la fibra extraída de la planta de este nombre. Debido a la humedad reinante en los demás países, sólo en Egipto se han conservado grandes cantidades de documentos escritos en este material. En este país, los arqueólogos han descubierto documentos escritos en varias lenguas, entre ellas el griego, el latín, el egipcio y el arameo. Dichos documentos nos ilustran sobre numerosos aspectos de las vidas de los habitantes del Egipto helenístico. Están formados por cartas de carácter privado, testamentos, contratos matrimoniales, préstamos y documentos financieros de otro tipo, e incluso textos utilizados en las escuelas primarias. Los papiros a menudo nos proporcionan también los principales testimonios que poseemos de las actividades del gobierno de los sucesores de Alejandro, los Ptolomeos, en lo tocante, por ejemplo, a la recaudación de impuestos, a asuntos religiosos, y a los procedimientos judiciales. Esta rica documentación nos ofrece una visión a modo de instantánea del funcionamiento del gobierno de los Ptolomeos, desde la corte real hasta las aldeas más insignificantes del país.

También se han conservado papiros que contienen obras por lo demás perdidas de literatura griega, muchas de las cuales han sobrevivido sólo en copias de carácter fragmentario descubiertas en las ruinas de las ciudades griegas de Egipto. Así, por ejemplo, la poesía de Safo o la *Constitución de los atenienses* de Aristóteles, tan importante para la historia de la democracia ateniense, sólo las conocemos porque algunos griegos que vivían en Egipto poseían una copia de estos textos. Del mismo modo, las obras del comediógrafo ateniense Menandro o *El rizo de Berenice* del poeta alejandrino Calímaco se conservan sólo en copias sobre papiro. La gran cantidad de papiros descubiertos en las áreas rurales de Egipto atestiguan tanto el empleo de la lengua griega como la difusión de la cultura helénica, fenómenos ambos que constituyen una de las consecuencias más duraderas de las conquistas de Alejandro. Igualmente importante es el hecho de que no todos los papiros estén escritos en griego. Los especialistas han empezado a estudiar en detalle hace poco los numerosos papiros escritos en demótico (egipcio vernáculo), que demuestran que, pese a la influencia griega, los modos de vida, el sistema legal, y las instituciones religiosas de Egipto pervivieron e incluso conocieron una gran prosperidad durante la época helenística.

La lucha por la sucesión

El reinado de Alejandro comenzó y acabó con una crisis de sucesión al trono de Macedonia. Cuando Alejandro murió de repente en el verano de 323 a. C., el poderío macedónico se extendía desde Macedonia a la India. El imperio persa, que había dominado el Oriente Próximo y Medio durante más de dos siglos, había desaparecido, pero no había surgido una estructura política nueva que lo sustituyera. Sólo la personalidad carismática de Alejandro mantenía unido su vasto reino. Su muerte repentina acabó con ese foco de lealtad. La supervivencia del imperio exigía que se eligiera rápidamente un nuevo monarca, pero no existía ningún heredero indiscutible. Alejandro se había casado hacía poco y ninguna de sus esposas había tenido hijos en el momento en que se produjo su muerte, aunque Roxana estaba embarazada. De los familiares más cercanos de Alejan-

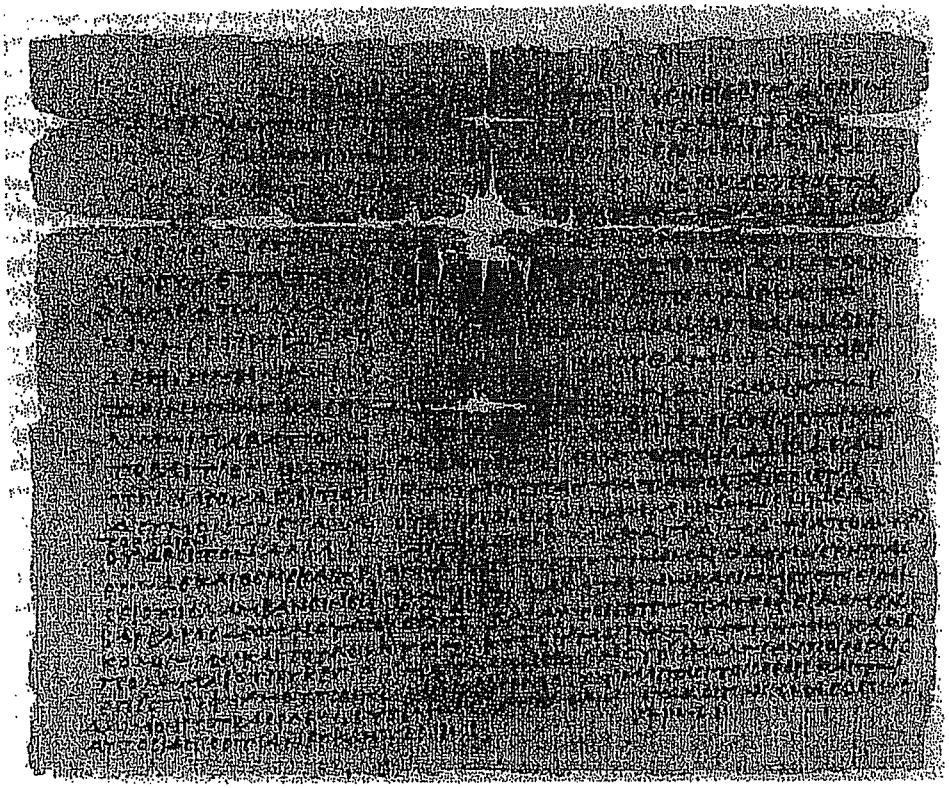


FIGURA 12.2. Carta a Zenón en la que el remitente se lamenta del mal trato recibido: «...A Zenón, saludos. Espero que estés bien y que sigas bien. Yo también lo estoy. Como sabes, me quedé en Siria con Croto e hice todo lo que me ordenaste con respecto a los camellos, y no puedes culparme de nada. Cuando le enviaste la orden de que me pagara, no me dio nada de lo que le ordenaste. Como, aunque le pedí repetidas veces que me diera lo que le habías mandado, Croto no me daba nada, sino que respondía una y otra vez que me quitara de en medio, me aguanté durante bastante tiempo esperándote; pero al verme falto de todo lo necesario y no poder obtenerlo en ninguna parte, no tuve más remedio que refugiarme en Siria para no morir de hambre. Te escribí entonces para que supieras que la culpa de todo la tenía Croto. Cuando me enviaste de nuevo a Filadelfia a casa de Jasón, aunque tengo hecho todo lo que me ordenaste, en estos nueve meses no me ha pagado nada de lo que le ordenaste que me diera, ni grano ni aceite, excepto dos mensualidades, en las que me ha pagado el (subsidio para) vestido. Paso apuros en verano y en invierno. Y me manda que acepte como salario vino del corriente. En fin, me han tratado de modo ultrajante porque soy "bárbaro". Te ruego, pues, si te parece bien, que les des orden de que me entreguen lo que se me debe y de que en el futuro me den la paga entera, no me vaya a morir de hambre por no saber actuar como los griegos. Así, pues, ten la amabilidad de cambiar de actitud conmigo. Ruego a todos los dioses y a la divinidad tutelar del rey que sigas bien y que vengas a comprobar que no tengo culpa de nada. Adiós.» *Business Papers of the Third Century B. C. Dealing with Palestine and Egypt*, vol. 2, eds. W. L. Westermann, C. W. Keyes, y H. Libesny [Nueva York: Columbia University Press, 1940] nº 66.

dro, sólo quedaba con vida su hermanastro Arrideo, deficiente mental. Por consiguiente, era inevitable el establecimiento de una regencia. La cuestión era quién debía ejercer esa regencia y en nombre de quién debía hacerlo.

Entre los macedonios presentes en Babilonia corrían todo tipo de especulaciones respecto a los deseos de Alejandro en lo concerniente a su sucesión, pero lo único que se sabía de cierto era que en su lecho de muerte había entregado su sello a su principal ministro, Perdicas. No es de extrañar que éste tomara la iniciativa y propusiera que no se tomara ninguna decisión hasta que naciera el hijo de Roxana. La guardia personal de Alejandro y la caballería apoyaron la propuesta de Perdicas. Pero la infantería macedonia no estaba por la labor. En vista de que seguía reinando la incertidumbre en materia de sucesión e irritados ante la perspectiva de que el heredero fuera un príncipe medio iranio, si es que Roxana daba a luz un hijo varón, se amotinaron y exigieron que Arrideo fuera nombrado rey.

Por un instante se hizo palpable la amenaza de guerra civil entre la infantería y la caballería macedónicas, pero en el último momento se evitó gracias a un extraño compromiso. Se decidió que el hijo de Roxana, si era varón, y Arrideo reinaran conjuntamente. Una vez satisfechas sus exigencias de contar con un rey macedonio, la infantería abandonó la rebelión y se quedó impasible viendo cómo Perdicas prendía y ejecutaba a sus cabecillas. Cuando al poco tiempo Roxana dio a luz a su hijo, el recién nacido y Arrideo fueron proclamados reyes con los nombres de Alejandro IV y Filipo III. Parecía que la crisis había concluido de forma casi tan repentina como había comenzado. Pero los hechos demostrarían que Alejandro había dicho la verdad cuando pronosticó que se iban a realizar unos grandes «juegos fúnebres» ante su cadáver.

La lucha por el imperio de Alejandro —los juegos fúnebres pronosticados por él— duró de hecho casi medio siglo. Las esperanzas de mantener intacto su vasto imperio, por seductoras que fueran, resultaron ser una vana quimera. Los repetidos intentos de los «sucesores» de Alejandro de mantener unido el imperio fracasaron debido a las coaliciones que fueron haciendo sus rivales. Cuando por fin en 280 a. C. murió el último de ellos, la visión de un gran imperio único que ocupaba toda la zona comprendida entre el Mediterráneo y la India se había desvanecido. En su lugar se veían los primeros atisbos de un nuevo sistema político que sería dominado por tres reinos gobernados por sendas dinastías macedonias: la de los Ptolomeos, cuyo reino comprendía Egipto, Palestina, Libia y Chipre; la de los Seléucidas, cuyo territorio abarcaba la mayor parte del Oriente Próximo y Medio; y la de los Antigónidas, que reinaban en Macedonia y en el norte de Grecia. Esta solución formaría el marco en el que se desarrollaría la vida política y social de Egipto y el Asia occidental durante más de dos siglos. Facilitaría además el desarrollo de una cultura muy dinámica que sentaría las bases de buena parte de la vida cultural de la Antigüedad y de la Edad Media.

La regencia de Perdicas

La enorme extensión del mundo helenístico y la insuficiencia de las fuentes confieren a su historia un carácter caleidoscópico que hace que resulte muy difícil una labor de síntesis. Las fuentes, sin embargo, no dejan lugar a dudas y es evidente que lo que estaba en juego en Babilonia durante el turbulento verano de 323 era más que la simple determinación de la identidad del sucesor de Alejandro. Había que tomar decisiones también respecto a los objetivos del nuevo gobierno imperial. El reinado de Alejandro se había caracterizado por las conquistas y la expansión, y no había indicios de que esa política fuera a ser modificada. Todo lo contrario: incluso durante su última enfermedad, Alejandro siguió haciendo planes para la invasión de Arabia que tenía proyectada. A su muerte, el regente Perdicas afirmó que había encontrado entre los papeles del rey planes de proyectos aún más grandiosos, entre ellos la conquista de Cartago y la construcción de una tumba para Filipo II del tamaño de la gran pirámide de Khufu en Gizeh (Egipto).

Había que tomar una decisión respecto a todos estos proyectos, y Perdicas no tenía la menor duda de cuál debía ser dicha decisión. Expuso ante una asamblea del ejército macedonio celebrada en Babilonia los planes más extravagantes y ambiciosos de Alejandro y pidió su parecer a los soldados. Agotados por años y años de arduas campañas y temerosos de no volver a ver Macedonia nunca más, los soldados dieron la respuesta que Perdicas esperaba y exigieron el abandono de los planes de Alejandro. La fantástica carrera de conquistas iniciada cuando Alejandro cruzó el Helesponto diez años antes había llegado a su fin. La fase de expansión imperial había concluido. Había llegado el momento de consolidar la dominación macedónica y de gozar de los frutos de la victoria, o al menos eso pensaban los soldados.

Una vez resuelta la cuestión sucesoria, Perdicas actuó con rapidez para dar forma a su regencia. El primer punto del orden del día era nombrar nuevos titulares de las satrapías del imperio. Haciendo gala de su carácter anacrónico, las fuentes destacan las satrapías concedidas a los hombres que dominarían los acontecimientos durante las décadas siguientes: Capadocia fue asignada a Éumenes, Egipto a Ptolomeo, Tracia a Lisímaco, y la mayor parte de Anatolia occidental a Antígono Monoftalmo. Sin embargo, Capadocia todavía no había sido conquistada. Egipto siguió en manos del usurpador Cleómenes de Náucratis, famoso por su corrupción, mientras que la satrapía de Tracia estaba vacante y buena parte de su territorio se había perdido a raíz de la sublevación de sus habitantes. No es de extrañar. Después de la crisis vivida en Babilonia, Perdicas no podía permitirse el lujo de enemistarse con los poderosos sátrapas macedonios de Asia si quería sobrevivir, y sus nombramientos respondieron a esa necesidad.

La misma cautela y la misma actitud conciliatoria puede apreciarse también en los planes trazados por Perdicas para la organización de la propia regencia. El imperio debía ser gobernado en nombre de los reyes por tres hombres: Antípatro, el estratego de Alejandro en Europa; Crátero, el mariscal de campo más destacado durante los últimos años del reinado de Alejandro y, según los planes de éste, presunto sucesor de Antípatro en Europa, que fue nombrado *prostátēs* (protector) de los reyes; y naturalmente Perdicas. El eventual peligro de ruptura de la unidad macedonia que comportaba el proyecto de Alejandro de destituir a Antípatro en Europa fue conjurado, y los dos enemigos potenciales más poderosos de Perdicas se convertían en aliados suyos en el gobierno conjunto del imperio. Antípatro, por su parte, respondió a la manera típicamente macedonia, esto es intentando cimentar la nueva alianza casando a sus hijas con Perdicas y Crátero.

Apenas se había formado la regencia cuando la posición de Perdicas empezó a derrumbarse. Estallaron varias revueltas en los extremos oriental y occidental del imperio. Los súbditos asiáticos de Alejandro habían permanecido como espectadores pasivos de la crisis desencadenada a su muerte; pero no así los griegos. Los colonos y las guarniciones helénicas de Asia central fueron los primeros en sublevarse. Bactria se convertiría en sede de un importante reino griego que ejercería una notable influencia en la cul-

tura del Asia central y la India. Pero las glorias del helenismo bactriano se reservaban para el futuro. En 323 los colonos y los soldados griegos de las guarniciones dejadas en la zona por Alejandro entendieron que se trataba de un destierro insoportable, y al tener noticia de su muerte, 23.000 de ellos se amotinaron y emprendieron el regreso a la patria. La reacción de Perdicas no se hizo esperar y fue decisiva. Pitón, miembro de la guardia real, cortó el paso a los rebeldes y aplastó la revuelta, obligando a los supervivientes a regresar a sus puestos en Bactria. Casi al mismo tiempo que se producía la revuelta de Bactria, los griegos de Europa se sublevaron y protagonizaron una rebelión más seria, que por un momento pareció poner en peligro la supervivencia de la dominación de Grecia por los macedonios.

Al igual que la sublevación de los griegos de Bactria, las raíces de la de los europeos se hundían en la situación creada durante los últimos años del reinado de Alejandro. El decreto aprobado por éste en 324, en el que ordenaba el regreso a la patria de los desterrados griegos, puso en peligro el gobierno de muchas ciudades de la Hélade debido a los trastornos sociales y políticos que se produjeron cuando grandes cantidades de antiguos ciudadanos volvieron a sus patrias y exigieron la devolución de sus bienes. Al mismo tiempo, el edicto del propio Alejandro ordenando a sus sátrapas que licenciaran a sus tropas de mercenarios había creado un mercado de soldados bien adiestrados al alcance de cualquier comprador, dispuestos a pelear por el primero que estuviera en condiciones de pagarles. Los cabecillas de la rebelión fueron Atenas y Etolia, los dos estados cuyos intereses se vieron más amenazados por el decreto de los desterrados. Una década de reformas económicas diseñadas y ejecutadas por el aristócrata de tendencias conservadoras Licurgo había restaurado la potencia fiscal y naval de Atenas. Con los nuevos recursos financieros de los que disponía, Atenas contrató un ejército de mercenarios y movilizó la fuerza naval más poderosa organizada por la ciudad desde la época de la Guerra del Peloponeso.

Al principio dio la impresión de que los griegos tenían la victoria al alcance de la mano. Cogido por sorpresa por las tropas enemigas, que superaban numéricamente a las suyas, Antípatro se vio obligado a refugiarse en la ciudad tesalia de Lamia, de donde procede el nombre con el que se conoce este episodio, Guerra Lamíaca (323-322 a. C.). Mientras las tropas griegas sitiaban Lamia, la flota ateniense dominaba el Egeo. Pero los acontecimientos se volvieron inexorablemente en contra de los helenos. El general ateniense Leóstenes, el responsable de la organización del ejército mercenario de los aliados, murió en el campo de batalla, y la escuadra ateniense sufrió una derrota aplastante cerca de la isla de Amorgos. Mientras tanto, la llegada de refuerzos macedónicos procedentes de Asia permitió a Antípatro escapar de Lamia y aplastar a los rebeldes griegos en Cranón, Tesalia, en 322. A diferencia de los de Bactria, los griegos europeos no tendrían un futuro glorioso que compensara el fracaso de su rebelión. Antípatro decidió que no hubiera más sublevaciones. La Liga de Corinto fue disuelta y con ella fue eliminado cualquier vestigio de la ficción, tan cuidadosamente mantenida por Filipo II y Alejandro, de que los griegos eran aliados y no súbditos de Macedonia.

Como es natural, el castigo más severo recayó sobre la principal instigadora de la rebelión, Atenas. Demóstenes y otros destacados políticos antimacedonios fueron apresados y ejecutados, o se suicidaron. Los grandes pilares de la democracia ateniense —la elección de los magistrados por sorteo, la remuneración de los cargos públicos, y el derecho de ciudadanía del que gozaban todos los atenienses— fueron abolidos. Doce mil atenienses, más de la mitad del conjunto de los ciudadanos, no cumplían con los requisitos económicos necesarios para obtener los derechos de ciudadanía y los perdieron. Por primera vez en casi un siglo, Atenas fue gobernada por una oligarquía organizada por un gobierno extranjero y sostenida por una guarnición igualmente extranjera.

La muerte de Perdicas

A diferencia de los atenienses, los etolios se libraron de la cólera de Antípatro, pues las inquietantes noticias que le llegaron acerca de las actividades de Perdicas obligaron a Antípatro y sus aliados a dirigir su atención a Asia. Mientras Antípatro y Crátero estaban ocupados en la Guerra Lamíaca, Perdicas intentaba infructuosamente imponer su autoridad sobre los sátrapas de Asia. En 322 a. C., Antígono Monoftalmo, sátrapa de Frigia, desafió primero la orden del regente de ayudar a Éumenes a hacerse con el control de su satrapía de Capadocia, y después huyó a Macedonia. Pero lo peor es que Antígono llevó a Macedonia la desconcertante noticia de que Perdicas estaba negociando con Olimpíade su matrimonio con Cleopatra, la hermana de Alejandro, pese a haber prometido que iba a casarse con una hija de Antípatro. La noticia de Antígono hizo que Antípatro se sintiera ultrajado y rompiera el acuerdo alcanzado para la regencia. Pero la chispa que encendió la primera guerra entre los sucesores de Alejandro la hizo estallar Ptolomeo, que cortó el paso al rico cortejo fúnebre que transportaba a Macedonia los restos mortales de Alejandro para ser enterrados allí y lo obligó a dirigirse a Egipto. Al actuar así, Ptolomeo quizá pensara que no estaba haciendo más que cumplir con los deseos del propio Alejandro, pues existen testimonios de que éste quería ser enterrado en Siwah, cerca del santuario de su padre divino, Amón. En cualquier caso, Perdicas no podía pasar por alto una ofensa tan directa y tan humillante a su autoridad. En 321, pues, marchó con todas sus fuerzas contra Ptolomeo, pero su invasión de Egipto se vio frustrada cuando éste abrió las compuertas de las presas que canalizaban el Nilo e inundó toda la parte oriental del Delta, ahogando de paso a miles de soldados de Perdicas. En la guerra, como en todo, la oportunidad tiene una importancia capital. Los oficiales de Perdicas, desmoralizados por la derrota y seducidos por las promesas de Ptolomeo, asesinaron a su comandante. Poco después de la muerte de Perdicas llegó un mensajero con la noticia de que Crátero había muerto y de que el aliado de Perdicas, Éumenes, había derrotado en Anatolia a las tropas enviadas con él por Antípatro en ayuda de Ptolomeo.

Poco después de la muerte de Perdicas, los vencedores se reunieron en Triparadiso de Siria para reorganizar la regencia. Las decisiones que tomaron fueron pocas, pero significativas. Antípatro sustituyó a Perdicas como regente de los reyes, y volvieron a repartirse las satrapías. Algunos sátrapas, como Ptolomeo y Lisímaco estaban demasiado firmemente asentados en su puesto como para ser tocados. No obstante, los parientes y aliados de Perdicas que ocupaban alguna satrapía fueron sustituidos por individuos carentes de lazos que los unieran con el anterior regente, como por ejemplo Seleuco, que fue designado sátrapa de Babilonia. El golpe más duro se reservó para Éumenes, el único de los grandes sátrapas que era griego y además el más estrecho aliado de Perdicas; fue condenado a muerte. Al mismo tiempo, Antípatro recompensó a Antígono Monoftalmo con el cargo de estratego de Asia por avisarle de las ambiciones de Perdicas. Le encomendó además la tarea de detener a Éumenes y a los partidarios de Perdicas que aún quedaban vivos. Una vez completada la reorganización del gobierno, Antípatro re-

gresó a Macedonia con los dos reyes. Por primera vez desde que Alejandro cruzara el Helesponto más de diez años antes, un monarca iba a ocupar el palacio real de Pella.

A primera vista, fue poco lo que cambió en Triparadiso. El imperio seguía intacto. La monarquía de los Argéadas continuaba en las personas de Filipo III y Alejandro IV. Sólo parecía haber cambiado la identidad de su regente y de algunos sátrapas. No obstante, esa apariencia de continuidad era engañosa. La lealtad de los macedonios a la monarquía Argéada quizá siguiera siendo firme, pero la arraigada hostilidad de la aristocracia macedonia al poder real volvió a aflorar a la muerte de Alejandro. Perdicas no había logrado imponer la autoridad de los reyes. Antípatro, que ya era viejo y además había sentido un gran recelo del carácter cada vez más autocrático asumido por Alejandro, probablemente ni siquiera lo intentara. Además, al llevarse consigo a los reyes a Macedonia, había dejado bien claro que, según su visión del imperio, este país era fundamental, y de paso había eliminado cualquier reparo que la presencia de los reyes pudiera imponer a los sátrapas de Asia. La persona mejor situada para explotar la nueva situación era Antígono Monoftalmo, cuya posición como estratego de Asia le otorgaba el control absoluto de las tropas y los recursos reales en Asia y además le daba completa libertad para usarlos como le pareciese.

La supremacía de Antígono Monoftalmo

Antígono alcanzó la supremacía en Asia rápidamente. En poco menos de un año logró acabar con los aliados de Perdicas que aún quedaban en Anatolia, expulsó a Éumenes de su satrapía de Capadocia y le puso sitio en la fortaleza de Nora, en Anatolia central. Las decisiones tomadas en Triparadiso parecían a punto de verse cumplidas, cuando la repentina muerte de Antípatro en 319 a. C. precipitó el comienzo de un nuevo *round* del combate librado por los sucesores de Alejandro. El hijo de Antípatro, Casandro, se negó a aceptar al nuevo regente de los reyes elegido por su padre, Poliperconte, y huyó a reunirse con Antígono. Antígono, Casandro, Ptolomeo y Lisímaco formaron inmediatamente una gran alianza contra el nuevo regente.

La lucha duraría tres años y acabaría con el hundimiento completo de la causa de la monarquía tanto en Europa como en Asia. Cuando quedó patente que Casandro llevaba las de ganar, Poliperconte pidió ayuda desesperadamente a Olimpíade. A falta de varones competentes en la familia, las mujeres de la casa de los Argéadas encarnarían cada vez con más claridad ante los ojos de los macedonios el carisma y la energía de Filipo II y Alejandro. La entrada en escena de Olimpíade dio nuevas alas a la causa de Poliperconte, aunque fuera a costa de acabar con la monarquía dual. Su pasión unilateral por la causa de su nieto, Alejandro IV, obligó a Eurídice, hija de Amintas IV y esposa de Filipo III, a reconocer los derechos de Casandro a convertirse en regente de su marido, aunque no le valiera de nada. En 317 las dos reinas acabaron poniéndose a la cabeza de sendos ejércitos y enfrentándose en el campo de batalla. Olimpíade aplastó primero a su rival, Eurídice, y luego ordenó la ejecución de ésta y de Filipo III.

Pero el triunfo de Olimpíade fue breve. Seis meses más tarde corrió la misma suerte que Eurídice, dejando a su nieto y a Macedonia en manos de Casandro. Aparentemente, Casandro pretendía sólo convertirse en regente de Alejandro IV, pero la realidad era muy distinta. Casandro era el nuevo dueño de Macedonia y no tardó en consolidar su poder. El rey niño y su madre, Roxana, fueron confinados en Anfípolis, para no aparecer nunca más en público. Mientras tanto, Casandro intentó legitimar el poder que detentaba casándose con la hermanastra de Alejandro, Tesalonice.

Las primeras acciones de Casandro no dejan lugar a duda respecto a la naturaleza del nuevo orden impuesto en Macedonia y Grecia. La tradición macedónica otorgaba a los reyes la prerrogativa de fundar ciudades y ponerles su nombre o el de los miembros de su familia, y Casandro fundó dos de esas ciudades. Una se llamó Tesalonice, como su nueva esposa, y la otra, situada en el lugar que ocupara Olinto, se llamó Casandria, en honor suyo. Además ordenó la restauración de Tebas, la ciudad cuya destrucción había marcado el comienzo de la dominación de Alejandro en Grecia. El régimen de Alejandro Magno y su familia había pasado a mejor vida; el de sus sucesores acababa de nacer.

Una suerte parecida corrió la causa de la monarquía en Asia. Aunque el antiguo secretario de Alejandro, Éumenes, resultó inesperadamente ser un estratega brillante, al final sus dotes militares no bastaron para salvarlo. Aislado de Europa, Éumenes recibió un apoyo poco generoso de los sátrapas asiáticos, que lo despreciaban y lo consideraban un griego advenedizo. No obstante, logró esquivar la derrota durante tres años, hasta que sus propios soldados lo traicionaron en 316 y lo entregaron a Antígono, que ordenó inmediatamente la ejecución de aquel adversario tan rico en recursos.

En Asia sucedió lo que en Europa: una victoria obtenida en nombre de los herederos de Alejandro dio paso a la usurpación de los derechos de los Argéadas. Muerto Éumenes, Antígono sustituyó a los partidarios que tenía entre los sátrapas de Asia por otros que le fueran leales a él. Seleuco pensó que le convenía abandonar Babilonia y se refugió con Ptolomeo. Aunque oficialmente no era más que estratego de Asia en nombre de Alejandro IV, Antígono controlaba de hecho los vastos dominios asiáticos del rey niño con tanta seguridad como Casandro los europeos.

La «libertad» de los griegos

La transformación de Antígono en la potencia dominante en Asia desestabilizó además la alianza que había acabado con la regencia e hizo que la reanudación de la guerra fuera inevitable. Enseguida quedó patente la nueva alineación de fuerzas. A su regreso de Fenicia en 315, Antígono recibió un ultimátum de sus aliados, que le exigían compartir con él el tesoro y los territorios de los que se había adueñado. Como cabría esperar, Antígono rechazó el ultimátum y respondió con otro por el que exigía a sus rivales reconocer el principio de que todos los estados griegos debían recuperar la libertad y la autonomía. Como han señalado todos los historiadores antiguos y modernos, estos dos ultimátums contrapuestos no eran más que propaganda cuya única finalidad era quedar bien en el terreno diplomático e intentar ganarse el apoyo de los macedonios, mientras que tanto unos como otros se preparaban para la guerra. Pero la invocación al principio de la libertad de los griegos que hacía Antígono iba dirigida a un público distinto: los griegos.

La reafirmación por parte de Antígono del principio de la libertad de los griegos ha sido objeto de muchas discusiones. Los especialistas han señalado justamente que Antígono no concedió nunca la libertad a la ciudades griegas que tenía bajo su control y, por lo tanto, han llegado a la conclusión de que su apoyo a la libertad de los griegos era mera propaganda. Sin embargo, era una propaganda que Antígono tenía buenas razones para creer que hallaría gran resonancia en Grecia.

Los griegos estaban entregados en cuerpo y alma a la independencia de sus polis, y los monarcas macedonios no habían encontrado la manera de resolver el problema de conciliar el afán de independencia de los griegos con el mantenimiento del control de las ciudades situadas en sus territorios. Después de la Guerra Lamíaca, la nueva política instaurada por Antípatro y Casandro de controlar las ciudades griegas directamente a través de gobiernos títeres respaldados por guarniciones militares hacía que el tema resultara particularmente delicado. La consecuencia sería inevitable: la intensificación del resentimiento contra la dominación macedónica. Ya en 319, Atenas se había sublevado en respuesta a la promesa que previamente le había hecho Poliperconte de que iba a restaurar la democracia y a devolver la libertad a los griegos. Antígono esperaba que su declaración de apoyo a la libertad de los griegos tuviera unas repercusiones análogas entre los demás súbditos helenos igualmente decepcionados de Casandro cuando llevara a cabo la invasión de Macedonia que tenía proyectada.

Aunque Antígono siguió haciendo preparativos para la guerra durante 314 y 313, la invasión de Macedonia nunca se materializó. Se enfrentó al mismo problema táctico al que se había enfrentado Perdicas casi diez años antes: atacar a un enemigo y tener que defenderse al mismo tiempo de otro por la retaguardia. Y como ocurriera entonces, también todos sus esfuerzos fracasaron. Antes de que pudiera pasar a Europa para enfrentarse con Casandro, Ptolomeo infligió una derrota total en Gaza (312 a. C.) a su hijo Demetrio, que se había quedado guardando el flanco sur de su padre. Ptolomeo remató la faena ayudando a Seleuco a regresar ese mismo año a Babilonia, desde donde inmediatamente empezó a incitar a los demás sátrapas orientales a que hicieran defección. En vista de que los frentes del este y del sur se le venían abajo, Antígono no tuvo más remedio que firmar la paz con sus antiguos aliados, y así lo hizo en 311 a. C.

La Paz de 311 representaba la admisión por parte de Antígono de que, al menos temporalmente, sus ambiciosos planes de hacerse con el control de todo el imperio de Alejandro habían fracasado. Los términos del propio tratado revelan la magnitud de su fracaso: Casandro debía permanecer como estratego en Europa hasta la mayoría de edad de Alejandro IV, Antígono seguiría como estratego de toda Asia, Ptolomeo y Lisímaco conservaban sus satrapías, y las ciudades griegas recuperaban la libertad. A cambio de la promesa de apoyar el principio de la libertad de los griegos que ni él ni sus adversarios tenían intención alguna de cumplir, Antígono retiraba todas las exigencias —mucho más sustanciosas— que había plantado a sus enemigos en Tiro y se avenía a que el imperio siguiera dividido, tal como estaba al comienzo de la guerra.

Documento 12.1 Carta de Antígono Monoftalmo a Escepsis (311 a. C.)
La importancia del tema de la «libertad de los griegos» durante las guerras de los sucesores de Alejandro se ve reflejada en esta carta, enviada por Antígono Monoftalmo a los ciudadanos de Escepsis, en el noroeste de Anatolia, poco después de la firma de la paz de 311 a. C., y conservada en una inscripción descubierta en la propia ciudad.

... mostramos gran celo respecto a la libertad de los griegos, haciendo por ello concesiones nada despreciables y, por si eso fuera poco, repartiendo dinero. Para ello enviamos juntos a Esquilo y a Demarco. Mientras hubo acuerdo en este sentido, participamos en la conferencia del Helesponto, y, de no ser por la intromisión de algunos, la cuestión habría quedado zanjada entonces. Pues bien, como Casandro y Ptolomeo estaban discutiendo una tregua y como Pepalao y Aristodemo vinieron también a hablar con nosotros del asunto, aunque entendíamos que ciertas exigencias de Casandro eran bastante onerosas, puesto que estábamos de acuerdo en lo concerniente a los griegos, pensamos que era preciso pasar por alto esa cuestión, con tal de resolver lo principal cuanto antes. Nos habría parecido buena cosa que todo se hubiera arreglado para los griegos según nuestros deseos, pero como las negociaciones se habrían alargado demasiado y teniendo en cuenta que con los retrasos pasan a veces muchas cosas inesperadas, y como además deseábamos que la cuestión de los griegos se resolviera mientras aún viviéramos, vimos la necesidad de que los detalles no pusieran en peligro la solución del asunto principal. El celo que mostramos al respecto creo que os resultará evidente a vosotros y a todos los demás por el propio acuerdo alcanzado. Una vez arreglada la cuestión con Casandro y Lisímaco, para lo cual enviaron a Pepalao con poderes plenipotenciarios, Ptolomeo nos envió legados solicitando hacer una tregua también con él y ser incluido en el mismo tratado. Consideramos que no era poca cosa ceder en parte en una ambición por la que nos habíamos tomado no pocas molestias e incurrido en grandes gastos, y eso cuando además habíamos alcanzado un acuerdo con Casandro y Lisímaco y cuando lo que quedaba por hacer era más fácil. Sin embargo, como ... vimos que vosotros y las demás ciudades aliadas nuestras sufríais la carga de la guerra y los gastos que conlleva, pensamos que era buena cosa ceder y hacer una tregua también con él. Enviamos a Aristodemo, a Esquilo y a Hegesias para que redactaran el acuerdo. Ahora han vuelto con garantías, y el representante de Ptolomeo, Aristobulo, ha venido a recibir las nuestras. En el acuerdo hemos concluido que todos los griegos juren que contribuirán mutuamente a preservar su libertad y su autonomía, en la idea de que, mientras vivamos, dentro de lo que cabe esperar, serán protegidas, pero que después la libertad estará más segura para todos los griegos si tanto ellos como los hombres que ostenten el poder se hallan ligados por un juramento. Pues el hecho de que juren contribuir a respetar los términos del tratado que hemos firmado entre nosotros no nos parece ni deshonroso ni poco ventajoso para los griegos; por consiguiente, creo que lo mejor para vosotros es prestar el juramento que os hemos enviado. En el futuro intentaremos además proporcionaros a vosotros y a todos los demás griegos cualquier ventaja que esté en nuestra mano. ... Adiós.[98]

La última jugada de Antígono

La Paz de 311 no fue una verdadera paz, sino una mera tregua en la lucha entre Antígono y sus enemigos, que ambos bandos utilizaron para rehacer sus fuerzas. Tras un intento fallido de expulsar de Babilonia a Seleuco (que no había sido incluido en la tregua), Antígono se vio obligado a firmar la paz con él en 308. Volvió entonces su atención hacia Occidente, donde intentó explotar las desavenencias entre Casandro y Ptolomeo. En 307, Demetrio, el hijo de Antígono, intervino en Grecia al frente de una importante fuerza expedicionaria con el mandato de «liberar a todas las ciudades griegas».

El éxito fue inmediato. Demetrio expulsó de Atenas a Demetrio de Fálero, nombrado gobernador por Casandro en 317, que tuvo que huir a Egipto, y restauró el gobierno

98. *Orientis Graeci Inscriptiones Selectae* (ed. W. Dittenberger, 2 vols., Leipzig, S. Hirzel, 1903-1905, nº 5), según trad. ing. de C. B. Welles, *Royal Correspondence in the Hellenistic Period*, Londres, Yale University Press, 1934, pp. 4-5.

democrático en la ciudad. Contando con una base segura en Grecia, Demetrio pasó a Chipre en 306, donde no tardó en socavar el poder que tenía Ptolomeo en la isla, concentrando la mayor parte de sus esfuerzos en una ciudad situada al sudeste de ella, Salamina. El sitio de Salamina fue el primero de los épicos asedios que con el tiempo harían a Demetrio ganarse el sobrenombre de Poliorcetes («Sitiador»). La caída de Salamina y del resto de Chipre puso a la isla en manos de los Antigónidas. Demetrio había logrado vengarse al fin de la humillación sufrida en Gaza a manos de Ptolomeo seis años antes. Pero lo más importante era que la posesión de Chipre daba a Antígono y a Demetrio una base valiosísima desde la cual su flota podía dominar todo el Mediterráneo oriental.

Los triunfos de Demetrio transformaron radicalmente el panorama político de los últimos años del siglo IV. Hasta ese momento ninguno de los sucesores de Alejandro se había atrevido a acabar con la farsa de que no era más que un representante del rey niño asesinado, Alejandro IV. En Egipto y en Asia los documentos siguieron fechándose por los años del reinado de Alejandro IV durante casi cinco años después de su muerte. Pero cuando la noticia de la victoria de Demetrio en Chipre llegó a oídos de Antígono y de sus soldados en Siria, todo esto cambió: las tropas proclamaron a Demetrio y a Antígono reyes de Macedonia. La coronación de Antígono y Demetrio anunciaba una nueva realidad: la sustitución de los Argéadas por una nueva dinastía.

El fundamento de las pretensiones de Antígono y Demetrio a la corona y la naturaleza de su monarquía son evidentes. Como los héroes de los poemas homéricos, los reyes macedónicos eran ante todo y sobre todo caudillos militares, y las fuentes no dejan lugar a dudas al respecto: la gloria de la victoria decisiva de Demetrio en Salamina justificaba la proclamación de su padre y de él mismo como reyes. Los monarcas de Macedonia reinaban sobre súbditos, no sobre territorios. Por consiguiente, Antígono y Demetrio no pretendían ser reyes del imperio de Alejandro ni de ningún otro territorio, sino pura y llanamente ser reyes. La extensión de su reino vendría determinada no por la geografía, sino por la historia, es decir, por la capacidad que tuvieran de someter a sus rivales.

La euforia de Antígono y Demetrio duró poco. En vez de intimidar a sus rivales, su adopción del título de rey tuvo el efecto contrario. Al cabo de un año Casandro, Lisímaco, Ptolomeo y Seleuco adoptaron también el título de «rey», poniendo de ese modo en entredicho las pretensiones de soberanía de Antígono y Demetrio sobre sus territorios. Además, su desafío no era sólo simbólico. En 305 a. C. Ptolomeo rechazó un intento de invasión de Egipto por parte de las tropas de Antígono. Un año más tarde se unió a Casandro y Lisímaco para hacer fracasar el segundo —y más famoso— gran asedio de Demetrio, el intento de tomar la ciudad de Rodas, gran aliada de Ptolomeo y la única potencia naval griega más o menos significativa que quedaba en el Mediterráneo oriental. El asedio duró todo un año. Las pretensiones de Antígono y Demetrio de ostentar el título de rey y su actitud agresiva dieron lugar a la alianza de sus enemigos y marcaron la reanudación de la lucha por el control del legado de Alejandro que se había interrumpido con la Paz de 311.

Como hiciera anteriormente, Antígono inició su campaña final por la supremacía entre los sucesores de Alejandro atacando las posesiones de Casandro en Grecia. En 303 a. C., Demetrio se apoderó rápidamente de Corinto y de gran parte del norte del Peloponeso, y empezó a organizar una nueva confederación del estilo de la Liga de Corinto creada por Filipo II casi cuarenta años antes. Pero antes de que Demetrio y su padre lograran hacer realidad sus planes, Casandro organizó un gran contraataque enviando a Lisímaco a Anatolia. Durante casi todo el año 302, Lisímaco esquivó los grandes esfuerzos realizados por Antígono para capturarlo, hasta que Seleuco se le unió en el invierno de 301. Ante la perspectiva de que se enfrentaba a todas luces a la batalla definitiva de su larga carrera, Antígono hizo venir de Grecia a Demetrio. En la primavera de 301 más de 100.000 hombres se enfrentaron en Ipso, en el centro de Frigia, y esta vez la experiencia táctica de Antígono le falló. Al concluir la lucha, el octogenario veterano de las guerras de Filipo II y Alejandro yacía muerto en el campo de batalla, aplastado por los elefantes de Seleuco, mientras que su hijo Demetrio huía precipitadamente. Sus sueños imperiales habían quedado hechos añicos.

El doloroso parto del nuevo orden (301-276 a. C.)

Como ocurriera tras la muerte de Perdicas, a la muerte de Antígono Monoftalmo se produjo la división de sus territorios asiáticos entre sus enemigos. Como Casandro había abandonado hacía ya tiempo cualquier interés por extender su poder fuera de Europa, fueron sus aliados Lisímaco y Seleuco los que se aprovecharon de la desaparición de Antígono. Lisímaco se quedó con toda la parte de Anatolia situada la norte del Tauro. El reino formado a raíz de este acuerdo era enorme, y se extendía desde el Danubio por el noroeste hasta los confines de Armenia por el este. En cuanto a Seleuco, añadió a sus vastos dominios en Babilonia e Irán el resto de los territorios de Antígono en Asia occidental, esencialmente las regiones costeras del sur de Anatolia, Siria, y Mesopotamia.

Nuevas alianzas

La división de Asia occidental en esos dos enormes estados limítrofes estaba condenada a trasladar el centro de interés de los macedonios hacia el oeste, a medida que las tensiones fueran creciendo en sus fronteras, y así habría sido, si no fuera porque se produjo un hecho imprevisto. El proyecto original de la campaña que desembocó en la batalla de Ipso preveía una triple ofensiva contra Antígono, en la que Ptolomeo debía unirse a Lisímaco y Seleuco para la confrontación final. Pero Ptolomeo sólo llegó hasta el sur de Siria y desde allí regresó a Egipto. Antes de hacerlo, sin embargo, ocupó los territorios situados a lo largo de su recorrido: Judea, Fenicia y el sur de Siria. Reforzó además su posición aliándose con el vecino de Seleuco por el norte, Lisímaco. Dicha alianza quedó formalizada en 298 a. C. a la manera típica macedonia, es decir, con un intercambio de esposas que en el futuro tendría importantes consecuencias. Lisímaco se casó con la hija de Ptolomeo, Arsínoe, y el hijo menor de éste, el futuro Ptolomeo II, se casó con una hija de Lisímaco llamada también Arsínoe.

La ironía se mezcla muchas veces con la historia. En vista de la alianza de Ptolomeo y Lisímaco, Seleuco buscó también un aliado y curiosamente lo encontró en Demetrio, el hijo de Antígono Monoftalmo, que había logrado escapar del campo de batalla de Ipso y poseía un «reino» formado por la flota de su padre y un puñado de ciudades de Anatolia occidental, el Egeo, y Grecia, entre ellas los importantes puertos de Éfeso y Corinto. Una vez más parecía inminente el estallido de una guerra entre las alianzas formadas por los sucesores de Alejandro, pero en esta ocasión la ruptura de las hostilidades se haría esperar más de una década.

Creación de nuevos reinos y ciudades

El largo conflicto con Antígono había obligado a sus adversarios a retrasar los planes de desarrollo que tenían para sus propios reinos. Libres de esta preocupación a raíz de su muerte, se dedicaron a atender sus propios asuntos durante toda la década de 290. De ese modo Lisímaco, deseoso de asegurar su frontera norte, emprendió con éxito limitado una guerra contra los getas, pueblo que habitaba al otro lado del Danubio, al tiempo que fundaba o reorganizaba varias grandes ciudades en Anatolia occidental. La más importante de dichas ciudades fue Éfeso, que trasladó a un emplazamiento más próximo al mar y que rebautizó con el nombre de Arsinoea, en honor de su nueva esposa o, quizá, de su hija del mismo nombre. Como luego veremos, Ptolomeo emprendió durante esta época una gran labor de construcción, convirtiendo Alejandría en una capital digna de su reino. Sin embargo, el mayor constructor de este período fue Seleuco, que fundó numerosas ciudades y colonias militares en Siria, entre ellas su nueva capital, Antioquía, que levantó en el sitio en el que Antígono Monoftalmo situara la ciudad que llevaba su nombre, Antigonía, cerca de la desembocadura del Orontes.

Como los griegos que emigraron a Egipto y al Oriente Próximo y Medio se contaron por miles, las nuevas ciudades crecieron y prosperaron enseguida. Al final, Antioquía y Alejandría tenían una población de cientos de miles de habitantes y podían jactarse de poseer edificios públicos y comodidades de una grandiosidad desconocida en las ciudades de la antigua Grecia. Se sabe muy poco acerca de la Antioquía y la Alejandría de época helenística, aunque el reciente descubrimiento de importantes restos arqueológicos bajo las aguas del puerto de Alejandría promete revelar al fin algunas de las glorias de la antigua ciudad. Mientras tanto, podemos hacernos una idea de su esplendor y su prosperidad contemplando el yacimiento de Ai Khanum, probablemente Alejandría del Oxus, al norte de Afganistán, donde los arqueólogos franceses han descubierto una ciudad provista de amplias avenidas, mansiones elegantes, y todos los edificios públicos fundamentales de cualquier polis griega: templos monumentales, un gimnasio, un teatro y un ágora. La preocupación por los asuntos internos que caracterizó buena parte de la década que siguió a la muerte de Antígono concluyó, sin embargo, con las actividades emprendidas por su hijo, Demetrio.

La lucha final

A diferencia de otros sucesores de Alejandro, Demetrio Poliorcetes («el Sitiador») poseía un reino carente de base territorial, y pasó casi toda la década de 290 intentando poner remedio a este defecto. En 295 ocupó Atenas, y un año más tarde sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito cuando logró apoderarse de Macedonia gracias a las disensiones surgidas entre los hijos de Casandro.

Pero el triunfo de Demetrio fue muy efímero. Aunque los otros reyes quizá hubieran transigido con su conquista de Macedonia, Demetrio consideraba este país únicamente una base desde la que lanzar un último ataque que le permitiera apoderarse de Asia. Antes de que lograra concluir los preparativos para la invasión de Asia, sus rivales asestaron el golpe. Mientras Ptolomeo daba apoyo a otra sublevación ateniense, Lisímaco se unía a Pirro, rey de Epiro, y ocupaba Macedonia, obligando en 286 a Demetrio a iniciar prematuramente su campaña de Asia. El resultado sería inevitable. Enfrentado a unas fuerzas numéricamente superiores y enfermo, Demetrio no tuvo más remedio que resignarse con su suerte y rendirse a las fuerzas conjuntas de Seleuco y Lisímaco. En 283, el más brillante de los epígonos de Alejandro murió confinado en arresto domiciliario cerca de Antioquía.

Los vencedores de Demetrio no lo sobrevivieron mucho tiempo. Una dolorosa crisis sucesoria, a raíz de la cual Lisímaco ejecutó a su primogénito, Agatocles, acabó dividiendo la corte del rey tracio. Los partidarios de Agatocles huyeron junto a Seleuco y le pidieron que apoyara su causa, dando así pie a la reanudación de la lucha por el control del imperio de Alejandro entre sus últimos generales. Las tropas de los dos viejos monarcas —ambos tenían ya más de ochenta años— se enfrentaron a comienzos de 281 en Corupedio (el «Campo del Cuervo»), en Frigia. Al final de la lucha, Lisímaco yacía muerto en el campo de batalla y Seleuco parecía haber hecho al fin realidad el sueño que tanto había ilusionado a Perdicas, a Antígono Monoftalmo y a su hijo Demetrio: la unión de los sectores europeo y asiático del imperio de Alejandro.

En historia nunca puede pasarse por alto el factor suerte. Al cabo de un año, Seleuco había muerto asesinado por un hijo desterrado de Ptolomeo, Ptolomeo Cerauno («el Rayo»), al que había dado refugio. El momento de gloria de Cerauno también pasó rápidamente. Al cabo de poco más de un año, en 279, murió intentando frenar la invasión de Macedonia por los gálatas. Pueblo celta cuya emigración desde su lugar de origen, la Europa occidental, había comenzado a principios del siglo IV a. C., los galos aprovecharon el caos provocado en Macedonia por la muerte de Lisímaco e invadieron Macedonia y el norte de Grecia hasta Delfos.

A pesar de los horrores que comportó, la irrupción de los gálatas no fue más que un episodio aislado de la historia de la Grecia europea, pero tuvo graves consecuencias. Aunque los gálatas no tardaron en trasladar su terror a Anatolia, dos grupos de merodeadores sufrieron sendas derrotas humillantes en Delfos y Lisimaquía a manos de los etolios y de Antígono Gónatas («Rodilla»), el hijo de Demetrio, que desde la muerte de su padre, casi diez años antes, había logrado conservar, aunque de forma harto precaria, las pocas posesiones que les quedaban a los Antigónidas en Grecia. Las victorias obtenidas sobre los gálatas cambiaron la posición de los etolios y de Antígono, legitimando la transformación de los primeros en la primera potencia de la Grecia central y en protectores de Delfos, y la proclamación del segundo como rey de Macedonia. Las últimas piezas del nuevo sistema político que con tanta lentitud y tantos sufrimientos surgió del naufragio del imperio de Alejandro entraban por fin en juego.

EL LUGAR DE LA POLIS EN LA COSMÓPOLIS

Aunque la creación de los nuevos reinos macedonios cambió el carácter y la configuración del mundo conocido por los griegos, un aspecto de la vida helénica permaneció en gran medida inalterable: la polis siguió constituyendo el marco básico de la vida de la mayor parte de los griegos. Antiguas polis como Atenas, Siracusa y Éfeso experimentaron un crecimiento y una prosperidad notables. Al mismo tiempo, la incidencia de la guerra entre las polis desapareció casi por completo, y la solución pacífica de los conflictos internacionales a través del arbitraje se convirtió casi en algo rutinario. Incluso el típico particularismo de la polis clásica se vio superado en parte por la aparición de las Ligas Etolia y Aquea. Éstas lograron formar unos estados federales fuertes, capaces

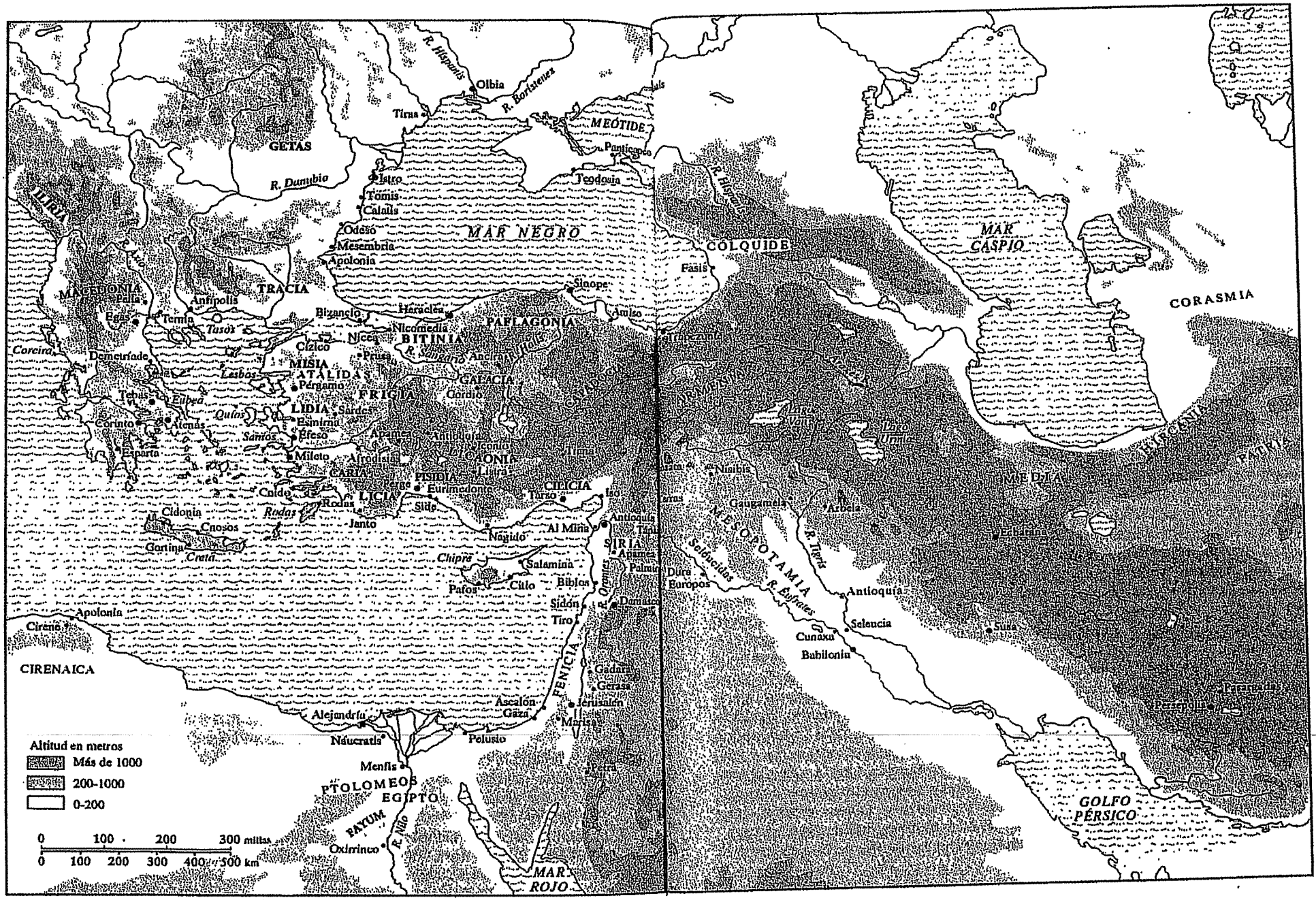


FIGURA 12.3. El mundo helenístico.

de tratar más o menos en pie de igualdad con Macedonia y los demás reinos macedónicos, ampliando el número de sus miembros hasta incluir entre ellos a ciudades situadas fuera de su sede original en la Grecia central y en el norte del Peloponeso. A diferencia de las ligas enfrentadas de Atenas y Esparta de la época clásica, las ligas federales del período helenístico serían evocadas como modelo por defensores del federalismo de época posterior como, por ejemplo, los intelectuales de la América revolucionaria del siglo XVIII.

Al mismo tiempo, las tendencias políticas aparecidas ya durante el siglo IV a. C. se intensificaron en los siglos que siguieron a la muerte de Alejandro. Aunque nominalmente la democracia se convirtiera en el régimen de gobierno habitual en las ciudades griegas, la democracia propiamente dicha perdió gran parte de su contenido, pasando a significar poco más que la ausencia de tiranía. En realidad, el papel del ciudadano medio en el gobierno fue disminuyendo progresivamente, y los asuntos eran manejados entre bastidores por oligarquías aristocráticas. Aunque las numerosas inscripciones que atestiguan su generosidad y los servicios públicos prestados documentan el patriotismo de estos nuevos líderes, instituciones capitales de la vida de la polis tales como las asambleas populares y los consejos elegidos democráticamente experimentaron una decadencia imparable, a medida que las polis pasaban a depender cada vez más de la ayuda de esos personajes que las salvaban de las constantes crisis financieras y diplomáticas.

Atenas y Esparta

Como es habitual, Atenas y Esparta constituyeron una excepción a la tendencia política predominante. Aunque su democracia no fue restaurada plenamente nunca, Atenas siguió siendo el centro cultural de Grecia y conoció una prosperidad notable. El tono de la cultura de la Atenas helenística era muy distinto del de la ciudad de los siglos V y IV. Ese cambio resulta particularmente visible en el drama, la principal forma literaria ateniense. Las grandes tragedias y la mordacidad de las comedias políticas de la época clásica fueron sustituidas por un género más ligero conocido con el nombre de Comedia Nueva. Las amables y plácidas obras de Menandro (344-*ca.* 292 a. C.), que reflejan el nuevo ordenamiento político y los intereses de su público de clase alta, constituyen los exponentes más representativos que se han conservado de este género literario.

Menandro había sido discípulo de Teofrasto, el director del Liceo a la muerte de Aristóteles. Fue también amigo de Demetrio de Fálero, discípulo como él de Teofrasto, al que Casandro nombró gobernador de Atenas en 317. Los historiadores no tienen inconveniente en afirmar que las obras de Menandro ofrecen un testimonio histórico fiable: un sabio alejandrino llegó a escribir: «¡Oh Menandro! ¡Oh vida! ¿Cuál de los dos ha imitado al otro?». Todas las obras de Menandro se sitúan en su época y presentan un mundo griego lleno de mercenarios sin trabajo en busca de botín y de aventuras, de ciudadanos empobrecidos que viven al lado de otros extraordinariamente ricos, de cortesanas y alcahuetes, de jóvenes derrochadores, y de respetables señoritas cuyo único destino es el matrimonio. Los personajes de Menandro se hallan completamente inmersos en su mundo privado, como si estuvieran hartos de la guerra y de los disturbios políticos.

En la Comedia Nueva aparecen esclavos por doquier y, de hecho, según el censo de la población de Atenas realizado por Demetrio, en la ciudad había 21.000 ciudadanos,

FIGURA 12.4. La Fortuna (*Tychē*), personificada como diosa tocada con una corona que representa las murallas de una ciudad, fue un motivo habitual de la escultura helenística. Esta estatuilla romana de bronce reproduce la gran escultura en la actualidad perdida de la Tyche de la ciudad de Antioquía, obra de Eutíquides.

10.000 metecos y 400.000 esclavos (contando los que trabajaban en las minas). Aunque el número de esclavos sea exagerado, la proporción de la población servil respecto de la libre debía de ser extraordinariamente alta. Es indudable que los veinticinco años de campañas habían reducido a la esclavitud a muchas personas. Además, los tratantes de esclavos más emprendedores se aprovechaban de la costumbre de exponer a los hijos no deseados. Durante la época helenística, el abandono de los recién nacidos, sobre todo niñas, constituía un medio perfectamente aceptable de hacer frente a la inseguridad de la vida. La exposición de niños es el argumento de varias comedias de Menandro (aunque la literatura atribuye a las criaturas abandonadas un destino más afortunado del que normalmente les aguardaba en la vida real). Curiosamente, la principal divinidad de la Comedia Nueva es la *Tychē*, la Fortuna, emblema que se compadece perfectamente con este período tan caótico.

El ambiente enrarecido de la época se pone de manifiesto también en los nuevos desarrollos experimentados por la filosofía. Aunque tuvieran mucho que decir a la gente sencilla, tanto a hombres como a mujeres, y sigan siendo estudiadas en la actualidad con gran interés por personas de clase social y económica muy distinta, las doctrinas de los

filósofos clásicos como Platón o Aristóteles iban dirigidas a varones ricos que disponían de tiempo libre y estaban interesados en perfeccionar su actividad política en el marco de las polis autónomas. Las filosofías helenísticas, en cambio, pretendían ayudar a la gente a enfrentarse a un mundo sobre el que ejercían un control muy escaso.

Como los establecimientos de Platón y Aristóteles, también en Atenas florecieron dos de las escuelas más importantes del pensamiento helenístico, el escepticismo y el epicureísmo. Nacido en Citio, en la isla de Chipre, Zenón (335-263 a. C.), el fundador del estoicismo, fue amigo de Antígono Gónatas y pasó muchos años en Atenas, donde impartía sus enseñanzas en la terraza llamada Stoa Poikile («Pórtico de las Pinturas»). De ahí que sus seguidores fueran llamados estoicos («los del Pórtico»).

La filosofía de Zenón reflejaba las realidades del nuevo ordenamiento político. Según Zenón, la tierra estaba en el centro del universo y Zeus era su primer motor. Del mismo modo que los movimientos cósmicos no cambian nunca y Zeus sigue siendo el rey de los dioses, la monarquía es el sistema de gobierno que se halla en consonancia con el orden divino. La revolución, por tanto, es una violación de la organización natural del mundo, mientras que el patriotismo y el servicio público se encuentran en armonía con el orden cósmico. Los estoicos creían que era imposible alcanzar la serenidad si no se tenía la seguridad de haber cumplido con el propio deber para con los demás, de modo que el estoicismo contenía una gran dosis de humanitarismo.

Zenón instaba a sus seguidores a alcanzar la serenidad interior, que hace al hombre insensible no sólo al dolor —de ahí el sentido que damos en nuestra lengua al término «estoicismo»—, sino también al exceso de placer. Sin embargo, no propugnaba apartarse del mundo social y político, como hacían algunos contemporáneos suyos. Antes bien, recomendaba defender la justicia, aunque no empeñarse seriamente en reformarla. De ese modo, aunque los estoicos consideraban que en principio los esclavos eran tan libres como sus amos, no se plantearon en ningún momento abolir la esclavitud. Bastaba que los esclavos fueran conscientes de que, interiormente, gozaban ni más ni menos de la misma libertad que sus amos, que, a su vez, podían ser «esclavos» de la codicia o la lujuria. Además, como rechazaban el placer excesivo, los estoicos practicaban el sexo sólo con fines reproductivos. Su aceptación del ordenamiento sociopolítico jerarquizado y su rechazo del placer sexual constituyen dos campos muy significativos en los que el estoicismo se anticipó a las doctrinas del cristianismo primitivo.

En consonancia con su creencia en un universo ordenado, los estoicos pensaban que la vida es racional y puede responder a un plan. Muy distinta es la postura que adoptó Epicuro (341-270 a. C.), un samio que se estableció en Atenas y abrió en su casa una escuela llamada el Jardín. Epicuro no dudó en aceptar mujeres entre sus discípulos. Siguiendo la teoría de los átomos expuesta por Leucipo y Demócrito, rechazaba el determinismo de los primeros atomistas. Aunque admitía que los átomos caen en línea recta del cielo, añadió un nuevo elemento. Epicuro sostenía que la multiplicidad de sustancias existentes en el universo es fruto de los desvíos que periódicamente sufre la trayectoria de los átomos, que hacen que choquen entre sí según distintos tipos de inclinación. Como los reinos hechos y deshechos continuamente por los sucesores de Alejandro, la composición del universo era fruto del azar, y estaba destinado a perecer y a regenerarse también por azar.

Esta teoría dejaba poco espacio a los dioses, y de hecho Epicuro afirmaba que aunque los dioses deben de existir, puesto que los hombres ven sus imágenes en sueños, no tienen el menor interés por los seres humanos. Según la teoría epicúrea, los dioses llevan

una vida serena e imperturbable, indiferente a rasgos tan característicos de la vida religiosa y social griega como la oración, las ofrendas, o los ritos. (La buena noticia era que los terribles castigos asociados con el infierno eran mentira; la mala noticia era que en el Olimpo no había nadie interesado en escuchar quejas, en ofrecer consuelo, o en vengar las injusticias.) Después de la muerte, los átomos que componen el cuerpo y el alma de cada individuo se disuelven.

A falta de castigos y recompensas eternas, Epicuro pensaba que el sentido de la vida es la felicidad terrena, ganándose así el calificativo de primer filósofo humanista de la historia. Definía la felicidad como la consecución de la *ataraxía*, la imperturbabilidad propia del que se halla libre del excesivo placer y el excesivo dolor, semejante a la serenidad propugnada por Zenón. A diferencia de éste, sin embargo, Epicuro recomendaba apartarse de numerosas actividades que podían causar dolor, como por ejemplo la peligrosa búsqueda del amor o el dinero (que también los estoicos consideraban problemática), o la participación en la política (que los estoicos alababan). Según los epicúreos, todo lo que supusiera una amenaza para la ataraxia debía evitarse. Aunque en la actualidad el adjetivo «epicúreo» se relaciona vulgarmente con el goce de los placeres, sobre todo de la buena mesa, en realidad Epicuro aconsejaba la moderación en la comida y la bebida para evitar los males que comportan la indigestión y la resaca. A diferencia de los estoicos, los epicúreos aprobaban el sexo, siempre y cuando no conllevara el enamoramiento y sus numerosas trampas.

Pese a sus importantes diferencias en materia de sexo y de política, estoicos y epicúreos perseguían un mismo objetivo: alcanzar la tranquilidad en un mundo turbulento. Un objetivo análogo es el que perseguían otras dos escuelas de pensamiento que se desarrollaron por esta misma época, el cinismo y el escepticismo. El principal teórico del movimiento cínico fue Diógenes de Sinope (*ca.* 400-325 a. C.), que incitaba a sus seguidores a alcanzar la autosuficiencia cambiando las galas de la civilización por la naturalidad de los animales. Al negar que los seres humanos tengan unas necesidades distintas de las de los demás mamíferos, Diógenes escandalizó a sus contemporáneos y se ganó el sobrenombre de Cínico («como los perros», del griego *kyön, kynós*), pues afirmaba descaradamente que los hombres deben seguir sus instintos igual que los animales (orinando o masturbándose en público, por ejemplo). Herederos del rechazo de las normas de la civilización propugnado por los cínicos fueron los escépticos, que también tenían en común con los epicúreos su falta de ilusión por la vida cívica. El escepticismo, asociado habitualmente con el nombre de Pirrón de Élide (*ca.* 365-275 a. C.), se popularizó en torno al año 200 a. C. Los escépticos hacían hincapié en la imposibilidad de alcanzar un conocimiento seguro, y recomendaban a la gente apartarse del mundo circundante. Al fin y al cabo, la búsqueda de la verdad era inútil, lo mismo que la búsqueda del poder. Hoy día, los términos «escéptico» y «cínico» suelen aplicarse a la persona que no está convencida de nada. En este sentido, las filosofías que solemos relacionar con el mundo helenístico (aunque el cinismo se inició en el siglo IV) contrastan con las de Platón y Aristóteles, que realmente creían que el conocimiento es posible y puede alcanzarse a través de la educación.

Mientras que Atenas siguió actuando como una especie de imán para los intelectuales, conviene subrayar que el centro de la especulación filosófica se trasladó durante la época helenística no sólo fuera de Atenas, sino también fuera de Grecia propiamente dicha en general. Por ejemplo, los pensadores estoicos más famosos procedían de lugares tales como Chipre o Siria, mientras que Tarso, Alejandría o Rodas se convirtieron

en los centros universitarios estoicos más célebres. Con el paso del tiempo, el estoicismo echaría firmes raíces en el imperio romano, donde cautivaría las mentes y los espíritus de numerosos hombres y mujeres que intentaron hacer frente a la decadencia y la autocracia propia del régimen imperial.

Casi tan curiosa como la de Atenas fue la suerte de Esparta. Tras una decadencia de casi un siglo que vio disminuir el número de los espartiatas a menos de dos mil y agudizarse las tensiones entre ricos y pobres, las reformas de dos reyes, Agis IV (262-241 a. C.) y Cleómenes III (260-219 a. C.) revitalizaron las instituciones «licúrgeas» de Esparta. Se cancelaron las deudas, se realizaron nuevos repartos de tierras, y se restableció el sistema educativo tradicional espartano, la *agōgē*. Durante un breve período, Esparta se convirtió en el modelo de estado estoico. La idea estoica de que el sufrimiento individual forma parte de un gran esquema natural y debe soportarse sin lamentaciones tocaba una cuerda muy sensible en los espartanos, y también el concepto de que la austeridad es preferible a la autocompasión estaba en consonancia con los ideales espartanos. Durante unos años, las armas espartanas fueron invencibles y la ciudad pareció estar a punto de volver a dominar el Peloponeso. Los intelectuales griegos empezaron a aclamar de nuevo las virtudes del sistema de Licurgo. Sus sueños de renovación de Grecia se hicieron añicos cuando las fuerzas conjuntas de Macedonia y la Liga Aquea aplastaron a los espartanos en la batalla de Selasia en 222 a. C. Como la suerte de Esparta venía a demostrar, ni siquiera la polis más fuerte podía resistir indefinidamente el poder de los reinos macedónicos que intentaban someter a los griegos o utilizarlos como peones en sus enfrentamientos diplomáticos y militares.

Los reinos macedónicos

La literatura griega, con su tendenciosidad en favor de la polis, contiene muy poca información acerca de la organización y el funcionamiento cotidiano de los reinos macedónicos que dominaron el escenario político del período helenístico. Afortunadamente, el descubrimiento por los arqueólogos de numerosos testimonios no literarios en forma de inscripciones y sobre todo de papiros ha permitido a los historiadores remediar esta situación. Más de un siglo de intensos estudios de estas nuevas fuentes ha venido a demostrar que los reinos helenísticos eran estados de conquista cuya organización se basaba en dos principios fundamentales: en primer lugar, que, como país conquistado por la fuerza de las armas, el reino y su población pertenecían al rey; y en segundo lugar, que la administración de los asuntos del rey y la ejecución de sus obras estaba por delante de cualquier otra consideración. Estos dos principios eran comunes a todos los reinos macedónicos. Pero donde con más claridad puede verse su aplicación es en el caso del Egipto ptolemaico, donde la riqueza de los testimonios papiráceos ha permitido a los especialistas contemplar con bastante detalle cómo funcionaban el gobierno y la sociedad de un gran reino helenístico.

El caso de Egipto

La base de la riqueza de Egipto era su agricultura. Como hicieran los faraones antes que ellos, los Ptolomeos afirmaban que eran los dueños de todas las tierras de Egipto. Sin

embargo, a efectos prácticos el gobierno de los Ptolomeos dividió las tierras de Egipto en dos grandes categorías: las tierras del rey dedicadas a la producción agrícola básica y las «tierras liberadas». Esta última categoría se subdividía a su vez en cuatro subcategorías: las tierras de las cleruquias, utilizadas para proporcionar parcelas a los soldados; las tierras de donación, utilizadas para las recompensas otorgadas a los cargos gubernamentales; las tierras de los templos, utilizadas como soporte económico de los numerosos templos del país; y las tierras privadas, correspondientes a las casas y huertas de los particulares. Los sectores no agrícolas de la economía estaban también rigurosamente organizados. Las actividades económicas más importantes, como por ejemplo el sector textil, o la producción de papiro y de aceite, eran monopolios estatales, cuya finalidad era generar para el rey la mayor cantidad posible de ingresos a través de tasas e impuestos. La competencia extranjera a los beneficios del comercio egipcio quedó minimizada por el establecimiento de estrictos controles monetarios y por la limitación de las importaciones. Una amplia administración cuyo cuartel general se encontraba en Alejandría se encargaba de supervisar todo el sistema. Sus agentes —griegos en los niveles superiores y egipcios en los inferiores— podían encontrarse hasta en las aldeas más remotas. Para garantizar que la labor del rey se llevara a cabo como era debido, que se pagaran los impuestos, y que el importantísimo sistema de regadíos funcionara con eficacia, toda la población adulta, desde el labrador al soldado emigrante, era registrada haciéndose constar el lugar de residencia y la función económica de cada uno. Por último a la cabeza de todo el sistema estaba el rey —y al final también la reina— con todo el poder del autócrata cuya palabra es la ley. La supremacía de la familia real sobre todos los niveles de la sociedad se hallaba simbolizada por la institución de un culto oficial del soberano vivo y de sus antepasados. Los monarcas fomentaron la creencia en su carácter divino como medio de legitimar el uso que hacían del poder absoluto, mientras que sus súbditos disfrutaban de la participación en el culto de su soberano como medio de demostrar su patriotismo, su lealtad, y su gratitud. En reconocimiento a su fe monoteísta y al apoyo prestado al régimen, sólo los judíos estaban oficialmente exentos de observar estas normas.

Ptolomeo II utilizó la escultura y la acuñación de monedas para proclamar la apoteosis de los miembros de su familia. En el culto al soberano los hombres solían presentarse en forma de Dioniso o de Heracles, y las mujeres eran representadas como Afrodita. Pero gracias al sincretismo, a menudo eran equiparados con Osiris e Isis, y eran considerados encarnaciones reales de estas divinidades. La coexistencia de la cultura griega y de la egipcia queda patente en los retratos de los Ptolomeos divinizados. Dependiendo de cuál fuera el sector de la población que con mayor grado de verosimilitud fuera a contemplar su efigie, los reyes y las reinas podían ser representados al estilo puramente egipcio, puramente griego, o en una especie de combinación de ambos.

FIGURA 12.5. Octodracma de oro con las efigies de Ptolomeo II y Arsínoe II acuñada por Ptolomeo III (246-221 a. C.).

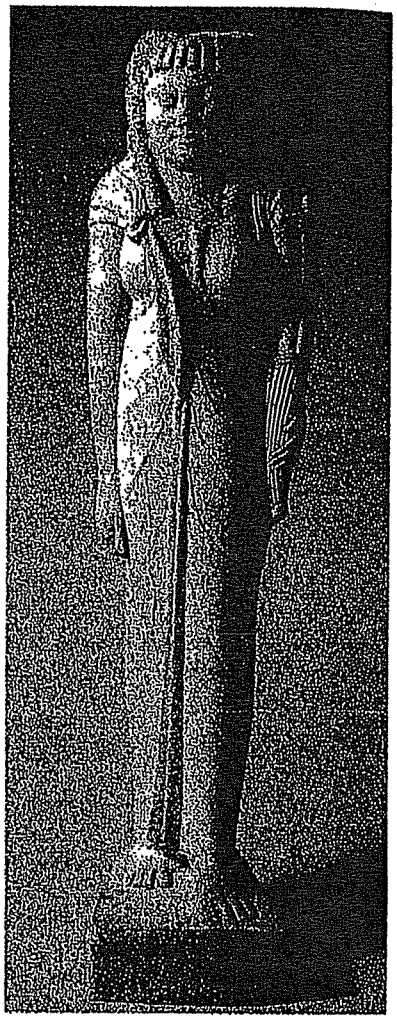


FIGURA 12.6. Estatua de Arsínoe II en piedra caliza. La inscripción jeroglífica que aparece en la parte posterior del pilar de la estatua dice que la imagen fue dedicada no mucho tiempo después de su muerte y divinización en 270. Los tirabuzones estaban pintados de negro, y el rostro y demás partes del cuerpo se hallaban cubiertas de pan de oro. Los labios llenos y curvos, las cejas arqueadas, y los grandes ojos aparecen representados según el estilo egipcio tradicional, pero la soberana lleva en la mano una doble cornucopia, atributo de las diosas griegas que alude a sus poderes relacionados con la fertilidad.

La aparente racionalidad de la organización del estado helenístico impresionó mucho a los historiadores de finales del siglo XIX y comienzos del XX, y los llevó a considerar los reinos helenísticos instituciones esencialmente griegas con pocos lazos con sus predecesores persas o egipcios. Pero un examen más minucioso de los textos egipcios y cuneiformes y de las fuentes griegas ha revelado la existencia en los reinos macedónicos de una mayor continuidad con las tradiciones políticas egipcias y del antiguo Oriente Próximo de la que los historiadores anteriores habían apreciado. Todas esas regiones conservaron muchas de sus estructuras administrativas tradicionales, así como muchas de sus instituciones claves. La organización administrativa del Egipto ptolemaico y del Asia seléucida, por ejemplo, siguió dividida en las entidades tradicionales, tales como los nomos y las satrapías, igual que había sucedido en tiempos de los persas, antecesores de los macedonios. No es de extrañar que la terminología griega empleada por muchas de nuestras fuentes resulte ser, después de ser debidamente analizada, una mera fachada tras la cual se ocultan las instituciones y prácticas tradicionales.

En el Egipto y el Asia de época helenística, los templos siguieron desempeñando un papel fundamental en la vida social y económica de sus gentes. En Egipto, los sacerdotes utilizaron los nombres de los dioses griegos, equipararon los meses de los calendarios macedonio y egipcio, y tradujeron al griego la nomenclatura oficial de los soberanos para dar un barniz helénico a las tradiciones milenarias de la religión y la monarquía egipcias. Dicha continuidad no tiene nada de extraño, pues, al igual que Alejandro, los Ptolomeos y los Seléucidas fueron a la vez reyes macedonios y faraones/reyes de Babilonia, entre cuyas responsabilidades estaba el apoyo que debían prestar a las instituciones tradicionales.

Además de las continuidades entre el pasado egipcio y medio-oriental y la organización de los posteriores reinos helenísticos, los especialistas han observado también algunas «irracionalidades» e ineficacias en su funcionamiento cotidiano. El Egipto ptolemaico y el Asia seléucida eran autocracias personales. Según los documentos oficiales, el gobierno estaba formado por «el rey, sus camaradas (el séquito personal del rey), y el ejército». El único límite verdadero al ejercicio de su poder que tenían los reyes era el temor a perder el apoyo de sus ejércitos y generales, que eran los únicos que tenían la facultad de destronar al monarca si los provocaba demasiado. Los oficiales del gobierno eran personalidades políticas con múltiples responsabilidades, que con frecuencia se solapaban, y que ocupaban cualquier puesto en el que los colocara el rey, independientemente de cuáles fueran los servicios prestados con anterioridad.

Pues bien, lejos de ser las maquinarias burocráticas perfectamente engrasadas que admiraban los especialistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, las fuentes revelan que los gobiernos helenísticos eran instrumentos ineficaces y a menudo arbitrarios, cuyo principal objetivo era obtener de los súbditos del rey la mayor cantidad posible de rentas. Documentos tales como la orden recientemente descubierta de Ptolomeo II (282-246 a. C.), en la que se anuncia la realización de un informe completo de la economía de Egipto, o la carta de este mismo rey en la que prohíbe a los abogados asistir a ninguna persona en cuestiones relacionadas con los impuestos, constituyen un testimonio no ya de una planificación racional centralizada, sino de la insaciable necesidad de dinero que tenían los monarcas helenísticos para sufragar su ambiciosa política exterior y sus grandiosos proyectos internos. Del mismo modo, los numerosos edictos reales en los que se prohíbe a los funcionarios del gobierno explotar a los súbditos del rey para obtener un beneficio personal, y el frecuente recurso a las amnistías generales en los casos de incumplimiento de las obligaciones para con el gobierno o de los funcionarios acusados de prevaricación, son un testimonio de la ineficacia y la corrupción intrínsecas de estos sistemas a la hora de la verdad.

LA SOCIEDAD HELENÍSTICA

Aunque la aparición de las nuevas monarquías macedónicas a comienzos del siglo III a. C. supuso una amenaza significativa para la independencia de las ciudades de

la Grecia del Egeo, creó también unas oportunidades desconocidas hasta entonces para algunos griegos de esas mismas ciudades. Independientemente de cuáles fueran los planes de Alejandro con respecto al gobierno de su imperio, es evidente que sus epígonos pensaron que había cometido un grave error confiando algunos cargos importantes a iranios. Por consiguiente, cuando tuvieron que nombrar al personal de los niveles superiores de su gobierno, prefirieron recurrir a emigrantes griegos.

Nuevas oportunidades en un mundo colonial

Las oportunidades que se produjeron de esa forma fueron grandísimas para los varones de las elites griegas, que no tardaron en constituir una poderosa clase de funcionarios civiles y militares expatriados. Los testimonios epigráficos y papiráceos atestiguan ampliamente la riqueza y la influencia de los miembros de esa nueva clase dirigente: hombres como Apolonio, el principal consejero financiero de Ptolomeo II, o Zenón, un individuo originario de Caria que se encargó de la administración de sus fincas. Mucho menos brillantes, pero igualmente reales y desde luego mucho más numerosas, fueron las oportunidades creadas por la constante necesidad de griegos que tenían los reyes para servir sus ejércitos y para desempeñar la multitud de empleos administrativos menores, pero potencialmente muy lucrativos, que eran imprescindibles para el buen gobierno de sus reinos. Para este tipo de hombres ambiciosos, el poeta cortesano Teócrito no hacía más que decir la verdad cuando definía Egipto como una tierra llena de oportunidades para los emigrantes y calificaba a Ptolomeo II de «buen oficial pagador».

Documento 12.2 Carta del rey Ptolomeo II a Apolonio acerca de los ingresos de Egipto (259 a. C.)

> El rey Ptolomeo a Apolonio. ¡Salud! Como algunos de los abogados citados más abajo intervienen en casos relacionados con asuntos tributarios en detrimento de mis ingresos, da instrucciones para que dichos abogados paguen a la corona dos veces el diezmo adicional y para que no se les permita actuar como abogados en ningún caso. Y si se descubre que alguno de los que han causado perjuicio a las rentas del estado trabaja como abogado en cualquier caso, enviésenos bajo custodia y que sus bienes pasen a la corona.[99]

Pero las oportunidades no se limitaban sólo a los hombres; afectaron también a las mujeres, aunque no en la misma medida. Como ocurriera con los varones, también las mujeres ricas tuvieron muchísimas oportunidades. Las fuentes antiguas destacan a algunas reinas como Arsínoe II y Cleopatra VII de Egipto, pero algunas ciudades griegas permitieron a las mujeres ejercer cargos públicos de menor entidad a cambio de que se avinieran a emplear sus riquezas en proyectos cívicos. La educación, que se generalizó entre las mujeres de clase alta durante el período helenístico, creó también la posibilidad de que algunas de ellas hicieran carrera, como por ejemplo la filósofa cínica Hiparquia y la música profesional Polignota de Tebas, cuya carrera tenemos documentada en varias inscripciones de Delfos. Pero probablemente fueran más numerosas las mujeres que se beneficiaron de los cambios de sus derechos, no por modestos menos significativos, que se introdujeron en la sociedad colonial de los reinos macedónicos, donde los contratos matrimoniales y otros documentos legales conservados sobre papiro revelan la existencia de mujeres capaces de administrar sus propios negocios y de buscar una reparación legal a la mala conducta de sus maridos. No es de extrañar que esa explosión de nuevas oportunidades hiciera del período helenístico una de las grandes épocas creativas de la civilización griega.

99. *The Amherst Papyri* (eds. B. P. Grenfell y A. S. Hunt, vol. 2, Londres, 1901, nº 33), según trad. ing. de Stanley M. Burstein, *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, pp. 121-122.

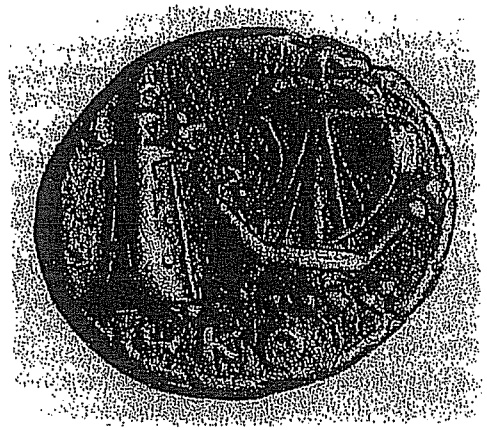


FIGURA 12.7. Tetradracma del emperador romano Cómodo (180-192 d. C.) acuñada en Alejandría, en la que aparece(n?) una(s?) nave(s?) pasando junto al Faro.

ALEJANDRÍA Y LA CULTURA HELENÍSTICA

Alejandría fue la fundación más famosa y duradera de Alejandro, y en ella además fue sepultado. Pero los responsables del embellecimiento de la ciudad fueron los tres primeros Ptolomeos, que la transformaron en la urbe más notable del mundo helenístico. Una política liberal de inmigración dio lugar a una población multiétnica en la que había macedonios, griegos, egipcios, y una floreciente comunidad judía que ocupaba una quinta parte de la extensión de la ciudad. El símbolo más claro del dinamismo y la originalidad de la Alejandría de comienzos del período helenístico quizá sea su monumento emblemático, el Faro. Construido por el arquitecto Sóstrato de Cnido por encargo de Ptolomeo II, el Faro fue el primer rascacielos de la historia, una torre poligonal de 120 metros de altura coronada por una estatua de Zeus Soter («Salvador»), cuya luz, reflejada en alta mar gracias a una serie de espejos gigantes, guiaba a los barcos hasta el puerto de Alejandría. El Faro fue considerado una de las siete maravillas del mundo antiguo. No es casualidad que tres de las siete grandes obras incluidas en esa lista daten del período helenístico, pues fue una época en la que los gobernantes se empeñaron particularmente en hacer publicidad de la riqueza y el prestigio de sus ciudades; las otras dos son el Coloso de Rodas y el templo de Ártemis en Éfeso. Por su escala y por su estilo todas ellas eran monumentos en perfecta consonancia con una época de competitividad y de personajes extraordinarios.

Documento 12.3 Contrato matrimonial de Heraclides y Demetria (311 a. C.)
La mejora de la situación jurídica de la mujer casada durante el período helenístico queda patente en este contrato matrimonial procedente de Egipto. Los orígenes heterogéneos de los inmigrantes griegos de Egipto se ponen de manifiesto en la variedad de etnias de los testigos del contrato matrimonial de Heraclides y Demetria.

Año séptimo del reinado de Alejandro, hijo de Alejandro, décimo cuarto año de la satrapía de Ptolomeo, mes de Dío.

Contrato matrimonial de Heraclides y Demetria. Heraclides, varón libre de nacimiento, toma por legítima esposa a Demetria, mujer libre de nacimiento, originaria de Cos, de su padre, Leptines, originario de Cos, y de su madre Filotis. Demetria aportará ropas y adornos por valor de 1.000 dracmas. Heraclides dará a Demetria todo lo que es apropiado que posea una mujer libre. Viviremos juntos donde les parezca mejor, de común acuerdo, a Heraclides y a Leptines.

Si se descubre que Demetria trama algo malo con el propósito de humillar a su esposo, Heraclides, quedará privada de todo lo que aportó al matrimonio. Heraclides presentará cualquier denuncia que pueda presentar contra Demetria ante tres varones que cuenten con la aprobación de ambos. Heraclides no introducirá a ninguna otra mujer en su casa que suponga una ofensa para Demetria, ni tendrá hijos de otra mujer, ni urdirá ningún mal contra Demetria por ningún motivo. Si se descubre que Heraclides hace algo de eso y Demetria lo denuncia ante tres varones que cuenten con la aprobación de ambos, Heraclides deberá devolver la dote de mil dracmas que aportó Demetria, y además pagará otras 1.000 dracmas alejandrinas de plata. Demetria y los que la asistan podrán reclamar el pago, como si existiera un declaración legal del propio Heraclides, y cobrárselas de los bienes que posea Heraclides por tierra y por mar.

Este contrato tendrá plena validez siempre y cuando Heraclides lo presente contra Demetria, o Demetria y los que la asistan lo presenten contra Heraclides, con el fin de hacer efectivo el cobro. Heraclides y Demetria tienen derecho a guardar sus respectivos contratos y presentarlos uno contra otro. Testigos: Cleón de Gela, Antícrates de Temnos, Lisis de Temnos, Dionisio de Temnos, Aristómaco de Cirene, Aristódico de Cos.[100]

Los Ptolomeos se empeñaron además en hacer de Alejandría el centro cultural del mundo griego. Al igual que Alejandro, que incluyó en su séquito a artistas e intelectuales tales como el sobrino de Aristóteles, Calístenes, su historiador de corte, también Ptolomeo I y sus inmediatos sucesores invitaron a destacados eruditos y científicos griegos a instalarse en Egipto. Con las inmensas riquezas de este país a su disposición, los Ptolomeos podían perfectamente permitirse el lujo de ofrecer su mecenazgo a los intelectuales, fomentando las labores artísticas y el trabajo científico mediante el establecimiento de unas instituciones culturales totalmente nuevas.

Su principal fundación cultural fue el centro de investigaciones llamado el «Museo», porque estaba dedicado a las nueve Musas, las diosas patronas de las artes. En él distinguidos eruditos, mantenidos gracias a las subvenciones del estado, podían llevar a cabo sus estudios en unas instalaciones cómodas en las que había dormitorios, comedores y amenos jardines. Para facilitar las investigaciones de los estudiosos del Museo, Ptolomeo creó (con la ayuda de Demetrio de Fálero) una biblioteca cuya aspiración era poseer

100. *Elephantine Papyri* (ed. O. Rubensohn, Berlín, 1907, nº 1, líneas 1-18).

copias de todos los libros escritos en griego. Se dice que al final la biblioteca llegó a albergar 700.000 rollos de papiro.

La pasión de los Ptolomeos por ampliar la colección de la biblioteca real se hizo legendaria. Se supone que la traducción griega de la Biblia hebrea, los *Setenta*, se llevó a cabo por orden de Ptolomeo II, y se dice que la copia oficial ateniense de las obras de los tres poetas trágicos canónicos fue robada por orden de Ptolomeo III. Incluso los que visitaban Egipto eran registrados por si llevaban algún libro interesante y, si no existía en la biblioteca, se les incautaba (el propietario recibía a cambio una copia barata). Al margen de cómo se llevara a cabo la adquisición de los libros, la biblioteca ofrecía unos recursos desconocidos hasta entonces para la investigación científica en todos los ámbitos de la actividad intelectual (aunque algún rival envidioso quizá se hubiera reído de los afortunados ocupantes de la «pajarera» de Ptolomeo y hasta cierto punto con razón, pues se suponía que los intelectuales subvencionados debían ganarse lo que se comían). Los médicos y literatos que cobraban algún estipendio del gobierno servían respectivamente como doctores y tutores de los miembros de la familia real, y tenían que celebrar todas sus grandes acciones. El erudito y poeta Calímaco elaboró un catálogo monumental en 120 libros de las obras existentes en la biblioteca, que sentaría las bases de la historia de la literatura griega. En su poema *El rizo de Berenice*, Calímaco cantó además la transformación en cometa de un rizo de su melena que Berenice II consagró en 246 a. C. para conmemorar el inicio de la Tercera Guerra Siria. Siguiendo la misma línea de inspiración, el *Idilio* XVII de Teócrito constituye un curioso elogio de los diez primeros años del reinado de Ptolomeo II.

Nuevos caminos de la literatura

La labor de los intelectuales alejandrinos no se limitó, sin embargo, a satisfacer los caprichos de sus regios patronos. Los poetas efectuaron en la literatura griega importantes innovaciones. En sus *Idilios*, breves diálogos o monólogos situados en un ambiente rústico idealizado, Teócrito introdujo el género pastoril en la literatura occidental. Calímaco inauguró la tradición de la poesía «erudita» en obras tales como los *Himnos* o los *Aitia*, en los que contaba en versos de suma elegancia mitos particularmente oscuros y los orígenes de extrañas costumbres y fiestas recogidas por todo el mundo griego. Apolonio de Rodas, contemporáneo y rival de Calímaco, aunque algo más joven, revitalizó el viejo género épico con sus agudos retratos psicológicos de Jasón y Medea en las *Argonáuticas*, una vívida versión de la vieja leyenda de Jasón y los Argonautas. Otro contemporáneo de Calímaco, Evémero, embajador de Casandro ante Ptolomeo I, propuso una importante teoría totalmente nueva acerca de los orígenes de la mitología: inventó la novela utópica de viajes para exponer en su *Escritura sagrada* la idea de que los dioses eran grandes reyes venerados después de su muerte por los hombres en agradecimiento por los favores realizados a la humanidad.

Las artes plásticas

Las artes plásticas reflejan la combinación de lo antiguo y lo nuevo, característica del período helenístico. Durante la época clásica, los artistas se dedicaron a perfeccio-

nar un número limitado de géneros o tipos artísticos. Por ejemplo, la epítome de la escultura del siglo V era la figura idealizada de un joven desnudo que no expresaba ninguna emoción. Este tipo de figura siguió esculpiéndose como representación heroica de los reyes helenísticos. Aunque el arte helenístico sea una evolución del clásico, su principal característica es la variedad y la experimentación. Los escultores perfeccionaron la figura idealizada de la joven desnuda, y además produjeron imágenes realistas de un sector representativo de la población de la cosmópolis expresando una gran variedad de emociones humanas. Las esculturas, grandes y pequeñas, constituyen un testimonio más del nuevo interés por el individuo como sujeto especial y único, no ya como un miembro igual que los demás de una polis democrática.

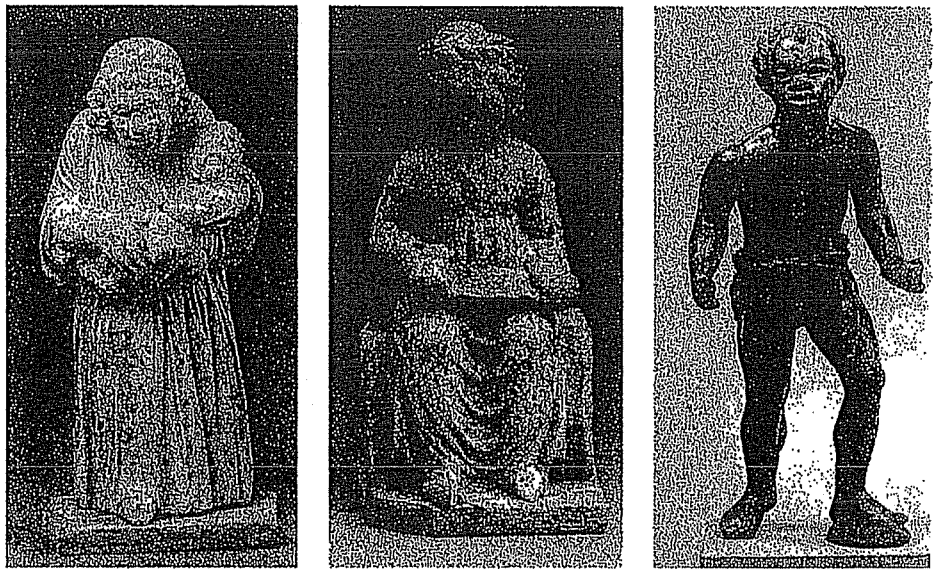
La producción de figurillas de terracota comenzó en el siglo IV y siguió desarrollándose y floreciendo durante la época helenística. Dichas figuritas se hacían con moldes en copias sin cuento, y resultaban por tanto relativamente económicas. Como los personajes que representan, eran bastante comunes en el mundo griego. Las figurillas son el mejor testimonio que tenemos del arte plástico concebido como reflejo de la realidad. Como decíamos anteriormente al hablar de Menandro, el arte podría considerarse un espejo de la vida. Las figurillas representan personajes de todas las edades, de todas las categorías sociales, e incluso de diversas razas; no faltan niños regordetes, ancianos encorvados, rechonchos y arrugados, damas de la buena sociedad elegantes y graciosas, e incluso individuos de las clases más humildes. También las estatuillas de bronce, aunque más caras, representaban una gran variedad de tipos.

El desarrollo del retrato en las monedas y en la escultura fue fruto del interés por lo individual y la personalidad, rasgos particularmente importantes para unas gentes cuyas vidas estaban sujetas a los caprichos de los reyes. Como indican los retratos de Alejandro y sus sucesores reproducidos en el Capítulo 11 y en éste, el retrato no sólo pretendía reproducir los rasgos físicos reales de un individuo, sino que también era un intento de influir en la percepción del personaje que pudiera tener el espectador. Las monedas quizá sean objetos muy pequeños, pero como siempre circulan en gran cantidad por todas partes pueden llegar a ser muy influyentes. Por otra parte, en las obras de mayor tamaño el arte no sólo es un reflejo del mundo, sino también un intento de darle forma. Los Ptolomeos, por ejemplo, fueron muy amigos de utilizar la imaginería visual como propaganda para ganar apoyos para su monarquía. Al igual que Alejandro, que fomentó la creencia en su carácter divino y que fue venerado como un dios después de su muerte, los monarcas helenísticos manipularon la religión para adecuarla a sus propios intereses. La autodivinización de los reyes no era sólo inmodestia; les servía también para legitimar el uso que hacían de su poder absoluto. Los miembros de las dinastías reinantes fueron representados a menudo en monedas y en esculturas con los atributos y epítetos de los dioses y los héroes. El valor de la escultura como instrumento político es evidente en la imagen de Alejandro acompañado de las divinidades egipcias (cf. Capítulo 11, Figura 11.5) y en la escultura de Arsínoe II (Capítulo 12, Figura 12.6), que representa a la reina en figura de diosa egipcia. Cualquier espectador, incluso analfabeto, habría comprendido inmediatamente el mensaje: Alejandro y sus sucesores no son simples mortales, sino encarnaciones de los dioses. Además, son los herederos legítimos al trono de los faraones y al mismo tiempo los monarcas que reinan sobre el mundo griego.

Los monarcas más singulares se pasearon orgullosamente por el enorme escenario de Egipto y el Mediterráneo oriental. Muchos de los monumentos cuya realización encargaron no son hoy más que fragmentos o han desaparecido por completo, pero, como

sucede con el Faro, son conocidos a través de las imágenes reproducidas en las monedas, de las copias romanas, o de las descripciones verbales. Transmiten una fuerte impresión de la riqueza y el poder de los monarcas y las orgullosas ciudades que los construyeron. Los artistas estaban dispuestos a viajar si semejantes patronos los contrataban. Muchas grandes obras de la escultura helenística se caracterizan por su gran brío, por ejemplo una de las más famosas, la Victoria (*Níkē*) de Samotracia. Esta obra gigantesca fue dedicada por el pueblo de Rodas para conmemorar sus victorias sobre Antíoco III de Siria (222-187 a. C.), y fue erigida en Samotracia, centro religioso internacional, donde pudieran verla los peregrinos. La Victoria se posa en la proa de un barco. Su vestido húmedo y agitado por el viento revela los contornos del cuerpo, mientras que los paños que ondean por la parte posterior de la figura simbolizan la agitación, la inquietud, y el cambio continuo característicos no sólo del arte, sino también de la vida del período helenístico. Las alas desplegadas sugieren asimismo que su presencia no es necesariamente permanente, sino que va ligada a la fortuna del donante. Como la diosa Tyche (Fortuna), la Victoria suele ser voluble.

Las artes plásticas revelan también una nostalgia del pasado, que debía de parecer una época más segura y menos peligrosa que la actual. Los retratos de filósofos, poetas y otros personajes históricos decoraban los lugares públicos y espacios cerrados privados tales como las bibliotecas (cf. Demóstenes, Capítulo 10, Figura 10.4). Algunos escritores e intelectuales fueron venerados como dioses. Se habían hecho inmortales, lo



a b c

FIGURA 12.8. Esculturas helenísticas en miniatura. a. Estatuilla de terracota de una vieja niñera con su niño. Finales del siglo IV a. C. b. Figurilla de terracota de una niña leyendo un rollo de papiro. c. Estatuilla de bronce de un joven negro con el atuendo típico de un artesano. Siglos III-II a. C.

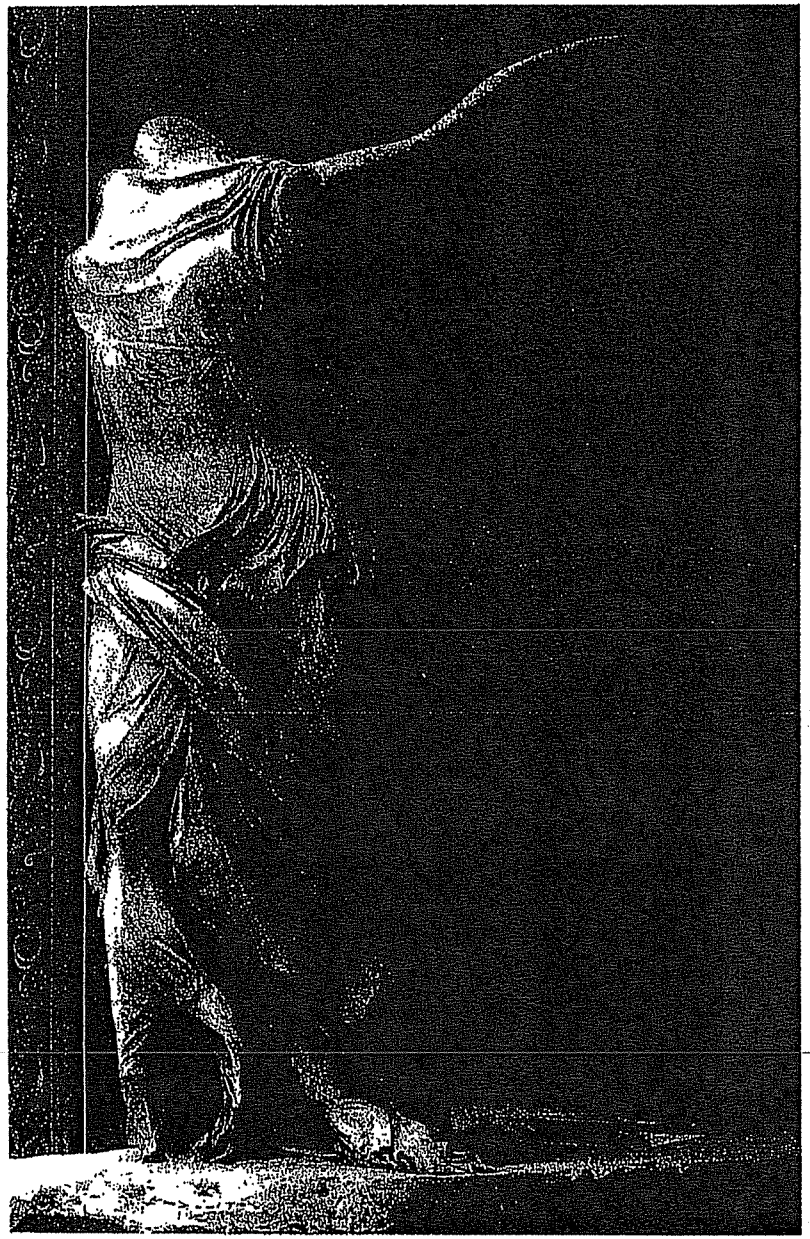


FIGURA 12.9. Victoria (*Nikē*) de Samotracia. Esta estatua monumental llamada Victoria Alada data aproximadamente del año 200 a. C. y es una de las obras más famosas conservadas en el Museo del Louvre de París.

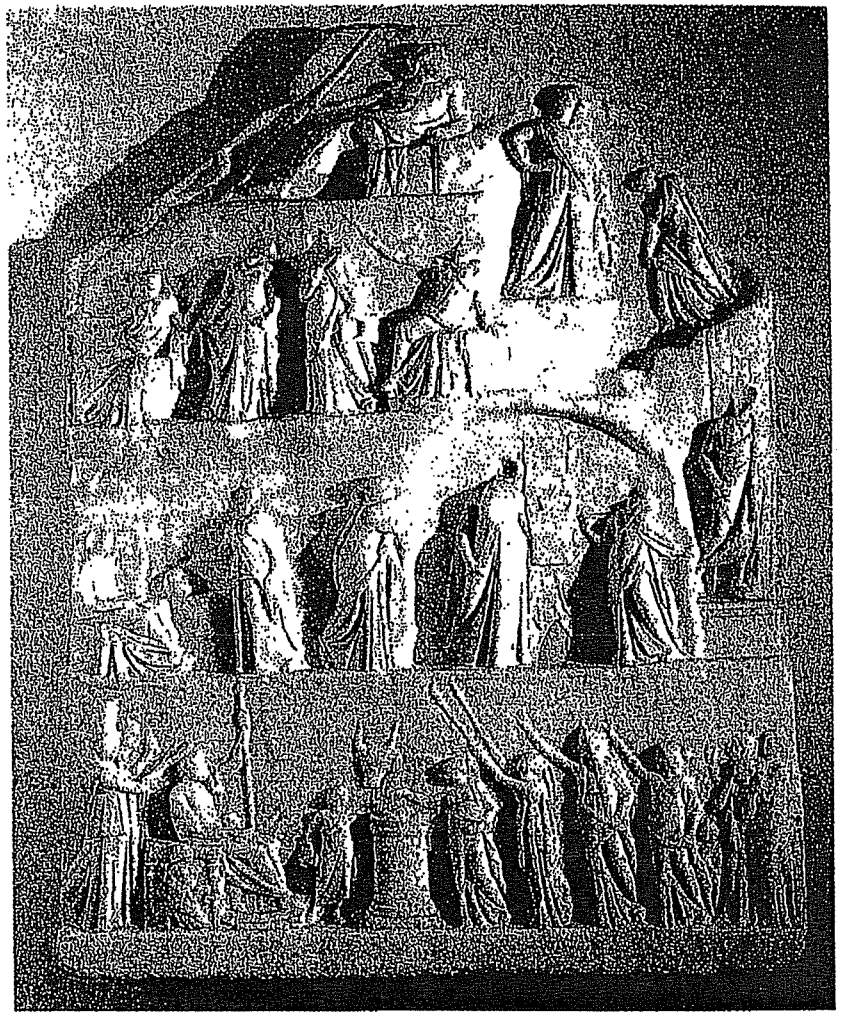


FIGURA 12.10. Este relieve escultórico de la apoteosis de Homero, obra de Arquelao de Priene, descubierto en Bovillae, Italia, data aproximadamente de 221-205 a. C. El poeta divinizado, que aparece sentado en el panel inferior a la izquierda, con un rollo y un cetro en las manos, es coronado por la Musa de la poesía épica. Entre otros personajes podemos distinguir a Zeus y Mnemósine, y sus hijas las Musas. La escultura probablemente fuera realizada por encargo de algún poeta que alcanzara la victoria en un certamen en Alejandría.

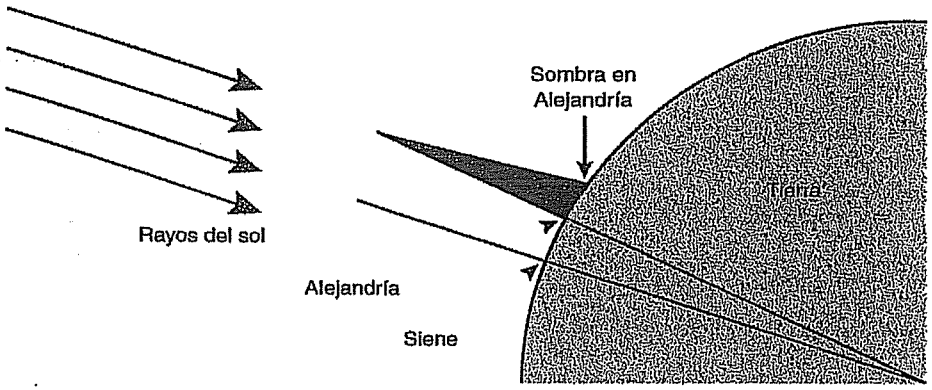


FIGURA 12.11. Cálculo de la circunferencia de la tierra por Eratóstenes. Eratóstenes midió en Alejandría la sombra proyectada por una aguja en el interior de una vasija semiesférica a las doce de la mañana de un día del solsticio de verano en que el sol se hallaba directamente encima de Asuán. Aplicando dos sencillos teoremas matemáticos —los ángulos de dos triángulos iguales son iguales y los ángulos iguales permiten trazar arcos iguales— llegó a la conclusión de que los 5.000 estadios de distancia que separan Alejandría de Asuán representaban 1/50 de una esfera cuya circunferencia mediría aproximadamente 250.000 estadios. Al margen de algunos errores de menor importancia que Eratóstenes no podía conocer, su procedimiento era metodológicamente correcto y dio una medida de la circunferencia de la tierra que es exacta casi al cien por cien o, a lo sumo, un 20% superior a la real, dependiendo de que el estadio de Eratóstenes se considere que equivale a la décima parte de una milla o a un 8 1/3 de milla. (Diagrama del procedimiento utilizado por Eratóstenes para calcular la circunferencia de la tierra.)

mismo que sus obras y su pensamiento. Por ejemplo, fueron bastante populares los bustos de Homero (sobre cuya apariencia externa no se tenía la menor idea), sin duda porque la *Ilíada* era la obra más leída en todo el mundo griego y era utilizada como libro de texto en las escuelas primarias. No obstante, pese a la veneración del pasado, el testimonio de las artes plásticas no deja lugar a dudas y revela que el mundo había cambiado radicalmente desde la época de Aquiles y los aedos que recitaron sus hazañas en versos regulares.

Erudición y ciencia

Pero los grandes logros de los intelectuales helenísticos se produjeron en el terreno de la erudición literaria y de las ciencias aplicadas, ámbitos en los que su labor no tuvo parangón durante el resto de la Antigüedad. Calímaco y otros eruditos como los filólogos Zenódoto y Aristarco fundaron el estudio crítico de la lengua y la literatura griegas, y prepararon los textos canónicos de Homero y de otros poetas, que son los antepasados de los que seguimos utilizando hoy día. El matemático y geógrafo Eratóstenes estableció los principios de la cartografía científica, y realizó un cálculo increíblemente exacto de la circunferencia de la tierra basándose en los datos recogidos por los exploradores helenísticos. El físico Ctesibio fue el pionero de los estudios de balística y del empleo del aire comprimido como fuente de energía, mientras que otros científicos experimentaron el uso del vapor para hacer funcionar motores rudimentarios. En un terreno más modesto, un técnico desconocido de la época de los Ptolomeos inventó la *saqqiyah*, una especie de noria movida por tracción animal que sigue utilizándose en la actualidad en Egipto y Sudán.

Los médicos Herófilo y Erasístrato realizaron descubrimientos fundamentales relacionados con la anatomía y el funcionamiento de los sistemas nervioso, óptico, reproductivo y digestivo del ser humano mediante la disección de cadáveres, e incluso practicando vivisecciones en delincuentes condenados que el gobierno no dudaba en poner a disposición del progreso de la ciencia. El juramento hipocrático, que en muchos países occidentales suelen prestar los médicos al concluir sus estudios, data de la época helenística. Según dicho juramento, los médicos prometen respetar a los maestros que les enseñaron y transmitir sus conocimientos sólo a los hijos de éstos y a los aprendices de pago. Juran asimismo no utilizar su arte para causar daño o perjuicio a otros y abstenerse de practicar el aborto y la eutanasia y de divulgar lo que los pacientes le cuentan en confidencia. En tanto que en la Antigüedad no existía un título acreditativo, y que había doctrinas médicas contrapuestas y opiniones diversas acerca del papel ético del galeno, no todos los médicos prestaban el juramento, como podemos comprobar por otros textos médicos que estudian el aborto, o por la práctica de la vivisección.

No obstante, la importancia del patrocinio real de las actividades culturales en el Egipto ptolemaico dio también pasos atrás. Los campos que no contaron con la generosidad de los reyes tendieron a estancarse. De ese modo, por ejemplo, aparte de las obras del matemático Euclides, cuyos *Elementos* siguen utilizándose para introducir a los principiantes en el estudio de la geometría, la aportación de los alejandrinos a las ciencias teóricas y a la filosofía, por las que los Ptolomeos tenían un interés muy relativo, fue cualitativamente mediocre y cuantitativamente limitada.

LAS RELACIONES SOCIALES EN EL MUNDO HELENÍSTICO

La importancia de sus grandes aportaciones culturales suele oscurecer el hecho de que los griegos fueron siempre una minoría en todo el mundo helenístico excepto en el Egeo. Tal era el caso incluso en ciudades como Alejandría y Antioquía, que no eran más que islas de dominación y cultura griega en un ámbito predominantemente no griego. No es de extrañar, por tanto, que las relaciones existentes entre los inmigrantes griegos y las poblaciones nativas constituyan uno de los temas fundamentales de la historiografía helenística. Los especialistas en historia del período helenístico que escribieron a comienzos del siglo XX se mostraron entusiasmados por el encuentro entre griegos y bárbaros que se produjo en esta época. Consideraban las ciudades helenísticas verdaderos «crisoles» en los que las culturas y pueblos griegos y bárbaros se fundieron en una nueva civilización cosmopolita. Últimamente se ha popularizado una interpretación menos optimista de las relaciones sociales propias del helenismo, que recuerdan el sueño isocrático de un Asia conquistada en la que los nativos trabajaran para los nuevos colonos griegos y sus dominadores macedonios con tanta dureza como lo habían venido haciendo para sus anteriores amos, los persas. Los partidarios de esta nueva interpretación consideran los reinos macedónicos sociedades segregadas en las que la condición social y

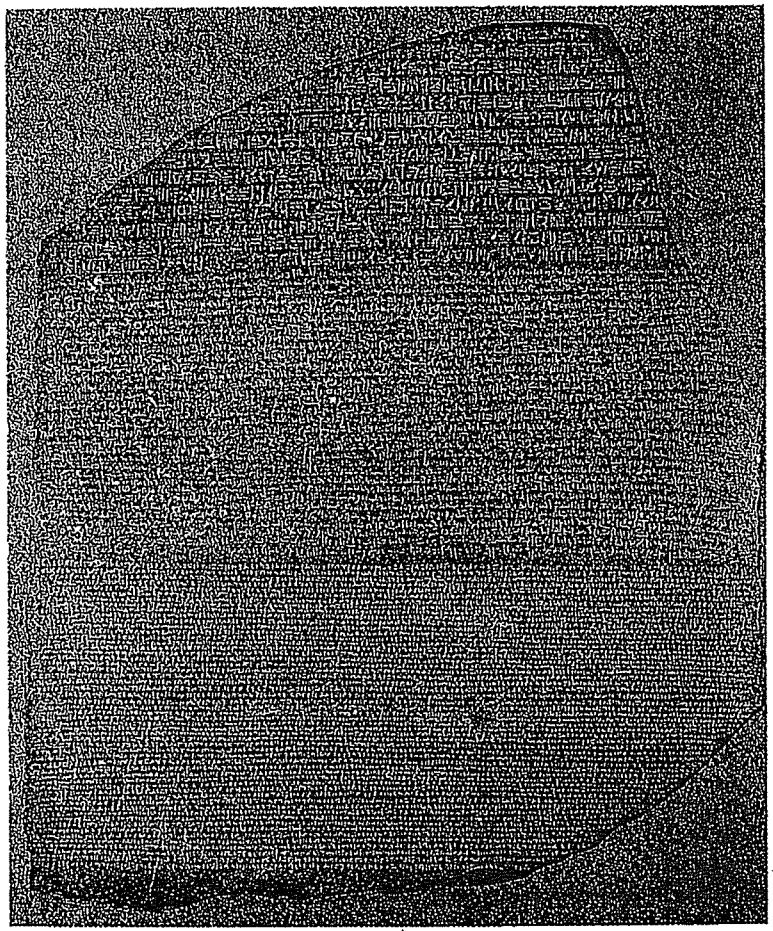


FIGURA 12.12. La Piedra de Rosetta. 27 de marzo de 196 a. C. Fragmento de una estela de granito negro descubierta en la boca del Nilo llamada Rosetta, que contiene la versión trilingüe (griego, jeroglífico [egipcio medio], y demótico [egipcio vernáculo tardío]) de un decreto aprobado por un sínodo de sacerdotes de Egipto para conmemorar la coronación de Ptolomeo V (204-180 a. C.) como rey de Egipto: «Durante el reinado del joven dios que recibió el reino de su padre, señor de las coronas, grande en celebridad, que estableció Egipto, y es reverente con los dioses, victorioso sobre sus enemigos; que mejora la vida de los hombres, señor del ciclo de treinta años igual que Hefesto el Grande, y es rey igual que Helios; gran rey del país alto y del país bajo, hijo de los dioses Filopátores, al que Hefesto dio su aprobación, al que Helios concedió la victoria, imagen viva de Zeus; hijo de Helios, Ptolomeo, vivo por siempre, amado de Ptah. Cuando llegó [*sc.* Ptolomeo V] a Licópolis, en el nomo de Busiris, que previamente había sido tomada y que había sido preparada para un asedio con un abundante depósito de armas y de todo tipo de provisiones, pues la conspiración llevaba siendo urdida desde hacía largo tiempo por ciertos hombres impíos que se habían congregado en ella y habían cometido muchos crímenes contra los templos y los habitantes de Egipto, acampó frente a ella y rodeó la ciudad de túmulos y zanjas y murallas maravillosas. Como la crecida del Nilo en el año octavo era grande y normalmente cubría el llano, la contuvo bloqueando en muchos lugares las bocas de las acequias. Habiendo gastado no poco dinero en todas estas medidas y habiendo dispuesto a la caballería y a la infantería para que las guardaran, en poco tiempo tomó la ciudad por la fuerza y aniquiló a todos los hombres impíos que había en ella, lo mismo que Hermes y Horus, el hijo de Isis y Osiris, trataron a los rebeldes en esos mismos lugares con anterioridad. A los que habían capitaneado a los rebeldes en tiempos de su padre [i. e. Ptolomeo IV] y habían causado desórdenes en el país y habían profanado los templos, cuando él llegó a Menfis para vengar a su padre y al reino, los castigó a todos como corresponde al momento en que llegó para celebrar los ritos relacionados con su coronación».

Orientis Graeci Inscriptiones Selectae (ed. W. Dittenberger, 2 vols., Leipzig: S. Hirzel, 1903-1905, nº 90), según trad. ing. de Stanley M. Burstein, *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 131-132 (fragmento).

los privilegios venían determinados fundamentalmente por criterios étnicos. Ni qué decir tiene que según esta teoría las etnias que contaban eran la macedonia y la griega.

La demografía de los reinos helenísticos llevaba implícito un alto grado de segregación social y cultural. Como la colonización griega fue fundamentalmente urbana, las zonas rurales se vieron irremediablemente privadas de la influencia griega. Los estudios que se han realizado de las aldeas egipcias revelan una ausencia casi total de residentes griegos o de influencia helénica en su vida cotidiana.

Sin embargo, la división étnica no se limitaba sólo a las zonas rurales. Los no griegos carecían de derechos de ciudadanía y en las ciudades del Oriente helenístico vivían en barrios separados. En Egipto coexistieron diferentes sistemas jurídicos para griegos, egipcios y judíos. También están perfectamente documentados en las fuentes los prejuicios y las tensiones étnicas. Teócrito llama a la delincuencia callejera «el juego egipcio», y un trabajador agrícola se queja de que sus supervisores lo miran con desprecio y se niegan a pagarle «porque soy bárbaro» (cf. Figura 12.2), mientras que los papeles personales de un griego que vivía aislado en Menfis están llenos de alusiones a los episodios de acoso personal de que fue objeto por parte de sus vecinos egipcios. Por último, el deseo de que termine de una vez la dominación macedónica constituye un tema recurrente de la literatura egipcia y judía helenística, y la historia del Egipto ptolemaico y del Asia seléucida está llena de ejemplos de sublevaciones organizadas con este fin. La Piedra de Rosetta alude a una de esas sublevaciones durante los primeros años del reinado de Ptolomeo V. Algunos egipcios soñaban incluso con el regreso milagroso de Nectanebo II, el último faraón del Egipto libre, que se refugió en Nubia cuando los persas reconquistaron el país hacia 340 a. C.

El lugar de los no griegos

No obstante, la imagen de los reinos helenísticos divididos en dos sociedades distintas casi completamente aisladas —una griega y otra no griega— distorsiona la realidad social casi tanto como el viejo ideal de civilización helenística armónicamente mixta. La existencia de versiones griegas de la leyenda de Nectanebo, como «El sueño de Nectanebo», demuestra que al menos algunos griegos se interesaron por la cultura

egipcia de la época. Y lo que es más importante, los graves conflictos y las divisiones sociales existentes en el seno de las propias poblaciones nativas de los reinos helenísticos impidieron la aparición de cualquier resistencia unificada de éstas a la dominación macedónica.

En las monarquías teocráticas de Egipto y del antiguo Oriente Próximo, la seguridad del estado se basaba en el apoyo de los dioses y de sus sacerdotes, y siguió siendo así durante todo el período helenístico. Los Ptolomeos sometieron a los templos de Egipto a una mayor vigilancia que los faraones, sus antecesores, pero también mantuvieron e incluso aumentaron el apoyo prestado a la religión por el gobierno, como podemos apreciar por la enorme cantidad de construcciones templarias que se produjo durante la época helenística. El estudio de los numerosos testimonios egipcios acerca del Egipto helenístico está todavía en mantillas. Pero ya ha revelado que durante el régimen de los Ptolomeos las familias sacerdotales conocieron una gran prosperidad, acumulando grandes fincas y participando activamente en transacciones comerciales de todo tipo, al tiempo que gastaban grandes cantidades de dinero en los indicadores de éxito personal tradicionales del país, a saber: las ofrendas a los dioses y la riqueza de los ajuares fúnebres. Su prosperidad sentó además las bases de una vigorosa recuperación de la cultura autóctona, que desembocó en la realización de una gran variedad de obras literarias y artísticas, tan novedosas como interesantes, que sólo últimamente han empezado a conocerse y a apreciarse. No es de extrañar, por tanto, que en la propia Piedra de Rosetta Ptolomeo V sea felicitado por la brutal supresión de una rebelión de la población nativa de Licópolis, en el Bajo Egipto, que amenazaba el bienestar del clero egipcio tanto como su señor, el soberano macedonio.

Las oportunidades de progreso no se limitaron a las elites sacerdotales. El análisis de los archivos personales de los magistrados rurales —tratados despectivamente por los especialistas en historia del helenismo de comienzos de siglo por considerarlos personajes demasiado humildes y poco significativos— ha demostrado que dichos individuos podían enriquecerse mediante la explotación de su papel de intermediarios entre el gobierno central de lengua griega y sus súbditos egipcios. No es de extrañar, pues, que los sacerdotes y los funcionarios locales fueran partidarios leales del régimen de los Ptolomeos, y que fueran objeto de duras represalias durante las sublevaciones de la población nativa de finales del siglo III y del siglo II a. C. Un sistema análogo de patrocinio regio de los templos y de prosperidad del clero caracteriza al Asia seléucida, donde los monarcas de esta dinastía subvencionaron generosamente tanto a los santuarios babilónicos como al templo de Yavé en Jerusalén, recibiendo a cambio el apoyo leal de sus respectivos cleros.

Además había ciertos factores sociales y culturales que permitían moderar la fuerte tendencia a la segregación social existente en el Egipto ptolemaico y en otros puntos del mundo helenístico. El más importante de esos factores era la demografía. Al comienzo del período helenístico, los matrimonios mixtos entre griegos y no griegos quizá fueran relativamente frecuentes, pues la mayoría de los inmigrantes griegos eran soldados y por consiguiente fundamentalmente varones. Por otra parte, aunque los Ptolomeos y los demás monarcas rivales suyos fomentaron activamente la inmigración de griegos con generosas recompensas, el número real de emigrantes fue relativamente pequeño, y la inmensa mayoría de ellos llegaron durante los primeros años de la dominación macedónica. Por consiguiente, el número de la población de etnia griega existente en el Egipto ptolemaico y en otras regiones del Oriente helenístico probablemente fuera pequeño.

Además, los griegos que vivían en las zonas rurales, donde la tendencia a los matrimonios mixtos era mayor, se asimilaron más o menos a las costumbres sociales y culturales de sus vecinos bárbaros. Así ocurrió sobre todo en el terreno de la religión, pues los griegos, como tantos otros pueblos politeístas, tenían una predisposición a honrar a los dioses de los países en los que se instalaban.

La religión helenística

En todo el mundo helenístico la religión griega experimentó un profundo cambio, cuando a las poblaciones multiétnicas de Egipto y Asia empezaron a parecerles demasiado anacrónicos o irrelevantes muchos de los dioses de la vieja polis. El paganismo y el politeísmo eran sistemas religiosos flexibles y nada dogmáticos, abiertos a la introducción de nuevas divinidades y a la remodelación de las antiguas. En muchos casos, los poderes de los viejos dioses olímpicos fueron redefinidos, pues evidentemente ya no cabía pensar que su misión fuera defender los intereses de los griegos frente a los de los bárbaros.

En Egipto, por ejemplo, se desarrolló una variedad helenizada de la religión autóctona. El producto más llamativo de esta helenización de la religión egipcia lo encontramos en Alejandría, donde Ptolomeo I convocó al sacerdote egipcio Manetón y al experto en cuestiones rituales Timoteo, originario de Atenas, para que crearan un nuevo dios destinado a convertirse en el nuevo patrón de la ciudad. Ese nuevo dios, Serapis, era una síntesis de elementos egipcios y griegos, que combinaba diversos aspectos de Hades, Osiris, Dioniso, y Zeus. Fuera de Alejandría, los griegos veneraban a los dioses egipcios tradicionales, como Isis y Osiris. A la aceptación de estas divinidades extranjeras contribuyó la secular costumbre griega de identificar a sus dioses con los de otros pueblos (sincretismo), pero el proceso de identificación propiamente dicha comportó tanto pérdidas como ganancias.

Las prácticas religiosas autóctonas que chocaban demasiado con las tradiciones griegas, como por ejemplo la veneración de animales o la momificación, fueron eliminadas de los nuevos cultos helenizados, mientras que los dioses egipcios adoptaron la identidad de sus homólogos griegos. El resultado es evidente en el caso de Isis. Originariamente era la devota esposa de Osiris y la madre de Horus en el mito fundacional de la monarquía egipcia, pero a través de su identificación con diosas griegas como Afrodita, Deméter, y Atenea, asumió un carácter desconocido en la tradición egipcia: el de reina del universo, benefactora de los humanos, y creadora de la civilización. Así, pues, cuando se produjo la adaptación de la cultura griega y la no griega, se llevó a cabo de tal modo que su resultado no supuso ningún desafío al predominio de la cultura y los valores helénicos.

Documento 12.4 Alabanzas de Isis (siglo I a. C. o d. C.)
La helenización de la religión egipcia queda patente en esta inscripción procedente de la ciudad de Cime, en el noroeste de Anatolia, con su universalización del poder de Isis y la identificación de las divinidades griegas y egipcias (Hefesto = Ptah, el dios creador de Menfis; Hermes = Toth, dios de la sabiduría e inventor de la escritura; y Crono = Geb, dios de la tierra y padre de los dioses de los reyes de Egipto).

Demetrio, hijo de Artemidoro, también llamado Tráseas, magnesio de Magnesia del Meandro. Ofrenda en cumplimiento del voto realizado a Isis. Transcribió esto de la estela de Menfis que se encuentra ante el templo de Hefesto.

Soy Isis, la tirana de toda tierra; y fui educada por Hermes, y con Hermes inventé las letras, las jeroglíficas y las demóticas, para que no se utilizara la misma escritura para escribirlo todo. Impuse leyes a los hombres, y que las leyes que yo establecí nadie las cambie.

Soy la hija mayor de Crono. Soy la esposa y la hermana del rey Osiris. Soy la que descubrió el cultivo del grano para los hombres. Soy la que es llamada diosa por las mujeres. Por mí fue edificada la ciudad de Bubastis. Separé la tierra de los cielos. Definí los caminos de las estrellas. Fijé la órbita del sol y de la luna. Inventé la navegación.

Hice que el justo fuera fuerte. Uní a la mujer y al hombre. Para la mujer establecí que al décimo mes diera a luz a los hijos. Ordené que los padres fueran bien tratados por sus hijos. Para los padres que reciben malos tratos fijé una recompensa. Junto con mi hermano Osiris puse fin al canibalismo.

Revelé los misterios a los hombres. Enseñé a los hombres a honrar las imágenes de los dioses. Delimité los recintos de los dioses. Suprimí los gobiernos de los tiranos. Puse fin a los crímenes. Ordené que las mujeres fueran amadas por los hombres. Hice que el justo fuera más fuerte que el oro y que la plata. Determiné que lo verdadero fuera considerado hermoso. Inventé los contratos matrimoniales. Asigné sus lenguas a griegos y a bárbaros, a cada uno la suya. Hice que lo honrado y lo vergonzoso se diferenciara por naturaleza. Hice que no hubiera nada más tremendo que un juramento. A todo el que urdía algo injusto contra otros lo puse en manos de sus víctimas. Establecí qué los que cometen injusticia reciban su merecido. Ordené que los suplicantes hallaran misericordia. Honro a aquellos que se defienden con razón. Ante mí lo justo prevalece.

Soy la señora de los ríos, de los vientos y del mar. Nadie se hace famoso sin mi conocimiento. Soy la señora de la guerra. Soy la señora del rayo. Calmo y agito las aguas del mar. Estoy en los rayos del sol. Tengo mi sede junto a la órbita del sol. Todo lo que decido se cumple. Tengo facultad para todo. Libero a los que están cargados de cadenas. Soy la señora de la navegación. Lo navegable lo hago no navegable cuando quiero. Establecí los límites de las ciudades.

Soy la que es llamada Tesmóforo. Saqué la isla de las profundidades a la luz. Domino al destino. El destino me obedece. Salve, Egipto, que me criaste.[101]

Todas estas consideraciones tienen importantes consecuencias a la hora de entender las relaciones existentes entre griegos y no griegos en todo el mundo helenístico. Como la *apartheid* no fue nunca un rasgo característico de la sociedad griega, la combinación de un número relativamente pequeño de población de etnia griega con la constante necesidad de los reyes helenísticos de disponer de una elite helénica capaz de proporcionar a su monarquía un punto apoyo del que pudieran fiarse, no podía tener más que un único resultado. Con el paso del tiempo, muchos personajes calificados de «griegos» por las fuentes helenísticas serían no tanto griegos de nacimiento, sino de cultura: esto es, gentes que habían recibido una educación griega, que habían adoptado los modos de vida griegos (y a menudo también un nombre griego), y que veneraban a sus antiguos dioses con nombres griegos.

101. *Inscriptiones Graecae*, XII, 14; según trad. ing. de Stanley M. Burstein, *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, p. 147.

Del mismo modo, muchas «ciudades griegas» del Oriente Próximo serían cada vez más a menudo asentamientos locales que habían cambiado de nombre y cuya ciudadanía estaba compuesta en gran medida por esos no griegos aculturados. Algunos judíos intentaron convertir Jerusalén en una polis griega a comienzos del siglo II a. C., mientras que otros, encabezados por la familia de los Macabeos, se opusieron a ese afán de helenización de su comunidad. El conflicto se agravó cuando Antíoco IV decidió intervenir, prohibió a los judíos realizar sus prácticas religiosas tradicionales, y en 167 a. C. dedicó a Zeus Olímpico el templo de Yavé en Jerusalén. Cuando en la actualidad los judíos celebran la fiesta de Chanukah, conmemoran su triunfo sobre Antíoco y sus partidarios. La historia de este conflicto aparece recogida en Macabeos I y II, dos de los apócrifos que nos ofrecen una imagen singular del mundo helenístico desde el punto de vista de un pueblo sometido. Revelan además con toda claridad la principal limitación del proceso de helenización: su incapacidad de repercutir de modo significativo sobre las vidas de las masas de población de los reinos helenísticos.

Aunque la dominación macedónica de Egipto y el Asia occidental duró casi tres siglos, las formas de valorar el significado de esta época de dominación extranjera son muy variadas. Algunos estudiosos hacen hincapié en los efectos positivos de la difusión de la cultura griega por la región, mientras que otros la ven como un período transitorio de dominación colonial en el que la cultura griega no fue más que un barniz, bajo el cual sobrevivieron e incluso florecieron las tradiciones sociales y culturales autóctonas. Como es natural, la verdad es más compleja de lo que suponen los partidarios de una y otra tesis. La helenización efectivamente se produjo, pero sus efectos se dejaron sentir poco fuera de los grandes centros urbanos de la región. Del mismo modo, las tradiciones locales sobrevivieron e incluso, como señalamos al comienzo de este capítulo, fueron fomentadas por los Ptolomeos y los Seléucidas. Sin embargo, su vigencia fue breve, y prácticamente se había agotado a finales del siglo I a. C. La educación, la cultura y el *status* social privilegiado fueron siempre en toda esta región tres fenómenos estrechamente vinculados entre sí. La dominación persa no había puesto en peligro esos vínculos porque los propios persas reconocieron la superioridad que en su imperio tenía la cultura mesopotámica. Pero la posición privilegiada de la que gozaba la cultura griega rompió los lazos existentes entre cultura y *status* social, proporcionando así un poderoso incentivo a los miembros más ambiciosos de las elites locales para que poco a poco fueran abandonando sus culturas tradicionales y se helenizaran. Así, pues, sin que nadie lo pretendiera, el establecimiento de los reinos macedónicos marcó el principio del fin de las antiguas civilizaciones de Egipto y del Oriente Próximo.

EPÍLOGO

Por muchos conceptos podemos afirmar que las primeras décadas del siglo III a. C. constituyen el punto culminante de la historia de la antigua Grecia. Durante un breve período, el poder de Macedonia y la cultura de Grecia alcanzaron la supremacía en el Oriente Próximo y Medio. Se fundaron nuevas ciudades griegas en puntos estratégicos de toda esta inmensa región. Una persona podía viajar desde Egipto hasta los confines de la India hablando sólo griego. Pero el auge de los reinos helenísticos fue efímero. Diversas amenazas internas y externas pusieron en entredicho su propia supervivencia al cabo sólo de una generación de su establecimiento.

El reino de los Seléucidas fue el más vulnerable. Desde su capital, Antioquía, los Seléucidas se esforzaron con un éxito relativo en mantener el control de los territorios asiáticos del imperio de Alejandro. Ya antes de que concluyera el siglo IV a. C., Seleuco I (311-281) había abandonado sus pretensiones dinásticas sobre las conquistas de Alejandro en la India a favor de Chandra Gupta (*ca.* 324-300), que había conquistado el norte de la India y había fundado la dinastía de los Mauria. Durante el siglo III se produjeron nuevas pérdidas territoriales. Mientras los sucesores de Seleuco luchaban encarnizadamente entre sí por el trono, sus enemigos atacaron las fronteras por el este y por el oeste. En Occidente, los Atálidas de Pérgamo se apoderaron de gran parte de Anatolia; en Oriente, los partos (pueblo nómada de lengua irania) y los colonos griegos rebeldes crearon sus propios reinos en el este de Irán y en Bactria.

Los Ptolomeos disfrutaron de mayor seguridad en su fortaleza egipcia que sus rivales, los Seléucidas. Durante más de un siglo y medio ningún enemigo logró romper las defensas de Egipto. Sin embargo, la autoridad de los Ptolomeos en este país también sufrió un debilitamiento significativo durante el siglo III a. C. En el sur de Egipto se restauró el gobierno autóctono durante las últimas décadas del siglo, al tiempo que las crisis sucesorias socavaban la fortaleza de la dinastía. En 200 a. C. los Ptolomeos dominaban sólo el Egipto Bajo y Medio. Cuando ya tenían prácticamente a la vista el hundimiento total del sistema de estado propio del helenismo, Antíoco III (223-187 a. C.) y Ptolomeo V (204-180 a. C.) lanzaron una vigorosa contraofensiva que dio la sensación de que iba a restaurar la autoridad de sus respectivas dinastías en la mayor parte de lo que había sido su territorio. Pero antes de que los Seléucidas y los Ptolomeos lograran consolidar plenamente su autoridad en sus reinos, el desastre volvió a abatirse sobre ellos, esta vez a través de los romanos. La expansión de Roma por el Mediterráneo oriental fue tan con-

tundente e inesperada que el historiador Polibio comienza —y con razón— su gran historia haciéndose simplemente la siguiente pregunta: ¿Puede haber algún hombre tan necio y negligente que no se interese en conocer cómo y por qué género de constitución política fue derrotado casi todo el universo creado por Alejandro en poco menos de cincuenta años y cayó bajo el imperio indisputado de los romanos?

Aunque las relaciones de Roma con los reinos helenísticos datan de la década de 270 a. C., los romanos intervinieron decisivamente por primera vez en la vida política del Mediterráneo oriental durante los primeros años del siglo I a. C., infligiendo severas derrotas a Filipo V de Macedonia y a Antíoco III. No se anexionaron ningún territorio hasta derrotar definitivamente a ambos reyes, prefiriendo por el contrario presentarse como los defensores de la libertad de los griegos. Pero la negativa del senado romano a tolerar la existencia de unos rivales potenciales de la supremacía romana en la región, socavó eficazmente la resistencia de los grandes reinos helenísticos. A mediados del siglo II, el reino de Macedonia había desaparecido y se había convertido en una provincia romana. Mientras tanto, los Seléucidas, debilitados por las rivalidades dinásticas y la subversión interna a menudo fomentadas por Roma, se habían enzarzado en una lucha desesperada con los partos. Dicha lucha acabó reduciendo el otrora poderoso reino seléucida a unas cuantas ciudades de Siria que los romanos ocuparon finalmente en 63 a. C. Los Ptolomeos sobrevivieron a sus rivales los Seléucidas una generación. El senado romano no fue capaz de decidir a cuál de sus miembros se encargaba la anexión de Egipto. El debate quedó zanjado en 31 a. C., cuando Octaviano derrotó a Marco Antonio y Cleopatra VII en Accio, al noroeste de Grecia. Con el suicidio de ambos en 30 a. C. acabó definitivamente la larga serie de los sucesores de Alejandro.

Al final, Roma y Partia resultaron ser los últimos herederos del legado de Alejandro, después de suprimir los reinos de sus Epígonos. La desaparición del sistema de estado helenístico no supuso el fin de la civilización griega en los países conquistados por Alejandro, pero cambió tanto su carácter como su papel. En los sectores orientales del imperio de Alejandro, la civilización griega dejó paulatinamente de ser la fuerza de cohesión. Los reyes macedonios y griegos fueron los responsables del florecimiento de la cultura helénica en el Oriente helenístico, y su patrocinio terminó con la desaparición de sus reinos a finales del siglo II y las primeras décadas del I a. C. Al verse privada de respaldo político, la cultura griega fue apagándose a medida que los nuevos señores del Oriente Medio, los partos, buscaban apoyo para su régimen en las elites no griegas de su territorio mediante el fomento de las tradiciones locales. En la parte occidental del mundo helenístico, la cultura griega no se limitó a sobrevivir, sino que prosperó gracias al apoyo de Roma.

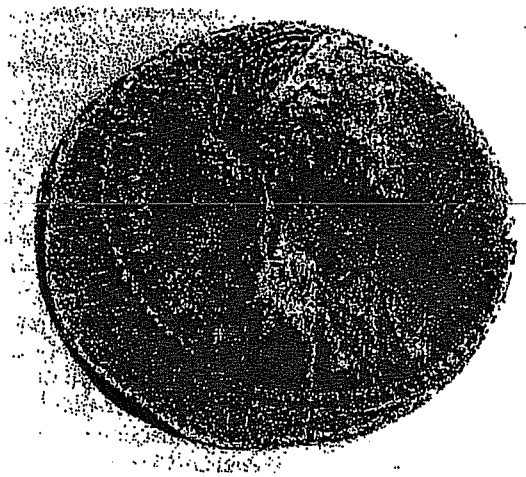


FIGURA 1. Moneda con la efigie de Cleopatra VII, reina de Egipto de 51 a 30 a. C.

Que Roma fuera la salvadora de la cultura griega en el Oriente Próximo es una de las paradojas de la historia. La conquista del Mediterráneo oriental por los romanos se caracterizó por una brutalidad que vino a desmentir las promesas de «libertad» que habían hecho a los griegos en 196 a. C. tras la derrota de Filipo V. Episodios tales como la esclavización de 150.000 epirotas por Emilio Paulo en 168 a. C., la destrucción de Corinto en 146 a. C., y la devastación del Ática por Sila en 86 a. C. hicieron ver con toda claridad a los griegos que los romanos habían ido a Oriente en calidad de amos, no de libertadores. No obstante, aunque el descalabro sufrido por la vida de los griegos durante los casi dos siglos de consolidación del poderío de Roma en el Mediterráneo oriental fue enorme, la historia no terminó ahí.

Como sus predecesores macedonios, los romanos no eran ajenos a la cultura griega. La influencia helénica sobre Roma databa de los comienzos mismos de la historia de la ciudad y ya formaba parte integrante de la cultura latina cuando Roma decidió intervenir en los asuntos del Oriente helenístico. Esa influencia continuó mucho después de que Grecia dejara de constituir una potencia política y militar y se convirtiera en una provincia menor del Imperio Romano. Nada tiene de extraño que la cultura y el arte griegos fueran bien conocidos de muchos romanos de clase alta. Algunos senadores, como Fabio Píctor (*ca.* 220 a. C.), el padre de la historiografía romana, hablaban griego con la fluidez suficiente como para escribir libros en esa lengua. En el siglo I a. C. los aristócratas romanos recibían una educación griega como si fuera la cosa más normal del mundo. La cultura latina estaba llena de influjos griegos. Los dioses y los mitos de Roma fueron adaptados a la mitología griega. En los escritores latinos se oyen constantemente los ecos de sus predecesores griegos, de suerte que una obra como la *Eneida* de Virgilio, la epopeya nacional romana, debe leerse confrontándola con la *Odisea* y la *Ilíada* para poder apreciar plenamente su valor artístico. El poeta del siglo I a. C. Horacio no hacía sino reconocer la realidad cuando decía: «Grecia cautiva cautivó a su fiero vencedor e introdujo las artes en el Lacio inculto» (*Epístolas* II,1).

Una consecuencia importante de la helenización de las capas más altas de la sociedad romana fue la adopción por parte del senado de la idea de la libertad de los griegos como marco para el ejercicio de la supremacía romana en el Mediterráneo oriental. Así, pues, pese a los graves daños que infligieron a las ciudades y reinos del Oriente griego, los romanos hicieron del apoyo a los helenos y a su cultura el eje de su dominación en la región. Los griegos gozaron de un *status* privilegiado, y sus ciudades proporcionaron el marco propio de la administración provincial. Fruto de todo ello fue un notable renacimiento de la vida cultural de las ciudades griegas tanto de Grecia como del Oriente Próximo durante los dos primeros siglos de la era cristiana. Los testimonios de ese renacimiento son visibles en las ruinas de los magníficos edificios públicos que en todos los rincones del Mediterráneo oriental destacan entre los restos de las ciudades griegas y en las innumerables estatuas conmemorativas que pueblan nuestros museos.

Escritores griegos, como el historiador Apiano o el orador Elio Aristides, tenían buenos motivos para cantar las alabanzas de los beneficios de la *Pax Romana*, aunque algu-

nos gobernadores romanos especialmente lúcidos, como Plinio el Joven, se quejaran de los costes acarreados por los ambiciosos proyectos constructivos emprendidos por las ciudades griegas en su afán de superarse unas a otras por el esplendor y la elegancia de sus obras públicas. Ese renacimiento no se limitó al ámbito de la arquitectura y de las artes plásticas. Los siglos II y III d. C. conocieron también un resurgimiento notable de la actividad literaria en lengua griega, fenómeno que los especialistas en historia de literatura griega denominan Segunda Sofística. La Segunda Sofística recibe su nombre de la labor de los grandes oradores, como Elio Aristides, que dominaron la cultura pública de la época, pero además aparecieron nuevas obras en casi todos los géneros de la literatura griega. Muchas de esas obras, como por ejemplo las vidas y los ensayos del biógrafo y moralista Plutarco o las historias de Arriano, son más que notables y ejercieron una singular influencia sobre el desarrollo del pensamiento occidental de época posterior.

También florecieron las ciencias y la filosofía. Galeno y Ptolomeo compilaron una serie de síntesis de la medicina, la astronomía y la geografía griegas que siguieron gozando de suma autoridad durante más de un milenio. De hecho, los estudiantes de medicina seguían leyendo las obras de Galeno a comienzos del siglo XIX. El neoplatónico Plotino, egipcio de nacimiento, creó el último gran sistema filosófico de la Antigüedad; se trata de un misticismo filosófico basado vagamente en Platón, que se convirtió en el rival intelectual más formidable del cristianismo. Sólo en un ámbito de la vida griega no se produjo renacimiento alguno: la cultura cívica y política de las propias ciudades griegas. Por el contrario, durante estos dos siglos desaparecieron los últimos vestigios de la tradición de autogobierno de la polis.

Oficialmente, los romanos trataron a las ciudades griegas del Mediterráneo oriental como entidades autónoma. La documentación epigráfica de sus actividades gubernamentales es muy numerosa, pero el espíritu había desaparecido. Las asambleas ciudadanas ya no se reunían, y los consejos municipales estaban dominados por oligarquías locales muy restringidas. Incluso la libertad de acción de estos regímenes oligárquicos se vio cada vez más limitada por la costumbre del gobierno romano de recurrir a funcionarios como Plinio el Joven para supervisar su gestión. Plutarco evaluaba cándidamente la situación en un ensayo escrito en respuesta al consejo solicitado por un joven amigo suyo sobre si debía o no dedicarse a la carrera política. «En la actualidad», decía, «como entre las actividades de las ciudades ya no está la supremacía en la guerra, ni el derrocamiento de la tiranía, ni el establecimiento de alianzas, ¿qué posibilidades puede tener un joven de realizar una carrera pública brillante y destacada?» El propio autor respondía a su pregunta en los siguientes términos: «No le quedan más que los tribunales de justicia y las embajadas al emperador» (*Preceptos de Política*, 805a-b). Los patriotas griegos como Plutarco, que consideraba un deber sagrado el ejercicio de las magistraturas tradicionales de su ciudad natal, Queronea, veían con dolor las diferencias existentes entre su época y la libertad de la Grecia de los siglos V y IV a. C. Otros fueron más pragmáticos. Individuos como Arriano, gobernador de Capadocia en tiempos del emperador Adriano (117-138 d. C.), que escribió la historia de Alejandro, y Dión Casio, autor de una historia de Roma, que llegó a cónsul y prefecto del pretorio a comienzos del siglo III d. C., abandonaron sus polis y realizaron unas carreras muy lucrativas al servicio de Roma.

Si bien los griegos y su cultura prosperaron bajo la dominación romana, no cabe decir lo mismo de las culturas no griegas de Egipto y el Oriente Próximo. El patrocinio dispensado por los emperadores romanos a las ciudades griegas del Mediterráneo oriental contribuyó a incrementar el valor de la cultura griega y de la ciudadanía romana. La primera constituía la clave del prestigio social y cultural, y la segunda abría las puertas de la carrera política y sus compensaciones. Las tradiciones e instituciones culturales no griegas no fueron reprimidas, pero sí despreciadas. En el siglo II d. C., el escritor sirio Luciano expresa las prioridades culturales del nuevo régimen en su obra autobiográfica titulada *El sueño*, y afirma que, sin una educación griega, un hombre no puede ser más que «un obrero, uno más de entre todo el pueblo, siempre sumiso ante quien sea [su] superior, siempre cortejando a quien es capaz de hablar», mientras que el educado es «honrado y elogiado, tenido en gran consideración por [sus] cualidades, blanco de las miradas de hombres que le aventajan en linaje y riquezas, ... merecedor de un cargo político y de algún tipo de distinción» (*El sueño*, 9-11). Los cálculos de Luciano eran correctos. Su educación griega y su talento literario le acarrearon fama y un puesto lucrativo entre el personal del prefecto de Egipto.

Algunos pueblos, como el judío, se resistieron a asimilarse a la sociedad del Imperio romano a pesar de todas sus presiones, a veces incluso de manera violenta. Otros encontraron en la nueva iglesia cristiana la oportunidad de satisfacer las ambiciones de su elite. Nada tiene de extraño, sin embargo, que con el tiempo fueran cada vez más los no griegos que siguieran el ejemplo de Luciano e intentaran obtener las ventajas inherentes a la condición de griego, sobre todo a partir de 212 d. C., cuando el emperador Caracalla eliminó las barreras legales entre griegos y no griegos al conceder la ciudadanía romana prácticamente a todos los habitantes del imperio.

El proceso de asimilación no estuvo siempre libre de fricciones. Las quejas por los prejuicios y el chovinismo cultural de los griegos son frecuentes en las obras de autores bárbaros helenizados como, por ejemplo, el rétor sirio Taciano, que insta a los griegos a no despreciar a los no griegos y sus ideas, pues la mayoría de las costumbres helénicas «tienen su origen en las usanzas de los bárbaros» (*A los griegos*, I,1). No obstante, en la Antigüedad tardía, una parte significativa de la elite social e intelectual de las provincias orientales del Imperio Romano estaba formada por bárbaros helenizados. Las lenguas vernáculas de la región no desaparecieron. Se conservaron en el uso cotidiano de la población urbana más humilde y en las zonas rurales, e incluso encontraron nuevas formas de expresión escrita en la literatura cristiana siríaca y copta. Pero las culturas tradicionales de Egipto y del Oriente Próximo se extinguieron a medida que las elites locales que las habían apoyado durante milenios fueron abandonándolas paulatinamente. Acosadas por el gobierno de los emperadores romanos cristianos, sobrevivieron sólo en los conocimientos esotéricos de los sacerdotes de unos cuantos templos perdidos y empobrecidos antes de desaparecer por completo durante la Antigüedad tardía. Mientras tanto, la tendencia dominante de la vida intelectual del Mediterráneo oriental fue lo que los especialistas llaman el helenismo, esto es, fundamentalmente una forma cosmopolita de la cultura griega basada más o menos en los cánones de la literatura griega clásica. Esa literatura constituyó la base de la educación y el pensamiento tanto pagano como cristiano, aunque la cultura cívica de las ciudades-estado griegas que la había originado casi un milenio antes hubiera desaparecido por completo. En esta forma, la cultura griega continuó floreciendo en los países conquistados por Alejandro Magno e influyó en las civilizaciones medievales de Bizancio y del Islam y, a través de ellas, en la cultura de la Europa occidental y de América.

BIBLIOGRAFÍA

Adcock, F. E., *The Greek and Macedonian Art of War*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1957. Introducción particularmente lúcida a las ideas sobre la guerra de griegos y macedonios.

Andrewes, A., *The Greek Tyrants*, Harper & Row, Nueva York, 1956. Pese a ser escrito hace más de una generación, sigue siendo la mejor introducción al tema de los *tyrannoi*.

Andronicos, Manolis, *Vergina: The Royal Tombs*, Trad. ing. de Louise Turner, Ekdotike Athenon, Atenas, 1984. Descripción ilustrada del descubrimiento de la necrópolis de los reyes macedonios en Vergina.

Barber, Elizabeth Wayland, *Women's Work: The First 20000 Years. Women, Cloth, and Society in Early Times*, Norton, Nueva York y Londres, 1994. Historia de la industria textil como labor y arte de la mujer desde el Paleolítico hasta la Edad del Hierro, además de un repaso de la técnica del tejido y de los mitos relacionados con el telar. Importante estudio sobre la principal aportación de la mujer a la economía antigua.

Boardman, John, *Athenian Black Figure Vases*, Oxford University Press, Londres, 1974.

—, *Athenian Red Figure Vases: The Archaic Period*, Oxford University Press, Londres, 1975.

—, *Greek Sculpture: The Archaic Period*. Oxford University Press, Londres, 1978. Estos tres volúmenes forman una serie de valiosos manuales acerca del arte griego del período arcaico; están provistos de numerosas ilustraciones y comentarios concisos, pero ricos en información.

Bonner, R. J. y Gertrude Smith, *The Administration of Justice from Homer to Aristotle*, Reimpr. Greenwood Press, Nueva York, 1968. Estudio ya clásico de los sistemas legales de la antigua Grecia.

Borza, Eugene N., *In the Shadow of Olympus: The Emergence of Macedon*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1990. Penetrante estudio sobre la historia del reino de Macedonia desde sus orígenes hasta Filipo II.

Bosworth, A. B., *Conquest and Empire: The Reign of Alexander the Great*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988. Historia política y militar del reinado de Alejandro escrita con claridad y de forma desapasionada.

— , *Alexander and the East: The Tragedy of Triumph*, The Clarendon Press, Oxford, 1996. Estudio sumamente revelador de la campaña de Alejandro en la India y del tratamiento que ha recibido por parte de los historiadores antiguos y modernos.

Bryant, Joseph, *Moral Codes and Social Structures in Ancient Greece*, State University of New York Press, Albany, 1996. Relación entre los valores y la organización social desde el período arcaico hasta la época helenística.

Burkert, Walter, *Greek Religion*, Harvard University Press, Cambridge, Mass,, 1985. Historia clásica de la religión griega antigua desde la época minoico-micénica hasta el período helenístico.

Calame, Claude, *Choruses of Young Women in Ancient Greece: Their Morphology, Religious and Social Functions*, Traducción ing. de Janice Orion y Derek Collins, Rowman & Littlefeld, Lanham, Md, 1997. Versión original *Les choeurs de jeunes filles en Grèce archaïque*, Ateneo & Bizzarri, Roma, 1977. Estudio muy influyente sobre los partenios de Alcmán, que contiene además un análisis de los grupos de edad y de la finalidad pedagógica de los coros..

Cartledge, P. A., *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 BC*, Routledge, Londres, Henley y Boston, 1979. Uno de los estudios generales al uso de la historia política y militar de Esparta.

— y Antony Spawforth, *Hellenistic and Roman Sparta. A Tale of Two Cities*, Routledge, Londres y Nueva York, 1989. Descripción de las condiciones sociales, políticas y económicas de la Esparta postclásica, escrita con ejemplar claridad.

—, *Agesilaos and the Crisis of Sparta*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1987. Estudio pormenorizado de la Esparta del siglo IV.

Caven, Brian, *Dionysius I: War-Lord of Sicily*, Yale University Press, New Haven, Conn., 1990. Análisis de las fuentes para el reinado de Dionisio I, de amena lectura, que intenta presentar al personaje bajo un prisma más favorable del habitual.

Cawkwell, George, *Philip of Macedon*, Faber & Faber, Londres, 1978. Perspicaz biografía de Filipo II desde el punto de vista griego.

Chadwick, John, *The Decipherment of Linear B*, 2ª edn. Cambridge University Press, Cambridge, 1967. Historia del desciframiento del lineal B contada por uno de sus principales investigadores.

—, *The Mycenean World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1976. (Hay traducción castellana de José Luis Melena, *El mundo micénico*, Alianza [Alianza Universidad, 204], Madrid, 1993.) Descripción generosamente ejemplificada del funcionamiento de las sociedades palaciales de la Grecia micénica, haciendo especial hincapié en el reino de Pilos.

Cohen, David, *Law, Sexuality, and Society: The Enforcement of Morals in Classical Athens*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991. Libro sobre lo que nos revelan la articulación y la aplicación de la ley acerca de los valores y las prácticas sexuales.

Coldstream, J. N., *Geometric Greece*, St. Martin's Press, Nueva York, 1977. Relación y estudio global de la documentación arqueológica desde 900 a 700 a. C.

Connor, W. Robert, *The New Politicians of Fifth Century Athens*, Hackett, Indianapolis, 1992. Examen lleno de matices, pero de fácil lectura, de la dinámica cambiante característica de la vida política de Atenas en el siglo V.

Cook, J. M., *The Persian Empire*, J. M. Dent. Londres, 1983. Libro de historia que proporciona la base necesaria para entender la Persia del siglo V.

Dawkins, R. M., *The Sanctuary of Artemis Orthia at Sparta*, Society for the Promotion of Hellenic Studies, Londres, 1929. Descripción y fotografías de las excavaciones y los hallazgos del principal santuario de Esparta.

De Romilly, Jacqueline, *Thucydides and Athenian Imperialism*, Trad. ing. de P. Thody, Reimpr. Salem, N. H., Ayer Co. Publishers, 1988. Estudio clásico sobre Tucídides y el imperio.

Dickinson, Oliver, *The Aegean Bronze Age*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994. (Hay traducción castellana de Pedro López Barja de Quiroga, *La edad del bronce egea*, Akal [Akal universitaria, 206], Madrid, 2000.) Estudio especializado, pero accesible de todos públicos, de todos las facetas de las culturas prehistóricas del Egeo desde el Bronce Antiguo hasta la caída de la civilización micénica.

Drews, Robert, *The End of the Bronze Age: Changes in Warfare and the Catastrophe ca. 1200 BC*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1993. Repaso y estudio pormenorizado de las últimas teorías en torno a la caída de las grandes civilizaciones del Bronce Reciente

Easterling, P. E. y B. M. W. Knox (eds.), *The Cambridge History of Classical Literature. Volume I, Part 1: Early Greek Poetry*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985. (Hay traducción castellana de Federico Zaragoza Alberich, *Literatura griega*, Gredos, Madrid, 1989.) Artículos plenamente actualizados acerca de Hesíodo y los poetas líricos, con abundante bibliografía.

Edwards, Mark W., *Homer, Poet of the Iliad*, John Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1987. Estudio general, fiable y actualizado de la poesía homérica y del estilo épico, con comentarios a algunos cantos seleccionados de la *Ilíada*.

Ehrenberg, Victor, *From Solon to Socrates*, 2ª edn. Methuen, Londres, 1973. Sigue siendo un estudio ponderado y agudo de la evolución de la cultura griega durante los siglos VI y V.

—, *The People of Aristophanes*, Reimpr. Barnes & Noble, Nueva York, 1974. Estudio de la sociología y la economía del estado ateniense basado en un análisis atento de los datos incluidos en las comedias de Aristófanes.

Ellis, J. R., *Philip II and Macedonian Imperialism*, Thames and Hudson, Londres, 1976. Lúcido estudio del reinado de Filipo desde el punto de vista macedonio.

Engels, Donald W., *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1978. Explicación tremendamente ilustrativa de los problemas prácticos de abastecimiento que tuvo el ejército de Alejandro durante sus largas campañas.

Fantham, Elaine, Helene Foley, Nathalie Kampen, Sarah Pomeroy y H. Alan Shapiro, *Women in the Classical World: Image and Text*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1994. Estudio de los testimonios visuales y escritos de las vidas de las mujeres en la Antigüedad situados en su contexto histórico y cultural.

Field, G. C., *Plato and His Contemporaries*, 3ª edn. Methuen, Londres, 1967. El contexto intelectual e histórico de la obra de Platón.

Finley, Moses I., *The World of Odysseus*, 2ª edn. Viking Press, Nueva York, 1978. (Hay traducción castellana de Mateo Hernández Barroso, *El mundo de Odiseo*, FCE [Breviarios de FCE], Madrid, 1980.) Aparecido en 1954, este libro revolucionó el estudio de la sociedad y las instituciones de la Edad Oscura.

Fornara, Charles, *Herodotus: An Interpretive Essay*, Clarendon, Oxford, 1971. Profundo estudio del primer historiador de Grecia que ha llegado a nuestras manos.

Forrest, W. G., *The Emergence of Greek Democracy*, McGraw-Hill, Nueva York y Toronto, 1966. (Hay traducción castellana de P. López Borja de Quiroga, *Los orígenes de la democracia griega*, Akal [Akal universitaria/Historia antigua 123], Madrid, 1988.) Estudio de los gobiernos de las ciudades-estado griegas muy animado y ameno.

Green, Peter (ed.), *Hellenistic History and Culture*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1993. Colección de ensayos sobre temas muy variados relacionados con los diversos aspectos de la cultura helenística.

—, *Armada from Athens*, Hodder y Stoughton, Londres, 1970. Ameno relato de la invasión ateniense de Sicilia realizado por un distinguido especialista en historia antigua.

—, *Xerxes at Salamis*, Praeger (publicado también con el título *The Year of Salamis*), Nueva York y Londres, 1970. Relato dramático de la invasión de Grecia por Jerjes escrita por un destacado erudito que ha hecho mucho por que la historia de Grecia resulte accesible al gran público.

—, *Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1990. Historia general del período helenístico escrita con gran brillantez.

Grene, Marjorie, *A Portrait of Aristotle*, University of Chicago Press, Chicago, 1963. Ameno resumen del pensamiento de Aristóteles que basa su visión del mundo en su entusiasmo por la biología.

Guthrie, W. K. C., *The Sophists*, Cambridge University Press, Cambridge, 1971. Brillante estudio sobre diversos temas relacionados con el movimiento sofista, extracto de la *History of Greek Philosophy*, en tres volúmenes, del mismo autor. (Hay traducción castellana, *Historia de la filosofía griega*, Gredos [Grandes manuales], Madrid, 1999, 6 vols.).

Hansen, Mogens Herman, *The Trial of Socrates from the Athenian Point of View*, The Royal Danish Academy of Sciences and Letters, Copenhague, 1995. Estudio de las fuentes, reconstrucción del juicio, e investigación del trasfondo político del proceso.

—, *The Athenian Democracy in the Age of Demosthenes*, Basil Blackwell, Oxford y Cambridge, Mass., 1991; Univ. of Oklahoma Press, Norman, 1999^2. Apasionante estudio analítico de la democracia ateniense lleno de datos utilísimos.

Hanson, Victor Davis, *The Western Way of War: Infantry Battle in Classical Greece*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1989. Emocionante relato de la experiencia de una batalla hoplítica.

—, *The Other Greeks: The Family Farm and the Agrarian Roots of Western Civilization*, The Free Press, Nueva York, 1995. Estudio amplio y meticulosamente detallado acerca del "pequeño" agricultor-hoplita y su papel en la formación de la ciudad-estado.

Harris, William V., *Ancient Literacy*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1989. Análisis de los testimonios existentes en torno a la alfabetización y la carencia de la misma en la Grecia y la Roma antiguas.

Hignett, Charles, *A History of the Athenian Constitution to the End of the Fifth Century B. C.*, Clarendon Press, Oxford, 1952. Estudio pormenorizado de la evolución de la constitución de Atenas.

—, *Xerxes' Invasion of Greece*, Clarendon, Oxford, 1963. Estudio de las estrategias griega y persa.

Hill, Ida Thallon, *The Ancient City of Athens: Its Topography and Monuments*, Methuen, Londres, 1953. Descripción extraordinariamente clara, provista de ilustraciones y planos, de los vestigios escultóricos y arquitectónicos de la antigua Atenas, antes de que las restauraciones que están llevándose a cabo en la actualidad empezaran a enmascarar muchos de los monumentos más importantes.

Holt, Frank L., *Alexander the Great and Bactria*, E. J. Brill, Leyden, 1989. Lúcida exposición de las campañas de Alejandro en Asia Central y de su significación para el establecimiento de la cultura griega en Bactria.

Hooker, J. T., *Mycenean Greece*, Routledge, Londres, 1976. Buena introducción general a las sociedades antiguas del Egeo.

Hornblower, Simon, *Thucydides*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1986. Perspicaz estudio sobre el "historiador de los historiadores".

Hunter, Virginia, *Policing Athens. Social Control in the Attic Lawsuits, 430-320 BC*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1994. Análisis del control social y de la solución del conflicto en Atenas, que subraya su matriz social y hace especial hincapié en la relación existente entre los sexos, en la esclavitud, y en el papel desempeñado por las habladurías.

Hurwit, Jeffrey M., *The Art and Culture of Early Greece, 1100-480 BC.*, Cornell University Press, caps. 1-3, Ithaca, N. Y., 1985. Análisis ameno y perspicaz del arte de la Edad Oscura en relación con los cambios introducidos en el escenario social. También vale la pena leer los capítulos 4-6 para el arte y la cultura de la época arcaica.

Just, Roger, *Women in Athenian Law and Life*, Routledge, Londres y Nueva York, 1989. Estudio sobre la forma en que los varones atenienses intentaron definir y situar a la mujer.

Kagan, Donald, *The Outbreak of the Peloponnesian War*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1969. Primera entrega de la historia de la Guerra del Peloponeso publicada por Kagan en cuatro volúmenes.

—, *The Archidamian War* (1974), *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition* (1981), y *The Fall of the Athenian Empire* (1987), Cornell University Press, Ithaca, N. Y. Estos tres volúmenes ofrecen un análisis exhaustivo de la historia militar y diplomática de la guerra.

Lenardon, Robert, *The Saga of Themistocles*, Thames & Hudson, Londres, 1978. Biografía de este político innovador e irreverente.

Lewis, Naphtali, *Greeks in Ptolemaic Egypt*, Clarendon Press, Oxford, 1986. Lúcida exposición de la vida en el Egipto ptolemaico tal como aparece reflejada en las carreras de ocho personajes griegos y egipcios.

Loraux, Nicole, *The Invention of Athens: The Funeral Oration in the Classical City*, Trad. ing. de Alan Sheridan, Harvard University Press Cambridge, Mass., y Londres, 1986. Análisis del papel decisivo que tuvo el discurso fúnebre en la formación de los ideales de vida cívica y de la definición d de lo que era Atenas.

Lord, Albert Bates, *Epic Singers and Oral Tradition*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1991. Colección de ensayos y artículos (algunos todavía sin publicar), que ofrecen una visión panorámica de los cantos y los cantores de la épica oral tradicional, siguiendo paso a paso la dilatada carrera de uno de los fundadores de la teoría de las fórmulas orales.

Martin, Thomas R., *Sovereignty and Coinage in Classical Greece*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1985. Importante estudio de la documentación numismática de las relaciones de Macedonia con Tesalia.

McDonald, William A. y Carol G. Thomas, *Progress into the Past. The Rediscovery of Mycenean Civilization*, Indiana University Press, Bloomington, 1990. Relación de

los descubrimientos más o menos importantes de las civilizaciones minoica y micénica escrita desde el punto de vista de los propios arqueólogos, desde Evans y Schliemann hasta nuestros días.

McGregor, Malcolm, *The Athenians and Their Empire*, University of British Columbia Press, Vancouver, 1987. Historia de las relaciones de los atenienses con sus aliados, que adopta una postura favorable al imperialismo.

Meiggs, Russell, *The Athenian Empire*, Oxford University Press, Oxford, 1972. Análisis muy detallado del imperialismo ateniense y del mundo que cayó bajo su égida.

—, *The Athenian Empire*, Oxford University Press, Oxford, 1972. Historia de las relaciones mantenidas por Atenas con sus aliados desde la fundación de la Liga de Delos hasta el final de la Guerra del Peloponeso; contiene algunos sobre los juicios emitidos acerca del imperio durante los siglos V y IV y una tabla con el tributo pagado durante los años 453-420.

Mitchell, Lynette G. y P. J. Rhodes (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, Londres y Nueva York, 1997. Colección actualizada de artículos en torno a diversos aspectos del desarrollo de la ciudad-estado griega.

Momigliano, Arnaldo, *Alien Wisdom: The Limits of Hellenization*, Cambridge University Press, Cambridge, 1975. (Hay traducción castellana de Gabriel Ordiales, *La sabiduría de los bárbaros: los límites de la helenización*, FCE, Madrid, 1999.) Estudio pionero acerca de la naturaleza de la interacción cultural durante el período helenístico.

Morris, Ian y Barry Powell (eds.), *A New Companion to Homer*, Brill, Leyden, 1997. Valiosa colección de treinta artículos nuevos que abarcan todos los ámbitos de los estudios literarios e históricos sobre Homero, escritos por especialistas para un público no especializado.

Ober, Josiah, *Mass and Elite in Democratic Athens: Rhetoric, Ideology, and the Power of the People*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1989. Estudio sociopolítico de la Atenas del siglo IV que utiliza los descubrimientos de los sociólogos modernos para ilustrar la ideología de la democracia que se trasluce en la obra de los oradores.

Oliva, P., *Sparta and Her Social Problems*, Hakkert, Amsterdam, 1971. Análisis extenso y no por ello menos interesante de los principales problemas de la historia de Esparta realizado por un especialista checo.

Onians, John., *Art and Thought in the Hellenistic Age: The Greek World View 350-50 BC*, Thames & Hudson, Londres, 1979. (Hay traducción castellana de Rafael Jackson, *Arte y pensamiento en la época helenística: la visión griega del mundo (350 a. C. - 50 a. C.)*, Alianza [Alianza forma, 137], Madrid, 1996.) Audaz estudio de las relaciones existentes entre el arte y el pensamiento durante el período helenístico.

Osborne, Robin, *Classical Landscape with Figures: The Ancient Greek City and Its Countryside*, G. Philip, Londres, 1987. Estudio ilustrado de la vida en la Grecia rural, su flora y su agricultura, escrita por un autor que siente verdadero amor por el tema.

Page, Denys L., *Alcman. The Parthenion*, Oxford University Press, Oxford, 1951; reimpr. Arno, Nueva York, 1979. Edición erudita, fundamental para entender este poema fragmentario.

Pollitt, J. J., *Art in the Hellenistic Age*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986. (Hay traducción castellana de Consuelo Luca de Tena, *El arte helenístico*, Nerea [Nerea Arte], Hondarribia, 1998). Tratado tradicional de arte helenístico.

—, *Art and Experience in Classical Greece*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972. Repaso muy perspicaz del arte griego, que nos permite situar firmemente las creaciones artísticas de Grecia en su contexto histórico.

Pomeroy, Sarah B., *Women in Hellenistic Egypt: from Alexander to Cleopatra*, Schocken Books Nueva York, 1984; con un prólogo nuevo y addenda, Wayne State University Press Detroit, 1989. Amplio panorama del status social, económico y jurídico de la mujer en el Egipto ptolemaico.

—, *Families in Classical and Hellenistic Greece: Representations and Realities*, Clarendon Press, Oxford, 1998. Análisis de la familia griega como unidad productiva, reproductiva y social.

Powell, A. (ed.), *Classical Sparta. Techniques Behind Her Success*, University of Oklahoma Press, Londres y Norman, Okla., 1989. Colección de artículos, entre ellos el de Ephraim David, "Laughter in Spartan Society", y el de Stephen Hodkinson, "Inheritance, Marriage and Demography, Perspectives upon the Success and Decline of Classical Sparta".

Rawson, Elizabeth, The Spartan Tradition in European Thought, Oxford University Press, Oxford, 1969. Historia de la idea de Esparta desde la Grecia clásica al Renacimiento, la Inglaterra whig y la Alemania nazi, con una breve nota sobre los Estados Unidos.

Sage, Michael (ed.), *Warfare in Ancient Greece: A Sourcebook*, Routledge, Londres y Nueva York, 1996. Colección de textos relacionados con la guerra en Grecia, unidos a través de un comentario perspicaz y detallado que incluye la lectura crítica de las propias fuentes.

Sealey, Raphael, *Demosthenes and His Time: A Study in Defeat*, Oxford University Press, Nueva York, 1993. Importante biografía revisionista del político ateniense.

Sinclair, T. A., *A History of Greek Political Thought*, Meridian, 2ª edn. Cleveland y Nueva York, 1968. Sugestivo análisis del pensamiento político griego desde Homero hasta la conquista de los romanos.

Snodgrass, A. M., The Dark Ages of Greece: An Archaeological Survey of the Eleventh to the Eighth Centuries, University of Edinburgh Press, Edimburgo, 1971. Sigue siendo el estudio clásico de los testimonios arqueológicos de toda la Edad Oscura.

Snodgrass, Anthony, *Archaic Greece: The Age of Experiment*, 1980, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles. El primer libro importante sobre la Grecia arcaica escrito por un arqueólogo, y una significativa revalorización de la importancia del período arcaico para la historia de Grecia.

Stanton, G. R., Athenian Politics c. 800-500 BC: A Sourcebook, Routledge, Londres y Nueva York, 1990. Colección sumamente útil de fuentes que siguen las huellas de la evolución del estado ateniense.

Starr, Chester G., *The Economic and Social Growth of Early Greece: 800-500 B. C.*, Oxford University Press, Nueva York, 1977. Estudio global de la evolución económica y social de las ciudades-estado griegas durante el período arcaico, que presta especial atención a las divisiones de clase y las tensiones existentes en la época.

Ste. Croix, G. E. M. de., *The Origins of the Peloponnesian War*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1972. Panorama general de las fuentes disponibles y estudio exhaustivo de los datos relativos a los decretos contra los megarenses.

Stewart, Andrew, Faces of Power. Alexander's Image and Hellenistic Politics, Univer-

sity of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1993. Estudio pormenorizado del desarrollo y el empleo de la retratística real más famosa de la Antigüedad.
Strauss, Barry, *Fathers and Sons in Athens: Ideology and Society in the Era of the Peloponnesian War*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1993. Estudio perspicaz de la sociedad ateniense durante las últimas décadas del siglo V que justifica la contienda apelando a los conflictos generacionales.
Tandy, David W. y Walter C. Neale (eds.), Hesiod's Works and Days. A Tanslation and Commentary for the Social Sciences, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1996. Comentario especializado que incorpora los puntos de vista de sociólogos, antropólogos y expertos en economía social.
Todd, Stephen C., *The Shape of Athenian Law*, Oxford University Press, Oxford, 1993. Estudio analítico pormenorizado del derecho ateniense tanto desde el punto de vista del procedimiento como de su sustancia.
Tritle, Lawrence (ed.), *The Greek World in the Fourth Century: From the Fall of Athenian Empire to the Successors of Alexander*, Routledge, Londres y Nueva York, 1997. Colección de artículos sobre los problemas del siglo IV, con capítulos sobre Tebas, los griegos de Asia Menor, y los estados de la Grecia occidental.
van Andel, Tjerd y Curtis Runnels, *Beyond the Acropolis: A Rural Greek Past*, Stanford University Press, Stanford, Calif., 1987. Descripción de la topografía, la flora, la fauna, y las tácticas de subsistencia de la vida agrícola en la antigua Grecia.
Vermeule, Emily, *Greece in the Bronze Age*, University of Chicago Press, Chicago, 1972. Uno de los máximos especialistas en la cultura de la Grecia primitiva describe el país, el arte, la cultura, y la vida de la Grecia prehistórica desde la Edad de Piedra hasta la del Bronce.
Vlastos, Gregory, *Socrates: Ironist and Moral Philosopher*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1991. Intento de captar la esencia del filósofo por uno de los mejores estudiosos de los diálogos de Platón.
Wheeler, Mortimer, *Flames over Persepolis: Turning-Point in History*, Reynal and Company, Nueva York, 1968. Panorama ilustrativo de los testimonios arqueológicos de las campañas de Alejandro.
Wood, Ellen Meiksins, *Peasant-Citizen and Slave: The Foundations of Athenian Democracy*, Verso, Londres y Nueva York, 1988. Las relaciones existentes entre mano de obra agrícola y democracia en la Atenas clásica.
Wycherley, R. E., *The Stones of Athens*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1979. Estudio detallado de lo que pueden contarnos acerca de la ciudad los restos arqueológicos de Atenas.

Traducciones castellanas

Nota: La abreviatura BCG corresponde a la Biblioteca Clásica Gredos

Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, trad. cast. de M. García Valdés, BCG, Madrid, 1984.
Aristóteles, *Política*, trad. cast. de M. García Valdés, BCG, Madrid, 1988.
Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno* , trad. cast. de A. Guzmán Guerra, BCG, Madrid, 1982.
Demóstenes, *Discursos políticos*, trad. cast. de A. López Eire, BCG, Madrid, 1980-85 (3 vols.).
Esquilo, *Tragedias*, trad. cast. de B. Perea Morales, BCG, Madrid, 1993.
Eurípides, *Tragedias*, trad. cast. de J. L. Calvo Martínez, L. A. de Cuenca, C. García Gual, J. A. López Férez y A. Medina González, BCG, Madrid, 1977-79 (3 vols.).
Heródoto, *Historia*, trad. cast. de C. Schrader, BCG, Madrid, 1977-89 (5 vols.)
Hesíodo, *Obras y fragmentos*, trad. cast. de A. Pérez Jiménez y A. Díez Martínez, BCG, Madrid, 1997.
Homero, *Ilíada* , trad. cast. de E. Crespo, BCG, Madrid, 1996.
Homero, *Odisea* , trad. cast. de J. M. Pabón, BCG, Madrid, 1998.
Isócrates, *Discursos*, trad. cast. de J. M. Guzmán Hermida, BCG, Madrid, 1979-80.
Jenofonte, *Helénicas*, trad. cast. de O. Guntiñas Tuñón, BCG, Madrid, 1994.
Jenofonte, *Obras menores*; Pseudo-Jenofonte, *La república de los atenienses*, trad. cast. de O. Guntiñas Tuñón, BCG, Madrid, 1984.
Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates. Económico. Banquete. Apología de Sócrates*, trad. cast. de J. Zaragoza, BCG, Madrid, 1993.
Lírica griega arcaica, Poemas corales y monódicos, 700-300 a. C., trad. cast. de F. R. Adrados, BCG, Madrid, 1987.
Píndaro, *Odas y fragmentos*, trad. cast. de A. Ortega, BCG, Madrid, 1995.
Platón, *Diálogos I*, trad. cast. de J. Calonge Ruiz, E. Lledó Íñigo y C. García Gual, BCG, Madrid, 1981-99.
Platón, *Diálogos IV. República*, trad. cast. de C. Eggers Lan, BCG, Madrid, 1981-99.
Platón, *Diálogos V*, trad. cast. de M. I. Santa Cruz, A. Vallejo Campos, y N. Luis Cordero, BCG, Madrid, 1981-99.
Plutarco, *Vidas paralelas*, trad. cast. de A. Pérez Jiménez, BCG, Madrid, 1985.
Pseudo-Demóstenes, *Discursos privados II*, trad. cast. de J. M. Colubi Falcó, BCG, Madrid, 1983.
Sófocles, *Tragedias*, trad. cast. de A. Alamillo, BCG, Madrid, 1998.
Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, trad. castellana de J. J. Torres Esbarranch, BCG, Madrid, 1990-93.

GLOSARIO

Academia Escuela fundada por Platón en Atenas durante la década de 380 a. C. en el bosque consagrado al héroe Academo. Su discípulo más famoso fue Aristóteles. La Academia siguió funcionando hasta que el emperador cristiano Justiniano ordenó su cierre, junto con el de otras escuelas paganas, en 529 d. C.

acrópolis Literalmente, «ciudad alta»; ciudadela de una ciudad o población en general. En muchas ciudadelas situadas en lo alto de una colina habían existido palacios micénicos y siguieron siendo lugares especialmente significativos para la vida de la polis. La más famosa es la Acrópolis de Atenas, centro religioso de la ciudad, que fue adornada con magníficos templos durante el siglo v a. C.

ágora En Homero, término utilizado para designar el «lugar de reunión», la asamblea del pueblo. En la época de la ciudad-estado designaba el espacio público de cualquier ciudad o población que se utilizaba a la vez como mercado y centro cívico. Pasear por el ágora era la mejor manera de mantenerse informado acerca de los asuntos públicos, de hacer contactos y negocios, y de escuchar rumores y habladurías.

Anfictiónico, Consejo Organismo que gobernaba una antigua liga formada por los pueblos vecinos de Delfos, la llamada Anfictionía Délfica, encargada de administrar el oráculo. La Anfictionía organizaba además los Juegos Píticos y juzgaba los delitos cometidos contra el oráculo y su territorio. Sus miembros eran *éthnē*, los más importante de los cuales eran los tesalios, los focenses, los beocios, los dorios, y los jonios. Los votos estaban repartidos de forma desigual entre los miembros del Consejo, de suerte que la obtención por parte de Filipo II de los doce de los tesalios y los dos de los focenses puso en sus manos la mayoría de los veintidós que había en total y en consecuencia el control de la Anfictionía.

arconte Título genérico (que significa «autoridad») con el que se designaba al magistrado de mayor rango en las ciudades-estado primitivas. Durante la época clásica, incluso cuando los *stratēgoí* se habían convertido en los magistrados más importantes, en Atenas siguieron eligiéndose (por sorteo) nueve arcontes, encargados de desempeñar funciones judiciales y administrativas. El arcontado era utilizado también en contextos

más amplios; por ejemplo, era el título del jefe civil y militar de la Liga Tesalia. Este arconte era elegido por la asamblea de la Liga y su mandato era vitalicio.

aristocracia El término *aristokratía* («el poder en manos de los mejores») fue acuñado probablemente en el siglo V y era la palabra empleada por la elite para describir el tipo de poder que ejercía, preferible sin duda a *oligarchía*, que tenía connotaciones menos nobles. (Platón define la aristocracia como una buena forma de oligarquía.) El poder y el carácter exclusivo de la aristocracia fueron mayores a comienzos del período arcaico y fueron debilitándose paulatinamente a medida que en las ciudades-estado fueron apareciendo unos sentimientos democráticos más fuertes.

asamblea Junto con el «consejo» (*boulē, gerousía*), uno de los dos elementos primarios de los gobiernos griegos. Desde la Edad Oscura estaba formada por todos los varones adultos de la comunidad. Durante esta misma época, la asamblea (llamada *agorá* en Homero) tenía unos poderes limitados frente a los jefes o caudillos, aunque su convocatoria era imprescindible. A pesar de los intentos de los gobiernos oligárquicos del período arcaico de recortar la autoridad de la asamblea, acabó convirtiéndose en el órgano decisorio de la política del estado. En Atenas, la asamblea o *ekklēsía* se reunía al aire libre en una colina llamada Pnix unas cuarenta veces al año.

bárbaro Término usado por los antiguos griegos para designar a todos los que no eran griegos por su lengua ni por su cultura. Ese contraste no implicaba necesariamente carencia de civilización, tosquedad y salvajismo (los egipcios y los persas, pueblos con una gran civilización y admirados por todos, eran para los griegos «bárbaros»), aunque a partir del siglo V los *bárbaroi* empezaron a ser estigmatizados cada vez en mayor medida como los «otros», pueblos inferiores carentes de los valores intelectuales y morales que pertenecían por naturaleza a los griegos.

basileús Término empleado para designar al monarca legítimo, el «rey». En la sociedad micénica, el título *pasireu* designaba al magistrado que estaba al mando de una aldea o comarca; con la desintegración de los reinos micénicos, se convirtió (en la forma *basileús*) en el título de los caudillos guerreros que gobernaron las distintas aldeas y comarcas de la Edad Oscura. La autoridad de los *basileîs* fue sustituida durante la época arcaica por los aristócratas terratenientes cuyo gobierno constituía una oligarquía.

Batallón Sagrado Cuerpo de elite de la infantería tebana creado en torno a 378 a. C. El Batallón Sagrado estaba formado por 150 parejas de amantes. Desempeñó un papel fundamental en la derrota de Esparta en la batalla de Leuctra de 371 y en las posteriores campañas militares de Tebas, hasta que fue totalmente destruido en la batalla de Queronea en 338 a. C.

boulē El término más habitual para designar al «consejo», que, junto con la asamblea, era una de las dos instituciones primarias de gobierno de los griegos. Formado por los jefes/caudillos y otros varones influyentes durante la Edad Oscura, se convirtió en el principal órgano de poder aristocrático durante la época arcaica. En las ciudades-estado de carácter democrático, el consejo fue convirtiéndose progresivamente en un órgano de la voluntad popular. En la Atenas clásica, la *boulē* estaba formada por quinientos individuos elegidos por sorteo; su función consistía en preparar los asuntos que debían discutirse en la asamblea. Podía juzgar también determinados casos.

Cadmea La acrópolis de Tebas. Su captura por los lacedemonios en 382 a. C. provocó una crisis diplomática gravísima en Grecia.

cella Capilla interior del templo. La estatua criselefantina de Atenea, de más de 25 m. de altura, en la actualidad perdida, se veneraba en la cella del Partenón.

ciudad-estado Véase **polis**.

demagogo Literalmente «conductor del pueblo». Se trata del término utilizado por algunos atenienses para designar a los políticos surgidos en Atenas a la muerte de Pericles. Habitualmente tenía connotaciones negativas e indicaba que al hombre de esas características le interesaba sólo su bienestar, a diferencia del verdadero político, que se preocupaba del bienestar del estado. Pero, frente al uso que habitualmente damos en la actualidad a la palabra «demagogo», era utilizada a veces con un sentido neutral.

democracia Forma de gobierno existente en la Grecia clásica que concedía a todos los varones libres cierto grado de participación en la política, independientemente de su riqueza o de sus antecedentes familiares. Predicaba una ideología igualitaria, aunque lo que prevaleciera fueran las desigualdades económicas y éstas comportaran habitualmente desigualdades políticas. Atenas fomentó los gobiernos democráticos entre sus aliados. Como otras formas de gobierno griegas, la democracia negaba el derecho al voto de la mujer y consideraba justa la esclavitud.

dēmos Territorio y población que vive en él; así pues, es «el país» y «el pueblo». El término aparece en las tablillas en lineal B en la forma *damo*, y significa, al parecer, comunidad de la aldea y sus habitantes de condición libre. Término originariamente neutral, pasó a ser utilizado por los aristócratas (probablemente en el siglo VII) para designar exclusivamente a los «humildes» o «las masas», aunque técnicamente (como ocurre en las inscripciones de carácter legal) seguiría manteniendo su significado exclusivo de «(todo) el pueblo».

demótico Escritura «popular», forma cursiva sumamente simplificada de la escritura jeroglífica, utilizada durante la época helenística para representar la lengua egipcia. La escritura demótica fue la principal forma de escritura empleada en el Egipto ptolemaico para representar la lengua egipcia, y se utilizaba para escribir tanto textos literarios como no literarios.

dicasterios (*dikastēria*) Tribunales populares de Atenas. Como el ateniense era un pueblo particularmente amigo de los pleitos, estos tribunales juzgaban una cantidad enorme de casos. Un dicasterio estaba compuesto por cientos de ciudadanos (varones adultos) elegidos al azar en el último momento entre los individuos que se presentaban voluntarios a formar parte del grupo de jurados de reserva llamado heliea (véase *s. v.*). Tanto el hecho de ser elegidos en el último momento como la gran cantidad de sus componentes, dificultaban el soborno, sobre todo porque los casos vistos por el tribunal de-

bían ser juzgados en un solo día. Como se suponía que el numeroso jurado actuaba en representación del pueblo ateniense, su sentencia no admitía apelación. A partir más o menos de mediados del siglo V, los miembros del jurado recibían una pequeña cantidad de dinero en pago a sus servicios.

dokimasía Examen que los ciudadanos atenienses debían pasar antes de asumir un cargo público. Los adversarios políticos a menudo recurrían a este expediente para impedir que determinado individuo ejerciera un cargo gubernamental.

dracma Véase **moneda ateniense.**

éforo (*éphoros*) «Supervisor»; magistrado existente en Esparta y en otros estados dorios. En Esparta, la asamblea elegía anualmente un colegio de cinco éforos; el de más edad daba el nombre al año. Los éforos tenían mucho poder en el estado espartano, encargándose entre otras cosas de controlar la conducta de los reyes.

ekklēsía Véase **asamblea.** La asamblea ateniense (*ekklēsía*) se reunía entre treinta y cuarenta veces al año en una colina llamada Pnix. En sus sesiones se votaban los asuntos preparados por la *boulē*.

epíklēros Muchacha ateniense carente de hermanos varones, que tenía la obligación de casarse con el pariente más próximo de su padre a fin de que el hijo que tuviera, llamado a heredar los bienes de la familia, descendiera de su abuelo por línea paterna. A menudo suele traducirse este término por «heredera», aunque de hecho la *epíklēros* no podía heredar nada personalmente, y precisamente por eso tenía que contraer un matrimonio forzoso.

estela Lápida que contiene una inscripción, algún motivo decorativo, o las dos cosas a la vez. Las estelas podían utilizarse para señalar el emplazamiento de una tumba, para conmemorar una victoria militar, o para marcar las lindes de una propiedad rústica. También podía escribirse en ellas el texto de decretos, leyes y tratados.

estratego Término genérico que designa a la «autoridad militar». En las ciudades-estado, este cargo solía tener carácter político además de militar. En Atenas, a partir de 487, los diez *stratēgoí* eran los únicos magistrados de alto rango que se elegían directamente (los demás se escogían por sorteo); de ese modo, casi todos los políticos importantes del siglo V fueron estrategos. En el período helenístico, durante los reinados de Alejandro III, Filipo III y Alejandro IV, *stratēgós* («general») era el título de la autoridad militar macedonia de mayor rango que había en Europa y Asia. Los cuatro estrategos atestiguados durante este período fueron Antípatro, Poliperconte y Casandro en Europa, y Antígono Monoftalmo en Asia.

éthnos Término utilizado para designar a un grupo numeroso de personas que tenían una identidad y un territorio comunes, pero que no estaban unidas políticamente, sino que preferían conservar su autonomía local. Un rasgo característico de los *éthnē* griegos es que a partir del siglo VI a. C. mostraron una capacidad cada vez mayor para actuar como estados unificados formando federaciones de segmentos locales y regionales del

éthnos. Durante el siglo IV, las confederaciones y ligas étnicas desempeñaron un papel destacado, cuando no dominante, en la geopolítica de Grecia.

falange La formación táctica del ejército hoplítico, consistente durante las épocas arcaica y clásica en filas de soldados de infantería pesada, normalmente de ocho en fondo. La falange sufrió diversos cambios y experimentaciones durante los siglos V y IV. La nueva forma de falange introducida por Filipo II de Macedonia dio muy buenos resultados. Estaba formada por seis batallones de mil quinientos hombres cada uno, cuyo reclutamiento respondía a un criterio regional. El armamento de la «falange» macedonia constaba de espada corta, un pequeño escudo redondo, y una lanza (*sárissa*) de más de 5 m. de longitud; combatía en formaciones rectangulares de dieciséis hombres en fondo.

fratría Subdivisión de la tribu (*phylē*) y, al menos teóricamente, grupo de parentesco. En la época clásica las fratrías eran grupos sociales bien definidos encargados de determinar los orígenes familiares del individuo y por lo tanto su pertenencia al colectivo de ciudadanos. Toda familia ciudadana de Atenas pertenecía a una fratría.

frontón Grandes espacios triangulares situados por encima de las columnas en las fachadas anterior y posterior de los templos griegos. Solían estar decorados con elaborados relieves escultóricos.

génos «Estirpe, clan». Grupo social formado por familias que afirmaban tener un antepasado común. El *génos*, al frente del cual estaba la familia más importante de todas las que lo integraban, desempeñó un papel destacado como grupo político durante toda la época arcaica. El poder y la influencia de los *génē* aristocráticos disminuyeron durante la época clásica, pero el *génos* siguió confiriendo prestigio social a las familias que lo integraban.

gerousía «Consejo de ancianos» (de *gérōn*, «anciano»). Término utilizado en Esparta y otras polis para designar al consejo aristocrático. La *gerousía* espartana estaba formada por los dos reyes y veintiocho ancianos mayores de 60 años, cuyo cargo era vitalicio.

graphē paranómōn Procedimiento que empezaron a utilizar los atenienses a finales del siglo V a. C. para acusar a un individuo de presentar ante la asamblea mociones ilegales. Como los atenienses carecían de una Constitución propiamente dicha, resultaba muy difícil determinar qué leyes eran ilegales, y el procedimiento fue utilizado con frecuencia a modo de ataque político. El ciudadano que era hallado culpable por este procedimiento, solía ser condenado a pagar una multa; tres condenas por el mismo motivo comportaban para el individuo la prohibición de presentar nuevas propuestas.

hēgemōn Estado o individuo que acaudillaba una organización de estados. Atenas, por ejemplo, era el *hēgemōn* de la Liga de Delos, y Esparta el de la Liga del Peloponeso. Se decía que un *hēgemōn* ostentaba la hegemonía, de ahí que el período de supremacía tebana de la década de 360 a. C. suela llamarse Hegemonía de Tebas. *Hēgemōn* era también el título del presidente de la Liga de Corinto. Este *hēgemōn* era elegido oficialmente por el consejo de la Liga y era el presidente y comandante en jefe de las fuerzas armadas de la organización, con plenos poderes para dirigir sus actividades militares y diplomáticas.

hektēmoroi Término utilizado en la Atenas de Solón que significa «los de la sexta parte», y que probablemente designe a los labradores pobres que se habían endeudado con los terratenientes ricos y debían entregarles la sexta parte del producto de sus cosechas so pena de ser esclavizado por deudas.

helenos Nombre que se daban (y siguen dándose) a sí mismos los griegos. Según el mito, tenían un antepasado común epónimo, Helén, hijo de Deucalión —el Noé griego—, y padre a su vez de los antepasados epónimos de los dorios, los jonios, y los eolios. Existen buenas razones para creer que el nombre común (y el mito que lo justifica) surgió en fecha relativamente tardía, quizá en el siglo VIII a. C.

heliea El grupo de posibles jueces (jurados) entre los que eran elegidos los dicasterios (véase *s. v.*). Cualquier ciudadano (varón adulto) podía presentarse candidato.

hétairos «Compañero» o «camarada». Durante la Edad Oscura, las pandillas de camaradas o *hétairoi* formaban el respaldo político y militar de los caudillos que los reclutaban y recompensaban. Las asociaciones de *hétairoi* con fines políticos siguieron funcionando en las ciudades-estado (véase **heterías**). En Macedonia, los *hétairoi* constituían un grupo de elite de guerreros y consejeros que formaban el séquito y la guardia personal del rey.

hetera (*hetaíra*) Término que significa literalmente «compañera», con el que se designaba normalmente a las cortesanas en la Atenas clásica. Las heteras solían pertenecer a la clase de los metecos. Generalmente eran más cultas que las ciudadanas; eran educadas (habitualmente por heteras de más edad) para resultar interesantes y divertidas, y no para ser austeras administradoras de los bienes de la familia. Como las leyes de ciudadanía de Pericles de 451-450 impedían que los hijos de un ciudadano casado con una meteca gozaran de los derechos de ciudadanía de su padre, muchos atenienses preferían mantener relaciones estables con heteras y casarse legalmente con mujeres de condición ciudadana. Algunas heteras lograron convertirse en amantes fijas o incluso en esposas de hecho, pero otras, menos afortunadas, eran básicamente prostitutas.

herías (*hetaireíai*) Los sistemas militares vigentes en algunas ciudades, como por ejemplo las cretenses, agrupaban a los varones en *hetaireíai* o «pandillas de compañeros», pero el término suele asociarse sobre todo con Atenas. En esta ciudad, los jóvenes de clase alta solían pertenecer a heterías o clubs sociales cargados de resonancias políticas, a menudo de carácter antidemocrático. Corrió el rumor de que la mutilación de los hermes de 415 fue obra de una de esas heterías, y la actividad subversiva de estas asociaciones probablemente desempeñara un papel importante en las revoluciones oligárquicas de 411 y 404.

hippeîs Véase **Solón, sistema de.**

hoplita (*hoplítēs*) Soldado de infantería pesada, cuyo nombre deriva de su característico escudo (*hóplon*). Los hoplitas se convirtieron en la unidad más importante del ejército a partir del siglo VII, aunque experimentaron paulatinos cambios en el terreno del armamento y de la táctica. Como los gobiernos griegos no proporcionaban armas a sus soldados, los hoplitas solían pertenecer a la clase media, es decir, eran hombres que podían permitirse la adquisición de una armadura y una espada, a diferencia de los remeros de la flota, que normalmente eran *thētes* (véase ***thēs***).

hospitalidad (*xenía*) Forma de alianza ritual en virtud de la cual un extranjero (*xénos*) entraba en relación de amistad mutua con un individuo de otro *dēmos*, obligándose recíprocamente a ofrecer hospitalidad y ayuda cuando cualquiera de ellos visitase la comunidad del otro. El vínculo se perpetuaba de generación en generación entre las dos familias. Rasgo destacado de la sociedad homérica, la *xenía* siguió vigente durante toda la Antigüedad, evolucionando en el marco de las ciudades-estado hasta convertirse en un tipo de relación diplomática más formal, la proxenía (véase *s. v.*).

ilotas Término usado para describir a ciertos grupos de población griega conquistada, que se veían obligados a trabajar como siervos en las tierras que anteriormente habían sido suyas. La palabra suele relacionarse con Esparta, donde probablemente los ilotas superaran numéricamente a los ciudadanos en una proporción de siete a uno. El modo de vida espartano se basaba en la propiedad estatal de la fuerza de trabajo de miles y miles de ilotas de Laconia y Mesenia. El temor a posibles sublevaciones de los ilotas disuadía a veces a los espartanos de emprender campañas militares lejos de su patria.

klēros Parcela de tierra de tamaño lo suficientemente grande como para mantener a una familia de ciudadanos; se heredaba a perpetuidad por línea paterna. En los estados oligárquicos, la ciudadanía de pleno derecho a menudo llevaba aparejada la posesión de una determinada cantidad de tierras.

kórē «Doncella». Término utilizado para describir las estatuas de mármol de tamaño natural o incluso más grandes, propias del período arcaico, que representan a una mujer vestida, y que eran utilizadas como monumento votivo o funerario. El término *koûros* («muchacho») se usa para las estatuas del mismo estilo que representan figuras de hombres desnudos.

Libertad de los griegos Eslogan propagandístico utilizado por varios reyes helenísticos y por los romanos para atraerse el apoyo de las ciudades griegas. Aunque la proclamación de la «libertad» comportaba garantías de que las ciudades conservaran su libertad y su autonomía y no tuvieran que admitir guarniciones extranjeras, en la práctica los distintos monarcas no dudaron en intervenir en los asuntos de la polis para conseguir sus objetivos.

Liceo Escuela fundada por Aristóteles en Atenas en 355 a. C. Se convirtió en un gran centro dedicado a los estudios científicos; los discípulos de Aristóteles recopilaron en el Liceo las constituciones de 158 estados.

Liga de Corinto Término utilizado por los especialistas modernos para designar la alianza organizada con el fin de aplicar la Paz Común establecida por Filipo II en 338 a. C. La Liga estaba formada por las principales ciudades y *éthnē* de Grecia excepto Esparta, y garantizaba a sus miembros la libertad, la autonomía, la acción colectiva contra los estados que rompieran la paz, y la protección contra cualquier propuesta de cancelar

las deudas y liberar a los esclavos que se presentara. La Liga de Corinto proporcionó el marco necesario para la dominación de Grecia por los macedonios hasta que fue disuelta por Antípatro en 322 a. C.

Liga de Delos Nombre moderno dado a la confederación organizada bajo la hegemonía de Atenas al término de las Guerras Médicas. Fundada en 477 a. C., la Liga fue convirtiéndose poco a poco en un imperio ateniense a medida que Atenas fue obligando a los estados que la formaban a seguir perteneciendo a ella contra su voluntad, o a unirse a ella si todavía no lo habían hecho.

Liga del Peloponeso Nombre que actualmente se da a una organización capitaneada por Esparta y que data a grandes rasgos del siglo VI a. C. Los especialistas dicen en tono mordaz que no era ni liga ni del Peloponeso. Estaba formada por Esparta y algunos aliados suyos menos poderosos que juraban tener los mismos amigos y enemigos que los espartanos. Por consiguiente, mantenían lazos de unión con Esparta, pero no entre sí; algunos miembros importantes de la Liga, como por ejemplo Tebas, se hallaban incluso situados fuera del Peloponeso. El estado más importante de la organización después de Esparta era Corinto, que aportaba su potencia naval. Tras su victoria sobre Atenas en la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), Esparta empezó a intervenir cada vez más en los asuntos internos de sus aliados, causando graves tensiones entre ellos. La Liga quedó disuelta finalmente en la década de 360 a. C.

liturgias Sistema fiscal indirecto en virtud del cual los ricos tenían la obligación de gastar su dinero en el servicio del estado. Algunas liturgias consistían en financiar el adiestramiento de un coro para los espectáculos dramáticos, otras en financiar una delegación de la ciudad a una fiesta religiosa celebrada en otro estado, etc. La más costosa era la trierarquía, por la que un ciudadano debía mantener una trirreme durante un año y pagar el adiestramiento de su tripulación.

mégaron Edificio rectangular de grandes dimensiones que servía como principal punto de referencia de los palacios micénicos. Su función de «gran salón» del monarca siguió viva durante el gobierno de los caudillos/jefes de la Edad Oscura. En las ciudades-estado, la estructura del viejo *mégaron* alcanzó la inmortalidad convirtiéndose en la planta básica del templo griego.

metecos Extranjeros residentes en una ciudad-estado griega. Probablemente hubiera metecos en toda Grecia, pero sólo conocemos los de Atenas. Aunque carecían de derechos de ciudadanía, los metecos se mezclaban sin ningún problema con el resto de la sociedad ateniense, y a veces se reclamaba su concurso en tiempos de guerra. Las heteras solían ser metecas, aunque la mayoría de las mujeres de esta clase probablemente fueran respetables amas de casa.

metrópoli «Ciudad-madre». Término con el que se designa a la polis que enviaba una colonia y la ponía bajo su égida. Las relaciones entre la metrópoli y la nueva polis normalmente eran muy estrechas, y comportaban la existencia de lazos económicos, políticos y espirituales.

mina Véase **moneda ateniense.**

mito Todas las culturas poseen mitos, relatos tradicionales que tratan de aspectos de la vida que revisten gran importancia para la colectividad (e. g., el matrimonio, la iniciación, la comida, las instituciones culturales, las relaciones entre dioses y hombres, etc.). Los griegos poseían un riquísimo fondo de ese tipo de leyendas transmitidas oralmente, que se remontan al segundo milenio a. C., y continuamente fueron creciendo con añadidos tomados de las mitologías del Oriente Próximo. Los historiadores griegos se basaron en los viejos mitos para reconstruir su pasado antes de la utilización de la escritura. Los investigadores modernos intentan extraer de ellos realidades históricas o psicológicas.

moneda ateniense Entre las unidades monetarias de Atenas podemos citar el óbolo, la dracma, la mina, y el talento. Seis óbolos eran una dracma; cien dracmas, una mina; y sesenta minas (i. e., 6.000 dracmas) un talento. El que poseía un talento era rico. En la Atenas del siglo V, una moneda de una dracma de plata se consideraba un buen jornal para un obrero no cualificado, y probablemente representara el salario con el que vivía una familia pequeña. Una dracma era el sueldo habitual de un remero de la flota. Mantener una trirreme costaba un talento al mes.

móthax (plural *móthakes*) Los *móthakes* eran una clase que surgió en Esparta durante la Guerra del Peloponeso. Algunos eran hijos de padre espartano y madre ilota, otros eran hijos de espartiatas empobrecidos que no podían seguir manteniendo su *status* en el colectivo de los «iguales» a través de la contribución a las comidas en común.

nómos Costumbre o ley. A veces podría traducirse por «lo consuetudinario», «lo convencional», términos que indican una manera de hacer las cosas profundamente arraigada en un determinado sistema de valores. Sin embargo, en otras ocasiones puede utilizarse en un contexto jurídico; así, por ejemplo, las normas establecidas por Solón se llamaban *nómoi.*

nomothétai Magistrados atenienses creados tras la restauración de la democracia en 403 a. C. Los *nomothétai* se encargaron de la revisión y ratificación de las leyes de Atenas.

óbolo Véase **moneda ateniense.**

oikistēs El *oikistēs* (nótese que deriva de la raíz *oîkos*) era el «fundador» y jefe de una colonia enviada por una metrópoli. Como tal fundador, tenía gran autoridad en el nuevo asentamiento y generalmente recibía grandes honores a su muerte.

oîkos «Casa, familia». La unidad social y económica fundamental de la sociedad griega, que comprendía el grupo familiar, su casa, sus tierras, sus animales, y todos sus bienes, incluidos los esclavos.

oligarquía La *oligarchía* («gobierno de unos pocos») fue la forma de gobierno habitual de las ciudades-estado primitivas, que sustituyó al sistema de los jefes/caudillos de

mayor o menor rango. La oposición proveniente de los estratos situados por debajo del estrecho círculo de gobernantes hizo que la mayoría de las oligarquías se ampliaran e incluyeran a más personas en la gestión de los asuntos del estado, mientras que otras ciudades adoptaron gobiernos democráticos. Las polis democráticas fueron víctima de revoluciones oligárquicas, como ocurrió en Atenas en 411 y más tarde en 404 a. C. Durante los siglos V y IV, las tensiones entre oligarcas y demócratas —que a menudo vinieron a sumarse a las existentes entre ricos y pobres, sobre todo en los momentos de dificultad económica inmediatamente posteriores a la conclusión de la Guerra del Peloponeso— fueron un factor constante de la vida política griega y a veces desembocaron en derramamientos de sangre.

Pajes del Rey Los Pajes del Rey era un cuerpo de jóvenes reclutados, probablemente cuando aún eran adolescentes, entre la aristocracia macedonia. Los pajes vivían en la corte real y eran los servidores personales del monarca; vigilaban su sueño, lo acompañaban en sus cacerías, y realizaban cualquier otra tarea que se les encomendara. La institución fue creada por Filipo II y constituía el primer paso de la carrera de un aristócrata macedonio.

Paz Común Término utilizado para describir una serie de tratados de paz del siglo IV a. C., el primero de los cuales fue la Paz del Rey de 387, y el último, el que patrocinó Filipo II tras la batalla de Queronea en 338. El rasgo característico de todos estos tratados era que garantizaban la autonomía de todos los estados que los suscribían.

Paz del Rey Tratado que puso fin a la Guerra de Corinto en 387 a. C. En ella desempeñó un papel decisivo el rey Artajerjes II de Persia; a los griegos les sentó muy mal el texto del tratado que comenzaba con las siguientes palabras: «Yo, el rey Artajerjes, considero justos los siguientes acuerdos...»

peltastas Soldados griegos de infantería ligera caracterizados por el uso de picas arrojadizas y un escudo pequeño y redondo. Funcionaban como unidades encargadas de realizar escaramuzas y podían ser desplegados solos o en concurrencia con los hoplitas. Aunque ya fueron utilizados durante la Guerra del Peloponeso, su importancia se incrementó notablemente durante el siglo IV. El general ateniense Ifícrates debió sus triunfos a la destreza de sus peltastas.

pentakosiomédimnoi Véase **Solón, sistema de**.

periecos «Los que viven alrededor»; término usado para designar a los pueblos vecinos que mantenían una relación de subordinación respecto de una polis. El ejemplo más notable es el de Esparta, que trataba a los miembros de las comunidades periecas de Laconia y Mesenia como ciudadanos de segunda categoría, concediéndoles una autonomía local, pero obligándoles a prestar servicio militar sin tener voz en la gestión política del estado.

phylai Término que designa a los grandes grupos basados en la existencia de un antepasado común en los que se dividía un *dēmos*. Las comunidades jonias tenían ocho de esas «tribus», como las denominan los modernos especialistas, en cambio las dorias tenían tres. Las tribus funcionaban en las ciudades-estado a modo de unidades de organización. En la reforma del gobierno ateniense realizada por Clístenes, se pasó por alto la división tradicional en cuatro tribus y el Ática se dividió a efectos políticos y militares en diez nuevas *phylai*.

polémarchos El cargo de *polémarchos* («comandante de la guerra») era habitual en muchas ciudades-estado primitivas. Como comandante supremo del ejército durante un determinado período de tiempo, por lo general un año, sometido a la política diseñada por el consejo aristocrático, el polémarchos tenía unos poderes limitados. En Atenas, el polémarchos se vio eclipsado en 500 a. C. por el nuevo colegio de los diez estrategos, los generales elegidos entre las nuevas diez *phylai*. A partir de 487 a. C., cuando el polémarchos empezó a ser elegido por sorteo, sus funciones pasaron a tener sobre todo un carácter jurídico y ceremonial.

polis «Ciudad», «población». A partir del siglo VIII, el término *pólis* pasó a designar a la comunidad política compuesta por una ciudad principal y las zonas rurales vecinas, que en conjunto formaban una entidad de autogobierno llamada habitualmente «ciudad-estado». La pequeña polis fue la principal forma de comunidad griega durante toda la Antigüedad, llegando a contarse por centenares en el siglo V a. C. Con la excepción de Esparta, las *póleis* tenían generalmente algún tipo de gobierno republicano, ya fuera de carácter oligárquico o democrático. Como el sistema de la polis comportaba siempre algún grado de autoconciencia política, quedó abierta la cuestión de si una ciudad gobernada por un tirano podía ser considerada una polis o no.

prítano (*prýtanis*) Uno de los títulos que se daba al magistrado (o colegio de magistrados) de una ciudad-estado. Según la reorganización de la *boulē* ateniense (508 a. C.), había diez grupos de cincuenta prítanos cada uno, elegidos por sorteo entre las nuevas diez «tribus» (*phylai*), que se turnaban como magistrados encargados de dirigir los asuntos ordinarios de la *boulē* y de la *ekklēsía* durante una décima parte del año. Cada uno de esos grupos de cincuenta hombres constituía una pritanía.

probuléutico Dícese de la función del consejo (*boulē*) consistente en preparar los asuntos políticos del estado para su discusión en la asamblea.

probulos En Atenas, comité de diez ancianos nombrado para dirigir el gobierno en 413 a. C. La creación de los *próbouloi* se debió al impacto producido por el desastre de Sicilia.

proskynēsis Nombre que empleaban los griegos para designar el saludo ritual que entre los persas los inferiores daban a sus superiores, y que todos los persas daban a su rey. En su forma más simple, la *proskynēsis* consistía sólo en tirar un beso. Pero la *proskynēsis* ante el rey exigía que el individuo se prosternara ante el soberano. Aunque los persas no pensaban que sus reyes fueran criaturas divinas, los griegos y los macedonios consideraban que la *proskynēsis* sólo debía realizarse ante los dioses y llevaron siempre muy a mal cualquier intento de obligarlos a efectuarla.

proxenía Término utilizado para designar el tipo de relación diplomática en virtud de la cual el ciudadano de un estado, llamado próxeno, velaba por los intereses de otro esta-

do en su propia comunidad. El próxeno era muy honrado por el estado extranjero al que representaba. El sistema de la proxenía fue el resultado del sistema más antiguo de la *xenía* u «hospitalidad» entre particulares (véase *s. v.*).

redistributivo, sistema Término utilizado para designar un tipo de organización económica y política que encontramos en los reinos del Oriente Próximo y la Grecia de la Edad del Bronce; según este sistema, la mayor parte de la población agrícola y artesanal de una región era controlada desde el centro (el rey y su palacio), que redistribuía los recursos según le pareciera conveniente. En las ciudades-estado griegas, en cambio, el gobierno ejercía sólo un control limitado de la producción y su distribución. Véase **liturgias**.

rétores Nombre dado a los individuos que decidían dedicarse intensamente a la política ateniense durante el siglo IV, proponiendo decretos y pronunciando discursos en la asamblea. A menudo se traduce por «políticos».

sátrapa Título de los gobernadores de las principales subdivisiones territoriales del imperio persa, luego del de Alejandro III, y más tarde del reino seléucida. Durante la Guerra del Peloponeso, los sátrapas de la costa de Asia Menor, Tisafernes y Farnabazo, gozaron de una independencia notable respecto al rey y entablaron negociaciones libremente con los estados beligerantes.

satrapía Originalmente provincia del imperio persa. Alejandro III conservó el sistema de satrapías del imperio persa como marco administrativo del suyo. Tras la división del imperio realizada por Antígono Monoftalmo en 301 a. C., el término pasó a utilizarse para designar a las subdivisiones territoriales mayores del reino seléucida.

Segunda Confederación Ateniense Organización capitaneada por Atenas en la que muchos estados se integraron voluntariamente, unos desde su creación en 377 y otros con posterioridad. Aunque los estados miembros enviaban delegados a un órgano deliberativo común llamado sinedrio, y por lo tanto tenían mucho más poder de decisión a la hora de determinar la política de la organización de la que tuvieron los infelices aliados de la Liga de Delos, no dejaron de aparecer descontentos y la alianza empezó a desintegrarse a finales de la década de 370. Las defecciones se multiplicaron en la década de 350, y la Confederación quedó disuelta definitivamente cuando se estableció la Liga de Corinto en 338 a. C.

sinecismo Término utilizado para designar el proceso en virtud del cual varias comunidades distintas se unen para formar una sola entidad política mayor. El sinecismo designa también más concretamente al movimiento de pueblos procedentes de varias comunidades que se unen para formar una nueva colonia mixta.

sinedrio Consejo representativo como, por ejemplo, el de la Segunda Confederación Ateniense (véase *s. v.*) o el de la Liga de Corinto (*s. v.*). El sinedrio de la Segunda Confederación Ateniense estaba formado por un solo representante de cada estado miembro y gobernaba la alianza junto con la asamblea ateniense; las decisiones políticas tenían que ser aprobadas por ambos organismos. El sinedrio de la Liga de Corinto estaba formado por representantes de las ciudades y *éthnē* que componían la Liga. Este último sinedrio era el responsable del mantenimiento de la Paz Común (*s. v.*) que estableció la propia Liga y tenía poderes para actuar como árbitro en las disputas que pudieran surgir entre sus miembros y para juzgar a los individuos acusados de traicionar sus objetivos.

sofistas Intelectuales itinerantes de la segunda mitad del siglo V a. C. que se dedicaban a la enseñanza y a pronunciar discursos. Algunos eran ante todo maestros de oratoria, mientras que otros se dedicaban a hacer ingeniosas especulaciones acerca de la sociedad, que ponían en entredicho las convenciones más arraigadas. Los sofistas se sintieron atraídos por el ambiente reinante en Atenas, donde la reacción de la población frente a ellos fue ambivalente. Platón dedica una parte importante de sus diálogos a desacreditar a los sofistas, acusándolos de sustituir la verdadera sabiduría, como la que poseía Sócrates, por una vana demostración de elocuencia.

Solón, sistema de Según las reformas introducidas a comienzos del siglo VI a. C. por Solón, el poder político asignado a los ciudadanos atenienses se basaba en la cantidad del producto que daban sus tierras (criterio equivalente más o menos a la cantidad de tierras que poseían). Basándose en las clases de propietarios que ya llevaban existiendo desde hacía tiempo, Solón dividió a los ciudadanos en cuatro categorías. Para pertenecer a la clase más alta, la de los *pentakosiomédimnoi* o «[productores] de 500 medimnos», un individuo debía poseer unas tierras que produjeran como mínimo 500 *médimnoi* (barriles) de aceite, vino, o grano en general. Por debajo de ellos se situaban los *hippeîs* («caballeros», es decir, los que podían permitirse el lujo de criar un caballo para servir en la caballería), cuya renta superaba los 299 medimnos, pero no llegaba a los 500. Después venían los *zeugítai*, es decir, los que poseían una yunta de bueyes, y producían entre 200 y 299 medimnos. La clase más baja (pero siempre por encima de los esclavos) era la de los *thētes*, los hombres más pobres cuyas tierras producían menos de 200 barriles; algunos ni siquiera tenían tierras y por lo tanto no producían ni un solo medimno.

stásis Término que significa en principio la «postura» que adopta un grupo de individuos en un debate político —es decir, una facción—, y por extensión la acción misma de tomar postura. En las ciudades-estado, la *stásis* («discordia civil») enfrentaba a las facciones oligárquicas y a los pobres contra los ricos. En el peor de los casos, la *stásis* comportaba el derramamiento de sangre; por eso uno de los principales objetivos de las ciudades-estado era mantenerla dentro de los límites de la no violencia.

supremo Término antropológico que designa a la autoridad superior de un grupo o comunidad. Los grandes héroes guerreros de los poemas homéricos, que gobiernan sobre otros caudillo en calidad de «primus inter pares» representan a los jefes/caudillo supremos que ostentaron el poder entre lo siglos X y VIII a. C.

sympósion Durante la época arcaica y también más tarde, era la reunión para «beber en común» que celebraba después de cenar un grupo reducido de hombres (entre catorce y treinta). Se trataba de un acontecimiento habitual de la vida social de los varones adultos, sobre todo los de la elite. El simposio («bebida en común», por lo tanto su significado etimológico no tiene nada que ver con el que le damos hoy día en nuestra lengua, cf. DRAE) constituía un rito importante entre los jóvenes aristócratas, que contribuía a

strechar los vínculos existentes entre ellos, y (como las heterías, véase *s. v.*) proporionaba a menudo la ocasión ideal para que las facciones urdieran sus tramas.

alento Véase **moneda ateniense.**

émenos Durante la época micénica y en la Edad Oscura, un témenos era una parcela le tierra de la mejor calidad que se entregaba por derecho propio a las familias más noables. El témenos designaba también el recinto sagrado de un dios o héroe, dentro del ual se encontraba su altar y con frecuencia otros edificios de carácter ritual o cultual. Este último significado es el que acabó prevaleciendo a partir del período arcaico, cuando la costumbre de conceder tierras a los jefes de la comunidad fue perdiendo vigencia aunque no llegara a desaparecer del todo), debido a la escasez de buenas tierras.

Teórico, Fondo del Fondo especial creado en Atenas por Eubulo probablemente durante la década de 350 a. C. En tiempos de paz se nutría con los excedentes fiscales que quedaban una vez realizados todos los gastos anuales previstos por la ley. La finalidad de este fondo era permitir a los atenienses pobres asistir a los espectáculos públicos, pero se utilizaba también para muchos otros fines, entre ellos las obras de mejora de los astilleros y arsenales públicos. En tiempos de guerra cabía la posibilidad de utilizar esos excedentes con fines militares si así lo decidía la asamblea, pero era una medida muy impopular.

hēs Término con el que designaba al hombre libre que por su pobreza se veía obligado a trabajar como jornalero. En Atenas, según las divisiones económicas atribuidas a Solón (*ca.* 600 a. C.), los *thētes* constituían la clase más baja de los ciudadanos.

Treinta, Los Gobierno títere pro-espartano establecido por Lisandro en Atenas en 404 a. C. Al cabo de un año, después de asesinar a más de mil ciudadanos y metecos cuyos bienes ambicionaban, los Treinta fueron derrocados.

tholos Tipo de tumba de piedra monumental no subterránea (en forma de colmena) que gozó de mucha popularidad entre las elites del Bronce Reciente. En época clásica existió un tipo de estructura circular, también llamada *thólos* (plural *thóloi*), que se utilizaba como templo o como edificio público.

trirreme Término utilizado hoy día para designar al buque de guerra típico de los griegos (*triērēs*) durante la época clásica. La trirreme, que era impulsada por tres filas de remeros y alcanzaba velocidades de hasta nueve nudos, se servía de su espolón de bronce para inutilizar las naves enemigas. Los remeros atenienses estaban especializados en efectuar este tipo de maniobra, lo que permitió a la flota de Atenas dominar la guerra por mar durante todo el siglo V.

tiranía (*tyrannís*) Toma ilegal del poder político de una polis y ejercicio del mismo modo por un solo hombre fuerte, el «tirano» (*týrannos*). Durante los siglos VII y VI a. C. la tiranía supuso una fase de transición en muchas ciudades-estado, y a menudo ha sido considerada una fase intermedia entre la oligarquía más severa y otros tipos de régimen más democráticos. A finales del siglo V y durante parte del IV, apareció un nuevo tipo de tirano, el dictador militar, especialmente en Sicilia.

wánax «Señor», «amo». Título del monarca de un reino micénico. En la forma *ánax* aparece en Homero como título aplicado a los dioses y a los caudillos de mayor rango.

xenía Véase **hospitalidad.**

zeugítai Véase **Solón, sistema de.**

LISTA DE MAPAS Y PLANOS DE BATALLAS

Grecia y el mundo egeo 26
Centros micénicos del siglo XIII a. C. 54
La colonización griega: 750-500 a. C. 121
El ágora durante la época arcaica, *ca.* 500 a. C., con los primeros edificios 145
El Peloponeso 165
El Ática 208
El imperio persa en tiempos de Darío 214
Las Guerras Médicas 225
El imperio de Atenas 236
Sicilia y el sur de Italia 277
Alianzas al comienzo de la Guerra del Peloponeso 286
Teatros de operaciones durante la Guerra del Peloponeso 318
Diagrama de Siracusa y Epípolas 336
Macedonia y sus vecinos 400
Las campañas de Alejandro 422
Plano de la batalla de Iso 432
Plano de la batalla de Gaugamela 439
La concepción griega del mundo habitado 445
El mundo helenístico 470

NOTA EXPLICATIVA DE LÁMINAS E ILUSTRACIONES

1.1a. Plano del palacio minoico de Cnosos. Tomado de Raimond Higgins, *The Archaeology of Minoan Crete* (Londres: The Bodley Head, 1973), p. 41.

1.1b. Vista de las ruinas del palacio minoico de Festo. Fotografía: The J. Allan Cash Photo Library, Londres.

1.2. Fresco del Pescador procedente de Tera. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. Fotografía: Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín.

1.3a. Puñal con incrustaciones. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. Fotografía: Hirmer Fotoarchiv, Múnich.

1.3.b. Planta y sección longitudinal de la tumba en forma de *tholos* de Kato Phournos, Micenas. Fotografía: British School, Atenas.

1.3c. Bóveda de una tumba en forma de *tholos*, Micenas. Fotografía: Hirmer Fotoarchiv, Múnich.

1.3d. Máscara de oro procedente de las tumbas de fosa de Micenas. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. Fotografía: Foto Marburg/Art Resource, Nueva York.

1.4b. La sala del *mégaron* de Pilos. Fotografía: Alison Franz.

1.4c. La «Puerta de los Leones». Fotografía: Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín.

1.5a. Tablilla en lineal B procedente de la Cnosos micénica. Ilustración tomada de John Chadwick, *The Decipherment of Linear B*, 2ª edn. (Cambridge: Cambridge University Press, 1976), p. 16. Reproducida con permiso de la editorial.

1.5b. Tablilla con el dibujo de un carro procedente de la Cnosos micénica. Ilustración tomada de John Chadwick, *The Decipherment of Linear B*, 2ª edn. (Cambridge: Cambridge University Press, 1976), p. 108.

1.6a. Estatuilla de una diosa procedente de Cnosos. Heraclion, Creta, Museo Arqueológico. Fotografía: Foto Marburg/Art Resource, Nueva York.

1.6b. Anillo de oro procedente de Cnosos. Heraclion, Creta, Museo Arqueológico. Fotografía: Hirmer Fotoarchiv, Múnich.

1.7. Armadura de planchas de bronce y casco de colmillos de jabalí. Museo de Nauplion. Fotografía: Instituto Alemán de Arqueología, Atenas.

2.1a. Vaso submicénico. Atenas, Museo del Cerámico K2616. Fotografía: Instituto Alemán de Arqueología, Atenas.

2.1b. Vaso protogeométrico tardío. Atenas, Museo del Cerámico K576. Fotografía: Instituto Alemán de Arqueología, Atenas.

2.2a. La «casa del jefe de la aldea» de Nichoria. Ilustraciones tomadas de William A. McDonald *et alii, Excavations at Nichoria in Southwest Greece: Vol. III, Dark Age and Byzantine Occupation* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983), pp. 36-37, Figs. 2.22 y 2.23. Reproducidas con permiso de la editorial.

2.2b. Casa «corriente» de la Edad Oscura. Ilustración tomada de William A. McDonald, *Progress into the Past: The Rediscovery of Mycenaean Civilization*, edn. rev. (Bloomington: Indiana University Press, 1990), p. 368, Fig. 103. Reproducida con permiso de la editorial.

2.3. Joyas de oro procedentes de la tumba de una ateniense rica. Atenas, Museo del Ágora. Fotografía: American School of Classical Studies at Athens.

2.4a. Ejemplos de *graffiti* en vasos del siglo VIII. Transcripciones: L. H. Jeffery, LSAG en J. N. Coldstream, *Geometric Greece* (Huntingdon, Inglaterra: A&C Black Publishers Ltd., 1977), p. 298. Reproducidas con permiso de la editorial.

2.4b. Vaso del Geométrico Reciente procedente de la necrópolis del Dípilon. Atenas, Museo Arqueológico Nacional NM192. Fotografía: Instituto Alemán de Arqueología, Atenas.

2.5a. Gran ánfora sepulcral del Geométrico Reciente procedente del cementerio del Dípilon. Atenas, Museo Arqueológico Nacional 804. Fotografía: Instituto Alemán de Arqueología, Atenas.

2.5b. Detalle de la Figura 2.5a. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. Fotografía: Instituto Alemán de Arqueología, Atenas.

2.6. Estatuilla de bronce que representa a un hombre y a un centauro. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art 17.190.2072. Donación de J. Pierpont Morgan, 1917. Fotografía del propio Museo.

3.2. Vaso corintio con batalla de hoplitas. Roma, Museo Nacional de Villa Giulia. Fotografía: Hirmer Fotoarchiv, Múnich.

3.3a. Ánfora ateniense. Boston, The Museum of Fine Arts 01.8037. Henry Lillie Pierce Fund. Fotografía del propio Museo.

3.3b. Escena de *sympósion* representada en una cratera en forma de cáliz ateniense de figuras rojas. Múnich, Staatliche Antikensammlungen und Glyptothek. Fotografía del propio Museo.

3.4. Estatua de un noble egipcio. Boston, The Museum of Fine Arts 07.494. James Fund Purchase and Contribution, 8 de agosto de 1907. Fotografía del propio Museo.

3.5. *Koûros* de mármol. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art 32.11.1. Fletcher Fund, 1932. Fotografía del propio Museo.

3.6. *Koûros* de mármol. Atenas, Museo Arqueológico Nacional NM3938. Fotografía del propio Museo.

3.7. *Kórē* de finales del período arcaico procedente de la Acrópolis. Atenas, Museo de la Acrópolis. Fotografía: Instituto Alemán de Arqueología, Atenas.

3.8. Relieve escultórico en el que se representa la lucha de los dioses contra los Gigantes. Delfos, Museo Arqueológico. Fotografía: Nimatallah/Art Resource, Nueva York.

3.9. El *ágora* de la época arcaica, *ca.* 500 a. C. Según J. Travlos, 1974. Esquema reproducido con permiso del American School of Classical Studies at Athens, Agora Excavations.

4.2. Copa laconia con joven montado a caballo. Londres, Museo Británico. Fotografía del propio Museo por cortesía de sus administradores.

4.3. Estatuilla de bronce que representa a una muchacha corriendo. Londres, Museo Británico. Fotografía del propio Museo por cortesía de sus administradores.

4.4. Hilaire Germain Edgar Degas, «Jóvenes espartanos». Londres, The National Gallery. Fotografía del propio Museo por cortesía de sus administradores.

5.1. Tetradracma de Atenas. Nueva York, American Numismatic Society 1957.172. 1033. Foto de la propia Sociedad.

5.2. Detalle de un *psyktér* ático de figuras rojas. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art 1989.281.69. Donación de la Norbert Schimmel Trust, 1989. Fotografía del propio Museo.

5.3. Estatuas de los tiranicidas, Harmodio y Aristogitón. Nápoles, Museo Nacional. Fotografía: Hirmer Fotoarchiv, Múnich.

5.5. Delegaciones de súbditos acuden a Persépolis a pagar su tributo. Fotografía: Barbara Grunewald © Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín.

5.7. Herma de Temístocles. Ostia, Museo Arqueológico. Fotografía: Antike Porträts © Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín.

5.8. *Óstraka* descubiertos en el ágora de Atenas. Excavaciones del Ágora. Fotografía: American School of Classical Studies at Athens.

5.9. Reconstrucción de la trirreme de época clásica. Fotografía: Paul Lipke/Trireme Trust, Montague, Mass.

6.2. Fragmento de inscripción con la Lista Ateniense del Tributo. Atenas, Museo de Epigrafía. Fotografía del propio Museo.

6.3. Vista aérea del Pireo. Fotografía incluida en Raymond Schoder, *Wings over Hellas: Ancient Greece from the Air* (Nueva York: Oxford University Press, 1974), p. 175. Copyright © 1989 Loyola University of Chicago. Reproducida con permiso de la Loyola University of Chicago.

6.4. Auriga de bronce. Museo de Delfos. Fotografía: Foto Marburg/Art Resource, Nueva York.

6.5. Copia romana del Discóbolo. Roma, Museo Nacional. Fotografía: Hirmer Fotoarchiv, Múnich.

6.6a. Reconstrucciones del frontón oriental del templo de Zeus en Olimpia. Tomadas de Bernard Ashmole, *Architect and Sculptor in Classical Greece* (Londres, Phaidon Press, 1972), p. 25.

6.6b. Vidente del frontón oriental del templo de Zeus. Museo de Olimpia. Fotografía del propio Museo.

6.7. Relieve de mármol con niña y palomas. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art 27.45. Fletcher Fund, 1927. Fotografía del propio Museo.

6.8. Vaso ático (*ca.* 470 a. C.). Boston, The Museum of Fine Arts 63.1246 Ca 470. William Francis Warden Fund. Fotografía del propio Museo.

6.9. Vaso ático de figuras negras con artesanos trabajando. Boston, The Museum of Fine Arts 01.8035. Henry Lillie Pierce Fund. Fotografía del propio Museo.

6.10. La familia de Megacles. Según J. K. Davies, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.* (Oxford: Oxford University Press, 1971), Cuadro I.

6.11. Detalle de un vaso nupcial ático de figuras rojas del Pintor de los Lavados. Múnich, Staatliche Antikensammlungen und Glyptothek. Fotografía del propio Museo.

.12. Vaso ático de figuras negras atribuido al Pintor de Amasis. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art 31.11.10. Fletcher Fund, 1931. Fotografía del propio Museo.
.3. Maqueta de la Acrópolis en tiempos de Pericles. Toronto, The Royal Ontario Museum 956.118. Fotografía del propio Museo.
.4. Los órdenes dórico y jónico. Según John Boardman, ed., *The Oxford History of Classical Art* (Nueva York: Oxford University Press, 1997). Esquema reproducido con permiso de la editorial.
.5. Planta del Partenón. Según John Boardman, ed., *The Oxford History of Classical Art* (Nueva York: Oxford University Press, 1997). Esquema reproducido con permiso de la editorial.
.6. El Partenón en la actualidad. Fotografía: Werner Forman Archive/Art Resource, Nueva York.
.7. Friso oriental del Partenón, lastra V. Londres, Museo Británico. Fotografía: Foto Marburg/Art Resource, Nueva York.
.8. Estatua de Atenea. Nashville, Tenn., Parthenon Museum. Fotografía: Gary Layda © Metropolitan Government of Nashville/Davison County. Escultor: Alan LeQuire.
.9. Planta del Erecteon. Según J. Travlos, *Pictorial Dictionary of Ancient Athens* (Nueva York: Praeger Publishers), 1971, pp. 216-217. Reproducida con permiso del Greenwood Publishing Group, Inc.
.10. El Erecteon, Acrópolis de Atenas. Fotografía: The J. Allen Cash Photo Library, Londres.
.2. Herma de Pericles, obra de Crésilas. Fotografía: © Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín.
.3. Vista aérea de Pilos y Esfacteria. Fotografía tomada de Raymond Schoder, *Wings over Hellas: Ancient Greece from the Air* (Nueva York: Oxford University Press, 1974), p. 177. Copyright © 1989 Loyola University of Chicago. Reproducida con permiso de la Loyola University of Chicago.
.4. Escudo de bronce con *graffiti*. Excavaciones del Ágora. Fotografía: American School of Classical Studies at Athens.
.5. Diagrama de Siracusa y Epípolas. Reproducido de Donald Kagan, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*. Copyright © 1981 by Cornell University Press. Con permiso de la editorial.
.6. Moneda acuñada por Tisafernes. Nueva York, American Numismatic Society 1967.152.462. Foto de la propia Sociedad.
.1. Decreto de Aristóteles. Atenas, Museo de Epigrafía. Fotografía del propio Museo.
.2a. Fragmento del *kleroterion*. Atenas, Museo del Ágora. Fotografía: American School of Classical Studies at Athens.
.2b. Clepsidra (reloj de agua). Atenas, Museo del Ágora. Fotografía: American School of Classical Studies at Athens.
0.2. Cabeza en miniatura de Filipo II, realizada en marfil. Tesalónica, Museo Arqueológico. Fotografía del propio Museo.
0.3. La falange macedónica. Ilustración tomada de Arther Ferrill, *The Origins of War: From the Stone Age to Alexander the Great* (Nueva York: Thames & Hudson, 1985), p. 177. Reproducida con permiso de la editorial.

10.4. Retrato de Demóstenes. Nápoles, Museo Nacional 6018. Fotografía del propio Museo.
10.5. Monumento a los caídos en Queronea. Fotografía: SEF/Art Resource, Nueva York.
11.2. Retrato de Alejandro representado como rey-héroe. París, Museo del Louvre. Fotografía: Giraudon/Art Resource, Nueva York.
11.3. Esquema de la batalla de Iso. Ilustración tomada de Arther Ferrill, *The Origins of War: From the Stone Age to Alexander the Great* (Nueva York: Thames & Hudson, 1985), p. 201. Reproducido con permiso de la editorial.
11.4. Mosaico pompeyano. Nápoles, Museo Nacional 10020. Fotografía: Alfredo D'Agli Orti, 1990 © Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín.
11.5. Representación de Alejandro como faraón. Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago P.38387/N.43812/CHFN 9246. Fotografía del propio Museo.
11.6. Esquema de la batalla de Gaugamela. Ilustración tomada de Arther Ferrill, *The Origins of War: From the Stone Age to Alexander the Great* (Nueva York: Thames & Hudson, 1985), p. 209. Reproducido con permiso de la editorial.
11. 7. Concepción griega del mundo habitado. Ilustración tomada de N. G. L. Hammond, *A History of Greece to 322 BC*, 3ª edn. (Oxford: Oxford University Press, 1986), p. 622. Dibujo reproducido con permiso de la editorial.
11.8. Manuscrito islámico en el que aparece Alejandro vestido a la manera india. Nueva York, The Pierpoint Morgan Library f.330. Fotografía: The Pierpoint Morgan Library/Art Resource, Nueva York.
11.9. Moneda de cinco siclos de plata procedente de Babilonia. Londres, Museo Británico. Fotografía del propio Museo por cortesía de sus administradores.
12.1. Estatua de una vieja vendedora del mercado. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art 09.39. Rogers Fund, 1909. Fotografía del propio Museo.
12.2. Carta a Zenón. Nueva York, Columbia University Rare Books and Manuscript Library. Papyrus P. Col. Zen. 2 66 (P Col. Inv. 274). Fotografía de la propia Biblioteca.
12.4. Estatuilla romana de bronce, copia de la Fortuna de Antioquía de Eutíquides. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art 13.227.8. Rogers Fund, 1913. Fotografía del propio Museo.
12.5. Octodracma de oro con las efigies de Ptolomeo II y Arsínoe II. Nueva York, American Numismatic Society 1977.158.112. Foto de la propia Sociedad.
12.6. Estatua de Arsínoe II en piedra caliza. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art 20.2.21. Rogers Fund, 1920. Fotografía del propio Museo.
12.7. Tetradracma de Cómodo. Londres, Museo Británico. Fotografía del propio Museo por cortesía de sus administradores.
12.8a. Estatuilla de terracota de una vieja niñera con su niño. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art 10.210.38. Rogers Fund, 1910. Fotografía del propio Museo.
12.8b. Figurilla de terracota de una niña leyendo un rollo de papiro. Hamburgo, Museum für Kunst und Gewerbe. Fotografía del propio Museo.
12.8c. Estatuilla de bronce de un joven negro. Nueva York, The Metropolitan Museum of Art 18.145.10. Rogers Fund, 1918. Fotografía del propio Museo.
12.9. La «Victoria Alada». París, Museo del Louvre 2369. Fotografía: Alinari/Art Resource, Nueva York.

.2.10. Relieve escultórico de la apoteosis de Homero. Londres, Museo Británico. Fotografía: Werner Forman Archives/Art Resource, Nueva York.
.2.12. La Piedra de Rosetta. Londres, Museo Británico. Fotografía: © Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín.
Epi. 1. Moneda con efigie de Cleopatra VII. Londres, Museo Británico. Fotografía del propio Museo por cortesía de sus administradores.

ÍNDICE DE NOMBRES

Los números de página en *cursiva* remiten al texto de las figuras

Abdera (costa de Tracia), 288
Ábidos (costa de Frigia), 428
Abisares, rey de Kashmir, 445
Abulites, sátrapa persa de Susiana, 438
Acanto (Calcídica), 327
Acarnania, región de, 284
Acaya, región de, 56, 65, 67, 71, 116, 184, 243, 284, 368
Accio, batalla de, 25, 498
Acragante (Sicilia), 285
Acrópolis de Atenas, *143*, 190, 193, 194, 200, 204, 205, 226, 256, 270, 271, 303-304, *304*, 310, 312, 340, 351; Erecteon, *304*, 308, *309*, *310*; Propileos, *304*; templo de Atenea Nike, *304*; templo de Atenea Pártenos (Partenón), 11, 20, 203, 204, 228, 232, 256, 271, 303, 304-307, *304*, *306*, *307*; templo de Zeus Olímpico, 203
Ada, reina de Caria, 430
Adimanto, *véase* Platón: *República*
Adonis, 92
Adriano, emperador romano, 203, 500
Adriático, mar, 123
Afrodita, 92, 93, 477, 493
Agamenón, caudillo mítico de Micenas, 32, 40, 81, 119, 253, 256, 259, 371; *véase también* Esquilo: *Orestíada*; Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Agatocles, 469
Agesilao II, rey de Esparta, 162, 228, 316, 344, 358, 360-365, 367, 378, 391
Agíadas, linaje de los, 180
Agis II, rey de Esparta, 162, 339, 340, 344, 346, 351, 361
Agis IV, rey de Esparta, 476
Agnón, estratega de Atenas, 278
ágora de Atenas, 12, *145*, 199, 219, *221*, 311-312, *328*, *411*; sede del Consejo de los Quinientos, 312; templo de Hefesto, 312; templo de Teseo, 312
Al Mina (Siria), 101
Alalia (Córcega), 123
Alceo de Mitilene, 149, 150
Alcibíades, estratega de Atenas, 228, 316, 327, 331-335, 338, 339-341, 342, 344, 345, 351, 353, 374
Alcidamante, 301, 302
Alcímidas de Egina, 250
Alcínoo, caudillo mítico de Feacia, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Alemán, 162, 166-167, 176
Alcmena, 67
Alcmeónidas, linaje de los, 193, 198, 204, 205, 209, 218, 219, 222, *266*, 283
Alejandría (Egipto): 23, 435-436, 468, *475*, 477, 481, *481*, *487*, *488*, 489, 493; Faro, 24, 481, *481*, 485; Museo, 24, 482-483
Alejandría de Oxus, 468
Alejandro, tirano de Feras, 407
Alejandro I, rey de Macedonia, 238, 402
Alejandro II, rey de Macedonia, 404, 407
Alejandro III Magno, rey de Macedonia, arconte de Tesalia, caudillo de la Liga de Corinto y rey de Persia, 10, 11, 22, 23, 228, 315, 361, 387, 388, 393, 398, 402, 405-406, 407, 414-416, 418, 419-420, 421-451, *422-423*, *427*, *437*, *446*, *447*, 462, 467, 474, 479, 480, 481, 482, 484; imperio de Alejandro, 453-466, 498-499, 501
Alejandro IV, heredero del imperio de Alejandro, 23, 458, 462, 464, 466
Alejandro de Lincestis, 443
Amanus, montes, 431
Amazonas, 191, 228, 263
Ambracia, 280, 284

.mbracia, golfo de, 325
.miclas (Laconia), 115, 164
.mintas, 404
.mintas I, rey de Macedonia, 402
.mintas III, rey de Macedonia, 404, 407
.mintas IV, rey de Macedonia, 422, 427, 462
.món: 436, 442, 448, 450; Amón-Ra, *437*
.morgos, isla de, 460
.nacreonte de Teos, 148-149, 204
.nactorio, 280, 284, 330
.natolia, región de, 32, 39, 50, 56, 64, 66, 67, 72, 107, 210, 220, 275, 316, 340, 361, 362, 417, 418, 426, 428-431, 436, 461, 462, 466-468, 469, 497
.naxágoras de Clazómenas, 232, 274, 285, 288, 301, 351-352
.naximandro, 152, 215, 381
.naxímenes, 152, 215
.ndócides, 316, 358; *Sobre los misterios*, 316, 343
.ndrómaca, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
.ndros, isla de, *237*
.nfípolis (Migdonia, al este de Macedonia), 21, 278-279, 294, 327, 330, 356, 369, 404, 405, 409, 410, 412, 419, 462
.nfípolis, batalla de, 328, 352
.nfisa (Fócide), 413
.nito, 351
.ntifonte, 301
.ntígona, *véase* Sófocles: *Antígona*
.ntigonía, 468
.ntigónidas, linaje de los, 458, 466, 469
.ntígono Gónatas, 469, 474
.ntígono Monoftalmo, sátrapa de Frigia y Lidia y estratega de Asia, 23, 24, 459, 461, 462-467, 468, 469
.ntíoco, 344
.ntíoco III de Siria, 485, 497, 498
.ntíoco IV, 495
.ntioquía (Siria), 468, 469, *473*, 489, 497
.ntípatro, general y regente de Macedonia, 23, 415-416, 422-423, 427-428, 434, 443, 451, 459, 460-462, 464
.piano, 499
.pis, 434
.polo, 61, 93, *144*, 157, 181, 217, 254, 256, 277, 299, 408
.polodoro, 380, 438
.polonio, consejero de Ptolomeo II, 480
.polonio de Rodas: *Argonáuticas*, 483
.polonio de Tiana, 217
.quea, Liga, 469, 476
.queménidas, linaje de los, 210, 227, 433, 440-441
.quiles, 421, 427, 428, 436; *véase también* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
.rabia, 273, 459
.rcadia, Liga, 368
.rcadia, región de la, 71, 116, 154, 183, 220, 377
Arderica de Cisia, 217
Ares, 61, 63, 93, 147, 192, 256
Arete, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Argéadas, linaje de los, 399, 401-403, 404, 462-463
Argeo, rey de Macedonia, 404, 409
Árgilo (Migdonia, al este de Macedonia), 327
Arginusas, islas, 246, 344, 345, 346, 352
Argólide, región de la, 37, 53, 65, 115, 154, 191
Argonautas, 293, 483
Argos (Argólide), 18, 95, 115, 119, 128, 154, 155, 157, 167, 183, 184, 216, 220, 222, 223, 239, 240, 244, 284, 328, 330-332, 362, 364, 377, 399, 402
Aristágoras, tirano de Mileto, 212, 214-215
Aristarco, 488
Arístides, 18, 218, *221*, 222, 224, 227, 233, 235, 374
Aristófanes: 10, 232, 233, 252, 282, 315, 316-317, 322; *Eccleslazusae* o *La asamblea de las mujeres*, 358, 375; *La paz*, 328, 329-330, 356; *Las aves*, 223; *Las nubes*, 248, 303, 352; *Lisístrata*, 20, 355-356; *Los acarnienses*, 20, 329, 375; *Los caballeros*, 322; *Pluto*, 358
Aristogitón, 204, 205, *206*
Aristóteles: 22, 23, 152, 271, 352, 359, 375, 376, 380, 381, 383, 386, 387-390, 395, 415, 421, 424, 444, 449, 451, 454, 473, 475; *Constitución de los atenienses*, 189, 190, 196, 349-350, 388, 456, 482; *Política*, 126, 137-138, 158, 173, 177, 180, 181, 185, 186, 192, 311-312, 319, 378, 388, 389; *Sobre las partes de los animales*, 387; *Sobre la generación de los animales*, 389
Aristóteles, legislador ateniense, 365-366, *366*
Armenia, 430, 467
Arquelao, rey de Macedonia, 401, 402
Arquelao de Priene, *487*
Arquidamo, rey de Esparta, 282, 317, 319, 327
Arquidamo III, rey de Esparta, 378, 391
Arquíloco de Paros, 147
Arriano, gobernador de Capadocia: 500; *Anábasis de Alejandro Magno*, 405-406, 424, 442
Arrideo, *véase* Filipo III
Arsínoe, esposa de Lisímaco, 467
Arsínoe II, esposa de Ptolomeo II, 467, *477*, *478*, 480, 484
Arsinoea, 468
Artafernes, 216, 219
Artajerjes I, rey de Persia, 239, 243
Artajerjes II, rey de Persia, 361, 362, 363, 370, 417, 431
Artajerjes III, rey de Persia, 22, 370, 391, 417, 435, 450
Ártemis, 61, 93, *144*, 164
Artemisia, reina de Halicarnaso, 226, 291, 369
Artemisio, batalla de, 19, 224

Artemisio, cabo, 224
Ascra (Beocia), 129
Asia Menor, *véase* Anatolia
Asio de Samos, 147
Asiria, 210
Asos (Eolia), 387, 388
Aspasia de Mileto, 246, 263, 274, 345, 352
Asuán, *488*
Astarté/Ishtar, 92
Astianacte, *véase* Eurípides: *Las troyanas*
Atálidas, linaje de los, 497
Átalo, 418-419
Atenas: 10, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 49, 53, 65, 66, 71, 74, 95, *104*, 105, 109, 114, 117, 118, 132, *140*, 141, 144, 148, 151, 155, 156, 158, 159, 162, 166, 173, 174, 177, 179, 182, 183, 184, 186, 187, 188, 189-229, *202*, 231-232, 233-249, 250, 252, 253, 254, 255, 263-265, 267-268, 271-274, 276-279, 280-284, 289, 291, 296, 300-303, 305, 307, 312-313, 360, 362, 365-368, 370-376, 377, 379, 381-383, 388, 393, 395-396, 397, 402-403, 408, 409-416, 425, 426, 429, 439, 449, 460-461, 468, 469, 472-474; Academia, 20, 386-387, 464, 466; Acrópolis, *véase* Acrópolis de Atenas; ágora, *véase* ágora de Atenas; asamblea (*ekklesía*), 207, 241, 245-247, 248, 312, 341, 366, 376; Bouleuterion, 342; cementerio del Cerámico, *73*; cementerio del Dípilon, *106*; colegio de los estrategas, 207, 217, 220-221; colina Pnix, 207, 245, 312, 375; Consejo de los Cinco Mil, 341, 342-343; Consejo de los Cuatrocientos, 198, 207, 341-343, 349; Consejo (*boulé*) de los Quinientos, 207, 220, 239, 241, 246, 248, 312, 376; Consejo de los Tres Mil, 350; Consejo del Areópago, 192, 197, 198, 221, 240, 241, 253-254, 371, 372; «creadores de leyes» (*nomothétai*), 374, 376; cuerpo de jueces (*heliaía*), 241, 245, 248; fondo del Teórico, 409-410; dicasterios, 370-371, 376; Jardín, 24, 474; Liceo, 22, 387-388, 415, 472; «los Treinta», 316, 349-351, 356, 374; sinedrio, 366; Stoa Poikile, 24, 474; tribunal del Delfinion, 372; tribunal del Paladión, 372; tribunal del Pritaneon, 372; *véase también* Delos, Liga de; Peloponeso, guerra del; Segunda Confederación Ateniense; Treinta Años, paz de los
Atenea, 61, 93, 193, 202, *202*, 219, 228, 235, 249, 254-255, 277, 305, 307, *307*, 308, *308*, *309*, 351, 427, 429, 493
Ática, región del, 37, 53, 65, 67, 71, 72, 74, 101, 109, 114, 115, *142*, *143*, 190-192, 193, 194, 195, 196-198, 200, 205, 207-209, *208*, 221, 224, 231, 239, 242, 244, 245, *261*, *262*, 264, *267*, *269*, 270, 272, 273, 274, 307, 312-313, 319, 320, 323, 325, 327, 328, 339, 355, 365, 410, 499; Acarnas, 329; bosque de Academo, 386; Decelia, 339, 344, 345, 346; Freatón, 372
Atos, monte, 216, 226
Augusto, emperador romano, 451
Áulide, 361
Axio, río, 399, 402

Babilonia, 151, 210, 361, 431, 438, 439, *447*, 448, 450, 451, 458-459, 463, 464, 465, 467, 479; Esagila, 438
Bactria y Sogdiana, guerra de, 23, 441
Bactria y Sogdiana, satrapía persa de, 440, 441-442, 443-444, 459-460
Bagoas, 417
Balcánica, península, 29
Baquíadas, linaje de los, 119, 136, 138
Baquílides, 147, 250
Baquis, 119
Basílidas, linaje de los, 119
Batis, gobernador persa de Gaza, 434
Bendis, 124
Beocia, Liga, 156, 222, 223, 242-243, 244, 284, 324, 327, 329, 330-332, 364, 367-368, 414-415, 426
Beocia, región de, 53, 115, 162, 272
Berenice II, *véase* Calímaco: *El rizo de Berenice*
Beso, sátrapa persa de Bactria (Artajerjes IV), 440-441
Biblia: libros bíblicos, 495
Bizancio, 124, 234, 278, 323, 369-370, 413; *véase también* Constantinopla
bizantino, imperio, 501
Blegen, Carl, 56-57
Bocie, región de, 281
Bósforo, estrecho del, 238
Bovillae (Italia), *487*
Brásidas, general de Esparta, 20, 327-328, 330, 356
Brea, 278
Byron, lord, 11

Cabrias, estratega de Atenas, 366, 369
Cálano, 445
Calcedonia (Bósforo), 124
Calcídica, Liga, 398, 410
Calcídica, región de la, 216, 281, 327-328, 409
Calcieco, santuario de la, 239-240, 283
Calcis (isla de Eubea), 122, 154
Calias, paz de, 244
Calicles, *véase* Platón: *Gorgias*
Calicrátidas, navarco de Esparta, 344-345
Calímaco, poeta: 483, 488; *Aitia*, 483; *El rizo de Berenice*, 456, 483; *Himnos*, 483
Calímaco, polemarco de Atenas, 218, 219
Calino de Éfeso, 134, 135, 147
Calístenes, 424, 432, 443, 482
Cambises II, rey de Persia, 211, 435
Campania, región de, 46

Campo Croco (o de Azafrán), batalla del, 22, 408
Canopo, lago, 435
Capadocia, región de, 430, 459
Caracalla, emperador romano, 501
Cares, estratega de Atenas, 369-370, 374
Caria, región y satrapía persa de,107, 284, 344, 369, 429, 430
Caristo (isla de Eubea), 237
Carmania, región de, 449
Carneas, fiestas, 217
Cartago, 123, 273, 335, 392, 393, 459
Casandria (Calcídica), 463
Casandro, regente y rey de Macedonia, 24, 462-468, 472, 483
Caspio, mar, 38
Catania (Sicilia), 123
Cécrope, rey mítico de Atenas, 308
Cefalenia, isla de, 65
Céfalo, 273
Centauros, 228, 256, 263
Cerdeña, 53, 66, 123
Chadwick, John, 49
Chandra Gupta, 497
Chaniá (Creta), 49
Chanukah, fiesta judía de, 495
Chaucer, Geoffrey: *The Monk's Tale*, 423
Chenab, río, 445
China, 273, 278
Chipre, 50, 53, 65, 109, 202, 238, 243, 244, 273, 346, 363, 458, 466, 475
Ciaxares, rey de Media, 209
Cicerón: 392; *Filípicas*, 411
Cícladas, islas, 46-47, 48, 49, 107, 212, 284, 333
Cilón, 17, 136, 137, 193, 205
Cime (Anatolia), 493
Cimón, estratega de la Liga de Delos, 19, 219, 233, 235-239, 240-241, 244, 248, 260, 263, 278, 280, 294, 322, 341, 349, 374
Cinegiro, 219
Cinosema, batalla de, 343
Cípselo, tirano de Corinto, 119, 136, 138, 139
Cirene (Libia), 120, 122, 123
Ciro el Joven, 162, 344, 345, 361, 431; *véase también* Jenofonte: *Ciropedia*
Ciro II el Grande, rey de Persia, 210-211, 228, 359, 448
Citera, isla de, 327, 330
Citerón, monte, 190
Cízico (costa de Misia), 123, 343
Clazómenas, isla de, 363
Clearco, 361
Cleobulo, 331
Cleofonte, 343, 345, 347, 349
Cleómbroto, rey de Esparta, 365, 367
Cléomenes, rey de Esparta, 162, 180, 183, 204, 205, 212, 214, 220
Cleómenes III, rey de Esparta, 24, 476
Cleómenes de Náucratis, gobernante de Egipto, 459
Cleón, estratega de Atenas, 20, 321-324, 326, 327, 328, 329, 330, 332, 347
Cleopatra, hija de Filipo II, 419, 461
Cleopatra, séptima esposa de Filipo II, 22, 418, 426-427, 428
Cleopatra VII, reina de Egipto, 25, 453, 480, 498, *498*
Clístenes, 18, 205, 207, 209, 217, 221, 239, 246, 340, 342, 347
Clitemnestra, 264; *véase también* Esquilo: *Orestíada*
Clito, rey de Iliria, 23, 426
Clito el Negro, 428, 443-444
Cnido (Dórida), 469
Cnido, península de, 288, 346
Cnido, batalla de, 362
Cnosos (Creta), 16, 40, 41-42, *44*, 46, 47, 48, 49, 57, *57*, 58-59, 60, 61, *62*, 65, 95
Coleo, 123
Colofón (Jonia), 147
Cólquide, región de la, 120, 293
Cómodo, emperador romano, *481*
Común, paz, 367
Conón, estratega de Atenas, 345-346, 362
Constantino, emperador romano, 233
Constantinopla, 233, 398, *455*
Córcega, 123, 393
Corcira (isla de Corcira), 123, 279-281, 282, 284, 324-325, 335, 348
Corintia, región de, 114
Corinto (Corintia), 17, 25, 74, 95, 114, 118, 119, 123, 128, 134, 139, 144, 154, *155*, 157, 184, 223, 224, 242, 272, 273, 274, 276, 277, 279, 280-282, 284, 314, 323, 326, 328, 330-332, 333, 335, 347, 355, 362, 364, 377, 379, 380, 413, 416, 466, 467, 499; Acrocorinto, 303
Corinto, golfo de, 138, 179, 242, 243, 272, 276, 408
Corinto, guerra de, 21, 362, 379
Corinto, istmo de, 66, 138, 226, 362
Corinto, Liga de, 22, 23, 416-417, 421, 426, 429-430, 460, 466
Corupedio, batalla de, 24, 469
Cos, isla de, 288, 369-370
Cotis, rey de los tracios odrisas, 394
Cranón, batalla de, 460
Crátero, general macedonio, 444, 459, 461
Creonte, rey mítico de Tebas, *véase* Sófocles: *Antígona*
Crésilas, *322*
Creso, rey de Lidia, 210, 227, 290, 347
Creta, 15, 16, 30, 35, 39, 40-49, 50, 56, 61, 67, 68, 103, 168, 191, 259, 284
Critias, 179, 349-351, 353, 374, 383
Crono, 92, 493
Crotona (Calabria), 123

Cresias, 244
Ctesibio, 489
Cumas (Campania), 123
Cunaxa, batalla de, 361

Damasco, 433
Danubio, río, *véase* Istro, río
Darío I, rey de Persia, 189, 210, 211, *214*, 215-218, 222, 289, 391, 439, 444, 448
Darío II, rey de Persia, 340, 344, 354, 361
Darío III, rey de Persia, 22, 23, 418, 428, 431-433, 434, 436, 438, 440, 447, 450
Darwin, Charles, 285
Datis, 216, 219
Deidamía, 256
Délfica, Anfictionía, 408-409, 413; Consejo Anfictiónico, 412
Delfos (Fócide): 157, 199, 204, 232, 233, 256, *257*, 290, 469, 481; oráculo del templo de Apolo, 108, 124, 157, 168, 204, 210, 220, 224, 226, 236, 277, 280, 338; Tesoro de los Sifnios, *144*
Delio, batalla de, 327, 352, 356, 367
Delos, isla de: 19, 244; templo de Apolo, 108, 235; templo de Ártemis, 108
Delos, Liga de, 19, 156, 231, 234-239, 243, 244, 278, 280-281, 283-284, 304, 307, 310, 315-356, 366
Démades, 194, 410, 414-415, 451
Demarato, rey de Esparta, 180, 183, 220, 228
Demarato de Corinto, 418
Deméter, 94, 207, 493
Demetrio de Fálero, 23, 24, 465, 472, 482
Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono Monoftalmo, 455, 464, 465-469
Demócrito, 285, 288, 380, 474
Demóstenes, estratega de Atenas, 325-326, 327, 337, 363
Demóstenes, orador ateniense, 22, 23, 358, 373, 398, 411, *411*, 412, 413, 415, 417, 419, 426, 460, 485; *Primera filípica*, 411; *Sobre la corona*, 413
Dendra (Argólide), *64*
Día, 72
Diana, 263
Diceópolis, *véase* Aristófanes: *Los acarnienses*
Dike («Justicia»), 130
Diodoro Sículo: *Biblioteca histórica*, 233, 275-276, 316, 343, 359, 363, 377, 379, 393-394, 398, 404, 414, 418-419, 424, 455
Diódoto, 324
Diógenes de Sínope, 475
Dión (Macedonia): 402; santuario de Zeus, 398
Dión, hijo de Dionisio I, 394
Dión Casio, 500
Dionisias, fiestas, 204, 232, 249, 252
Dionisio I, tirano de Siracusa, 20, 391, 392-395, 405, 417
Dionisio II, tirano de Siracusa, 394
Dioniso, 61, 124, 204, 232, 249, 252, 310, 329, 402, 445, 477, 493
Discursos nobles, 302-303
Dobruja, región de, 413
Dodona (Epiro): 289; templo de Zeus, 108
Dorcis, 234
Dracón, 17, 193-194, 198, 201, 342
Dreros, leyes de, 103
Drimio, 72
Duris, tirano de Samos, 278, 455

Ecbatana (Media), 209, 440
Edipo, rey mítico de Tebas, *véase* Sófocles: *Edipo rey*
Éfeso (Jonia), 153, 263, 340, 429, 467, 468, 469; templo de Ártemis, 418, 421, 481
Efialtes, 19, 240-241, 242, 248, 251, 253
Éforo, 233, 316, 359, 363
Egas (Macedonia), 398, 399, 418, 419, 423
Egeo, mar, 15, 30, 31, 35, 37, 39, 41, 47, 48, 53, 67, 72, 101, 107, 119, 122, 124, 202, 216, 232, 234, 274, 278, 366, 429, 460
Egesta (Sicilia), 276, 333-335
Egina (isla de Egina), 184, 220, 222, 224, 242-243, 245, 272, 335
Egipto, 9, 10, 23, 25, 30, 31, 37, 41, 42, 43, 48, 50, 53, 56, 64, 66, 68, 92, 94, 103, 112, 140, *142*, 155, 195, 211, 222, 227, 234, 243, 259, 273, 291, 417, 431, 434-436, 438, 456, 458, 459, 461, 465, 466, 467, 476-479, 480, 481-482, 484-485, 489, 491-493, 495, 497-498, 500, 501; Bajo Egipto, 497; Egipto Medio, 497
Egisto, 259; *véase también* Esquilo: *Orestíada*
Egospótamos, canal de, 345
Egospótamos, batalla de, 345-346, 354, 356, 361, 362
Elba, isla de, 123, 393
Elea (Campania), 153
Electra, *véase* Esquilo
Eleusis (Ática), 94, 207, 282, 344, 365; misterios, 334
Élide (Élide), 280, 332, 377
Élide, región de la, 116, 184, 361, 368
Elio Arístides, 499, 500
Émbata, isla de, 369
Emilio Paulo, 499
Empédocles, 285, 288, 380
Eneas Táctico: *Poliorcética*, 395
Enséa Hodoí, 238
Enómao, 256, 259
Epaminondas, caudillo de Tebas, 358, 360, 367-368, 369
Epicuro, 24, 474-475
Epidamno (costa de Iliria), 279-280
Epidauro, 128
Epípolas, meseta de las, 335-337, *336*

Epiro, región de, 66, 399, 404, 418, 499
Epitadeo, 185
Erasístrato, 489
Eratóstenes, 488, *488*
Erecteo, rey mítico de Atenas, 308, *309*
Éresos (isla de Lesbos), 418
Eretria (isla de Eubea), 122, 154, 201, 215, 216, 217, *237*
Erinias («Furias»), 254, 255
Eritras (Jonia), 340
Eros («Amor»), 149
Escepsis (Anatolia), 464-465
Escilunte (Pisátide, Élide), 316
Escione (Calcídica), 328, 333, 356
Esciros (isla de Esciros), 364
Esciros, isla de, 236
Escitia, región de, 212, 441
Esfacteria, isla de, 325-326, *326*, 363
Esfodrias, harmoste espartano de Beocia, 365
Esmirna (Jonia), 67, 79, 107
España, *véase* Ibérica, península
Esparta (Laconia), 10, 17, 18, 19, 20, 21, 24, 59, 76, 95, 114-115, 119, 123, 127-128, 144, 154-155, 156, 158, 159, 161-188, *170*, *172*, *186*, 197, 204-205, 216, 217, 218, 220, 222, 223, 224, 225, 228-229, 232, 233-235, 239, 240-243, 244-245, 274, 279, 280, 281, 282-284, 313, 314, 360-368, 377, 393, 396, 397, 403, 408, 412, 413, 416, 426, 429, 434, 440, 472, 476; templo de Ártemis Órtia, 163-164, 169-170; *véase también* Peloponeso, guerra del; Peloponeso, Liga del; Treinta Años, paz de los
Espitámenes, 441, 443
Esquilo: 10, 219, 227, 232, 251-252, 256, 289, 291, 293, 294, 381; *Los persas*, 227, 228, 253, 382, 391; *Orestíada* (*Agamenón*, *Las coéforas*, *Las euménides*), 19, 252, 253-255, *261*, 264, 371
Esquines, 398, 412
Estagira (Calcídica), 327, 387, 419
Estéfano, 380
Estira, *237*
Estrabón, 398
Estrimón, río, 236, 238, 278, 402, 409
Etolia, Liga, 469
Etolia, región de, 83, 363, 460, 461, 469
Etruria, región de, 273, 276
Eubea, isla de, 76, 101, 109, 236, 244, 245, 339, 343, 411, 415
Eubulo, 409-410, 411, 412
Euclides: *Elementos*, 489
Éufrates, río, 35, 431, 436
Eufrón, 377
Eumenes, sátrapa de Capadocia, 459, 461, 462, 463
Eumeo, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Eupátridas, clase de los, 192, 197
Eurídice, madre de Filipo II, 404
Eurídice, esposa de Filipo III, 462
Eurimedonte, estratega de Atenas, 325
Eurimedonte, río, 238
Eurípides: 10, 232, 255, 264, 289, 293-294, 315, 316, 329, 381, 402; *Arquelao*, 402; *Las bacantes*, 402; *Las troyanas*, 20, 316, 333, 346-347; *Medea*, 293-294, 296, 301; *Suplicantes*, 382
Euripóntidas, linaje de los, 180
Europa, hija de Filipo II, 418, 427
Eurotas, río, 164
Eutíquides, *473*
Evans, Arthur, 40, 46, 47, 49
Evémero: 483; *Escritura sagrada*, 483
Eyón (Migdonia, al este de Macedonia), 236

Fabio Píctor, 499
Fálero (Ática), 217
Falio, 280
Farnabazo, sátrapa persa de Dascileon, 340, 362
Faros, isla de, 435
Fébidas, 364, 365
Fenicia, 226, 238, 244, 273, 417, 429, 431, 434, 463, 467
Feras (Tesalia), 407-408
Festo (Creta), 40, *45*, 49
Fidias, 232, 307-308; estatua de Atenea Prómacos, 307; estatua criselefantina de Zeus, 308
Fidípides (o Filípides), 217
Fidón, tirano de Argos, 119, 136, 138, 154
Filaidas, linaje de los, 202, 217
File, fortaleza de, 350
Filipo II, rey de Macedonia, arconte de Tesalia y caudillo de la Liga de Corinto, 21, 22, 271, 358, 360, 368, 370, 380, 387, 392, 395, 397, 401-402, 403, *403*, 404-420, 421-422, 423, 425, 426, 428, 436, 459, 460, 462, 466, 467
Filipo III, heredero del imperio de Alejandro, 23, 458, 462
Filipo V, rey de Macedonia, 498, 499
Filisto, 316, 359
Filocles, estratega de Atenas, 345
Filócrates, 411, 412
Filócrates, paz de, 22, 411-412
Filotas, 23, 442-443
Flaminino, 25
Fliunte, 364, 377
Focea (Jonia), 123
Fócide, región de la, 156, 225, 243, 284, 407-408, 412
Foclides de Mileto, 148
Foción, estratega de Atenas, 412-413, 419
Formión, banquero ateniense, 379
Formión, estratega de Atenas, 323
Franchthi (sur de Grecia), 34
Francia, 9, 124, 202
Frigia, reino de, 429
Frínico: *La caída de Mileto*, 215

Galeno, 500
Gallípoli, península de, 344
Ganges, río, 448
Gaugamela (Asiria), 436
Gaugamela, batalla de, 23, 436, 438, *439*
Gaza (Filistea), 434
Gaza, batalla de, 464, 466
Gea, 92-93
Geb, 493
Gedrosia, región de, 448-449
Gigantes, *144*, 228
Gilipo, general de Esparta, 336-337, 344
Gitio (Laconia), 164
Gizeh (Egipto): gran pirámide de Khufu, 459
Glauco, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Glaucón, *véase* Platón: *República*
Gordio (Galacia), 22, 429, 430
Gorgias de Leontinos, 274, 302, 317; *Helena*, 302
Gorgo, 214
Gránico, río, 428
Gránico, batalla de, 22, 428-429, 443
greco-bactriano, reino, 497
Grinques, *237*

Hades, 92-93, 345, 493
Hagnón, estratega de Atenas, 278, 330, 342, 343
Haliacmon, río, 399
Halicarnaso (Jonia), 226, 469; Mausoleo, 369, 379
Harmodio, 204, 205, *206*
Hárpalo, 449
Hatti, reino de, 56, 66
Hattusa (Anatolia), 66
Hecateo de Mileto, 212, 215
Héctor, *véase* Eurípides: *Las troyanas*; Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Hécuba, *véase* Eurípides: *Las troyanas*
Hefestión, 450
Hefesto, 493
Helanico de Lesbos, 189
Helena, 81, 302
Helénica, Liga, 224, 234, 240
Helesponto, estrecho del, 72, 123, 210, 222, 226, 234, 236, 284, 413, 418, 427, 459, 462
Hera, 61, 63, 158, 290
Heraclea Póntica (costa de Bitinia), 124
Heraclea Traquinia (Ptiótida), 362
Heracles, 67, *107*, 180, 191, 219, 421, 434, 435, 436, 445, 477
Heráclito de Éfeso, 153
Hermes, 61, 329-330, 334, 381, 493
Hermócrates, 325
Heródoto: 232, 289-291, 369; *Historias*, 20, 92, 123, 124, 159, 162, 178, 180, 190, 196, 200-201, 209, 210, 211, 212, 214, 216-220, 226, 227, 232-233, 276, 277, 289, 290, 293, 294, 295, 296, 300, 303, 347, 359, 381, 382, 391, 398
Herófilo, 489
Herpílide, 387
Hesíodo: 17; *Los trabajos y los días*, 70, 89, 102, 112, 129-132, 135, 146, 151; *Teogonía*, 70, 92, 93, 94, 112, 132, 146, 285
Hidarnes, 225
Hidaspes, río, 445, 446
Hidaspes, batalla de, 23, 446
Hierón, 250, 251, 256
Hífasis, río, 447
Hindu Kush, 444
Hiparco, aristócrata ateniense, 221
Hiparco, hermano de Hipias, 204, 250
Hiparquía, 481
Hipárete, 332
Hipérbolo, 332
Hipérides, 398
Hipias, filósofo, 300-301
Hipias, tirano de Atenas, 183, 204-205, 215, 216-217, 228
Hipócrates de Cos, 18, 232, 276, 288; *Tratados hipocráticos*, 288-289
Hipodamía, 256, 259
Hipodamo de Mileto, 242, 277
Hiponacte de Éfeso, 148
Hiponico, 332
Hisias, batalla de, 17, 154, 167
Hissarlik, 39
Historiador de Oxirrinco, 359
Homero: 79, 81, 82, *487*, 488; *Ilíada* y *Odisea*, 10, 17, 29, 32, 33, 39, 40, 56, 70, 75, 79-91, 92, 93, 94, 95, 96-99, 102, 108, 109, 112, 113, 114, 115, 118, 119, 122-123, 124, 129, 131, 132, 146, 155, 157, 192, 203, 219, 361, 421, 435, 488, 499
Horacio: *Epístolas*, 499
Horus, 43, 493

Iaso (costa de Caria), 107
Ibérica, península, 29, 101, 120, 123, 202, 273
Íbico de Regio, 149
Ificrates, estratega de Atenas, 363, 369-370, 374, 394
Iliria, región de, 399, 403, 404, 425, 426, 427
Ilitía, 164
Imbros (isla de Imbros), 364
India, 23, 444-448, *446*, 450, 451, 453, 456, 458, 460, 497
Índico, océano, 448
Indo, río, 444, 445, 447-448
Iolco (Tesalia), 65
Ipso, batalla de, 24, 467
Irán, 209, 467
Irlanda, 38
Iságoras, arconte de Atenas, 183, 205, 239, 340, 342
Isaías, 210-211

:ómaco, 268, 297-298
s, 477, 493-494
am, 501
nenias, 364-365
› (Siria), 431
›, batalla de, 22, 431-433, *432*, *433*, 438
icrates: 358, 377-378, 386, 390-392, 417, 429, 430, 489; *Arquidamo*, 378; *Filipo*, 22, 392; *Panegírico*, 378, 391-392
mia (Corintia), 158
micos, Juegos, 18, 157-158
ro, río, 419, 421, 425, 467, 468
lia, 9, 53, 66, 195, 202, 259, 273, 276-277, *277*, 392-393; *véase también* Magna Grecia
me, monte, 166, 179, 240, 242, 368

ıtipo, 222
ón, 293, 483; *véase también* Eurípides: *Medea*
ón, tirano de Feras y dictador de Tesalia, 366, 368, 391, 407, 417
:artes, río, 441
ıares, 331
ıófanes de Colofón, 147, 148, 153
ıofonte: 162, 209, 228, 300, 316, 317, 352, 356, 359, 361; *Agasilao*, 359, 391; *Anábasis*, 316, 359, 361, 390-391; *Apología de Sócrates*, 352-354; *Ciropedia*, 359, 391; *Económico*, 268-269, 297-298; *Helénicas*, 316, 343, 346, 347, 354, 360, 363-364, 377; *Hípica* e *Hipárquico*, 395; *Ingresos públicos*, 359; *La república de los lacedemonios*, 162, 175, 176, 185, 186, 232; *Memorables*, 378
jes I, rey de Persia, 19, 189, 211, 222-223, 225-226, 227, 231, 234, 289, 291, 391
ónimo de Cardia, 455
ısalén: 210, 495; templo de Yavé, 492, 495
lum, río, *véase* Hidaspes, río
ia, región de, 16, 18, 67, 113, 118, 184, 190, 202, 210, 212, 215, 216, 227, 228, 234, 235, 284, 313, 339-340, 347
lco, mar, 65
ea, región de, 434, 467
lino, 398, 424, 455

ɔnsu-Toth, *437*
yber, puerto de montaña de, 445

:edemón, *véase* Esparta
:edemonio, 280
onia, región de, 37, 59, 114-115, 127, 161, 164-166, 176, 183, 273, 368
le, isla de, 215
rtes, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
naco, estratega de Atenas, 334-335
nia (Tesalia), 460
faca, guerra, 23, 460, 461, 464
npón, 277

Lámpsaco (costa de Frigia), 345
Larisa (Tesalia), 407
Laso de Hermíone, 204
Laurion, minas de, 195, 222-223, 410
LeQuire, Alan, *308*
Lefkandi (isla de Eubea), 16, 76
lelantina, guerra, 17, 154, 155
Lelanto, río, 154
Lemnos (isla de Lemnos), 364
Leónidas, rey de Esparta, 181, 224, 225, 226, 234, 239
Leontíades, 364-365
Leontinos (Sicilia), 123, 276
Leóstenes, 460
Lequeo, batalla de, 363
Lerna, 15, 37
Lesbos, isla de, 149-150, 215, 235, 278, 284, 323, 344, 370; laguna de Pirra, 388
Léucade, isla de, 280, 284
Leucipo, 285, 288, 474
Leuctra, batalla de, 21, 178, 367, 404, 408, 415
Libia, 458
Libón, 256
Licia, región y satrapía persa de, 429
Licón, 351
Licópolis (Egipto), 492
Licurgo: 17, 22, 162, 168-169, 172-173, 182, 185, 191, 199, 460, 476; Gran Retra, 168, 181
Lidia, reino y satrapía persa de, 184, 210, 211, 429
Lígdamis, tirano de Naxos, 201, 202
Lisandro, navarco de Esparta, 162, 228, 232, 316, 344-346, 349-351, 356, 358, 360, 361, 362
Lisias, 316, 358; *Contra Andócides*, 316; *Contra Eratóstenes*, 316
Lisímaco, sátrapa y rey de Tracia, 24, 444, 459, 461, 462, 464, 466-469
Lisimaquía, 469
Listas de los tributos atenienses, 235, *237*
Lócride, región de la, 222, 243, 277, 284
Lord, Albert, 80-81
Luciano, *257*; *El sueño*, 501

Macabeos, linaje de los, 495
Macedonia, reino de, 22, 25, 53, 216, 238, 278, 281, 358, 360, 387, 392, 397-420, *400*, 421, 425-427, 428, 429, 436, 443, 447, 450, 456, 458, 459, 460, 461, 462-463, 464, 468, 469, 472, 476, 497, 498; Alta Macedonia, 399, 402; Baja Macedonia, 399, 407
macedónicas, guerras, 24, 25
Magna Grecia, 101, 113, 122-123, 152, 153, 155-156, 164, 276-277, 430
Maliá (Creta), 40, 49
Malíaco, golfo, 224
Manetón, 493
Mantinea (Arcadia), 332, 364, 368
Mantinea, batalla de (418 a.C.), 332

Mantinea, batalla de (362 a.C.), 368
Maquiavelo, Nicolás, 186
Maratón (Ática), 201, 217, 339
Maratón, batalla de, 18, 217-219, 220, 227
Marco Antonio, 411, 498
Mardonio, 215-216, 222, 226
Marduk, 438
Marinatos, Spyridon, 46
Masilia (Provenza), 123
Mauria, linaje de los, 497
Mausolo, sátrapa persa de Caria, 369-370
Mazaces, sátrapa persa de Egipto, 434
Mazeo, sátrapa persa de Babilonia, 438
Meandro, río, 369
Medea, *véase* Eurípides: *Medea*
Media, 209-210, 234, 391, 440, 450
médicas, guerras, 18, 19, 159, 212-229, *225*, 250, 253, 255, 283, 289, 347, 439, 447
Mediterráneo, mar, 10, 29, 41, 47, 50, 60, 65-66, 68, 101, 111, 122, 123, 124, 158, 202, 210, 451, 453, 458
Megabazo, 243
Megacles, arconte de Atenas, 193, 200-201
Megacles, jefe de los Alcmeónidas, 222, *266*
Megalópolis (Arcadia), 368; Asamblea de los Diez Mil, 368; Consejo de los Cincuenta, 368
Mégara (Megáride), 114, 118, 124, 155, 242, 244, 272, 274, 276, 280, 282-283, 284, 296, 319, 321, 329, 330, 350, 378-379, 413; santuario de Apolo, 379; santuario de Ártemis, 379; templo de Afrodita, 379
Megáride, región de la, 114, 355
Meleto, 351, 353
Melos (isla de Melos), 356
Melos, isla de, 71, 284, 333, 347, 384
Melqart, 434
Memnón, 428
Menandro, 23, 456, 472-473, 484
Menelao, rey mítico de Esparta, 81; *véase también* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Menfis (Egipto), 434, 491, 493
Mesene (Mesenia), 368
Mesene (Sicilia), 167
Mesenia, región de, 53, 56, 59, 76, 127, 154, 166, 167, 176, 178-179, 183, 360, 368, 413
mesenias, guerras: primera, 17, 76, 127, 166, 167, 168; segunda: 17, 155, 167
Mesopotamia, 9, 31, 35-36, 50, 64, 113, 210, 288, 431, 467
Metone (Macedonia), 409, 419
Mícale, batalla de, 19, 227
Micenas (Argólide): 16, 32, 40, 49-50, 51, *52*, 53, *55*, 56, 65, 66, 402; santuario de Agamenón, 108; Tesoro de Atreo, *52*
Micón, 263
Míconos, isla de, *237*
Midas, rey de Frigia, 430
Milasa (Caria), 469
Milcíades, 202, 217, 219, 374
Milcíades, estratega de Atenas, 18, 217-218, 235
Mileto (Jonia), 56, 67, 119, 123, 152, 215, 216, 242, 278, 340, 429
Mimnermo de Esmirna (o Colofón), 148
Míndaro, navarco de Esparta, 343
Minos, rey mítico de Cnosos, 40
Minotauro, 191
Mirón: 256; *Discóbolo*, 256, *257*
Mírtilo, 256, 259
Mitilene (isla de Lesbos), 119, 149, 155, 212, 323, 324, 345
Mnemósine, *487*
Motia (Sicilia), 393, 405
Muniquia, colina de, 351
Musas, 482, *487*

Naks-i Rustam, 440
Naupacto (Etolia), 179, 242, 245, 276, 284, 362
Navarino, bahía de, 325
Naxos (isla de Naxos), 212, 217, 235, 237
Naxos (Sicilia), 123
Naxos, batalla de, 366
Nearco, almirante macedonio, 424, 448
Nectanebo II, faraón de Egipto, 491-492
Neera, 380
Negro, mar, 17, 29, 38, 101, 111, 122, 123-124, 128, 155, 195, 202, 215, 222, 273, 277-278, 293, 413
Neleo, 119
Nelidas, linaje de los, 119
Nemea (Argólide), 158
Nemea, río, 362
Nemeos, Juegos, 18, 157-158, 250
Neso, *107*
Néstor, caudillo mítico de Mesenia, 119, 325, *véase también* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Nicanor, 449
Nicáreta, 380
Nichoria (Mesenia), 76-78, *77*, 83
Nicias, estratega de Atenas, 316, 326, 329, 332, 334-337, 339
Nicias, paz de, 20, 329-331
Nilo, río, 35, 211, 289; Delta, 434, 435, 461, *490*
Nireo, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Nisea (Megáride), 200, 327, 330
Nora (Capadocia), 462
Notio, 344
Nubia, 491

Océano, 444
Octavio, 498
Odiseo, caudillo mítico de Ítaca, 29; *véase también* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Odrisas, reino tracio de los, 278
Olbia (sur de Ucrania), 124

Olimpia (Pisátide, Élide): 108, 158, 232, 314, 402, 449; templo de Hera, 108; templo de Zeus, 11, 19, 108, 157, 232, 256, *258*, 308
Olimpia, batalla de, 22
Olimpíade, cuarta esposa de Filipo II, 21, 418, 421, 422, 427, 461, 462
Olímpicos, Juegos, 17, 108, 136, 157-158, 166, 179, 184, 193, 232, 250, 256, 354, 402
Olimpo, *475*
Olinto (Calcídica), 22, 408, 410, 411, 419, 463
Olto, *203*
Onesícrito, 424
Opis, 405, 450
Orcómenos (Beocia), 53, 368
Orestes, 119, 371, *véase también* Esquilo: *Orestíada*
Orfeo, 124
Orión, 151
Orontes, río, 468
Ortágoras, tirano de Sición, 136
Ortagóridas, linaje de los, 138
Ortíloco, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Osiris, 477, 493

Pakistán, 9, 444, 448
Palene, batalla de, 201
Palestina, 210, 431, 434, 458
Panacto, fortaleza de, 330
Panateneas, fiestas, 204, 249, *304*, 307, *307*
Pandora, 132
Pangeo, minas del monte, 201, 238, 273, 403, 404
Panticapeo (Crimea), 124
Paques, 323
Páralos, trirreme, 346
Paris, 81, 302
Parménides, 153-154, 301, 387, 388
Parmenión, general macedonio, 418, 428, 431, 432, 436, 438, 439, 443
Parnes, monte, 190, 350
Parnón, serranía del, 155
Paros, isla de, 204, 219, *260*; santuario de Deméter, 219
Parry, Milman, 80-81
Partia, 497, 498, 499
Pasión, 379
Patroclo, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Pausanias, asesino de Filipo II, 418-419, 423
Pausanias, regente de Esparta, 163, 226, 228, 234, 235, 239, 283, 346, 351
Pausanias, rey de Macedonia, 404
Pausanias, viajero: *Descripción de Grecia*, 263
Pegas (Megáride), 242, 276
Pelene (Acaya), 284, 377
Peleo, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Pella (Macedonia), 399, 402, 418, 462
Pélope, 253, 256, *257*, 259
Pelópidas, caudillo de Tebas, 358, 367-368
Peloponeso, guerra del: 10, 20, 158, 177, 178, 191, 195, 228, 233, 244, 245, 251, 272, 275, 279, 283-284, *286-287*, 289, 291, 294, 296, 308, 313, 314, 315-356, *318*, 357-358, 360, 363, 376, 378, 393, 403, 409, 415, 460; guerra de Arquidamo, 317-328, 329, 331; «primera» guerra del Peloponeso, 19, 241-242
Peloponeso, Liga del, 18, 156, 183-184, 205, 224, 235, 241, 244, 245, 279, 280-281, 282, 283-284, 315-356
Peloponeso, península del, 10, 18, 32, 56, 65, 66-68, 72, 116, 138, 154-155, 163, *165*, 225, 239, 242, 243, 272, 284, 285, 319, 320, 325, 332, 377, 378, 466, 476
Penélope, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Pentélico, monte, 195
Pentílidas, linaje de los, 119
Péntilo, 119
Peonia, región de, 399, 402, 403, 404
Perdicas, regente del imperio de Alejandro, 444, 458, 459-461, 462, 464, 467, 469, *470-471*
Perdicas I, rey de Macedonia, 398
Perdicas II, rey de Macedonia, 281, 327, 328, 402, 403
Perdicas III, rey de Macedonia, 21, 23, 403, 404, 407
Periandro, tirano de Corinto, 138, 155
Pericles, estratega de Atenas, 10, 19, 20, 191, 193, 207, 222, 233, 238, 240, 241, 243, 244, 245-249, 251, 263, 273, 274, 276-278, 280, 282-283, 284, 285, 289, 294, 296, 303, 304, *304*, 307, 310-311, 316, 317-321, 322, *322*, 323-324, 327, 331, 332, 334, 342, 345, 347, 370, 374, 381
Pericles el Joven, estratega de Atenas, 246, 345
Perinto (costa de Tracia), 413
Pérgamo, reino de, 497
persa, imperio, 162, 181, 184, 189, 209-229, *214*, 231, 233, 235, 238, 239, 241, 243-244, 245, 255, 273, 289, 304, 323, 339, 340-341, 344-345, 354, 358, 359, 361-364, 391, 397, 402, 413, 415, 417-418, 425, 427-451, 456, 495
Perséfone, 207
Persépolis (Persia), 23, 209, 211, *213*, 438, 439-440
Perses, 129-130
Persia, región de, 209, 440, 448, 450; *véase también* persa, imperio
Pérsico, golfo, 448, 449
Pidna (Macedonia), 409
Pilos (Mesenia), 49, 53, *55*, 56-58, 59, 60, 61, 65, 67, 76, 83, 317, 325-326, *326*, 327, *328*, 330, 363
Pínaro, río, 432
Píndaro, 147, 250-251, 256, 402, 426
Pindo, montes, 66
Pintor de Amasis, *269*

Pintor de la Lavandera, *267*
Pireo (Ática), 215, 222, 242, *243*, 273, 277, 318, 338, 344, 346, 347, 350, 351, 365; Muros Largos, 242, 318, 346, 347, 362; promontorio de Etionia, 343
Pirítoo, 256
Pirro, rey de Epiro, 455, 468
Pirrón de Élide, *475*
Pisistrátidas, linaje de los, 148, 201, 205, 217, 221, 239, 392
Pisístrato, tirano de Atenas, 18, 137, 200-204, 205, 217, 252, 303, 304, *322*, 392
Pisutnes, sátrapa de Sardes, 278
Pítaco, tirano de Mitilene, 150
Pitágoras, 152-153
Pitecusa, isla de, 101, 122-123, 124
Pitíade, 387
Píticos, Juegos, 18, 157-158, 256, 409, 412
Pitón, 460
Platea (Beocia), 218, 222, 233, 245, 283, 284, 323, 324-325
Platea, batalla de, 19, 178, 226-227, 233
Platón: 20, 22, 153, 179, 250, 273, 300, 301, 317, 349, 356, 359, 376, 379, 380, 381, 383-387, 388, 389-390, 394-395, 454, 474, 475, 500; *Apología de Sócrates*, 352-354; *El banquete*, 298, 367; *El político*, 390; *Fedón*, 29; *Fedro*, 312-313; *Gorgias*, 394-395; *Leyes*, 311, 390, 417; *Protágoras*, 381-382; *República*, 187, 255, 273, 319, 320, 384-386, 417
Pléyades, 151
Plinio el Joven 500
Plinio el Viejo, 263
Plistoanacte, rey de Esparta, 244
Plístraco, 234
Plotino, 500
Plutarco: 162, 187, 398, 500; *Máximas de espartanos*, 162; *Máximas de mujeres espartanas*, 162, 187, 360; *Moralia*, 358; *Preceptos de política*, 500; *Vidas paralelas*, 162, 168, 172-173, 174, 176, 178, 182, 185, 186, 190, 196, 198-199, 227, 232, 233, 236-237, 240, 276, 278, 282, 284, 296, 316, 331, 332, 338, 358, 367, 404, 424, 442, 443-444, 455
Pnix, colina, *véase* Atenas
Polibio, 25, 419, 498
Polícrates, tirano de Samos, 148, 149, 152, 202
Polieucto, *411*
Polignota de Tebas, 481
Polignoto de Tasos, 260, 263
Polinices, *véase* Sófocles: *Antígona*
Poliperconte, regente de Macedonia, 23, 462, 464
Polizalo, 256
Pompeya, 46, 433, *433*
Pompeyo Trogo, 424, *Philippica*, 455
Poro, 445-446, *447*, 448
Posidón, 61, 63, 92, 157, 307, 308, *309*, 448
Potidea (Calcídica), 281, 409
Potidea, batalla de, 281-282, 321, 323, 352
Praxíteles, 379
Príamo, rey mítico de Troya, 81, 427; *véase también* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Prometeo, 132
Prosopitis, isla de, 243
Protágoras de Abdera, 300, 301-302, 317; *Antilogías*, 302; *Discursos demoledores*, 302
Ptah, 434, 493
Ptolomeo, astrónomo, 500
Ptolomeo, historiador, 433
Ptolomeo I, sátrapa y rey de Egipto, 24, 424, 444, 459, 461-468, 482-483, 493
Ptolomeo II, rey de Egipto, 24, 467, *477*, *477*, 479, 480, 481, 483
Ptolomeo III, rey de Egipto, 481, 483
Ptolomeo V, rey de Egipto, *490*, 491, 492, 497
Ptolomeo Cerauno, 469
Ptolomeo de Aloro, rey de Macedonia, 404
Ptolomeos, linaje de los, 456, 458, 476-479, 481-484, 489-490, 492, 495, 497, 498
Punjab, 446

Queronea (Beocia),
Queronea, batalla de, 22, 413-414, *413*, 417, 422
Quersoneso Tracio, región del, 202, 217, 238, 394
Quintiliano, 260
Quíos, isla de, 79, 235, 278, 284, 323, 340, 369-370, 430-431

Racotis (delta del Nilo), 435
Ramsés II, faraón de Egipto, 65
Rea, 92
Region (Calabria), 123, 276
Renea, *237*
Rey, paz del, 364, 377, 417
Ródano, río, 123
Rodas (isla de Rodas), 466, 475; Coloso, 481
Rodas, isla de, 24, 30, 53, 67, 72, 340, 369-370, 485
Rojo, mar, 211
Roma, 123
Roman d'Alexandre, 424
romana, república, 497-499
Romano, Imperio, 10, 25, 162, 195, 217, 425, 475, 498, 499-501
Rosetta: Piedra de Rosetta, *490*, 491, 492
Rousseau, Jean-Jacques, 187
Roxana, 23, 442, 456, 458, 462
Rufo, Quinto Curcio: *Historia de Alejandro*, 424, 449
Russell, Bertrand, 389

Safo, 149-150, 456
sagradas, guerras: tercera, 22, 408-409, 411

Salamina (Chipre), 466
Salamina (isla de Salamina), 71
Salamina, batalla de (480 a.C.), 19, 226, 227, 228, 239
Salamina, batalla de (306 a.C.), 24, 466
Salamina, isla de, 224, 226
Samaria, región de, 434
Samos, isla de: 123, 148, 152, 215, 235, 278, 279, 323, 341, 342, 343; templo de Hera, 105, 147, 346, 369
Samotracia, isla de: Victoria Alada, 485, *486*
Sardes (Lidia), 210, 215, 217
Sarónico, golfo, 138, 272
Sarpedón, caudillo mítico de Licia, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Schliemann, Heinrich, 39-40, 50
Scopas, 379
Segunda Confederación Ateniense, 365-367, *366*, 368, 369-370, 409, 412
Selasia, batalla de, 24, 476
seléucida, reino, 479, 491-493, 495, 497-498
Seléucidas, linaje de los, 458, 479, 495, 497, 498
Seleuco I, sátrapa y rey de Babilonia, 24, 461, 463-469, 497
Selinunte (Sicilia), 333, 335
Semíramis, reina mítica de Asiria, 445, 448
Sepea, batalla de, 18, 184, 220
Serapis, 493
Setenta, los, 483
Seudo-Demóstenes, 380
Seudo-Jenofonte (o Viejo Oligarca): *La república de los atenienses*, 316, 354-355, 381
Seutes II, rey de los tracios, 404
Shakespeare, William, 255
Síbaris (Calabria), 123, 155-156
Síbota, batalla de, 280-281, 282
Sicilia, 20, 53, 66, 101, 113, 123, 167, 195, 250, 273, 275, 276, *277*, 313, 323, 325, 333-339, 340, 359, 392-393; *véase también* Magna Grecia
Sición, 114, 128, 155, 184, 246, 377
Sicionia, región de, 114
Sifnos, isla de, *237*
Sigeo (Eolia), 155, 195, 202, 205
Sila, 499
Simónides de Ceos, 147, 204, 226, 250, 299
Sindos (Macedonia), 398
Sínope (costa de Paflagonia), 123-124
Siracusa (Sicilia), 123, 124, 232, 276, 316, 325, 333-338, *336*, 356, 469
Siria, 50, 56, 64, 66, 202, 210, 431, 434, 466-468, 475, 498
siria, tercera guerra, *véase* Calímaco: *El rizo de Berenice*
Siros, isla de, *237*
Siwah, oasis de (Libia): oráculo de Zeus-Amón, 23, 435, 436, 461
social, guerra, 21, 369, 409
Sócrates, 20, 151, 232, 248, 268, 303, 316, 317, 327, 331, 345, 349, 350, 351-354, 356, 359, 371, 374, 378, 383, 384, 388, 390; *véase también* Platón: *Gorgias*; *República*
Sófocles: 10, 232, 255, 264, 289, 291-293, 294, 315, 316, 340, 342, 381; *Antígona*, 291-292, 294; *Edipo Rey*, 20, 291, 316
Solio, 330
Solón, 9, 132, 190, 194-199, 200, 201, 202, 205, 210, 236, 290, 341, 342, 347, 374
Sóstrato de Cnido, 481
Sudán, 489
Sunión, cabo, 307
Susa (Susiana), 209, 438, 439

Taciano, 501
Tácito, 296
Taigeto, monte, 169
Tais, 439
Tales, 152, 215, 381
Táranto (Apulia), 123, 164, 167
Tarso, *475*
Tarteso, reino de, 123
Tasos, isla de, 216, 235, 238, 240, 273, 327
Tauro, 467
Taxila, 445
Taxiles, rey de Taxila, 445, 446, 448
Teágenes, tirano de Mégara, 137, 193
Tebas (Beocia), 21, 22, 49, 53, 115, 116, 156, 158, 178, 179, 184, 216, 225, 226-227, 243, 244, 283, 324-325, 326, 347, 350, 360, 361, 362, 363, 364-368, 397, 404, 407, 408, 414-415, 425, 426, 440, 463; Cadmea, 364-365, 367, 415, 426
Tebas (Egipto): santuario de la Barca del templo de Luxor, *437*
Tegea (Arcadia), 368, 377
Telémaco, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Temístocles, arconte de Atenas, 19, 215, *216*, 218, 221, *221*, 222, 224, 226, 227, 228, 233, 234, 235, 239, 240, 374
Teócrito, 480, 491; *Idilios*, 483
Teofrasto, 455, 472
Teognis de Mégara: 126, 250; *Theognidea* (o *Corpus Theognideum*), 150-151
Teopompo de Quíos, 316, 359, 369; *Filípicas*, 398, 407, 419
Tera, isla de, 46-47, *48*, 120, 122, 123, 284
Terámenes, trierarco de Atenas, 343, 345, 347, 349-350
Terapna (Laconia): 164; santuarios de Menelao y Helena, 108, 164
Terma, golfo de, 399, 404, 409
Termópilas, batalla de las, 19, 181, 224, 225-226, 239
Termópilas, paso de las, 224, 362, 410

Terón, 250
Tesalia, Liga, 408
Tesalia, región de, 66, 128, 156, 222, 223, 224, 250, 366, 368, 398, 404, 407-409, 421
Tesalonice, 463
Tesalonice (Calcídica), 463
Teseo, rey mítico de Atenas, 190-191, 219, 236-237, 256, 263, 382
Tespias (Beocia), 129-130, 222, 225
Tespis, 252
Tigris, río, 35, 215
Timarete, 263
Timeo, 316
Timócrates de Rodas, 362
Timoteo, estratega de Atenas, 366, 369-370, 374
Timoteo, experto en cuestiones rituales, 493
Tirinte (Argólide), 49, 51, 65, 66, 71
Tiro (Fenicia), 434, 440, 464
Tirteo de Esparta, 133, 134-135, 147, 162, 166, 167, 169, 178
Tisafernes, sátrapa persa de Sardes, 340-341, *341*, 361
Titanes, 92, 132
Tito Livio, 296
Toante, caudillo mítico de Etolia, *véase* Homero: *Ilíada* y *Odisea*
Tomás de Aquino, 387
Toth, 493
Tracia, región de, 101, 212, 216, 236, 238, 277, 278, 284, 366, 398, 402-403, 404, 408, 412, 413, 421, 425-426, 427, 459
Trasibulo, tirano de Mileto, 155
Trasibulo, trierarco de Atenas, 342, 345, 350-351
Trasímaco, 300
Treinta Años, paz de los, 245, 272, 274, 276-279, 280, 282
311, paz de, 464-465, 466
Trezén (Hermíone), 224, 243
Trias, llanura de, 365
Trigeo, *véase* Aristófanes: *La paz*
Triparadiso de Siria, 461-462
Troya, 39-40, 53, 66, 219, 427; templo de Atenea, 428
Troya, guerra de, 16, 32-33, 39, 40, 56, 66, 67, 81-85, 88, 155, 227, 238, 254, 302, 316
Tucídides, aristócrata anteniense, 294, 310-311
Tucídides, estratega de Atenas e historiador: 10, 207, 232, 275, 290, 294-296, 315, 327, 356; *Historia de la guerra del Peloponeso*, 20, 116, 162, 163, 168, 182, 190, 191, 204, 215, 232, 233, 234, 239-240, 243-244, 275-276, 278, 279-284, 289, 294-295, 301, 304, 313, 315-316, 317, 319-328, 330, 332-335, 337-339, 343, 348, 356, 359, 381, 384
Turios (Calabria), 277, 279, 291, 314, 335
Turquestán, 38
Tyche («Fortuna»), 473, *473*, 485

Ucrania, 234
Ulises, *véase* Odiseo
Urales, montes, 278
Urano, 92-93

Ventris, Michael, 49
Vérgina, *403*
Vesubio, 46
Virgilio: *Eneida*, 499

Yavé, 210

Zacinto, isla de, 284
Zagros, montes, 450
Zakro (Creta), 41
Zaleuco, 277
Zancle, *véase* Mesene
Zenódoto, 488
Zenón, administrador de Ptolomeo II, 480
Zenón, filósofo, 24, 459, 474, 475
Zeus, 10, 39, 61, 63, 67, 72, 75, 92, 94, 108, 130, 132, 157, 180, 233, 255, 329, 356, 381, 402, 434, *447*, 474, *487*, 493; Zeus-Amón, 435; Zeus Filipio, 418; Zeus Soter, 481; Zeus Olímpico, 495

ÍNDICE

Prefacio 9
Agradecimientos 13
Esquema cronológico 15

Capítulo 1. La Grecia primitiva y la Edad del Bronce
El país griego 29
Fuentes para la historia de la Grecia primitiva 32
Grecia durante la Edad de Piedra 34
Las antiguas civilizaciones del Oriente Próximo 35
Grecia durante el Bronce Antiguo (*ca.* 3000-2100 a. C.) 37
Grecia durante el Bronce Medio (*ca.* 2100-1600 a. C.) 37
El descubrimiento de la civilización egea: Troya, Micenas, Cnosos 39
La sociedad y la cultura minoicas (*ca.* 1700-1500 a. C.) 40
Los micénicos 47
El mundo micénico antiguo (*ca.* 1600-1400 a. C.) 49
El micénico reciente (*ca.* 1400-1200 a. C.) 52
El fin de la cultura micénica 65

Capítulo 2. La «Edad Oscura» de Grecia y el «Renacimiento» del siglo VIII (*ca.* 1150-700 a. C.)
Fuentes para la Edad Oscura 70
Decadencia y recuperación (*ca.* 1150-900 a. C.) 70
La sociedad de la Edad Oscura primitiva 75
Resurgimiento (*ca.* 900-750 a. C.) 78
Homero y la poesía oral 79
La sociedad de finales la Edad Oscura (homérica) 82
Comunidad, familia y economía a finales de la Edad Oscura 95
El final de la Edad Oscura (*ca.* 750-700 a. C.) 99

Capítulo 3. La Grecia arcaica (*ca.* 750-700 a. C.)
Fuentes para el estudio de los siglos VII y VI 112
La formación de la ciudad-estado (*polis*) 113
El *éthnos* 115
El gobierno de las ciudades-estado primitivas 116
El movimiento colonizador 120
Las divisiones económicas y sociales en las polis primitivas 124
Hesíodo: visión desde abajo 129
El ejército hoplita 132
Los tiranos de la época arcaica 136
Arte y arquitectura 139
La poesía lírica 146
La filosofía y la ciencia 151
Relaciones entre los estados 154
Instituciones panhelénicas 156

Capítulo 4. Esparta
Fuentes para la historia y las instituciones de Esparta 161
La Época Oscura y el período arcaico 164
El sistema espartano 168
Demografía y economía de Esparta 176
El gobierno espartano 180
Esparta y Grecia 183
El cambio histórico en Esparta 185
El espejismo espartano 186

Capítulo 5. El desarrollo de Atenas y las Guerras Médicas
Fuentes para la Atenas primitiva 189
Atenas desde la Edad de Bronce hasta la época arcaica primitiva 190
Las reformas de Solón 194
Pisístrato y sus hijos 200
Las reformas de Clístenes 205
La ascensión de Persia 209
Las guerras entre Grecia y Persia 212

Capítulo 6. Las rivalidades de las ciudades-estado griegas y el desarrollo de la democracia ateniense
Fuentes para las décadas posteriores a las Guerras Médicas 232
Las consecuencias de las Guerras Médicas y la fundación de la Liga de Delos 233
La «primera» Guerra (no declarada) del Peloponeso (460-445 a. C.) 241
Pericles y el desarrollo de la democracia ateniense 245
La literatura y el arte 249
Oikos y polis 263
La economía griega 270

Capítulo 7. Grecia antes del estallido de la Guerra del Peloponeso
Fuentes para Grecia antes del estallido de la Guerra del Peloponeso 275
Grecia tras la firma de la Paz de los Treinta Años 276
La ruptura de la paz 279
Recursos para la guerra 283
La vida intelectual en la Grecia del siglo V 284
La literatura del siglo V 289
Las corrientes del pensamiento y la educación griega 296
El espacio físico de la polis: Atenas antes de la guerra 303

Capítulo 8. La Guerra del Peloponeso
Fuentes para Grecia durante la Guerra del Peloponeso 315
La Guerra de Arquidamo (431-421 a. C.) 317
Entre la paz y la guerra 331
La invasión de Sicilia (415-413 a. C.) 333
La guerra en el Egeo y el golpe oligárquico en Atenas (413-411 a. C.) 339
Repercusiones de la prolongación de la guerra 347
La guerra vista retrospectivamente 354

Capítulo 9. La crisis de la polis y la época del cambio de hegemonías
Fuentes para la Grecia del siglo IV 358
La Grecia de la posguerra y la lucha por la hegemonía 360
La ley y la democracia en Atenas 370
La polis del siglo IV 376
La filosofía y la polis 380

Capítulo 10. Filipo II y la ascensión de Macedonia
Fuentes para la historia de Macedonia 398
La Macedonia primitiva 398
La sociedad y la monarquía macedónicas 399
El reinado de Filipo II 404
La dominación de Grecia por los macedonios 414

Capítulo 11. Alejandro Magno
Fuentes para el reinado de Alejandro Magno 423
Consolidación del poder 425
De Iso a Egipto: la conquista del Mediterráneo oriental (332-331 a. C.) 434
De Alejandría a Persépolis: el rey de Asia (331-330 a. C.) 436
El camino allanado hacia la India: Alejandro en Asia central 440
La India y el final del sueño 444
Regreso a Occidente 448

Capítulo 12. Los sucesores de Alejandro y la cosmópolis
Un nuevo mundo 453
Fuentes para la época helenística 455
La lucha por la sucesión 456
La regencia de Perdicas 458

La supremacía de Antígono Monoftalmo 462
El doloroso parto del nuevo orden (301-276 a. C.) 467
El lugar de la polis en la cosmópolis 469
Los reinos macedónicos 476
La sociedad helenística 479
Alejandría y la cultura helenística 481
Las relaciones sociales en el mundo helenístico 489

Epílogo 497
Bibliografía 503
Glosario 513
Lista de mapas y planos de batallas 529
Nota explicativa de láminas e ilustraciones 531
Índice de nombres 537